Jesse Ames Spencer

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Desde su primer período hasta la Administración de Jacobo Buchanan

Tomo I

CLÁSICOS DE HISTORIA 521

JESSE AMES SPENCER

HISTORIA
DE LOS ESTADOS UNIDOS
DESDE SU PRIMER PERÍODO HASTA
LA ADMINISTRACIÓN DE JACOBO BUCHANAN

History of the United States
from the earliest period to the administration of James Buchanan
In threee volumes
Nueva York 1858

TOMO I
HASTA EL FIN DE LA GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA

Traducción directa del inglés por Enrique Leopoldo de Verneuill
Montaner y Simón, editores
Barcelona 1870
https://books.google.es/books?id=loEyAQAAMAAJ&hl=es
https://books.google.es/books?id=HyZMAQAAMAAJ&hl=es

CLÁSICOS DE HISTORIA 521

ÍNDICE

LIBRO SEGUNDO
Desde el advenimiento de Guillermo III al trono de Inglaterra, hasta la declaración de la independencia (1689-1776)

LIBRO TERCERO
Desde la Declaración de la Independencia hasta el Tratado de Paz (1776-1783)

INTRODUCCIÓN

«Somos de ayer, y ya llenamos el mundo», pueden decir con legítima satisfacción los norteamericanos, al contemplar el floreciente estado de su agricultura, de su industria, de su comercio, de su navegación, de sus artes liberales, en una palabra, de todos los ramos en que se subdivide el saber humano.

No han trascurrido tres siglos desde que roturó el arado su suelo virgen, y ya se eleva allí una nación poderosa y temida, un orbe aparte, que parece creado por la Providencia para ofrecer el ejemplo de lo que pueden las conquistas de la inteligencia; para llenar al hombre de orgullo al ver esa fuerza semi-divina de su voluntad, que hace a la obra coetánea del pensamiento, que pronuncia su *fiat lux*, y queda la luz hecha.

Los europeos no pueden menos de mirar con asombro a ese coloso que se levanta a la otra parte del Atlántico, mezcla de todas las razas, de todas las religiones; Roma sin Capitolio, imperio sin Césares; que no adora más ídolo que la libertad; que no honra otra nobleza que la de la virtud, el talento y el trabajo... sobre todo el trabajo, único talismán que convierte cada uno de sus pasos en una maravilla.

Ahora bien: si se quiere penetrar el misterio que encierra la creciente grandeza y poderío de la república Norteamericana, no hay más que considerar, que siendo lo que se llama *progreso material* de un país el conjunto de la industria y esfuerzo de sus habitantes, y el gobierno de una nación el reflejo de los individuos que la componen, los angloamericanos deben estar dotados de enérgica voluntad, carácter independiente y actividad extraordinaria.

Así como un tirano representa millones de seres degradados, viciosos e ignorantes, un gobierno ilustrado y liberal es la encarnación viva de una asociación de hombres libres y venturosos; porque no tiene un pueblo mejor ni peor suerte que la que se merece. Sobre el carácter individual se asientan la libertad y el bienestar de una manera mas sólida que sobre la vana letra de los decretos y constituciones.

Declarad del modo más solemne que una nación es libre, independiente y señora de ilimitados derechos, y como los ciudadanos que la forman no confíen en sí mismos; si no poseen el sentimiento de su dignidad y la conciencia de sus propias fuerzas, será el sarcasmo que ha presentado hasta nuestros días la historia del viejo mundo.

Hay que desengañarse: únicamente el sol de la libertad puede fertilizar y convertir en fructíferos campos los que antes eran ásperos eriales. He aquí explicada en dos palabras la base de que arrancan el desarrollo y pujanza de la gran república.

Empero, ¿quiénes fueron los hombres destinados por Dios para llevar a cabo una obra tan maravillosa? En los Estados Unidos aparecen cuatro distintas nacionalidades, todas ellas de origen europeo; mas una sola es la que ostenta sobre las demás el distintivo de superioridad; una sola la que realizará esa grande y providencial misión, reservada a las naciones del nuevo continente; una sola la que, despreciando las ridículas supersticiones del pasado, aspira al completo triunfo de los principios de libertad, igualdad y fraternidad, sin las cuales no hay civilización ni sociedad posibles.

Al recorrer los anales de la Unión, si nos fijamos en su primer período, o sea el que pudiéramos llamar período de conquista, vese al francés establecerse en el Canadá, representando el espíritu conservador, la inamovilidad de la Iglesia y del Estado. Sus colonias, no hay duda, fueron las más antiguas; pero ni sus instituciones podían predominar en América, ni su carácter le destinaba a hacer un brillante papel en el nuevo mundo.

Siguiendo las huellas de los conquistadores, vino el colono inglés, en extremo industrioso, y dotado de un espíritu emprendedor, mas no exento de preocupaciones, que son la rémora del

progreso, y que le dejaron atrás en cuestión de iniciativa. Tampoco a éste le estaba reservada la supremacía en la nueva sociedad.

En pos de estos colonizadores, apareció el plantador del Sur, muy ilustrado, es cierto, pero también muy egoísta, a quien fue necesario arrancar a balazos las cadenas con que oprimía a los hombres, tras una guerra sangrienta y fratricida.

Entre todas las razas mencionadas, descollaron los habitantes del Norte, o los *nuevos ingleses*, como los llamó Smith por su origen británico. Este es el pueblo más demócrata de la tierra; el más admirablemente gobernado; el más moral e inteligente, el más confiado en sus propias fuerzas, y a quien por lo mismo basta una hoja de papel para explicar su organismo social, que entre los europeos no podría hacerse entender medianamente en centenares de volúmenes.

Observemos con rápida ojeada las virtudes que atesora esta raza amamantada en la libertad y obradora de milagros.

Las primeras ciudades fundadas en los Estados Unidos lo fueron por los españoles. Meléndez Avilés echa los cimientos de San Agustín, en 1565. Ponce de León enseña el camino de la Florida. Espejo erige a Santa Fe, en el mismo siglo, y en el siguiente se levanta Pensacola. A esto, y a la edificación de algunas fortalezas y templos de misioneros, se limitan los actos y derechos de España en esta parte de la América. La vasta monarquía de Felipe II empezaba a decaer; tenía ya demasiadas posesiones ultramarinas e iba además perdiendo la libertad, única semilla que se aclimata y fecunda en el nuevo hemisferio.

Fortificados los franceses en Acadia y en el Canadá, no logran conservar su conquista, ni menos la Luisiana, que descubre Marquette. Sólo los ingleses mantienen el centro de la colonización: establecen en Virginia, en 1607, la primera verdadera colonia, y ¿qué es al momento lo que hace esta raza eminentemente autónoma? Convocar una asamblea legislativa.

El segundo centro colonizador lo constituyen en Nueva Inglaterra algunos puritanos. A éste siguió otro grupo, que va a fijarse en Massachusetts, poniéndose desde luego a la cabeza de la civilización del país, por sus instintos de educación y por el establecimiento de escuelas, academias, imprentas y otros mil institutos de pública utilidad.

Esta parte del período colonial está llena de dificultades, embarazos y guerras con los indígenas. Sorpresas, emboscadas y espantosas matanzas, eran peligros a que se veían expuestas cada día las familias de los aventureros que aportaban al suelo americano, y que habrían sucumbido en la contienda, a no ser por la división, falta de armas e indisciplina de sus enemigos.

Después de este período de incesante lucha, viene la segunda época, que se distingue por frecuentes hostilidades entre Inglaterra y Francia, preludio de la gran guerra continental que emprende Guillermo III contra Luis XIV. En esta campaña vese siempre al francés confiar en los auxilios de la madre patria, y a los ingleses contar tan sólo con sus propias fuerzas.

Muchos años después aparece al occidente de Pensilvania, guiando tropas de Virginia en defensa de los ingleses, el héroe de la independencia americana, padre de la patria y modelo de ciudadanos. Retirado más tarde a la vida privada, el ilustre plantador de Mont-Vernon tiene que abandonar el hogar doméstico, cual otro Cincinato, para afianzar la independencia de su patria; para hacer de un pueblo de esclavos una nación libre y poderosa.

Las faltas y errores de la madre patria impulsaron la América a la libertad. Washington no era republicano, ni menos los miembros de la república; pero había en ellos honradez, patriotismo y abnegación, y de estas virtudes cívicas debía surgir una creación nueva, democrática y social. Los actos del Parlamento inglés contra sus colonias, imponiendo crecidos derechos a los azúcares y otros artículos de comercio; vendiendo los empleos de gobernadores y magistrados, con otras arbitrariedades de este género, fueron la chispa que hizo estallar la mina. Los colonos, sintiéndose con fuerzas suficientes para gobernarse a sí mismos, se sublevaron en masa como un solo hombre. La emancipación fue obra rápida. Aquel pueblo estaba ya maduro para la libertad, lo que no han logrado todavía muchas naciones de Europa, tan antiguas, que su origen se pierde en la oscura noche de los tiempos. Muy luego se celebra el congreso de Nueva York, donde aparecen nueve

colonias representadas; dos más prometieron adherirse, y las restantes, aunque silenciosas por el momento, miraron con extraordinaria simpatía el movimiento emancipador.

Reunida en Filadelfia la gran asamblea continental, pudo al fin escucharse la elocuente voz de Adams, representante de Massachusetts; de Jay, procurador de Nueva York y de Washington, diputado por Virginia. Inglaterra se opone a las reclamaciones de los colonos. En 1775 tiene lugar el primer choque de armas. La Georgia se une a los demás estados; Washington capitanea las tropas, y la Unión vence, se consolida, y da principio a esa vida propia, cuyo vigor ha asombrado al mundo. Concluida la guerra, vuelve el héroe a la vida privada, ocultando su grandeza en la modesta casita que aun puede verse a orillas del Potomac, pintada de blanco, como para simbolizar la pureza de corazón del que la habitaba.

Washington, aunque de origen privilegiado, aunque descendiente de realistas, oscurece con el brillo de sus virtudes republicanas a todos los Césares y grandes figuras de la historia romana. Él no pidió coronas a sus prosélitos: no elevó familias a la herencia perpetua de honores y dignidades. Peleó bizarramente por la libertad; rehusó las recompensas que le ofrecieron sus conciudadanos; se consagró al bien público, no por el interés que pudieran reportarle sus servicios, sino por practicar el bien, y un pueblo de demócratas y niveladores pone hoy agradecido al pie de sus estatuas esta sencilla inscripción, que es el más alto premio a que pueden aspirar los hombres: *Padre de la patria*.

Empero la obra no estaba terminada. La república tenía en su seno un cáncer, que la iba corroyendo lentamente: este cáncer era la esclavitud.

El edificio comenzado por Washington lo concluye su émulo Lincoln, patriota y mártir, como todos los que abrazan nobles y grandes causas en la humanidad. Para comprender la importancia del gran paso dado por el insigne Presidente en el camino de la civilización, basta saber, que poco después de la guerra de la independencia, sólo se contaban en los Estados Unidos trescientos mil siervos, y que en 1861 pasaban de *tres millones de hombres* los que gemían entre los duros hierros de la esclavitud.

Los personajes más ilustrados de la Unión desesperaban de acabar con la servidumbre. Según la opinión del Sur, el manifiesto destino de la América era extender el látigo por todo el continente. Lincoln lo quebró entre las manos de los déspotas cuando más erguido se encontraba el señorío del hombre sobre el hombre. Washington buscaba un medio para abolir la esclavitud: Lincoln lo encontró. La Unión había caído en manos de los señores del Sur, oligarquía sin corazón ni sentimientos: Lincoln les arrebató este poder tiránico, dando al país condiciones de vida propia, que le presentarán ante el resto del mundo como modelo de una nación bien gobernada.

El espectáculo que han ofrecido los norteamericanos al realizar tan grandiosa empresa, da la medida exacta de su virilidad y demás eminentes virtudes que les caracterizan.

En efecto, es admirable ver a hombres exclusivamente dedicados a los negocios, a un pueblo agricultor y comerciante por excelencia, sin ejércitos permanentes, sin generales asalariados, sin mas estímulo ni utilidad que la defensa de una causa justa, es admirable, repetimos, verle lanzar impávido al campo de batalla, admirando al universo con sus formidables legiones, con sus marchas y ataques, con sus ingenios y máquinas de guerra, con su humanidad para los prisioneros, con su benignidad para con los vencidos.

La Unión necesitaba este bautismo de sangre para regenerarse.

Los pueblos preocupados creen que no hay estado fuerte y respetable si no malgasta su vigor en grandes armamentos; si no sale de punta en blanco, cual paladín de la edad media, a quebrar lanzas con todos los rivales que le cortan el paso; si no oscurece el sol con el humo de la pólvora, y no deja sus campos sembrados de cadáveres. Pues bien: los norteamericanos han sabido ganar su puesto de caballeros; han hecho la guerra con energía admirable, y al terminarla, no han sido presa de ningún caudillo afortunado, ni esclavos de ningún César, ni patrimonio de ningún dictador, ni juguetes de ningún Napoleón. Llevaron a cabo la guerra más peligrosa, que es la guerra civil, elevada a una escala inmensa, desplegando todos los caracteres de las grandes naciones militares, arrojando ejércitos sobre ejércitos, tesoros sobre tesoros, y poniendo la suerte de las instituciones

republicanas en manos de generales trabajadores, capitanes salidos de la masa del pueblo, héroes que iban naciendo al vigoroso soplo del patriotismo. Forzoso es confesar que a las virtudes militares han superado las cívicas: en medio del estrépito marcial y del ardor de los combates, la estatua de la libertad se ha mantenido incólume sobre su trono augusto; las leyes conservaron su imperio, y los derechos legítimamente adquiridos, toda su integridad.

El orgullo de los déspotas y conquistadores quedó humillado al ver una contienda de titanes que no conmueve en lo más mínimo el orden civil, político ni social de la Confederación.

Shermann, Grant, Sheridan ciñen el lauro: llevan sus manos la vencedora espada, y no suben al Capitolio a recibir los honores del triunfo, ni se les ocurre ceñir a sus sienes una diadema imperial. ¿Dónde está ese estado mayor de capitanes ilustres que tantos días de gloria dieron a la república? Miradlos confundidos entre el pueblo, retirados al seno de sus familias, vueltos a sus tareas pacíficas e industriosas: unos ejerciendo el comercio, enseñando otros a la juventud; éste al frente de una fábrica de cerveza, aquel empleado como capataz de obreros en un modesto taller.

Grande, no hay que dudarlo, es la nación que ofrece estos ejemplos; pero más grande aun debe ser su satisfacción, al ver que no ha peleado para cazar hombres, ni para uncirlos al carro de un tirano. Ha empleado el hierro, es cierto; mas ha sido para destruir el hierro de la esclavitud, completando de este modo su magnífica obra de 1782.

Guiados por sí mismos los pueblos, nunca toman las armas como no sea en defensa de causas nobles y santas. En el pasado siglo pelean como héroes los norteamericanos por su independencia: en el presente se baten con indomable energía por abolir entre ellos la servidumbre.

La cuestión de la esclavitud estaba latente, y un día u otro debía ser causa de una guerra civil. El triunfo del Sur envolvía de hecho la consagración del despotismo como sistema de gobierno: al vencer el Norte, afirmó para siempre la victoria de la razón sobre la fuerza bruta, del derecho sobre el privilegio, de la libertad sobre la tiranía.

La Unión lo comprendió así, y todas las naciones respondieron a este sentimiento, mostrando la ansiedad con que seguían todas las fases de esa gigantesca lucha, en la cual se ventilaba una cuestión que no podía menos de afectar los intereses de la Europa entera.

Aquí debemos terminar estas ligeras consideraciones, encaminadas a preparar al lector para la historia que vamos a narrarle. Al emprender un trabajo de tal naturaleza, protestamos de las rectas intenciones que nos animan. La justicia y la imparcialidad guiarán solamente muestra pluma. Con ánimo tranquilo y despojada la mente de todo espíritu de partido o bandería, vamos a hacer una pintura fiel del pasado y presente de los Estados Unidos: el porvenir lo tiene Dios escrito en el gran libro do consigna el destino de la humanidad.[1]

---

1 Ignoro la autoría de esta Introducción, que quizás sea del traductor. La obra original —en las tres distintas ediciones inglesas que he consultado (1858, 1866, 1896)— sólo presentan un breve *Prefacio*, que reproducimos traducido aquí:

«Al presentar al público una nueva Historia de los Estados Unidos, se hace necesario pedir indulgencia al lector y hacer algunas observaciones preliminares respecto al objeto que se persigue con estos volúmenes, y con qué intención se reclama la atención de nuestros compatriotas.

»El único gran objetivo que me he propuesto ha sido presentar una narración veraz, imparcial y accesible sobre el origen, crecimiento y progreso de esta poderosa República que ahora ya se extiende de océano a océano, y que avanza, año tras año, a pasos agigantados, hacia un mayor poder e influencia entre la familia de naciones. Teniendo una firme y profunda convicción de la vigilancia y control por parte de la Divina Providencia en los asuntos de nuestra patria; sin tener más propósitos que la verdad y el derecho; sin teorías que establecer, ni opiniones partidistas ni deseos que satisfacer; honestamente me he esforzado por determinar cuál es la verdad, para luego exponerla tan clara y completamente como me ha sido posible dentro de los límites a los que estaba restringido. He evitado meras especulaciones sobre puntos históricos; el penetrar o pronunciarne sobre los motivos de los hombres y las naciones, más allá de lo que puede considerarse clara y justamente deducible de sus actos, lo he considerado de poco valor; y, en general, he preferido dejar que el lector inteligente saque sus propias conclusiones a partir de una presentación imparcial de los hechos y circunstancias del caso. No he escatimado esfuerzo para ser preciso y fiable; no he dejado de consultar obra alguna valiosa que estuviera a mi alcance; y, en todos los casos de dificultad o duda, he tratado cuidadosa y concienzudamente de comparar y examinar los varios relatos contradictorios, y de presentar al lector lo que parecía ser la mayor aproximación a la verdad que quizás, en las actuales circunstancias

las circunstancias, puede ahora alcanzarse.

»Sobre las diversas cuestiones en las que nuestros compatriotas siempre han estado, y muy probablemente siempre estarán, divididos pasionalmente, he tratado de exponer las opiniones de ambas partes y, en la medida de lo posible, en el lenguaje de los defensores de cada una, creyendo que ésta es la única manera justa y sincera de abordar temas controvertidos. A modo de ilustración, puedo tomarme la libertad de referirme a los puntos en disputa entre federalistas y demócratas; el tema de las mejoras internas; la cuestión del Banco de los Estados Unidos; el compromiso de Missouri; la cuestión de la esclavitud; etc. También puedo mencionar que en todos las cuestiones en disputa he dado referencias claras y precisas a las fuentes de autoridad de ambas posiciones, además de citar numerosos documentos oficiales; de modo que el lector que opte por examinar más ampliamente cualquier tema por sí mismo, puede hacerlo en la medida que desee.

»Sin embargo, no pretendo haber escrito todo lo que sigue en un estado de indiferencia respecto de los puntos en cuestión, cualesquiera que sean. Es absurdo suponer que, en un pueblo que goza de la más amplia libertad para escribir, hablar y exponer en cualquier forma que desee sus opiniones y puntos de vista, haya un solo norteamericano, de inteligencia ordinaria, que no tenga unas determinadas opiniones sobre cada uno de estos temas. Por tanto, confieso, sin dudarlo, que mis convicciones y simpatías están muy claras y arraigadas en mi propia mente. Norteamericano por nacimiento y educación, pretendo estar atento a todo lo que afecta el honor, el buen nombre y la gloria de mi país; y habiendo sido criado en una escuela antigua, por padres y abuelos directamente relacionados con la época heroica de nuestra República, tengo el sentimiento más profundo y sincero de la grandeza de los hombres y de la solidez de los principios de aquellos nobles patriotas, que lucharon en las batallas, que redactaron la Constitución, y que administraron el gobierno de nuestro país en sus inicios. Pero, aunque mantengo distintos puntos de vista políticos, sociales y éticos, me permito asegurar al lector que no olvido el deber de un historiador con respecto a asuntos como estos; no tengo ningún deseo de entrometerme en los puntos de vista y opiniones meramente personales de los demás; nunca lo he hecho, al menos conscientemente; y he sentido que es un deber, en todo momento, esforzarme por presentar a cada hombre y cada cuestión ante el lector de la manera justa. Sería impropio por mi parte aseverar hasta qué punto he logrado mis bien intencionados esfuerzos en este particular. Me conformo con dejar la decisión de la cuestión al juicio de quienes son competentes para decidir y quienes, no dudo, decidirán con sinceridad y justicia.

»Las autoridades en las que me he basado se mencionan con precisión a lo largo de los volúmenes. Las he utilizado libremente, pero no servilmente. He extraído de todas las fuentes todo lo que me pareció valioso e importante para el propósito que tenía a la vista; y he tenido especial cuidado en preservar el justo orden cronológico y secuencial de los acontecimientos públicos. En los aspectos principales de la narrativa, he seguido el consenso de escritores como Marshall, Ramsay, Pitkin, Grahame, Bancroft, Irving y similares; al mismo tiempo, no he dudado en formarme y expresar una opinión independiente, cuando parecía haber ocasión para ello; y he tratado de corregir, modificar o ampliar, en varios aspectos, donde las contribuciones especiales a nuestra historia proporcionaron los medios y requirieron tal curso.

»Que una obra, que abarca una extensión tan grande de tiempo y espacio y trata una variedad tan amplia de temas, esté libre de errores ocasionales, no es algo que pueda esperarse de nadie que sepa lo sumamente difícil que es evitar errores al escribir sobre temas históricos. Con todo el cuidado y la devoción que he dedicado a estos tomos, apenas me atrevo a enorgullecerme de que aquí y allá errores de prensa y errores de declaración u opinión no se hayan infiltrado y escapado a la observación. Sólo puedo esperar —lo cual hago con bastante confianza— que sean muy pocos y espaciados, y que ninguno tenga consecuencias materiales para el valor y la integridad de la historia.

»Respecto al aspecto general y ejecución de la obra, los volúmenes hablarán por sí solos. Los editores emprendedores, puedo decir en su nombre, han trabajado celosamente para asegurar el mejor servicio posible y presentar al público estadounidense una obra que, según ellos, no tiene igual en el espíritu y la belleza de sus ilustraciones y en la elegancia de sus ilustraciones. su tipografía.

LIBRO PRIMERO
Desde el descubrimiento de América hasta el advenimiento al trono de Inglaterra de Guillermo III.

1.
Primitivos viajes y descubrimientos (1492-1609)

Viajes de los hombres del Norte. Vinlandia. Cuáles eran los conocimientos que se tenían sobre esta materia en el siglo XV. Cristóbal Colón. Primeros años de su vida, su genio, sus trabajos y el éxito que tuvieron. Descubrimiento de la América. Origen de este nombre. Américo Vespucio. Viajes de Sebastián Cabot. Cortereal. Ponce de León. Verrazzanni. Cartier. Robertval. De Soto. Ribault, Meléndez, De Gourges. Champlain. Canadá, Acadia, Nueva Francia.

No parecerá inverosímil que el continente occidental pudiera haber sido visitado casualmente por algunos aventureros antes de la época en que Colón lo dio a conocer a la Europa. Las investigaciones recientes practicadas en las antigüedades americanas, parecen haber demostrado con bastante certeza el hecho de que, hacia el año 1000 de Jesucristo, algunos de aquellos atrevidos navegantes conocidos por hombres del Norte, descubrieron casualmente una parte del continente de América, que llamaron Vinlandia; y puede haber sucedido que hicieran repetidos viajes a aquel país y aun también que estableciesen colonias en el nuevo mundo. Empero este descubrimiento y las pocas o muchas visitas que hicieran a la región Vinlandia, no produjeron sensación en el mundo antiguo, y no tardó mucho en sepultarse en el olvido cuanto guardaba relación con los hombres del Norte y sus viajes; además, como lo hace observar justa y juiciosamente Mr. Wheaton, «no hay ni asomo siquiera de razón para creer que el ilustre genovés tuviese noticia del descubrimiento de la América del Norte, debido a los normandos cinco siglos antes de su época, aunque el hecho del descubrimiento aparezca en la actualidad auténticamente comprobado, por las investigaciones practicadas en los archivos de Islandia, a que hemos hecho referencia[2].»

Es positivo, cual lo sostiene Mr. Irving, «que al principio del siglo XV, cuando los más privilegiados entendimientos se preocupaban en buscar por todas partes las desparramadas luces de los conocimientos geográficos, reinaba entre los sabios la más profunda ignorancia respecto a las regiones occidentales del Atlántico: miraban con miedo y admiración aquellos extensos mares, que parecíanles ser los límites del universo, constituyendo un caos impenetrable a toda conjetura, y donde imposible fuera que osara aventurarse empresa alguna.»[3]

»Con estas breves observaciones y declaraciones introductorias, se somete a la consideración de nuestros compatriotas la presente Historia de los Estados Unidos. Sólo me atreveré, como última palabra, a expresar la esperanza de que el juicio favorable de muchos amigos y colegas, que me han animado con palabras amables durante varios años de trabajo, pueda ser confirmado por otros en cuyas manos este trabajo puede caer; y que sus méritos —los que sean— puedan satisfacer a todos los hombres buenos y veraces, y a todos los honorables amantes de nuestra tierra, tan favorecida.

»J. A. SPENCER.—Nueva York, marzo de 1858.» (Nota del editor digital.)

2 *Historia de los hombres del Norte, o sean dinamarqueses y normandos, desde los tiempos primitivos hasta la conquista de Inglaterra por Guillermo de Normandía*, por Enrique Wheaton, L. L. D., p. 31. El lector que desee más pormenores los encontrará en la obra de Wheaton, de cuya lectura quedará satisfecho; así como en las *Antigüedades Americanas* publicadas por el Profesor Rafin, en 1837.

Muy pocos eran los que en aquel tiempo se atrevían a pensar, ni aun en sueños, en lanzarse por el vasto y tempestuoso Océano; y no es probable que hubiera alma viviente que se imaginase nunca la existencia de aquellas vastas regiones, situadas más allá del Atlántico. Es positivo que muchos pensarían, y pensarían profunda y seriamente, en tales cosas; siéndonos permitido creer que muchos anhelasen conocer aquello, en que la simple suposición de que pudiera ser conocido con el tiempo por mortal alguno, casi se consideraba como una presunción temeraria. Empero no hubo ningún hombre que se determinara resueltamente y con una intrepidez inflexible, que no nos fuera dable apreciar en la actualidad, a arriesgarse en aquellos ignotos e intransitados mares, hasta que surgió el ilustre, entusiasta y magnánimo Cristóbal Colón, destinado a fijar su mirada en el Occidente, abriendo para siempre el paso al nuevo mundo.

Nació este grande hombre en la ciudad de Génova, hacia el año 1435, y tuvo dos hermanos y una hermana de menor edad. Sus padres, aunque pobres, pudieron costearle en la universidad de Pavía la enseñanza del latín, de la geometría, cosmografía, astronomía y dibujo. Rápidos y brillantes fueron sus adelantos en todas estas ciencias. Empeñado en seguir la profesión de marino, embarcóse a la temprana edad de catorce años, en compañía de un bravo capitán compatriota suyo, recorriendo con él, una tras otra, todas las partes del mundo entonces conocido.

Después de muchos años de aventuras y fortuna varia, en 1470 pasó Colón a Lisboa, ciudad que en aquella época, merced a la sagacidad y excelente política del príncipe Enrique de Portugal, estaba reputado como el primer puerto mercantil de Europa. Poco tiempo después, casó Colón con la hija de un distinguido marino, que falleciera algunos años antes.

Revolvíase en el activo y ardoroso espíritu de Colón, la idea de alcanzar las ricas y atractivas Indias Orientales, navegando directamente por el Océano occidental. Antes, las mercancías del remoto Oriente llegaban por tierra, siendo el viaje tan largo como caro y penoso. Si podía abrirse otro camino, especialmente por mar, y acortarse la distancia como generalmente entonces se creía posible en dirección occidental, era indudable que la nación que lograra buen éxito en la empresa, alcanzaría gran poderío e inauditas riquezas.

Colón estaba cierto de que, siendo la tierra esférica, quien arrumbase hacia el Occidente, llegaría con el tiempo a las regiones de Oriente, descubriendo también las islas o naciones que pudieran existir situadas entre Europa y Asia. Cuanto más reflexionaba sobre esta materia, mayor seguridad adquiría en sus ideas, y cuando ya hubo llegado a una conclusión terminante, ésta se fijó en su mente de un modo inalterable. Desde entonces, su único anhelo fue proporcionarse los recursos necesarios para hacer patente lo que había de verdad en sus convicciones, llevando a cabo la navegación por el Océano Atlántico, para descubrir la tierra de Cathay, o las más occidentales regiones del Asia. «Cosa singular es, en efecto —cual lo hace notar Mr. Irving—, cuán afortunadamente contribuyeron al buen éxito de esta grande empresa dos errores: la extensión imaginaria del Asia hacia el Oriente, y la supuesta pequeñez de la tierra; errores ambos en que incurrieron los más sabios y profundos filósofos, y sin los cuales, no obstante, hubiérase difícilmente arriesgado Colón a acometer semejante empresa.»[4]

Es positivo que el ilustre genovés ofreció primero sus servicios a Juan II, rey de Portugal; pero viéndose defraudado en sus esperanzas, y menospreciado por aquel soberano y sus consejeros, a lo cual se añadía la circunstancia de haber perdido a su mujer algún tiempo antes, tomó el partido, en 1484, de abandonar Portugal, llevando consigo a su hijo Diego. Trasladóse Colón inmediatamente a España, entablando sus pretensiones en la corte de Fernando e Isabel. Ni los enojosos años que trascurrieron, aguardando un resultado favorable a sus instancias en la corte del indiferente y calculador Fernando, ni la frialdad con que fue acogido, ni los desaires que recibió, ni los desdenes y sonrisas de desprecio de que fue objeto, ni las absurdas preocupaciones y la

---

3 *Vida y viajes de Colón*, por Irving, tomo I, pág. 20. Como prueba de la opinión antedicha, cita el autor un párrafo de Xeriff-al-Edrisi, distinguido escritor árabe, que es una elucidación esmerada de las miras y sentimientos de los hombres instruidos de aquella época.

4 *Vida y viajes de Colón*, por Irving, tom. I, pág. 53

presuntuosa ignorancia, con las cuales hubo de luchar, motivos todos suficientes para apurar la paciencia de un hombre menos resuelto y determinado que Colón; nada de esto, repetimos, pudo hacerle desmayar en su propósito, y jamás abandonó el gran proyecto que concibiera e intentaba llevar a cabo. Tanta constancia e intrepidez obtuvieron finalmente su justa recompensa.

«Recuerden, pues, los que estén próximos a acobardarse ante las dificultades con que tropiecen en la prosecución de alguna empresa grande y honrosa, que trascurrieron diez y ocho años desde que Colón concibió la suya, hasta que se vio habilitado para llevarla a efecto; recuerden que la mayor parte de aquel tiempo la pasó solicitando, casi sin esperanza, sumido en la pobreza, olvidado y ridiculizado; que consumió la primavera de su vida en aquella lucha, y que, cuando últimamente vino el éxito a coronar su perseverancia, frisaba en los cincuenta y seis años. Su noble ejemplo debiera servir de estímulo, para que nunca desmayasen en su propósito los que grandes empresas concibieran.»[5]

Gracias a los impulsos generosos de la magnánima Isabel, y al auxilio material de la familia de los Pinzones, Colón estuvo habilitado y pronto para embarcarse y emprender su arriesgado viaje, el viernes 3 de agosto de 1492.

Constaba la expedición únicamente de tres carabelas: la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*. Habiéndose salvado Colón de los violentos temporales que sufrió en su travesía, tuvo la inmensa satisfacción de descubrir tierra el viernes 12 de octubre de 1492. El gran misterio del Océano dejó de serlo para él; la teoría que para los hombres más entendidos y sabios no había sido sino objeto de despreciadora burla, quedaba triunfalmente establecida. Colón acababa de alcanzar una gloria tan duradera como lo fuera el mundo. La tierra descubierta era la isla de Guanahani, llamada actualmente Isla del Gato, una de las Bahamas[6], a la cual dio Colón el nombre de San Salvador, en señal de su agradecimiento al Todopoderoso.

No nos proponemos ahora hablar de los últimos e importantes viajes y descubrimientos de Colón, así como de la varia fortuna que en ellos le cupo; sólo añadiremos que la envidia, la calumnia, la injusticia y la crueldad, llenaron de amargura los postreros días de su existencia. Privado del honor de dar su nombre al nuevo mundo que había descubierto, y que tan justamente le era debido; perdidas las esperanzas de toda reparación, por haber acaecido en 1504 el fallecimiento de su protectora y constante amiga, la bondadosa reina Isabel, murió Colón en Valladolid el 20 de mayo de 1506, en paz con el mundo, y fortalecido cuando llegó su última hora por el consuelo y la esperanza que le ofreció la religión cristiana. El egoísta Fernando, mandó erigir un monumento para perpetuar su memoria, con este lema tomado de la cota de malla de Colón: *A Castilla y a León nuevo mundo dio Colón*.

Empero, semejante monumento en nada acrecentaba la fama de que gozaba ya aquel insigne hombre, y simplemente ha servido para trasmitir a la posteridad el carácter y proceder de Fernando, dándole a conocer como un rey insensible y desagradecido.

El nombre de América, que se dio a una parte del continente occidental, poco tiempo después de su descubrimiento, y que ya se ha hecho inalterable, provino de un viaje que emprendió y llevó a efecto un distinguido navegante florentino, llamado Amerigo Vespucci, quien escribió varias cartas en latín a Lorenzo de Médicis, de las cuales se imprimió una en 1505, siendo esta la primera de sus narraciones de viaje que vio la luz pública. Vespucci escribió otra también desde Lisboa, con fecha 4 de septiembre de 1504, dirigida a René, duque de Lorena, en la cual pretendía que él había descubierto el principal continente en 1497[7]. Ahora bien, como Vespucci era un hombre muy erudito y de superior ilustración, y su nombre corría públicamente enlazado con el nuevo mundo, como

5 *Vida y viajes de Colón*, por Irving, tom. I, pág. 118.

6 Mr. George Gibbs, en una interesante memoria leída ante la Sociedad Histórica de Nueva York, el 6 de octubre de 1846, presenta varias razones convincentes, que inducen a creer fuese la Isla del Gran Turco la primera en que tocó Colón. Este trabajo nos parece digno de ser examinado.

7 Mr. C. E. Lester (*Vida y viajes de Americus Vespucius*, págs. 9-18) arguye en favor del primitivo viaje, que pretendió aquel haber hecho en 1497; pero Mr. Irving ha refutado victoriosamente esta aserción, y su autorizado dictamen es el que hemos seguido en el texto. (Véase *Vida de Colón*, tomo III, págs. 333-335.)

descubridor del continente, por más que no fuese el primero que tocó en tierra firme, puesto que Colón, Cabot y otros le habían ya precedido, sucedió que un famoso cosmógrafo, Martin Waldseemüller, de Friburgo, patronizado por René, tuvo por conveniente, en 1507, dar el nombre de América al nuevo mundo. De las obras geográficas de Waldseemüller, quien se aplicó a sí propio el título *Hylacomylas*. formado del griego, llegaron a hacerse numerosas ediciones, y de este modo fue propagándose el nombre de América en casi todo el mundo civilizado, y así quedará, aunque acaso no habrá persona alguna que pueda comprimir un suspiro de pesar, recordando la injusticia de que fue víctima Colón.

El portentoso descubrimiento del nuevo mundo despertó en Inglaterra la afición a las empresas marítimas, y a uno de sus hijos pertenece sin duda la gloria de haber sido el primero que arribó al continente de la América del Norte. Todavía no había alcanzado Inglaterra la preeminencia en las expediciones navales que supo adquirir después. Largas guerras civiles habían agotado sus recursos e impedido el desarrollo de esa activa energía e intrépida perseverancia, que han sido desde entonces el carácter distintivo de los naturales de Inglaterra en el Océano. Empero, cuando se supo en aquel país lo que había hecho Colón, Enrique VII, monarca astuto y económico, se preparó desde luego para entrar en competencia por las posesiones que pudieran descubrirse en el nuevo mundo. Apresuróse, pues, a aceptar el ofrecimiento que le hizo Juan Cabot, mercader veneciano[8], residente en Bristol, de armar, equipar y tripular varios buques destinados a los descubrimientos que pudieran hacerse en cualquier paraje situado al norte de la derrota primitiva que trazó Colón. Así que, por real cédula firmada en Westminster, el 5 de marzo de 1496, quedó autorizado Cabot y sus tres hijos, Luis, Sebastián y Sancius, «para hacerse a la vela con dirección a todos los puntos, comarcas y mares del Oriente, del Occidente y del Norte, bajo nuestra bandera e insignias, con cinco bajeles, de cualquiera carga o cabida que sean, y con tantos marineros u hombres como quieran llevar consigo en dichos bajeles, a su propia costa y cargo, para buscar, descubrir y encontrar cualesquiera islas, comarcas, regiones o provincias de los salvajes idólatras e infieles, sean las que fueren, y en cualquiera parte del mundo donde puedan existir, y que hayan sido ignoradas antes de ahora de todos los cristianos.»[9]

Diose a la vela esta expedición, al mando de Sebastián Cabot, natural de Bristol, en Inglaterra, y el 24 de junio de 1497 descubrieron tierra, que era parte de la costa de Labrador, y la llamaron *Prima Vista*: vieron también una isla que denominaron Isla de San Juan, en conmemoración del día en que fue descubierta. Estaba «llena de osos blancos y de ciervos, mucho mayores que los de Inglaterra.»[10]

Frustrada su esperanza de encontrar un camino noroeste para pasar a la tierra de Cathay, o a las Indias, el país de los portentos y maravillas que refiere Marco-Polo, regresó Cabot a Inglaterra. No obstante, hizo un segundo viaje a América, del cual apenas quedan pormenores. Al efectuar el tercero en 1517, Cabot entró indudablemente en la bahía de Hudson, y llegó hasta los sesenta y siete grados de latitud norte; mas aterrada su tripulación ante la vista de inmensos bancos de hielo en el mes de julio, clamaron todos por el regreso, y aunque de mala gana, volvió Cabot a Inglaterra. A pesar de sus muchas y diversas aventuras, murió este insigne navegante en la ciudad de Londres, de edad bastante avanzada. Su vida ofrece una lección instructiva, que demuestra la inestabilidad de las grandezas humanas, pues aunque dio un continente a Inglaterra, ni se sabe la fecha de su muerte, ni el más humilde monumento indica donde yacen sus restos mortales.

---

8 Charlevoix (*Viajes, etc., en 1720*), hace presente una circunstancia relacionada con los primitivos descubrimientos hechos en América, que merece recordarse: «No puedo prescindir, dice, de hacer de paso una observación. Es muy glorioso para Italia que las tres potencias entre las cuales está repartida actualmente casi toda la América, deban a italianos sus primitivos descubrimientos: la España a Colón, genovés; la Inglaterra a Juan Cabot y sus hijos, venecianos; la Francia a Verrazzani, ciudadano de Florencia.» Sebastián Cabot, sin embargo, como lo consignamos en el texto, era natural de Inglaterra.

9 *Viajes y descubrimientos*, por Hakluyt, tomo III. pág. 6.

10 Véase *Vida de Sebastián Cabot*, por Haydward, pág. 8

En 1498, Vasco de Gama, bajo los auspicios del rey Manuel de Portugal, monarca hábil y emprendedor, dobló el cabo de Buena Esperanza, abriendo así un nuevo e importantísimo camino a los portugueses para dirigirse a las Indias. El mismo soberano mandó a Gaspar Cortereal con dos buques para que explorase el Océano hacia el noroeste. Este navegante recorrió unas setecientas millas, costeando las playas norteamericanas, y su única hazaña consistió en robar cierto número de niños indígenas, y llevárselos a Portugal como esclavos.

Juan Ponce de León, intrépido y antiguo guerrero español, y uno de los compañeros de Colón, había conquistado a Puerto Rico, enriqueciéndose con el trabajo que imponía forzosamente a los desdichados naturales del país. Pero viejo ya, y descontento de tener que perder el dominio sobre las posesiones que con tanto trabajo conquistara, dio oídos a la fábula de la fuente milagrosa, que según se contaba, restituía la juventud y el vigor a cuantos se bañaban en sus aguas. Partió, pues, inmediatamente en busca de ese prodigio de la naturaleza, y en el curso de su viaje, el domingo 27 de marzo, conocido entre los españoles con el nombre de *Pascua florida*, descubrió la península que separa el golfo de Méjico del Atlántico. Era entonces allí la hermosa estación de las flores, y tanto por esta circunstancia, como por el día en que vio la tierra, dio a la nueva región descubierta el nombre de Florida. De regreso de España, algunos años después, no le fue posible fundar allí una colonia, a causa de la hostilidad promovida por los indígenas, para vengar anteriores injusticias y desmanes.

Hacia la misma época, otro famoso capitán español, Vasco Núñez de Balboa, descubrió el Océano Pacífico. Tuvo lugar tan memorable acontecimiento en 26 de septiembre de 1513. Era este ciertamente uno de los más sublimes descubrimientos que se habían hecho hasta entonces en el nuevo mundo, y debió abrir, como dice Irving, «un campo ilimitado de conjeturas a los asombrados aventureros españoles, que desde la cumbre del monte contemplaban el anchuroso Océano, cuyas aguas resplandecían con el sol de la mañana.»

Al principio del siglo, los intrépidos marineros ingleses y franceses habían explotado con celo y buen éxito las productivas pesquerías de los bancos de Terranova. En 1504, unos pescadores de Bretaña descubrieron el cabo que llamaron Cabo Bretón. «Este comercio, que se extendió por la costa y banco de Terranova, dice Hildreth[11], formó el primer lazo que unió a la Europa con la América del Norte, y casi fue el único que existió entre ellas durante todo un siglo.»

Francisco I de Francia, aunque ocupadísimo en sus contiendas con el astuto y poderoso Carlos V de España y Alemania, no desconocía totalmente la importancia de prestar la debida atención a los descubrimientos y colonias en el nuevo mundo. En consecuencia de esto invitó al florentino Juan Verrazzani, para que explorase bajo su protección nuevas regiones en el ignoto Occidente. Con un solo buque, que llevaba por nombre el *Delfín*, zarpó aquel marino del puerto de Madera, y mandó luego al rey la narración de sus descubrimientos, primera que hasta entonces se escribiera, siendo notable por la delicadeza y claridad de sus descripciones:

«Tras una tempestad tan furiosa y terrible como nunca la habían sufrido los marineros, de la cual nos salvamos con el divino amparo y misericordiosa asistencia del Todopoderoso, y las inmejorables cualidades de nuestro barco, juntamente con la buena suerte de su afortunado nombre, proseguimos con próspero viento nuestro viaje occidental por el Norte, y en otros veinte y cinco días habíamos recorrido cuatrocientas leguas mas, cuando descubrimos una nueva tierra hasta entonces nunca vista, ni por antiguos ni modernos.» Era la baja y llana costa de la Carolina del Norte iluminada por la noche con grandes fuegos. Siguieron navegando por ella unas cincuenta leguas en busca de seguro puerto, y finalmente, anclaron y enviaron un bote a la playa. Quedáronse asombrados los naturales del país, que en el primer instante huyeron despavoridos a los bosques; pero luego se detuvieron, volviendo la vista para contemplar el barco y los marineros «con grande admiración», y viendo las amistosas señas que aquellos les hacían, se fueron acercando, «sorprendiéndose sobremanera de su traje, disposición y blancura.»

---

11 *Historia de los Estados Unidos*, por Hildreth, t. I. pág. 37.

Más allá de la arenosa playa, cruzada de ríos y brazos de mar, vieron los navegantes la comarca despejada, elevándose con muchos y vistosos campos, y valles poblados de lozanos bosques, algunos espesos y otros más claros, cuajados de diferentes árboles, tan gratos y deliciosos a la vista, como cabe imaginarlo. «Y no crea vuestra majestad —añade Verrazzani—, que estén, como las selvas de Hercinia, o los agrestes desiertos de la Tartaria y las costas del Norte, llenos de árboles sin fruto; sino que abundan en palmeras, laureles, altos cipreses y otras muchas especies desconocidas en Europa, que exhalan los mas suaves aromas a lo lejos de la playa.» Dice que no faltan en aquel terreno «drogas o especierías, y riquezas en oro, pues el color de la tierra lo denota.» Insiste en la exuberante vegetación, en las vides silvestres que se agrupan en el suelo o se arrastran formando ricos festones de uno a otro árbol, en las enmarañadas rosas, violetas y lirios, y en las hermosas y fragantes flores, distintas de las de Europa. Habla del ciervo de los bosques, así como de las aves que frecuentan los pantanos y lagunas de la costa, y después del rudo sacudimiento que sufrió en el proceloso Atlántico, siéntese sobremanera enajenado de gozo con la calma del mar, la mansedumbre de las olas, la hermosura del clima durante el estío, el aire puro, saludable y templado, la serenidad y nitidez del azulado cielo, «que si por un momento llega a nublarse con el viento del Sur, tarda poco en despejarse y recobrar su claridad y hermosura, disipándose todas las nubes.»

También fondeó Verrazzani en los puertos de Nueva York y de Newport, y costeó hacia el Norte hasta los cincuenta grados de latitud. Empero, del viaje de Verrazzani a América, no resultó colonización alguna.

El primer ensayo de colonización hecho por los ingleses, fue sumamente desastroso. Un mercader de Londres, asociado con otros, intentó formar una colonia en Terranova; pero a duras penas consiguieron librarse del hambre, y apoderándose de un barco pescador francés, que acababa de arribar, regresaron a Inglaterra.

En tanto que los españoles aumentaban incesantemente su poderío con sus proyectos y esfuerzos en la América del Sur, el almirante Chabot despachó a Santiago Cartier, hábil marino de San Maló, con el encargo de efectuar un viaje de exploración a la costa noroeste de América. Después de una rápida travesía, entró en una bahía, que denominó *De los calores*, a causa del excesivo calor que allí reinaba entonces; pero tardó poco en regresar a Francia. Al año siguiente, volvió Cartier con tres grandes naves y cierto número de colonos a visitar los sitios donde tuvo lugar la escena de sus primeros descubrimientos. Entró en el golfo el día de San Lorenzo, y por eso le dio este nombre, que es el que hoy lleva, y subiendo el río hasta la isla de Baco, actualmente Orleans, avanzó desde allí hasta Hochelaga, o Montreal. Cartier invernó en la isla de Orleans. Padeciendo mucho sus compañeros del escorbuto, se disgustaron con la perspectiva de la colonización, viéndose Cartier precisado entonces a volver a su patria, y para acreditar su descubrimiento, quiso llevar consigo a Francia algunos indígenas.

Pasados algunos años, Francisco de la Roque, señor de Rebertval, en Picardía, intentó colonizar la región de que venimos hablando. El rey suministró a Cartier cinco naves, asociándole a Robertval para que desempeñase el empleo de gobernador en el Canadá y en Hochelaya. Pero, tanto por demoras, como por mala inteligencia, se esterilizaron también esta vez los esfuerzos que hicieron, y la Francia abandonó por mucho tiempo toda tentativa ulterior para fundar colonias en la América del Norte. Sin embargo, en época posterior, lo que se había hecho sirvió de fundamento a reclamaciones de pertenencia, promovidas por la Francia, respecto a algunas regiones situadas al norte del continente americano.

La desastrosa intentona de Narváez, en 1528, para conquistar y posesionarse de la Florida, no arredró a otros de ánimo atrevido, que se esforzaron con el propio objeto. Fernando de Soto había sido uno de los más distinguidos compañeros de Pizarro, y el principal instrumento en la anexión a España de las auríferas regiones del Perú; pero en aquella conquista la parte que le cupo fue secundaria: en otro recayó la principal recompensa. Entonces aspiró a encontrar una comarca, de cuya conquista reportase él solo toda la gloria. Carlos V estaba enteramente dispuesto a satisfacer

sus deseos: nombróle Adelantado de la Florida, pudiendo acumular el destino de gobernador general con el de comandante en jefe. En mayo de 1539, zarpó Soto de la Habana, con seiscientos hombres en la flor de su edad, cierto número de sacerdotes, además de los marineros, y más de doscientos caballos, con una piara de cerdos. Arribaron el 30 de mayo a la bahía del Espíritu Santo, en la costa occidental de la Florida, donde desembarcaron trescientos hombres y sentaron sus reales; pero al romper el alba siguiente, fueron atacados por un numeroso cuerpo de indígenas, viéndose precisados a retirarse.

Habiendo andado algunos centenares de millas por entre innumerables poblaciones indianas, llegaron a Mavila, pueblecito encerrado en una cerca o empalizada, y próximo a la embocadura del río Mobile. Disgustados los habitantes con los extranjeros, y provocados por algunos ultrajes inferidos a uno de sus jefes, trabaron un sangriento combate, en que perecieron dos mil indígenas y unos veinte españoles. Gran número de estos murieron luego de resultas de sus heridas: también tuvieron una pérdida de cuarenta caballos. El lugar fue incendiado durante el combate. Después de aquel reñido encuentro, se retiró Soto a Chicaza, especie de aldea en el país de los Chickasaws, donde permaneció hasta marzo de 1541. Su ejército volvió entonces a emprender la marcha por el territorio indio, y tras muchas desgracias y con grandísimo desaliento, fue Soto el primero que vio el Mississippí, hacia los últimos días de abril del mencionado año, calculando que estaba a unos treinta y cinco grados de latitud. Soto cruzó el río, y persistió en nuevas tentativas para descubrir la riqueza y magnificencia que le habían hecho emprender el viaje, suponiendo encontrarlas en la Florida; pero todo fue inútil. Apesadumbrado por el convencimiento de su total fracaso en la empresa, se abatió de tal modo, que murió el 25 de mayo de 1542.

«Para ocultar su muerte, envolvieron su cuerpo en una capa, y en el silencio de la noche lo sumergieron sigilosamente en medio del río. El descubridor del Mississippí yacía bajo sus aguas. Había recorrido gran parte del continente en busca de oro, y lo más notable que encontró fue el sitio de su sepultura.»[12] Los restos de esta decantada expedición, cuyo número no ascendía ya sino a menos de la mitad de los que se habían embarcado en un principio, bajaron navegando por el Mississippí hasta su embocadura, y en septiembre de 1543, llegaron a una colonia española, próxima al sitio donde hoy se eleva Tampico.

Desde entonces, quedó abandonada la Florida. No se había conseguido ninguna colonización, ni tampoco habían ocupado en ella localidad alguna los españoles, y sin embargo, con el nombre de Florida reclamó España todo el litoral de América hasta la altura de Terranova. Su primera colonia efectiva provino del cruel odio y del fiero celo de persecución que caracterizaba en aquella época en el continente, tanto a los católicos como a los protestantes.

El ilustre y excelente almirante Coligny, uno de los mas hábiles caudillos entre los protestantes franceses, deseaba encontrar un asilo en América para los perseguidos hugonotes. Así que, habiéndose malogrado una expedición al Brasil en 1555, aprestó él otra nueva, que fue sancionada por el devoto, pero débil Carlos IX, y dio el mando de ella a Juan Ribault, de Dieppe, experto marino y decidido protestante. Constaba la expedición de dos buques, con numerosa tripulación, llevando además algunos individuos en clase de colonos. En mayo llegó Ribault a la costa de la Florida; entró en un abra espaciosa que denominó Port-Royal, y construyó un fuerte, al que dio el nombre de Carolina, que es el que conserva todavía, bien que la primitiva colonia pereciera. Allí quedaron veinte y seis personas para fundar la colonia, en tanto que Ribault volvía a Francia en busca de provisiones y recursos de toda especie; pero habiendo cundido el desaliento entre los colonos, resolvieron apresuradamente abandonar su intentado establecimiento; se promovió un motín en que fue muerto el comandante, y casi extenuados de hambre y de miseria, fueron recogidos por un buque inglés, y desembarcados, parte en Francia, y el resto en Inglaterra.

Cuando Ribault llegó a Francia, la encontró ardiendo en discordias y en guerra civil, de tal suerte, que no pudo obtener por el pronto los auxilios que necesitaba. Empero, habiéndose ajustado

12 *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, tomo 1, pág. 57.

una especie de paz, en 1564, reiteró Coligny sus instancias, consiguiendo se aprestasen tres naves, que salieron al mando de Laudonniére, compañero de Ribault, los cuales desembarcaron en junio a orillas del Mayo, donde construyeron una fortaleza. A consecuencia de muchos motines que ocurrieron, se embarcaron algunos colonos para emprender expediciones de piratería, y en ellas apresaron dos buques españoles, siendo así ellos los primeros agresores en el nuevo mundo. La grande escasez de alimentos y provisiones de todo género, hizo que estuvieran ya a punto de abandonar su establecimiento, cuando el desacreditado sir John Hawkins, dedicado al tráfico de esclavos, vino a socorrerlos. Entre tanto llegó Ribault en el mes de agosto, con abundante acopio de provisiones de todas clases.

Distaba mucho, sin embargo, la colonia de contar con perfecta seguridad. Un valiente y generoso soldado, Pedro Meléndez, obtuvo permiso del rey de España, Felipe II, para conquistar y ocupar la Florida, así como para arrojar de ella a los franceses, tanto por intrusos, como por herejes. «¡Muerte a los hugonotes!» era su clamor de guerra; y con trescientos soldados y unos dos mil voluntarios, zarpó de las costas de España la expedición en el mes de julio, y aunque debilitada por la violencia de una tempestad, Meléndez no quiso detenerse en Puerto Rico, sino que, ansioso de deshacerse cuanto antes de sus enemigos, diose a la vela con rumbo a la costa de la Florida.

El caudillo español vio tierra el 28 de agosto, día de San Agustín, y a la ensenada y puerto en que entró dos días después, les dio el nombre de San Agustín. La ciudad que fundó allí con este nombre subsiste todavía, y aunque no muy grande y populosa, cuenta cuarenta años más de antigüedad que todas las demás de los Estados Unidos.

No tardó mucho Meléndez en dar con la colonia francesa. Al divisarle los que tripulaban las naves de Ribault cortaron repentinamente los cables, e hiciéronse a la mar; pero estalló un furioso temporal, y los buques franceses que habían salido para atacar a los españoles, se dispersaron y fueron arrojados a la playa. Meléndez partió por tierra de San Agustín, atravesando bosques y pantanos; sorprendió la fortaleza francesa, y acuchilló indistintamente a hombres, mujeres y niños. Algunos pocos se refugiaron en los bosques, y habiendo hallado dos pequeñas embarcaciones en el puerto, después de muchas y crueles penalidades, llegaron por fin a Bristol, donde desembarcaron. Empero, Ribault y sus compañeros de naufragio, casi pereciendo de hambre, se habían encaminado a la fortaleza, que encontraron ya en poder de los españoles. Fiándose en la palabra de honor de Meléndez, se entregaron a él, siendo asesinados cerca de San Agustín, con circunstancias de la más repugnante barbarie, pues colgaron de un árbol muchos miembros mutilados de las víctimas, con la siguiente inscripción: «No se les castiga por franceses, sino por herejes y enemigos de Dios.»

Cuando se supo en Francia tan horrible ultraje, excitó la noticia un sentimiento general de pesar y de ira, no menos que un vehemente deseo de venganza. En vano invocaron a Carlos IX, dirigiéndole sus súplicas las viudas y los huérfanos de los que habían perecido, para que exigiese del monarca español pronta justicia contra los asesinos de sus vasallos.

Poco tardó en levantarse un vengador. Domingo de Gourges, valiente gascón, resolvió sacrificar su persona, sus bienes y fortuna para conseguir el desagravio de un modo señalado y terrible. No sin mucho trabajo logró proporcionarse los recursos necesarios para equipar tres pequeñas embarcaciones, y tripularlas con ochenta marineros y ciento cincuenta soldados; cruzó el Atlántico, y costeando la Florida, desembarcó a orillas de un río distante unas quince leguas del Mayo. Los españoles, en número de cuatrocientos, estaban bien fortificados, principalmente en el gran fuerte que empezaran a construir los franceses, y que ellos terminaron después. Dos leguas mas abajo, hacia la boca del río, habían levantado dos fortines, defendidos por ciento veinte hombres, perfectamente provistos de artillería y municiones. Gourgues, aunque informado de su fuerza, avanzó con resolución, y auxiliado por los indígenas, dio un vigoroso asalto a la plaza. De sesenta españoles que había en el primer fuerte, solo quince lograron escapar con vida: los del segundo perecieron también. Del tercer fuerte salió una compañía, que fue arrollada y destruida, en términos que todos sus soldados quedaron tendidos en el campo de batalla. Entonces les fue fácil a los franceses apoderarse de la última fortaleza. Los españoles que sobrevivieron, quedaron

prisioneros, con los quince que se libraron de la matanza en el primer fuerte. Los vencedores lleváronlos consigo, y los colgaron de las ramas de los mismos árboles en que tres años antes estuvieron colgados los franceses. Gourgues, en desquite del cartel que había fijado Meléndez en el lugar de la ejecución, dejó otro sobre los cadáveres de los españoles, con la siguiente declaración: «No se les ahorca como a españoles o marineros, sino como a traidores, piratas y asesinos.»

Habiendo arrasado los tres fuertes, y no encontrándose con fuerzas suficientes para, permanecer en el país, Gourgues regresó a Francia en mayo de 1568. Tal fue el término de los esfuerzos hechos por los protestantes franceses para fundar una colonia en la Florida. A haber sido la Francia bastante poderosa y previsora para proteger a sus hijos en esta tentativa, habría podido crear a muy poca costa un floreciente imperio en el Sur, antes que la Inglaterra hubiera ocupado allí un solo palmo de terreno. Empero, no lo hizo así, y en su consecuencia, España conservó todos sus derechos a la indisputada Florida.

Las largas y sangrientas luchas entre protestantes y católicos, que desolaron la Francia durante la segunda mitad del siglo XVI, fueron el principal obstáculo que se opuso a aquella nación para que llevase a efecto con buen éxito ninguna tentativa de colonización en el nuevo mundo.

El advenimiento al trono de Enrique IV, su abjuración del protestantismo, y especialmente la promulgación del edicto de Nantes, que aseguró la libertad civil y religiosa a los hugonotes, restablecieron la paz y la prosperidad en Francia. La prudente y hábil administración de Sully fomentó las artes, la industria y el comercio. Confirióse al marqués de la Roche, en 1598, la comisión de posesionarse del Canadá y otros países comarcanos, «que no hubieran sido poseídos por ningún príncipe cristiano»; pero fracasó completamente la empresa.

Al fallecimiento de la Roche, Chauvin, oficial de marina, y Pontgravé, comerciante de San Maló, emprendieron, con grandes utilidades, el lucrativo comercio de peletería, sin que por entonces hiciesen nada en punto a colonización.

En 1603, formóse en Ruan una compañía de comerciantes, organizando al momento una expedición, que salió al mando de Champlain, oficial hábil y experimentado.

Este hombre célebre, después de un maduro examen en su esmerada exploración, eligió el sitio que hoy ocupa Quebec, como el mas a propósito para erigir una fortaleza.

En aquel mismo año se otorgó una patente al célebre De Monts, caballero hugonote y gentil-hombre de cámara del rey, concediéndole la soberanía de la Acadia, desde los cuarenta hasta los cuarenta y seis grados de latitud norte, es decir, casi desde la latitud de Filadelfia hasta el Cabo Bretón, al norte, juntamente con el monopolio fuerzos por establecer el dominio de sus del comercio de peletería.

En 1604 zarpó para su destino la expedición, compuesta de cuatro buques. Poutrincourt, oficial de la misma, obtuvo permiso para permanecer en el puerto, al que dio el nombre de Port-Royal, actualmente Annapolis.

Champlain, después que hubo explorado la bahía de Fundy, descubrió un río, al cual apellidó de Saint-John (San Juan), y eligió localidad para una colonia en la isla Sainte-Croix, situada en el río del mismo nombre. Empero, la localidad no era muy útil al intento, y en la primavera del año siguiente tuvo que trasladarse la colonia a Port-Royal.

Esta fue, en rigor, la primera colonia que establecieron los franceses en el continente americano.

Las hostilidades de los indígenas en la costa, hacían bastante peligrosa toda tentativa de colonización en las cercanías del Cabo-Cod; pero durante los diez años que siguieron a la fundación de este establecimiento, lograron los jesuitas convertir a muchos de aquellos naturales al catolicismo, dulcificando de este modo sus costumbres agrestes y feroces, y haciéndoles mirar con menos prevención a los europeos.

Cuando se hubo revocado el privilegio concedido a De Monts, una compañía de comerciantes de Dieppe y San Maló fundó la ciudad de Quebec. Debióse este suceso a Champlain, quien no solo proyectó la citada fundación, sino que también exploró en el año siguiente y fue el primero que

penetró en el hermoso lago que lleva hoy su nombre, y que eternizará su memoria. Este hombre perseverante y enérgico, estuvo sujeto a duras pruebas, y padeció horribles aflicciones que paralizaron sus esfuerzos por establecer el dominio de sus compatriotas en el *Saint-Laurence*, muriendo, finalmente, en el año 1635.

A consecuencia de las exploraciones llevadas a cabo por Champlain y otros compatriotas suyos, los franceses alegaron su derecho al extenso territorio comprendido en la América interior, que juntamente con el Canadá y la Acadia, tomó el nombre de *Nueva Francia*.

Al terminar el presente capítulo, en el cual hemos procurado trazar un bosquejo de algunos de los primitivos viajeros y descubridores, a quienes las generaciones venideras deberán un inmenso agradecimiento, nos parece oportuno citar las siguientes palabras de Bancroft: «Tales fueron los viajes que mostraron la senda que había de seguirse para la colonización de los Estados Unidos. La osadía y destreza desplegada en el Océano por los primitivos aventureros, merecen la más profunda admiración. Ignorábase completamente cuáles eran las dificultades que se ofrecían para cruzar el Atlántico, y se requería sumo valor para arrostrar los peligros que abultaba más y más la ignorancia. La índole de los vientos y corrientes reinantes era totalmente desconocida. La posibilidad de hacer una travesía directa, no fue descubriéndose sino gradualmente. Los peligros imaginarios eran infinitos, y grandísimos los verdaderos. Los bajeles empleados en un principio para el descubrimiento, medían por lo común menos de cien toneladas. Frobisher navegó en uno de ciento veinte y cinco solamente. Dos de las carabelas de Colón carecían de puentes, y tan arriesgados se consideraban entonces estos viajes, que antes de embarcarse los marineros, acostumbraban practicar solemnes actos de devoción, cual si se preparasen para la eternidad. El terror que inspiraba el Océano, no carecía de fundamento. Colón naufragó dos veces, y una de ellas permaneció ocho meses en una isla, sin comunicación alguna con el mundo civilizado. Hudson fue arrojado en un esquife, y abandonado a merced de las olas, por una tripulación amotinada y exasperada con los padecimientos. Willoughby pereció de frío; Robertval, Parmenius, Gilbert y muchos otros, se fueron a pique. Tal era el estado de la náutica, que la mayor intrepidez y habilidad eran impotentes contra los elementos, sin el auxilio y amparo del cielo.»[13]

2.
Los aborígenes de América (1492-1600)

Origen de la palabra indio. Razas anteriores. Antigüedades americanas. Caracteres generales de las tribus indias. Carta de Colón. Usos y costumbres. Gobierno, leyes, jefes y sacerdotes. Ley del Talión. La guerra como ocupación preferente de los indios. Sus mujeres. Número de habitantes. Cuáles eran los dialectos que hablaban. Memoria de Mr. Schoolcraft. Insinuaciones proféticas. Cómo consideraban los europeos los derechos de los indios. Fallo del Tribunal Supremo. Origen de las dificultades que surgieron.

Cuando Colón hubo logrado demostrar la verdad de sus opiniones, por tanto tiempo y tan afanosamente sostenidas, respecto a la existencia de tierras por descubrir navegando hacia el Occidente, supuso que había llegado al tan decantado Cathay, o a las Indias orientales; y como este error natural quedó sin corregir por el ilustre navegante, resultó de ahí que se llamase indios a los habitantes de las islas y principales regiones de América. Este nombre ha sido sancionado por el tiempo y la costumbre, para designar los naturales del país en la época en que Colón y sus sucesores arribaron al nuevo mundo, usándolo igualmente para los descendientes de aquellos primitivos habitantes, y a pesar de su notoria impropiedad, es demasiado tarde para sustituirle con otro más significativo y verdadero.

---

13 *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, tomo I, pág. 115.

Antes que prosigamos la historia de la colonización gradual de América, y de las numerosas cuanto sangrientas contiendas habidas entre los recién llegados y los que éstos hallaron en posesión del país, no parecerá fuera del caso dedicar aquí algún espacio a tratar de los aborígenes del continente occidental, y en especial de los de la América del Norte.

Sin entrar en discusión respecto a la procedencia de las primeras gentes que se establecieron en América, cuestión más curiosa que de utilidad, es positivo que las tribus indias esparcidas por el país descendían de una raza que desapareciera siglos antes del descubrimiento del nuevo mundo por Colón. Las numerosas antigüedades descubiertas en varios puntos del suelo americano, no permiten dudar que hubo en otro tiempo un pueblo culto y civilizado. que ocupó la extensa superficie de aquel continente; pero la fecha de su ocupación es tan remota, que todo rastro de su historia, progresos y decadencia yace sepultado en la más profunda oscuridad. La naturaleza, en la época en que arribó Colón, había afianzado su primitivo dominio sobre la tierra. Las selvas ostentaban toda su frondosidad y lozanía salvajes, obra de muchos siglos. No existía nada que denotase quiénes y cómo eran los primeros que vivieron, amaron, trabajaron y murieron en el continente de América. Las tribus indias no podían dar razón de sus antecesores: era completa su ignorancia en la materia, y es probable que haya de quedar siempre dudosa, si no del todo inexplicable, semejante cuestión.

Respecto a los indios, bastará por ahora hacer observar que no tardaron en descubrirse muchos puntos de semejanza entre las diversas tribus que poblaban aquellas regiones. Todos tenían la piel del mismo color rojo; el pelo negro, ralo y erizado; muy poca o ninguna barba; los pómulos salientes, las quijadas muy abultadas y la frente estrecha y ladeada. Su cuerpo, dotado de soltura en todos sus movimientos, era flexible, ágil, y no carecía de gracia en ciertos casos; pero en cuanto a fuerza muscular, parecían inferiores a los europeos. Sus facultades intelectuales estaban también más limitadas, y sus sentimientos morales menos vivos, por falta de cultura. Lo que parecía caracterizarles era cierta inflexibilidad de organización, que los incapacitaba para recibir ideas ajenas, o para amalgamarse con naciones más civilizadas, constituyéndolos, en suma, en un pueblo indomable, aun cuando fácilmente pudiera ser vencido. A esta peculiar organización se amoldaba el carácter de su condición doméstica y social.

En una carta dirigida a Fernando e Isabel, se expresaba Colón con entusiasmo respecto a los naturales del país, que encontró en su primer viaje. «Juro a vuestras majestades, decía, que no hay gente mejor en el mundo que ésta, ni más afectuosa, afable y benigna. Aman al prójimo como a sí mismos: su lenguaje es el más dulce, el más suave y el más cariñoso; pues siempre hablan sonriéndose, y aunque andan desnudos, créanme vuestras majestades, que sus costumbres son muy morigeradas, y su rey, a quien sirven con sumo respeto, tiene modales tan atractivos, que da gusto verle, así como considerar la gran facultad retentiva de este pueblo y su afán por saber, que les incita a averiguar las causas y los efectos de las cosas.»

Un trato más íntimo con los indios dio a conocer sus moradas, que eran las más sencillas y rústicas. En algún sitio ameno, a orillas de un río o de un manantial que fluyera mansamente, levantaban y agrupaban sus *wigwans*, construidos con cortezas de árboles, y hechos de modo que podían deshacerse para trasladarlos a otra localidad. Las viviendas de sus caciques eran a veces más espaciosas, y construidas con más esmero, bien que con los mismos materiales. Solían cercar sus aldeas con empalizadas, que les servían de defensa. Dormían sobre pieles, que se proporcionaban cazando, y aunque se alimentaban principalmente de caza y pesca, no pudiendo contar de un modo seguro con estos recursos, concibieron la idea de sembrar y cultivar maíz en una limitada extensión de tierra, alrededor de sus chozas; pero como eran inconstantes en su trabajo, se vieron frecuentemente expuestos a los rigores del hambre. Cuanto necesitaba una familia, lo producía y confeccionaba ella misma, siendo apenas conocido entre ellos el cambio de artículos de comercio.

Rigurosamente hablando, no podía decirse que los indios tuvieran gobierno ni leyes. Las cuestiones de público interés, referentes a la guerra, la paz, la permuta de tierras, de caza, o cosas parecidas, se discutían en junta general de toda la tribu, en que tomaban parte así los jóvenes como los ancianos, y el orador que más deslumbraba con sus discursos, o el más renombrado de sus

guerreros, eran por lo general los que hacían prevalecer su opinión en el consejo. Los jefes llegaban a serlo entre ellos, por su mérito superior, por su consumada pericia en la guerra, y en manera alguna por nombramiento, cual se acostumbra en las naciones civilizadas. Desempeñaban su autoridad como mejor podían; pero sin que les fuera dable compeler a nadie a la obediencia. La más poderosa influencia a que los indios se sujetaban, era la que sobre ellos ejercían los que tenían la habilidad de explotar su ignorancia y credulidad. Del propio modo que todas las tribus bárbaras, eran muy supersticiosos, y sus sacerdotes o médicos, no sólo eran temidos sino obedecidos en todo por los indios. Con arreglo a estas circunstancias, variaban las tribus en sus formas aparentes de gobierno. Las unas estaban sujetas al despotismo espiritual; parecíanse otras a una pequeña monarquía; dominaba en algunas la oligarquía, y en otras la democracia, ejerciendo en casi todas la mayor autoridad los principales guerreros.

En caso de disputa o disensión, cada indio se atenía a la ley del talión, y casi siempre no contaba sino consigo mismo para alcanzar el desagravio de las injurias recibidas. Sangre por sangre, era la regla establecida, y los parientes del que había sucumbido en la pelea, estaban en la obligación de vengar con sangre su muerte. Este principio dio lugar, como cosa corriente, a innumerables y sañudas contiendas, y a veces aun a guerras de exterminio. La guerra era la gloria y el deleite de los indios; mas no una guerra hecha en la grande escala de pueblos más civilizados, sino una lucha a muerte, en que la destreza individual, el sufrimiento, la ostentación y la crueldad, eran los principales requisitos para alcanzar el triunfo. Cuando el indio trataba de vengarse, era capaz de hacer los mayores sacrificios, mostrando una paciencia y perseverancia verdaderamente heroicas; pero al cesar el estímulo que le había incitado, volvía a caer en su estado de indiferencia y ociosidad habituales.

En los intervalos de los conatos de venganza que más le estimulaban, empleaba su tiempo en el adorno de su persona, con todo el refinamiento que pudiera prestarle la combinación de los colores y de las plumas; en la fabricación de sus armas, que eran la clava, el arco y flechas, y en construir sus canoas de corteza de árbol, tan ligeras, que podían cargarlas en hombros para llevarlas de un río a otro. Sus diversiones eran bailes guerreros y cantos, así como ejercicios atléticos, la narración de sus proezas, o bien escuchar los discursos de sus jefes; pero durante largos períodos de su existencia permanecían en cierto estado de entorpecimiento, contemplando negligentemente los árboles de los bosques, las nubes que parecían mecerse encima de su cabeza, y esta ociosidad imprimía una gravedad habitual y aun cierto sello de dulce melancolía en su aspecto y en todo su porte.

Cual sucede en casi todos los pueblos donde no ha penetrado la antorcha de la civilización, los más rudos trabajos entre los indios recaían en las mujeres: ellas sembraban y recogían las cosechas; fabricaban esteras y cestos; llevaban cargas pesadas, y en una palabra, su condición no se diferenciaba de la de las esclavas. El matrimonio era principalmente negocio de ajuste y venta, dando el marido regalos al padre de la novia, y tarde o temprano, impelido por su capricho o por un pretexto cualquiera, degradaba a la esposa, rebajándola a servir de mera criada en la casa. Los indios tenían muy pocos hijos, y estaban sujetos a muchos y crueles ataques de enfermedades. El hambre y la peste acabaron a veces con tribus enteras.

A causa de sus hábitos de emigración, de sus continuas guerras, de su escasa propagación, del riesgo que corrían de perecer de hambre y de su propensión a fatales enfermedades, Mr. Hildreth se inclina a creer que desde el descubrimiento de la América, el total de la población india al Este de las Montañas Rocosas (*Rocky Mountains*), nunca ha excedido, si es que ha llegado, a trescientas mil almas.

Los dialectos de las diversas tribus esparcidas en el inmenso territorio de la América del Norte, se reducían a cinco clases o subdivisiones. El mas extensamente difundido de estos cinco lenguajes, llamado el *algonquino*, según una de las tribus del Canadá, de la cual los misioneros franceses fueron los primeros que le aprendieron, es sumamente áspero y gutural, con pocas vocales, y palabras cuya extensión desmedida es intolerable y ocasionada por formas gramaticales

muy complicadas, expresándose frecuentemente una frase entera con una sola voz, por medio de partículas especiales. Verdad es que este carácter es común, en mayor o menor grado, a todos los idiomas americanos, y sirve para distinguirlos de los dialectos del mundo antiguo.

Las tribus que hablan el algonquino se extendieron desde la bahía de Hudson, mas allá del Chesapeake, y al sudoeste del Missisipí y del Ohio. Encierran en sí varias confederaciones formidables los *hurones*, los *iroqueses*, los *eries*, y otras establecidas cerca de los lagos Erie y Ontario, que ocupan todos los sitios de donde fluyen las aguas superiores de los manantiales occidentales, tributarios del Chesapeake. Entre ellas hay pueblos que hablan distinto lenguaje, menos gutural y mucho mas sonoro, llamado el *wyandot*, según una tribu que habita en la playa norte del lago Erie. El *cherokee* es peculiar de una confederación de este nombre, establecida durante varios siglos en los valles del norte de la gran cadena del Allegany, de los cuales no han sido expulsados sino recientemente. El nombre común de *mobilian* incluye los dialectos muy parecidos de los *choctaws*, *chickasaurs* y *creeks*, o *muscogees*; los de los *appalachees* y *yamassees*, antiguos habitantes del valle del Bajo Missisipí, y los que se hablan desde allí hasta el pie de los montes Allegany, por la parte Norte, y aun a mayor distancia.

Comparados con los lenguajes del Norte, el *cherokee* y el *mobilian* son suaves y eufónicos, y abundan en vocales, lo que indica la larga y continua influencia del clima meridional. El número de sílabas del *cherokee* es muy limitado, circunstancia de la cual ha sacado partido recientemente un individuo de aquella tribu, sin instrucción alguna, pero muy ingenioso, para inventar un alfabeto silábico, por cuyo medio se escribe y lee el cherokee con extraordinaria facilidad. Poco sabemos del primitivo estado de las tribus errantes que habitaban las praderas occidentales del Missisipí; pero el *dacotah*, o el *sioux*, que continúan hablándose en gran variedad de dialectos, han sido probablemente, por espacio de muchos siglos, el lenguaje que prevaleció en aquella región.

Los *catawbas*, que dieron su nombre a un río de la Carolina, y que ocuparon en un principio un extenso territorio adyacente; los *uchees*, en el Savannah, sometidos a los *creeks*; los *natches*, pequeña confederación del Bajo Missisipí, enclavada en el centro de los *choctaws*, hablaban, según parece, lenguajes peculiares, y no hay duda que existían otros casos análogos entre las diversas tribus esparcidas en tan vasto territorio. En cuanto a los dialectos occidentales de que se servían en los Montañas Rocosas, apenas si sabemos cosa alguna.

Mr. Schoolcraft, en una memoria interesantísima, leída ante la Sociedad Histórica de Nueva York, en noviembre de 1846, atribuye a la raza roja que habitaba en las latitudes equinocciales del continente de América, grandísima antigüedad, tan remota, que se inclina a creer que pudiera haber llegado al continente en el trascurso de los quinientos años siguientes a la época de su dispersión original. No cabe la menor duda de que los indios procedían también de la raza semítica. La civilización, el gobierno y las artes empezaron a desarrollarse y a florecer en las regiones tropicales de México, al mismo tiempo que en la América central. México, como la antigua Roma, tras una tribu de bárbaros, parece haber sido invadido después por otra, que acabó, cual sucedió en la ciudad de Rómulo, por mejorarse y modificarse con la civilización misma que pretendió destruir. Tal fue probablemente el origen de los *toltecas* y de los *aztecas*, subyugados por Hernan-Cortés.

Volviendo muestras miradas desde el antiguo centro del poder a las latitudes de la república americana, vemos en ellas, a principios del siglo XVI, varias tribus que hablaban distintos idiomas, y cuyos individuos eran simplemente montaraces, o cuando más, añadían a la caza, su ocupación preferente, alguna práctica de horticultura. No tenían ganados ni artes; manejaban el arco y la lanza; parecían vagabundos y rapaces, y si alguna cosa en sus tradiciones los ligaba con las primitivas familias centrales, era por cierto insignificante, a pesar de que casi todo en su tipo físico e intelectual arguyese en favor de semejante procedencia. Aquellos idólatras levantaban terraplenes para celebrar sacrificios al sol, a la luna y a las estrellas, aun cuando primitivamente fueron adoradores del fuego. Hablaban una clase general de lenguajes traspositivos; se servían de instrumentos de cobre, así como de pedernal y de pórfido; fabricaban ollas de barro cocido, para condimentar sus alimentos; cultivaban el más importante de los granos del antiguo México, el maíz

(*zea mays*); tenían plantíos de tabaco, y usaban el tambor azteca en las ceremonias religiosas y en sus danzas guerreras. Por lo demás, creían en las doctrinas orientales de la transmigración de las almas, o metempsicosis, así como en el poder de la nigromancia, y estaban completamente dominados por sus sacerdotes.

No cabe duda alguna que habitaba esta raza en el continente de América, muchos siglos antes de la era cristiana, así como que era anterior su existencia a la de varios grupos que moraron en las islas de la Polinesia. Probablemente, su carácter y facultades intelectuales especiales tomaron origen de las primeras tribus del Asia occidental, poblada en su mayor parte por los descendientes de Sem. Con referencia a esto, dice con razón Mr. Schoolcraft lo siguiente, que considera como el cumplimiento de una profecía antiquísima: «Suponiendo las tribus indias de origen semítico, como se cree con sobrado fundamento, no cabe duda que hubieron de encontrarse en este continente en 1492 con la raza jafética, después de haber dado la vuelta al mundo ambas familias, por caminos diametralmente opuestos. Pocos años después de este suceso. según es bien notorio, la humanidad de un distinguido eclesiástico español trajo a la costa de África a los descendientes de Cam. Como mera cuestión histórica, y sin mezclarla en lo mas mínimo con otra alguna, el resultado de tres siglos de ocupación del país, fue una serie de traslaciones entre todas las familias coloniales del Sur y del Norte, mediante las cuales se extendió Jafet de una manera extraña por el continente, mientras que los hijos de Cam, que vinieron por su gestión ajena, y no por su propia voluntad, quedaron sujetos a la esclavitud en los dilatados y remotos valles ocupados por los campamentos de Sem. *Génesis*, IX, 27.»[14]

Los que arribaron de la Europa civilizada, en los siglos XVI y XVII, encontraron el continente americano poblado por tribus incultas, sin literatura, habitación fija, ni cosa alguna que pudiera atraerles la consideración y respeto de los europeos. Miraban éstos a los indios como a meros salvajes, que no tenían ningún título a la posesión del país en que se hallaban establecidos; imponían a los infelices naturales todas las vejaciones que su capricho, crueldad, lujuria o avaricia les dictaban, y donde esto no sucedía, no era precisamente porque reconocieran en los indios derecho a un tratamiento más humano, sino porque había personas de noble corazón, que se complacían en portarse con ellos justa y benignamente. Todas las naciones europeas se creían autorizadas para posesionarse de la parte del continente que uno de sus súbditos hubiese descubierto o visitado, sin tener en cuenta para nada la primitiva ocupación y los derechos adquiridos por las tribus indias, y aun recientemente el Tribunal Supremo de los Estados Unidos (1810), emitiendo su dictamen por medio del *marshal*, juez superior, ha sostenido que el derecho de los indios a las posesiones que ocupan, no tiene tal carácter de validez que se oponga al dominio directo y dispositivo de la tierra, si éste conviniere al Estado[15].

Mr. Justice Story observa con razón, tratando de esta materia, lo siguiente: «Respecto a las comarcas poseídas por los habitantes y tribus indígenas en la época del descubrimiento, parece difícil concebir qué clase de derecho puede fundarse en cualquiera descubrimiento de esta clase. Mucho extrañaríamos nosotros, en la época actual, si los naturales de las islas que se levantan en medio de los mares del Sur, o los de Cochinchina, viajando y descubriendo los Estados Unidos, fundasen en esto su derecho al suelo de nuestro territorio. La verdad es que las naciones europeas no tuvieron el menor miramiento por los derechos que amparaban a las tribus indígenas; que las trataron como a bárbaras e idólatras, pues si realmente no estaban facultadas para exterminarlas, debían al menos haberlas considerado como meras ocupantes del suelo. Pudieron, pues, haber tratado de convertirlas al cristianismo, y si se hubiesen negado a ello, expulsarlas entonces del país, como indignas de habitarlo. Empero, los descubridores, afectaban regirse sólo por el deseo de propagar el cristianismo, ayudados ostensiblemente por toda la influencia del poder pontificio. siendo su verdadero objeto extender su propio dominio y acrecentar su riqueza, apoderándose de los

14 *Actas de la Sociedad Histórica de Nueva York*, 1846, Págs. 33-38. Véase igualmente la *North-American Review*, núm. 50, enero de 1826.

15 Véanse los *Informes* de Cranch, tomo VI, pág. 142.

tesoros, al propio tiempo que del territorio del nuevo mundo. La avaricia y la ambición fueron el objeto final de sus primitivas empresas.»[16]

Somos de dictamen que ha de concederse a nuestros progenitores el derecho de cultivar el suelo de América, y de abrir nuevas sendas al espíritu emprendedor y enérgico de la raza humana; pero al ver que su trato no se distinguió siempre por su rectitud o debido miramiento hacia los naturales sentimientos de los que, por tan largo tiempo, habían sido poseedores del continente sin oposición alguna, no debe sorprendernos que ocurrieran disensiones y conflictos, y que todas las violentas pasiones de los indios se encendieran y estallasen con salvaje actividad; ni tampoco debe causarnos extrañeza que tardasen poco los indígenas en persuadirse de que los blancos, salvo alguna que otra rara excepción, eran forzosamente sus naturales enemigos. Los hechos históricos, que consignamos más adelante, demostrarán, por desgracia, la exactitud de este aserto.

3.
Tentativas de colonización llevadas a cabo por los ingleses (1553-1606)

Empresas de los ingleses. Willoughbi y Chanceller. Reinado de Isabel. Frobisher. Drake. Sir Humphrey. Sir Walter Raleigh. Carta de Amidas y Barlow. Roanoke. Virginia. Lane, gobernador. Hariot. Hostilidades de los indios. Abandono de la colonia. Mándanse nuevos colonos. White, gobernador. Virginia Dare. Agitaciones políticas en Inglaterra. Piérdese totalmente la colonia. Traspaso de la patente de Raleigh. Gosnold. Jacobo I. Flakluyt. Pring. Weymouth. Compañía de Londres. Compañía de Plymouth. Carta constitucional. Instrucciones expedidas por el rey.

El espíritu emprendedor de los ingleses, los incitó desde la primera época del descubrimiento a acometer con vigor la obra de fundar colonias en el nuevo mundo.

La fama de Sebastián Cabot y su reconocida pericia y sagacidad en las expediciones navales, ejercieron grande influencia durante los reinados de Enrique VIII y Eduardo VI. Aunque la tentativa de encontrar un paso noroeste a las Indias había fracasado, conservábase viva la idea de que dicho paso estaba todavía por descubrir, y predominaba en el ánimo de los navegantes de aquella época. Por consejo e instancias de Cabot, se buscó otro camino. Alegó varias razones para hacer creer en la probabilidad de que existiera un paso al tan buscado Cathay por el nordeste, y a consecuencia de esto, formóse una compañía de comerciantes, a cuyo frente se puso Cabot, la cual preparó y equipó una expedición, con instrucciones y órdenes especiales, redactadas por el mismo célebre navegante, confiriéndose el mando de ella a Sir Hugh Willoughby. «En su primera navegación, estos descubridores norte-orientales, dice el eminente Flakluyt, iban completamente a ciegas, y si algo sospechaban, era tan nebuloso como los mares septentrionales que atravesaron, y tan oscuro y ambiguo, que más servía para arredrarlos que para infundirles aliento. Referir los riesgos que corrieron y los obstáculos que hubieron de vencer, sería demasiado prolijo, pues en primer lugar, viéronse expuestos al rigor de los desapacibles y extraños mares septentrionales, teniendo que aguantar las encrespadas olas y borrascosos vientos, que les atropellaban continuamente. Los montones de nieve y montañas de hielo que se levantaban hasta en verano; las espantosas cataratas, inciertas corrientes, espesas nieblas y otros fenómenos terribles que la expedición hubo de salvar en aquellos mares, contrastaban notablemente con el apacible y templado Océano Atlántico, por el cual hicieron los españoles y portugueses sus placenteros viajes, satisfaciendo su *sed de fama y oro*, y adquiriendo la nombradía y riquezas que les hicieron llevaderas sus penalidades.»

Las tempestades separaron a Willoughby y Chancellor, y después de haber doblado el «temible y nebuloso Cabo Norte», viéronse sorprendidos por los horrores de un invierno polar; pero con muy distinto resultado para cada uno de ellos. Willoughby se refugió en un oscuro puerto de Lapland, para ser víctima de lenta y espantosa muerte. En la siguiente primavera descubrieron su

16 *Exposición familiar de la Constitución*, pág. 13.

retiro: los cadáveres de los marineros helados, yacían en derredor del buque, y el de Willoughby se encontró en su camarote, teniendo aun en la mano el diario en que se detallaban los horribles padecimientos a que se vieran reducidos.

Más afortunado Chancellor, entró en el mar Blanco y halló seguro abrigo en el puerto de Arcángel, donde los moscovitas recibieron con suma hospitalidad a sus primeros visitadores extranjeros. Al saber Chancellor la vasta extensión del imperio que había descubierto, se encaminó a Moscú, y presentó al zar Juan Vasilowitz [Iván el Terrible] una carta de Eduardo VI, de que era portador el comandante de cada nave. El zar, que no carecía de perspicacia y sagacidad, conociendo las ventajas que podría reportar entablando comercio con las naciones occidentales de Europa, trató a Chancellor muy cortésmente, y en una carta dirigida al rey Eduardo, le invitó a establecer relaciones mercantiles entre la Inglaterra y su imperio, ofreciendo amplio favor y protección a los súbditos de la Gran Bretaña.

La afición a las empresas marítimas arriesgadas, aunque no tan activa durante el reinado de María, continuó, sin embargo, acrecentándose, y el advenimiento al trono y reinado de Isabel vino a proporcionar nueva oportunidad para su mayor desarrollo. «La tranquilidad interior del reino, dice Robertson, sostenida durante el decurso de un largo y próspero reinado; la paz con las naciones extranjeras, que subsistió por más de veinte años después de haber ocupado Isabel el solio; la bien calculada economía de la reina, que le permitió librar a sus pueblos de los onerosos impuestos que coartaban el comercio, juntamente con la popularidad de su administración, circunstancias todas favorables para las empresas mercantiles, prestaron nuevo impulso a los descubrimientos. La perspicacia de Isabel, le dio muy pronto a conocer, que la seguridad de un reino rodeado de mar se afianzaba en su fuerza naval, e inauguró su gobierno aumentando el número de buques de la real armada y dotándolos de mayor solidez. Dispuso también se hicieran inmensos acopios de municiones de guerra en sus arsenales; mandó construir embarcaciones de doble fuerza, con arreglo a las ideas de la época, e incitó a sus vasallos a que imitaran su ejemplo, y no fuesen por mas tiempo tributarios de los extranjeros, a quienes hasta entonces habían comprado todas las naves de gran porte. Con tales estímulos y esfuerzos, se perfeccionó la habilidad de los constructores ingleses, aumentóse el número de marineros, y se fijó la atención pública en la armada, considerándola como el objeto nacional mas importante.»[17] La reina excitó por todos los medios posibles a sus súbditos a que comerciaran con la Rusia, y tratasen de penetrar por tierra en Persia, así como para que abrieran, de un modo u otro, nuevas vías a la especulación y actividad comerciales.

Habiéndose frustrado la tentativa para descubrir un paso por el nordeste, hízose un nuevo esfuerzo para hallarlo por el noroeste. Aprestáronse tres pequeñas embarcaciones, al mando de Martin Frobisher, eminente marino de aquella época; mas a pesar de que hizo tres viajes consecutivos y exploró en cierta extensión la costa de Labrador, no logró realizar el objeto de su expedición.

Vino a coincidir casi con aquella fecha, el viaje afortunado que hizo Sir Francis Drake, cuyo buen éxito dio cierto lustre a su nombre, aunque sin producir ningún provecho esencial al comercio inglés. Drake tuvo bastante arrojo para seguir las huellas de Magallanes, y cruzando el Ecuador, dirigió su rumbo por la costa americana del Pacífico, hasta los cuarenta y tres grados de latitud norte, con la esperanza de descubrir un paso noroeste del Atlántico al Pacífico; pero no consiguió el objeto que se proponía.

En el mismo año en que terminó Frobisher tan infructuosamente su tercer viaje, hízose, bajo los auspicios de la reina Isabel, otra tentativa para establecer una colonia en América. Intervino principalmente en esta empresa Sir Humphrey Gilbert, caballero de distinción y de notable capacidad como militar y como escritor marítimo. Humphrey obtuvo sin dificultad una patente de la reina, que le autorizaba a llevar a efecto sus planes «con toda esperanza de buen éxito», concediéndosele seis años para establecer la colonia. Como ésta fuese la primera cédula de

17 *Historia de América*, por Robertson, lib. IX, pág. 207.

privilegio otorgada por la corona de Inglaterra, los artículos de que constaba merecen especial atención, porque son un trasunto de las ideas dominantes en aquella época respecto a la naturaleza de semejantes establecimientos. «Isabel autoriza a Sir Humphrey Gilbert para descubrir y tomar posesión de todas las remotas tierras habitadas por bárbaros, que no estén ocupadas por ningún príncipe o pueblo cristiano; le confiere pleno derecho de propiedad del suelo de los países de que pudiera apoderarse; le faculta a él, a sus herederos y cesionarios, para trasferir cualquiera porción de aquellas tierras que tenga por conveniente, en feudo simple, a las personas que estén allí establecidas, con sujeción a las leyes de Inglaterra, y ordena que todas las tierras concedidas a Gilbert dependerán de la corona de Inglaterra en homenaje, mediante el tributo de la quinta parte de los minerales de oro y plata que en ellas se encontraren.»

La cédula otorgaba también pleno poder a Gilbert, a sus herederos y cesionarios, para juzgar, castigar, perdonar, gobernar y regir, según su buena discreción y política, lo mismo en las causas capitales o criminales, como en las civiles, igualmente en la marina que en otros ramos, a todas las personas que de tiempo en tiempo fuesen a establecerse en dichas comarcas; y declaraba que todos los que allí se domiciliasen gozarían de los mismos privilegios concedidos a los extranjeros libres, naturalizados en Inglaterra, no obstante cualesquiera ley, costumbre o uso contrario a esta disposición. Finalmente, prohibía a cuantas personas quisieran o intentaran establecerse en aquellas regiones, que lo hicieran a menos de doscientas leguas en contorno de cualquier sitio que Sir Humphrey Gilbert o sus asociados hubieran ocupado durante el plazo que se fijaba para el establecimiento permanente de la colonia[18].

Sir Humphrey Gilbert invirtió gran parte de su fortuna en esta proyectada expedición: pero como surgieran disensiones entre los que se habían alistado para acompañarle en ella, disminuyó su número, lo que la hizo desmerecer antes de su salida, y así fue que únicamente se dio a la vela con algunos pocos amigos leales y seguros. Una de las embarcaciones se perdió en una tormenta, y es probable que tuviera también un encuentro con una escuadra española; de modo que, sumamente desalentado, viose en la precisión de efectuar su regreso a Inglaterra.

Era hermano político de Gilbert el ilustre Sir Walter Raleigh, hombre de genio superior, de portentosa opulencia y de sublimes aspiraciones. Había militado bajo las órdenes de Coligny, tan renombrado por su pericia y bizarría, y se mostraba celoso por conservar intacto el honor nacional. Desde luego se apresuró a auxiliar a su cuñado, y aun se supone que acompañó a Gilbert en su primer viaje en 1579. Por su grande influencia consiguió se declarase abiertamente la reina en favor de la expedición; suministró él un buque de doscientas toneladas, que llevaba su propio nombre, e hizo cuanto pudo en favor de la expedición.

Con una flota de cinco buques, el *Delight, Raleigh, Golden-Hind, Swallow* y el *Squirrel*, en el cual se embarcó mucha gente, emprendió Gilbert su segundo viaje, dándose a la vela en el mes de junio de 1583. Cuando llegó a Terranova, a principios de agosto, tomó posesión de la isla en nombre de Isabel; hizo levantar un pilar con las armas de Inglaterra, y después, según la costumbre feudal, se leyó la cédula de privilegio otorgada, y se arrancó del suelo un terrón y un trozo de césped, que se pusieron en manos del almirante. La turbulenta y desordenada conducta de muchos de los marineros, había sido un obstáculo para el buen éxito de la expedición, de cuyas resultas, mientras navegaban con rumbo hacia el Sur, para «incluir en los límites de la patente o cédula toda la tierra descubierta», el buque mayor, por descuido de sus tripulantes, chocó contra un banco de arena y se fue a pique, pereciendo aproximadamente en él unos cien hombres, entre los cuales se contaba el húngaro Permenius, llamado *Budæus*, del nombre de su ciudad natal, quien debía haber sido el cronista de la expedición, como asimismo «el afinador sajón y descubridor de inestimables riquezas.» En esta catástrofe se perdieron también los papeles más interesantes del almirante.

Decididos en tal estado a regresar a su patria, los vientos de otoño empezaron a hacer muy peligrosa la navegación de tan pequeñas embarcaciones. Sin embargo, Sir Humphrey, que había salido de Inglaterra a bordo del *Squirrel*, bajel de diez toneladas, desatendiendo toda advertencia,

18 Hakluyt, tom. III, pág. 135.

persistió en permanecer en él con sus valientes marineros y piloto, antes que trasbordarse al buque mayor. Ambas embarcaciones navegaron juntas, presentándose Gilbert, de vez en cuando a bordo del *Hind*, para animar a sus compañeros con esperanzas de buen éxito. Levantóse de pronto tan deshecha borrasca, que los más viejos marineros no recordaban haber visto jamás olas más gigantescas y aterradoras. En la tarde del domingo 9 de septiembre, cargado como estaba el *Squirrel*, de artillería y cadenas, faltó poco para que le echase a pique una oleada, de la cual escapó milagrosamente. Cuando le vieron salir de entre el abismo de aquel mar embravecido, resonaron sobre cubierta cien gritos de sorpresa y agradecimiento.

Gilbert, que estaba sentado en la popa, con un libro en la mano, exclamó con calma, luego que la corriente de las olas le puso al alcance de la voz de los que iban a bordo del otro buque: «Estamos tan cerca del cielo por mar, como por tierra.» Estas fueron las últimas palabras que le oyeron pronunciar. A media noche, habiendo tomado un poco la delantera el *Squirrel*, y viendo los que estaban de guardia sobre la cubierta del Hind desaparecer las luces de aquel entre la oscuridad de la marejada, empezaron a lanzar desesperadas voces, diciendo que el general se había perdido. En efecto, el *Squirrel*, fragata en miniatura, acababa de hundirse entre las aguas. En cuanto al *Hind* habiéndose librado a duras penas del temporal, arribó por fin a Falmouth, llevando la noticia de tantas pérdidas y desastres.

La mala estrella de su hermano político no disuadió a Raleigh del intento de llevar a cabo su plan favorito de colonización y descubrimientos en América. Deseoso de proporcionar a su colonia un clima más suave, solicitó y obtuvo de Isabel una patente tan amplia como la que se había otorgado a Gilbert. Por ella, se le constituía en dueño y propietario de la tierra, con poderes casi ilimitados, bajo la condición de reservar a la corona una quinta parte de los minerales de plata y oro que encontrara.

Al mando de Philip Amidas y Arthur Barlow, zarparon dos buques en el mes de abril de 1584, y en los primeros días de julio llegaron a las playas de la Carolina. Después de reconocer la costa en un trecho de ciento veinte millas, desembarcaron ambos capitanes, tomando inmediatamente posesión en nombre de la reina de la isla de *Wococon*, la más meridional de las que componen el *Ocracok Inlet*. Hakluyt ha conservado la brillante descripción que Amidas y Barlow hicieron a Raleigh de este descubrimiento, al regresar a Inglaterra en septiembre del mismo año. Su lenguaje es gráfico y digno de reproducirse:

«El terreno de *Wococon*, dicen, es el más abundante, ameno, fértil y sano de todo el mundo. Existen allí más de catorce árboles diferentes y vistosos de olorosa madera. La mayor parte de los arbustos son laureles y otros semejantes. También se encuentran los robles que nosotros tenemos; pero mucho más grandes y mejores. Después de haber visto varias veces a aquellos habitantes desde nuestros buques, uno de nosotros dos, con siete hombres de la tripulación, nos internamos veinte millas en el río que corre hacia la ciudad de *Skicoak*, al cual los naturales llaman *Occam*. A la tarde siguiente llegamos a una isla, que designan con el nombre de *Roanoke*, distante siete leguas del puerto por donde entramos, y en cuyo extremo septentrional divisamos una aldea de mueve casas, todas de cedro, y fortificadas con fuertes empalizadas de árboles, para resguardarse de sus enemigos. La entrada de cada una de estas viviendas, era una especie de barrera artísticamente hecha.

»Cuando nos dirigimos a aquella aldea, hallándonos ya cerca de las márgenes del río, la mujer de Granganimo, hermano del rey, vino corriendo a nuestro encuentro, recibiéndonos placentera y amistosamente. Como su marido no se encontrase a la sazón en el pueblo, dispuso ella que algunos de los suyos sacasen nuestra lancha a la playa, para librarla del embate de las olas; mandó a otros que cargasen con nosotros y nos pusieran en tierra, disponiendo también que llevasen los remos a su casa por temor de que los robaran. Cuando entramos en la habitación de aquella mujer, nos hizo sentar junto a un buen fuego; quitónos las ropas; las limpió y las puso a secar, mientras sus criadas nos lavaban los pies con agua caliente, afanándose ella misma por verlo todo arreglado del mejor modo posible. Después que nos hubimos secado, condújonos a un cuarto interior, donde puso sobre

la mesa, colocada a lo largo de la pared, un potaje parecido al frangollo, venado cocido y asado, variedad de pesca, melones, raíces y frutas de diversas clases. Los naturales de esta isla beben comúnmente agua; pero mientras dura la uva beben vino, y por falta de barriles o cascos para conservarlo, el resto del año vuelven a usar el agua, siendo ésta antes hervida con jengibre, cinamomo negro, a veces sasafrás, y otras yerbas salutíferas y medicinales.

»Nos trataron con grande afecto y amabilidad y con tanto cariño a usanza suya, como les era dado discurrir. Encontramos en ellos la gente más afable, bondadosa y leal, exenta de toda doblez y traición, viviendo cual pudieran hacerlo los hombres en la edad de oro. Sólo se cuidan de guarecerse del frío, en su corto invierno, y de sustentarse con los frutos que la tierra les suministra. La carne que comen está muy bien cocida, y preparan un caldo de excelente olor y muy sabroso. Las vasijas para condimentar sus alimentos son ollas de barro, muy anchas, blancas y vistosas: sus fuentes son platos grandes de madera olorosa. El cuarto en que comían les servía de habitación, y allí tenían el ídolo que ellos adoran, y del cual cuentan cosas increíbles. Mientras estábamos sentados a la mesa, se presentaron en la puerta de la estancia dos o tres hombres con sus arcos y flechas, que venían de cazar. Al verlos, nos pusimos a observarlos uno tras otro, e intentamos echar mano a las armas; pero, tan pronto como la dueña de la casa notó nuestro recelo, se alteró muchísimo, llamando a algunos de los suyos para que arrojasen fuera y rompiesen las armas a los recién venidos.

»Cuando nos despedimos al oscurecer, sin querer pasar allí la noche, mostróse muy triste y pesarosa, y nos mandó nuestra cena, medio condimentada, ollas, y cuanto pudiéramos necesitar, a nuestro bote, acompañándonos luego hasta llegar al costado del mismo, en el cual descansamos hasta la madrugada, después de habernos alejado a muy corta distancia de la playa. Como nos viese bastante recelosos, se afectó mucho, y mandó a varios hombres y treinta mujeres, que permaneciesen en vela a orillas del río, cerca de nosotros, enviándonos a bordo cinco esteras, para resguardarnos de la lluvia, insistiendo repetidas veces con sus palabras para inducirnos a pasar la noche en su casa. Empero siendo pocos en número, y considerando que de malograrse nuestro viaje, nos hubiéramos visto en grandísimo peligro, no nos atrevimos a aventurar cosa alguna, aunque no había motivo para qué sospechar en lo más mínimo de las intenciones de aquella buena gente, pues no puede hallarse en el mundo otra más afable y cariñosa, según lo hemos experimentado hasta ahora.»[19]

Encantados de la hermosura de cuanto veían, y bien persuadidos de que no podía ocurrir ningún cambio que alterase la belleza de tan deliciosos sitios, Amidas y Barlow se limitaron a muy cortas exploraciones, y llevando consigo a dos naturales del país, Wanchese y Manteo, diéronse a la vela para Inglaterra. Grande fue el entusiasmo de Raleigh con la halagüeña perspectiva que se ofrecía a su vista. La reina significó sus deseos de que la nueva región se llamase *Virginia*, por alusión sin duda al estado de soltera, que conservara hasta entonces. Poco tiempo después obtuvo Raleigh el título y dignidad de caballero, otorgándosele, por especial merced, un lucrativo monopolio de vinos, que le habilitó para llevar adelante, con nuevo vigor sus proyectos de colonización.

Con tan favorables circunstancias, no era difícil aprestar otra nueva y poderosa expedición, y en abril de 1585 zarparon de Plymouth siete buques, a las órdenes del comandante Sir Richard Gremville, uno de los hombres mas valientes de aquella época, llevando a su bordo ciento y ocho colonos. Fue nombrado gobernador de la colonia Ralph Lane, formando también parte de la expedición el eminente matemático Hariot y el ingenioso pintor With. Dirigiendo su rumbo hacia las Indias Occidentales, llegó la escuadra el 20 de junio al continente de la Florida, habiendo estado a punto de naufragar en el Cabo-Fear, y fondeó el día 26 en Wococom.

Ralph Lane era un bizarro oficial, a quien por su valor concedió la reina el título de caballero; pero que poseía mas bien las cualidades de un valiente soldado, que las de un laborioso y pacífico colono. Precipitado en sus resoluciones, «vivo e impetuoso en las contiendas», su proceder inconsiderado y hostil fue causa de gran tribulación en esta y otras expediciones posteriores.

19 Hakluyt, tom. III, pág. 301.

Empero la primera ofensa mortal la infirió el mismo Grenville. Habiendo mandado a tierra una partida, acompañada de Manteo, todo podía haber ido bien, a no ser por un acto de precipitada venganza, la primera probablemente cuya tendencia inspiró inquietudes y sospechas en el ánimo de los confiados indios. Uno de ellos se dejó seducir por la tentación de hurtar una copa de plata: retardóse la prometida restitución, y con este motivo los ingleses «quemaron y saquearon las mieses y la aldea en que habitaba el autor del robo, habiéndose fugado antes toda la gente.»

Una vez desembarcados los colonos, después de permanecer algún tiempo en el país, y de haber recogido un cargamento de perlas y de pieles, regresó Grenville a Inglaterra, apresando en su travesía un barco español ricamente cargado, «a cuyo efecto había ido al abordaje en un bote hecho de tablas delgadas, que se deshizo y fue a pique al costado mismo del buque que atacaba, tan pronto como al saltar en éste lo abandonaron Grenville y sus compañeros.» Al entrar en Plymouth con esta presa, fue acogido con entusiastas aclamaciones.

Tras aquel primer ejemplar de inmotivada crueldad que experimentaron por parte de los europeos, ansiosos los indios de desembarazarse de los colonos, a quienes ya aprendieron a odiar y temer, empezaron a confabularse secretamente contra ellos. Lane. en quien no concurrían las dotes necesarias para el puesto que ocupaba, pues era alternativamente severo y crédulo, recibió un aviso de uno de los jefes indios, que le indujo a remontar el Roanoke, tanto en busca de perlas y riquezas minerales, como para explorar el interior del país.

Nada más desastroso que esta expedición. Los botes que la conducían andaban con lentitud contra la rápida corriente; las orillas del río aparecían desiertas, y los aventureros no podían proporcionarse ninguna clase de comestibles. Esto no obstante, convinieron en no abandonar su exploración mientras les quedara media pinta (medio cuartillo) de trigo por cabeza, determinando además que matarían sus «dos mastines, cuyo cocido o potaje, condimentado con hojas de sasafrás, les serviría en último extremo de recurso para vivir dos días más.» Habiendo sido alevosamente atacados por los indios, y consumida ya la «olla o potaje de perros que habían dispuesto para su sustento», regresaron a la boca del río, no pudiendo su bote atravesarlo, a causa de una tempestad, viéndose entonces reducidos «el sábado Santo, que fue para ellos verdadero día de vigilia,» a comer sasafrás, sin vianda animal a la que pudiera servir de condimento; y como dice Lane, «caso parecido a este no se habrá presentado nunca, antes de ahora, según creo, de haberse usado el sasafrás como alimento.» A la mañana siguiente, después de mil trabajos, arribaron a Roanoke hambrientos y extenuados.

Tomás Hariot era indudablemente el más perspicaz observador de la colonia. Sus esfuerzos por adquirir un conocimiento exacto del país, de sus habitantes y de sus producciones, obtuvieron un éxito extraordinario. Este hombre, dotado de una sagacidad y paciencia nada comunes, se insinuó de un modo particular en el ánimo de aquellos indígenas, procurando enseñarles las ver dades del cristianismo. Citaremos con este motivo sus propias palabras: «La mayor parte de las cosas que vieron y observaron con nosotros, tales como instrumentos matemáticos, brújulas, la virtud de la piedra imán, telescopios, lentes ustorios, relojes, libros, escritos, armas de fuego y otras cosas parecidas, de tal modo excedían a sus alcances, que se imaginaban eran más bien obras de los dioses que de los hombres, o cuando menos, que los mismos dioses nos habían enseñado el modo de hacerlas, porque nos amaban a nosotros mucho más que a ellos. De ahí provino que bastantes indios dieran crédito a lo que les decíamos de nuestro Dios. A donde quiera que yo iba, hacía cuanto me era dable por dar a conocer su gloria inmortal. Les dije, que aun cuando la Biblia que les enseñaba contenía todo aquello, no tenía por si sola la virtud que a mi entender ellos se imaginaran. No obstante, los indios se complacían en tocarla, besarla, abrazarla, ponerla sobre su corazón, en la cabeza, y pasarla, por fin, por todo su cuerpo.»[20]

Desgraciadamente, y a pesar de esto, la mayoría de los colonos se distinguía menos por sus actos de devoción y de prudencia, que por su afán y vehemente deseo de adquirir riquezas. No habiendo correspondido el éxito a sus esperanzas, y tratando en su despecho duramente a los

20 Hakluyt, tom. III, p. 324.

indígenas, éstos procuraron librarse de los extranjeros prefiriendo abandonar sus campos sin sembrarlos, con tal que el hambre alejase a tan molestos huéspedes. Recelando Lane una conspiración para destruir la colonia, solicitó una entrevista con Wingina, el más activo de los jefes indios, y mató alevosamente a cuantos le acompañaban.

Agotado el acopio de provisiones que trajeron de Inglaterra, y viéndose la colonia en situación apuradisima, estaba a punto de disolverse, cuando impensadamente apareció con su flota Sir Francis Drake, de regreso de la afortunada expedición que emprendió contra los españoles en las Indias Occidentales. Dejando bien abastecido a Lane de cuanto necesitaba, diole una embarcación de setenta toneladas, con los botes correspondientes, y arregló las cosas cual convenía hacerlo para la próspera continuación de la colonia. Empero, una tempestad destrozó el buque suministrado por Drake, y y entonces, no solamente los colonos, sino también Lane, en extremo desalentado, solicitaron que se les permitiese volver a Inglaterra con la escuadra de Drake. Como la cédula otorgada no coartaba la libertad de los colonos, éstos abandonaron al fin su establecimiento de Roanoke, en junio de 1586.

Precipitada en demasía fue la deserción de la colonia, pues a los pocos días de su partida, llegó un buque cargado de todo género de provisiones. Enviábalo Raleigh; pero encontrando desierta la colonia, regresó el navío a Inglaterra.

No habían trascurrido dos semanas, cuando apareció también en aquella costa Sir Richard Grenville, con tres embarcaciones bien provistas de toda clase de mantenimientos. Dejado que hubo cincuenta hombres[21] en la isla de Roanoke, perfectamente aprovisionados para dos años, efectuó también su regreso a la madre patria.

Como se ve por lo que dejamos apuntado, «el paraíso del mundo» no fue otra cosa sino una fuente perenne de gastos y decepciones[22].

A pesar de todo, no era hombre Raleigh que cediese en su empeño, por más contrariedades que esperimentara. Mediante las preciosas descripciones que le hizo Hariot del país que había visitado, y de las producciones de su suelo, pudo reunir fácilmente nuevos colonos para América. Embarcáronse, pues, muchos emigrantes con sus mujeres y familias, para fijar su residencia en el nuevo mundo; redactáronse reglamentos municipales; fue nombrado gobernador Mr. John White, y otorgóse, por fin, una carta de incorporación para la «Ciudad de Raleigh.»

Habiendo salido de Portsmouth el 26 de abril, llegaron a su destino el 22 de julio, echando anclas delante de la costa.

Inmediatamente se buscaron los hombres que quedaron el año anterior en la isla de Roanoke; pero fueron inútiles cuantas pesquisas se practicaron con este objeto: los indios habían satisfecho en ellos su venganza. Un cuadro de desolación y ruina fue lo que se ofreció a la vista de los exploradores.

Con arreglo a las instrucciones de Raleigh, la bahía de Chesapeake fue el punto señalado para el nuevo establecimiento; pero pronto surgieron discordias entre los colonos. No siéndole posible a White llevar a cabo sus planes, tuvieron que echarse en la isla de Roanoke los cimientos de la ciudad proyectada. Además de esto, aun cuando Manteo y sus parientes recibieron con alborozo a los ingleses, los indios, en general, manifestaron hacia ellos bastante antipatía, y no pudiendo adelantar gran cosa en circunstancias tan poco favorables, los colonos suplicaron unánimemente a

21 Mr. Bancroft dice quince; pero Smith y otros cincuenta, número que parece ser el más probable.

22 Camden asegura que entonces fue cuando por primera vez llevaron el tabaco a Inglaterra los colonos, y difícil podría dudarse de que Lane lo importara por disposición de Raleigh, que lo había visto usar en Francia, durante su permanencia en aquel país. Existe una tradición bien conocida, en que se refiere que Sir Walter empezó a fumarlo privadamente en su despacho, y que habiendo entrado su criado con un vaso de cerveza y nuez moscada, mientras aquel leía un libro con suma atención, viendo que salia humo de la boca de su amo, le arrojó toda la bebida a la cara para apagar el fuego, y abandonando la estancia, bajó precipitadamente las escaleras, y alarmó a la familia con desaforados gritos, diciendo, que su amo se abrasaba, y que antes que subiesen estaría reducido a cenizas. Por habérsela considerado como una adquisición de buen tono, no menos que por la favorable opinión respecto a sus saludables cualidades, emitida y sostenida por varios facultativos, la costumbre de fumar cundió rápidamente entre los ingleses, y por un raro capricho de la especie humana, el uso del tabaco ha venido a ser casi universal.

White que volviese con el buque a Inglaterra, para proporcionarles acopios y refuerzos. Pocos días antes de su salida, la hija del gobernador, Mistress Eleonor Dare, dio a luz una niña, que fue la primera criatura nacida de padres ingleses en el suelo de América, a la cual se le dio muy oportunamente el nombre de *Virginia Dare*. Dejando con pesar su familia y la colonia, que contaba entonces con ochenta y nueve hombres, setenta mujeres y once niños, White regresó a Europa, sin que le fuera dado hacer nada en favor de sus amigos y parientes a quienes no volvió a ver jamás.

Cuando llegó a Inglaterra, encontró White todo el país grandemente sobrexcitado, y preparándose contra la invasión con que les amenazaba Felipe de España y su *armada invencible*.

Raleigh, sin embargo, no se olvidaba de su colonia, y aun en medio de sus cuidados y atenciones crecientes por el estado de su patria, pudo aprestar en abril de 1588 dos embarcaciones bien provistas de todo; mas sus tripulaciones, ansiosas de presas, se entregaron a la piratería antes que al cumplimiento de su deber. Derrotados en un combate, viéronse precisados a retroceder, dejando así a la colonia enteramente abandonada a sus propias fuerzas. Aquel retraso le fue fatal, pues nada más pudo hacerse por entonces en su favor.

Hallábase Raleigh próximo a la bancarrota, a causa de los enormes gastos en que se había empeñado, y hasta 1590, no le fue dado a White volver en busca de su familia y de la colonia que había dejado. Al llegar a las playas de Virginia, encontró a Roanoke convertida en un desierto: las ruinas de las habitaciones abandonadas, y la palabra «Croatan» trazada en la corteza de un árbol, fueron los únicos vestigios que quedaron de aquel desventurado establecimiento. Creyóse posible que se hubieran refugiado los colonos entre Manteo y los suyos; pero nunca pudo averiguarse nada que diera a conocer cuál había sido su suerte.

Raleigh, que había gastado mas de 200.000 pesos fuertes en sus nobles esfuerzos de colonización, no podía hacer ya nuevos sacrificios, viéndose por lo tanto en la precisión de ceder todos sus derechos de propiedad a Sir Thomas Smith, y a una compañía de comerciantes de Londres, empeñándose él después en otras empresas, especialmente en la de penetrar en el centro de la Guyana, donde le halagaba la esperanza de rehacer su quebrantada fortuna. La compañía de Londres no consiguió proporcionarse colonos para la Virginia, y hubo de limitarse a un tráfico de poca monta, valiéndose de un corto número de embarcaciones, sin poder llevar a cabo ningún establecimiento en el continente americano. De aquí resultó, que en 1603, después de haber trascurrido más de cien años desde que Cabot descubrió el continente de la América septentrional, y veinte de haber enviado Raleigh sus primeros pobladores, no quedaba ni un solo inglés en el nuevo mundo. ¡Lenta en extremo fue la obra de la colonización!

En el último año del reinado de Isabel, Bartholomew Gosnold se dio a la vela en una pequeña embarcación, intentando hacer un viaje más directo a Virginia que el acostumbrado por la vía de las Canarias y de las Indias Occidentales. Al cabo de siete semanas, arribó este navegante a la costa de Massachusetts, cerca de Nahant, y dirigiendo después su rumbo al sur, en busca de un puerto, descubrió el promontorio que denominó Cabo-Cod. Este fue el primer punto de Nueva Inglaterra en que pusieron pie los ingleses. Doblando el cabo y trasponiendo Nantucket, entraron en la bahía de Buzzard, a la que dieron el nombre de *Esperanza de Gosmold*, y determinaron establecerse en la más occidental de las islas de aquella bahía, a la cual llamaron *Elizabeth*, por ser este el nombre de la reina de Inglaterra. Lo primero que hicieron fue construir un fuerte y un almacén sobre un islote peñascoso, en medio de un pequeño lago de agua dulce, de los cuales quedaron rastros, que fueron observados en 1797 por el Dr. Belknap. Deleitábanse los expedicionarios con la exuberancia y lozanía de la vegetación, cual si fuese el principio del verano, con el aroma de los olorosos arbustos y la abundancia de las uvas y fresas silvestres que producía aquella tierra, sintiéndose naturalmente impulsados a permanecer allí; pero reducidos a muy corto número; rodeados como lo estaban de indios; faltándoles provisiones, y recordando la desgraciada suerte que cupo a los desamparados colonos de Virginia, en vista de las disensiones que entre ellos sobrevinieron, decidiéronse a regresar a Inglaterra. Menos de cuatro meses habían trascurrido desde el día de su partida, cuando arribaron a su país, sin haber padecido ninguna enfermedad. Los viajeros divulgaron por todas

partes las más favorables noticias respecto al suelo y clima de las tierras nuevamente descubiertas, a lo cual se añadía, que había sido más corta de una tercera parte su nueva travesía que ninguna de las anteriores que se hicieron para visitar las playas de América.

Al advenimiento al trono de Jacobo I, concertóse la paz entre Inglaterra y España. Muchos activos y enérgicos varones que habían tomado parte en la lucha, ambicionaban se abriese un nuevo campo a sus esfuerzos y a su espíritu emprendedor. Nada podía ofrecerles tan halagüeñas esperanzas como el nuevo mundo. Las narraciones de Gosnold y de sus compañeros, interesaron altamente a comerciantes y particulares, y no fue difícil inducirlos a que prosiguieran los descubrimientos ya empezados. Ayudaba eficazmente con sus juiciosos consejos a las personas interesadas en estos proyectos, y los estimulaba con gran celo, Richard Hakluyt, prebendado de Westminster, varón de grandes conocimientos en materias navales y mercantiles, patrono y consejero de muchas de las expediciones inglesas e historiador de sus proezas. Por consejo suyo, los comerciantes de Bristol aprestaron dos buques, a las órdenes del comandante Martin Pring, para que éste fuera a examinar los descubrimientos de Gosmold y asegurarse de la exactitud de sus informes. Cuando Pring estuvo de regreso, confirmó plenamente la veracidad de cuanto se había dicho. Otra expedición semejante, mandada por el capitán Weymouth, equipada y despachada por Lord Arundel, no solamente produjo un testimonio más en el mismo sentido, sino que refirieron los que en ella tomaron parte tantas particularidades ulteriores en favor de aquel país, que se desvanecieron completamente todas las dudas, y en breve se formó una asociación bastante numerosa y opulenta para intentar la colonización; por cuyo motivo se presentó al rey una petición para que la sancionase con su autoridad, a fin de llevar a cabo la empresa.

Jacobo I acogió favorablemente este proyecto; pero como empezaba a conocerse mejor la extensión y valor del continente americano, la concesión de la totalidad de tan vasta región a una sola compañía, por muy respetable que fuera, le pareció un acto de impolítica y profusa liberalidad. Con tales consideraciones, dividió en dos distritos casi iguales la porción de la América del Norte que se extiende desde los treinta y cuatro a los cuarenta y cinco grados de latitud, dando a la una el nombre de Colonia Primera o Meridional de Virginia, y a la otra el de Colonia Segunda o Septentrional. Además de esto, autorizó a Sir Thomas Gates, Sir George Somers, Richard Hakluyt y sus asociados en la compañía de Londres, residentes los más de ellos en dicha ciudad, para fundar establecimientos en cualquier punto entre los treinta y cuatro y los cuarenta y un grados de latitud norte, o sea entre el Cabo-Feax y el extremo oriental de Long-Island. La compañía de Plymouth, compuesta de sujetos residentes en el oeste de Inglaterra, podía establecer sus colonos donde mejor le conviniera, entre los treinta y ocho y los cuarenta y cinco grados de latitud norte, o sea entre la bahía de Delaware y Halifax; pero ninguna de las dos compañías podía empezar su colonización dentro del radio de cien millas de cualquier sitio ocupado anticipadamente por la otra.

Cada colonia, pues, podía extenderse a uno u otro lado de la costa, hasta cincuenta millas de distancia del primer punto que hubiera ocupado, y a cien millas tierra adentro, incluyendo una superficie de mil millas cuadradas de territorio continental. El gobierno supremo de las colonias que hubieran de establecerse había de estar representado por un consejo, residente en Inglaterra, y nombrado por el rey, con leyes y reglamentos firmados y rubricados de su real mano; pero la jurisdicción inferior quedaba encomendada a un consejo domiciliado en América, nombrado igualmente por el rey, y que había de actuar con arreglo a las instrucciones que recibiera del monarca. Bien que la carta o cédula sujetase a los emigrantes en el importante artículo de sus reglamentos interiores, se les aseguraba a ellos y a sus descendientes los derechos de extranjeros naturalizados, del propio modo que si hubieran nacido en Inglaterra, otorgándoseles el privilegio de posesión de sus tierras en América, en enfiteusis la más libre y menos gravosa. Concedíales el rey la exportación de Inglaterra de cuantos artículos o géneros fuesen necesarios para el mantenimiento y comercio de las nuevas colonias, libres de derechos por espacio de siete años; y finalmente, como estímulo para promover su industria, otorgábales la libertad de comercio con otras naciones, habiendo de destinarse los impuestos que se percibieran sobre las mercancías extranjeras, para

reunir fondos en beneficio de las colonias, por término de veinte y dos años. También les autorizó para acuñar moneda, repeler a sus enemigos y retener los bajeles que allí traficaran sin su licencia.

«Esta singular carta o cédula, dice Robertson, en cuyo contenido apenas han parado su atención los historiadores de América, envuelve en sí artículos tan desfavorables para los derechos de los colonos, como otros lo son para los intereses de la madre patria. Colocando los poderes legislativo y ejecutivo en un consejo nombrado por la corona, y guiado por sus instrucciones, parece haber quedado despojado todo individuo establecido en América del más noble privilegio de un hombre libre; pero al propio tiempo, mediante la concesión de una ilimitada libertad de tráfico con los extranjeros, consintió Inglaterra en privarse de aquel comercio exclusivo, que se había considerado como la principal ventaja resultante del establecimiento de las colonias. En la infancia de la colonización, sin observación ni experiencia que les sirviera de guía en sus determinaciones, las ideas de los hombres de aquel siglo, respecto al modo de constituir nuevas colonias, no habían llegado a su completo desarrollo, ni estaban convenientemente ordenadas. En un tiempo en que no podían preverse la futura grandeza e importancia de las repúblicas que iban a crearse, carecían los hombres de Estado de la aptitud necesaria para concertar el mejor modo de gobernarlas. Además, acostumbrados los ingleses de aquella época a la alta prerrogativa y arbitrario régimen de sus monarcas, no estaban animados de los sentimientos liberales, respecto a cada uno de sus propios derechos personales o políticos, cual luego se han familiarizado con ellos, a medida que ha adelantado y se ha perfeccionado su Constitución.»[23]

Poco después de la concesión de esta real cédula, expidió Jacobo I unas *Instrucciones para el gobierno de la Virginia*, en las que se nombraba un consejo, como estaba prevenido en la citada carta, el cual podía aumentarse o modificarse a voluntad del rey, autorizándole para nombrar y dirigir los consejos locales, reducidos por estas instrucciones al número de siete consejeros en cada uno. Estos siete magistrados habían de elegir un presidente de su propio seno, con facultad de suspenderle en el ejercicio de sus funciones, como asimismo a cualquier otro consejero, si hubiere justa causa para ello; pudiendo también llenar las vacantes hasta que les vinieran nuevos nombramientos de Inglaterra, siendo prerrogativa del presidente tener doble voto. Encomendábase a estos consejos, como especial deber suyo, que cuidasen «de que en las colonias y entre los salvajes vecinos se predicase, estableciese y usase la verdadera palabra y servicio de Dios, conforme a los ritos y prácticas de la iglesia anglicana.»

Los tumultos, rebeliones, conspiraciones, motines y sediciones, con otros siete delitos, sujetos al juicio de un jurado, quedaban declarados crímenes capitales. Los delitos leves habían de ser juzgados sumariamente, y castigados a discreción por los consejos locales. Todas las leyes decretadas por estos consejos, en tanto que no alcanzasen a imponer pena de la vida, u otras corporales, habían de subsistir en su fuerza y vigor, hasta que fueran derogadas por el rey o por el consejo de la Virginia. Por término de cinco años, contados desde el primer establecimiento de la colonia, el comercio y la industria de los colonos habían de constituir un fondo común o «dos o tres fondos comunes, cuando mas», que serían administrados en cada colonia por un agente elegido cada año por el consejo local, y en Inglaterra por comités nombrados a este objeto. Hemos citado estas soberanas disposiciones, por ser indispensable su conocimiento para comprender la historia de la Virginia en su primer período.

En tal estado de cosas y bajo tales auspicios, se llevó a efecto la primera colonia estable que fundaron los ingleses en el nuevo mundo.

23 *Historia de América*, por Robertson, libro IX, pág. 212.

4.
Colonización de la Virginia (1606-1625)

La compañía de Londres. Miembros del consejo y emigrantes. Disensiones. Entrada en la bahía de Chesapeake. Jamestown. John Smith. Su alta valía para la colonia. Enfermedades. Smith se lleva la primacia. Exploraciones. Smith cae prisionero. Sálvale Pocahontas. Nuevos arribos. Smith explora el Chesapeake. Elígenle presidente del consejo. Nueva carta. Lord Delaware, capitán general de la colonia. Carácter de los emigrantes. Smith regresa a Inglaterra. El Starting-time, o época de hambre y miseria. Oportuna llegada de Gates, Somers y Lord Delaware. Vuelven mejores días. Sir Dale. Ampliacion de las concesiones otorgadas. Casamiento de Pocahontas. Derechos de la propiedad privada. Argall. Yeardly. Primera asamblea colonial. Introducción de la esclavitud. Tabaco, algodón, etc. La colonia no deja beneficios a la compañía. Matanza de los colonos por los indios. Represalias. Disolución de la compañía. Muerte de Jacobo I.

Los socios de la compañía de Londres eran Sir Thomas Gates, Sir George Somers, Richard Hakluyt, Edward María Wingfield, y otros, especialmente Sir Thomas Smith, uno de los cesionarios de la patente de Raleigh. Todo contribuyente que pagaba sesenta dólares tenía derecho a cien acres de tierra, y a cada persona que emigraba para la colonia, o que llevaba allí a otro a su costa, se le concedían otros cien acres. Sobre todas las concesiones de tierras, se reservaba un censo. Aprestó la compañía tres buques, al mando de Christopher Newport, y juntamente con Wingfield, Gosnold, el capellán Hunt y el célebre John Smith, se embarcaron ciento cinco hombres. Esto tenía lugar el 19 de diciembre de 1606. Desgraciadamente, apenas llegaban a veinte los emigrantes que tuvieran un oficio o estuviesen acostumbrados al trabajo, careciendo la mayoría de la aptitud necesaria para fundar una colonia en un mundo nuevo y desconocido.

Como era de esperar, surgieron disensiones durante el viaje, pues el rey, por un exceso de extravagante astucia, había encerrado en una caja de hoja de lata sellada los nombres de los que habían de formar el consejo, y las instrucciones a que habían de atenerse; y como la evidente superioridad de Smith para llevar a cabo la empresa excitaba la envidia y celos de algunos de ellos, le arrestaron durante el viaje sin justa causa y por frívolos pretextos. La prudente conducta del virtuoso capellán Hunt, unida a sus exhortaciones, lograron calmar los sentimientos de envidia y de animosidad que se habían concitado. Newport siguió la antigua derrota por las Canarias, de modo que no arribó a las costas de Virginia hasta abril de 1607, e impelido por los vientos, fue a anclar mas allá del sitio que ocupaba la antigua colonia, junto a la boca de la bahía de Chesapeake. A los dos promontorios que descubrieron los expedicionarios llamáronlos *Cabo-Henry* y *Cabo-Charles*, y el fondeadero, por sus circunstancias y comodidad, mereció el nombre de *Point-Comfort*. Deleitados los pasajeros al contemplar tan magnífica obra, navegaron para explorar el río James, en una extensión de cincuenta millas, y fijaron allí el sitio donde convenía establecer la colonia, adoptando el nombre de *Jamestown* para la ciudad que iba a edificarse, y que es, en efecto, la más antigua que fundaron los ingleses de América.

Al abrirse la caja de que hemos hecho mención, viose que el rey había nombrado a Smith miembro del consejo; pero era tan grande la envidia de Wingfield, que logró hacerle excluir, a pesar de ser el único competente entre ellos para aquel cargo, obteniendo además que se le procesara por sedicioso. A pesar de todo, Smith fue honrosamente absuelto y repuesto en su cargo de consejero, por la intervención del capellán Hunt. No obstante, a no haber mediado en el asunto este enérgico y solícito varón, probablemente habría tardado poco toda la colonia en sufrir la misma infausta suerte que la de Roanoke.

Dedicado otra vez a sus exploraciones, subió Smith el río James, en compañía de Newport, y visitó al cacique Powhatan, quien los recibió ceremoniosamente, pero con poca cordialidad. En junio regresó Newport a Inglaterra con las embarcaciones, y pronto conocieron los colonos su verdadera situación. Escasos en número, diezmados por las enfermedades, careciendo de las

provisiones necesarias, agobiados por los calores del verano, y expuestos a las hostilidades de los indígenas, su condición era realmente deplorable. La mitad de los colonos sucumbieron antes del otoño, contándose a Gosnold en el número de los fallecidos. El presidente del consejo, Wingfield, fue destituido por codicioso, y trató villanamente de abandonar la colonia en medio de sus tribulaciones. Ratcliffe, su sucesor en la presidencia, carecía totalmente de las dotes necesarias para desempeñar semejante cargo, de manera que en realidad vino a parar en manos de Smith la dirección de la colonia, lo que fue un gran bien para ella.

Por mandato de este ilustre jefe reparáronse al punto los desperfectos de las fortificaciones; se sofocaron las conspiraciones fraguadas por Wingfield y otros, y fueron aumentando las provisiones; porque el invierno, a medida que se acercaba, iba suministrando abundante caza y volatería. Entonces partió Smith para explorar el Chickahomimy, río tributario que desagua en el James, algo más arriba de Jamestown, cumpliendo así con la orden en que se le prevenía, con singular ignorancia de la anchura del continente, buscase una comunicación con el mar del Sur, subiendo por algún río que procediese del noroeste. Sorprendido por los indios en esta expedición, cayó Smith prisionero, mas no le abandonó en este tranco su presencia de ánimo.

Fue tanto lo que asombró a los indios con una brújula de bolsillo, y con el relato de sus maravillosas virtudes, que se vio conducido triunfalmente, pero con cierto temor, de tribu en tribu, como un ser extraordinario, cuyo carácter y designios eran impenetrables para los salvajes, a pesar de todos los encantamientos de sus magos. Lleváronle, por último, a presencia del anciano cacique Powhatan, quien sentado en medio de sus mujeres, recibióle con la ostentación propia de los países bárbaros, y mientras le festejaba, procedió a deliberar sobre su suerte. Por efecto de sus temores, creyó conveniente a su política darle muerte. Precipitándose los indios sobre él, pusiéronle la cabeza encima de una gran piedra, y estaba ya levantada la clava para aplastarle los sesos, cuando Pocahontas, «la más querida y bien amada hija del rey, niña de diez a doce años de edad», después de vanas y apasionadas súplicas por alcanzar la vida del hombre blanco, que se ofrecía como un ser grande y noble a su tierna imaginación, corrió hacia él, le echó los brazos al cuello, y uniendo su cabeza a la de la víctima, logró aplacar el furor de los verdugos.

Así salvó la vida al portentoso extranjero, cuyo franco y generoso carácter se captó el afecto de la joven Pocahontas. Prometiéndole «vida, libertad, tierra y mujeres», intentaron los indios seducir a Smith, para que atacase con ellos a los colonos; pero con su persuasión y maña los disuadió de tal proyecto, y a las siete semanas de cautiverio, le despidieron con ofrecimientos de apoyo y amistad. Cual un ángel tutelar, la cariñosa india no se contentó con salvar la existencia al jefe de la colonia, sino que dio nueva vida al ánimo abatido de los colonos, atendiendo cuidadosamente a sus necesidades, llevándoles diariamente con sus criados cestas de provisiones, de tal modo que aplacada ya la enemistad de los salvajes y bien abastecidos de víveres, todos desecharon sus temores.

Cuando volvió Smith a Jamestown encontró la colonia en estado de inminente ruina, y únicamente arriesgando su vida pudo impedir la deserción de las cuarenta personas que aun quedaban. Pocos días después llegó Newport con acopios de todos géneros, y ciento veinte emigrantes. Estos, sin embargo, no solamente no prestaron servicio alguno a la colonia, sino que le causaron graves perjuicios; porque siendo en su mayor parte hidalgos y plateros, todos vagabundos, avivaron la antigua sed de oro, y Newport tuvo la insensatez de llevar a Inglaterra un cargamento de tierra despreciable, cuyo valor había sido ensalzado por gentes codiciosas que la calificaron de riquísima en oro.

Poco satisfecho de tan insigne locura, Smith emprendió luego, en una simple falúa de tres toneladas, la exploración de la extensa bahía de Chesapeake. El éxito correspondió más a sus esperanzas que a los exiguos medios de que podía disponer. En el término de tres meses visitó todas las comarcas situadas en las riberas orientales y occidentales; exploró el Patapsco, el Potomac y otros de los caudalosos ríos que surten de agua aquella magnifica bahía, tratando con las tribus amigas, combatiendo con las que le eran hostiles, observando la naturaleza y producciones de sus

territorios, y dejando en pos de sí, gracias a su excelente táctica e intrepidez, nunca mancilladas por ningún acto de crueldad, alta idea de valor y nobleza del carácter inglés. Después de haber navegado más de tres mil millas en dos expediciones sucesivas, luchando con mil peligros y penalidades, igualmente que con el desaliento de sus compañeros, cuyas quejas acallaba con su buen humor, recordándoles la expedición de Lane y el «cocido o potaje de perros» a que se vieron reducidos, consiguió volver a Jamestown, llevando consigo una relación de las regiones situadas a orillas del Chesapeake, con un mapa que ha servido mucho tiempo de base para las delineaciones subsiguientes.

Pocos días después de su regreso, fue elegido Smith presidente del Consejo, e inmediatamente infundió actividad y vigor en todos los ramos de la administración de la colonia. Hacia esta época arribaron setenta nuevos emigrantes, entre ellos dos mujeres; pero, como ya había sucedido otras veces, no tenían la aptitud necesaria para ser útiles a la colonia. «Cuando volváis a mandarnos gente —escribió Smith a Inglaterra—, os ruego que enviéis tan sólo treinta, entre carpinteros, hombres casados, labradores, hortelanos, cavadores ejercitados en arrancar las raíces de los árboles, pescadores, herreros y albañiles, bien provistos de cuanto necesiten, con preferencia a mil de los que tenemos.»

Smith era el más a propósito para el puesto que ocupaba: nunca se desmintió su firmeza, y a pesar de todas las dificultades, supo afianzar el orden y la industria entre los colonos.

Disgustada la compañía de Londres, al ver frustradas sus esperanzas de enriquecerse rápidamente, apresuróse a aceptar una modificación en sus estatutos. El rey cedió a la compañía todas las facultades que para sí se había reservado. El consejo supremo debía ser elegido por los mismos accionistas, y en el ejercicio de los poderes legislativo y gubernativo era independiente del rey. Extendiéronse los límites de la colonia, e ingresaron en la compañía gran parte de la nobleza y muchas personas distinguidas, así como varios comerciantes de Londres. Autorizado el consejo para establecer las leyes que considerase mejores para la colonia, igualmente que para enviar un gobernador que las ejecutase, obtuvo autoridad absoluta sobre las vidas, libertad y haciendas de los colonos. De este modo, parecía que ya podía esperarse razonablemente una administración firme y eficaz en los intereses de la colonia. El primer acto del nuevo consejo fue nombrar gobernador y capitán general de la misma a Lord Delaware, cuyas virtudes realzaban su categoría, encargándose la administración a Sir Thomas Gates y a Sir George Somers, ínterin llegaba el nuevo jefe.

Bajo tales auspicios, era de esperar una expedición muy superior a las anteriores. Efectivamente, no tardaron en darse a la vela nueve buques, al mando de Newport, llevando a bordo más de quinientos emigrantes. La prosperidad de la Virginia parecía al fin asegurada. Empero, levantóse una furiosa tempestad; el buque a cuyo bordo iban Gates, Somers y Newport separóse de los demás a impulso de los vientos, y después de haber estado a punto de zozobrar, encalló en la costa de las Bermudas, sin perder ningún hombre. El resto de la flota, exceptuando un pequeño queche, tuvo la buena suerte de arribar a Jamestown, salvándose todos los pasajeros.

Mientras tanto, se había ocupado Smith en mantener el orden entre los pocos colonos que le quedaban; pero la repentina llegada de tan considerable refuerzo, desconcertó todos sus planes. Los nuevos emigrantes eran en su mayor parte «gente perdida y desenfrenada», hombres de malas costumbres que habían derrochado sus fortunas, y que huían de su patria para librarse de los castigos con que les amenazaba la justicia. Estando vacante el gobierno de la colonia, ignorábase cuál era la suerte del nuevo gobernador. Por otra parte, la autoridad provisional de Smith daba lugar a dudas y contestaciones. Todo parecía contribuir a la pronta disolución de aquella pequeña república. La unión era el único medio de asegurar su defensa contra los indios, cuyo rencor por las usurpaciones de los europeos iba ganando terreno rápidamente; pero la disensión de los colonos aumentaba de día en día. Powhatan, contenido a veces por el ascendiente de Smith, formaba planes en otras ocasiones para acabar con todos los ingleses.

En tan peligrosa situación, Pocahontas vino a ser una vez más el ángel protector de la colonia, y después de Dios, como lo declaraba Smith en una carta dirigida a la reina, esposa de Jacobo l, el

instrumento que les preservó de la muerte, del hambre, y de su total ruina. «Cuando su padre —continúa diciendo el mismo navegante—, trató de sorprenderme astutamente, en tanto que yo no tenía conmigo más que diez y ocho hombres, ni la oscuridad de la noche, ni el cansancio de cruzar selvas y matorrales, fueron bastantes para arredrarla, y con las lágrimas en los ojos vino a prevenirme, del mejor modo que pudo hacerlo, aconsejándome que evitase el furor de su padre, quien la hubiera matado si hubiese descubierto que era ella quien me daba este aviso.»

Mientras que la discordia exponía a los colonos a ser víctimas de los indios, la falta de industria bien concertada y el rápido consumo de sus provisiones, los amenazaron en breve con todos los horrores del hambre. Aunque estaba nombrado otro gobernador, Smith, por un sentimiento de adhesión hacia sus compatriotas, continuó todavía luchando con los revoltosos colonos, y manejando con firmeza el timón de aquella república hasta la llegada de su sucesor, aun cuando en esa época crítica una explosión accidental de pólvora le causó graves heridas, para cuya curación no eran muy a propósito el clima y los escasos medios de que podía disponer en la Virginia. Delegando, pues, su autoridad en manos de Percy, se embarcó para Inglaterra.

Agudos padecimientos y la ingratitud de sus poderdantes, fueron la única recompensa que obtuvo de sus servicios. Ni un solo palmo de tierra, ni la casa que él mismo se había edificado, ni siquiera el campo que con sus propias manos cultivara, ni premio alguno, en fin, sino el aplauso de su conciencia y del mundo entero, fueron el galardón de sus penosos sacrificios, y de las peligrosas tentativas en que con tanto afán hubo de empeñarse. Él fue el padre de la Virginia, el verdadero caudillo que estableció la raza sajona en los límites del nuevo mundo. Conservó siempre la claridad de su juicio, en medio de la general desconfianza y desaliento de los que le rodeaban. Aunaba en su persona el más elevado espíritu de aventuras, con las mejores facultades para llevar a cabo cualquier proyecto. Con su extremado valor y sangre fría, llegó a ejecutar lo que otros tuvieron por irrealizable. Fecundo en expedientes, era pronto en la ejecución de lo que una vez había concebido. Aunque perseguido sin descanso por la maligna envidia, jamás recordó las faltas de sus enemigos. Nunca fue su costumbre enviar sus hombres al peligro, sino acaudillarlos él mismo. Primero hubiera padecido necesidades, que pedir prestado, y habría preferido morir de hambre, que no pagar a sus acreedores. Nada había en él de falso ni fingido: era, por el contrario, franco, honrado y sincero. Discernió claramente que el verdadero interés de la Inglaterra no estribaba en buscar oro y querer enriquecerse repentinamente en la Virginia, sino en fomentar la industria y la agricultura. «Nada —solía decir—, debe esperarse sino del trabajo.»[24]

Este hombre ilustre no volvió más a la Virginia, a pesar de que estuvo varias veces en la Nueva Inglaterra al servicio de la compañía de Plymouth. Su muerte ocurrió en Londres en 1631, cuando contaba cincuenta y dos años de edad. En su bien escrita *Biografía del capitán Smith*, resume Mr. Hillard los servicios que debe la América a tan insigne varón, en los siguientes términos: «La gratitud que merece es una deuda nacional. Doquier que se hable inglés en este continente, habrían de narrarse sus proezas y venerarse su memoria. No solamente no debieran olvidar sus servicios, sino tenerlos siempre presentes. Ni bastan el impasible lienzo ni el frío mármol para honrarle, sino que debieran brotar sus alabanzas de los labios y correr de boca en boca, trasmitiéndose así de padres a hijos. Nunca pudo encontrar la poesía un argumento mas patético ni más novelesco que el de su vida y aventuras, y entre los nombres inmortalizados en las gloriosas páginas de la historia, pocos serán los que se hallaren más honrosos e inmaculados que el suyo.»[25]

Apenas se hubo alejado Smith de la colonia, cuando se vio sumida en la más espantosa miseria. Careciendo de víveres, negáronse los indios a proporcionar nuevas provisiones, y asesinaron traidoramente a muchos de los colonos. En menos de seis meses un hambre horrorosa, cuya memoria duró largo tiempo en la Virginia con el nombre de *starring-time* (año del hambre), redujo el establecimiento al último apuro, pues de las quinientas personas que quedaron en él

24 *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, tomo I. pág. 138.

25 *Vida del capitán John Smith*. pág. 143. Véase también la vida del mismo generoso aventurero, tan pintoresca y deliciosamente escrita por Mr. W. G. Simms.

cuando marchó Smith, únicamente sobrevivían sesenta, y la indolencia, los vicios y la falta de alimentos, continuaron disminuyendo su número, hasta tal punto, que a haberse retardado diez días más el socorro, hubieran perecido también las restantes. Empero, llegó a tiempo el auxilio para evitar esta última catástrofe. Gates y Somers, que habían naufragado en las Bermudas, aunque sin perder ningún hombre, lograron afortunadamente preservar sus comestibles de toda especie, y en tanto que los colonos de la Virginia perecían de hambre y de miseria, ellos se habían mantenido abundantemente muchos meses con los frutos que la naturaleza les brindara.

Ansiosos de reunirse con sus compañeros, construyeron dos malos buques, y tuvieron la dicha de arribar sanos y salvos a la Virginia, el 21 de mayo de 1610. Horrorizáronse al ver los pocos colonos que sobrevivían, y calculando que no tendrían comestibles más que para diez y seis días, resolvieron abandonar el teatro de tantas y tan prolongadas desdichas, incendiando de paso la ciudad antes de su partida, acto de insensatez a que afortunadamente se opuso Gates. El día 7 de junio se embarcaron al fin en cuatro pinazas o piraguas, y bajaron el río aprovechando la subida de la marea; pero en la mañana siguiente, y antes que entraran en el mar, quedáronse pasmados con la repentina aparición de uno de los botes de Lord Delaware, que acababa de llegar a la boca del río con buques y refuerzos. Mediante su persuasión y autoridad, pudo lograr el nuevo gobernador que retrocedieran los colonos.

Lord Delaware dio principio a su gobierno el 10 de junio, haciendo público su nombramiento, y solemnizando además el acto con oraciones y rogativas dirigidas al Ser Supremo, para que le concediera buen acierto y prosperidad a la colonia. Rebosaban de júbilo los colonos, considerando como un favor especial de la Divina Providencia la llegada del gobernador, y resueltos a luchar con las dificultades de su situación, pronto las vieron ceder ante los esfuerzos de su energía. La firmeza de carácter, aunada con la moderación y afabilidad del gobernador, refrenaron a los revoltosos. Establecióse un sistema regular de trabajo diario, y a cada cual se le señaló su tarea, debiendo dar principio a ella con actos públicos de devoción. Entonces empezó a consolidarse la colonia, pareciendo dar señales de una existencia permanente; pero apenas había conseguido Lord Delaware tan halagüeños resultados, cuando se quebrantó su salud, en términos, que tuvo precisión de regresar a Inglaterra, delegando su autoridad en manos de George Percy.

Durante su corta permanencia en la Virginia, no solamente redujo a los colonos, en número ya de unos doscientos, a cierto grado de obediencia, sino que contuvo a los indios en sus conatos de usurpación, levantando dos nuevas fortalezas, y atacándolos en algunas de sus aldeas. Hacia la misma época, salió Sir Georges Somers comisionado a las Bermudas en busca de provisiones; pero perdió la vida en la expedición. El capitán Samuel Argall, que le acompañaba en otro buque, volvió con un buen acopio de trigo, que adquirió en las riberas del Potomac.

En el mes de mayo, poco después de la partida de Lord Delaware, llegó a Virginia Sir Thomas Dale, con tres buques, ganado, víveres y otras cosas de que necesitaba la colonia. Dicho jefe estaba autorizado para administrar sumaria justicia contra cualquiera clase de delincuentes. A fines de agosto, arribó también Sir Thomas Gates, con seis embarcaciones, doscientos ochenta hombres, veinte mujeres, numeroso ganado lanar, algunas piaras de cerdos, municiones de guerra y otros artículos de primera necesidad, tomando posesión del gobierno en medio de las aclamaciones y de las más vivas demostraciones de gratitud por parte de los colonos, que dirigían diariamente fervorosas preces al cielo por la prosperidad de Inglaterra, su muy amada patria.

La colonia principiaba a extenderse por la ribera del río James, donde ya se habían fundado nuevos establecimientos y empezado a levantar una ciudad, rodeada de empalizadas, a la cual se dio el nombre de Henrico, en honor de uno de los príncipes de la familia real inglesa. Empero, no se guardaba bastante consideración con los derechos de los indios, haciéndoles, por lo regular, muy poca justicia.

Al año siguiente algunos aventureros obtuvieron del rey una ampliación de sus concesiones. Incluyéronse las Bermudas en los límites que abarcaba su tercera patente; mas fueron trasferidas poco después a otra compañía distinta, y llamadas, en honor de Sir George Somers, islas de Somers.

El supremo poder que antes residía en el consejo, fue de nuevo otorgado a la compañía, la que celebró frecuentes juntas para la transacción de los negocios, lo cual daba a la corporación cierta forma democrática.

Continuaba aumentándose rápidamente la prosperidad de la colonia, siendo ésta especialmente favorecida en aquella época con la firme alianza que pactaron los ingleses con Powhatan y los indios, a consecuencia del casamiento de la buena y cariñosa Pocahontas. Una partida de forrajeadores, acaudillada por Argall, había logrado apoderarse de aquella doncella, y llevarla a la colonia. Cuando su airado padre reclamó su restitución, le fue negada. Estaban ya a punto de romperse las hostilidades, a tiempo que un benemérito joven inglés, llamado John Rolfe, que se había captado el afecto de Pocahontas, la pidió por esposa. Con sumo gozo consintió Powhatan en este enlace, y su hija, naturalmente dócil y bondadosa, tardó poco en instruirse en la fe cristiana, siendo bautizada por el virtuoso sacerdote Alexander Whitaker, quien solemnizó también el matrimonio con arreglo a los usos y prácticas de la iglesia episcopal[26]. Al saber esto la tribu de los *Chikaominis*, solicitó la amistad de los ingleses, abrigando fundadas esperanzas de que semejantes enlaces entre ambas razas podrían efectuarse con frecuencia, pero no correspondió el resultado a sus deseos, porque los europeos parecían esquivar esta clase de alianzas. Resentidos del agravio los indios, reconcentraron su despecho, hasta encontrar una ocasión propicia para vengarse de aquella afrenta.

Pocas palabras más añadiremos respecto a la suerte de Pocahontas. Tres años después de su casamiento, acompañó a su marido a Inglaterra, donde fue muy obsequiada por su bondad y modestia, así como por los grandes servicios que había prestado a la colonia. Allí hubo de encontrarse otra vez con el esforzado Smith, a quien ella creía muerto mucho tiempo hacía. Aquel noble caudillo nos ha dejado una interesante narración de su entrevista con la joven india, y de las circunstancias de su prematura muerte: «Estando preparándome por aquel tiempo para emprender un viaje a Nueva Inglaterra, no podía quedarme para prestarle el servicio que yo deseaba y que ella tenía tan merecido; pero oyendo que se hallaba en Brandford, con varios de mis amigos, pasé inmediatamente a verla. Después de dirigirme un modesto saludo, sin proferir palabra, se volvió hacia otro lado, anublándose su semblante, cual si estuviera disgustada. Viéndola con tal humor, su marido y los que estábamos presentes salimos de la estancia, y la dejamos sola por espacio de dos o tres horas, arrepintiéndome yo de haber escrito que ella hablaba el inglés; pero poco después, empezó a hablar y a recordarme los favores que nos había dispensado, diciendo:

»—Vos prometisteis a Powhatan que lo vuestro sería suyo, y él os hizo por su parte igual ofrecimiento; vos le llamabais padre, siendo extranjero en su tierra, y por igual motivo debo yo hacer otro tanto.

»Aunque hubiera podido excusarme de apellidarla hija, nunca me hubiera atrevido a concederle semejante título, porque era hija de un rey. Adivinando la joven mi vacilación, añadió con firmeza:

»—¿Os atrevisteis a ir a la tierra del autor de mis días, causándole temor a él y a su pueblo, aunque no a mí, y no os atrevéis ahora a que os llame padre? Dígoos, pues, que lo quiero, y que me llamaréis hija, y así seré para siempre vuestra compatriota. Decíannos que habíais muerto, y no he sabido nada en contrario hasta que llegué a Plymouth. Sin embargo, Powhatan encargó a Uttamatomakkin que os buscara y averiguase la verdad, porque vuestros compatriotas son muy mentirosos.

»El tesorero, el consejo y la compañía equiparon y proveyeron perfectamente un buen buque, llamado el George, a cuyo bordo debían embarcarse el capitán Samuel Argall, la señora Pocahontas, por otro nombre Rebecca, con su esposo y otros pasajeros; pero en Gravesend, plugo a Dios llamar a sí a aquella joven, cuya inesperada muerte, aunque sensible, causó menos pesar a los

26 *Iglesia episcopal protestante en la Virginia*, por el doctor Hawks, pág. 28.

circunstantes, que gozo les produjo oírla en sus últimos momentos, al verla terminar su existencia tan devota y religiosamente.»[27]

Este infausto acontecimiento ocurrió en 1617, cuando Pocahontas contaba apenas la edad de veinte y dos años. La noble india dejó un niño que se educó en Inglaterra, y del cual suponen proceder algunas familias de la Virginia, pretendiendo de ahí descender directamente de la hija de Powhatan.

Mucho se fomentó la prosperidad de la colonia estableciendo un derecho de propiedad privada, y enviando de Inglaterra cierto número de respetables doncellas, que debían convertirse en hacendosas madres de familia. Autorizado Sir Thomas Dale a poner en ejercicio la ley marcial, fue, sin embargo, tan discreto y tan justo, que no hubieron de experimentar opresión alguna sus subordinados, en los cinco años que permaneció en la colonia.

En 1613, asaltó Argall un establecimiento que empezaban a fundar los franceses en Penobscot, y lo destruyó completamente. Emprendió luego hacia el Norte una expedición de piratería; demolió las fortificaciones de De Monts, en la isla de Sainte-Croix, y pegó fuego a las abandonadas viviendas de la colonia que había ocupado a Port-Royal. Dícese que a su regreso, en noviembre del mismo año, embocó por el Hudson, y compelió a los comerciantes holandeses de la isla de Manhattan a que reconocieran la autoridad y derechos de Inglaterra. Empero este aserto nos parece infundado y probablemente apócrifo[28].

Gates regresó a Inglaterra en 1614, y Dale tres años después, dejando a George Yeardley de teniente gobernador, de cuyo cargo fue destituido algún tiempo después a impulsos de una facción. Argall, hombre activo, pero grosero y tiránico, fue designado para reemplazar a aquel jefe, nombrándole además almirante del país y de los mares adyacentes. Su rapacidad y despotismo dieron lugar a graves quejas. Entonces suplicó la compañía a Lord Delaware que volviese a ocupar su primer destino. Salió, pues, de Inglaterra este caudillo, pero murió en el mismo momento de entrar en la bahía que lleva su nombre. Tras una reñida contienda, Yeardley, anteriormente delegado en el gobierno, fue nombrado gobernador efectivo, concediéndosele el título y dignidad de caballero, saliendo luego Argall con precipitación para las Indias Occidentales.

Poco después de su llegada, convocó Yeardley la primera asamblea colonial de la Virginia. compuesta del gobernador, el consejo y los diputados de las once colonias. Estos diputados llevaron el nombre de *burgesses*, que se ha hecho notar en la historia de la Virginia. Dos años, después, cuando Sir Francis Wyatt sustituyó a Yeardley, expidió la compañía una carta u ordenanza, por la cual se dotaba de una constitución y gobierno permanente a las colonias, dividiéndolas además en parroquias, y asignando a los clérigos un beneficio eclesiástico de cien acres de tierra, con el tratamiento correspondiente, según las prácticas de la iglesia anglicana.

Sir Edwin Sandys, hombre integérrimo y de suma energía, sucedió en el cargo de tesorero a Sir Thomas Smith. En el único año que desempeñó este destino, mandó a la Virginia mil doscientos emigrantes, entre ellos noventa jóvenes, que se casaron con colonos, pagando éstos a la compañía por cada una cien libras de tabaco, cuyo valor era de unos setenta y cinco pesos fuertes. La introducción de estas muchachas en la colonia, sancionada por el matrimonio y los lazos domésticos, parecía ventajosa bajo todos conceptos: el resultado, sin embargo, fue perjudicial. También cometió el rey una grande injusticia enviando a la Virginia cien vagabundos, sacados de las cárceles y vendidos para servir de criados por cierto número de años; práctica que, sea dicho de paso, se continuó por mucho tiempo, a pesar de las reiteradas y formales protestas de los colonos. Casi en la misma época, llegó a Jamestown un barco mercante holandés, con cargamento de veinte negros, que fueron vendidos para servir de esclavos. Por más que se haya escrito sobre la práctica de comprar y vender negros, no es sino un mero acto de justicia dejar aquí consignado, que ni los

27 *Historia de la Virginia*, por Smith, p. 121.

28 Mr. Brodhead asegura positivamente su falsedad. Véase su *Historia del Estado de Nueva York*, primer periodo, p. 54.

virginianos de aquella época, ni de otra alguna, creyeron jamás que cometieran un desacato contra la moral pública, condenando a perpetua esclavitud a la gente de color.

El conde de Southampton reemplazó a Sandys en el cargo de tesorero, y en los dos años siguientes envió a la Virginia dos mil trescientos emigrantes. Con tal refuerzo estableciéronse nuevas colonias a orillas de los ríos James y York, y se señaló una hacienda de diez mil acres de terreno, cerca de las cascadas del James, para dotación de un colegio, destinado a la educación de los indios, igualmente que a la de los colonos.

«El cultivo del tabaco, dice Hildreth, había dado un repentino impulso a la agricultura de la Virginia; pero su uso era todavía bastante limitado, y el mercado inglés no podía dar salida a las grandes existencias con que contaba. Empezó, pues, a bajar el precio de esta planta, afanándose entonces el ilustre tesorero por proporcionar a la colonia otro género de producciones de mayor consumo, tales como lino, seda, vino, maderas de construcción y duelas. No contento con esto, practicó nuevas tentativas para establecer fábricas de vidrio, de pez griega, alquitrán y potasas, a cuyo efecto envió a Virginia algunos industriales italianos y holandeses, para instruir y adiestrar a los colonos en estas operaciones.»[29]

La colonia, sin embargo, no había sido provechosa para la compañía, aun cuando echara profundas raíces y prometiera grandes resultados para el porvenir.[30] Sir Francis Wyatt sustituyó a Yeardley como gobernador, y se le dieron órdenes para que, además de cercenar los plantíos de tabaco que pudiera cultivar cada colono, mantuviese buenas relaciones con los naturales del país. Desgraciadamente, era demasiado tarde para semejante política, y así es que la colonia fue víctima de una tremenda irrupción que en ella hicieron los salvajes.

El anciano Powhatan había muerto. Opechancanough, su sucesor, audaz y astuto jefe, al par que valeroso guerrero, estaba ya cansado de sufrir vejaciones, y preparaba con el más profundo secreto una sorpresa para el degüello y total exterminio de los blancos. Habiéndose tratado a los indios con desprecio y como enemigos insignificantes, estaban suspendidos los ejercicios militares en la colonia, en tanto que los indígenas habían llegado gradualmente a ser tan diestros como los europeos en el manejo y uso de las armas de fuego. El 22 de marzo de 1622, a una señal convenida, y cuando los colonos gozaban de aparente seguridad, cayeron sobre ellos Opechancanough y los suyos, y hombres, mujeres y niños fueron degollados sin misericordia. A no haber dado aviso la noche antes un indio convertido a la religión cristiana, llamado *Chanco,* la extensión de la matanza habría sido mayor. Tal cual fue, perecieron trescientas cincuenta personas, en cuyo número se contaban seis miembros del consejo. «Así, dice un autor contemporáneo, citado por el antiguo Purchas, el resto de la colonia, que estaba prevenida, se salvó por este medio. Tal fue, gracias sean dadas a Dios, el buen fruto que produjo la conversión de un infiel al cristianismo; pues aunque murieron más de trescientos de los nuestros a manos de los paganos, se salvaron también millares de ellos, mediante un solo salvaje que había abierto los ojos a la luz del Evangelio.»

Siguióse a tan infausto acontecimiento una sangrienta guerra de represalias y exterminio, y como por otra parte, las enfermedades y el hambre vinieran a acosar a los colonos, viéronse en breve reducidos, de cuatro mil que eran, a dos mil quinientos. Empero los blancos tardaron poco en recobrar su acostumbrada superioridad sobre la raza roja, y engañados los indios por mentidas promesas de impunidad, fueron acuchillados despiadadamente. Este estado de incesante guerra continuó durante unos quince años.

Los colonos, según los términos de la carta o cédula por la cual se regían, no eran sino sirvientes contratados de la compañía, la que a pesar de los privilegios otorgados, conservaba para sí la suprema dirección de los negocios e intereses. Su política tímida, mezquina y fluctuante, produjo disensiones, en que las cuestiones políticas, aun más que las comerciales, vinieron a ser

29 *Historia de los Estados Unidos*, por Hildreth, tomo I, pág. 121.

30 «El primer cultivo del algodón en los Estados Unidos merece conmemorarse. En este año (1621) confiáronse a la tierra las semillas por vía de ensayo, y su abundante producto fue en aquella primitiva época de su cultivo objeto de sumo interés en América y en Inglaterra.»—*Historia de los Estados Unidos,* por Bancroft, tom. I, pág. 179.

pronto objeto de enérgicas disputas. El partido ministerial en Inglaterra trató con empeño de robustecerse, ganando prosélitos entre los miembros de la compañía de la Virginia; pero la mayoría de éstos estaba resuelta a asegurar los derechos y las libertades del súbdito en su patria, así como las de los colonos fuera de ella. Esto dio lugar a una libertad de discusión sobre materias políticas en general, que fue considerada por los sostenedores de la regia prerrogativa como altamente peligrosa para las instituciones monárquicas.

Alarmóse con esto el rey Jacobo, y habiéndole tomado por árbitro la minoría, con pretexto del mal éxito y del supuesto desarreglo en los negocios e intereses de la compañía, resolvió adoptar un método breve de reforma, según sus propias ideas. Únicamente en uso de su autoridad, y sin derecho alguno legal, dispuso que se apoderasen de los archivos de la compañía de Londres, y nombró una comisión, a cuyo juicio se sometiera la conducta que había observado aquella, despachando de paso otros comisionados a la Virginia, para averiguar cuál era el estado de la colonia, y cómo se gobernaba en ella. El primer examen puso en claro bastantes desaciertos, y así se declaraba en el informe que se elevó al monarca. Con este motivo manifestó el rey, en virtud de una orden expedida por el consejo, su firme voluntad de reservarse en lo sucesivo el nombramiento de los empleados en la colonia, como igualmente la dirección suprema de sus negocios e intereses. A consecuencia de tal resolución, invitóse a los directores de la compañía a que accedieran a este arreglo, so pena de ver revocada la carta o cédula que se les otorgara.

Perplejos con tan repentino e inesperado ataque contra sus privilegios, pidieron tiempo para tomarlo en consideración; pero se les exigió perentoriamente una respuesta definitiva, dentro del tercer día. Viéndose así amenazados, determinaron atenerse a sus derechos y ceder únicamente a la fuerza. En vista de tal resuelta negativa, expidió el rey un decreto de *Quo Warranto* contra la compañía, para que se sometiese la validez de su carta o cédula al juicio del Tribunal del Rey (*King's Bench*). Habiéndose reunido el Parlamento, hizo la compañía su última apelación; pero la alta cámara tenía muy pocas simpatías hacia los privilegios exclusivos.

Llegado que hubieron los comisarios enviados a la Virginia, con gran cúmulo de pruebas contra el mal régimen de la compañía, suplicaron al monarca restableciera la primitiva constitución de 1606 y suprimiese el elemento democrático que, según aseguraban, era la causa de tantas disensiones y de tanto desorden. Esto proporcionó un argumento más para fundar una decisión que, según la costumbre de aquel tiempo, como dice Robertson, «estaba en perfecta consonancia con los deseos y constantes aspiraciones de Jacobo I.» Poco tardó, pues, en ser anulada la carta y disuelta la compañía, apropiándose el rey todos los derechos y privilegios que antes había otorgado. Así cayó la compañía de la Virginia, en 1625, después de haber gastado próximamente 700.000 pesos fuertes en su constante empeño por consolidar la colonia.

Sabedores de estas determinaciones los colonos, enviaron un agente a Inglaterra, para solicitar que no se hiciera cambio alguno en las franquicias y privilegios que habían adquirido; pero dicho comisionado murió en la travesía. Jacobo mantuvo todavía a Wyatt en su destino en el año precedente a la conclusión de los últimos cinco concedidos, desde la época en que estableció la compañía la Asamblea Colonial. Concertaba el rey planes ulteriores para el mayor desarrollo y prosperidad de la colonia; pero su muerte, acaecida el 27 de marzo de 1625, puso término a su carrera, con todas sus buenas cualidades y defectos.

5.
Colonia de Nueva Holanda, New Netherland (1609-1640)

Enrique Hudson. Entra al servicio de Holanda. Descubre y explora el río que lleva su nombre. Su comportamiento con los indígenas. Su suerte. Compañía holandesa de la India Oriental. Exploraciones de Block. Nueva Holanda. Los Walloons. Compra de la isla de Manhattan. Tiene esta compra por principal objeto el comercio. Plan de colonización. Los patronos y sus compras. Swaanendael. Dificultades de este proyecto. Destitución de Minuit. Van Twiller, gobernador. Contestaciones con los ingleses. Tentativas de colonización en el Delaware por los suecos. Cuál fue su resultado.

Dos años después de establecida la colonia de Jamestown, y próximamente hacia la misma época en que Champlain exploraba la Nueva York septentrional, un ilustre navegante, llamado Enrique Hudson, entró al servicio de la compañía holandesa de la India Oriental. Este descubridor era natural de Inglaterra, e íntimo amigo del capitán John Smith. Habiendo hecho dos viajes, por cuenta de algunos comerciantes de Londres, en busca de un paso norte-occidental a la India, y no encontrando suficiente protección en su patria, dirigióse a Holanda, donde a principios de abril de 1609, se le dio el mando de un pequeño buque de diez y ocho toneladas, llamado el *Half-Moon* (Media-Luna), para que emprendiera su tercera navegación. Detenido primero por los hielos en los mares septentrionales, costeó la Acadia, traspuso el Cabo-Cod, y penetró consecutivamente en las bahías de Penobscot, Chesapeake y Delaware, descubriendo el 2 de septiembre del citado año la de Sandy Hook. El día 11 pasó por los Estrechos, y el 12 empezó a remontar el caudaloso río, al que dio su nombre, y que perpetúa su fama. Al ver el país situado a las orillas del río, dijo en alta voz, «que era la tierra mas hermosa que pudiera verse.» Hudson subió el río hasta el punto que ocupa actualmente la ciudad de Albany, y mandó desde allí un bote que llegó quizás en su exploración más allá de Waterford. Mr. Hildreth estigmatiza el comportamiento observado en varias ocasiones por Hudson con los naturales del país, como si adoleciese de «inmotivada crueldad», cosa difícil de creer, según nuestro juicio, pues no han quedado pruebas que lo acrediten[31]. Bajando el río, en los primeros días de octubre, Hudson emprendió su regreso[32], llegando sano y salvo en menos de un mes al puerto de Dartmouth en Inglaterra. Después de una detención de ocho meses, estuvo el buque dispuesto para continuar su viaje a Holanda; pero no pudo efectuarlo Hudson, en virtud de una real orden que se le comunicó: aprestóse luego, y emprendió su cuarta navegación, de la cual no volvió jamás, pues llegó a verse abandonado a merced de las olas en un débil bote, con su hijo de corta edad y ocho pasajeros más, pereciendo en las frígidas regiones de aquella bahía, que continúa llevando su nombre, al mismo tiempo que nos recuerda su desventurada suerte.

La compañía holandesa de la India Oriental, se apresuró a reclamar la posesión de las nuevas tierras descubiertas por su agente, y despachó algunos buques para entablar comercio con los naturales del país. Con este objeto, edificáronse casas fortificadas para el comercio en la isla de Manhattan, que constituyeron el núcleo de la futura ciudad de Nueva York. Argall, según se dice,

31 Véase *Vida de Enrique Hudson*, por Cleveland, cap. IV.

32 El lenguaje de Bancroft, después de la narración que hace de la partida de Hudson para Europa, interesará ciertamente a los que deseen saber algo respecto de Nueva York, tal como era en aquella época: «Umbrosas selvas derramaban un tinte de inmensa melancolía sobre la inútil magnificencia de la naturaleza, ocultando en sus profundas sombras el rico suelo que jamás calentaron los rayos del sol. El hacha no había nivelado aun aquella gigantesca progenie de espesas arboledas, donde las fantásticas formas de millares de troncos desgajados por el rayo, formaban singular contraste con la verde lozanía de los nuevos y pujantes retoños. La juguetona vid enroscaba sus tallos hasta alcanzar la copa de los más altos árboles del bosque, columpiándose en el espacio al soplo de la brisa, como los flojos obenques de un navío en una noche de calma. Solazábanse los reptiles en charcos de agua estagnante, o se arrastraban osados sobre montones de árboles añosos y consumidos por el tiempo. El abigarrado ciervo se agachaba en la espesura; mas no para esconderse, pues nadie allí pudiera perseguirlo no existiendo sino animales montaraces, que pacían la nunca regada yerba de aquellas feraces praderas. Todo era en derredor silencio el más profundo, etc.»—*Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, tomo II, págs. 26-28.

regresando a la Virginia, después de asaltar las colonias francesas, entró en el puerto de la mencionada isla, y alegó el derecho de posesión en favor de Inglaterra. Demasiado débiles los holandeses para entrar en contestaciones, fingieron someterse, pero únicamente hasta que perdieron de vista los buques ingleses. Este aserto, no obstante, carece de confirmación, y los autores más autorizados lo niegan rotundamente[33].

Entretanto, los Estados generales concedieron un monopolio de cuatro años a cualesquiera traficantes que fueran bastante atrevidos para acometer un nuevo descubrimiento, y en consecuencia, una compañía de Amsterdam envió cinco buques al nuevo mundo. Uno de los aventureros que en ellos se embarcaron, Adriaen Block, ensanchó la esfera del descubrimiento, navegando por el East Ricer (Río Oriental); entró en el formidable Hellegat o Hell Gate (Puerta del Infierno), y registró las playas de Long Island y las del Connecticut hasta el Cabo-Cod. Pocos años después, el capitán Thomas Dermer fue el primer inglés que visitó en Manhattan a los holandeses, quienes levantaron un fuerte en esta isla, y otro a pocas millas de Albany, para tener centros de tráfico con los indios, sin otras miras de colonización permanente. Poco más de tres años subsistieron allí, en cuyo tiempo fueron los primeros que trataron a los Mohawks, los más orientales de los Iroqueses o Cinco Naciones, logrando entablar relaciones amistosas con diversas tribus indias. Por aquel tiempo pasó el monopolio del comercio a manos de la compañía holandesa de la India Oriental, a la que se concedió privilegio exclusivo para el tráfico y colonización en las costas de África y de América[34].

Esta opulenta e importante corporación, combinando las operaciones militares con las mercantiles, se dividió en cinco cámaras, establecidas en otras tantas de las principales ciudades de Holanda. La dirección de sus negocios e intereses fue confiada a una junta directiva, llamada Asamblea de los Diez y nueve, la cual fijó principalmente su atención en ejercer represalias sobre el comercio español, en comprar esclavos, en la conquista del Brasil. etc. La cámara de Amsterdam era la que entendía en todo lo relativo a Nueva Holanda. Enviáronse dos embarcaciones, al mando de Cornelis Jacobsen May, compañero de Block, que ascendió a primer director de Nueva Holanda. En su corta administración de un año, hizo construir con el nombre de Nassau un fuerte en el Delaware. También construyó otro en el Hudson, en el sitio que hoy ocupa Albany, apellidándole Fuerte Orange. Cierto número de Walloons, a quienes se había negado el privilegio de establecer una compañía en el territorio perteneciente a la de la Virginia, salieron en el buque mandado por May: éstos, que propiamente fueron los primeros colonos, se establecieron en el extremo noroeste de Long Island, en Waal-Bogt (Bahía de Wallon), actualmente Wallabout. En mayo de 1626, llegó a Manhattan Peter Minuit, como director general de Nueva Holanda, y empezó a ejercer enérgicamente las obligaciones de su empleo. Bajo su administración compróse la isla de Manhattan a los indios por sesenta gilders (unos 24 pesos fuertes), y se edificó una fortaleza cercada de empalizadas en el extremo más meridional de la isla, dándola el nombre de Fuerte Amsterdam. Igualmente adquirióse la isla de Staten, y los holandeses mandaron a su patria muestras de trigo, centeno, cebada y lino, para demostrar la bondad y fertilidad del suelo.

El comercio de peletería ascendía por entonces, en el valor de las exportaciones, a unos 20.000 pesos fuertes anuales; pero no por eso se habían decidido todavía los holandeses a establecer formalmente ninguna empresa de colonización en las márgenes del Hudson. Parecían satisfechos con gozar de los provechos del tráfico, y mantener relaciones amistosas con los ingleses de Nueva Plymouth, quienes, no obstante, con el convencimiento que sobre esto tenían, no dejaban de recordarles, que la Inglaterra reivindicaba la región que ellos ocupaban, y cuando Inglaterra reclamaba una cosa, no era probable que tan fácilmente la abandonara.

---

33 Véase *Historia de Nueva York*, por Brodhead, primer periodo, pág. 54.

34 Merece recordarse aquí, en honra de un navegante holandés, que en el año 1616, William Cornelis Schouten, comerciante de Hoorn, en la Holanda septentrional, fue el primero que navegó alrededor de la punta más meridional de la América del Sur, a la que apellidó, en honor de su ciudad natal, Cape-Hoorn (Cabo de Hornos).

A pesar de todo, los Estados generales adoptaron el siguiente año un plan de colonización, que había sido redactado y propuesto por la Asamblea de los Diez y nueve. «Cualquier miembro de la compañía, que pudiese establecer en el territorio de Nueva Holanda, en los cuatro años después de haber participado su intento, una colonia de cincuenta personas de más de quince años de edad, tenía derecho, bajo el nombre de Patrono, a una concesión del terreno así ocupado, en la extensión de diez y seis millas en las playas del mar o a orillas de un río navegable, y solamente a ocho millas por una y otra parte cuando se establecieran en ambas márgenes del río, con una extensión indefinida tierra adentro.» La compañía se reservaba expresamente la isla de Manhattan y el comercio de peletería con los indios, y sobre todo tráfico y comercio que efectuasen los patronos, habían de pagar un derecho de cinco por ciento. El objeto principal de estos patronos, era el de acabar con el nombre indio, y habían de establecer en sus tierras arrendadores o colonos, con sirvientes contratados, del propio modo que en las de la Virginia; pero el privilegio feudal otorgado a los patronos, del cual subsisten todavía vestigios, ofrece una notable diferencia entre este plan de colonización de los holandeses y la libre posesión de tierras adoptada en la Virginia.

A los colonos libres que emigraran a su costa, se les concedía toda la tierra que pudieran cultivar, estando exentos de toda clase de contribuciones por término de diez años. No les era lícito fabricar paños, ni telas de lana, lino o algodón, ni ninguna clase de tejidos, so pena de destierro y de ser castigados arbitrariamente «como perjuros,» según el reglamento basado en los principios del sistema colonial adoptado entonces por todas las naciones de Europa, que trataba de sujetar los colonos a la producción de artículos de exportación, manteniéndolos bajo la dependencia de la madre patria en todos los artículos más necesarios de sus manufacturas.

Fue acogido este plan con aplauso entre los holandeses. Varios miembros de la compañía eligieron y compraron las dos mejores localidades en la bahía de Delaware y en la margen occidental del Hudson, frente a la isla de Manhattan. Llamóse a la primera Sucaanendael o Sucansdale, y la segunda, a la cual se añadieron la isla de Staten y algunos otros terrenos, recibió el nombre de Pavonia. Los agentes de Van Rensselaer, compraron las tierras circunvecinas al Fuerte Orange. Dióseles el nombre de Remsselaerucyck a aquellas tierras que median veinte y cuatro millas de largo y cuarenta y ocho de ancho. De Wries fue a Swansdale, y se estableció con una pequeña colonia en el sitio donde existe ahora la ciudad de Lewiston, empezándose a colonizar también Rensselaerwyck y Pavonia.

Sobreviniendo contestaciones entre los patronos y la compañía, respecto a sus privilegios de tráfico y comercio, fue acusado Minuit de favorecer las pretensiones de los patronos, y destituido de su empleo. Al regresar a Holanda con un cargamento de pieles, viose precisado por un temporal a guarecerse en el puerto de Plymouth, donde le detuvieron y amenazaron tratarle como traficante de ilícito comercio. Discutióse el derecho de los holandeses a la posesión de Nueva Holanda, entre los gobiernos de Inglaterra y de Holanda, insistiendo el primero en reclamar la primacía sobre aquel territorio. En el mes de diciembre del propio año, llevó De Wries provisiones a la pequeña colonia de Swansdale; pero, triste es decirlo, no encontró allí alma viviente. Los indios lo habían destruido todo. De Wries tomó el partido de establecerse en la isla de Staten.

Wouter Van Twiller, sucesor de Minuit, obtuvo su nombramiento por influencias de familia, teniendo poca o ninguna aptitud para el cargo de director general. Llevó consigo cien soldados, un maestro de escuela y un clérigo llamado Bogardus. Esto no obstante, continuaba siendo el comercio el principal objeto de los holandeses. Veinte años antes había subido Block el río Fresh o Connecticut, donde empezó un provechoso comercio con los indios, que continuó aumentando en importancia. Con el fin de asegurar este valioso tráfico, compraron los holandeses a los Pequods un terreno situado en la orilla occidental del Connecticut, cerca del sitio en que existe hoy la ciudad de Hartford, edificando una factoría que fortificaron con dos cañones, a la cual llamaron *House of Good Hope* (Casa de Buena-Esperanza). Poco tiempo después arribó un pequeño barco de Boston, con una carta para Van Twiller del gobernador Winthrop, en la cual alegaba nuevamente este funcionario los derechos de Inglaterra, manifestando su sorpresa de que hubieran tomado posesión

los holandeses del Connecticut. En tanto, el pueblo de Plymouth había empezado a tomar posición en el Connecticut, y cuando Van Twiller envió una compañía de soldados para arrojar a los ingleses de aquel punto, se mantuvieron firmes en su defensa, teniendo que retirarse los holandeses sin hacer uso de sus armas.

El nuevo gobernador tenía empeño en mejorar la condición de Nueva Amsterdam. Edificó, pues, una iglesia, cuarteles para las tropas, molinos, etc. Empero las disensiones con los patronos fueron un grande obstáculo para los adelantos de la colonia. Con el fin de cortar semejantes disputas, se propuso que se compraran los patronatos, y Swansdale fue vendido a la compañía por unos 6.000 pesos fuertes. En el Connecticut, el pueblo de Massachusetts iba estrechando de día en día a los holandeses. Una partida que salió de Plymouth, trató de apoderarse por sorpresa del fuerte Nassau en el Delaware. Van Twiller, mirando por sus propios intereses, se aseguró valiosos terrenos en Long Island y otras isletas adyacentes. Van Dincklagen, último *Schout-fiscal* en Nueva Amsterdam, sujeto de integridad y muy capaz, presentó quejas en Holanda contra Van Twiller, y éste fue destituido poco tiempo después, reemplazándole William Kief, en marzo del año siguiente.

Por su parte, los habitantes de Nueva Inglaterra, iban adelantando hacia la posesión del territorio reclamado por los holandeses en el Connecticut, al mismo tiempo que aparecían nuevos competidores en la bahía de Delaware. Eran estos los audaces y enérgicos suecos, cuyo soberano, el ilustre Gustavo Adolfo, apercibiéndose desde luego de las ventajas que podría proporcionar la colonización en América, acababa de formar una compañía con este objeto. La prematura muerte de Gustavo en la batalla de Lutzen, en 1632, y la declaración de guerra con la Alemania, paralizaron toda acción decisiva durante algunos años.

El canciller Oxenstiern favoreció el proyecto de la nueva compañía, y le renovó su patente; pero no fue sino hasta el fin de 1637 cuando estuvo aprestada la expedición para darse a la vela, bajo el mando de Minuit, que había sido anteriormente director de Nueva Holanda. Llegado que hubieron al Delaware los expedicionarios, en número de cincuenta hombres, compraron tierras a los naturales del país, cerca de la punta de la bahía, y edificaron un fuerte llamado *Christina*, en honor de la reina de Suecia. El gobernador holandés Kieft protestó contra esta usurpación, sin que su protesta tuviese resultado alguno; y como toda tentativa de hostilidad contra los suecos hubiera sido imprudente, desistió de ella. Bajo tales auspicios continuó aumentando la emigración durante muchos años, y el gobernador Printz estableció una residencia y construyó un fuerte cerca de Filadelfia. Así, pues, la Pensilvania fue ocupada por los suecos antes que Penn se hiciera dueño de ella, y las márgenes del Delaware, desde el Océano hasta las cascadas cerca de Princeton, fueron conocidas con el nombre de Nueva Suecia.

No obstante la enemistad que generalmente reinaba entre holandeses y suecos, éstos se unieron a aquellos para repeler a los ingleses, que intentaron establecerse en los confines de los terrenos cuya posesión reclamaban como suya propia. Todos los que vinieron fueron rechazados por la fuerza, o compelidos inflexiblemente a someterse a la autoridad sueca.

6.
Fundación de Nueva Inglaterra (1620-1631)

Interés e importancia que ofrece la historia de Nueva Inglaterra. La Reforma. Sus efectos. La Reforma inglesa. Sus progresos bajo los reinados de Enrique VIII, Eduardo VI, María e Isabel. Jacobo I. Su educación y comportamiento. Puntos de disidencia entre los puritanos y la iglesia de Inglaterra. Cuáles eran los sentimientos que abrigaba el rey respecto al partido puritano. Discusiones intestinas. Los Crownistas o independientes. Los ancianos Brewster y Robinson. Emigración a Holanda. Disputas en Amsterdam. Traslación a Leyden. Razones que les hacían desear a los puritanos abandonar la Holanda. Resuélvense a colonizar América. Hácense a la vela. Viaje tempestuoso. Arriban a la costa, cerca del Cabo-Cod. Contrato social. Peñón de Plymouth. Padecimientos durante el invierno. Relaciones con los indios. Sus temores o aprensiones. Establecimiento de una colonia en Wissagusset. Estado de la colonia en 1630. Colonia de la bahía de Massachusetts. Cuestión de religión. Traspaso de la carta y compañía. Nueva Inglaterra. Fundación de Boston. Organización de iglesias. Duras pruebas. Base teocrática del gobierno. Posición e influencia de los ministros de la religión.

La primitiva historia de los progresos de Nueva Inglaterra ofrece particular interés e importancia. Su posición entre las colonias inglesas en América; el influjo que ha ejercido siempre en los negocios e intereses americanos; las personas que la establecieron; la opinión y prácticas especiales entre los colonos puritanos; las razones que les indujeron a la adopción de sus miras, respecto a sus deberes religiosos y obligaciones civiles, tales como ellas las asentaron, las sostuvieron y se esforzaron enérgicamente en llevarlas a cumplido efecto, son otras tantas causas que hacen necesaria, a nuestro ver, la indagación esmerada de muchas circunstancias anteriores al desembarco de los peregrinos en la costa peñascosa de Nueva Inglaterra. Incúmbenos, pues, llevar a cabo esta investigación del modo más breve e imparcial que nos fuere posible.

Parecerá bastante natural, que la gran reforma ocurrida en el siglo XVI promoviese divergencia de opiniones, y diera lugar a serias controversias y disputas entre los que voluntariamente renunciaron a la doctrina y prácticas de la Iglesia romana. Cuando se considera el sorprendente cambio que efectuaron en las creencias religiosas de algunos pueblos las predicaciones de Lutero, Zuinglio, Calvino y otros reformadores de su época; cuando se trae a la memoria el inmenso efecto producido en el mundo civilizado por la aparición de la imprenta, que trajo consigo la restauración del saber en Europa, y el libre uso de las Sagradas Escrituras en el lenguaje vulgar del pueblo; cuando se recuerda, en fin, que los hombres propenden siempre a llevar al extremo todas las materias que son objeto de reforma, no causará sorpresa el observar que personas de probidad y de no escasos conocimientos, abrigaran ideas diferentes de las prácticas y miras deducidas de la interpretación dada a la Sagrada Escritura, en la época primitiva del protestantismo.

Además de las consideraciones de este género, había otras particularidades notables en el origen y progreso de la reforma en Inglaterra, que debían producir, andando el tiempo, honda sensación entre sus partidarios, y hacer surgir diferentes sectas religiosas dentro del reino. No fue el amor a la verdad y a la pureza del dogma el que influyó en Enrique VIII, cual lo sabe todo el que haya hojeado la historia, para que tratase de borrar a la Inglaterra del número de las naciones en que se profesaba la religión católica. Llevábase en esto sus miras particulares, y para realizarlas, calculaba perfectamente los pasos que daba. Si no sirvió con celo la causa del protestantismo; si bien fue un tirano, y un tirano brutal, no es menos cierto que rechazó con entereza las exigencias de la corte de Roma, que pretendía gobernar la Inglaterra e imponerle considerables exacciones. En tal extremo, vino a ser en manos de los protestantes un instrumento de que se valieron para poner en práctica sus creencias innovadoras. En cuanto a Eduardo VI, murió muy joven para poder hacer gran cosa en beneficio de la reforma. El reinado de María, que sucedió a Eduardo, fue favorable al catolicismo.

Isabel subió al trono con gran dosis de la altivez de su padre, y con una energía y habilidad que jamás hasta ahora superaron ninguno de los monarcas que han regido los destinos de la Gran Bretaña. Amante de la pompa y de la ostentación en todos los actos religiosos, determinó que la iglesia dominante gozara de cuantas ventajas y dignidad le fueren compatibles. Impulsada por un odio profundo contra el poder pontificio, trató, sin embargo, en cuanto le fue posible, de no enajenarse la voluntad de sus vasallos católicos, con indebidas penas y severidad contra la religión que profesaban. Igualmente contraria a la ruda y austera sencillez del culto puritano, y bastante sagaz para apreciar la inevitable tendencia de las doctrinas que sustentaban sus adeptos, reprimió con mano fuerte en todo el reino a los que reclamaban ulteriores reformas y más amplia libertad de la que hasta entonces había podido conceder la iglesia anglicana. Por lo demás, miraba con desconfianza a los que se oponían a sus proyectos, y no estaba dispuesta en manera alguna a tolerar la no conformidad con lo que a ella y a sus principales consejeros les parecía conveniente para la Iglesia y el Estado. El arzobispo de Cantorbery, Whitgift, estaba dotado a la vez de grande habilidad y buen deseo para ayudar a la reina en sus esfuerzos, encaminados a obligar a sus súbditos a la conformidad bajo severas penas, expediente que no era por cierto, el mas a propósito para engendrar la concordia y el amor fraternal entre los partidos contendientes.

Jacobo I fue educado, desde su tierna edad, en las estrictas creencias presbiterianas; pero cuando, por un cambio inesperado de la fortuna, estuvo en posesión de la corona, y se sentó en el trono de la que tan cruelmente persiguiera a su madre, adoptó las exageradas ideas de prerrogativa que caracterizaron y arruinaron finalmente a la dinastía de los Estuardos, manifestándose dispuesto a perseguir sin tregua a los que se opusieran a sus deseos y opiniones respecto a los asuntos políticos y religiosos del Estado. Este príncipe odiaba especialmente a los puritanos, porque tenía suficiente criterio para comprender, que si sus libres opiniones prevalecían entre los pueblos, serían un obstáculo insuperable que se opondría al ejercicio absoluto del poder real que con tanto anhelo codiciaba, y cuya posesión reclamó, considerándole como de derecho divino. Creemos sinceramente que tanto Jacobo como Carlos, su inmediato sucesor, se opusieron en todos tiempos a cualquier tentativa de reformar la iglesia anglicana, con arreglo a la que Calvino había establecido en Ginebra.

Los dos grandes partidos en que se dividían los protestantes, disentían en bastantes puntos muy esenciales para su doctrina, ateniéndose abiertamente los puritanos a la simple Biblia, como única senda y guía que los condujera con seguridad al perfecto cumplimiento de sus deberes religiosos y obligaciones civiles, en tanto que los defensores de la iglesia anglicana declaraban franca y completamente que la Sagrada Escritura contenía cuanto era necesario para la salvación, y que no había cosa alguna que pudiera considerarse como materia de fe, sino lo que estaba contenido y probado en ella, pretendiendo que había de guardarse la debida deferencia al testimonio y práctica de la primitiva Iglesia, igualmente que a las decisiones de los cuatro o seis concilios generales. Los puritanos, por el contrario, rechazaban toda especie de tradiciones, sin excepción alguna. considerándolas como supersticiosas. La iglesia anglicana quería que se mirase con respeto lo que ella consideraba como tradición primitiva, así como las decisiones de los santos padres y doctores de los primeros siglos.

Los puritanos eran partidarios de la extensión que había adquirido la reforma en el continente, y muchos de los desterrados durante el reinado de María, regresaron a su patria cuando acaeció el advenimiento de Isabel, llenos de celo y resueltos a intentar la realización, en la iglesia anglicana, de una latitud de reforma en concordancia con la doctrina y práctica de las iglesias de Calvino. Los obispos y el clero de la iglesia dominante, se oponían tenazmente a todo esto. porque consideraban el episcopado como de origen divino, y opinaban que las ceremonias, tales como se observaban en su iglesia, estaban calculadas para ayudar poderosamente la causa de la verdad y de la gracia divina. Así pues, mientras los unos rechazaban todas las ceremonias, porque alteraban, en su sentir, la sencillez y pureza del Evangelio, abogaban los otros por ellas, considerándolas útiles y edificantes. Estos negaban la necesidad de la ordenación por un obispo, para predicar el Evangelio y administrar

los sacramentos, y aquellos se oponían, y se han opuesto siempre a que ningún sacerdote oficiara en la iglesia anglicana, sino en tanto que hubiera sido ordenado por manos de un obispo. Cual era inevitable que sucediera, surgieron duras contestaciones, y quedó ensanchada la brecha. El rey Jacobo, contando con la iglesia anglicana como su natural aliada, y viendo que las doctrinas sostenidas por el clero se adaptaban perfectamente a sus ulteriores pretensiones a la regia prerrogativa, tardó poco en comprender que los puritanos se opondrían desde luego a su extravagante anhelo por alcanzar la supremacía irresponsable, tanto en materias civiles como en las meramente religiosas.

Eran los puritanos leales vasallos y adictos al sostenimiento de la corona en la línea regular de sucesión. Empero, no podían negar, ni negaron tampoco, la tendencia de sus opiniones hacia una libertad más lata y una tolerancia más extensa de la que el siglo comportaba, y con el trascurso del tiempo fueron ensanchando más y más sus miras y aspiraciones, precisamente cuando el gobierno se empeñaba, con indiscreción y mala fe, en obligarles a la conformidad con restrictivas y opresivas leyes[35].

No obstante su penosa situación, y su antagonismo con el gobierno y la iglesia dominante, los puritanos andaban divididos entre sí. Algunos deseaban permanecer en el gremio de la iglesia anglicana, y trataban de alcanzar una reforma más completa; pero también había muchos que, rechazando igualmente el gobierno episcopal que el presbiteriano, propendían a la absoluta independencia de cada congregación separada, y reclamaban el derecho de excogitar para sí mismos, sin ser coartados por ninguna autoridad humana, tal forma de gobierno y de disciplina eclesiástica, cual pudieran deducir del estudio y de la interpretación de la Sagrada Escritura. Esta fracción del partido puritano, a la que impusieron ellos mismos el nombre de los *independientes*, pero que fue calificada por desprecio con el dictado de *brownistas*, por el nombre de uno de sus corifeos, a cuyo impremeditado celo siguióse en breve una retractación ignominiosa, continuó existiendo todavía en el norte de Inglaterra, y se vio sujeta a las penas más severas por parte del gobierno. Muchos de sus adeptos tuvieron que refugiarse en los estados de Holanda, y establecieron una iglesia congregacional en la ciudad de Amsterdam.

Con los que permanecieron en Inglaterra, formóse gradualmente una iglesia, por el influjo del anciano Brewster que tenía por morada una magnífica casa en Scrooby, en el Yorkshire, perteneciente al obispo de York. Bradford, que fue más adelante gobernador de Nueva Plymouth, era uno de los miembros de la congregación, la cual eligió a Robinson para que fuese su pastor espiritual. Este último era un hombre de elevado carácter, universalmente respetado y querido por sus correligionarios, por cuyos intereses, así temporales como espirituales, se desvelaba incesantemente.

La penosa situación que la afligía, hizo que la congregación presidida por Robinson pensase seriamente en seguir el ejemplo de sus hermanos, que habían emigrado a Holanda. En el otoño, o a principios del invierno de 1607, fue cuando los que componían la iglesia de Scrooby empezaron a poner por obra el proyecto que concibieron meses antes de abandonar su país natal, y de ir a establecerse en otro, del cual apenas sabían otra cosa sino que encontrarían en él la tolerancia que se les negaba en su patria. Bradford ha escrito mucho, en su estilo habitual, respecto a la opresión a que estaban sujetos, tanto los ministros de su religión como el pueblo, y no cabe duda que se

---

35 Séanos permitido valernos aquí del lenguaje de uno de los oradores de la Sociedad de Nueva Inglaterra: «Habíase desarrollado poco a poco entre los puritanos una nueva secta, que atrevídamente elevaba las cuestiones a su última solución, que rechazaba toda anexión con la iglesia anglicana, igualmente que el uso de la sobrepelliz, los obispos, el libro de oraciones y las ceremonias, y que fundándose únicamente en la Biblia, trataba nada menos que de restablecer la constitución de la Iglesia Cristiana en su primitiva sencillez. Los *separatistas*, como los llamaron, pusieron en práctica sus opiniones teóricas, estableciendo iglesias, en las cuales, cuantos se adherían a sus creencias, eran considerados como el origen de todo poder, pudiendo censurarse recíprocamente en su administración: en una palabra, aplicaron a la organización eclesiástica principios que, si se hubieran introducido en el gobierno de los pueblos, habrían producido una pura democrácia.»–*Herencia de los peregrinos,* por Mr. W. M. Evart, pág. 16, y la *Oración para 1854.*

hicieron tentativas para acabar con aquella iglesia. Cualesquiera que fuesen estas tentativas, se interpretaron como actos de presión eclesiástica por los que reputaban un estricto deber religioso el sostenimiento de la congregación. Empero la controversia, cual se entablaba entonces, había de dar lugar a enconos personales, y cundir por toda la sociedad, promoviendo odios, enemistades y venganzas sin número. Mucho de lo que dice Bradford se refiere probablemente a este género de colisiones, o cuando más, a los actos de los jueces de paz para compelerlos al cumplimiento de las leyes entonces vigentes. Bradfort habla también de la viva sensación producida en el vecindario, al ver tantas personas de todas clases y condiciones, que partían con sus bienes, e iban simultáneamente a otro país cuyo idioma ignoraban. Muchos de los emigrantes trasportaron consigo parte de sus muebles, y hasta los hubo que se llevaron todo el menaje de casa ya usado; pero no los dejaron salir sin cierta oposición. El mayor número de ellos, entre los cuales figuraban Brewster y Bradford, intentaron embarcarse en Boston, e hicieron un ajuste secreto con un capitán de barco holandés, para que los recibiera a su bordo en el puerto, lo mas ocultamente posible. Empero, obrando con perfidia el capitán, dio parte a los magistrados de Boston, y cuando estuvieron embarcados y se creían ya a punto de darse a la vela, fue grande su sorpresa al ver llegar algunos oficiales de justicia, que los llevaron a la cárcel de la ciudad, llenándolos de injurias.

Pasado cierto tiempo, soltaron una parte de ellos, y los mandaron a sus casas: los demás, entre los cuales se encontraba Brewster, permanecieron muchos meses encerrados en los calabozos de Boston. Algunos que se desanimaron con el mal éxito de esta tentativa, quedáronse en Inglaterra; pero la mayor parte perseveraron en su intento, y se reunieron en Amsterdam. Durante los doce años de su estancia en Holanda, hubo un movimiento incesante de desafectos que fueron de Inglaterra a aquel país, donde les era permitido el culto religioso con arreglo a sus propias creencias. Winslow y el capitán Miles Standish figuraban entre los que se adhirieron a la iglesia de Robinson, cuando ésta cesó de funcionar en Inglaterra.

No pasó mucho tiempo sin que surgieran también disputas y controversias entre los no conformistas que residían en Amsterdam, lo que indujo a Robinson, amante de la paz, a trasladar su congregación a Leyden, donde vivieron largos años en buena amistad y concordia. Desterrados por sus creencias, no se olvidaron, sin embargo, de que eran ingleses, y les repugnaba perder sus derechos de nacimiento, si se allanaban a que sus hijos quedasen absorbidos entre sus amigos los holandeses. Considerando igualmente las ventajas temporales que pudieran alcanzar, fijaron sus miradas en el nuevo mundo y en el porvenir que éste ofrecía a los emprendedores y atrevidos emigrantes. «Bien destetados de la delicada leche de la madre patria, y acostumbrados a las penalidades de una tierra extranjera» (según sus literales expresiones en una carta dirigida a Sir Edwin Sandys), no se necesitó mucho tiempo para infundirles la invariable resolución de dirigirse a América.

Habiéndoles denegado el gobierno holandés la instancia que le dirigieron, solicitando permiso para emigrar a Nueva Holanda[36], los puritanos vacilaron durante algún tiempo entre la Guyana, célebre por sus riquezas, y la Virginia, decidiéndose al fin por esta última colonia. Empero, como había sido fundada por los episcopalistas, que exigían bajo severas penas una manifestación pública de adhesión a la iglesia anglicana a cuantos iban a establecerse en ella, enviaron agentes a Inglaterra para tratar con la compañía de la Virginia, y asegurarse la libertad de conciencia, en el caso de trasladarse a aquella colonia. Ansiosa la compañía de fijar en aquel territorio tan importante cuerpo de emigrantes, cuya constancia y carácter apreciaba, trató de obtener, mediante su influjo con los jefes de la iglesia y del Estado, una garantía de tolerancia. Inútiles fueron cuantas diligencias se practicaron al intento. Brewster marchó entonces a Inglaterra, para alcanzar una patente tan ventajosa como fuera dable en aquellas circunstancias, y la compañía de la Virginia se la concedió inmediatamente, aunque de muy poco podía servir a los puritanos, llegado el caso de tener que hacer uso de ella. Otra de las mayores dificultades que se les ofrecían era la de proporcionarse recursos para emprender el viaje, los que no les fue dado alcanzar sino celebrando con algunos

36 Véase *Historia del Estado de Nueva York*, por Brodhead, primer periodo, pág. 124 y 125.

comerciantes de Londres un contrato, cuyas condiciones no fueron ciertamente muy favorables para los emigrantes. Toda la propiedad que adquirieran en la colonia durante siete años, había de pertenecer a un fondo común, tasándose en diez libras, suministradas por los capitalistas, el equivalente de los servicios prestados por cada colono. Con estas condiciones, harto duras, aprontáronse los puritanos para emprender su viaje al nuevo mundo.

Después de una madura deliberación, creyeron conveniente que se quedara Robinson con aquellos de los congregacionistas que carecieran de las cualidades necesarias para ser empleados como trabajadores en la colonia, o que no pudiesen hallar cabida en los buques. Habían comprado en Holanda una pequeña embarcación, el *Speedwell*, que estaba aparejado para llevar a los emigrantes a Southampton. Los que fueron nombrados para marchar, salieron de común acuerdo de Leyden, acompañados por sus correligionarios hasta Delft Haven, donde se reunieron con ellos varios miembros de la iglesia de Amsterdam. La primera noche, la pasaron animándose unos a otros y en cristianas prácticas. Al día siguiente, 22 de julio, como encontraran el viento favorable, embarcáronse los viajeros. Su despedida de Robinson y demás correligionarios, fue verdaderamente tierna y afectuosa. Una apacible brisa los trasladó en breve a Southampton, donde permanecieron algunos días hasta la llegada del *Mayflower*, buque de mayor porte que el *Speedwell*. Allí recibieron una afectuosísima carta de Robinson, que fue leída ante toda la compañía reunida. Inmediatamente distribuyéronse los pasajeros entre ambas embarcaciones, que en breve se dieron a la vela; pero habiendo resultado que el *Speedwell* era completamente inservible para la travesía, viéronse precisados a desembarcar en Dartmouth, y luego en Plymouth. Dejando allí una parte de los pasajeros, y apiñándose cuantos pudieron caber en el *Mayflower*, lanzáronse nuevamente, a principios de septiembre, por el solitario Océano. Su viaje fue penoso, viéndose expuestos a mil peligros por los vientos equinocciales que combatían al *Mayflower*. El 9 de noviembre divisaron al fin la costa de Nueva Inglaterra, a corta distancia del Cabo Cod. Como su propósito había sido el de establecer la colonia cerca del río Hudson, tuvieron que variar el rumbo, dirigiéndose hacia el Sur; pero habiendo encallado en los bancos de arena, pudieron zafarse, yendo a fondear en el puerto del Cabo Cod[37].

Cansados de las incomodidades que les ocasionaba su hacinamiento en el *Mayflower*, estaban todos ansiosos de desembarcar. Como se encontraban fuera de los límites de la compañía de la Virginia, y se manifestaran señales de insubordinación en algunos de los emigrantes, juzgaron sería más conveniente celebrar un contrato voluntario, que sirviera de base a su constitución social, y nombrar una persona que los gobernara. Eligieron en consecuencia a John Carver, para que ejerciera el cargo de gobernador por término de un año, y todos los hombres de la compañía, que con sus mujeres e hijos ascendían a ciento y un pasajeros, suscribieron con sus firmas el siguiente documento:

«En nombre de Dios.—Amen.—Nosotros los infrascritos, leales vasallos de nuestro temido soberano, el rey Jacobo, por la gracia de Dios, rey de Inglaterra, Francia e Irlanda, defensor de la fe, etc.—Habiendo emprendido por la gloria de Dios y adelantamiento de la fe cristiana, y en honra de nuestro rey y de nuestra patria, un viaje para establecer la primera colonia en la parte norte de la Virginia, convenimos por las presentes, solemne y mutuamente, en presencia de Dios, reunirnos todos en un cuerpo civil y político, para nuestro mejor régimen y conservación, y a fin de llevar adelante los fines antedichos; y en su virtud, para formar, decretar y constituir tales leyes justas y equitativas, ordenanzas, actos, constituciones y empleos, que de tiempo en tiempo creamos los más necesarios y convenientes para el bien general de la colonia, a cuyo efecto nos comprometemos a la debida sumisión y obediencia. Y en testimonio de ello suscribimos nuestros nombres al pie de este

37 La historia tantas veces repetida, en descrédito de los holandeses, de que habían sobornado al patrón del *Mayflower* para que no desembarcase a los emigrantes a orillas del Hudson, carece de sólido fundamento. Parece que debió su origen a la enemistad que surgió en época posterior entre los colonos de Nueva Inglaterra y los holandeses. Grahame (*Historia*, tom. I, pág. 144), repite este cuento como cierto e indudable; pero Bancroft (*Historia*, etc., tom. I, página 300) deja entrever algunas dudas en esta parte.

documento. Cabo Cod 11 de noviembre, bajo el reinado de nuestro soberano Jacobo, rey de Inglaterra, Francia e Irlanda, el 18, y de Escocia el 54.—*Anno Domini* 1620.»

Después de esto, envióse una partida de exploradores, los cuales observaron que el país estaba cubierto de pinares, encontrando aquí y allí algún *wigwam* solitario, sin que lograran ver a ningún indígena. El más precioso de sus descubrimientos fue cierta cantidad de maíz, que encontraron dentro de unos cestos enterrados en la arena, lo cual les proporcionó oportuna semilla para la siguiente primavera. Empero, vino el invierno con toda su crudeza, y como tenían absoluta precisión de elegir un terreno para establecerse, los mas atrevidos de la compañía, insensibles al frío y a la inclemencia del cielo, acometieron la tarea de buscar un buen puerto, y un sitio conveniente donde poder echar los cimientos de la colonia. Trascurrieron cinco semanas mientras se llevó a cabo este proyecto, y no fue sino el lunes, 11 de diciembre de 1620, o más exactamente, el 21 del propio mes, cuando los que formaban la expedición pusieron el pie en el tan famoso peñasco de Plymouth. Recordando entonces la bondad con que fueron tratados sus correligionarios en Plymouth de Inglaterra, dieron el nombre de *Nueva Plymouth* a la naciente colonia.

Toda la compañía se trasladó a aquel punto después de haber oído el relato de los exploradores, e inmediatamente pusieron manos a la obra para construirse albergues donde pudieran resguardarse de la inclemencia del tiempo. Una elevadísima colina que, cual atalaya, dominaba la bahía, les ofreció una posición ventajosa para levantar un fuerte, que artillaron con pequeños cañones, construyendo a su pie dos hileras de chozas, rodeadas de estacadas, para diez y nueve familias. Había entrado el invierno, crudo y rigoroso, y la tala de árboles, lo mismo que la fabricación de sus rústicas viviendas, se efectuaron en medio de continuos aguaceros y nevadas.

Manifestáronse inmediatamente los gérmenes de mortal dolencia, pues con las privaciones, la exposición a la intemperie y la necesidad de vadear agua medio helada desde la embarcación a la playa, los hombres fuertes y robustos se volvieron débiles como niños, y el delicado cuerpo de las mujeres cedía bajo la doble presión de la ansiedad mental y el abatimiento físico. Durante este invierno fueron agotándose gradualmente las fuerzas de los colonos, y uno de los primeros apuntes que anotaron fue el siguiente: «Enero 29, muere Rosa, mujer del capitán Standish.» La esposa de Bradford había perecido ahogada. Empero, para no proseguir la triste crónica de las primeras defunciones, baste saber, que durante estos tres terribles meses, la muerte arrebató la mitad de los individuos de la colonia. En aquel fatal invierno, hubieron de labrarse siete veces más sepulturas para los muertos, que moradas para los vivos. Enterráronlos en la ribera, cerca del desembarcadero, sitio que todavía merece veneración, y para que los indios no se atrevieran a atacar a los vivos en vista de su debilidad, cubrieron de tierra las fosas de sus queridos parientes allanando y sembrando cuidadosamente aquel suelo.

Pocos fueron los indios que vieron los colonos durante dicho invierno; pero no por eso dejaron de tener alguna alarma de tiempo en tiempo. A principios de la primavera, cuando empezaba a renacer en sus corazones la esperanza, sucedió que una mañana entró atrevidamente un indio, y empezó a pasearse por la aldea. Como los europeos le rodeasen llenos de admiración, el indígena les saludó, diciéndoles en muy buen inglés: «¡Seáis bien venidos, ingleses!» Era un *sagamore*, o caciquillo, llamado *Samoset*, quien les participó que una asoladora peste había hecho últimamente grandes estragos entre los indios de aquellas playas. Esta circunstancia, que dejaba toda libertad para la colonización en aquella comarca, ha sido considerada por los primitivos historiadores de Nueva Inglaterra, como una gracia providencial en favor de la naciente colonia. Mediante Samoset y algunos otros de sus amigos, establecieron relaciones e hicieron, por fin, un tratado de amistad con *Massasoit*, cacique principal de los *Pokanokets* o *Wampanoags*, que eran los vecinos más inmediatos de los colonos.

Reelegido Carver como gobernador, murió pocas semanas después, sucediéndole en el mando Bradford. En abril de 1621, regresó el *Mayflower* a Inglaterra, y animándose los colonos a medida que se aproximaba el buen tiempo, enviaron algunos hombres para explorar la bahía de

Massachusetts, hasta unas cuarenta millas hacia el norte, los cuales vieron entonces por primera vez la península de Shawmut, con sus tres elevadas crestas, actual asiento de la ciudad de Boston.

En noviembre del mismo año, arribó el *Fortune* con treinta y cinco emigrantes, viniendo con ellos Cushman, que había obtenido una patente del consejo de Nueva Inglaterra, debida principalmente a la mediación de Sir Ferdinando Gorges: pero Cushman regresó a Inglaterra poco tiempo después.

Había traído el *Fortune* nuevos consumidores, y ningún género de provisiones, de donde resultó el hambre, que duró muchos meses. Pusiéronse todos a media ración, y no teniendo ya ningún trigo, se vieron reducidos a un exiguo alimento, particularmente de pescado, o de algunos víveres que obtenían de los pocos buques que tocaban en aquellas playas, pagándolos a un precio exorbitante. Además de esto, carecían de ganado, por no haberlo recibido de Inglaterra; sus instrumentos de agricultura eran escasos y toscos, y no poseyendo botes ni aparejos para pescar, les era imposible explotar las excelentes pesquerías que abundaban en las costas. La mortalidad y la miseria les habían impedido cultivar la tierra. Los hombres que se afanaban en la ruda tarea que exigía el establecimiento de la colonia, «fallecían extenuados, por falta de alimento.» Tampoco estaban exentos de inquietudes, temiendo a cada paso verse atacados por los indios. En una ocasión *Canonicus*, caudillo de los poderosos *Narragansetts*, enemigos mortales de los *Wampanoags*, mandó por vía de desafío a Nueva Plymouth un mazo de flechas, atado con la piel de una culebra de cascabel. Inmediatamente devolvió Bradford la misma piel, rellena de pólvora y balas (aviso muy significativo de lo que harían los blancos), con lo cual no quedaron poco espantados los indios, considerando aquello como un maleficio fatal. En vista de aquel acto de hostilidad, creyeron conveniente los colonos rodear su aldea con una empalizada de una milla de circunferencia, en la que practicaron tres puertas.

Weston, que había tomado una parte muy activa en proporcionar recursos para la expedición de Nueva Plymouth, estaba muy descontento del resultado pecuniario de la empresa, y resolvió fundar allí otra colonia separada, por su cuenta y en beneficio suyo. Mandó, pues, sesenta hombres, en su mayor parte sirvientes asalariados, para dar principio a la colonización. La mayor parte de ellos eran sujetos de carácter indolente, que estaban a lo que saliera, y que después de vivir entre el pueblo de Nueva Plymouth durante dos o tres meses, comiendo y robando la mitad de las provisiones de sus compatriotas, intentaron fundar otro establecimiento en Wissagusset, actualmente Weymouth, en la ribera meridional de la bahía de Massachusetts. Habiendo consumido en breve tiempo sus vituallas, empezaron a saquear a los indios, quienes fraguaron en seguida una conspiración para exterminarlos; pero les reveló la trama urdida contra ellos el moribundo *sachem* Massasoit. De aquí resultó un nuevo motivo para deplorar el ciego espíritu de venganza, que en todas ocasiones sembró en el pecho de los indios las semillas de su eterno odio hacia los hombres blancos. El capitán Standish, tan valiente como impetuoso en sus resoluciones, sorprendió a *Wituwamot*, jefe de la conjuración, y le dio muerte, juntamente con otros muchos indios. Cuando supo Robinson el suceso, escribió a los colonos una carta, en la cual se notaba este caritativo pensamiento: «¡Cuánto mejor habría sido que hubierais tratado de convertir algunos indios a la fe, que matarlos!» En tal estado de cosas, se apresuró la nueva colonia a abandonar Wissagusset.

El activo y enérgico Sir Ferdinamdo Gorges, unido a un hábil socio, llamado Mason, había obtenido una concesión de territorio, desde Naumkeag, actualmente Salem, hasta el Kennebec, y desde allí hasta el Canadá, recibiendo el país que abarcaba esta concesión el nombre de Laconia. No obstante haberse fundado entonces Postmouth y Dover, en el Nuevo-Hampshire, la compañía de Laconia no prosperó gran cosa, quedando reducidas aquellas poblaciones a meros apostaderos de pesca.

Robert Gorges, hijo de Sir Ferdinando, obtuvo hacia esta época una concesión de diez millas en la ribera septentrional del Massachusetts, junto con el diploma de teniente general de Nueva Inglaterra, enviándose además como almirante a Francis West para impedir el desordenado comercio que se hacía al abrigo de la patente que ya tenía el consejo de Nueva Inglaterra. Gorges

llevó consigo a Morrell, ministro de la iglesia anglicana, que había sido nombrado por el arzobispo de Cantorbery comisario de los negocios eclesiásticos. No con buenos ojos fue mirada su comisión por los rígidos puritanos, y así fue, que al cabo de un año, tuvo que regresar a Inglaterra, sin haber intervenido en ninguna de las ceremonias y prácticas religiosas de los colonos. Al año siguiente, otro clérigo llamado Lyford, fue designado por los socios de Londres para ocupar el destino pastoral, vacante en Nueva-Plymouth; pero siendo tan poco aceptable como Morrell, acusáronle de conspirar contra la colonia, y fue expulsado de ella con algunos de sus partidarios. Emigrando entonces a Nantasket, a la entrada del puerto de Boston, plantearon los colonos desterrados un nuevo establecimiento en aquel punto.

Aunque débil todavía la colonia de Nueva Plymouth, daba señales favorables, que inspiraban confianza respecto a su porvenir; pues no obstante que carecían de manjares suculentos, no les faltaba un alimento sano y abundancia de agua potable. «No teniendo los colonos propiedad privada, parecían descontentos y poco inclinados al trabajo, y como, por otra parte, les devengaba el exorbitante interés de un cuarenta y cinco por ciento el préstamo que habían contraído en Londres, eran estas otras tantas causas que menguaban considerablemente la prosperidad de la colonia. Para orillar estos inconvenientes, creyóse indispensable entrar en un nuevo arreglo, que permitiese a cada familia cultivar el suelo para sí misma, y en consecuencia, diose en feudo a cada persona un acre de tierra. Con tal estímulo, llegó a ser tan grande la cosecha de trigo, que en vez de comprarlo como antes lo hacían, pudieron venderlo a los indios. Pasados los cuatro primeros años de la colonización, Plymouth contaba ya con treinta y dos casas, y ciento ochenta y cuatro habitantes. El fondo general, o sea todo el importe del equipo, incluyendo los servicios personales, ascendía en aquel tiempo a 7.000 libras esterlinas, o sea 34.000 pesos fuertes, negándose los socios de Londres a hacer ulteriores anticipos.

Habiendo muerto Robinson en Holanda, trascurrieron muchos años antes que su familia y el resto de la congregación de Leyden pudieran proporcionarse recursos para trasladarse a Nueva-Plymouth. Los que llegaron allí desde un principio a bordo del *Mayflower*, el *Fortune*, el *Anne* y el *Little-James*, recibieron luego para distinguirlos de los demás el nombre de antiguos emigrantes, o *abuelos*. A pesar de todo, trascurrieron seis o siete años sin que la colonia aumentara considerablemente el número de sus moradores[38].

En 1627, fecha en que se ultimó por fin el convenio entre los colonos de Plymouth y los comerciantes de Londres, cedieron éstos todos sus intereses a la colonia por la cantidad de 9.000 pesos fuertes, abandonando entonces los colonos el sistema del fondo común, y señalando a cada individuo veinte acres de tierra cerca de la población que habitaba. Aunque el número de colonos de Nueva Plymouth no ascendía quizás a trescientos, considerábanse, sin embargo, como sólidamente establecidos. «No sucederá con nosotros lo que con otros ha acontecido, decían ellos, que por meras frioleras se desanimaron, y al menor contratiempo sólo han pensado en regresar a su país natal.»

La distancia a que se hallaban los colonos de la madre patria, les permitió asumir la responsabilidad de sus actos; así fue, que empezaron a ejercer gradualmente las prerrogativas del gobierno, llegando hasta a imponer la pena capital en varias ocasiones. Además, decretaban todas sus leyes en junta general, teniendo la misma libertad de perorar sobre materias o creencias religiosas; por lo cual, el que quería arengar a la congregación los domingos, podía hacerlo libremente, y durante muchos años no tuvieron ministros o pastores espirituales.

A la colonia de Nueva-Plymouth, siguió en breve otra de puritanos, mucho mas extensa, en la bahía de Massachusetts. La posición que venían ocupando en su patria estos sectarios, se hacía cada vez menos satisfactoria: natural era que fijaran sus miradas en América, como el único asilo donde podían librarse de las persecuciones que les afligían. Con este propósito, obtuvieron de la Compañía inglesa de Plymouth una concesión de terreno, que comprendía la bahía de Massachusetts y otras comarcas occidentales. John Endicott, puritano del carácter más rígido y severo, fue a establecerse en Naumkeag, siguiéndole después muchos correligionarios suyos, procedentes en su mayor parte

38 *Historia de los Estados Unidos*, por Hildreth, tom. I, pág. 171.

de Boston, en el Lincolnshire. Venciendo muchas dificultades, alcanzaron también una patente o cédula del rey Carlos I, mediante la cual habían de formar una corporación los nuevos emigrantes, en unión con el «gobernador y compañía de la bahía de Massachusetts en Nueva Inglaterra», quedando autorizados los accionistas para elegir anualmente un gobernador, un teniente gobernador y diez y ocho auxiliares, encargados de administrar los intereses de la colonia en consejos que se reunieran todos los meses. También habían de celebrarse cuatro grandes juntas generales durante el año, compuestas de todos los hombres libres, para tratar de los negocios públicos, sin que en dichas juntas pudiera adoptarse ningún acuerdo contrario a los derechos de los ingleses, debiendo residir en Inglaterra los representantes del poder supremo, igualmente que los miembros de la compañía.

Esta cédula se consideró sólo como una patente para una corporación mercantil, no haciéndose en ella prevención alguna en materia de religión. Gran número de los propietarios pertenecían a la iglesia anglicana: sin embargo, Endicott, que había estado en Plymouth, pretendía se estableciese una iglesia independiente, y que se renunciara al uso de la liturgia. Estas exigencias le empeñaron en una acalorada disputa con los dos hermanos Browne, que figuraban entre los primitivos concesionarios de la patente, y querían se llevase a debido efecto en la colonia el culto de la iglesia anglicana. Para cortar esta polémica, Endicott embarcó a sus antagonistas, y los envió a Inglaterra como «facciosos y hombres de mala condición.» La compañía reprendió a Endicot por este abuso de autoridad; pero las quejas de los Brownes fueron desatendidas.

«Esta transacción, según hace observar Mr. Bartlett en sus *Padres Peregrinos*, no sólo nos demuestra el carácter de Emdicott, sino que pone en claro el principio secreto en que estaba fundada la nueva república, el cual, si se hubiera declarado abiertamente, habría sido un obstáculo para la concesión de la real cédula. Mientras que la colonia estaba nominalmente sujeta a la autoridad de la iglesia anglicana, tratábase de establecer en ella un sistema en un todo distinto, descartando lo que constituía realmente sus elementos de vitalidad, como eran su gobierno episcopal y sus formularios establecidos, no queriendo tolerar los colonos ninguna otra forma de culto, que la que ellos mismos adoptaran. En cuanto a la expulsión de lo Brownes, no fue sino el preludio de aquella serie de medidas opresoras, que acabaron por asesinar judicialmente a los cuáqueros.»

Concebido y ejecutado inmediatamente el proyecto de trasladar la cédula o carta y la compañía de Inglaterra a la colonia misma, proporcionó un importantísimo aumento en el número y calidad de los emigrantes. Eran los principales de éstos Sir Richard Saltonstall, Isaac Johnson (hermano político del conde de Lincoln), Thomás Dudley y John Winthrop. Este último fue elegido gobernador, y con su admirable conducta justificó plenamente la confianza que en él habían depositado. Winthrop era un modelo del caballero inglés, en extremo leal, pero no menos firme en el sostenimiento de la libertad pública. Adicto a su iglesia por el mucho tiempo que pertenecía a ella, no por eso dejaba de desear se reformara con arreglo a lo que los puritanos consideraban como la pura base de la Sagrada Escritura. Figuraban también entre los emigrantes muchas personas de elevado carácter, opulencia y saber, quienes manifestaron su amor a la madre patria en una protesta contra ciertas especies calumniosas que se habían propalado en disfavor suyo, declarando en ella su afecto inextinguible, no solamente a la iglesia que en su seno los había criado, sino a la noble tierra de la cual se expatriaban voluntariamente[39]. Esta expedición era en verdad la más importante de

39 Reproducimos un parágrafo bastante notable de la carta que dirigieron al «resto de sus hermanos y correligionarios de la iglesia anglicana, que habían permanecido en Inglaterra.» Su fecha era de Yarmouth, a bordo de la *Arbella*, el 7 de abril de 1530. «Deseamos os sirváis considerar, vosotros los sujetos principales, y en general todos los miembros de la corporación que reputamos honra nuestra llamar a la iglesia anglicana, de la cual procedemos, nuestra querida madre, y que no podemos separarnos de nuestro país natal, donde ella especialmente reside, sin tener traspasado el corazón y arrasados los ojos de lágrimas; bien que reconozcamos que la esperanza y la parte que hemos obtenido en la común salvación, la recibimos y absorbimos de su propio pecho. Dejámosla, pues, no porque tengamos repugnancia al dulce néctar con que nos ha criado, sino bendiciendo a Dios por el parentesco y educación que nos otorgó, como miembros de un mismo cuerpo, y nos regocijaremos siempre de su prosperidad, causándonos sincera pena cualquiera desgracia que pudiera sobrevenirle, y hasta nuestro último suspiro desearemos la continuación y plenitud de su poderío, contribuyendo al intento con nuestros esfuerzos para que se dilaten los límites del reino de Jesucristo.» También suplican en una carta ulterior, dirigida a sus hermanos correligionarios en

cuantas habían dejado las playas de Inglaterra por los desiertos de América, pues constaba de quince buques, a cuyo bordo iban distribuidos mil emigrantes, entre los cuales figuraban cuatro ministros no conformistas, llevando consigo aquella numerosa compañía cuanto se necesitaba para el establecimiento de una colonia permanente.

Respecto a este importante movimiento de transferencia del gobierno colonial de Inglaterra a América, merecen particular atención las observaciones que hace el Dr. Robertson con este motivo:

«En tan singular transacción, dice, de la cual no hay ejemplo en la historia de la colonización inglesa, son dignas de observarse dos circunstancias: la primera es el poder que tuvo la compañía para efectuarla; la segunda es el tácito consentimiento del rey, que permitió se realizara. Si examinamos la validez de la resolución adoptada por la compañía, comparándola con la cédula o carta que la constituía en un cuerpo político, confiriéndola todas las facultades inherentes a tal corporación, es de toda evidencia que ella ni podía ejercerlas de distinto modo que la carta prescribía, ni enajenarlas de tal manera que la jurisdicción de un cuerpo mercantil en Inglaterra se convirtiera en un gobierno provincial en América. Desde la primitiva institución de la compañía de la bahía de Massachusetts, parece que sus miembros estaban animados de cierto espíritu innovador, así en el gobierno civil, como en la religión, y por la costumbre de rechazar los usos establecidos en el primero, propendían a desviarse de ellos en la segunda. Con tales miras, solicitaron una real cédula para legalizar ante Inglaterra sus operaciones, cual emanadas de un cuerpo político; pero las personas que mandaron a América, tan pronto como desembarcaron, consideráronse ellos mismos como individuos reunidos voluntariamente para formar una asociación, abrogándose el derecho natural de los hombres que constituyen una sociedad, para adoptar el sistema de gobierno y crear las leyes que pudieran mejor convenir a la felicidad común. Fundados en este principio de considerarse autorizados para juzgar y decidir por sí propios, establecieron su iglesia en Salem, sin miramientos por las instituciones de la iglesia anglicana, de la cual, sin embargo, los suponía miembros la real cédula, y sujetos, por lo tanto, a conformarse con sus ritos y prácticas religiosas. Con arreglo a estas ideas, los veremos, pues, en adelante formando todos sus planes futuros para el gobierno civil y eclesiástico de la colonia. Aunque muy vigilante el rey en no consentir la menor usurpación de su regia prerrogativa, estaba, sin embargo, tan preocupado y distraído con los graves cuidados que le ocasionaban su fatal disensión con el Parlamento, que no pudo parar la atención en los manejos de la compañía, o acaso no le disgustó la idea de que un cuerpo de turbulentos vasallos se trasladasen a países lejanos, donde al propio tiempo que pudieran prestar algún servicio, no fueran peligrosos para el reino, y así es que toleró la irregularidad de una determinación que facilitaba su partida.»[40]

Winthrop, Dudley y otros se habían embarcado a bordo de la *Arbella*, buque al cual se había dado este nombre en obsequio de Lady Arbella Johnson, que, juntamente con su esposo, figuraba entre los pasajeros. Arribado que hubieron en el mes de junio al término de su viaje, encontraron a Endicott en Charlestown, donde se propusieron primero plantear su establecimiento: pero la península opuesta llamó desde luego su atención. Hallábase aquella en estado virgen, y en indisputada posesión del único europeo que la habitaba, llamado Blackstone, y allí fue donde Winthrop y su gente determinaron establecerse, empezando a formar una colonia, que en recuerdo de una ciudad inglesa del Lincolnshire, llamaron Boston. A medida que iban llegando otros emigrantes, se establecían en varios puntos de sus cercanías, dando nombres a las diversas poblaciones y aldeas que fueron encontrando en el país.

«Cada colonia, dice Hildreth, se arrogó desde luego la autoridad municipal, que ha constituido siempre el carácter distintivo de la organización política de Nueva Inglaterra. Reunido el pueblo en el ayuntamiento, votaba los impuestos para las necesidades locales, y elegía tres, cinco o siete de los principales habitantes, conocidos con diversos nombres al principio, pero luego con el de *selectmen*,

---

Inglaterra, «que no los desprecien ni abandonen en sus oraciones y afecto.»—Véase *Nueva Inglaterra*, por Hubbard, págs. 126 y 127. Consúltese igualmente la famosa *Magnalia*, del Dr. Cottom Mather, tom. I. páginas 74 y 75, respecto a ciertas observaciones curiosas y edificantes de esta carta y a su significación.

40 *Historia de América*, por Robertson, libro X, p. 230.—Véase también la *Introducción a la Historia de la Revolución de las colonias americanas*, tom. I, págs. 42 y 43.

o prohombres, a cuyo cargo estaba la dirección económica y gubernativa del pueblo. También tardaron poco en nombrar un tesorero y un secretario, añadiendo luego un *constable* para los procesos civiles y criminales; de modo que cada ciudad formaba realmente una pequeña república, casi completa por sí misma.

Su ardiente amor a la patria, había impulsado a los colonos a manifestar la adhesión y afecto que sentían por su querida madre la iglesia anglicana; pero cuando pusieron los pies en el suelo del nuevo mundo, no titubearon en arreglar y organizar las iglesias de conformidad con sus propias miras, derechos e intereses. Esto no obstante, inclinados a adoptar una política contemporizadora, al menos en un principio, obraron con prudencia para no provocar inútilmente una colisión sobre puntos tan importantes como eran: la validez y la necesidad de la ordenación episcopal, la sujeción a las ceremonias y otros semejantes.

Aunque los nuevos colonos no se vieron sujetos a penalidades tan crueles como las que había padecido el establecimiento de Nueva-Plymouth, sin embargo, por efecto de varias circunstancias desfavorables, tales como la escasez de víveres, el rigor de las estaciones y la variación de clima, murieron más de doscientos de ellos antes de diciembre, contándose en este número a Lady Arbella Johnson y a su esposo, que habían abandonado las delicias y comodidades de su palacio, para ir a propagar las salvadoras máximas del Evangelio entre las tribus idólatras del nuevo mundo.

Aun no había terminado el invierno, cuando ya se vio amenazada del hambre la naciente colonia; pero la llegada de un buque de Inglaterra cargado de provisiones, reanimó los espíritus abatidos, y en vez de un día de ayuno, celebraron uno de festividad y de acción de gracias al Todopoderoso, que les había socorrido en tan apurado trance. A pesar de esto, muchos de los emigrantes, desalentados con la perspectiva que se les presentaba, regresaron a su patria, y esparcieron rumores injuriosos para la colonia.

El segundo consejo o junta general, celebrado en mayo de 1631, adoptó y decretó una ley muy notable, que marca claramente la base sobre la cual había de cimentarse el gobierno de Massachusetts durante más de medio siglo. He aquí uno de los artículos de la citada ley: «Con el fin de que este cuerpo comunal pueda componerse de hombres de probidad y honradez, hemos decretado y convenido, que en adelante, ninguno pueda ser admitido a disfrutar de las franquicias e inmunidades del cuerpo político, sino los que sean miembros de alguna de las iglesias establecidas en los límites de su circunscripción.» Este decreto disminuyó extraordinariamente el número de ciudadanos y de votantes, puesto que, a consecuencia de las dificultades que se ofrecían para ser feligrés de cualquier iglesia, tres cuartas partes de los adultos de la población se hallaban privados de los derechos electorales. Como se comprenderá fácilmente, fue esto una tentativa para crear una teocracia; un reino de santos en la tierra; y como cada partido religioso que ocupaba el poder se creyó facultado para exigir la conformidad al orden establecido, los colonos puritanos creyeron que era deber suyo compeler a los demás al cumplimiento de sus instituciones, mediante el auxilio de los magistrados civiles. Bien sabido es por los que han consultado la historia, cuál fue el resultado de otra tentativa semejante para dar una forma teocrática al gobierno, que se llevó a cabo algunos años después en Inglaterra.

Bajo aquel sistema arbitrario, no solamente se vio despojada de sus derechos políticos la mayor parte del pueblo, sino que la legislación de un cuerpo constituido por su propia autoridad, estaba marcada con el sello de un espíritu de excesiva severidad para consigo mismo, y de un exclusivismo demasiado áspero y rígido para con los demás, lo que no tardó en producir acerbas persecuciones, que excedieron quizás a las que los intolerantes puritanos padecieran en Inglaterra. A consecuencia de esta determinación, adquirieron los ministros del culto cierto grado indebido de influencia; dictáronse de momento disposiciones que coartaban la libertad de acción individual: diversiones inocentes en sí mismas, supusiéronse impropias de la gravedad de personas que profesan la religión cristiana, y motejábanse intencionalmente, para lograr sustituirlas con ejercicios de devoción en lo interior de la vivienda del colono. «Tratóse en realidad, como dice Mr. Hildreth, de convertir la colonia, tal como era, en un convento de devotos puritanos, que habían de sujetarse,

exceptuando el matrimonio y el tráfico para ganar dinero, únicas cosas que se les consentían, a todas las reglas de las más rígidas órdenes monásticas.

7.
Adelantos de las colonias de Nueva Inglaterra (1631-1640)

Emigración en 1632. Disposiciones sobre el modo de levantar impuestos. Arribos en 1633. Derechos de los hombres libres, con arreglo a la carta. Dudley, gobernador. Adelantos de la colonia en los cuatro años que la administró Winthrop. Real comisión colonial. Alarma en Massachusetts. Medidas que se tomaron. Caso de Roger Williams. Sus sentimientos y carácter. Refúgiase en Providencia. Herejías de Mistress Hutchinson. Conducta de Vane. Muerte desgraciada de Mistress Hutchinson. Colonias en el Comnecticut. Guerra con los Pequods. Su origen y resultados. Exterminio de la tribu de los Pequods. Emigración ocasionada por discusiones religiosas. Costa del Maine. Nueva-Escocia en el Canadá. Progresos de la colonia en fuerza y extensión. Costo aproximado de la colonización hasta 1640.

Las relaciones poco favorables que hacían los que regresaban de la primera emigración, influyeron mucho durante algún tiempo para desanimar a los que tenían ánimo de pasar a América; así es, que el número de nuevos emigrantes fue comparativamente pequeño en 1632. No obstante, figuraron entre ellos el hijo del gobernador Winthrop, y John Eliot, que más adelante llegó a adquirir como misionero gran popularidad entre los indios.

En virtud de la autoridad de que se consideraban investidos los magistrados, habían levantado impuestos en varias ocasiones, y como semejantes medidas llamaran la atención y dieran lugar a quejas, tomó a su cargo tan importante materia el inmediato consejo general, que se reunió en mayo de 1632. Eligiéronse dos diputados de cada colonia, para adoptar un convenio respecto a la formación de un fondo común; limitóse terminantemente a un solo año la ocupación del empleo de los auxiliares, y en cuanto a la elección del gobernador y teniente gobernador, quedó a cargo de los hombres libres. Además de estas determinaciones, considerándose a Boston como el sitio más a propósito para las juntas públicas de los colonos, mandóse edificar allí una fortaleza y una casa de corrección.

En 1633 arribaron varios centenares de colonos, entre los cuales se contaban a John Haynes, y aquellos ministros o pastores espirituales que tanto se señalaron después en la historia de Nueva Inglaterra, llamados Cotton, Hooker y Stone. Cotton se estableció en Boston, como colega de Wilson; Hooker y Stone fijáronse en Newtown.

Habiendo ocurrido algunas dificultades, a consecuencia de actos demasiado rígidos de los magistrados, reuniéronse dos delegados de cada ciudad, y suplicaron se revisara la carta, para examinar si era fundada su pretensión de que la autoridad legislativa pertenecía de hecho a los hombres libres, y no a los magistrados. Convocado el Consejo general, en mayo de 1634, reclamaron los mismos comisionados, con arreglo a la carta, el derecho de elegir los empleados, y de decretar la reunión de fondos, y a pesar de la protesta que hizo Cotton en el púlpito contra el cambio precipitado de los que desempeñaban empleos, fue elegido Dudley gobernador, en lugar de Winthrop, quedando este último como auxiliar en el gobierno. En los cuatro años de administración de Winthrop, había adelantado con paso firme la naciente colonia. Existían ya siete iglesias, ocho circunscripciones principales de colonos con sus plantíos, y algunas más pequeñas. Habíanse establecido, para favorecer el comercio, barcos de trasporte entre Boston y Charlestowm, se había edificado una fortaleza, y puesto en movimiento aceñas y molinos de viento, y por último, un floreciente comercio con los virginianos y los holandeses, había ido gradualmente en aumento, prometiendo excelentes resultados.

Mientras duraban las sesiones del Consejo, arribaron seis buques con gran número de pasajeros y muchas cabezas de ganado lanar. Aproximadamente un mes más tarde, entraron en el puerto quince bajeles más, de uno de los cuales desembarcó John Humphrey, trayendo consigo algunas piezas de artillería, escopetas, pólvora y otros objetos de gran valía para la colonia. También era portador Humphrey de proposiciones presentadas por «algunas personas de elevada calidad y estado» para venir a Massachusetts a reunirse con los colonos, si éstos accedían a determinadas condiciones.

A consecuencia de las quejas presentadas en Inglaterra contra la colonia de Massachusetts, nombró el monarca una comisión colonial, con plenos poderes sobre todas las circunscripciones de aquel establecimiento, para revisar las leyes, arreglar la iglesia y revocar las cartas o cédulas anteriormente concedidas. La noticia de semejante determinación promovió grande alarma en el Massachusetts, ocupándose desde luego sus habitantes en poner en estado de defensa el puerto de Boston. Dudley, Winthrop. Haynes. Humphrey y Endicott, fueron nombrados comisionados «para consultar, dirigir y entender en el manejo y arreglo de una guerra que pudiera sobrevenir, durante el término de un año contado desde aquella fecha.»

En medio de tantas contrariedades, el sistema que se había propuesto el célebre Roger Williams no era el más a propósito para ponerlas término. Este joven ministro puritano, dotado de suma actividad y energía, alborotó desde luego y puso en la mayor zozobra a sus correligionarios en el Massachusetts, esparciendo novedades y herejías, según las reputaban, que ocasionaron su expulsión de la colonia y su destierro a Plymouth. donde permaneció dos años. Cuando regresó a Massachusetts tardó poco en verse envuelto en nuevas polémicas, no solamente por negar la validez de las reales patentes para dar derecho a la tierra de América, sino también por ciertos escrúpulos que manifestó respecto a la cruz roja estampada en el pabellón inglés, que consideraba como una reliquia del papismo, y que, merced a sus continuas declamaciones, consiguió se arrancase de la bandera nacional. Además de esto, negando la legalidad de cierto juramento impuesto a los no libres, y combatiendo la disposición que compelía a asistir al culto público, infirió grave ofensa a los magistrados y a los ministros espirituales.

A pesar de todas sus extravagancias, que no pueden considerarse sino como entretenimientos pueriles, Williams parecía revolver en su imaginación una idea con la cual estaba completamente identificado: era ésta lo que él llamaba la «libertad de conciencia», significando con tal expresión el más completo derecho del hombre a gozar de libertad de opiniones en materia de religión. Esta idea con la cual estamos familiarizados en la actualidad, era entonces del todo nueva, y había de producir necesariamente sorpresa y sobresalto en una colonia como la de Massachusetts. Nada extraño es que a los que ocupaban el poder les pareciese esta innovación una monstruosa y perturbadora herejía; porque, en realidad, estos principios chocaban abiertamente con la teocracia que acababa de establecerse en la colonia. Alarmado con tan peligrosa tendencia el Consejo de Boston, manifestó sus intenciones de desterrar al sujeto a quien consideraba como falto de juicio y perturbador de la paz pública. Fue una gran desgracia que los escrúpulos de Williams, por su propia índole, tendieran a dividir y debilitar la colonia en medio de las dificultades que atravesaba, mayormente cuando semejantes agitaciones no hacían más que paralizar la resistencia que había de oponerse a las agresiones que se temían por parte de Inglaterra.

Preciso es confesar, que aun siendo excelentes los principios que él defendía, su conducta llevaba un sello de oposición facciosa, o cuando menos, de escrupulosidad intempestiva y mezquina; pero era tan pura su piedad, tan noble y desinteresado su carácter, que los habitantes de Salem, que le conocían a fondo y le apreciaban, le reeligieron por su pastor espiritual, menospreciando la censura del Consejo de Boston, acto de contumacia por el cual fueron reprendidos y castigados con el secuestro de una porción de sus tierras. Semejante acto de rigor exasperó a Williams, hasta el punto de hacer que lo escarneciera con una vehemente protesta, invitando además a la iglesia de Salem a que se uniera a él, en una apelación general dirigida a las otras iglesias contra la injusticia de que se habían hecho culpables los magistrados. Este atrevido

proceder fue causa de que el Consejo castigase a los disidentes privándoles de sus inmunidades: entonces se separaron de su jefe, que se quedó absolutamente aislado. En tal situación, se negó Williams a prestar juramento de fidelidad y homenaje a la iglesia que él calificaba de perseguidora. Sus opiniones y conducta fueron reprobadas de nuevo por el Consejo, que pronunció contra él una sentencia de destierro; pero tomando en cuenta los peligrosos sentimientos de simpatía que inspiraba, se decidió poco tiempo después mandarle a Inglaterra.

En el rigor de un invierno de Nueva Inglaterra, Williams huyó al desierto, refugiándose entre los indios Narragansetts, con los cuales se había relacionado en Plymouth. Quince semanas anduvo errante por entre las nevadas selvas, antes que lograra alcanzar sus *wigwams*, donde fue recibido con la más generosa hospitalidad, separándose de ellos en la primavera siguiente, con el objeto de buscar un sitio donde pudiera fundar un asilo para los que, como él se vieran perseguidos por sus creencias religiosas. Al principio intentó establecerse en Seekonk; mas por efecto de las amistosas insinuaciones de Winslow, gobernador de Plymouth, se trasladó a la bahía de Narragansett, donde los indios le hicieron donación de un territorio considerable en aquella comarca. En junio de 1636, fijó Williams el lugar en que había de edificarse una ciudad, a la cual dio el nombre de Providencia, como que había de servir de refugio a los que se vieran proscriptos y desamparados. Muchos de sus amigos de Salem partieron inmediatamente a reunirse con él, y les distribuyó generosamente sus tierras. Tal fue el principio del Estado de Rhode-Island, uno de los más prósperos y felices, por sus instituciones liberales, de cuantos se fundaron en América.

No trascurrió mucho tiempo sin que se promovieran nuevos disturbios, cuyo origen era debido en gran parte a la misma pretensión al derecho de juzgar cada cual por sí propio en todas las materias de verdad y obligaciones religiosas. Hugh Peters, capellán de Oliverio Cromwell, y Enrique Vane, joven de superior capacidad y saber, fueron a reunirse con la colonia de Massachusetts. La emigración de hombres tan distinguidos como Vane, produjo honda sensación, y para satisfacer los deseos de muchos individuos de la aristocracia inglesa, que querían pasar a Nueva Inglaterra, llegó a proponerse que se estableciera cierta magistratura *hereditaria*, cosa que nunca se llevó a cumplido efecto. Poco tardó Vane en ser elegido magistrado principal de la colonia, que administró sabiamente, hasta que, con motivo de una nueva fermentación religiosa que se suscitó, y en la cual tomó parte, tuvo que abandonar el poder. Como no puede tratarse esta materia mejor que lo hace el Dr. Robertson, citaremos textualmente sus palabras:

«Era costumbre en aquel tiempo en Nueva Inglaterra, entre los sujetos principales de cada congregación, reunirse una vez por semana, con el piadoso objeto de repetir los sermones que habían oído, y entretenerse en religiosa conferencia, tocante a las doctrinas que de ellos se desprendían. Mistress Anne Hutchinson, cuyo esposo figuraba entre los miembros más respetables de la colonia, apesadumbrada de que las personas de su sexo se hallasen excluidas de tales reuniones, congregó a su vez solemnemente, y en su propia casa, a cierto número de mujeres, que se ocuparon también en piadosos ejercicios, semejantes a los de los hombres.

»En un principio, diose por satisfecha con repetir lo que pudo recordar de los discursos pronunciados por los predicadores; pero no tardó mucho en añadir algunas explicaciones, por vía de elucidación, atreviéndose al fin a censurar a algunos de los ministros del culto como heterodoxos, y hasta añadió ideas y opiniones propias, fundadas todas ellas en el sistema denominado antinomiano por los teólogos, e impregnadas del más profundo entusiasmo religioso. Enseñaba que la santidad de la vida no es una evidencia de justificación o de un estado de gracia en Dios, y que los que inculcaban la necesidad de manifestar la realidad de nuestra fe por medio de la obediencia, no hacían más que predicar un convenio de obras. Sostenía también que el espíritu de Dios moraba personalmente en los hombres buenos y honrados, y que éstos, por revelaciones e impresiones internas, venían a descubrir plenamente la voluntad divina. La facundia y la confianza con que exponía estas doctrinas, le granjearon muchos admiradores y prosélitos, no solamente entre el vulgo, sino que también entre los principales habitantes de la colonia.

»Hallábase ésta conmovida con tales ideas, y Vane, cuya sagacidad y prudencia parecían abandonarle cuando se trataba de asuntos religiosos, prohijó y defendió enérgicamente los asertos más desatinados de Mistress Hutchinson. Celebráronse varias conferencias; señaláronse días de ayuno y humillación; se convocó un sínodo general, y tras violentas discusiones que amenazaron poner término a la existencia de la colonia, fueron condenadas por erróneas las opiniones de la innovadora, a la cual se impuso la pena de destierro. Muchos de sus discípulos se marcharon voluntariamente de la provincia, y Vane dejó también la América disgustadísimo, sin que echasen de menos su ausencia los mismos que poco tiempo antes le admiraran, considerándole los unos como un mero visionario, y otros como uno de esos espíritus tenebrosos y turbulentos, condenados a trastornar cualquiera sociedad de que formen parte.»[41]

La suerte de Mistress Hutchinson fue tan infausta como agitada había sido su vida. Viéndose precisada a retirarse a Aquiday, en la isla de Rhodes, donde participó de todos los trabajos y privaciones inherentes a la fundación de una nueva colonia, continuó propalando sus doctrinas con el mayor ardor. Sus hijos, que increpaban abiertamente la justicia de su destierro, fueron encerrados en una cárcel, y para librarse de persecuciones, se trasladó la familia entera al territorio de los holandeses, a tiempo que el gobernador Kieft había provocado con su rudeza y crueldad la terrible venganza de los indios. La casa de Mistress Hutchinson fue incendiada, y ella pereció con toda su familia entre las llamas, o bien a manos de los salvajes. Este horrible acontecimiento tuvo lugar en octubre de l643.

Algunos años antes habíase establecido una colonia permanente en el valle del Connecticut[42] y en la época de que vamos hablando, un numeroso cuerpo de colonos se disponía a lanzarse por entre los bosques hasta el citado sitio, donde más adelante se fundaron las ciudades de Hartford, Windsor y Wethersfield. Muchos contratiempos experimentó esta expedición, por haberla emprendido en medio del invierno. Exhaustos de víveres, a causa de no poder resistir el ganado que llevaban la inclemencia del tiempo, muchos de los aventureros tuvieron que regresar al punto de partida, atravesando inmensas llanuras cubiertas de nieve.

Al año siguiente, otra expedición más numerosa, compuesta de individuos afiliados a las dos iglesias, con sus ministros espirituales, entre los cuales se contaba Hooker, emprendió el mismo viaje, atravesando el desierto con ayuda de la brújula, y llevando delante sus ganados por entre los espesos y enmarañados bosques.[43]

---

41 *Historia de América*, por Robertson, libro IX, pág. 232.

42 El nombre indio *Connecticoota* significa «Río Largo.»

43 Mr. Hollister discurre agradable y extensamente sobre este viaje, lleno de curiosos incidentes. He aquí su narración «En los primeros días de junio, mes placentero y algo caluroso en Nueva Inglaterra, Mr. Hooker, con su ayudante Mr. Stone y unas cien personas más entre hombres, mujeres y niños, emprendieron la expedición que desde tanto tiempo tenían proyectada. Atravesando montañas y pantanos, vadeando ríos, o pasándolos en balsas, con la brújula en la mano, para que les guiara en su marcha irregular, se encaminaron poco a poco hacia el Occidente, unas veces por los claros del bosque, en donde el sol resplandecía, y otras a parándose a la sombra de árboles seculares. Bregando entre las enmarañadas matas y vides silvestres; sosteniendo los fuertes a los débiles, y cuidando los de más edad de los jóvenes, avanzaban con lentitud. Como Mr. Hooker estuviera enfermo, llevábanle suavemente en una litera. Era un viaje bien ordenado y majestuoso, pues figuraban entre los acompañantes caballeros de elevada posición y riqueza, así como señoras que habían sido educadas con el mayor esmero, y quienes por la vez primera conocían lo que eran trabajos y fatigas. Empero, todo lo aguantaban con la dulzura y buen humor, que son dotes exclusivas de la mujer de elevada alcurnia y de suave carácter, cuando una voz irresistible la incita deponer sus galas y a descender hasta el estado llano, que ennoblece con su presencia. El aullido del lobo, su furtivo paso por entre las hojas secas y rechinantes; la vista de los elevados pinos; el estruendo del torrente que baja de las montañas; las humeantes ruinas, alrededor de las cuales levantaban los indios sus hogueras, todo ello imprimía en la mente de los viajeros la sensación angustiosa de la soledad y del peligro, de los que tanto mas habían de recelarse, cuanto que nunca contemplaron tan imponente espectáculo. Sin embargo, la esposa, la madre y la hija lo arrostraron todo con tan sosegada confianza, como cuando se ofrecieron por primera vez ante sus ojos las delicadas flores del desierto. Al cabo de dos semanas de penalidades, llegaron a la tierra casi fabulosa, que se representaban en su imaginación como un nuevo paraíso de ideal belleza. Esta tierra era el valle del Connecticut. Extendíase a sus pies, bajo la sombra de las bajas colinas situadas al borde del río, colinas que arrojan el follaje de sus árboles en oleadas que van arrastrándose a millas de distancia hacia el Oriente y el Occidente, cuando la brisa de junio las acaricia

Estos exploradores enviaron también algunos de los suyos, embarcados en lanchas, para buscar un puerto en la boca del río, el cual, desde que Lord Say y Sele y Lord Brooke fueron sus propietarios, recibió el nombre de Saybrook. Expuesta la colonia que se estableció allí a continuas perturbaciones, por los celos que inspiraba a los holandeses, corría riesgo además por las hostilidades de sus vecinos los indios. La guerra con los Pequods era acaso el resultado inevitable de las sospechas e inquietudes de los salvajes, y de los temores que los colonos abrigaban de un repentino ataque, o de un degüello semejante al que padecieron sus compatriotas en la Virginia. Natural era, por cierto, que los indígenas mirasen con desagrado los adelantos de la colonización de los blancos, y meditaran cuando menos el modo de atajarlos. Por lo demás, estaban los colonos sobre aviso, y parecían dispuestos a castigar inflexiblemente los primeros síntomas de agresión.

Eran los Pequods en aquella época la más poderosa confederación en las cercanías de la bahía de Narragansett, y ejercían su autoridad sobre veinte y seis pequeñas tribus que les estaban sometidas. Una cuadrilla de ellos había asesinado a un tal Stone, sujeto disoluto y dado a la embriaguez, que mandaba un barco mercante de la Virginia. Este acontecimiento produjo cierta alarma en el Massachusetts: entonces los Pequods enviaron a decir a Boston que se habían arrojado a ejecutar aquel castigo en desquite de las frecuentes provocaciones de que eran objeto por parte de Stone y de sus marineros; ofrecían además hacer entrega de los criminales, y pedían la intervención de los magistrados para efectuar una reconciliación con sus enemigos los Narragansetts, concluyendo por asegurar que estaban dispuestos a entablar relaciones comerciales con la colonia. Aceptóse la excusa dada y la mediación pedida; pero sea por imposibilidad, o por cualquiera otra causa, el hecho es que no hicieron entrega de los asesinos.

No pasó mucho tiempo sin que un antiguo habitante de Block Island, llamado Oldham, fuese también asesinado por otra gavilla de indios, probablemente en venganza de que hubiera establecido un pequeño comercio con los Pequods. Canonicus, *sachem* de los Narragansetts, ofreció cumplida satisfacción por este crimen, cometido sin su conocimiento; pero los magistrados y los ministros del culto creyeron que se requería alguna cosa más para dejar satisfechos a los colonos. Envíose, en consecuencia, un destacamento de noventa hombres a las órdenes de Endicott, con objeto de castigar a los isleños de Block Island, y pasar de allí a las tierras de los Pequods, para exigir la entrega de los asesinos de Stone, así como mil haces de *wampum* por daños y perjuicios. Después de haber quemado los *wigwans* y destruido las mieses de los indios en Block Island, dirigióse Endicott al fuerte Saybrook, marchando desde allí al río Pequod; pero como los salvajes rehusaran satisfacer sus demandas, incendió sus aldeas, tanto allí como en el Connecticut, y regresó a Boston sin haber perdido un solo hombre.

Enfurecidos los Pequods por lo que ellos consideraban como un ataque inmerecido, vengáronse por cuantos medios estuvieron a sus alcances, matando durante el invierno a unos treinta colonos, y empeñándose en comprometer a los Narragansetts en una alianza, cuyo objeto era el total exterminio de todos los blancos. Afortunadamente, merced a la intervención de Roger Williams, que descubrió el complot a los magistrados del Massachusetts, pudo precaverse aquella temible coalición, y asegurarse por lo menos la neutralidad de los Narragansetts.

En sesión especial del Consejo, celebrada a principios de diciembre de 1636, se organizó la milicia en tres regimientos, procediéndose al nombramiento de los oficiales que debían mandarla. También se establecieron cuerpos de guardia, y se invitó a los viajeros a que fuesen armados. No hubo necesidad de tomar otras disposiciones activas hasta la primavera de 1637, en cuya época creció la efervescencia y alboroto, con motivo de la trágica muerte de Mistress Hutchinson, que dejamos mencionada en las páginas anteriores.

Habiendo terminado sus disensiones religiosas con el triunfo de los ortodoxos, toda la atención de los colonos se dirigió hacia la guerra de los Pequods. Tenían ya reunida una numerosa

trayendo nueva vida a las plantas. Dilátase este valle, teniendo abrazado en su circuito al plateado río, cual un fuerte arco medio encorvado en las manos del atezado cazador, que se apropia el título de dueño y señor de tan fértiles comarcas.» *Historia del Connecticut*, por Hollister, tom. I, pág. 29.

hueste para mandarla al campo de batalla, cuando tuvo lugar un combate decisivo, que hizo innecesario el auxilio de las tropas del Massachusetts. Como obtuvieran las ciudades del Connecticut, a principios de mayo, la alianza de Uncas, *sachem* de los Mohegans, la mayor parte de los colonos aptos para llevar las armas, en número de unos noventa hombres, preparáronse a partir mandados por John Mason, que había militado en Flandes. Era en verdad aquella una crisis muy peligrosa para la naciente colonia. Hubiera fracasado en su empresa, y quedado desarmada a merced de sus vengativos enemigos, sin la energía y valor de aquel puñado de héroes, que a costa de mil fatigas y penalidades supieron conquistar el sangriento laurel de la victoria.

Preparado el cuerpo expedicionario, y fijada la hora de la marcha, empleóse la noche del 10 de mayo en solemnes oraciones, y a la mañana siguiente se embarcó la milicia en el puerto de Hartford. Habiéndose reunido a ellos veinte hombres, enviados desde Boston al mando de Underhill, navegaron más allá del Támesis (Thames), y entraron sin ser vistos en una ensenada próxima al Pequod. Allí descansaron el día siguiente, que era domingo, y desde el principio de la semana se empeñaron en atraerse el auxilio de los Narragansetts, cuyo *sachem* Miantonimoh vino a unirse con ellos, trayendo consigo doscientos guerreros; pero tan pronto como supieron que la intención de los ingleses era atacar los fuertes del Pequod, con tan escasa fuerza, apoderóse de los indios un terror pánico, y la mayor parte se retiraron. Imposible nos fuera describir la catástrofe que se siguió, tan bien como lo hace uno de los primitivos historiadores del Connecticut: por eso trascribimos íntegro su relato.

«Después de haber llegado cerca del fuerte principal, guiados en su marcha por un Pequod rebelde, fijaron su campamento entre los grandes peñascos de Groton, o cerca de ellos, los cuales eran conocidos con el nombre de peñas de Porter. Los expedicionarios estaban fatigados, y aunque sólo tenían piedras por almohadas, durmieron reposadamente hasta cerca del amanecer, hora en que los exploradores vinieron a decirles, que habían oído a los indios mover gran algazara dentro del fuerte, y que sus cantos y regocijos se prolongaron hasta la media noche. Efectivamente, los Pequods habían visto las embarcaciones que cruzaron por el puerto algunos días antes, y deduciendo de esto que los ingleses les tenían miedo y no se atrevían a atacarlos, se entregaban a una alegría desenfrenada. Era la noche plácida y serena: hacia la madrugada brillaba la luna en su límpido cenit, iluminando aquellos contornos cual si fuera de día. Había llegado el momento en que la verdadera existencia del Connecticut iba a decidirse con la espada en un solo combate, dependiendo la suerte de la colonia del firme comportamiento y extremado valor de unos ochenta hombres. Los indios que les servían de auxiliares, estaban tristes y desanimados, y aunque en un principio habían guiado la vanguardia, jactándose de grandes hazañas, tomaron después el partido de retirarse a retaguardia. Unas dos horas antes de aclarar el día, púsose en pie todo el destacamento, y encomendándose brevemente a Dios y rogándole por el triunfo de su causa, avanzaron hacia el fuerte, mandando antes a buscar a los indios, que se hallaban detrás. Trascurrido algún tiempo, presentáronse Uncas y Obequash, y preguntándoles el capitán dónde estaba el fuerte que debían asaltar, contestaron que en la cima de la montaña. Interrogados también acerca de sus aliados los indios, respondieron que estaban muertos de miedo. Mandóles entonces el capitán una orden para que no se escapasen, invitándoles a circundar el fuerte a la distancia que quisieran, para que viesen si sabían batirse los ingleses.

»Iba rayando el alba y no había tiempo que perder. Repartidos los hombres en dos compañías, dirigióse la una apresuradamente, al mando del capitán Mason, hacia la entrada nordeste de la fortaleza, y la otra, a las órdenes de Underhill, hacia la puerta occidental. Al reflexionar los colonos que no iban a combatir únicamente por su propia existencia, sino por sus esposas e hijos, y por la colonia entera, enardecióse el espíritu marcial en sus pechos, y se sintieron maravillosamente animados para el combate. Cuando el capitán Mason se hallaba ya a pocos pasos del fuerte, ladró un perro, y en el mismo instante uno de los indios empezó a lanzar desaforados gritos, diciendo: *¡Owanux! ¡Owanux!* (¡Los ingleses!... ¡Los ingleses!) Entonces apresuró su marcha la tropa, y mientras iban reuniéndose los enemigos, les hicieron por entre la empalizada una descarga general

de mosquetería abalanzándose en seguida a la entrada principal, por donde penetraron espada en mano. A pesar de tan repentino ataque y de verse deslumbrados con los disparos de las armas de fuego, hicieron los indios una tenaz y desesperada resistencia. El capitán Mason y su partida desalojaron a los salvajes, obligándolos a entrar por fuerza en la calle principal, hacia la parte occidental del fuerte, donde algunos valientes que habían apresurado su marcha los encontraron, e hicieron tal riza en ellos, que la calle se vio pronto limpia de enemigos. Escondiéronse muchos dentro de sus *wigwams*, o parapetados detrás de estos, y aprovechándose de los puntos donde estaban a cubierto, sostuvieron obstinada defensa. El capitán y su gente entraron en los *wigwams*, donde fueron sitiados por muchos indios, que se valían de todos los medios posibles para herirlos, llegando hasta luchar a brazo partido con los asaltantes, de tal modo, que a duras penas podían estos defenderse con sus espadas.

»Después de un reñido combate, en que perecieron muchos indios y algunos ingleses, quedando otros gravemente heridos, estaba aun indecisa la victoria. Hallándose el capitán medio extenuado y sin aliento, así como su tropa, por los esfuerzos extraordinarios que habían hecho en aquel crítico momento de la pelea, recurrió a un expediente que tuvo el mejor resultado. Tomando una tea, y dirigiéndose a sus soldados, gritó: *¡Vamos a quemarlos!* Acto continuo, entró en un *wigwam*, y aplicó su tea a las esteras que le servían de cobertizo. Prendió el fuego instantáneamente, esparciéndose con tal violencia, que todas las chozas de los indios se vieron envueltas en una sola llamarada. Como el incendio iba en aumento, retiráronse los ingleses a lo exterior del fuerte, y lo rodearon por todas partes. Uncas y sus indios, con alguno de los Narragansetts, que habían permanecido fieles, animándose con el ejemplo de los europeos, formaron otro círculo detrás de ellos. Grande fue entonces la sorpresa de los salvajes, y precisados por las llamas a salir de sus guaridas a campo raso, sirvieron de blanco a los soldados ingleses. Algunos que quisieron saltar la empalizada, fueron derribados por las balas de los mosquetes. Otros, saliendo desesperados de sus chozas incendiadas, fueron heridos o hechos trizas con la espada. Tal fue el terror que se apoderó de ellos, que hubieran preferido volver la espalda a sus enemigos y arrojarse en medio del fuego.

»La extensión y violencia del incendio; la llamarada y el estruendo de la mosquetería; los gritos y alaridos de los hombres, mujeres y niños encerrados en el fuerte, y el clamoreo de los indios auxiliares, formaban un espectáculo imponente, aterrador. En poco más de una hora, se consumó esta obra de destrucción: quemáronse setenta *wigwams*, y perecieron quinientos o seiscientos indios, bien por la espada, ora devorados por las llamas. La tarde anterior habían salido ciento cincuenta guerreros, que en aquella misma mañana debían atacar a los ingleses. De todos estos indios, y de los que ocupaban el fuerte, únicamente siete pudieron escapar, e igual número quedaron prisioneros. Era cosa convenida de antemano, que no había de pegarse fuego al fuerte, sino aniquilar al enemigo y entrar a saqueo; pero después le pareció al capitán que el incendio era el único medio de alcanzar la victoria y de salvar a los suyos. Así, pues, padres e hijos, el *sannap* y el *squaw*, el anciano y el niño, todos ellos perecieron en la misma ruina.»[44]

Al terminar tan desapiadada matanza, los ingleses vieron que se acercaba aceleradamente otro cuerpo de Pequods de las aldeas vecinas. Llenos estos de ira, al ver sus chozas arrasadas por el incendio y sus compañeros degollados, abalanzáronse furiosos a los blancos; pero todo fue inútil: las destructoras armas de fuego los contuvieron en el acto, y Mason y su tropa pudieron operar su retirada en buen orden al puerto del Pequod, actualmente Nueva Londres (New-London), donde embarcaron a los heridos, partiendo luego Mason con sus soldados a Saybrook, donde los recibieron con salvas de artillería.

Empezada así esta obra de exterminio por la milicia del Connecticut, fue llevada a su completa conclusión durante el verano por las mismas tropas, en unión con las fuerzas del Massachusetts. Los Pequods fueron desalojados de sus madrigueras y lanzados a los pantanos; sus fuertes quedaron arrasados; sus guerreros muertos, y sus mujeres y niños se distribuyeron como esclavos entre los colonos. Habiéndose refugiado su principal *sachem*, Sassacus, entre los

44 *Historia del Connecticut*, por Trumbull, tom. I, pág. 84.

Mohawks, le asesinaron éstos, por instigación de los Narragansetts. Por último, los jóvenes adultos prisioneros, fueron también vendidos como esclavos en las Indias Occidentales. Algún tiempo después, se averiguó que habían perecido o sido hechos prisioneros unos novecientos Pequods. A los pocos que escaparon y se diseminaron entre los Narragansetts y los Mohegans, les prohibieron que en lo sucesivo llevasen el nombre de los de su nación. Los colonos consideraron el buen éxito de esta guerra de destrucción, que llamaron *de los sanguinarios paganos*, como una prueba evidente de la divina aprobación, y con característico orgullo citaban o trascribían numerosos pasajes del Antiguo Testamento, para justificar cuanto habían hecho. Empero, con razón pudiéramos repetir aquí el deseo manifestado en otra ocasión por el piadoso Robinson: «¡Hubierais hecho mejor en convertir a la fe cristiana a algunos de ellos, antes que matar a uno solo!»

Quedando para siempre exterminados los Pequods, volvió a fijarse la atención de los ministros del culto y de los magistrados en desarraigar de la colonia la herética depravación, trabajo que se veían precisados a emprender incesantemente, y que aun cuando estuviera bien ejecutado, requería una continua vigilancia. Los reglamentos restrictivos produjeron, sin embargo, un resultado beneficioso, cual fue el de dar lugar a emigraciones a puntos muy diversos del país. Roger Williams había echado los cimientos de Rhode-Island; y Davenport, en 1638, deseoso de gozar de una república separada, donde se viera libre de las innovaciones del error y del libertinaje, estableció la colonia de New-Haven (Nuevo Puerto). Wheelwright, desterrado por su participación en las herejías de Mistress Hutchinson, fue a fundar la colonia de Exeter, y el capitán Underhill, complicado en la misma causa, y acusado además de licencioso, fue expulsado del Massachusetts, a pesar de los servicios que prestara en el campo de batalla, por cuyo motivo se retiró a Dover. También partieron otros, a medida que la ocasión lo requería, y de esta suerte fueron desparramándose congregaciones y colonias por toda la superficie de aquella comarca, figurando entre ellas la de Rowley, formada por una compañía de fabricantes de paños del Yorkshire, encomendada al cuidado espiritual de Ezekiel Rogers.

En la primavera de 1637 promulgóse un decreto en Inglaterra para poner coto a la emigración de los puritanos, y un año después, hallándose en el Támesis una escuadra de ocho buques, preparándose a partir para Nueva Inglaterra, intervino el Consejo privado para impedir la salida. No ha faltado quien asegurase que Hampden y Cromwell estaban a bordo de esta flota; pero tal aserto carece de fundamento, y no es probable que ninguno de ellos diera semejante paso, en el estado en que se hallaban entonces los negocios e intereses públicos de su patria. A pesar de todo, les buques no fueron detenidos sino pocos días, hasta tanto que el rey alzó la prohibición, y aquellos bajeles llegaron con toda seguridad a la bahía de Massachusetts.

Habíase fundado también en la costa del Maine alguno que otro establecimiento colonial; pero sus adelantos fueron bastante lentos durante algún tiempo. Sir Ferdinando Gorges, que por espacio de treinta años perseverara en sus esfuerzos de colonización, gastándose en su empeño próximamente 100.000 pesos fuertes, obtuvo en 1639 una real cédula para sus posesiones americanas, y cuando la recibió, ocupóse en redactar un plan de gobierno para el Maine, mandando allá después a Thomas Gorges, como su delegado, con el número de subordinados correspondientes para administrar la colonia.

Un escocés, llamado Sir William Alexander, había obtenido de Jacobo I la concesión del territorio de Acadia, en 1627, y dádole el nombre de Nueva Escocia. Durante la guerra entre Francia e Inglaterra tomó posesión de la provincia que le fue concedida: pero por el tratado de paz celebrado en 1632, restituyéronse nuevamente el Canadá, el Cabo-Bretón y la Acadia a los franceses. Competían estos con los colonos ingleses en el comercio, y profesaban la religión católica, circunstancia que indujo al pueblo de Massachusetts a recelar que fueran «malos vecinos.»

Los adelantos de la colonia, a pesar de las discordias y perturbaciones internas, fueron firmes y rápidos en su totalidad: continuó floreciendo el comercio; construyéronse buques; levantáronse molinos, y las ciudades y aldeas empezaron a adquirir un aspecto floreciente. Esto no obstante, las comunicaciones entre los distintos establecimientos coloniales se efectuaban casi siempre por la

costa, a causa de los bosques y regiones inhabitadas que mediaban entre ellos. Probablemente no hubo nunca en América colonia alguna que hiciera progresos tan firmes y duraderos como ésta, en tanto que los intrépidos naturales de Inglaterra pisaron el suelo del nuevo mundo.

El costo de la colonización de Nueva Inglaterra, hasta la época de que vamos hablando, ha sido valuado por Mr. Hildreth en un millón de dólares, guarismo que, aun cuando parezca exagerado, es muy inferior al verdadero. En este tiempo existían al Este del Hudson doce repúblicas independientes, que comprendían unas quince poblaciones o colonias; pero no trascurrieron muchos años sin que las jurisdicciones separadas de todas ellas se redujeran a seis únicamente.

8.
Adelantos de Virginia (1625-1660)

Wyats, gobernador de la Virginia. Yeardley-West. Carta dirigida al rey. Harvey, gobernador. Revision de las leyes. Varios reglamentos. División en condados. Celos del Maryland. Quejas contra Harvey. Su partida a Inglaterra. Regresa a la Virginia. Administración de Harvey. Administración de Wyats. Sir William Berkeley. Su carácter. Segunda revisión de las leyes. Esfuerzos de los comisionados parlamentarios. Sostiénese firme la colonia en su lealtad. Guerra con los indios. Independencia de la Virginia. Compélese a la Virginia a prestar obediencia al Parlamento. Bennet, Diggs y Matthews, gobernadores. Reelección de Sir William Berkeley. Anhelo por ver restaurada la monarquía. Principios de libertad popular.

Al advenimiento de Carlos I al trono, aunque se renovó el nombramiento de gobernador de la Virginia, dado a Sir Francis Wyats, en los mismos términos en que lo obtuvo bajo el reinado de Jacobo, tardó poco en regresar a Inglaterra, nombrándose a Yeardley para desempeñar aquel destino. Muerto Yeardley al año siguiente, con gran sentimiento de sus administrados, el Consejo eligió gobernador *pro tempore* a Francis West. Por una carta que dirigió éste al rey, en unión del Consejo, sabemos que la industria y energía de la colonia distaban mucho de presentar un estado completamente satisfactorio. La guerra con los indios existía aun; se acometían pocas empresas, faltaba capital, y en realidad, el único producto de comercio consistía en ese «nauseabundo y desabrido yerbajo, llamado tabaco, que no es de necesidad ni de adorno para la vida humana.» A pesar de estas y otras muchas desventajas, a que estaba expuesta la Virginia, continuaba aumentando rápidamente su población. En 1628 le llegaron de Europa más de mil emigrantes.

En 1629, el Dr. John Potts fue designado por el Consejo para sustituir a West, y desempeñó el empleo hasta la llegada de John Harvey, que había sido nombrado en propiedad para el gobierno de la colonia. Potts tuvo un gran disgusto al verse calumniosamente acusado de ladrón de ganados. Empero esto no perjudicó en nada a su bien cimentada reputación. Hizo construir Harvey una nueva fortaleza en Point-Comfort, en la boca del río James, y se exigió un tributo en pólvora y balas a cada buque que por allí pasaba. También se establecieron salinas en la orilla oriental de la bahía de Chesapeake.

En 1632 llevóse a cabo una revisión de las leyes, mediante la cual se compilaron en un solo estatuto, procedimiento que hubo de repetirse algunos años más tarde. Las disposiciones relativas a la religión y a la moral eran numerosas, y evidenciaban el cuidado e interés de las autoridades en promover la devoción entre el pueblo. Estas disposiciones se referían a la publicación de las amonestaciones matrimoniales; a la enseñanza doctrinal de los niños; al número de veces que los ministros del culto habían de predicar en el año y administrar la comunión; a los diezmos para sostener la religión, y a los castigos contra la embriaguez, los juramentos profanos, el adulterio, la calumnia, etc.

En cuanto a la agricultura, se procuró limitar la producción del tabaco, de modo que aumentase su estimación en el mercado inglés, pues el precio de esta planta acababa de bajar hasta

seis peniques la libra, sin contar además con la temible competencia que hacían a los virginianos los cultivadores ingleses de la Barbada, y los colonos de las islas de Sotavento. Prevínose, en consecuencia, a los plantadores, que habían de sembrar de trigo una parte de sus terrenos, y cultivar vides; que debían ocuparse en ejercicios militares, y que no les era permitido tener trato alguno con los indios, ni emigrar a Nueva Inglaterra sin licencia del gobernador. Dábase lectura de este código revisado, al abrirse la primera sesión de cada Consejo mensual, y se sacaba una copia manuscrita del mismo para exponerla a la vista del público.

Dos años después, en 1634, dividióse la colonia en ocho condados, habiendo de nombrar el gobernador los tenientes gobernadores para cada uno de ellos, y hacer el pueblo la elección del sheriff; de modo que, tras muchos ensayos y tentativas que hubieron de probarse y numerosos obstáculos que vencer en la senda de su prosperidad, la Virginia podía ser considerada entonces como profunda y permanentemente arraigada, dando claros indicios de la altura e importancia que debía alcanzar con el tiempo en el hemisferio occidental.

No miraban con buenos ojos los virginianos a la colonia de Maryland, pareciéndoles que no era aquella sino una usurpación de sus justos derechos.

Con la adopción de medidas contrarias a las aspiraciones de un gran partido en la Virginia, se había hecho Harvey muy impopular; por lo cual creyó conveniente el Consejo destituirle de su empleo. Convocóse una junta para oír las quejas formuladas contra Harvey, y éste salió para Inglaterra, con el objeto de contestar allí a los cargos que se le hicieran; pero como estos fuesen desatendidos, el destituido Harvey regresó a la Virginia en 1636, con un nuevo nombramiento, aunque no por eso mejor animado en favor de los colonos. Largos años rigió este personaje los destinos de la Virginia. Según algunos autores, ejerció muy severamente su autoridad, y aun a veces con tiranía, hasta que al fin fue reemplazado por sir Francis Wyats, en 1639. Aunque no es sino un acto de justicia hacer constar que Harvey produjo violentas excitaciones políticas, merece, sin embargo, alguna indulgencia, pues no aparece probado que atentase nunca ilícitamente a los derechos y privilegios de los colonos.

La administración de Wyats fue pacífica y muy satisfactoria para el pueblo: esto no obstante, diéronle por sucesor a Sir William Berkeley, en 1641, quien llegó a la colonia al año siguiente de su nombramiento. Era el nuevo gobernador hombre de elevado carácter y de relevantes prendas, y dio pruebas de poseer toda la aptitud necesaria para el destino que se le había confiado. Poco tiempo después de haberse promovido la guerra civil en Inglaterra, sufrieron otra segunda revisión las leyes de la Virginia: muchas de las primeras quedaron vigentes, pero con algunas modificaciones, entre ellas la de hacer obligatoria a todos los colonos la liturgia de la iglesia anglicana; la de prevenir a los no conformistas que habían de abandonar el suelo de la Virginia; la de trasformar los Consejos mensuales en Consejos de condados, debiendo reunirse seis veces al año, y la imposición de ciertas contribuciones, que se consideraban necesarias para la prosperidad pública.

Los comisionados que el Parlamento inglés envió a la colonia para que tratasen de obtener de los virginianos el reconocimiento de su autoridad, les ofrecieron desde luego dejarles la elección de su propio gobernador; pero Berkeley, que desempeñaba este cargo, y que era decidido realista, persuadió a los miembros del Consejo a que se mantuviesen fieles al rey; de modo que, sosteniéndose firme la Virginia en su lealtad, y abandonada en cierto modo a sí misma, tuvo ocasión de legislar en pro del bien común, con absoluta independencia de la metrópoli.

La hostilidad de los indios, que no había sido sino parcialmente sofocada, estaba pronta a estallar en la primera oportunidad que se presentara. Opechancanough, antiguo enemigo de los colonos, aunque ya muy entrado en años, continuaba madurando sus planes de venganza. Ofreciéronle una ocasión favorable las disensiones promovidas en la colonia, con motivo de la guerra civil de Inglaterra, y poniéndose al frente de sus guerreros, dio un repentino y furioso asalto a los descuidados colonos, del que resultó el degüello de más de quinientos europeos. A esta agresión siguióse una sangrienta lucha con los indios, durante la cual fue hecho prisionero su anciano cacique, falleciendo poco después de resultas de las heridas que 1646 le infirió un soldado.

Muerto Opechancanough, su sucesor quiso vivir en paz con los ingleses, y les hizo cesión de todas las tierras comprendidas entre los ríos-James y York.

«De este modo, dice Mr. Bancroft, la colonia de la Virginia alcanzó el gobierno y administración de todos los negocios e intereses públicos. Ella declaraba la guerra, ajustaba la paz y adquiría territorio, de conformidad con los acuerdos de los representantes del pueblo. Poseyendo seguridad y quietud, abundancia de territorio, libre mercado para su comercio, y todos los derechos de un Estado independiente; teniendo a la Inglaterra por guardián contra la opresión extranjera, y no por gobernante, los colonos gozaban de toda la prosperidad con que podían brindarles un suelo virgen, leyes equitativas y general uniformidad de condición e industria. Con tales elementos de prosperidad, su número iba siempre en aumento; las cabañas estaban llenas de niños, igualmente que los puertos de buques y emigrantes, y hacia la Navidad de 1648 hacían el comercio con la Virginia diez buques de Londres, dos de Bristol, doce holandeses y siete de Nueva Inglaterra. El número de colonos ascendía a veinte mil en aquella época, y los que no habían sufrido agravio ni perjuicio alguno, estaban poco dispuestos a entrometerse en las contiendas que desgarraban a la madre patria. Por lo demás, se mostraban adictos a la causa de Carlos, no porque fuesen amantes de la institución real, sino porque sabían apreciar las libertades, en cuya pacífica posesión les dejara el monarca. Después de la ejecución de aquel desgraciado rey, aunque no faltaron algunos que por ignorancia, cual afirmaban sus partidarios, se inclinaran al republicanismo, el gobierno de la colonia reconoció a Carlos II como a su legítimo soberano. La fidelidad de los virginianos no pasó desapercibida para el real desterrado, y desde su retiro de Breda confirmó a Berkeley en el destino que desempeñaba; continuó enterándose de la situación de los negocios, y en medio de sus derrotas en Escocia, se acordaba todavía con satisfacción de los fieles caballeros que tenía en el mundo occidental. Carlos II, aunque fugitivo de su patria, reinaba todavía en aquella colonia. La Virginia entera estaba por la monarquía, y fue la última comarca perteneciente a Inglaterra que prestó obediencia a la república.»[45]

El Parlamento, sin embargo, determinó obtener por medio de la fuerza el reconocimiento de su autoridad por parte de las colonias. Envió, pues, a Sir George Ayscue, con una flota, para compeler a la obediencia a los habitantes de la Barbada, mandando con el mismo objeto otra escuadra a la Virginia, que fue a reunirse con Ayscue, llegando juntas al Chesapeake en 1652. Sometida la colonia sin resistencia alguna, fuéronle asegurados sus derechos y privilegios; anulóse el gobierno de Berkeley, y quedó elegido gobernador Richard Bennet, que era uno de los comisionados parlamentarios. Cromwell no quiso intervenir directamente en los nombramientos de los gobernadores de la Virginia, de modo que al dimitir Bennet su cargo, Edward Diggs, en 1655, y Samuel Matthews, en 1658, desempeñaron sucesivamente el puesto de primeros magistrados de la colonia. Habiendo entrado Matthews en contienda con la Cámara de los Comunes (*House of Burgesses*), a causa de reclamar ciertas atribuciones que se le negaban, trató de someter la cuestión al Lord Protector; pero celosos los virginianos de sus libertades, determinaron no consentirlo, y asegurar su independencia. Declaróse entonces la soberanía popular; se anuló la elección anterior, y queriendo luego mostrar su consideración y aprecio a Matthews, le reeligieron para desempeñar el mismo empleo de que acababan de destituirlo. Accedió a ello el gobernador, y así vino a arraigarse con doble fuerza el espíritu de libertad popular.

Matthews murió en 1660, precisamente en la época de la abdicación de Ricardo Cromwell, que dejaba a Inglaterra en plena libertad para restablecer la dinastía de los Estuardos. Convocados los diputados de las ciudades y villas (*Burgesses*) declararon de nuevo sus derechos de soberanía, y eligieron gobernador a Sir William Berkeley, en tanto que se arreglaban los negocios públicos de la madre patria. Empero, los virginianos, constantemente empeñados en asegurar la libertad de que gozaban, establecieron la supremacía popular, la libertad de comercio, la tolerancia religiosa, la exención de impuestos extranjeros, y el sufragio universal, y como quiera que en lo sucesivo se

45 *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, tom. I, pág. 209.

desviaran alguna vez de estos principios, no fue sino compelidos por la fuerza de autoridad extraña, y no por la libre voluntad y consentimiento del pueblo.

9.
Origen y progresos de Maryland (1632-1660)

Particularidades notables en el origen de Maryland. George Calvert y Lord Baltimore. Su carácter. La carta. Sus ventajas. Límites de la colonia. Oposición de Clayborne. Leonard Calvert, jefe de la expedición. Primeros colonos. Aldea de Sainte-Mary. Recelos de Massachusetts. Nuevos esfuerzos de Clayborne para perjudicar a la colonia. Desembolsos de Lord Baltimore en la colonización. Primera asamblea colonial. Sus actos. Debate acerca de la iniciativa en materia de legislación. Segunda y tercera asambleas. Primeros estatutos que se promulgaron. Política de Lord Baltimore. Ley de tolerancia. Sus límites. Insurrección de Ingle y Clayborne. Política contemporizadora del Lord propietario. Maryland reclamada por varias partes interesadas. Debates a que dieron lugar estas pretensiones. Stone y su suerte. Desórdenes bajo el gobierno de Fendal, y su resultado. Philip Calvert, gobernador. Población y progresos de Maryland en 1650.

La colonia de Maryland se distinguía bajo muchos conceptos de la de Virginia y de la de Massachusetts: la primera de estas últimas tuvo que pasar por muchas luchas peligrosas antes de afianzar su existencia y sus libertades; la segunda hizo numerosos esfuerzos, tan sinceros como estériles, para cimentarse sobre una base teocrática, que excluyera la libertad del pensamiento y la tolerancia religiosa. Respecto a Maryland, su sabio fundador le proporcionó las ventajas de un gobierno ilustrado, en el que debían tomar parte todos los hombres libres de la colonia, sin distinción de creencias religiosas, puesto que allí se toleraba la mas amplia libertad de conciencia. De este modo, su origen fue pacífico, y nada interrumpió el curso de su prosperidad, siendo lo más notable que el fundador de Maryland era un miembro sincero de la iglesia Católica Romana, que, como es bien sabido, no admite la menor duda o discrepancia en materia de fe. Por una serie de circunstancias que sería prolijo enumerar, veíanse los católicos de Inglaterra en una posición bastante angustiosa, a causa de que los puritanos, así como otros muchos, reclamaban contra ellos el estricto cumplimiento de los estatutos penales; teniendo por lo tanto más razón aun que los presbiterianos para desear sustraerse a las duras pruebas y persecuciones a que estaban expuestos en su patria, emigrando al nuevo mundo.

Hacia principios del reinado de Jacobo I, George Calvert, natural del Yorkshire, y graduado en la universidad de Oxford, gozaba de tanta popularidad en su condado, el más extenso de Inglaterra, que fue elegido su representante en el Parlamento; llegando a ser tal su valimiento en la corte, que alcanzó el empleo de secretario de Estado. A pesar de estas circunstancias, Calvert había abrazado el catolicismo poco tiempo antes, y con honrosa ingenuidad declaró sus creencias, e hizo dimisión de su destino. Empero lejos de perder por esto su influencia, fue agraciado con nuevas distinciones, y creado poco tiempo después par de Irlanda, con el título de Lord Baltimore. Calvert había sido uno de los primitivos socios de la compañía de la Virginia, e intentado establecer por su propia cuenta, y por vía de ensayo, una colonia en Avalon, en la isla de Terranova.

Después de haberla visitado dos veces, y gastádose en esta tentativa de colonización más de 100.000 pesos fuertes, tuvo por conveniente abandonarla. Fijó entonces su atención en la Virginia, donde encontró poco estímulo para comprometerse en el establecimiento de una colonia, por exigírsele expresamente, para ser admitido en aquel país, un juramento de fidelidad, concebido en términos que ningún católico romano podía suscribir sin faltar a su conciencia. En vista de esto, quiso alcanzar la concesión de un territorio, donde sus correligionarios pudieran vivir sin que se les molestara, y a su regreso a Inglaterra, obtuvo fácilmente de Carlos I la propiedad de extensos

terrenos a orillas del río Potomac, pertenencia que él denominó *Maryland* (Tierra de María), en obsequio de la reina Henrietta María.

Era Lord Baltimore hombre de despejado entendimiento y de grandes alcances, no menos que de elevado y generoso carácter. Sabía apreciar la necesidad de un gobierno popular, así como la de su independencia del despotismo de la corona, y por eso tuvo muy buen cuidado de que en la carta que se le otorgó, quedase consignada la absoluta propiedad de aquel suelo, juntamente con el derecho de decretar las leyes necesarias, y la condición de que ninguna medida pudiera adoptarse sin consentimiento y aprobación de los hombres libres de la provincia, o de sus representantes convocados en asamblea general, para lo cual todo lo actuado debía guardar consonancia en su espíritu, si no en la letra, con las leyes de Inglaterra. Con tales condiciones, la colonia de Maryland nos dio el primer ejemplo de un propietario de territorio exento de la censura de la corona, y libre de toda imposición por parte del Parlamento. En cuanto a los límites de esta concesión, eran los siguientes: el Potomac, con una línea recta trazada al Oriente de su boca, que atravesando la bahía del Chesapeake y la península llamada la Playa occidental, formaban el límite meridional de la nueva provincia; tenía por límite al Oriente el Océano y la bahía de Delaware; al Norte los cuarenta grados de latitud, límite de la gran patente de Nueva Inglaterra, y al Occidente una línea recta, trazada al Norte del nacimiento más occidental del Potomac.

Antes que hubiera corrido todos sus trámites la patente otorgada, falleció Lord Baltimore; pero la carta fue expedida, y confirmada en favor de su hijo Cecilius Calvert, que con el mayor celo y actividad se dedicó a llevar a cabo el proyecto de su padre. Suscitóse, no obstante, grande oposición contra este privilegio por parte de William Clayborne, secretario de Estado, y uno de los miembros del Consejo de la Virginia. Era éste un sujeto sagaz y emprendedor, que había entrado en especulaciones comerciales con los indios, autorizado al efecto con real licencia, y que teniendo establecido con dicho objeto un apostadero en la isla de Kent y otro en la boca del río Susquehanna, parecía poco inclinado a mirar con buenos ojos otra concesión o carta que pudiera perjudicar a la licencia que él disfrutaba. Desestimada la apelación que dirigió Clayborne con este motivo al Consejo privado, mandáronse órdenes a la Virginia, insistiendo en que sus habitantes guardasen buena inteligencia con los de Maryland, y prohibiendo que ninguna de ambas colonias pudiera amparar a los prófugos de la otra.

Leonard Calvert, hijo natural del primer Lord Baltimore, fue designado por su hermano Cecilius para el cargo de director de la compañía destinada a fundar la colonia de Maryland. En el mes de noviembre de 1633, embarcáronse los emigrantes en el *Ark* y el *Dove*, y dirigiendo su rumbo a las Indias Occidentales, llegaron a principios del año siguiente al Chesapeake. El número de los nuevos colonos ascendía a unos doscientos, católicos romanos en su mayor parte, y muchos de ellos miembros de la nobleza inglesa. Harvey, que a la sazón desempeñaba el cargo de gobernador de la Virginia, recibiólos con suma cortesanía, y no tuvo reparo en señalarles un sitio conveniente para su establecimiento. Calvert entró después en el Potomac, y en una localidad parcialmente ocupada, pero que iban a abandonar los indios, y que cedieron por entero a los emigrantes al año siguiente, edificó la aldea de Sainte-Mary. Las liberales condiciones de la carta y la singular prontitud con que los indígenas dejaron voluntaria y pacíficamente poner el pie en aquel suelo a los europeos, fueron todas circunstancias favorables para el establecimiento y rápido progreso de la colonia. A no haber sido por la enemistad y el espíritu de venganza de Clayborne, es positivo que no se hubiera presentado obstáculo alguno, ni habría surgido ningún contratiempo dignos de mencionarse, que se opusieran al constante aumento y prosperidad de Maryland.

En agosto de 1634, mandó Calvert el *Dove* a Massachusetts, con un cargamento de trigo para cambiarlo por pescado. A pesar de los amistosos ofrecimientos de Calvert, apoyados por Harvey, de la Virginia, los recelos de los puritanos eran demasiado grandes para que admitieran ninguna cosa de sus vecinos los católicos, ni llevasen a efecto algún acuerdo que tuviera visos de cordialidad. Cruzáronse, pues, algunas palabras bastante duras entre los marineros del *Dove* y los habitantes, y

cuando estuvo a punto de partir el *Dove*, encargaron muy particularmente a su capitán «que no les llevase otra vez gente tan disoluta y relajada.»

No estaba extinguida enteramente la enemistad de Clayborne. Poco satisfecho con excitar a los indios contra los colonos, se atrevió a despachar una embarcación, so pretexto de su exclusivo derecho de tráfico, dando orden a sus hombres para que se apoderasen de todas las lanchas o barcas de pescar de los colonos de Sainte-Mary; pero saliendo dos botes armados en persecución del bajel, trabóse un combate, en el cual murieron algunos de los agresores, cayendo prisioneros sus oficiales. Como huyese Cayborne a la Virginia, fue reclamado por Calvert, en calidad de prófugo de la justicia; mas Harvey declinó la demanda, y le envió a Inglaterra.

La colonización proseguía su marcha con bastante firmeza, si no con excesiva rapidez. Ofreció el propietario a los colonos condiciones muy liberales, esperando al menos que podría reintegrarse hasta cierto punto de los enormes gastos que llevaba hechos, y que durante los dos primeros años de la instalación de la colonia habían ascendido a 200.000 pesos fuertes. A parte de esto, en ninguna ocasión ni bajo ningún concepto resplandeció más la sabiduría y prudencia de Lord Baltimore, que cuando accedió a los deseos de sus administrados en un punto en que tenían puesta toda su susceptibilidad.

Había aprobado la primera Asamblea colonial, en 1635, un cuerpo de leyes que el propietario de la patente rechazó, fundándose en que a él pertenecía la iniciativa en la legislación. Poco tiempo después, envió Lord Baltimore una recopilación de estatutos que había redactado, para que se presentase a la segunda Asamblea. Ésta, sin embargo, no quiso autorizar tal pretensión al derecho de iniciativa, y se negó a adoptar las leyes que le proponían. Lord Baltimore, con gran dosis de buen sentido, cedió en este punto: celebróse otra tercera Asamblea, y en ella se decretaron los primeros estatutos de Maryland. Componíase la Asamblea de los diputados de los diferentes distritos en que se había dividido la colonia, y aprobóse una acta «estableciendo la Cámara de la Asamblea» (*House of Assembly*). En esta especie de legislatura, propusiéronse varios proyectos de ley a la aprobación de la cámara; pero no fueron definitivamente aprobados, sin que sepamos por qué causa. En cambio se estableció el enjuiciamiento por medio del jurado; la conformidad con las leyes de Inglaterra; las certificaciones testamentarias; la obligación de no descuidar el cultivo de los cereales, y otras disposiciones parecidas, declarándose, según el texto de la *Carta Magna*, que la «Santa Iglesia, dentro de esta provincia, gozará de todos sus derechos y libertades.» Aunque es probable que la citada determinación se refería a la iglesia Católica Romana, el propietario, sin embargo, no parece que la estableció únicamente para sus correligionarios; por lo contrario, expidió algunos bandos para reprimir las disputas en materia de religión, creyendo que con ellas se perturbaría la paz y la tranquilidad pública.

En el terreno práctico, sea porque la necesidad, la política, u otras razones más honrosas, condujeran a semejante resultado, el hecho es que quedó establecida la tolerancia en Maryland. La Asamblea de los tres años siguientes sostuvo este principio firme y constantemente, y en 1649, una «acta de tolerancia» fue redactada y aprobada por ambas cámaras, alta y baja. A pesar de todo, la libertad de conciencia no fue, ni pudo ser, tan absoluta como en nuestros días. Exigíase una profesión de fe en la doctrina de la Trinidad, y se castigaba la blasfemia con bastante rigor; pero con estas limitaciones, los términos del estatutos prohibían toda intervención en las opiniones privadas, y aun la menor reconvención o censura de ellas, igualmente que respecto al modo de practicar el culto religioso, siendo ya bastante numerosos y excéntricos los que estaban en uso entre los ciudadanos. «Por cuanto, dice uno de los artículos de la indicada ley, el violentar la conciencia en materias de religión, ha producido peligrosas consecuencias en las repúblicas donde se ha practicado, y para la mayor quietud y pacífico gobierno de esta provincia considerándolo igualmente como el mejor medio de conservar el mutuo cariño y recíproca amistad entre sus habitantes, ninguna persona dentro de esta colonia, que profese creencia en Jesucristo, será turbada o molestada en manera alguna por su religión, ni tampoco en el libre ejercicio de ella; ni por ningún

estilo obligada a creer o ejercer cualquiera otra doctrina sin su consentimiento, en tanto que no sea desleal al Lord propietario, o moleste o conspire contra el gobierno establecido.»

Durante la guerra civil en Inglaterra, estimulado Clayborne por su deseo de venganza, promovió una rebelión en la provincia. Volviendo a recuperar para sí la isla de Kent, mientras que Calvert estaba en Inglaterra y Giles Bent tenía a su cargo la administración, Clayborne, juntamente con un tal Ingle, trataron de aprovechar sus recientes victorias. A principios de 1645 triunfaban los rebeldes; pero habiendo obtenido Calvert algunos auxilios de la Virginia, sofocó la sedición, aunque sin derramamiento de sangre.

Clayborne e Ingle abrigaban la intención de destruir o de llevarse la mayor parte de los archivos, y se hicieron culpables de muchos desórdenes y faltas en el gobierno; pero creyóse prudente conceder una amnistía general por tales ofensas, y volvió a imperar la legítima autoridad.

Habiendo fallecido Calvert en 1647, le sustituyó Thomas Greene; mas el propietario juzgó conveniente destituirle en 1648, nombrando para reemplazarle en el gobierno de Maryland a William Stone, protestante y parlamentario, muy celoso en el cumplimiento de sus deberes.

Al saberse la ejecución de Carlos I, estalló un alboroto en demostración de lealtad, a incitación de Greene, gobernador interino durante un viaje que hizo Stone a la Virginia. Lord Baltimore, que deseaba evitar toda colisión con el partido dominante, no pareció quedar muy satisfecho con semejante demostración, ofendiendo así a Carlos II, quien al subir al trono, nombró gobernador a Sir William Davenant, sin miramiento a los derechos y privilegios del propietario. Así fue como resultaron cuatro aspirantes a la posesión de Maryland. Eran estos: la Virginia, que nunca abrigó hacia él inclinaciones favorables; Carlos II, por su disgusto con motivo de la política contemporizadora de Lord Baltimore; Stone, que era el delegado activo del propietario, y por fin el Parlamento vencedor, que, como ya se ha dicho, no estaba dispuesto a tolerar el desafecto o la rebelión en las colonias.

Tales aspiraciones dieron motivo a una cuestión ruidosa, en cuyos pormenores no creemos necesario detenernos. Stone fue destituido, y luego repuesto, después de someterse. Empero, cuando sobrevino la disolución del Parlamento Largo, restableció Stone la autoridad de Lord Baltimore en toda su integridad, lo que hizo salir nuevamente a campaña a Clayborne. Privado nuevamente del gobierno Stone, espidiéronse ordenanzas de represalias contra los «papistas;» pero viéndose Stone, al año siguiente, vituperado por Lord Baltimore, se comprometió en una tentativa para derribar a sus adversarios, sin que pudiera conseguirlo, pues fue hecho prisionero, y a duras penas escapó a la muerte, a que fueron sentenciados sus principales partidarios. Sin desmayar en su propósito, apeló a Cromwell, quien estaba demasiado ocupado en otros negocios mucho más graves para fijar su atención en semejante incidente. En 1656, Lord Baltimore nombró gobernador a Josías Fendal, y durante algún tiempo quedó dividida la colonia con dos autoridades dominantes: la del partido Católico Romano, en Sainte-Mary, y la de los puritanos, en Saint-Leonard; pero ajustándose un convenio en marzo de 1658, fue reconocido Fendal como gobernador de toda la colonia.

Precisamente antes de la restauración de Carlos II, procediendo la Asamblea de Maryland, como lo hizo en otro caso análogo la de la Virginia, aprovechóse de la ocasión para asegurar su legítima y suprema autoridad, quedando Philip Calvert firmemente asegurado en el cargo de gobernador general. La población de Maryland en aquella época, se valuaba en unas veinte mil almas, y a pesar de algunas duras pruebas a que estuvo sujeta, y de las agitaciones que señalaron su primitiva historia, la colonia aumentó gradualmente en riqueza y poderío.

10.
Nueva Holanda, Nueva York y Nueva Jersey (1638-1685)

Kieft, gobernador de Nueva Holanda. Su administración. Usurpación del pueblo de Connecticut. Tentativas en el Delaware. Guerra India. Funestos resultados que produce. Estado apurado de la colonia. Petrus Stuyvesant, gobernador. Muerte de Kieft en un naufragio. Esfuerzos de Stuyvesant para allanar las dificultades. Convención de los delegados. Disuélvela el gobernador. Sométense los suecos. Debates con la colonia de Maryland. Obstinación de Nueva Inglaterra. Expedición contra Nueva Amsterdam. Su sumisión a los ingleses. Nueva York. Albany. Riberas del Delaware. Nueva Jersey. Su origen. Carteret, gobernador. Disputas. Disposiciones que se adoptan en Nueva York. Ataque de los holandeses. Audros, gobernador. Tentativa contra el Connecticut. Jersey Oriental y Occidental. Los cuáqueros. Los presbiterianos de Escocia. Medidas arbitrarias. Libertades y privilegios otorgados por carta o cédula a Nueva York. Advenimiento de Jacobo II al trono de Inglaterra.

William Kieft, considerado por Winthrop como un «hombre sobrio y discreto», era el reverso de Van Twiller bajo muchos conceptos: sin embargo, no parece fuera muy acertado su nombramiento para gobernador de Nueva Holanda. Activo e incansable en el cumplimiento de su deber, pero rapaz y de genio violento, entró animoso y con energía en el ejercicio de su autoridad, tratando de remediar, en cuanto estuviera a sus alcances, los males que acarreara a la colonia la administración de Van Twiller. Su protesta contra la colonización de los sucesos en el Delaware, no produjo resultado alguno. Tampoco pudo poner coto a las usurpaciones del pueblo de Nueva Inglaterra en el Connecticut. Ofreció valiosos privilegios a los colonos; puso límite a los patronatos, e hizo cesar el monopolio del tráfico con los indios; proclamó como religión dominante la de la iglesia holandesa reformada, que había de ser la que se enseñara públicamente, y con estas y otras medidas semejantes, confió el gobernador que promovería la prosperidad de la colonia. A los establecimientos de colonización en Wallabout y Flatlands de Long-Island, quiso añadir otro en Breukelen. Estableciéronse nuevas moradas circuidas de emparrados, diseminadas en varios puntos, así como ferias anuales que habían de tener lugar en Nueva Amsterdam; edificóse una nueva iglesia toda de piedra, y se adoptaron otras muchas disposiciones para aumentar el bienestar general.

Los holandeses consideraban como una usurpación alarmante de sus derechos territoriales el establecimiento colonial de los ingleses en Red Hill, o *Nuevo Puerto*. Los comerciantes de la Casa de Buena Esperanza, en el Connecticut, estaban sujetos a varias molestias, y parecía evidente que se proponían expulsar a los holandeses. El agente de Lord Sterling reclamaba la posesión de Long-Island y con tal motivo, infirióse un insulto a Holanda por una partida procedente de Lyon, en Massachusetts, que intentó establecerse en la punta occidental de la isla. La ofensa consistió en echar por tierra el escudo de armas de Holanda, poniendo en su lugar una caricatura indecente. Queriendo vengarse, hicieron los holandeses algunos prisioneros, y después de oídas sus disculpas, les permitieron que se retiraran a la punta oriental de la isla, sitio completamente estéril, donde fundaron Southampton, poniéndose ellos mismos bajo la jurisdicción de Connecticut. Otros varios y activos esfuerzos hicieron los colonos de Nueva Inglaterra, de los cuales resultó la fundacion de Stratford, Stamford y Greenwich. Se había aumentado con tanta rapidez la población inglesa, aun en el territorio sujeto a los holandeses, que estos necesitaron un secretario inglés, y nombraron a George Baxter para desempeñar aquel cargo.

Los habitantes de Nuevo-Puerto deseaban fundar una colonia en la bahía de Delaware, y con este designio ausentáronse en número de unas cincuenta familias. Por lo que hace a Nueva Amsterdam, protestó Kieft muy vivamente contra estas usurpaciones; pero fueron desatendidas sus quejas. Resentido del agravio, despachó en mayo de 164l dos balandras armadas, con orden de expulsar de allí a todos los colonos, empresa en que tomó parte de muy buena gana el comandante del fuerte sueco. Lamberton, caudillo de la mencionada partida, tuvo que pagar su rescate, y los

restantes individuos de ella se vieron precisados a prestar juramento de fidelidad a la Suecia, en tanto que el gobernador holandés reclamaba el pago de derechos en Nueva Amsterdam por el comercio de peletería en el Delaware. Después de esto, parecía natural que el pueblo de Nuevo-Puerto mostrase su resentimiento; y a tal punto llegó la cuestión, que Kieft decretó la suspensión de toda clase de relaciones entre dicho establecimiento y la colonia del Connecticut.

Hacia la misma época surgieron serias dificultades con los indios vecinos. Habían cometido estos muchos asesinatos, y se juzgó una mengua dejarlos impunes. Con este propósito nombróse un tribunal llamado de *Los Ocho*, y se enviaron ochenta hombres armados contra los indios enemigos. Sin embargo, aquella expedición no produjo resultado alguno; porque el que la guiaba equivocó el camino. Poco tiempo después, un indio llamado Hackenssack, a quien habían emborrachado y robado, mató por vengarse a un holandés. Kieft no quiso más desagravio que sangre, por más que le ofrecieron completa reparación, con arreglo a la idea de justicia que tienen los indios en tales casos. No estando todavía dirimida la cuestión, los indios Tappan, viéndose atacados por los Mohawks, se refugiaron entre los holandeses. Precisamente cuando ellos se fiaban en la hospitalidad de los blancos, fue cuando se fraguó apresurada y villanamente el detestable proyecto de exterminarlos. Menospreciando las advertencias y reconvenciones de los mejores y principales sujetos de la colonia, prevalecieron los clamores de personas sedientas de sangre, y en febrero de 1643, oyéronse hasta en el helado río los lamentos y alaridos de las víctimas: guerreros, ancianos, mujeres y niños, fueron degollados despiadadamente, hasta el número de ochenta o más; criaturas de pocos meses con sus madres perecieron en el río, y mataron a sangre fría al día siguiente a los indios que estaban sólo heridos, llevándose además unos treinta prisioneros a Nueva Amsterdam.

Las represalias por este horrible atentado no se hicieron esperar: once de las más pequeñas tribus de las cercanías se unieron para guerrear contra los holandeses. Asaltaron con furia todas las moradas campestres desparramadas en veinte o treinta millas al Norte y al Oriente, quemaron las casas, mataron a hombres, mujeres y niños, o se los llevaron esclavos. Aterrados los colonos, huyeron a refugiarse en Nueva Amsterdam; dirigieron amargas reconvenciones a Kieft, y aun le atacaron personalmente por lo que había acontecido, proclamando al mismo tiempo días de ayuno. Satisfecha por entonces la venganza de los indios, tardaron poco en ofrecer proposiciones de paz, y se ajustó un tratado a principios de la primavera del mismo año (1643); pero en el otoño estalló nuevamente la guerra, que fue calamitosa. En una representación dirigida a Holanda, por el tribunal de *Los Ocho*, se hace una dolorosa narración del lastimoso estado en que se hallaba la colonia. En aquel tiempo fue cuando se construyó «una buena y sólida defensa» o empalizada, para proteger a Nueva Amsterdam, donde ahora existe la famosa Calle de la Muralla.

En junio de aquel año, escribió Kieft una carta de felicitación a los comisionados enviados a las Colonias Unidas de Nueva Inglaterra, y con este motivo, aprovechó la ocasión para quejarse de las «insufribles tropelías» que el pueblo de Connecticut había cometido con los holandeses residentes en el fuerte de Buena-Esperanza. En su junta de septiembre, no le fueron en zaga al gobernador los comisionados, al representar sus quejas, que naturalmente coincidieron con las de Kieft.

En los años 1643 y 1644 emprendiéronse varias expediciones contra los indios con éxito definitivo; pero los horrores de la matanza del Pequod se reprodujeron hasta cierto punto. En vano se quejó el tribunal de *Los Ocho* de la conducta de Kieft, en una representación dirigida a Holanda respecto a la guerra: hasta agosto de 1645, no se logró ajustar un tratado de paz, con cuyo motivo se señaló un día en acción de gracias. Casi todos los establecimientos de las cercanías de Nueva Amsterdam quedaron arruinados, y escasamente hubieran podido pasar revista cien hombres. De treinta casas campestres, antes muy florecientes, apenas quedaban en pie cinco o seis, y sin embargo, resulta de la indagación que entonces se hizo, que Nueva Holanda había costado ya en 1638, a la compañía de las Indias Occidentales, más de 200.000 pesos fuertes, sin contar todas las sumas recaudadas, que habían tenido igual inversión.

Hizose Kieft cada vez mas impopular. Quejábanse amargamente los colonos de su tiranía en el ejercicio de la autoridad, y habiéndose empeñado en violentas disputas con los ministros del culto, no menos que con muchos sujetos de la colonia, tanto fueron subiendo de punto los motivos de queja contra él, que evidentemente había llegado el momento de destituirle y de nombrar un nuevo director. Por eso fue nombrado el gobernador que era de Curazao, Petrus Stuyvesant, antiguo veterano, pero altanero y de imperioso continente, director general de Nueva Holanda. Este funcionario suprimió desde luego algunas medidas restrictivas sobre importaciones y exportaciones. que subsistían todavía; pero continuó Nueva Amsterdam siendo el único puerto de entrada.

El desdichado Kieft fletó un buque con un valioso cargamento de pieles, cuyo importe ascendía, según se dijo, a 100.000 pesos fuertes, haciéndose a la vela hacia su patria; pero desgraciadamente naufragó en la costa de Gales, ahogándose con otros ochenta hombres que le acompañaban. Era opinión bastante admitida, si hemos de dar crédito a Winthrop, que aquella catástrofe fue señal del divino descontento contra quien se había opuesto e injuriado al «infortunado pueblo neo-inglés», que era el pueblo de Dios. Tan propensos se muestran los hombres a pronunciar duros y desapiadados juicios, respecto a las calamidades que Dios suele enviar a los mortales.

Al hacerse cargo Stuyvesant del gobierno, en mayo de 1647, distaba mucho la colonia de hallarse en condiciones de prosperidad, comparándola con la Virginia y el Maryland, en el Sur, igualmente que con Nueva Inglaterra, en el Norte. Contaban las primeras con unos veinte mil habitantes cada una, y la última próximamente otros tantos, mientras que en Nueva Holanda apenas ascendían a tres mil, incluyendo en este número a los suecos del Delaware. Beverswyck, sitio en que existe al presente la ciudad de Albany, era un villorrio de diez casas, y Nueva Amsterdam una aldea de cabañas de madera, con techos de paja y chimeneas de barro, con gran número de tiendas donde se vendía ron, tabaco y cerveza. En la punta occidental de Long-Island existían varios plantíos con viviendas, cuyos moradores eran en gran parte ingleses.

En 1647, con motivo de la llegada de Stuyvesant, las Colonias Unidas de Nueva Inglaterra le dirigieron una carta de felicitación, en la cual iban envueltas numerosas quejas. El anciano soldado tenía encargo de dirimir todo género de contiendas, si posible fuera, y emprendió con vigor el cumplimiento de tan difícil tarea. A pesar de sus buenos deseos, no adelantaba mucho en el desempeño de su misión, y no fue sino en septiembre de 1650 cuando los árbitros nombrados por los respectivos litigantes, sentenciaron la causa. «Por su fallo quedó señalada a Nueva Inglaterra toda la parte occidental de Long-Island, que compone en la actualidad el condado de Suffolk. Los límites entre Nuevo-Porto y Nueva Holanda, habían de empezar en la bahía de Greenwich; correr al Norte veinte millas tierra adentro del condado, y mas allá, *si así les pluguiese*; pero de manera que no se aproximaran nunca al Hudson, a menor distancia de diez millas. Quedaba la fortaleza de Buena-Esperanza en poder de los holandeses con las tierras de su pertenencia; mas todo el remanente del territorio, a orillas del río, se asignaba al Connecticut, debiendo hacerse recíproca entrega de los prófugos.»[46]

Unos aventureros de Nuevo-Puerto emprendieron otra expedición al Delaware, cuya cuestión había quedado sin resolver. Opúsose instantáneamente Stuyvesant a esta intentona; apoderóse del buque que conducía a los emigrantes, y procedió a edificar el fuerte *Casimiro*, donde existe en la actualidad Newcastle. Tan enérgica conducta fue denunciada en Nuevo-Puerto como una violación del último tratado, surgiendo en consecuencia nuevas disputas y disturbios, y llegando hasta concebir la idea de intentar la conquista de Nueva Holanda, empresa que se consideraba muy obvia, especialmente en aquella época, en que acababa de declararse la guerra entre Cromwell y la Holanda. Para legitimar esta agresión, se alegaba el pretexto de que existía un complot entre los holandeses y los Narragansetts, con objeto de asesinar a todos los colonos ingleses; pero como el Massachusetts se negó a coadyuvar a semejantes miras, desistióse de llevarlas a cabo.

Los habitantes de Nueva Amsterdam habían obtenido, por petición que dirigieron a las autoridades de su país, ciertos privilegios municipales; pero deseaban adelantar todavía más en la

46 *Historia de los Estados Unidos*, por Hildretd, tom. I. pág. 438.

senda de la libertad popular. Reunióse a este fin una convención, de la que formaban parte dos delegados de cada aldea, e intentaron solicitar la participación del pueblo en la legislación y en el nombramiento de los magistrados. Empero el terco anciano Stuyvesant disolvió la convención; rechazó su demanda por absurda y presuntuosa, e hizo entender a los diputados, que no le hacía falta el concurso del pueblo bajo para sostener su autoridad, ni tampoco su auxilio para el cumplimiento de sus deberes. Esta conducta fue aprobada por la compañía de Holanda.

Habíanse apoderado los suecos por estratagema del fuerte Casimiro; pero como la Suecia no era ya una potencia temible, ordenó la compañía a Stuyvesant que sometiera a los suecos y tomara posesión de la bahía y río del Sur. Al año siguiente, embarcóse el gobernador para el Delaware, y sin dificultad alguna realizó la empresa, de modo que Nueva-Suecia vino a formar otra vez parte de Nueva Holanda. Los negocios e intereses públicos de esta colonia parecían progresar decididamente.

Estableciéronse relaciones amistosas con la Virginia, llevándose a efecto un provechoso y recíproco comercio. En cuanto al Maryland, habíase trabado una disputa respecto a la ocupación de la ribera occidental del Delaware, reclamando el gobernador de dicho país la posesión del territorio, como enclavado en los límites de la colonia, en tanto que los holandeses se oponían resueltamente a su pretensión, insistiendo en su derecho de primeros ocupantes.

Durante este año (1659), ocurrieron también nuevas dificultades con los indios, cuya sed de sangre se estimulaba vendiéndoles o dándoles la venenosa «agua de fuego.» A los asesinatos cometidos por los indígenas, siguiéronse sangrientas represalias por parte de los holandeses, y fueron muchos los que perecieron. Concluyóse la paz al año siguiente; pero en 1663, las salvajes, que habían estado aguardando una oportunidad para vengar la expulsión de algunos indios a las Indias Occidentales, llevada a afecto por Stuyvesant, asaltaron a los colonos en Esopus con implacable saña. A pesar de todo, en aquel año fueron sometidos casi todos los indios, y se restableció la tranquilidad por entonces.

Las desavenencias con el Maryland eran algo enojosas; pero comparativamente de muy poca monta. Lo que parecía destinado a ser azote de la vida de Stuyvesant, era el espíritu inquieto y turbulento de Nueva Inglaterra. Connecticut anhelaba la posesión de nuevos territorios, y habiendo obtenido al efecto una real carta o cédula, se apresuró a reclamar Long-Island, Westchester y todo el territorio occidental del Hudson. Stuyvesant fue a Boston y mandó agentes a Hartford. Muy afablemente le recibieron los neo-ingleses: pero sus acciones continuaron excitando los recelos del veterano, quien a pesar de su menosprecio por las asambleas populares, viose obligado a seguir el parecer del pueblo, para prevenir cualquiera eventualidad que pudiese ocurrir. Desgraciadamente, la Asamblea no pudo prestarle ningún auxilio: contados eran ya los días que quedaban de existencia a Nueva Holanda.

Por más extraño que parezca, no olvidemos que, sea cual fuere el derecho que alegaban los ingleses a la posesión del territorio ocupado por los holandeses, jamás renunciaron a él, mas en esta ocasión estaban resueltos a sostenerlo con alguna cosa más eficaz y obligatoria que las palabras.[47]

El duque de York había adquirido los derechos de Lord Stirling, bajo concesiones que le habían sido hechas por el extinguido Consejo de Nueva Inglaterra. En marzo de 1664, recibió de su hermano Carlos II una carta o cédula, por la cual le otorgaba un extenso y valioso territorio entre el Connecticut y el Delaware principalmente; pero que absorbía en su totalidad a Nueva Holanda. El nombre que había de darse a esta provincia era el de Nueva York. Adoptadas cuantas medidas se creyeron conducentes al intento, despacháronse en agosto de 1661 tres buques, con seiscientos soldados, llevando a su bordo a los coroneles Richard Nichols y George Cartwright, y a Sir Robert Carr y Samuel Maverick, como comisionados para apoderarse de Nueva Holanda por el duque de

47 Chalmers, que ha escrito con toda la pasión y preocupaciones de un inglés, llega hasta a asegurar que la colonización de Nueva-Holanda era una infracción del derecho de gentes. Véase su *Introducción a la Insurrección de las colonias americanas*, tom. I, pág. 116.

York. Habían llegado a Nueva Amsterdan algunos rumores acerca de la proyectada empresa; pero ni los holandeses intentaron defenderse, ni tampoco hubieran podido hacerlo.

Empeñado Stuyvesant en estimular el valor de los habitantes para que se defendieran noblemente, recordóles los heroicos combates sostenidos recientemente por la madre patria contra los españoles; pero no encontró sino frialdad e indiferencia por toda respuesta. Determinado entonces a presentarse cuando menos con osada frente, envió, de concierto con los diputados, a preguntar al comandante inglés la razón de aquel ostensible aparato de guerra. Nichols replicó, confirmando los derechos de Inglaterra, y exigiendo la rendición inmediata de Nueva Amsterdam, bajo condición de respetar la vida, las libertades y la propiedad de los habitantes. Contestó Stuyvesant con una enérgica protesta, relatando circunstanciadamente el modo con que los holandeses habían obtenido legal posesión del país, y aparentando creer que, «si su Majestad de la Gran Bretaña, estuviera informado de aquellos antecedentes, habría sido bastante juicioso para no dar tales órdenes» como las que a él se le intimaban, especialmente en tiempo de profunda paz, y recordando de paso a los comisionados, «que era de suma trascendencia e importancia provocar a un Estado tan poderoso como la Holanda, mayormente cuando esta nación era aliada de Inglaterra.»

Ni los argumentos ni las amenazas produjeron efecto alguno en el comandante inglés, que se negó a proseguir la negociación, amenazando atacar inmediatamente la ciudad. Doloroso cual era para un veterano rendirse sin combatir, viose, sin embargo, Stuyvesant precisado a doblegarse ante las circunstancias. La mayoría de los habitantes no quisieron correr el riesgo de un asalto, destituidos como estaban de toda esperanza de poder presentar una resistencia efectiva en defensa de un gobierno del cual estaban tan descontentos, habiendo muchos que parecían dispuestos a recibir a los ingleses con los brazos abiertos. Celebróse, pues, una capitulación muy liberal, por la cual quedaron garantidos los derechos y privilegios de los habitantes. De este modo pasó Nueva Amsterdam a manos de los atrevidos invasores. Pocos días después capituló a su vez el fuerte Orange, situado en el Hudson, y se le puso el nombre de Albany, ajustándose entonces un tratado con las Cinco Naciones, cuyas hostilidades habían ocasionado tantos desastres a los holandeses. Entretanto, Sir Robert Carr entró en el Delaware, y saqueando y maltratando a sus habitantes, tardó poco en someterlos. Así fue como, por una pretensión firmemente sostenida y apoyada con la fuerza, bien que sin derramar una sola gota de sangre, el establecimiento de Nueva Holanda vino a formar parte integrante del ya considerable imperio colonial de Inglaterra. Por lo demás, los habitantes holandeses aceptaron de buen grado el cambio de gobernantes, y aun el terco gobernador Stuyvesant, apegado al país, pasó en él el resto de su vida.

Al llegar a este punto de la historia de Nueva York, parece justo y equitativo que copiemos literalmente las mismas palabras de Mr. Brodhead, quien alega que los historiadores americanos se han mostrado muy parsimoniosos en tributar justicia a los holandeses. «La rendición de Nueva Holanda era un hecho consumado: todo lo que restaba que hacer, era cambiar su nombre, y para glorificar a uno de los príncipes más devotos que nos ofrece la historia de Inglaterra, habíase ordenado que aquella real provincia se llamase Nueva York. Desplegóse, al fin, triunfalmente la bandera inglesa, donde por medio siglo había ondeado legalmente la de Holanda; y desde la Virginia hasta el Canadá fue reconocido como soberano el rey de la Gran Bretaña. Esta traidora y violenta usurpación del territorio y posesiones de un aliado que no inspiraba recelo alguno, no es más que una violación de la fe pública y de la justicia privada; pudiendo asegurarse, que entre todos los actos de egoísta perfidia que la regia ingratitud concibió y llevó a cabo, pocos hay mas característicos y ninguno tan vil y tan bajo como éste.

»Los primeros emigrantes que exploraron las costas y reclamaron la posesión del suelo de Nueva Holanda, llevando la bandera de su nación a los *wigwans* de los iroqueses, eran comúnmente hombres rústicos, francos y activos, aunque no presuntosos, que se habían ausentado de su país natal para mejorar de condición y sujetar una nueva provincia a los Estados Unidos de Holanda. Al traer consigo las ideas liberales, las máximas de honradez y las virtudes domésticas de su país, no demostraron abrigar pretensiones altisonantes contrarias a la grandeza de sus miras, ni mucho

menos se creyeron eminentes en santidad, o superiores en prendas de carácter a los demás hombres. Estaban más acostumbrados a obrar que a jactarse, y tampoco sus descendientes se enorgullecieron por los servicios que hubieran prestado sus antecesores al ensanchar los límites de la cristiandad, estampando al propio tiempo en América sus rasgos característicos de libertad en las creencias religiosas y en la fe política.

»Mucho de lo que se ha escrito en la historia de América, lo han hecho personas que por hábito o preocupación propendían a glorificar la influencia y enaltecer el mérito de la raza anglo-sajona, a expensas de todo otro elemento de los que eficazmente contribuyeron a formar la grandeza nacional. En ningún punto ha sido esto mas notable, que en el injusto concepto bajo el cual han considerado tan frecuentemente a los fundadores de Nueva York. Holanda ha servido por mucho tiempo de tema a los escritores británicos para ridiculizarla, y aun en nuestro mismo país, el carácter y modales de los holandeses han sido objeto de inmerecido menosprecio, ocasionado tal vez, en algunos casos, por demasiada propensión a imitar a esos cronistas provinciales, que nada o muy poco bueno supieron Ver en sus aborrecidos vecinos de Nueva Holanda.»[48]

Hacia esta época tuvo lugar la fundación de Nueva Jersey. La comarca que se extiende entre el Hudson y el Delaware había sido traspasada por el duque de York a Lord Berkeley y a Sir George Carteret, y como éste último fuera gobernador de la isla de Jersey, durante la guerra civil, derivóse de ahí el nombre de la nueva provincia. Estando muy poco poblado tan extenso territorio, la política de los propietarios les indujo a ofrecer las mas favorables condiciones a los colonizadores. Absoluta libertad de cultos, una asamblea colonial, única autorizada para imponer las contribuciones, con participación importante en la legislación de la provincia, eran las principales concesiones que se les otorgaban. Muchos fueron los atraídos de este modo a Nueva Jersey, representándosela casi como un paraíso, tanto por la liberalidad de sus instituciones, cuanto por la belleza de su clima.

Philip Carteret acababa de ser nombrado gobernador, con gran descontento de Nichols, quien protestó en vano contra esta usurpación de sus derechos jurisdiccionales. La tentativa de Carteret de recaudar los censos que devengaban las propiedades produjo sumo descontento, que estalló, por fin, dando lugar a una completa insurrección. Reunida la Asamblea en Elizabethown, destituyó a Philip Carteret, que se vio precisado a fugarse, y eligió en su lugar a James Carteret, que había tomado una parte muy activa en fomentar el movimiento insurreccional.

Una de las primeras medidas adoptadas por el duque de York, en beneficio del nuevo Estado que llevaba su nombre, fue la de otorgar un código que abrazaba muchos valiosos privilegios y usos sancionados por la experiencia, perfectamente adaptados a las necesidades de los colonos, figurando entre ellos el enjuiciamiento por jurado. Empero aquel espíritu democrático, que indujo a los habitantes de la colonia a rebelarse contra el severo Gobierno de Stuyvesant y a echarse en brazos de los gobernantes ingleses, que parecían ofrecerles una política más liberal, poco satisfecho y aun defraudado con estas únicas concesiones, prorrumpió en coléricas y amargas quejas contra un sistema que no era menos despótico que el primero. Sentíanse agobiados los comerciantes con los recientes impuestos, que para llenar las arcas del duque de York se recaudaban sobre las importaciones y exportaciones, y así fue que al declararse la guerra entre Inglaterra y Holanda en 1673, por incitación de Luis XIV, y al presentarse repentinamente una escuadra holandesa delante de la ciudad, prevaleció un desafecto general entre los ciudadanos. El coronel Manning, que en ausencia del gobernador Lovelace mandaba el fuerte con escasa guarnición de soldados ingleses, capituló sin resistencia, siendo juzgado poco después por un consejo de guerra, como culpable de cobardía y traición. Corto tiempo volvió a ser Nueva York ciudad holandesa. En el tratado de Westminster, celebrado el año siguiente, se estipuló la devolución recíproca de todas las conquistas que se hubieran hecho, y en consecuencia pasó otra vez a manos de los ingleses.

El duque de York había obtenido una nueva concesión, que aumentaba sus pretensiones territoriales, dándole a la vez autoridad «para gobernar a los habitantes, con tales ordenanzas que él o sus delegados quisieran establecer.» Mandó en consecuencia al mayor Edmund Andros para

48 *Historia del Estado de Nueva York*, por Brodhead, primer periodo, págs. 745-750.

ocupar el puesto de gobernador, asegurar sus derechos de propietario, y consolidar sus desparramados territorios bajo un sistema uniforme de administración. Con tales miras, uno de los primeros pasos que dio Andros, fue enviaruna expedición al fuerte Saybrook, acompañada de una pequeña fuerza de tropas, para sostener el derecho del duque a todo el territorio situado entre el Hudson y el Connecticut, tal cual había sido colonizado por los ciudadanos de este último estado. Grande fue, sin embargo, su sorpresa al ver la firme y tenaz resolución de los hombres del Connecticut, que ni siquiera dieron oídos a la lectura de la intimación que les enviaba, y que sin violencia, pero desplegando un aparato de fuerza, al cual era incapaz de resistir la expedición, la obligaron a regresar desconcertada a Nueva York. Muy en breve advirtió Andros que existía allí una disposición poco favorable para someterse pacíficamente a la recaudación de impuestos por una autoridad irresponsable, creyendo también entrever una determinación manifiesta de obtener, si posible fuera, las mismas ventajas de que gozaban las otras colonias inglesas, amparadas por los privilegios que les otorgaban sus cartas.

Ya hemos hablado antes de la rebelión que estalló en Nueva Jersey, con motivo de la cobranza de los censos. El gobernador Carteret, que se vio precisado a escaparse de la provincia, fuese a Inglaterra, de donde regresó investido de nuevos poderes.

Poco después de haber recuperado la colonia de manos de los holandeses, Berkeley, uno de los propietarios, dispuso de la parte que le pertenecía en Nueva Jersey en favor de John Fenwick, dándola en fideicomiso a Edward Byllinge, de quien William Penn vino a ser uno de los delegados. Una desavenencia entre los propietarios fue zanjada por el arbitraje de Penn, cuyo nombre aparece ahora por primera vez relacionado con la historia de América, consintiendo después Carteret en una formal partición de la colonia en dos demarcaciones, a las que se dio el nombre de Jersey Oriental y Jersey Occidental, convirtiéndose la segunda en una colonia de cuáqueros, donde se estableció a un tiempo la libertad de conciencia y la igualdad democrática. Amantes de la paz, captáronse pronto los cuáqueros las simpatías y amistad de los indios del Delaware; gran número de sus correligionarios emigraron allá, y la colonia tardó poco en dar señales evidentes de incremento y prosperidad. En 1682, fue comprada la Jersey Oriental a los herederos de Carteret por otros doce cuáqueros, bajo los auspicios de Penn; y en 1683, habiendo aumentado el número de propietarios hasta veinte y cuatro, obtuvieron una nueva patente del duque de York. Durante los dos años siguientes, sirvió la Jersey Oriental de asilo a los numerosos presbiterianos escoceses, que habían salvado sus vidas de las sangrientas persecuciones a que se vieran expuestos en su patria.

Habíase establecido la libertad de comercio en Nueva Jersey, y como no conviniera a Andros, gobernador de Nueva York, se propuso atajarla. Primeramente exigió el pago de crecidos derechos; aseguró su jurisdicción sobre Nueva Jersey; prendió a Carteret; le procesó, y le tuvo encarcelado hasta que pudiera someterse la cuestión al arbitraje de Inglaterra. Tan atrevidos golpes exasperaron a los pacíficos cuáqueros, los cuales elevaron reiteradas y enérgicas reclamaciones, redactando Penn un documento, que aunque blando en su tono, era firme, sin embargo, en la defensa de los derechos constitucionales. Por mutuo consentimiento, sometieron la cuestión puesta en tela de juicio a la decisión de Sir William Jones, uno de los mas eminentes jurisconsultos de aquel tiempo. Su dictamen fue contrario a las pretensiones del duque de York, quien en virtud de nueva declaración, renunció a todos sus derechos, tanto sobre la Jersey Occidental, como respecto a la Oriental, las cuales, viéndose libres en el desarrollo de sus propios recursos, continuaron aumentando rápidamente y haciendo esperar que en el provenir ocuparían un lugar notable en la familia colonial.

Andros, en su primera visita a Inglaterra, se empeñó en convencer al duque de York de la necesidad de conceder un gobierno propio e independiente a los descontentos colonos, viniendo en apoyo de esta petición los síntomas de descontento que se manifestaron ante la arbitraria recaudación de impuestos por la sola autoridad del duque. El jurado de Nueva York había pronunciado ya su veredicto, declarando que consideraba esta medida como ilegal, e igual dictamen emitieron los jurisconsultos de Inglaterra. Abrumado con nuevas peticiones del Consejo, de la Audiencia y de la municipalidad, que solicitaban tener participación en el gobierno, instancias que

fueron apoyadas por Penn, cuya influencia con el duque de York era grandísima, viose al fin precisado a ceder, y envió de gobernador a Dongan, católico romano, facultándole para atender a las reclamaciones de los colonos, y convocar a los terratenientes, o enfiteutas, con el fin de que eligieran sus representantes.

A consecuencia de esta resolución, celebróse el 17 de octubre de 1683 la primera Asamblea popular en el Estado de Nueva York, compuesta del gobernador y diez consejeros, con diez y siete diputados elegidos por los dichos terratenientes o enfiteutas. Proclamada la declaración de derechos, se confirmó el enjuiciamiento por jurado, y quedó establecido que en adelante no se recaudarían los impuestos sino con el consentimiento de la Asamblea. Cada terrateniente gozaba del derecho de votar en la elección de los representantes, y la libertad de cultos fue igualmente establecida.

Tal fue la mente con que procedió la Asamblea en el ejercicio de los nuevos poderes adquiridos, y una de sus actas se intituló la «Carta de libertades y privilegios otorgados por su Alteza Real a los habitantes de Nueva York a sus dependencias.» Al año siguiente (1684), se celebró otra sesión con gran contento de los colonos; pero poco después anublóse la halagüeña perspectiva que se les ofreciera de reformar por sí mismos los abusos, y de manejar y dirigir sus propios negocios, con motivo del advenimiento del duque de York al trono de Inglaterra, bajo el nombre de Jacobo II. Confirióse a Dongan una nueva comisión, autorizándole, en unión del Consejo, para elaborar y promulgar las leyes; continuar recaudando las contribuciones anteriormente impuestas, y para que, si lo creyese conveniente, impusiera otras adicionales, cual lo demuestra el caso de Effingham en la Virginia. Recibió el gobernador especial encargo de no consentir ninguna imprenta, siendo considerada la prensa como un elemento extraordinariamente peligroso en aquellas circunstancias. Dongan otorgó también una carta o cédula a la ciudad de Albany, y concedió a Robert Livingston una especie de principado feudal, en las riberas del Hudson, con el título de «señorío de Livingston.»

11.
Nueva Inglaterra durante la república (1640-1660)

Condición de las colonias de Nueva Inglaterra en 1640. Fundamentos o recopilación de fueros[49]*. Sus disposiciones. Anexión del Nuevo Hampshire. Artículos de la Comfederación de las Colonias Unidas de Nueva Inglaterra. Disensiones religiosas en Massachusetts. Secta anabaptista. Herejía de Gorton. Muerte de Miantonimoh. Simpatías con el partido parlamentario. Resistencia a la intervención. Viaje de Roger Williams a Inglaterra. Obtiene una carta. Plantaciones de Providencia. Espíritu intolerante del partido teocrático. Primera ejecución por brujería. Muerte de Winthrop. Levantamiento de los cuáqueros. Persecución. Ejecución de los cuáqueros. Vindicación de los magistrados. Fin de las disensiones. Eliot y sus trabajos. Prosperidad de las colonias. Adelantos de la moral, en la vida social, en la educación, etc., etc.*

Los cambios políticos ocurridos en Inglaterra, a consecuencia del triunfo del Parlamento en sus contiendas con Carlos I, pusieron repentinamente un dique a la emigración, y por algún tiempo ejercieron grande influencia en los destinos de las colonias neo-inglesas[50]. Los principales artículos

49 En el original, *Body of Liberties.*

50 «Ahora que se ha secado la fuente, y que lleva el manantial otro curso; ahora que muchos intentaban seguir a sus vecinos y amigos a una tierra virgen, y que contando con mejores días y con las grandes mudanzas que se preparaban, esperaron gozar en sus hogares, y a las puertas de sus mismas casas, de lo que otros fueron a buscar a países tan lejanos, ha sucedido la total cesación de pasajeros que vinieron; antes bien, como al flujo de una marea, muchos regresan con la esperanza de aprovechar la corriente o el mar que aquí los trajera, hasta tal punto, que en la actualidad, la población de Nueva Inglaterra, tiene que buscar el modo de proveerse de ropas, lo que no puede conseguir como antes vendiendo sus ganados; pues su elevado primitivo precio de 25 libras ha decaído primero a 14, y luego a 10 por cabeza, y actualmente (apenas trascurrido un año), a 5 libras la pieza; y ni aun a ese precio se

en que libraban su existencia los colonos, tuvieron una enorme baja en su precio, en especial el ganado y cereales: siendo también proporcionalmente grande la dificultad de ajustar cuentas y de saldar los débitos. Varias fueron las disposiciones que adoptaron las autoridades para hacer frente a la crisis, y se usaron en los cambios como moneda corriente las pieles de castor, *wampum*[51], etc.

A instancia de los terratenientes, celosos de las facultades y prerrogativas arbitrarias e indefinidas de los magistrados, se procedió a preparar una colección de leyes, conocida con el título de «Fundamentos o recopilación de Fueros.» Hízose un borrador que redactó el Consejo, y se circuló primero a los magistrados locales y a los ancianos, y luego a los terratenientes en general, para que lo examinasen y perfeccionaran, a fin de que, después de hechas sus reflexiones y observaciones, se adoptase por último con toda formalidad, debiendo ser revisados aquellos fundamentos después de tres años de prueba, para establecerlos definitivamente.

Estas leyes, en número de unas ciento, son características y en extremo curiosas. He aquí algunas de ellas: había de continuar residiendo el poder supremo únicamente en manos de los eclesiásticos. No se concedía el sufragio universal; pero quedaba facultado cada ciudadano para tener cierta participación en los negocios, cuando se celebraran juntas o reuniones públicas. Otorgábase cierto grado de libertad a las iglesias privadas y a las asambleas de los cristianos; pero el poder del veto continuaba siendo privativo del Supremo Consejo, el cual podía anular arbitrariamente cualquier procedimiento que le pareciera heterodoxo o peligroso, y castigar o expulsar de la colonia a sus autores. Los extranjeros y refugiados que profesaran la *verdadera* religión cristiana, habían de ser admitidos y amparados. Quedaban abolidas la esclavitud, la servidumbre o el cautiverio, exceptuando el caso de cautivos legítimos, apresados en guerra, o cualesquiera otros que se vendieran ellos mismos, o *fueran vendidos por otras personas*. No se consentían los monopolios perjudiciales; y la idolatría, brujería y blasfemia, o el trastorno promovido voluntariamente en el orden dominante en el Estado, se castigaban con la pena de muerte. Todo tormento estaba prohibido, no considerando como tal los azotes, el desorejamiento y la picota, que se conservaban como castigos necesarios y saludables. La libertad de que habían de gozar la mujer, los niños y los sirvientes, estaba definida con más benevolencia, en consonancia con las suaves disposiciones del código de Moisés, a las cuales se referían tan constantemente los que formaron y constituyeron la Recopilación de fueros.

Hallándose todavía en su infancia el Nuevo Hampshire, solicitó y obtuvo su anexión, bajo condiciones favorables, a su poderoso vecino Massachusetts. Poco tiempo después, en 1643, las diferentes colonias de Nueva Inglaterra y sus varios establecimientos de colonización, sintieron la necesidad de ayudarse y sostenerse mutuamente, por lo que determinaron entrar en negociaciones que pudieran conducirlas al fin apetecido. Formaron, pues, en consecuencia una confederación, bajo el nombre de Colonias Unidas de Nueva Inglaterra, que constaba de las de Massachusetts, Nueva Plymouth, Connecticut y Nuevo-Puerto. Por los artículos de la confederación, contrajeron estas colonias un lazo firme y perpetuo de amistad y afecto ofensivo y defensivo, y de mutuo consejo y socorro en todas las ocasiones que lo exigieran, tanto para preservar y propagar la verdad y libertades del Evangelio, cual ellos lo interpretaban, como para su propia seguridad y bienestar. Cada colonia debía conservar su propia demarcación y gobierno, y no había de admitirse en la confederación ninguna de las otras plantaciones o colonias, ni de dos de las confederadas podía formarse una sola jurisdicción, sin el consentimiento de los demás. Los negocios o intereses de las Colonias Unidas, habían de regirse y manejarse por medio de una legislatura, compuesta de comisionados nombrados al intento, eligiendo dos cada colonia. Estos comisionados debían reunirse anual y sucesivamente en las distintas colonias, y reunidos que fuesen, elegirían un presidente, teniendo fuerza de ley todo lo que determinaran seis de los ocho miembros[52]. Declaróse la

---

encuentra comprador.»—Hubbard, pág. 238.

51 *Wampum*: el wampum, o peaje, consistía en cuentecitas cilíndricas de una pulgada de largo, matizadas de dos colores, blanco y negro azulado, hechas por los indios con partes de ciertas conchas del mar.

52 «Estaban autorizados los comisionados para oír, examinar, pesar y determinar todos los negocios de guerra o paz, alianzas, auxilios, cargas y número de hombres necesarios para la guerra, reparto del botín y de cualquiera

confederación a perpetuidad, y continuó siendo esencialmente la misma hasta que Jacobo II despojó de sus privilegios a las colonias neo-inglesas.

Merecen copiarse textualmente las palabras de Chalmers con referencia a este punto: «Los principios en que estribaba esta célebre asociación eran completamente los de la independencia, pues no hubiera podido descansar fácilmente en otros. Las colonias de Connecticut y de Nuevo-Puerto no gozaban de carta o cédula por aquel tiempo, y no tenían otro derecho al suelo en que vivían que el de meros ocupantes, poseyendo sus poderes de gobierno por simple consentimiento voluntario. Nueva-Plymouth tan solo había adquirido el derecho a su territorio, por la concesión de una compañía de Inglaterra, que no le confirió jurisdicción alguna. La carta de Massachusetts, únicamente la autorizaba para ajustar la paz, declarar la guerra, o formar alianzas a fin de defenderse a mano armada contra los invasores. Empero, si ninguna patente legalizaba la confederación, ni fue confirmada con la aprobación del gobierno de Inglaterra, tampoco se solicitó para ello su consentimiento, ni fue nunca negado. La distintas colonias de que se componía aquella célebre confederación, siendo perfectamente independientes unas de otras, y no teniendo conexión entre sí sus habitantes sino como súbditos de una misma corona, y sus territorios como dependientes de un mismo Estado, pudieran con igual conveniencia y estabilidad haber contraído un pacto semejante con colonias extrañas o con una nación extranjera. Así fue, que la confederación ajustó tratados con las plantaciones vecinas ocupadas por franceses y holandeses, y bajo tal punto de vista fue considerada su conducta en Inglaterra, lo que no dejó de llamar en época posterior la atención de Carlos II.»[53]

No estaba destinado Massachusetts a permanecer mucho tiempo sin verse expuesto a disensiones religiosas. Clark y Holmes, dos corifeos de la secta anabaptista, se esforzaban activamente en propagar sus principios entre la multitud, y habiéndose puesto Clark el sombrero en la iglesia, en cierta ocasión. con el fin de insultar al ministro del culto, igualmente que al pueblo, fue sentenciado a una dura flagelación, expulsándose de la colonia a muchos de sus partidarios.

Por aquel tiempo también un tal Samuel Gorton, fanático de muy extraña índole, proporcionó nueva tarea a las autoridades, que se empeñaban en reprimir la heterodoxia. Gorton poseía a lo que parece ciertas nociones rudas de las doctrinas de la Sagrada Escritura, que le eran peculiares, y así es que para él «no había más cielo que en el corazón del hombre honrado, ni más infierno que en la conciencia del malvado»; miraba los fórmulas doctrinales y los mandamientos de la iglesia de los puritanos ortodoxos como invenciones humanas, tan desautorizadas como perniciosas, y

conquista que se hiciese, así como respecto a la admisión de mayor número de confederados para las plantaciones, en combinación de cualquiera de las colonias aliadas, y en todas las demás cosas semejantes, que son compañeras inseparables y consecuencias de tales alianzas; pero sin mezclarse o intervenir en el gobierno de cualquiera de las otras jurisdicciones. Los gastos de toda guerra justa había de soportarlos cada colonia, proporcionalmente al número de sus habitantes varones, de cualquiera clase o condición que fueran, siempre que contase de diez y seis a sesenta años de edad. Caso de ser invadida repentinamente una de estas colonias, y previo el aviso y requerimiento de tres magistrados de la misma, las demás confederadas habían de mandar inmediatamente socorro de soldados a la colonia invadida en la proporción de cien hombres el Massachusetts y cuarenta y cinco cada una de las otras, o si se necesitara menor número, contribuirían proporcionalmente en los términos que queda dicho. Preveníase, sin embargo, muy oportunamente a los comisionados, que, tomando después en consideración la causa de la tal guerra o invasión, si resultara que fuese por culpa de la colonia invadida, ésta quedaría sujeta no solo a dar satisfacción a los invasores, sino a cargar con todos los gastos de la guerra. También se autorizaba a los comisionados para ajustar y establecer pactos y disposiciones en los casos generales de orden civil que interesaran a todas las plantaciones, para conservar la paz entre ellas o prevenir en cuanto fuera dable todas las ocasiones de guerra o de desavenencia con otras, así como respecto al libre y expedito curso de la justicia en cualquiera jurisdicción, igualmente para todas las colonias confederadas, como para sí mismas en particular, admitiendo a los que se trasladaban de una plantación a otra, sin los debidos certificados. Consignaban también muy sabiamente en uno de los artículos de este contrato, que los sirvientes fugitivos, o los prófugos de justicia, fueran devueltos a las colonias a que pertenecieran, o de donde se hubiesen escapado, previniéndose finalmente, que si alguna de las colonias confederadas violase estas estipulaciones, o causara ofensa a cualquiera de las demás, semejante violación del pacto federal u ofensa, sería juzgada y arreglada por los comisionados de las otras colonias.—*Historia política*, por Pitkin, tom. I, pág. 51.

53 *Anales políticos*, por Chalmers, libro I, cap VIII, página 178. Véase igualmente la *Introducción a la Historia de la Insurrección de las colonias americanas*, tom. I, págs. 86 y 78.

consideraba la autoridad que se les atribuía como un yugo intolerable de servilismo, que él se atrevía a desafiar y a poner en ridículo. La tiranía de conciencia *(soul-tyranny)*, de la teocracia de Massachusetts, parece un resultado natural de haber estimulado constantemente a los colonos hacia la oposición y el reto.

Expulsado Gorton de Plymouth, retiróse a las cercanías de Providencia, donde se empeñó en nuevas controversias religiosas con algunos de los habitantes, quienes tardaron poco en solicitar la intervención de Massachusetts para poner término a la contienda. Citóse, pues, a Gorton ante los magistrados de Boston; pero él prefirió retirarse más lejos de su alcance, y habiendo comprado algunas tierras en Shawomet, a Miantonimoh, cacique de los Narragansetts y aliado que fue de los colonos en la guerra del Pequod, dio principio a una colonización independiente. Sin embargo, dos *sachems* inferiores negaron la legalidad de la concesión hecha por Miantonimoh, y su apelación fue confirmada por los magistrados de Boston, a quienes se dirigieron reclamando el territorio enajenado. Intimóse, pues, nuevamente a Gorton, que compareciese ante el tribunal de Boston; mas él replicó declinando la jurisdicción de la «gente de Massachusetts», en lo cual tenía sobrada razón, y pidió se sometiese el caso al arbitraje de los otros colonos.

A pesar de tan justa demanda, envióse gente armada para apoderarse de él y de sus partidarios, y habiendo sido preso y conducido a Boston, llevósele prontamente ante el tribunal, acusado de blasfemo y perturbador de la «verdadera religión y gobierno civil de la colonia.» Vanamente se esforzó en rechazar tan calumniosas acusaciones, pues se le declaró convicto, y junto con muchos de sus partidarios fue sentenciado a muerte. Conmutóse, no obstante, esta sentencia en 1644, y Gorton y sus secuaces, encarcelados y sujetos a trabajos forzados durante el invierno; despojados además sin misericordia de sus ganados y provisiones, fueron al fin puestos en libertad y expulsados del país. Gorton regresó a Inglaterra; pero por más pasos que dio durante muchos años, nunca pudo obtener reparación alguna.

Miantonimoh, cacique de los Narragansetts, era enemigo acérrimo de Uncas. *sachem* de los Mohegans. Habiendo caído en su poder este jefe, le dio muerte por instigación de los comisionados coloniales, con circunstancias de la más horrible barbarie. Prosiguióse la guerra con encarnizamiento entre los indios, durante cierto tiempo, hasta que llegó finalmente a terminarse merced a la eficaz y vigorosa intervención de los colonos. Aunque el pueblo de Massachusetts simpatizaba completamente con el «Piadoso Parlamento», fue sin embargo bastante previsor para no comprometerse en dar pasos demasiado adelantados, de los cuales no pudiera acaso retroceder fácilmente. La junta de inspección, nombrada por el Parlamento, estaba investida de amplios poderes; mas no por eso intentó intervenir, durante algún tiempo, en el Massachusetts ni en sus privilegios, y sus exportaciones e importaciones quedaron exentas de derechos.

Unos dos años después, cuando trató el Parlamento de asegurar su jurisdicción sobre las colonias, hizo Massachusetts una animosa protesta y representación, que fue eficazmente apoyada por Sir Henry Vane y otros, lo que evitó ulteriores procedimientos respecto a la intervención en los privilegios de los colonos.

En mayo de este año (1643), fue cuando alarmado el venerable Roger Williams, en vista del manifiesto propósito que abrigaba Massachusetts de intervenir en sus legítimos derechos, resolvió marchar a Inglaterra para solicitar una carta o cédula; y no siéndole permitido pasar por Boston, se fue a Manhattan, donde siguió para su destino por la vía de Holanda. Estando en Inglaterra, publicó su *Clave del lenguaje de América*, que contenía noticias interesantes sobre las costumbres de los indios. También atacó el principio de despotismo religioso en su *Dogma sangriento de persecución por causa de conciencia*, al que contestó Cotton en un escrito intitulado: *Dogma sangriento lavado y blanqueado en la Sangre del Cordero.*

Williams consiguió por completo lo que se propuso en su viaje a Inglaterra, pues Vane favoreció sus deseos, haciendo uso de toda su influencia. La carta o cédula que se le concedió comprendía las playas e islas de la bahía de Narragansett, al occidente de Plymouth y al sur de Massachusetts, extendiéndose hasta el río Pequod y su comarca. Adoptóse para este país el nombre

de *Plantaciones de Providencia*, quedando facultados sus habitantes para regirse según su propia voluntad[54].

Después de haber ocurrido muchas dificultades, por las pretensiones de Massachusetts y de Plymouth a la posesión de varias partes de territorio enclavadas en los límites de la carta de Williams, quedó por fin establecido firme y pacíficamente el gobierno del Nuevo Estado, en 1647.

Muchos y constantes esfuerzos hicieron los adversarios de la teocracia de Massachusetts, para obtener se disminuyese su severidad. Viéronse por lo tanto las autoridades en el caso de elegir entre ceder, o seguir sosteniendo sus pretensiones de infalibilidad por medio de la fuerza, sin conceder la menor tolerancia en materia de fe: las ideas antinómicas y anabaptistas habían de perseguirse inflexiblemente, y el libre pensamiento en religión, debía sufrir un castigo inmediato. Los siguientes versos que dejó entre otros el austero gobernador Dudley, cuyo fallecimiento tuvo lugar en 1650, expresan muy bien sus propios principios y los de los puritanos en general.

«Los sacerdotes, en consejos e iglesias, con vigilancia
Cuiden de los que ostentan gran tolerancia,
A fin que de tal gente no salga un basilisco
que todo lo emponzoñe con herejía y vicio.
Al dejar a los hombres, si proceden sin tino,
Mi epitafio será: ¡No he muerto libertino!»[55]

Como tendremos ocasión de ver, no se pasó mucho tiempo sin que se presentara una oportunidad en que manifestasen las autoridades hasta qué punto estaban decididas a seguir sosteniendo su supremacía.

Merece consignarse, que en 1618, dio Massachusetts el primer ejemplo de una ejecución por el delito de brujería. La desgraciada víctima fue una mujer llamada Margaret Jones acusada de tener un «contacto maligno.»[56]

En marzo de 1610, y en el décimo año de su gobierno, murió Winthrop, cuyo fallecimiento fue profunda y justamente sentido. Había empleado todas las fuerzas de su inteligencia y buena

---

54 «El primer legislador que reconoció los derechos de los que aspiraban a la libertad de conciencia, fue Roger Williams, nombre menos ilustre de lo que debiera serlo, pues a pesar de sus excentricidades, y de que sus opiniones excitaran a veces sonrisas de desprecio, era hombre de genio, virtuoso, dotado de admirable firmeza, valor y desprendimiento, y de ilimitada bondad. Después de haber recorrido varios sitios en aquel territorio, fijó su domicilio en la localidad que de él recibió el nombre de Providencia, y donde vino a ser el fundador y legislador de la colonia de Rhode-Island. Allí continuó mandando y dirigiendo por espacio de cuarenta y cinco años, bien como gobernador, ora como guía y padre de la colonia, entregado a actos de tierna solicitud aun con sus mayores enemigos; amparando en su desventura a los desgraciados, y ofreciendo un asilo a los que padecían persecuciones. Fundábase el gobierno de su colonia en su principio favorito, a saber: que en materia de fe y de culto, cada ciudadano pudiera proceder según le dictara su propia conciencia, sin restricción ni intervención de ningún magistrado civil. En el viaje que hizo Williams a Inglaterra en 1643, con el fin de proporcionarse su carta o cédula colonial, publicó una vindicación de su doctrina, esmeradamente redactada, bajo el título de El Dogma Sangriento, o Diálogo entre la Verdad y la Paz. En esta obra, escrita con su acostumbrada valentía y decisión, anticipó la mayor parte de los argumentos que, cincuenta años después, llamaron tanto la atención pública, cuando Locke los dio a luz. Su conducta en el poder guardaba perfecta consonancia con sus opiniones especulativas, y cuando en su avanzada edad vio perturbado el orden en su pequeña república, por una irrupción de predicadores cuáqueros, se limitó o combatirlos con folletos satíricos y discusiones públicas, dándose por satisfecho con aniquilar sus doctrinas, a impulsos de un torrente de sabiduría, de invectivas, de silogismos y de chistes. También debe recordarse en honra de Roger Williams que ninguno de los primitivos colonos, sin exceptuar al mismo William Penn, llegó a igualarle en justicia y benevolencia para con los indios.» *Discurso Aniversario pronunciado ante la Sociedad Histórica de Nueva York, en 1818*, por Mr... G. G. Verlanack. p. 23.

55 Let men of God, in courts and churches watch
O'er such as do a toleration hatch,
Lest that ill egg bring forth a cockatrice,
To poison all with heresy and viee.
If men be left, and otherwise combine,
My epitaph's—I died no libertine!

56 *Historia de los Estados Unidos*, por Hildreth, vol. I, p. 385.

voluntad en pro del bienestar de la colonia, sirviéndola con un celo y lealtad que rara vez han sido superados. Murió pobre, y el Consejo general, queriendo honrar su memoria, votó unánimemente la suma de 200 libras para su desconsolada familia. El diario que dejó es un apreciable documento para nuestra primitiva historia.

Sucedió que, por efecto del incremento que tomó el comercio con las Indias Occidentales, se trajo a Nueva Inglaterra una cantidad considerable de barras de oro y plata, y con el fin de evitar se exportaran a Inglaterra, en pago de mercancías, propúsose Massachusetts habilitar una casa de moneda para la acuñación, acto que ha sido denunciado por algunos escritores como una usurpación manifiesta de los derechos del soberano. Estableciose la casa de moneda en Boston, y en ella se «acuñaron chelines, medios chelines y cuartos de chelines, con un pino en el anverso y Nueva Inglaterra en el reverso.» Fueron valuadas estas piezas en una cuarta parte menos que el tipo británico correspondiente a ellas, ensayo que se ha repetido en otras partes con la idea equivocada de que, rebajado así su valor, no podría exportarse, y de este modo sucedió que la libra corriente de Nueva Inglaterra vino a tener una cuarta parte menos de valor que la libra esterlina de la madre patria, cuyo tipo fue adoptado después por el Parlamento de Inglaterra para todas las colonias norteamericanas.

Declarada la guerra entre Inglaterra y Francia en 1651, hiciéronse algunas tentativas sobre Nueva Holanda, como lo dejamos apuntado en uno de los capítulos anteriores. Proclamóse la paz en 1651, y licenciáronse las tropas; pero no teniendo entonces la armada inglesa posibilidad de invadir el territorio de los holandeses, fijó su atención en la Acadia, de la cual se posesionó a viva fuerza, por más que a la sazón reinase la más profunda paz entre la Francia y la Inglaterra.

Otra ejecución por hechicería tuvo lugar en 1655: la víctima fue esta vez una viuda, llamada Ann Hibbins, hermana de Bellingham. Exasperada esta infeliz por pérdidas y desilusiones que había sufrido, llegó a ser ofensiva, pendenciera y enojosa para sus vecinos, y a pesar de sus influyentes relaciones, se la sentenció fácilmente como culpable de hechicería. Ni las representaciones de hombres tales como Sir Richard Salstonstall, en Inglaterra, ni las quejas de muchos habitantes de la colonia, cual lo dejamos dicho anteriormente, alteraron en lo más mínimo las miras y principios de los magistrados. Estaban ya comprometidos, y no podían ceder sin notorio descrédito de sus creencias religiosas.

Eran los cuáqueros una secta que surgió en Inglaterra hacia el año 1644, a impulsos de las predicaciones de George Fox. Sus dogmas y prácticas les eran peculiares, y de una novedad excesiva. Así es, que su principio fundamental consistía en que el hombre lleva en sí mismo una revelación interna que Dios le proporciona, morando el Espíritu Divino en el alma humana, y por su inequívoca voz, y no por los credos y formularios de los hombres, han de interpretarse para todo creyente las Sagradas Escrituras; de manera que toda intervención en la conciencia de los hombres, era declarada expresamente por ellos como anticristiana e intolerable.

Mientras Cromwell proclamaba que «el que mejor combate, es el que mejor reza y el que mejor predica», doctrina religiosamente observada en Massachusetts, los cuáqueros negaban la legitimidad, aun de la guerra defensiva, y rehusaban tomar las armas cuando se lo ordenaban los magistrados civiles. Su «sí era sí, y su no era no», y creyendo que «todo lo que no fuera esto, procedía del mal», insistían en observar puntualmente la letra de la Sagrada Escritura, que manda al creyente «no jure en manera alguna», negándose a prestar juramento, cuando se lo exigía la autoridad. Además de esto, aborrecían los títulos; desdeñaban los cumplidos y cortesías, tan comunes en la vida; creían que todo hombre o mujer estaba autorizado para predicar si se sentía impulsado a hacerlo, y consideraban a los ministros titulares del culto, como mercenarios y «lobos en rebaño.» Aparte de lo dicho, motejaban los más sencillos e inocentes placeres, y satirizaban especialmente la tiranía de los gobernantes que ocupaban elevados destinos, tanto en lo temporal, como en lo espiritual.

Rebosando de celo, se afanaban por propagar en todas partes sus peculiares dogmas, y en nada parecían deleitarse tanto como en atraerse la persecución y el ultraje. Una contienda o debate

con la teocracia de Nueva Inglaterra, era lo que más codiciaban semejantes fanáticos. Por eso, en julio de 1656, habiendo llegado de la Barbada dos mujeres, llamadas Mary Fisher y Ann Austin, las consideraron como poseídas del demonio; las arrestaron inmediatamente; las encarcelaron durante cinco semanas; robaron sus baúles; quemaron sus libros, y por último, las expulsaron de la colonia. El odio a estos sectarios hizo que se impusieran fuertes multas a todos aquellos que introdujeran cuáqueros en Massachusetts, o esparcieran sus obras o libros. No era lícito a nadie acoger u hospedar a un cuáquero, bajo ningún pretexto, y el que contraviniera a estas disposiciones, debía ser azotado, por ser el más suave castigo que podía infligírsele, siendo aplicable tanto a las mujeres como a los hombres. En cuanto a los afiliados a esta secta, la primera vez que se hallaran convictos, se les cortaría una oreja, a la segunda la otra, y a la tercera, como la ley proscribía el tormento, se les perforaría la lengua con un hierro candente.

Empero el celo de esta congregación rayaba casi en locura; prodigaban insultos y retaban a los magistrados; perturbaban el culto público con sus clamores e injurias, y no dejaron de ocurrir tampoco ejemplos ulteriores, en que algunas mujeres, para mostrarse en cierto modo opuestas a la desnudez de la tierra en lo espiritual, considerándolo además como una violencia que hacían a su natural modestia, y como «una cruz» que habían de llevar, presentáronse en las plazas públicas sin una hilacha de ropa sobre su cuerpo.

Arrojados de todas partes, muchos de ellos se refugiaron en Rhode-Island, donde la tolerancia que se dispensaba a todas las sectas indistintamente, les permitía propagar sus dogmas sin que los inquietasen. Sin embargo, esto no les satisfacía; preferían a todo las persecuciones, y por eso fue Boston el centro hacia el cual se sentían atraídos. Era una guerra a muerte la declarada entre el partido eclesiástico y aquellos fanáticos. Los puritanos, cual debemos creerlo, no deseaban exterminar a los cuáqueros, pero sí estaban resueltos a hacerlos desaparecer de entre ellos. Hasta entonces todo había sido inútil: multas, azotes, desorejamientos y cárceles. Por un decreto del Consejo, aunque no sin vigorosa resistencia de una parte de los diputados, se decretó el destierro, so pena de muerte al que se resistiera. Empero, los indomables cuáqueros, se envanecían de hallar oportunidad de padecer el martirio.

Robinson, Stephenson y Mary Dyer, persistiendo en menospreciar la penalidad que les estaba impuesta, fueron procesados y sentenciados. Winthrop el menor, trató enérgicamente de evitar su ejecución, y el coronel Temple se ofreció a llevarlos fuera de la colonia, y si regresaban, volver a hacer otro tanto. Hubo con tal motivo un empeñado debate en el Consejo, considerándolos muchos como simples maniáticos, contra los cuales fuera locura y crueldad proceder con extremado rigor: pero el voto de la mayoría prevaleció, y Stephenson y Robinson subieron al patíbulo. «Muero por Cristo», exclamó Robinson. «No sufro este castigo por malhechor, sino por descargo de conciencia», dijo Stephenson. Mary Dyer, con la soga al cuello, después de presenciar la ejecución de sus dos compañeros, exclamó: «Dejadme sufrir el mismo castigo que mis hermanos, a no ser que queráis anular vuestra malvada ley.»

A ruegos de su hijo, fue casi arrancada del patíbulo, bajo condición de salir de la colonia en término de cuarenta y ocho horas; pero el espíritu de aquella desdichada mujer estaba sobrexcitado hasta la locura por el entusiasmo de que se hallaba poseída, y por las horribles escenas que había presenciado, así que, después de haber sido sentenciada, dirigió desde la cárcel una enérgica protesta contra la crueldad del Consejo. «¡Os compadezco —decía—: sois desobedientes y estáis alucinados!» Increpando a los magistrados que la habían condenado, añadía: «¡No os arrepentiréis de que os hayan impedido derramar la sangre, aunque sea la de una mujer!» Con un valor que hubiera sido sublime si no rayara en demencia, volvió a retar a los tiranos de «la ciudad sanguinaria», y selló con su vida la protesta que contra ellos hiciera. Fue presa nuevamente, y ahorcada en Boston Common, en junio de 1660.

El descontento ocasionado por tan repugnantes escenas, obligó a los magistrados a emprender una formal vindicación de sus procedimientos. Su lenguaje con este motivo es digno de notarse. «Aunque la justicia de nuestras sentencias contra William Robinson, Marmaduke Stephenson y

Mary Dyer, apoyadas por la autoridad de este tribunal, las leyes del país y la de Dios, deben más bien inducirnos a esperar estímulo y encomio de todas las personas prudentes y piadosas, que convencernos de la necesidad de disculparnos; esto no obstante, como muchas gentes de espíritu apocado, por mera piedad y conmiseración, recomendables y cristianas virtudes, aunque expuestas al error y susceptibles de peligrosas impresiones, por falta de suficiente información pueden no quedar satisfechas, y hombres de perversos principios sacar partido de ello para calumniarnos y hacer suponer que somos perseguidores sanguinarios; tanto para satisfacer a unos, como para tapar la boca a los otros, creemos indispensable declarar: que hará unos tres años llegaron a Boston varios sujetos, que declararon ser cuáqueros, de cuyas creencias y prácticas perniciosas teníamos noticia por conducto fidedigno, así de la Barbada como de Inglaterra; que nos aseguramos de sus personas para hacerlos salir de la colonia, sin censura ni castigo alguno, en la primera ocasión que se presentara, y que, aunque profesaban dogmas perturbadores e injuriosos respecto a la autoridad, que hubieran sido suficientes para justificar más severa animadversión, la prudencia del tribunal se ejerció en asegurar la paz y el orden establecidos contra sus tentativas, encaminadas a minarlos y trastornarlos, según nos constaba por nuestra propia experiencia, así como por el ejemplo que dieron sus predecesores en Munster.

»En consecuencia de esto, se publicó una ley prohibiendo a todos los patrones de barcos que trajeran cuáqueros a esta jurisdicción, y a ellos mismos que vinieran, so pena de ser encerrados en una casa de corrección hasta que fuesen expulsados. A pesar de estas disposiciones, hallaron medio de introducirse clandestinamente, y no alcanzando a restringir sus impudentes y atrevidas intrusiones la pena que se les había impuesto, se aumentó con el desorejamiento a los que reincidieran por segunda vez, y siendo insuficientes estas medidas para defendernos contra su impetuosa y fanática furia, nos fue preciso proveer a nuestra seguridad, y tras serias consideraciones, después de la primera prueba, a causa de sus incesantes asaltos, promulgóse una ley, por la cual se les imponía la pena de destierro, y la de muerte caso de quebrantar aquella condena, a imitación de Inglaterra en su ley de expulsión contra los jesuitas, cuya sentencia fue proclamada en debida forma en la última sesión pública del tribunal, contra las partes ya mencionadas.

»En vista de su regreso y de su perseverancia en proseguir viviendo ostensiblemente en esta jurisdicción, después del término prefijado por la ley, fueron presos, y confesando ellos mismos que eran los ya desterrados, los sentenció a muerte el tribunal, con arreglo a la susodicha ley, que fue ejecutada en dos de ellos. Mary Dyer, a instancias de su hijo, y por conmiseración y clemencia de este tribunal, quedó libre de marcharse en término de dos días, partido que aceptó. El examen de nuestros graduales procedimientos nos justificará de las ruidosas acusaciones de severidad que se nos dirigieron; pero nuestra justa y necesaria defensa requiere de nosotros, a falta de otros medios, que expongamos el punto que estas personas atacaron violenta y voluntariamente, haciéndose por lo mismo *felones de se*, lo que pudieron haber evitado manteniéndose la soberana ley *salus populi*. Nuestros primeros procedimientos, así como el perdón concedido a Mary Dyer por una intercesión insignificante, manifestarán hasta la evidencia, que lo único que deseamos era que viviesen ausentes de nosotros, y no hacerles morir en el cadalso.»

Los magistrados, sin embargo, habían adelantado ya lo suficiente para que les fuera imposible retroceder. Williams Leddra fue preso y sentenciado, ofreciéndole, no obstante, su perdón, con tal que saliera de la colonia. Como se negase a aceptar esta gracia, sufrió la última pena; pero fue la postrera víctima de la intolerancia religiosa. Otro cuáquero, Wenlock Christison, que había sido desterrado, regresó y solicitó la muerte. «¿Qué ganáis —exclamaba, dirigiéndose atrevidamente a los magistrados—, qué ganáis con quitar la vida a los cuáqueros? Por cada hombre a quien asesinéis, vendrán cinco a reemplazarle: si tenéis poder para quitarme la vida, Dios hará levantar diez de sus servidores en mi lugar.» Y tenía razón, pues esta persecución incesante no hacía más que aumentar el número de los que hubieran querido ser mártires. Imposible habría sido que los magistrados atajaran la corriente de simpatía popular hacia estos fanáticos, y se convencieron de

que estaban dando un escándalo al mundo. Abandonaron, pues, todas sus tentativas para volver a sus primeros planes; dieron libertad a los presos, y mandaron que se les azotase en los límites de la colonia, si acaso regresaran a ella. Tratándolos de este modo, su manía cesó naturalmente a su debido tiempo.

Los trabajos del misionero John Eliot entre los indios, merecen mencionarse brevemente. Este insigne varón nació en Inglaterra en 1604; se educó en Cambridge, y emigró a Nueva Inglaterra en 1631. Anhelaba vivamente iniciar a los indios en el espíritu religioso, y aunque muy ocupado en el cumplimiento de sus deberes como ministro del culto en una iglesia de Roxbury, añadió a su trabajo ordinario la ímproba tarea de aprender el dialecto que se hablaba en Nueva Inglaterra, para traducir la Biblia y ponerla al alcance de los indígenas.

Desde 1645 emprendió Eliot su difícil ensayo, teniendo la satisfacción de predicar su primer sermón a los indios en 28 de octubre de 1646. Con su ardoroso celo, templado por la prudencia, su nunca desmentida bondad, su cariñoso trato y su perseverancia en la obra de caridad que emprendiera hicieron realmente prodigios. Enviósele crecida suma de dinero de Inglaterra para llevar a cabo tan piadosa empresa; convirtiéronse algunos idólatras; fundáronse iglesias, y se creó una especie de colegio para los indios. Empero, no parece que todo esto produjera honda ni permanente impresión en el ánimo de la mayoría de los indígenas. Muchos de los austeros puritanos miraban con indiferencia tal proyecto, y los *sachems* y sacerdotes indios no eran personas que se prestaran fácilmente a cambiar en manera alguna su vida salvaje y los goces que ésta les proporcionara.

Tales circunstancias no rebajan, sin embargo, ni deben rebajar el mérito de Eliot. «Rasgo por demás notable de la vida de Eliot, dice Grahame, es que en su larga y ardua carrera, la energía que le impulsaba no sufrió jamás el más leve decaimiento, sino que, por el contrario, fue siempre acrecentándose. Así es, que cuando desmayaba la fuerza de su cuerpo, toda su energía parecía reconcentrarse en su alma, y por último, todas sus facultades, como decía él mismo, se absorbían en cierto modo en su santo amor. Habiéndole preguntado poco antes de su muerte, cómo se hallaba, contestó: —Todo lo he perdido: mi inteligencia me abandona: me faltan la memoria y la palabra: pero doy gracias a Dios porque mi caridad se mantiene siempre firme, pareciéndome que va aumentando en vez de disminuir.» Falleció Eliot en 1690, de edad muy avanzada, y colmado de honores[57].

Mientras Cromwell dirigió la nave del Estado en Inglaterra, los negocios e intereses públicos de Massachusetts, y sus inmediatos vecinos, marcharon todos a un tiempo por la senda de la prosperidad. Cromwell los favoreció cuanto pudo, y libres de toda intervención extraña, los neo-ingleses progresaron constantemente, adelantando de día en día hacia la riqueza y el poderío. Todo conspiraba a formar hombres atrevidos e íntegros, que sólo confiaban en sus propias fuerzas: las pesquerías producían una raza de pescadores expertos y osados; la construcción de barcos adquirió mucha actividad; acrecentóse el comercio, y operóse un valioso tráfico de varios géneros. Los legisladores puritanos miraban con ceño cuanto pudiera relajar las costumbres; vigilaban severamente por la moral de la comunidad, y considerando con mucha prudencia que era mejor evitar que castigar, protegían los casamientos oportunos, y aunque las relaciones amorosas entabladas sin el permiso de los padres de la novia, o de la autoridad más inmediata, «se castigaban con el encarcelamiento», los magistrados podían reformar o anular la «porfiada e inmotivada negativa de casamiento oportuno» por parte de los padres. El adulterio era un crimen capital, castigándose muy severamente la incontinencia. Underhill, que unía la bizarría militar a su amor proverbial a la disolución y a la «ostentación en el traje», habiendo sido acusado de un desliz de esta naturaleza, tuvo que comparecer ante los magistrados, y entonces, «después de haberle reconvenido severamente a presencia de la congregación, estando de pie en un banco, mal vestido,

57 El ilustrado doctor Cotton Mather, en su *Vida del célebre John Eliot*, expone extensamente, y con un espíritu de admirable profundidad, la historia de Eliot y sus ímprobos trabajos y afanes con los indios.—Véase la *Magnalia*, por Mather, tom. I, págs. 526-583.

sin su faja y con un gorro sucio de dormir, confesó la falta de que se le acusaba», y mientras le ahogaban los sollozos, según afirma Winthrop, se lamentó dolorosamente de la pérdida de su seguridad, que decía él haber consentido, «por gozar de una pipa de tabaco.» Toda la población estaba amaestrada y disciplinada como una milicia, y así es que el espíritu marcial se desarrolló en ella en poco tiempo. La prosperidad material había aumentado mucho, y no se echaban de menos las comodidades y los goces de cuanto puede hacer agradable la vida.

Debemos hacer observar, en honra y pro del buen crédito de los fundadores de Nueva Inglaterra, que anhelaban sinceramente promover la sana instrucción. Muchos de ellos habían recibido una educación universitaria en Inglaterra, y eran hombres de bastante ilustración. Su gusto literario correspondía naturalmente a sus creencias religiosas, y por eso vemos a Josselyn llevar consigo de Inglaterra a «Mr. Cotton, el predicador de la iglesia de Boston», el mismo que defendió la causa de la intolerancia de Massachusetts contra los ataques de Roger Williams, pudiendo citar además «la traducción en metro inglés de varios salmos, que para su aprobación le remitió como un obsequio el poeta Mr. Francis Quarles.» Dedicábanse con empeño los colonos a las controversias teológicas, y abriendo escuelas gratuitas de primeras letras, y otras de gramática, establecieron también una especie de colegio práctico en Newtown, arrabal de Boston, que fue dotado por Mr. John Harvard, cuando ocurrió su fallecimiento en 1638, con su librería y la mitad de su hacienda, dándose a este colegio el nombre de su generoso bienhechor, y a la localidad que ocupaba el de Cambridge, en conmemoración de la famosa universidad de Inglaterra. Por concesiones y donaciones anuales de varios individuos, el nuevo colegio se vio habilitado para echar los cimientos de su futura preponderancia. En Cambridge fue donde, hacia el año 1640, se sentó la primera prensa para imprimir que se conoció en América[58]. ¿Quién hubiera podido imaginar entonces lo que menos de doscientos años han producido, o vaticinar el inmenso poder de la prensa en el siglo diez y nueve?

12.
Nueva Inglaterra durante los reinados de Carlos II y Jacobo II

Restauración de Carlos II. Resolución que adoptaron los colonos. Declaración de sus derechos. Dificultades interiores, y pruebas a que se ven sujetos. Decídese la mayoría a oponerse a la real supremacía. Consecuencias de la Restauración en Inglaterra. Comisión de Massachusetts. Respuesta del rey. Misión de Winthrop y Clarke, por Connecticut y Rhode Island. Carta o cédula de Connecticut. Sus bases. Carta de Rhode Island. Tolerancia con arreglo a las leyes de Rhode Island. Contestación de Massachusetts a las reclamaciones del rey. Envíanse comisionados. Su proceder, y mal éxito de su comisión. Intimaciones del rey. Cuáles eran probablemente sus intenciones. Guerra de Philip. Espantosos pormenores de ella. Muerte de Philip. Sus resultados. Ajústase la paz. NuevoHampshire. Randolph, recaudador de los reales derechos. Declárase la confiscación de la carta. Nómbrase gobernador a Andros. Connecticut. Salva éste su carta. Revolución de Inglaterra en 1688.

No miraban con poca ansiedad los colonos neo-ingleses los rápidos progresos de aquella revolución de la madre patria, que produjo el restablecimiento de Carlos II en el trono de Inglaterra, y parece curiosa coincidencia que en el mismo buque que trajo la noticia a Boston, en julio de 1660, vinieran también los dos jueces regicidas Whalley y Goffe, que huían al nuevo mundo para sustraerse a la venganza del hijo de Carlos I. Estos personajes fueron bien recibidos por el

58 En realidad, la primera imprenta en América se estableció en 1539 en Ciudad de México, por iniciativa de su obispo fray Juan de Zumárraga y dirección del italiano Giovanni Paoli, conocido como Juan Pablos. El primer libro impreso fue *Breve y más compendiosa doctrina christiana en lengua mexicana y castellana*, escrita por el mismo obispo.—Nota del editor digital.

gobernador Endicott, y durante algún tiempo vivieron libremente y sin disfraz alguno; pero habiéndose confirmado la noticia de su llegada con el arribo de nuevos pasajeros, el Consejo general elevó en diciembre del mismo año una representación al rey, sincerándose de su conducta; solicitando la conservación de sus fueros civiles y de su libertad en materia de religión, y disculpándose de las penas capitales impuestas a los cuáqueros.

La respuesta del rey fue pronta y favorable; pero poco después, a principios de 1661, llegó una orden para arrestar a Whalley y Goffe: éstos se habían retirado a Nuevo Puerto, y por más esfuerzos que se hicieron, nunca se pudo echarles mano, probablemente porque las autoridades no se propusieron en ningún tiempo entregarlos para que sufrieran su condena. Más tarde, y con objeto de destruir el mal efecto que produjera esta conducta en el ánimo del monarca, condenaron los magistrados la *República Cristiana*, de Eliot, que había sido redactada por indios convertidos, y publicada incautamente en Inglaterra, con lo cual el mismo Eliot se retractó de los principios antimonárquicos que contenía su libro.

En la lucha, a todas luces evidente, que se aproximaba, los caudillos de Nueva Inglaterra conocían que, después de la Providencia, debían confiar principalmente en sus propias fuerzas. La primera medida que adoptaron fue la de redactar y publicar una declaración de lo que sostenían ser sus derechos. Definíanlos de este modo: «La facultad de elegir a su propio gobernador, al teniente gobernador, a los magistrados y a los representantes; la de prescribir las condiciones para la admisión de mayor número de hombres libres; la de nombrar empleados de todas clases, superiores e inferiores, con tales atribuciones y deberes que ellos les señalasen; la de ejercer, mediante los magistrados elegidos anualmente, y de sus tenientes o delegados, toda clase de autoridad, legislativa, ejecutiva y judicial; la de defenderse ellos mismos, a mano armada, contra toda clase de agresión, y la de rechazar toda especie de intervención, que pudieran juzgar perjudicial a la colonia.» Por último, después de más de un año de dilación, fue proclamado solemnemente Carlos II; pero se prohibieron con el mayor rigor todas las demostraciones que en tales casos se acostumbran, bajo el pretexto ingenioso, o más bien original, de que tales regocijos eran contrarios a las órdenes que había expedido el mismo rey.

Además de los enemigos de los colonos en Inglaterra, había muchos que se oponían activamente a los gobernantes en la misma colonia. Los que abogaban por las disposiciones liberales, tales como los episcopalistas, baptistas y otros, que estaban excluidos de tener participación en el gobierno, habían aumentado grandemente, y estimulados por la situación de los negocios públicos, reclamaban con urgencia cierta templanza en las injustas restricciones que les abrumaban, y aun entre los mismos teócratas libres andaba dividida la opinión. Estos últimos, en su mayor parte, se adherían a sus principios fundamentales; pero pareciéndoles a muchos de ellos que eran demasiado rigurosos, habían adoptado un «término medio», con el cual los que se conformaban estrictamente con el culto establecido, pero sin declararse regenerados y escogidos, podían aspirará las prerrogativas civiles de la comunidad eclesiástica. También había un gran número que consideraban como la política más prudente doblegarse a la necesidad, y no arriesgarse a perderlo todo por rehusar una concesión racional y oportuna; pero la mayoría estaba inflexiblemente resuelta a mantenerse independiente de la supremacía inglesa, sucediera lo que sucediese.

Para prevenir, sin embargo, en lo posible, la necesidad de recurrir a una resistencia armada, enviaron dos agentes de su confianza, Norton y Bradstreet, para que trataran. en cuanto les fuera dable, de entretener al ministerio inglés; pero con instrucciones reservadas para solicitar una intervención favorable, y en el último apuro, declinar abiertamente su autoridad. No era esta ciertamente una misión que dejara de ser arriesgada bajo todos conceptos; pues cuando Norton y su colega llegaron a Inglaterra, se encontraron con que se habían operado varias e importantes mudanzas, muy propias para alarmar a los colonos neo-ingleses. Cansados de la inseguridad que ofrecían los negocios públicos en los últimos días de la república, todas las clases se daban el parabién por la restauración. Carlos lo prometió todo; pero olvidó pronto sus promesas. Reinaba

además una reacción general contra todos los partidos interesados en derrocar la monarquía, tendencia que robustecía la prerrogativa del rey, al propio tiempo que apoyaba las medidas arbitrarias de sus consejeros. Cobraba de nuevo su ascendiente la iglesia anglicana: habíase adoptado el *Acto de Uniformidad*, viéndose por lo tanto compelidos a someterse los presbiterianos y los independientes.

El partido realista satisfizo hasta el último extremo su sed de venganza: cuantos regicidas pudieron ser habidos, fueron ahorcados, arrastrados y descuartizados, y entre ellos Hugh Peters, padre político de Winthrop el menor, que fue primitivamente ministro del culto en Salem. Empero una víctima más ilustre, Sir Henry Vane, tardó poco en ser conducido al tajo. Aunque opuesto a la intolerancia de la teocracia de Massachusetts, se había mostrado siempre firme y constante amigo de Nueva Inglaterra, y por su influencia había obtenido del Parlamento Largo una carta o cédula para Rhode-Island. Cuando fue acusado de traición, «no titubeó en declarar que era partidario de la gloriosa causa de la libertad popular, ni tampoco en sellar aquella declaración con su sangre, y su conducta en el cadalso le granjeó la admiración aun de sus mismos enemigos.»

La comisión de Massachusetts no consiguió sino parcialmente el objeto que se proponía. Concediósele confirmación de su carta, con una amnistía condicional para todos los delitos recientes; pero insistiendo firmemente el rey en la conservación de su prerrogativa, exigió la revocación de todas las leyes derogatorias de su autoridad, la imposición de un juramento de fidelidad y la administración de la justicia en su propio nombre. Además de esto, requirió completa tolerancia para la iglesia anglicana, y la abrogación de la ley que concedía únicamente a los eclesiásticos el privilegio de votar, otorgando además ciertas franquicias a todos los habitantes que poseyesen determinada hacienda. Por lo demás, correspondió a los deseos del Consejo de Massachusetts, pues le autorizaba para castigar a los pertinaces cuáqueros, del modo que le pareciera más oportuno.

Connecticut y Rhode-Island se apresuraron, mucho antes que Massachusetts, a reconocer la autoridad de Carlos II, y Winthrop el menor y Clarke fueron enviados a Inglaterra, el uno por Connecticut, y el otro por Rhode-Island, para obtener las correspondientes cartas, llegando allá muy oportunamente. Winthrop, como literato y hombre de elevada consideración en la sociedad, pudo proporcionarse amigos influyentes que le favorecieron en la corte. Era poseedor de un anillo de gran precio, regalado a su abuelo por Carlos I, y en una audiencia que le concedió el rey, ofrecióselo a su majestad, lo que, según se dice, obró materialmente en el ánimo del monarca para predisponerle en su favor. En 23 de abril de 1662, alcanzó una patente con el gran sello, otorgándole los mas amplios privilegios, y confirmando a los hombres libres de la colonia de Connecticut, como asimismo a los que en ella se admitiesen después, todas las tierras que fueron concedidas en un principio al conde de Warwick, y que traspasó éste al Lord Saye y Sele y sus asociados. Esta carta establecía en la colonia la forma de gobierno más popular, y autorizaba la continuación de la ley fundamental de Connecticut, por espacio de ciento cincuenta y ocho años. «Muy notable es, por cierto, dice un hábil escritor en la *Revista Norte-Americana*, que aun cuando concedida en una época en que eran casi desconocidos los derechos del pueblo, mirándose muy poco por ellos, y mucho menos por parte de un soberano que regia los destinos de Inglaterra más arbitrariamente que lo hicieran ninguno de sus predecesores, la forma de gobierno que se prescribía a Connecticut era muy popular, y colocaba más inmediatamente el poder al alcance del pueblo, que la constitución en la cual se ha cambiado deliberadamente aquella real cédula, en estos tiempos modernos de celos populares y de libertad republicana.» Hallábase incluida en la nueva carta de Connecticut la colonia de Nuevo-Puerto; pero los habitantes de éste se negaron durante algunos años a consentir en tal unión, hasta que temiendo el nombramiento de un gobernador general, y que se les uniera a otra colonia con una carta menos favorable para su libertad, les indujo este recelo a dar su consentimiento, aunque con repugnancia.

Clarke, el agente mandado por Rhode Island, supo captarse el favor del primer ministro Lord Clarendon, y obtuvo con facilidad la ratificación de la carta de su colonia. Ya dijimos anteriormente cómo se creó y fue aumentando este pequeño estado con los refugiados que trataban de sustraerse a

la intolerancia de Massachusetts. La libertad de conciencia y de discusión, tras la larga prueba que de ella habían hecho, era cada vez mas preciosa para los ciudadanos. Habíanse visto libres de las disputas teológicas y de las persecuciones sangrientas que tantas desventuras causaran en Massachusetts, y en su petición a Carlos II hacían presente «cuánto anhelaban con toda su alma ofrecer una prueba palpable de que un estado civil puede subsistir el más floreciente y sostenerse mejor gozando de plena libertad en las creencias religiosas.» Las condiciones generales de esta carta se diferenciaban muy poco de las que servían de base a la de Connecticut; pero contenían una prevención especial, y era que «ninguna persona en dicha colonia pudiera ser molestada, castigada, inquietada o puesta en juicio por cualquiera diferencia de opinión en materias religiosas, con tal que no perturbase la paz y tranquilidad pública, sino que todos y en cualquier tiempo pudieran gozar libremente de sus creencias en punto a religión, siempre que se condujeran pacíficamente y no abusasen de esta libertad para entregarse al desenfreno y a la profanación, ni para injuriar ni perturbar al prójimo.» Como una parte considerable de las plantaciones de Providencia se hallaba incluida en la carta de Connecticut, Clarke y Winthrop hicieron un convenio, mediante el de Rhode-Island y Plantaciones de Providencia.

El fundador y el pueblo de Rhode-Island, deseaban sinceramente completa libertad y tolerancia en materias religiosas. «¡Cuán difícil es, sin embargo, sostenerse a la altura de un principio, en presencia de las preocupaciones dominantes y de ejemplos diametralmente opuestos! Las leyes de Rhode-Island, como al principio se imprimieron, con muchos años de posterioridad a su carta, excluyen terminantemente de sus privilegios de libertad a los católicos romanos, y a otras personas que no profesaran el cristianismo. Estas leyes sufrieron repetidas revisiones, e imposible fuera decir en la actualidad cuándo se introdujeron por primera vez esas restricciones, aunque no fue probablemente sino después de la revolución inglesa de 1688.»[59]

Mientras que Connecticut y Rhode-Island parecían contentísimos con los privilegios que les otorgaban sus nuevas cartas, Massachusetts continuaba inquieto y poco dispuesto a la sumisión. Su respuesta a la requisitoria del rey, ya mencionada, se redactó respetuosamente, pero en un lenguaje evasivo, cual puede verse por las siguientes líneas: «En cuanto a la revocación de las leyes aquí establecidas desde los últimos cambios acaecidos en el gobierno, contrarias y derogatorias de la autoridad de su majestad, habiéndolas examinado con detención, no hemos podido ver la tendencia que en ellas se señala. Respecto al juramento de fidelidad, estamos prontos a prestarlo con arreglo a la carta. Por lo que guarda relación con la libertad de usar del devocionario común, ninguno de nosotros ha manifestado desearla. Tocante a la administración de los sacramentos, se ha sometido la cuestión al juicio de un sínodo, convocado en el orden debido, cuyo dictamen fue encomendado por nuestro último Consejo general a varias congregaciones, y esperamos obtener un resultado final que sea satisfactorio para todos.»

A pesar de esto, como el rey continuase recibiendo nuevas y recientes quejas contra el gobierno de Massachusetts, declaró su intención de mandar inmediatamente comisionados, con plenos poderes para indagar el estado de las cosas, y resolver respecto a las materias en litigio. Estos comisionados eran Nichols, Carr, Cartwright y Maverick, que arribaron a Boston hacia fines de julio, y se prepararon desde luego a emprender su tarea; pero fueron recibidos con frialdad glacial y firmísima oposición. Los caudillos de Massachusetts estaban bien enterados de la grave importancia de la cuestión, y mientras que ni por un instante dejaron de deshacerse en profusas manifestaciones de lealtad, no por eso estaban muy dispuestos a tomar en consideración las alegaciones de los comisionados. Estas alegaciones y las medidas cuya adopción proponían, eran consideradas por los colonos como una violación de sus *cartas*.

Celebraron su primera sesión los comisionados en Plymouth, donde transigieron muy pocos negocios: la siguiente tuvo lugar en Rhode Island, donde oyeron las quejas de los indios y de todos los que estaban descontentos, y decretaron varias disposiciones respecto al derecho de propiedad, de las cuales apenas se hizo caso. En Massachusetts, accedió el Consejo general a algunas de sus

59 *Historia de los Estados Unidos*, por Hildreth, tom. I, pág. 159.

peticiones que le parecieron justas; pero manifestando sincera lealtad al rey, negóse, sin embargo, a reconocer la autoridad de sus comisionados, y protestó contra ella, oponiéndose a que la ejercieran en aquel territorio. A consecuencia de esta defensa de sus derechos, entablóse una correspondencia sumamente agria y destemplada entre ambas partes, y a su conclusión, manifestaron los comisionados al Consejo general, que no querían perder más tiempo trabajando inútilmente, y que se limitarían a dar parte a su majestad del comportamiento del Consejo. De Boston pasaron los comisionados a Nuevo Hampshire, donde ejercieron varios actos de gobierno, y ofrecieron a sus habitantes relevarlos de la jurisdicción de Massachusetts, ofrecimiento que fue unánimemente rechazado. En Maine promovieron más alboroto, pues estimularon al pueblo a que se declarase independiente, hallando a muchos predispuestos a dar oídos a sus insinuaciones; pero Massachusetts, por un pronto y vigoroso alarde de fuerza, obligó a los desafectos a someterse a su autoridad.

Connecticut parece que fue la colonia favorita de los comisionados: tratóseles allí con sumo respeto, y fueron obedecidos sus mandatos. En compensación, redactaron ellos una representación al rey, encareciendo los méritos de aquellos habitantes, obteniendo del monarca una carta de agradecimiento, en la que decía: «Aunque vuestra conducta merece justamente nuestro elogio y aprobación, se halla aun más realzada por el comportamiento tan opuesto de la colonia de Massachusetts.»

Cesaron los comisionados en su encargo, por mandato del rey, en 1666. Empero, bajo el influjo de los desaires y disgustos que habían sufrido, dieron tales informes a su majestad, que expidió una real orden para que el gobernador Bellingham y algunos más compareciesen en Inglaterra, a responder de su desacato a la regia autoridad. Grande alarma produjo en la colonia aquella intimación, dando margen a que se debatiese vivamente la cuestión de saber si habían de obedecerse o no las órdenes del rey. La opinión de los que se inclinaban a la obediencia, sin ceder en realidad a lo que se exigía, fue la que prevaleció, y precisamente en aquellas circunstancias, tuvieron los colonos la oportunidad de mandar un acopio de provisiones para la flota de las Indias Occidentales, así como un donativo de mástiles para la armada inglesa, con lo que pudieron librarse del peligro que les amenazaba. Hubieron de suspenderse, sino abandonarse del todo, los proyectos que abrigaba el rey respecto a la libertad de las colonias, e interviniendo luego la peste y el incendio de Londres, los establecimientos de Nueva Inglaterra continuaron gozando de sus antiguos derechos y privilegios durante muchos años.

Después de trascurrido medio siglo desde el arribo de los europeos a Plymouth, suponíase que las colonias de Nueva Inglaterra contaban con ciento veinte poblaciones, y sesenta o setenta mil habitantes, y como nunca se exigió rigorosa obediencia a los decretos del Parlamento, habíase hecho su comercio muy extenso y lucrativo. Los hábitos de industria y economía que contrajeron los emigrantes en tiempos menos felices, los habían conservado, y esto proporcionaba lo necesario a los que nada poseían, y riquezas a los que tenían lo necesario. El desierto iba desapareciendo ante los afanosos labradores, y sus salvajes habitantes hallaban su caza dispersa, e invadidas sus guaridas predilectas; siendo todo ello consecuencia natural de las ventas de terrenos, que en todos tiempos hacían de buena gana a los blancos. Pero los indios no habían columbrado esta consecuencia: cuando la vieron realizarse con todo su rigor, encendiéronse entre ellos las más violentas pasiones, y sólo anhelaron la venganza. Faltábales únicamente un caudillo que concentrase y dirigiese sus esfuerzos, y Philip de Pokanoket, *sachem* de los Wampanoags, tribu que habitaba los límites de Plymouth y Rhode Island, pasó a ocupar este honroso cuanto arriesgado puesto. Su padre Massasoit fue amigo de los blancos; pero él los detestaba, y su enemistad, procedente de causas de interés nacional, fue enconándose más y más, hasta convertirse en un odio implacable, después de la conducta que aquellos observaron con su hermano mayor. Acusado éste de conspirar contra los blancos, fue preso por un destacamento de soldados, y encarcelado luego: semejante proceder afectó de tal modo su altivez, que le ocasionó una violenta fiebre, la cual puso fin a su existencia. Philip había heredado todo el imperio y orgullo de su hermano, y como era muy diestro en la intriga

y en el arte de persuadir, logró seducir a los indios de todas las localidades de Nueva Inglaterra para que unieran sus esfuerzos, con el fin de exterminar a los blancos, consiguiendo formar una confederación capaz de poner sobre las armas tres o cuatro mil guerreros.

No obstante su sagacidad y de las muchas precauciones que tomó para asegurar el éxito de su empresa, trabóse el combate más pronto de lo que Philip deseara. Un acto precipitado de venganza hizo que le desafiaran los colonos, y no tuvo otra alternativa que rendirse a discreción, o persistir en su valiente empeño. Resuelto a probar la suerte de las armas, Philip saqueó todas las casas de las cercanías del Monte-Esperanza, donde él residía; poco después atacó a Swanzey, y mató gran número de sus habitantes. Esto sucedió a fines de junio de 1675.

Inmediatamente marcharon las tropas de la colonia a Swanzey, donde en breve se les incorporó un destacamento de Massachusetts. Viéndose precisados a huir los indios, señalaron su fuga con el incendio de las casas y plantaciones que encontraron al paso, dejando además colgadas en pértigas, que clavaron a orillas del camino, las manos, cabelleras y cabezas de los blancos que habían asesinado. Persiguiéronles las tropas durante algún tiempo; pero no pudiendo alcanzarlos, regresaron a Swanzey. Alarmada toda la comarca, fue aumentando el número de soldados. En vista de aquel alarde de fuerza, tuvo Philip que abandonar su residencia de Monte-Esperanza, tomando posición cerca de un pantano en Pocasset. Atacáronle allí los ingleses, y fueron rechazados, quedando sin vida en el combate diez y seis de ellos. Envalentonados los indios con aquella victoria, adquirieron nueva osadía. Un terror pánico se apoderó de los colonos: creían ver fatales presagios de mayores calamidades en el aire y en los cielos; negros escuadrones de alígeros corceles, cabelleras de indios y arcos estampados en el sol y en la luna, y aun el mismo zumbido del viento en los bosques y el fatídico aullido de los lobos, aterrorizaban su exaltada imaginación. Los campesinos, por su parte, buscaban un refugio seguro en las poblaciones, donde propagaban espantosas noticias de las crueles atrocidades de los salvajes.

Entretanto, extendíase la guerra por las fronteras de Connecticut, Massachussets, y aun por las del Nuevo Hampshire. Las aldeas estaban aisladas, mediando entre ellas grandes baldíos. Vivían los indios mezclados entre los blancos, y como conocían todos los rincones y guaridas, podían caer repentinamente sobre cualquier caserío o establecimiento que se propusieran destruir. Muchos europeos murieron a tiros, al abrir sus ventanas por la mañana, pues los indígenas habían adquirido armas de fuego y aprendido el modo de manejarlas. También mataron del mismo modo a bastantes colonos, ora en el campo, ora mientras viajaban, o cuando se dirigían a los templos. En la imposibilidad de labrar sus tierras, veíanse expuestos los cultivadores a perecer de hambre, al paso que los enemigos saqueaban los convoyes de provisiones enviados para socorrerlos, siendo arrolladas y pasadas a cuchillo las escoltas en continuas emboscadas. Tal fue la triste suerte del valiente Lathrop, en el sitio que aun conserva el nombre de *Bloody Brook* (Arroyo de sangre).

En una ocasión, en Hadley, mientras estaba el vecindario ocupado en el servicio divino, invadieron los indios la aldea: ante la inesperada llegada de los salvajes, el terror y la confusión habían llegado a su colmo, cuando apareció repentinamente un hombre de venerable presencia, que reuniendo a los despavoridos habitantes, los formó en batalla; guiólos al ataque, y derrotando a los indios, salvó a la población de su total ruina, desapareciendo después como por encanto, cual a los ojos de los colonos se presentara en el momento del peligro. Pasmados y agradecidos los vecinos, y en la imposibilidad de descubrir rastro alguno de su libertador, supieron que era un ángel que Dios les enviara en aquel duro trance. Empero, no era un ángel, sino uno de los generales de Cromwell, el anciano Goffe el regicida, quien precisado a llevar una vida errante, a causa de las incesantes pesquisas practicadas por orden del gobierno inglés para apoderarse de su persona, había observado desde una cueva elevada del contorno la aproximación de los salvajes, y bajó presuroso para prestar auxilio a los aterrorizados colonos.

Durante el verano, teniendo los indios la ventaja de esconderse en los bosques y selvas, pudieron continuar aquella penosa y destructora guerra; pero cuando con la llegada del invierno clarearon los bosques, lograron los colonos, por un vigoroso esfuerzo, reunir unos mil hombres, y

determinaron dar un golpe decisivo. Josiah Winslow, de Plymouth, fue nombrado comandante en jefe de aquellas fuerzas. El 18 de diciembre reuniéronse las tropas en el territorio de los Narragansetts, que habían acogido al enemigo, y tras una larga y penosa marcha en medio de las nieves, y después de haber pasado una noche en los bosques, se aproximaron a la plaza fuerte ocupada por la tribu que iban a atacar. Sería entonces la una. Habíanse atrincherado los indios en un cerrillo, en medio de un pantano cercado de empalizadas. Roto el fuego, todos los jefes de los asaltantes fueron muertos a balazos, mientras avanzaban a paso de carga; pero esto no hizo sino excitar en sumo grado la desesperada resolución de los colonos, quienes después de forzar la entrada a viva fuerza, y de haber sido rechazados, tras un fiero combate que duró cerca de dos horas, se arrojaron furiosos sobre las fortificaciones de los salvajes, y animados únicamente por el deseo de vengar la sangre de sus hermanos asesinados, sin que sirvieran de nada las súplicas y lamentos de los indios, incendiaron el atrincheramiento, donde centenares de mujeres y niños perecieron en medio de las llamas, siendo presa de ellas todas las provisiones que tenían acopiadas para el invierno. Quemáronse también sus *wigwams*, y los que escaparon del fuego y la cuchilla, erraron miserablemente por los bosques, pereciendo de frío y hambre. Fue el combate más encarnizado de que se conserva memoria en los primitivos anales del país; pero también fue decisiva la victoria. Quedaron tendidos en el campo de batalla mil guerreros indios: trescientos más, y otras tantas mujeres y niños, fueron hechos prisioneros. Cara les costó la victoria a los colonos: tuvieron seis jefes y ochenta soldados muertos, con ciento cincuenta heridos.

Desesperados los indios, dieron curso a su ira, descargándola sobre cuanto encontraban a su alcance. Empero quedaba destruida su pujanza, y no se tardó mucho sin que empezaran a perderse de vista. Únicamente los caudillos Philip y Canonchet, *sachem* de los Narragansetts, se negaron a rendirse, prefiriendo este último la muerte a tratar de paces con los blancos. El desventurado Philip, promovedor de la guerra, anduvo errante de tribu en tribu, acosado por las recriminaciones y denuestos con que le agobiaban por la miseria que había ocasionado a sus hermanos, rebosando su corazón de amargura. Precisado por fin a regresar a sus antiguas guaridas, donde le sostenía Witamo, pariente suyo y jefe de una tribu, fue atacado nuevamente por los colonos, que llevaron cautivos a su mujer e hijo, y poco tiempo después fue muerto alevosamente de un balazo disparado por uno de sus partidarios que se había pasado a los ingleses. Así pereció Philip de Pokanoket, quien bajo más de un concepto era digno de mejor suerte: su hijo fue enviado a la Bermuda, donde le vendieron como esclavo.

Bien recibida, por cierto, fue la paz que siguió a estos sucesos, pues se habían quemado aproximadamente mil casas, y robado o destruido mercancías y ganados de gran valor. También habían contraído las colonias unas cuantiosa deuda; pero con su característico orgullo de independencia, se guardaron muy bien los colonos de implorar a la madre patria para que les ayudase a aligerarla.

En 1680, constituyóse Nuevo-Hampshire en colonia separada, a instancia de John Mason, a cuyo antecesor había sido otorgada una parte del territorio. Temeroso Massachusetts de perder igualmente el Maine, compró a los herederos de Gorges su derecho a la posesión de aquel suelo, por unos 6.000 pesos fuertes.

Continuando los colonos eludiendo los decretos relativos al comercio, fundándose en que no eran sino violaciones de sus privilegios, envióse en julio de 1680 a Edward Randolph, como recaudador de los reales derechos, y al propio tiempo para obligar al cumplimiento de dichos decretos. No estando prevenidos los magistrados de su comisión, negáronse a dejársela desempeñar, viéndose precisado a regresar a Inglaterra; mas tardó poco en volver, presentando en febrero de 1682 una real carta que intimaba perentoriamente se mandasen desde luego agentes a Inglaterra, con plenos poderes para gestionar en nombre de las colonias.

Toda resistencia era inútil, por más que los jefes no quisiesen ceder, y no hubo esfuerzo que no practicaran, empleando hasta el soborno, para conseguir que el rey se les mostrase propicio, sin renunciar por eso a ninguno de sus derechos; pero todo fue en balde. Expidióse en Inglaterra un

scire facias, y en 1684 se declaró confiscada la carta. Los derechos y libertades de Massachusetts, por tan largo tiempo disfrutados y tan entrañablemente queridos, quedaron a merced de Carlos II, quien meditaba, según es sabido, las más serias y fundamentales innovaciones, y que bajó a la tumba sin poder realizar ninguna.

Establecióse entonces un gobierno provisional, nombrando al efecto a Joseph Dudley, hijo del primer gobernador; pero poco después, en 1686, Jacobo II colocó a Sir Edmund Andros al frente de la dirección de las colonias. Este funcionario llegó a América perfectamente preparado para llevar a cabo los arbitrarios y tiránicos designios del último de los Estuardos, llevando consigo, en la fragata de la marina real en que se embarcara, dos compañías de tropa para sostener su autoridad si fuese necesario. Aparte de otras atribuciones, tenía plenos poderes para destituir y nombrar los miembros del Consejo según su voluntad, y de acuerdo con esta corporación, así supeditada por él, imponer contribuciones, hacer leyes y convocar la milicia, siendo sus subordinados gente de su entera devoción. Dudley fue nombrado primer magistrado, y Randolph, aquel antiguo antagonista de la teocracia, que había perseverado durante años enteros en su hostilidad, haciendo cuanto pudo para humillar el orgullo de sus enemigos, obtuvo el cargo de secretario colonial. Sujeta la prensa a su previa censura, había sido ya amordazada, acabando por hacerla enmudecer.

Connecticut y Rhode-Island gemían bajo el imperio del mismo gobierno arbitrario. Expidióse un decreto de *quo warranto*, y se trasladó Andros a Hartford, para reclamar de la Asamblea la entrega de la carta, llegando en el momento en que aquella celebraba sesión. «Este cuerpo político, dice Trumbull, mostróse poco predispuesto, y aun procedió con suma lentitud a resolverse a tal entrega, y a tomar acuerdo alguno sobre la petición de Andros. Refiérese que el gobernador Treat representó con vehemencia los cuantiosos gastos hechos por los colonos, y sus ímprobos trabajos para establecerse en el país; la sangre que habían derramado y los tesoros invertidos en defenderlo contra los salvajes y los extranjeros; las desventuras y peligros a que se vieron expuestos para alcanzar todo esto, añadiendo que era dar su propia vida, si entregaban la patente y los privilegios que a tan alto precio habían comprado, y que por tanto tiempo disfrutaran. Debatióse largamente este importante asunto, suspendiéndose luego la discusión hasta el anochecer, hora en que se trajo la carta y se puso sobre la mesa ante la cual estaba reunida la Asamblea. Habíase juntado mucha gente del pueblo, y entre ella se encontraban hombres bastante atrevidos para emprender cuanto se juzgase conveniente en aquellas circunstancias. De improviso, se apagaron las luces, y el capitán Wadsworth retiró sigilosamente la carta, y fue a ocultarla en el hueco de un árbol corpulento plantado frente a la casa del muy ilustre Samuel Wyllys, que era entonces uno de los magistrados de la colonia. La actitud del pueblo era pacífica: iluminóse nuevamente la sala de sesiones; pero la patente había desaparecido. y no pudo descubrirse su paradero, ni la persona que la había sustraído.»[60] A pesar de todo lo ocurrido, Andros declaró confiscada la carta, escribiendo al pie de las actas de aquella sesión esta expresiva palabra: FINIS.

No pudo continuar Andros por largo tiempo en su arbitrario gobierno, porque el infatuado Jacobo II fue rápidamente arrastrado a la crisis que le hizo perder el trono, y que produjo la revolución de 1688, muy distinta de las que hasta entonces se habían verificado en Inglaterra, pues sin derramamiento de sangre, dio lugar a un cambio completo en los negocios públicos, no sólo en lo interior del reino, sino también en las colonias dependientes de la corona inglesa. Andros siguió en su caída al débil tirano su amo y señor, y este inesperado suceso llenó de alegría a los habitantes de Massachusetts.

60 *Historia de Connecticut*, por Trumbull, págs. 371 y 372.

13.
Virginia y Maryland (1660-1688)

Cambios que sobrevinieron en la Virginia, con el trascurso de los años. Causas de estos cambios. Clases de colonos. Predomina la aristocracia. Decreto sobre navegación. Intolerancia del partido dominante. Descontento popular. Culpepper y Arlington. Solicitase una carta. Causas que produjeron la rebelión de Bacon. Comportamiento de Berkeley. Progresos de la contienda. Triunfo de Bacon. Su repentina muerte. Sangríenta venganza del gobernador. Leyes de Bacon. Padecimientos de la colonia bajo el gobierno de Culpepper y de Lord Howard de Effingham. Negocios públicos de Maryland. Prosperidad general. Esfuerzos para el establecimiento de la Iglesia. Insurrección promovida por Fendal. Jacobo II no favorece a los propietarios. Decreto expedido contra la carta. Destronamiento de Jacobo II. Revolución inglesa de 1688.

Reasumiendo la historia de la Virginia en el capítulo 8, recordará el lector que los *burgesses* eligieron gobernador en 1660 a Sir William Berkeley, uno de los más decididos partidarios de la causa real. En aquella época, según lo hicimos notar, parecían bien afianzados los privilegios y las libertades populares. Durante los veinte y cinco años siguientes, sobrevinieron importantes mutaciones, de las cuales resultó que las facultades del gobernador y de los consejeros crecieron en proporción exacta de lo que se restringieron las de los hombres libres, habiendo contribuido varias causas a producir semejante resultado. Haremos, pues, una breve reseña de ellas, atendiendo a los límites de esta obra.

Colonizada en su origen por vástagos o deudos de la nobleza inglesa, la Virginia recibió luego una población más decididamente aristocrática, por el gran número de hidalgos y caballeros que afluyeron a la colonia durante la guerra civil de Inglaterra, y que llevaron consigo al nuevo mundo sus preocupaciones hereditarias en favor de los privilegios conferidos por el nacimiento y la categoría, aunadas con un injurioso desprecio hacia los derechos y pretensiones populares. Apoyábase esta elevada clase en otra compuesta en su mayor parte de los descendientes de los primeros colonos de clase inferior, así como de los sirvientes contratados que trajeron los colonizadores, los cuales estaban sujetos a trabajar por un número de años determinado, viviendo durante aquel tiempo en un estado de verdadera servidumbre. Habíanse introducido anteriormente esclavos negros en la colonia, quizás por la necesidad de tal condición para el cultivo del tabaco y para la labranza en general, y como había aumentado considerablemente su número, carecían de privilegios a cuya sombra pudieran medrar como los hombres libres.

La clase aristocrática obtuvo naturalmente la preeminencia en la dirección y manejo de los negocios públicos, y puso a su frente a Sir William Berkeley, por creerle muy adicto a sus intereses. Apegado al suelo de la Virginia, las miras de Berkeley coincidían con las de la Asamblea que le había elegido, aunando ambos sus esfuerzos para perpetuarse en el poder que ya ocupaban. Los diputados estaban autorizados para desempeñar sus destinos por dos años, a cuya conclusión debían hacerse nuevas elecciones, según la costumbre establecida. Empero continuaron ocupando pacíficamente sus puestos, merced a los manejos de Berkeley, y legislaron en un sentido totalmente favorable a sus propios intereses. Además, para asegurar la continuación de la influencia aristocrática, despojaron de sus franquicias, en virtud de su propia autoridad, a una gran parte del pueblo que los había elegido, limitando en lo sucesivo el ejercicio del privilegio electoral a los terratenientes y a los padres de familia, principio que aun en la actualidad continúa vigente en la Virginia. Siguiendo este sistema de arbitrariedad, los impuestos llegaron a ser exorbitantes: el gobernador y la Asamblea disfrutaban de sueldos muy crecidos, mientras que el pueblo, encadenado por decirlo así, no podía contener semejantes abusos y desórdenes.

El decreto sobre navegación a que tan vivamente se había apuesto Massachusetts, tropezó con una resistencia no menos fuerte y enérgica en la Virginia, pues causaba graves perjuicios a su comercio, limitando el mercado únicamente a Inglaterra y a los buques ingleses. Fue, pues, enviado

Berkeley a la madre patria, para obtener justicia; pero sin alcanzar el éxito que se prometieran los colonos, aunque él obtuvo para sí una parte en la provincia nuevamente erigida de la Carolina del Norte. Durante algún tiempo, la conducta observada por la Asamblea en la administración de la Virginia, fue muy parecida a la del gobierno de Inglaterra: prevaleció la intolerancia; pusiéronse en vigor antiguos edictos, y aun se adoptaron otros nuevos contra los puritanos, los baptistas y los cuáqueros, a quienes se impusieron multas y destierros. Cúmplenos, sin embargo, hacer constar. que la Virginia no imitó en todo a Massachusetts, pues se abstuvo de ahorcar a los desventurados secuaces de George Fox. Recordando lo que había sucedido durante la guerra civil, el mismo púlpito le inspiraba recelos, y por eso expresaba Berkeley su deseo de que los ministros del culto «orasen con más frecuencia y predicasen menos.» Abatida y abandonada intencionadamente se hallaba también la educación pública. «Doy gracias a Dios, decía el gobernador algunos años después, de que no existan aquí escuelas gratuitas, ni imprenta alguna. y espero que no las habrá en un siglo, pues la instrucción ha producido la desobediencia, la herejía y las distintas sectas que conmueven el mundo, mientras que la imprenta las ha divulgado. y arrojado libelos contra el mejor gobierno. ¡Dios nos libre de ambas plagas!» Tales eran los medios de que se valía el partido que ocupaba el poder, para perpetuar el dominio de un cuerpo de opulentos y aristocráticos colonizadores sobre el vulgo sumiso e ignorante, igualmente que sobre la clase de sirvientes asalariados y de esclavos negros.

No se apaciguó, por cierto, el descontento popular con la noticia de que el pródigo Carlos II había hecho donación de toda la colonia a Lord Culpepper y a Lord Arlington, dos cortesanos rapaces a quienes era preciso satisfacer. Nuevos impuestos y gabelas fueron la consecuencia de las medidas que se adoptaron, para ver si lograban sobornar a estos nuevos reclamantes. Despachóse con este fin a Inglaterra al coronel Moryson, al secretario Ludwell y al general Smith, aprovechándose de esta oportunidad el gobernador y la Asamblea para solicitar una real carta. Gracias a los esfuerzos de estos comisionados, concedióseles la gracia solicitada; pero habiéndose demorado la carta, por causa de los sellos, quedó finalmente sin curso, por la noticia que se recibió de haber estallado una rebelión en la Virginia.

La causa inmediata de aquel movimiento popular fue una guerra entre los indios. El hombre que se ofreció como caudillo de los colonos fue Nathaniel Bacon. Antes de pasar adelante en nuestra narración, debemos recordar que los virginianos habían padecido demasiado por las irrupciones de los salvajes, para no estar predispuestos, aun después de un intervalo de treinta años de paz, a recelar lo peor en cuanto a su carácter e intenciones, recelos que debían aumentarse con la guerra sostenida por Philip de Pokanoket en Massachusetts. La tribu de los Senecas había atacado y arrojado a los Susquehanmalhs sobre las fronteras de Maryland, en cuyo Estado se había encendido la guerra, que se extendió hasta la Virginia. Durante las hostilidades, cometieron los indios muchas tropelías, siendo víctima de ellas, entre otras, un colono llamado John Washington, procedente del norte de Inglaterra, al cual debe su origen aquella familia de la cual salió un siglo después el ilustre libertador y padre de su patria. Dicho sujeto había reunido cierto número de sus vecinos, y sitiado con ellos un fuerte indiano; pero desgraciadamente dio la muerte a seis jefes que le fueron enviados para tratar de reconciliación, y los salvajes vengaron esta ofensa, según su costumbre, con el asesinato, el saqueo y el incendio.

Trató la Asamblea de cortar aquel conflicto con un sistema muy bien calculado, pero sumamente dispendioso, de construcción de fuertes y levas en masa para proteger la comarca, con lo cual se aumentó el descontento, criticándose el plan como absurdo y opresivo, al propio tiempo que reclamaba el pueblo con instancia activas y enérgicas operaciones. Era Bacon uno de los que mas amargamente se quejaban de estas medidas. En toda la fuerza de su virilidad; educado en el Temple: muy diestro e insinuante, y con grande influencia por sus relaciones, declaró su determinación de obrar por su propia autoridad. si se le negaba cierta comisión que había solicitado.

Hallábase el pueblo en general altamente sobrexcitado, cuando se recibió la noticia de que los indios acababan de asaltar la plantación de Bacon, y asesinado a algunos de sus sirvientes. Al punto

corrió Bacon a las armas, y reuniendo unos quinientos o seiscientos hombres, voló en persecución del enemigo. Empero, viendo el gobernador en este proceder un insulto hecho a su autoridad, proclamó a Bacon como rebelde, le destituyó de su empleo de consejero, y exhortó a sus secuaces, en nombre de la ley, a que se dispersaran inmediatamente. Algunos de los insurgentes obedecieron la intimación, regresando a sus casas; pero esta defección no detuvo al caudillo, que prosiguió adelante en la persecución de los indios. Algunas partidas de estos permanecían pacíficos, aunque eran sospechosos para los colonos, y cuando Bacon y su gente se vieron casi exhaustos de víveres, se acercaron a uno de sus fuertes pidiéndoles alimentos. Después de aguardar tres días, hasta verse en el último extremo de necesidad, vadearon los ingleses el río, resueltos a alcanzar por la fuerza lo que se les negaba de grado. Un tiro disparado desde la margen que acababan de dejar, decidió a Bacon a atacar el fuerte, donde acuchilló a ciento cincuenta indios. Esto es al menos lo que se dijo, con referencia a su propia declaración.

El gobernador Berkeley había reunido apresuradamente un cuerpo de tropas, y marchaba contra Bacon y sus partidarios; pero hubo de detenerse por los alborotos que se promovieron en los condados inferiores. Su autoridad en la capital se le fue de las manos; disolvióse la antigua Asamblea, y Bacon fue uno de los *burgesses* nuevamente elegidos; mas habiéndose aventurado a acercarse a Jamestown en una balandra, con su gente armada, fue preso y obligado a pedir humildemente perdón de su revoltosa conducta. La Asamblea procedió sin levantar mano a devolver sus franquicias a los hombres libres, empeñándose en efectuar las reformas necesarias en casi todos los ramos de la administración.

Bacon, aunque perdonado y restablecido en su puesto en el Consejo, se ausentó de Jamestown poco después, y habiendo reunido cuatrocientos hombres de los condados superiores, presentóse repentinamente en aquella ciudad. En esta ocasión, tuvieron por necesidad que dar oídos a sus demandas, aunque el altivo y anciano gobernador se rasgó, según dicen, su vestido, y exponiendo su pecho desnudo ante las armas de los revoltosos, exclamó: «¡Apuntadme aquí! ¡Por Dios, que es bueno el blanco! ¡Matadme!» Mas Bacon, sin dejarse llevar de la ira, contestó: «Dispense vuestra señoría: no tocaremos a un solo cabello de su cabeza, ni de la de nadie. Hemos venido para pediros que salvéis nuestras vidas de las asechanzas de los indios, lo que tan frecuentemente nos habéis prometido, y ahora lo obtendremos antes de marcharnos.» Dirigieron los insurgentes la misma petición a la Asamblea, amenazándola, caso de negarse; y tanto por esta circunstancia, como por hallarse entre sus miembros ardientes partidarios de Bacon, se apresuró a rendirse ante el movimiento popular, obligando al gobernador a someterse, bien a pesar suyo, y nombrando a Bacon comandante de las fuerzas que se enviaran contra los indios. Arreglada así esta cuestión procedió la Asamblea a adoptar muchas reformas necesarias, que fueron conocidas entre el vulgo con el nombre de Leyes de Bacon, las cuales propendían a deprimir las exorbitantes pretensiones del partido aristocrático, y a devolver a la masa del pueblo los privilegios que se le habían arrancado. Aun cuando estas leyes fueron derogadas más adelante en su totalidad por el gobierno del país, algunas de las mas importantes continuaron vigentes, adoptándolas las asambleas que se sucedieron casi en los mismos términos en que fueron redactadas.

Empero había de prolongarse todavía la lucha entre las partes contendientes. Apenas hubo marchado Bacon para someter a los indios, cuando expidió Berkeley una proclama, denunciando a Bacon como rebelde, poniendo a precio su cabeza y decretando la dispersión de sus partidarios. Indignado Bacon de semejante tratamiento, retrocedió inmediatamente, y el gobernador huyó aterrado de la capital. Diéronse al momento pasos para reorganizar el gobierno; convocóse otra vez al pueblo; se publicó un manifiesto, y se dictaron órdenes con objeto de proceder a una nueva elección de *burgesses*. Bacon volvió a partir para continuar la guerra contra los indios, lo que movió a Berkeley a emplear todos los medios que estaban en su mano para recuperar su perdida autoridad. Contra lo que generalmente se creía, alcanzó su objeto; pero esto no fue sino un triunfo efímero, pues bajando Bacon de la comarca alta, con sus tropas que acababan de vencer en el Bloody Run, sitió a Jamestown; la reconquistó, y para evitar que volviera a ocuparla Berkeley, mandó arrasarla

hasta los cimientos. Un gran cuerpo de tropas, a las órdenes del coronel Brent, marchaba para atacar a Bacon; pero aterrorizados los soldados con la prontitud de su triunfo, se dispersaron sin aventurar el combate.

Quedaba Bacon completamente vencedor, y libre de llevar a efecto sus planes en toda su extensión; pero nunca pudo saberse con exactitud lo que se proponía, pues poco tiempo después de su triunfo murió repentinamente. Tuvo lugar este acontecimiento en enero de 1677, y como él era el alma que vivificaba el movimiento popular, cayó con él también todo esfuerzo sistemático para lograr satisfacción de los anteriores agravios[61]. Los partidarios de Bacon fueron presos en su mayor parte, y habiendo vuelto Berkeley a empuñar las riendas del gobierno, adoptó un sistema de cruel venganza, que mancilló su nombre y su elevada posición. No bajaron de veinte y cinco las personas a quienes hizo sufrir la última pena, luego que se hubo posesionado del mando. Horsford fue ahorcado; Drummond, de la Carolina del Sur, tuvo la misma suerte. Habíase vuelto tan sanguinario Berkeley, que la Asamblea le dirigió las más enérgicas protestas, y cuando llegaron los comisionados del rey para inquirir la causa de la rebelión, quedaron aterrados al ver tanta crueldad, empeñándose en poner coto a tan espantosa matanza. Grande fue la indignación que excitó en Inglaterra la conducta de Berkeley. Dícese que Carlos II, al oír el relato de sus hechos, exclamó: «Ese viejo loco ha quitado más vidas en aquella despoblada comarca, que yo en Inglaterra por el asesinato de mi padre.» Berkeley tardó poco en regresar a la madre patria, donde falleció algún tiempo después de su llegada.

El resultado de la rebelión de Bacon fue perjudicial para los intereses de los colonos. Verdad es que obtuvieron algunas ligeras concesiones sus justas demandas; pero la mayor parte de los abusos que había provocado la insurrección quedaron subsistentes en toda su fuerza y plenitud. La totalidad de las *Leyes de Bacon*, aprobadas por la Asamblea popular, fueron anuladas; las franquicias quedaron restringidas como antes, y no como en su origen únicamente a los terratenientes, y la Asamblea elegida por ellos debía reunirse solo una vez todos los años, no debiendo durar sus sesiones mas de quince días, a no ser que ocurrieran circunstancias especiales. Agobiados con tener que cumplir mas estrictamente todavía las leyes de navegación, que los arruinaban; rebajado el precio del principal producto de sus campos, el tabaco; gravados además con la pesada carga de sostener un cuerpo de tropas inglesas; habiéndoles prohibido hasta sentar una prensa para imprimir, los virginianos tenían que sobrellevar sus penas y trabajos del mejor modo que pudieran hacerlo, con la esperanza de que tarde o temprano llegaría el día de la reparación.

Durante algunos años, el gobierno de la Virginia parecióse mucho al de la madre patria, en cuanto al abandono, corrupción y rapacidad de las autoridades. Dejamos dicho que toda la colonia había sido cedida a Culpepper y a Arlington. El primero de aquellos nobles obtuvo de su socio, en 1680, la cesión de la parte que le pertenecía, habiéndosele conferido además el nombramiento de gobernador vitalicio, como sucesor de Berkeley. El espíritu de sórdida avaricia que infectaba la corte de Inglaterra, fue el único móvil que impulsó a Culpepper a solicitar tales privilegios, sirviéndole también de guía en su administración. Precisado a dejar, mal de su grado, las delicias de la corte por el gobierno de una remota provincia, la única compensación que pudiera encontrar durante su destierro, era sacar de ella el mejor partido posible. Al llegar a Virginia trajo consigo una amnistía general por los recientes delitos políticos, y un decreto para aumentar las rentas reales con nuevos impuestos y gabelas. Diósele un sueldo de 8.000 pesos fuertes, doble del que disfrutaba Berkeley, y él se ingenió por su parte para aumentar sus emolumentos y satisfacer su codicia con gajes y concusiones. La opresión empezó a hacerse sentir tan duramente, aun para los más ardientes realistas, que se manifestaron síntomas de oposición en la misma Asamblea. La miseria de los

61 Mr. Ware, en su notable *Memoria referente a Nathaniel Bacon*, dice, que «no parece haya razón para dudar de la pureza de los motivos que le impulsaron; y de la ingenuidad y sencillez de su carácter.» Mr. Ware pone también en duda la aseveración emitida por Hening, de que Bacon murió envenenado.—Véase *Biografía Americana*, por Sparks. tomo XIII, págs. 239-306.

colonos les había inducido a solicitar se impusiera un año de cesación en el plantío del tabaco; pero la Asamblea no pudo hacer otra cosa que someter la solicitud al «beneplácito del rey», y durante aquel tiempo, exasperados los colonos, arrancaron todas las plantas de tabaco. Estos desmanes, dictados por la desesperación, dieron lugar a varias ejecuciones, y se expidieron leyes para prevenirlos en lo sucesivo. Después de haber manejado así su administración durante tres años, Culpepper se dio por satisfecho, y cedió su patente, a trueque de una pensión de 2.400 pesos fuertes.

En 1684 reemplazó Lord Howard, de Elfingham, a Culpepper, sobrepujando a su predecesor con sus extorsiones. Multiplicáronse los gajes, y en 1687 se estableció un tribunal de justicia, del cual se declaró único juez el mismo gobernador. El despotismo iba llegando rápidamente a su apogeo. El gobernador había estacionado una fragata para compeler a la más estricta observancia de las leyes de navegación, y un derecho adicional de sisa sobre la importancia del tabaco en Inglaterra vino a desalentar todavía más al comercio. El comportamiento del gobernador con la Asamblea hízose de día en día más arbitrario, hasta que ya no quedó casi sombra de libertad popular. Tal era el estado de los negocios e intereses públicos en la Virginia, al advenimiento al trono del último de los Estuardos. Habiéndose manifestado síntomas alarmantes de insubordinación, no solamente en el pueblo, sino también en la misma Asamblea, que se atrevió a disputar el veto al gobernador, esta corporación fue disuelta sumariamente por orden del despótico monarca. Empero, el mismo espíritu que iba a ocasionar la expulsión de Jacobo II del trono de Inglaterra, se había despertado también con toda viveza en el pecho de los virginianos, antes tan leales, y de cuya fidelidad abusó tan cruelmente una raza de reyes altaneros; así que la siguiente Asamblea, reunida en 1688, se mostró tan resuelta a mantener sus privilegios, que el gobernador, contando con el apoyo del monarca, después de haber tanteado las intenciones de la misma, se decidió a disolverla por su propia autoridad. Los diputados, por su parte, comisionaron a Ludwell, en otro tiempo uno de los mas influyentes realistas, para que marchase a Inglaterra a entablar su apelación contra el gobernador.

Philip Calvert, según queda dicho en uno de los capítulos anteriores, se había afirmado en el gobierno de Maryland en 1660. Durante algunos años todo marchó prósperamente; extendíanse los colonos por aquel territorio, y la perspectiva de incremento en riqueza y población, era tan brillante como halagüeña. Lord Baltimore se empeñó en alegar el derecho que creía asistirle para ejercer su jurisdicción hasta en las márgenes del Delaware; mas chocó con la mala voluntad de los empleados del duque de York, tan poco dispuestos a consentirlo, como los holandeses cuando estaban en posesión de Nueva Holanda. Del propio modo que en la Virginia era la principal fuente de su riqueza el cultivo del tabaco, ésta había recibido un grande impulso con el trabajo de los esclavos, y un desaliento proporcional fue el resultado de las leyes de navegación, que privaron de una cuantiosa renta a la colonia con los impuestos sobre el tabaco exportado en buques holandeses. A imitación de lo que se había hecho con la Virginia, se impuso un derecho de dos chelines por cada *bocoy* de tabaco exportado, la mitad de cuya cantidad se destinaba a sufragar los gastos coloniales, y la otra para el propietario, como renta personal.

Las sabias y prudentes medidas de Lord Baltimore, hicieron que produjera Maryland más beneficios al propietario que ninguna de las otras colonias americanas; así fue que en su ancianidad obtuvo este hombre público una bella compensación de sus afanes. A su fallecimiento, tenía la provincia diez condados con unos diez y seis mil habitantes, en su mayor parte protestantes. Este hecho indujo al R. Mr. Yeo de Patuxent a dirigir una carta al arzobispo de Cantorbery, quejándose no solamente de la desmoralización de la colonia, sino también del hecho de no disfrutar rentas fijas el clero de la iglesia anglicana, como sus hermanos de la Virginia; añadiendo que, por lo tanto, su posición no era tan respetable, ni convenientemente calculada para producir el bien, como debiera serlo. Cuando, después del fallecimiento de Lord Baltimore, llegó su heredero y sucesor a Inglaterra, el obispo de Londres, bajo cuya jurisdicción se habían puesto las colonias, se empeñó vivamente en obtener del nuevo Lord que proveyese al mantenimiento de la iglesia anglicana, pretensión a que a duras penas pudo resistirse. El sentimiento popular de la época era, sin embargo, tan desfavorable para los católicos romanos, tanto en Inglaterra como en la colonia misma, que

Carlos Il expidió una orden para que sólo se confiriesen los empleos a los protestantes, exceso de autoridad para el cual no le facultaban los términos de la carta otorgada al padre del Lord, que eximía al propietario de la intervención del monarca. El pueblo de Maryland, sin embargo, no hizo aprecio de aquella medida tan arbitraria por parte del rey.

Durante la permanencia de Lord Baltimore en Inglaterra, fue cuando los protestantes de la colonia, acaudillados por Fendal, el primitivo gobernador, que era hombre entendido en materia de conmociones populares, se pronunciaron contra el propietario bajo el pretexto de que era Papista. Este último apresuró su vuelta; reprimió bien pronto la insurrección, y dispuso el arresto de Fendal, que juzgado y reconocido culpable, fue desterrado por un año.

Aunque Jacobo II era un franco católico romano, así como Carlos II lo era secretar mente, no favoreció, al ocupar el trono, al propietario de Maryland, sino que antes por el contrario, dispensó su protección al cuáquero William Penn, sobre todo en la cuestión de límites; y en su consecuencia, Lord Baltimore tuvo que ceder ante las reclamaciones de su vecino. Ni aun la carta de Maryland pudo salvarse, pues a pesar de cuanto hizo el gobernador, el monarca expidió contra ella el *Quo Warranto*. Lord Baltimore volvió apresuradamente a Inglaterra para defender sus derechos; pero antes de que pudiera arreglarse este asunto, Jacobo II abandonó el trono, y entonces todos los negocios se pusieron bajo otro pie. Veremos más adelante qué efecto produjo en las colonias americanas el cambio político ocurrido en Inglaterra.

14.
Origen y progreso de las Carolinas (1630-1690)

La patente de Heath en 1630. Colonización en 1660. Los propietarios. Disposiciones de la carta. Medidas adoptadas respecto a los pobladores. Albermale-Clarendon. Segunda carta. Predicaciones de Jorge Fox. El gran Modelo *de Juan Locke. Bosquejo de su plan. Emigrantes en tiempo de Sayle. Intrigas de los Españoles. Emigracion bajo el Gobierno de Yeamans. Descontento de los propietarios. Aumento de población. Asuntos de la Carolina del Norte. Disturbios. Sothel. Los filibusteros favorecidos por los Carolinos. Jacobo I y el* Quo Warranto[62]*. Nuevos disturbios en la Carolima del Sur. Progreso de las Carolinas del Norte y del Sur.*

Ya hemos dicho cuáles fueron los desastrosos resultados que obtuvieron los franceses cuando trataron de fundar una colonia en las costas de la Florida. España no había querido nunca ceder de sus derechos sobre aquel territorio, pero no adelantaba un paso en punto a colonización, contando sólo con alguna que otra colonia aislada en la costa. Raleigh y Gilbert, a pesar de sus esfuerzos, no pudieron obtener tampoco el resultado apetecido y ni aun el privilegio concedido por Carlos I en 1630 a Sir Roberto Heath, su procurador general, para que a cierto espacio situado al Sur de Virginia se le llamase *Carolana*, bastó para promover la colonización. La patente de Heath fue por lo tanto declarada nula, no habiéndose llenado las condiciones con que fue concedida; mas no obstante, varios puntos de aquella fértil tierra, fueron ocupados durante los quince o veinte años siguientes por algunos grupos de emigrantes. Muchas personas que sufrían persecución en Virginia por cuestiones religiosas, se refugiaron en aquellos límites, poblando una parte del país por las orillas del Chowan. Otra pequeña partida de aventureros, que había huido de Nueva Inglaterra, se estableció hacia 1660 cerca de Fear Cape River; pero habiendo visto que la tierra no era productiva y que los indios vecinos no demostraban las mejores intenciones, la mayor parte de los emigrantes se volvieron a su país. En honor de Massachusetts debe consignarse que en 1667 se concedieron socorros para aliviar a los que se hallaban en la miseria.

---

62 Hemos subrayado esta palabra, como está en el original, porque no tiene una traducción exacta, pues *Quo* es latín y *Warranto* se deriva de *Warrant*, que significa auto, decreto, escritura, privilegio, etc. (N. del T.)

Poco después de la Restauración, unos cuantos caballeros del más elevado rango, entre los que se contaban el conde de Clarendon, Monk, el duque de Albermale, los lores Berkeley, Craven, Ashley, Sir Juan Cartaret, Sir Colleton y Sir Guillermo Berkeley, gobernador de Virginia, «excitados —según dijeron— del más laudable y piadoso celo por la propagación del Evangelio», pidieron cierta extensión de terreno en las partes incultas de América, habitadas sólo por un pueblo bárbaro, que ignoraba la existencia de Dios. Carlos II accedió inmediatamente a su petición, erigiéndose fuera del territorio, al sud de Chesapeake, la nueva provincia de Carolina, que abrazaba la región comprendida desde Albermale Sound hasta el río San Juan, por la parte del sur, y hasta el Pacífico por la de Poniente. La carta autorizaba a los ocho propietarios, cuyos nombres hemos citado, para que decretaran y publicasen cuantas leyes juzgasen necesarias, mediante el consentimiento, parecer y aprobación de los hombres libres de la colonia; permitíaseles asimismo crear tribunales de justicia, nombrando jueces civiles, magistrados y oficiales; erigir fuertes y castillos, levantar ciudades; hacer guerra en caso necesario; establecer la ley marcial, y últimamente construir puertos y poner aduanas que fijasen derechos sobre los géneros de carga y descarga; pero todo esto, según ya se ha dicho, previo el consentimiento de los hombres libres de la colonia. Merece particular mención una de las disposiciones de dicha carta. El rey autorizaba a los propietarios para que observasen respecto a los habitantes de la provincia, la tolerancia religiosa que en su concepto juzgaran oportuna y razonable, con la expresa condición de que ninguna persona que hiciera uso de semejante libertad fuese molestada, castigada o interrogada por su diferencia de opiniones en materias de religión, siempre y cuando no obstante que no alterase el orden público y la paz de la comunidad.

La primera medida de los propietarios, fue naturalmente atraer a los pobladores de Nueva Inglaterra y de Virginia que aun permanecían en dichos puntos; y en consecuencia se les hicieron muy buenas proposiciones, tales como ceder cien acres de tierra a cada individuo libre, libertad de conciencia y una participación en el gobierno, etc.; pero, por las razones ya expuestas, la colonia de Cape Fear no había obtenido buen éxito, y así los emigrantes de Nueva Inglaterra no quisieron ir a la naciente provincia.

Con los pobladores de la Virginia en el Sound, cuyo punto, comprendido el distrito vecino, había recibido el nombre de Albermale, Berkeley, a quien se había encargado la dirección, siguiendo las instrucciones que se le dieron, no se mostró tan pródigo en las concesiones, por creer los propietarios que aquella gente era más fácil de contentar; pero con los demás, entre los cuales se contaban muchos que habían abandonado la Virginia muy descontentos, y cuyo carácter se conocía bastante bien, creyó oportuno proceder con prudencia. Facilitando pues los medios para adquirir tierras y nombrando gobernador al popular William Drumond, el mismo que después fue muerto en la rebelión de Bacon, no trató de intervenir en los demás asuntos de los pobladores. Sentimos consignar aquí que los nobles propietarios no atendieron a los intereses espirituales de los colonos ni a la conversión de los indios, por más que al pedir el territorio fuera su principal objeto la propagación del Evangelio.

Algunos pobladores de Barbados que habían recorrido la costa de la Carolina, hicieron un convenio con los propietarios para trasladarse a las inmediaciones de Cape Fear River, cerca de la abandonada colonia de los habitantes de Nueva Inglaterra, y entonces, Sir John Yeamans, miembro de la sociedad, fue nombrado Gobernador del nuevo distrito, que recibió el nombre de *Clarendon*. Sir Yeamans recibió el especial encargo de «proporcionar todas las ventajas posibles a la gente de Nueva Inglaterra, porque así podía esperarse una numerosa emigración»; y el nuevo Gobernador, siguió aquellas instrucciones tan acertadamente, que bien pronto consiguió reunir los restos de la antigua colonia. Promovió asimismo un provechoso comercio en maderas con la isla de donde él mismo había emigrado, y arregló los asuntos generales de la pequeña colonia con un tacto y prudencia tales que le aseguraban los mejores resultados.

Cuando los propietarios de la Carolina hubieron conocido mejor las condiciones geográficas de aquella región, concibieron el deseo de ensanchar su territorio, y en consecuencia, en el mes de

junio de 1665, obtuvieron una segunda *Carta* en virtud de la cual se extendieron los limites de la Carolina tanto por la parte del Norte como por la del Sur. Habiéndose otorgado en 1667 una segunda concesión, fueron trasferidas a los mismos propietarios las islas de Bahama. Las emigraciones de Virginia y Nueva Inglaterra, contribuyeron al aumento de la colonia de Albermale, y bajo Stevens, que sucedió a Drumond, en el cargo de Gobernador, se decretaron las primeras leyes por una Asamblea compuesta de dicha autoridad y un consejo formado de doce delegados elegidos por los colonos.

Algunos años después, los propietarios confirmaron a los pobladores en la posesión de sus tierras mediante una promesa solemne, autorizándoles para que eligiesen seis consejeros además de los que ellos habían nombrado ya. Hacia la misma época, el famoso Jorge Fox, fundador de la secta de los cuáqueros, visitó la colonia de Albermale, y merced a sus predicaciones y esfuerzos dio un gran impulso al cuaquerismo en aquella comarca.

Como la vasta extensión de territorio de que se habían encargado los propietarios exigía que se estableciese un gobierno permanente, confióse la misión de formarlo a Shaftesbury, quien llamó en su ayuda al bien conocido Juan Locke. Este eminente metafísico proyectó un *Gran Modelo*, que prueba de una manera singular cuán difícil es, tanto en la teoría como en la práctica, regular satisfactoriamente la posición y reclamaciones de gobernados y gobernantes. Baste decir que no se llevó a cabo el proyecto, ni era de esperar que así sucediese en una naciente colonia. En obsequio al autor, haremos aquí, no obstante, un breve resumen de sus disposiciones.

«Se nombrará jefe perpetuo al propietario de edad mas avanzada, debiendo sucederle a su muerte el que le siga en años. Dicho jefe será a la vez presidente del tribunal que él formare, y para el cual se crea una Junta compuesta de tres propietarios a cuyo cargo corre la administración de todos los asuntos que les competan. El citado tribunal debe funcionar en nombre del rey, aprobando o desestimando cuantas leyes se hagan por la diputación de la colonia, y se autoriza asimismo al jefe para que nombre un gobernador, el cual, después de obtenida la real aprobación, será representante de aquel en la Carolina. Cada uno de los siete propietarios tendrá el derecho de nombrar un diputado que le represente en las asambleas para- obrar con arreglo a sus instrucciones. Además del gobernador, y a semejanza de lo dispuesto en la antigua constitución Sajona, se-formará un Congreso con Cámaras alta y baja, dándose a todo ello el nombre de Parlamento, el cual debe encargarse de legislar el país, y será reelegido cada dos años. Cualquiera disposición adoptada por las Cámaras no tendrá efecto a menos que se ratifique en pleno parlamento, durante la misma sesión; y aun así, no continuará en vigor sino hasta el bienio siguiente, a menos que en el ínterin fuese confirmada con la rúbrica y sello del jefe y tres propietarios. La Cámara alta debe componerse de siete diputados electos entre los landgraves y caciques mas ancianos, y de otros siete designados por la Asamblea; y la Cámara baja, así como en otras provincias, se formará con los representantes de los diferentes condados y ciudades. Se crearán igualmente varios cargos oficiales, tales como el de almirante, secretario, juez, inspector, tesorero, mariscal y un notario; y además de esto, cada condado debe tener un sheriff y cuatro jueces de paz. La nobleza se compondrá de barones, caciques y landgraves, dándose a los primeros doce mil acres de terreno, a los segundos veinte y cuatro y a los terceros cuarenta y ocho mil, con la condición de ser inenajenables sus posesiones. También han de nombrarse oficiales militares, y todos los habitantes desde 16 a 60 años, quedan obligados a empuñar las armas cuando, en tiempo de guerra, les intimare la orden el gobernador o el gran Consejo. Con respecto a la religión, se fijan tres puntos principales; el primero, creer que hay Dios, el segundo que se le debe amar sobre todas las cosas y el tercero que es único y verdadero, y que el deber de todo hombre es decir la verdad cuando sea requerido a prestar testimonio. Aquel que no aceptare este artículo de fe, no podrá ser declarado libre ni tener posesión alguna o vivir en la Carolina. Prohíbese expresamente perseguir a nadie por su manera de observar el culto, y a cada cual se le deja completa libertad de conciencia para que adore a Dios del modo que a su juicio crea más conforme con la Divina voluntad y la Palabra revelada. A todo hombre libre de la Carolina, se le concede además una autoridad absoluta sobre sus esclavos, *sea de la opinión que fuere*.»

Tal era en resumen el complicado plan de gobierno propuesto por Juan Locke, plan, que según observa juiciosamente Mr. Hildreth, «comprendía y aun exageraba algunas de las peores condiciones y formas del sistema feudal.» Por esta razón, cuando se intentó llevarlo a cabo, viose que era de todo punto impracticable. Entre tanto, los colonos hacían por cuenta propia cuanto reclamaban sus necesidades en materia de legislación, hallándose por lo tanto muy poco dispuestos a favorecer cualquiera medida de que pudieran dispensarse sin la intervención de los propietarios.

Después de transcurrido mucho tiempo hiciéronse a la vela tres buques con una partida de emigrantes, confiándose el mando al capitán William Sayle, a quien ya se había empleado algunos años antes en otra exploración. Para atender a los- gastos necesarios para el establecimiento de la colonia, se invirtieron 12.000 libras. Poco después de su marcha, tocaron los viajeros en Puerto-Real, donde descubrieron vestigios de la fortaleza construida por los hugonotes, y al fin, se establecieron en un punto situado entre dos ríos, a los cuales llamaron el Ashley y el Cooper, nombres de familia de Lord Shaftesbury. Allí fue donde echaron los primeros cimientos de Charleston; pero algunos años después, trasladáronse a la ciudad actual, que ofrecía más comodidades por su situación. Antes de verificarse esta mudanza, murió Sayle, sucediéndole sir John Yeamans, gobernador de Clarendon, quien introdujo en la colonia una partida de negros de Barbados, los cuales se aumentaron de tal modo, que pronto fueron doblemente numerosos que los blancos. De este modo se organizó el trabajo de los negros en la Carolina, cuyo suelo y clima se prestaban muy especialmente al objeto. Teniendo en cuenta la inmensa distancia que había entre la nueva colonia y Albermale, formaron los propietarios un gobierno separado, y de aquí nacieron las dos distintas denominaciones de Carolina del Norte y Carolina del Sur.

Las molestias y privaciones que hubieron de sufrir los colonos después de sus primeros trabajos, se agravaron con las intrigas y asechanzas de los españoles de Fuerte Agustín, los cuales enviaron emisarios a los pobladores de Ashley River, con el objeto de promover un alboroto, excitando por otra parte a los esclavos descontentos a que abandonasen a sus amos y huyeran al territorio español. Y tal maña se dieron para inculcar entre las tribus salvajes la más desfavorable opinión y erróneas ideas acerca de los ingleses, a quienes odiaban como herejes, que aquellos falsos indios tomaron las armas con el fin de expulsar a una raza, que nunca les hizo, ni intentó hacerles el menor daño. Las fatigas y privaciones que tenían que sufrir los colonos produjeron, como era natural, el descontento y la insubordinación, y según podía esperarse, esto ocasionó varias insurrecciones poco después, que fueron, no obstante, sofocadas por el gobernador. La guarnición española del fuerte San Agustín tuvo noticia de aquellos disturbios y envió inmediatamente una partida de gente armada, que llegó hasta la isla de Santa Elena con el objeto de desalojar o destruir a los pobladores; pero habiéndoles salido al encuentro cincuenta voluntarios al mando del coronel Godfrey, apresuráronse a evacuar la isla, retirándose a su fortaleza. Durante el gobierno de sir John Yeamans llegaron dos buques llenos de emigrantes holandeses, procedentes de Nueva York, y poco después, habiéndose tenido noticia que otros muchos pensaban emigrar también, diéronse buena maña los propietarios para infundirles ánimo, haciéndoles las más generosas ofertas.

Los colonos de la Carolina habían estado recibiendo, durante varios años, de los propietarios de Inglaterra, considerables remesas de víveres y otros efectos, siendo asimismo generosamente auxiliados con algunos miles de libras; pero al ver los segundos que en vez de correspondérseles con cualquiera beneficio, sólo recibían nuevos pedidos, se desanimaron ante aquel proceder, tan contrario a sus fundadas esperanzas. Originóse de aquí un mutuo descontento entre propietarios y colonos, resfrióse su amistosa intimidad y comenzaron a indisponerse; pero esto mismo redundó en beneficio de los últimos, porque les obligó a contar solo con sus propios recursos, haciéndoles adquirir cierta instrucción. Los propietarios, por su parte, atribuyeron la causa de tan desagradable contratiempo al desarreglo y mala administración de sir John Yeamans, quien, a principios del año, viose en la precisión de dimitir su cargo de gobernador a consecuencia del mal estado de su salud; si bien esto no le salvó, pues hubo de morir al poco tiempo.

La diversidad de opiniones y la gran confusión en que se vio envuelta la colonia poco tiempo después, es causa de que no puedan registrarse con exactitud los anales de aquel período, quedando por tanto en la oscuridad el orden y relación de los sucesos que tuvieron lugar. Al renunciar Yeamans su cargo, el consejo nombró para reemplazarle a Sir Joseph West, mas en el espacio de pocos años ocurrieron varios cambios de gobernadores, y solo de 1680 a 1685 tomaron posesión cinco distintos. A pesar de esto, ibase aumentando la población; procedentes de Inglaterra llegaron a la Carolina una porción de emigrantes, y en 1679 arribó un buque lleno de protestantes extranjeros, que enviaba Carlos II para que se dedicasen al cultivo de la vid y de los olivos y a la propagación del gusano de seda. También emigraron algunos escoceses; y muchos de los hugonotes refugiados en América después de la promulgación del Edicto de Nantes, se establecieron a lo largo de las márgenes del Santee.

Al morir Stevens, gobernador de Albermale, o sea de la Carolina del Norte, en l674, el Congreso eligió a su orador Cartwright para ocupar la vacante; pero hallándose dicho cargo sujeto a las condiciones propuestas en el *Gran Modelo*, embarcóse Cartwright para Inglaterra, acompañado del orador Eastchurch, a fin de conferenciar con los propietarios sobre aquel punto. Millar, hombre notable en la colonia, había sido acusado de sedicion; pero como quiera que se le declarase absuelto de dicho crimen. marchó también a Londres a presentar sus quejas, que fueron atendidas, concediéndosele el cargo de secretario de la colonia como una compensación de sus pasados disgustos. Poco después, fue nombrado gobernador Eastchurch, pero a su vuelta de Londres, detúvose en las Indias Orientales para contraer un enlace de conveniencia, y entre tanto Millar desempeñó sus funciones, procediendo a vigorizar las perjudiciales disposiciones del tratado de navegación, que eran una traba para el naciente comercio de los colonos.

El descontento se hizo general, y bien pronto estalló una insurrección capitaneada por John Culpepper: Millar fue preso; formóse una junta popular, y al presentarse Eastchurch para encargarse del gobierno, el pueblo rehusó someterse. Confiando en la justicia de su causa, los colonos, que habían nombrado a Culpepper recaudador de impuestos, le enviaron a Inglaterra para obtener de los propietarios la aprobacion de los cambios que acababan de hacerse; pero en el ínterin, Millar que había conseguido fugarse, acusó a Culpepper de que una vez conseguido su objeto, intentaba escaparse para cobrar las contribuciones sin la autorización del rey. Extraño parecerá sin duda que el mismo Shaftesbury, entonces muy popular, tomase a su cargo defender semejante acusación; pero ello es que así fue, y bajo el pretexto de que la falta no se había inferido a la Corona sino a los colonos, abogó con tal tino y tan buen éxito, que el jurado absolvió a Culpepper. Viendo los propietarios que sería inútil empeñarse en gobernar con arreglo al Modelo de Locke, hicieron un convenio con los colonos, prometieron una amnistía, y nombraron un nuevo gobernador, llamado Seth Sothel, hombre de carácter sórdido, que durante una administración de cinco años robó a los propietarios y a los colonos de tal modo, que el Congreso se vio en la precisión de destituirle para siempre, desterrándole luego por término de un año.

Durante la época en que fueron tan frecuentes los cambios de gobernador en la Carolina del Sur, presentáronse en Charleston para comprar víveres los famosos filibusteros, y bien fuese por temor o por interés, es el caso que tanto el pueblo como el gobernador mismo, los recibieron muy bien, excitándoles a que repitieran sus visitas. Aquella temible cuadrilla de aventureros que tiempo atrás se había lanzado a los mares de la India Oriental, donde fue dispersada por los españoles, presentábase de nuevo con motivo de la guerra con España, y habiendo obtenido el consentimiento y los medios necesarios para armarse en corso, dedicóse a perseguir el comercio y atacar las posesiones de aquella nación en América. Provistos los filibusteros de plenos poderes para obrar, fueron aumentando su fuerza con aventureros y gente perdida de todos los países, y tan atrevidas empresas acometieron, y de tal modo coronó el éxito sus hechos, que llegaron a inspirar cierta admiración, mezclada, no obstante, algunas veces de un terror pánico. Hasta llegó el caso de que uno de los jefes de los filibusteros fuese hecho caballero por Carlos II, nombrando a otro gobernador de la Jamaica. Sin embargo, los terribles abusos de aquella gente desalmada

continuaban siempre sin que tuvieran ya una razón de ser, y como la paz con España obligaba a retirarles toda clase de apoyo, el gobierno inglés comenzó a desear su desaparición. Las relaciones con los piratas no eran, sin embargo, lo único que perjudicaba a la moral y buenas costumbres de los colonos, pues terminadas aquellas persistieron en mantener con los indios cierto comercio que consistía en vender los cautivos en la India Oriental, y todo esto a pesar de las observaciones de los propietarios, que comprendieron al fin no les convendría seguir tratando con aquella gente.

Los propietarios de la Carolina ansiaban naturalmente que Jacobo II apoyase su Carta; pero el monarca, en vista de que tanto aquellos colonos como los de Nueva Inglaterra no querían sujetarse al pago de los impuestos ni a las disposiciones relativas al comercio, expidió un *Quo Warranto* contra los propietarios.

Durante aquella lucha de encontradas opiniones en la que unos querían el gobierno absoluto de los propietarios, en tanto que otros optaban por una legislación independiente y local, era gobernador Morton, quien no pudiendo satisfacer a ninguna de las partes contendientes, fue a poco reemplazado por Colleton, bajo cuya administración llegó a ser la lucha verdaderamente grave. En vano produjo el nuevo gobernador una copia del Gran Modelo con sus numerosos artículos y estudiadas disposiciones, con objeto de que se estableciera el Congreso; todos los colonos insistiendo en que sólo habían aceptado la primitiva modificación que se les propusiera, presentaron nuevas leyes en sustitución de las que regían. Inútilmente intentó Colleton obligar a los colonos al pago de los impuestos que se adeudaban a los propietarios, pues nada pudo conseguir, aun cuando, recurriendo al último expediente, publicó la ley marcial.

En medio de estos disturbios, el famoso Sothel, desterrado últimamente de Albermale, apareció de nuevo en aquel campo de Agramante, y habiéndose puesto a la cabeza de la oposición, formóse un nuevo Congreso, el cual después de destituir a Colleton le desterró, nombrando a Sothel para que le reemplazara. A pesar de todos estos contra tiempos y peripecias, las Carolinas seguían progresando en sus adelantos, y tanto las colonias del Norte como las del Sur estaban ya planteadas perfectamente, abrigándose fundadas esperanzas de un próspero porvenir.

15.
Penn y Pensilvania (1661-1688)

William Penn. Su educación y pronta carrera. Cualidades de su carácter. Pensilvania. Condiciones de la Carta. Pobladores. Proposiciones a los emigrantes. Conducta observada con los indios. Víveres. Reclamación del Duque de York. Viaje de Penn a Nueva York. Reunión de los hombres libres. Disposiciones adoptadas. El Código de las leyes. Cuestión de límites. Entrevista con los indios. Comercio con los indígenas. Fundación de Filadelfia. Sesión del Cuerpo legislativo y sus actos. Prosperidad de la colonia. Penn vuelve a Inglaterra y se hace favorito de Jacobo II. Disgustos y cuestiones con los colonos y su resultado. La prensa de imprimir. Escuela pública. Los bajos condados de Delaware. Destitución de Penn.

El nombre de William Penn es uno de los mas ilustres en la historia de la colonia Americana, y bien merece la estimación y respeto que se le ha profesado y se le profesa tanto por los filántropos como por los patriotas. Este hombre notable era hijo único del almirante Penn, quien se distinguió en tiempo del protectorado de Cromwell por la conquista de Jamaica, y más tarde por su conducta y valor durante la guerra con Holanda, en el reinado de Carlos II, del cual era favorito, así como lo fue después de su hermano el Duque de York. El joven Penn empezó su carrera entrando como miembro de la Cámara de los Comunes en la ciudad de Oxford, justamente en la época en que los cuáqueros, luchando con el descontento y oposición de todas las sectas y partidos, persistían en propagar sus perniciosas doctrinas. Habiendo contraído relaciones amistosas con un predicador cuáquero a quien llegó a tratar con la mayor intimidad, el hijo del almirante se convirtió a las

doctrinas de la nueva secta, adoptándolas con tal entusiasmo, que fue desterrado y expulsado de la Universidad al poco tiempo. Este incidente exasperó a su padre, el anciano almirante, quien le castigó, echándole de su casa; pero poco después. arrepentido sin duda de esta severa medida. envióle a viajar por Europa, con la esperanza de que, llegando el joven a conocer mejor el gran mundo, se curaría de su excéntrico entusiasmo. En efecto, los viajes que hizo Penn ensancharon su inteligencia suavizando notablemente sus costumbres.

A su vuelta a Londres, que tenía por objeto estudiar leyes en Lincoln's Inn, se le consideró como un perfecto y cumplido caballero. «El deseo de adquirir gloria, decía él después, estuvo a punto de arrastrarme.» Pero su buen sentido le hizo comprender lo que valían las vanidades del mundo y cuantos eran los vicios de la sociedad, cuyas reflexiones, coincidiendo con un viaje que casualmente hizo a Irlanda en compañía de su antiguo amigo el predicador cuáquero, despertaron en él otras ideas, y resolvió consagrarse al amor de sus hermanos, observando una imparcial tolerancia. Más de una vez se le oyó decir: «Dios en su infinita bondad guió mis pasos en aquel crítico momento, en que me hallaba en la flor de mi juventud.» Penn empezó desde luego a propagar las doctrinas de que era tan ardiente partidario, las cuales observó, afrontando toda clase de contratiempos. Habiendo sido preso en Irlanda algún tiempo después, se le puso por fin en libertad y volvió a Inglaterra, donde fue objeto de la animosidad y de las burlas de cuantos le conocían, sin contar con la cólera de su padre, quien por segunda vez le despidió de su casa. Mas el joven Penn era un espíritu demasiado elevado para intimidarse por esto, y ni las amenazas ni las promesas, vencieron su energía. «Decid a mi padre, exclamó, al ser conducido a la Torre de Londres, que antes de renunciar a mis opiniones, me servirá de tumba la prisión, y que no debo temer nada porque sólo ante Dios soy responsable de mi conciencia.» Penn fue desterrado más tarde y estuvo muchos meses ausente de su patria, pero al fin se le absolvió de la pena por la influencia del Duque de York, que, según ya hemos dicho, era íntimo amigo de su padre así como también del joven. Por entonces enfermó el altivo almirante, y hallándose ya en su lecho de muerte, reconcilióse con su hijo, recomendándole con la mayor eficacia al Duque de York, del cual era favorito y a quien trataba con la mayor intimidad.

Algunos años antes Penn emprendió lleno de fe la gran obra que había de darle nombre, y no tardó en ser llamado para tomar una parte activa en los asuntos de sus compañeros los cuáqueros de Nueva Jersey. El joven había procedido en todo con tal prudencia, demostrando en varias ocasiones tan profunda sabiduría y buen sentido, que no es de extrañar se le mirase con la mayor deferencia y respeto tanto en su patria como en América. El padre de Penn había encargado a su hijo, antes de morir, reclamase al gobierno 16.000 libras que se le adeudaban; pero como era muy difícil, si no imposible, el cobro de semejante suma, con un rey como Carlos II, Penn solicitó obtener en vez del metálico, una porción de territorio en América, lo cual consiguió merced a la influencia del Duque de York y otros cortesanos. Con este motivo, en una carta escrita el 5 de enero de 168l dijo Penn lo siguiente:

«En este día y después de innumerables audiencias, reclamaciones y disputas, se me otorgó con el gran sello de Inglaterra el territorio pedido, al que el rey puso por nombre Pensilvania (Pensilvania), para honrar el recuerdo de mi padre, concediéndoseme los poderes y privilegios necesarios. Yo había deseado darle el nombre de Nueva-Gales, por ser un país montañoso; mas habiéndoseme rehusado la petición propuse el de Sylvania, al que añadieron Penn, aun cuando yo me opuse a ello formalmente. Fui a ver al rey para que mandara suprimir aquella partícula, pero me contestó que ya era cosa hecha; y a pesar de haber ofrecido luego al subsecretario veinte guineas para que alterase el nombre, porque temí que se considerase aquello como una vanidad mía, y no como una muestra de respeto tributada por el rey a mi padre, nada pude conseguir. Podéis comunicar la noticia a mis amigos, que recibirán pronto mis proposiciones. La gracia que se me acaba de conceder es justa, y yo espero que Dios, que lo ha permitido así, después de tantos contratiempos y dificultades, bendecirá esa tierra haciendo que sea la semilla de una gran nación. Por mi parte yo tendré buen cuidado de sembrar bien.»

La carta real concedida a Penn difería muy poco de la de Maryland: se le nombraba *Señor absoluto* de Pensilvania con amplios poderes para gobernar, pero teniendo presente que para decretar leyes era necesario el parecer y consentimiento de los hombres libres de la provincia. La Corona se reservaba un veto, y el Parlamento el derecho de crear impuestos.

Dentro de los limites de Pensilvania había ya un considerable número de pobladores holandeses y suecos, y por lo tanto, en el mes de abril de 1681, remitió Penn por conducto de un pariente suyo llamado William Markham el Real decreto por el cual se le nombraba señor y propietario de aquella tierra, incluyendo adjunta una carta, en la cual, para granjearse la estimación y buena voluntad de los colonos, decía: «No vais a estar a la merced de un gobernador cuya intención sea aumentar su fortuna entre vosotros; seréis gobernados por las leyes que hagáis vosotros mismos; viviréis libres, y si tal es vuestro deseo, seréis un pueblo sobrio e industrioso. Yo no usurparé los derechos de ninguno ni oprimiré a nadie, pues Dios me ha dotado de otras ideas, concediéndome la gracia de permanecer fiel a ellas.» Markham fue también autorizado para arreglar la cuestión de límites con el propietario de Maryland.

Entre tanto, en el mes de mayo de 1681, se publicaron en Inglaterra anuncios para la venta de tierras al tipo de cuarenta *chelines*, o sea diez libras cada cien acres, sujetos no obstante a un censo perpetuo de un *chelín*. Formóse una compañía, y en el mes de julio se hicieron a la vela tres buques a bordo de los cuales iba una partida de emigrantes que debían desembarcar en las costas de Delaware, llevando instrucciones para construir la nueva ciudad, que según el deseo de Penn, debía tener el aspecto de una risueña y pintoresca población. Por la primera vez acaso, viéronse los indios tratados con filantropía y buena voluntad, observando que se les consideraba como a hermanos de la gran familia humana y no como a salvajes. En una carta escrita por Penn a los jefes de las tribus. leíase lo siguiente: «El gran Dios ha tenido a bien dirigir mis pasos a la parte del mundo que ocupáis, y el rey del país donde yo vivía, me ha concedido aquí una gran provincia, pero no es mi ánimo ocuparla sin vuestro consentimiento; soy un hombre de paz y también lo es la gente que os envío, y si hubiese entre vosotros y los nuestros alguna cuestión o diferencia, podrá arreglarse nombrando cierto número de individuos por ambas partes.»

A principios de 1682, publicó Penn su plan de gobierno en el cual se proponía no reservarse ni dejar a sus sucesores poder alguno para hacer daño, atendido que la voluntad de un solo hombre no debía perjudicar al bienestar y tranquilidad de todo el país; y teniendo en cuenta que la libertad sin la obediencia es una confusión, y que la obediencia sin la libertad es la esclavitud. El Congreso, que debía componerse en primer lugar de todos los hombres libres, y después de los diputados, no excediendo su número de quinientos ni bajando de doscientos, tendría que elegir un consejo compuesto de setenta y dos miembros, cuya tercera parte se cambiaría anualmente, y el cual sería presidido por el propietario o su representante con triple voto. No solo se confiaba a este consejo el poder ejecutivo, sino que se le autorizaba para redactar *bills* y presentarlos a la aprobación de la Asamblea. Además de esto, se confeccionó un código con cuarenta leyes fundamentales, por acuerdo de Penn y de los emigrados que pensaban establecerse en Pensilvania.

Con objeto de evitar toda futura reclamación del Duque de York o sus herederos, Penn obtuvo de aquel noble una escritura de cesión en la que renunciaba a sus derechos sobre la parte de terreno conocida en un principio con el nombre de «territorios de Pensilvania» y que tomó luego el nombre de «los tres bajos condados de Delaware.»

Una vez adoptadas todas estas medidas, embarcóse Penn en compañía de cien emigrantes, y durante todo el año, siguiéronle más de veinte buques, que volvieron sin la menor novedad; pero su viaje fue largo y desastroso, pues habiéndose declarado la viruela a bordo, murieron de esta enfermedad treinta de los pasajeros. Al fin, hacia últimos de octubre, penetró el buque en el ancho y majestuoso Delaware, anclando poco después en Newcastle. Tan pronto como circuló la noticia de la llegada de Penn, las autoridades y los colonos corrieron a felicitarle, en tanto que él presentaba sus credenciales y arengaba a la multitud prometiéndoles tanto la libertad civil como la religiosa. Continuando después su marcha por el río, desembarcó en Upland o Chester, donde encontró una

población sencilla e industriosa compuesta de suecos y cuáqueros que se habían establecido en un país, el cual, por la pureza del aire, por su agua cristalina, por lo pintoresco del paisaje, y por la rica abundancia de toda clase de víveres, excitó la admiración de Penn, quien declaró, en su entusiasmo, que «el mismo Abraham, Isaac o Jacob hubieran vivido allí muy contentos.» Un poco mas allá de aquella especie de paraíso y casi enfrente de la ciudad que se llama ahora Burlington, había ya empezado Markham la construcción de una casa en la que pensaba vivir Penn.

A principios del mes de diciembre de 1682, y después de haber hecho una visita a sus amigos de New-Jersey y de Long-Island, volvió Penn a Chester para dedicarse exclusivamente a organizar el gobierno, arreglando sobre todo la cuestión de límites, para lo cual se atrajo la buena voluntad de los indígenas. En vez de todos los hombres libres, que según el proyecto de Penn, debían componer las Asambleas, presentóse tan sólo una diputación de doce individuos, de cada uno de los condados; reunidos que fueron, eligieronse diez y ocho para formar un consejo, y con los demás quedó constituido el Congreso, acordándose que en lo sucesivo, constaría este último de treinta y seis miembros, o sea seis por cada condado, que se elegirían anualmente, observándose la misma regla con el consejo, sin más diferencia que la de ser respectivamente la mitad en número. Suprimióse la condición de que tuviera triple voto el gobernador, pero éste y el consejo quedaban autorizados para redactar de consuno, y proponer las leyes necesarias. Esta modificación, según el parecer de Penn, era un deseo espontáneo de todos los hombres libres de la colonia, y por lo tanto no fue justo acusarle veinte años después de haber usado de una indebida influencia, violando sus primitivas promesas. Redactóse después un código cuyas leyes, en todo semejantes a las que se hicieron en Inglaterra entre los emigrantes y Penn, eran ciertamente dignas de las ideas filantrópicas de este último. Hecho esto, se proclamó la tolerancia universal, según la que cada secta se cuidaría de sí misma, y cada hombre libre tendría voto y derecho para desempeñar un cargo, sin mas restricción que la de creer en Dios y no trabajar el domingo. Se estableció también un tribunal para juzgar los delitos, y se convino en que sólo el crimen de asesinato se castigaría con la pena de muerte. Abolióse la primogenitura; el matrimonio se consideró como un contrato civil, y se tomaron dos importantes disposiciones, que no pasaremos en silencio: a todos los muchachos se les enseñaría un oficio útil para evitar las funestas consecuencias de la vagancia que tantas veces conduce al crimen, y las prisiones serían otras tantas casas de corrección en donde, después de sufrir los culpables el merecido castigo, podrían ser reclamados por la comunidad.

Habiendo marchado Penn a Newcastle, vio que la cuestión de límites era por demás espinosa y de difícil resolución, pues la mayor parte de las cartas se habían concedido sin conocer a punto fijo la topografía del país, error imperdonable que naturalmente dio margen a no pocas acaloradas disputas y discusiones. No es de extrañar pues que Penn se viese envuelto en un enojoso enredo; pero confiando en su derecho, reclamó enérgicamente se le señalaran los límites de su territorio, diciendo que esto era de la mayor importancia para el futuro bienestar de los colonos, no precisamente por la cuestión de tener un poco más de terreno, sino porque se trataba de la adquisición más o menos fácil de aguas y de organizar los medios de transporte, etc. Esto fue principalmente lo que hizo insistir a Penn en sus reclamaciones, y como dijo muy bien Lord Baltimore, exigir lo que legalmente se le había concedido.

De los detalles de aquella intrincada cuestión, que a la verdad es algo oscura, se han hecho varios comentarios por los historiadores; pero ello es que después de un acalorado debate se dejó en suspenso, siendo examinada un año después en Inglaterra aunque con bastante prevención. El resultado fue conceder a Penn la mitad del territorio comprendido entre las orillas del Delaware y Chesapeake.

La famosa entrevista tradicional con los indios, bajo el gran olmo de Shakamaxon, conmemorada por el pincel de West, es probable se verificara poco después de la conferencia que tuvo Penn con Lord Baltimore para tratar de la cuestión de límites. Fue a no dudarlo una escena conmovedora y del mayor interés, y aunque es cierto que Penn tenía sobre los antiguos Estados la ventaja de tratar con una tribu débil, no lo es menos que obró con la mayor sinceridad y franqueza,

y nosotros sabemos que jamás se vertió la sangre de ningún cuáquero por disputas con los hijos de aquella región.

La buena inteligencia resultante de dicha entrevista fue por entonces un secreto. Durante su permanencia en el país, Penn trató amistosamente con los indios, albergándose a veces en sus cabañas y tomando parte en sus atléticos juegos. En cierta ocasión, según refirió él mismo a Oldmixou, se vio en un extraño compromiso del cual salió airoso gracias a su acostumbrada prudencia. Habiendo ido a visitar a un jefe indio, y llegada que fue la noche, se retiró para descansar al sitio que se le había destinado; pero quedó muy sorprendido al ver entrar al poco rato a la hija de su patrón, que siguiendo las instrucciones de su padre, fue a colocarse al lado de Penn para cumplir en todo con las leyes de la hospitalidad, según era costumbre entre otras tribus salvajes. Quedóse Penn perplejo sin saber qué hacer, mas en vez de incomodarse y reprender a la joven aparentó no haberla visto, y entonces ella se retiró a descansar.

Habiéndole parecido a Penn muy conveniente para establecer la capital de su ciudad, el terreno comprendido en la confluencia del Schuylkill y del Delaware, se convino en destinar para dicho objeto aquella localidad, a principios del año 1683, dándole el nombre de Filadelfia para demostrar en lo futuro a los hombres cuán grande era el amor fraternal que profesaban los cuáqueros a todos sus hermanos. El número de edificios se aumentó rápidamente, y a fines del año ya se habían edificado ochenta casas.

En tanto que se hacían activamente todos estos preparativos para aumentar la extensión de la nueva ciudad, en el mes de marzo de 1683, convocó Penn en Filadelfia a su nuevo Congreso, el cual aprobó una forma de gobierno con arreglo al proyecto del acta de colonización últimamente presentada; acordándose que no se harían más cambios a no ser con el consentimiento del propietario y la mayoría de los hombres libres de la provincia. Según el plan indicado y prescindiendo de las disposiciones ya expuestas acerca de este último punto, convínose en que, para impedir toda clase de pleitos se nombrarían tres peritos elegidos por los tribunales de los condados, para que oyesen y resolvieran toda clase de cuestiones y diferencias entre los colonos. Se previno asimismo que los funcionarios que faltasen a sus subalternos quedaban obligados a darles cumplida satisfacción, que se castigarían severamente todas aquellas faltas que pudieran excitar al pueblo a ser cruel, irreligioso e inmoral, y que a ninguno que reconociese a Dios, viviendo pacíficamente en sociedad, se le podría molestar por su diferencia de opiniones o costumbres. Arreglados estos puntos se votó la asignación de un sueldo para el propietario, que debería pagarse imponiendo un derecho sobre los géneros de importación y exportación; pero desgraciadamente Penn consintió en no recibir nada hasta dentro de uno o dos años y esto fue causa de que lo perdiese todo. En el año siguiente de 1684 el Congreso votó dos mil libras para atender a los gastos del gobierno, las cuales se pagarían mediante cierto derecho impuesto sobre los vinos.

Durante su permanencia en el castillo de Filadelfia Penn disfrutó por algún tiempo de la dulce tranquilidad y de los encantos de la naturaleza, teniendo la satisfacción de observar diariamente el notable aumento de su colonia. La noticia de aquella prosperidad naciente circuló bien pronto por Europa, y muchos colonos de Alemania y Holanda a quienes Penn y su amigo Barclay habían tratado durante su viaje por aquellos países, llegaron presurosos a buscar un asilo, huyendo de las tempestades de Europa, en tanto que una infinidad de cuáqueros acudía también desde Inglaterra. Con razón, pues, podía Penn vanagloriarse de haber gobernado y dirigido la mayor colonia conocida en América, en la cual germinó la primera semilla de la actual prosperidad.

Pero la actividad de Penn le indujo a volver a Inglaterra para pasar allí una temporada, y en su consecuencia, en el mes de agosto de 1684 se embarcó para su patria después de haber fundado bajo las más sólidas bases, y organizado perfectamente su provincia, en la cual dejó encomendados los asuntos judiciales a cinco jueces elegidos entre el Consejo, de los que era presidente Nicolás Moore. La administración ejecutiva quedó confiada al Consejo, teniendo a Lloyd por presidente y a Markham por secretario. Había sido tan rápido el aumento de población en Pensilvania que cuando Penn volvió a su país se contaban ya veinte establecimientos y siete mil habitantes.

Poco tiempo después de la llegada de Penn a Inglaterra subió al trono Jacobo II, quien dispensó al propietario de Pensilvania el mismo favor y amistad que le dispensara en otro tiempo el Duque de York. Es de notar que la Carta de Pensilvania fue la única contra la cual no se expidió el *Quo Warranto*.

Mientras permaneció Penn en Inglaterra tuvo que sufrir muchos disgustos y molestias por haber llegado a su noticia que acababan de renovarse en Pensilvania las mismas desagradables cuestiones suscitadas anteriormente entre los propietarios de diversas colonias, que descontentos con su limitada autoridad pugnaban por aumentarla. Promoviéronse acaloradas polémicas entre el gobernador y el Consejo, por una parte, y el Congreso por la otra, viéndose naturalmente Penn envuelto en aquella sensible contienda. Además de disgustarle el ver que se trataba de usurparle su autoridad, quejábase y con razón, de que los censos que él consideraba como una especie de remuneración por los pasados gastos hechos para fundar la colonia, se aplicasen en parte al servicio público por no haber querido el Congreso votar un presupuesto para este objeto. Penn, que se hallaba también muy poco satisfecho del Consejo, le anuló, encomendando sus funciones a cinco comisionados; pero poco después envió a Pensilvania para que le representase a un tal Blakwell, antiguo oficial que estaba en otro tiempo al servicio de Cromwell y el cual reclamó enérgicamente que se respetasen los derechos de propiedad.

Esta medida no obtuvo tampoco un resultado favorable, y después de otras muchas disensiones, deseoso Penn, según su propia frase, de *organizar el gobierno* de modo que todos quedasen contentos, resolvió ceder sus poderes al Congreso de Pensilvania para que se viera cuánta confianza tenía en sus compañeros y cuán grande era su deseo de dejarlos satisfechos. De este modo el Consejo, que ya en aquella época era muy popular en su constitución, viose revestido en 1690 con la autoridad del jefe sin más restricción que la de reservar un veto en favor del propietario. Por aquel tiempo, es decir, hacia el año 1687 comenzó a funcionar en Filadelfia una prensa de imprenta, y en 1689 expidió Penn una Carta para establecer una escuela pública.

La caída de Jacobo II fue fatal para su favorito Penn, quien se vio sujeto a las más duras pruebas. Los antiguos colonos de Delaware tuvieron envidia de la nueva colonia; promoviéronse infinitas disputas y el resultado de ellas fue la separación de los tres bajos condados, a los que se dio otro gobierno, poniendo como jefe a Markham. El mismo Penn fue poco después destituido en virtud de una orden del Consejo privado, que le relevaba del cargo de jefe de los condados de Delaware y Pensilvania.

16.
Empresas de los franceses en las colonias (1626-1689)

Nueva Francia. Misioneros Franciscanos y Jesuitas. Sus exploraciones en el Este y Oeste. Informe de Charlevoix. Guerra con las Cinco Naciones. Tregua. Trabajos de los Jesuitas. Nueva guerra. Disolución de la compañía de Nueva Francia. Marquette y el Mississippí. La Salle. Viaje a la embocadura del Mississippí. Luisiana. La Salle marcha a Francia. Expedición y fatales resultados. Asuntos del Canadá. De la Barre y Denonville. Guerra con las Cinco Naciones. Proyectos de colonización de los Franceses. Contraste con las colonias Inglesas. Subida al Trono de Guillermo III y guerra que se siguió.

Al final de nuestro primer capítulo hicimos un breve bosquejo acerca de los progresos de los franceses en su empresa de la navegación y colonización en el Canadá y sus cercanías. Reanudando la historia desde aquel punto, llamaremos la atención del lector sobre algunos hechos interesantes relacionado con los esfuerzos de aquellos hombres emprendedores a cuya energía y perseverancia debió su país el derecho de poder hacer reclamaciones sobre aquella vasta región del interior de América conocida generalmente con el nombre de Nueva-Francia.

Como quiera que la resuelta hostilidad de los Mohawks había impedido a los franceses ocupar las aguas superiores del Hudson, cortando toda comunicación con el Sur, los misioneros franciscanos que acompañaban a Champlain al Canadá, tuvieron que penetrar por el Norte siguiendo las orillas del lago Ontario, hasta llegar a los ríos que desembocan en el lago Hurón. Cuando el Canadá fue restituido a los franceses en 1632, los jesuitas obtuvieron el privilegio de ocupar la vasta extensión de territorio que Nueva-Francia les entregó voluntariamente para su empresa, y debe confesarse, aun por el protestante más celoso, que en ninguna época ni en parte alguna del mundo hubo nunca misioneros cuyos esfuerzos y trabajos por la causa que habían abrazado, superasen a los suyos.

Dos misioneros jesuitas, Brebeuf y Daniel, guiados por una partida de indios Hurones, se dirigieron a los lejanos *wigwams* de la tribu, y después de atravesar el San Lorenzo, subiendo por su gran tributario el Ottawa y atravesando, ya por entre numerosas cascadas, ya por peligrosos pasos, en que era preciso llevar la canoa al hombro, como hacen aun hoy día los viajeros que visitan aquellos sitios, llegaron por fin, rendidos de fatiga, a la parte oriental del lago Hurón. Allí convirtieron a un jefe de la tribu y consiguieron establecer seis misiones entre aquellos rudos aunque impresionables salvajes. De vez en cuando, dice Mr. Hildreth, uno de los padres hacía un viaje a Quebec en una ligera canoa, con dos o tres salvajes, los cuales no podían menos de admirar al santo varón que remo en mano, aunque desfallecido de fatiga, con los pies desnudos, el breviario pendiente del cuello, y el hábito roto; pero con el ánimo tranquilo, la mirada serena, y revelando en sus facciones la satisfacción y el contento, inspiraba a todos con sus ademanes y palabras el deseo de compartir los trabajos de la misión. No tardó en llegar a Francia la noticia de tan fausto suceso, y esto excitó a muchos a poner en juego todos sus esfuerzos para favorecer la religión católica romana en el Canadá. Establecióse entonces un colegio en Quebec, y poco después un hospital para los franceses y los indios, y un convento de monjas Ursulinas.

Montreal, que se hallaba situado a mitad del camino que conducía a las misiones recientemente establecidas, fue solemnemente consagrado a la Virgen María, llegando a ser un centro religioso y el núcleo de una futura ciudad. A cada momento iban presentándose nuevos misioneros jesuitas, que excitaban el celo de sus predecesores, y entre estos, Raymbault y su compañero Jogues, costeando la orilla del lago Hurón, llegaron al lejano país de los Chippewas, al pie de las cataratas de Santa María. Extenuado por sus fatigas y privaciones, volvió Raymbault a Quebec, pero fue sólo para morir, en tanto que su compañero, al bajar por el San Lorenzo con sus Hurones convertidos, era atacado por una partida de Mohawks hostiles que le atormentaron horriblemente mientras veía perecer a sus compañeros indios a los golpes del *tomahawk* o abrasados por las llamas. Jogues logró por fin escaparse, dirigiéndose al valle de Mohawk, donde fue recibido hospitalariamente por el comandante holandés de Rensselaerwyck. Todos los misioneros que cayeron en poder de aquella salvaje tribu tuvieron que sufrir tormentos parecidos. En la parte oriental, los esfuerzos de los misioneros obtuvieron un buen resultado, y antes del desembarco de los padres peregrinos, los franceses habían conseguido ya convertir a los indígenas a la religión cristiana. Habiéndose recibido favorables noticias del misionero explorador Dreuilletes, adoptáronse por los jesuitas las medidas necesarias para establecer una misión permanente.

«Es evidente —dice Charlevoix al hablar de este suceso—, según se desprende de las relaciones que se han hecho de aquellos felices tiempos y de la constante tradición de aquel país, que en la salvaje misión se desplegó un celo especial, prefiriéndola a otras muchas empresas harto más brillantes y productivas. Esto se explica naturalmente por la razón de que, no encontrándose en aquellas soledades nada que halagase los sentidos o la vanidad, funesto escollo en el que tropiezan hasta los más santos varones, podía obrar la gracia sin obstáculo alguno. El Señor, que nunca permite que ninguno se haga superior a él, se comunica sin tasa a los que se sacrifican sin reserva, a los que, muertos para el mundo, viven en la tranquila e inalterable paz del alma, tal como la recomendó Jesucristo a sus discípulos al decirles que aquel debía ser el rasgo saliente de su carácter. Tal es el retrato —añade Charlevoix— que se ha hecho de los misioneros de Nueva-Francia, por

personas que los conocieron mejor. Yo también conocí algunos en mi juventud y eran como los acabo de describir; encorvados por el trabajo y los sufrimientos de un largo apostolado, desfallecidos por la fatiga, agobiados por los años; pero conservando siempre todo el vigor de su espíritu y el celo de su fe apostólica.»

Los misioneros franceses no obtuvieron, sin embargo, el menor éxito entre los Iroqueses y los indígenas de las Cinco Naciones, pues encontraron siempre una irresistible oposición. Dábase el nombre de las Cinco Naciones a unas tribus aliadas conocidas por los Sénecas, los Cayugas, los Onondagas, los Oneidas y los Mohawks, las cuales ocupaban el país situado entre las orillas del San Lorenzo y del Hudson. Poco después de la llegada de Champlain al Canadá, este último indujo a los Algonquines y a los Hurones para que declarasen la guerra a las cinco tribus citadas, intervención mal entendida, que fue castigada por aquellos implacables salvajes con un odio eterno a los franceses y sus aliados. Amenazaron destruir la naciente colonia de Quebec y hostigaron según ya hemos visto a los misioneros jesuitas, hasta obligar a los franceses a pedir la paz. Nada, sin embargo, se deseó tanto como convertir aquellos salvajes. Durante cierta tregua, volvió Jogues a emprender su peligrosa misión, de la que no volvió nunca, pues al llegar al territorio de los Mohawks, estos le dieron muerte.

Habiendo facilitado los holandeses armas de fuego a la tribu de los Iroqueses, estalló una guerra de increíble ferocidad; los misioneros fueron torturados cruelmente antes de recibir la muerte; los colonos, llenos de terror, vivían en continua alarma temiendo por sus vidas, y hasta el mismo Quebec se hallaba en peligro. A tal punto llegó el desaliento de los franceses, que pidieron auxilio contra los indios a Nueva Inglaterra, pero sentimos decir que no se les concedió. Por fin, después de dos o tres años consintieron los Iroqueses en la paz, y aprovechando los Jesuitas el momento, hicieron nuevos esfuerzos para plantar la cruz entre sus vengativos adversarios, consiguiendo esta vez un resultado más favorable que el anterior. Algunos Hurones cristianos que se hallaban cautivos de los Mohawks, prepararon el terreno para la recepción de Le Moyne, en tanto que Menard se presentaba ante los Cayugas, y Chaumont y Dablon visitaban las demás tribus. Al principio pareció que el éxito sería feliz; pero pronto vieron los misioneros que sólo habían conseguido adormecer, no dominar, las pasiones de aquellos feroces guerreros, y que sus vidas estaban pendientes de un hilo.

Algunos franceses se aventuraron a establecer una colonia a orillas del Oswege; pero a consecuencia de una colisión que ocurrió con los indios, estalló la guerra por tercera vez. Tan grave llegó a ser entonces el apuro, que la Compañía de Nueva-Francia, reducida ya a un puñado de hombres, resignó en el rey, en 1662 una colonia que no podía seguir defendiendo, y la cual fue transferida a la Compañía de las Indias Orientales que acababa de formar Colbert. Acto continuo, concedióse el auxilio pedido por los Jesuitas, y se puso en marcha con dirección a Quebec un regimiento mandado por Tracy, quien obtuvo el cargo de virrey de aquella colonia. Esta medida fue suficiente para reprimir de una vez por completo la hostilidad de los guerreros de las Cinco Naciones, y con tan favorable cambio, renováronse los esfuerzos de los misioneros: Allouez costeó el Lago Superior, y dos años después, en compañía de Dablon y Marquette, estableció la misión de Santa María, primera colonia de blancos situada dentro de los límites de nuestros Estados orientales.

Mientras se formaban otras misiones, explorando el país en todos sentidos, se tuvo noticia de existir un gran río hacia el Oeste: el intendente Talon encargó a Marquette que averiguase en qué punto se hallaba, y en cumplimiento de esta orden, organizóse una pequeña expedición, y acompañado aquel de Joliet, mercader de Quebec, de cinco franceses y dos guías Algonquines, se puso inmediatamente en marcha, llegando el 10 de junio de 1673 a orillas del río Fox. Después de recorrerlo y de atravesar los espacios intermedios que separan las diversas corrientes, con la canoa al hombro, lanzáronse en las aguas del Wisconsin, donde sus conductores indios, temerosos de ir más lejos, los dejaron solos. Por espacio de siete días estuvieron bogando corriente abajo, hasta que al fin con gran sorpresa suya y no poca alegría, comenzaron a deslizarse los expedicionarios sobre

las poderosas corrientes del Mississippí, ese gran río que atraviesa inmensas praderas de esmeralda llenas de búfalos, y hasta cuyas orillas llega la densa sombra de los primitivos bosques.

Con la satisfacción que pudiera experimentar aquel que ha descubierto un mundo nuevo, cruzaron los viajeros por las bocas del Moines, del Illinois, del Missouri y del Ohio, llegando hasta el Arkansas, donde desembarcaron para visitar a los asombrados indios, quienes, después de recibirlos hospitalariamente, invitáronles a formar una colonia. Prosiguiendo su correría, presentáronse a su vista nuevos y magníficos paisajes, y un clima distinto donde se aspiraban las más dulces brisas y el salvaje perfume de la espléndida vegetación del Sur; a los sombríos pinos de los bosques del Canadá, sucedíanse los algodoneros de los trópicos, y al fin llegaron a cierto punto donde el calor y los mosquitos comenzaron a molestarles. Persuadido Marquette de que aquel río debía desaguar en el golfo de México, y temeroso de caer en manos de los españoles, resolvió entonces prudentemente volver al Canadá; pero habiéndole detenido los asuntos de su misión en Green-Bay, envió a Joliet a Quebec para que llevase la noticia. Poco tiempo después, hallándose Marquette ocupado en la conversión de la tribu de los Illinois, resintióse su salud y murió el 18 de mayo de 1675 a la temprana edad de treinta y seis años[63].

Roberto Cavallier de La Salle, joven aventurero francés que en diversas ocasiones había demostrado notable sagacidad y valor en sus correrías por los lagos Ontario y Erie, fue uno de los primeros que recibió la noticia del descubrimiento del «gran río», y dejando sus ocupaciones, sus negocios y las muchas ventajas que disfrutaba en Fort Frontenac, donde residía, marchó apresuradamente a París, y obtuvo de Colbert el permiso necesario para explorar en mayor escala el Mississippí. Acompañado entonces del caballero Tonti, veterano italiano que le seguía en clase de segundo, volvió a Frontenac, construyó un pequeño barco y con él subió el río Niágara hasta llegar al pie de las cataratas. Cuando estuvo ya cerca de las orillas del lago Erie, comenzó la construcción del barco mejor aparejado que haya surcado jamás las aguas orientales, al cual dio el nombre de *Griffin* y que no constaba más que de sesenta toneladas.

Terminada su obra, y habiendo reunido a unos cuantos misioneros y traficantes en pieles que debían acompañarle, atravesó La Salle el lago Erie, cruzando el estrecho que le separa de la límpida sabana a la que dio el apropiado nombre de Saint Clair; llegó al lago Hurón, y pasando después por los estrechos de Mackinaw hasta dar vista al lago Michigan fue a desembarcar en Green-Bay.

Desde aquel punto, y después de dejar su barco para que le fuesen a buscar víveres, La Salle y sus compañeros se proveyeron de canoas y atravesaron el lago Michigan hasta la embocadura del río San José, en cuyo punto había construido Alouez una especie de estación de parada a la que se unió entonces un pequeño fuerte llamado Fuerte de Miamis. Al ver La Salle que no volvía el *Griffin*, el cual había naufragado en su viaje de retorno, marchó con Tonti y su gente para proseguir su excursión; cruzó el Illinois, y a poca distancia de Peoria edificó otro fuerte. Pero el tiempo pasaba sin que se recibiesen noticias acerca del barco; seguir sin víveres era imposible; los expedicionarios comenzaron a murmurar y desalentarse, y entonces La Salle dispuso que Tonti y Hennepin[64] continuaran solos la exploración. Tomada esta medida y después de dar a su nuevo fuerte el nombre de Crèvecœur, en memoria de sus trabajos y penalidades, separóse del resto de la expedición, y seguido tan solo de tres compañeros, volvió atrás, atravesando los vastos desiertos que le separaban de Frontenac, donde, a pesar de haber llegado casi muerto, ocupóse en nuevos trabajos para proseguir su empresa. Entre tanto sus agentes obraban con arreglo a las instrucciones que de su jefe recibieran, Hennepin exploró el Mississippí hasta las cataratas de San Antonio, volviendo después a Francia para publicar una relación de sus viajes[65]; pero menos afortunado

63 Véase la interesante obra de Mr. J. G. Shea's, titulada *Descubrimiento y Exploración del Mississippi.*

64 Louis Hennepin publicó en 1697 en Utrecht la obra *Nouvelle découverte d'un très grand pays situé dans l'Amérique entre le Nouveau-Mexique et la mer glaciale*. Sebastián Fernández Medrano la tradujo abreviada con el título *Relación de un país que nuevamente se ha descubierto en la América septentrional*, en el tomo II de su *Geografía del mundo*, Amberes 1709. (Nota del editor digital.)

65 Mr. Sparks ha demostrado claramente que Hennepin no merece crédito, y después de hablar de varias cosas, dice: «Estos hechos, unidos a otros, son perfectamente concluyentes y prueban que el padre Hennepin engañó al mundo,

Tonti, quien tenía el encargo de establecerse entre los Illinois, se vio precisado a huir a causa de verse perseguido por los Iroqueses y a refugiarse en Green-Bay.

Repuesto en fin el intrépido La Salle de todas sus fatigas, volvió con víveres y refuerzos en busca de sus compañeros; reunió a su gente dispersa, y después de construir una gran falúa, bajó por el Mississippi hasta el golfo de México. Una vez en dicho punto, tomó formalmente posesión en nombre de Francia del territorio que se extiende desde la embocadura del río y le dio el nombre de Luisiana. Esto sucedió el 9 de abril de 1682.

De regreso a Francia, La Salle concibió el ardiente deseo de colonizar la fértil región que acababa de descubrir; y en su consecuencia pronto formó una expedición compuesta de una fragata y otros tres buques, a bordo de los cuales iban doscientas personas entre las que había eclesiásticos, individuos de tropa, trabajadores y emigrantes que debían ser los primeros pobladores de la colonia que se trataba de formar en la embocadura del Mississippí. El éxito, sin embargo, no coronó esta empresa, pues habiéndose originado graves disputas entre Beauyeu, comandante de la flota, y La Salle, este último, que iba como jefe de la expedición, no acertó a encontrar la entrada del río, y en febrero de 1685 tuvo que desembarcar a sus abatidos y desesperados compañeros de viaje en cierto punto de la costa de Texas. Una vez allí y aunque le fue preciso luchar contra la animosidad de los que le rodeaban, La Salle no se dejó abatir y con notable intrepidez, en el mes de abril de 1686 dirigióse, seguido de veinte hombres, en busca del Illinois, donde debía estarle esperando Tonti pero no habiendo encontrado a su antiguo amigo en esta excursión, viose obligado a volver al punto de partida en el mes de octubre.

Sin embargo, como su única esperanza se cifraba en sacar a sus compañeros, que ascendían a unos cuarenta, del sitio en que se habían refugiado, para lo cual le era preciso encontrar un camino por tierra, volvió a salir en el mes de enero seguido de diez y siete hombres, con objeto de llevar a cabo su desgraciada empresa. Tres de los que le acompañaban conspiraron entonces para asesinarle; dieron muerte a Moraguet, Nika y Saget, y cuando La Salle intentó averiguar qué había sido de aquellos infelices, Duhaut le descargó con su mosquete un tiro que atravesándole la cabeza le dejó muerto en el acto. Esto sucedía el 19 de marzo de l687, y el buen padre Anastasio, después de abrir una fosa, enterró al desgraciado jefe, colocando una cruz sobre sus restos mortales.[66] Mr. Gayarré, dice que La Salle fue asesinado hacia el sitio donde ahora se levanta la ciudad de Washington, cuya fundación se debe a los compañeros de aquel infeliz, y que la bandera estrellada ondea ahora orgullosa allí donde el primer mártir de la civilización regó con su sangre la futura tierra de la libertad.[67]

Los asesinos de La Salle, que promovieron una disputa ante los inanimados restos de su jefe, fueron luego víctimas de sus mismos compañeros, y Joutel, que refiere estos tristes acontecimientos, seguido de otros cinco hombres, consiguió llegar a las orillas del Mississippí, donde encontró a dos franceses abandonados en aquel sitio por Tonti, a su vuelta de una inútil excursión que tuvo por objeto encontrar a su jefe. Los veinte hombres que habían quedado en el fuerte construido por La Salle perecieron también, y de este modo, y después de hacer los más heroicos esfuerzos, abrigando brillantes esperanzas de éxito, la proyectada colonia quedó reducida a la nada; ¡triste fin de la empresa de su enérgico y atrevido fundador![68]

---

con un descubrimiento imaginario y una relación ficticia. A pesar de esta grave falta, debemos hacerle justicia en otros puntos, y no hay fundada razón para dudar de la exactitud de su primer libro ni de parte del segundo, a contar desde su partida del fuerte Crèvecœur.

66 *Vida de Mr. Roberto Cavallier de La Salle*, escrita por Spark, pag. 58.

67 *Historia de la Luisiana,* por Gayarré, vol. I, pág. 28.

68 El Mississippi fue, sin embargo, recorrido después constantemente por los mercaderes y los misioneros. Un buque español mandado por Pes penetró más tarde en la embocadura del río; pero en 1699, el canadiense Iberville, más afortunado que La Salle, lo recorrió en compañía del padre Anastasio Donay, compañero de viaje del malogrado aventurero. Los misioneros del Canadá fueron a felicitarle, y La Soæur llegó hasta Saint Peter River, donde construyó un fuerte barco.—*Descubrimiento y exploración del Mississippí*, por Shea’s, pág. 39.

Entre tanto habíanse embrollado mucho los asuntos del Canadá, y a consecuencia de las graves cuestiones que se originaron entre el gobernador Frontenac y el Intendente, envióse a De la Barre en 1682 para que reemplazase al primero. Dongan, gobernador de Nueva York, aunque encargado por Jacobo II de mantenerse en buena armonía con los franceses, puso en juego secretamente su influencia para agravar las disensiones entre ellos y sus enemigos. De la Barre convocó una asamblea a fin de que se discutiese acerca de la peligrosa situación de la provincia, y después de intentar una negociación, marchó para atacar a los Iroqueses a la cabeza de una fuerza considerable. Pero en el camino quedaron sus tropas tan reducidas y debilitadas por las enfermedades resultantes de aspirar los miasmas deletéreos de los pantanos y de las selvas, que se vio en la precisión de concluir una paz humillante con aquellos enemigos sobre los que pensaba obtener una brillante victoria. Accediendo a sus deseos, presentáronse después en su campamento los jefes de las Cinco Naciones, mas aunque quiso intimidarlos, entonces no pudo tampoco conseguir nada, y antes bien por el contrario, dícese que uno de aquellos indómitos guerreros, personificando a De la Barre en Onondio y al gobernador inglés en Corlear, pronunció el siguiente discurso:

«Escucha, Onondio; yo no duermo, mis ojos están abiertos, y el sol que me ilumina, me permite ver un gran capitán que habla como si estuviese soñando. Él dice que vino tan sólo a fumar la pipa de paz con los Onondagas; pero Garrangula manifiesta que él ve lo contrario, y que su objeto era herirnos en la cabeza si las enfermedades no hubiesen debilitado los brazos de los franceses. Nosotros llevamos a los ingleses a nuestros lagos para que traficasen con los Utawawas, así como los Adirondacks trajeron a los hijos de Francia a nuestros fuertes para hacer un comercio que los ingleses proclaman como suyo. Nosotros hemos nacido libres; no dependemos ni de Onondio ni de Corlear, y podemos ir donde sea nuestra voluntad y comprar y vender lo que queramos. Si vuestros aliados son esclavos, tratadles como a tales, mandándoles que no reciban a nadie más que a vuestra gente. ¡Escucha, Onondio! lo que yo digo es la voz de las Cinco Naciones: cuando sus hijos enterraron el hacha en medio del fuerte, plantaron en el mismo sitio el *árbol de la paz*, para que en vez de ser aquello la mansión de la guerra, fuese un punto de reunión para los mercaderes. Cuida de que tus soldados no tronchen ese árbol, porque sus ramas cubrirán entonces vuestros país y el nuestro. Yo te aseguro que nuestros valientes guerreros bailarán a su sombra, y no desenterrarán el hacha para cortarlo hasta que Onondio o Corlear invadan el país que el Gran Espíritu legó a nuestros antecesores.»

El marqués de Denonvilles, que sucedió a De la Barre en 1684, trajo consigo quinientos o seiscientos soldados, y entonces se construyó un fuerte en Niágara para cubrir el camino del Canadá a través del lago Erie y también para tener en jaque los hostiles Iroqueses, cuya medida fue causa de que se aumentara la envidia y mala voluntad de los ingleses. Al poco tiempo organizóse una expedición al mando de Denonville contra los Sénecas; pero aunque las tropas penetraron en el país, asolándolo todo, los Iroqueses amenazaron por su parte invadir el territorio, y sus enemigos se dieron por contentos con obtener la paz, entregando su fuerte y prometiendo devolver los prisioneros de que se habían apoderado por traición. A esto siguió una corta tregua, pues al poco tiempo, avanzaron los Iroqueses a la altura de Montreal, mataron mucha gente e hicieron una porción de prisioneros, sembrando el terror hasta las mismas puertas de Quebec.

En resumen, no puede decirse que el Canadá hubiese progresado, por más que los franceses hicieran prodigios en sus exploraciones y en su continua lucha con la ferocidad y valor de los indios, sobrepujando en su empresa a los ingleses, y viéndose siempre más expuestos que ellos. A esto debe añadirse que ni el clima ni el terreno les eran favorables; que el gobierno compuesto de militares, era muy despótico, y que el pueblo, que no pasaba de 12.000 almas, no tenía conocimiento alguno de los negocios públicos. Acadia tenía aun menos importancia, pues no constaba más que de unos tres mil habitantes: pero atendido que tanto los indios de la península como los de la tierra baja se hallaban completamente bajo la influencia de Francia, puede decirse que esto aumentaba la fuerza material de los franceses en aquel país.

El contraste que ofrecía entonces Nueva Francia con las colonias inglesas era por demás notable; las últimas, ocupando un territorio mucho mejor situado a lo largo de la costa, y acrecentando diariamente su energía y estímulo para acometer nuevas empresas, hacían rápidos adelantos en su próspera situación, que les aseguraba el mantenimiento de sus justos derechos. Entre tanto los franceses, aunque siempre bravos y caballerescos, no tenían en sus colonias los elementos de fuerza y estabilidad que eran característicos en sus rivales del Nuevo Mundo[69].

En aquella época, según dice Mr. Bancroft, los doce Estados más antiguos de nuestra Unión no contenían mucho más de doscientos mil habitantes, de los cuales cuarenta mil se hallaban repartidos entre el Massachusetts, Plymouth y Maine; New-Hampshire y Rhode Island con Providencia, contaban diez y ocho mil, y Connecticut de diez y siete a veinte mil, lo cual compone para Nueva Inglaterra un total de setenta y cinco mil almas. Nueva York no tenía menos de veinte mil; Nueva Jersey una mitad; Pensilvania y Delaware unas doce mil; Maryland veinticinco mil; Virginia cincuenta mil o acaso más, y las dos Carolinas, que comprendían entonces la parte de Georgia, no contaban menos de ochenta mil almas[70].

Tal era la situación de los negocios públicos cuando Guillermo III subió al Trono de Inglaterra, en tanto que las colonias Americanas iban a verse envueltas en la guerra que estalló a poco entre Inglaterra y Francia.

---

69 Este contraste está elocuentemente descrito por Mr. Parkman en su *Historia de la conspiración de Pontiac*, pág. 41.
70 *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, vol. II, pág. 150.

LIBRO SEGUNDO
Desde el advenimiento de Guillermo III al trono de Inglaterra, hasta la declaración de la independencia (1689-1776)

1.
Nueva Inglaterra y Nueva York.
Primera guerra intercolonial (1689-1697)

Subida de Guillermo III al trono, y sus importantes resultados. Guerra con Francia. Guerra intercolonial. Arresto, de Andros en Boston. Conducta observada por el Massachusetts, Virginia, Maryland y Nueva York, con motivo del advenimiento de Guillermo III. Revolución protestante en Maryland. Jacobo Leisler y su trágico fin. Principio de la guerra. Ataque a Dover. Frontenac, gobernador del Canadá. Destrucción de Schenectady. Expedición contra Salmon Falls. Relación de un prisionero. Proyecto para la conquista del Canadá. Papel moneda. Trágicos acontecimientos en Nueva York y Massachusetts. Nueva carta de Massachusetts. La brujería. Errómas creencias. Extraña historia. Guerra en la fronterra. Desastres en Oyster River, en el fuerte de Penaquil y en Haverhill. Mrs. Dustin. Última guerra. La paz de Ryswick.

La subida de Guillermo III al trono es un suceso notable en la historia de Inglaterra, y que más o menos directamente tuvo una importante influencia en el desarrollo y progreso de las colonias americanas. No cabe duda que aquella nación atravesaba entonces por una crisis grave, a la que era preciso atender con preferencia, y que aquel estado de cosas exigía todos los sabios conocimientos y enérgico carácter de los amantes de la patria y hombres de estado de la época, para salvar al país de los tremendos males que amenazaban absorber y destruir hasta el último vestigio de la libertad constitucional. Era preciso resolver si prevalecería, ya el despotismo juntamente con la dinastía de los desgraciados Estuardos, o bien la libertad de las leyes y el orden en la supremacía de la legislatura. La crisis fue resuelta y arregladas todas las cuestiones para lo futuro; el destronamiento de Jacobo II y la elección del Príncipe de Orange para el trono, declarado vacante, establecieron el Parlamento como poder supremo, ahogando para siempre toda pretensión por parte del soberano encaminada a ejercer sin responsabilidad sus poderes y real prerrogativa. «Al resolver de este modo, dice Mr. Bancroft, los representantes del pueblo inglés, se arrogaban el derecho de juzgar a sus reyes; al declarar el trono vacante, anulaban el principio de legitimidad: al desechar una dinastía por haber profesado la fe romana, no solo se tomaban el derecho de interpretar el primitivo contrato, sino que introducían en él nuevas condiciones; al elegir un rey, convertíanse en sus constituyentes, y el Parlamento de Inglaterra llegó a ser la fuente de la soberanía para el pueblo inglés.»

Pero aunque la subida de Guillermo III al trono era un suceso de tan grande importancia para la madre patria, las colonias no participaron tanto como esperaban de los beneficios de aquel cambio. He aquí las palabras de Mr. Hildreth al hablar sobre este punto. «Robusteciendo el Parlamento y aumentando la influencia de la clase manufacturera, la revolución inglesa exponía a las colonias Americanas al peligro creciente de tener que sufrir la tiranía parlamentaria, mucho más enérgica, perseverante y opresora, y más temible que la regia autoridad.» La política de Guillermo y el Parlamento no era favorable a los mejores intereses de las colonias, y no pasó mucho tiempo sin que se descubriera que el despotismo de la prerrogativa real era aun más tolerable que el del Parlamento. Guillermo III, a pesar de sus elevadas ideas acerca del poder de los reyes, parece que no combatió nunca las pretensiones de sus predecesores en el trono; y aunque es verdad que la

tolerancia con todas las sectas protestantes llegó a ser una constante línea de conducta, tanto en las colonias como en el país, también es cierto que el encono contra los católicos romanos se aumentó notablemente con el destronamiento de Jacobo. La guerra con Francia, que estalló poco después de la subida al trono de Guillermo, dio lugar a que se agriasen los resentimientos así nacionales como religiosos, y las colonias se vieron naturalmente envueltas en un peligroso conflicto con sus vecinos los franceses del Canadá, conflicto que les hizo contraer pesados gastos y considerables deudas y hasta el sacrificio de muchas vidas.

Ambos partidos se mostraron desde un principio ansiosos por la lucha, pues tanto Nueva Inglaterra como los colonos franceses tenían sus proyectos de conquista y progreso. Proponíanse los últimos monopolizar el comercio de peletería, seguro medio de comunicación con el Mississippí, arrojando luego a los ingleses de las pesquerías de los bancos de Terranova, en tanto que la primera esperaba, y al parecer no sin razón, despojar a los franceses de todas sus ventajas, y aun expulsarlos completamente del país. Los dos partidos, que eran también nacional y religiosamente enemigos, estaban pues preparados para empeñarse en una sangrienta lucha con desapiadado corazón e indescriptible ferocidad.

Antes de entrar, sin embargo, en los detalles de la guerra intercolonial, rogamos al lector fije su atención en diversos hechos que precedieron a aquella en el orden regular de los sucesos. A principios de abril de 1689, llegó a Boston por la vía de Virginia la noticia del desembarco de Guillermo de Orange en Inglaterra. Resentidos como estaban aquellos habitantes por las severas medidas de Andros, no es de extrañar que la noticia causase una gran excitación, que se aumentó cuando aquel, afectando no creerla, hizo encarcelar a los que la publicaron. La cólera del pueblo había llegado a su colmo, y el 18 de abril, al desembarcar el comandante de la fragata Rosa, que estaba a disposición del gobernador en el puerto, fue cogido por la multitud, así como también el sheriff, que trató, aunque en vano, de dispersar las turbas. Toda la ciudad se puso entonces en movimiento; reunióse la milicia en derredor de sus jefes; la multitud se apoderó del bote de la fragata cuando vieron que llegaba para recoger a Andros, y como quiera que éste acababa de refugiarse en el fuerte, el pueblo apuntó contra él los cañones de la batería. No hubo medio de resistir, y Andros, obligado a rendirse, fue conducido a la prision.

En aquel momento, y como acertara a presentarse casualmente ante la multitud el anciano Simon Brasdsreet, que contaba ya ochenta y siete años y se había distinguido honrosamente en el desempeño de un cargo público, fue proclamado gobernador por unanimidad. Este repentino motín, merced al cual cayeron en poder de los insurgentes el castillo y la fragata, fue secundado vigorosamente por los habitantes de las comarcas vecinas, que corrieron presurosos a Boston para auxiliar a sus hermanos de la ciudad. La noticia de este suceso circuló con la rapidez del rayo y bien pronto se supo en Plymouth, Rhode-Island y Connecticut, donde ocurrieron motines semejantes. En este último punto, el pueblo exigió que se pusieran en ejecución las disposiciones de la carta, nombrando gobernador a Roberto Treat; y en Rhode-Island, aunque fue difícil encontrar personas que quisieran encargarse del gobierno, nombróse por fin para este puesto a un cuáquero de carácter enérgico llamado Enrique Bull.

En Massachusetts hubo encontradas opiniones en cuanto a si convendría reformar la carta: la mayoría del pueblo lo deseaba así; pero la Junta de Salvamento no quiso adoptar esta medida, y se creyó que lo mejor sería esperar un poco, enviando interinamente agentes a Inglaterra para que abogasen por la colonia. Ashurt, Cooke, Oats y Mather fueron los encargados de esta comisión.

Aunque la noticia de haber ocupado el trono Guillermo, llegó a Virginia antes que a ninguna otra parte, el Consejo no quiso apresurarse a tomar medida alguna a pesar de los deseos del pueblo, que abrigaba el temor de que dominase una dinastía papal. Hasta fines de mayo no fueron proclamados Guillermo y María, *Señor* y *Señora* de Virginia[71].

También hubo en Maryland un levantamiento, cuyo principal objeto era combatir la dominación católica romana, y circuló el rumor de que los representantes de la autoridad acababan

71 *Lord and Lady of Virginia*, en el original. (Nota del editor digital.)

de concertarse con los indios para degollar a todos los protestantes[72]. Juan Coode, que poco antes tomó parte en la insurrección de Fendal, se puso a la cabeza de los descontentos, formando una *Asociación para la defensa de la religión protestante*.

Las dilaciones del Consejo, antes de proclamar a Guillermo y María, causaron un descontento general, y favorecieron los designios de Coode. Éste y sus confederados convocaron una Junta, que habiéndose reunido en el mes de agosto, depuso a Lord Baltimore y proclamó al nuevo rey y a la reina en Maryland. Nombróse también una comisión para que fuese a felicitar a Guillermo y María, y por espacio de tres años, el pueblo de Maryland, a causa de la deplorable tolerancia del rey al consentir la insurrección, se vio sujeto a la despótica tiranía de aquellos que habían empuñado las riendas del gobierno. «De creer es —dice Chalmers— que Guillermo no reflexionó entonces porque su pensamiento estaba ocupado exclusivamente en proyectos de conquista; porque a fin de acrecentar su poder del momento, consentía transacciones, que en tanto que privaban a un individuo de sus derechos, contrariamente a la ley, engendraban un espíritu revolucionario que debía conmover más adelante el trono en que se sentaba.»[73]

En Nueva York había también en aquella época mucho movimiento y reinaba la mayor excitación política. El ardiente espíritu de protestantismo se exaltó con la noticia de que Guillermo de Orange era rey de Inglaterra, y el pueblo se alzó entusiasmado para proclamar su autoridad. Jacobo Leisler, comerciante de Nueva York y capitán de tres compañías libres, de las que era coronel Bayard, tuvo que acceder a las reiteradas instancias del pueblo, que tumultuosamente se agolpó a las puertas de su casa pidiéndole se encargara de la dirección de los negocios públicos, pues corría el rumor de que se estaba tramando una conspiración para asesinar a cuantos se mostrasen favorables al rey. Nombróse un gobierno provisional, y Leisler, revestido de la autoridad que acababan de conferirle hasta que llegasen órdenes del monarca, procedió a proclamar a los reyes a son de trompeta. El noble y leal capitán Leisler escribió en seguida una carta al soberano dándole cuenta de sus actos y de las causas que le habían obligado a obrar. Viéndose Bayard despojado de su autoridad, así como también Nicholson, el gobernador, retiráronse ambos a Albany, donde se hicieron fuertes contra Leisler y sus partidarios; pero la catástrofe de Schenectady obligó a los descontentos a someterse a su odiado enemigo y a pedirle auxilio y protección.

El rey no contestó a la carta de Leisler; pero en 1689 nombró al coronel Enrique Sloughter, gobernador de Nueva York. Sloughter, sin embargo, no fue a tomar posesión de su destino hasta el mes de marzo de 1691, y habiéndose avistado con Ingoldsby, capitán de las tropas que llegaron antes que el gobernador, aquel le indujo a que arrestase a Leisler y le hiciera juzgar ante sus implacables enemigos. Por un insolente sarcasmo de la justicia, Leisler y Milbourne, su yerno y principal socio, fueron condenados a muerte como rebeldes y traidores; pero Sloughter vaciló en ordenar la ejecución de un hombre que se había distinguido por su celo en la causa del rey Guillermo y en la del protestantismo. Sin embargo, aquellos que ansiaban la muerte de Leisler obtuvieron al fin que se firmase el decreto fatal, aprovechando un momento en que el disoluto Sloughter se entregaba a los excesos de la bebida al terminar un banquete. Esto sucedió en uno de esos tormentosos días del mes de mayo, que en aquellos climas infunden profunda tristeza, y aunque los encargados de llevar al sheriff la terrible misiva lo hicieron con el mayor sigilo, los soldados de Ingoldsby, que formaban la carrera para contener a la gente, al ver avanzar el coche con los reos, pusieron en conocimiento del público cuál era el terrible drama que se iba a representar.

El pueblo corrió al sitio de la ejecución, el cual, debemos consignarlo en honor de los hijos de Nueva York, se hallaba en el último extremo de lo que desde entonces se llamó el Parque, donde el agua cristalina de una fuente ha sustituido a la sangre que allí vertió un mártir. Leisler y Milbourne

72 No se ha escrito aun con la debida exactitud y extensión ninguna historia de la revolución protestante en 1689; pero es evidente que fue el resultado de un temor producido por la más inicua falsedad que jamás se inventara con objeto de perjudicar a cualquier partido religioso o político. Tal es la especie de que los católicos romanos habían fraguado una conspiración con los indios para degollar a los protestantes.—Véase la obra de Mr. George Lynn, titulada: *Day Star of American Freedom*, pág. 87.

73 *Introducción a la Historia de la Revolución de las colonias Americanas*, vol. I, pág. 27.

subieron juntos al cadalso, y al alcance de su voz hallábanse aquellos que más habían acelerado tan tremendo desenlace. La noble altivez de Milbourne apenas pudo tolerar la insultante presencia de unos hombres que eran la causa de su ignominiosa muerte, y dirigiéndose en voz alta a un caballero, que en su concepto era el que se mostrara mas hostil, exclamó: «¡Roberto Livingston, yo te emplazo por tu criminal conducta ante el tribunal de Dios!»[74] Leisler, profundamente afectado por el trágico fin de su yerno, murió declarando que era inocente. Algunos años después expidióse un acta de rehabilitación y los herederos de las víctimas obtuvieron los bienes que les habían sido confiscados. Ahora es opinión general que cualesquiera que fuesen los errores o la ignorancia de Leisler, no merecía la muerte, y que por consecuencia, fue asesinado judicialmente.

Persuadido el rey de Inglaterra de que las colonias del Norte tenían suficiente fuerza para luchar con sus vecinos los franceses, desechó una proposición que le hizo Luis XIV para que se conservasen neutrales sus respectivas colonias, y no quedando ya otra alternativa, estalló de allí a poco la guerra entre ambas partes con inusitada furia.

Apenas se supo en América la declaración de guerra entre Inglaterra y Francia, el Barón Castin creyó sería fácil inducir a los indios a que rompiesen las hostilidades. Al terminarse la guerra con Felipe de Pokanoket, unos trece años antes, cogióse traidoramente una partida de 300 indios, los cuales fueron luego vendidos como esclavos, una vez firmada la paz. El ajuste se hizo en la casa del Mayor Waldron en Dover, y los indios conspiraron entonces tenebrosamente para vengar la afrenta. Algunas personas se habían acercado a Waldron, advirtiéndole que se sospechaba que los indios tenían siniestras intenciones; pero el Mayor les contestó que se fuesen a plantar sus calabazas, pues ya tendría él cuidado de avisarles cuando hubiera algún peligro. La víspera misma del ataque, volvieron a decirle algunos, poseídos de la mayor inquietud, que la ciudad estaba llena de indios, mas él sin inmutarse en lo mas mínimo replicóles, «que conocía muy bien a los indios y que no temiesen ningún peligro.»

Conforme a la costumbre adoptada en tiempo de paz, los indios que traficaban con los habitantes, solían pedir y obtener alojamiento por una noche. A la caída de la tarde de aquel día dirigiéronse dos de aquellos a la casa de Waldron, y pidieron permiso para pasar la noche junto al hogar, lo cual les fue concedido inmediatamente, lo mismo que sucedió en todas las demás casas excepto una. Llegadas que fueron las altas horas de la noche, y cuando todos se hallaban entregados al sueño, levantáronse los dos salvajes, abrieron las puertas sin hacer el menor ruido, y haciendo una señal, aparecieron al momento otros indios en el mayor silencio, los cuales, después de poner centinelas en la salida, lanzáronse a una habitación donde dormía Waldron. El anciano, que contaba ya setenta años, se despertó al oír ruido, lanzóse inmediatamente sobre su espada y rechazó valerosamente a sus enemigos hasta las habitaciones interiores; pero en aquel momento, un indio le dio un golpe con su hacha, dejándole aturdido. Lanzáronse entonces sobre él sus adversarios, y arrastrándole hasta el salón, le obligaron a sentarse sobre una mesa.

«¡Juzga ahora lo que son los indios!» exclamaron sus verdugos con aire insultante; y al pronunciar estas palabras, cada uno de aquellos salvajes, desenvainando su cuchillo, hirió a la víctima en el pecho y el cuello, diciendo: «Así saldo yo mi cuenta.» Acribillado de heridas y debilitado por la pérdida de sangre, el infeliz Waldron, cayó pesadamente de la mesa, pero antes que su cuerpo llegase al suelo, uno de los atormentadores puso su sable de punta para recibirle y le atravesó de parte a parte dejándole muerto en el acto, con lo cual terminó la horrible agonía del infeliz anciano. Después de esto, los indios mataron a otros veinte hombres, se llevaron veinte y nueve prisioneros y quemaron el pueblo. Esto ocurrió a fines de junio de 1689, y en agosto y septiembre, fueron atacados también varios puntos, tales como Pemaquid y Casco, si bien éste rechazó a sus enemigos merced al valor de Church, el famoso partidario en las guerras del rey Felipe. Todos los demás pueblos de la parte oriental fueron asolados.

Hacia mediados de octubre, llegó al Canadá el conde Frontenac, que fue reelegido gobernador, trayendo consigo los indios que se hallaban en Francia en clase de prisioneros, así

---

74 *Administración de Jacobo Leisler*, por C. F. Hoffman, vol. III, pág. 227.

como también numerosas tropas y provisiones. Aunque rayaba ya en los sesenta y ocho años, el conde Frontenac, hallábase dotado de un gran vigor y energía, y habiendo resuelto invadir Nueva York por tierra y por mar, formó tres cuerpos de tropas para caer sobre los ingleses y causarles los mismos daños y perjuicios que antes sufriera el Canadá por los ataques de los Iroqueses, esos firmes aliados de los enemigos de Francia.

Schenectady fue el primer punto designado para ser destruido, y en su consecuencia, en el frío mes de enero, salió de Cagnawaga, pueblo situado casi en frente de Montreal, junto al San Lorenzo, una expedición compuesta de ciento diez hombres, la mayor parte de los cuales eran Mohawks convertidos, mandados por oficiales franceses. Por espacio de veinte y dos días fueron caminando a través de las nieves, sufriendo toda clase de fatigas, hasta que al fin, el 8 de febrero llegaron a las inmediaciones de Schenectady. Era éste un pequeño pueblo holandés, situado sobre el Mohawk, que se componía de unas cuarenta casas; aunque protegido por una empalizada, nadie guardaba las puertas, y a medianoche, dormían profundamente sus moradores. Lo muy distante que se hallaba el pueblo de la frontera francesa y el rigor del invierno les indujo a suponer que se hallaban seguros de todo ataque, pero bien pronto recibieron un terrible desengaño, y el salvaje grito de guerra hizo saltar a todos de sus lechos poseídos de terror. No hubo tiempo para prepararse a la resistencia; los franceses y los indios habían penetrado en la ciudad en diversos grupos, las casas fueron saqueadas, y en medio de los gritos de espanto de las mujeres y de los niños, cometiéronse todas las atrocidades que el espíritu de venganza y crueldad de los indios podía sugerirles. Hombres, mujeres y niños cayeron bajo los golpes del *tomahawk* en sangrienta confusión; sesenta murieron en el acto en aquella espantosa carnicería; veinte y siete fueron hechos prisioneros, y acto continuo los salvajes pegaron fuego al pueblo. Al resplandor de las llamas que iluminaban tan terrible catástrofe, los pocos que pudieron salvarse emprendieron la fuga medio desnudos, a través de los campos cubiertos de nieve, para refugiarse en Albany, a donde llegaron sembrando el terror y la confusión al referir el sangriento drama que acababan de presenciar.

La segunda partida armada que envió Frontenac, se componía tan solo de cincuenta y dos hombres, los cuales salieron de Three Rivers, pueblo que se halla a la mitad del camino de Montreal a Quebec, y encaminándose por Saint Francis y el valle del Connecticut, llegaron a Salmon Falls, otro pueblo situado cerca del brazo mayor del Piscataqua. Cayendo repentimamente sobre él (27 marzo) mataron a la mayor parte de los hombres que lo habitaban, quemaron las casas e hicieron cincuenta y cuatro prisioneros, en su mayoría mujeres y niños, los cuales se llevaron con la intención de venderlos como esclavos en el Canadá. Para que el lector pueda formarse una idea de los horrores de aquella guerra, extractamos el siguiente párrafo de la relación de uno de los cautivos:

«Cuando los indios me sacaban de mi casa, cogieron también a mi hijo mayor, de unos cinco años, que estaba a la puerta; el mediano, que no tendría mas de tres, se hallaba sentado junto a la lumbre y lloraba amargamente gritándome que no me fuera y quejándose de los salvajes. Aquellos monstruos no quisieron dejar detrás al niño; cogiéronle de la mano y le hicieron salir de la casa, pero la pobre criatura se resistía tanto y lloraba y gritaba de tal modo, que le cogieron por los pies y le estrellaron contra la puerta, después de lo cual cortáronle la piel del cráneo, dejándole cadáver. Al presenciar tan espantosa crueldad lancé un grito terrible, parecióme que una nube cubría mis ojos y que iba a perder el sentido; pero entonces el salvaje me dio un golpe en la cabeza y me hizo volver en mí. Durante esta horrible escena yo no solté a mi niño pequeño de mis brazos. Tan pronto como hubieron cometido este asesinato, lleváronme a la orilla opuesta y allí presencié otra crueldad inaudita, pues apenas hubimos desembarcado, mi hijo mayor, que aun sollozaba lamentándose por la muerte de su hermanito, fue también asesinado. Uno de los indios me mandó que me alejara, sin duda para que no viese aquel acto de barbarie, y entre tanto otro de sus compañeros desenvainó su *tomahawk*, y con aquel terrible instrumento de muerte cortó la piel del cráneo a mi segundo hijo no sin haberlo rematado antes. Al contemplar aquella segunda carnicería caí al suelo sin sentido con mi hijo pequeño en los brazos, y no sé cuánto tiempo permanecí privado de conocimiento. La primera

cosa que noté al volver en mí, fue una especie de sopor profundo, y al dirigir mis ojos en derredor, vi en la mano de uno de los salvajes la piel del cráneo de mi tercer hijo que aun goteaba sangre. Entonces me desmayé otra vez, y al recobrar los sentidos recordé los furiosos golpes que me habían dado aquellos salvajes, quienes después de volverme a maltratar cruelmente. me ayudaron para que me levantase, llevándome consigo.»

Cuando volvían los indios de esta expedición encontráronse con otra partida que acababa de salir de Quebec, y uniéndose ambas fuerzas, atacaron a Casco. Parte de la guarnición quedó destruida y los demás se rindieron como prisioneros de guerra. El terror producido por estos ataques en las colonias, no sólo sirvió para confirmar los rumores y relaciones que se hacían al hablar del implacable odio de los franceses contra todos aquellos a quienes consideraban como herejes, sino que también fue causa de que se despertase el espíritu y sed de venganza, largo tiempo contenido. En su consecuencia, en el mes de mayo de 1690, reuniéronse en Nueva York varios delegados del Massachusetts y Connecticut, y siguiendo el parecer de Leisler, proyectóse un plan para la conquista del Canadá. Según éste, acordóse que saldría de Boston una flota para atacar a Quebec, en tanto que novecientos hombres enganchados en el Connecticut y Nueva York marcharían por tierra contra Montreal.

Sir William Phipps, hombre de escaso mérito, pero de bastante suerte, y que tiempo atrás había asolado la Acadia con una pequeña flota y unos siete u ochocientos hombres, fue nombrado jefe de la expedición por mar, consistente en treinta y dos buques y dos mil hombres.

Otros tres buques enviados por Leisler desde Nueva York se unieron a los expedicionarios. Las fuerzas de tierra iban al mando de Winthrop, hijo del último gobernador del Connecticut, pues Milbourne desempeñaba el cargo de comisario.

El resultado de ambas expediciones fue bastante desgraciado. Schuyler y los Iroqueses que se dirigían hacia Montreal fueron rechazados por Frontenac y su gente, y el resto de las fuerzas avanzaron hasta poco más allá del lago George, donde se vieron detenidas por haberse declarado la viruela y por la falta de víveres. Esto fue causa de que se acriminase al jefe de la expedición por tierra, haciéndole cargos por su poca previsión, y de tal modo se encolerizó Leisler al tener noticia del desgraciado éxito de la empresa, que mandó arrestar a Winthrop en Albany.

Habiendo llevado un corredor indio a Frontenac la noticia del proyectado ataque contra Quebec, aquel enérgico veterano dirigióse presuroso a dicha ciudad, logrando llegar tres días antes de presentarse a la vista la flota mandada por Phipps, quien, no teniendo pilotos ni cartas, había tardado nueve semanas en el viaje. Este jefe, que esperaba sorprender la plaza, encontró, no sólo que era casi inexpugnable por su posición, sino que estaba muy bien preparada a la defensa, merced a la actividad y energía del jefe francés.

A pesar de este contratiempo imprevisto, Phipps trató de imponer a su enemigo, y por consiguiente intimó a Frontenac a que se rindiera en nombre del rey Guillermo de Inglaterra, concediéndole una hora para que contestase. El oficial inglés portador del mensaje fue introducido con los ojos vendados a presencia de Frontenac, que estaba con sus oficiales en la cámara del consejo del castillo de Quebec. «Leed vuestro mensaje», exclamó Frontenac. El oficial inglés, sacando entonces su reloj y poniéndolo sobre la mesa, dijo: «Ahora son las diez: a las once espero vuestra contestación.» Encolerizado al escuchar tan presuntuoso lenguaje replicó el veterano: «Yo no reconozco al rey Guillermo, y sé muy bien que el Príncipe de Orange es un usurpador que ha violado los más sagrados derechos de la sangre y de la religión.» Al pronunciar estas palabras, y como el oficial le manifestase que se escribiría su respuesta, gritó Frontenac exasperado: «Decid a vuestro amo que le contestaré con la boca de mis cañones, para que sepa que a un hombre de mi clase no se le hace semejante intimación.»

Viendo Phipps que no podría hacer nada y que el invierno estaba próximo, abandonó la empresa, vergonzoso y desconcertado, y después de perder varios buques entre los peligrosos escollos del San Lorenzo, llegó a Boston con su averiada flota en el mes de diciembre. En aquella época hallábase el tesoro exhausto, y como las tropas amenazaban insurreccionarse, el Gobierno

colonial, viendo que era necesario ante todo evitar semejante conflicto, emitió el primer papel moneda que circuló en las colonias inglesas. La cantidad representada por dicho papel ascendía a unas ciento treinta mil libras.

Frontenac escribió a Francia dando parte de su triunfo, y para conmemorar su valerosa conducta en la defensa del Canadá, mandó el rey acuñar una medalla con esta inscripción: *«Francia in novo orbe victrix: Kebeca Liberata. A. D. M. D. C. X. C.»* Al mismo tiempo mandóse erigir una iglesia en la parte baja de la ciudad dedicada a *Nuestra Señora de las Victorias*. Poco tiempo de pues una flota francesa se apoderó de Acadia, devolviéndola a sus primitivos posesores.

Debiera creerse que esta desgraciada lucha era ya de por sí suficiente calamidad para Nueva York y el Massachusetts, y sin embargo, ambas colonias tuvieron que presenciar trágicas escenas y sucesos mucho más deplorables aun que las sangrientas excursiones de indios y franceses. Ya hemos dicho cuál fue el desgraciado fin de la vida de Leisler, aquel primer mártir de la política, que regó con su sangre el suelo de Nueva York. Extenuado Massachusetts con sus anteriores luchas, hallábase por su parte expuesto a frecuentes ataques.

Sir William Phipps volvió en 1692 de Inglaterra, a donde había ido con su nueva carta de Massachusetts y en clase de gobernador, para solicitar se le encargase de una expedición contra Quebec. Dicha carta ofrecía ventajas en ciertos puntos, pero no en todos. Aumentábase considerablemente la extensión de la provincia; el gobernador debía nombrarse por la corona y tendría derecho para intervenir en los actos del Congreso general; reservábase al rey el derecho de anular cualquiera ley después de haber regido tres años, y se observaba la tolerancia religiosa con todos menos con los papistas, hiriendo así de muerte al absolutismo teocrático que por tanto tiempo prevaleciera. Últimamente, Plymouth se unía al Massachusetts, separándose de ellos New-Hampshire, contrariamente a lo que se deseaba. Al regresar Phipps, conoció bien pronto, no sólo que le esperaban graves disgustos y molestias, a consecuencia de las frecuentes excursiones del Canadá y los pesados gastos de la guerra, sino que también tendría que pasar por las más rudas y terribles pruebas. Vamos a decir cuáles fueron por más que la relación parezca increíble.

En aquella época era muy general en Inglaterra creer en la brujería, que se consideraba como un crimen, especialmente desde la publicación de un decreto de Jacobo I, quien había escrito un tratado sobre el arte de reconocer a las hechiceras. Durante algún tiempo, muchas personas fueron víctimas de esta superstición popular, y poco después de la restauración, Sir Mathew Hale, respetado en las colonias por su cristiandad y sabiduría, no menos que se respetaba a la madre patria, había mandado ejecutar a dos pobres ancianas en Suffolk por este supuesto crimen. Los cuentos de las hechiceras y de sus hechos eran entonces moneda corriente, y no es de extrañar que un pueblo como Nueva Inglaterra, cuyo carácter era naturalmente grave, y que considerando como un decreto de la Providencia cada incidente de la vida, creyera en la influencia de los espíritus y en las revelaciones, aceptando al momento como artículo de fe, un error de semejante naturaleza.

A pesar de que la opinión general creía una verdad lo de los hechizos, habían pasado muchos años sin que se llevase a cabo ninguna ejecución por este delito. Sin embargo, en 1688, siendo todavía Andros Gobernador, cuatro niños, hijos de padres muy piadosos, comenzaron a dar señales de estar hechizados. Entre ellos había una niña de trece años que acusó de robo a una criada irlandesa, y resentida la madre de ésta, quejóse amargamente, protestando indignada, de semejante acusación. Pero poco después, para vengarse sin duda de la vieja irlandesa, la niña y otros chicos de menos edad comenzaron a hacer extravagancias tales como chillar y saltar, fingirse ciegos, sordos o mudos y otras tontunas por el estilo. Cotton Mather, hombre de bastante instrucción, pero vanidoso, crédulo y fanático, pasó todo un día orando fervorosamente con otros sacerdotes, e hizo volver en sí al menor de los niños; pero no a los otros, que acusaron a la vieja de haberlos hechizado. La pobre mujer fue arrestada y sometida a un tribunal, y aunque era casi evidente que la acusada, más bien que otra cosa, estaba medio loca o tonta, los médicos certificaron hallarse en su sano juicio, por lo cual se la condenó a muerte y a poco tuvo lugar la ejecución.

Cotton Mather se llevó a su casa a la niña mayor, que continuaba con las mismas extravagancias, y entonces aquel crédulo hombre se puso a estudiar formalmente el fenómeno, y escribió un extenso informe con el título de: *Casos memorables relativos a las hechiceras y los poseídos*. En el prefacio de aquel escrito firmado por otros cuatro sacerdotes de Boston, se leía lo siguiente: «Hay una multitud de incrédulos en nuestros días y llegaremos, según la opinión de esos profundos filósofos, a no creer sino en lo que se ve y se siente. Es muy doloroso el observar cómo ha ido ganando terreno esa loca creencia en esta edad de corrupción; pero Dios, no obstante, permite que haya demonios cuyos hechos en el mundo podrán tapar la boca y convencer a los incrédulos arrancándoles una confesión.» Esta memoria se volvió a publicar en Inglaterra y aun se indujo a Richard Baxter a escribir un prefacio aprobando con su conformidad estos inverosímiles cuentos. La muchacha causa de todo esto no llamó, sin embargo, la atención de nadie, y de presumir es que llegaría a ser lo que otros muchos perversos y fastidiosos niños de su edad.

Pero la cosa no debía acabar aquí. Habíase sembrado la semilla, y el fruto no tardó en madurar. Cerca de cuatro años después de ocurrir el caso de que hemos hecho mención, tres muchachas de la familia de Mr. Parris, sacerdote de Salem, ahora Danvers, comenzaron a conducirse de tal modo, que según el parecer de los doctores, era evidente se hallaban hechizadas. Tituba, anciana criada india, que se había valido de ciertos amuletos para descubrir a la hechicera, fue acusada ella misma por las niñas, y habiéndola instado su amo con el mayor empeño para que dijese la verdad, confesóse al fin culpable. Al saber esto se fijó un día de ayuno por los sacerdotes de los alrededores, y entre ellos se presentó Cotton Mather, gloriándose en la confirmación de sus asertos. Esto produjo una excitación general; las muchachas se acusaban unas a otras; los ministros del altar recibieron implícitamente sus declaraciones, y los encontrados pareceres de los feligreses de Parris, si no indujeron a nuevas acusaciones falsas y voluntarias, facilitaron cuando menos la creencia de ellas. Parris eligió para su sermón del domingo siguiente estas palabras: «Yo he elegido doce de vosotros, y hay uno que es un demonio.» Al oír esto, la hermana de uno de los acusados, creyéndose ofendida, se levantó y se fue, por lo cual la denunciaron inmediatamente y quedó arrestada como cómplice.

Este asunto comenzó a tomar cierto carácter de gravedad, y diose tanta importancia a lo que había sucedido, que en el mes de abril, el diputado gobernador (esto sucedía antes de la llegada de Phipps), se trasladó a Salem y con otros cinco magistrados formó un tribunal. Parris, funcionando como sacerdote y acusador, mostróse muy diligente en descubrir hechiceras, produciendo nuevas acusaciones. Las poseídas se ponían en un sitio y las hechiceras en otro, teniendo a las segundas sujetas por los brazos para que no atormentasen a las víctimas, las cuales aseguraban hallarse perseguidas por los espectros de las hechiceras que querían obligarlas a que hiciesen un pacto con el diablo, y las maltrataban cuando se negaban a ello.

El marido de Elizabeth Procter, una de las acusadas, tuvo el atrevimiento de acompañarla al tribunal, pero al entrar gritó una de las poseídas: «Ahí está el esposo Procter que va a coger por los pies a Mrs. Pope»; y al decir esto, la aludida manifiesta que se siente coger. «Ahora se va a apoderar de ella», exclama otro, y en el momento la poseída se desmaya en medio de violentas convulsiones. Basta con esto para dar una idea de los inconcebibles errores de que se dejaba arrastrar aquella gente y de las ridículas escenas que ocurrían a cada momento. Víctimas del fanatismo y del terror, de creer es que la razón e inteligencia de acusados y acusadores se hallaba sujeta a un deplorable extravío; alarmados muchos por las consecuencias que se atribuían a su intervención, creyeron sin duda por un momento ser lo que parecían; en tanto que otros, no encontrando seguridad sino en la confesión, hicieron declaraciones falsas, hablando de entrevistas con el diablo y de brujas que se remontaban por el aire montadas en el palo de una escoba. Todas estas relaciones y extraños cuentos, influyendo en el ánimo de personas persuadidas ya de la realidad del crimen, acabaron de confirmarlas en su error, dando esto lugar a que fuese ensanchándose el círculo de las acusaciones y confesiones. Cuando llegó el gobernador Phipps había ya cerca de cien personas encarceladas, y la excitación iba en aumento.

El nuevo gobernador, que se hallaba bajo la influencia de Increase Mather y de su hijo Cotton Mather, procedió de una manera enérgica en la obra que encontraba empezada. Mandó poner grillos a los prisioneros y organizó un tribunal especial para juzgar a los acusados, nombrando presidente del mismo al teniente gobernador Stoughton. A principios del mes de junio reunióse dicho tribual, y en pocos días mandó ahorcar a una anciana convicta de su crimen, *evidentemente*, y permítasenos esta palabra, que en el caso actual no podrá menos de parecer un absurdo a las personas sensatas. En la segunda sesión, celebrada el 30 de junio, fueron juzgadas cinco mujeres, a quienes se declaró convictas. Una de ellas, Rebeca Nurse, joven de excelente carácter, iba a ser absuelta; pero habiendo empezado a gritar la acusadora, procedióse a la ejecución de las cinco víctimas. Hubo algunas, no obstante, que se atrevieron a resistir y a desafiar a sus acusadores: «¡Sois una hechicera, y bien sabéis que esto es verdad!» dijo el ministro Noyes dirigiéndose a Sara Good. «¡Y vos sois un embustero! —contestó la mujer—, y si me quitáis la vida, Dios os castigará y os abrasaréis en los infiernos.»

En la tercera sesión del tribunal, que tuvo lugar a principios de agosto, fueron juzgados seis prisioneros y declarados convictos, comtándose entre ellos el esposo de Elisabeth Procter y John Willard, cuya conducta se temía promoviese algún trastorno en el momento de la ejecución, como había sucedido con Borroughs. Era éste un sacerdote, que por razones que no importa citar, había perdido su popularidad, no sólo entre sus feligreses, sino también entre los demás compañeros, cuya opinión y convicciones combatió siempre, declarando que no creía en la posibilidad del crimen por el cual se quitaba la vida a tantas personas. Entre otras cosas se le acusó de hallarse dotado de una fuerza sobrenatural, *por ayuda del demonio*, y habiéndosele condenado a muerte, dejó asombrada a la mayor parte de la multitud que presenciaba su ejecución, cuando le vieron orar fervorosamente momentos antes de la hora fatal, cosa que se creía imposible para los hechiceros. Los espectadores comenzaron a verter lágrimas, y hubo un movimiento general para impedir la ejecución; pero aquella peligrosa simpatía fue contenida al punto por Cotton Mather, que recorriendo los grupos, recordó a todos que Borroughs no había tomado aun las órdenes y que para ocultar a los malos, Satanás les daba a veces el aspecto de ángeles.

En la siguiente sesión del tribunal, que se verificó en el mes de septiembre, fueron condenados a muerte catorce mujeres y un hombre. Un anciano de ochenta años rehusó defenderse, y solo por esto se le declaró culpable, llegándose al horrible extremo de condenarle también a la última pena. Aunque era evidente que sólo con la confesión podía uno salvarse en la mayor parte de los casos, hubo algunos que tuvieron el suficiente valor para retractarse, y de estos, ocho pagaron su atrevimiento con la vida. Habían sido ya ejecutadas veinte personas; ocho más esperaban su sentencia; hallábanse las cárceles atestadas de prisioneros y las acusaciones se renovaban diariamente. En tal estado de cosas el tribunal suspendió sus sesiones hasta el mes de noviembre.

Durante este interregno verificóse sin embargo una reacción, y las acusaciones fueron pareciendo demasiado graves y extrañas para tomarlas en cuenta, sobre todo desde el momento en que hasta los ministros del altar y las personas de más elevado rango eran señalados como culpables del crimen de sortilegio. La venda comenzó a caer de los ojos de aquel pueblo extraviado; hiciéronse demostraciones contra el hecho de condenar a personas de una vida ejemplar, sin más fundamento que la loca acusación de un niño; la evidente parcialidad de los jueces; su cruel sistema de violentar confesiones, y su inconsiderado proceder al desechar las retractaciones siempre sinceras, aparecieron al fin en su verdadera luz, y al abrirse el tribunal en el mes de enero de 1693, el gran jurado desechó la mayor parte de las acusaciones y puso en libertad a los que había condenado a muerte.

Mather quedó confundido ante tan imprevista medida, tanto más cuanto, según decía él, era preciso proceder con el más exquisito tacto y prudencia, toda vez que el diablo se presentaba a veces bajo el aspecto de una persona inocente. Empeñóse el buen hombre en sostener que el crimen era real y verdadero, y que debía administrarse pronta justicia, no sólo a los convictos de culpabilidad, sino también a los que habían hecho declaraciones falsas. Persistiendo en su

convicción, trabajó Mather con el mayor ahínco a fin de descubrir nuevos casos; pero sus erróneas creencias debían sufrir un rudo golpe, pues un tal Roberto Calef, ciudadano de Boston, que a pesar de su escaso discernimiento se había empeñado siempre en negar la existencia de dicho crimen, le probó palpablemente que había estado visitando a una mujer que se fingió poseída sólo con el objeto de engañar a Mather y sus demás compañeros y ver hasta qué punto llegaba su credulidad. Algún tiempo después se repartió una circular invitando a todos a dar parte de las apariciones de que tuviesen conocimiento; pero parece ser, según confesión del mismo Mather, que en un período de diez años apenas hubo la mitad de casos que al principio.

De este modo terminó aquella terrible calamidad, y la herejía y la blasfemia, juntamente con el sortilegio, dejaron de aparecer como delitos capitales en el gran libro de los estatutos de Massachusetts. Ya no se sacrificaron mas vidas, y aunque Mather, Stoughton y otros[75] no mudaron de parecer, y por más que algunas eminencias europeas les confirmasen en sus opiniones sobre aquel punto, hubo una inmensa mayoría que deploró profundamente sus pasados errores. Ya no se vertió más sangre, ni se cometieron horribles crueldades por el imaginario crimen de sortilegio, y así terminaron, dice Grahame, aquellas escenas de fatal extravío que justamente excitaron el asombro del mundo civilizado, ofreciendo un terrible ejemplo de la debilidad humana, causa de que un pueblo, reconocido en toda la tierra por su piedad y virtudes, se dejara alucinar por un puñado de lunáticos y asesinos.[76]

Entretanto proseguía la guerra en la frontera con encarnizada furia por ambas partes. A la sagacidad de los indios y a sus crueles instintos uníase la táctica y conocimientos de los franceses. He aquí lo que sobre esto dice el Dr. Dwight en un interesante párrafo de sus *Viajes*: «En aquella guerra de sangrientas represalias pusiéronse en juego todos los ardides, todos los medios de destrucción que fuera dable inventar y que podía sugerir el ingenio de los oficiales franceses. La devastación y el degüello eran cosas sancionadas por los ministros de la religión; poníanse a precio las pieles de los cráneos, y los perros de guerra eran acariciados mientras sus rojas fauces goteaban aun la sangre de sus víctimas; los intervalos de paz se consagraban al saqueo, al pillaje y a la carnicería, y todo esto sin que hubiese un momento de tregua y sin que pudiera esperar compasión ninguno de los infelices que fuera sorprendido por aquella horda de feroces guerreros. Las familias que vivían solitarias quedaban prisioneras; las casas eran pasto de las llamas, y el viajero perdido moría fusilado en medio del bosque. Debemos sin embargo observar, en favor de esa gente que se distinguió por tantos rasgos de brutal ferocidad, que la historia de aquellos tiempos no recuerda un solo caso en que se atentara contra la castidad de las mujeres prisioneras.»

El coronel Church, militar veterano, emprendió varias expediciones en las que se reprodujeron las sangrientas escenas en que figuraban como actores los franceses y los indios. En 1694 la colonia de Oyster River en New-Hampshire, que se llama ahora la ciudad de Dutham, fue atacada y muertas o prisioneras más de cien personas. Dos años después, en 1696, llegó de Francia un tal D'Iberville, distinguido oficial canadiense, con dos buques y algunas tropas, y habiéndose unido a las fuerzas mandadas por Villebon y el barón Saint Castin, sitiaron y tomaron el fuerte de Pemaquid en el mes de agosto, cuyo suceso fue causa de que se abandonaran todas las colonias vecinas. En la primavera de 1607 se embarcó D'Iberville para Hudson-Bay, y después de recobrar un fuerte que se hallaba en poder de los ingleses, capturó dos de sus buques. Finalmente, en el mes de marzo del mismo año, cayeron los salvajes sobre Haverhill y mataron o hicieron prisioneras unas cuarenta personas.

---

75 La indignación de los habitantes de Salem obligó a Parris a salir del pueblo. Noyes volvió al favor por haber hecho una confesión completa, pidiendo luego perdón y consagrando su vida a practicar obras de caridad. El jue Sewalt recobró también la estimación pública, merced a su franqueza y sinceridad, pero Stoughton y Cottom Mather no se arrepintieron nunca. El primero vivió orgulloso y despreciado y el otro intentó persuadir a todos que él no había tomado una parte activa en la cuestión de los sortilegios, si bien nadie quiso dar crédito a sus palabras. Cottom Mather, que había buscado el fundamento de la fe en cuentos de brujas, tuvo después proyectos de hacerse ateo, abandonando todas las religiones por creerlas falsas. *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft.

76 *Historia de las colonias*, vol. I, p. 281.

En medio de aquellas escenas de sangrienta desolación se llevó a cabo por una mujer llamada Mrs. Dustin un acto de heroísmo del que hace mención nuestra historia moderna. Una semana después de haber dado a luz una niña, la nodriza a quien la confió y que había tratado de escaparse con la tierna criatura, cayó en manos de los salvajes, que penetraron en la casa y la incendiaron, después de obligar a la madre a que se levantara y les siguiese. Hecho esto, prosiguieron los indios su camino, haciendo marchar delante a Mrs. Dustin con los demás prisioneros; pero al poco rato uno de aquellos caribes cogió el niño de la señora y lo estrelló contra un árbol. Al presenciar tan horrible crueldad la pobre madre creyó morir, mas haciendo un poderoso esfuerzo, pudo continuar su camino con los salvajes, que se dirigían a la frontera del Canadá. Durante el viaje vio caer bajo los golpes del *tomahawk* a todos los prisioneros cuya fatiga y cansancio no les permitía andar más, y después de haber descansado una noche en compañía de una familia india encargada de custodiarla, continuó su camino con los salvajes, que, según supo después, se dirigían a un punto de reunión para martirizar allí a sus prisioneros. Al oír esto Mrs. Dustin tomó una resolución desesperada: ¿no sería obrar en justicia matar a los asesinos de su hijo, y salvarse por este medio para ir a buscar a su esposo, si felizmente no había muerto? Esto pensó aquella varonil mujer hallándose ya a cien millas de Haverhill, y cierta noche, inclinando a la nodriza y a un muchacho que se hallaba también prisionero, a que se uniesen a ella, aquella valerosa mujer, sin más auxilio que estos dos débiles seres, mató a todos los indios, excepto dos de los más jóvenes, con sus propias hachas, y huyó a través de los bosques con dirección a Haverhill.

Frontenac seguía luchando con los Iroqueses, y a pesar de sus setenta y cuatro años, condujo personalmente una expedición y entró en son de guerra en el territorio de los Unondagas y de los Oneidas, cuyos pueblos incendió juntamente con sus campos. ¡Doloroso era en verdad ver a un hombre de noble descendencia, de heroico valor y que se hallaba ya en el último período de la vida, sancionar el tormento de un prisionero, aplicado con todo el refinamiento de la más salvaje crueldad! «Triste espectáculo era ciertamente —dice Charlevoix— ver a cuatrocientos salvajes martirizando a un pobre anciano centenario, que, lejos de quejarse, reprendía a sus verdugos lamentándose de que se hicieran esclavos de los franceses a quienes miraba con el mayor desprecio. Al recibir el golpe de muerte exclamó aquel hombre valoroso: «¿Por qué acortáis mi vida? ¡Esto puede serviros de lección para que sepáis como debe morir un hombre!»

El último año de aquella guerra fue terrible: la crudeza del invierno y la falta de víveres se unieron al temor de que una flota francesa atacase a la ciudad de Boston; pero felizmente no tuvo resultado alguno aquella expedición, y hacia fines del año 1697 firmóse la paz de Ryswick, terminando con esto la primera guerra intercolonial.

Según las condiciones del tratado, cada una de las partes debía conservar los territorios que poseía antes de la guerra, lo cual dejaba a las colonias de ambas naciones en una posición muy semejante a en la que se hallaban antes de empezar la lucha. Prescindiendo de esto, habíase ya engendrado un odio a muerte que podría dar lugar a que estallase de nuevo la guerra apenas se presentara una ocasión favorable.

2.
Nueva Inglaterra: segunda y tercera guerra intercolonial (1696-1748)

La Junta de Comercio y de las Colonias. Lord Bellamont, Gobernador de Massachusetts. Su popularidad. Muerte de Bellanont. Dudley. Polémica. Segunda guerra intercolonial. Preparativos. Los indios y Rouville. Matanza en Deerfield y Haverhill. Expedición contra el Canadá. Toma de Annapolis. Expedición de Walker. Proyecto de un ataque combinado. Su mal éxito. Parecer de los colonos. Resultados de la paz de Utrecht. Cuestión de crédito. Banco público. El coronel Shute, nombrado Gobernador. Disputas. Extinción de la piratería. La viruela y su inoculación. Burnet, Gobernador. Cuestiones sobre sueldo. Reclamación al rey. Conducta de la Junta de Comercio. Belcher, sucesor de Burnet. Los colonos victoriosos en la cuestión del sueldo. Disturbios en la frontera. Los indios de Rasles y Norridgewock. Lovewell. Revancha. Periódico en Boston. Franklin. Destitución de Belcher. Nombramiento de Shirley. Un Gobernador popular. Arreglo de la cuestión de límites relativa a New-Hampshire, Maine, y Rhode-Islamd. Tercera guerra intercolonial. Toma de Louisbourg. Tratado de Aix-la-Chapelle.

Poco antes de la paz de Ryswick y a consecuencia de haberse quejado varios mercaderes ingleses de que se habían infringido por algunos colonos las disposiciones relativas al comercio, instituyóse la Junta superior del Comercio y de las Colonias, que era una comisión permanente compuesta del presidente y siete miembros, conocidos con el nombre de Lores del Comercio. Esta comisión reasumió las funciones que hasta entonces habían venido desempeñando los comités del Consejo Privado. Algún tiempo después se disminuyó algún tanto la autoridad de la citada junta, pero hasta la época de la revolución americana, continuó inspeccionando con el mayor celo las colonias y sus asambleas; luchó para contrarrestar tanto las prerrogativas del rey, como las del Parlamento; trabajó para vigorizar la autoridad de los Gobernadores, y observando en fin una política sistemática, hizo todo lo posible con el objeto de que América pudiera deshacerse de las trabas que perjudicaban en cierto modo a los intereses comerciales de la madre patria. En su consecuencia rectificáronse las disposiciones sobre el comercio; confirióse mayor autoridad a los recaudadores de in puestos, y se creó un tribunal de marina que tendría la facultad de apelar al rey en consejo.

Lord Bellamont, noble caballero irlandés, de agradables maneras y distinguido porte, fue nombrado Gobernador del Massachusetts, cuyo cargo dimitió Stoughton después de la muerte de Phipps en 1695. Lord Bellanon dejó a Nueva York y llegó en el mes de mayo de l699 a la ciudad de Boston, donde, merced a su exquisito tacto, supo conquistarse la buena voluntad de todos los partidos. Siguiendo la costumbre de su país, el nuevo corregidor ordenó la apertura del Congreso general, en el que se pronunciaron interesantes discursos de los que se remitió copia a las dos Cámaras, mandándolos imprimir después. Damos aquí el extracto de uno de ellos para que tengan nuestros lectores una idea del modo de proceder y de las opiniones de Lord Baltimore. Su primer discurso, muy largo por cierto, terminaba del modo siguiente:

«Faltaría a la consideración que os debo y a la que me debo a mí mismo, si no os recordase los indispensables deberes que tenemos para con el rey y el respeto que nos merece por habernos libertado de la odiosa tiranía que ha oprimido nuestras conciencias, subvertiendo nuestros derechos civiles. Seguramente hay algo providencial en lo que el monarca ha hecho por nosotros, y al decir esto, no es mi intención robar a Dios su gloria por haber dispuesto se llevase a cabo la feliz y maravillosa revolución que ha poco acaba de presenciar Inglaterra. El Todopoderoso dispuso seguramente en sus altos designios tan fausto acontecimiento, para que el rey Guillermo fuese el autor e instrumento de su obra. Desde el año 1602 hemos tenido en Inglaterra una sucesión de reyes, que, lejos de mirar por sus propios intereses y por los nuestros, se han consagrado con inexplicable persistencia a violentar y subvertir nuestra religión, nuestras leyes y nuestras libertades,

hasta que Dios ha permitido al fin, en su infinita bondad y sabiduría, que tengamos un verdadero rey inglés, representado en la persona que ahora ocupa el trono, y el cual en todas ocasiones ha expuesto su vida en las batallas y en los sitios de más peligro. Él ha conseguido que se despertasen en nuestra nación los sentimientos de valor y energía adormecidos hace algún tiempo; y lo que es más, S. M. atiende con preferencia a los intereses de su pueblo. Es por lo tanto nuestro deber rogar a Dios fervorosamente que conceda a nuestro gran rey Guillermo un largo y próspero reinado, y yo estoy persuadido que tanto vosotros, los que estáis aquí presentes, como todos aquellos que desean el bien de su patria, unirán sus votos al mío animados de mis mismos sentimientos: He dicho.»

Los célebres piratas o filibusteros, de que ya hicimos mención en otro capítulo, habían perdido el apoyo de Francia e Inglaterra a consecuencia de las reclamaciones de España, viéndose obligados por lo tanto a cambiar su método de vida. Algunos de ellos fueron a establecerse en la parte occidental de Haití; otros continuaron sus correrías, y no pocos cayeron en poder de las autoridades de las colonias. Con este motivo formóse una compañía, de la que el mismo rey Guillermo tomó acciones, para enviar cruceros que se apoderasen de las ricas presas hechas por los piratas. Por extraño que parezca, debemos consignar aquí que al famoso capitán Kidd se le confirió el mando de un buque para el objeto indicado, y aunque era una persona de irreprensible conducta, sucedió que al poco tiempo, no pudiendo sin duda resistir a la tentación, se hizo pirata, convirtiéndose en compañero de aquellos a quienes debía perseguir. Este hecho que no podía menos de llamar la atención, hizo que no se pensara más que en apoderarse del capitán Kidd, y Lord Bellamont recibió entonces orden de perseguir al nuevo pirata, de cuya captura dependía la buena reputación del Gobernador y de varios amigos suyos, por ser este el único medio de acallar las murmuraciones de algunos, nada favorables para los que habían recomendado al capitán. Al saber esto, Kidd enterró sus tesoros en un extremo de Long-Island, quemó su buque y tuvo el atrevimiento de presentarse públicamente en Boston; pero una vez allí, se le redujo a prisión para enviarle después a Inglaterra, donde fue ejecutado en compañía de Bradesh y otros de sus compañeros.

Merced a su prudente administración y a su influencia, obtuvo Bellamont que se votase en su favor una consignación mayor que la que disfrutara ninguno de sus predecesores, pues el Congreso general le señaló 9.000 libras por los catorce meses que había estado en la colonia. Esta cantidad, sin embargo, parte de la cual estaba destinada a reconstruir el fuerte de Pemaquid, y otros gastos de utilidad pública, no tuvo aplicación porque poco después, hallándose Lord Bellamont en Nueva York, murió de repente cuando trataba de arreglar varias cuestiones relativas al comercio.

José Dudley, hombre ambicioso, pero nada popular, fue nombrado por el rey para ocupar la vacante, y recibió su despacho por mano de la reina Ana, que había sucedido a Guillermo en el trono. Dudley llegó a Boston en 1702, y en su primer discurso, dirigido al Congreso y Consejo, dijo lo siguiente: «S. M. me encarga os haga observar que esta es la única provincia perteneciente a la corona de Inglaterra, donde no hay un local a propósito para recibir al Gobernador, ni tampoco un sueldo fijo para éste, el secretario, los jueces y demás funcionarios públicos, lo cual, como sabéis, se os ha recomendado ya. Y como quiera que esta provincia se haya visto favorecida con las bondades del soberano en más de una ocasión, de esperar es que se apresure a cumplir con los deseos de S. M.» La Cámara contestó al día siguiente con estas palabras: «En cuanto a los puntos de que nos habló ayer vuestra excelencia, obedeciendo las órdenes de S. M., la Cámara ha acordado manifestaros que procederemos con la mayor brevedad posible a tomarlos en consideración.»

Habiendo pedido que se consignasen del Tesoro 500 libras para el Gobernador, la Cámara observó lo siguiente al contestar a ciertos párrafos del discurso: «En cuanto a fijar un sueldo para el Gobernador, eso es enteramente nuevo para nosotros y no es cosa que convenga a nuestra constitución actual; pero estamos dispuestos por nuestra parte a hacer cuanto sea posible para el sostenimiento del Gobierno.» Vemos, pues, que los testarudos diputados de Boston no estaban para hacer gastos de esta naturaleza. Dudley no pudo conseguir nada de ellos, y seguramente desde

aquella época data la contienda entre Gobernadores y colonos acerca de sus respectivos derechos y privilegios.

Las disputas entre Francia e Inglaterra respecto a la «sucesión en España» dieron margen a una segunda guerra intercolonial y enredó a los colonos, no sólo con los franceses en el Norte, sino también con los españoles, en la Florida. En 1702 hiciéronse apresuradamente en el Canadá preparativos para renovar la lucha, y las colonias de Maine fueron atacadas con indecible furia, a causa de haber roto los colonos las hostilidades, saqueando la casa del ahijado del Barón Castin, en Penobscot. Los indios de la parte oriental, que se hallaban bajo la influencia de los franceses. se pusieron también en movimiento, sedientos siempre de venganza, y bien pronto un cuerpo de 200 canadienses y 150 indios, al mando de Hertelle De Rouville, bajó por el Connecticut en el mes de marzo de 1704. Aprovechando la oscuridad de una fría y lluviosa noche, cayeron aquellas fuerzas sobre el pueblo de Deerfield, y sorprendiendo a los centinelas dormidos, escalaron la empalizada fácilmente. El pueblo fue entregado a las llamas, después de matar a cincuenta de sus habitantes y de coger prisioneros a otros ciento, que fueron conducidos al Canadá, distante 300 millas, a través de los bosques, cubiertos de nieve. Las mujeres y los niños que a causa de la fatiga no podían continuar su marcha, eran muertos sin compasión por los indios.

Como represalia por estas atrocidades, los ingleses ofrecieron un premio de 100 libras por cada piel de cráneo de los indios, y entonces fue la frontera teatro de una espantosa y sangrienta carnicería; pero era tan difícil coger a uno de aquellos salvajes, que se calculó que cada piel de cráneo durante la guerra, costó a la colonia sobre tres mil libras.

En 1708 emprendió De Rouville otra expedición con objeto de atacar a Portsmouth, pero no habiendo llegado un refuerzo que esperaba, cayó por segunda vez sobre el pequeño pueblo de Haverhill. Con aquel asombroso fanatismo que caracterizaba la época, y creyendo que servían a Dios, los soldados De Rouville recitaron sus oraciones antes de empezar el ataque, y terminado este acto, penetraron en el pueblo antes de amanecer para continuar su obra de destrucción. Cincuenta de los habitantes perecieron bajo los golpes del hacha o abrasados en sus mismas casas; pero, pasados los primeros momentos de sorpresa y terror, los atacados se defendieron desesperadamente, dando esto lugar a que se presenciaran algunos rasgos de valor entre los que sólo citaremos el de un tal Davis, hombre intrépido, que escondido detrás de un granero, y sin tener quien le auxiliase, comenzó a gritar: «¡A mí, compañeros! ¡Aquí está el enemigo!», a cuyos gritos, creyendo los salvajes tendrían que habérselas con muchos enemigos, huyeron precipitadamente.

Habiendo llegado a conocimiento de Dudley que el Canadá se hallaba muy debilitado, indujo a las colonias de Rhode-Island y New-Hampshire, para que, uniéndose a él, intentasen un ataque contra los franceses. La expedición, compuesta de mil hombres, se dirigió contra Port-Royal, pero no pudieron apoderarse del fuerte, y después de un segundo ataque tan infructuoso como el anterior, asolaron aquel territorio y abandonaron la empresa.

Por aquel entonces se elevó a la reina Ana una petición formal solicitando dispusiera la conquista definitiva de todas las posesiones francesas para terminar de una vez la desastrosa guerra que venía continuándose desde hacía veinte años. Todos los Estados del Norte se unieron entonces entre sí, equiparon tropas y enviaron agentes al Gobierno inglés para que prestase su cooperación. La respuesta fue favorable, y poco después aparecieron en el puerto de Boston dos buques de guerra ingleses llevando a bordo quinientos marinos, que uniéndose a las considerables fuerzas levantadas por las colonias, marcharon contra Port-Royal al mando de Nicholson. Los franceses tuvieron que capitular, y en honor de la reina Ana, se dio a la conquistada fortaleza el nombre de Annapolis, que ha conservado siempre desde entonces. Todas las casas y establecimientos, a excepción de las que se hallaban dentro de un radio de tres millas, quedaron expuestas al saqueo y los prisioneros sujetos al capricho de los vencedores, que exigieron a no pocos se hicieran protestantes si no querían ser arrancados de sus casas.

Nicholson, que había marchado a Inglaterra, regresó en el mes de junio de 1711, y trajo la importante noticia de que se estaba preparando una gran expedición para apoderarse del Canadá. En

efecto, pocas semanas después llegó a Boston una flota compuesta de quince buques de guerra, al mando de Sir Hovenden Walker, con cuarenta transportes y cinco regimientos de veteranos de las tropas de Malborough. Detenida por algunos inconvenientes, no salió la expedición hasta fines de julio en dirección a Quebec. No tardó Nicholson en presentarse en Albany para tomar el mando de un considerable cuerpo de tropas que debían marchar por tierra para atacar a Montreal, y entre tanto avanzaba la flota por el San Lorenzo. Después de recorridas las diez primeras leguas del río, comenzó a ponerse el tiempo borrascoso, y a causa de la densa niebla que envolvía la atmósfera empezó a discutirse qué ruta convendría seguir; los pilotos ingleses dieron su parecer, pero los pilotos de la colonia fueron de opinión contraria.

El almirante, como la mayor parte de los oficiales ingleses, prefirió seguir el consejo de los suyos, y el resultado fue que durante la noche se estrellaron ocho transportes contra las rocas, haciéndose completamente trizas. En medio de las tinieblas oíanse los gritos de agonía de los desgraciados náufragos que pedían socorro, sin comprender que no era posible dárselo, y sólo al romper el día fue posible salvar a unos setecientos de aquellos infelices que nadaban al rededor de las rocas; pero cerca de mil hallaron la muerte en las profundidades del San Lorenzo. Desesperado el almirante ante tan terrible siniestro, embarcóse inmediatamente para Inglaterra, a donde llegó en el mes de octubre; los soldados de Nueva Inglaterra se volvieron a sus casas, y Nicholson, que supo a poco la noticia, condujo sus tropas a Albany. La indignación de los colonos no tuvo límites, y denunciaron a los que habían sido causa de que se frustrase la expedición, que tantos gastos y pérdidas les costaba.

El tratado de Utrecht, en 1713, puso fin a la segunda guerra intercolonial, y entonces obtuvieron los colonos considerables ventajas, puesto que se les cedió la completa posesión de la bahía de Hudson, el comercio de peletería y todo el territorio de Terranova, dejando a los franceses ciertos privilegios en las pesquerías, y el territorio de Acadia, que recibió el nombre de Nueva Escocia.

Los asuntos de la guerra habían absorbido de tal modo la atención pública, que por espacio de cinco o seis años no se promovieron cuestiones de partido; pero tan pronto como los colonos se vieron libres de los enemigos de fuera, empezó una lucha intestina cuyos efectos se dejaron sentir durante muchos años. El papel moneda fue la causa de todo, pues habiéndose emitido un gran número de billetes para atender a los gastos de la guerra, y muy principalmente de la expedición del Canadá, que costaba nada menos que 40.000 libras, llegó el caso de que sólo circulara papel en el comercio, sirviendo éste como tipo para todas las operaciones, hasta el punto de ser sumamente difícil encontrar oro o plata. Así pues, el precio de todos los artículos, comprados o vendidos, se ajustaba sobre letras, o más bien, sobre libras imaginarias, chelines o peniques. La subida en el cambio con Inglaterra y otros países no se atribuyó a la verdadera causa, sino al mal estado del comercio, y muchos creyeron que éste se mejoraría aumentando el valor del papel.

En esta grave cuestión formáronse tres partidos: uno, el más pequeño, opinaba por que se retirasen las letras y se contara sólo con el oro y la plata que había en circulación. Mr. Hutchinson, diputado por Boston, era el que más resuelto se mostraba en favor de esta medida, pues toda su vida había sido enemigo declarado del descrédito, siguiendo el principio muy antiguo de que *nihil utile quod non honestum*: «nada es ventajoso cuando no es honroso.»

Los del otro partido, más numeroso, optaban por que se emitiesen letras de crédito, que prometían aceptar luego como dinero, dando en garantía fincas con que asegurar el pago de los valores recibidos. Para esto se solicitó la sanción del Congreso general y la aprobación del Gobierno. La mayoría de los que abogaban por esta solución constaba de personas cuyos negocios en el comercio no iban muy bien, o que no tenían fondos disponibles ni quien les garantizase, por lo que fácilmente se comprenderá fuera éste el partido más numeroso.

Finalmente, los del tercer partido, aunque opuestos a dicho plan, no desaprobaban la emisión de letras de crédito, pero proponían que se hiciera un préstamo en letras del Gobierno a cualquiera de los habitantes que quisiera hipotecar sus fincas como garantía del pago, que debería hacerse en

cierto número de años, y con el interés correspondiente, satisfecho por anualidades y aplicable al sostenimiento del Gobierno. Los principales miembros del Consejo se decidieron por este medio, que los del primer partido creyeron también el más oportuno y aceptable, y acordado esto, quedaba ya la cuestión reducida a crear un banco, público o privado. Hubo diversos pareceres, y los votos por una y otra parte se igualaron casi, pero al fin se inclinaron en favor del último, atendida la gran influencia de los notables de Boston en la Cámara, y de una porción de personas bien conocidas en la ciudad. La noticia de esta controversia se extendió con rapidez y fue causa de una división en las ciudades, en las comarcas y hasta en las familias.

Por fin, en 1714, después de una prolongada lucha, la mayoría votó en favor del banco público y se emitieron 50.000 libras en letras para las provincias, que se distribuyeron entre los condados con relación a sus impuestos, enviándolas a los tenedores para que estos hicieran préstamos de 50 a 500 libras sobre hipotecas, y reembolsables en cinco anualidades.

A consecuencia de la muerte de la reina Ana, ocurrida el 1 de agosto de 1714, hubo un cambio en el Gobierno, y fue nombrado para desempeñarlo el Coronel Burgers; pero como quiera que este señor se hallase bastante mal de recursos, vendió el destino por unas 5.000 libras al coronel Shute, que había servido a las órdenes de Malborough. Shute llegó a Massachusetts en octubre de 1716, e inmediatamente se pronunció en favor del banco público, mas el partido contrario, capitaneado por Elisha Cooke, le hizo la oposición. Este último fue elegido orador por la Cámara en 1720, pero Shute se opuso a ello y disolvió el Congreso. A consecuencia de esta medida agriáronse los resentimientos de unos y otros, y disgustado el Gobernador, dejó su destino, abandonando repentinamente la provincia en 1722. Dummer, el subgobernador, se encargó de la dirección de los negocios durante los seis años siguientes.

Habiendo ya llegado a ser peligrosa la piratería en las aguas de América, resolvióse hacer un poderoso esfuerzo para destruirla. Bellamy, uno de los más célebres piratas, fue batido en cabo Cod, donde pereció con ciento de los suyos; los pocos que se escaparon, cayeron prisioneros, siendo después ahorcados en Boston. El famoso *Barbanegra*, o Juan Theach, que solía frecuentar las aguas del Pamlico, quedó prisionero después de hacer una desesperada resistencia, y Steed Bonet, jefe de una banda de piratas, que se refugió cerca de la costa de Cape-Fear, fue cogido y ejecutado con otros cuarenta de los suyos. En 1723 una comisión del almirantazgo, que se reunió en New-Port, condenó a otros treinta de aquellos bandidos, y así, merced al vigor de los colonos, pronto dejó la piratería de inspirar temor a los que honrosamente se dedicaban al comercio.

Hacia fines del año 1721 se declaró en Boston la viruela, causando no poca alarma en toda la ciudad. Cotton Mather puso en juego su influencia para que se indujera al Dr. Boylston, de aquella ciudad, a ensayar el procedimiento de la inoculación, pero la mayor parte del pueblo se opuso a ello, cometiéndose toda clase de abusos para impedir que se hiciera la prueba de este nuevo remedio contra la epidemia. Mather observó una conducta digna al tratar de hacer comprender a los colonos que se hallaban dominados por una preocupación, pero el procedimiento del Dr. Boylston fue combatido durante mucho tiempo por el pueblo. Por aquella época precisamente fue cuando Mary Wortley Montagne practicó en Inglaterra el procedimiento de la inoculación, que había aprendido entre los turcos.

En el mes de julio de 1728 llegó de Nueva York, para reemplazar a Shute en el cargo de Gobernador, William Burnet, persona muy simpática y amable, y en su discurso inaugural, manifestó a la Cámara que tenía el encargo de insistir sobre que se fijase un sueldo para el Gobernador. Esta exigencia resucitó las antiguas cuestiones, pues la Cámara, que no se negaba a votar una cantidad, no quería de ningún modo votar una consignación fija, y por lo tanto señalaron al nuevo Gobernador 1.700 libras, de las cuales 1.400 eran para su sueldo y 300 para los gastos de viaje. Burnet admitió esta última suma, pero se negó a tomar la primera alegando que no quería ni debía aceptar la responsabilidad con semejante sueldo. Como persistiesen todos en no acceder a la petición del Gobernador, éste dispuso que el día 31 de agosto se reuniera la asamblea en Salem,

punto donde, no existiendo ninguna clase de preocupaciones, era de esperar se pudiese cumplir mejor que en Boston con el servicio de S. M.

Conociendo los miembros de la Asamblea que la intención de Burnet, a pesar de las observaciones que se le hicieron, era tenerlos en sesión permanente hasta que cediesen, resolvió la Cámara elevar al rey una instancia manifestándole las razones que tenían para no acceder a las exigencias del gobernador en la cuestión del sueldo. Uno de los párrafos de este escrito decía lo siguiente: «Siempre fue, y es muy sabido, así en esta como en las demás naciones, que en todas las épocas y edades, los Gobernadores que se hallan lejos de su rey o del punto donde deben ejercer su autoridad, tienen con frecuencia ocasión para oprimir al pueblo, inclinándose no pocas veces a ello; y es casi imposible que el monarca, que es el padre más solícito para sus súbditos, pueda ver estas cuestiones en su verdadera luz.» Dicha instancia fue remitida a la Junta superior del Comercio y de las colonias, que pidió el informe del rey, así como también el de la Cámara, y examinados ambos, condenó a la última por haber rehusado seguir las reales instrucciones. En la conclusión del dictamen que pasó al rey y Consejo daba a conocer su celosa envidia del poder y riqueza de Massachusetts, indicando la probabilidad de que sus habitantes tratasen de emanciparse de la Corona. He aquí como se expresaba la Junta:

«Los habitantes, lejos de retribuir convenientemente a S. M. por los extraordinarios privilegios que disfrutan, procuran diariamente deshacerse de la escasa autoridad que aun tiene sobre ellos la corona, para llegar a proclamarse independientes de la madre patria. La naturaleza del terreno y los productos del país es muy semejante a la de la Gran Bretaña. El número de habitantes pasa de 94.000 y su ejército constaba en 1718 de diez y seis regimientos de infantería y quince de caballería, lo cual compone un total de 15.000 hombres. De las cuentas presentadas por los oficiales de marina en los tres años comprendidos desde el 24 de junio de 1714 hasta el 24 de junio de 1717, resulta que sólo para los puertos de Boston y Salem emplea continuamente el comercio de este país nada menos que 3.493 marinos que montan 492 buques con 25.406 toneladas. Por aquí podrán Vuestras Excelencias comprender de cuánta importancia es para el servicio de S. M. que tan poderosa colonia sea contenida dentro de los límites de la obediencia que se debe a la Corona, induciéndola a que mire algo más que hasta aquí por los intereses de la Gran Bretaña. Esto es cosa que en nuestro sentir no podrá conseguirse sin la intervención del Congreso Británico, y creemos que no se debe perder tiempo.»

Fastidiado y aburrido con tan enojosa cuestión, el Gobernador Burnet cayó enfermo y murió a consecuencia de una fiebre el día 7 de septiembre de 1729, siendo nombrado para reemplazarle Jonathan Belcher, que era entonces agente de la colonia en Inglaterra. También a éste se le encargó arreglar la cuestión de sueldo, pero no obtuvo mejor resultado que su antecesor, y poco después aceptó los honorarios que le quiso asignar la Cámara. Así pues, la constante firmeza de los colonos triunfó de todos los esfuerzos que se habían hecho para someterlos en este punto.

Mientras disputaban de este modo el Gobernador y el pueblo, ocurrieron nuevos disturbios en la frontera oriental, siendo la causa, como es de suponer, la cuestión de límites entre ingleses y franceses. A los colonos de Massachusetts no les agradaba mucho la misión de los Jesuitas situada en Penobscot, y se mostraban dispuestos a usurpar algún terreno a los indios, cuando se presentase una ocasión para ello. Para llevar a cabo sus fines, resolvieron apoderarse primeramente de Rasles, jesuita misionero de Norridgewock, bajo el pretexto de que excitaba la hostilidad de los indios, y la expedición que se emprendió con este objeto no dio mal resultado. Rasles, sin embargo, se escapó por el momento, pero dos años después fue muerto en un imprevisto ataque con otros treinta indios. y la capilla y el pueblo donde se les cogió fueron entregados a las llamas.

Siguiendo el ejemplo de los franceses, el Gobierno ofreció una recompensa por las pieles de cráneo de los indios, lo cual indujo a Juan Lovewell a reclutar una partida de cazadores que tuvieron la fortuna de sorprender y matar diez indios cerca de Salmon Falls River. Obtenido este triunfo, entraron triunfantes en Dover llevando en la punta de sus picas las pieles de los indios. Algunos meses después, Lovewell encontró la muerte en una segunda expedición: hallándose cerca de Saco,

cayó en una emboscada, y a la primera descarga fue mortalmente herido con ocho de sus compañeros. Los que quedaron vivos hicieron una vigorosa resistencia durante todo el día, y al fin se retiraron en buen orden. Los indios incendiaron a su paso los pueblos de la frontera y las haciendas, apoderándose luego, en Gut de Canso, de diez y siete barcas pescadoras de Massachusetts; pero después fueron batidos y tuvieron que abandonar su presa. Estas escaramuzas lanzaban de nuevo a una guerra de exterminio a las colonias y a los indios; mas comprendiendo al fin cuán inútil sería, ambos partidos convinieron en hacer la paz.

Por aquella época, en 1722, fue cuando Jaime Franklin publicó un periódico titulado *New England Courant*, del cual era colaborador su hermano Benjamín Franklin, joven de 16 años. El *Courant* aspiraba a la libertad de pensamiento, y tales fueron sus artículos, que el joven Benjamín fue amonestado por las autoridades, prohibiéndose a su hermano que publicara sin el competente permiso. Con este motivo perdió aquel periódico su apoyo y dejó de ver la luz pública. El *Philadelphia Mercury*, único diario que había en las colonias, además del de Boston, criticó severamente, aunque no estaba autorizado para ello, la medida adoptada por las autoridades respecto al *Courant*.

Los enemigos del Gobernador Belcher consiguieron al fin en 1740 que se le destituyese, y William Shirley, abogado de Boston, le sucedió en el cargo. Belcher, con arreglo a las instrucciones que se le dieran, se había opuesto a que se hiciesen nuevas emisiones del papel moneda, lo cual le ocasionó no pocos disgustos y enemistades. Las operaciones de los bancos de Massachusetts quedaron suspendidas en virtud de una acta del Parlamento, que comprendió en esta medida a todas las demás colonias, prohibiendo que se formasen sociedades de crédito compuestas de mas de seis individuos.

A consecuencia de esta disposición tuvieron que disolverse las compañías, y los socios quedaron responsables cada uno de por sí de los créditos que tuvieran a su cargo; Shirley, que conocía muy bien a la gente que gobernaba, se hizo popular a poca costa, autorizando una nueva emisión de papel moneda con objeto de atender a los gastos de la guerra que acababa de estallar, y entonces el Consejo general asignó a Shirley por unanimidad el sueldo anual de mil libras esterlinas.

En 1737 se resolvió una cuestión sobre límites que venía agitándose de mucho tiempo atrás entre Massachusetts, Bay y New-Hampshire, siendo peritos dos comisionados de la Corona. Anteriormente habíase intentado varias veces terminar la controversia y hasta se recomendó por el monarca a las Asambleas de ambas colonias, que nombrasen árbitros para dilucidar el asunto, pero no se obtuvo resultado alguno. Esta vez, no obstante, los comisionados, que tenían por presidente a Felipe Livingston, de Nueva York, decidieron el pleito declarándose contra Massachusetts, que tuvo el disgusto de ver perdida su causa, mientras que New-Hampshire ganaba algunos miles de acres más de terreno de los que reclamara. En 1741 fue nombrado Gobernador Benning Wenworth, quien desempeñó su cargo por espacio de veinte años consecutivos. En la cuestión de límites con Maine y Rhode-Island perdió también su causa Massachusetts, pues la primera colonia quedó tal como ahora se halla, y la segunda se hizo dueña de todo el terreno reclamado por Massachusetts en virtud de la antigua patente de Plymouth.

La tercera guerra intercolonial tuvo su origen en los esfuerzos hechos por España para continuar con su sistema de monopolio en las colonias, conducta observada más tarde por los franceses y los ingleses. Estos últimos habían adquirido, merced al tratado de Utrecht, el privilegio de trasportar anualmente a las colonias españolas cierto número de esclavos; mas este negocio servía de pretexto para ejercer el contrabando. Los españoles trataron, aunque en vano, de poner coto a este abuso, estableciendo cruceros, algunos de los cuales atacaron a los buques ingleses que se ocupaban en el tráfico, cometiendo ciertos excesos que excitaron la indignación general. El pueblo pidió a gritos la guerra; el ministro Walpole se vio precisado a dar su consentimiento, y poco después, reinando Jorge II, estalló la lucha en que se vieron envueltas de nuevo las colonias de América.

Nueva Inglaterra tuvo bien pronto conocimiento de aquel estado de cosas, pues en el mes de mayo de 1743 cruzó una expedición por Cabo Breton y destruyó las pesquerías, atacando y tomando a Fort Canso en Nova Escotia. Annapolis fue sitiada dos veces por los indios y los canadienses, pero pudo defenderse gracias al socorro que recibió de Massachusetts. Los piratas procedentes de Louisbourg hicieron mucho daño a las pesquerías y al comercio de Nueva Inglaterra, y los indios de la costa oriental cometieron nuevos destrozos en las fronteras de Maine.

Los franceses habían gastado gruesas sumas para construir la fortaleza de Louisbourg en la isla de Cabo Breton, y el tomarla era de la mayor importancia, si bien se creía que esto era una cosa poco menos que imposible. Las murallas de la fortaleza, rodeadas de un foso, eran prodigiosamente fuertes y estaban armadas con doscientos cañones; pero unos cuantos prisioneros que fueron cogidos en la colonia inglesa de Canso, y a quienes se permitió volver a Boston bajo palabra, dieron la importante noticia de que la guarnición era muy escasa y poco subordinada. Al saber esto, propuso el gobernador Shirley a la Asamblea de Massachusetts que se intentase un golpe de mano. Teniendo en cuenta la importancia de semejante empresa, y habiéndose invitado a los Estados del Norte a que cooperasen contra el enemigo común, estos suministraron tan sólo algunas fuerzas y un poco de dinero, por lo cual se vio Massachusetts en la precisión de facilitar la parte más costosa de los medios necesarios para llevar a cabo el proyecto. Esto, sin embargo, no fue tan difícil, pues el entusiasmo de sus ciudadanos, exaltado no solo por el celo religioso, sino por el interés comercial, hizo que los hombres de todas las clases, desde el robusto labriego hasta el atrevido pescador, se ofreciesen como voluntarios en tan atrevida empresa. Por su parte, el célebre Withfield, predicó en las colonias sobre este asunto, y sus elocuentes palabras inspiraron el deseo de tomar parte en la expedición, sobre todo cuando dijo que en la bandera del regimiento de New-Hamsphire se pondría esta divisa: *Nihil desperandum Christo duce*: «No se debe desesperar llevando a Cristo por guía.»

En el mes de abril se reunieron en Canso diez buques con 3.000 hombres, que debían aguardar allí el deshielo y la llegada de los contingentes de Connecticut y Rhode-Island. Afortunadamente, arribaron entonces también cuatro buques de guerra ingleses, al mando del capitán Warren, quien, instado por Shirley, accedió a cooperar para el mejor éxito de la expedición. Las fuerzas de Nueva Inglaterra tenían por jefe a William Pepperell, rico mercader de Maine, pero que no tenía conocimientos militares. En la mañana del último día de abril llegó la expedición a Louisbourg, y habiendo desembarcado las tropas a pesar de quererlo impedir el enemigo, se puso sitio a la plaza con toda la energía y valor, hijos del entusiasmo, puesto que la mayor parte de aquella gente no conocía el arte de la guerra. Arrastráronse los cañones para colocarlos convenientemente en las colinas y eminencias del terreno, se establecieron baterías, aunque de una manera irregular, y se dispuso todo del mejor modo posible para el ataque. Pero al cabo de algunos días no se había adelantado nada, y pasado el primer arranque de entusiasmo, fue opinión de los más valerosos que la fortaleza era inexpugnable y que la campaña prometía ser tan larga como ardua. Felizmente, la guarnición, en la que había muchos amigos de los sitiadores, estaba descontenta, y el Gobernador, por su parte, no sabía qué hacer por hallarse cortadas las comunicaciones, gracias a la vigilancia de la flota inglesa, que a los pocos días consiguió capturar, a vista y presencia de los sitiados, un buque que iba a socorrer la plaza. Conociendo entonces el gobernador que no sería posible seguir sosteniéndose, se rindió el 17 de junio y entregó la fortaleza.

Esta importante victoria se consideró como providencial por los piadosos habitantes de Nueva Inglaterra, y hubo públicos regocijos en Boston, cuya ciudad podía enorgullecerse de haber sido la parte más activa en aquel hecho de armas, por más que el éxito se debiera al auxilio de la madre patria. Pepperell adquirió el título de baronet, recibiendo, así como Shirley, el nombramiento de coronel del ejército británico, y Warren fue recompensado con el grado de vice-almirante. Algún tiempo después, una numerosa flota francesa con varios miles de tropas veteranas al mando del duque d'Anville, intentó recobrar la fortaleza de Louisbourg, pero los elementos y las enfermedades dieron al traste con la expedición. Los franceses, sin embargo, obtuvieron luego aquella fuerte plaza en virtud de las condiciones del tratado de Aix-la-Chapelle, que excitó en el más alto grado la

indignación de los habitantes de Nueva Inglaterra. En su consecuencia el Parlamento reembolsó a las colonias los gastos ocasionados en su última guerra contra los franceses, que ascendían a un millón de dólares.

Para que pueda formarse una idea de cuál era el espíritu de los naturales de Boston y su modo de proceder cuando se trataba de atacarles en sus libertades, merece referirse lo que sucedió cuando el comodoro Knowles quiso en cierta ocasión hacer una leva para aumentar la dotación de sus buques. Cierta mañana del mes de noviembre, el citado Knowles envió a tierra una ronda de matrícula que se apoderó de algunos habitantes. Tan pronto como se tuvo conocimiento de este hecho en la ciudad, comenzaron a formarse numerosos grupos, y aumentándose éstos hasta el punto de contarse algunos miles de almas, corrieron a la Casa de la Ciudad, donde celebraba sesión el Consejo, y apedrearon las ventanas. El Gobernador Shirley salió al balcón y trató de apaciguar a la furiosa multitud, prometiéndoles reparar el ultraje, pero el populacho, exasperado y poco satisfecho con aquella oferta, corrió entonces al muelle, y apoderándose de los oficiales del buque, que precisamente se hallaban en tierra, los retuvo en clase de rehenes, prometiendo no entregarlos hasta que se devolvieran los hombres cogidos por la mañana. En vista de esto, el gobernador amonestó seriamente a Knowles para que hiciera la entrega, pero éste replicó que iba a desembarcar un destacamento de marinos para que le escoltasen y que acto continuo bombardearía la ciudad si no se apaciguaba el tumulto.

Sin embargo, la excitación seguía acrecentándose, y como al día siguiente acudiera la milicia, simpatizando con el pueblo, creyóse Shirley en peligro y se retiró desde la ciudad a un castillo situado en la isla de una bahía vecina, lo cual hizo creer a muchos que el Gobernador relegaba su autoridad. Pero como quiera que el motín iba ya tomando un aspecto alarmante, los jefes del pueblo pensaron que sería conveniente contenerlo, y reuniéndose en sesión pública, declararon, que si bien no tolerarían abusos como el cometido por Knowles, estaban dispuestos a ponerse al lado del Gobernador, que era el jefe reconocido, y emplear todos sus esfuerzos para restablecer el orden, «turbado» según dijeron, «por los negros y otras personas de baja esfera.» Entre tanto, Knowles, accediendo a las reiteradas instancias del Gobernador, consintió en devolver la mayor parte de los hombres que había tomado y poco después se marchó con su flota, mientras que Shirley volvía a Boston escoltado por la misma milicia que uno o dos días antes rehusara obedecer sus órdenes. En las cartas que dirigió Shirley a la Junta Superior de las colonias, decía refiriéndose al motín de Boston: «que aquella conmoción popular de una ciudad habitada por veinte mil almas era debida a su Constitución especial, que autorizaba al populacho para reunirse en sesión pública.»

La guerra terminó en virtud del tratado de Aix-la-Chapelle, en el mes de octubre de 1748, siendo su resultado tan costoso como poco satisfactorio para Inglaterra. Así pues, la lucha entre franceses e ingleses, en América, había concluido por de pronto, pero sin que pudiera decirse que estuviese completamente asegurada la paz, pues sólo en la cuestión de límites germinaba la semilla de futuras luchas, que sólo podían finalizar con el absoluto dominio del partido más fuerte. La conquista de Canadá era el sueño dorado tanto del Gobierno inglés como de las colonias del norte, cuyos habitantes deseaban verter su sangre y gastar sus riquezas para alcanzar la realización de su deseo, excitado doblemente con el feliz éxito de la toma de Louisbourg.

3.
Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania (1691-1748)

Los partidos de Nueva York. Administración de Fletcher. Schuyler y los Indios. Actos de Fletcher en la cuestión religiosa. Sus esfuerzos en Pensilvania y Comnecticut. Carta del reverendo Miller al obispo de Londres. Atrocidades de los indios. Lord Bellamont, golernador. Su administración. Lord Cornbury. Su carácter y actos. El Gobernador Lovelace. Su muerte. Expedición contra el Canadá. Arreglo postal. Hunter. Emigrantes alemanes. Nombramiento de Burnet. Esfuerzos contra los franceses. Cosby, Gobernador. Causa de Zenger. Cuestiones entre el Gobernador Clarke y la Asamblea. Conspiración de los negros en Nueva York. Clinton, Gobernador. Ataques contra los franceses y los indios. Asuntos de Nueva Jersey. Disturbios en Pensilvania. William Penn en América. Esfuerzos para organizar el Gobierno. La Carta de los Privilegios. Vuelta de Penn a Inglaterra. Su carta. Destitución de Evans. Goakinn, Gobernador. Le sucede William Keith. Cuestiones acerca de la soberanía de la provincia. El Gobernador Thomas y la controversia entre los propietarios y la Asamblea sobre la cuestión de impuestos.

La desgraciada muerte de Jacobo Leisler, de que ya hemos hablado en otro capítulo, produjo honda impresión en Nueva York, dando lugar a que se formasen partidos contrarios que existieron mucho tiempo en aquella colonia. Desde dicha época, como dice muy bien Mr. Hildreth, se abandonaron las antiguas costumbres holandesas, empezando a regir completamente la ley inglesa; y aunque el rey presentó un veto contra el artículo que autorizaba al pueblo para intervenir en la confección de las leyes por medio de una Asamblea, ésta sin embargo fue desde aquel tiempo una parte esencial del sistema político de Nueva York.

La repentina muerte de Sloughter dejó el puesto vacante para Ingoldsby, que por espacio de un año se encargó de la dirección de los negocios; pero a fines de 1692 fue nombrado Gobernador Benjamín Fletcher. El carácter de este último era muy semejante al de Sloughter, en lo tocante a apoderarse de todo cuanto estuviera a su alcance, y se declaró desde luego en favor del partido anti-Leisleriano, cuyos esfuerzos para obtener una subvención en favor de los ministros de la iglesia de Inglaterra, le obligaba a estar siempre en oposición.

Afortunadamente para Fletcher así como también para el progreso general de la colonia, cultivó la amistad del Mayor Schuyler y fue auxiliado por él en todos los asuntos relativos a los indios. La gran influencia de aquel entendido oficial con las Cinco Naciones no conocía límites, pues siempre le encontraron dispuesto los hijos de dicha tribu a prestarles auxilio contra los franceses. A principios del año 1693 y con motivo de haber hecho los franceses una excursión en el territorio de los Mohawk, Schuyler levantó una fuerza de doscientos hombres y marchó desde Albany en persecución de los agresores, pero éstos lograron escaparse, y si bien los indios agradecieron la intervención del Mayor, mostráronse luego dispuestos a hacer la paz con los franceses.

Fletcher demostró siempre el mayor celo en favorecer a la Iglesia Episcopal, atendiendo a las reclamaciones de sus ministros. A fin de que pueda formarse una idea de aquel hombre y de su época, copiamos a continuación el discurso que dirigió a los miembros de la Asamblea, después de haber tratado, aunque en vano, de realizar su proyecto favorito, que era obtener una subvención para los ministros de la Iglesia, proponiendo y nombrando a los que tuviera por conveniente:

«Señores, hay un acta que dispone la formación de un ministerio eclesiástico en esta ciudad, así como también en otras provincias del Gobierno, y éste es un asunto en el que habéis demostrado siempre cierta oposición, como si fuerais algunos dictadores. Yo presenté sobre dicha acta una enmienda de tres o cuatro palabras, y aunque era muy insignificante, la desechasteis, lo cual me parece un proceder muy extraño, tanto más cuanto que tenéis la costumbre de hacer lo mismo con todas las enmiendas que os remite el Consejo de la Junta. Esto revela cierta hostilidad por vuestra parte, de la que no he querido hacer aprecio; pero permitidme deciros, señores, que si habéis creído

que nada puede hacerse sin vuestro parecer y consentimiento, os halláis en un grave error. Yo estoy autorizado, conforme a las atribuciones que me ha conferido S. M., para nombrar o suspender a cualquier funcionario de mi Gobierno, y mientras yo ocupe este puesto, haré uso de mi derecho, cuidando no se propague entre vosotros el cisma o la rebelión, ni se falte al cumplimiento de órdenes superiores, ni se consienta el vicio y la inmoralidad. Es mi intención observar la virtud y una vida ejemplar entre vosotros. y yo espero que haréis lo mismo. Debéis recordar que en la participación del poder legislativo del Gobierno, sólo tenéis una tercera parte y no os corresponde apropiároslo todo, porque se debe contar también con el Consejo. No parece sino que estáis resueltos a reasumir toda la autoridad en vuestras manos, disponiendo en todas las cuestiones lo que mejor os parece. Habéis ocupado vuestros cargos mucho tiempo para hacer bien poca cosa, llegando a ser de este modo una verdadera carga para el país. Diez chelines diarios es un crecido sueldo, y vosotros lo habéis exigido puntualmente mientras que tratáis de rebajar las asignaciones de otros funcionarios del Gobierno. ¿Por qué no proponéis la misma economía para vosotros? Señores, no diré más por ahora, pero os recomiendo que ventiléis vuestros negocios particulares en el país, porque nos reuniremos el 10 de junio próximo, para cuyo día quedáis desde ahora citados.»

Además de hallarse encargado Fletcher del Gobierno de Pensilvania y Delaware, a consecuencia de la reciente destitución de Penn, se le autorizó, por una carta real dirigida a todas las colonias menos a la Carolina, para que siempre que fuese necesario reclamara el auxilio de aquellas en defensa de Nueva York. Los cuáqueros de Pensilvania manifestaron que no tenían intención de votar cantidad alguna para dicho auxilio, pero se convinieron, aunque de mala gana, en dar una pequeña cantidad con la condición de que no sirviera para verter sangre. Algún tiempo después, en el mes de octubre, Fletcher fue a Hartford, y habiéndose presentado en la Asamblea cuando sus miembros celebraban sesión, les exigió que accediesen también a su demanda, diciendo que no saldrían de la provincia hasta que se hubiesen cumplido las órdenes de S.M., después de lo cual mandó a uno de sus oficiales que leyera la orden de que era portador, relativa al auxilio de que hemos hablado anteriormente. El capitán Wadsworth, que se hallaba allí ocupado al parecer en instruir a sus soldados, ordenó que tocaran los tambores cuando el oficial de Fletcher empezaba su lectura, y a pesar de haber impuesto silencio el Gobernador, repitió su orden el capitán, y por segunda vez fue interrumpida aquella.

«¡Silencio!», gritó entonces furioso Fletcher. «Que toquen los tambores», replicó Wadsworth con voz estentórea; y volviéndose hacia el Gobernador, añadió:«¡Si volvéis a interrumpirme otra vez, os pasaré de parte a parte!» Asombrado el Gobernador ante aquella agresión, se retiró entonces ciego de cólera, devorando su afrenta, y poco después Juan Fitz Winthrop, que había ido a Inglaterra como agente para protestar contra la violación de la carta, volvió con una orden, disponiendo que en situaciones normales el mando de la milicia local correspondería a los respectivos Estados. Connecticut prometió suministrar, cuando fuese necesario, un cuerpo de ciento veinte hombres para la defensa de Nueva York.

Mr. Hildreth hace mención de una carta dirigida por el reverendo Juan Miller en 1695 al obispo de Londres, en la cual se da una interesante noticia de las opiniones de los escritores respecto a la condición moral y eclesiástica de Nueva York. Aunque Mr. Hildreth no aprueba las ideas de Mr. Miller, sin embargo, son dignas de consideración, pues los hechos a que se refiere demuestran que Nueva York se hallaba hace ciento cincuenta años tan dividida respecto a puntos de religión como lo está ahora, siendo los mismos sus vicios y errores[77]. Mr. Miller propuso como remedio enviar un obispo a las colonias, y acerca de la conveniencia de esta medida no hubo nunca encontrados pareceres entre los que reconocen como divina la misión de los obispos.

La guerra entre los franceses y las Cinco Naciones continuaba siempre con más o menos encarnizamiento, según los medios de que podía disponer el anciano Frontenac; y lo más sensible de aquella lucha era la horrible crueldad que se desplegaba por ambas partes. He aquí un ejemplo

77 En 1697 se hizo donación por la Corona de cierta iglesia que había en la ciudad de Nueva York y de un terreno situado en Broadway, conocido con el nombre de Parroquia de la Trinidad.

sacado de la *Historia de la América del Norte*, escrita por La Potherie. «El prisionero era atado a una estaca, dejándole el suficiente espacio para dar vueltas, y entonces un francés empezaba la tremenda operación de quemarle las piernas desde los pies hasta las rodillas con el cañón de una escopeta enrojecida al fuego. Un *Utawawa* quiso imitar la operación, pero deseoso luego de exceder al francés en su refinada crueldad, arrancó parte de la piel de la espalda del prisionero, y sobre la carne viva echó cierta cantidad de pólvora, a la que pegó fuego después. Esta ocurrencia hizo mucha gracia a los atormentadores; pero viendo que su víctima tenía la garganta medio abrasada y no podía articular, le dieron agua a fin de que gritara, para disfrutar del placer de oír sus lamentos. Al fin, conociendo los verdugos que el prisionero iba perdiendo las fuerzas, un *Utawawa* le cortó la piel del cráneo, echándole luego unas brasas encendidas en la cabeza. Acto continuo le desataron, excitándole a que huyera para salvar su vida, y entonces aquel infeliz echó a correr, tambaleándose como un hombre ebrio; pero apenas hubo dado algunos pasos, los salvajes pusieron término a su horrible agonía dándole un golpe en la cabeza. Últimamente, para concluir la fiesta, cada uno de los indios cortó un pedazo del cadáver con la intención de celebrar un festín.» Tan repugnantes y sangrientas escenas dejaron de repetirse, al menos por entonces, merced a la paz de Ryswick, celebrada en 1697.

Al año siguiente, 1698, llegó a la colonia Lord Bellamont, que había sido nombrado Gobernador de Nueva York en 1695, con encargo de tomar informes acerca de la conducta de Fletcher, poner en vigor las disposiciones relativas al comercio, perseguir la piratería, etc. Bellamont se declaró en contra del partido que Fletcher favorecía, y a esta circunstancia debió el hijo de Leisler que la Asamblea votase en su favor la suma de 1.000 libras para resarcirle de los gastos y perjuicios que le originaran los procedimientos seguidos contra su padre. El Parlamento proclamó después la rehabilitación por medio de un acta, y los restos mortales de Leisler y Milbourne fueron trasladados a la iglesia Holandesa. Bellamont creó también una Cancillería que fue mirada con celosa envidia algún tiempo después.

Merece citarse el discurso que este Gobernador dirigió al Congreso en el mes de mayo cuando se reunieron sus miembros en sesión. «No puedo menos de recomendaros tengáis presente en qué estado se hallaban los negocios a la salida de mi antecesor, y con cuántas dificultades tengo que luchar ahora: un pueblo dividido, el tesoro exhausto, la guarnición reducida a unos cuantos soldados medio desnudos; las fortificaciones y hasta la misma casa del Gobernador desmanteladas, he aquí lo que encuentro al encargarme de los negocios.» Y al recordarles que apenas había fondos en las cajas, añadió: «Sería muy sensible que yo, que llego entre vosotros con las mejores intenciones, y resuelto a favorecer vuestros intereses, encontrase aun más dificultades que las que he tenido que vencer para cumplir dignamente con el servicio de su majestad. Yo cuidaré de que no se malviertan los fondos públicos, y así como no pienso embolsarme nada, tampoco consentiré que otros lo hagan, y exigiré que se os presenten las cuentas con la mayor exactitud siempre y cuando las reclaméis.»

La repentina muerte de Lord Bellamont, ocurrida en 1701, dejó el Gobierno por algún tiempo en manos de Nanfan, el subgobernador, quien procedió de una manera algo violenta contra Livingston y Bayard, dos hombres de reconocida actividad, que militaban en las filas del partido anti-Leisleriano. Lord Cornbury, nieto del primer conde de Clarendon, que habiendo sido nombrado Gobernador, llegó a Nueva York en 1702, puso coto a las violencias de Nanfan, declarándose también en contra de los partidarios de Leisler. Cornbury era un hombre disipado y sin principios, a quien se concedió el destino mas bien para deshacerse de él que porque fuera apto para desempeñarlo. Acosado por sus deudores, no tenía más objeto que adquirir dinero de cualquier modo que fuese, con el fin de atender a todas sus necesidades, y por lo tanto, en todos los actos de su administración procedió con la mayor bajeza, cometiendo violaciones de todo género y faltando a todas las leyes de la dignidad y del decoro. El Gobernador se embolsó en varias ocasiones las cantidades destinadas al servicio público, y al fin la Asamblea, no queriendo consentir más abusos, quejóse de semejante proceder; pero Cornbury reprendió entonces a sus miembros, diciéndoles de paso que necesitaba más dinero.

A tal extremo llegaron las cosas en algunos años, que la Asamblea dispuso se formase un comité de examen, el cual presentó muchos cargos contra el Gobernador. Diéronse entonces a conocer las resoluciones aprobadas por la Cámara, y por ellas se vio que sus miembros estaban decididos a reclamar de sus derechos, no permitiendo que los abusos pasaran más adelante. Merece citarse el texto de una de aquellas resoluciones porque expresa de una manera harto significativa el principio que ya antes de la revolución sirvió de base para observar una política de resistencia respecto a las reclamaciones que nos hizo Inglaterra. Helo aquí: «Resolvemos: que todo impuesto que se exija a los súbditos de S. M. en esta colonia, bajo cualquier pretexto que sea, sin el consentimiento de la Asamblea general, se considerará como una infracción de la ley y una usurpación de la propiedad del pueblo.»

Como quiera que Lord Cornbury hubiese llegado a ser tan perjudicial para Nueva Jersey como para Nueva York, las Asambleas de ambas ciudades resolvieron elevar a la reina una queja formal contra dicho funcionario. Al recibirla, y sin tener para nada en cuenta que Lord Cornbury era primo suyo, la soberana dispuso se destituyera al Gobernador, declarando que no permitiría, ni aun a los individuos de su familia, ejercer presión sobre sus súbditos. Cuando se supo esto, los acreedores de Cornbury le hicieron meter en la cárcel; pero poco después, habiendo muerto su padre, dejándole heredero del título, obtuvo la libertad y volvió a Inglaterra.

En la primavera de 1708 fue nombrado Lord Lovelace para ocupar la vacante que dejaba Cornbury; pero no llegó a Nueva York hasta fines del año. Su administración prometía ser aceptable y útil para la provincia, pero no fue duradera, pues murió a principios de 1709, sucediéndole Ingoldsby en la dirección de los negocios públicos. Durante la administración de este último formóse una expedición que tenía por objeto apoderarse del Canadá, y al efecto se levantó un cuerpo de quinientos hombres, emitiéndose letras de crédito para atender a los gastos de la guerra. Nueva York y Nueva Inglaterra facilitaron sus contingentes y Lehuyler marchó a Londres con algunos jefes Mohawks para solicitar algún socorro, que le fue prometido; pero a pesar de todas estas medidas y preparativos no se obtuvo resultado alguno, a consecuencia de los reveses de la guerra con España, por manera que todos aquellos gastos y esfuerzos, que sobrepujaban a cuanto hasta entonces habían hecho las colonias, fueron completamente inútiles. Si se hubiese concebido mejor el plan, disponiendo un ataque combinado por mar y por tierra, es indudable que el Canadá hubiera caído en poder de los ingleses.

Habiendo caducado la patente concedida a Thomas Neal para el servicio de postas en las colonias, se introdujo en América, en virtud de un decreto del Parlamento, el nuevo sistema adoptado en Inglaterra, estableciéndose al efecto en Nueva York una administración a la cual debían dirigirse las cartas por medio de los vapores-correos que cruzaban el Atlántico. Dicho decreto regulaba también el derecho postal que había de pagarse, eximía a los correos del pago de barcaje, y autorizaba a los administradores para reclamar judicialmente sus derechos en el caso de que no se satisficiesen. Al poco tiempo estableciòse un servicio de postas en el camino de Neal al norte del Piscataqua y al sur de Filadelfia, servicio que algunos años después se extendió hasta Williamsburg, en Virginia. Cuando había muchas cartas para el sur, el correo no se parada en Filadelfia, resultando de aquí que la comunicación postal tanto para este último punto como para las Carolinas era bastante irregular.

Roberto Hunter, escocés de nacimiento, y que aunque de humilde condición, se había elevado a un alto rango en el ejército, sucedió a Lovelace en el cargo de Gobernador. Habiéndosele presentado tres mil alemanes que tuvieron que huir de las orillas del Rhin, abandonando sus casas, a consecuencia de los azares de la guerra, dispuso Hunter que se establecieran en las orillas del Hudson con la intención de que formaran una colonia. Este ensayo no dio buen resultado mientras los alemanes estuvieron como súbditos sujetos al servicio de la reina, porque su manutención, muy costosa, ocasionaba grandes pérdidas; pero cuando se les concedió el privilegio de ciudadanos libres, formaron una industriosa colonia. Algunos de aquellos alemanes fueron a establecerse en

Pensilvania y otros en la Carolina del Norte, y a esto se debe que en la primera de dichas ciudades el idioma, las costumbres y las opiniones sean puramente alemanas.

La nueva Asamblea reunida por Hunter no quiso tampoco fijarle un sueldo, lo cual fue causa de algunos altercados; pero pocos años después, el Gobernador obtuvo una mayoría en la nueva Asamblea que acababa de elegirse y por lo tanto pudo realizar sus deseos, consiguiendo al fin dominar en este punto a la rebelde provincia sin gran dificultad.

En 1719 dejó Hunter su destino, y William Burnet, hijo del famoso obispo de este nombre, fue llamado para ocupar la vacante. Penetrado el nuevo Gobernador de cuán importante era contener el progreso de los franceses en el Canadá, mandó establecer una estación de parada en Oswego, tomando así posesión de la orilla sur del lago Ontario, con el pretexto de que las Cinco Naciones se hallaban bajo la protección de Inglaterra. En 1727 Burnet mandó construir un fuerte en el mismo sitio; pero los franceses, que no se dormían, erigieron otro en Niágara que facilitaba la comunicación con los lagos superiores y el Mississippí. Entre tanto Burnet se veía envuelto en cuestiones desagradables con la Asamblea y el pueblo, y atendiendo a las reiteradas instancias de éste último, disolvió la primera a pesar de que contaba ya once años de existencia. La Asamblea nuevamente elegida no fue más favorable al Gobernador, pues se quejó de que hubiese una Cancillería presidida por Burnet sin autorización legal. Poco después fue trasladado este Gobernador a Massachusetts.

Después de la corta administración de Montgomery, que ocupó la vacante de Burnet en 1728, en cuya época contaba Nueva York unos ocho mil habitantes, obtuvo el nombramiento de Gobernador el coronel William Cosby. En un principio, pareció que sería popular, pero como era persona de carácter violento, no tardó en indisponerse con los miembros del Consejo y con Juan Pedro Zenger, propietario del *Weekly Journal*, periódico opuesto al Gobernador y su partido. Cosby entabló una causa por libelo, disponiendo que el sheriff mandara quemar el diario y que se arrestara a Zenger. Andrés Hamilton, abogado de Filadelfia, defendió la causa de Zenger con tan buen éxito que hubieron de absolverle, quedando por lo tanto en buen lugar el honor de la prensa[78].

El pobre Zenger, sin embargo, se vio abandonado después y lleno de deudas, por lo cual se quejó justamente de la indiferencia y poca consideración de aquellos que hacían antes alarde de ser sus amigos y favorecedores. He aquí lo que decía en un artículo que publicó en su diario: «Ruego encarecidamente a mis suscriptores se sirvan abonarme sus atrasos, pues de lo contrario, y si no lo hacen pronto, me veré en la precisión de suspender el envío del periódico y proporcionarme el dinero de otro modo. ¡Hay algunos que me deben siete años de suscripción!... y como les he servido bien por espacio de tanto tiempo, creo justo y razonable que piensen un poco en mí, tanto más cuanto que la ropa que llevo puesta está ya muy raída. Caballeros, aunque no tengáis dinero a mano, no olvidéis al que suscribe: cuando hayáis leído este escrito y reflexionado sobre él, estoy seguro que no podréis menos de decir: ¡Vaya, enviemos al articulista un poco de jamón, de queso o de manteca, etc.!»

Cosby murió repentinamente en 1735, y mientras se cuestionaba entre los miembros del Consejo sobre quién había de reemplazarle interinamente, fue nombrado Gobernador Jorge Clarke en el año 1736. La Asamblea empezó como siempre a discutir el punto relativo a los sueldos, y el Gobernador, resentido, la disolvió; pero el partido popular triunfó en la segunda elección, y con este motivo dirigió a Clarke una infinidad de exposiciones, entre las que hay alguna como la siguiente, digna de reproducirse: «Rogamos a vuestra Excelencia nos permita hablarle con franqueza, y en la

---

78 He aquí lo que dice el venerable Dr. Francis al hablar de este asunto: «Los americanos dispensan a la prensa periódica, por un espíritu de patriotismo, las más atentas consideraciones. Hace más de un siglo que Franklin, cl apóstol de la libertad, publicó en un periódico artículos en que vituperaba la conducta de la Gran Bretaña respecto a las colonias. Las observaciones que hizo Zenger en su diario el *Weekly Journal*, acerca de la administración del Gobernador Cosby, despertaron la energía de todo un pueblo, y usando las mismas frases del Gobernador Morris, añadiremos, «que la causa que se formó a Zenger en 1733 fue el germen de la libertad americana, la estrella matutina de esa libertad que más tarde revolucionó toda la América.» Véase el discurso del Dr. Francis en el *Fortieth Anniversary of the Nueva York Historical Society*, 1844, p. 86.

esperanza de que no lo llevará a mal, debemos declararle que no es nuestra intención facilitar fondos innecesarios, ni depositar tampoco los que tuviéremos en manos del Gobernador, para que los aplique indebidamente. Tampoco haremos más gastos que los que consideremos justos y necesarios, ni se fijará sueldo alguno por más de un año, y aun para esto es preciso hacer una ley tal como la juzguemos conveniente para la seguridad de los habitantes de esta colonia, que han puesto su confianza en nosotros sólo con este objeto, confianza de que no abusaremos nunca por la gracia de Dios.»

Clarke no creyó prudente entrar en contestaciones con unos hombres que se mostraban tan resueltos, y por lo tanto prometió su cooperación en todas las medidas que tuviesen por objeto el bienestar de la provincia. Sin embargo, en el discurso que pronunció en la sesión siguiente, dijo que si no se le abría un crédito en la misma forma y por el mismo tiempo que lo habían hecho las Asambleas anteriores, su deber le obligaba a no aprobar los pagos ni satisfacer las letras de crédito de la colonia. La Cámara resolvió por unanimidad no conceder ningún crédito, a menos de que se garantizase el pago de las letras, y entonces el Gobernador les contestó que su manera de obrar era improcedente, que revelaba una presunción que le extrañaba mucho, y que no pudiendo continuar con semejante Asamblea, la disolvía. En 1741, tratando Clarke de inclinar a la Cámara a que accediese a sus deseos, acusó a sus miembros de querer proclamarse independientes; pero la Asamblea rechazó este cargo, y seguramente con razón, pues si bien es cierto que los colonos se mostraban muy tenaces en lo tocante a que se respetasen sus leyes y privilegios, no lo es menos que en aquella época no se pensaba en una separación. Clarke cedió al fin en su empeño y aceptó las condiciones de la Asamblea.

En aquel año ocurrió en Nueva York un hecho muy semejante al que tuvo lugar en Salem cuando lo de la brujería, y si bien es verdad que no fue tan ridículo, no dejó por eso de ser menos sanguinario. Este suceso se cita en la historia con el nombre de *«La Conspiración de los Negros.»* Frecuentes incendios, causados las más de las veces por manos criminales, comenzaron a infundir recelos y sospechas entre los ciudadanos, y atemorizados estos ante el invisible peligro cuyo origen no podían descubrir, escucharon con ávida credulidad las declaraciones de algunas mujeres perdidas, quienes manifestaban que los negros se habían conjurado para quemar la ciudad y elegir luego como Gobernador a uno de los suyos. Con motivo de esto fueron arrestados muchos que acusaron a otros negros, y hasta llegó el caso de poner en la cárcel a varios blancos, a los que se designaba como cómplices de la trama.

Llegado que fue el día del proceso, era ya tan fuerte la preocupación contra los infelices negros, que todos los abogados se aunaron contra ellos, y Delancey, presidente del tribunal, ejerció la influencia de su elevado puesto para empeorar su causa. Ignorantes e indefensos, casi todos aquellos infelices fueron condenados a muerte: catorce perecieron en medio de las llamas, diez y ocho en la horca, y fueron deportados setenta y uno. Entre los blancos hubo dos convictos que sufrieron también la última pena.

Una vez desvanecido todo temor de peligro, muchos empezaron a dudar de que existiese tal conspiración, con tanto más motivo cuanto que ninguno de los testigos era persona de crédito, y sobre todo porque sus declaraciones a veces extravagantes y contradictorias, eran más bien propias de personas imbéciles o faltas de sentido. De los dos blancos, hombres al parecer respetables, uno había recibido muy buena educación, pero era católico romano, lo cual bastaba para que se le mirase con enojo y mala voluntad. No hay duda que algunos de los acusados eran culpables del crimen que se les imputó; mas la prueba de la supuesta conspiración no fue bastante evidente para justificar aquellos asesinatos judiciales que constituyen un baldón para los anales de la historia de Nueva York.

En 1743 fue nombrado Gobernador de la colonia Jorge Clinton, hijo menor del conde de Lincoln. Una de sus primeras disposiciones confirmó las favorables noticias que se tenían acerca de su talento y liberalidad, pues para demostrar la confianza que tenía en el pueblo, aprobó un proyecto de ley que limitaba la duración de la actual Asamblea y de las sucesivas. La Cámara le manifestó su

gratitud, adoptando las medidas que a su juicio eran necesarias para defender la provincia contra los franceses, que a la sazón estaban en guerra con la Gran Bretaña. En 1745, los salvajes, aliados de Francia, hicieron frecuentes invasiones en el territorio inglés; alentado el enemigo al ver que el éxito coronaba sus empresas, hízose más osado, y algunas pequeñas partidas se aventuraron hasta los arrabales de Albany para emboscarse y coger prisioneros. Afligida la Asamblea por estas incursiones, acordó en el año 1746 unirse a otras colonias y a la madre patria para emprender una expedición contra el Canadá, y al efecto suministráronse fondos con que comprar provisiones al ejército y se ofrecieron generosas recompensas a los voluntarios. Sin embargo, la flota de Inglaterra no llegó en tiempo oportuno, y tanto tardaron las demás colonias en hacer sus preparativos, que antes de terminarse estos, pasó la ocasión más propicia para las operaciones militares. En 1748 el tratado de Aix-la-Chapelle puso fin a la contienda, pero solo por algún tiempo, pues pronto debía trabarse la gran lucha que iba a decidir la cuestión de predominio.

En el año 1702, cansados ya los propietarios de Nueva Jersey de cuestionar con los colonos, cedieron a la Corona sus derechos de jurisdicción, y entonces la reina Ana incorporó Nueva Jersey a Nueva York, siendo Gobernador Lord Cornbury. Los habitantes de la primera colonia así como los de la segunda, se resistieron a los abusos y actos fraudulentos del Gobernador. En 1738 solicitó Nueva Jersey el privilegio de elegir por sí y ante sí el Gobernador que le pareciera conveniente, y habiéndolo obtenido, recayó el nombramiento en Lewis Morris. La posición que ocupaba Nueva Jersey era tan ventajosa que no debía temer los ataques e irrupciones de los indios, y de aquí que su progreso fuera constante a pesar de las graves cuestiones que tuvo que zanjar con motivo del papel moneda, de los traspasos de territorio por los indios, y de los esfuerzos que fueron necesarios para expulsar a los intrusos. Después de la muerte de Morris, acaecida en 1745, pasó Belcher en 1747 a desempeñar el difícil cargo de Gobernador de Nueva Jersey, pero no supo dirigir los negocios con más acierto que sus predecesores. Su política fue conciliatoria, y favoreció la fundación del colegio de Princeton, para el cual se expidió una patente en 1748. Se calcula que la población de Nueva Jersey constaba en aquella época de unas cuarenta mil almas.

Tampoco dejaron de ocurrir turbulencias en Pensilvania, mas no por esto dejó de seguir prosperando. Jorge Keith, cuáquero escocés, promovió una especie de cisma, llevando la cuestión de no resistencia mucho mas allá de lo que hubieran deseado los cuáqueros mas sensatos. Su crítica sobre la esclavitud de los negros, que consideraba incompatible con estos principios, y el *Manifiesto* que publicó, fueron causa de que se le desterrase por su insolencia, lo cual bastó para que le consideraran los no cuáqueros como una especie de mártir.

Habiéndose justificado Penn de las sospechas que sobre él recayeran, fue repuesto en la administración de su provincia en 1694; pero obligado a quedarse en Inglaterra a causa de sus muchas deudas, nombró a Markham para que le sustituyese interinamente. En 1696 la Asamblea presentó a este último una solicitud quejándose de la infracción de los privilegios concedidos en su Carta, y en su vista el Gobernador interino aprobó un *bill* redactado por la misma Asamblea, el cual formaba el tercer régimen gubernativo de Pensilvania. Penn, a quien estaba reservada la facultad de desaprobar, no quiso sancionar nunca la medida de su representante. La misma legislatura aprobó otro *bill* que al parecer tenía por objeto imponer una contribución de trescientas libras para socorrer a los indios de Albany, pero que era en realidad para ayudar a proseguir la guerra, conforme deseaba el Gobernador de Nueva York.

En 1699, después de quince años de ausencia, embarcóse Penn para América en compañía de su familia con ánimo de pasar en Pensilvania el resto de su vida, aunque existía entre él y el Cuerpo legislativo una notable diferencia de opiniones, especialmente en la cuestión relativa a la esclavitud de los negros y a los fraudes y abusos que afeaban el carácter de los colonos en su tráfico con los indios. Deseando Penn remediar ambos males, presentó a la Asamblea tres *bills* redactados por él mismo: el primero tenía por objeto introducir la moralidad entre los negros y establecer una ley para sus casamientos; el segundo era para regular sus procesos y castigos, y el tercero para evitar abusos y fraudes contra los indios. La Asamblea desechó el primero y el último, aprobando únicamente el

relativo al proceso y castigo de los esclavos. Esto desagradó a Penn, porque, como legislador político, esperaba ejercer más influencia; pero no obstante, consiguió, merced a sus buenas relaciones con los cuáqueros, introducir en su disciplina reglas y prácticas que se relacionaban con el objeto primordial de los *bills* desechados, cuyo espíritu se recomendó al fin poderosamente a la aprobación general.

Viendo al fin Penn que tendría que luchar con muchas y graves dificultades si permanecía en Pensilvania, resolvió volver a Inglaterra, pero antes de hacerlo, puso en juego todos los medios posibles para que los colonos establecieran una Constitución, siendo el resultado de sus gestiones, que se derogase terminantemente el antiguo sistema de Gobierno, aceptándose el que Penn formó y presentó a la Asamblea. Según él, y conforme a lo acordado en el año 1696, confirmábase al Congreso en el derecho de presentar *bills*, lo cual, según las cartas primitivas, correspondía sólo al Gobernador. A este último se le autorizaba para desechar los *bills* de la Asamblea cuando no fueren de su aprobación, pudiendo asimismo nombrar su propio Consejo y ejercer el poder ejecutivo. La libertad de conciencia quedaba asegurada como en un principio, y se concedía el derecho de elector a cuantos tuviesen cincuenta acres en feudo franco, o sea ciento sesenta y seis libras de propiedad personal.

Una vez aceptada la *Carta de privilegios*, según se llamó después el nuevo sistema, Penn regresó a Inglaterra, dejando la administración de sus bienes particulares y la dirección de los negocios con la India, en manos de Jaime Logan, que fue durante muchos años Secretario de la colonia y miembro del Consejo. Apenas llegó Penn a su país, estallaron con más saña que nunca las disensiones entre la provincia y los territorios, y el año después se estableció de una manera permanente en Newcastle el Congreso de Delaware, que se separaba de Pensilvania. Además del disgusto que le causara a Penn la noticia que recibió acerca de los prolongados disturbios y del rompimiento definitivo entre las dos colonias, viose acosado por las continuas quejas que le dieron contra la administración del Gobernador Evans, indignándole también los cargos que injustamente le hicieron a él mismo. Habiéndose asegurado Penn al poco tiempo, después de un detenido examen, que las quejas producidas contra el Gobernador Evans eran harto fundadas, nombró para sustituirle a Carlos Gookin, descendiente de una antigua familia irlandesa, el cual pareció satisfacer al pueblo a quien iba a gobernar. La Asamblea estaba disgustada por haberse negado Penn a destituir a Logan, quien, según decían, era un obstáculo para el bienestar de la provincia.

Al poco tiempo embarcóse Logan para Inglaterra, y al llegar, Penn, que tenía entonces sesenta y seis años, le dio para la Asamblea una carta cuyo contenido era la expresión de la más tranquila solemnidad y levantados sentimientos. Asegúrase que la misiva produjo honda y poderosa impresión en la mayoría de la Asamblea, que desde aquel momento empezó a echar de menos al padre de la provincia experimentando cariñosa ternura hacia aquel hombre venerable cuyos eminentes servicios y distinguida reputación no podían olvidarse. A consecuencia de la carta de Penn, eligióse una nueva Asamblea y se orillaron casi todas las cuestiones. En vista de sus apuros pecuniarios y continuas molestias, el fundador de Pensilvania había resuelto salir de una vez de la angustiosa situación en que se hallaba colocado, y para conseguir esto, ofreció ceder la soberanía de la colonia a la reina, mediante una equitativa remuneración. Un ataque de parálisis que le ocasionó la muerte algunos años después, impidió a Penn terminar su negociación.

Gookin fue destituido en el año 1716, sucediéndole sir Guillermo Keith. El testamento de Penn originó un pleito de nueve años sobre la soberanía de la provincia; pero Keith, que supo adquirir cierta popularidad, fue apoyado por todos y conservó su destino. El Gobernador y la Asamblea estaban en la mejor armonía y por esta razón la segunda accedió a los deseos de Keith, consintiendo la formación de una milicia voluntaria y la adopción del Código penal inglés, que debía sustituir a los estatutos que entonces regían. El Gobernador se propuso asimismo ensayar el sistema de empréstito de papel moneda con una emisión de quince mil libras al cinco por ciento de interés, cuya operación se repitió al año siguiente en doble cantidad. A consecuencia de las torpezas

de Logan, a quien había servido Keith como secretario y consejero, el Gobernador fue reprendido con bastante aspereza por alguno de sus actos, siendo destituido en el año 1725.

Los miembros de la familia de Penn deseaban arreglar de una vez la cuestión relativa a la soberanía de la provincia, y Keith trató por lo tanto de formar un partido de oposición contra el nuevo Gobernador Patrick Gordon pero no obtuvo el menor resultado. Al volver después a Inglaterra, propagó la idea de que sería muy conveniente imponer tributos a las colonias en beneficio de la madre patria, pero, según dice Mr. Hildreth, Sir Roberto Walpole manifestó que no se consideraba con suficiente valor para aventurarse en semejante paso.

Al morir la viuda de Penn, recayeron en los tres hijos de éste la soberanía y los derechos territoriales de la provincia; pero ninguno de ellos tenía la capacidad y talento del padre, ni alcanzó nunca el menor prestigio. Logan estuvo por espacio de dos años al frente del Gobierno como presidente del Consejo, hasta que en 1738 llegó Jorge Thomas, a quien habían nombrado Gobernador. Los cuáqueros componían escasamente una tercera parte de la población, pero como eran los más ricos y estaban más unidos, consiguieron tener de su parte a la Asamblea.

En 1740 se suscitó una desavenencia acerca de los medios de defensa con que se contaba, y aunque la Asamblea votó 4.000 libras para el servicio del rey, encargó luego a Sir Thomas que dispusiese de ellas, mostrándose en esto fiel a sus principios de no facilitar abiertamente fondos para la guerra. Por aquella época comenzó la acalorada controversia entre la Asamblea y los propietarios, con motivo de alegar la primera que aquellos estaban obligados a concurrir a la defensa de la provincia, por cuanto cobraban de ella una renta en censos, etc., mientras que los propietarios y la Junta de comercio rechazaban semejante principio. Habiendo renunciado Thomas a discutir este punto con la Asamblea, sustituyóle en su cargo Jaime Hamilton, hombre de reconocida aptitud y que se mostraba muy celoso por la causa de los propietarios.

4.
Virginia, Maryland y las Carolinas (1690-1748)

El Gobernador Nicholson. El comisario Blair. Colegio de Guillermo y María. Administración de Andros. Fundacion de Williamsburg. Facultades del Gobernador. Espíritu de libertad. El empleo de Gobernador convertido en beneficio simple. Administración de Spotswood. Sus actos. Administración de Gouch. Progreso de Virginia. Negocios de Maryland. El Comisario Bray. Sociedad para la propagación del Evangelio. Persecución de los católicos romanos. Lord Baltimore se convierte al protestantismo. Cuestión de límites entre Maryland y Pensilvania. Progreso de Maryland. Asuntos de la Carolina. El Gobernador Ludwell. Partidos. Derogación del Gran Modelo. Visita y trabajos de Archdale. Introducción del arroz. Los disidentes pierden sus privilegios. Anulación del acta. Se establece por la ley la Iglesia Anglicana. Descripción acerca del Estado de la Carolina del Norte, por Bancroft. Guerra con los Tuscaroras. Ataque de San Agustín. Moore es censurado. Emisión de papel moneda. Guerra con los Yemassees y otros indios. Triunfo de Craven. Pérdida y deudas. Revolución de la Carolina del Sur. La Corona se encarga de la administración. Los propietarios venden el territorio al rey. Tratado de paz y amistad con los Cherokees. Emigración de suizos. Prosperidad de la colonia.

Aunque Guillermo III revalidó el nombramiento de Effingham, no obstante los cargos que resultaron contra él, éste no quiso volver a Virginia, y Francisco Nicholson aceptó en 1690 la plaza vacante. En esta época el reverendo Santiago Blair, que algunos años antes había sido misionero en Virginia, volvió a dicho punto con una comisión del obispo de Londres, cuya jurisdicción se

extendía a todas las colonias Americanas. Mr. Blair, natural de Escocia, era un hombre activo e inteligente, y durante el medio siglo que se siguió tuvo una gran influencia en Virginia[79].

A su celosa actividad debióse principalmente que el rey otorgara una licencia para establecer el *colegio de Guillermo y María* en Virginia. El preámbulo de la real orden decía que «a fin de proporcionar a la iglesia de Virginia un seminario para los ministros del Evangelio, donde se instruya piadosamente a la juventud, con el fin de que se propague la fe cristiana entre los indios occidentales, para mayor gloria del Todopoderoso, los miembros y leales súbditos que componen la Asamblea general de Virginia se han propuesto fundar un establecimiento o colegio para la enseñanza general de la filosofía, teología, idiomas, artes y ciencias Este colegio tendrá un director, seis profesores y unos cien alumnos, según los recursos con que se cuente, y se redactarán sus estatutos por una comisión de vocales nombrada y elegida por la Asamblea general de la colonia.»

Nicholson y otros diez y siete fueron designados para formar dicha comisión, dándoles el título de comisarios y autorizándoles para tener tierras, fincas y rentas por el valor anual de dos mil libras. El reverendo Blair obtuvo el nombramiento de director, y S. M. designó al obispo de Londres para primer presidente del colegio. A fin de sufragar el coste del edificio y atender al sostenimiento de los profesores, el rey y la reina dieron unas dos mil libras, dotando al colegio con veinte mil acres de la mejor tierra, juntamente con la renta perpetua de un penique por cada libra de tabaco transportado de Virginia y Maryland a las demás colonias inglesas. La carta concedía también al presidente y a los profesores el derecho de nombrar un miembro de la Cámara para que los representase. En agradecimiento a la protección concedida por SS. MM. diose al colegio el nombre de Guillermo y María[80]. Este fue el segundo colegio que se fundó en la América del norte.

Sir Edmundo Andros, de cuyos apuros en Nueva Inglaterra hemos hablado ya, fue nombrado Gobernador de Virginia en 1692, y contrariamente a lo que de él podía esperarse en vista de su anterior conducta, hízose muy popular en su nuevo destino. Durante los seis años que desempeñó su cargo, prestó especiales servicios a la colonia, dictando oportunas disposiciones para la conservación del archivo público. A principios del año 1693, Tomás Neale obtuvo un privilegio para establecer una estafeta en las colonias, con una tarifa proporcionada a la de los correos ingleses. En 1696 se aprobó también un decreto que fijaba el sueldo de los ministros eclesiásticos asignándoles diez y seis mil libras de tabaco, cierta porción de terreno y una casa, todo lo cual seria suministrado por la parroquia.

En l698 fue nombrado otra vez Nicholson Gobernador de Virginia, y con su habitual actividad dictó varias medidas en beneficio de la colonia. Por el mes de diciembre del mismo año se aprobó el decreto para edificar una nueva ciudad que debía ser más adelante capital de la provincia en vez de Jamestown. Habíase erigido ya el colegio en el sitio llamado Plantación del Centro, y viéndose que la comarca era sana, se fijó el asiento de la nueva ciudad en la cercanía del futuro seminario, junto a dos amenas caletas que afluían de los ríos James y York. En prueba de leal afecto, las calles de la nueva ciudad llamada Williamsburg se trazaron en la forma de una cifra hecha con las letras W. y M., y para costear la construcción de un capitolio o Casa de Estado se continuó imponiendo un derecho sobre los licores, decretándose otro para los sirvientes que no fueran ingleses y los esclavos importados en la colonia.

Durante la misma legislatura se dispuso la revisión completa de los estatutos, y en cumplimiento de ciertas órdenes recibidas de Inglaterra, hiciéronse extensivos a los disidentes los beneficios de la tolerancia inglesa. Aunque esto último fuese una medida de justicia, poco o nada debía esperarse de los Gobernadores reales en favor de la política. «Las facultades del Gobernador, dice Mr. Bancroft, eran exorbitantes, pues reasumía a la vez los cargos de teniente general y almirante, tesorero, canciller, presidente de todos los tribunales del Consejo y hasta obispo, de

79 Bastará para probar la actividad y profundos conocimientos de este excelente hombre, el consignar que al morir, a la avanzada edad de ochenta y ocho años, había sido por espacio de cuarenta y cuatro ministro del Evangelio, después de desempeñar los cargos de Comisario de Virginia, director de un colegio y miembro del real Consejo.—*Prat Epis. Ch. en Virginia*, pág. 75.

80 *Anales Americanos*, por Holmes, v. 1. pág. 443.

modo que, la fuerza armada, las rentas, la interpretación de la ley y la administración de justicia, todo estaba sometido a su autoridad. Cierto es que las instrucciones de la madre patria, del Consejo y de la Asamblea general, restringían en parte estos poderes; pero como dichas instrucciones eran secretas, los miembros dependían casi enteramente del Gobernador, y hallándose la Asamblea sujeta a una estrecha vigilancia, y por lo tanto en una posición subalterna, el Gobernador podía tiranizar al pueblo siempre que se le antojase.»[81]

Sin embargo, los habitantes de Virginia tenían cierto espíritu de independencia: conocían muy bien de cuánta importancia era la colonia para Inglaterra; estaban muy celosos de sus privilegios; negábanse a votar fondos sin saber antes a qué se destinaban, y merced a sus tendencias aristocráticas, conservaron siempre suficiente influencia y autoridad en la dirección de los negocios públicos. Cuando Nicholson apoyó el proyecto que tenía por objeto atender a la defensa general de las colonias, facilitando cuotas para reunir los fondos necesarios, no sólo se negó Virginia a votar un impuesto, sino que justificó unánimemente su proceder a pesar de las órdenes especiales de Inglaterra. Habiendo manifestado Nicholson claramente su descontento por semejante proceder, perdió su popularidad. y como quiera que hubiese cometido algunos actos que no le favorecían mucho, fue depuesto en 1705.

Los ministros de la reina Ana adoptaron entonces una política poco prudente y oportuna, pues se acordó convertir en beneficio simple el cargo de Gobernador, y por espacio de cincuenta años recibió aquel tres quintas partes del sueldo, o sea mil doscientas libras anuales, en tanto que el teniente Gobernador percibía las otras dos quintas partes por hacer todo el trabajo. El conde de Orkney fue el primer Gobernador que sirvió con este arreglo. El diputado Edwart Nott vivió sólo un año, y sin embargo, durante el tiempo que ejerció sus funciones, procedióse a la quinta revisión del Código de Virginia, que había mejorado en algunos años. La mayor parte de sus disposiciones se refieren a los casos de los siervos contratados, esclavos, indios, etc., y en general se distinguen por su carácter humanitario y de justicia. Se señalaban además unas diez y seis mil libras anuales a los doce consejeros por sus servicios de asistencia a la Asamblea general y a las sesiones del Consejo, a proporción del tiempo empleado en el ejercicio de su cargo.

A la muerte de Mr. Nott, confirióse la plaza de teniente Gobernador a Hunter, que fue trasladado más tarde a Nueva York; pero habiendo caído en poder de los franceses, durante la travesía, sustituyóle Edmundo Jennings, antiguo presidente del Consejo. En 1710 confirióse el cargo de teniente Gobernador a Alejandro Spotswood, oficial de edad avanzada, sano juicio y carácter conciliador, el cual llevaba el decreto que introducía en Virginia el *Habeas Corpus*. Poco después de su llegada, Spotswood, que al parecer adivinó antes que sus colegas los proyectos de los franceses en el Oeste y Sudoeste, emprendió una expedición a través de Blue Ridge (Cumbre Azul) y pudo así reconocer un poco el territorio del Ohio y de los lagos occidentales. Aunque esta expedición no reportó inmediatos frutos, tuvo, sin embargo, un buen principio, puesto que Spotswood fue hecho caballero, y algún tiempo después se establecieron varios colonos en el hermoso valle que se encuentra mas allá del Ridge.

En 1711 se hallaba la provincia en un estado de paz y dicha completas. y aunque ocurrieron varias cuestiones en que tanto el Consejo como la Asamblea mostraron mucha obstinación, puede decirse que el bizarro teniente Gobernador pasó los trece años de su vida oficial en Virginia con tranquilidad y satisfacción. Es probable que Mr. Bancroft sea exacto al llamarle «el mejor Gobernador de Virginia.»

En 1723 sucedió a Spotswood, Hugo Drysdale, que fue bien recibido por el pueblo de Virginia, y participó a las autoridades inglesas que se hallaba la provincia satisfecha y en la mejor armonía. Drysdale murió en 1727 y le reemplazó Guillermo Gouch, militar de carácter afable y finos modales, bajo cuya administración disfrutó Virginia largos años de paz y prosperidad[82]. Por

81 *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, vol. IV. pág. 26.

82 Durante los diez años de 1720 a 1730, segum Hildreth, el valor de los géneros exportados de Inglaterra a Nueva Inglaterra, Nueva York, Pensilvania, Maryland, Virginia y Carolina ascendió a 4.712.992 libras esterlinas.

entonces empezaron también los colonos a penetrar en Blue Ridge y se establecieron en el valle que se encuentra un poco mas allá, aun cuando no había más que algunas aldeas. Destruido el capitolio de Willamsburg por un incendio, los habitantes trataron de que se trasladara el Gobierno, pero el Consejo se opuso al proyecto. Poco antes de terminar la administración de Gouch, se efectuó la sexta y última revisión del Código de Virginia.

Según hemos consignado en otro capítulo, el Gobierno de Maryland estuvo tres años en manos de los insurrectos; pues en 1692 nombró el rey Gobernador real a Lionel Copley, bajo cuya autoridad, no sólo derogó la Asamblea todas las leyes existentes, sino que formó un Código enteramente nuevo. Establecióse en virtud de una ley la Iglesia Anglicana, y se dividió la provincia en treinta parroquias, imponiéndose diezmos a todos los habitantes sin consideración a sus opiniones religiosas. Al tener conocimiento de esta disposición, quejáronse los católicos romanos y los cuáqueros de tan gravoso impuesto, y no omitieron ningún esfuerzo para contrarrestarlo por tolos medios posibles.

El reverendo Dr. Bray, cuyo celo y abnegación son dignos de alabanza, fue nombrado comisario por el obispo de Londres en 1696: a sus afanes se debió la formación en 1698 de la *Sociedad para la propagación del Evangelio en el extranjero*, así como también que en 1701 obtuviese una carta esta sociedad. El Dr. Bray visitó a Maryland en 1699, volvió a Inglaterra el año siguiente y durante el resto de su vida hizo todo cuanto estuvo en su mano para favorecer los intereses espirituales de las colonias.[83]

En el año 1702 y con arreglo al decreto de tolerancia, todas las sectas alcanzaron libertad de culto, excepto la Católica Romana. Dos años después de haber llegado como Gobernador el coronel Seymour, empezó contra los papistas una especie de persecución legalizada y se prohibió decir misa en público. En 1700 murió Seymour y en 1714 le sucedió Juan Hart.

El primer Lord Baltimore se había hecho católico romano por convicción, y el actual heredero de sus títulos y sus bienes, presintiendo una inminente ruina si él o su familia no obtenían una revalidación de los derechos de propietario, indujo a su hijo, Benito Leonardo a que abrazase las doctrinas de la Iglesia establecida. Conseguido esto, restituyóse inmediatamente a la familia Calvert la administración de la colonia. El hijo menor, llamado Carlos, heredó el título de quinto Lord Baltimore un año después, a consecuencia de la muerte de su padre. Hart siguió desempeñando el cargo de Gobernador, y aunque el cambio de religión por parte del propietario no produjo ningún efecto especial en Maryland, el Cuerpo legislativo juzgó conveniente imponer un juramento por el cual se excluía a todos los católicos romanos de tener la menor participación en el Gobierno. En 1720 sucedió a Hart Carlos Calvert, pariente del propietario, y algunos años después se instituyó el sistema de libre enseñanza, con ventaja para la colonia y su progreso.

Desde 1727 en adelante fue Gobernador de Maryland un hermano menor del propietario, y durante su administración aprobáronse varios decretos por los cuales se ofrecían premios a los que presentaran lino, cáñamo y hierro. Calvert fue a Inglaterra en 1732 y poco después llegó a la colonia el propietario en persona con el principal objeto de arreglar la cuestión de límites entre Maryland, Pensilvania y Delaware. Las diferencias no se orillaron sin embargo hasta después de veinte años de litigios. Lord Baltimore regresó a Inglaterra en 1736, encargándose entonces Benjamín Ogle de la dirección de los negocios públicos. Durante el período comprendido desde esta fecha hasta la paz de Aix-la-Chapelle, Maryland continuó prosperando y se apresuró a tomar las medidas más oportunas para desbaratar las intrigas de los franceses y prepararse a la inminente lucha de predominio que debía estallar bien pronto entre las naciones hostiles y las colonias.

En 1690 los propietarios de la Carolina nombraron Gobernador a Felipe Ludwell, y en su consecuencia viose Sothel en la precisión de dejar el puerto que había usurpado. Ludwell comenzó a desempeñar sus funciones en las Carolinas del Norte y del Sur de un modo que prometía paz y satisfacción para la colonia; pero su administración duró poco tiempo, pues habiéndose promovido

83 El Doctor Bray murió en 1730 a una edad avanzada. El que desee tener más noticias acerca de este distinguido varón y de sus trabajos, puede ver la obra titulada *Iglesia Episcopal protestante de Maryland*, pág. 82.

las antiguas discordias entre los eclesiásticos, los disidentes y los hugonotes, a la sazón considerables en número e importancia política, viose el Gobernador en la precisión de retirarse muy disgustado, sucediéndole Tomás Harvey en Albermale, y en la provincia meridional Tomás Smith, miembro del Consejo, y persona de elevado carácter. En el mismo año de 1693 se revocó terminantemente el *Gran Modelo* que nunca había satisfecho a nadie, y los propietarios emitieron este dictamen: «Que como el pueblo ha declarado que prefería ser gobernado por los poderes concedidos por la Carta, sin consideración a las constituciones fundamentales, será conveniente para la paz y tranquilidad de todos acceder a su petición.»

Con objeto de restablecer la calma, Smith aconsejó a los propietarios que enviasen a uno de los suyos, y siendo aquellos del mismo parecer, designóse para el Gobierno al conde de Shaftesbury, pero éste no aceptó, y fue nombrado en su lugar Juan Archdale, cuáquero muy respetable. Las medidas que éste adoptó, tan acertadas como juiciosas, dieron buenos resultados, puesto que consiguió conciliar hasta cierto punto a los partidos contendientes, mostrando además disposiciones amistosas hacia los españoles de la Florida. Al poco tiempo, Archdale nombró Gobernador a José Blake, sobrino del famoso almirante, y se marchó a Inglaterra.

Poco antes de esto, un buque procedente de Madagascar, con rumbo a Inglaterra, tocó casualmente en Charleston, y el capitán ofreció al Gobernador un saquito de semilla de arroz, planta que, según dijo, había visto cultivar en las comarcas orientales, donde era en extremo apreciada por dar un grano muy abundante y excelente para el alimento. Habiéndose hecho la prueba, más bien por curiosidad que con la esperanza de sacar partido, viose que daba muy buen resultado y no tardó en conocerse su valor. «Desde entonces —dice Mr. Bancroft— data la opulencia de la colonia; desde entonces se aumentó el número de esclavos negros, y los beneficios de los campos de arroz indujeron al plantador a ensanchar sus dominios y a pedir trabajadores al África.»

Aunque la mayoría de los colonos fuese disidente, sin embargo, en 1704, por una mayoría insignificante, fueron despojados de sus franquicias, y concedido el monopolio del poder político a la Iglesia Anglicana. Opúsose Archdale al *bill* en la junta de propietarios; pero fue sancionado, gracias a los esfuerzos de Lord Granville: dos años más tarde, en virtud de una exposición a la reina, se declararon nulos y sin valor los decretos de intolerancia, y en noviembre de 1706, la Asamblea colonial los abolió, en cuanto se referían a los privilegios políticos. Con todo, quedó establecida la Iglesia Anglicana como religión de la provincia; pero siguiéronse graves contiendas y no escasearon las turbulencias y los tumultos populares. Sin embargo, el período fue próspero, y sin los riesgos que corrían las demás colonias.

He aquí la pintura que hace Mr. Bancroft del Estado de la Carolina del Norte: «Era el santuario de los fugitivos y desertores, donde cada uno hacía lo que le daba la gana, sin adorar a Dios ni al César.» El diputado Gobernador Roberto Daniel trató de establecer la Iglesia Anglicana, pero inútil es decir que no consiguió su objeto entre una gente como aquella. Muy lejos de eso, siguióse la anarquía, y los partidos se retaron, eligiendo cada cual su Gobernador y su los Cámara de Representantes. Los cuáqueros resolvieron resistirse a lo que creían injusto, y aun cuando se pidió al Gobernador de Virginia que interviniese con la fuerza armada, los mal contentos, lejos de atemorizarse, persistieron en su actitud hostil.

Sin embargo, la atención de toda la provincia se distrajo de estos asuntos para fijarse en la guerra que estalló entonces con los Tuscaroras, pues furiosos éstos por lo que juzgaban una usurpación de sus tierras, comenzaron a vengarse como acostumbran los salvajes. Aun cuando los cuáqueros de la Carolina del Norte rehusaron tomar las armas, la Carolina del Sur suministró algunos auxilios; pero de allí a poco declaróse la fiebre amarilla, y atemorizados todos los habitantes, huyeron de la epidemia a la par que de los ataques de los indios. En el invierno siguiente un cuerpo de milicias y de indios procedentes de la Carolina del Sur, subyugó a los Tuscaroras, haciéndoles ochocientos prisioneros, que fueron vendidos como esclavos. El resto de la tribu huyó hacia el Norte y fue a engrosar la confederación de las Cinco Naciones.

Habiéndose declarado la guerra entre Inglaterra y España en 1702, fijóse en ella la atención de la colonia, y el Gobernador Moore tuvo ocasión para lucir sus conocimientos militares, ofreciéndosele al mismo tiempo un medio para enriquecerse con el botín de los españoles o con los prisioneros indios. En su consecuencia, Moore propuso a la Asamblea una expedición contra la colonia española de San Agustín, y aunque muchos aplaudieron la idea, los hombres reflexivos dudaron que fuera conveniente la empresa. Sin embargo, la gran mayoría de la Asamblea se declaró en favor del proyecto, y acto continuo votóse una suma de 2.000 libras esterlinas para los gastos de la guerra. Engancháronse seiscientos indios, que por su afición a esta clase de expediciones se prestaron gustosos a empuñar las armas, y se reunieron otros seiscientos hombres de la milicia, así como también varios buques para transportar las fuerzas de mar y tierra. Designóse Port-Royal para punto de reunión, y de allí salieron los expedicionarios en el mes de septiembre.

Según el plan de operaciones, habíase convenido que el coronel Daniel, oficial muy experimentado, marcharía con parte de la milicia y un cuerpo de indios para atacar la ciudad por tierra, mientras que el Gobernador lo haría por mar. Daniel logró su intento, habiendo llegado primero y saqueado la ciudad; pero los españoles habían hecho acopio de provisiones por cuatro meses en el castillo, y al aproximarse Daniel, se retiraron al mismo con todo su dinero y sus más preciosos efectos. Al llegar Moore, cercóse la plaza con una fuerza a la cual no podían resistir los españoles, que por lo tanto se mantuvieron encerrados en su fortaleza y viendo entonces el Gobernador que era imposible desalojarlos sin artillería, despachó una balandra a Jamaica para que trajera morteros y bombas; pero mientras aguardaba la vuelta del barco, los españoles de la Habana, noticiosos de aquel repentino ataque, enviaron dos navíos, uno de veinte y dos cañones y otro de diez y seis, que aparecieron a poco frente a la entrada del puerto, infundiendo tal pánico a Moore, que al punto levantó el sitio, abandonando sus naves y huyendo precipitadamente a la Carolina. Con este movimiento, no sólo salieron de apuros los españoles de la guarnición, sino que cayeron en su poder los barcos, víveres y municiones de los expedicionarios. Al volver de Jamaica el coronel Daniel encontró levantado el sitio, y en poco estuvo que cayese en manos de los enemigos.

Moore fue duramente reprendido por su proceder, que costó a la colonia contraer una deuda de 6.000 libras. La Asamblea aprobó un *bill* para la emisión de letras de crédito, que debían amortizarse en tres años con un derecho sobre licores, cueros y pieles. Éste fue el primer papel moneda emitido en la Carolina, y por algunos años su valor estuvo a la par. Habiendo Moore acometido a los indios Apalachianes, consiguió subyugarlos, y su sucesor pudo también rechazar un ataque de los españoles sobre Charleston.

No bien recobrada la Carolina del Norte de las devastaciones de los indios, viose la del Sur expuesta a la misma calamidad. Tiempo hacía que aquellos fraguaban sus planes para exterminar a los blancos, extendiéndose la trama desde las tribus de la Florida hasta las de los alrededores de Cape Fear. La víspera del día en que los Yemassees empezaron su sangrienta obra, notóse en sus semblantes cierta expresión siniestra y no faltaron otros indicios que revelaban la proximidad de alguna horrible catástrofe. A la mañana siguiente, 15 de abril, se rompieron las hostilidades. Los jefes empezaron a llamar a su gente lanzando gritos de venganza; furiosos los jóvenes corrieron a las armas, y en pocas horas degollaron a unas noventa personas en la ciudad de Pocotaligo y en las plantaciones vecinas. También en Port-Royal Island hubiera habido muchas más víctimas, a no recibir un aviso providencial del peligro que corrían.

A los Yemassees, que iban sembrando por todas partes la desolación y la muerte, obligando a los colonos a refugiarse en Charleston, se unieron muy pronto los Catawbas, los Cherokees y los Creeks, todos los cuales eran poco antes aliados de los Carolinos en la guerra contra los Tuscaroras. Según pudo averiguarse, las fuerzas indias ascendían a seis o siete mil hombres, y aunque no había en Charleston más de mil doscientos habitantes aptos para el servicio, como la ciudad tenía varios fuertes donde podían retirarse los moradores, el Gobernador Craven resolvió marchar a los bosques con aquella reducida fuerza en busca del enemigo. Antes de esto publicó la ley marcial y embargó todos los buques para impedir que saliesen del país hombres o provisiones, y obtuvo además un

decreto de la Asamblea que le facultaba para reclutar gente, tomar armas, municiones y víveres donde los encontrasen, armar los negros leales que pudiesen servir en aquella ocasión y continuar la guerra con el mayor vigor. Nueva York y Virginia enviaron algunas municiones y la Carolina del Norte prestó el auxilio que buenamente pudo.

Avanzando entonces Craven en son de guerra, alcanzó a los indios en Saltcatchers, donde estaban acampados, y donde tuvo lugar un combate sangriento en el que alcanzaron los blancos la victoria. Los Yemassees, derrotados, se retiraron a la Florida, y un año después, poco más o menos, se concluyó la paz con las demás tribus. En esta guerra perdieron la vida algunos centenares de habitantes, estimándose en 100.000 libras los daños y perjuicios ocasionados, sin contar una deuda de poco más o menos la misma cantidad, por las letras de crédito que se emitieron.

Por más que se les rogó, no quisieron los propietarios conceder ningún socorro ni pagar parte alguna de la deuda, y en su consecuencia la Asamblea acordó remunerar a la colonia, disponiendo del territorio de que fueron expulsados los indios y haciendo con él tan favorables proposiciones, que inmediatamente vinieron quinientos irlandeses a fijar su residencia en las fronteras. Pero entonces los propietarios, tan desavisados como injustos, no quisieron sancionar los actos de la Asamblea, y desposeyeron de sus tierras a estos emigrantes, que se vieron reducidos a la mayor miseria. Algunos de ellos perecieron de hambre, y otros se refugiaron a las colonias Septentrionales, de suerte que así desapareció una fuerte barrera entre las antiguas colonias y los salvajes, quedando otra vez expuesto el país a sus excursiones.

El pueblo, que estaba exasperado, deseaba un cambio de propietarios, y la opresora conducta de Trott, presidente del tribunal, y de Rhett, recaudador de impuestos, aumentó en gran manera el descontento. El Gobernador y el Consejo se quejaron del primero de aquellos funcionarios, solicitando su destitución; pero no sólo fue negada la demanda, sino que se dio orden para disolver la Asamblea, lo cual se llevó a efecto, a pesar de la efervescencia de los ánimos. Los nuevos Representantes elegidos en el mes de diciembre se negaron a proceder como Asamblea, tomando el carácter de una junta revolucionaria, y como el Gobernador Johnson se negase a unirse con ellos, los miembros de dicha Junta eligieron al coronel James Moore para que gobernase la colonia en nombre del rey, formando una asociación para la defensa común, así contra los españoles como contra los propietarios. Hecho esto, se envió un agente a Inglaterra para que abogase en favor de los colonos, mas esto dio origen a que se entablase un proceso legal para invalidar la carta de la Carolina. Durante la instrucción de aquel, encargóse la Corona del Gobierno de la Carolina del Sur.

Acto continuo marchó a esta última Sir Francisco Nicholson, nombrado Gobernador real interino, el cual, conociendo por experiencia la índole de los colonos, quiso popularizarse y favoreció tanto como pudo los deseos del pueblo, eligiendo presidente del Consejo a Middleton y presidente del tribunal a Mr. Allen, quienes se habían distinguido en el último movimiento contra los propietarios. Además de esto, sancionó otra cuantiosa emisión de papel moneda, que ocasionó durante algunos años gran confusión y acaloradas cuestiones.

Aunque la Carolina del Norte no se había rebelado contra la autoridad de los propietarios, transcurrido algún tiempo ajustaron aquellos un contrato, en virtud del cual vendieron sus derechos a la Corona por unas 22.000 libras. Roberto Johnson quedó encargado del Gobierno de la Carolina del Sur, y en el de la Carolina del Norte fue repuesto Burrington, que antes estaba en desgracia, y a quien sucedió en 1734 Gabriel Johnston. El presidente del Consejo, Guillermo Bull, sucedió a Burrington, en la Carolina del Sur, en 1737.

A principios del año 1730 envióse a Sir Alejandro Cumming para negociar con los Cherokees una colonización pacífica en las tierras inmediatas al río Savannah. La misión de Cummig obtuvo un éxito favorable, ajustándose un tratado por el cual se reconocía la autoridad del rey, y se concedían libremente privilegios de colonización en los territorios indios. A consecuencia de este convenio, los Cherokees permanecieron largos años en completa paz y amistad con los colonos, que se entregaban a sus diversas ocupaciones, cerca de aquellos indios, sin ningún temor de ser molestados.

Entonces las Carolinas comenzaron a llamar la atención, y el número de sus habitantes fue aumentándose con la gente que llegaba de varios Estados europeos. Alentados por las seguridades que les daba su compatricio Juan Pedro Pury, natural de Neufchatel, en Suiza, emigraron más de ciento setenta personas de aquella provincia, y a estos se agregaron en breve otros doscientos. Según lo estipulado, el Gobernador concedió cincuenta mil acres de tierra para los suizos, en la margen noroeste del río Savannah, señalándoles por residencia una villa que llamó Purysburgh, teniendo en cuenta el nombre del principal promovedor de la colonización. Sin embargo, estos colonos se resintieron cruelmente del cambio de aires, pues muchos de ellos sucumbieron, y los que quedaron vivos se arrepintieron durante mucho tiempo del voluntario destierro que se impusieran.

En el mismo año, según un plan recientemente aprobado en Inglaterra para impulsar la colonización de la Carolina, se trazaron once villas en las riberas de los ríos, en espacios cuadrados de veinte mil acres cada uno. Dos de estos planos se señalaron a orillas del Alatamaha, dos a las del Savannah, dos a las del Santee, uno a las del Pedee, uno a las del Wacamaw, uno a las del Wateree, y uno, por último, a las del Río Negro. Las tierras de estas villas se dividieron en espacios de cincuenta acres para cada familia que viniese a ocuparlos y mejorarlos. En 1737 se embarcaron para la Carolina muchos labradores de Irlanda que no podían mantener a sus familias en su país natal, y habiéndose concedido a la colonia irlandesa algunas tierras en las riberas del Santee, constituyeron una población que se denominó Williamsburgh.

Al año siguiente estalló en la Carolina del Sur una sublevación de esclavos que fue sofocada fácilmente. Envidiosas las Carolinas de la influencia española, y codiciando las grandes riquezas de los pueblos de aquella nación, acometieron algunas empresas contra los españoles, pero la que se intentó para apoderarse de San Agustín no dio resultado alguno. En la Carolina del Norte, la cuestión de censos continuó siendo origen de discordias, y los empleados de la Corona no percibieron su paga en algunos años, si bien se arregló la cuestión en 1748. A pesar de numerosos obstáculos y contratiempos, la colonia aumentó en población y riqueza, y en algunas ocasiones eran enviados a Inglaterra, para que se educasen, los hijos de las familias acomodadas. Luego veremos las consecuencias de este cambio, ocasionado por la ociosidad y la opulencia.

5.
Fundación y progreso de Georgia (1732-1754)

Origen de Georgia. Jaime Eduardo Oglethorpe. Su carácter y sus méritos. Objeto de la colonia. Error de juicio al principio. Oglethorpe al frente de la colonia. Fundación de Savannah. Emigración de luteranos de Salzburgo. Moravos. Judíos. Montañeses. Carlos y Juan Wesley en Georgia. Descontento de algunos colonos. Se desea la esclavitud. Cuándo se introdujo. Pretensiones de España sobre territorio. Planes de Oglethorpe. Resiste las pretensiones españolas. Ataque infructuoso de San Agustín. Expedición española contra Georgia y Carolina. Proceso de Oglethorpe. Cargos que se le dirigen. Su completa vindicación. Whitfield en América. La gran reforma. Cambios en el Gobierno. Lento progreso de Georgia. Coste de la colonia. Nombramiento de Gobernador real. Hospitalidad del pueblo. Valor desconocido del territorio.

Algunos años antes de que estallase la tercera guerra intercolonial se estableció la colonia de Georgia en la vasta e improductiva porción de terreno de la Carolina que se extiende entre los ríos Savannah y Alatamaha. Su origen se debe principalmente a las benévolas intenciones y benéficas ideas de un hombre, por más que los fundadores incurriesen en errores graves; y el nombre de Jaime Eduardo Oglethorpe será siempre honrado porque merece la estimación de todos. El objeto de este hombre filantrópico fue remediar los males que resultan del encarcelamiento por deudas, esperando también aliviar la desgracia de los pobres de Inglaterra que quisieran vivir sobria e industriosamente recogiendo el fruto de sus trabajos. Apoyado por Lord Percival y otros nobles caballeros,

Oglethorpe obtuvo del Parlamento una Carta[84] por la cual se le concedía para el objeto indicado la parte de la Carolina situada al Sur de Savannah; la nobleza y el clero coadyuvaron a la empresa con sus generosas dádivas; el Parlamento hizo también algunas concesiones, y todos, en fin, demostraron el más vivo interés en favor del proyecto.

Los que miraban las cosas bajo el punto de vista político, aprobaban el plan al reflexionar que Georgia pudiera ser una fuerte barrera que contendría a los españoles en el Sur; los mercaderes se vieron atraídos por las ventajas que les ofrecía la creación de un nuevo emporio de comercio, donde se traficaría en vinos y sedas; los protestantes pensaron que Georgia seria un punto de refugio para sus perseguidos hermanos del continente; los que deseaban consagrarse a la conversión de los indios, vieron abrirse ante sí un vasto campo donde ejercer su santa misión, y todas las clases, en fin, se sintieron animadas del mejor deseo para favorecer la empresa. Añadiremos, por último, que el sello oficial de la colonia representaba un grupo de gusanos de seda con esta divisa: *Non sibi sed aliis*, «no para ellos sino para otros».

El gran error estuvo en destinar para la emigración a toda esa gente inútil y descontentadiza del pueblo que por sus desgracias y disgustos no era la más a propósito para ir a soportar nuevas privaciones lejos de su país. Las personas que eran verdaderamente necesarias, tales como los labradores, artífices y jornaleros, fueron las únicas excluidas del beneficio de la caridad; mas no obstante, este error se remedió después.

Oglethorpe se ofreció a plantear él mismo la colonia, y en consecuencia, reunió treinta y cinco familias, que componían unas ciento treinta y cinco personas, buscó un sacerdote, una persona entendida en el cultivo de la seda, y varios oficiales de justicia, y después de proveerse de Biblias, catecismos y otros libros necesarios, se embarcó en Deptford el 17 de noviembre de 1732. A principios de 1733 llegaron a Charleston los espedicionarios, donde fueron recibidos con la mayor benevolencia, y al poco tiempo desembarcaban en las playas de la nueva provincia. Al remontar el río Savannah vieron a su paso los viajeros una colina de poca elevación, sembrada de pinos, conocida con el nombre de Yamacraw Bluff, y en ella fue donde se resolvió echar los cimientos de la capital de la colonia, que llamaron Savannah, tomando el nombre del río que bañaba aquel territorio. Oglethorpe eligió para levantar su tienda un pequeño espacio cubierto por un grupo de elevados pinos, pero al volver de una corta excursión a los alrededores, lo encontró ocupado por unos cuantos indios, que dejaron el puesto libre sin oponer resistencia, ofreciendo al mismo tiempo facilitar a los pobladores una gran extensión de terreno[85]. En vista de esto, empezáronse inmediatamente los trabajos preliminares para el planteamiento de la colonia; se estableció una batería que dominaba el río; levantóse una empalizada, se dispuso convenientemente una porción de terreno para huerta y jardín, y por último construyóse un edificio destinado para almacén.

Algún tiempo después un cuerpo de alemanes luteranos, procedente de los Alpes orientales, que había abandonado su país, huyendo de la persecución religiosa, obtuvo el apoyo del Parlamento inglés, que les facilitó los medios necesarios para la emigración. Llevando como jefes a sus santos ministros, abandonaron sus hogares y se dirigieron a pie a Rotterdam que era el punto de embarque, entonando cánticos de gracias. Al llegar a Dover tuvieron una entrevista con sus correligionarios ingleses, y poco después, en el mes de marzo de 1734, tocaban en la tierra de Georgia, donde formaron, a corta distancia del Savannah, una pequeña colonia que se llamó Ebenezer. Al poco tiempo fueron a reunírseles algunos de sus correligionarios y varios moravos, discípulos del conde de Zinzendorf. Más tarde, unos cuantos judíos, que recibieron de sus hermanos los recursos necesarios para dejar su país, emigraron a Georgia, donde se les permitió, aunque no de muy buena gana, que se estableciesen en paz.

Oglethorpe volvió a Inglaterra en 1734 llevando consigo varios jefes indios y algunas muestras de seda de Georgia. Los indios fueron tratados con la mayor consideración, y admirados

84 Véanse las *Colecciones históricas de Georgia*, por el rev. G. White.

85 La interesante historia de María Mingrove, que desempeñó el cargo de intérprete, y del Rev. Mr. Bossans-Worth, su esposo, se encuentra en las *Colecciones históricas de Georgia*, por Mr. White. págs. 21-31.

del poder y riqueza de los ingleses, prometieron ser constantemente fieles. Habiendo concedido el Parlamento un auxilio de 26.000 libras, que facilitaba los medios necesarios para ensanchar el territorio de la nueva colonia, ocupóse la región que se extiende cerca de la Florida, y a pricipios de 1736, un cuerpo de montañeses de Escocia, fundó New-Inverness en el Alatamaha. Oglethorpe había vuelto a Georgia en compañía de estos últimos y de Juan y Carlos Wesley, célebres más tarde por la parte que tomaron en el movimiento metodista (secta religiosa). Carlos Wesley se quedó con Oglethorpe en clase de secretario, y Juan fue elegido párroco de la iglesia de Savannah. Este último se hizo al principio muy popular y todos le escuchaban con gran devoción, pero su exagerado celo dio lugar a que se promovieran ciertas cuestiones que le obligaron a salir de Georgia. Parece ser que Wesley había contraído relaciones con una señorita a quien creyó en un principio muy piadosa, pero convenciéndose luego de que no era lo que él y sus amigos creían, dejó de visitar a la joven, quien se casó luego con otro. Al poco tiempo de suceder esto, quiso comulgar la recién casada, mas Wesley se opuso a ello, alegando que era muy mundana y que no podía recibir la gracia, lo cual bastó para que el marido entablase un pleito, reclamando 1.000 libras por daños y perjuicios. Acusado Wesley, además, de haber cometido otros abusos de autoridad, y conociendo que el espíritu público estaba contra él, se marchó de Georgia disgustado, y jamás quiso volver a América.

Los alemanes y escoceses estaban muy contentos con su situación, pues la industria y el trabajo les recompensó como era justo; pero los demás pobladores pronto empezaron a pedir que se les permitiera el uso del ron y tener esclavos, dos cosas prohibidas expresamente desde un principio por los jefes de la colonia. De esa exigencia, origináronse cuestiones y altercados y una agitación constante, que prolongándose por espacio de diez años, fue causa de que se accediese a la petición de los turbulentos, introduciendo la esclavitud en Georgia.

Convencido Oglethorpe de cuán importante era estar bien parapetado en su posición, adoptó las medidas oportunas para fortificar la colonia contra sus vecinos los españoles. En una isla situada cerca de la embocadura del río Alatamaha, se construyó un fuerte, edificándose a poco una ciudad que se llamó Frederica; y en Cumberland Island, que se hallaba a diez millas de distancia, en dirección al mar, levantóse una batería con la que podía dominarse la entrada de Jekyl Sound, único paso para ir a Frederica. Al tener conocimiento de todos estos preparativos de los ingleses, enviaron los españoles un comisionado desde la Habana, con el encargo de exigir que se evacuase todo el territorio comprendido en la parte Sur de Santa Elena, por pertenecer al rey de España; pero, como es de suponer, Oglethorpe se negó a semejante demanda. El fundador de Georgia era un hombre respetado de todas las clases, no sólo por los grandes servicios que prestara, sino porque siempre se había consagrado al alivio de las desgracias de los pobres, y aun que no poseía nada en el territorio de Georgia, estaba resuelto a defenderlo aunque fuera a costa de su vida. Terminados todos sus preparativos de defensa, Oglethorpe marchó a Inglaterra con el fin de organizar un regimiento, volviendo a Savannah en septiembre de 1738 con el nombramiento de comandante militar de Georgia y las Carolinas, y la competente autorización para «rechazar la fuerza con la fuerza.»

En agosto del año siguiente, Oglethorpe recorrió unas 300 millas a través de los bosques, y cerca de la que ahora es la ciudad de Colombo, encontró una tribu de indios, que ofrecieron su auxilio y amistad a los ingleses. Terminada su excursión Oglethorpe reunió una fuerza considerable y puso sitio a San Agustín; pero el éxito de la empresa no fue favorable. Los esfuerzos de Auson y Vernon para destruir las colonias de España y entorpecer su comercio, no dieron tampoco resultado alguno, y en 1742, resolvieron los españoles atacar a Georgia y Carolina con una fuerza de 3.000 hombres. Sólo la ignorancia de su jefe pudo salvar a las colonias de un desastre, y gracias a ella, pudo Oglethorpe rechazar un ataque contra Frederica sin gran dificultad.

A pesar de su celo por los intereses de Georgia, Oglethorpe tuvo que pasar por las mismas pruebas que otros hombres colocados en su situación, viéndose expuestos a infinitos disgustos, a consecuencia de la ingratitud de sus compañeros. Los descontentos colonos enviaron primeramente a Inglaterra a Tomás Estevans, en calidad de agente, para que presentase varias quejas contra los jefes de la colonia en general; pero al ser examinadas aquéllas detenidamente por la Cámara de los

Comunes, ésta acordó declarar que «eran falsas, escandalosas y de reconocida malicia.» El mismo Oglethorpe fue poco después a Inglaterra a contestar a ciertos cargos que se le hicieron, y de tal modo se vindicó, que Cook, su acusador y subalterno, fue destituido inmediatamente.

El fundador de Georgia casó poco después, aceptando una consignación que le fijaron, y aunque no quiso jamás volver a visitar la América, vivió el tiempo suficiente para ver la proclamación de la independencia de los Estados Unidos. Oglethorpe murió el día 1 de julio de 1785 a la avanzada edad de noventa y siete años.

Apenas volvió Wesley a Inglaterra, embarcóse para Georgia el igualmente célebre Jorge Whitfield, y trabajó con tanto celo como buen éxito en favor de la caridad y la religión, A él se debe el establecimiento del hospicio que hay cerca de Savannah. Mr. Hildreth consagra una multitud de páginas en el segundo tomo de su obra a la *Gran Reforma*[86] de Nueva Inglaterra, debida a las predicaciones e influencia de Whitfield, que se vio ayudado por hombres como Jonatás Edwards, David Brainerd y otros, y aunque en el conjunto estamos conformes con lo que dice aquel autor, es de presumir que no todos sean del mismo parecer. «La religión, tan pura y resplandeciente en sus verdades, como el brillante colorido de nuestras pinturas antiguas, va perdiendo su prestigio e influencia, porque así como los hombres de entonces se complacían en desechar la idea, que hoy tienen todos, de que la religión y la política son inseparables, los hombres de ahora no se cuidan de que uno observe tal o cual religión, sino por lo que toca a sus opiniones políticas. ¿Y no será digna esta cuestión de que se discuta, si partiendo de las ideas teocráticas de los puritanos, no hemos llegado al extremo opuesto? ¿Será acaso mejor para la sociedad el indiferentismo ateísta de nuestros tiempos que el unánime reconocimiento de la fe que proclamó el mundo en las primeras edades?» Aquel de nuestros lectores que quiera apreciar cuánta es la importancia que tiene sobre un pueblo todo movimiento religioso como el de que vamos a tratar ahora, leerá seguramente con gusto lo que dice Mr. Hinton[87] respecto a la *Gran Reforma*.

«En el año 1735 fue cuando por primera vez empezaron a notarse señales de cierta agitación en sentido religioso en Northampton, Massachusetts, siendo sacerdote el reverendo Jonatás Edwards, después director del colegio de Nueva Jersey. He aquí cómo se expresa este último: Por entonces, toda la población, sin exceptuar clases ni edades, comenzó a fijarse y a pensar seriamente en los asuntos religiosos, hasta el punto de ser éstos el tema obligado de todas las conversaciones, no permitiéndose apenas hablar de otra cosa. Todos parecían desempeñar sus ocupaciones mundanas, más por necesidad, que por gusto, y no pocas veces las descuidaban para consagrarse más tiempo del necesario a los ejercicios de la religión, que era, en una palabra, el asunto más importante, la piedra de toque de todos los negocios.» Este orden de ideas y sentimientos se propagó con pasmosa rapidez, durante los siete años siguientes, no sólo por los Estados de Nueva Inglaterra, sino también por Nueva York y Nueva Jersey.

El Dr. Trumbull dice[88] que aquel hecho era extraordinario por todos conceptos; porque excedía a todo cuanto debiera esperarse de la Providencia; porque era más universal de lo que nunca se debiera suponer, y porque se extendía, en fin, a todas las clases del pueblo, sobrios y viciosos, ricos y pobres, sabios e ignorantes. Al ocurrir en épocas anteriores hechos de esta naturaleza, sólo habían tenido efecto en la gente joven, no en los ancianos y niños; pero esta vez no hubo excepción de ninguna clase, y el pueblo en masa corría a los sitios donde se celebraba el culto, no sólo los domingos, sino también los demás días de la semana. Los templos del Señor no podían contener a tanta gente y ésta se apiñaba ansiosa a las puertas y allí donde pudiera oír la palabra del predicador, llevando su celo hasta el punto de pasar a otros pueblos y parroquias cuando llegaban a saber que iba a pronunciarse algún sermón. Algunas veces seguían a los santos ministros de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. por espacio de muchos días, ocurriendo con frecuencia el llegar a poblaciones

86 El traductor se refiere así al primer *Gran Despertar, Great Revival* o *Great Awakening*, del protestantismo norteamericano. (Nota del editor digital.)
87 *Historia de los Estados Unidos*, pág. 134.
88 *Historia de Connecticut*, vol. II, pág. 141.

pequeñas que no podían contener ni albergar a tanta gente. El temor al pecado y a la cólera de Dios era general, y todos parecían abrigar la convicción de que sus actos eran observados de cerca por el Todopoderoso.

Según la opinión de los hombres de mejor criterio y sano juicio de aquella época, que tenían motivos para conocer los sentimientos y el estado general del pueblo, hubiéranse podido dejar en medio de la calle sacos de oro y plata u objetos preciosos, con la seguridad de que nadie los tocaría. El robo, la lujuria, la intemperancia y otros graves pecados quedaron excluidos, y las horas de descanso, que en los domingos y fiestas se empleaban otras veces en mundanos pasatiempos, consagrábanse ahora a conversar sobre puntos de religión, o a leer oraciones, cantando las alabanzas del Señor. Cuando el pueblo asistía a los templos para oír un sermón, escuchaba siempre con el mayor silencio y recogimiento, y al salir a la calle, nadie hablaba más que de cosas santas.

No omitiremos decir, porque es circunstancia digna de tenerse en cuenta, que la visita que hicieron Wesley y Whitfield al continente americano, precisamente en aquella época, contribuyó en gran manera a difundir el espíritu religioso que a todos animaba. Los extraordinarios esfuerzos de este último excitaron el celo y aumentaron la energía de muchos santos ministros de Connecticut, cuyos auxilios y sacrificios pecuniarios llegaron a ser mucho más grandes de lo que nunca pudieran esperar. No sólo hicieron los mayores esfuerzos en sus propias congregaciones y en las de las cercanías, sino que predicaron en todos los puntos de la colonia donde quisieron admitirles sus hermanos. Hiciéronse, el fin, populares en alto grado, y sus trabajos y sus obras fueron útiles para todos. Debemos añadir que aquellos santos varones no eran arrebatados en el lenguaje, sino graves, sentimentales y persuasivos. Connecticut fue, más bien que Nueva Inglaterra o las demás colonias, el punto donde se hallaba el foco de la santa obra, que en 1740, 1741 y 1742 se había generalizado y extendido por todas partes.

Calcúlase que durante los tres años citados se contaron de treinta a cuarenta mil personas dominadas por el espíritu religioso de que acabamos de hablar. Pudiera haberse supuesto, y no sin motivo, que el ocurrir este hecho en un período de excitación sería causa de que no se obtuviesen resultados favorables y permanentes, pero sucedió todo lo contrario. He aquí lo que dice al hablar sobre este punto el Dr. Trumbull:

«El espíritu religioso se manifestaba uniforme y constante, y todos eran los mejores cristianos que he conocido en mi vida. Yo nací y fui educado en aquel punto de la ciudad de Hebron, donde la santa obra era más constante y poderosa. Todos los habitantes sin excepción alguna observaban el culto con la mayor religiosidad: eran devotos, humildes, pacíficos y caritativos; dedicábanse con ardiente celo y ejemplar puntualidad a las prácticas piadosas, y respecto al gobierno interior de las familias, puedo decir que nunca ocurrió un caso de escándalo o de insubordinación. Unos ocho o diez años después de la reforma religiosa, aquella parte de la ciudad donde yo habitaba, formó sociedad aparte; y para inducir a Mr. Lothrop, el pastor electo, a que fuera a establecerse con aquella gente, bastó decirle que no había un solo borracho en toda la parroquia. Mientras estuve en aquellos lugares no conocí a una sola familia que no fuera piadosa, ni tuve conocimiento de que existiese alguna; muchos vivieron hasta una edad avanzada sin variar de conducta, y cuando me establecí como sacerdote, tuve ocasión de trabar conocimiento con algunos de ellos, convenciéndome de que eran unos buenos cristianos en toda la acepción de la palabra. Yo tuve que visitar a varios cuando se hallaban en sus últimos momentos y los vi morir muy resignados y llenos de fe, triunfando así del último enemigo.»

Pero dejando a un lado esta digresión, continuaremos nuestra interrumpida historia. Como quiera que el Gobierno de Georgia no había dejado satisfecho a nadie, resolvieron los jefes de la colonia, después de la marcha de Oglethorpe a Inglaterra, introducir importantes cambios, confiando en primer lugar la dirección de los negocios públicos a un presidente y cuatro consejeros. Guillermo Stevens fue elegido para ocupar dicho puesto, y a pesar de su avanzada edad, desempeñó las funciones de su cargo a gusto de todos.

El progreso de Georgia fue lento e inseguro, no sólo a causa de la política observada por los jefes de la colonia, sino porque la naturaleza del clima y otras circunstancias locales influyeron en contra de su prosperidad. Después de veinte años de constantes esfuerzos y de haberse gastado todos los fondos que facilitó el Parlamento, que ascendían a la suma de 600.000 libras, sin contar otras 80.000 con que contribuyeron los particulares, no constaba Georgia más que de tres pueblecillos y algunas raquíticas plantaciones, con 1.700 habitantes blancos y 400 negros. El valor total de las exportaciones en los tres últimos años apenas llegaba a 13.000 libras, pues la exportación del vino se había abandonado por completo, si bien se tenían esperanzas de sacar algún partido de la seda. Dos años después, la Junta de Comercio propuso cierta forma de Gobierno, y se nombró a Juan Reynolds para dirigir los negocios públicos. La legislatura era muy semejante a la de las demás colonias, y como en ellas, prevaleció en Georgia el espíritu hospitalario; pero aunque ya se habían concedido a ésta las mismas libertades y privilegios que a sus vecinas, aun pasaron muchos años antes de que se conociese el valor de las tierras de Georgia, y antes de que se despertase el espíritu de industria que más tarde difundió su feliz influencia por todo el país.

6.
Colonización y progresos de Luisiana (1698-1753)

Lomoine D'Iberville, jefe de los colonos. Entrada en el Mississippi. Importancia del movimiento. Envidia de los ingleses y buques que enviaron. Bienville. D'Iberville se encarga de varios proyectos del Gobierno. Subida del Mississippi. Pérdidas por enfermedades. Muerte de D'Iberville. Colonia en Mobile. Condición de los colonos. Su progreso. Concesión a Crozat. Cadillac, Gobernador. Mal estado de la colonia. La famosa Compañía del Mississippi. Juan Law. Sus proyectos financieros y su resultado en Francia. Fundación de Nueva Orleans. Guerra con España. Establecimiento militar y eclesiástico. Población en 1727. Matanza por los indios Natchez. Revancha de los franceses. Guerra con los Chickasaws. Dificultades para dominar a esta tribu guerrera. Bienville abandona la Luisiana. Administración del Marqués de Vaudreuil. Kerlerec es nombrado Gobernador.

Por espacio de algunos años después de la temprana muerte de La Salle, nadie fue a turbar la tranquilidad que reinaba en la región más baja del Mississippí; pero la paz de Ryswick indujo a los franceses a tentar nuevos esfuerzos para llevar a cabo su proyecto favorito de establecer una línea de comunicación directa entre el Canadá y el Golfo de México. Lemoine D'Iberville, bravo y entendido oficial de marina, muy apreciado de los canadienses[89], que fue elegido jefe o director de esta importante empresa, el 17 de octubre de 1698 embarcóse seguido de dos fragatas con unos doscientos pobladores, en su mayor parte soldados dispersos, y se dirigió a la embocadura del Mississippí con ánimo de fundar allí una colonia. A principios de febrero de 1699, habiéndole impedido los españoles la entrada en el puerto de Pensacola, desembarcó D'Iberville en Dauphine Island, cerca de Mobile, descubriendo poco después el río Pascagoula y las tribus de Biloxi. D'Iberville dejó a la mayor parte de los colonos en Ship Island, guarecidos en chozas, y acompañado de su hermano Bienville y de unos cincuenta hombres, proveyóse de dos falúas y comenzó a buscar la entrada del Mississippí. Sirviéndoles de guía las aguas cenagosas, descubrieron el 2 de marzo la embocadura del gran río, y recorriéndolo hasta llegará Red River, recibieron allí de manos de los indios la carta que Tonti había escrito a La Salle en 1684. Volviendo a emprender la misma ruta, apartóse D'Iberville de la corriente principal, y atravesando los lagos de Maurepas y Pontchartrain, dirigióse por un camino más corto al punto donde aguardaba órdenes el cuerpo

89 Mr. Gayarré, en su interesante obra *Romance of the History of Luisiana*, v. I, p. 30-36, describe detalladamente un combate naval que tuvo lugar lejos de la costa de Nueva Inglaterra, y en el que D'Iberville obtuvo la victoria sobre tres buques ingleses que le atacaron a un tiempo.

principal de los colonos. A la entrada de la bahía de Biloxi, en una arenosa y desierta playa, y bajo los ardientes rayos del sol que ilumina aquella región abrasadora, dispuso D'Iberville que se construyera un fuerte, después de lo cual regresó a Francia, confiriendo el mando a sus hermanos Sauvolle y Bienville.

Tal fue el principio de la colonia, y aunque era de todo punto imposible esperar que allí se prosperase, habíase dado un importante paso para adelantar los proyectos de los franceses en América. Como entre Quebec y el Golfo de México existía ya una línea de comunicación, cierta parte de la ilimitada región del Sur, ocupada entonces por misioneros, y que los franceses habían tomado para sí, amojonándola por medio de cruces fijadas en los árboles, fue agregada al dominio del Gobernador de Biloxi[90].

Inglaterra, siempre envidiosa de Francia, resolvió reclamar contra la ocupación de aquel terreno, y al efecto, salió inmediatamente de Londres con dirección al Mississippí una expedición al mando de Coxe, cirujano inglés que había comprado la antigua patente de Carolana.

En el mes de septiembre de 1699, hallándose Bienville ocupado en sus exploraciones cerca de Nueva Orleans, se le apareció un buque inglés de diez y seis cañones; pero lejos de dar a conocer su sorpresa, y recurriendo a su ingeniosa inventiva, persuadió al comandante de que la región en que se hallaban estaba ocupada ya por una colonia francesa, con lo cual pudo desembarazarse de tan importuna visita. El sitio del río donde ocurrió este incidente, se conoce aun con el nombre de «La vuelta inglesa.»

D'Iberville volvió a principios de diciembre de 1699, encargado de varios proyectos importantes, de los cuales era el principal buscar minas de oro. Acompañado de su hermano, volvió a emprender sus correrías por el Mississippí, visitando varias tribus indias, pero no pudo encontrar el metal precioso: el anciano Tontí, con algunos de sus compañeros del Illinois, se unió a D¡Iberville en esta expedición, y juntos recorrieron por el gran río una extensión de 300 millas. Las fiebres malignas causaron la muerte a muchos de los expedicionarios, siendo Sauvolle una de las primeras víctimas. Cuando D'Iberville regresó de Francia, a donde había ido a buscar provisiones y soldados, sólo encontró vivos 150 hombres. Algún tiempo después. D'Iberville cayó enfermo a consecuencia de un ataque de fiebre amarilla, y murió en la Habana en 1706. En aquella época era la Luisiana poco menos que un desierto y no existían dentro de sus límites más que unas treinta familias.

La mayor parte de los pobladores se vieron en la precisión de abandonar a Biloxi y trasladarse a Mobile, cerca de la entrada de la bahía de aquel nombre. Esta fue la primera colonia europea que se estableció dentro de los límites de lo que se llama ahora Estado de Alabama, y que por espacio de veinte años, según afirma Mr. Hildreth, se consideró como el primer arrabal de aquella. Los colonos no cultivaron ninguna industria en particular, dedicándose a la vez a buscar perlas y minas de oro o hierro, o a traficar en pieles de búfalo. Biloxi era un desierto arenoso; el terreno de Dauphine Island, árido e improductivo, y en una palabra, usando del poético lenguaje de Mr. Bancroft, diremos con él: «Bienville y sus infelices compañeros se hallaban amenazados a cada instante por las avenidas del río y las picaduras de los mosquitos; el silbido de las serpientes, el canto de las ranas y los gritos de los cocodrilos, parecían indicar bien claramente que aquel país debía ser por espacio de un siglo más el dominio absoluto de los reptiles. En Mobile, el monótono susurro de las hojas de los pinos, el triste y sepulcral silencio de aquellas soledades y el aspecto melancólico de un territorio despoblado, inspiraba a los colonos el deseo de abandonar semejante tierra.» Cierto es que de vez en cuando acudían algunos pobladores, mas a pesar de esto, el número total de colonos no excedió nunca de doscientos en un período de diez años, y a no ser por los víveres que se enviaron de Francia y Santo Domingo, es probable que aun aquellos se hubieran muerto de hambre.

No pudiendo, pues, sostenerse por sí misma la colonia, llegó a ser una carga para Luis XIV, quien en el año 1712 concedió a Antonio Crozat un privilegio para que, por término de quince años, comerciase en todo aquel vasto país que con sus desconocidos límites había proclamado la Francia

---

90 *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, v. IV, pág. 202.

como suyo, dándole el nombre de Luisiana. En el año 1713 sustituyó Cadillac a Bienville en el cargo de Gobernador. Crozat encargó al nuevo jefe que tratase de averiguar si había minas de algún valor en el país, y Cadillac, quien, según dice Gayarré, era hombre muy avaro, concibió esperanzas de adquirir pronto una inmensa fortuna. Estas, sin embargo, salieron fallidas, pues al poco tiempo fue destituido de su cargo de Gobernador, que no supo desempeñar con acierto. Disgustado Crozat con el mal éxito de sus planes, que tenían por objeto mantener relaciones comerciales con los españoles y tomar parte en el tráfico de los indios, cuyo comercio monopolizaban los ingleses, pidió al Gobierno en 1717, que se quedara con la colonia, y le cedió sus derechos sobre ella. En aquella época no contaba la población más que de 700 habitantes, comprendidos los negros, y a pesar de la actividad de Bienville, que llegó a dominar a los indios Natchez, construyendo el fuerte Rosalía, y no obstante los esfuerzos que hizo para mejorar la colonia, el estado de ésta era bastante lastimoso.

Francia, sin embargo, no estaba dispuesta a renunciar a los beneficios que pudiera reportarle la Luisiana, y el Regente y sus consejeros resolvieron confiársela a la famosa Compañía del Mississippí, con cuya administración se creyó que afluirían inmensas riquezas a las vacías cajas del tesoro de Francia. Aquel gigantesco proyecto, una de las más grandes y maravillosas farsas que se hayan nunca inventado para llamar la atención y engañar y arruinar a miles de personas, se puso en ejecución el 6 de septiembre de 1717, registrándose la Carta el mismo día por el Parlamento de París. El capital de la Compañía era de cien millones de libras.

El agudo ingenio de Juan Law concibió aquel grandioso proyecto mediante el cual todos se harían ricos con unos simples pedazos de papel. Law había nacido en Edimburgo en 1671, y tan rápidamente hizo su carrera, que, según dice Mr. Gayarré, a los veinte y tres años habíase declarado ya en quiebra, y era además un estafador, un asesino y un proscripto, pero no podía negársele que fuera una notabilidad como hombre financiero. Por lo demás, era persona de agradable presencia y finos modales y consiguió entusiasmar a los franceses con sus proyectos, inspirándoles el deseo de obtener riquezas por todos los medios menos los que facilita una beneficiosa industria o un honroso comercio.

Law llegó a París con dos millones y medio de francos que había ganado en el juego, y seguramente no podía ser la ocasión más oportuna. Luis XIV murió poco después, y en 1716 el Duque de Orleans, entonces Regente de Francia, vio que la situación del tesoro era desesperada y enorme la deuda pública, consecuencia todo de las fastuosidades y de la gloria militar del gran rey, que al morir legaba a la nación tan triste herencia. El aumento de impuestos sólo para pagar los intereses de la deuda, era exorbitante; hallábanse agotadas las fuentes de la industria; el comercio estaba paralizado; los fabricantes no tenían trabajo; el mercader, el artífice, el traficante, ricos en otro tiempo, hallábanse convertidos en mendigos, y los que aun podían disponer de algunos medios, disponíanse a emigrar al extranjero. La corriente de vida que animaba al país se agotó por todas sus arterias y el peligro de una espantosa crisis llegó a ser tan grave, que se propuso al Consejo de Estado extinguir la deuda pública declarándose en quiebra nacional por medio de un acta. Aquí debemos decir, en honor del Regente, que rechazó la proposición, nombrando luego una comisión para que examinase el verdadero estado de la hacienda y buscara los medios de remediar el mal[91].

Entonces fue cuando se presentó Law, y el Regente aceptó ansioso las proposiciones que aquel le hizo. Acto continuo establecióse un Banco bajo el nombre de Law con un capital de seis millones de libras dividido en acciones de quinientas libras. Este Banco dio muy buen resultado, y un año después se mandó que sus billetes fuesen aceptados como metálico en la tesorería real. Después de dar el primer paso, ya es fácil dar el segundo, y tanto es así, que en el mes de diciembre de 1718 abolióse el Banco de Law, creándose el Banco Real, del que fue nombrado Director el célebre hacendista. El afortunado especulador obtuvo el mismo cargo en la Compañía del Mississippí, y ambas sociedades se refundieron en una. No nos queda suficiente espacio para seguirá Juan Law en su asombrosa carrera, ni podemos tampoco detenernos a referir las peripecias que ocurrieron a los parisienses y a otros en su insano empeño de pagar todas sus deudas y hacerse

91 *Historia de la Luisiana*, por Gayarré, vol. 1, pág. 199.

ricos por medio de una exagerada circulación de papel. Baste saber que al cabo de algunos años estalló la bomba sembrando la ruina y la miseria por todas partes: el Banco suspendió sus pagos en el mes de mayo de 1720, y el papel que se hallaba entonces en circulación, representando un valor de 2.235.085.590 libras, quedó repentinamente reducido a la nada. Law escapó del furor del pueblo huyendo a Bruselas; en 1721 fue a Inglaterra, donde permaneció hasta 1722, y en 1729 murió en Venecia en la mayor pobreza y oscuridad. Al hablar de Law, dice Mr. Gayarré: «¡El que pudiera escribir con todos sus detalles la historia de la farsa del Mississippí, tan funesta en su corta duración, ofrecería al mundo el conjunto de las más divertidas, monstruosas y exageradas ridiculeces que jamás se hayan combinado entre sí!»

En marzo de 1718 arribaron a Luisiana tres buques con tres compañías de infantería y sesenta y nueve colonos, y en el mes de junio del mismo año llegaron también sin contratiempo unas ochocientas personas más entre individuos de tropa y pobladores: ésta fue la primera gente de los seis mil blancos y tres mil negros que ofreció introducir la Compañía del Mississippí. Bienville fue repuesto en su cargo de Gobernador, y a poco envió una cuadrilla de trabajadores para que desecasen un pantano situado cerca de la actual ciudad de Nueva Orleans, llamada así en honor del Regente de Francia. Algunos años más tarde Bienville trasladó a dicho punto el Gobierno, y el tiempo ha demostrado cuánta fue su previsión y perspicacia al elegir aquella localidad para capital del valle del Mississippí. Law se había reservado para sí doce millas cuadradas en el Arkansas, a donde envió como pobladores a mil quinientos alemanes, y durante el tiempo que estuvo en auge la circulación del papel, gastóse con profusión el dinero para promover empresas y colonizar la Luisiana; pero cuando aquel perdió su valor, los recursos faltaron repentinamente, y los colonos, que dependían de ellos, quedaron reducidos a la mayor miseria.

Habiendo estallado la guerra con España, Pensacola fue tomado dos veces por los franceses, pero en 1721 se devolvió de nuevo a sus primitivos posesores, y el Río Perdido llegó a ser la línea divisoria entre la Florida Española y la Luisiana Francesa. Estableciόse luego un cuartel que contendría unos mil hombres, y un considerable número de capuchinos y jesuitas se encargó de los intereses espirituales de los colonos. El arroz era la principal cosecha y alimento de la población, y además se recolectaba algún tabaco y añil. De la Provenza se importaban los higos y de Santo Domingo las naranjas. En 1727 se acrecentó la población hasta el número de cinco mil almas, pero la mitad eran negros.

En 1726 Périer sucedió a Bienville en el cargo de Gobernador, cambio que tuvo lugar a consecuencia de las intrigas de los enemigos del segundo; pero poco después, empezaron de nuevo las reyertas con los indios. La tribu de los Natchez, que al principio recibiera amistosamente a los franceses, y en cuyo territorio se había construido el fuerte Rosalía, comenzó a sublevarse contra las exigencias de aquellos, que querían obtener mas territorio, e instigada por la de los Chickasaws, cayó repentinamente sobre el fuerte en 1729, degollando a todos los hombres y llevándose las mujeres y niños para venderlos como esclavos. Un año después, no obstante, los franceses, ansiosos de tomar la revancha, exterminaron casi toda la tribu y enviaron algunos centenares de indios a Hispaniola para venderlos también. Los Chickasaws, que traficaban con los ingleses, interceptando la comunicación entre la Luisiana superior e inferior, dieron asilo a los pobres restos de la tribu de los Natchez, y sólo por esto, resolvieron los franceses someter a los Chickasaws.

En 1732 la Compañía del Mississippí resignó la Luisiana en manos del rey, y entonces fue repuesto Bienville en su cargo de Gobernador, encargándosele que declarara la guerra a los Chickasaws. Con arreglo a esta orden, el Gobernador formó una flota de sesenta barcas y canoas, y reuniendo a 1.200 Choctaws, como aliados, subió por el río Tombigbee y atacó a los Chickasaws; pero los franceses fueron rechazados y tuvieron que retirarse. Tres años después, todas las fuerzas de los franceses marcharon de nuevo, resueltas a dominar a tan altiva y poderosa tribu; mas esta vez las enfermedades y la escasez de provisiones diezmaron bien pronto las filas de los soldados, y tanto por esto como por las disensiones que se originaron entre los oficiales, retiráronse los franceses en 1740 sin haber sometido a los Chickasaws. El Gobierno quedó muy descontento por el

mal éxito de la empresa confiada a Bienville, y poco después, en 1743; envió al Marqués de Vaudreuil para que se encargara del Gobierno. A la edad de sesenta y cinco años abandonó Bienville la Luisiana y no quiso volver jamás a la colonia que tanto amaba y a la que tanto tiempo había servido con el mayor celo.

Desde aquella época en adelante, por espacio de muchos años y bajo la administración del Marqués de Vaudreuil, disfrutó la Luisiana de bastante tranquilidad, progresando gradualmente. De Vaudreuil era un caballero de reconocida hidalguía, y trató de poner su Gobierno a cierta altura, a pesar de las reyertas con los indios y otras enojosas cuestiones. Los adelantos de la colonia siguieron su curso, y todo iba tan bien como pudiera esperarse. En 1753, De Vaudreuil fue trasladado al Canadá y le sustituyó en el Gobierno Kerlerec, que era capitán de la Real Armada.

7.
Situación general de las colonias (1700-1750)

Breve ojeada sobre la situación de las colonias. Población de Virginia. Costumbres, progreso y comercio. Exposición a la Junta de Comercio. Quejas de los habitantes de Virginia respecto a la conducta de los oficiales reales. Población de Massachusetts. Comercio, etc. Connecticut y Rhode-Island. Milicia. Fundiciones de hierro. Trabajos en las minas. Progreso de New-Hampshire. Terremoto en Nueva Inglaterra. Religión de esta colonia. Sus adelantos. Modo de vivir, modas, etc. Discusión acerca de las intenciones de los colonos respecto a la independencia. Población y progreso de Maryland. Comercio de las Carolinas. Huracán. La fiebre amarilla. Nueva York. El té. Contrabando. Costumbres y vida social en Nueva York. Albany y su pueblo. Nueva Jersey. Pensilvania y su comercio comparado con el de Nueva York. Importancia de este breve bosquejo de las colonias. Proximidad de la lucha final entre los ingleses y franceses en América.

Llegados a este punto de nuestra historia, será oportuno y del mayor interés hacer una corta digresión para bosquejar brevemente la situación y estado de las colonias americanas. Ya en diversas ocasiones hemos llamado la atención del lector sobre el mismo asunto; pero no estará de más consagrar a él otras cuantas páginas a fin de que se tenga idea mas clara del verdadero estado de los asuntos en las colonias y de su gradual desarrollo durante la primera mitad del siglo XVIII. Al hacer esto nos referiremos a Mr. Grahame, cuyo *resumen* consideramos digno de entera confianza.

A principios del siglo XVIII la población de Virginia ascendía a sesenta mil habitantes, de los cuales la mitad eran esclavos, componiéndose la milicia de unos diez mil hombres, pero ésta se aumentó hasta 18.000 en 1722, por lo que puede inferirse que hubo un gran acrecentamiento de población. En 1750, llegó ésta a constar de 160.000 almas, si bien más de la mitad pertenecían a la clase de esclavos. En Williamsburg, residencia del Gobierno, existían en 1727 tres edificios públicos, el Colegio, la Casa de Estado y el Capitolio, que se consideraban como las más acabadas obras de arquitectura del país. Las clases elevadas practicaban la hospitalidad en gran escala; su pasatiempo se reducía en casa a jugar a los naipes; pero la caza y las riñas de gallos eran diversiones comunes a todos. Había también en esta ciudad un teatro, el primero que se construyó en las colonias británicas. Muchas orgullosas familias de Inglaterra que experimentaban reveses de fortuna, solían irse a Virginia para evitar las miradas compasivas de sus aristocráticos amigos, y los jóvenes que por sus desgracias u otras circunstancias no podían vivir bien en su país natal, emigraban a América, donde les era más fácil colocarse y adquirir una posición más conveniente.

El arte de imprimir se introdujo por primera vez en Virginia en 1729, y en 1736 se publicó el primer periódico de aquella colonia, en Williamsburg. De Virginia y Maryland se exportaban entonces anualmente unas cien mil cajas de tabaco, (valuadas en ocho libras cada una) empleándose por lo general doscientos barcos para el transporte. Inglaterra ganaba con este comercio unas

500.000 libras al año. Los minerales de hierro y cobre, la cera, el cáñamo y la seda en crudo, se transportaron por primera vez de Virginia a Inglaterra en 1730.

En una exposición dirigida a la Junta de Comercio, en tiempo de la reina Ana, se encuentra el siguiente párrafo: «En cada río de esta provincia hay hombres, en número de diez a treinta, quienes por medio del comercio y de la industria han adquirido cuantiosos bienes y facilitan a otras personas de la clase pobre los medios necesarios para su sostenimiento, con la seguridad de que, dependiendo de ellos, siempre estarán dispuestos a servirles. Entre esos hombres se cuentan los miembros del Consejo y de la Asamblea y otros oficiales del Gobierno. Los habitantes consideran que esta provincia es mucho más ventajosa a su majestad que todas las demás, y deducen por lo tanto, que debieran tener mayores privilegios que el resto de los súbditos de la reina. La Asamblea cree que debe gozar de todos los derechos y privilegios de un Parlamento inglés, y empieza a reunir datos acerca de los procedimientos de aquella honorable Cámara para regirse por ellos. El Consejo es de parecer que se halla en el mismo caso respecto a la Cámara de los Lores.» Probable es que esta petición se fundara en la escrupulosa investigación de los hechos, pero no sería de extrañar que también fuese dictada por el deseo que tenía la Junta de engrandecerse.

Los virginianos se quejaban, y con razón, de la insolencia de los comandantes de los buques de guerra encargados de cruzar la costa para proteger el comercio, insolencia que ya llegaba a ser insufrible, aumentando el deseo que tenían los provinciales de medir sus armas con aquellos altaneros marinos que hacían alarde de su superioridad en todos conceptos. Virginia era muy leal en su afecto a la madre patria, mas sin embargo, no llevaba a bien que se impusiesen restricciones a su comercio, y cuestionaba siempre acerca del derecho que había para una intervención contra la cual reclamara siempre aunque sin resultado. La Asamblea, por su parte, no se mostraba dispuesta a costear el sostenimiento de los fuertes y otros medios de defensa que podían servir contra ella en caso de una lucha.

Massachusetts, no menos que Virginia, había aumentado también su población, pues a principios del siglo XVIII contaba de setenta a ochenta mil habitantes: en 1731 ascendió el número a ciento veinte mil hombres libres y dos mil seiscientos esclavos, y en 1750 llegó a doscientos mil. En el comercio se empleaban seiscientos buques que tendrían lo menos ocho mil toneladas, y la mitad de ellos estaban destinados al tráfico con Europa. En las pesquerías de esta colonia ocupábanse constantemente unas seis mil personas. Parece ser que Connecticut había progresado igualmente, porque en 1750 se calcula que contaba con 100.000 habitantes; Rhode-Island, que a principios del siglo XVIII solo tenía 10.000, llegó en 1730 al número de 18.000, de los cuales, 985 eran indios y 1.648 esclavos negros; en 1750 tenía la colonia 30.000 habitantes, y Newport, que era la metrópoli, unos 5.000, incluidos los indios y los negros. En 1732 se publicó en esta colonia el primer periódico. En el año 1738 contábanse en Newport siete capillas o templos; en Portsmouth habíase formado una gran sociedad de cuáqueros encargada de la observación del culto, y en los demás pueblos de la colonia ascendía a veinte y cinco el número de asociaciones destinadas a este mismo objeto. Respecto a New-Hampshire, vemos en los *Anales de Homs* que su población en 1750 se calculaba en 24.000 habitantes.

La milicia de Nueva Inglaterra se componía en aquella época de unos cincuenta mil hombres. El mineral de hierro era el único que habían tratado de aprovechar los colonos, y por lo tanto, estableciéronse seis fundiciones y diecinueve fraguas. En 1730 se exportaron a la Gran Bretaña 5.000 toneladas de hierro que produjeron Nueva Inglaterra y la Carolina. Hacia 1712, ciertos aventureros del Connecticut concibieron esperanzas de enriquecerse por haber descubierto dos minas de cobre, en las cuales se creyó, aunque equivocadamente, que habría algunos filones de un metal más precioso. En una de dichas minas, situada en Simsbury, se trabajó muchísimo, pero con muy poca utilidad, y la excavación que se practicó fue destinada luego para hacer una prisión. Esto hizo decir a Trumbull, aunque algo secamente, que más utilidad produciría aquel calabozo que todo el cobre que pudiera extraerse de la mina.

Ya hemos hablado antes de los disturbios que se suscitaron entre New-Hampshire y Massachusetts con motivo de haber exigido la primera de dichas colonias que se nombrase un Gobernador para ella sola, y ahora añadiremos, que después de muchos acalorados y enojosos debates, se resolvió al fin la cuestión. El comercio de New-Hampshire en aquella época consistía principalmente en la exportación de maderas y pescado a España, Portugal y las islas de Caribe. Durante el invierno se despachaban algunos pequeños buques a las colonias del Sur, con géneros ingleses y de la India oriental, y volvían luego con cargamento de trigo y tocino. La fabricación del lienzo se había aumentado mucho con la llegada de los emigrantes irlandeses.

Aunque se consideraba, y con razón, que el clima de New-Hampshire era sano, declaróse no obstante en aquella época una fatal epidemia que llamaron los colonos el *mal de garganta*, y que se desarrolló otra vez en 1754 y 1784, causando grandes estragos. Los síntomas de esta enfermedad eran los siguientes: hinchazón en la garganta con manchas blancuzcas o cenicientas, cierta erupción en la piel, y una extremada debilidad en todo el cuerpo, con fuertes tendencias a la descomposición de la sangre. Belknap dice que la remota causa de aquella enfermedad es uno de esos misterios de la naturaleza que se han resistido a la investigación humana. Respecto a la inoculación para evitar las consecuencias de la viruela, ya hemos hablado de esto en otro capítulo y no necesitamos añadir más.

El 29 de octubre de 1727, estando el cielo puro y sereno, y tranquila la atmósfera, experimentó Nueva Inglaterra un tremendo temblor de tierra que, conmoviéndola hasta en sus últimos cimientos, derribó un considerable número de edificios, arrojando infinitas personas por el suelo. En el mismo día la Isla de la Martinica se vio amenazada del mismo desastre por otra convulsión de la naturaleza.

Nueva Inglaterra seguía distinguiéndose aun por el celo religioso de sus habitantes; pero este celo era por fortuna menos intolerable que el de los primitivos tiempos de las colonias puritanas, y cuando algunos se dejaban llevar del fanatismo, tratábaseles como merecían, sin observar un gran rigor. Los errores, hijos de la superstición, no se castigaban ya con la horca o con la hoguera, ni se martirizaba tampoco a las personas por esas faltas que debían provenir tan sólo de un extravío de la inteligencia. En 1725 se presentó una proposición para reunir un sínodo en que tomasen parte las congregaciones de todas las iglesias de Nueva Inglaterra; pero se abandonó luego este proyecto en vista de la oposición del Gobierno.

A pesar de conservarse aun algunos restos del severo Puritanismo, la condición social del pueblo había progresado, notándose finura en las maneras, franqueza y liberalidad. Los Gobernadores reales vivían con cierta esplendidez, formando el centro de una sociedad de personas de buen tono, en la que alternaba la gente rica del país con los empleados y otras personas que tenían parte de su familia en Inglaterra. El modo de vivir y de vestirse indicaba claramente la superioridad. Había algunas personas a quienes pudiera llamarse la clase media del interior, las cuales tenían considerables fincas a semejanza delos propietarios de Inglaterra, y eran notabilidades en sus respectivos condados, donde desempeñaban cargos ya civiles o militares, por ser en su mayor parte miembros del Consejo general. Esta diferencia de clases fue desapareciendo gradualmente según progresaba la colonia, igualando con corta diferencia las fortunas de la parte principal de sus habitantes.

En los primitivos tiempos, los graves puritanos habían tratado de poner coto al lujo, pero la influencia de aquellos no se dejaba ya sentir, por lo cual no es de extrañar, que según aumentaba la riqueza en Nueva Inglaterra hubiera más fausto y ostentación. Los siguientes detalles no dejan de ser oportunos e interesantes al llegar a este punto: «En las principales casas de Boston, dice el escritor, había un gran salón adornado de pinturas, con una gran lámpara en el centro y un almohadón de terciopelo en la ventana principal que daba al jardín; a veces veíase en medio de la estancia una gran vasija llena de ponche para que se sirvieran los que iban a visitar la casa. A cada lado de la sala había un espacioso gabinete o estudio, cubierto de grandes espejos, y cuyos adornos y mueblaje consistían por lo general en magníficos tapices turcos, cortinas de seda, cuadros y

mapas, un reloj de bronce, sillas de cuero rojo y un par de grandes candelabros de cobre. Las habitaciones interiores estaban provistas de todo lo necesario para la comodidad, y en las alcobas no faltaban buenas camas de pluma. La despensa contenía una gran provisión de fiambres, confituras, fruta seca y vino de Madera. Algunas veces veíanse también jarrones de plata, copas para vino y efectos de vajilla, y la cocina aparecía cubierta de toda clase de utensilios de hierro y cobre, formando una vistosa batería. Muchas familias tenían criados, y en una vimos un muchacho escocés que figuraba en el inventario de la casa, tasado en la cantidad de 14 libras.» Los esclavos negros formaban con frecuencia parte de la servidumbre. Respecto a los trajes, baste saber que la mayor parte de las señoras mostraban gran empeño en vestir según las modas de Londres y París.

Como cosa notable y de interés, diremos aquí que el primer retratista de América fue Juan Smibert, artista escocés que vino con Berkeley y pintó aquel cuadro del obispo y su familia que se conserva aun en el colegio de *Yale College*. Tan agradable arte no tardó mucho en excitar la afición en las colonias y a eso debemos sin duda que se haya conservado hasta aquí el retrato de Washington cuando era joven. Pero aunque las artes y la literatura fueran difundiéndose, las diversiones públicas eran aun miradas con desagrado por los magistrados de Nueva Inglaterra. La comedia de Otway, titulada *El Huérfano* fue representada en un café de Boston el 1750; mas estas funciones se prohibieron luego, alegando que perjudicaban a la industria y al trabajo, y aumentaban la impiedad respecto a la religión. A pesar de esto, una compañía de actores de Londres trató algún tiempo después de establecerse en Nueva York, Filadelfia y otras ciudades del Sur.

La cuestión de si los colonos de Nueva Inglaterra deseaban o no en aquella época sacudir el yugo de la madre patria, daba lugar a continuadas discusiones en la Gran Bretaña. Algunos miembros de la Junta de Comercio manifestaban claramente que tal era la intención de los colonos, llegando hasta el punto de asegurar que nada sino la directa intervención del Parlamento Inglés, podría apaciguar aquella sed de independencia. Los colonos, por su parte, declararon, cuando se les hizo aquel cargo, que no había ningún fundamento para creer tal cosa, y nosotros somos también de este parecer. Sin embargo, no aseguramos tampoco que los colonos de Nueva Inglaterra, al comprender que la madre patria abrigaba el designio de imponerles pesados impuestos, exigiéndoles cosas contrarias a sus leyes y prácticas establecidas, no pensasen, convencidos de su poderío, en proclamarse independientes; pero esto, sólo como una cosa posible, aunque no probable por entonces. Fácil será pues comprender qué locura era provocar semejantes discusiones en las colonias, pues bien podía suponerse que el joven gigante sacudiría bien pronto el yugo en caso necesario, sin excitarle a medir prematuramente sus armas con su dueño y Señor.

En 1734 parece ser que la población de Maryland constaba de 36.000 habitantes, contándose como blancos poco menos de las tres cuartas partes. El estado de la sociedad y de las costumbres en esta colonia se asemejaba naturalmente mucho al de Virginia. En Maryland comenzó a funcionar en 1726, es decir, tres años antes que en Virginia se disfrutase de esta ventaja, una prensa de imprimir.

Asegúrase que los habitantes de la colonia de que vamos hablando sacaban gran partido de su conocimiento en ciertas plantas medicinales y su uso, lo cual debieron a su prolongada paz y amistad con los indios. Los sueldos de los empleados eran muy bajos. En 1732 la Asamblea impuso cierto derecho sobre el tabaco, para el pago de toda clase de deudas, fijando un penique por libra y veinte peniques por cada fanega de trigo. Los católicos romanos formaban la mayoría de la población de la colonia, pero también había muchos protestantes establecidos en las comarcas fronterizas de Virginia y Maryland.

La población de la Carolina del Norte constaba en 1710 de 6.000 habitantes, pero es probable que se aumentara considerablemente algunos años después, si bien debemos observar de paso, en confirmación de lo que ya hemos dicho, que en la primera parte de este siglo era el pueblo de dicha colonia uno de los más turbulentos e irreligiosos que se conocían en América. En el año 1700 la población de la Carolina del Sur no llegaba a 6.000 almas, pero en 1723 subió el número a 32.000 habitantes, de los cuales 18.000 eran negros. Además del comercio con Inglaterra, en el que se empleaban buques británicos, esta colonia mantenía otro en gran escala con las Indias Orientales,

Nueva Inglaterra, Pensilvania y Nueva York. Desde 1720 a 1730 se exportaron de la Carolina del Sur más de 44.000 toneladas de arroz y en este último año el número de esclavos negros ascendía ya a 28.000, cuya cifra se iba acrecentando de año en año. Con respecto a la vida social y costumbres de los colonos, puede decirse que eran muy frugales, pues el lujo no llamaba aun la atención. La imprenta se introdujo en 1730, y en 1734 vio la luz pública el primer periódico. La mayor parte de los colonos pertenecía a la Iglesia anglicana; pero también abundaban los Presbiterianos. Durante el verano de 1728 se sintió en la Carolina del Sur un calor extraordinario, no conocido hasta entonces, pues la tierra estaba literalmente abrasada, los pozos se secaron y los ganados padecieron muchísimo. A tan insoportable calor siguió luego un furioso huracán que ocasionó infinitos destrozos, y como si esto no bastara, declaróse luego la fiebre amarilla con tal malignidad que murieron infinitas personas. Así pues, al aumento de riqueza en la colonia siguióse un aumento de gastos por consecuencia de tantas calamidades, y no se pensó, como era natural, en el lujo y la ostentación.

A principios del siglo constaba Nueva York de 30.000 almas, y en 1732 habíase doblado este número, pero había unos 7.000 esclavos; en 1750 se contaban ya en esta provincia 100.000 habitantes. Calculábase en 100.000 libras el valor de las importaciones anuales de esta provincia; en 1736 entraron en el puerto de Nueva York 211 buques con sus cargamentos, y salieron 222. En aquella época fue desarrollándose gradualmente la afición al té, dando esto margen a que los colonos se dedicasen al contrabando en grande escala, a fin de obtener aquel artículo a un precio más bajo que el fijado por la Compañía inglesa de las Indias Orientales. Por este medio obtenían el té con una rebaja de treinta por ciento. En 1732 se fundó en Nueva York una escuela donde se enseñaba el latín, el griego y las matemáticas, y en 1725 se publicó el primer periódico de Nueva York.

En esta ciudad ejercían aun cierta influencia las costumbres e ideas holandesas, si bien era evidente que predominaban el gusto francés e inglés. Los ciudadanos eran de carácter alegre y muy sociables; todas las semanas se reunían varios clubs, y en el invierno dábanse bailes y conciertos. La vida era menos costosa que en Boston, y los hijos de Nueva York se dedicaban por lo general al comercio y al tráfico. Albany, progresando en civilización, conservaba aun muchos resabios de su origen holandés. La arquitectura era muy semejante a la Delft o Leyden, y en los tejados de las casas veíanse esas canales que se encuentran en las ciudades de la Europa continental y que lanzan sobre el transeúnte torrentes de agua sucia o de nieve derretida. En los portales había bancos a los lados, donde se sentaban por la tarde los inquilinos o sirvientes que se reunían para charlar, en tanto que el ganado vagaba a su antojo por las calles de aquella ciudad medio rústica. En el interior de las casas hacíase la limpieza al estilo de los holandeses, y las mujeres cuidaban de lavar bien los suelos y dejar muy brillantes los utensilios de la cocina. Los habitantes de Nueva York vivían con ejemplar sobriedad, componiéndose su almuerzo tan sólo de una taza de té con un terroncito de azúcar, y la comida, de pan, leche y manteca, si bien algunas veces tomaban un poco de carne asada o cocida. El uso de las estufas era desconocido, pero las inmensas chimeneas, por medio de las cuales podía pasar una locomotora con sus vagones, ofrecía bastante abrigo a los buenos habitantes durante las largas noches de invierno. Entre los ingleses reinaba la misma sencillez en las costumbres y método de vida.

La población de Nueva Jersey había aumentado en 1738 hasta 47.000 habitantes, de los cuales unos 4.000 eran esclavos. En 1736 fundóse en Princeton un colegio llamado Nassau Hall. Los adelantos y prosperidad general de esta colonia debíanse indudablemente a las virtudes y al genio industrioso de su pueblo, que en 1750 contaba ya unas setenta mil almas.

Respecto a las colonias de Pensilvania y Delaware no puede hacerse un cálculo exacto acerca de su población, pero probablemente sería en aquella época menos numerosa que la de Virginia. Los colonos comerciaban con Inglaterra, Portugal, España, Canarias, la isla de Madera, las Azores, las islas de la India Oriental, Nueva Inglaterra, Virginia y la Carolina. Dícese que en 1731 contaba Filadelfia unos doce mil habitantes, o sea algo más que Nueva York; pero en 1736 no tuvo tanto

movimiento de buques como esta última ciudad. Se calcula que las importaciones anuales en Pensilvania representaban un valor de ciento cincuenta mil libras por término medio, cuya cifra es de más importancia que la de Nueva York.

El valor de las exportaciones de la Gran Bretaña a la América del Norte en los diez años comprendidos desde 1738 a 1748, fue, según Mr. Hildreth, de tres millones quinientas mil libras, cuya cifra es algo mayor que la de las importaciones de las colonias. La diferencia resultante se abonaba por éstas en artículos de su comercio con la India Oriental y el África.

En vista de este breve e imperfecto bosquejo acerca del estado de las colonias americanas, se comprenderá que contaban con la fuerza, energía y elementos necesarios para hacer respetar sus derechos y privilegios. La fortuna les había sido próspera en alto grado, y gracias a esto y a la natural inquietud de la raza Anglo-Sajona, hallábanse dispuestas a seguir mucho mas allá en sus proyectos. Los colonos no habían simpatizado nunca con sus vecinos los franceses, puesto que siempre estuvieron en lucha abierta con ellos; pero ya estaba muy próximo el momento en que iba a comenzarse la lucha final, que debía resolver la cuestión de predominio entre los dos partidos beligerantes, y bien pronto veremos que el desenlace no se hizo esperar. He aquí lo que dice Mr. Parkman al hablar sobre este punto: «Seguros ya los franceses en el Oeste, trataron después de estacionarse en las corrientes del Ohio, y hacia el año 1748 el sagaz conde Galissoniere propuso traer diez mil labradores de Francia y establecerlos en el valle de aquel magnífico río y en las orillas de los lagos. Pero mientras que en Quebec y en el castillo de San Luis proyectaban los militares y hombres de Estado estas empresas, la Inglaterra continuaba silenciosamente su progreso por la parte del Oriente. Ya las colonias británicas iban extendiéndose a lo largo del Valle del Mohawk, subiendo por la falda oriental del Alleganies, y los golpes del hacha, en medio de los bosques, y las negras espirales de humo de las hogueras eran los precursores de la futura colonización. Mientras en uno de los lados del Alleganies se ocupaba Celeron de Bienville en enterrar planchas de plomo con las armas de Francia, los arados de los labradores de Virginia iban adelantando cada vez más, acercándose por lo tanto el momento de encontrarse ambas potencias[92].

Ahora recomendaremos al lector que fije su atención en esta última lucha de las dos antiguas rivales, y en las importantes consecuencias que tuvo sobre las colonias.

92 *Historia de la conspiración de Pontiac*, por Parkman, pág. 56.

8.
Cuarta guerra intercolonial (1749-1755)

Proyectos y reclamaciones de los franceses. Protesta de los ingleses. La Compañía del Ohio. Su política y esfuerzos. Jorge Washington. Su juventud. Muerte de su padre. La madre de Washington recibe un nombramiento de guardia marina para su hijo. Método de vida de éste y sus costumbres. Su actividad y energía. Acepta el cargo de agrimensor. Nombramiento militar. Mala salud de su hermano Laurencio y su muerte. El Gobernador Dinwiddle nombra a Jorge Washington para que vaya a entenderse con los franceses en el Ohio. Su misión y resultados de ella. Su vuelta. Su diario. Es nombrado teniente coronel. Sus hechos de armas. La cuestión de Jumonville. La guarnición del fuerte Necesidad se ve precisada a capitular. La Asamblea da las gracias a Washington. Reunión de los Gobernadores en Albany. Proyecto de unión y confederación. No es admitido favorablemente. Llamamiento de tropas. La fuerza de Dieskau. Braddock es nombrado comandante en jefe. Se emprenden varias expediciones. Carácter de Braddock y su conducta. Auxilio de Franklin. Su conversación con Braddock. Washington desempeña las funciones de ayudante de campo. Braddock rechaza sus consejos. Espléndido espectáculo. Las tropas caen en una emboscada de los indios y franceses y son destrozadas. Muerte de Braddock. Washington se salva. Pánico del ejército. Las tropas británicas desprestigiadas.

Ya hemos hablado de los proyectos de Francia, que estaba resuelta a obtener, si le era posible, el dominio de toda la región comprendida desde el Canadá al Golfo de México, fundándose en aquella ley que concede a los descubridores de ríos la jurisdicción de las tierras bañadas por sus aguas. Mientras las colonias inglesas se vieron limitadas a las inmediaciones de la costa del mar, no les llamó la atención, ni quisieron ocuparse tampoco de los planes y proyectos de los franceses; pero andando el tiempo y cuando empezaron a conocer las regiones que hay mas allá de las montañas, según penetraban en aquellas magníficas y fértiles partes del país, que se encuentran a orillas del Ohio y sus tributarios, los colonos ingleses, no sólo conocieron el valor de aquel vasto territorio no explotado todavía, sino que resolvieron reclamar sus derechos de posesión. Los franceses tenían establecidos numerosos puestos militares desde las fronteras del Canadá hasta Nueva Orleans, y con objeto de justificar sus reclamaciones sobre el territorio, habían grabado las lises de Francia en la corteza de los árboles de los bosques, enterrando a veces también planchas de metal con el mismo objeto[93]. Los franceses reclamaban como descubridores, teniendo hasta cierto punto razón para ello; y los ingleses, por otra parte, habiendo obtenido concesiones del territorio que se extiende en línea recta por la parte del Oeste hasta el Océano Pacífico, reclamaban a su vez el derecho sobre la infinidad de millas comprendidas entre la costa del Atlántico y la casi ilimitada extensión del Oeste. Es digno de tenerse en cuenta que ni los ingleses ni los franceses se cuidaban de los derechos que antes que todos podían alegar los indígenas con justísima razón[94], y con semejante estado de cosas, natural era que estallase pronto la lucha entre los dos partidos contendientes.

Poco después de haberse firmado la paz de Aix-la-Chapelle unos cuantos mercaderes de Londres y traficantes de Virginia, que formaban la llamada Compañía del Ohio, obtuvieron en Inglaterra una concesión de 600.000 acres de tierra en la orilla oriental de aquel río, con privilegios exclusivos para traficar con los indios. Esto fue naturalmente considerado por los franceses como una usurpación, y reclamaron todo el territorio bañado por los tributarios del Mississippi; pero

93 Véase lo que dice Mr. Parkman en su *Conspiración de Pontiac*, págs. 85-126.

94 En noviembre de 1749, cuando el infatigable Gist se ocupaba por cuenta de la Compañía del Ohio en medir las tierras que se encuentran al Sur de aquel río hasta Kanawha. un viejo jefe Dalaware, observando lo que hacia Gist, le dijo: «Los franceses reclaman todo el terreno que hay a un lado del Ohio, mientras los ingleses piden el que está al otro; y en este caso, ¿queréis decirme qué quedará para nosotros los indios?» ¡Pobres salvajes como dice muy bien Mr. Irving; entre sus *padres*, los franceses, y sus *hermanos*, los ingleses, estaban en camino de verse completamente despojados de su país.

entonces los ingleses presentaron una protesta en nombre de las Seis Naciones, que con arreglo a los tratados de Utrecht y Aix-la-Chapelle, se consideraban bajo la protección de la Gran Bretaña, y cuyos dominios, según dijeron, comprendían toda la parte oriental del Valle del Mississippí y de los lagos inferiores. Como el objeto principal de la Compañía del Ohio era posesionarse del terreno, procedióse desde luego a establecer un puesto militar en Redstone, junto al río Monongahela, cuya medida, según se comprenderá fácilmente, fue considerada como una agresión por los franceses, que a su vez construyeron otro fuerte a orillas del lago Erie, disponiéndose evidentemente a rechazar a sus vecinos y a tomar posesión del territorio disputado.

Antes de suceder esto, Dinwiddie, teniente Gobernador de Virginia, envió a un agente disfrazado de mercader, para que averiguase en qué sentido se pronunciarían los indios y cuáles eran sus intenciones, encargándole al mismo tiempo observara qué medidas tomaban los franceses. El Gobierno inglés, que preveía la guerra, había encargado anteriormente al Gobernador, que sin pérdida de tiempo mandara construir dos fuertes, para lo cual enviaba artillería y municiones; pero los franceses se habían anticipado a sus enemigos, reuniendo una fuerza considerable a fin de obrar con la urgencia que requiriese el caso. Era, pues, evidente que debían tomarse enérgicas medidas de una vez, y en su consecuencia, Dinwiddie resolvió enviar un mensajero al puesto francés más próximo para pedir explicaciones y la libertad de algunos mercaderes capturados por el enemigo en un corto espacio de tiempo. Esta resolución del Gobernador nos obliga a presentar en escena por primera vez a un hombre que es el ídolo de los americanos, y a quien ensalzan más que a ningún otro, por lo cual nada más justo que decir aquí alguna cosa acerca de la familia de aquel, así como también de la primera parte de su vida.

Cerca de un siglo antes del nacimiento del ilustre *padre de la patria*, dos hermanos, hijos de una honrada familia de Inglaterra, Juan y Andrés Washington, emigraron a Virginia y fueron a establecerse en el condado de Westmoreland, entre los ríos Potomac y Rappahannock. El nieto de Juan Washington, llamado Agustín, que había nacido en 1694 y heredado las tierras de la familia, situadas en Bridges, cerca del Potomac, casó dos veces y tuvo dos hijos llamados Laurencio y Agustín, que eran huérfanos de madre por haber muerto ésta en el año 1728. Dos años mas tarde, Agustín Washington casó otra vez con una joven llamada María Ball, célebre por su hermosura, y el fruto de esta unión fueron seis hijos, cuatro varones y dos hembras. La familia de Washington era noble y honrada desde siglos atrás, lo cual hace decir a Mr. Irving: «El rango hereditario puede ser una ilusión, pero no así las virtudes, que dan un título de nobleza innata, mucho más apreciable que todos los blasones de la heráldica.»[95]

Jorge Washington, hijo mayor, nació el 22 de febrero de 1732, en la casa de Bridge, pero no se conserva un solo vestigio de aquella morada. Poco después del nacimiento de Jorge, su padre se trasladó a una de sus posesiones del condado de Stafford, frente a Fredericksburg; mas de esta casa donde el niño pasó su infancia, nada queda en el día tampoco sino unos fragmentos de ladrillo. Laurencio, hermano mayor de Jorge, había sido enviado por su padre a Inglaterra, y gozó de privilegios que no hubieran podido alcanzar los demás niños, teniendo en esto más suerte que Jorge, a quien tan sólo se le hizo aprender su idioma, dándole la instrucción que se acostumbra según la educación inglesa. Al cumplir Jorge los ocho años, volvió de Inglaterra Laurencio, hecho todo un caballero, y desde entonces parece que ambos hermanos se profesaron la más tierna amistad, que fue aumentándose mientras vivió Laurencio.

El 12 de abril de 1743 falleció Agustín Washington, después de una corta enfermedad y hallándose aun lleno de vigor y de salud. Su muerte, harto sentida, porque era un hombre muy considerado y de intachable reputación, afligió profundamente a toda la familia, que tanto necesitaba los consejos y desvelos del padre para luchar con los contratiempos y azares de la vida. María, madre de Jorge Washington, tuvo pues que constituirse en jefe y guía de la familia, y amoldó el carácter del joven para la futura posición que más tarde tuvo que ocupar. La viuda de Agustín Washington era mujer de gran energía y muy buen criterio, y aunque en sus manos quedó

95 *Vida de Washington*, por Irving, vol. I, pág. 18.

encomendada la administración de los bienes que su difunto esposo dejara para los hijos, probó bien pronto que era digna del cargo que se la había confiado. Su buen sentido, su decisión de carácter, su estricta aunque no severa disciplina y sus afanes por educar a sus hijos moral y religiosamente, le dieron autoridad en su familia, mereciendo el respeto de ésta, unido al más sincero y leal afecto.

Bajo la protección de semejante madre, y favorecido más adelante por su hermano Laurencio, Lord Fairfax, y familia, deslizáronse los primeros años de la vida de Jorge Washington. Poco a poco fue desarrollándose en él la afición a los soldados y a la carrera militar, y al cumplir catorce años se obtuvo para el adolescente un nombramiento de guardia marina. Sin embargo, cuando ya estaba su equipaje a bordo de un buque de guerra, comenzó su madre a llorar, poseída del mayor sentimiento, y entonces Jorge, siempre obediente, desistió de su propósito de buscar gloria en la armada. ¡Cuán grande diferencia hubiera habido si le hubiesen dejado seguir su infantil inclinación!

Al volver Jorge a la escuela, dedicóse a estudiar todas aquellas materias que se requieren tanto para la carrera civil como para la militar, fijándose especialmente en las matemáticas. El joven mostró desde luego la mayor perseverancia y aplicación, notándose constantemente en sus hábitos ese orden y buen método a que no faltó nunca en su vida. Siempre tenía tiempo para hacerlo todo y hacerlo bien, y con su arreglo y exactitud vencía cuantas dificultades se le ofrecieran. En una palabra, era uno de aquellos genios que revelan desde un principio que han nacido para servir de guía a los demás. Sus condiscípulos recurrían a él siempre que se trataba de resolver alguna cuestión o diferencia, y su franqueza, su reconocida integridad y su carácter amable, le dieron un ascendiente que nadie trató de disputarle. Era activo y enérgico, ardiente y apasionado; gustábanle los ejercicios de fuerza y agilidad; sabía tan bien mandar como obedecer, y con estas cualidades no podía extrañarse que dominara a sus compañeros, dejando comprender a qué altura podría llegar en su carrera.

Al dejar la escuela, Washington continuó estudiando las matemáticas, fijándose particularmente en la trigonometría; examinó las obras de táctica y cuantas se referían a operaciones militares; se hizo experto en el manejo de las armas, y reuniéndose siempre con oficiales que habían servido en las últimas guerras, alimentó la llama de su ambición y su ardiente deseo de adquirir gloria en belicosas empresas. Pero Jorge no podía vivir contento si no se ocupaba en algo, y por lo tanto pensó dedicarse en otro país a ciertos trabajos, que aunque bastante arduos, eran muy útiles y provechosos. Como el joven tenía los conocimientos y práctica de un consumado agrimensor, Lord Fairfax le encargó que formase el plano y determinara los límites de sus posesiones, especialmente más allá de Blue Ridge, con objeto de ver si podría expulsar a los indios intrusos que se iban estableciendo en sus tierras y dejar espacio para otras personas más dignas de colonizar aquellas fértiles regiones.

En el mes de marzo de 1748, al cumplir Washington los 16 años, salió en compañía de Lord Fairfax, armado de sus compases y demás útiles, para medir los vastos desiertos que iban a recorrer. Esta era precisamente la clase de trabajo que más se conformaba con los gustos y el carácter de Washington, y el joven se acostumbró bien pronto a trepar por los precipicios, atravesando anchos torrentes, a cruzar por los ríos a caballo, a dormir por la moche sobre la dura tierra, a guisar su propia comida, a identificarse con los peligros que ofrece el encuentro de las fieras en medio de las selvas y los bosques, y a ejercitarse en fin en las fatigas y trabajos que debían desarrollar su vigorosa naturaleza[96]. En medio de estas pruebas, cumplió con su cometido tan satisfactoriamente,

96 «En la misma época en que se reunió el Congreso de Aix-la-Chapelle, Jorge Washington, hijo de una viuda, empezaba a recorrer los bosques de la Virginia. Nacido en el Potomac, en la casa de un arrendatario de Westmoreland, fue considerado como un huérfano casi desde la infancia. Ninguna academia le patrocinó, ningún colegio le otorgó premio alguno. Leer, escribir y contar eran sus conocimientos, y la situación de aquel joven, que a los diez y seis años buscaba una ocupación honrosa, y que más tarde recorría los bosques midiendo tierra, sin más amigos ni compañeros que sus asociados, ofrecía un contraste extraño con la imperial magnificencia desplegada luego en el Congreso de Aix-la-Chapelle. Dios no elegió a Kaunitz, ni a Newcastle, ni a un monarca de la casa de Habsburgo, sino al huérfano de Virginia, para regir los destinos de un país habitado por millones de habitantes.» *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, vol. III, pág. 67.

que obtuvo luego el cargo de agrimensor público, que desempeñó por espacio de tres años muy a gusto de todos los que le ocuparon.

La mucha confianza que se tenía en él le valió ser destinado a desempeñar funciones más elevadas, y a la temprana edad de 19 años nombrósele comandante de uno de los distritos militares en que estaba dividida Virginia, a consecuencia de la próxima lucha que se temía iba a estallar con los franceses en el Ohio. El puesto señalado al joven era de la mayor importancia, y por lo tanto se le confirió el grado de Mayor con 150 libras de paga anuales. Sus obligaciones eran atender a la organización y equipo de la milicia, y no hay para qué decir que Washington se consagró con su reconocida energía y actividad al desempeño de sus nuevas funciones.

Entre tanto la salud de Laurencio, que había sido siempre delicada, llegó a un período crítico, y Jorge acompañó a su hermano en un viaje que hizo a Barbados para ver si le probaba mejor aquel clima. Los dos jóvenes se pusieron en camino el día 28 de septiembre de 1751, y como al principio pareció que Laurencio se mejoraba, Jorge volvió a principios de 1752 para ir a buscar a la esposa de su hermano. Sin embargo, este segundo viaje no se llevó a efecto, pues Laurencio Washington se puso otra vez peor y volvió apresuradamente a su casa, donde expiró al día siguiente de su llegada. Su muerte, ocurrida en 26 de julio de 1752, a la edad de 34 años, impuso a Jorge nuevos y espinosos deberes, pues fue nombrado albacea de su hermano, debiendo heredar, en caso de morir su sobrina, el vasto Estado de Monte Vernon. El ímprobo trabajo de administrar aquellas extensas tierras recayó todo sobre Jorge, e inútil es decir que en esto como en todas las demás cosas procedió con la mayor integridad y conciencia. Vemos pues que, sin haber pasado del período de la juventud, Jorge Washington se había hecho ya notable, y sólo faltaba que se presentase una oportunidad para saber lo que era capaz de hacer, colocado en otra posición más elevada. Esta oportunidad no debía tardar en presentarse, y pronto le veremos acometer sus primeras empresas con todo el celo, energía y valor de su noble y generoso carácter.

Ya hemos dicho anteriormente que el gobernador Dinwiddie resolvió enviar un mensajero al puesto francés mas próximo, para pedir explicaciones acerca de sus proyectos de usurpación en los territorios de S. M. Al tratarse de una misión tan difícil y delicada, se pensó al momento en Jorge Washington, pues aunque sólo contaba 22 años, se tenía suficiente confianza en él, que poco tiempo antes había sido nombrado ayudante general, encargándole el mando de la división del Norte. Washington era además muy entendido en cuestiones de litigio, pues tuvo que practicar todas las diligencias judiciales que se siguieron a la muerte de su hermano, y tanto por esto como por su conocimiento del país y los habitantes, a lo que se unía su discreción y exquisito tacto, juzgósele la persona más a propósito para desempeñar la comisión que se le confió.

En su consecuencia el día 30 de octubre de 1753 salió Washington de Williamsburg en compañía de Van Braam, soldado veterano que debía servirle de intérprete, por no conocer el joven el idioma francés, y llegó a Wills Creek (Cumberland River) el día 1 de noviembre, donde invitó a Mr. Gist, intrépido militar muy conocedor del país, para que le acompañara y guiase en aquella expedición. Seguido pues de Van Braam, Gist y otros cinco individuos, el joven continuó su marcha al día siguiente a través de una región salvaje por la que apenas se podía entonces caminar, a causa de las últimas tempestades y de las nevadas. Al llegar a Logstown, punto donde se reúnen el Monongahela y el Allegany para formar el Ohio, Washington tuvo una conferencia con varios jefes de las tribus indias, y pudo así formar una idea de su especial diplomacia, que en algunos puntos es muy semejante a la de los pueblos más civilizados, por lo que toca a su falta de franqueza y sinceridad.

Los jefes facilitaron a Washington una escolta hasta Venango, pueblo que se hallaba a unas 70 millas de distancia; pero tal era la inclemencia del tiempo y las dificultades con que tropezaron en el viaje, que la expedición no pudo avistar dicho punto hasta el día 4 de diciembre. Cuando hubieron llegado a Venango, Washington encontró allí a un tal Joncaire, veterano intrigante, según le califica Mr. Irving, y después de haber hablado con él y reconocido que era una persona de suficiente tacto y habilidad para tratar con los indios, invitóle también para que le acompañase. Durante el resto del

viaje tuvo el joven ocasión de tratar con algunos oficiales franceses, y de este modo averiguó cuáles eran sus planes y designios respecto al Valle del Ohio, hallándose así suficientemente enterado para ir a buscar a M. de Saint Pierre, comandante francés de un puesto que se hallaba a 15 millas del lago Erie.

Saint Pierre recibió al joven embajador con la notoria cortesía y política de todos los hijos de su nación; pero después de un día o dos de espera, manifestó a Washington que no podía tomar en cuenta la proposición de Dinwiddie porque el gobernador del Canadá le había confiado la conservación de aquel puesto, que no abandonaría sin una orden superior. Mientras tenían lugar estas discusiones, Washington no perdió el tiempo, pues valiéndose de su natural perspicacia, obtuvo los informes necesarios acerca de las fuerzas, posición y planes de los franceses, llegando a enterarse perfectamente de cuanto pudiera tener importancia. El día 15 de diciembre el joven embajador recibió de Saint Pierre un pliego sellado, que era la contestación a la carta del gobernador Dinwiddie, e inmediatamente se puso en marcha para ir a dar cuenta del resultado de su comisión. Washington llegó a Venango de regreso el 22, y el mismo día de nochebuena continuó su marcha por tierra.

Los límites de este libro no nos permiten hablar de los peligros y pruebas por que tuvo que pasar; pero Mr. Irving, al referir la historia de aquel héroe, dice que llegó a Williamsburg el día 16 de enero de 1754, y añade después: «La prudencia, sagacidad y energía de Washington se pusieron a prueba más de una vez durante aquella expedición, que puede considerarse como el principio de su afortunada carrera, puesto que desde aquel momento Virginia depositó en él todas sus esperanzas.» El diario de operaciones del joven embajador es un interesante documento que se imprimió luego y llamó la atención tanto de Inglaterra como de las colonias, quienes reconocieron cuán necesario era tomar prontas medidas para hacer frente a la crisis que se acercaba[97].

Por el contenido de la misiva de Saint Pierre, comprendíase con harta claridad que era urgente adoptar medidas de precaución. Dinwiddie opinó que convenía reunir inmediatamente fondos para tomar la ofensiva en la guerra, pero la Asamblea no se mostró con el gobernador tan complaciente como éste esperaba. En primer lugar suscitáronse dudas acerca de la legitimidad del derecho que tendría el rey sobre el territorio que se disputaba, y aunque por fin se votó una suma de 10.000 libras para atender a la protección de los colonos del Mississippí, se puso por condición que se nombrarían comisionados para que cuidasen de que ninguno se apropiara más terreno del que le correspondiese. Las demás colonias, a las que se hizo un llamamiento para que contribuyeran con algunos auxilios, mostraron bastante indiferencia, y por lo tanto no se esperó mucho de ellas; mas a pesar de esto, con los medios que tenía ya a su disposición, el gobernador pudo aumentar las fuerzas militares, reuniendo seis compañías, cuyo mando se confió al coronel Joshua Fry. Washington fue nombrado segundo jefe con el grado de teniente coronel.

Para estimular el celo de sus tropas y con el fin de organizar militarmente un cuerpo de colonos, Dinwiddie publicó una proclama ofreciéndoles 200.000 acres de tierra en el Ohio, medida que no aprobó la legislatura de Pensilvania, por considerar que podría hacer reclamaciones contra dicha concesión.

Una partida de cuarenta hombres, que al mando del capitán Trent se había dirigido ya a las inmediaciones del Ohio, comenzó a construir allí un fuerte por consejo de Washington, quien a principios de abril salió de Alexandría con dos compañías, llegando el día 20 a Wills Creek. En este punto tuvo noticia de que los franceses, reuniendo una fuerza considerable, habían ido a terminar sus trabajos y la construcción del fuerte Duquesne, llamado así por ser éste el nombre del gobernador del Canadá. Esto podía ya considerarse como el primer acto hostil, y en su consecuencia Washington formó un consejo de guerra, y después de despachar emisarios para que le enviasen refuerzos resolvió avanzar en dirección al Ohio. La marcha fue en extremo lenta, pero al fin llegaron las fuerzas a Great Meadows, donde se levantó una trinchera por orden de Washington, quien se propuso fortificar más cuidadosamente aquel punto cuando supo que a pocas millas se

97 Véase la *Vida de Washington*, por Marshall, vol. I, pág. 461, y también las *Cartas de Washington*, vol 1, página 432.

había visto un destacamento francés que seguramente no abrigaba muy buenas intenciones. Washington resolvió buscar al enemigo, y guiado por los indios, no tardó en encontrarlo (28 de mayo) en un sitio rodeado de rocas y árboles, donde los franceses habían hecho varias cabañas para resguardarse del agua. Tan pronto como aquellos vieron presentarse a Washington y su gente, corrieron a las armas; siguióse una corta escaramuza, y durante esta silbaron las balas en derredor del joven, cayendo a su lado un hombre muerto. Jumonville, que era el jefe de los franceses, pereció también con otros nueve, y los que quedaron vivos se rindieron[98].

La Force, hombre muy entendido, a quien siempre consideró Washington como un peligroso adversario, se hallaba entre los prisioneros, los cuales, en número de veintidós, fueron enviados al gobernador Dinwiddie, que estaba en Winchester.

No faltó quien tratase de vituperar la conducta de Washington por los tristes resultados de este encuentro, diciendo que la persona de Jumonville debió ser respetada, porque, revestido del carácter de embajador, se dirigía a intimar a los ingleses a que evacuasen el territorio, y que por lo tanto Washington podía considerarse como un asesino. La verdad, sin embargo, era que el destacamento mandado por Jumonville, según se probó por una carta encontrada entre los papeles del joven oficial, se ocupaba en operaciones de campo, reconociendo de paso el país y enviando mensajes al fuerte Duquesne para dar cuenta de lo que hacían los ingleses. Al escuchar los cargos que se le hicieron, contestó Washington: «que si el enemigo se hubiera presentado franca y lealmente, anunciándose como embajador, en vez de permanecer oculto en un paraje retirado, desde donde enviaba espías para reconocer la posición de los ingleses, mandando luego los partes a Mr. Contracoeur, no hubiera él procedido de la manera que lo hizo.»

La repentina muerte del coronel Fry, en Wills Creek, hizo recaer todo el mando en Washington[99], y entonces su posición llegó a ser peligrosa en extremo, pues las fuerzas de los franceses eran mucho más considerables que las suyas, y empezaba a sentirse la escasez de provisiones. En vista de esto, el joven jefe encargó al capitán Mackay que se quedase con la compañía de la Carolina del Sur para custodiar el fuerte Necesidad, situado en Great Meadows, y cumplida esta orden, avanzó hacia el fuerte Duquesne; pero viose bien pronto obligado a retroceder, porque los indios y franceses, en número de 1.500, venían al encuentro, y cayeron luego sobre dicho fuerte. Washington se defendió durante algunas horas, pero no pudiendo resistir más, contentóse con obtener una honrosa capitulación. A la mañana siguiente, 4 de julio, el joven comandante se puso de nuevo en marcha dirigiéndose a Wills'Creek, donde se hallaban reunidas sus fuerzas y donde se había construido el fuerte Cumberland[100].

Aunque el resultado de la primera campaña no fue satisfactorio, comprendióse que Washington había hecho cuanto era humanamente posible en semejantes circunstancias, y por lo tanto, la Asamblea le dio las gracias, teniendo además la satisfacción de que sus soldados, entre los cuales se distribuyeron *300 pistolas* (1.100 libras), depositasen en él toda su confianza, reconociéndole como a un entendido jefe.

Mientras que Washington estaba ocupado en esta expedición contra los franceses, reuniéronse en Albany en el mes de junio de 1754 varios comités que enviaban las Asambleas coloniales de Nueva York, Pensilvania, Maryland y Nueva Inglaterra con objeto de que celebrasen una sesión. El principal objeto era renovar el tratado con las Seis Naciones, cuya amistad y auxilio en aquella

98 *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, vol. IV págs. 117-119.

99 Guillermo Fairfax, amigo fraternal de Washington, había escrito a éste aconsejándole que mandase a sus soldados cumplir con los deberes religiosos, públicamente, en el campamento, sobre todo cuando hubiera en él familias indias. Hízose así por primera vez en Meadows, y fue por cierto una escena admirable, a la par que imponente ver al joven jefe presidiendo con serena gravedad aquella extraña multitud donde se confundían los soldados a medio equipar, los leñadores, los voluntarios, las mujeres y los niños, con los salvajes de abigarrados colores, entonando todos sus oraciones con ejemplar devoción. *Vida de Washington*, por Irving. vol. I, pág. 128.

100 Mr. Irving, (vol. I, págs. 13-140) se extiende en minuciosos detalles al hablar sobre este punto, y justificando a Washington, prueba palmariamente que no merecía los cargos que se le hicieron respecto a la muerte de Jumonville. Advertiremos al lector que es también muy interesante la relación de Mr. Sparks: *Vida de Washington*, págs 36-55.

crisis tenía la mayor importancia. Además de esto, presentábase la cuestión de confederarse o no las colonias, para la mutua defensa, y en vista de las circunstancias, resolvióse afirmativamente nombrándose un delegado de cada una de aquellas para que formase un proyecto de unión. Franklin redactó uno que fue aprobado por todos los individuos de la comisión, excepto el que representaba a Connecticut. He aquí su contenido:

«Se formará un gran Consejo compuesto de cuarenta y ocho miembros, siete de Virginia, siete de Massachusetts, seis de Pensilvania, cinco de Connecticut; cuatro de cada una de las colonias de Nueva York, Maryland y las dos Carolinas; tres de Nueva Jersey, dos de New-Hampshire y otros dos de Rhode-Island. Este número de cuarenta y ocho debe ser fijo, y ninguna colonia estará representada por más de siete individuos ni por menos de dos. El Consejo se cuidará, por punto general, de la defensa de las colonias, y al efecto debe suministrar hombres y dinero, inspeccionar los ejércitos de las colonias, expedir las órdenes necesarias y atender en fin al bienestar general. Dicho Consejo tendrá un presidente general nombrado por la Corona, el cual podrá aprobar o desestimar los actos de aquel, y no se nombrarán oficiales militares sin el consentimiento de dicho presidente.» «Tal era el documento que puede decirse sirvió de base para lo que había de Se" nuestra constitución federal.»[101]

Es digno de tenerse en cuenta que este proyecto no fue apoyado favorablemente por ninguna de las Asambleas coloniales ni por la Junta superior de las colonias. He aquí lo que dijo Franklin veinte años después refiriéndose a este asunto: «Las Asambleas todas opinaron que en aquel documento había demasiada *prerrogativa*, y en Inglaterra fueron de parecer que era excesivamente democrático.» Nosotros creemos que el Gobierno inglés no llevaría a bien la unión entre las colonias, toda vez que esto podría darles a conocer cuál era su fuerza, sugiriéndoles la idea de proclamarse independientes. Ello es que se resolvió, después de reflexionar maduramente, continuar la guerra con tropas reales, debiendo las colonias facilitar todo el auxilio posible.

Como quiera que se esperaba de un momento a otro que se rompiesen las hostilidades entre Inglaterra y Francia, los gobernadores reales de las colonias tomaron sus disposiciones para organizar una milicia, siendo en esto eficazmente secundados tanto por las colonias del Norte como por las del Sur. Habiéndose sabido que estaba preparándose para salir de Brest una escuadrilla de buques franceses con 4.000 hombres de tropas, envióse al almirante Boscawen para que interceptase su marcha; pero la mayor parte de aquellos consiguieron desembarcar sus fuerzas en el Canadá y en Louisburg, si bien uno o dos cayeron en manos de los ingleses. La declaración de guerra no se había hecho aun formalmente, mas a pesar de esto, los enemigos se hostilizaban uno a otro.

El gobernador Dinwiddie estaba muy disgustado con la Asamblea por no haber querido ésta complacerle, aprobando ciertas disposiciones que él tomó, y en todos sus despachos quejóse repetidas veces de aquella. Sin embargo, resolvióse por una votación unánime levantar considerables fuerzas, y a fin de evitar las disputas que pudieran originarse acerca del rango e importancia de los oficiales, se publicó una orden general por la que se concedía la preferencia a los oficiales del rey sin excepción alguna. Semejante medida disgustó naturalmente a hombres como Washington y sus compañeros, y esto fue causa de que aquel, impulsado por su amor propio, presentara su dimisión inmediatamente con la intención de dedicarse a sus asuntos personales.

A consecuencia de esto, nombróse al general Braddock comandante en jefe, el cual a principios de 1755 marchó a Chesapeake con dos regimientos británicos. La colonia de Nueva Inglaterra recibió orden para alistar dos regimientos de 1.000 hombres cada uno, y Pensilvania tuvo que facilitar 3.000 soldados. En el mes de abril Braddock celebró una junta en Alexandría con los Gobernadores de las colonias, y allí se acordó organizar tres expediciones: la primera, mandada por dicho jefe, debía marchar contra el fuerte Duquesne para arrojará los franceses del Ohio; la segunda, a las órdenes de Shirley, que acababa de ser nombrado mayor general, se dirigiría contra el Niágara, y por último, la tercera, cuyo jefe era Johnson, hombre de gran influencia entre las Seis

101 *Historia de los Estados Unidos*, por Hildre, vol. II, pág. 443.

Naciones, se encargó de tomar a Crown Point, fuerte situado en la orilla oriental del lago Champlain[102].

Braddock era un bravo militar que se había distinguido en los campos de batalla; pero no conocía el modo de guerrear en el Nuevo Mundo, y lo que era peor, no se mostraba dispuesto a seguir los consejos de personas más entendidas que él en este punto. Contrariado por la lentitud con que se desempeñaba el servicio, especialmente respecto al trasporte de bagajes, no ocultó su enojo, y se indispuso con todos, sintiéndose cada vez menos inclinado a escuchar las advertencias de nadie. Franklin le visitó en Fredericton, en cumplimiento de su deber, pues era administrador de correos, y le ofreció sus servicios en todo cuanto dependiese de su ramo, principalmente en la expedición de los partes, mensajes, etc., aventurándose también a hacerle algunas indicaciones acerca de los peligros que ofrecería la guerra especial que iban a emprender las tropas reales.

Braddock aceptó gustoso tan oportuna oferta, y algunos días más tarde, hablando con Franklin acerca de su plan de campaña, le dijo: «Después de tomar el fuerte Duquesne, pienso dirigirme a Niágara, y en concluyendo allí, marcharé sobre Frontenac si el tiempo no lo impide, lo cual no es probable, porque Duquesne no me detendrá más de tres o cuatro días, y entonces no veo inconveniente en continuar mi marcha hacia Niágara.» Y luego añade Franklin:

«Habiendo reflexionado cuán larga era la línea que tenía que recorrer el ejército, por un sendero muy estrecho que debían abrir los soldados a través de los bosques, y recordando la derrota que sufrieron 1.500 franceses al querer, en cierta ocasión, invadir el Illinois, concebí algunas dudas y temores acerca del éxito de la expedición, pero no me atreví a decir a Braddock más que estas palabras: —Es indudable, señor, que si llegáis sin contratiempo a Duquesne con esas brillantes tropas y tan bien provisto de artillería, no tardará en caer en vuestro poder el fuerte, por más que esté muy bien fortificado y tenga una numerosa guarnición; pero, en mi concepto, las emboscadas de los indios son un grave peligro que puede oponerse a vuestra marcha. Esos salvajes por su rara destreza y práctica del terreno, pueden interceptar la estrecha y prolongada senda que ha de recorrer vuestro ejército y caer de repente sobre el flanco de las tropas, cortando la columna como si fuera un hilo, sin dar tiempo a que se concentren los soldados para socorrerse mutuamente. Braddock se sonrió cuando hube emitido mi parecer, como compadeciéndose de mi ignorancia, y repuso: —Esos salvajes serán ciertamente un formidable enemigo para vuestra bisoña milicia americana, pero tratándose de las disciplinadas y aguerridas tropas del rey, no es posible que nos inspiren temor alguno.—Yo comprendí que era impropio seguir discutiendo con un militar sobre asuntos de su profesión, que naturalmente debía entender mejor que yo, y no quise decir más.»

El resultado no obstante demostró desgraciadamente que en esta ocasión, el filósofo juzgó con más juicio y perspicacia que el hombre de guerra, entendido en la ciencia militar, aunque lleno de preocupaciones en favor de la rutina establecida.

Instado repetidas veces por Braddock, Washington accedió a servirle de ayudante de campo, lo cual en su juicio le proporcionaba una ocasión para estudiar el arte de la guerra bajo las órdenes de un hombre tan entendido como el jefe de la expedición. «El único motivo que me induce a tomar parte en la lucha, decía el joven en una carta que escribió a sus amigos, es el laudable deseo de servir a mi país, no los beneficios que pudiera alcanzar bajo el punto de vista lucrativo. Me lisonjeo que se me considerará como un voluntario, y que por lo tanto no espero una recompensa, ni aspiro tampoco a obtener mando alguno, puesto que según se me ha dicho, no está en manos del general Braddock darme un nombramiento que tampoco aceptaría.»

El jefe de la expedición, viendo que se pasaba el tiempo y que sus tropas avanzaban muy lentamente, pidió su parecer a Washington, y éste le aconsejó que siguiera adelante con una división armada a la ligera, encargando al coronel Dunbar que con las demás fuerzas formara la retaguardia. Braddock siguió el consejo y se puso en marcha con 1.200 hombres y diez piezas de artillería de

102 Según cierto informe presentado a la Junta de Comercio, la población de las colonias era en aquella época de 1.500.000 habitantes, entre los cuales habría cerca de 300.000 negros. Nueva Francia apenas contaba con 100.000 almas.

montaña, pero no hizo aprecio de las advertencias de su entendido ayudante de campo en lo tocante a precaverse contra las emboscadas de los franceses y los indios. A fines del mes de junio sintióse Washington atacado de una fiebre, viéndose obligado a quedarse en Yonghieny, en casa de un amigo suyo llamado el doctor Craik; pero ansioso de reunirse con el ejército, y aunque estaba muy débil, púsose en marcha el día 3 de julio, llegando el 8 al campamento. Braddock había tardado un mes en recorrer unas cien millas y le faltaban aun quince para llegar al fuerte Duquesne. Al día siguiente debía darse el ataque, y Washington rogó al jefe que se le permitiera destacar a los exploradores de Virginia para que examinasen los pasos peligrosos que era aun necesario atravesar, pero Braddock se negó a ello resueltamente y hasta con cierto enojo.

Fue un curioso espectáculo al día siguiente, 9 de julio, ver la pompa y aparato militar con que las tropas, como si estuvieran de gala, se pusieron en marcha para dirigirse a Monongahela, con bayoneta calada, extendidas las banderas y tocando los tambores. Washington contempló deleitado tan belicosa escena, y algunos años después se le oyó decir muchas veces, que aquel fue uno de los mas magníficos espectáculos que presenciara en su vida.

Serían ya cerca de las dos de la tarde cuando las tropas acabaron de pasar el río, e iban ascendiendo por una cuesta cubierta de altas yerbas y troncos, y flanqueada por dos barrancos ocultos entre árboles y malezas, cuando de repente se oyó a pocos pasos una nutrida descarga. Entonces se confirmaron los pronósticos de Washington acerca de las emboscadas que tanto temía: atemorizada la vanguardia al ver que perdía la mitad de su gente bajo el fuego del enemigo, retrocedió hasta donde se hallaba Braddock, que alarmado al oír las descargas que menudeaban, avanzó con el resto de las fuerzas. Los terribles alaridos de los indios, la incesante lluvia de balas que caía sobre las tropas y la imposibilidad de hacer frente a un enemigo invisible, introdujeron bien pronto una espantosa confusión entre las filas de los soldados, sin que bastaran a evitarla los heroicos esfuerzos que durante tres horas mortales estuvo haciendo el intrépido Braddock. A este jefe le habían matado ya cinco caballos, y aun seguía animando a los suyos, cuando recibió un balazo, que atravesándole los pulmones, le hirió de muerte. El infeliz Braddock se empeñó en que le dejaran morir en el mismo lugar de la derrota, pero sus soldados le llevaron lejos de allí, conduciéndole a un sitio más seguro.

Los ayudantes de campo Orme y Morris, así como Sir Peter Halket y su hijo, estaban también mortalmente heridos, y Washington, que desplegó un valor extraordinario y una gran presencia de ánimo llevando y trayendo las órdenes de Braddock, sirvió constantemente de blanco a las balas enemigas, cuatro de las cuales le atravesaron la levita, después de haberle matado dos caballos. El haber escapado ileso de tan terrible catástrofe, fue verdaderamente milagroso, y bien puede decirse que aquel a quien la Providencia protegía de una manera tan marcada, estaba destinado a prestar aun grandes servicios a la causa de la libertad[103]. Horacio Gates, que fue más tarde un general de nota en la revolución, quedó también herido gravemente, y aunque las fuerzas de Virginia pelearon con la mayor bravura, todo fue en vano, porque el pánico se había apoderado de las tropas, que dispersándose en todos sentidos, huyeron a la desbandada, abandonando bagajes y artillería a un enemigo, que según se vio luego, sólo constaba de un pequeño destacamento de franceses y soldados del Canadá, y unos 600 indios.

En aquella acción homicida perecieron veinte y seis oficiales, quedando treinta y seis fuera de combate; en la clase de tropa se contaron más de 700 hombres entre muertos y heridos, no habiendo pasado de sesenta las bajas de los indios y franceses. Los que quedaron vivos, huyeron sin detenerse hasta alcanzar al coronel Dunbar que mandaba la retaguardia. El malogrado Braddock expiró el 13 de julio[104], y Washington rezó junto a sus restos mortales el oficio de difuntos. Cuando el moribundo se hallaba en su postrer momento, reconoció su error en no seguir los prudentes consejos del

103 Se sabe por una conocida tradición, suficientemente confirmada, que muchos años después, Washington fue visitado por un anciano y venerable jefe indio, el cual le confesó que durante la batalla le había tirado varias veces, encargando a sus guerreros hicieran lo mismo; pero viendo que ninguna de las balas le tocaba, dedujo que el joven héroe se hallaría bajo la protección del Gran Espíritu. Desde aquel momento, y fiel a sus creencias, dejó de atentar contra la vida de Washington.

ayudante, y sus últimas palabras fueron: «¡Quién lo hubiera creído!» Dunbar y sus tropas se dirigieron apresuradamente al fuerte Cumberland, y a despique de cuanto pudiera decirse, no quisieron detenerse un momento hasta llegar a Filadelfia. La victoria alcanzada por los franceses era de lo más extraordinario que pudiera darse, y no dejó de producir su efecto sobre las colonias, puesto que comprendieron, por primera vez, que sus altas ideas acerca del poderío y fuerza de las tropas británicas, eran algo exageradas.

9.
Progreso y conclusión de la guerra

Expedición a la Bahía de Fundy. Acadia y los franceses neutrales. Su expatriación. Expedición de Shirley contra el Oswego. Guillermo Johnson. Influencia con los indios. Hendrick.- Batalla del lago George. Muerte de Dieskau. El fuerte William Henry. Los indios en la frontera. Acción en Pensilvania y Virginia. Washington es nombrado coronel. Campaña de 1755. Declaración de guerra por los ingleses. El jefe Loudon. Bradstreet en Oswego. Montcalm se apodera de este último punto. Su actividad y pericia. Morosidad de Loudon. Proyectos para 1757. Loudon marcha contra Louisbourg. Montcalm asalta el fuerte William Henry. Matanza de las tropas por los indios después de la rendición. Gran alarma en las colonias. Quejas y descontento general. Pitt, primer ministro. Su enérgica política. Ataque a Louisbourg. Toma de la plaza. Expedición de Albercrombie contra Ticonderoga. Muerte de Lord Howe. Albercrombie es destituido y le reemplaza Amherts. Bradstreet marcha contra el fuerte Frontenac. Forbes se apodera del fuerte Duquesne. Plan de campaña en 1759. Se resuelve la conquista del Canadá. Expedición de Amherts y toma de Ticonderoga. Prideaux y Johnson toman Niágara. Ataque de Quebec. Muerte de Wolfe y de Montcalm. Rendición del Canadá. Casamiento de Washington. Es nombrado miembro de la Cámara de los Comunes. Las colonias celebran alegremente la victoria obtenida sobre los franceses. Guerra de los Cherokees en el sur. Su progreso y su fin. Otis. Su elocuencia. Lucha entre los franceses e ingleses en las Indias Orientales. La paz de París. Los ingleses quedan dueños del continente. Disturbios con los indios. La conspiración de Pontiac. Fin de la lucha.

Mientras el Almirante Boscawen cruzaba la costa de Terranova para sorprender a la flota francesa, que según hemos dicho antes consiguió evitar el encuentro del enemigo, embarcábase en Boston, con dirección a la Bahía de Fundy, un cuerpo de ejército de 10.000 hombres. El territorio en que se hallaba aquella colonia francesa se había usurpado, según se dijo luego, a la provincia de Nueva Escocia. El coronel Monckton tomó el mando de las tropas, y a principios de junio de 1755 apoderóse fácilmente de los fuertes Beau Sejour y Gaspereau; el fuerte erigido en la embocadura del río San Juan, fue abandonado e incendiado al aproximarse los ingleses.

No había sido difícil arrojar al enemigo de la Bahía de Fundy, pero entonces no se supo qué partido tomar respecto a los colonos franceses, cuyo número ascendía a unos 12 o 15.000[105], la mayor parte de ellos procedentes de Beau Bassin, Minas y las márgenes de Annapolis. Los pobladores de esta última colonia, que se habían duplicado desde que Nueva Escocia llegó a ser una provincia británica, eran aun franceses en lenguaje, en religión y en sus afecciones, y como mantenían inteligencias con los sacerdotes del Canadá, podía ser muy probable que intentasen infringir las condiciones de neutralidad a que se habían sujetado.

En la rendición del fuerte Beau Sejour se cogieron 3.000 jóvenes con las armas en la mano, y no siendo lógico dejar libre a toda la población para que ésta fuese luego a reforzar el Canadá o Cabo Bretón, hízose necesario disponer de aquella gente de un modo u otro. Boscawen y los

104 Léase la *Historia de la expedición contra el fuerte Duquesne en 1755, al mando del Mayor General Eduardo Braddock.* Es un volumen digno de examinarse.

105 Murray dice en su *Historia de la América Británica*, que el número de colonos no bajaría de 17 a 18.000).

principales jefes se reunieron en consulta para decidir sobre este punto, resolviendo al fin expulsar por completo a los colonos franceses, trasportándolos luego a distintas provincias británicas; y esto a pesar de haberse estipulado expresamente al entregar el fuerte Beau Sejour, que los habitantes no serían molestados. Pero el honor y la lealtad se sacrificaron, prevaleciendo la crueldad y la traición, sin que los autores de aquella injusticia mostrasen compasión alguna, con tanto más motivo cuanto que la derrota de Braddock, de que ya tenían conocimiento, había endurecido un poco sus corazones. Resuelta, pues, la suerte de aquellos infelices, los ingleses guardaron por el pronto el secreto, y de allí a poco, habiendo invitado a los colonos con un fútil pretexto a que se reuniesen en sus iglesias, rodeáronles con un cordón de tropas, intimándoles la orden de marcha.

El día 10 de septiembre toda aquella pobre gente, escoltada por una fuerza considerable, fue conducida al punto de embarque y arrojada en los buques destinados al transporte. En medio de la confusión que se originó, las mujeres se vieron separadas de sus esposos, y los hijos de sus padres, para ser conducidos a distintas colonias, sin la esperanza de volverse a ver jamás. Sus tierras, sus cosechas, su ganado, todos sus bienes, en fin, excepto el mueblaje de las casas, fueron declarados propiedad de la Corona, y a fin de impedir que pudieran alimentarse los que habían huido a los bosques, y con el fin de obligarlos a que se entregaran, la tropa destruyó las nacientes cosechas, quemando los graneros y las casas con todo cuanto contenían. Más de 1.000 de aquellos infelices desterrados fueron conducidos a Massachussetts, donde a causa del horror que inspiraban los papistas no se les concedieron ni aun los consuelos de la religión que profesaban. Cada colonia tuvo que recibir una parte de los errantes prisioneros, y esto era una carga más, que la comunidad no se mostraba muy dispuesta a sobrellevar. Algunos de aquellos desgraciados consiguieron encaminarse a Francia, al Canadá, a Santo Domingo y a la Luisiana, pero fueron muy pocos, pues la mayor parte murieron de pena en una tierra extraña[106].

Entre tanto Shirley se dirigía desde Albany a Oswego, donde pensaba embarcarse para Niágara; pero la marcha tuvo que ser bastante lenta a causa de los obstáculos que presentaba aquella región, en la que era preciso abrir los caminos y atravesar los ríos. Muy debilitados todos por las enfermedades, y no poco abatidos con motivo de haberse recibido la derrota de Braddock, a cuya muerte debió Shirley ser ascendido al grado de comandante en jefe, empleóse la última parte del mes de agosto en construir dos fuertes en Oswego, reuniendo buques y haciendo grandes preparativos para avanzar sobre Niágara. A pesar de esto, no se adelantó nada por el pronto, y se abandonó la empresa a causa de la estación, lo cual valió una severa censura a Shirley por su ineptitud.

Johnson, que mandaba las tropas enviadas contra Crown Point, era en todos conceptos un hombre muy notable. Había nacido en Irlanda, y sus grandes disposiciones, su aspecto imponente y agradables maneras le hicieron obtener una grande influencia entre los indios, cuyo traje adoptó, y cuya vida salvaje parecía agradarle mucho. Su posición como agente británico con las Cinco Naciones, le proporcionaba la oportunidad de estar en continuo trato con los indios, no sólo para bien de su país, sino también en beneficio propio. La siguiente historia ilustrará al lector sobre este punto. Había un famoso jefe Mohawk, llamado comúnmente el rey Hendrick, el cual era tan avaro como valiente, y a quien gustaban mucho las joyas y los adornos del traje. Cierta mañana fue al castillo de Johnson, y habiendo visto una levita ricamente bordada, ideó un hábil expediente para tomar posesión de ella. «Hermano, dijo a Sir William al volver otro día a visitarle, yo soñar anoche.» «¿De veras? —repuso su interlocutor—; ¿y qué ha soñado mi hermano rojo?» «Yo soñar que esa levita ser mía.» «Pues bien, vuestra es», contestó Johnson sin vacilar. Poco tiempo después recibió el jefe indio la visita del Baronet, quien, dirigiendo una mirada sobre el espacioso paisaje que se extendía ante su vista, dijo a Hendrick: «Hermano, anoche tuve un sueño.» «¿Y qué soñó mi hermano inglés?» replicó el jefe. «Yo soñé que toda esa extensión de terreno era mía», repuso Sir William, señalando un espacio de unas veinte millas en cuadro. Al oír esto, Hendrick se puso un

106 Mr. Longfellow se sintió inspirado con este tema en su *Evangeline, a Tale of Acadie*.

poco serio, pero comprendiendo en qué compromiso se hallaba, replicó al fin: «Hermano, esa tierra es vuestra, pero hacedme el favor de no soñar otra vez.»

Las tropas que mandaba Johnson, en número de 6.000 hombres, avanzaron en dirección del lago George, mientras que el Baron Dieskau, subiendo por el Champlain con otros 2.000 y habiendo desembarcado en el extremo oriental de aquel lago, marchaba a su vez contra el fuerte Lyman, mejor conocido con el nombre de fuerte Eduardo. Pero variando su plan de ataque, el jefe francés resolvió sorprenderá Johnson, y como acertase a encontrar en un estrecho desfiladero que había a tres millas del campamento enemigo, un cuerpo de tropas del Massachusetts, en número de 1.000 hombres, con unos cuantos indios Mohawks, al mando del coronel Williams[107], Dieskau derrotó a esta fuerza fácilmente, habiendo perecido en el combate el jefe inglés y Hendrick, el jefe indio[108]. Conseguida esta victoria, Dieskau avanzó acto continuo para atacar el campamento de Johnson, que protegido por su posición y fortificado con algunos cañones procedentes del fuerte Eduardo, resistió el ataque, rechazando al enemigo, que tuvo grandes pérdidas. Dieskau, mortalmente herido, fue hecho prisionero, y toda su gente huyó en dirección a Crown Point. Parece ser que los franceses perdieron en esta acción unos 1.000 hombres, y los ingleses sólo 300, debiendo advertir que las tropas de Hampshire encontraron los bagajes de Dieskau y se apoderaron de ellos. A estos tres combates, que tuvieron lugar el mismo día, se les dio el nombre de batalla del lago George, cuyo buen éxito valió a Johnson ser hecho caballero, recibiendo además una gratificación de 5.000 libras. Los colonos consideraron esto como una gran victoria.

Sin embargo, Johnson no quiso marchar contra Crown Point, según todos esperaban. y aunque los colonos de Nueva Inglaterra le tildaron de incapaz y poco enérgico, aquel jefe alegó que faltaban víveres y medios de trasporte, y no hizo más que mandar construir el fuerte William Henry cerca del último campo de batalla, después de lo cual licenció a sus tropas hasta el invierno.

Las colonias de Pensilvania, Maryland y Virginia estaban continuamente en peligro, porque los indios, instigados por los franceses y aprovechándose de la poco gloriosa retirada del coronel Dunbar, hacían en ellas frecuentes incursiones. En su consecuencia, Morris, gobernador de Pensilvania, excitó a la Asamblea a que facilitase los medios necesarios para defender la frontera, pero aquella se ocupaba entonces de arreglar cierta cuestión de impuestos con los propietarios, y como por otra parte, abundaba en las ideas de los cuáqueros que se oponían a la guerra, no hizo aprecio de las indicaciones del gobernador. Sin embargo, en el mes de noviembre votó la Asamblea una suma de 50.000 libras para atender a la defensa pública, lo cual fue causa de que varios de sus miembros cuáqueros hicieran dimisión de su cargo.

La Asamblea de Virginia votó 40.000 libras, y se emitieron bonos del tesoro por esta cantidad, disponiéndose al propio tiempo que se consignaran 300 para Washington por su valerosa conducta cuando acompañó a Braddock, y otras varias gratificaciones para algunos oficiales que se escaparon con vida de aquella funesta acción. Organizóse de nuevo el regimiento de Virginia, confiándose el mando a Washington y nombrando a Stephens teniente coronel, y a mediados de septiembre púsose en marcha esta fuerza con dirección a Winchester, donde se estableció el cuartel general. Sin

---

107 Mr. Hildreth observa muy juiciosamente que el coronel Williams no necesitaba ganar ninguna batalla para adquirir gloria, puesto que al pasar por Albany había hecho donación de ciertas tierras de su propiedad para fundar una escuela gratuita, que fue más tarde el *Colegio Williams*.

108 Hendrick era hijo de un jefe Mohegan, casado con una mujer de la tribu de los Mohawks, y se distinguió entre las Seis Naciones, extendiéndose su fama hasta Massachusetts, donde, en 1751, le consultaron los comisionados acerca del modo de educar a los jóvenes de su nación. En el encuentro con Dieskau, mandaba como jefe 300 Mohawks. Era grave y sentencioso en el consejo, intrépido en la lucha, y son dignos de mención algunos de sus dichos. Cuando se propuso enviar un destacamento al encuentro del enemigo y se quiso fijar el número que había de componerlo, dijo Hendrick: «Son pocos para pelear; demasiados para morir.» Al indicarse la conveniencia de dividir el destacamento en tres grupos, el jefe indio cogió tres estacas y replicó: «Poned las tres juntas y no las romperéis; tomad una sola, y os será fácil conseguirlo.» Siguióse el consejo del viejo guerrero, pero no se observaron las precauciones que él indicó, y esto fue causa de que Williams cayera en una emboscada. Hendrick fue un buen amigo de los blancos y mereció la amistad que le profesaban.

embargo, al llegar el invierno, Washington tuvo que hacer un viaje a Boston para tratar con Shirley ciertos puntos relativos a una enojosa cuestión sobre su rango militar y su autoridad.

El año 1755 no terminó muy satisfactoriamente para los que esperaban grandes cosas, y cuando Shirley celebró una junta en Nueva York con los gobernadores de las colonias, hallóles muy poco dispuestos a secundar sus deseos respecto a emprender muevas expediciones contra los fuertes Duquesne, Niágara y Crown Point.

Al volver Washington a sus cuarteles encontróse con que toda la frontera estaba alarmada por las frecuentes incursiones y atrocidades que cometían los indios. El joven comandante se consagraba con el mayor celo a la obra que le habían confiado; pero careciendo del suficiente apoyo y auxilios necesarios para atender a todas partes, y profundamente conmovido además ante las escenas que diariamente tenía que presenciar, escribió una carta al gobernador Dinwiddie en la cual se leían estas palabras: «Las amargas lágrimas de las mujeres y las súplicas de los hombres me inspiran tan doloroso sentimiento y tan honda aflicción, que yo me sacrificaría gustoso entregándome al enemigo, si esto bastara para evitar tantas desgracias.» Washington no perdonó esfuerzo alguno para remediar el mal en aquellas apuradas circunstancias, y todos reconocieron en él un esclarecido patriota que honraba a su país.

En el mes de mayo de 1756 Inglaterra declaró formalmente la guerra a Francia, y en su consecuencia el general Abercrombie, que había adquirido cierta reputación en el continente, se puso en marcha poco después con algunas fuerzas; pero el conde de Loudon, nuevo comandante en jefe, no llegó hasta fines de julio. Reforzar la guarnición que se dejó en Oswego, era la primera cosa en que debía pensarse, y por lo tanto envióse a dicho punto un destacamento de tropas al mando del teniente coronel Bradstreet, quien consiguió llegar a su destino sin contratiempo, a pesar de que una considerable fuerza de franceses trató de oponerse a su marcha. Los franceses y los indios fueron batidos, y poco después otra partida de tropas de refresco llegó a reforzar las filas de los ingleses, con lo cual se pudo ya preparar con ventaja la defensa. Al reunirse Bradstreet con Abercrombie, diole parte de que el enemigo intentaba apoderarse de Oswego, y en vista de esto despacháronse algunas tropas hacia aquel punto; pero como quiera que estas últimas retardaran su marcha por la morosidad de Lord Loudon y por haberse negado Abercrombie a salir responsable de las medidas que se adoptaran, frustróse el éxito de la expedición, cayendo el fuerte en poder de los franceses, mandados por Montcalm. De este modo mas de 1.000 hombres, 35 piezas de artillería y la flotilla de barcos construidos para la expedición de Niágara quedaron en poder del enemigo, en tanto que las tropas británicas, mandadas por Webb, huían aterradas para refugiarse en Albany.

La victoria que obtuvo el enemigo se debió principalmente a la llegada de un nuevo jefe de quien diremos dos palabras. Luis José, marqués de Montcalm de Saint Veram, había nacido en el castillo de Candiac, cerca de Nismes en 1712, siendo hijo de una familia ilustre, no sólo por su nobleza, sino por sus hechos de armas. Aunque destinado a la carrera militar, recibió tan excelente educación, que siempre tuvo un gusto decidido por la literatura y las ciencias, y a no haber muerto tan pronto, se le hubiera elegido miembro de la Academia francesa. Antes de ser nombrado comandante en jefe de los ejércitos de Francia en la América del Norte, el marqués de Montcalm se había distinguido ya por su bravura en muchos lances de honor. Tal era el jefe que acababa de llegar a Quebec con un refuerzo considerable de tropas, y el cual después de haber conservado con sin igual éxito el honor de las armas francesas, murió gloriosamente, a la vez que el general Wolfe, en el campo de batalla, habiéndose elevado un monumento en memoria de aquellos héroes.

Prescindiendo del feliz resultado que obtuvo Armstrong en su ataque contra el fuerte Kittaning, principal ciudad de los indios en las márgenes de Allegany, puede decirse que pasó toda la estación sin que se adelantase absolutamente nada, pues las enfermedades causaron muchas bajas; las tropas se retiraron a sus cuarteles de invierno, y lo único que consiguió el Gabinete de Londres fue atemorizar a los ciudadanos de Nueva York para que concedieran alojamiento gratis a los oficiales del ejército. A principios del año siguiente, 1757, celebróse un consejo en Boston y se acordó defender las fronteras, enviando al propio tiempo una expedición contra Louisburg, para lo

cual se pidieron 4.000 hombres a Nueva Inglaterra, y 2.000 a Nueva York y Nueva Jersey. La Asamblea de Cuáqueros de Pensilvania votó una suma de 100.000 libras; pero alegando que lo hacía por fuerza, despachó a Franklin a Inglaterra en clase de agente para que expusiera sus quejas. Por su parte Washington hizo en Virginia lo que buenamente pudo para atender a la defensa del país, pero era evidente que en tanto que el fuerte Duquesne estuviese en poder de los franceses, costaría mucho trabajo resguardar la frontera. También en el Sur hubo alguna lucha con los indios, pero no de gran importancia.

A principios del mes de julio, Lord Loudon se embarcó en Nueva York con 6.000 hombres de tropas regulares, habiéndosele agregado en Halifax una flota de once buques al mando del almirante Holborne, que llevaba consigo otros 6.000 soldados. Desgraciadamente esta expedición se retrasó también, pues 17 buques franceses consiguieron entrar en el puerto de Louisbourg, y como esta plaza contaba con una fuerte guarnición, consideróse inútil atacarla, y Loudon se volvió a Nueva York.

En tanto que los ingleses proyectaban apoderarse de la citada plaza, Montcalm, con su energía característica, resolvió dar un golpe de mano, y subiendo por el lago George a la cabeza de 8.000 hombres, sitió el fuerte William Henry, de cuya custodia estaba encargado el coronel Monro con una guarnición de 2.000 hombres. Webb se hallaba en el fuerte Eduardo, a 14 millas de distancia, con 4.000 soldados, por lo cual no era fácil que pudiera auxiliar a su compañero, tanto más cuanto que el ataque fue tan vigoroso, que Monro se vio en la precisión de rendirse, si bien con la condición de que las tropas saliesen con los honores de la guerra, llevando sus bagajes hasta el fuerte Eduardo. A los indios, aliados de Montcalm, no les agradó esta condición, y ansiosos del pillaje y del saqueo, cayeron después sobre las tropas que se retiraban, sin que podamos nosotros decir hasta qué punto se hallaría dispuesto Montcalm a tolerar tan infame traición por parte de los indios, que sacrificaron a su furia centenares de víctimas.

Al hablar de aquella horrorosa escena, dice Israel Putnam: «El fuerte fue destruido, todos los edificios y barracas se redujeron a un montón de ruinas, y el enemigo se llevó los cañones, los pertrechos militares y todos los barcos. El humo del incendio era sofocante, y en medio de las llamas viéronse fragmentos humanos, cabezas y huesos medio consumidos y cadáveres mutilados por el *tomahawk* de los indios. Mas de 1.000 mujeres degolladas yacían por el suelo en horrible confusión, y el sangriento y espantoso espectáculo que se ofrecía a la vista, era demasiado repugnante para que nosotros intentemos describir tan bárbara carnicería.» La rendición del fuerte William Henry causó gran inquietud y alarma en todas las colonias, y acto continuo se dispuso que Massachusetts suministrara 20.000 hombres de milicias, pero Montcalm, satisfecho con su reciente victoria, se retiró al Canadá sin tratar de medirse otra vez con sus enemigos.

De este modo, después de tres campañas y grandes esfuerzos por parte de los colonos, los franceses quedaron aun dueños del campo, conservando en su poder los fuertes de Louisbourg, Crown Point, Ticonderoga[109], Frontenac, Niágara y todos los puestos militares que se extendían hasta el Ohio. Además de esto consiguieron destruir los fuertes de Oswego, y obligando a las Seis Naciones a que permanecieran neutrales, pudieron hacer la guerra ventajosamente en las fronteras. No es de extrañar pues que las colonias estuvieran descontentas y pensaran adoptar medidas más vigorosas para rechazar al enemigo.

Por aquella época, Guillermo Pitt, después Conde de Chatham, fue llamado, más bien por el voto popular que por gusto de Jorge II, para encargarse de los negocios tanto de las colonias como del extranjero. Persuadido de que él era uno de los pocos que podrían salvar el país en aquellas circunstancias, adoptó las enérgicas medidas que requería el caso, eligiendo con la mayor prudencia los agentes encargados de su ejecución. Sus proyectos para la conquista del Canadá comunicaron nueva vida a las colonias, y como se dio orden para pagar los gastos de guerra que éstas hiciesen,

109 Ticonderoga es una corrupción de la palabra iroquesa *Cheonderoga*, que significa *aguas ruidosas*, y que aplicaron los indios a las aguas de las cascadas del Lago Jorge. Los franceses construyeron cerca de aquel, en 1756, un fuerte que se llamó *Fuerte Carrillon*.

reuniéronse al momento considerables fuerzas, que aumentadas con las tropas procedentes de Inglaterra, formaron bien pronto un total de 50.000 hombres, que a las órdenes de Abercrombie, comandante en jefe, debían atacar a la vez a Louisbourg, Ticonderoga y el fuerte Duquesne.

A principios del mes de junio, el almirante Boscawen se presentó delante de la primera de dichas plazas con una flota compuesta de treinta y ocho buques de guerra y un ejército de 1.000 hombres al mando del general Amherst, a cuyas fuerzas solo podía oponer Louisbourg los tres mil soldados de que constaba la guarnición y once buques que se hallaban en el puerto. El mal estado de las fortificaciones no permitía sostener un sitio regular, y así es que al vigoroso ataque de los ingleses, que causó grandes pérdidas al enemigo, viose obligada la guarnición a capitular el día 27 de julio. Al intrépido Wolfe, que mas tarde llevó a cabo tan grandes empresas, se debió el feliz éxito de esta primera campaña, cuyo resultado fue quedar en poder de los ingleses el fuerte Louisbourg con toda su artillería y municiones, San Juan de la Isla con sus dependencias, y poco después Cabo Breton. Los vencedores encontraron en este último punto 221 cañones y 18 morteros con una considerable cantidad de municiones. Los habitantes de Cabo Breton fueron enviados a Francia en buques ingleses, pero la guarnición, incluso los oficiales y los marinos, en número de 6.000 hombres tuvieron que pasar a Inglaterra en calidad de prisioneros. Amherst se embarcó para Boston con sus tropas, y desde aquella ciudad continuó su marcha hacia la frontera.

Algunas semanas antes de la toma de Louisbourg, se embarcó el general Abercrombie con unos 16.000 hombres en William Henry y cruzó luego el lago George para empezar las operaciones contra Ticonderoga, llevando en su compañía a Israel Putnam, famoso después en la Revolución, que mandaba con el grado de Mayor un regimiento de tropas. Cuando hubieron desembarcado, dividiéronse las fuerzas en cuatro columnas, los ingleses en el centro y los provinciales en los flancos, y en este orden dirigiéronse al encuentro de las avanzadas francesas, que, compuestas sólo de un batallón, retrocedieron precipitadamente, destruyendo a su paso las tiendas de campaña. Mientras que Abercrombie continuaba su marcha a través de los bosques, en dirección a Ticonderoga, promovióse una gran confusión en las columnas por haber encontrado éstas las fuerzas que se retiraban huyendo del lago George; pero en aquel momento Lord Howe, a la cabeza de la columna del centro, cayó sobre el enemigo, y sin hacer aprecio de las advertencias de Putnam, que trataba de disuadirle, atacó y dispersó a los franceses, matándoles mucha gente y haciendo ciento cuarenta y ocho prisioneros. En esta escaramuza, el intrépido Howe recibió un balazo en el pecho, que le tendió sin vida en el campo[110]. La guarnición de Ticonderoga constaba de unos 2.000 hombres, pero habiendo sabido que en el fuerte se esperaban refuerzos de un momento a otro, Abercrombie resolvió dar el asalto sin aguardar la artillería, y en su consecuencia dictó las órdenes oportunas a las tropas, que se lanzaron intrépidamente sobre las obras avanzadas, bajo el fuego del enemigo. Por desgracia, en frente de aquellas, a una gran distancia, se habían cortado una infinidad de árboles, cuyas ramas y troncos no sólo entorpecieron la marcha de los sitiadores, sino que les dejó expuestos a un fuego graneado, que hizo grandes destrozos en sus filas. Viendo que no era posible atravesar los parapetos, de nueve pies de altura y que eran mucho mas fuertes de lo que pareció en un principio, Abercrombie abandonó el ataque después de cuatro horas de lucha, retirándose al día siguiente con la mayor precipitación al fuerte William Henry. La conducta de este jefe fue censurada de tal modo, que se le destituyó, disponiéndose que le reemplazase Amherst como comandante en jefe.

Por el pronto, no se volvió a intentar nada contra Ticonderoga, pero la última derrota de los ingleses quedó suficientemente compensada, porque el coronel Bradstreet se embarcó en Oswego con tres mil hombres, y presentándose el 25 de agosto ante el fuerte Frontenac (ahora Kingston), asaltó la plaza, que estaba desprevenida, y se apoderó de ella al primer ataque. En esta acción

110 Entre los oficiales reales no había ninguno tan popular y generalmente admirado como Lord Howe, y su muerte se consideró como una calamidad pública. El célebre Stark, el héroe de Bennington, que le apreciaba y quería mucho, declaró luego que si Howe hubiese vivido, no hubiera podido ser un verdadero *whig* en la revolución, por la mucha influencia que ejercía aquel bravo militar. Massachusetts erigió un monumento a su memoria para demostrar su sentimiento por tan sensible pérdida. Vol. I, pág. 33.

fueron apresados nueve buques, y el fuerte quedó completamente destruido, siendo muy pocas las pérdidas que tuvo Bradstreet, a pesar de que las enfermedades causaron bastante mortandad en las tropas. Terminada la expedición, los soldados construyeron el fuerte Stanwix cerca del pueblo llamado Roma.

La expedición dirigida contra el fuerte Duquesne iba al mando del general Forbes, componiéndose el cuerpo de ejército de siete mil hombres, incluso las tropas de Pensilvania y Virginia y los americanos reales de la Carolina del Sur. La marcha de estas fuerzas se retrasó mucho por no haber hecho aprecio el general Forbes de las advertencias de Washington, quien le aconsejaba avanzar por el camino abierto anteriormente por Braddock, en vez de construir otro desde Raystown a Juniata. La vanguardia a quien se encomendó este trabajo fue sorprendida como la de aquel malogrado general, perdiendo doscientos hombres, y al llegar Forbes el día 8 de noviembre con el resto de las fuerzas, opinó que sería mejor abandonar la empresa, en vista de que el invierno se acercaba rápidamente, que era necesario abrir un camino de cincuenta millas de extensión a través de los bosques y que sus tropas, en fin, desanimadas y abatidas, comenzaban a desertar. Pero por una casualidad providencial, capturáronse algunos prisioneros, y habiéndose sabido que la guarnición francesa se hallaba muy debilitada, reanimáronse los corazones y se resolvió hacer un supremo esfuerzo para apoderarse del fuerte Duquesne antes de recibir este socorro. Dejando, pues, la artillería detrás, avanzaron las tropas a través del bosque, por el cual no podían recorrer sino muy pocas millas al día, y hallándose ya a pocas horas de la plaza (24 de noviembre), supieron que la guarnición, reducida a quinientos hombres, se retiraba hacia el Ohio después de haber pegado fuego a las obras avanzadas. Entonces los ingleses tomaron posesión del fuerte abandonado, y habiendo cambiado su nombre de *Duquesne* por el de *Pitt*, y dejando en él la fuerza necesaria para su custodia, retiróse el resto de las tropas al punto de partida. De este modo las fronteras de Virginia, Maryland y Pensilvania quedaron libres de las excursiones de los indios, y poco después construyóse en la frontera oriental el fuerte Powmall para tenerlos en jaque e impedir su comunicación con el Canadá.

Merced al buen éxito de la campaña de 1758, Pitt encontró al Parlamento dispuesto a secundar sus deseos, respecto a emprender la guerra contra el Canadá, y por su parte las Asambleas coloniales obraron pronta y enérgicamente, pues ya habían reembolsado cerca de un millón de dólares por cuenta de los gastos de la guerra. En su consecuencia, las colonias reunieron veinte mil hombres de tropas que estuvieron dispuestas para el servicio en la primavera en este año, abrigándose fundadas esperanzas de obtener un éxito brillante.

El plan adoptado fue el mismo que Phipps y Warren concibieron en otra ocasión. Amherst debía avanzar por el lago Champlain con doce mil hombres de tropas regulares y provinciales, en tanto que el general Priddeaux marcharía sobre Niágara, después de lo cual, y siendo ya dueños de este último punto, Ticonderoga y Crown Point, ambos jefes, en unión con Wolfe, se dirigirían contra Quebec. El heroico oficial[111] que hemos nombrado últimamente, llegó de Inglaterra en la primavera anterior, presentándose en el San Lorenzo en el mes de junio con un ejército de ocho mil hombres de tropas regulares, formando tres divisiones a las órdenes de Monckton, Townshend y Murray.

La expedición del general Amherst tuvo que retrasar un poco su marcha, y no pudo presentarse ante Ticonderoga hasta fines del mes de junio. Gracias a la superioridad naval de la Gran Bretaña, no consiguieron los franceses reforzar la plaza, y así es que la guarnición no pudo

111 Jaime Wolfe, hijo segundo de un coronel que había servido a las órdenes de Malborough, nació en el vicariato de Westerham, en Kent, el día 2 de enero de 1727. Cuando entró en el ejército, en compañía de su padre, era un muchacho de catorce años, y de tan débil contextura, que hubo que desembarcarle en Portsmouth. Cuando se puso bueno, reunióse otra vez con las tropas y tomó parte en las batallas de Dettingen y Fontenoy, así como también en la acción de La Feldt, donde el mismo duque de Cumberland le dio públicamente gracias en medio del campo de batalla. Su relevante mérito llamó bien pronto la atención de Pitt, quien, prescindiendo de los reglamentos ordinarios, le nombró brigadier general, asociándole con Amherst en la expedición contra Louisbourg. Tenía excelentes cualidades, y a pesar de su carácter enérgico y emprendedor y su sed de gloria, gustábale en extremo la vida doméstica.

resistir el ímpetu de las fuerzas del general inglés, por lo cual Tconderoga y luego Crown Point quedaron abandonadas y en favor de los vencedores. Una serie continuada de tempestades y la falta de buques impidieron al general Amherst llevar a cabo todo su plan de campaña, y en vez de unirse a Wolfe, o de avanzar hacia Montreal, tuvo que retirarse a sus cuarteles de invierno en Crown Point. Las tropas de New-Hampshire, al mando del Mayor Rogers, asaltaron en el mes de octubre el pueblo indio llamado Saint Francis, que destruyeron completamente, resguardando así la frontera de los temibles ataques de aquellos salvajes.

A principios de julio llegó a Niágara el general Priddeaux; pero mientras estaba dirigiendo las operaciones de sitio, murió a consecuencia de haberse reventado un cañón, y el mando de las fuerzas se confirió de nuevo a Sir Guillermo Johnson. Este general, activando vigorosamente el plan de su antecesor, prosiguió el ataque contra Niágara, con tal intrepidez, que bien pronto hizo adelantar a los sitiadores hasta llegar a cien varas del camino cubierto. Entre tanto los franceses, alarmados ante el peligro de perder una plaza que era para ellos la llave de su imperio interior en América, habían reunido un considerable cuerpo de tropas regulares procedentes de las guarniciones de Detroit, Tenango y Psesqu'ile así como también una partida de indios, con cuyas fuerzas resolvieron hacer levantar el sitio si era posible. Pero los franceses fueron completamente derrotados: el fuerte se rindió al día siguiente, y quedaron prisioneros 600 hombres, que se enviaron a Nueva York. Según el plan proyectado, Johnson debía seguir su marcha para operar en el San Lorenzo de consuno con Amherst y Wolfe, pero la falta de buques a propósito y la escasez de provisiones se lo impidieron. Así, pues, Wolfe se quedó completamente solo para emprender el sitio y toma de Quebec.

Este general, según ya hemos dicho antes, llegó el 26 de junio de la isla de Orleans. Quebec, ese Gibraltar de la América, según se le ha llamado, estaba defendido por 2.000 soldados de tropas regulares y algunos miles de milicianos e indios al mando de Montcalm, que haciendo mucho tiempo preveía el ataque, como dice Murray en su *Historia de la América Británica*[112], había tenido tiempo suficiente para atrincherarse y fortificar su posición, si bien es cierto que estaba muy escaso de víveres. El enemigo trató primeramente de destruir la flota inglesa por medio de brulotes, pero consiguióse sujetarlos con arpones, y no causaron ningún daño. Entre tanto el general Monckton fue a ocupar Point Levi, enfrente de Quebec, y desde aquel punto comenzó a bombardear la plaza vigorosamente; pero aunque se destruyeron varias casas, las fortificaciones no sufrieron ningún daño, reconociéndose entonces que no era fácil tomar aquella sin atacar a viva fuerza las trincheras de los franceses. Esto es lo que resolvió llevar a cabo el intrépido Wolfe, y al efecto, el 31 de julio hizo un desembarco; pero ocurrió un grave contratiempo, pues los granaderos se lanzaron con demasiado ímpetu e irreflexión, dando lugar a que Montcalm, fuertemente parapetado entre Quebec y Montmorenci, les hiciera un fuego mortífero, en tanto que los rifles de los indios causaron fatales destrozos obligando a los sitiadores a retroceder con una pérdida de 500 hombres.

Wolfe sintió de tal modo este percance y fue tal su disgusto, que se resintió su salud, viéndose acometido de una fiebre violenta, y en un despacho que dirigió a Mr. Pitt, manifestóle, entre otras cosas, que la flota, su más poderosa arma, no podía obrar contra la muralla de roca que defendía a Quebec, y que sus debilitadas fuerzas tenían que tomar posiciones fortificadas y defendidas por tropas casi tan numerosas como las suyas. Sin embargo, tan pronto como se lo permitió su salud, reunió un consejo de guerra y deseó que los oficiales consultasen entre sí, proponiéndoles al mismo tiempo un segundo ataque a las líneas francesas, aunque evitando los errores que se cometieron la primera vez. Todos opinaron unánimemente que esto era inútil, pero el brigadier general Townshend, segundo jefe, propuso que se intentara un segundo ataque por el otro lado de Quebec, desde donde podrían ocuparse las alturas de Abraham que dominaban la ciudad, sorprendiendo así al enemigo desprevenido por aquella parte. Wolfe aprobó esta medida y dispuso todo lo necesario para realizar el plan, mandando primeramente que se distrajera la atención de Montcalm en su primera posición, lo cual se hizo de tal modo que el enemigo no pudo prever lo que se intentaba. El

112 Vol. I, págs. 175-178.

jefe francés observó sin embargo que se ponían en movimiento algunas tropas en dirección al río, pero contentóse con enviar a De Bougainville, a la cabeza de 1.500 hombres, a Cabo Rojo, posición situada a nueve millas de Quebec.

En la noche del 12 de septiembre embarcáronse las tropas con el mayor silencio y se dirigieron en dos divisiones al punto conocido ahora con el nombre de *Ensenada de Wolfe*, donde había un precipicio tan profundo que aun el mismo general dudó fuera posible escalarlo. Sin embargo, los *Highlanders* (montañeses) de Fraser, agarrándose a los troncos y a las matas que allí crecían, pronto alcanzaron la cúspide, y al poco tiempo consiguióse que subieran todas las tropas y ocuparan en buen orden una extensa plataforma. Asombrado Montcalm ante la inesperada presencia del enemigo en aquel sitio, comprendió al momento que si no se conseguía arrojar a los ingleses de semejante posición, Quebec estaba perdido, y en la esperanza de que no habrían llegado aun todas sus fuerzas lanzóse al ataque con 1.500 hombres de infantería ligera y una partida de indios, que rompieron el fuego emboscándose entre las malezas. Pero los ingleses no quisieron gastar su pólvora en balde; aguardaron a que se acercara el grueso de las tropas, que iba ya avanzando en son de ataque, con el mejor orden, y cuando estuvieron sólo a cuarenta varas de distancia, rompióse el fuego en toda la línea, al que siguió una brillante carga a la bayoneta. La primera descarga fue decisiva: Wolfe y Montcalm cayeron a la vez heridos de muerte, y el fuego llegó a ser horroroso, pero al fin los franceses retrocedieron, y los intrépidos Highlanders acabaron de completar la victoria. Al sentirse Wolfe mortalmente herido exclamó: «¡Sostenedme!, no quiero que me vean caer mis valientes soldados!» Habiéndole conducido a cierta distancia, y como oyese que gritaban: «¡Ya huyen! ¡ya huyen!» preguntó que quién huía, y al decirle que el enemigo, dio aun algunas órdenes con voz tenue, y expiró exclamando: «¡Alabado sea Dios; ahora muero feliz!»

No podemos menos de reproducir aquí las palabras del general Townshend respecto a su heroico amigo[113], cuya pérdida acibaró la alegría que causara tan brillante victoria: «No me avergüenzo al confesaros que mi corazón no participa del contento general ni me embriaga tampoco el triunfo de nuestras armas, pues si es cierto que sólo tengo que llorar la muerte de un amigo como el general Wolfe, la patria en cambio tiene que lamentar la pérdida del más firme sostén de sus honores y gloria. Si el mundo comprendiese cuán cara nos cuesta la toma de Quebec, acaso fuera el sentimiento mayor que la alegría. Nuestro único consuelo es pensar que la Providencia no le destinaba a vivir mucho tiempo, pues su contextura era muy débil, y estaba además resuelto a lanzarse en las batallas y acometer empresas que le hubieran inmortalizado.»[114]

Apenas terminada la batalla, apareció De Bougainville con la retaguardia; pero al saber el éxito de aquella, se retiró apresuradamente. El día 18 obtuvo la plaza una honrosa capitulación, según la cual los franceses serían enviados a su país en vez de quedar prisioneros.

Sin embargo, el Canadá no estaba conquistado aun, y como, a causa del invierno, no creyeron prudente Amherst y Johnson continuar las operaciones, el general Levi, que había reunido en Montreal unos 10.000 hombres, concibió el designio de recuperar a Quebec antes de que la plaza recibiese socorro por tierra o mar. Animado, pues, del deseo de dar un golpe de mano, desembarcó sus tropas el día 27 de abril de 1760, y avanzó hasta las Alturas de Abraham, disponiéndose a sitiar la plaza en regla. El general Murray, encargado de la custodia de Quebec, contaba en un principio con una guarnición de 6.000 hombres, pero habiendo quedado estos reducidos a la mitad a consecuencia de las enfermedades, y conociendo aquel oficial que tan escasas fuerzas no eran suficientes para sostener el sitio, hizo una salida y atacó al enemigo en Sillery el día 28 de abril. A pesar de la intrepidez de sus soldados, que se batieron como leones, Murray sufrió una completa

113 Véase, sin embargo, lo que dice Mr. Bancroft en su relación, vol. IV, pág. 339, donde vitupera severamente al general Townshend por la bajeza con que se condujo durante la batalla.

114 El cadáver de Wolfe fue enviado a Inglaterra, donde se le dio sepultura, erigiendo un monumento a su memoria en la Abadía de Westminster. Un pequeño poste indica el sitio donde cayó, en las llanuras de Abraham, y en la parte más elevada de la ciudad, se levantó luego una pirámide en la que se grabaron los nombres de WOLFE Y MONTCALM, y que estaba destinada a perpetuar la memoria de aquellos héroes y de la batalla en que murieron cubiertos de gloria.

derrota, experimentando grandes pérdidas; mas si en este caso pudo culpársele de haber obrado con harta ligereza, debió dispensársele por la actividad que desplegó luego para poner a Quebec en estado de defensa y por haber conservado la ciudad hasta el 15 de mayo, día en que llegó el almirante Swanton con su flota e hizo levantar el sitio al enemigo.

El ejército francés se reconcentró entonces en Montreal, donde el Marqués de Vaudreuil intentó hacerse fuerte; pero viéndose rodeado por las tropas del general Amherst y por las que llegaron de Quebec y de Niágara, tuvo que capitular el día 8 de septiembre de 1760, habiendo obtenido por condición que no se maltratara a los habitantes, que se les permitiera observar su culto y que se respetara la propiedad de las comunidades religiosas. De este modo quedó en poder de los vencedores la Ciudad de Montreal y todo el Canadá.

«Así terminó, dice Mr. Irving, la lucha entre Francia e Inglaterra que tanto tiempo se habían disputado el predominio, siendo de notar que el primer tiro se disparó en el encuentro que tuvo Washington con De Jumonville. Un diplomático francés (el conde de Vergennes) se consolaba de aquellas derrotas por creer que el triunfo de Inglaterra le sería fatal, puesto que con él perdería el dominio que siempre tuvo sobre sus colonias, las cuales no necesitando ya la protección de la madre patria, *se proclamarían independientes*[115] tan pronto como ésta exigiese que aquellas le ayudaran a sobrellevar su pesada carga. Éste era también el parecer de Montcalm en algunos puntos, y son dignas de citarse sus palabras al hablar sobre esta cuestión, pues creemos no dejaba de ser una persona entendida en la materia: «Las colonias han tenido la fortuna de llegar a una situación floreciente, pues son numerosas y ricas, y contienen en su seno todo cuanto pueda exigirse para las necesidades de la vida. Inglaterra ha cometido la torpeza de permitir que se establezcan allí las artes, la industria y el comercio, lo cual era romper la cadena de necesidades que obligaba a las colonias a depender de la Gran Bretaña; y si no fuera por el temor de que los franceses se presentasen a sus puertas, hace tiempo que aquellas hubieran sacudido el yugo, proclamándose independientes y formando cada provincia una república separada. De todos modos, los colonos preferirían mas bien a sus paisanos que a los extraños, siguiendo, sin embargo, la máxima de no obedecer ciegamente. Una vez conquistado el Canadá, y cuando todas las colonias formen un solo pueblo, si la vieja Inglaterra llegara a perjudicar sus intereses, ¿creéis, amigo mío, que los americanos lo consentirían? Y en el caso de una revolución, ¿qué podrían temer?»

Washington es una parte tan esencial de la historia americana, que no podemos menos de recordar ciertos hechos del momento, que le conciernen. El día 6 de enero de 1759 se casó con Mrs. Marta Custis, y algunos meses después habiéndosele elegido miembro de la Cámara de los Comunes, presentóse en Williamsburg para ocupar su puesto. La Cámara acordó celebrar este suceso honrando a su querido Washington, y apenas hubo éste entrado en el salon, el orador Mr. Robinson pronunció un elocuente discurso en nombre de Virginia, que daba gracias a su distinguido hijo por los servicios que prestara al país. Washington se levantó para contestar, pero quedóse cortado, sin que le fuese posible pronunciar una palabra. «Sentaos, Mr. Washington, dijo Robinson con una agradable sonrisa, vuestra modestia iguala a vuestro valor, y éste excede a todo cuanto pudiera expresar mi lenguaje.»

Grande fue la alegría de las colonias por el feliz éxito de la guerra con Francia, y Nueva York lo demostró más que ninguna otra porque con esto quedaba zanjada la cuestión de sus límites y podía reclamar mas territorio. A causa de la repentina muerte de Delancey, ocurrida en el mes de julio de 1760, fue nombrado teniente gobernador Cadwallader Colden, quien a pesar de tener ya 70 años, continuó otros 16 desempeñando su destino, viéndose con frecuencia encargado de todos los negocios, por las repetidas ausencias de los gobernadores[116]. También Nueva Inglaterra tenía motivos para regocijarse, pues sus fronteras se vieron libres de las temibles incursiones de los

115 *Vida de Washington*, vol. I, pág. 308.

116 Al Dr. Francis debemos el saber que el Dr. Colden fue el primer expositor del sistema Linneano, en el Nuevo Mundo, y el que lo explicó en las orillas del Hudson casi inmediatamente después de haberlo anunciado el ilustre sueco. Colden, además de su *Historia de las Cinco Naciones*, era también el autor de varias obras científicas y literarias.

indios, cuyo poder quedaba completamente destruido, puesto que las tribus hostiles habían sido aniquiladas. A consecuencia de la guerra con los Cherokees, hallábanse aun en continua alarma las fronteras de la Carolina, pues aquella formidable tribu, después de la rendición del fuerte Duquesne, en cuyo hecho de armas tomaron una parte activa, trabaron una lucha formal con los pobladores de Virginia, sin que se pueda saber exactamente cuál fue el origen de aquella.

Según se dice, parece que los Cherokees cogieron algunos caballos que encontraron corriendo por el bosque, pero que pertenecían a ciertos propietarios de Virginia, los cuales, considerando aquello como un robo, mataron a diez o doce de los que juzgaron culpables. Resentidos los indios ante semejante ultraje y excitados por los franceses, creyeron que los colonos querían exterminarlos completamente, y en su consecuencia resolvieron vengarse. El gobernador Littleton no quiso intervenir en el asunto para arreglar la cuestión, y en octubre de 1759 dirigióse al territorio de la citada tribu con 1.500 hombres; pero tuvo que retirarse apresuradamente porque las enfermedades y sobre todo las deserciones, diezmaron las filas de los soldados, dándose con esto por terminada la expedición.

Poco después volvieron los Cherokees a la carga, y entonces se envió un expreso al general Amhers, el cual destacó 1.200 hombres a las órdenes del coronel Montgomery para que fuesen en auxilio de- las Carolinas. Este nuevo jefe se dirigió al territorio de los indios, llegando a tiempo para salvar el fuerte Príncipe Jorge, situado cerca del Savannah, que se hallaba bloqueado por los salvajes, y destruyó a su paso todas las colonias de los indios. Viendo que los Cherokees se enardecían lejos de intimidarse, Montgomery avanzó hasta Etchoe, su capital, cerca de la que habían acampado aquellos para oponerse a la marcha del enemigo (27 de junio). Montgomery tenía que atravesar un profundo valle cubierto de malezas, por medio del que arrastraba sus aguas un río cenagoso, y a fin de proteger este paso, envió al coronel Morrison con una compañía de exploradores; pero estos fueron atacados repentinamente por los indios, que precipitándose desde una emboscada, mataron al jefe y a varios de sus hombres al disparar los primeros tiros. En aquel momento llegó la infantería ligera y se rompió un nutrido fuego por ambas partes; mas los indios se mantuvieron en su posición hasta que, atacados de flanco por los ágiles Highlanders, retrocedieron lentamente para ir a tomar posición en una colina, desde donde observaron los movimientos del enemigo. Suponiendo los indios que Montgomery avanzaría hacia Etchoe, corrieron a dar aviso a sus mujeres e hijos para oponer una resistencia más desesperada; pero el jefe inglés, no creyendo prudente seguir adelante, se retiró a Charleston, disponiéndose a marchar en dirección al Norte con arreglo a las órdenes que recibiera.

Algún tiempo después los Cherokees de las tierras altas sitiaron el fuerte Loudon, que tuvo que rendirse por hallarse la guarnición muy debilitada, y aun cuando se puso por condición que se respetarían las vidas, faltóse a la promesa, pues los indios mataron al capitán Demeré y otros treinta hombres, llevándose a los demás para venderlos como esclavos. Los Cherokees, que habían conseguido reunir hasta tres mil guerreros, continuaron entonces asolando las fronteras, y llegaron a inspirar tal temor, que todos pidieron con la mayor instancia al general Amherst enviase de nuevo las tropas que mandara retirar. Como quiera que ya se había terminado la conquista del Canadá, el general Grant volvió a la Carolina a la cabeza de un regimiento de Highlanders, que reforzado allí con la milicia colonial, avanzó en dirección al punto donde Montgomery fuera rechazado poco tiempo antes (10 dejunio.) Los Cherokees se batieron valerosamente durante algunas horas, pero fueron al fin derrotados por completo, y al ver que el enemigo destruía sus pueblos y almacenes, asolando todos sus campos, viéronse precisados a refugiarse en sus desiertas montañas y a pedir la paz. Esta les fue concedida con la condición de que entregaran cuatro de sus guerreros para fusilarlos delante del ejército, o en su defecto cuatro pieles de cráneo de indio, condición brutal y degradante de que se les dispensó luego por haber solicitado esta gracia del gobernador Bull, uno de los jefes más ancianos.

A pesar del natural regocijo de las colonias a quienes halagaba sobremanera el triunfo obtenido por las armas inglesas en América, no dieron aquellas señales de llevar a mal la

intervención de la madre patria respecto a sus derechos y privilegios, y una prueba de ello fue la cuestión de auxilios. A principios de agosto de 1760, Pownall, gobernador de Massachusetts, había sido reemplazado por Francisco Bernard, quien teniendo la más alta idea de la autoridad de Inglaterra sobre las colonias, hizo los mayores esfuerzos para llevar a cabo los proyectos del ministerio, secundado por Tomás Hutchinson, que fue nombrado teniente gobernador y jefe de justicia con gran descontento de Otis, a quien prometiera algún tiempo antes uno de estos cargos el gobernador Pownall. Precisamente en aquella ocasión, y a consecuencia de haber empezado las colonias a mantener cierto tráfico con las islas de Francia, el Gabinete inglés dictó las órdenes oportunas para que se observasen con rigor las disposiciones relativas al comercio, tan perjudiciales a los intereses mercantiles, y a fin de que no se eludiese la ley, autorizóse a los agentes para que practicaran registros en las casas o lugares sospechosos.

Al tener conocimiento de esta medida, los comerciantes resolvieron oponerse a ella resueltamente, e instaron a Thatcher y a Jaime Otis, hijo del orador, para que defendiesen su causa. El segundo de estos, como abogado del Almirantazgo, no podía buenamente hacerlo; mas arrastrado al fin por su celo patriótico, presentó la dimisión de su cargo y aceptó luego las ofertas de los comerciantes. En el día señalado para la vista, la Cámara del Consejo de la Casa de la Ciudad de Boston se hallaba ocupada por una numerosa concurrencia, compuesta en su mayor parte de oficiales del Gobierno y de los principales habitantes, y el abogado de la Corona abrió la sesión, pronunciando un largo discurso y fundando sus reclamaciones en el principio de que el Parlamento de la Gran Bretaña se debe considerar como supremo legislador del reino. Thatcher, que era uno de los primeros abogados de la ciudad, le contestó ingeniosamente y rebatió sus argumentos extendiéndose en consideraciones puramente legales; pero Otis, a quien tocaba hablar después, no queriendo encerrarse en tan estrechos límites, atacó las disposiciones relativas al comercio, calificándolas de opresoras y hasta inconstitucionales, y se expresó con tal ardor y vehemencia, que entusiasmó al público, haciéndole reflexionar sobre ciertos puntos de la más grave importancia. Al describir esta escena, dice Adams: «Otis se expresaba con fuego, y haciendo un rápido sumario de los sucesos históricos, citando fechas, extendiéndose en observaciones respecto a la legalidad de las autoridades, y profetizando en fin los acontecimientos futuros, destruyó todos los argumentos de sus contrarios con el rápido torrente de su impetuosa elocuencia. Desde este momento comenzaron a germinar las ideas de patriotismo; aquel fue el primer acto de oposición a las medidas arbitrarias de la Gran Bretaña, y allí en fin fue donde nació la Independencia, que a los quince años, es decir, en 1776, se proclamó unánimemente.» Al poco tiempo fue elegido Otis representante de Boston y jefe de la Cámara, y su influencia se dejó sentir en la cuestión que más tarde ocurrió con el Gabinete inglés.

Conquistado el Canadá, las armas británicas se volvieron entonces contra las islas francesas de la India Oriental, y en el mes de noviembre de 1761 embarcóse en Nueva York el general Monckton, a quien se confió el mando de una expedición compuesta de dos buques de línea, cien transportes y 12.000 hombres de tropas regulares y de las colonias, contándose entre los oficiales, Gates y Montgomery, tan célebre después en la guerra de la Revolución. El éxito de la empresa fue completamente satisfactorio, pues todas las islas francesas cayeron en poder de los ingleses; pero como a consecuencia de cierto enlace entre las diferentes ramas de la casa de Borbón, tuvo que contraer España una alianza con Francia para declarar la guerra a la Gran Bretaña, se hizo preciso humillar a este nuevo enemigo, a cuyo efecto organizóse una segunda expedición, que en agosto de 1762 se apoderó de la Habana. Las armas de Inglaterra se vieron entonces triunfantes en todos los puntos, sus cruceros habían limpiado los mares, y el enemigo no tuvo más remedio que consentir en una paz humillante, cuyos preliminares se firmaron en Fontainebleau en noviembre de 1762. Según las condiciones de aquella, toda la América del Norte desde el Mississippí hasta el Atlántico, fue cedida a la Gran Bretaña, y la isla y ciudad de Nueva Orleans a España, con toda la Luisiana y la parte Oeste del Mississippí. A esta última nación se le devolvió también la Habana en vez de la

Florida, que fue en adelante una de las provincias británicas de América. El día 10 de febrero de 1763 se ratificó públicamente la paz de París entre las dos partes contendientes.

En este mismo año, los indios combinaron un vasto plan de ataque e hicieron grandes destrozos en muchos puntos. Los Delawares y los Shawanese, que ocupaban entonces las orillas del Muskingum, y Sciota Miami, provocados por los pobladores del Alleganies e incitados acaso por las artificiosas intrigas de los franceses, emprendieron un ataque simultáneo en el mes de junio en toda la frontera de Pensilvania y Virginia. El célebre Pontiac, hombre de grandes disposiciones, fue el alma de este movimiento, que sirvió sólo para probar cuánta era la influencia de Sir William Johnson, el cual impidió que las Seis Naciones tomasen parte contra los blancos[117]. Los indios mataron y saquearon a los traficantes ingleses, sorprendiendo luego todos los puestos comprendidos entre el Ohio y el lago Erie. Sólo Niágara, Detroit y el fuerte Pitt, resistieron el ataque a pesar del riguroso bloqueo que tuvieron que sufrir, y las tropas que envió el general Amherst en su auxilio no llegaron a su destino sin grandes contratiempos. Esta lucha fue causa de que un cuerpo de colonos escoceses e irlandeses tomasen una sangrienta revancha en el pueblo de Paxton, en Pensilvania, donde atacaron una tribu indefensa y dieron muerte a una porción de hombres, mujeres y niños, persiguiendo sin tregua a los fugitivos y penetrando después en Filadelfia para exterminar a los salvajes que se habían refugiado en aquella ciudad. Costóle mucho trabajo a Franklin reunir alguna milicia para defender a los habitantes de Paxton e impedir aquella sangrienta venganza, y desgraciadamente no fue posible disponer de los medios necesarios para castigar a los asesinos.

El general Gage, nuevo comandante en jefe en América, dispuso una leva de tropas para terminar la guerra con los indios y organizó dos expediciones, que marcharon, una por Pittsburg y la otra por los lagos. Poco después, viéndose los indios vigorosamente atacados, creyeron prudente consentir en la paz.

10.
Inglaterra provoca la contienda (1764-1766)

Progreso de las colonias. Su riqueza y adelantos. La llama de la libertad. Cómo empezó la discordia y causas que la produjeron. Observaciones filosóficas de Mr. Guizot. Política del Gobierno inglés. Autoridad del Parlamento sobre las colonias. Opinión de Mr. Walpole respecto a los impuestos. Plan de Jorge Grenville. Cómo llegó a conocimiento de los americanos. Resolución del Congreso de Massachusetts. Instrucciones a los agentes en Inglaterra. El folleto de Otis. Conducta de las otras colonias. Razones que tuvo Grenville para no acelerar la aprobación de la ley del sello. Opinión de los colonos sobre este punto. Ignorancia de Inglaterra acerca de la situación de América. Pregunta de Townshend. Elocuente contestación del coronel Barré. Aprobación del bill. Carta de Franklin a Thompson. Patricio Henry y la Asamblea de Virginia. Debate violento. El discurso de Henry. Manifestaciones populares en varias colonias. Reunión del Congreso colonial de Nueva York. Sus actos. Motín de Nueva York. Los hijos de la libertad. Cambio del ministerio inglés. Parlamento de 1766. Discurso de Pitt. Discurso de Grenville. Elocuente contestación de Pitt. Franklin en la Cámara de los Comunes. Anulación de la ley del sello. Opiniones de Camden. Aprobación del rey. Alegría general en Inglaterra y su resultado.

La rendición del Canadá y de las tribus indias en el Nordeste, impulsó los adelantos de las colonias del Maine, que aunque las más antiguas de la América del Norte, se hallaban en notable retraso por las continuadas guerras con los indios. Al poco tiempo, nuevos pobladores comenzaron a ocupar el Kennebec inferior, extendiéndose a lo largo de la costa hacia Penobscot, y varios

117 Como los límites de nuestra historia no nos permiten extendernos en detalles, aconsejamos al lector que vea la admirable obra de Mr. Parkman titulada: *Historia de la conspiración de Pontiac y de la Guerra de las tribus norteamericanas contra las colonias inglesas, después de la conquista del Canadá.*

emigrantes procedentes de Nueva Inglaterra llenaron el puesto que dejaran vacante los desterrados de Acadia.

El Connecticut superior empezó a poblarse también con muchas familias procedentes del lago Champlain, y los emigrantes de Pensilvania, Maryland y Virginia, sin hacer aprecio de una real orden que lo prohibía, continuaron ocupando las montañas y las extensas tierras del Monongahela, que las Seis Naciones reclamaban como suyas.

En la Carolina del Sur se hicieron muy buenas proposiciones para inducir a los labradores de Irlanda y Alemania a que poblasen los distritos superiores de aquella provincia.

También Georgia iba aumentando rápidamente su población, pues el gobernador Wright hizo comprender a todos el valor de los trabajos de la agricultura en aquellas fértiles tierras, bañadas por los ríos. En 1763 se publicó en dicha colonia el primer diario, que se titulaba *Gaceta de Georgia*.

La población de Florida experimentó asimismo un notable aumento, y sus recursos comenzaron a desarrollarse durante los diez años siguientes, con mucho más provecho que en todo el tiempo que estuvo bajo el dominio de España.

Varios emigrantes del Canadá se establecieron en Luisiana, que se hallaba aun en poder de los franceses, aunque, según las condiciones del tratado de Fontainebleau, la isla y ciudad de Nueva Orleans y la parte Oeste del Mississippí se habían cedido a España, cuya dominación, digámoslo de paso, no agradaba mucho a los habitantes de la citada colonia. Tanto es así, que en varias ocasiones manifestaron claramente su disgusto, y hasta se resistieron a prestar obediencia, mas esto no dio resultado alguno, porque la transferencia a España tuvo lugar en 1769[118].

En las mas antiguas colonias notábanse también evidentes señales de progreso, puesto que con la riqueza aumentaba el número de habitantes. Mr. Hildreth definió aquella época con el nombre de *la edad de oro de Virginia*, Maryland y la Carolina del Sur, cuya población y productos se acrecentaron como nunca. Norfolk y Baltimore iban tomando el carácter de ciudades comerciales; Filadelfia y Nueva York, únicos puertos de un vasto país, adelantaron rápidamente; y Boston, que había permanecido estacionario por espacio de veinte y cinco años, siguió lo mismo otro tanto tiempo porque en el comercio y en la navegación hacían la competencia otras ciudades que se extendían rápidamente a lo largo de la costa de Nueva Inglaterra. La dureza en las costumbres y la desconfianza de los primitivos tiempos fue desapareciendo poco a poco; la afición a la literatura ya las ciencias comenzó a desarrollarse; los seis colegios coloniales se llenaron de estudiantes, y por los esfuerzos de Shippen y Morgan, ambos naturales de Pensilvania, estableciose en la última colonia una escuela de medicina, primera institución de esta clase en América[119].

Hasta las bellas artes tuvieron sus partidarios: West y Copley, nacidos en el mismo año, comenzaron a despuntar como retratistas, uno en Nueva York y el otro en Boston, pero pronto buscaron ambos en Londres más ancho campo a sus aspiraciones. Mr. Hildreth observa que el estudio de las leyes adquirió también cierta importancia, pues Henry, Otis, Dickinson y otros, se alistaron entre los numerosos adversarios de aquellos que querían intervenir en los derechos y libertades de los colonos, ejerciendo luego una poderosa influencia en las Asambleas coloniales[120].

Nos hemos extendido sobre esta materia, no sólo por el interés que ofrece bajo el punto de vista histórico, sino a causa de su importancia en la presente crisis de los asuntos de América. La energía de las colonias iba- desarrollándose notablemente, y se revelaba con la mayor evidencia su

---

118 Véase la obra de Mr. Gayarré, *Historia de la Louisiana*, vols. II y III. El espíritu patriótico del autor basta para recomendar aquella a nuestros lectores.

119 Es oportuno consignar aquí, usando el lenguaje de Mr. Francis, que «Nueva York es la ciudad que primero organizó una facultad completa de medicina durante nuestras relaciones coloniales con la Gran Bretaña. El Colegio del Rey fue el primer instituto de América que en 1767 confirió el grado de Doctor en medicina.» Véase el interesante informe del Dr. Francis en el aniversario que tuvo lugar en febrero de 1856.

120 En aquella época había en la Carolina del Norte 95.000 habitantes blancos; en Virginia, unos 70.000 y 100.000 negros; Maryland, contaba con 70.000 blancos; se calculan para Pensilvania 280.000; New-Jersey, más de 60.000; Connecticut, 141.000 blancos, 4.500 negros y 930 indios; Massachusetts, 240.000 habitantes, y el Canadá, en fin, 100.000 almas. *Anales*, de Holme, vol. II, pág. 117.

firme resolución de hacer valer sus derechos y mantenerlos a todo trance. La confianza en sí mismos se engendraba poco a poco entre los americanos, y bien pronto se juzgaron bastante competentes y autorizados para resolver por sí solos cualquiera dificultad que pudiera suscitarse en el progreso de su organización social y política.

«En el corazón de aquel pueblo —como dice muy bien Juan Quincy Adams— comenzaba a inflamarse la llama de la *Libertad*: su atrevimiento y osadía en las empresas, su resignación para sufrir toda clase de privaciones y fatigas, la impávida intrepidez con que arrostraba los peligros y su constante adhesión por los principios que siempre rigieran, comunicaron energía y valor al carácter de los primitivos pobladores de todas aquellas colonias. Cierto es que ya habían pasado dos o tres generaciones de hombres, pero no lo es menos que se aumentaban con pasmosa rapidez, por más que aquella tierra misma hubiese sido reciente teatro de una feroz y sangrienta guerra de siete años, entre las dos naciones más poderosas y civilizadas de Europa, que luchaban por la posesión de un continente. En aquella empeñada contienda pronuncióse la victoria en favor de Inglaterra, que conquistó las provincias de Francia, expulsando por completo a su rival del territorio, cuyo dominio pensaba compartir con España, limitándose con el Mississippí. Y no bastándole esto, subyugó las tribus indias que poblaban bosques donde nunca penetraran los europeos, estableció un constante monopolio en el comercio de todas sus colonias, y se hizo dueña en fin de cuanto le rodeaba; pero sin recordar los ejemplos de épocas anteriores, olvidándose de las máximas escritas con la sangre de sus propios hijos, a través de remotos siglos, cometió la imprudencia de intentar poner contribución a las colonias *sin su consentimiento*.»

Esto ocasionó una coalición inevitable, acelerando el momento de la lucha en que iban a defenderse los privilegios y las libertades, motivo suficiente para que los colonos, que no querían que se les impusiera nada por fuerza, se levantasen como un solo hombre para defender lo que para ellos era quizá más caro que la vida. Una rápida ojeada sobre las causas que motivaron la lucha con la madre patria, demostrará la verdad de cuanto acabamos de decir.

Inglaterra había alcanzado, bajo el ministerio Pitt, una preeminencia militar desconocida hasta entonces en su historia, pues sometiendo a sus enemigos, y de triunfo en triunfo, llegó a proclamarse señora de los mares y superior a todos sus competidores. Esto no lo consiguió sin embargo sin hacer pesados gastos, y en medio de la gloria que acababa de adquirir, encontróse con una deuda enorme que la obligaba a crear impuestos difíciles de satisfacer[121]. No es extraño, pues, que terminada la guerra y siguiendo las sugestiones de Pitt, se adoptasen medidas para exigir algún auxilio de las colonias, así como no lo era tampoco que éstas mirasen con prevención cualquier proyecto encaminado a violentar lo que ellos consideraban un derecho indisputable en lo tocante a no facilitar recursos sino por mediación de sus representantes. Los siete años de guerra habían costado a los colonos inmensos sacrificios, pues no sólo perdieron 30.000 hombres durante la lucha, sino que se gastaron diez y seis millones de dólares, de los cuales sólo satisfizo cinco el Parlamento. Massachusetts, Connecticut, Nueva York y Virginia habían contraído una deuda inmensa, y los colonos no podían menos de reconocer cuánto aumentaba su importancia con los resultados de aquella guerra a cuyo buen éxito contribuyeran tan poderosamente. Ya no eran niños débiles y sin experiencia, sino hombres vigorosos y enérgicos, los cuales estaban dispuestos a demostrarlo cuando fuere necesario, con la firme resolución de mantener su derecho y no permitir que nadie absolutamente atacase sus privilegios.

Al hablar sobre este punto, dice Mr. Guizot[122]:

«Es una honrosa distinción para Inglaterra el haber dado a sus colonias desde su infancia el principio seminal de la libertad, pues todas ellas, ya al establecerse, o poco tiempo después, recibieron *Cartas*, concediéndoles los privilegios de la madre patria, y estas *Cartas* no eran papeles inútiles, ni documentos de valor dudoso, puesto que por ellos se establecían y reconocían esas poderosas instituciones que indujeron a los colonos a defender sus libertades y a reprimir el poder

121 La deuda nacional ascendía en aquella época a 140 millones de libras esterlinas.
122 *Ensayo sobre el carácter e influencia de Washington*, págs. 14-24.

dividiéndolo. Por eso se reservaron el derecho de votar los impuestos, el de crear, previa elección, los diversos cuerpos administrativos, el de elegir un jurado para el crimen, y el de reunirse, en fin, para deliberar sobre los asuntos de interés general. Así, la historia de esas colonias no es más que el práctico y activo desarrollo del espíritu de la libertad, extendiéndose bajo la protectora influencia de las leyes y tradiciones del país, y tal, seguramente, fue la historia de la misma Inglaterra…

»Al nacer las colonias inglesas, encontramos en ellas, una junto a otra, tres potencias distintas, con sus libertades, y consagradas por las mismas *Cartas*; estas tres potencias eran la Corona, los propietarios fundadores, ya fuesen compañías o individuos, y la madre patria; la primera reconocida en virtud del principio monárquico, con sus tradiciones derivadas de la Iglesia y del Imperio; la segunda, a quien se había otorgado el territorio en virtud de los principios feudales que conceden la soberanía al propietario del terreno; y la tercera, en fin, en virtud del principio colonial, que en todas épocas y entre todas las naciones, por una relación natural, concede a la madre patria una gran influencia sobre la población que procede de su seno.

»Desde un principio, así en el curso de los sucesos como en la concesión de las *Cartas*, hubo una confusión grande entre estos poderes, que ya se unían o separaban, protegiéndose o declarándose enemigos para favorecer o combatir las franquicias de los colonos, y no hay para qué decir que al verificarse estos cambios no dejaron de alegarse pretextos, citar hechos y presentar pruebas en justificación y apoyo de las pretensiones de cada uno.

»En medio del siglo XVII, cuando se echó por tierra el principio monárquico en Inglaterra en la persona de Carlos I, hubiera podido suponerse por un momento que las colonias se aprovecharían de esta circunstancia para declararse enteramente libres de la dominación; y es cierto que algunas de ellas, tal como Massachusetts, instigada por los severos Puritanos, se mostraron dispuestas, si no a romper enteramente los lazos que les unían a la madre patria, a gobernarse sólo por sí mismas con arreglo a sus propias leyes. Pero el Parlamento, observando el principio colonial y en virtud de los derechos de la Corona, mantuvo con moderación la supremacía de la Gran Bretaña, y más tarde Cromwell, siguiendo la misma política y por un juicioso y firme principio de protección, impidió o reprimió en las colonias, así realistas como puritanas, las aspiraciones a la independencia. Esto fue fácil tarea para Cromwell, pues en aquella época las colonias eran débiles y se hallaban muy divididas. En 1640 no contaba Virginia más que tres ocuatro mil habitantes, y en 1660 apenas llegó su número a treinta mil, en tanto que Maryland sólo contaba con unos doce mil. En estas dos provincias el partido realista tenía mucho ascendiente y se regocijó por la Restauración, mientras que en Massachusetts predominaban las ideas republicanas, hasta el punto de que, cuando el Gobierno local tuvo que proclamar a Carlos II como rey, prohibió al mismo tiempo las reuniones tumultuosas, los festejos públicos, y hasta que se bebiera a la salud del monarca. En aquella época, pues, no existía ni la unidad moral ni la fuerza física suficiente para fundar un Estado.

»Después de 1668, cuando Inglaterra tuvo al fin un Gobierno libre, las colonias no experimentaron por esto grandes ventajas, porque las *Cartas* que Carlos y Jacobo II les recogieron en un principio, no les fueron devueltas sino después de introducir en ellas grandes modificaciones, lo cual fue causa de que continuase reinando la misma confusión, reproduciéndose la lucha entre los diversos poderes. La mayor parte de los gobernadores que llegaron de Europa, revestidos temporalmente con las prerrogativas de la monarquía, hicieron uso de ellas con más arrogancia que fuerza, siendo así que sólo se trataba de una administración, por lo general, inconsistente, vacilante y que se distinguía con frecuencia por su afán de posponer los intereses del público a mezquinos intereses particulares. Así pues, las colonias no sólo tuvieron que depender de la Corona, sino también de la madre patria, de modo que su real soberano no era únicamente el rey, sino el pueblo de la Gran Bretaña representado por un Parlamento que trataba a las colonias y usaba con ellas el mismo lenguaje que aquellos reyes usaron con el Parlamento mismo. Un Senado aristocrático es el amo más intratable que se puede encontrar, pues cada miembro posee el poder supremo, y ninguno es responsable por el uso que hace de él.

»Entre tanto las colonias aumentaban rápidamente en población, en riqueza y en preponderancia, y en vez de ser unas cuantas oscuras comarcas que se ocupaban sólo de sus asuntos particulares, contando apenas con elementos de existencia, íbase formando un pueblo cuya agricultura, comercio, carácter emprendedor y posición respecto a otros Estados, le hacía acreedor a ocupar un puesto de importancia. La madre patria no se hallaba en estado de gobernar bien a las colonias, ni tuvo tampoco la mala voluntad de oprimirlas demasiado, limitándose tan solo a molestarlas sin impedir su progreso.»

Con arreglo a la política observada por el ministerio inglés, se propuso mantener en América un cuerpo de ejército de 10.000 hombres, como garantía de paz y para atender a la defensa de las colonias, si bien es probable que al adoptar esta medida se reflexionara lo importante que era tener allí semejante fuerza, para sostener la autoridad de la Corona. Tan pronto como se aseguró la paz, los sucesores de Mr. Pitt en el Gabinete, según lo propuesto por la Junta de Comercio algunos años antes, resolvieron ensayar un sistema de impuestos que decretaría el Parlamento, el cual seguramente ejercía autoridad sobre las colonias, pero sin que se supiera con exactitud hasta qué punto alcanzaba aquella, toda vez que los colonos ni habían aceptado voluntariamente la intervención del Parlamento en las *cuestiones de comercio*, ni les agradaba tampoco que la legislación y la autoridad de aquel se extendiera a otros diversos ramos y asuntos.

El Parlamento había organizado el comercio colonial del modo más conveniente para que la madre patria se beneficiase sola durante mucho tiempo, y al efecto tuvo buen cuidado de nombrar los empleados de aduanas, creando al mismo tiempo tribunales del Almirantazgo, que si bien encontraron siempre una resistencia sistemática, revestían al Parlamento de cierta autoridad legal para intervenir en los asuntos comerciales. Pero debe observarse que aquel no procedió nunca a imponer contribuciones, pues no deben reputarse como tales los derechos que se fijaron para la correspondencia y otras pequeñeces por el estilo; y como quiera que se considere la cuestión respecto a los planes del Parlamento, es lo cierto que nunca había intentado adoptar aquella medida. Cuando el ministerio inglés pensó hacerlo, cambiando de política, puede decirse que ya empezaban a germinar entre los colonos las ideas de libertad.

Al hacerse indicaciones al astuto ministro Sir Roberto Walpole para que impusiera una contribución directa a las colonias, según ya hemos manifestado en otro capítulo, aquel gran político rehusó adoptar semejante medida, diciendo: «Dejaré ese trabajo para aquel de mis sucesores que tenga más valor que yo y menos consideración por los intereses comerciales de Inglaterra, porque es mi parecer, que si favoreciendo el comercio de las colonias con los demás países, ganan 500.000 libras, al cabo de dos años, más de la mitad de esa suma ingresará en las cajas reales por los grandes pedidos que se harían a nuestras fábricas inglesas. Este modo de imponerles contribuciones me parece más conveniente y más conforme con sus leyes y especial constitución.» He aquí lo que pensaba Walpole, pero sus sucesores no eran tan sagaces políticos como él y se aventuraron a intentar lo que él no quiso hacer nunca, esto es, a imponer una contribución a las colonias[123].

---

123 La medida adoptada respecto a imponer una contribución a los americanos, pareció tanto más justa y conducente cuanto que en Inglaterra se tuvo conocimiento del lujo y comodidad con que vivían. Dijose que los colonos estaban hechos unos príncipes, en tanto que los ingleses trabajaban mucho para pasarlo en la medianía. Los oficiales llegados últimamente a la Gran Bretaña, dijeron que los americanos eran ricos y poderosos; pero acaso esta opinión fuera hija de las observaciones que hicieron en varias ciudades durante la guerra, para lo cual fue necesario invertir grandes sumas a fin de sostener dos ejércitos. Además el comercio florecía entonces por los muchos pedidos de productos americanos que se hicieron en aquella época, y a esto debe añadirse, que los habitantes, naturalmente generosos y hospitalarios, gastaban más de lo regular por obsequiar a los extranjeros que iban a visitarles. Cuando se concluyó la guerra y no hubo ya que temer peligro alguno, puesto que el Canadá y los demás territorios que se extienden hasta el Mississippi se acababan de ceder a la Gran Bretaña, creyeron los colonos que todo cuanto hiciesen era poco para obsequiar a los que contribuyeran a la victoria, y ya para agasajarlos, o bien para satisfacer su amor propio, hicieron más ostentación de la que podían, pidiendo prestada a sus vecinos rica vajilla y otros objetos de lujo. La mucha variedad de manjares y licores les facilitaba presentar una mesa elegante y espléndidamente servida con muy poco gasto.—*Historia de la Revolución Americana*, por Gordon, vol. I, pág. 157.

Se supone que Jorge Grenville, que fue quien concibió el proyecto de crear un impuesto con los sellos, dudó mucho acerca de si habría o no derecho para imponer una contribución a las colonias sin intervención de sus representantes; pero, como dice muy bien Mr. Bancroft[124], a Grenville le gustaba estar en el poder y gozar del favor del Parlamento, y viendo con una especie de terror cuán inmensa era la deuda de Inglaterra, insistió en que las colonias debían contribuir a sobrellevar la carga. Sin acordarse de las sabias observaciones de Walpole, presentó al Parlamento una proposición que tenía por objeto obligar a los colonos a satisfacer un impuesto por medio de los sellos con que deberían legalizarse los *bills*, recibos, pagarés, pólizas de seguridad, documentos de varios géneros, etc. Dicha proposición se entregó más bien para que se tuviera conocimiento de ella, que no para que se tomase en consideración.

Al año siguiente, Grenville, entonces primer ministro, propuso varias medidas encaminadas a desarrollar su plan[125], y resolvió entre otras cosas, fijar derechos sobre los artículos que se importaban a las colonias, tales como el azúcar, el añil, el café, etc., declarando terminante que el objeto principal era imponer una contribución para sufragar los gastos que ocasionaba la defensa y protección de los dominios de S. M. en América. Estas resoluciones se aprobaron por la Cámara sin gran debate y sin darlas mucha importancia, opinándose por unanimidad que el Parlamento tenía derecho para imponer una contribución a las colonias. Entre los proyectos presentados por Grenville estaba el relativo a los sellos, pero el ministro manifestó a la Cámara que deseaba no se llevara a efecto hasta la próxima sesión del Parlamento, pues podía suceder que no se obedeciese la ley si no se adoptaban medidas extraordinarias para llevarla a ejecución, disponiendo al mismo tiempo que se autorizase a los tribunales del Almirantazgo para castigar a los que no obedecieran. Los jueces de estos tribunales dependían solamente del rey, y sentenciaban las causas sin la intervención de un jurado.

Los agentes coloniales que estaban en Londres enviaron copias de los proyectos que iban a ponerse en ejecución a sus respectivas colonias, y apenas se tuvo conocimiento de ellos en América, consideráronse como el principio de un sistema de opresión que si no se combatía vigorosamente, privaría a los colonos de sus libertades como súbditos británicos. El Congreso general de Massachusetts se reunió en el mes de junio, y tomando en consideración la nueva ley, declaró: «Que sólo la Cámara de representantes tenía derecho para disponer de los fondos de aquella provincia y administrarlos, y que el imponer contribuciones a un pueblo que no está representado en el Parlamento, es una cosa de todo punto incompatible con sus derechos.» El eminente patriota Samuel Adams expuso el siguiente argumento: «Si nuestro comercio ha de pagar una contribución, ¿por qué no se fija otra sobre nuestras tierras y sobre los objetos de nuestro uso o los que poseemos? Es evidente que esto anula los derechos que nos confieren nuestras Cartas para gobernarnos nosotros mismos; atacando al mismo tiempo los privilegios de que gozamos en común con nuestros compañeros los hijos de la Gran Bretaña. Si se nos imponen contribuciones sin que tengamos una representación legal donde se decreten, nos veremos reducidos a la triste condición de esclavos en vez de ser ciudadanos libres.» La Cámara escribió luego una carta muy enérgica a Mr. Mauduit, agente de la colonia en Inglaterra, remitiendo al propio tiempo una copia del folleto escrito últimamente por Otis, bajo el título de *Defensa de los derechos de las Colonias británicas*, en el cual se demostraba con argumentos irrecusables y atrevidos conceptos, que la cuestión que se debatía era de la mayor importancia para las colonias. Otis, sin embargo, lejos de declararse enemigo del Parlamento, proclamaba la supremacía de sus actos, reconociendo culpables de alta traición a los que se opusiesen a ellos. Los colonos no estaban aun dispuestos a oponer una resistencia armada a las órdenes del Parlamento, pero tampoco querían someterse servilmente a una injusticia.

Hacia fines del año, redactáronse en Massachusetts y Connecticut varias exposiciones para elevarlas al Parlamento; pero gracias a la influencia de Hutchinson, adoptóse un lenguaje muy

124 *Historia de los Estados Unidos*, por Bancroft, v. v, pág. 156.
125 Id., pág. 186.

comedido, al contrario de Nueva York y Rhode-Island, que remitieron otras bastante enérgicas. En la Cámara de los Comunes de Virginia, un comité compuesto de Ricardo Enrique Lee y otros hombres eminentes de la aristocracia, redactó una petición al rey, un memorial a la Cámara de los Lores y una manifestación a la de los Comunes, pero el estilo era por demás moderado, y no se habló sino ligeramente de los perjuicios que podían seguirse por la medida que se pensaba adoptar.

Grenville tenía sus razones para no apresurarse en establecer el impuesto del sello, pues esperaba que persuadiéndose las colonias de que era preciso pagar la contribución de un modo u otro, y no agradándoles acaso el medio adoptado, propondrían alguna otra manera de hacerlo sin que fuese ya necesario provocar una cuestión. «Si les ocurre otro modo de satisfacer el impuesto, que les convenga más, decía Grenville, y hacen proposiciones que equivalgan a las mías, yo las tomaré en consideración; pero debo advertir que estoy resuelto a que esto se haga, y si se trata de presentar objeciones para que los americanos no paguen el impuesto decretado por el Parlamento, será inútil toda discusión.» Muchas personas en Inglaterra, dice Mr. Botta, y acaso también los agentes coloniales, atribuyeron la conducta del ministro a su moderación, pero allende el Atlántico se pensó de un modo muy distinto, y todos opinaron que el ministro tenía un interés particular en obrar así, puesto que no era probable que consintiera la rebaja de un solo penique de la suma que deseaba obtener, y que por lo tanto su complacencia era solamente la de un cumplido ladrón. Sabíase además que no se satisfaría con menos de 300.000 libras esterlinas al año, cantidad que se consideraba necesaria para sostener el ejército encargado de la defensa de las colonias. Ninguno de los agentes que había en Inglaterra podía por sí solo acceder a las exigencias del ministro, y sólo dos expusieron que estaban autorizados para declarar que sus provincias pagarían proporcionalmente el impuesto de los sellos, cuando estos se establecieran, con arreglo a la antigua costumbre.

No habiéndose hecho pues a Grenville ninguna proposición que le pareciese aceptable, resolvió llevar a cabo su proyecto. Entre tanto, la fermentación en América iba siendo más violenta, no sólo entre los ciudadanos, sino también entre los miembros de las corporaciones públicas y privadas, y era un parecer general que el Parlamento no tenía derecho alguno a imponer contribuciones a las colonias. En todas partes se formaron clubs y círculos políticos, siendo el mismo el tema de la conversación general. El afecto y respeto de los americanos hacia la Gran Bretaña, disminuía por momentos, mostrándose cada vez más persistente el espíritu de oposición, tanto más cuanto que algunos de los verdaderos patriotas de Inglaterra censuraron la injusticia que se cometía al imponer una contribución, sólo con el objeto de mantener en América un ejército permanente. Las murmuraciones a que dio lugar la política inglesa, tomaban un carácter alarmante, que debió llamar la atención del ministro; pero éste, sin hacer aprecio de nada, siguió adelante con su plan. Los memoriales, las solicitudes y las peticiones de los americanos fueron rechazadas, y al reunirse el Parlamento en 1765, se sometió a su aprobación el *bill* decretando el impuesto del sello.

No es difícil imaginarse la especie de discusión que tuvo luego lugar. Muy pocos eran los miembros de la Cámara que se ocupaban de los asuntos de América, ni que pensasen en ella, sino para recordar que era una nueva fuente que serviría para aumentar los recursos del erario, y si no fuera un hecho perfectamente reconocido, parecería imposible que se ignorara hasta tal punto cuál era la situación e importancia de las colonias y con qué fuerza contaban para sostener sus derechos. Mientras los unos alegaban que el impuesto y la representación eran dos cosas inseparables, y que el crear aquella contribución era una medida tan impolítica como injusta, puesto que los americanos no se someterían a ella, los ministeriales decían que las colonias estaban virtualmente tan bien representadas por los actuales miembros, como los ingleses; que el derecho de imponer contribución a las colonias nacía de la responsabilidad y gastos que pudiera ocasionar su defensa, y que los colonos en fin debían depender enteramente de Inglaterra o separarse de ella por completo. Por último, después de enumerar pomposamente las ventajas que podrían resultar de las relaciones entre América y la Gran Bretaña, y dejando a un lado las restricciones impuestas a su comercio, Mr. Carlos Townshend, uno de los ministros, formuló la siguiente pregunta: «¿Y será posible ahora que

esos americanos, niños a quienes dimos el ser, alimentados por muestra indulgencia y protegidos por muestras armas hasta que fueron fuertes y opulentos, se nieguen en este momento a contribuir con su ayuda para sobrellevar nuestra pesada carga?»

Al oír esto el coronel Isaac Barré, uno de los pocos que habían hablado y que sabía apreciar a los americanos en su justo valor, se levantó para responder a la pregunta, y sus palabras fueron escuchadas con el mayor silencio. He aquí lo que dijo refiriéndose a la interpelación de Townshend:

«*¡Decís que les habéis dado el ser!* Mas yo no lo creo así; vuestra opresión fue la que obligó a esos hombres a refugiarse en América, huyendo de la tiranía; y una vez allí, en medio de un país inculto e inhospitalario, donde no sólo tenían que sufrir todas las fatigas y privaciones imaginables, sino luchar también con una horda de salvajes, la más terrible, me atreveré a decir, de cuantas puedan encontrarse sobre la faz de la tierra, esos hombres, digo, se mostraron resignados y llevaron con paciencia sus penalidades, que no eran muchas en comparación de las que les ocasionaban en su país aquellos que debieron ser siempre sus amigos.

»*¡Que les habéis alimentado por vuestra indulgencia!* Decid más bien que han crecido por vuestro abandono, pues tan pronto como empezasteis a ocuparos de ellos, fue sólo para enviarles personas que los reglamentasen a vuestro antojo, personas que eran acaso agentes de algunos de los miembros de esta Cámara, encargados de coartar sus libertades y vigilar sus actos. El proceder de esas personas ha sido causa de que en varias ocasiones se vertiera la sangre de aquellos hijos de la libertad, y según tengo entendido, los puestos más elevados de la magistratura se hallaban a veces ocupados por hombres que se alegraban de estar en un país extraño para no tener que presentarse ante los jueces de un tribunal de justicia!

»No digáis tampoco *que les habéis protegido con vuestras armas*. Esos hijos de la libertad, las tomaron noblemente en defensa vuestra, luchando con valor para proteger un país cuya frontera estaba cubierta de sangre, mientras su constante industria os producía no pocos beneficios. Y creedme, ya recordareis que os lo dije también días pasados, el mismo espíritu de libertad que animaba antes a esa gente, les animará todavía…

»Pero al llegar a este punto, la prudencia me aconseja no continuar. Dios sabe, sin embargo, que no hablo ahora obedeciendo a mis opiniones políticas, y que lo que digo en este momento es la genuina expresión de lo que siente mi alma. Por más que reconozca la superior inteligencia de esta respetable Cámara, me precio no obstante de saber más de América que muchos de los que se hallan aquí y han estado en aquel país. Yo creo que aquel pueblo es tan leal como puedan serlo los súbditos del rey, pero siempre se mostró celoso de sus libertades, porque, ¿quién se las devolvería si una vez se las quitasen? Pero este asunto es muy delicado y no diré por ahora más.»

La elocuencia de Barré produjo su efecto, pero fue sólo momentáneo, pues el *bill* se aprobó por doscientos cuarenta y nueve votos contra uno o dos, sin que hubiese la menor oposición por parte de los Lores, y el 22 de marzo fue sancionado por la Corona y se proclamó ley el impuesto de los sellos[126].

Un americano que estaba en la galería escuchando el discurso de Barré, escribió sus palabras y las envió inmediatamente al otro lado del Atlántico, donde al poco tiempo las repetían los americanos, y el nombre de *Hijos de la Libertad* fortaleció los corazones de todos, comunicándoles energía para defender sus derechos. La misma noche en que se aprobó el *bill*, escribió Franklin a su amigo Carlos Thompson, después secretario del Congreso, y en uno de los párrafos de su carta decía: «El sol de la libertad se ha puesto; los americanos tendrán que encender en adelante las lámparas de su industria y de su economía.» A lo cual contestó Thompson poco después: «Lo que nosotros encenderemos no serán lámparas, sino antorchas; estad tranquilo sobre este punto»; significativa alusión a lo que sucedería indudablemente si se llevaba a cabo la imprudente medida adoptada por el ministerio inglés.

126 Véase el Apéndice 2° al fin del presente capítulo.

En una de las actas del Parlamento había además una cláusula, según la que se autorizaba al ministerio para enviar a América todas las tropas que juzgase necesarias, siendo obligación de las colonias donde aquellas residieran, suministrar alojamiento, carbón, bebida, jabón y luz.

En el mes de mayo, hallándose en sesión la Asamblea de Virginia, recibiéronse las últimas noticias de Inglaterra, precisamente cuando la excitación del pueblo iba siendo cada vez mayor, pues la medida adoptada por el ministro de no ocupar sino a los americanos en la recaudación del impuesto, no le satisfacía de ningún modo. Aunque la aristocracia vacilara en semejante caso, en que se jugaban los más grandes intereses, la masa del pueblo buscó un campeón que defendiese sus derechos, y lo halló en Patricio Henry, quien ya se había distinguido en Virginia en 1763, donde, declarándose en contra de la ley, y a pesar de que la razón y la justicia estaba por parte de los reclamantes (el clero de las colonias), consiguió, sólo por la fuerza de su elocuencia, que el jurado y el tribunal se pronunciasen en favor de los que él defendía[127]. Elegido miembro de la Asamblea, Henry, viendo que todos vacilaban, presentó el siguiente proyecto de contestación al Parlamento:

«*Considerando* que los primeros aventureros, pobladores de la colonia de S. M. y dominio de Virginia, trajeron consigo y trasmitieron a su posteridad y demás súbditos habitantes de este territorio, todos los privilegios, franquicias e inmunidades de que siempre gozó el pueblo de la Gran Bretaña:

»*Considerando* que por dos Cartas reales, otorgadas por el rey Jacobo I, se concedía a dichos colonos las mismas libertades, privilegios e inmunidades de que gozan los que nacen en el reino de Inglaterra:

»*Considerando* que el derecho de imponer contribuciones corresponde al pueblo mismo o a sus representantes, que son los únicos que pueden saber qué clase de impuestos deben crearse y la manera de hacerlo, siendo éste el carácter distintivo de la libertad Británica, sin la cual no puede subsistir la antigua Constitución:

»*Considerando* que los súbditos de S. M. habitantes de esta antigua colonia, han disfrutado siempre del privilegio de ser gobernados por su propia Asamblea, sobre todo en lo concerniente a la creación de impuestos y a su política interior, sin que hasta ahora se les haya despojado de este derecho, puesto que siempre se ha reconocido por el rey y el pueblo de la Gran Bretaña;

»*Resolvemos* y *declaramos*, que la Asamblea general de esta colonia es la única que está autorizada y tiene derecho para imponer contribuciones o crear impuestos entre sus habitantes, siendo evidente que el transferir semejante autorización a otra persona o personas es atentatorio y tiende a destruir, así la libertad Británica como la Americana.»

Leído este documento, siguióse un violento debate que duró algunas horas, hasta que al fin, resentido Henry por algunas imputaciones que le hicieron ciertos miembros de la oposición, se levantó exclamando: «César tuvo su Bruto, Carlos I su Cromwell, y Jorge III...»

«¡Traición!» gritó uno de los oradores. «¡Traición! ¡traición!» repitieron los ecos de la Cámara. Al oír esto, levantóse Henry con aire altivo, y fijando sobre su interlocutor una mirada de fuego, acabó su frase diciendo: «y Jorge III puede aprovechar esos ejemplos. Si esto es traición, caballero, tomadlo como queráis.»[128]

Los Considerandos de Henry fueron desestimados por la mayoría; mas, a pesar de esto, al día siguiente se circularon por las colonias, sirviendo para fortalecer la opinión popular. La firme y enérgica actitud de Virginia comunicó valor a los corazones de los verdaderos patriotas.

Antes de que en Massachusetts se tuviese conocimiento de lo que habían hecho los colonos de Virginia, el Congreso general nombró un Comité de nueve individuos para que propusiese las medidas que debían tomarse en aquel caso. Dicho Comité acordó en 6 de junio que se reuniese un Congreso en Nueva York el primer martes del mes de octubre, a fin de tratar sobre los asuntos de las colonias y redactar una humilde exposición a S. M. y al Parlamento pidiendo algún apoyo. El

127 Véase la *Vida de Patricio Henry*, por Wirt, págs. 37-49.
128 *Vida de Patricio Henry*, por Wirt, pág. 38.

gobernador Bernard juzgó que sería ésta la medida más oportuna, y Jaime Otis con Ruggles y Partridge fueron elegidos para representar a Massachusetts en el Congreso.

Poco después de esto, estalló un motín popular que demostró cuán violento empezaba a ser el espíritu de oposición. Había en Boston un elevado olmo, bajo el cual acostumbraban a reunirse los que se declararon enemigos del impuesto de los sellos, cuyo árbol llegó a ser pronto famoso, bajo el nombre de árbol de la libertad. En la mañana del 14 de agosto se colgaron dos efigies de las ramas de aquel olmo, una figurando a Oliverio, secretario de las colonias, encargado de distribuir los sellos, y la otra, que era un monigote con cuernos, representando al conde de Bute, primer ministro. Muchas personas, así de la ciudad como del campo, fueron a ver aquello, y comprendiendo la burla, cortaron luego las efigies y las llevaron en procesión gritando: «¡libertad y propiedad para siempre; abajo los sellos!» Después de esto, el populacho derribó un edificio construido recientemente por Mr. Oliverio. y enseguida fueron a su casa, y delante de ella cortaron la cabeza a su efigie, rompiendo de paso todas las ventanas.

Once días después se repitieron otras escenas semejantes, pues la multitud asaltó la casa de Mr. Guillermo Story, miembro del tribunal del Almirantazgo, rompió todos los cristales, y penetrando en las habitaciones, destruyó los libros de la oficina y la mayor parte de los muebles. No contentos con esto, dirigiéronse después a la casa de Benjamín Hallowel, administrador de las aduanas, y cometieron los mismos excesos, bebiéndose los licores que tenía en su casa y tirando los que no quisieron. Últimamente, para coronar la fiesta, presentáronse luego ante la habitación de Mr. Hutchinson, que demolieron por completo, llevándose la vajilla y los muebles, no sin destruir antes una porción de manuscritos y otros documentos útiles y curiosos que el propietario había tardado treinta años en reunir, y lo cual era para él una pérdida irreparable. Cogiéronse cinco o seis de los alborotadores para juzgarlos criminalmente; pero, bien porque se escapasen de la cárcel o por otra causa cualquiera, ello es que no se les castigó.

Estos atropellos excitaron, como era natural, la indignación de la gente sensata, y habiéndose reunido los principales habitantes de Boston, a fin de que se propusiera un medio para poner coto a semejantes excesos, resolvióse organizar una guardia cívica para impedirlos en lo sucesivo. A pesar de esto, y aun cuando se conocía muy bien a los revoltosos, no se les castigó nunca, lo cual prueba que la mayoría de los habitantes, si bien no estaban dispuestos a cometer tales atropellos, no sentían que otros los hubieran llevado a cabo.

En otras colonias ocurrieron escenas semejantes: el día 24 de agosto se publicó en Providence una Gaceta extraordinaria, titulada: *Vox Populi, Vox Dei*; pusiéronse de manifiesto efigies y luego se quemaron. Tres días después el pueblo de Newport paseó otras dos en un carro con una soga al cuello, y después de colgarlas cerca de la casa de la ciudad, las quemó en medio de las aclamaciones de una multitud inmensa. El día último de octubre, la gente que venía del campo se acercó a Portsmouth, New-Hampshire, en la creencia de que se iban a distribuir los sellos, pero al saber que no se pensaba en tal cosa, retiráronse pacíficamente. Todas las campanas de Portsmouth, Newcastle y Greenland tocaron a vuelo para anunciar la muerte de la Libertad; durante el día repartiéronse esquelas de entierro, construyóse un ataúd con un rótulo que decía: *LA LIBERTAD, A Los CIENTO CUARENTA Y CINCO AÑOS*, y se organizó una procesión, que partiendo de la Casa de la Ciudad, seguida de una banda de 200 tambores con las cajas a la funerala, se dirigió al cementerio. Una vez allí, pronuncióse una oracion fúnebre en honor de la difunta; pero terminada aquella, y como se notase que el cuerpo daba aun señales de vida, sacáronle de la caja y se varió la inscripción con esta otra: *RESURRECCIÓN DE LA LIBERTAD*, después de lo cual tocaron las campanas alegremente y reapareció el júbilo en todos los semblantes.

En el mes de agosto se expuso en Connecticut y luego se quemó, la efigie de Mr. Ingersoll, nombrado distribuidor de los sellos, y a tal punto llegó el resentimiento contra dicho funcionario, que éste juzgó prudente presentar la dimisión de su cargo.

En medio de esta creciente agitación, reuniéronse en Nueva York el día 7 de octubre los comités de nueve colonias, habiendo manifestado las demás, que aun cuando no enviaran

representantes, se podía contar con su apoyo y cooperación. Timoteo Ruggles fue nombrado Presidente del Congreso, contándose entre los miembros de aquel a Otis, Johnson, Dickinson, Gadsden y otros, que se distinguieron más tarde en la historia de la Revolución.

Al cabo de tres semanas, dice Mr. Hildreth, acordóse redactar un manifiesto donde se expuso cuáles eran los privilegios de los colonos desde su establecimiento en América, especificándose muy en particular que no había derecho alguno para imponerles contribuciones sin su consentimiento. Añadíase además que como la distancia y las circunstancias locales hacían imposible tener en el Parlamento Británico representantes, éstos no podían ser otros más que las diversas legislaturas de las colonias, con lo cual se dio una terminante negativa a la proposición que hicieron en Inglaterra Pownall y otros, para que América tuviese su representación en el Parlamento Británico. Después de esto, redactóse también una solicitud para el rey y dos exposiciones para cada una de las Cámaras, en las que se hizo una elocuente defensa de las colonias. Ruggles rehusó firmar aquellos documentos, alegando que debían aprobarse antes por las diversas Asambleas para enviarlos luego a Inglaterra como sus actas; Ogden, uno de los representantes de Nueva Jersey, se negó también por la misma razón, y los delegados de Nueva York, así como los de Connecticut y la Carolina del Sur, no firmaron tampoco, por no creerse suficientemente autorizados para ello, sin dar antes cuenta a sus respectivas Asambleas.

Por fin, a principios de noviembre, remitiéronse a Inglaterra la solicitud y las exposiciones, firmadas por otros delegados, y todas las Asambleas de las colonias aprobaron luego la medida adoptada. La conducta de Ruggles se censuró severamente en Massachusetts por haberse negado a dar su firma, y en Nueva Jersey se quemó la efigie de Ogden.

El día1 de noviembre era el día fijado para que comenzase a regir el Decreto del sello, pero no hubo señales de que la medida se llevase a efecto, pues muy al contrario, el distribuidor de Nueva York presentó la dimisión de su destino, y algunos grupos recorrieron las calles con un gran rótulo que decía: «¡La locura de Inglaterra y la ruina de América!» El teniente gobernador Colden tomó las mayores precauciones para hacer que se respetase la nueva ley, pero muchos de los habitantes de la ciudad, resentidos de su conducta y disgustados sobre todo con su política, reuniéronse en la tarde de dicho día, asaltaron la casa de aquel funcionario, lleváronse su coche, que pasearon por las principales calles, y por último dirigiéronse a un sitio donde se acababa de levantar una horca, y en ella colgaron la efigie de Colden, que tenía en una mano un pliego de papel sellado y en la otra un monigote que figuraba un diablillo. Después de esto, descolgaron la efigie, lleváronla en procesión, suspendida siempre de la horca, hasta la puerta del fuerte, y una vez allí, encendieron una hoguera bajo la misma boca de los cañones, y la quemaron juntamente con el coche, en medio de las aclamaciones de una inmensa multitud.

Al día siguiente exigió el pueblo que se le entregase el papel timbrado, y habiendo conseguido apoderarse de diez cajones, los entregaron a las llamas. Los folletos satíricos y los artículos mordaces de los diarios atizaron, como es consiguiente, la llama de la discordia: en Boston salió a luz uno de aquellos con el título de: *El Correo constitucional, o consideraciones importantes sobre la libertad, que no es contraria a la lealtad*, siendo de notar que el título de este folleto aparecía bajo un grupo que representaba una serpiente cortada en ocho pedazos, en uno de los cuales, el de la cabeza, veíanse las iniciales de Nueva Inglaterra y en los otros las de las demás colonias, figurando sobre todo esto un rótulo que decía: *UNIÓN O MUERTE*. Semejantes demostraciones ocurrieron también en Filadelfia, en Maryland y en Virginia.

Aunque la nueva ley debía regir desde el 1 de noviembre, en todas las oficinas y centros administrativos continuaban éstas sus trabajos o procedimientos como si tal cosa existiese. Los buques entraban y salían de los puertos sin papeles timbrados; los impresores publicaban sus diarios atrevidamente en papel común sin hacer caso del decreto del Parlamento, y en todas partes, en fin, se hacían los negocios en la misma forma que otras veces, lo cual era suficiente para probar que todos estaban resueltos a no someterse a la nueva ley, arrostrando todas las consecuencias que pudieran sobrevenir. Entre tanto los colonos formaron asociaciones con objeto de impedir que se

importasen los géneros ingleses hasta que se anulara la ley del papel sellado, consiguiéndose de este modo que la libertad Británica se pusiera en pugna contra la tiranía. Suspendiendo sus futuras compras hasta la anulación del decreto, conseguían los colonos, que tanto los comerciantes como los industriales se interesaran en aquella medida; y en efecto sucedió así, pues eran tan cuantiosos los pedidos que se hacían a las fábricas inglesas, que la repentina supresión de aquellos, que producían a la Gran Bretaña anualmente algunos millones de libras esterlinas, dejó sin ocupación a una porción de personas, induciéndolas por su propio interés a secundar los deseos de América. A los pedidos de las colonias uníanse los de los mercaderes y fabricantes de la Gran Bretaña, de modo que lo que las primeras pedían en virtud de su derecho, solicitábanlo los segundos por motivos de interés.

Resueltos a llevar a cabo su plan, los colonos favorecieron en lo posible sus propias fábricas, comenzando a usar para sus trajes tejidos ordinarios, en vez de los que se traían antes de Inglaterra; suprimióse la elegancia extranjera; el celo de las mujeres excedió al de los hombres, y todas se convinieron en dispensarse del lujo y de los adornos para favorecer la causa común. Esto era traer las cosas a tal punto, que los artesanos ingleses y los comerciantes sintieron bien pronto las consecuencias de semejante resolución, puesto que no pocos quedaron reducidos a la miseria por carecer de trabajo. Además de esto, los hijos de la libertad se prometieron mutuamente acudir, a sus expensas y con todas sus fuerzas, en auxilio de aquellos que se hallaren en peligro por haberse opuesto a cumplir con lo que mandaba la nueva ley del sello.

En el mes de julio hubo un cambio en el ministerio inglés, y esta circunstancia animó a los americanos a continuar en la misma actitud que habían adoptado. El marqués de Rockingham, primer ministro, se mostró desde luego favorablemente dispuesto, y habiéndose reunido el Parlamento en el mes de enero de 1766, ocupóse con preferencia de los asuntos coloniales. En el discurso de la Corona, manifestó el rey «que tenía gran confianza en la sabiduría y celo de sus ministros, los cuales no dudaba adoptarían las más prudentes resoluciones para la conservación de los derechos constitucionales de la legislatura Británica sobre las colonias, introduciendo en éstas la armonía y tranquilidad interrumpidas últimamente por peligrosos desórdenes.» Produjéronse las correspondencias de los gobernadores coloniales y otros documentos importantes; se presentaron también numerosas peticiones de los comerciantes ingleses a las dos Cámaras, y los ex-ministros que pasaron a formar la oposición, defendieron la nueva marcha política.

Pitt, que no estaba en relaciones con el ministerio de Grenville ni con el de Rockingham, y que hacía algún tiempo no había tomado mucha parte en los negocios públicos a causa del mal estado de su salud, se presentó entonces en la Cámara y abogó enérgicamente en contra del nuevo impuesto. He aquí su discurso. «Hace mucho tiempo, señores, que vengo ocupando mi puesto en el Parlamento; pero cuando se resolvió en esta Cámara crear un impuesto sobre América, me hallaba por desgracia enfermo. Al recibir la noticia, fue tal la agitación de mi espíritu, reflexionando cuáles serían las consecuencias de tamaña medida, que si me hubiera podido arrastrar hasta aquí con ayuda de una mano amiga, para protestar contra semejante resolución, seguramente lo habría hecho. Mi parecer es que este reino no tiene derecho alguno para imponer una contribución a las colonias, sin que por esto desconozca que su autoridad es soberana y suprema en todo lo referente al Gobierno y a la legislatura. El crear impuestos no es una atribución de ninguna de aquellas dos instituciones, porque los impuestos deben darse voluntariamente, y previa la intervención de los Comunes. La concurrencia de los Pares y la Corona es únicamente necesaria para formar una ley. Esta Cámara representa a los Comunes de la Gran Bretaña, y cuando nosotros concedemos alguna cosa, damos solo lo que es nuestro, pero ¿con qué derecho podremos disponer de la propiedad de los Comunes de América? Esto, señores, es un verdadero absurdo. Piensan algunos que las colonias se hallan virtualmente representadas en esta Cámara, pero yo quisiera saber por quién, pues semejante idea es la más despreciable que pueda concebir la imaginación de un hombre, y no merece por lo tanto una refutación formal. Los Comunes de América, representados en sus diversas Asambleas, han ejercido invariablemente el derecho constitucional de dar y conceder lo que era realmente suyo, y hubieran

podido considerarse esclavos si no hubiesen obrado así. Las colonias reconocen vuestra autoridad en todas las cosas, sin más excepción que la de que vayáis a sacarles el dinero del bolsillo sin su consentimiento, y aquí diría yo, *quam ultra citraque nequit consistere rectum*.»

Pronunciadas estas palabras, sucedióse un profundo silencio, y por algunos instantes ninguno pareció dispuesto a defender la causa del último ministerio; pero al fin, Sir Grenville, hombre de regular talento y no escasos conocimientos, se levantó y dijo: «La protección y la obediencia son recíprocas; la Gran Bretaña protege a la América, y ésta por lo tanto debe prestar obediencia, y si no, decidme, ¿cuándo estuvieron los americanos emancipados?» Mirando entonces de una manera significativa a Mr. Pitt, continuó Grenville de este modo: «El espíritu sedicioso de las colonias se ha engendrado entre las facciones de esta Cámara, y advertid que los caballeros no reflexionan en lo que dicen con tal que favorezcan los propósitos de la oposición. Nos indicaron que andábamos por una senda muy resbaladiza, y que debíamos esperar se nos desobedeciera; ¿qué es esto sino aconsejar a los americanos que se opusieran a la ley? ¿Qué es esto más que excitarlos a que se obstinen, con la esperanza de encontrar aquí un apoyo? ¡Ingrato pueblo el de América! La nación ha contraído una deuda enorme para protegerlos; se les ha concedido el privilegio de ensanchar sus límites, y en su favor se han modificado las disposiciones relativas a la navegación, ese *paladium* del comercio de la Gran Bretaña. Y ahora que se les llama para que contribuyan con una pequeña parte en los gastos públicos, renuncian a vuestra autoridad, insultan a vuestros oficiales, y se pronuncian, casi me atreveré a decirlo, en abierta rebelión!»

Semejante ataque no podía menos de ser rechazado; y todos miraron a Pitt, quien levantándose inmediatamente contestó con noble intrepidez: «Caballero, acabáis de hacer un cargo a ciertas personas que tienen el honor de sentarse en esta Cámara, acusándolas de haber instigado la sedición en América, reputando luego como un crimen la libertad y franqueza con que han dado a conocer sus sentimientos. Sin hacer aprecio de semejante imputación, debo decir que ningún caballero puede temer el hacer uso de aquella libertad tratándose de emitir lealmente sus opiniones, y no creo que nadie le censure por obrar dentro de los límites de su derecho.

»Se nos dice que América *se muestra obstinada*, y que *casi se ha pronunciado en abierta rebelión*; a esto contestaré que *me alegro de que América se haya resistido*, pues tres millones de habitantes, que, sin tener conciencia de su libertad, se hallan dispuestos a someterse voluntariamente como esclavos, sólo servirían de instrumento para esclavizar a todos los demás. No he venido aquí a enumerar los actos del Parlamento con el libro de los estatutos debajo del brazo para abogar por la causa de la libertad, pero tratándose de defender a ésta según el principio constitucional, me hallo dispuesto a discutir con cualquier hombre. No es mi ánimo tampoco entablar un debate sobre puntos de ley; pero después de todo, ¿qué prueban los casos de Chester y Durham sino que bajo los reinados más arbitrarios, le repugnó siempre al Parlamento imponer contribuciones al pueblo sin su consentimiento? El ejemplo de esto lo tenemos en Gales, que, como es sabido, no pagó impuestos hasta que se incorporó a Inglaterra.

»Se nos ha dicho que muchas clases no tienen representación en el Parlamento, pero, pregunto yo, ¿no están acaso representadas como súbditos ingleses dentro del reino? ¿No tienen acaso derecho muchos de ellos para ser electores? Todo habitante de este reino está necesariamente comprendido en el sistema general de representación, y *que ésta no la compongan actualmente muchos más, es en verdad una desgracia*. El honorable caballero nos habla de su generosidad para con América; pero ¿no redunda aquella en beneficio de este reino? Si no es así, debemos confesar que ha hecho mal uso de los tesoros nacionales. Yo sostengo que el Parlamento tiene un derecho de intervención en América; reconozco que nuestra autoridad legislativa sobre las colonias es soberana y suprema; pero al decirnos el honorable caballero que no ve diferencia alguna entre la contribución interior y exterior, debo contestarle que seguramente no es lo mismo imponer una contribución con el objeto de crear una renta que fijar derechos para regular el comercio.

»Nos pregunta el honorable caballero que *cuándo estuvieron las colonias emancipadas;* mas a esto le contestaré, preguntando a mi vez que cuándo fueron esclavas. Yo sé positivamente que la

Gran Bretaña obtiene de su comercio con las colonias un beneficio anual de dos millones, y a fe que este beneficio es el que ha contribuido para haceros salir triunfantes de la guerra; este es el precio que América os paga por vuestra protección. ¿Y habrá algún miserable financiero que se atreva a prometeros a costa de algunos millones mayores ventajas para la nación? Conozco el valor de vuestras tropas, la destreza y pericia de vuestros oficiales y la fuerza de esta nación, pero en el caso presente, creo que seria dudoso el éxito de una lucha. Si América cayese, lo haría como un hombre fuerte, y abrazando las columnas del Estado, arrastraría consigo la Constitución. ¿Y es esta vuestra decantada paz? Los americanos obraron mal, es cierto, pero es porque la injusticia les volvió locos por un momento. ¿Y querréis castigarlos por una falta a que vosotros mismos habéis dado lugar? No, dejad que este país sea un modelo de prudencia y templanza, y yo os garantizo que de parte de las colonias cesará toda animosidad y resentimiento.

»En fin, para concluir, me permitirá la Cámara que diga en pocas palabras mi opinión. El Decreto, causa de este debate, debe anularse por completo e inmediatamente, y al mismo tiempo se confirmará de una manera terminante y explícita la soberana autoridad de este país sobre las colonias, en todo lo relativo a la legislatura y demás puntos que ya conocemos, excepto en lo de sacarles dinero sin su consentimiento.»

Cuando temía lugar este importante debate, a principios del mes de febrero, fue cuando se invitó a Franklin para que se presentara en la Cámara de los Comunes[129]. La celebridad de aquel hombre indujo a todos a pedirle su parecer, y su contestación a las preguntas que se le hicieron, influyeron no poco en la decisión que sobre este asunto tomó luego el Parlamento. Al decirle que manifestase su parecer acerca de si el pueblo de América se sometería al nuevo impuesto, siendo moderado, respondió: «No, nunca, a menos que se le obligue por la fuerza de las armas.» Al preguntarle cuáles eran los sentimientos de América respecto a la Gran Bretaña, replicó: «Los mejores del mundo, puesto que ese pueblo se sometió gustoso al Gobierno de la Corona, y prestó obediencia a las órdenes del Parlamento, debiendo advertir que a pesar de los numerosos habitantes que cuentan las diversas provincias, nada os cuesta la conservación de fuertes, ciudadelas, guarniciones o ejércitos para dominarlas, porque con un poco de papel y tinta tenéis suficiente para conducir a vuestro antojo a esa gente. El pueblo de América no sólo os profesaba respeto, sino también un afecto verdadero, complaciéndose en adoptar vuestras leyes, vuestros usos y costumbres, y hasta vuestras modas, que tanta utilidad han producido al comercio. Los naturales de la Gran Bretaña fueron tratados siempre con especial consideración, y sólo el ser inglés bastaba para inspirar respeto a todos.»

«¿Y cómo piensan ahora?» preguntaron a Franklin. «De muy distinto modo —contestó éste —; y si no decidme: ¿cuándo se ha puesto a discusión hasta ahora el derecho que tiene el Parlamento de dictar leyes? La autoridad de aquel siempre se reconoció para todo menos para crear impuestos, pues bien sabéis que cuando se fijaron derechos para regular el comercio, ni hubo cuestiones ni se quejó nadie de aquella medida.» Al preguntar a Franklin si había algún decreto o acta de sus gobiernos o de las Asambleas que especificase lo de los impuestos, replicó: «Yo no sé que haya ninguno, ni creo que se ha presentado nunca ocasión de hacerlo hasta ahora, que os

129 Un mes antes de esto, escribió Franklin desde Londres a uno de sus amigos, expresándose de este modo: «En mi concepto, lo más conveniente para este país, sería anular totalmente el decreto, pero lo mejor para ese, sería suspender la ejecución por tres años. La anulación colmaría de gratitud y de gozo a los colonos, restableciendo su veneración y respeto hacia el Parlamento e inspirándoles su antiguo amor al país. El comercio se renovaría en todos sus ramos, y los habitantes de América recobrarían su afición a esas costosas superfluidades que les suministráis. Pero la suspensión, manteniéndoles siempre en cierta inquietud y alarma, les obligaría a cultivar su industria y a ser económicos, haciéndoles contraer al cabo de dos o tres años costumbres más arregladas que redundaran en beneficio suyo. Sin embargo, como no es probable que se decrete la anulación, por aquello de que, según dicen, se sostiene mejor la honra y dignidad de un Gobierno persistiendo en una misma política por más que se haya descubierto que no es conveniente, debemos esperar la suspensión. Por lo que toca a poner en ejecución el decreto empleando la fuerza, es una verdadera locura que arruinaría a todos.»

proponéis imponernos esa contribución, lo cual ha motivado las resoluciones que acaban de tomar las Asambleas sobre este punto.»[130]

Las opiniones de Washington eran las mismas que las de Franklin, pues al hablar del impuesto del sello, dijo «que lo consideraba como un ataque inconstitucional e injustificable contra las libertades de los colonos.» Poco después de haberse desestimado el decreto, escribió a un amigo suyo una carta en la cual le decía: «Débase a lo que se quiera la resolución del Gobierno de suprimir el nuevo impuesto, esta medida regocijará a todos, porque si el Parlamento de la Gran Bretaña se hubiese empeñado en llevarlo a cabo, creo que las consecuencias hubiesen sido más fatales y dolorosas de lo que a muchos les parece, tanto para la madre patria como para sus colonias. Por esta razón, cuantos han intervenido con su influencia para la supresión del impuesto, son acreedores a la gratitud de todos los súbditos británicos y han obrado leal y generosamente.»[131]

El 22 de febrero, el general Conway, uno de los que se habían opuesto desde el principio a llevar a cabo el impuesto del sello, presentó un *bill* para que se desestimara totalmente. El debate que tuvo lugar con este motivo, fue tan largo como interesante; pero, según dice Burke: «La Cámara, contando con una mayoría noble e independiente, a despecho de los especuladores, sin hacer aprecio de los augurios de algunos políticos, y a despique en fin de la camarilla de los cortesanos, desestimó el decreto, pudiendo asegurarse que si se hubiese abandonado del todo el proyecto de imponer contribución a las colonias, se hubiera asegurado para siempre la paz del imperio.» El decreto se desestimó por doscientos setenta y cinco votos contra ciento sesenta y siete.

Durante el debate fue grande el interés y la ansiedad del público que ocupaba hasta las galerías de la Cámara de los Comunes; pero cuando al fin se supo el resultado de la votación y se abrieron las puertas para que todos tuviesen conocimiento de la importante victoria que se acababa de obtener, del seno de aquella multitud salió un grito de triunfo y de alegría inmensa, y todos se apresuraron a estrechar la mano del orador Burke, haciendo mil extremos para expresarle su gratitud. La Inglaterra entera le aplaudió, y él, por su parte, no pareció insensible a semejante recompensa, sobre todo porque acababa de granjearse el cariño y admiración de sus conciudadanos.

Sin embargo, el ministerio no se hallaba inclinado a ir tan lejos como Pitt en la cuestión del nuevo impuesto, y consignando que si toleraba que se desestimase el *bill* era sólo por consideraciones del momento y no por un derecho de justicia, presentó otro en el cual se declaraba que «el Parlamento tenía y debía tener autorización para gobernar las colonias en todos los casos, sin excepción alguna.»

En la Cámara de los Lores hubo también opiniones encontradas entre los diversos hombres de Estado, pues, mientras el célebre Mansfield sostenía que el poder soberano del Parlamento comprendía el derecho de crear impuestos, Lord Camden se expresaba de este modo: «Mi opinión es, y la sostendré hasta el último momento, que el impuesto y la representación son inseparables. Esto se funda en una eterna ley de la naturaleza, porque lo que uno posee es absolutamente propiedad suya, y ninguno tiene derecho para quitárselo sin su consentimiento. El que trata de hacerlo comete un atentado; el que lo hace comete un robo.»[132]

El rey se oponía a que se desestimase el *bill* por el cual se creaba el impuesto, pero cedió al fin en vista de las exigencias; algunos Pares, incluso, según se dice, los obispos, opinaron que se debía prestar obediencia en todos los casos, mas al fin se aprobó el *bill* por ciento cinco votos contra setenta y uno. El 19 de marzo, presentóse el rey en la Cámara de los Pares y aprobó el decreto desestimando el nuevo impuesto, así como también el *bill* presentado después respecto al dominio que debía tener la Gran Bretaña sobre las colonias. Todos los comerciantes americanos que se hallaban entonces en Londres fueron en comisión a dar las gracias y a expresar su agradecimiento a los que intervinieron en favor de sus intereses; los buques que estaban anclados en el puerto izaron sus pabellones en señal de regocijo, las casas se iluminaron en todos los puntos de la ciudad y hubo

---

130 *Obras* de Franklin, vol. IV, pág. 109.
131 *Vida de Washington*, por Spark, pág. 107.
132 Véase a Bancroft, vol. V, pág. 446.

vistosos fuegos artificiales. En una palabra, no se omitió ninguna demostración de las acostumbradas en semejantes casos para celebrar la bondad del rey y la sabiduría del Parlamento.

Apéndice al capítulo 10

I. CARTA DE FRANKLIN A W. ALEXANDER.

Passy, 12 de marzo de 1778.

Muy Sr. mío: En el folleto que tuvisteis la bondad de prestarme se ha interpretado mal un hecho importante, sin duda porque el autor no estaba bien informado; me refiero a la transacción entre Mr. Grenville y las colonias, de la cual se dice que el primero pidió a las segundas una cierta cantidad que aquellas rehusaron concederle, y que sólo a causa de esta negativa resolvió Grenville crear el impuesto del sello. Nada de esto es verdad; el hecho es como sigue:

Durante el invierno de 1763 a 1764, Mr. Grenville convocó a los agentes de las diversas colonias, y les dijo, que trataba de proponer la creación de un impuesto en América, a cuyo fin en la próxima sesión del Parlamento presentaría un proyecto para que se decretara el pago de ciertos derechos sobre el papel sellado, de lo cual les daba conocimiento, a fin de que reflexionaran si les convendría mejor satisfacer el impuesto de otro modo cualquiera, aunque igualmente productivo, en cuyo caso esperaba se lo manifestasen así. Los agentes se vieron, por lo tanto, en la precisión de escribir a sus respectivas Asambleas para comunicar luego al ministro las contestaciones que recibiesen.

Cuando se supo esta noticia en América, era yo vocal de la Asamblea de Pensilvania, donde se hicieron varias observaciones para demostrar que no era costumbre proceder así cuando se trataba de exigir auxilios de las colonias. Manifestóse, en primer lugar, que según la práctica establecida, siempre que ocurría semejante caso, consultaba el rey con su Consejo privado, y después de oír su prudente dictamen, dirigíase una atenta circular en nombre del monarca a todos los gobernadores para que la trasladasen a las respectivas Asambleas, manifestándose en ella, sobre poco más o menos, con políticas frases, que S. M. esperaba contribuyesen con lo que buenamente pudieran, y les sugiriese su lealtad y celo, en obsequio del mejor servicio. Observóse, además, que las colonias siempre habían prestado generosamente cuantos auxilios se pidieran durante la última guerra, hasta el punto de que, persuadido de ello el monarca, tuvo a bien recomendarlas al Parlamento, el cual, por vía de compensación acordó reintegrar 200.000 libras anuales que debían repartirse entre dichas colonias. Declaróse asimismo que el intentar aquél crear un impuesto, era una medida tan ilegal como injusta[133], y que según la constitución de las colonias, éstas sólo debían tratar con el rey sin intervención de ninguna otra persona, por cuya razón. y no siendo los agentes el conducto adecuado para exigir auxilios, parecía impropio entrar en tratos con Mr. Grenville respecto a la creación de impuestos por el Parlamento. Alegóse también, que éste no tenía derecho alguno para adoptar semejante medida, con tanta más razón cuanto que al parecer no dimanaba la orden del soberano ni acaso tendría conocimiento de ella, puesto que su costumbre en semejantes casos, era dirigir a las colonias un lenguaje atento, tratándolas con la mayor consideración, y no empleando amenazas como lo hacían los señores del Parlamento.

A pesar de todo esto, las Asambleas estaban muy lejos de negar los auxilios, puesto que emitieron el siguiente acuerdo: «Creemos y siempre hemos creído que es nuestro deber prestar auxilio a la Corona, según muestras fuerzas y alcances, cuando se solicite con arreglo a lo que previene nuestra Constitución.» Yo marché a Inglaterra poco después, llevando una copia auténtica de este acuerdo que entregué a Mr. Grenville antes de que presentase su proyecto, y habiéndolo yo

133 «No hay rey ni soberano alguno sobre la tierra, que en el dominio de sus amplias facultades tenga derecho suficiente para poner a contribución a sus súbditos, sin el beneplácito y consentimiento de éstos, a no ser que obre despótica y tiránicamente.» Felipe de Commines, cap. 108.

manifestado así en la Cámara delante del ministro, éste no lo negó. Otras colonias dictaron acuerdos semejantes, y si Mr. Grenville en vez de presentar un decreto, se hubiera dirigido al rey y su Consejo a fin de que el Secretario de Estado mandara repartir una circular expresando cuáles eran los apuros del país, seguro estoy que hubiera sacado más dinero de las colonias que lo que él pudiera esperar del impuesto. Pero prefirió la coacción a la persuasión, y no quiso recibir de buen grado lo que creyó podría obtener por la fuerza, resultando de aquí que los americanos rehusaron contribuir a formar el puente de oro con que contaban el ministro y el Parlamento.

Esta es la verdadera historia del hecho, y como es probable que haya otra edición de aquel excelente folleto, deseo que el cándido autor tenga conocimiento de esta circunstancia, a fin de que corrija su error si gusta.

Soy de V. muy atento y afectuoso servidor, *B. Franklin.*

II. LEY DEL SELLO.

Por cuanto según el acta de la última sesión del Parlamento, se acordó crear varios impuestos con objeto de atender a los gastos que pueda ocasionar la defensa, protección y conservación de las colonias Británicas de América, y como quiera que sea imprescindiblemente necesario obtener para lo sucesivo una renta en los dominios de aquel país, a fin de sufragar los mencionados gastos; nos, los muy leales y respetuosos súbditos de V. M., y Comunes de la Gran Bretaña, reunidos en Parlamento, hemos acordado concederos varias prerrogativas para la creación de dichos impuestos, rogando humildemente a V. M. se sirva prestarles su superior aprobación, previo el parecer de su real Consejo, y el consentimiento de los lores espiritual y temporal, a fin que desde 1.° de noviembre de 1765 se promulgue dicha ley, y se paguen y recauden los indicados impuestos y derechos en todas las colonias de América que se hallen o pueden hallarse bajo el dominio de V. M. así como también de sus herederos y sucesores.

1. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima alguna declaración, defensa, réplica, sobreseimiento o cualquiera escritura de esta clase, emitida por un tribunal de justicia en la demarcación de las colonias Británicas en América, se pagará un derecho de sello de tres peniques.

2. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima una fianza especial en cualquiera tribunal de justicia, se pagará un derecho de sello de dos chelines.

3. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima algún pedimento, prevención, reclamación, réplica u otro procedimiento análogo en alguna audiencia o cancillería, en la jurisdicción de las mencionadas colonias, un derecho de sello de un chelín y medio.

4. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima alguna copia de pedimento, defensa, reclamación, alegato, réplica u otro procedimiento judicial, en cualquiera tribunal, un derecho de sello de tres peniques.

5. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima algún exhorto, declaración, alegato, inventario o renuncia, en asuntos eclesiásticos, en cualquiera tribunal del clero, en la demarcación de dichas colonias, un derecho de sello de un chelín.

6. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima alguna copia de testamento, de exhorto, declaración, alegato, inventario o renuncia, en asuntos eclesiásticos, un derecho de sello de seis peniques.

7. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima alguna donación o donativo de un beneficio eclesiástico o cualquier escrito, registro, certificado o testimonio, colegio o seminario, en la demarcación de las citadas colonias, un derecho de sello de dos libras esterlinas.

8. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima cualquier exhorto, reclamación, respuesta, alegato, informe, carta de requisitoria, de ejecución, renuncia,

inventario, etc., expedida en un tribunal del Almirantazgo, en las colonias, se pagará un derecho de sello de un chelín.

9. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima la copia de cualquier exhorto, reclamación, respuesta, alegato, informe, carta de requisitoria, de ejecución, renuncia, inventario, etc, un derecho de sello de seis peniques.

10. Por cada vitela, pergamino u hoja de papel donde se extienda, escriba o imprima cualquiera apelación, rectificación, auto, escritura de donación, reglamento comercial, declaratoria, certificado u otro documento análogo, expedido en un tribunal de las colonias, un derecho de sello de diez chelines.

11. Por cada vitela, pergamino u hoja de papel donde se extienda o imprima cualquiera escritura de contrato, o para imponer multas, o para hacer una restitución, expedida por un tribunal de las colonias, un derecho de sello de cinco chelines.

12. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel donde se extienda o imprima cualquiera escritura de juicio, decreto sentencia o dimisión ante un tribunal de las colonias, un derecho de sello de cuatro chelines.

13. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que so extienda, escriba o imprima una declaración jurada, fianza interrogatorio, denuncia, privilegio, intimación, citación, reconocimiento, proceso, mandato o cualquiera copia de los documentos citados, (excepto los relativos a causas y Procedimientos criminales), expedida por un tribunal de las colonias, un derecho de sello de un chelín.

14. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima un reconocimiento, póliza, escritura o cualquier documento de esta clase, que se expida para las operaciones del comercio en la demarcación de las colonias, un derecho de sello de cuatro peniques.

15. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima alguna carta o escritura de comisión para los buques de guerra particulares, un derecho de sello de veinte chelines.

16. Por cada vitela, pergamino u hoja de papel en que se extienda o imprima cualquiera escritura de concesión, donativo o titulo para la toma de posesión de un cargo público que haya de desempeñarse por espacio de un año o menos tiempo, con el sueldo de veinte libras o mas al año, satisfechas en metálico, en feudos, propiedades, etc., (exceptuándose los destinos de oficiales del ejército, de la armada o de la milicia, así como también los de los magistrados y jueces de paz), un derecho de sello de diez chelines.

17. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel donde se extienda o imprima una escritura de concesión, privilegio o franquicia bajo la firma y sello de cualquier gobernador, propietario o empleado público, por sí o en unión con otra persona o personas, o con intervención de un Consejo o Asamblea, un derecho de sello de seis libras.

18. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima alguna licencia para la venta de licores espirituosos dentro de la demarcación de las colonias, un derecho de sello de veinte chelines.

19. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima alguna licencia para la venta de vinos solamente, dentro de la demarcación de las colonias, un derecho de sello de cuatro libras.

20. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda, escriba o imprima alguna licencia para la venta de vino y de licores espirituosos, dentro de la demarcación de las colonias, un derecho de sello de tres libras.

21. Por cada vitela, pergamino u hoja de papel donde se extienda o imprima alguna verificación de testamento o escritura de curadoría para la administración de cualquiera propiedad que exceda de veinte libras, así dentro de la demarcación de las colonias Británicas del continente de América, como en las islas Bermudas y de Bahama, un derecho de sello de cinco chelines.

22. Por cada vitela, pergamino u hoja de papel donde se extienda o imprima alguna verificación o escritura de curadoría, expedida en todos los demás puntos de los dominios Británicos de América, un derecho de sello de diez chelines.

23. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda por escrito o se imprima alguna obligación para asegurar el pago de cualquiera suma que no exceda de diez libras en metálico, así dentro de la demarcación de las colonias Británicas del continente de América como en las islas Bermudas y de Bahama, un derecho de sello de seis peniques.

24. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima alguna obligación para asegurar el pago de cualquiera suma que exceda de diez libras y no pase de veinte dentro de las citadas colonias e islas, un derecho de sello de un chelín.

25. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima una autorización para asegurar el pago de cualquiera suma que exceda de veinte libras en metálico y no pase de cuarenta, dentro de las citadas colonias e islas, un derecho de sello de seis peniques.

26. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima cualquiera orden por la que se disponga la medición de algún terreno que no exceda de cien acres, expedida por un gobernador, propietario u oficial público, por sí o en unión con otra persona o personas o Consejo o Asamblea, dentro de las colonias Británicas de América, un derecho de sello de seis peniques.

27. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima cualquiera orden por la que se disponga la medición de un terreno que exceda de cien acres y no pase de doscientos, dentro de las citadas colonias, un derecho de sello de un chelín.

28. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima cualquiera orden para la medición o venta de algún terreno cuya extensión exceda de doscientos acres y no pase de trescientos veinte, dentro de las colonias Británicas, un derecho de sello de un chelín y seis peniques.

29. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima una escritura de donación o de traspaso u otro documento análogo por el cual se otorgue cualquier espacio de terreno que no exceda de cien acres, dentro de las colonias Británicas del continente de América, así como de las Islas Bermudas y de Bahama, (excepto los arrendamientos por un tiempo que no exceda de veinte y un años) un derecho de sello de un chelín y seis peniques.

30. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima una escritura de donación o de traspaso u otro documento análogo por el cual se otorgue o se traspase un terreno que exceda de cien acres y no pase de doscientos, dentro de la demarcación e islas citadas, un derecho de sello de dos chelines.

31. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima una escritura de donación o de traspaso u otro documento análogo por el cual se otorgue o se traspase un terreno que exceda de doscientos acres y no pase de trescientos veinte, dentro de la demarcación e islas citadas, un derecho de sello de dos chelines y dos peniques.

32. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima una escritura de donación o de traspaso u otro documento semejante por el cual se otorgue o subarriende cualquier terreno que no exceda de cien acres, en todos los demás puntos de los dominios Británicos en América, un derecho de sello de tres chelines.

33. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima una escritura de donación o de traspaso u otro documento semejante por el cuál se otorgue o subarriende cualquier terreno que exceda de cien acres y no pase de doscientos dentro de los citados dominios, un derecho de sello de cuatro chelines.

34. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima una escritura de donacion o de traspaso u otro documento semejante por el cual se otorgue o subarriende cualquier terreno que exceda de doscientos acres y no pase de trescientos veinte, dentro de la demarcación de dichos dominios, un derecho de sello de cinco chelines.

35. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima cualquiera título o beneficio no mencionado hasta aquí, que represente un sueldo de más de veinte libras anuales en metálico o en bienes o propiedades, dentro las colonias Británicas del continente de América así como de las islas Bermudas y de Bahama, (excepto los nombramientos de oficiales del ejército, armada, milicia, y de los jueces de paz) un derecho de sello de cuatro libras.

36. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima cualquiera concesión o título para el desempeño de un cargo público, dentro de los dominios Británicos de América, un derecho de sello de seis libras.

37. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima una escritura de arriendo o de traspaso, o contrato por el que se estipule cualquiera venta, u otro documento semejante (excepto el alquiler de criados y aprendices) dentro de las colonias Británicas de América, un derecho de sello de dos chelines y dos peniques.

38. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda por escrito o se imprima alguna orden o privilegio para la intervención o examen de cuentas públicas, o alguna certificación que lleve sello de oficio del gobernador propietario u oficial encargado, por sí o en unión con otra persona o personas, Consejo o Asamblea; y asimismo, por todo pasaporte, póliza de seguros o documento análogo que se expida dentro de las citadas colonias (excepto los nombramientos y privilegios que se confieren al ejército, a la armada o a la milicia, un derecho de sello de cinco chelines.

39. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda alguna escritura de notario, obligación, acta de procurador, escritura de hipoteca u otro cualquier documento obligatorio de esta clase, expedido dentro de las citadas colonias, un derecho de sello de dos chelines y tres peniques.

40. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima alguna entrada de registro, o escritura de enganche o de concesión u otro documento semejante, de los ya mencionados dentro de las colonias, un derecho de sello de tres peniques.

41. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima alguna entrada de registro, o escritura de enganche o de concesión, u otro documento semejante de los no mencionados hasta aquí, un derecho de sello de dos chelines.

42. Y por cada baraja de naipes o juego de dados que se venda o use dentro de las dichas colonias, se pagarán los derechos siguientes:

43. Por cada baraja un chelín.

44. Por cada juego de dados diez chelines.

45. Por cada folleto o periódico que contenga noticias públicas, y se imprima, reparta o dé a luz dentro de las citadas colonias, se pagarán los derechos expresados a continuación. 46. Por cada folleto u hoja del tamaño de medio pliego de papel o menos, que esté impresa, un derecho de sello de medio penique por cada ejemplar.

47. Por cada folleto u hoja cuyo tamaño exceda de medio pliego y no pase del de uno, un derecho de sello de un penique por cada ejemplar.

48. Por cada folleto o publicación cuyo tamaño exceda del arriba citado, y no contenga más de seis pliegos en 8° o doce en 4° o veinte en folio, un derecho de un chelín por cada pliego de que conste cada ejemplar.

49. Por cada anuncio que se inserte en cualquier diario, folleto u otra publicación impresa, un derecho de dos chelines.

50. Por cada almanaque o calendario para un año o menos tiempo, que esté escrito o impreso sólo por un lado en cualquiera clase de papel, pergamino o vitela, y se publique dentro de las colonias, un derecho de sello de dos peniques.

51. Por cada almanaque o calendario para un año determinado, que se escriba o imprima dentro de las citadas colonias, un derecho de sello de cuatro peniques.

52. Y por cada almanaque o calendario que se escriba o imprima dentro de las colonias, y que sirva para varios años se pagarán iguales derechos respectivamente para cada uno de aquellos.

53. Por cada pergamino, vitela u hoja de papel en que se extienda o imprima algún procedimiento o documento de los ya citados, en cualquier idioma que no sea el inglés, dentro de las colonias, un derecho de sello de doble valor del que se fija respectivamente en los artículos anteriores.

54. Y se pagará también en las citadas colonias un derecho de seis peniques por cada veinte chelines de toda suma que no excediendo de cincuenta libras se otorgue, abone, contrate o estipule para la colocación de cualquier escolar o aprendiz a quien se quiera enseñar una profesión u oficio. debiéndose pagar un derecho de un chelín respectivamente cuando la suma a que se hace referencia en este articulo, exceda de cincuenta libras.

55. Finalmente, el producto de los indicados derechos ingresará en el tesoro de S. M. a fin de que el Parlamento disponga de la suma cuando lo juzgare oportuno, para sufragar los gastos que ocasione la defensa, protección y conservación de las citadas colonias.

11.
Progreso de la contienda (1766-1771)

Se recibe en América con alegría la noticia relativa a la supresión del impuesto del sello. La carta circular de Conway. Política ofensiva del gobernador Bernard. Cambio de opiniones en América. Hombres de Estado y oradores eminentes del día. Pendleton, Bland, Wythe, R. H. Lee y Jefferson en Virginia. S. Adams, Hancock, Cushing. Bowdoin, Quincy y Paine en Massachusetts. Rutledge, Gadsden, Laurens y Ramsay en la Carolina del Sur. Cambio en el ministerio inglés. Grenville excita a Townshend a que imponga la contribución en América. Su proyecto. Observaciones de Mr. Guizot. Cartas de un arrendatario. Congreso general en Massachusetts. Petición al rey. El ministerio teme la unión de los americanos. Política de Bernard. Espíritu de la Asamblea. La balandra Libertad. Excitación de Boston. Junta pública y sus actos. Llegada de las tropas. Indignación de los habitantes de Boston. El Congreso general se niega a celebrar sus sesiones en medio de la fuerza armada. Continúan las disputas con Bernard. Conducta observada por las otras colonias. Proposición para suprimir los derechos en ciertos artículos. Política vacilante del ministerio inglés. La matanza de Boston. Causa de Preston y los soldados. Noble conducta de Quincy y Adams. Proposiciones de Lord North. Opinión de Powmall. El gobernador y los jueces de Massachusetts perciben sus sueldos de la Corona. Resentimiento del pueblo por esta medida. El Gaspé. Cartas de Hutchinson y excitación que produjeron. Franklin interviene en el asunto. Conducta de Virginia. La crisis. Se resuelve que no se desembarque el té. Lo que se hizo en Boston y en las demás colonias. Progresa la colonización en el Noroeste. Insurrección en la Carolina del Norte. Daniel Boone y sus aventureros. Emigración a América. Guerra con los indios del Ohio. Discurso de Logan. Sectas religiosas y su influencia. Colegios en América.

La noticia de haberse desechado el decreto relativo al impuesto del sello, se recibió en América con la mayor alegría, y hubo en todas partes públicos regocijos. En las iglesias se cantó el *Te Deum*; las campanas tocaron a fiesta; hiciéronse salvas de artillería; los buques se empavesaron; votóse la erección de una estatua al rey; en Virginia y Nueva York los retratos de Camden, Barré y Conway, se expusieron en Faneuill Hall, y el nombre de Pitt fue ensalzado, llegando a ser el ídolo popular de América.

Conway dirigió en el mes de junio de 1776 una carta circular a los gobernadores de las colonias, en la cual les manifestaba que el rey y el Parlamento *parecían dispuestos, no sólo a perdonar, sino también a olvidar las injustificables manifestaciones que habían tenido lugar últimamente en las colonias.* Al mismo tiempo recomendábales eficazmente influyesen con la Asamblea para que se otorgase alguna compensación a los que se habían perjudicado para apoyar el

decreto del Parlamento Británico. Conway se refería, al hablar así, a lo ocurrido en Boston y Nueva York en el verano de 1765.

La carta de que vamos hablando fue presentada a la Asamblea de Massachusetts por el gobernador Bernard, hombre de carácter altanero, y no muy querido en aquella época en la citada colonia. Mr. Grahame califica de insolente e intolerable la política que observó con la Asamblea, la cual no podía someterse a las exigencias de Bernard, cuyo lenguaje, al dirigirse a la Cámara para que votase las compensaciones, fue el siguiente: «Esta concesión es tan justa y humanitaria que no debe discutirse, tanto más, cuanto que la autoridad que la recomienda no puede ni debe admitir observaciones.» La Cámara por su parte replicó en estos términos: «La concesión de que habláis, no se pide en la carta del secretario con palabras tan duras como las que usáis en vuestro discurso, y no nos toca averiguar si V. E. habla por su propia autoridad o por otra superior. Sin embargo, si esa recomendación de que nos habláis es tan justa y humanitaria que no puede discutirse, y si la autoridad que nos la hace no admite observaciones, desearíamos saber qué libertad de acción nos queda en este caso.»

El resultado fue que no se hizo compensación alguna en Massachusetts hasta el mes de diciembre de 1766, y esto de una manera y en tales condiciones, que el Gobierno Británico no pudo menos de darse por ofendido. El acta en que se dictó el acuerdo relativo a este asunto no decía más que lo siguiente: «Se concede completo perdón, y se indemniza a todos los culpables en esta última época.» En Nueva York decretó la legislatura que se otorgara una compensación a los que hubieren sufrido pérdidas por favorecer el impuesto del sello; pero se negó a poner en ejecución el decreto del Parlamento que disponía el acuartelamiento de las tropas de S. M., fundándose en que esta medida envolvía un principio de contribución.

La alegría que en los primeros días causara en América la noticia de haberse desestimado el decreto del impuesto, se fue disipando bien pronto, y los hombres empezaron a reflexionar detenidamente sobre la significación de aquella cláusula fatal que declaraba absoluto el dominio del Parlamento sobre las colonias, recordando al mismo tiempo las causas de las vejaciones que motivaron los últimos disturbios. Hasta entonces los colonos no fueron llamados para unirse y tratar los asuntos de gran interés, ni antes de esta época había reinado ninguna grave agitación que diera lugar a que se encendieran los fuegos de la elocuencia popular, excitada por las medidas coercitivas que trataban de adoptarse para someter a las colonias y sujetarlas a un impuesto, sin la debida representación.

Las disputas y las disensiones entre dos partes aliadas íntimamente, producen siempre resentimientos que nunca se olvidan, ni aun después de la reconciliación, porque la naturaleza del hombre es tal, que se inclina a reflexionar maduramente sobre la causa de las quejas que antes tenía, y creyendo que después de todo no ha recibido la debida compensación, se halla dispuesto, por el menor motivo, a renovar la disputa con más tenacidad que antes. Inglaterra había obrado sin reflexionar y con poco tacto, pues si bien cedió al ver que las colonias se resistían con tesón, no lo hizo de una manera conveniente, porque al privarse de crear un impuesto por entonces, empeñóse en consignar que el Parlamento estaba autorizado en absoluto para poner a contribución a las colonias en todos los casos sin excepción alguna. Los americanos no pudieron menos de notar esto, atendido que los jefes del pueblo eran demasiado astutos para que no observasen qué signifcado tenía desistir de una reclamación dejando sentado que el Parlamento estaba autorizado suficientemente para hacerla de nuevo cuando le pareciese oportuno.

La influencia que ejercían muchos oradores y eminentes hombres de Estado de aquella época, nos induce a hablar de ellos aquí con alguna extensión, y al hacerlo así usaremos el lenguaje de Mr. Grahame, que, al ocuparse de nuestras eminencias patrióticas, se expresa con entusiasta admiración. Los más notables oradores y jefes de partidos políticos que sobresalieron en aquella época eran naturales de Virginia, Massachusetts y la Carolina del Sur. En la primera de estas colonias distinguíase, además de Patricio Henry, de quien ya hemos hablado varias veces, y que figuraba en primer término como resuelto patriota, Edmundo Pendleton, orador tan persuasivo y chispeante,

como sutil y hábil político, a la par que enérgico e infatigable. Ricardo Bland, célebre por sus extensos conocimientos, y sin rival entre sus contemporáneos por su lógica profunda, de que dio pruebas en una bien escrita obra que publicó en América, titulada: *Investigación sobre los derechos de las colonias Británicas*; Jorge Wythe, no menos admirado por su gran capacidad y su elegancia en el decir, que respetado por su sencillez e integridad; Peyton Randolph, que a su gran influencia y elocuente palabra, reunía otras cualidades y virtudes que le granjearon el aprecio de todos; y por último Ricardo Enrique Lee, uno de los mas eminentes oradores de América, a quien se llamaba comúnmente el Cicerón de Virginia.

Washington, que desde la rendición del fuerte Duquesne, en 1758, se había retirado de la vida militar, no distrayéndose de sus ocupaciones domésticas sino para cumplir con los deberes que le imponía su cargo de miembro de la Asamblea de Virginia, abrazó entonces tranquila pero resueltamente la causa de su país, oponiéndose a las pretensiones del Gobierno Británico. Bien puede asegurarse que no había persona más respetada que él en Virginia, ni hombre alguno más apreciado y conocido en toda la América: pero careciendo de dotes oratorias, tranquilo, prudente, digno y reservado, no pudo brillar siendo un político de provincia, y esperó el momento de presentarse en una escena más grande y más conforme con la ilustración de su majestuosa sabiduría y superior criterio.

También otros hombres, que se han hecho célebres como defensores de la libertad y fundadores de la independencia de América, comenzaron poco después a distinguirse entre los políticos de Virginia, de los cuales el más notable era Tomás Jefferson, como hombre de Estado y filósofo, a la vez que concienzudo y elegante escritor, intrépido patriota y ardiente defensor de las ideas republicanas y de los principios de la más pura democracia. Ninguno de sus contemporáneos le excedió en cortesía y bondad; pocos le igualaron en energía y firmeza en sus opiniones, y este raro conjunto de cualidades morales, contribuyeron a que brillase su genio y su talento, aumentando el ascendiente que tuvo sobre sus conciudadanos. A consecuencia de la grave cuestión suscitada entre la Gran Bretaña y América, Jefferson y su amigo Wythe adoptaron las opiniones políticas de la mayor parte de los patriotas americanos contemporáneos, y observaron una política, según la que, si bien se concedía a la Corona cierta prerrogativa, negábase al Parlamento todo dominio sobre América.

Arturo, hermano de Ricardo Enrique Lee, después embajador de América en Francia, se hallaba en aquella época estudiando leyes en Londres, y era coadjutor del Dr. Franklin, a la vez que se ocupaba en observar qué medidas tomaba el Gobierno británico, con lo cual prestó un importante servicio a sus conciudadanos, trasmitiéndoles al momento las noticias que hubiera acerca de los planes o proyectos del ministerio.

En dicha época los más distinguidos y populares partidarios de la causa de América que había en Massachusetts. eran: Jaime Otis, de quien ya nos hemos ocupado; Samuel Adams, Juan Hancock, Tomás Cushing, y Jaime Bowdoim, comerciantes; Samuel Cooper, sacerdote; Josías Quincy, Jr., y Roberto Treat Paine, abogados, y Juan Winthrop, profesor de matemáticas en el colegio de Harvard.

Samuel Adams era uno de los más perfectos modelos, como patriota desinteresado y eminente republicano, uniendo a esto una severidad y sencillez en sus costumbres sin ejemplo en ningún país ni época. En el año 1743, hallándose en el colegio de Harvard, dio a conocer las ideas políticas que no abandonó en toda su vida, sosteniendo una tesis notable que le hizo alcanzar su celebridad en la literatura. Samuel Adams era además un verdadero puritano en religión; grave en sus maneras, de una moral austera, sencillo y frugal en sus gustos, costumbres y deseos, celoso e incorruptible como defensor de la libertad americana, dotado de profundos conocimientos y de inflexible firmeza de voluntad, siendo además infatigable en el trabajo, tranquilo y sereno en el peligro. A todas estas virtudes uníase una notable elocuencia y gran facilidad en el decir. Adams defendió la libertad de sus paisanos contra la opresión de Inglaterra, y sus principios religiosos contra la impía doctrina de Paine. Ni faltó nunca a los severos principios de la moralidad, ni varió tampoco en sus opiniones políticas, y su constante objeto fue más bien merecer la estimación del mundo por su honradez y

virtud, que no obtenerla por medio de la adulación. Pobre, sin desear las riquezas, ocupó sucesivamente los más elevados puestos en el Estado de Massachusetts, sin que por esto aumentara nunca su fortuna, y después de una vida activa y útil, durante la que despreció sus propios intereses en beneficio de los demás, murió sin obtener ni desear ninguna otra recompensa que la tranquilidad de su conciencia, la persuasión de que su país era feliz y la de que se había granjeado el respeto y veneración de sus conciudadanos.

Algunos críticos que han escrito su historia, la censuraron, y adviértase que la censura es por demás interesante por la extraña manera con que se aplica a los modernos hombres de Estado, diciendo que su carácter era más notable que su genio, y que sus ideas eran mucho más elevadas que liberales. Es indudable que tanto en sus sentimientos religiosos como políticos, se revelaba alguno de esos principios peculiares y cualidades que formaban el carácter distintivo del pueblo de Nueva Inglaterra; pero de todos modos, era más inclinado a la piedad y a la devoción que al exagerado fanatismo de algunos de sus antecesores.

Hancock se diferenciaba mucho de Adams por sus costumbres, carácter y condición, pues era dueño de una inmensa fortuna y ostentaba un espléndido tren, aunque es cierto que no hacía mal uso de aquella, puesto que si bien gastaba mucho en sus placeres, era generoso y desprendido con las personas necesitadas, distinguiéndose por sus obras de caridad, hasta el punto de reconocer todos que prefería la estimación de sus conciudadanos a las riquezas, las cuales se hallaba siempre dispuesto a sacrificar por la causa de su país. Cortés y caballeroso en sus maneras, entusiasta en sus opiniones y dotado de una impetuosa elocuencia, aunque no de un genio brillante y fecundo, abrazó la causa popular con indecible ardor, y dejando para otros patriotas más filósofos la observancia de la virtud y el cuidado de reprimir la licencia, consagróse exclusivamente a obtener todo aquello que pudiera satisfacer inmediatamente los deseos del pueblo.

Hancock abrigaba esperanzas de que la Gran Bretaña se reconciliase con su país, al contrario de Adams, quien, después de promulgarse el decreto del impuesto del sello, ni esperó ni deseó semejante resultado, y cuando a consecuencia del rompimiento de ambos países se trató de formar una Constitución republicana en América, él fue quien se mostró más deseoso de organizar un Gobierno fuerte y enérgico, en el cual los magistrados, aunque elegidos por el pueblo, tuviesen suficiente autoridad para reprimir las pasiones o el capricho popular. Hancock, por el contrario daba la preferencia al principio democrático, complaciéndose en satisfacer siempre los deseos del pueblo. Adams era llamado el *Catón*, y Hancock, el *Lúculo* de Nueva Inglaterra. Entre las primeras generaciones de los habitantes de este país, la severa virtud de Adams, compitiendo con el alegre carácter de Hancock, hubiera obtenido todos los sufragios de sus conciudadanos, pues las costumbres y los actos de Hancock eran más bien tolerados que aprobados; pero habíase verificado últimamente un cambio en la opinión pública, y a causa de esto, Hancock llegó a ser el hombre más popular de Massachusetts. La gran masa del pueblo le consideraba como su ídolo, y todos, menos una pequeña mayoría compuesta de graves y severos puritanos, le preferían a Adams.

Cushing era menos distinguido por su energía y talento que por descender de una familia muy conocida en Nueva Inglaterra por su ardiente piedad y liberalismo.

Bowdoin, uno de los más ricos de Massachusetts, era también hombre de no escasas disposiciones, de buen criterio, muy liberal y honrado, y sobre todo firme y constante patriota.

Cooper, piadoso, elocuente y cumplido ciudadano, era tan buen político como buen ministro del altar, y él fue uno de los que declaró que la tiranía era opuesta no sólo a la libertad civil, sino a la religiosa. Cuando se anunció la creación del impuesto del sello tomó una parte activa en favor de las libertades de su país, siendo a la vez colaborador de algunas publicaciones que salieron a luz en Boston, y corresponsal del Dr. Franklin. Cooper podía considerarse como un hombre eminente, celoso por los adelantos en la instrucción, amigo de la piedad y de la virtud, y seguramente su carácter sacerdotal contribuyó no poco a que fuese un gran político.

Quincy, distinguido abogado y orador, era descendiente de uno de aquellos barones ingleses que obligaron al rey Juan a firmar la Carta Magna, y así no es de extrañar que hubiese heredado el

espíritu de su antecesor y su grandeza de ánimo a través de un período de cinco siglos. Él fue uno de los protomártires de la libertad americana, en defensa de la cual, tanto con sus palabras como con su pluma, desplegó una energía tan desproporcionada a sus fuerzas físicas, que murió poco tiempo antes de haberse declarado la independencia de América.

Roberto Treat Paine, uno de los más eminentes abogados de Massachusetts, era altamente apreciado por su inteligencia, firmeza y celo, y como resuelto campeón de la libertad americana, admirábasele universalmente por la brillantez de su talento y la rectitud de sus opiniones políticas.

Vinthrop. heredero de una de las mas respetables familias de Nueva Inglaterra, conservó el lustre de su nombre, distinguiéndose por sus profundos conocimientos en las ciencias y en la literatura, por su carácter y religiosas virtudes y por sus constantes esfuerzos para defender las libertades de su país.

En aquel año fue cuando la Asamblea de Massachusetts, con objeto sin duda de excitar el interés popular en los procedimientos de la Cámara, adoptó una medida que se llevó inmediatamente a efecto, resolviéndose que los debates fuesen públicos, a cuyo fin se construyó una galería para aquellos que quisieran asistir a las sesiones. Esto excitó la emulación en los oradores del pueblo, que deseaban que les escuchasen sus conciudadanos, inspirándoles al mismo tiempo nuevo ardor la presencia de aquellos. La elocuencia, así como la música, es a veces más poderosa que la razón y comunica valor a los corazones despertando los más nobles sentimientos.

En la Carolina del Sur contábanse muchos defensores de las libertades del país, pero el más notable, a no dudarlo, era Juan Rutledge, hombre dotado de grandes conocimientos, activo, enérgico, resuelto, y como orador, más notable, si cabe, que Patricio Enrique; Cristóbal Gadsden, de franco y leal carácter, intrépido, recto, y decidido republicano[134]; y Enrique Laurens, patriota celoso y diestro político, que se distinguió más tarde de una manera notable por la dignidad, talento, valor y constancia con que se consagró al servicio de América. Además de éstos citaremos a Eduardo Rutledge, hermano de Juan, cuya elocuencia era tan insinuante como impetuosa la del otro; David Ramsay, hombre muy instruido, y tan religioso y austero como entusiasta patriota, siendo además notable como orador y escritor elegante. Al comenzar la controversia con la Gran Bretaña, Ramsay se declaró decidido partidario de la independencia americana, y después de contribuir valerosamente para alcanzar el objeto común, describió aquella lucha gigantesca, escribiendo una de las mejores y más imparciales historias de la revolución que hayan visto jamás la luz pública[135].

La breve administración del marqués de Rockingham terminó en el mes de junio de 1766, formándose un nuevo ministerio en el que figuraba como jefe nominal el célebre Pitt, a quien se había concedido el titulo de conde de Chatam, y el cual no pudo tomar parte en los negocios públicos por hallarse enfermo. Lord Shelburne y el general Conway fueron nombrados secretarios de Estado, Camden, Lord Canciller, y Carlos Townshend canciller del Exchequer. Este ministerio era en sí tan heterogéneo, que al anunciar su formación Burke lo comparó con una pieza de mosaico, porque en él figuraban patriotas y cortesanos, amigos del rey y defensores de la república, *Whigs* y *Tories*, falsos amigos y francos enemigos, una mezcla, en fin, que no dejaba de ser curiosa, pero que carecia de elementos para formar un Gobierno estable. La resistencia de los colonos enojaba mucho al rey y al ministerio, así como también al pueblo, y la opinión general, fortalecida por las representaciones de los gobernadores, convino al fin en que era preciso desplegar mas resolución para someter de una vez a las rebeldes colonias.

En la primera sesión que tuvo el Parlamento después de formarse el nuevo ministerio, es decir, en el mes de enero de 1767, Townshend, hombre de brillantes cualidades, pero de falsos principios, presentó un nuevo proyecto, creando un impuesto sobre América, lo cual hizo instigado por las repetidas instancias de Grenville, que estaba muy resentido por su anterior derrota. «¡Sois

---

134 Cuando estalló la guerra de la Revolución, dijo Boone, gobernador real de la Carolina del Sur: «Dios sabe cómo acabará esta desgraciada lucha, y qué es lo que intentan los jefes populares de la colonia; pero yo sé que Gadsden es un hombre honrado.»

135 *Historia de los Estados Unidos*, por Grahame, vol. II, pág. 416.

unos cobardes, dijo este hombre de Estado dirigiéndose a los ministros, pues veo que os inspiran temor los americanos, y no os atrevéis a imponerles una contribución!» Al oír esto, levantóse encolerizado Townshend y exclamó: «¡Que somos unos cobardes! ¡Que tenemos miedo! ¡Que no nos atrevemos a imponer una contribución a los americanos! Pues yo os digo que yo solo me atrevo a ello.» «Me alegraria verlo», contestó Grenville. «Pues lo veréis,» repuso Townshend.

El proyecto de este ministro estaba basado en la diferencia que había establecido Pitt entre la contribución directa y los impuestos para regular el comercio, y fundándose en esto, proponía que se fijasen derechos sobre el té, las pinturas, el papel, el cristal y el plomo, artículos todos que se importaban en América como productos de la Gran Bretaña. Manifestábase en dicho proyecto que el principal objeto de esta medida era atender al sostenimiento de los gobiernos civiles, cubrir los gastos que ocasionase el ejército permanente, y fijar sueldos a los gobernadores para que no tuviesen que depender de las Asambleas coloniales. Pitt se hallaba entonces en el campo a causa del mal estado de su salud, y el *bill*, aprobado sin gran oposición, fue confirmado por el rey el día 29 de junio. A fin de poner en ejecución el nuevo decreto y los publicados anteriormente, que tan mal recibidos fueron por los americanos, toda vez que se resistieron a obedecer, estableciόse en Boston una Junta de comisarios, y después de esto, los ministros, sin hacer aprecio de las observaciones de la Asamblea de Nueva York, que se había negado siempre a suministrar alojamiento a los soldados, remitieron a dicha corporación una orden prohibiendo que continuara sus procedimientos legislativos hasta tanto que la colonia se sometiera a la nueva ley.

Los decretos por los cuales se creaban nuevos impuestos, fueron muy mal recibidos en América, donde la excitación del pueblo en todas partes iba aumentándose por momentos. Quizás en otro tiempo y en distintas circunstancias no hubiera sido la oposición tan grande, pero entonces hallábanse las colonias muy exasperadas, y esto les hacía mirarlo todo con recelo, induciéndolas a resistirse a cuanto tuviese por objeto obligarlas a pagar un impuesto en una forma que juzgaban atentatoria contra sus derechos como ciudadanos libres. Cuando Jorge III y su Parlamento, como dice Mr. Guizot, guiados por un espíritu de orgullo y por el deseo de conservar su prerrogativa, más bien que con el objeto de obtener grandes ventajas, trataron de poner a contribución las colonias sin su consentimiento, formóse un numeroso y entusiasta partido, dispuesto a resistirse en nombre del derecho y de la honra nacional a semejante medida.

El impuesto no era pesado para los colonos, pero recaía en esa clase de hombres que no miran tanto sus intereses como las cuestiones de honra, y que no están nunca tranquilos si aquella no queda satisfecha. Al empezarse la contienda, Washington, que representaba la opinión general, opinión fundada en la más sana política y en el más recto juicio, se expresaba en estos términos: «Y después de todo, ¿por qué estamos disputando? ¿es acaso por no pagar tres peniques sobre cada libra de té? No; nosotros disputamos solamente por nuestro derecho.»[136] Pero el ministerio inglés, poseído de una fatuidad inexplicable, se hallaba resuelto a proseguir la línea de política que se había trazado, arrostrando toda clase de consecuencias, en tanto que los colonos, que iban profundizando cada vez más la grave cuestión que agitaba todo el país, mostrábanse diariamente menos dispuestos a sufrir la presión del Parlamento. En una obrita de Dickinson, titulada: *Cartas de un arrendatario de Pensilvania a los habitantes de las colonias Británicas*, se discutía el asunto de los nuevos impuestos, negando que el Parlamento tuviese derecho para imponerlos. Franklin hizo circular en Londres estas cartas, que fueron atentamente leídas, y ejercieron una poderosa influencia para convencer a todos de cuán injusto e inconstitucional era el tratar de imponer contribuciones en América. Por su parte los periódicos de las colonias, cuyo número ascendía entonces a veinticinco, comenzaron también a discutir sobre este importante asunto.

Bernard se negó a reunir el Congreso general para que se tomasen en consideración los nuevos decretos; pero a fines de octubre hubo una sesión pública en la que se acordó proteger las fábricas y la industria del país, suprimiendo la importación de los géneros británicos, cuyo ejemplo fue seguido por Massachusetts, Connecticut Nueva York y Filadelfia.

136 *Escritos de Washington*, vol. II, pág. 392.

En 30 de diciembre reunióse el Congreso general y se nombró un numeroso comité para que se enterara detalladamente de la situación de las provincias, remitiéndose al mismo tiempo a Dennis de Berdt, agente colonial en Londres, ciertas instrucciones y una petición al rey, solicitando la confirmación de la Carta original, con cuyas condiciones se habían conformado los colonos en otro tiempo. En dicha solicitud hacíase referencia a la Carta concedida por Guillermo y María, que otorgaba las libertades fundamentales de que gozaron desde un principio las colonias, y después de reconocer la autoridad del Parlamento en todos aquellos casos en que ésta no se opusiera a los derechos constitucionales, expresáronse los exponentes de este modo:

«Con el más profundo respeto hacemos presente a V. M., que el Parlamento, de cuyas rectas intenciones no dudamos, ha tenido a bien aprobar varios decretos por los cuales se imponen contribuciones a vuestros súbditos de América, con el único y especial objeto de crear una renta. Si los súbditos de V. M. han de verse privados del privilegio de contribuir voluntariamente para el sostenimiento del Gobierno y autoridades del rey en la provincia, así como para la defensa de los territorios de América, lo cual hemos hecho siempre hasta aquí con el mayor gusto; y si los decretos del Parlamento han de llevarse a cabo, teniendo los Comunes de la Gran Bretaña el derecho de disponer de la propiedad de los habitantes de esta colonia, debemos reconocer, poseídos del más profundo sentimiento, que sólo nos queda ya el nombre de súbditos libres. Comprendemos que, atendidas las circunstancias locales, es sumamente difícil que esta provincia esté representada en el Parlamento, razón por la que V. M. tuvo a bien dirigirse a esta Asamblea general, siempre que se necesitaron auxilios, los cuales hemos facilitado hasta donde lo permitían nuestros alcances, excediéndonos a veces a costa de algunos sacrificios. Por esta razón sería muy sensible que los leales súbditos de V. M. se viesen requeridos de un modo que revela desconfianza de aquellos que siempre acataron gustosos y con la mejor voluntad las órdenes de su monarca.»

Además de esta petición al rey, escribiéronse cartas a Lord Shelburne, al general Conway, al marqués de Rockingham, a los Lores Camden y Chatham, y a los Lores Comisarios del Tesoro. En el mes de febrero de 1768 se redactó asimismo una circular para las demás colonias, invitándolas a que contribuyesen a la defensa común de sus derechos, cuyo documento terminaba con el siguiente párrafo: «Tengamos confianza en el rey, que es nuestro padre común, y esperemos que uniendo muestras súplicas, atenderá favorablemente a sus súbditos americanos.»

El ministerio inglés temía naturalmente toda medida que tuviese por objeto la unificación entre las colonias, y por lo tanto, Lord Hillsborough, nombrado últimamente secretario de aquellas, se dirigió al gobernador Bernard, recomendándole influyese en la Cámara de los Representantes para que se retirara la citada circular, declarando que este documento no merecía la aprobación de la Asamblea. En caso de una negativa, el gobernador debía disolver aquella. El secretario remitió también una circular con las mismas instrucciones a los demás gobernadores reales, expresándose de este modo: «S. M. considera que esta medida es por demás peligrosa y hostil, y que tiende a excitar los ánimos de los leales súbditos de las colonias, por cuya razón, es el deseo de nuestro soberano interpongáis vuestra influencia para destruir todos los planes encaminados a turbar la paz y el orden público, siendo preciso aconsejéis a la Asamblea de esa provincia no tome en consideración la circular últimamente redactada por creerla improcedente y atentatoria contra la tranquilidad de las colonias.»

Cuando Bernard trasladó dicha comunicación a la nueva Asamblea, ésta manifestó que la circular se había pasado ya previos los trámites legales, y que por lo tanto no le era dable acceder a sus deseos, en atención a que «el votar un acuerdo desaprobando la medida adoptada por la Asamblea anterior, era lo mismo que negar el derecho que tiene todo súbdito para elevar sus quejas al rey, y que si los votos de la Cámara habían de sufrir la presión del ministerio, debían considerarse las colonias privadas completamente de su libertad de acción. La Asamblea manifestó, además, que por una mayoría de noventa y dos votos contra diez y siete se había resuelto no rescindir los acuerdos. Al día siguiente, el gobernador Bernard disolvió la Cámara de los Representantes.

En las demás colonias no se hizo tampoco aprecio de las intimaciones del ministerio, y cuando el gobernador Sharpe trasladó la comunicación de Lord Hillsborough a la Asamblea de Maryland, ésta contestó atrevidamente con las siguientes palabras: «No podemos menos de reconocer que la medida adoptada por los ministros de Su Majestad tiene por único objeto privarnos de la libertad de comunicarnos con las colonias y de unir nuestras súplicas para elevarlas al rey. Profesamos el más profundo y leal afecto a nuestro soberano, y reconoceremos siempre la autoridad constitucional del Parlamento Británico, pero nunca dejaremos de hacer lo que creamos justo, sin que nos intimiden algunas pomposas palabras.» Las Asambleas de Nueva York, Delaware, Virginia y Georgia, expresaron los mismos sentimientos en lenguaje más o menos resuelto, y en su consecuencia, y con arreglo a las instrucciones recibidas del Gobierno inglés, fueron disueltas por los gobernadores reales.

La llegada de los oficiales últimamente nombrados para recaudar los derechos de aduanas, no fue seguramente muy a propósito para calmar la excitación pública, y antes bien, por el contrario, era evidente que de un momento a otro podrían ocurrir disturbios, como efectivamente sucedió de allí a poco. En el mes de junio de 1768 fue apresada la balandra *Libertad*, perteneciente a Hancock, por haberla sorprendido haciendo el contrabando, pero antes de proceder a la captura, los oficiales, que temían encontrar resistencia, solicitaron el auxilio del comandante de un buque de guerra que estaba en el puerto, y de este modo obligaron a la *Libertad* a ponerse al alcance de los cañones. A consecuencia de esto estalló inmediatamente un motín; reunióse la multitud, y después de apoderarse de los oficiales, que por fortuna pudieron escapar con vida, asaltaron sus casas y arrastraron su bote por toda la ciudad, después de lo cual le prendieron fuego. No pudiendo el gobernador proteger a los oficiales, aconsejóles que saliesen de Boston, lo cual hicieron embarcándose en el Romney, buque de guerra que los condujo al castillo Guillermo. Habiéndose reunido luego un Comité para entender en este asunto, declaróse, que aunque las circunstancias extraordinarias que concurrieron en el apresamiento de la balandra podían en cierto modo atenuar la criminalidad de los trastornadores, procedía no obstante que el gobernador se apoderase de sus personas para formarles causa. Este dictamen fue aprobado por el Consejo, pero a causa de haberse disuelto la Asamblea, no se tomó en consideración en la Cámara, y dejaron de seguirse los procedimientos.

La excitación del pueblo de Boston se acrecentó en gran manera poco tiempo después con motivo de haber enviado los oficiales del Romney una ronda de matrícula que se apoderó de varios marineros, hijos de la ciudad, contraviniendo así directamente a lo prevenido en una orden del Parlamento, en la cual se expresaba: «Que ningún marinero o individuo que estuviese sirviendo en un crucero o buque mercante de América, así como tampoco los que se encontraran en tierra, podría ser cogido por ningún oficial u oficiales de los buques de guerra de S. M.» Los notables de Boston se reunieron a consecuencia de aquel hecho, y la solicitud que elevaron al gobernador, rogándole que interpusiera su autoridad para evitar en lo sucesivo semejantes abusos, demuestra a qué estado de alarma, inquietud y hasta desesperación se hallaban reducidos. Entre otras cosas manifestaron, que mientras esperaban una contestación a las peticiones dirigidas al rey, se veían invadidos por una fuerza armada que arrestaba muchas personas, contrariamente a lo prevenido en una orden expresa del Parlamento; que se les había amenazado de una manera insultante, propia tan sólo de gente bárbara, y que a causa, en fin, de haberse entorpecido su navegación, parecía que la ciudad se hallaba en estado de sitio. Dicha solicitud terminaba con estas palabras: «Luchar contra la madre patria es en nuestro concepto recurrir al último extremo; pero rendirnos y renunciará los derechos que aseguran nuestras vidas y haciendas, sin oponer resistencia, es una cosa tan humillante que ni siquiera debemos pensar en ella.»[137]

Habiéndose recibido en Boston la noticia de que iban a llegar dos regimientos procedentes de Halifax, de cuya nueva fue portador un oficial que envió el general Gage desde Nueva York, con encargo al mismo tiempo de que buscase alojamiento para las tropas, reuniéronse el 12 de

137 *Historia civil y política de los Estados Unidos*, por Pitkin, vol I, pág. 220.

septiembre en sesión pública los principales habitantes de la ciudad y se instó al gobernador para que con la mayor urgencia convocara un nuevo Congreso. Bernard, siguiendo las instrucciones que recibiera, rehusó hacerlo, por cuya razón acordóse organizar una Junta bajo el pretexto de que se temía una guerra con Francia, y reunida que fue aquella, se aconsejó a todos, de una manera harto significativa, que se proveyesen de armas de fuego lo más pronto posible, consagrándose un día a la oración y al ayuno. A consecuencia de esta medida, reuniéronse el 22 de septiembre los delegados de más de cien pueblos, y pidieron también al gobernador que se convocara el Congreso general, pero Bernard, no sólo se negó rotundamente, sino que calificó de sediciosa la reunión que habían tenido. En vista de aquella respuesta, la Junta, después de estar cuatro días en sesión permanente, acordó prescindir de la autoridad del gobernador y elevar una petición al rey para sincerarse del cargo que acababa de hacérseles. «De este modo, dice Mr. Hildreth, empezaron a organizarse esas Juntas populares que a los pocos años debían asumir toda la autoridad política de las colonias.»[138]

Al poco tiempo llegaron las tropas de Halifax, pero el Consejo rehusó adoptar medidas para que se les facilitase alojamiento, y aun se temió que el pueblo se opusiera al desembarque de los soldados. A causa de esto, apuntáronse a la ciudad los cañones de los buques, y protegidas así, saltaron las tropas a tierra y penetraron en Boston con bayoneta calada y seguidas de numerosa artillería. Los habitantes no quisieron alojar a los soldados, pero uno de los regimientos se acuarteló provisionalmente en Faneuil Hall, mientras que el otro levantaba sus tiendas a poca distancia de allí. Al otro día dispuso el gobernador que una parte de las tropas ocupara la Casa de la Ciudad, dejando sólo libre la cámara del Consejo, y que se estableciese a la puerta una guardia con dos piezas de artillería. Precisamente era aquel día domingo y por cierto que nunca se viera otro semejante en Boston, pues hubiérase dicho que la ciudad se hallaba sitiada, porque todos los edificios públicos estaban llenos de soldados, y las calles cuajadas de centinelas que provocaban a los transeúntes. ¿Cómo extrañar, pues, que el pueblo se resintiera de aquellos insultos y que tratase de oponer una enérgica y obstinada resistencia?

Al abrirse el nuevo Parlamento, produjéronse en ambas Cámaras los documentos relativos a las colonias, y en particular los que se referían a los últimos procedimientos seguidos en Boston. Fuertemente sobreexcitados contra los colonos de América, y casi considerándolos como esclavos que no tienen derecho para oponerse a órdenes superiores, las dos Cámaras del Parlamento elevaron una exposición al rey, recomendando la adopción de vigorosas medidas para que se prestase una obediencia pasiva, y aun llegaron a suplicar al monarca que diera orden para que el gobernador de Massachusetts practicara averiguaciones, e informase quiénes eran las personas acusadas del crimen de traición desde el año 1767, con objeto de enviarlas a Inglaterra para que se les formase causa. Esta proposición, como es fácil suponer, resintió en gran manera a los colonos.

La legislatura de Massachusetts no se hallaba reunida cuando se tuvo conocimiento en América de la citada exposición; pero la Cámara baja de Virginia, que comenzó a celebrar sus sesiones poco después, se apresuró a tomar aquel documento en consideración, y se dictaron varios acuerdos declarando, que solamente los representantes de la colonia podían crear impuestos, y que el rey no tenía derecho para exigir la extradición de ningún criminal de la colonia. La Asamblea resolvió asimismo elevar una exposición al rey, manifestando en términos dignos y respetuosos, que la Cámara baja de Virginia opinaba que eran fundadas las quejas de los colonos.

Cuando el gobernador Lord Botetour tuvo noticia de esto, disolvió inmediatamente la Asamblea, pero la corriente de la oposición era demasiado fuerte para que pudiera resistirse, pues habiéndose reunido los miembros de aquella en una casa particular eligieron como orador a Peyton Randolph, y dictaron varias medidas para que no se importasen los géneros británicos. Las demás colonias siguieron este ejemplo, y de allí a poco dejaron de recibirse todos los artículos ingleses que por la vía de Boston llegaban a Salem, Nueva York y Connecticut.

El 31 de mayo se reunió en Boston el Congreso general, y habiendo declarado sus miembros que era impropio celebrar sesiones en medio de la fuerza armada, recurrieron al gobernador,

---

138 *Historia de los Estados Unidos*, por Hildreth, vol. II, pág. 547.

pidiéndole mandara retirar las tropas; pero como éste manifestase que no tenía suficiente autoridad sobre aquellas, resolvió la Cámara suspender sus tareas por entonces. En 13 de junio dispuso el gobernador que la Asamblea se reuniese en Cambridge cuando volviera a celebrar sus sesiones; mas habiendo sabido aquella que Bernard se disponía a marchar a Inglaterra, votó unánimemente una petición solicitando se destituyese a dicha autoridad, con tanto más motivo, cuanto que acababa de exigir a la colonia, no sólo que reintegrase los gastos ocurridos para alojar a las tropas, sino también que preparara fondos para este objeto en lo sucesivo.

La solicitud o petición redactada por la Cámara estaba concebida en estos términos: «Los decretos relativos al impuesto, la expectativa de que llegará de un momento a otro la fuerza armada a fin de ponerlos en ejecución, y el temor de que se obligue a los habitantes a facilitar alojamientos, son suficientes motivos para que sea general el descontento en esta colonia. El haberse disuelto el Congreso, negándose el gobernador a convocar otro, y el verse reducido el pueblo al mayor estado de desesperación, nos obligan a formar con la mayor urgencia los Comités necesarios para adoptar los medios oportunos a fin de restablecer el orden y la tranquilidad, elevando después nuestras quejas al trono para que el monarca interponga su influencia en favor de nuestros derechos. El establecimiento de un ejército permanente en la colonia, en tiempo de paz, no sólo es una violación de aquellos, sino también una medida contraria a la Constitución Británica, y el enviar fuerza armada bajo el pretexto de prestar auxilio a la autoridad civil, es altamente peligroso para el pueblo, a la par que improcedente e inconstitucional.»

El 12 de julio, habiendo convocado el gobernador a los miembros de la Cámara para que manifestaran terminantemente si querían o no facilitar alojamientos a las tropas, contestaron aquellos lo siguiente: «De todos los impuestos, incluso el del sello, éste es uno de los mas injustos, y por lo tanto V. E. nos permitirá le manifestemos claramente, que tanto por nuestra honra y decoro, como por respeto a nuestros representantes, no podemos ni debemos acceder a las exigencias que se nos imponen.» En vista de esta declaración, el gobernador prorrogó el Congreso hasta el 10 de enero, y marchó a Inglaterra a principios de agosto. La dirección de los negocios quedó encomendada al teniente gobernador Hutchinson, y en tanto Bernard, a pesar de su impopularidad en Massachusetts, adquirió un título al llegar a su país en recompensa del celo con que sirvió al ministerio.

Puede fácilmente suponerse que Virginia y Massachusetts no fueron las únicas colonias que se opusieron a las medidas del ministerio inglés, pues antes bien por el contrario todas las demás imitaron el ejemplo, conviniendo en que debían defender sus derechos a todo trance. Con este motivo empezaron a formarse dos partidos, el primero llamado de los *Tories*, compuesto de los partidarios de la madre patria, y el segundo conocido con el nombre de los *Whigs*, los cuales se oponían a los impuestos decretados por el Parlamento. Sólo Nueva York pareció que contemporizaba, y no hicieron demostraciones de esta especie. Ya hacía dos años que no se había reunido ninguna Asamblea, pero al fin, los hombres de ideas moderadas, que estaban por los medios conciliatorios, consiguieron, a costa de grandes esfuerzos, obtener una mayoría en la nueva Asamblea, convocada en el mes de septiembre. Los más ardientes patriotas se mostraron en extremo resentidos porque aquella cedió en la cuestión de suministrar alojamiento a las tropas, y Alejandro M'Dougal, uno de los *Hijos de la Libertad*, censuró su conducta de un modo tan ofensivo, que la Asamblea le mandó arrestar.

Habiendo llegado a ser evidente que la creación del nuevo impuesto ocasionaba grandes pérdidas, Lord Hillsborough dirigió una circular a los gobernadores de las colonias, anunciándoles que el ministerio pensaba desestimar todas las cláusulas del decreto de Townshend por las cuales se fijaban derechos sobre los géneros británicos, contrariamente a los verdaderos principios del comercio. Sin embargo, como no se suprimía el derecho sobre el té y seguía proclamándose el derecho del Parlamento respecto a las contribuciones, aquella noticia no produjo un efecto favorable. Los comerciantes reunidos en Boston algún tiempo después, declararon que el haberse desestimado sólo una parte del decreto sería con el fin de apaciguar los ánimos de los fabricantes

ingleses, impidiendo que se retiraran del comercio los de las colonias, lo cual empeoraría la situación de aquel. El resultado de aquella reunión fue resolver que, excepto algunos artículos insignificantes, no se importarían más géneros de la Gran Bretaña hasta tanto que se suprimieran los impuestos. Además de esto, nombróse un Comité para que obtuviera de todos los habitantes una fianza por escrito, mediante la cual se obligasen aquellos a no comprar géneros importados del extranjero, y un segundo Comité se encargó de publicar cuáles eran los cargamentos de los buques que llegaban de la Gran Bretaña, dando a conocer los nombres de los consignatarios.

La política vacilante del Gabinete inglés empezaba ya a llamar la atención por su variable conducta en lo tocante a sus proyectos sobre América. El Parlamento estaba, a no dudarlo, resuelto a obtener una renta de los colonos, pero tan pronto se decidía a poner en ejecución los nuevos decretos como optaba por suprimirlos; y así, haciendo y deshaciendo, amenazando y retractándose, dejaba pasar los días sin tomar una determinación. Deseosos los ministros de establecer la supremacía del Parlamento, pero temiendo a la vez provocar una vigorosa oposición por parte de las colonias, trataron de dictar algunas leyes que pudieran satisfacer los deseos del Gobierno sin excitar la resistencia de los colonos, y si el ministerio inglés se hubiera mostrado entonces bastante magnánimo y generoso para ceder en la cuestión relativa a la creación de impuestos, es indudable que este asunto se hubiera arreglado a satisfacción de ambas partes. Por otro lado, si Inglaterra pensaba seriamente emplear la fuerza, nada podía ser tan desacertado e inútil como hacer concesiones parciales, recurriendo luego a medios extremos, buenos tan solo para irritar los ánimos y provocar la desobediencia.

Es muy posible que entonces se hubieran podido arreglar amistosamente las diferencias entre Inglaterra y las colonias, pero ninguna de las dos partes quería ceder, y los americanos iban mostrándose cada vez menos dispuestos a someterse y a depender de un Gobierno que se hallaba a 3.000 millas de distancia. Además de esto, comenzaron a reflexionar detenidamente acerca de los derechos del hombre, y las discusiones que sobre este punto se suscitaron fueron suficientes para hacerles conocer el valor de la libertad, convenciéndoles al mismo tiempo de que sus propiedades y sus bienes no estaban seguros mientras se hallasen a discreción del Parlamento británico, donde no tenían representación alguna. Por este motivo resolvieron los colonos, no solo oponerse a toda medida encaminada a crear un impuesto, sino también a estar alerta sobre este punto en lo sucesivo.

La presencia de las tropas en Boston era un continuo origen de irritación y enojosas cuestiones, pues los soldados miraban al pueblo como gente turbulenta y sediciosa, y este último consideraba a los soldados como instrumentos de tiranía y opresión. Mutuos insultos y frecuentes provocaciones fueron el resultado de todo esto, hasta que por último, el día 5 de marzo, estalló un motín que tuvo graves consecuencias.

Un grupo del pueblo, que, según parece, había sido derrotado pocos días antes por alguna tropa con quien se batió, resolvió armarse de palos y azadas y fue luego a insultar groseramente a los soldados, a los cuales costó trabajo contener, para evitar que cayesen sobre la multitud. La confusión llegó a ser espantosa: un centinela de la aduana, temiendo sin duda por su vida, llamó en su auxilio a la guardia, e inmediatamente presentóse un piquete de ocho hombres, que enviaba el capitán Preston, lo cual fue suficiente para que se aumentara la furia del populacho, que, dirigiendo una lluvia de insultos a los hombres del piquete, los apedreó después, estrechándolos al fin como en un círculo de hierro. Entonces los soldados cargaron sus mosquetes, pero en aquel momento acercóse un robusto mulato, llamado Attucks, a la cabeza de un grupo de marineros, y excitando a la multitud a que exterminase a los soldados, exclamó: «¡A ellos! ¡a ellos! No temáis nada, porque no se atreverán a hacer fuego; ¡vamos, matarlos de una vez!» Apenas acababa de pronunciar estas palabras, y viendo que Preston se dirigía hacia él, Attucks le descargó un golpe, pero el capitán lo paró con su espada, si bien no pudo evitar que el mulato se apoderase de la bayoneta de un soldado, con el cual comenzó a luchará brazo partido. Entonces los demás hombres del piquete gritaron a su compañero que disparase su arma, lo cual hizo al fin aquel, desasiéndose del mulato, a quien dejó

muerto de un tiro. Cinco soldados hicieron fuego inmediatamente, y mataron tres hombres, hiriendo mas o menos gravemente a otros cuantos, siendo esto bastante para que se retirase la multitud.

El tumulto llegó a ser espantoso; poco después cundió la alarma por toda la ciudad, las campanas tocaron a rebato, mientras se oía el redoble de los tambores, y bien pronto oyéronse los gritos de «¡Los soldados atacan al pueblo!» y miles de ciudadanos corrieron a las armas en todas direcciones, en tanto que algunos habitantes se dirigían presurosos a dar parte al teniente gobernador, quien fue inmediatamente a ver a Preston y le reprendió severamente por haber permitido hacer fuego sin una orden expresa. «¡A la Casa de la Ciudad! ¡A la Casa de la Ciudad!» gritaron algunos; y tal era la furia del populacho, que el gobernador Hutchinson tuvo que retroceder ante él, retirándose a la cámara del Consejo. El pueblo exigió entonces que diese orden para que se retirasen las tropas a sus cuarteles, mas el gobernador contestó que no podía hacerlo, que sentía mucho lo que acababa de suceder, y que tomaría las más rigurosas medidas para castigar a los culpables, si el pueblo se volvía tranquilo a sus casas. Al oír esto, todos se retiraron pacíficamente, las tropas volvieron a sus cuarteles, y se expidió una orden de arresto contra Preston, que fue conducido a la cárcel ínterin se instruía la causa.

A la mañana siguiente, el pueblo volvió a insistir para que se retiraran las tropas, formándose un Comité, que, presidido por Samuel Adams, fue a ver al gobernador y al comandante real para manifestarles, que si las tropas no salían de Boston era de temer estallase de un momento a otro un espantoso motín. Después de muchas vacilaciones por parte de Hutchinson y el coronel Dalrymple, a quienes no gustaba adoptar semejante medida, retiráronse al fin los soldados al castillo Guillermo. La *matanza de Boston*, como se llamó después, causó una profunda excitación en el pueblo, que celebró luego con gran pompa los funerales de las víctimas, resolviendo conmemorar el aniversario en lo sucesivo, para recordar la época en que se vertió la primera sangre a consecuencia de la lucha con Inglaterra.

Honra mucho a los patriotas Juan Adams y Josías Quincy su determinación de formar parte del consejo de guerra que juzgó al capitán Preston y a los soldados en el mes de octubre, y es igualmente digna de alabanza la conducta observada por los jueces. Empleáronse seis días consecutivos en los procedimientos, y al fin Preston y seis de los soldados fueron absueltos, castigándose ligeramente a otros dos, convictos del crimen que se les imputaba. Dícese que el juez llegó hasta a pronunciar las siguientes palabras: «Me afecta profundamente el reconocer que la mayor parte de la culpa recae sobre los habitantes de la ciudad en general.» Por su parte Adams, al hablar en su diario sobre este asunto, se expresaba en estos términos: «Quince guineas fue todo lo que recibí por haber trabajado quince días en la más fastidiosa causa que jamás he visto, exponiéndome a perder una popularidad adquirida a costa de grandes esfuerzos, y siendo objeto de las murmuraciones y hasta de las sospechas del pueblo, que tarda mucho en olvidar sus resentimientos. Aunque fueron muchos los que criticaron mi conducta, me cabe el consuelo de haber obrado en aquella ocasión con la mas estricta imparcialidad, llevando la causa a un feliz resultado.»

Entretanto, según lo dispuesto por Hutchinson, reunióse la Asamblea en Cambridge, donde protestó contra la medida del gobernador, declarando que era una violación de sus derechos, y acordándose al mismo tiempo que sería preciso introducir un cambio radical en la dirección de los negocios públicos a fin de disminuir las vejaciones que estaba sufriendo el pueblo. El Congreso general suspendió luego sus sesiones hasta el mes de noviembre, habiendo resuelto entre otras cosas promover la industria y proteger las fábricas del país. Además de esto, nombró un Comité que se encargase como corresponsal de comunicarse con los agentes de la Gran Bretaña y de las colonias[139]. El acuerdo de la Asamblea de Massachusetts relativo a impedir el uso de los géneros

139 Según Mr. Hildreth, las exportaciones a la Gran Bretaña, de Nueva Inglaterra, Nueva York, Pensilvania, Virginia, Maryland, Carolina y Georgia, representaron durante el año 1770 un valor de 1.014.725 libras esterlinas, esto es 4.493.150 dólares. Las importaciones de la Gran Bretaña para las mismas provincias durante el referido año, representaban la suma de 1.925.570 libras esterlinas, esto es 8.549.749 dólares. La diferencia de las importaciones se pagaba con los beneficios del comercio con España, Portugal y las Indias Orientales.

extranjeros, se adoptó a consecuencia de una resolución de los comerciantes de Boston por la cual adoptaban el plan seguido durante algún tiempo en Nueva York y Filadelfia, de importar todos los artículos usuales del comercio, excepto el té, el cual no debía recibirse en el país sino por medio del contrabando.

Lord North, que acababa de ser nombrado primer ministro precisamente en la misma noche de la matanza de Boston, presentó un proyecto para que se derogara en todas sus partes el decreto de Townshend, excepto sin embargo el derecho sobre el té, que seguiría rigiendo con objeto de demostrar siempre, que el Gabinete estaba autorizado para crear impuestos. El ministerio supuso, aunque no muy acertadamente, que como los americanos saldrían después de todo gananciosos en el arreglo, comprando su té nueve peniques por libra más barato de lo que se vendía en Inglaterra, cederían gustosos, pudiendo de este modo darse por terminada la contienda. Powmall, no obstante, que conocía mejor a sus paisanos, aseguró que no quedarían satisfechos con aquello, puesto que ni aun la derogación de los decretos relativos al impuesto era ya en su concepto suficiente para calmarlos. «Los americanos, observó, reconocen que en cambio de su buena conducta y leal proceder, han recibido pruebas de enemistad, habiéndoseles rehusado el ejercicio de los derechos de que deben disfrutar como hombres libres. En este concepto, ya no solicitarán el apoyo de la Cámara ni recurrirán al Parlamento para que les libre de las vejaciones que sufren.»

En el año 1771 no ocurrió ningún hecho notable en las colonias. Hutchinson fue nombrado gobernador de Massachusetts en la primavera de dicho año, y al reunirse la Asamblea en 1772, manifestó aquel que en lo sucesivo percibiría su sueldo de la Corona, por lo cual no necesitaba depender de la Cámara. Esto, como es fácil conocer, renovaba la primitiva cuestión, y excitó en alto grado la cólera de los miembros del Congreso, los cuales manifestaron al gobernador, que consideraban aquella medida como una violación de la Carta. Hutchinson rebatió sus razones en un extenso escrito que les dirigió luego, y para acordar lo que debía contestarse a éste, celebróse una sesión en el mes de octubre, después de cerrado el Congreso. La respuesta a Hutchinson, fundada en los usuales argumentos, se redactó primeramente por Samuel Adams, y se supone que luego la revisó el mismo Juan Adams, quien, haciendo gala de sus conocimientos como jurista y sin salirse del terreno constitucional, formó uno de los mas notables documentos de Estado que se conocieron durante la época de la revolución. Este documento se remitió a las diversas colonias, y Franklin hizo que se publicara en Londres con un prefacio escrito por su elegante pluma.[140]

Lo que ocurrió algún tiempo después con la goleta *Gaspé*, buque que se había enviado para cobrar los impuestos, prueba cuánta era la animosidad de los colonos. El *Gaspé* había desplegado mucha actividad para hacer cumplir las órdenes relativas a los impuestos, y como era además un continuo obstáculo para los barcos empleados en la bahía de Narraganset, se resolvió destruir el buque tan pronto como se presentase una ocasión favorable, lo cual sucedió bien pronto, pues habiendo encallado el *Gaspé* en un banco de arena, una partida de hombres que salió de Providence, le pegó fuego. Aun cuando se llegó a prometer una recompensa de seiscientas libras al que descubriese a los criminales y un completo perdón a cualquiera de los cómplices, no se pudo saber nada, lo que demuestra harto significativamente que era una cosa ya resuelta entre los colonos oponerse a las medidas de la política inglesa.

---

140 Hutchinson dice que le alarmó mucho el imprevisto y repentino cambio en la marcha de los negocios, y que empezó a tener dudas respecto a su conducta en aquella ocasión, pues evitó tomar parte en la disputa que se originó acerca de la autoridad del Parlamento, por tener motivos para creer que el Gobierno inglés esperaba que las colonias volverían a someterse como en un principio sin discutir puntos de derecho. Sabía además que se había trabajado mucho para persuadir al pueblo inglés, así como también a los ministros, de que tal era el deseo de los americanos, y que las sospechas que abrigaban algunos de que no era así, carecían de fundamento y provenían sólo de los manejos de los gobernadores y otros oficiales de la Corona en las colonias, que obraban con siniestras miras. Pero acababa de tomarse una medida que, llevada a efecto, impediría la sumisión de las colonias, acelerando su separación del reino, por declararse independientes del Parlamento, único lazo que pudiera retenerlas unidas.—*Historia de Massachusetts*, pág. 370.

La impopularidad de Hutchinson se aumentó a causa de un incidente que ocurrió por entonces. Franklin, que era en aquella época agente de Massachusetts, adquirió, no sabemos cómo, ciertas cartas de dicho gobernador y de Oliverio, escritas a un miembro del Parlamento, muerto hacía poco, en cuyas cartas hablaba Hutchinson con harta ligereza del carácter y conducta de los jefes de partido en las colonias, y de la necesidad de adoptar enérgicas medidas para impedir el progreso de lo que se llamaban las libertades inglesas. Franklin envió estas cartas a Massachussetts, con el expreso encargo de que no se copiaran o publicasen; pero cuando algún tiempo después se supo el contenido de ellas, por haber salido al fin a la luz, fue tremendo el efecto que causaron en el público, y el Congreso general elevó una petición al rey en el mes de junio, para que se destituyera inmediatamente a Hutchinson. En el verano del año siguiente, Franklin fue interpelado violentamente ante el Consejo privado por Wedderburne, abogado de Hutchinson, quien le dijo entre otras cosas, que era un *homo trium literarum*, sarcasmo que ofendió muchísimo al filósofo. La petición elevada al rey para destituir a dicho gobernador se calificó de injuriosa e improcedente, y Franklin fue depuesto de su cargo de Administrador de Correos[141].

La Cámara baja de Virginia, estimulada por el celo de hombres como Enrique Jefferson, Ricardo Enrique Lee y otros, había secundado vigorosamente las medidas adoptadas por el Congreso general de Massachusetts, a cuyo fin nombró un Comité encargado de averiguar cuáles eran los actos del Parlamento o del ministerio que pudieran afectar los derechos de los colonos. Lord Dunmore, que era entonces el gobernador, disolvió la Cámara, pero esto no evitó la formación de un Comité, que remitió una carta-circular a los oradores de las diversas Asambleas de las colonias. New-Hampshire, Rhode-Island Connecticut, Pensilvania y Maryland siguieron el ejemplo, nombrando otros Comités, con lo cual se daban los primeros pasos para conseguir la unión política de las colonias.

La injusticia e insultos inferidos a Franklin, la medida adoptada para declarar al gobernador y los jueces independientes de la provincia, asignándoles la Corona sus respectivos sueldos, la irritante política seguida por el ministerio inglés, la creciente excitación del pueblo, aumentada por las reuniones populares, todo, en fin, inducía a los americanos a recurrir a los medios extremos. El empeño de obligar a las colonias a tomar cargamentos de té aceleró la crisis. Este artículo se había acumulado en grandes cantidades en los almacenes de Inglaterra, y según ya hemos dicho antes, esperábase que, suprimido el derecho de exportación, no se opondrían los colonos al odioso impuesto de tres peniques por libra, puesto que aun así compraban el té tres peniques más barato que en Inglaterra. Mas al calcular de este modo los ingleses no contaron con la huéspeda, pues los colonos resolvieron unánimemente, no sólo no usar el té, sino impedir que se desembarcase en América.

En 2 de octubre hubo una sesión pública en Filadelfia, y se redactó una protesta contra los impuestos del Parlamento, acordándose además, «que todo aquel que ayudara a desembarcar té, o lo recibiera o lo pusiera a la venta, sería declarado enemigo de su país.» Los que se suponía que eran consignatarios del cargamento que se esperaba, fueron vigilados por un Comité, pero uno de ellos prometió no tomar aquel artículo, y otro que rehusó hacerlo, tuvo que sufrir una silba del pueblo.

En Boston se escribió un anónimo a los que se sospechaba eran consignatarios de té, citándoles para cierto día y hora bajo el *Árbol de la Libertad*, con objeto de que renunciasen a sus comisiones. El día 3 de noviembre reuniéronse algunos centenares de personas que deseaban ver el resultado; mas como era de esperar, aquellos no hicieron aprecio del aviso, por cuya razón, dos días después, celebróse en la Casa de la Ciudad una sesión presidida por Hancock, y se envió un Comité

141 El Dr. Hosack, en su Memoria Biográfica de Hugo Williamson, leída ante la Sociedad Histórica de Nueva York en noviembre de 1819, asegura que el Dr. Williamson fue quien obtuvo aquellas cartas, merced a su atrevimiento y destreza, enviándolas después a Franklin; pero Mr. Sparks no está conforme con este aserto, pues según su parecer, el Dr. Williamson no podía haberse apoderado de las cartas, las cuales, a su juicio, no se sabe cómo cayeron en manos de Franklin. Ello es que este último no divulgó nunca el secreto. El que quiera enterarse más de este asunto puede consultar los *Escritos de Franklin*, vol. IV, pág. 441, así como también la obra de Bancroft, vol. VI, págs. 435, 490-506.

a los consignatarios, entre los cuales había dos hijos del gobernador, para aconsejarles que no tomasen ningún cargamento. Sin embargo, estos dos últimos rehusaron hacerlo como no recibiesen órdenes de Inglaterra, cuya respuesta indignó a los miembros de la junta. Como se esperaba muy pronto la llegada de los buques, celebróse otra sesión el día 18 de noviembre, y se intimó por última vez a los consignatarios a que no tomasen el té; pero habiéndose negado éstos a semejante petición, no se les volvió a decir una palabra. La noche antes, habiendo sido asaltada por la multitud la casa de Clarke, uno de los consignatarios, éstos solicitaron ponerse bajo la protección del gobernador y Consejo; pero Bowdoin, presidente de la Cámara, manifestó que no quería intervenir en la cuestión ni salir responsable de los artículos confiados a su custodia.

Entre tanto, llegó el primer cargamento de té, y habiéndose convocado una junta el 29 de noviembre en Faneuil Hall, resolvióse amarrar el buque en cierto embarcadero, nombrando una guardia de veinte y cinco voluntarios para que lo vigilase, e intimando al capitán que no descargara si quería evitar un peligro. Como quiera que al día siguiente se reuniera otra vez la multitud, el gobernador declaró que semejante manifestación era ilegal y que por lo tanto mandaría dispersar el pueblo; mas no se hizo aprecio de sus palabras, pues Hancock hizo presente que no podía exigírseles ninguna cosa contraria a la libertad. Los consignatarios expusieron que si se les dejaba descargar el té, lo guardarían en los sótanos hasta recibir nuevas órdenes de Inglaterra; pero el pueblo pidió que los buques se volviesen inmediatamente con su cargamento, y por su parte los empleados de la Aduana rehusaron facilitar la oportuna certificación sin que se descargaran los géneros. De este modo se iba pasando el tiempo, hasta que en el mes de diciembre llegaron otros dos buques, cuya circunstancia indujo a la gran masa del pueblo, cansada de tantas dilaciones, a obrar prontamente.

El día 16 de diciembre se celebró otra sesión en la Casa de la Ciudad, y habiéndose enviado a buscar al dueño de los buques aconsejósele que pidiera al colector la correspondiente certificación para que se pudiesen marchar aquellos, mas el oficial encargado dijo que no podía expedirla. No siendo posible conseguir nada por esta parte, dirigióse el interesado a ver al gobernador, que se hallaba en su casa de campo de Milton, situada a pocas millas de la ciudad, pero volvió por la tarde con una negativa. Hallábanse los tres buques amarrados uno junto a otro en el muelle de Griffin, cuando Josías Quincy arengó a la multitud, para dirigirles en tono solemne y con su ardiente elocuencia las siguientes palabras:

«El espíritu que domina en esta ciudad debe inducirnos a obrar desde luego sin más vacilaciones, y los sucesos de este día serán el preludio de otros de más importancia que pueden conducirnos al puerto de salvación. Mirad siempre al fin, y advertid, que todo aquel que suponga que las pruebas por que tenéis que pasar hoy terminarán con aclamaciones y gritos de triunfo, abriga una loca esperanza. Debemos ignorar la importancia y valor del objeto por que luchamos; debemos ignorar también cuál es la fuerza de aquellos que se han unido contra nosotros; debemos ser ciegos ante la malicia e insaciable saña de nuestros enemigos públicos y privados, y no debéis esperar, en fin, que termine la lucha sin los más graves conflictos, ni lisonjearos tampoco de que las reuniones populares, las arengas y las vanas aclamaciones serán suficientes para vencer a nuestros enemigos. Consideremos desde luego cuál podrá ser el resultado de la contienda; reflexionemos antes de adoptar esas enérgicas medidas que serán el origen de la lucha más espantosa que ha presenciado este país.»[142]

Al pronunciar estas palabras, Josías dirigió al pueblo la siguiente pregunta: «¿Persistís en vuestra resolución de no permitir que se desembarque el té?» Una aclamación inmensa fue la contestación, y como ya iba oscureciendo, el pueblo pidió luces poseído del mayor entusiasmo. Entonces oyóse una voz que gritó: «¡Vamos a tomar el té a la Bahía de Boston! ¡Hurra por Griffin!» Eran las seis de la tarde, hacía un tiempo magnífico, y el populacho se dirigió en tropel apresuradamente hacia el puerto, ansioso de ver lo que iba a pasar. Cincuenta hombres disfrazados de Mohawks precedían a la multitud, y al llegar al sitio donde estaban los buques, saltaron a bordo,

142 *Memoria de la vida de Josías Quincy*, pág. 266.

y apoderándose de trescientas cuarenta cajas de té, las vaciaron en el mar ante la multitud que contemplaba aquella escena silenciosamente. En esta operación se emplearon dos o tres horas, pero se tuvo cuidado de no maltratar ninguna otra cosa, y cuando el té hubo desaparecido completamente entre las olas, retiróse el pueblo tranquilamente a sus casas[143].

Es digno de notar, que ni la tripulación de los buques, ni la tropa, intervino para impedir la destrucción del té, mas es probable se debiera esto a que ninguno sentía ver desaparecer de una vez la causa principal de la disensión. Dícese que el almirante Montague estaba en la tarde del 16 en casa de un amigo suyo, y al ver llegar al populacho que venía del puerto, salió al balcón y dijo: «¡Muy bien, muchachos; supongo que os habréis divertido en grande en vuestra partida de campo, pero advertid que aun os falta pagar el gasto!» «¡Oh, no importa, caballero! —replicó Pitt, uno de los jefes del pueblo—, bajad si queréis, y arreglaremos la cuenta en dos minutos!» Al oír esto el almirante cerró prudentemente la ventana, y la multitud continuó su camino sin hacer ninguna demostración[144].

Los consignatarios de té en Nueva York renunciaron, el 25 de noviembre, a recibir dicho artículo, merced a las advertencias e indicaciones que les hizo la Junta popular. A consecuencia de esto, el gobernador Tryon expidió órdenes para que se llevara el té a los cuarteles; pero a causa del tiempo no llegó el buque que se esperaba hasta el mes de abril del año siguiente, y entonces los pilotos, obrando con arreglo a las instrucciones de un Comité de vigilancia, rehusaron entrar en el puerto hasta asegurarse que no había té a bordo. Habiéndose descubierto sin embargo que se llevaban diez y ocho cajas, arrojáronse al agua, y después de obligar al capitán a levar anclas, le hicieron emprender la vuelta a Inglaterra.

El buque destinado a Filadelfia se detuvo a cuatro millas de la ciudad el día 25 de diciembre, pues habiéndose recibido ya noticias de la destrucción del té en Boston, el capitán juzgó prudente no desembarcar su cargamento, y se hizo de nuevo a la vela para Inglaterra. El buque destinado a Charleston llegó a esta ciudad el mismo día que el de Nueva York arribó a su destino, pero aun cuando se desembarcó el cargamento de té, túvose buen cuidado de ponerlo en sótanos húmedos para que se echase a perder.

Llegados a este punto, y antes de seguir adelante en la narración de los sucesos, será oportuno llamar la atención de nuestros lectores sobre ciertos hechos que hemos omitido por no interrumpir la interesante historia de los días anterevolucionarios.

Habiéndose concluido la paz con los indios en el noroeste, se dio un gran impulso a la emigración, pero el egoísmo y la inmoralidad en las costumbres fueron causa de que se cometiesen grandes injusticias con los indios, siendo el resultado de esto una reñida contienda entre aquellos y los blancos. Los colonos más atrevidos fueron avanzando y estableciéndose en las tierras de los indios, sin tener derecho alguno para ello, y agraviados los indígenas por semejantes usurpaciones, con tanto más motivo cuanto que conocían que la razón estaba de su parte, dirigieron varias reclamaciones a los Gobiernos locales, pero éstas no fueron atendidas. Al fin, el día 6 de mayo, presentóse en el fuerte Pitt una diputación de las Seis Naciones y entregó una petición que fue dirigida acto continuo a la Asamblea de Virginia, cuyo presidente, después de examinado dicho

143 Véase lo que dice Bancroft acerca de la famosa expedición del té en Boston.

144 «Anoche, dice Juan Adams en su diario, se arrojaron al mar tres cargamentos de té, y esta mañana ha salido un buque de guerra. Semejante resolución es de gran importancia, y yo no puedo menos de admirar ese último esfuerzo de los patriotas, que es a la vez digno, majestuoso y sublime. El pueblo no debiera nunca alzarse sino para hacer alguna cosa notable y digna de ser recordada. La determinación de destruir el té es en sí tan atrevida, tan enérgica, tan intrépida e inflexible, y debe producir tan importantes consecuencias, que no puedo menos de considerarla como un hecho que formará época en la historia... Esto, sin embargo, no ha sido más que un ataque a la propiedad: mas tarde podrá adoptarse otra resolución cuyo resultado sea la pérdida de muchas vidas, pues no pocas personas desearían ver flotar tantos cadáveres como cajas de té, aunque yo opino que no se necesitarían tantas vidas para destruir la causa y origen de todas nuestras calamidades. La deplorable complacencia con que Hutchinson, los consignatarios de té y los empleados de aduanas han contemplado la miseria y apuros del pueblo y sus constantes esfuerzos para conseguir que el té fuese devuelto a Londres, resolviéndose al fin a destruirlo, es una cosa que asombra. Es triste pensar que haya personas tan endurecidas y apáticas.»

documento, emitió el siguiente dictamen «Unos cuantos hombres, sin consideración a las leyes naturales de la justicia, olvidando sus deberes hacia la sociedad y sin tener en cuenta las disposiciones reales, se han atrevido a establecerse en las tierras que se hallan cerca de Redstone, Creek y Cheat River, que son propiedad de los indios, y a pesar de las repetidas advertencias que se les han hecho para que comprendan lo peligroso que es infringir las leyes, siguen aun ocupando un terreno que no es suyo, a despecho de las órdenes y de la autoridad del Gobierno.»

El gabinete inglés se vio por último obligado a intervenir en este asunto, y habiendo ordenado a Sir Guillermo Johnson que comprase a las Seis Naciones las tierras ya ocupadas, y algunas más si era posible, celebróse en el fuerte Stanwix un tratado según el cual se concedió una gran extensión del terreno que se halla hacia el Ohio, si bien declararon los indios, que los blancos habían obrado de mala fe para ensanchar su territorio.

La Carolina del Norte, usando el lenguaje de Mr. Grahame, había sido teatro durante algún tiempo de frecuentes desórdenes, que al fin produjeron una insurrección tan completamente ajena al movimiento general que dominaba en América, que poco después se formó un partido realista de los más fuertes que jamás se conocieran, el cual, desistiendo de las opiniones de sus paisanos en general, favoreció las pretensiones de la Gran Bretaña. A decir verdad, la corrupción o ineptitud de los funcionarios del Gobierno inglés fue la que produjo los males que hubo que lamentar más tarde. Ya hemos dicho cuáles eran los abusos de la administración de aquella provincia, abusos que se esperaba desaparecerían al nombrar gobernador a Tryon, si bien quedó defraudada esta esperanza. Una de las exacciones más irritantes consistía en los exorbitantes derechos exigidos por los empleados públicos en toda clase de procedimientos, y en particular en la formación de las escrituras y documentos exigidos por la ley para la validez de las compras y ventas de bienes. Tryon, obrando con arreglo a sus instrucciones, expidió una circular encaminada a reprimir los abusos; pero como, ya por malicia o negligencia, se limitó a tomar aquella medida sin llevar a cabo reforma alguna, su conducta sirvió más bien para sancionar aquellos que para reprimirlos, aumentándose así el descontento general. Además de esto, permitióse, sin que se tratara de remediar el mal, que cierto número de Sheriffs y de recaudadores de impuestos continuaran en descubierto con el tesoro de la provincia, por no haber satisfecho las cantidades recogidas en años anteriores, resultando de aquí un grave perjuicio para los contribuyentes.

Poco a poco fue formándose una sociedad compuesta de un gran número de colonos pobres, que admitidos como miembros de aquella con el nombre de *Reguladores*, acordaron y juraron no pagar impuesto alguno hasta tanto que se aboliesen todos los exorbitantes derechos que venían satisfaciéndose, y se castigara a los dilapidadores. El descontento se aumentó por haber votado la Asamblea una considerable cantidad destinada a construir un palacio para el gobernador, en prueba de gratitud pública por la supresión del impuesto del sello; siendo las quejas tanto más fundadas cuanto que para dicho objeto se decretó el pago de nuevos derechos, precisamente cuando el Parlamento impuso otros sobre el té, el cristal, el papel y las pinturas. Tryon consiguió a duras penas calmar a los *Reguladores* haciéndoles promesas que no se cumplieron. Fanning, uno de los recaudadores de hipotecas, acusado de malversación de fondos, fue encausado poco después, y los jueces reales no le sentenciaron más que a pagar la multa de un penique, aun cuando se probó que era culpable; sentencia más insultante para el pueblo que si se hubiera cometido la injusticia de absolverle por completo.

Este hecho y otros semejantes dieron más vida a la asociación de los *Reguladores*, que, cegados por la cólera y la ignorancia, pronto llegaron a ser instrumento de sus jefes, algunos de los cuales eran locos e imbéciles. Uno de éstos, llamado Few, cuya vida terminó luego en un cadalso, declaraba que había recibido del cielo la misión de librar a todo el mundo de la tiranía, debiendo empezar su obra en la Carolina del Norte. Después de cometer varios abusos, los *Reguladores* se reunieron al fin, en número de dos mil hombres, y manifestaron que su intención era abolir los tribunales de justicia, exterminar a todos los funcionarios públicos y suprimir el Gobierno de la provincia: plan de tendencias democráticas, que sus autores, merced a su ignorancia, creyeron

podrían llevar a cabo. Toda la parte sensata de la población comprendió entonces que era preciso ponerse en guardia contra la locura furiosa de los trastornadores, y viéndose también Tryon en la necesidad de oponerles una vigorosa resistencia, reunió once mil hombres de la milicia provincial para reprimir los abusos de aquella horda de furiosos y castigarles de una vez. El día 16 de mayo diose una batalla en Almansee, en la que quedaron completamente derrotados los *Reguladores*, los cuales tuvieron una pérdida de trescientos muertos y setenta heridos, habiéndose condenado a muerte a doce prisioneros acusados del delito de alta traición. Algunos de los fugitivos que lograron salir de la provincia se sometieron luego al Gobierno bajo un juramento solemne.

Aunque Tryon había disuelto una Asamblea porque secundó las resoluciones de Virginia en 1769, no dejaba de ser popular entre los habitantes mas respetables de la Carolina del Norte, lo cual debió a la actividad que siempre empleara para evitar cuestiones con la Cámara y al celo con que se opuso a una proposición de Lord Carlos Montague, gobernador de la Carolina del Sur, quien quería establecer ciertos límites poco favorables para la provincia del Norte.

Poco después de haber reprimido la insurrección de los *Reguladores*, Tryon fue trasladado al Gobierno de Nueva York, sucediéndole en el puesto que dejaba vacante en la Carolina del Norte un tal Josías Martin, hombre fatuo, mezquino e insolente, que trató de rebajar a su predecesor, defendiendo a todos aquellos que se declaraban partidarios de los *Reguladores*, y recomendándose él mismo al ministerio británico por las continuas disputas que provocó con la Asamblea[145].

A pesar de la activa hostilidad de los indios, no faltaban hombres atrevidos en las fronteras que persistieron en explorar más y más lejos las inhabitadas regiones de la parte del Oeste. Daniel Boone fue uno de ellos, y como hombre acostumbrado a la vida de los bosques, era muy a propósito para el caso. Seducido por las descripciones de un mercader llamado Juan Finley, que había visto de paso la tierra prometida, Boone proyectó una expedición en compañía de aquel, de Juan Stuart y otros tres compañeros, todos los cuales, una vez reunidos, avanzaron hasta una distancia de doscientas millas hacia el Oeste. Al llegar a cierto punto separáronse los expedicionarios, y Boone y Stuart prosiguieron juntos su excursión hasta que en el mes de mayo acertaron a descubrir desde una elevar da eminencia la fértil llanura de Kentucky. bañada por las aguas de un magnífico río. Apenas se pusieron a contemplar el espléndido panorama que se desarrollaba ante su vista, fueron sorprendidos por una partida de indios, de cuyas manos pudieron al fin escaparse. Durante un año, Boone y Stuart fueron los únicos pobladores de aquella tierra prohibida de Kentucky, y aun cuando siempre habían conseguido eludir la persecucion de los indios, marcháronse al fin y volvieron poco después con la intención de establecer una colonia, mas tuvieron que abandonar su empresa, porque los indios los rechazaron del territorio. Al fin, pasado algún tiempo, concluyóse un tratado, por el cual se cedían algunas tierras situadas al sur de Kentucky, y entonces Boome se puso de nuevo en marcha a la cabeza de una pequeña expedición, y abrió un camino que llegaba hasta las orillas del río Kentucky, donde, a principios de 1775, se echaron los primeros cimientos de Boonesborough.

La vida de Daniel Boone merece que digamos sobre ella algunas palabras. Durante la revolución fue hecho prisionero por los indios, pero llegó a captarse de tal modo la simpatía de aquellos salvajes, que le adoptaron como individuo de la tribu, considerándole como un bravo guerrero. Sin embargo, habiendo sabido Boone que acababa de organizarse un cuerpo de tropas inglesas y de indios para invadir el Kentucky y destruir a Boonesborough, emprendió repentinamente la fuga, sin llevar apenas ningún alimento consigo, y recorriendo en el espacio de seis días la distancia de ciento cincuenta millas a través de los bosques y desiertos, llegó a tiempo para dar a sus conciudadanos ciertas noticias importantes que les hicieron desistir del proyectado ataque. Al terminarse la guerra, Boone se estableció como arrendatario: mas por su desgracia, las tierras descubiertas por él habían sido otorgadas a cierto especulador, sin que lo supiese, viéndose por lo tanto precisado a retirarse con el mayor disgusto más allá del Mississippí y a buscar un refugio en las orillas del Missouri, último baluarte de la civilización, donde pudo al fin reposar

145 *Historia de los Estados Unidos*, por Grahame, vol. II, pág. 465.

tranquilamente. Sus conciudadanos, agradecidos, condujeron más tarde sus restos mortales a Kentucky para enterrarlos con los de su esposa en un mismo sepulcro.

Durante el período de su controversia con la Gran Bretaña, dice Mr. Grahame, América fue engrandeciéndose, tanto física como moralmente, a consecuencia de la emigración europea, ofreciendo entonces sus territorios curiosas variedades de la especie humana, con toda la diversidad de gustos y costumbres que era consiguiente. Aquellos rudos colonos, cansados de la tranquilidad y del reposo, habían ido acostumbrándose a las aventuras y a los peligros, a dejar el silencio y la soledad de los bosques, a buscar el refinamiento de la vida culta, y a formar, en fin, una sociedad floreciente y populosa donde la desenfrenada libertad de los primitivos tiempos se redujo al dominio de una prudente legislación y de la más austera moral que jamás se conociera.

No se nos ha trasmitido una noticia cierta acerca de las causas que produjeron la emigración de Europa a América en aquella época, y lo único que podemos asegurar, es que fue muy considerable. Durante los años de 1771 y 1772, el número de emigrantes, sólo del Norte de Irlanda, ascendió a 17.350, la mayor parte de los cuales, que eran fabricantes o arrendatarios, hicieron el viaje a sus expensas, vendiendo antes los bienes que poseían. En la primera quincena del mes de agosto de 1773 llegaron a Filadelfia 3.500 emigrantes de Irlanda, y en el mismo documento que nos da esta noticia, aparece que todos los meses arribaban buques llenos de gente que venía de Holanda, Alemania y especialmente de las tierras altas de Escocia. En el otoño de 1773 presentáronse en las Carolinas unos 700 pobladores irlandeses, y antes de terminarse la estación, hiciéronse a la vela en Bretaña diez buques completamente llenos de montañeses de Escocia, que deseaban establecerse en los Estados de América.

Como la mayor parte de los emigrantes, y en particular los de Irlanda y Escocia, eran personas descontentas por su situación o por el tratamiento que recibieran en Europa, su ingreso en la población de las colonias, como es fácil comprender, no disminuyó ni contrarrestó los sentimientos hostiles que se abrigaban hacia la Gran Bretaña, y que iban adquiriendo más fuerza cada día. Y sin embargo, todas esas personas, especialmente los escoceses, mostrábanse por lo general opuestos a que se rechazara la autoridad de Inglaterra, pues su patriótico afecto, enardecido al verse tan lejos de su país, prevaleció sobre sus prudentes convicciones. Más de una vez, durante la última lucha, los intereses de la Gran Bretaña fueron favorecidos y apoyados por aquellos mismos que en otro tiempo se vieran en la precisión de huir de su país para evitar la miseria y las penalidades.

Entre varios de los emigrantes que seguramente no tenían mucho amor a su patria, contábanse no pocos bribones, a quienes se envió por lo general a las colonias donde se cultivaba el tabaco, cosa que sin duda no agradó a todos, puesto que algunos se volvieron a Inglaterra, si bien la mayor parte permaneció en América, donde se acostumbró al fin al trabajo y a observar una conducta arreglada. Todos los americanos instruidos y los colonos ricos, propietarios de esclavos, censuraron enérgicamente la costumbre que iba tomando la Gran Bretaña de enviarles gente perdida, y hasta en Inglaterra mismo, muchas personas criticaron la conducta de su Gobierno, declarando que aun era peor para un pueblo producir criminales, que reunirse con ellos casual e involuntariamente.

En aquel mismo año, el gobernador Sir Jaime Wright celebró en Georgia una conferencia con una numerosa diputación de los jefes de las tribus de los Creeks, quienes cedieron voluntariamente al rey de la Gran Bretaña varios millones de acres de tierras muy buenas en la parte más fértil y salubre del país, las cuales otorgaban para el pago de las deudas contraídas con los mercaderes europeos que habían traficado con ellos. Entre tanto ocurría una escena muy distinta en Virginia, donde, a consecuencia de una serie de recíprocas ofensas, acababa de estallar una guerra con los indios del Ohio, en la que los colonos europeos, quienes se su pone serían los agresores, merecieron que se les tachase de ser más feroces que sus salvajes antagonistas por las terribles represalias que ejercieron en su sangrienta venganza. El Gobierno de Virginia destacó al fin un cuerpo considerable de milicias al mando del coronel Lewis, quien marchó al encuentro del enemigo, y después de un

encarnizado combate, en el que las tropas coloniales rechazaron a los indios, no sin gran dificultad y sin perder algunos centenares de hombres, ajustóse por último la paz[146].

Refiriéndonos a lo que en su obra dice Mr. Grahame, creemos oportuno transcribir aquí el discurso de Logan, uno de los jefes indios que más sufrieron a consecuencia de la matanza que hicieron los blancos en sus enemigos. Dicho discurso se dirigió al general Gibson, quien lo trasladó luego a Lord Dunmore, gobernador de Virginia. Helo aquí: «Apelo al testimonio de los blancos para que digan si hay alguno entre ellos que al entrar hambriento en la cabaña de Logan no encontrase siempre satisfecho su apetito; si hay alguno que, presentándose desnudo, no fuera vestido por mí. Durante la última guerra, tan prolongada y sangrienta, Logan permaneció tranquilo en su cabaña, haciendo votos por la paz, y tal era mi amor hacia los blancos, que al pasar junto a mí me señalaban los míos exclamando: *¡Logan es el amigo de los hombres blancos!* Hasta pensé vivir con vosotros, pero me lo impidieron las injurias de un solo hombre. En la primavera última, el capitán Cresap, con la mayor sangre fría, y sin que nadie le provocara, mató a todos los amigos de Logan, sin perdonar siquiera a mis mujeres y a mis hijos. Yo no había teñido aun mis manos en sangre humana, pero ante semejante acto abrasóme la sed de la venganza: ¡la busqué, y he matado a muchos de los vuestros, gozándome al verlos caer sin vida a mis pies! Me felicito porque hayáis ajustado la paz con mi país, pero no creáis que mi alegría es debida al temor, porque Logan no lo conoció nunca, ni volverá jamás la espalda para salvar su vida. ¿Hay acaso alguien que llorara después a Logan? ¡No; ninguno!»

La guerra y la política habían ocupado la atención pública desde treinta años antes, es decir, desde que se verificó la Gran Reforma, y el severo Puritanismo iba desapareciendo ante el progreso de otras ideas y sentimientos. Whitfield murió en Massachusets en 1770, pero las opiniones que con tan ardiente celo profesara fueron adoptadas en general por toda la colonia, en tanto que la secta de los *Metodistas*, que nunca tuvo mucha aceptación en América, dejaba su puesto a los *Universalistas*, que empezaban a darse a conocer entonces y que debían producir un cambio en el pueblo de Nueva Inglaterra. Sin embargo, «la lucha armada con la madre patria, según dice Mr. Hildreth, y las ardientes pasiones excitadas por la revolución, impidieron el desarrollo intelectual del pueblo, que en cambio adquirió grandes conocimientos en la guerra y en la política. Por eso encontraremos muchos hombres de Estado y muchos guerreros, pero pocos filósofos, porque éstos sólo se producen en tiempos de paz.»[147]

El colegio de Rhode-Island, conocido ahora con el nombre de Universidad de Brown, establecido primitivamente en Warren en 1764, se trasladó a Providence en 1770. El colegio de Rutger y el de Darmouth, creados, el primero en 1770 y el segundo en 1771, llegaron a organizar nueve colegios más, de los cuales se enorgullecían las colonias en la época de la Revolución. Tres de aquellos estaban dirigidos por los Episcopales, tres por los Congregacionistas, y los restantes por los Presbiterianos, los Holandeses reformados y los Baptistas.

146 *Historia de los Estados Unidos*, por Grahame, vol. II pág. 481.
147 *Historia de los Estados Unidos*, por Hildreth, vol. II, pág. 579.

12.
América se resiste a la agresión. La crisis (1771-1775)

La lucha se hace inevitable. Ignorancia de Inglaterra acerca del espíritu y energía de los americanos. Enojo del ministerio por los acontecimientos de Boston. El mensaje del rey. Orden para cerrar el puerto de Boston al comercio y castigar al pueblo. Bill para regular el Gobierno de Massachusetts. Se adoptan otras medidas coercitivas. Oposicion de Chatham y Burke. Gage, gobernador de Massachusetts. Opiniones de una Junta de Boston. Observaciones de Quincy acerca del bill del puerto. Momento crítico en Boston. Conducta de la Cámara baja de Virginia. Política y opiniones de Washington. Se recomienda la formación del Congreso general. Conducta de las demás colonias. Prevenciones de la Asamblea al pueblo. Se nombran delegados para el Congreso general. Se cierra el puerto de Boston en 1o de junio. La liga. Noble conducta del pueblo de Salem y Marblehead. Día de ayuno en Virginia. Se adoptan nuevas medidas coercitivas. Se aumentan las fuerzas en Boston. Gage fortifica a Boston Neck. Efecto de ciertos rumores sobre el pueblo. La Junta de Suffolk. Sesión del primer Congreso continental. Hombres ilustres. Discursos de Henry y de Lee. Los derechos coloniales. Medidas tomadas por el Congreso. Asociación Americana. Exposiciones. Documentos presentados por el Congreso. Conducta de Massachusetts. Preparativos de guerra. Se aprueban los procedimientos del Congreso. Política de Lord North. Una fanfarronada. Los sentimientos del rey. Elocuente discurso de Chatham. Política del Parlamento. Plan conciliatorio de North. Planes de Burke y Hartley. Política de Gage. Su poder en Boston y su conducta temeraria. Batalla de Lexington.

La resolución tomada por el pueblo de Boston respecto a los buques cargados de té, fue a no dudarlo, una de las más atrevidas, y según ya se dijo, el resultado inmediato debía ser una colisión con la madre patria, por lo cual se entablaron después acaloradas discusiones sobre derechos y privilegios, preguntándose todos cuáles serían las consecuencias en el caso de tener que apelar a la fuerza. El espíritu de los colonos se hallaba excitado en gran manera, mostrándose resueltos a resistir con todas sus fuerzas a las medidas que adoptara el Gobierno inglés, sin que les atemorizase la idea de verter su sangre tratándose de la defensa de sus derechos.

Por su parte el rey no tenía a su lado ninguno que le informara acerca del verdadero estado de las cosas en América, y sólo sentía no haber atendido antes a las reclamaciones que se le hicieran para que se atacase sin restricciones el principio de autoridad. El día 4 de febrero consultó el monarca con el comandante en jefe americano que acababa de llegar de Nueva York, y entre otras cosas díjole este último: «Deseo volver inmediatamente si se han de adoptar medidas coercitivas, porque esos colonos que ahora serían leones, tomando la iniciativa, se amansarán si obramos desde luego resueltamente. Yo creo que enviando cuatro regimientos a Boston habría bastante para evitar cualquier desorden.» ¡Qué poco conocían y apreciaban Jorge III y su consejero el espíritu y energía de los americanos!

Cuando a principios de marzo se recibieron en Inglaterra las noticias de lo que acababa de ocurrir en Boston, el ministerio se indignó altamente, y dedujo en conclusión que era preciso tomar las más enérgicas medidas para someter a los rebeldes colonos. El Gabinete resolvió castigar a la ciudad sumariamente, creyéndose que esto sería bastante para intimidar a las demás colonias antes de que se atreviesen a oponer resistencia a la autoridad. El día 7 de marzo Lord North presentó un mensaje del rey a las dos Cámaras, en el cual se decía lo siguiente: «En vista de los ilegales procedimientos que se vienen observando de algún tiempo a esta parte en la América del Norte, y teniendo en cuenta muy particularmente la violencia y excesos a que se ha entregado la ciudad de Boston, con la manifiesta intención de entorpecer el comercio de este reino y con otros fines subversivos, se ha creído prudente someter este asunto al Parlamento, para que tomándolo seriamente en consideración, dicte las medidas que crea más necesarias, a fin de que se respeten las

leyes y se reconozca la autoridad de la Corona y del Parlamento de la Gran Bretaña sobre las colonias.»

Al presentar este documento observó su señoría: «Que la excesiva tolerancia y consideraciones del gobernador eran harto conocidas, y que la ciudad, con motivo de las últimas ocurrencias, había dado lugar a que se adoptasen las medidas que se creyesen oportunas a fin de castigar la criminal conducta del pueblo, a lo cual coadyuvaría el Parlamento para vindicar el honor de la Corona, tan injusta y osadamente atacado.» Al tomar en consideración el mensaje del rey, la Cámara resolvió contestar: «que haría cumplir las leyes por cuantos medios estuviesen a su alcance, asegurando la dependencia de las colonias respecto a la Corona y al Parlamento de la Gran Bretaña.» El 14 de marzo presentóse a la aprobación un *bill* por el cual se destituía a los recaudadores de la Aduana de S. M. en la ciudad de Boston, prohibiéndose al mismo tiempo el embarque y desembarque de géneros y mercancías en el puerto.

La propuesta de Lord North no encontró mucha oposición, pues los más ardientes defensores de las colonias no podían justificar la violencia cometida por los habitantes de Boston al destruir el té, y hasta Barré y Conway votaron en favor del *bill*, que últimamente fue aprobado, a pesar de haberse opuesto Burke y algunos otros. También varios Pares protestaron contra aquella medida; mas al fin la Cámara de los Lores la aprobó definitivamente, y el 31 de marzo fue sancionada por el rey.

Poco después los enojados ministros presentaron otro *bill*, cuyo objeto, al parecer, era reorganizar el Gobierno de Massachusetts-Bay, pero que en realidad equivalía a una completa derogación de la Carta. Según dicho *bill* autorizábase al gobernador real para nombrar todas las autoridades y funcionarios públicos, incluso los jueces, contrariamente a lo que venia practicándose; y considerando que las juntas populares eran un foco de oposición al Gobierno, se prohibieron por completo, excepto en los casos de que se tratara de elegir representantes. Un tercer *bill*, que tenía por objeto la imparcial administración de justicia, prevenía que para los casos como el del capitán Preston, «toda persona acusada de asesinato o de otro crimen cualquiera, podría ser enviada por el gobernador a otra colonia o a la Gran Bretaña para que se la juzgase.» Barré, Conway, Johnstone, Burke, Fox y otros, se opusieron a estos *bills*, y refiriéndose al tercero, Burke dirigió a la Cámara las siguientes palabras con su acostumbrada energía:

«¿Creéis acaso que semejante ley pueda servir para proteger al soldado, cuyas manos se tiñen en la sangre de sus conciudadanos? Yo no lo creo así. Y en todo caso, ¿quién había de ejecutarla? Muy osado debe ser el que se atreva a ello, pues si el pueblo se halla exasperado de tal modo que sea peligroso juzgar al culpable a su presencia, el gobernador, que lo arranca de sus manos, debe prevenirse contra las consecuencias de semejante medida. El pueblo no se someterá a esa ley: si lo hiciese, no sería digno descendiente de la Gran Bretaña. Habéis cambiado vuestros papeles, y convirtiéndoos en agresores, inferís al pueblo americano el último de los ultrajes, sometiéndole a una ley semejante. En vez de enviar el ramo de olivo, es decir, en vez de derogar vuestras últimas leyes, tan inútiles para vosotros como opresoras para ellos, presentáis desnuda la hoja de la espada. Pedid a las colonias el auxilio que necesitáis, en la forma constitucional, y ellas accederán a vuestros deseos con más liberalidad de lo que pudierais esperar, pues fácil es recordar, aun cuando no fuese más que por los periódicos, el celo y abnegación con que siempre contribuyeron a remediar las necesidades del Estado. ¿Qué locura, qué extravío es el que os domina al tratar de obtener por fuerza lo que mas fácilmente conseguiríais por la persuasión? Respetad la virtud inglesa de ese pueblo que tanto se asemeja a vosotros, no sigáis ejerciendo vuestra opresora autoridad, y recordad sobre todo que la primera medida para inducirle a que contribuya a prestaros auxilios, es reconciliarle con vuestro Gobierno.»

A pesar de la oposición que se hizo, el *bill* fue aprobado por cuatro votos contra uno.

Poco después presentóse también a la aprobación un cuarto *bill*, por el cual se disponía el acuartelamiento de tropas en América, y con este motivo Lord Chatham, que a causa de su delicada salud no podía tomar mucha parte en los debates, combatió la política del ministerio con su

acostumbrada animación. He aquí su discurso: «No puedo menos de condenar la turbulenta y sediciosa conducta de los americanos, sobre todo en lo tocante a las ocurrencias de Boston; pero advertid, señores, que los medios empleados para hacerles comprender sus deberes son tan diametralmente opuestos a los principios de una sabia política, que no pueden menos de causarme asombro y extrañeza. Habéis envuelto al culpable y al inocente en una misma causa, y queréis castigar a toda la ciudad por el crimen de unos cuantos perturbadores del orden. Siempre ha sido mi opinión, y lo será hasta que baje al sepulcro, que este país no tiene derecho alguno, ni ante Dios ni ante los hombres, para crear impuestos en América, porque esto es contrario a todos los principios de la justicia y de la política, y contrario también a ese inalterable derecho engendrado en la Constitución británica como una ley fundamental, según la que no se puede despojar a ningún hombre, sin su consentimiento, de lo que ha ganado honradamente.»

Burke se levantó también para dejar oír su elocuente palabra contra las medidas del ministerio, pero toda oposición fue inútil, porque los amigos de aquel formaron la inmensa mayoría.

Con objeto sin duda de prevenirse en el caso de que las colonias se aventurasen a recurrir a los extremos, expidióse luego un decreto, encaminado a captarse la buena voluntad de los canadienses. Según aquel, concedíanse a los católicos romanos los mismos privilegios que a los protestantes; confirmábase al clero de aquellos en la posesión de sus extensas propiedades; permitíaseles que su administración de justicia se rigiera por la antigua ley francesa; creábase un Consejo legislativo que se nombraría por la Corona, y se ensanchaban, en fin, los límites de la provincia por la parte del Sur hasta las orillas del Ohio. A estas prudentes medidas se debió sin duda que los canadienses dejaran de tomar parte en la tenaz resistencia que las demás colonias organizaron contra Inglaterra.

Aun cuando el general Gage era ya comandante en jefe de las tropas reales, se le nombró además gobernador de Massachusetts en reemplazo de Hutchimson, lo cual demostraba con harta evidencia que el ministerio estaba dispuesto a usar de la fuerza si fuese necesario. Gage llegó a Boston el 13 de mayo, y aunque la orden de cerrar el puerto se había recibido en la ciudad algunos días antes, y a pesar de la excitación del pueblo, dispensáronse al gobernador las más atentas consideraciones, y se le hicieron todos los honores debidos a su rango y carácter oficial. Pero pronto se pudo observar que ni las autorizaciones de que venía revestido, ni el aparato de la fuerza militar intimidaba en lo más mínimo al pueblo.

Como quiera que Hutchinson había disuelto el Congreso general antes de su marcha, celebróse una reunión en la casa de la ciudad de Boston al día siguiente de la llegada de Gage, y habiendo asistido una numerosa concurrencia, tratóse sobre el *bill* que disponía se cerrase el puerto, emitiéndose el siguiente dictamen: «La injusticia y la crueldad de esta medida excede a todo cuanto pudiera esperarse, y por lo tanto la someteremos a la censura de otros, apelando a Dios y al mundo.» Declaróse también que si las demás colonias se resolvían a no importar ni recibir géneros de la Gran Bretaña hasta tanto que se anulase el decreto, podía contarse como seguro que la América del Norte se salvaría con sus libertades. También Josías Quincy en sus célebres *Observaciones sobre el bill del puerto*, publicadas precisamente en aquella época, emitió su opinión en estos términos con ardiente elocuencia:

«¿Cuál es la causa de haberse adoptado tan injusta y extraordinaria medida? ¿Qué es lo que ha hecho la ciudad de Boston? ¿Qué incalificable crimen han cometido sus habitantes, que justifique la aprobación de ese decreto que lleva consigo un cúmulo de miserias y penalidades para nuestro país? Los castigos que recaen sobre todo un pueblo deben ser sancionados por la suprema sabiduría del Todopoderoso si se han de sufrir con paciencia y sin oposición. La venganza que se quiere tomar de nosotros recae indistintamente sobre los que se reconocen inocentes y los que se suponen culpables, ¡y a fe que el crimen debe ser espantoso cuando se trata de imponer tan terrible expiación! Admitamos por un momento que los habitantes de Boston eran verdaderamente culpables, pero aun así, advertid que a los mayores criminales no se les castiga sino después de haber sido juzgados ante un tribunal compuesto de jueces imparciales. Muy lejos de esto, ved que se acusa a todo un pueblo,

que se le persigue sin que sepamos por quién, que se le juzga sin que sepamos cuándo, que se le encuentra culpable no sabemos cómo, y que se le sentencia, en fin, de una manera que no tiene ejemplo en los fastos de nuestra historia, que no le tendrá tampoco en las futuras generaciones.»[148]

Fácil es comprender que la situación de los habitantes de Boston llegó a ser en extremo crítica. Aquellos que habían dado el primer paso para comenzar la lucha, ¿se verían luego abandonados por los conciudadanos, o vendrían éstos a unir sus esfuerzos en defensa de la causa común? Los hijos de Boston pusieron en juego todos los medios posibles para atraerse las simpatías de los demás colonos. El *bill* relativo al puerto, impreso en un papel con orla negra y adornado con una cabeza de muerto y dos huesos cruzados, se paseó por todos los puntos de la ciudad, entre los gritos de *cruel, bárbaro e inhumano*, después de lo cual se quemó solemnemente por el populacho reunido. Acto continuo se enviaron agentes a las demás colonias para invitarlas a tomar parte en la causa común, y numerosos sacerdotes excitaron a todos desde el púlpito a que opusieran una tenaz resistencia, en tanto que los periódicos hacían un llamamiento al valor de los habitantes por medio de elocuentes artículos. La noticia del ultraje que se acababa de inferir a Boston produjo en todas las colonias un sentimiento general de indignación.

Hallábase reunida la Cámara baja de Virginia, cuando se recibió la orden que disponía se cerrase el puerto de Boston, y enterada de ella la Asamblea, emitió el siguiente dictamen en 24 de mayo de 1774: «Hondamente impresionada esta Cámara ante la expectativa de los grandes peligros que amenazan a la América Británica, por la hostil invasión de la ciudad de Boston en nuestra colonia hermana de Massachusetts-Bay, cuyo puerto debe cerrarse al comercio el día 1 de junio próximo, después de ser ocupado por la fuerza armada, creemos de todo punto necesario consagrar dicho día al ayuno y al rezo, para implorar humildemente la intercesión de la Divina Providencia, a fin de que aparte de nosotros las terribles calamidades que amenazan destruir nuestros derechos, dando lugar a una guerra civil con todas sus funestas consecuencias. Asimismo debemos pedir al Todopoderoso que fortalezca nuestro corazón y nuestro espíritu, para oponernos, por los medios legales, a todas aquellas medidas que tengan por objeto atacar los fueros de las colonias americanas, suplicándole a la vez, que inspire al monarca y a su Parlamento la sabiduría, moderación y justicia con que necesitan proceder; para librar a este pueblo de los peligros que acarrearían su ruina si se persistiese en llevar a cabo las medidas últimamente adoptadas. En su consecuencia, ordenamos que los miembros de esta Cámara se reúnan a las diez de la mañana de dicho día 1 de junio, a fin de ir a la iglesia de esta ciudad con el mencionado objeto, acompañados del Reverendo Mr. Price, quien deberá pronunciar un sermón adecuado a las circunstancias.»

Al tener conocimiento de este hecho, el gobernador Dunmore disolvió la Asamblea al día siguiente, pero sus miembros se reunieron luego en un sitio a propósito, formaron un Comité de vigilancia y resolvieron proponer con la mayor urgencia la organización de un Congreso general[149]. Washington estaba en su puesto, como miembro de la Cámara, y tomó una parte activa en los procedimientos de aquella, aun cuando mantenía íntimas relaciones con el gobernador Dunmore, cuya amistad no fue un obstáculo para que se interesara en la palpitante cuestión del momento, disponiéndose a obrar enérgicamente, en unión de sus conciudadanos, para resistir la tiránica política del Parlamento. En una carta que escribió Washington a sus amigos decía lo siguiente: «Entre las colonias y la Gran Bretaña debe haber una línea divisoria, y si bien yo no me atreveré a decir en qué forma debe establecerse, reconozco, sin embargo, que es de todo punto preciso consignar cuáles son nuestros derechos. Yo hubiera deseado dejar esta cuestión para que la resolviese nuestra posteridad, pero, llegada la crisis, se hace preciso obrar desde luego, o someternos a cuantas condiciones se nos impongan, corriendo el riesgo de vernos reducidos a esclavos.»

---

148 Véase *Memorias de la vida de Josias Quincy*, pág. 376. Las *Observaciones*, que constituyen la principal obra de Mr. Quincy, se encuentran en la Memoria y son dignas de leerse.

149 Véase el apéndice I, al fin del presente capítulo.

El día 1 de agosto, reuniéronse en Williamsburg los delegados de diversas colonias, y después de estar seis días en sesión permanente, designaron a Washington, Randolph, Henry y otros para representar a Virginia en el Congreso general.

En todas las colonias donde se tuvo conocimiento de la orden que mandaba cerrar el puerto de Boston, manifestóse desde luego una resuelta oposición, y se votaron socorros para los ciudadanos que se hallaran en apuro. En Nueva York hubo una reñida contienda entre los amigos del Gobierno y los *Hijos de la Libertad*, mas al fin predominó la influencia de estos patrióticos ciudadanos que en diversas ocasiones habían demostrado cuánta era su actividad y su celo para oponerse a las medidas del ministerio inglés. Asimismo se remitieron al Comité de Boston, desde Connecticut, Pensilvania, las Carolinas y otras colonias, varios acuerdos por los cuales se ofrecía apoyo y auxilio, declarando que la causa de Boston era la causa de todo el país[150].

El Congreso general se reunió el 25 de mayo, no sin prever las graves dificultades con que tendría que luchar, y en efecto confirmáronse sus pronósticos con el primer acto oficial del general Gage, quien, abusando de su autoridad y contra lo prevenido en la Carta, no quiso admitir trece consejeros de los veinte y ocho que acababan de elegirse. Sin embargo, los representantes del pueblo, lejos de desanimarse, perseveraron en su obra, sin hacer tampoco aprecio de la medida ofensiva que tomó luego el gobernador, disponiendo que la Asamblea se reuniera más tarde en Salem. Los miembros de la Cámara acordaron recomendar a los ciudadanos de Boston que se mostraran firmes y tuviesen paciencia; al pueblo de la provincia, que ayudara en lo posible a sus hermanos, y a todos en general, que se abstuviesen de usar géneros británicos y todos los artículos que pagaran derecho, calculando que éste era el medio más eficaz para que comprendiera el Gobierno inglés cuán fuerte era la oposición a las medidas opresoras y arbitrarias adoptadas últimamente por el ministerio. Los miembros de la Cámara pidieron también al gobernador que señalase un día para consagrarlo al culto y rezo; mas como aquella autoridad se negase a ello, los peticionarios fijaron uno para este objeto.

La más importante medida que se adoptó luego, durante aquel crítico período, fue nombrar un Comité numeroso para que eligiera cinco miembros de la Cámara, que deberían ser delegados del Congreso general del continente, dando después conocimiento de esta resolución a todas las demás colonias e invitándolas a que imitasen el ejemplo. El preámbulo del acuerdo que se dictó para nombrar los delegados del Congreso general, y que fue aprobado por 116 votos contra 12, exponía

---

150 En un luminoso artículo que con el título de *El Congreso* de 1774, publicó la *Revista de Nueva York*, en el mes de abril de 1839, se encuentra un resumen, tomado de los *Archivos Americanos*, en el cual se expresan las primitivas fechas en que las Juntas públicas de cada colonia discutieron por primera vez el proyecto de formar un Congreso general. Helo aquí:

«*Año 1774*.
»Sesión en la Casa de la Ciudad de Providence (Rhode-Island): Mayo 17
»Reunión del Comité de Filadelfia: id. 21
»Reunión del Comité de Nueva York: id. 23
»Reunión de los miembros de la Cámara baja de Virginia y otros de Williamsburg: id. 27
»Comité de Baltimore: id. 31
»Sesión en la Casa de la Ciudad de Norwich (Connecticut): Junio 6
»Reunión en Newark (Nueva Jersey): id. 11
»Sesión de la Cámara de Representantes de Massachusetts: id. 17
»Reunión de Newcastle (Delaware): id. 29
»Comité Corresponsal de Portsmouth (New-Hampshire): Julio 6
»Reunión general de la provincia en Charleston: id. 6, 7 y 8
»Reunión del distrito en Wilmington..... id. 21»

Comparando entre sí estas fechas, se comprenderá cuán poderoso era el instinto de unión que en aquella época predominaba en el país, y qué pronto adoptaron las colonias la idea de combinarse, que fue la que opuso el obstáculo más directo a la política del ministerio inglés, cuyo objeto era aislar las colonias para que no se resistiesen a la vez. Al mirar estas fechas debe recordarse también que el movimiento colonial, en algunos casos, no se relacionaba con el de épocas anteriores. En Virginia se pensó en la formación de un Congreso general dos días antes de tener conocimiento de la adopción de esta medida, y aun se anticiparon más Filadelfia y Nueva York.

concisamente los motivos que indujeron a la Cámara a tomar tan importante medida. Este documento decía lo siguiente:

«Profundamente afectada la Cámara por las sensibles diferencias que han subsistido desde hace mucho tiempo entre la Gran Bretaña y las colonias americanas, y después de examinar detenidamente nuestra actual situación, somos de parecer que se hace necesaria y urgente una reunión de Comités de las diversas colonias, a fin de tratar sobre el estado actual del país y las calamidades que nos amenazan a causa de los actos del Parlamento. Debemos también deliberar y resolver qué medidas conviene adoptar para que se conserven y respeten nuestros derechos y libertades, tanto civiles como religiosas, y para que se restablezca como lo desean todos los buenos, la unión y armonía entre la Gran Bretaña y América.»[151]

Tomás Cushing, Samuel Adams, Roberto Treat Paine, Jaime Bowdoin y Juan Adams, que fueron elegidos delegados por parte de Massachusetts, debían reunirse en Filadelfia en el 1 de septiembre con los que nombrasen las demás colonias. El general Gage llegó a tener conocimiento de lo que pasaba, y por lo tanto, envió a su secretario para que disolviese la Cámara; mas este oficial, hallando cerrada la puerta, leyó la orden del gobernador en alta voz en la escalera que conducía al salón y se retiró. Aquella fue la última sesión de la Asamblea que se celebró bajo la autoridad real, pero por esta vez los miembros continuaron reunidos hasta que acabaron de tratar sobre los asuntos del día.

El 1 de junio, día señalado para cerrar el puerto de Boston, todos dejaron su trabajo a las doce del día y desde aquel momento se prohibió la entrada de los buques en la rada. Como este puerto dependía enteramente del comercio, la medida ministerial privó al momento a muchos ciudadanos de sus medios de subsistencia, pero los hijos de Boston sufrieron sus padecimientos con inflexible entereza. El convenio celebrado anteriormente entre los colonos para no importar ni admitir géneros, se confirmó de nuevo, y todos los habitantes formaron entre sí una Liga solemne. Entonces el general Gage publicó una proclama manifestando que aquel acto era ilegal y hasta sedicioso; pero no pudo impedir los procedimientos que fueron siguiéndose. De todas partes empezaron a recibirse felicitaciones y pruebas de simpatía de los demás colonos que ofrecieron enviar recursos necesarios para aliviar los apuros y miseria de sus hermanos; y si el Gobierno inglés, cuya política consistía en fomentar una colisión entre las diferentes colonias por cuestión de intereses, se vanagloriaba de que los habitantes de Salem se regocijarían secretamente por la medida tomada respecto a Boston, gracias a la cual podrían enriquecerse, llevóse en esto un completo chasco.

Los habitantes de aquel puerto dirigieron una exposición al general Gage en términos muy honrosos para su patriotismo y simpatía. He aquí su contenido: «Al cerrar el puerto de Boston, creen algunos que las ventajas y beneficios del comercio serán todas para nosotros, pero nuestro puerto, por su posición y naturaleza, no nos permite ser rivales de nuestra colonia hermana en este punto, y aun cuando no fuera así, sería mostrarnos insensibles a toda idea de justicia, a todo sentimiento de humanidad, si pensáramos apoderarnos de ajenas riquezas para levantarnos sobre las ruinas de nuestros desgraciados compañeros.»

Los habitantes de Marblehead ofrecieron también generosamente a los comerciantes de Boston el libre uso de los muelles y sus almacenes, y su ayuda personal para el embarque y desembarque de sus géneros. En Virginia se observó el ayuno el día 1 de junio con las debidas solemnidades, y Washington hace notar en su diario que él cumplió puntualmente con todos los preceptos religiosos. En la mayor parte de las ciudades se hicieron manifestaciones de público sentimiento, y en Filadelfia, sobre todo, sintióse la población dominada por la más profunda tristeza.

---

151 El profesor Smyth, en sus bien escritas *Lecturas sobre la historia moderna*, expone cuáles fueron en su concepto las causas que motivaron la guerra y la persecución contra las colonias americanas. Helas aquí: 1° Una deplorable ignorancia o falta de aplicación de los grandes principios de la economía política; 2° Una mal entendida mezquindad y egoísmo en las cuestiones de dinero y en la creación de impuestos; 3° Un exceso de presunción y orgullo nacional; 4° Los exagerados principios de Gobierno, y 5° Cierta vulgaridad al tratar los asuntos políticos. Estas causas, dice Smyth, produjeron, a no dudarlo, la destrucción del imperio británico en América. (Pág. 558.)

Al terminarse el verano recibiéronse en Boston el segundo y tercer decreto expedidos por el Parlamento, y en cumplimiento de lo dispuesto en uno de ellos, formóse acto continuo una lista de los nuevos funcionarios nombrados por el gobernador, personas todas muy mal consideradas en la provincia. Para aumentar la ansiedad general que ya empezaba a dominar a todos, se dispuso asimismo que pasara a la provincia una considerable fuerza militar que debía acuartelarse en cumplimiento de una orden dirigida por el Parlamento al gobernador. «De este modo, según dice Bradford, la Carta, que otorgaba a los colonos los derechos y privilegios, merced a los cuales siempre se libraron de una tiranía sistemática, fue violada sin miramiento alguno por la arbitraria voluntad de un ministerio favorito.» En lo sucesivo los colonos iban a ser enteramente gobernados por extranjeros, por personas en quien no tenían confianza alguna, y aquellos mercenarios debían sofocar las murmuraciones, hijas de la opresión, ahogando los esfuerzos de un generoso patriotismo que nunca pudieron avasallar las amenazas del ministerio. Los inteligentes ciudadanos que formaban parte de los Comités, y otras personas que se distinguían por su actividad y firmeza, se vieron amenazadas por los serviles instrumentos del despotismo, que las designaron como víctimas para apaciguar la más tiránica de las opresiones.

Pero felizmente para los colonos, y acaso también para la posteridad, ni perdieron su firmeza ni se intimidaron ante las amenazas; y con la conciencia de la justicia de su causa, resolvieron intentarlo y arriesgarlo todo para poner en salvo sus derechos y libertades. El pueblo pareció comprender instintivamente que el resultado final debía ser una lucha encarnizada, pues, según dice Botta, no se oía por doquier más que el choque de las armas, el sonido de los añafiles y el redoble de los tambores, notándose entre la multitud el deseo de aprender el ejercicio de las armas y las evoluciones militares. Jóvenes y viejos, grandes y pequeños, y hasta el bello sexo, complacíanse en aquellas marciales escenas, los unos por su afán de instruirse, las otras para animar a sus compañeros. Hacer balas y cartuchos llegó a ser la ocupación diaria de todos, siendo fácil prever el principio de la guerra a la vista de aquellos imponentes preparativos.

Las tropas del general Gage, acuarteladas en la ciudad de Boston, recibieron luego un considerable refuerzo de varios regimientos procedentes de Irlanda, de Nueva York, de Halifax y de Quebec, los cuales llegaban sin duda para sofocar la próxima insurrección. Los habitantes contemplaban todo aquello dominados por la cólera, que se aumentó más tarde con motivo de haber dispuesto el general que se estableciese una guardia en Boston Neck, bajo el pretexto de evitar que desertasen los soldados, pero en realidad para intimidar a los habitantes, impidiéndoles que trasportasen armas de la ciudad al campo con la misma libertad que antes. Diariamente ocurrían cuestiones entre los ciudadanos y los soldados; los rumores populares circulaban con rapidez, escuchándose ávidamente, y el pueblo parecía siempre dispuesto a pronunciarse en abierta rebelión. Por último, Gage resolvió fortificar a Boston Neck, medida que acabó de exasperar al pueblo, y como si esto no fuera bastante, envió un destacamento a Charleston para que se apoderara de cierta cantidad de pólvora que había en los almacenes de aquel punto.

Al saber esto, los habitantes de las comarcas vecinas corrieron a las armas, acordando antes reunirse todos en Cambridge, donde los jefes populares pudieron a duras penas conseguir que la multitud no marchara directamente a Boston para atacar la guarnición en caso de que no se les devolviese la pólvora. La presencia del pueblo en Cambridge indujo, sin embargo, a varios hombres respetables a presentar la dimisión de su cargo de consejeros en el último Parlamento, declarando que no querían tomar parte alguna en la ejecución de las injustas y peligrosas medidas del ministerio. Antes de que se calmara la agitación causada por este movimiento, circulóse por toda la provincia, acaso intencionadamente, el rumor de que la guarnición de Boston había roto el fuego, y en pocas horas dirigiéronse a dicha ciudad más de treinta mil hombres armados. Al ver que la noticia era inexacta, retiráronse todos tranquilamente; pero este hecho era harto significativo de por sí para hacer comprender al general Gage que el pueblo no vacilaría en recurrir a las armas, cuando lo creyese necesario, para defender sus vidas y propiedades.

El gobernador se hallaba materialmente bloqueado en Boston, sin tener apenas ni sombra de autoridad, pues una Junta popular era la que realmente administraba la provincia. Los jurados se negaron a servir bajo un sistema que consideraban como una violación de la Carta, y los jueces empeoraron el asunto al querer sentenciar las causas sin la cooperación de los primeros. Esto, como es fácil de comprender, irritaba al pueblo, que declaró enérgicamente, que no reconocería ningún tribunal que no dependiese de las antiguas leyes del país, y tanto por esto como por otras cuestiones íbase agravando diariamente el resentimiento de los colonos, lo que debía ser el preludio de una encarnizada y sangrienta guerra civil.

A principios de septiembre, y a pesar de la orden del Parlamento y de la circular del Gobierno que prohibía las reuniones públicas, el condado de Suffolk, del que era Boston la capital, eligió sus delegados a fin de que acordasen qué política convendría adoptar en semejante estado de cosas. Con un atrevimiento y osadía de que nunca dieran ejemplo las Asambleas anteriores, los delegados expidieron varios acuerdos declarando que constitucionalmente no se consideraban obligados a prestar obediencia a las últimas órdenes del Parlamento británico, que el Gobierno de la provincia quedaba disuelto de hecho, y que todos aquellos que se atreviesen a desempeñar funciones oficiales rigiéndose por los últimos decretos, serían declarados enemigos de su país. Hecho esto, enviaron una copia de sus resoluciones al gobernador, juntamente con la carta que dirigían al Congreso Continental, que ya había dado principio a sus sesiones.

Este ilustre Cuerpo de patriotas se reunió el 5 de septiembre en Filadelfia, donde se presentaron cincuenta y tres delegados de doce colonias, no hallándose entre ellos el que debía representar a Georgia[152]. Los delegados fueron elegidos en general por las respectivas legislaturas, pero en algunos casos observóse otro sistema, pues mientras que en Nueva Jersey y Maryland se hicieron las elecciones por un Comité compuesto de individuos de los diversos condados, en Nueva York, donde el partido realista era muy fuerte y donde es probable no se hubiera autorizado la designación de los miembros que habían de representar a la colonia en el Congreso, el pueblo mismo se reunió en aquellos puntos en donde predominaba el espíritu de oposición y nombró sus diputados, que fueron admitidos al momento. Los Representantes de las diversas colonias se hallaban revestidos de varios poderes, que se expresaban en las instrucciones de cada uno.

El venerable Peyton Randolph, de Virginia, fue elegido presidente, y Carlos Thompson, de Filadelfia, secretario; y como luego se suscitase una cuestión de delicadeza en cuanto a la manera de proceder del Congreso y al modo de votar, etc., promovióse un ligero debate y se resolvió al fin prudentemente que cada colonia tendría sólo un voto, cualquiera que fuese el número de delegados presentes. Tomada esta resolución, el Congreso emprendió sus tareas.

«En aquella época, dice Mr. Wirt, se reunieron por la primera vez los hombres más eminentes de las diversas colonias, que sólo se conocían entre sí por su respectiva fama y celebridad. La primera sesión fue solemne, pues el asunto de que iban a tratar aquellos hombres era de la mayor importancia, puesto que se trataba nada menos que de la libertad de tres millones de hombres y de la posteridad de todo un pueblo. No es de extrañar, pues, que para organizar el Congreso se procediese con la mayor cautela y prudencia, que fuera grande la ansiedad con que se miraban entre sí los miembros y que todos sintiesen repugnancia de ser los primeros en comenzar tan peligrosa empresa. Sin embargo, en medio del silencio que reinó al principio de la sesión, y que ya se iba haciendo embarazoso, levantóse lentamente Mr. Henry, como agobiado bajo el peso de la tarea que iba a emprender. y después de haber pronunciado un brillante y conmovedor exordio, en el que declaraba no hallarse con suficientes fuerzas para llevar a cabo su cometido, fue extendiéndose gradualmente al recitar la historia y la situación de las colonias, y elevándose luego con la grandeza del asunto, con la majestad del acto que reunía a tantos hombres ilustres, terminó un discurso que parecía superior al de un mortal... Entonces sentóse entre los murmullos de admiración y los

152 Los delegados de la Carolina del Norte no llegaron hasta el 14 de septiembre.

aplausos de la concurrencia, y así como antes se le proclamaba el más grande orador de Virginia, reconociósele entonces por todos como el primero de América.»[153]

Ricardo Henry Lee se levantó en seguida para pronunciar otro discurso no menos brillante, y si cabe más elocuente como discurso clásico. Todos los concurrentes se sintieron entonces poseídos del ardiente amor que siempre profesaran a las libertades del país, produciendo esto una mutua simpatía tan ventajosa para la causa que abrazaban como temible para sus enemigos; pero sólo en los debates fue donde aquellos grandes oradores sobrepujaron a los demás miembros, pues cuando luego fue preciso tratar sobre asuntos que requerían la más profunda discreción y sano juicio, Henry y Lee encontraron dignos rivales que acaso eran superiores a ellos.

A fin de que fuesen más solemnes los actos del Congreso, acordóse al día siguiente que al abrirse las sesiones se rezara el oficio divino, y Samuel Adams fue uno de los primeros que aplaudió la medida, proponiéndose luego que el Reverendo Jacobo Duché, rector de la iglesia de Filadelfia, fuese invitado para el acto. Duché no tuvo inconveniente en aceptar, y ofició luego según el rito de la Iglesia Episcopal, viéndose entre los concurrentes a Washington, que oró con la mayor devoción.

Esta escena se halla tan gráficamente descrita en una carta dirigida por Juan Adams a su esposa en 16 de septiembre de 1774, que no podemos menos de transcribirla en obsequio de nuestros lectores. Después de decir que Mr. Duché apareció vestido de pontifical, Adams se expresa en estos términos: «Cuando hubo recitado varias oraciones, aquel santo varón leyó el Salmo 35. Ya recordaréis que esto fue al día siguiente de circularse el siniestro rumor de que se había roto el fuego en Boston. Nunca he visto escena semejante ni más imponente, y no parecía sino que el Salmo se había escrito expresamente para aquella ocasión. Después del acto, Mr. Duché recitó otras oraciones que nadie esperaba y que cautivaron a todos, pues el mismo Doctor Cooper, aunque es Episcopal, no oró nunca con tanto fervor. El efecto producido en la Asamblea no podía ser más sublime y profundo, y yo os ruego que leáis también el Salmo de que os hablo. Mr. Duché es uno de los hombres más ingeniosos y amables que conozco y uno de los primeros oradores del continente, sin dejar de ser por eso un amigo celoso de las libertades de su país.»[154]

Como el Congreso había resuelto celebrar sus sesiones a puerta cerrada, no nos es posible trascribir los elocuentes discursos que pronunciaron varios de sus miembros, y por lo tanto sólo podemos hablar de sus actos. Por eso nos limitaremos a decir que se nombró un Comité compuesto de dos individuos de cada una de las colonias, para que examinase cuáles eran los derechos de aquellas y en qué casos se habían violado, así como también qué medios convendría adoptar para su restablecimiento. Acto continuo acordóse por unanimidad, publicar una *Declaración de los derechos coloniales*, cuyo documento, que nos parece digno de figurar aquí, estaba redactado del modo siguiente:

«Considerando que desde la última guerra el Parlamento Británico, al proclamar su dominio absoluto sobre el pueblo de América, ha tenido a bien decretar varios impuestos con la intención manifiesta de obtener una renta, proyectando luego la creación de otros que deben pagarse en estas colonias, para lo cual estableció una junta de comisionados, cuya autoridad es inconstitucional, y extendió la jurisdicción de los tribunales del Almirantazgo, no solo para recaudar dichos impuestos, sino también para entender en las causas de cada colonia;

»Considerando que con arreglo a otras órdenes, se ha dispuesto que los jueces que antes cobraban sus sueldos de las colonias, los perciban en lo sucesivo de la Corona, ordenando al mismo tiempo que se mantenga en aquéllas en tiempo de paz un ejército permanente; y teniendo en cuenta, que el Parlamento, en vista de un acta extendida en tiempo de Enrique VII, ha dispuesto que los colonos sean trasportados a Inglaterra para juzgarlos cuando cometieren algún crimen de alta traición;

153 *Vida de Patricio Henry*, pág. 124.

154 Unos tres años después, cuando los ingleses estaban en posesión de Filadelfia, Duché, venciendo su timidez, escribió una carta a Washington, excitándole a que abrazase la causa de la independencia. Éste fue el motivo de que marchase de América, a donde volvió, sin embargo, en 1790.

»Considerando que en la última sesión del Parlamento se presentaron tres decretos: uno para suspender por un tiempo dado el embarque y desembarque de toda clase de géneros y mercancías en el muelle de Boston; otro para regular el Gobierno de la provincia de Massachusetts-Bay en Nueva Inglaterra, y otro en fin para la imparcial administración de justicia en todos los casos sin excepción alguna; todos cuyos decretos son improcedentes, injustos, inconstitucionales y atentatorios contra los derechos de los americanos;

»Considerando que las Asambleas han sido disueltas con frecuencia cuando se reunían para tratar sobre los asuntos del país, contrariamente a los derechos del pueblo; y teniendo en cuenta que las humildes, razonables y justas peticiones que elevaron a la Corona se han mirado con la mayor indiferencia por los ministros de S. M.; las colonias de New-Hampshire, Massachusetts-Bay, Rhode-Island, Providence, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Newcastle, Kent, Sussex, Delaware, Maryland, Virginia y las Carolinas, justamente alarmadas por los arbitrarios procedimientos del Parlamento, han resuelto nombrar diputados para el Congreso general que ha de celebrarse en Filadelfia, con objeto de adoptar las medidas oportunas para que su religión, sus leyes y libertades no sean subvertidas.

»Dichos diputados, que representan a las mencionadas colonias, después de tomar en consideración los citados puntos, creen obrar del mismo modo que lo hicieron sus antecesores en casos análogos para vindicar sus privilegios y libertades, y declaran: que los habitantes de las colonias inglesas del Norte de América, por las inmutables leyes de la naturaleza, por los principios de la Constitución inglesa, y por las diversas Cartas que les fueron otorgadas, tienen los siguientes derechos, y deben consignar:

1.° »Que son dueños de sus vidas, haciendas y libertades, y que ningún soberano, sea el que fuere, puede disponer de aquellas sin su consentimiento.

2.° »Que a nuestros antecesores, que fueron los primeros que poblaron estas colonias, se les concedió, al emigrar de la madre patria, todos los privilegios, libertades e inmunidades de que gozan los súbditos hijos de la Gran Bretaña.

3.° »Que después de la emigración no han perdido ninguno de los mencionados privilegios ni dado lugar a que se les despoje de ellos, pudiendo por lo tanto trasmitirlos a sus descendientes para que continúen en el goce de los mismos.

4.° »Que la fundación de la libertad inglesa, así como la de todos los Gobiernos libres, autoriza al pueblo para tomar parte en las Asambleas legislativas, y como los colonos ingleses no están representados en el Parlamento británico, ni pueden estarlo tampoco por motivos de localidad y otras circunstancias, tienen derecho para legislar libremente en sus respectivas provincias, sobre todo en lo tocante a sus impuestos y política interior. Pero teniendo en cuenta los intereses de ambos países, nos someteremos a todas aquellas órdenes del Parlamento británico que tengan por objeto regular nuestro comercio exterior para favorecer el de todo el reino, excluyendo sin embargo toda idea de impuesto encaminada a obtener una renta de los súbditos de América, sin su consentimiento.

5.° »Que las respectivas colonias deben regirse por la ley inglesa, disfrutando además el inestimable privilegio de que los habitantes sean juzgados por sus propios tribunales.

6.° »Que deben gobernarse por los estatutos ingleses que se formaron al principio de la colonización, y que según demuestra la experiencia son aplicables a su localidad y a sus circunstancias.

7.° »Que las colonias de S. M. deben disfrutar de todos los privilegios e inmunidades concedidos y confirmadas por las Cartas reales, así como también por sus diversos Códigos de leyes provinciales.

8.° »Que están autorizados para reunirse pacíficamente a fin de tratar sobre los asuntos de la colonia, siendo por lo tanto ilegal toda persecución o prohibición que lo impida.

9.° »Que el mantener un ejército permanente en estas colonias, en tiempo de paz, sin el consentimiento de la legislatura respectiva, es contrario a la ley.

10. »Es indispensable y necesario para todo buen Gobierno, que con arreglo a lo dispuesto en la Constitución inglesa, los diversos ramos constituyentes de la legislatura no dependan unos de otros, y por lo tanto, el ejercicio del poder en las colonias por medio de un Consejo nombrado por la Corona, es inconstitucional, peligroso y atentatorio contra la legislación americana.

»En confirmación de lo dicho, los infrascritos diputados exponen, declaran e insisten en que tales son sus derechos, privilegios y libertades, de que no se les puede despojar legalmente, ni alterándolos ni modificándolos en ningún sentido sin su consentimiento. En el curso de nuestras investigaciones hemos visto que muchas veces se han violado e infringido los mencionados derechos; pero animados del ardiente deseo de que se restablezca la mutua amistad y armonía entre las colonias y la Gran Bretaña, pasaremos por alto esta circunstancia para consignar cuáles son los actos y medidas adoptados desde la última guerra que revelan evidentemente el proyecto de esclavizar a América.

»Los decretos del Parlamento, que citamos a continuación, son otras tantas infracciones de los derechos de los colonos, y su derogación es absolutamente necesaria para restablecer la armonía y buena inteligencia entre la Gran Bretaña y América. Además del decreto por el cual se crean impuestos con la intención manifiesta de obtener una renta en América, confiriendo nuevas atribuciones a los tribunales del Almirantazgo y disponiendo que los súbditos de América no sean juzgados por sus respectivos tribunales, debemos declarar que también los siguientes son atentatorios contra los derechos de los súbditos de América.

1.° »El que tiene por objeto la conservación de los *docks*, almacenes y buques de S. M., cuyo decreto es una nueva ofensa para América, pues también dispone que los súbditos, en vez de ser juzgados constitucionalmente por sus propios tribunales, puedan ser trasladados a otros puntos, dentro del reino.

2.° »Los tres decretos presentados en la última sesión del Parlamento que tienen por objeto cerrar al comercio el puerto de Boston, modificar la Carta y el Gobierno de Massachusetts-Bay y reorganizar la administración de justicia, etc.

3.° »El decreto presentado en la última sesión por el cual se establece la religión católica romana en la provincia de Quebec, derogando las equitativas leyes inglesas para erigir un Gobierno tiránico y peligroso para las vecinas colonias británicas que vertieron su sangre y gastaron sus tesoros en la conquista del Canadá.

4.°»El decreto que dispone se facilite alojamiento a los oficiales y soldados que estén al servicio de S. M. en la América del Norte. Conservar un ejército permanente en las diversas colonias, en tiempo de paz, sin el consentimiento de la legislatura respectiva, es contrario a la ley.

»Los americanos no pueden someterse a tan gravosas disposiciones; pero en la esperanza de que sus conciudadanos de la Gran Bretaña tendrán a bien revisar de nuevo esos decretos, para que, convenciéndose de la justicia de nuestra causa, consientan en que volvamos a esa primitiva situación en la que ambos países eran ricos y felices, hemos resuelto no adoptar por ahora más que las siguientes pacíficas medidas: 1.° Formar una asociación para que no se importen géneros ni mercancías; 2.° Dirigir un manifiesto al pueblo de la Gran Bretaña y otro al de América, y 3.° Elevar una leal exposición a S. M.»

El Congreso dispuso en efecto la celebración de un convenio por el cual se cortaban las relaciones comerciales con Inglaterra, recomendando al mismo tiempo eficazmente a todos los colonos que no faltasen a esta disposición. También se acordó que se publicaran los nombres de todas las personas que no se adhiriesen al proyecto, a fin de que se las declarase enemigas de su país, y siguiendo las instrucciones de muchos constituyentes, proclamóse como perjudicial y ofensivo para los intereses de América el comercio de esclavos.

El manifiesto al pueblo de la Gran Bretaña fue redactado por Juan Jay, y excitó justamente la admiración de todos por la dignidad y energía con que estaba escrito. Ricardo Enrique Lee redactó el manifiesto a los habitantes de la América británica, encargándose Patricio Henry de la petición al rey; pero su minuta no satisfizo, y Dickinson extendió otra que fue aprobada por el Congreso.

Dickinson redactó también el manifiesto para los habitantes del Canadá; pero por ciertas razones que ya indicamos, no produjo efecto alguno ni fue suficiente para inducir a los habitantes de aquella colonia a que tomasen parte en el Congreso Continental.

En vez de dar un extracto de estos notables documentos, preferimos que el lector pueda juzgarlos por sí mismo examinándolos detenidamente, y por esto van insertos en el *Apéndice* del presente capítulo.

Mr. Curtis observa acertadamente que, por las relaciones que mediaron entre el primer Congreso y las colonias que lo instituyeron, no puede decirse que tuviera el carácter de Gobierno, toda vez que sus miembros no fueron elegidos con el propósito de promover una revolución. Aquella Asamblea se estableció por un mutuo convenio de las colonias, que teniendo graves motivos de queja contra el Gobierno de la madre patria, consideraron que era tan esencial como necesario para sus intereses formar causa común entre sí a fin de obtener la debida justicia. Los colonos, en general, no tenían intención de proclamarse independientes de la Gran Bretaña, pues todos sus procedimientos desde el principio de la contienda hasta la elección de los delegados del primer Congreso, prueban, como ya hemos visto, que sólo deseaban el restablecimiento de sus derechos, considerados por todos como el principio de la Constitución británica. Y aunque este Congreso no trató de ejercer las funciones de Gobierno, ni se propuso tampoco apelar a la revolución para remediar los males de los colonos, constituyóse, sin embargo, en guardián de los privilegios y libertades de América, y en este sentido, expuso cuáles eran las quejas y cuáles las medidas que se debían adoptar para obtener el restablecimiento de sus derechos. Aunque dichas medidas no fuesen directamente revolucionarias, tenían sin embargo cierta tendencia a serlo.[155]

No debe suponerse que no se hiciera oposición a las medidas adoptadas por el Congreso, pues antes bien por el contrario, hubo muchos hombres influyentes y poderosos que tuvieron sus dudas acerca de la legalidad de los procedimientos que venían siguiéndose y temían al mismo tiempo romper abiertamente con la madre patria. Con este motivo dice Mr. Guizot: «Allí se encontraron hombres de opiniones muy distintas, pues mientras unos profesaban el mayor respeto y afecto a la madre patria, sentíanse otros arrastrados por su amor a la nación americana, que gradualmente iba engrandeciéndose a sus ojos; los primeros mostrábanse inquietos y enojosos, los segundos atrevidos y confiados, pero a todos dominaba el mismo sentimiento de dignidad, dando esto lugar a una mezcla de encontradas ideas que no ocasionó, sin embargo, ninguna división entre aquellos hombres. Antes por el contrario, respetábanse mútuamente, y discutían el gran asunto del país con la mayor integridad, con ese espíritu de deferencia y justicia que por lo general siempre asegura el éxito.» Cuantas diferencias pudieran suscitarse entre los miembros, no fueron conocidas del público, que confió ciegamente en la sabiduría y patriotismo de los representantes del país allí reunidos para acordar lo que debía hacerse a fin de resolver tan grave crisis.

A fines del mes de octubre, y después de haber estado reunido por espacio de cincuenta y un días, el Congreso suspendió sus sesiones hasta el mes de mayo próximo, habiéndose discutido extensamente todos los puntos más importantes. Los documentos redactados por aquel Congreso fueron reputados como verdaderas obras maestras de sabia política y de indisputable veracidad[156]. Nada podemos decir acerca de la parte que tomó Washington en los debates, mas no hay duda que ejerció una poderosa influencia, pues se dice que poco después de la vuelta de los miembros del Congreso, y habiéndose preguntado a Patricio Henry cuál era en su concepto el hombre más

155 *Historia de la Constitución*, por Curtis, vol. I, pág. 17-20.

156 Merece citarse aquí el elogio que hace Lord Chathan de los mencionados documentos. Dice así: «Cuando hayáis examinado los documentos que nos remiten de América, cuando veáis cuánta es la dignidad, la firmeza y la sabiduría con que se ha conducido ese pueblo, no podréis menos de respetar su causa. La historia, señores, fue siempre mi estudio favorito y en los célebres escritos de la antigüedad he admirado con frecuencia el patriotismo de Grecia y de Roma, pero debo confesar que en aquellos Estados dueños del mundo ni el Senado ni el pueblo obraron con más acierto tratándose de una crisis dificultosa, que los delegados de América reunidos en el Congreso general de Filadelfia. Paréceme que comprenderéis ahora que vuestros proyectos para avasallar a semejantes hombres y tiranizar a esa poderosa nación, serán completamente inútiles.»

notable, éste contestó: «Si habláis de elocuencia, Mr. Rutledge, de la Carolina del Sur, es seguramente el primer orador; pero tratándose de un juicio sólido y de profundos conocimientos, el coronel Washington es sin disputa el primer hombre.»

Entre tanto los asuntos de Massachusetts iban complicándose cada vez más. El general Gage expidió órdenes en el mes de agosto para que se reuniera el Congreso en Salem el 5 de octubre; pero alarmado ante el aspecto de los negocios, creyó prudente dar una contraorden suspendiendo la reunión de la Cámara. Los Representantes se reunieron sin embargo en número de noventa el día prefijado, y después de haber declarado que era ilegal la medida del gobernador, quien no se presentó, resolvieron formar un Congreso provincial que debía reunirse en Concord. Hancock fue elegido presidente, y se envió una manifestación a Gage reprobando sus últimas medidas e invitándole a que desistiera de fortificar a Boston Neck. El gobernador contestó que sólo hacía lo que era necesario para la seguridad de las tropas, advirtiendo además a los miembros de la Cámara que era ilegal su modo de proceder.

Estos, sin embargo, sin hacer aprecio de semejante indicación, resolvieron organizar un Comité que debía formar un plan para la defensa de la provincia; expidieron órdenes para alistar a cierto número de ciudadanos que pudieran empuñar las armas en un momento dado, y se nombraron tres generales, Preble, Ward y Pomeroy para mandar aquella pequeña milicia que iba a entrar en activo servicio. Algunas semanas después, se dispuso organizar un cuerpo de 12.000 hombres y equiparlos convenientemente, nombrando generales a Thomas y a Heath, no sin invitar antes a las colonias de New-Hampshire, Rhode-Islan y Connecticut a que prestasen su cooperación. «Los sucesos de aquella época, dice Ramsay, podrán trasmitirse a la posteridad, pero la agitación del pueblo no es fácil sea descrita sino por aquellos que la presenciaron.»

Botta[157] describe con notable exactitud la situación de Boston durante aquel período. La guarnición era formidable, las fortificaciones imponentes, y poca esperanza quedaba al pueblo de eludir la dominación británica, pues ni aun tenían el medio de huir por el mar toda vez que el puerto se hallaba bloqueado por una escuadra. Estrechados pues entre una irritada soldadesca, los habitantes de Boston se vieron expuestos a todos los insultos y ultrajes que de aquella podían esperarse, y la ciudad había llegado a ser para ellos una prisión guardada por los jefes británicos. Esto solo bastaba para impedir las operaciones militares proyectadas por los americanos, pero no dejaron de proponerse varios medios para salir de tan embarazosa situación, los cuales si no prueban gran prudencia, demuestran al menos una obstinación poco común.

Algunos fueron de parecer que todos los habitantes abandonasen la ciudad y se refugiaran en otros puntos donde se les socorriera; pero este designio era del todo impracticable, puesto que dependía del general Gage impedir su ejecución. Otros recomendaron que se evaluasen las casas y los efectos pertenecientes a los habitantes, que se pegara fuego a la ciudad y que se exigiese luego el reembolso al tesoro público; pero este proyecto pareció a todos muy difícil, si no imposible de ejecutar. Muchos habitantes, sin embargo, salieron de Boston secretamente, retirándose al interior del país; unos, disgustados por aquella especie de cautividad, otros temiendo las próximas hostilidades, y no pocos finalmente, por eludir un interrogatorio acerca de los actos del pueblo; mas un considerable número de ciudadanos prefirió permanecer resueltamente en su puesto y arrostrar todas las consecuencias.

Los soldados de la guarnición, cansados de su largo destierro, deseaban acabar de una vez y expulsar a los rebeldes, que interceptaban sus víveres y a los cuales despreciaban en alto grado, y por su parte, los habitantes de Massachusetts indignábanse al pensar que la tropa les creía cobardes, por lo cual ansiaban probar lo contrario, tomando una ruidosa venganza.

Cuando se hicieron públicas las medidas tomadas por el Congreso, todos las aprobaron calurosamente, y cada cual empezó a prepararse para lo que pudiera suceder, resuelto a no ceder ni en el último extremo. La Asamblea de Nueva York, enteramente sometida a la influencia realista, no quiso sancionar las resoluciones y actos del Congreso, y en otras colonias se interpretaron más o

---

157 *Historia de la Guerra de la Independencia*, vol. I, p. 272.

menos favorablemente; pero a pesar de estas diferencias, el pueblo se mostraba por lo general muy resuelto. En una carta que escribió Warren a Quincy, le decía: «La idea dominante de los americanos es conservar la libertad aunque sea a costa de su vida: su resolución no es el resultado de una loca temeridad, sino el de una firme convicción, y yo estoy persuadido de que en ningún pueblo de los que existen sobre la faz de la tierra se difundió nunca tan universalmente el espíritu de libertad como en la América del Norte.»[158]

Completamente engañado por las representaciones de los *Tories*, el ministerio inglés supuso que las medidas coercitivas bastarían para someter a los americanos, siempre que se persistiera en ellas, impidiendo toda unión y concierto entre los colonos. Averiguóse que la parte aristocrática de los habitantes, que era también la más rica, favorecía decididamente a Inglaterra, y se creyó, no sin motivo, que toda la influencia de la numerosa secta de los Cuáqueros, que como sabemos, eran opuestos a verter sangre, así como también la del clero episcopal, se declararían en favor de la madre patria, pronunciándose en contra de las varias medidas adoptadas por el Congreso americano. Pero lo que parece más extraño de todo, es que los que estaban en el poder en Inglaterra mostrábanse dispuestos a dar crédito a los hombres fanfarrones que hablaban de la cobardía de los americanos. ¡Algunos se jactaban de que con muy pocos regimientos irían de un extremo a otro de América, y que al romperse el fuego se dispersaría el pueblo para salvar sus vidas! Difícil es decir, qué es de extrañar más, si el excesivo orgullo, o la profunda ignorancia de aquellos que de tal modo pensaran, induciendo al Gobierno a participar de sus ideas.

En Inglaterra predominaba el deseo de someter a los colonos; los sentimientos del rey eran bien conocidos, y el ministerio contaba con una gran mayoría en el Parlamento. A principios de noviembre, llegó a Inglaterra Josías Quincy, quien emprendió el viaje no sólo para restablecer su salud, sino también porque estaba animado del más ardiente deseo de hacer algo por su país. Poco después de su llegada, tuvo una entrevista con Lord North y Lord Dartmouth a instancia de éstos, y el primero, en una conversación que tuvo con Quincy el día 19 de noviembre para tratar sobre la cuestión americana, le manifestó que estaba resuelto a someter a las colonias a su autoridad, añadiendo además: «Debemos hacer todo lo posible para conservar nuestra autoridad en las colonias británicas, y nadie nos puede vituperar si para conseguirlo empleamos cuantos medios estén a nuestro alcance. Nosotros no juzgamos nada imposible porque sea difícil, y es preciso realizar nuestra idea de un modo u otro, antes de convenir en que nuestro proyecto sea impracticable.»

Este lenguaje del ministro, así como también otras noticias que adquirió Quincy de varias personas, le convencieron de que no podría esperarse ninguna concesión y que a los americanos no les quedaba más medio que apelar a la resistencia por medio de las armas. Quincy comunicó a sus amigos de América sus opiniones sobre este punto, y en una carta dirigida a José Reed en 17 de diciembre de 1774 decía lo siguiente: «No puedo menos de confesar que abrigo la íntima convicción de que mis conciudadanos se verán precisados a sellar con sangre su amor a la libertad. Esto es verdaderamente doloroso; pero ¿acaso no ha sido éste siempre el destino de la humanidad? ¿No han sido la sangre y los tesoros el precio de la libertad civil en todas las épocas y edades? ¿Pueden acaso esperar los americanos que se inviertan las leyes de nuestra naturaleza y que se cumpla el más ardiente de sus votos sin pasar antes por las mas rudas pruebas?»[159] El día 26 de abril de 1775, y cuando el buque en que volvía Quincy a su país avistaba ya la costa, falleció aquel ardiente patriota a la edad de 31 años. Pocas horas después de su muerte, penetró el buque en el puerto de Gloucester y se entregaron los restos mortales del finado a su desolada familia.

El Parlamento se reunió a fines del mes de noviembre, y con este motivo el rey censuró enérgicamente la rebelde conducta de Massachusetts y otras colonias, anunciando que estaba resuelto a conservar la suprema autoridad del Parlamento en todos sus dominios. La contestación al

158 Véase las *Memorias de la vida de Josias Quincy*, p. 205.
159 Véanse las *Memorias de la vida de Josias Quincy*, p. 233.

discurso del monarca propuesta por los Comunes, produjo un acalorado debate, pero al fin se aprobó por una gran mayoría. Otro tanto sucedió en la Cámara de los Lores.

El Parlamento volvió a reunirse en 20 de enero de 1775, y el mismo día, Lord Chatham, presentó en la Cámara de los Lores una proposición para que se elevase a S. M. una atenta y humilde solicitud suplicando que, con objeto de evitar los peligrosos disturbios de América, mitigando la fermentación y las animosidades, y a fin de impedir entre tanto una fatal catástrofe en Boston, en cuya ciudad aumentaba diariamente la irritación, por tener la fuerza armada constantemente a su vista, se dignase expedir las órdenes oportunas al general Gage para que se retirara el ejército de Boston tan pronto como lo permitiesen la estación y otras circunstancias indispensables. Lord Chatham apoyó su proposición con todo el fuego y elocuencia en él acostumbrados, demostrando cuán patrióticos eran sus sentimientos y constantes sus opiniones en la política que siempre observara con América. Damos a continuación un extracto de su noble discurso, cuya lectura puede aun ser provechosa.

«Señores, esos documentos de América, que por primera vez presenta ahora el Gobierno a vuestra vista, han estado según yo entiendo, cinco o seis semanas en el bolsillo del ministro, y esto, cuando el destino de ese país se halla aun pendiente del grave asunto que vamos a tomar en consideración. Señores, no es mi ánimo examinar ninguno de esos papeles, pues harto conozco su contenido y sé también que ninguno de los miembros de esta Cámara lo ignora, razón por la cual no debemos retardar el debate, sino entrar en él inmediatamente, aprovechando el momento de verificar una reconciliación. Los americanos, sin embargo, no consienten ni consentirán en ella hasta que se retiren las tropas, porque su presencia es una irritación continua para el pueblo, un obstáculo perpetuo para que renazca la confianza y se promueva una reconciliación, que es lo más urgente por ahora, pues dentro de poco sería demasiado tarde. Yo ignoro quién adoptó las actuales medidas y quién aconseja que se persevere en ellas, pero debo decir que quien las propone incurre en una grave responsabilidad. Demasiado sé que ninguno se reconocerá como el autor, y que todos procurarán evitar se les haga este cargo; mas alguno será el que haya inclinado en este sentido el ánimo del monarca, que si persiste en guiarse por tan malos consejeros, lo perderá todo. Cierto es que podrá llevar una corona, mas si en ésta falta la principal de sus joyas, poco será su valor. ¿Qué más puedo decir? No es mi ánimo asegurar que se haya hecho traición al rey, pero sí afirmo que la nación está arruinada. ¿En qué se fundan nuestras reclamaciones sobre América? ¿Con qué derecho insistimos en llevar a cabo esas injustas medidas contra un pueblo tan leal y respetable? Ellos dicen que no tenéis derecho para someterlos a un impuesto, y tienen razón sobrada, porque aquel es inseparable de la representación. Apenas hay hombre en este país, por precario que sea su estado, que no se crea legislador de las colonias británicas, y la frase, *nuestros súbditos americanos,* se pronuncia continuamente hasta por la clase más ínfima del pueblo. Pero la propiedad, señores, es del único y exclusivo dominio del que la posee; nadie puede ni debe tocar a ella, porque es una unidad, un punto matemático, un átomo intangible para todos, menos para el propietario; el contacto de un extraño contamina toda la masa y la destruye, y en una palabra, todo cuanto tiene un hombre es absoluta y exclusivamente su yo y nadie tiene derecho para tocar a ello.»

Después de manifestar que los americanos habían sido engañados lastimosamente al observar con ellos una política tan opuesta a la que esperaban, Lord Chatham continuó de este modo: «¿Cómo se ha conducido ese pueblo al verse rodeado de tantas vejaciones? Con una paciencia sin ejemplar; con la más profunda sabiduría. Ellos eligieron sus delegados para el libre sufragio, pero esto lo hicieron de una manera franca y leal, sin apelar a subterfugios, y los representantes se han conducido con la mayor nobleza. Por su excesiva prudencia, por su notable moderación, por su dignidad, por sus sublimes sentimientos y sencillez de lenguaje, por todo, en fin, se ha distinguido el Congreso de Filadelfia. Ese pueblo instruido habla alto, es verdad, pero lo hace así porque no debe usar el lenguaje de los esclavos. No os piden como un favor que deroguéis vuestras leyes, sino que os lo reclaman como un derecho, diciéndoos que no se someterán a ellas, como yo os lo digo a mi vez. La ruina del ministerio es inminente si no adopta pronto una medida para evitarla, y por lo

tanto, señores, yo os aconsejo que deroguéis vuestras leyes; pero advertid que todavía no es esto bastante: es preciso que terminéis la obra, declarando que no hay derecho para sujetar a las colonias a un impuesto, único medio de conseguir que vuelvan a tener confianza en vosotros.»

Aquel elocuente abogado de la justicia y de la verdad terminó su discurso con estas palabras: «Profundamente impresionado, señores, ante la urgencia de tomar una medida decisiva en esta deplorable situación, y aun que afligido por una cruel dolencia, me he arrastrado hasta esta Cámara para aconsejaros según mi experiencia. Mi consejo es que supliquéis a S. M. que mande retirar inmediatamente sus tropas, porque esto es lo mejor que se puede hacer en los momentos actuales. Así se convencerán las colonias americanas de que vuestro objeto es juzgar su causa con arreglo a las leyes de la libertad y no por los códigos de la sangre. ¿Cómo queréis que la América confíe en vosotros cuando ve dirigirse contra su pecho las bayonetas de vuestros soldados? Razón tiene para creer que deseáis su muerte o su esclavitud. Al llegar a este punto, no puedo menos de apelar a vuestro recto juicio, para que hagáis justicia, y debo advertiros que no cejaré en mi empeño hasta tanto que mis dolencias me postren en el lecho del dolor. Señores, no hay tiempo que perder: el horizonte está preñado de amenazas, y quizás en estos momentos en que estoy hablando haya estallado ya el trueno sobre millones de habitantes. La primera gota de sangre causará una profunda herida muy difícil de cicatrizar, una herida de esas que se dilatan, que corroen y que acaban por apoderarse de todo el cuerpo. Siendo así, señores, pongamos manos a la obra de una vez, y obremos como lo exigen las circunstancias. No quisiera que pensarais que trato de estimular a los americanos para que traspasen los límites de lo prudente y de lo justo, pues bien sabéis que repruebo y he reprobado siempre la violencia y los excesos; pero tratándose de los derechos de que deben gozar las colonias con arreglo a las leyes fundamentales de la Constitución inglesa, me declaro desde luego americano, y como tal, trataré siempre de revindicar esos derechos, oponiéndome enérgicamente a todos aquellos que traten de usurparlos.»

Josías Quincy, que estaba en la galería de la Cámara cuando se pronunció este discurso, lo elogia altamente, manifestando que los americanos deben estarle agradecidos por la nobleza con que defendió su causa. Lord Camden y otros varios nobles apoyaron a Lord Chatham, pero el ministerio obtuvo una inmensa mayoría, y en la Cámara de los Comunes se pasaron a una comisión los documentos procedentes de América, entre los cuales se hallaba la petición dirigida al rey por el Congreso Continental. Franklin, Lee y Bollan, que eran agentes de las colonias, dirigieron una solicitud en la Cámara en 26 de enero, manifestando que el Congreso les había encargado presentaran una exposición al Parlamento, y que deseaban ser oídos para dar una explicación, pero la Cámara no quiso acceder a esta solicitud, y el ministerio rechazó las reclamaciones de América, alegando que se quejaban de supuestas vejaciones.

A principios de febrero, Lord Chatham presentó otro *bill* con objeto de arreglar las diferencias, sin dejar de reconocer la suprema autoridad de la Gran Bretaña sobre las colonias. Aunque por dicho *bill* se proclamaba la suprema autoridad del Parlamento sobre América en todos los casos menos en el de crear impuestos, se desestimó por un voto o dos, contra uno, sin que se le dispensasen los honores de una segunda lectura. Lord Chatham, según dice Pitkin, había enseñado el *bill* a Franklin antes de presentarlo a la Cámara de los Lores; pero este último no tuvo tiempo de hacer en él ciertas alteraciones que indicó. Franklin se presentó sin embargo, para asistir al debate a ruegos de Lord Chatham, y Dartmouth quiso poner el *bill* sobre el tapete, pero Lord Sandwich se opuso a que se recibiera, alegando que debía desestimarse sin discusión alguna, porque más bien parecía *la obra de un americano*, que no la de un Par de la Cámara Británica. Al decir esto, lanzó el noble Lord una mirada a Franklin, que se hallaba presente, y añadió: «Me parece conocer a la persona que ha redactado ese escrito, y por cierto que es el mayor enemigo que pudiera tener este país.» A esto contestó Chatham que él solo era el autor, y que se creía obligado a declararlo así, por lo mismo que sus compañeros de la Cámara formaban tan pobre opinión de su obra, no siendo justo que ninguno sufriese la censura que él solo merecía. Además de esto, manifestó sin el menor escrúpulo que si él fuera el primer ministro de la nación y estuviese encargado de arreglar la

cuestión del momento, no tendría reparo alguno en solicitar el auxilio de una persona tan entendida en los negocios de América como el caballero a quien se había aludido de una manera tan injuriosa, sin tener en cuenta que toda la Europa le apreciaba por sus profundos conocimientos y sabiduría, no sólo porque hacía honor a la nación inglesa, sino también al género humano[160].

Al poco tiempo presentóse al rey un informe relativo a los asuntos de América, en el cual declaraba el Parlamento que, atendido a que la provincia de Massachusetts-Bay se había pronunciado en abierta rebelión, era preciso adoptar las medidas oportunas para restablecer la autoridad de la suprema legislatura. Los ministros prometían solemnemente al monarca estar a su lado, aunque fuera a costa de sus vidas y haciendas, para hacer frente a los rebeldes súbditos de las colonias. A pesar de la elocuente oposición que se hizo contra el proyecto, aprobóse por una gran mayoría, así como también por el monarca, que sancionó en un todo la política observada con América.

El día 10 de febrero Lord North presentó un *bill* restringiendo el comercio de Massachusetts, New-Hampshire, Rhode Island y Connecticut a la Gran Bretaña, Irlanda y la India inglesa, y prohibiendo que se establecieran pesquerías en los bancos de Terranova y otros puntos, por un tiempo limitado. Estas restricciones se extendieron también a todas las colonias representadas en el Congreso de Filadelfia, excepto Nueva York y la Carolina del Norte. La minoría se opuso en ambas Cámaras a dichos *bills*, alegando que eran injustos porque con ellos se castigaba lo mismo al inocente que al culpable, y que los consideraba contrarios a la política que debía seguir la Gran Bretaña. Díjose también que si los colonos, especialmente los de Nueva Inglaterra, se veían privados de su comercio con el extranjero y de sus pesquerías, no les sería posible pagar las considerables cantidades que adeudaban a los comerciantes británicos; pero todos los argumentos, aun cuando se reconocieron justos, fueron completamente inútiles contra las medidas propuestas por el ministro. En la Gran Bretaña predominaba la idea de que el pueblo de Nueva Inglaterra dependía completamente de las pesquerías, y que faltándole los medios de subsistencia, no podría menos de someterse y prestar obediencia[161].

Lord North, que después de todo era un hombre amable y amante de la paz, se aventuró a proponer un plan de reconciliación, que en su conjunto no difería mucho del presentado antes por Chatham. Disponíase en él, que cuando el gobernador, Consejo y Asamblea, o Congreso general de cualquiera de las colonias de S. M. en América, propusiera facilitar algún auxilio con arreglo a sus condiciones y circunstancias para contribuir a la defensa común, ofreciendo al mismo tiempo encargarse del sostenimiento del Gobierno civil y de la administración de justicia de la citada colonia, se admitiera la propuesta, previa la aprobación de S. M. y de las dos Cámaras del Parlamento. A la colonia que se hallare en este caso no se la impondría contribución alguna o impuesto, y sí solo los derechos que se fijaran para la regularización del comercio. Este proyecto del ministro excitó la mayor sorpresa, y habiéndole indicado algunos que aquello era lo mismo que declararse contrario a la política del Gabinete, Lord North contestó que en realidad él no concedía nada, y que con su proyecto esperaba tan solo dividir las colonias e impedir su oposición unida.

Previa esta explicación, adoptóse el proyecto, pero como es fácil de suponer, no produjo ninguno de los resultados que apetecían los ministros. La aprobación del proyecto conciliatorio de Lord North no impidió que Mr. Burke y Mr. Hartley presentaran también a la Cámara sus respectivas proposiciones; la del primero de aquellos señores, fundada en el principio de la conveniencia, pedía que se permitiese a las colonias crear sus propios impuestos por medio de sus Asambleas según la antigua costumbre, pero desestimándose a la vez todas las medidas del Parlamento que tuviesen por objeto imponer contribuciones en América. Mr. Hartley propuso que a instancia de ambas Cámaras exigiera el Secretario de Estado un impuesto de las colonias para los gastos generales del país, permitiendo que las Asambleas *fijasen la suma y la aplicación de ella*.

---

160 *Historia civil y política de los Estados Unidos*, vol. I, pág. 312.

161 No deja de ser interesante el examen de las *Indicaciones acerca de los medios que probablemente producirían una unión duradera entre la Gran Bretaña y las colonias*. Véase la *Autobiografía* de Franklin. Págs. 283-94; 325, etc.

Estas proposiciones, aunque apoyadas por la elocuencia y talento de Mr. Burke, fueron desechadas por las mayorías de siempre[162].

Entre tanto los americanos no perdían el tiempo. El Congreso provincial de Massachusetts se reunió el 1 de febrero de 1775 en Cambridge, y a los quince días suspendió las sesiones para reanudarlas luego en Concord. Una vez allí, procedió con la mayor energía a tomar las medidas convenientes para hacer una vigorosa resistencia, y al efecto excitaron a la milicia a que no descansara hasta ponerse al corriente de la disciplina militar; recomendóse asimismo la construcción de armas de fuego y bayonetas, y se encargó eficazmente al pueblo que no facilitara a las tropas de Boston ninguna cosa que fuera necesaria para la guerra. La junta de salvación resolvió por su parte comprar pólvora, cañones y otros efectos indispensables, que debían depositarse en Worcester y Concord.

El general Gage no permaneció impasible ante aquellos actos, pues habiendo sabido que los colonos tenían en Salem algunos almacenes militares, juzgó prudente enviar al coronel Leslie con un destacamento de soldados para que se apoderase de ellos. Esto sucedía el domingo 26 de febrero, y habiendo desembarcado las tropas en Marblehead, marcharon a Salem; pero como no encontrasen allí nada, prosiguieron su camino hacia Danvers, a donde acababan de trasladarse los efectos militares. Al llegar el destacamento a dicho punto, los colonos le disputaron el paso; pero gracias a la prudente intervención de Bernard, miembro del Congreso de Salem, no se vertió sangre, si bien este hecho sirvió para aumentar la actividad del pueblo, el cual estaba convencido de que a cada momento habría encuentros de esta especie.

La Junta de Virginia se reunió en Richmon el 20 de marzo, siendo Washington uno de los delegados, y todos los proyectos se discutieron y aprobaron con la mayor actividad. Patricio Henry propuso, entre otras cosas, que se armase y disciplinara la milicia de la colonia, pero muchos de los miembros y hombres notables de Virginia, extrañando semejante proposición, se opusieron a ella, en la esperanza de que aun podría conseguirse que las colonias se reconciliaran con la madre patria. Henry, sin embargo, apelando a su impetuosa elocuencia, rebatió cuantos argumentos se le hicieron, pronunciando estas palabras: «¡Ya no queda esperanza alguna! ¡es preciso luchar! Lo repito, señores; no queda más medio que la lucha; sólo debemos apelar a Dios y a las armas!» La proposición de Henry fue aprobada hasta por el mismo Washington, que no confiaba ya en ningún arreglo, y la Junta terminó su sesión acordando que se favoreciese la industria del país y se protegieran las fábricas. Poco después Washington escribió una carta a su hermano manifestándole que estaba resuelto a consagrar su vida y su fortuna a la causa del país.

Poco satisfecho Gage con el mal resultado que obtuvo anteriormente su proyecto de apoderarse de los efectos militares de los colonos, determinó organizar una pequeña expedición, esperando que esta vez no quedarían frustradas sus esperanzas. Habiendo sabido que los americanos tenían reunida una porción de efectos militares en Concord, punto situado a diez y seis millas de Boston, envió un fuerte destacamento de tropas para que se apoderara de los almacenes, e hizo todo lo posible para guardar el secreto; pero los colonos estaban siempre alerta, y como llegase a su conocimiento la noticia, la circularon inmediatamente. A las once de la noche del 18 de abril, Gage destacó 800 granaderos y soldados de infantería ligera, que era la flor del ejército, al mando del teniente coronel Smith y del mayor Pitcairn, ordenándoles que se dirigieran secretamente y con la mayor urgencia a Concord.

La expedición se embarcó en Charles River, tomó tierra en Phipp, y avanzó luego hacia el punto de su destino; pero algunos amigos de los americanos que tenían conocimiento del proyecto antes de embarcarse las tropas, despacharon inmediatamente mensajeros en todas direcciones para publicar la noticia. El toque de las campanas y los tiros de mosquete dieron a conocer a las tropas que, a pesar del sigilo con que salieran de Boston, habían sido descubiertos, y que iba cundiendo la

---

162 Burke, que era agente de Nueva York, presentó al fin de la sesión una enérgica solicitud de la Asamblea general de aquella colonia, la cual desagradó altamente a los ministros. Lord North consiguió que no se tomara en consideración por la Cámara.

alarma por el país; pero continuaron su marcha, llegando a Lexington el 19 de abril entre cuatro y cinco de la mañana. En aquel punto hallábanse reunidos cerca del camino unos 70 hombres de la milicia ciudadana, mas no juzgándose con suficientes fuerzas, no trataron de resistirse, y entonces el mayor Pitcairn, que avanzaba con la infantería ligera, adelantó hacia ellos gritando: «¡Dispersaos, rebeldes! ¡dispersaos y arrojad las armas!» Como quiera que los colonos tardasen en obedecer, el mayor Pitcairn, dando algunos pasos más, descargó su pistola y desenvainó la espada en tanto que sus hombres rompían el fuego. Varios americanos cayeron y los demás se dispersaron; mas observando los fugitivos que los soldados les seguían tirando, algunos de ellos hicieron también fuego. Esta vez quedaron ocho americanos tendidos en el campo de batalla.

Terminada esta refriega, llegó el resto de las tropas británicas al mando del teniente coronel Smith, y entonces dirigióse todo el cuerpo de ejército hacia Concord, donde encontró una fuerza de milicia, que, al ver los ingleses, se retiró de un puente que estaba ocupando. Las tropas reales entraron luego en la ciudad, destruyeron dos piezas de artillería y cierto número de ruedas, y arrojaron en el río quinientas libras de balas, único material de guerra que encontraron allí.

Mientras el cuerpo principal de las tropas se ocupaba en estas operaciones, la infantería ligera se había quedado guardando el puente, en tanto que los colonos iban a buscar refuerzos. Estos no tardaron en llegar a la cabeza del mayor Buttrick, de Concord, el cual ordenó a sus hombres que avanzasen; pero no sabiendo lo que acababa de suceder en Lexinton, recomendóles que no hicieran fuego hasta que acometiese la tropa. Esto no se hizo aguardar mucho, pues como avanzara la milicia, los soldados hicieron una descarga, que fue contestada inmediatamente por sus enemigos, siguiéndose una escaramuza en la que hubo varios muertos por ambas partes.

Habiéndose conseguido el objeto de la expedición, las tropas empezaron a retirarse; pero se había vertido sangre, y no se quería que los agresores escapasen impunemente. La alarma iba extendiéndose por el país, y de todas partes acudían hombres armados que hostilizaron a las tropas en su retirada con incesantes descargas de mosquetería; mas habiendo sabido el general Gage que todos los colonos corrían a las armas, destacó 900 hombres más con dos piezas de artillería al mando de Lord Percy para que protegieran al primer cuerpo de ejército. Gordon nos dice que aquella tropa salió de Boston al compás de cierta música que era una burla hacia los colonos rebeldes.

Lord Percy encontró al coronel Smith con sus tropas en Lexington bastante apurado, pero como llevaba artillería, pudo tener en jaque a los americanos. Sin embargo, no había tiempo que perder, porque de todos puntos íbase presentando la milicia ciudadana de tal modo, que cuando las tropas emprendieron la marcha se renovó el ataque, y Lord Percy continuó la retirada bajo el fuego incesante del enemigo, al que mantuvo sin embargo a una distancia respetuosa, gracias a las piezas de montaña y a las descargas de fusilería. Los colonos no estaban mandados por ningún jefe, y por lo mismo corrían de un punto a otro, situándose convenientemente para hacer fuego sobre la tropa sin exponerse tanto. Hubo muchos que cansados de la persecución, se retiraron al fin, pero eran sustituidos por otros al momento, de manera que aunque no tomaban parte en la refriega más que unos 500 hombres, continuábase la lucha sin tregua ni descanso hasta que las tropas, en extremo fatigadas, llegaron al anochecer a Bunker's Hill sin llevar apenas cartuchos, a pesar de que por la mañana sacaron una gran cantidad[163]. La pérdida de las tropas británicas en aquella desgraciada expedición fue de 65 muertos, 180 heridos y 28 prisioneros. Los americanos tuvieron 50 de los primeros y 34 de los segundos.

Con razón podía decir Washington en una carta que escribió luego, que las tropas británicas no tuvieron más remedio que retroceder ante el pueblo de Massachusetts. He aquí el párrafo de dicha carta: «Si la retirada no se hubiera hecho tan aceleradamente, y Dios sabe que no pudo ser más precipitada, las tropas reales habrían tenido que rendirse para no ser completamente destruidas.»

---

163 Véase la *Historia de los Estados Unidos*, de Lardner, vol. I, pág. 124.

Apéndice al capítulo 12

I. ASOCIACIÓN FORMADA POR OCHENTA Y NUEVE MIEMBROS DE LA ÚLTIMA CÁMARA BAJA.

Los infrascritos, muy humildes y leales súbditos del monarca de la Gran Bretaña y representantes del buen pueblo de este país, a V. M. respetuosamente exponen:

Que habiéndoseles prohibido por este Gobierno reunirse en Asamblea, según la forma legislativa, con el objeto de examinar y discutir todos los asuntos relativos a la mejor administración de las colonias, se han visto en la dura necesidad de formar una asociación, por ser éste el único medio que les queda para proponer e indicar a este pueblo todas aquellas medidas que en nuestro concepto son más convenientes para conservar los privilegios y libertades que la pesada mano del poder quiere arrebatar a los hijos de la América del Norte. Con el más profundo sentimiento vemos que las reclamaciones hechas a la Gran Bretaña para que se respeten nuestros antiguos derechos, no sólo han dejado de ser atendidas, sino que por el contrario parece haberse formado el proyecto de reducir a la esclavitud a los habitantes de la América Británica, sometiéndoles al pago de contribuciones impuestas sin el consentimiento del pueblo o de sus representantes.

En confirmación de lo dicho, encontramos un decreto del Parlamento, publicado últimamente, que tiene por objeto, cerrar al comercio el puerto de Boston, en nuestra colonia hermana de Massachusetts-Bay, hasta que el pueblo se someta a esos impuestos inconstitucionales cuyo decreto por demás violento y arbitrario, porque despoja a los colonos de su propiedad, es un atentado peligroso para destruir las libertades y los derechos de toda la América del Norte. También es nuestra opinión que como el Parlamento ha fijado ciertos derechos sobre el té que se importa en América, con el objeto evidente de obtener una renta sin el consentimiento del pueblo, no deben usar dicho artículo las personas que aprecien en algo las libertades constitucionales del país; y como quiera que la Compañía de las Indias, conduciéndose con muy poca generosidad, ha intentado arruinar a las colonias, enviando muchos buques cargados de té, con la intención sin duda de fijar un precedente en favor del impuesto arbitrario, hemos creído prudente recomendar con la mayor eficacia a nuestros conciudadanos que no tomen de la India Oriental otros géneros que el salitre y las drogas, hasta tanto que se supriman los citados impuestos.

También es nuestro parecer que el atacar a una de nuestras colonias hermanas para obligarla al pago de un impuesto forzoso, es lo mismo que atacar a toda la América Británica, y esto ocasionará la ruina de todos, si no se adoptan las más prudentes y sabias medidas para prevenir los males y funestas consecuencias que se pudieran seguir. Con este objeto se recomendó al Comité corresponsal que se pusiera en comunicación con todas las colonias, a fin de que cada una de éstas nombrase diputados que la representaran en el Congreso general, donde debía deliberarse en determinadas épocas del año acerca de los intereses de América.

La situación de los comerciantes y fabricantes de la Gran Bretaña nos induce a no decir más sobre este punto, confiando firmemente que el principio inconstitucional de crear impuestos sin el consentimiento de las colonias, no será observado, ni nos obligará tampoco a pagar contra nuestra voluntad, y a suspender nuestras relaciones comerciales con la Gran Bretaña.

Con este motivo tienen el honor de reconocerse sus más respetuosos y atentos servidores los últimos representantes de Virginia. 27 de mayo de 1774.

II. MANIFIESTO AL PUEBLO DE LA GRAN BRETAÑA.

Cuando una nación llega a cierto grado de grandeza por la vía de sus libertades, y después de alcanzar toda la gloria, el heroísmo y la magnificencia que sea dable obtener a los humanos, se humilla hasta el punto de forjar cadenas para sus hijos y sus compatriotas, y en vez de conservar su libertad, se pronuncia en favor de la esclavitud y de la opresión, hay suficiente motivo para creer que ese pueblo ha dejado de ser virtuoso o ha incurrido en un lamentable abandono.

En casi todas las edades, en repetidos conflictos y en sangrientas guerras, tanto civiles como extranjeras, así contra poderosas naciones como contra ocultos y poderosos enemigos, los habitantes de vuestra isla, vuestros grandes y gloriosos antecesores, mantuvieron su independencia, trasmitiendo sus derechos y libertades a vosotros que sois su posteridad.

No extrañéis, pues, que nosotros que somos descendientes de aquellos que participaron de todos los privilegios y libertades de que justamente os vanagloriáis, los cuales hemos trasmitido a nuestros hijos, confiando en la buena fe del Gobierno y en las solemnes promesas de los monarcas británicos, no extrañéis que rehusemos someternos a hombres que no fundan sus reclamaciones en los principios de la razón, y que insisten en ellas en la creencia de que teniendo en su poder nuestras vidas y propiedades, pueden esclavizarnos fácilmente. La causa de América, que es ahora objeto de la atención universal, ha llegado a ser en extremo grave, pues este desgraciado país, no sólo se ve oprimido, sino engañado, y en tal caso, es nuestro deber, tanto por el interés común, como por el bienestar del imperio británico, dirigirnos a vosotros para tratar sobre tan importante asunto.

Sabed pues, que insistimos en creer que somos y debemos ser tan libres como nuestros hermanos los súbditos de la Gran Bretaña, y que ningún poder sobre la tierra tiene derecho para despojarnos de la propiedad sin nuestro consentimiento. Sabed además, que nosotros reclamamos todos los beneficios de que gozan esos súbditos según la Constitución inglesa; que no debemos consentir, por ser contrario a la libertad, que se condene a un hombre sin oírle, ni se le castigue por supuestas ofensas sin permitirle que se defienda; que en nuestro concepto, la legislatura inglesa no está autorizada constitucionalmente para establecer una religión plagada de dogmas impíos y sanguinarios[164], ni para exigir una forma arbitraria de gobierno en ningún punto del globo, y que todos estos derechos, que nos son tan sagrados como a vosotros, han sido violados repetidas veces.

¿No son acaso los hijos de la Gran Bretaña dueños de su propiedad? ¿Puede alguno despojarles de ella sin su consentimiento? ¿Permitirán por ventura que cualquier hombre disponga de ella arbitrariamente? Bien sabéis que no. ¿Por qué entonces los propietarios de América han de ser menos dueños de lo que poseen que lo sois vosotros en ese país? ¿Por qué hemos de someternos a vuestro Parlamento o a cualquier otro Consejo del mundo que no sea de nuestra elección? El que estemos separados por el mar, ¿es acaso suficiente motivo para que haya disparidad en nuestros derechos, o hay razón alguna para que los súbditos ingleses, que viven a tres mil millas de distancia del palacio real, tengan menos libertad que aquellos que se hallan solo a trescientas?

La razón no puede menos de indignarse ante semejantes distinciones que no comprenden los hombres libres. Y sin embargo, por quiméricas e injustas que aquellas sean, el Parlamento afirma que puede dominarnos en todos los casos, sin excepción alguna, con nuestro consentimiento o sin él; que puede despojarnos de nuestra propiedad como y cuando le plazca, que le somos deudores de todo cuanto poseemos, y que no podemos conservar nada sin su permiso. Semejantes declaraciones son otras tantas herejías en la política inglesa, y por lo tanto, el Parlamento no puede despojarnos de nuestra propiedad; así como al Papa no le es dado despojar al rey de la corona que las leyes de la tierra y la voz del pueblo han colocado en sus sienes.

Al terminar la última guerra, que fue gloriosa gracias a las acertadas disposiciones y al talento de un ministro, a cuyos esfuerzos debe la Gran Bretaña su salvación y su celebridad, al terminarse esa guerra, repetimos, a la que sucedió una paz poco ventajosa, firmada bajo los auspicios de un ministro cuyos principios y familia eran opuestos a la causa protestante y a la libertad, se formó bajo su influencia el proyecto de esclavizar a los súbditos de América, proyecto en que se viene insistiendo con singular pertinacia para ponerlo en ejecución.

Antes de esta época, os contentabais con la riqueza que os producía nuestro comercio, el cual restringisteis de la manera más conveniente para que se aumentaran vuestros beneficios. Habéis sido completamente los soberanos del mar; designasteis los puertos y naciones a donde podríamos llevar nuestras mercancías, no permitiéndonos hacer el comercio en otros puntos, y aunque algunas de estas prohibiciones eran harto gravosas, no nos hemos quejado nunca, pues al consideraros como

164 Naturalmente, se refiere al catolicismo.—Nota del editor digital.

una nación hermana a la que estábamos unidos por los más estrechos lazos, nos juzgábamos felices por ser el instrumento de vuestra prosperidad y vuestra grandeza.

A vosotros apelamos para que deis testimonio de nuestra lealtad y afecto hacia los intereses comunes de todo el reino. ¿No pusimos a vuestra disposición en la última guerra todas las fuerzas de este vasto continente para que ayudasen a vuestras tropas a rechazar al enemigo común? ¿No abandonamos nuestras playas para ir a buscar las enfermedades o la muerte, a fin de que coronase la victoria el éxito de vuestras armas en países extranjeros? ¿No nos disteis gracias por nuestro celo reembolsándonos considerables cantidades que confesasteis os habíamos adelantado algunas veces a costa de grandes sacrificios?

¿A qué causas, pues, debemos atribuir el repentino cambio de la madre patria, y ese proyecto de esclavizarnos que se viene preparando desde la celebración de la paz?

Antes que nos hubiésemos recobrado de las inmensas pérdidas y gastos que nos ocasionó la guerra, intentóse sacar todo el dinero de este país, creando el odioso impuesto del sello. Las pinturas, el cristal y varios objetos que no nos permitíais comprar a otras naciones, quedaron sujetos al pago de ciertos derechos, y como si esto no bastara, nos prohibisteis que exportáramos vino al extranjero sin satisfacer una contribución impuesta por vuestro Parlamento. Éste y otros muchos impuestos fueron decretados injusta e inconstitucionalmente con el expreso objeto de obtener una renta; y a fin de acallar las quejas y murmuraciones, prevínose de antemano que se adoptaba aquella medida para la protección y defensa de las colonias.

Sin embargo, semejantes exacciones no se justifican por una pretendida necesidad de protegernos y defendernos, tanto más cuanto que son la obra de los cortesanos y favoritos del ministerio, que enemigos por lo general de América, tratan con sus consejos y representaciones parciales de embrollar los asuntos de las colonias. Tratándose del sostenimiento del Gobierno de éstas, siempre estamos y hemos estado dispuestos a contribuir, y cuando las exigencias del Estado lo requieran, facilitaremos, como hasta aquí, hombres y dinero hasta donde lo permitan nuestros alcances.

Para vigorizar la injusta medida de someternos a un impuesto, se ha destruido la valla que la sabiduría de nuestros antecesores había opuesto cuidadosamente al poder arbitrario, despojándonos del inestimable privilegio de tener nuestros jurados para juzgar las causas en que peligra la propiedad o la vida. Habíase dispuesto que cuando en las colonias se cometiesen delitos, infringiendo órdenes y disposiciones particulares que imponen ciertos derechos y restricciones en el comercio, el acusador entablase su demanda ante los tribunales del Almirantazgo, por cuyo medio perdía el súbdito la ventaja de que le juzgase uno de nuestros imparciales jurados, viéndose en la dura precisión de someterse al juicio de un hombre solo, y a sujetarse a una ley que exime al acusador de justificar su acusación y obliga al acusado a probar su inocencia o sufrir el castigo. Para dar a este enjuiciamiento más importancia, y como si se tratara de proteger a los falsos acusadores, se dispuso además que un certificado del juez en que se declarara que había razones para creer en el delito, bastaba para eximir a los primeros de satisfacer daños y perjuicios.

Según nuestras leyes, los delitos que se cometen en los dominios británicos donde hay establecidos tribunales de justicia, administrándose ésta regularmente, deben juzgarse en ellos por el jurado respectivo. De este modo, y conociendo a los acusadores y a los testigos, puede averiguarse fácilmente el grado de certeza de las declaraciones. En todas estas colonias se administra la justicia regular e imparcialmente, y sin embargo, según lo prevenido en varios decretos del Parlamento los culpables, así como los testigos, deben ser conducidos a Inglaterra para que se les juzgue por un tribunal compuesto de personas extrañas, quedando sujetos a las desventajas que resultan de la falta de amigos, testigos y dinero.

Cuando se vio que el proyecto de fijar derechos sobre el té que se exportaba a América con objeto de crear una renta, llegó a no producir nada por haber cesado nosotros de tomar ese artículo, el ministro concertó un plan con la Compañía de las Indias Orientales, en virtud del cual esta última debía transportar té a las colonias para venderlo. Persuadidos del peligro que ofrecía esta medida y

de lo perjudicial que iba a ser permitir que se estableciera semejante impuesto, adoptáronse desde luego varios medios para eludir el golpe. El pueblo de Boston, gobernado entonces por un hombre a quien, así como a Sir Francisco Bernard, considera la América como su mayor enemigo, se vio en un grave apuro, y mientras que en la ciudad se deliberaba sobre lo que habría de hacerse en aquel importante asunto, el té fue destruido.

Aun suponiendo que al hacer esto se cometió un desmán y que los propietarios del té tenían derecho a reclamar daños y perjuicios, abiertos estaban los tribunales y en ellos se hallaban los presidentes nombrados por la Corona; pero la Compañía de las Indias no creyó oportuno entablar un pleito ni aun quiso pedir una satisfacción a las personas en particular y al pueblo en general. El ministerio, según parece, tomó la cuestión por suya, y entonces el gran Consejo de la nación descendió a mezclarse en una disputa sobre la propiedad privada. Produjéronse luego varias cartas y documentos sin formalizar, y al tratarse de juzgar el delito, ni se llamó a las personas que habían destruido el té, ni se pidieron explicaciones al pueblo de Boston para averiguar si eran justas las quejas. El ministerio, que estaba enojado por no haber podido realizar antes uno de sus proyectos, determinó entonces dejar los pequeños medios para recurrir a la fuerza y a la violencia, y al efecto una flota bloqueó el puerto de Boston y se introdujo un ejército en la ciudad. Como si esto no bastara, se suspendió el comercio y miles de personas se vieron reducidas a mendigar su subsistencia, hasta que se sometiesen al yugo que quería imponérseles, consintiendo en ser esclavos a reconocer la omnipotencia del Parlamento.

¡En vuestra nación no hay ya justicia ni humanidad! ¡Consultad vuestra historia, examinad vuestros recuerdos, registrad los anales de los muchos reinos y estados que os rodean donde rige un sistema arbitrario, y mostrad un solo ejemplo de que se condene a hombres por crímenes que se les imputan, sin escuchar antes su defensa, sin juzgarles por un tribunal, y con arreglo a las leyes del país! Si es difícil conciliar estos procedimientos con el genio y carácter de vuestras leyes y Constitución, mucho mas ardua será la tarea cuando exijamos a nuestros enemigos ministeriales, que se justifiquen, no sólo por condenar a hombres sin escuchar su defensa, sino también por castigar lo mismo al inocente que al culpable, envolviendo en la ruina y la desolación a treinta mil almas, que al fin son vuestros amigos y hermanos, para castigar el delito de treinta o cuarenta personas.

Sería algún consuelo para nosotros que el catálogo de las opresiones concluyera aquí: por más que nos sea doloroso, nos vemos en la precisión de recordaros que confiando en la buena fe del Gobierno y en la Carta Real del soberano británico, los abuelos de los actuales habitantes de Massachusetts-Bay dejaron sus primitivas viviendas para establecer esta grande y floreciente colonia. Sin que hayamos dado lugar a que se nos despoje de nuestros privilegios, sin oírnos, sin juzgarnos y sin el menor motivo, en fin, un decreto del Parlamento viene a derogar esta Carta, a violar nuestras libertades y Constitución y a cambiar nuestra forma de Gobierno, y todo esto porque en una de sus ciudades se apoderaron algunos colonos de ciertos géneros que, según se dijo, eran propiedad de una Compañía, y porque, en una palabra, opinaron los ministros que era preciso adoptar aquellas medidas para que hubiese subordinación y se prestase obediencia a sus mandatos.

Ni son éstos tampoco los únicos gravámenes que nos aquejan: hombres disolutos, ineptos y de mala fe han sido varias veces nuestros gobernadores; muchas legislaturas se vieron obligadas a suspender sus sesiones por defender los derechos de los súbditos británicos; personas inútiles e ignorantes ascendieron a los puestos más elevados de la magistratura, o desempeñaron otros cargos de no poca importancia, y a todo esto, en fin podemos añadir las restricciones del comercio y diversos vejámenes cuyo recuerdo se pierde ante la presión de más dolorosas calamidades. Ahora ved cuál ha sido la marcha del plan formado por el ministerio para esclavizarnos.

Convencidos los ministros de que las duras medidas que adoptaban ocasionarían en las colonias el mayor descontento y que todos harían una fuerte oposición, aprobóse una orden cuyo objeto era pro tejer y librar del castigo a todos aquellos que se dedicaran a favorecer las opresoras disposiciones del Gobierno, aunque cometiesen algún delito, y además de esto, se publicó un

decreto por el cual se daba más extensión al dominio del Canadá, modificando su Gobierno de tal modo, que quedara independiente del nuestro, tanto por su religión como por sus privilegios, lo cual hace que esa colonia sea ahora peligrosa para las demás, porque puede ser un instrumento para reducirlas al estado de esclavitud.

Éste era evidentemente el objeto del decreto, y en este caso, no podemos menos de quejarnos de él por ser sumamente peligroso para nuestras libertades y tranquilidad y a la vez hostil para la América Británica. Además de esto, no podemos menos de deplorar la triste condición a que se ven reducidos, a consecuencia de aquel decreto, muchos pobladores ingleses que, confiando en sus derechos, compraron fincas en el Canadá. Esos pobladores son ahora súbditos de un Gobierno arbitrario, no pueden recurrir a sus jurados para el castigo de ciertos delitos, y cuando se ven reducidos a prisión, no les es posible reclamar tampoco el beneficio del *Habeas Corpus*, ese gran baluarte de la libertad inglesa. Ni menos podemos comprender que un Parlamento británico consintiera nunca en introducir en aquel país una religión por cuya causa se han cubierto estas islas de sangre, y que ha sembrado la impiedad, la corrupción, la tiranía y el despotismo por todas las partes del mundo.

Siendo éste el verdadero estado de las cosas y la exacta exposición de los hechos, permitidnos deciros cuál puede ser el resultado.

Admitid que el ministerio, merced al poderío de la Gran Bretaña y al auxilio de los católicos romanos del Canadá, consiga establecer el impuesto, reduciéndonos a un completo estado de humillación y esclavitud; semejante empresa aumentaría seguramente vuestra deuda nacional, y presumimos también que vuestro comercio disminuiría un poco; pero en fin, supongamos que conseguís vuestro objeto y obtenéis una victoria. ¿Cuál será entonces vuestra situación? ¿Qué ventajas o qué laureles podréis alcanzar con semejante conquista?

¿Acaso no podría un ministro esclavizaros con las mismas armas? Puede suponerse que dejarais de pagar; pero tened presente que los impuestos de América, la riqueza, los hombres y en particular los católicos romanos de este vasto continente, se hallarían entonces en poder de vuestros enemigos, y no podéis esperar que después de habernos convertido en esclavos, no aprovecharan muchos de los nuestros la oportunidad de reduciros a un estado semejante.

No creáis que esto es una vana quimera. Advertid que en menos de medio siglo los censos reservados para la Corona, de las numerosas concesiones de este vasto continente, producirán una fuente de riqueza para las arcas reales; y si a esto se añade la autorización de crear a placer impuestos sobre América, la Corona no necesitará vuestras rentas y poseerá más tesoros de los necesarios para comprar los restos de libertad que aun quedan en esa isla. En una palabra, tened cuidado de no caer en el mismo lazo que se prepara para nosotros.

Creemos que aun hay mucha virtud, mucha justicia y espíritu público en la nación inglesa, y a esos sentimientos apelamos desde luego. Os han dicho que somos sediciosos y turbulentos y que deseamos la independencia, mas creed que esos no son hechos, sino calumnias. Dejadnos ser tan libres como vosotros, y estad seguros que una mutua unión será nuestra mayor gloria y felicidad, que siempre estaremos dispuestos a contribuir hasta donde lo permitan nuestras fuerzas, al bienestar y prosperidad del reino, y que vuestros enemigos serán los nuestros, y comunes los intereses. Pero si llegáis a consentir que vuestros ministros se burlen despiadadamente de los derechos de la humanidad, si ni la voz de la justicia y de la razón, ni las leyes de los hombres, ni los principios constitucionales son suficientes para retraeros de verter sangre humana en una causa tan impía, deber nuestro es advertiros que nunca nos someteremos como esclavos a ningún Gobierno ni a ninguna nación del mundo.

Volvednos a la situación que ocupábamos al terminarse la última guerra, y reinará entre nosotros la primitiva armonía. Pero si persistís en seguir mostrando la misma indiferencia de antes hacia nuestros intereses, parécenos oportuno anticiparos cuáles serán las consecuencias.

Al suprimir el comercio de Boston, el ministerio ha tratado de someternos a sus medidas, y lo mismo os puede suceder a vosotros. Procuraremos, sin embargo, vivir sin el tráfico, recurriendo

para nuestra subsistencia a la fertilidad de nuestros campos que nos producirán seguramente lo necesario; y suspendida ya nuestra importación de la Gran Bretaña e Irlanda, en menos de un año suprimiremos también nuestras exportaciones a ese reino y a las Indias, si no se nos libra de tan pesados gravámenes.

Con el mayor sentimiento, pero atendiendo sobre todo a nuestra propia conservación, nos vemos precisados a tomar medidas perjudiciales, por sus consecuencias, a muchos súbditos de la Gran Bretaña y de Irlanda; mas esperamos que la magnanimidad y justicia de la nación británica servirán de guía para formar un Parlamento, cuya independencia y leal proceder pongan a salvo los derechos y privilegios de todo el reino, desentendiéndose de pérfidos ministros y malos consejeros. Solo así puede restablecerse entre los habitantes de los reinos de S. M. y de estos territorios esa armonía, amistad y fraternal afecto tan ardientemente deseados por los fieles hijos de América.

III. MANIFIESTO A LOS HABITANTES DE LAS DIVERSAS COLONIAS ANGLO-AMERICANAS

Nos, los delegados elegidos por el buen pueblo de estas colonias para reunirnos en Filadelfia en el mes de septiembre, con el objeto indicado por nuestros respectivos constituyentes, hemos inaugurado nuestras sesiones tomando en consideración los importantes asuntos recomendados al Congreso. En su consecuencia, os serán comunicados nuestros acuerdos; pero como la situación de los negocios públicos va siendo cada vez más alarmante, y como pudiera satisfaceros más que os demos cuenta colectivamente de las resoluciones tomadas por los Representantes de esta gran parte de América, después de una detenida y libre discusión, creemos oportuno dirigiros el presente manifiesto.

Siempre que un pueblo se opone a las órdenes de su Gobierno, es un deber sagrado examinar juiciosa e imparcialmente qué medidas dieron lugar a semejante oposición, o qué causas la provocaron o de qué modo pueden justificarse, a fin de que ni el afecto por una parte ni el resentimiento por la otra, puedan torcer la opinión ni impedir que el juicio público se guíe por los sólidos principios de la sabiduría y de la justicia.

Penetrados de esta verdad, nos hemos apresurado a tomar en consideración y examinar tranquila y detenidamente todas esas medidas adoptadas por el poder ejecutivo de la Gran Bretaña, que acaban de sembrar la alarma y el descontento en América, y con la misma atención hemos juzgado la conducta de las colonias. Terminada nuestra tarea, nos vemos en la dura alternativa de guardar silencio, perjudicando al inocente, o de emitir nuestra opinión en voz alta para censurar a los que respetamos: obligados a elegir entre estos dos extremos, preferimos hacer lo que nos dicta la honradez, atendiendo sobre todo al bienestar de nuestro país.

Poco después de terminarse la última guerra, empezó a notarse un cambio muy notable en el trato que hasta entonces se observara con estas colonias. Por una ley publicada en el cuarto año de este reinado, disponiendo que se regulara de nuevo el comercio entre la Gran Bretaña y los dominios de América, y que se fijara un impuesto sobre éstos a fin de sufragar los gastos que ocasionase la defensa y protección de los mismos, los Comunes concedieron al rey ciertas prerrogativas para que creara varias contribuciones y derechos en estas colonias. Y para poner en ejecución la medida, se dispuso asimismo que se impusieran varias penas y se secuestrasen los bienes de aquellos que no obedeciesen a lo mandado, estableciendo además una notable diferencia entre los súbditos ingleses y los de América, puesto que a los primeros se les debía formar causa en un tribunal de Westminster o de Escocia, y a los segundos en el que eligiera el demandante.

Los habitantes de estas colonias, que confiaban en la justicia de la Gran Bretaña, apenas habían tenido tiempo para tomar en consideración este decreto, cuando en el año siguiente se publicó otro titulado la Ley del Sello, que llamó en gran manera la atención, porque con él se establecía resueltamente el impuesto, confiriendo nuevas atribuciones a los tribunales del Almirantazgo a fin de que pudieran intervenir en los asuntos interiores del país y cuidasen de poner en ejecución las órdenes del Gobierno.

En el mismo año se creó otro impuesto fijando varios derechos de aduanas, y si bien es cierto que al siguiente se suspendió la Ley del Sello, hízose consignar que no se tomaba semejante medida por fundarse aquella en un principio erróneo, sino porque el ponerla en ejecución ofrecería muchos inconvenientes, ocasionando graves perjuicios a los intereses comerciales de la Gran Bretaña.

En el mismo año salió otro decreto en el cual se declaraba «que según los estatutos, S. M. tenía absoluto dominio sobre las colonias sin excepción alguna», y poco después se presentó otro a la aprobación, por el cual se ordenaba el pago de ciertos derechos en los dominios de América. En el año de 1767, expidióse un tercer decreto por el cual se autorizaba a S. M. para que los derechos de las aduanas y otros se percibiesen y administrasen por ciertos comisionados, a cuyo efecto creó el rey una costosa Junta, que no tenía más objeto que poner en ejecución las diversas leyes relativas a los impuestos y al comercio de América.

Después de anularse la Ley del Sello, volvimos a dispensar nuestro antiguo afecto a la madre patria, y ansiando evitar toda cuestión con ella, porque esperábamos que se modificasen sus medidas respecto a nosotros, no hicimos objeción alguna a sus últimas disposiciones. Pero el Gobierno, atribuyendo a causas insignificantes una conducta hija tan sólo de nuestra generosidad, se propuso en dicho año probar de nuevo de una manera más atrevida la paciencia de América.

Por un decreto según el que se fijaban ciertos derechos sobre el cristal, papel, etc., los Comunes de la Gran Bretaña insistieron de nuevo en que se pagasen aquellos en estas colonias, con el expreso fin de obtener una renta para sufragar los gastos de la administración de justicia, atender al sostenimiento del Gobierno civil y defender los dominios del rey en este continente.

A este decreto que tendía, como es fácil conocer, a turbar la tranquilidad universal que entonces reinaba en las colonias, el Parlamento añadió otro no menos extraordinario, por el cual se dispuso que aun después de celebrada la paz, se estableciese en las colonias un ejército permanente: y únicamente por respeto a la madre patria, no sólo se toleró semejante medida, sino que las legislaturas provinciales atendieron muchas veces al abastecimiento de las tropas.

Los decretos del año 1767 fueron causa de que renaciera el descontento que ya había desaparecido con la anulación de la Ley del Sello, y cuando el pueblo empezaba a concebir justos temores, vino otra ley disponiendo la creación de los tribunales del Almirantazgo, con el objeto de hacer que se cumplieran las órdenes del Parlamento británico, que se proponía obtener una renta en América. El objeto de todas esas medidas, es privarnos que formemos parte de las Asambleas, suprimir el derecho de propiedad para despojar de sus bienes a los colonos sin su consentimiento, y quitarnos en fin el privilegio que tenemos para que nos juzguen nuestros jurados, a los que deben sustituir los nuevos tribunales del Almirantazgo, presididos por un solo juez que depende siempre de la Corona.

Vemos, pues, que todos esos decretos y otros que no citamos, comparados entre sí, forman un sistema cuyo fin manifiesto es subyugar estas colonias, que no están ni pueden estar representadas en la Cámara de los Comunes por razones de localidad, a la autoridad ilimitada del Parlamento, violando así nuestros derechos y libertades, sin tener en cuenta justas y repetidas súplicas.

Esta conducta aparece tanto más extraña e injustificable si se considera cuál ha sido el proceder de las colonias. Desde su establecimiento, nunca pudieron acusarla sus más implacables enemigos de ser desleales o desobedientes a la madre patria; en las guerras que se han ido sucediendo, siempre contribuyeron con su auxilio, prestando todos los servicios que exigiera el país, lo cual es sabido de todos, y finalmente sus esfuerzos, su fidelidad y sacrificios durante la última lucha, merecieron que el monarca les manifestase su satisfacción.

Las quejas de aquellos que se muestran más hostiles a la libertad de América, se dirigen principalmente contra la provincia de Massachusetts-Bay; pero por las siguientes declaraciones de una persono cuyo testimonio no puede ponerse en duda fácil es ver que dichas quejas no tienen fundamento alguno. Al dirigirse a las dos Cámaras de la Asamblea en 24 de abril de 1762, el gobernador Bernard pronunció en su discurso las siguientes palabras: «Debo declararos que os estoy reconocido por vuestro actividad y celo en el cumplimiento de las órdenes del monarca, y esto

me complace tanto más, cuanto que no obrasteis bajo ninguna influencia y sí solo con el deseo de llenar vuestros deberes, tanto como miembros de la nación en general, como de la provincia en particular.»

En otro discurso que pronunció en 27 de mayo del mismo año, decía: «Cualquiera que sea el éxito de la guerra, no es poca satisfacción para nosotros que esta provincia haya contribuido con todas sus fuerzas a su sostenimiento. Todo cuanto se pidió fue concedido inmediatamente, y puedo aseguraros que nunca se organizaron regimientos con tanta actividad, ni se lanzaron tan pronto al campo de batalla. El pueblo parece hallarse animado del mejor espíritu para contribuir en todo lo posible al mejor servicio del rey.»

Tal fue la conducta del pueblo de Massachusetts-Bay durante la última guerra. Por lo que hace a su proceder antes de dicha época, debe tenerse presente en la Gran Bretaña, que no sólo cumplió siempre con las órdenes del rey, sino que, merced a sus vigorosos esfuerzos, se apoderó de Nueva Escocia en 1710 y de Louisbourg en 1745.

Terminadas las cuestiones exteriores, así como también los disturbios a que dio lugar la Ley del sello, la Asamblea de Massachusetts-Bay dirigió una atenta exposición al monarca dándole las más expresivas gracias por su bondad, y poco después expidió un *bill* para que se otorgara una compensación a los que salieron perjudicados por aquel decreto.

Esta circunstancia y los extractos de las cartas que dirigió el gobernador Bernard en 1768 al conde de Shelburne, Secretario de Estado, demuestran con qué buena voluntad y afecto trataron los colonos de olvidar las últimas cuestiones y con qué respetuosa deferencia hicieron todo lo posible para evitar que se suscitasen nuevas disputas:

«La Cámara, decía el gobernador, se mostró dispuesta desde el primer día a evitar toda controversia conmigo, conduciéndose en todo tan bien como yo pudiera desear, excepto en lo de dirigirse al rey, empleando un agente particular. Esto es lo único que me induce a poner en conocimiento del Gobierno semejante innovación; pero en todo lo demás no puedo menos de hablar en favor de los actos de la Cámara. Los miembros de ésta han obrado en todo con la mayor moderación, evitando las disputas y haciendo todo lo posible por no dar lugar a nuevos altercados. Haré de esta carta el uso más conveniente para restablecer la paz y la tranquilidad en esta provincia, para lo cual se han dado ya muchos pasos por la Cámara de sus Representantes.»

La indicación de la provincia de Massachusett-Bay, contenida en estas cartas, tiene mucha más fuerza si se considera que aquellas fueron escritas algunos meses después de la alarma que cundió en las colonias por los decretos publicados el año anterior.

Al llegar aquí, parécenos oportuno advertir que en uno de aquellos se indicaba que la intervención del Parlamento era necesaria para que se atendiera a los gastos que ocasionase la administración de justicia, el sostenimiento del Gobierno civil y la defensa de los dominios del rey en América. En cuanto a los dos primeros artículos, cada una de las colonias había facilitado los recursos que las respectivas Asambleas juzgaron necesarios, según sus circunstancias, y por lo que hace al tercero, sabido es de todos, aun de aquellos que menos conocen los asuntos de América, que las colonias se defendían por sí mismas sin necesidad de la Gran Bretaña, y que cuando se crearon los impuestos ya citados, pesaban aun sobre aquéllas considerables deudas, contraídas en la guerra anterior. Tan lejos estaban de ahorrar dinero cuando el monarca les pidió constitucionalmente un auxilio, que durante la guerra el mismo Parlamento les reintegró varias cantidades que habían facilitado, más bien por su celo, que porque pudieran hacerlo buenamente.

Los decretos del Parlamento, de que ya hemos hablado, no sólo eran gravosos, sino que también la conducta del Gobierno fue injuriosa e irritante para este país. Por una orden del rey, la autoridad del comandante en jefe y la de los brigadieres generales llegó a ser suprema en todos los Gobiernos civiles de América, aun en tiempos de paz, y de este modo, los mencionados oficiales se hallaban revestidos de un poder ilimitado que no reconoce la Constitución de estas colonias.

Se envió un considerable cuerpo de tropas y varios buques de guerra para que contribuyesen a sacar el dinero a los colonos sin su consentimiento.

Se crearon destinos costosos e innecesarios, y se ha introducido la corrupción maliciosamente para provocar disensiones en el país.

Se dispuso que los jueces de los tribunales del Almirantazgo pudieran cobrar sus sueldos de las cantidades recaudadas por multas, condenas, etc.

Los comisionados de las aduanas quedaban autorizados para allanar las casas sin la autoridad de ningún magistrado y sin la debida información.

Los jueces de los tribunales comunes se consideraron dependientes de la Corona para el cobro de sus haberes; en Rhode-Island se ha establecido un tribunal para que se envíe a Inglaterra a los delincuentes; se han desechado las peticiones de los representantes del pueblo con harta frecuencia, y repetidas veces se han disuelto las Asambleas arbitrariamente.

Bastará que citemos algunos casos para que se vea en qué razones de justicia se fundaban tales resoluciones.

Como quiera que la tranquilidad de las colonias se había turbado, según ya hemos dicho, a consecuencia de los decretos publicados en 1767, el conde de Hilisborough, Secretario de Estado, escribió una carta alg obernador Bernard en 22 de abril de 1768 censurando la atrevida conducta de la Cámara de los Representantes, que acababa de dirigirse a las demás colonias, para que se hiciera una manifestación contra los actos del Parlamento. La carta decía además que S. M. consideraba aquella medida improcedente, y propia tan sólo para excitar la oposición contra la autoridad constituida, y que el rey deseaba, que tan pronto como se reuniese otra vez el Congreso general, en el tiempo prefijado por la carta, se indicase a la Cámara de los Representantes, en nombre de S. M., que debían rescindirse los acuerdos que motivaron la carta-circular, declarando al mismo tiempo que se desaprobaba semejante medida. Si la Asamblea rehusaba satisfacer los deseos del rey, debía disolverse la Cámara inmediatamente.

Presentada la carta ante la Cámara, y habiéndose negado los miembros a que se rescindiera ningún acuerdo, la Asamblea fue disuelta en el acto. A todos los gobernadores de las demás colonias se les envió una carta semejante para que hicieran gestiones en las respectivas Cámaras a fin de conseguir el objeto indicado, pero no habiendo obtenido más que negativas, se disolvieron las Asambleas.

La hostil e injustificable invasión de la ciudad de Boston vino poco después a colmar la medida de los sucesos ocurridos en aquel año, y decimos injustificable, porque tanto aquella provincia como las demás colonias hubieran permitido que se pusieran en ejecución los decretos que tan unánimemente reprobaban, sólo por evitar una contienda con la madre patria.

Resuelto el Gobierno a subyugar el espíritu de libertad que los ministros hubieran deseado tener, hicieron cierta combinación con la Compañía de las Indias Orientales para enviar a este continente grandes cantidades de té, artículo sobre el cual se había fijado un derecho, en virtud de cierta orden que era un ataque a las libertades de América, y que por lo tanto, no quisieron importar los habitantes. El cargamento enviado a la Carolina del Sur se almacenó y no se permitió la venta; los de Filadelfia y Nueva York no se llegaron a desembarcar, y el de Boston se destruyó porque el gobernador Hutchinson no quiso que volviese el género a Inglaterra.

Al recibirse noticia de esto en la Gran Bretaña, se exasperaron los ánimos, y habiéndose resuelto castigar semejante desacato, los ministros aprobaron en la última sesión del Parlamento un *bill* que disponía se cerrase al comercio el puerto de Boston, que se perdonara a los asesinos de MassachusettsBay y que se cambiase la Carta de esta colonia. Para asegurar la ejecución de estas medidas, un ejército y una flota invadieron de nuevo la provincia.

Estas ultrajantes medidas se explican por sí mismas, pues aunque se diga que la provincia de Massachusetts-Bay se ha excedido por su falta de respeto a la Gran Bretaña, la verdad es que la conducta del pueblo en las demás colonias ha sido igual en lo tocante a oponerse a la autoridad del Parlamento, y sin embargo, ningún paso se ha dado contra ellas. Tan artificioso proceder oculta varios designios, pues a no dudarlo se espera que la provincia de MassachusettsBay se deje llevar de alguna violencia que desagrade a las demás colonias, o que dé motivo para que el pueblo de la

Gran Bretaña apruebe la meditada venganza de un imprudente y exasperado ministro. Si en razón al carácter pacífico de aquella provincia, saliese mal este plan, espérase que, intimidadas las demás colonias, se irán separando unas de otras para no sufrir en la causa común, y que una vez desunidas, será fácil someterlas a todas.

Para conseguir este objeto se ha adoptado también otra medida. En la sesión del Parlamento que ya indicamos se aprobó un decreto para cambiar el Gobierno de Quebec, disponiéndose además que se estableciese de hecho la religión Católico romana, que antes era tolerada solamente según el tratado de paz, por cuyo medio se despojaba al pueblo del derecho de tomar parte en la Asamblea, y de tener Jurados, aboliéndose asimismo las leyes inglesas y sustituyéndolas con las francesas, contrariamente a lo prometido por S. M. a los muchos súbditos ingleses que se establecieron en la citada provincia. Según dicho decreto, ensanchábase igualmente el territorio del Canadá, de tal modo, que llegó a comprender vastas regiones que lindaban al norte y oeste con los límites de otras colonias. Los autores de esta arbitraria disposición se vanagloriaban de que, careciendo de libertad los habitantes de aquella provincia y viéndose provocados por los de otra religión, serían instrumentos propios para oprimir a los que no reconocieran su Gobierno y sus leyes.

De la exposición de los hechos que acabamos de citar, es evidente, sin que quepa la menor duda, que se ha resuelto destruir la libertad de las colonias sometiéndolas a un Gobierno despótico.

En esta desgraciada época es cuando se nos ha autorizado para reunirnos, a fin de deliberar acerca de lo que convendría hacer para el bienestar del país. Hemos aceptado la misión con desconfianza, pero hemos tratado de llevarla a cabo con la mayor integridad, y aunque el estado de estas colonias justificaría ciertamente otras medidas que las que hemos tomado, poderosas razones nos inducen a preferir las que acaban de adoptarse.

En primer lugar, atendiendo al carácter de estas colonias, y aun cuando se hallen en la actualidad rodeadas de peligros y alarmadas justamente, nos ha parecido oportuno proceder de una manera noble y leal, y por eso hemos resuelto dirigir a S. M. las peticiones de sus fieles y oprimidos súbditos de América. Mirando después con el más tierno afecto, tan universal entre nuestros conciudadanos, al pueblo de la Gran Bretaña, a quien debemos nuestro origen, no podíamos menos de regular nuestra conducta en la esperanza de que los colonos son igualmente queridos de sus habitantes. Entre estas provincias y ese reino hay un lazo social que no deseamos romper y que tampoco puede deshacerse hasta que la madre patria se muestre completamente hostil, o persista en llevar a cabo las medidas destructoras que se van poniendo en ejecución en estas colonias, que una vez reducidas al último extremo, se verían en la precisión de renunciar a toda clase de consideraciones para atender a su propia conservación.

A pesar del violento impulso que se ha dado a las disposiciones del Gobierno, no hemos llegado aun al último extremo ni deseamos tampoco acelerar un fatal desenlace, y por esto mismo hemos elegido un sistema de oposición que no impide que nos reconciliemos de la mejor buena fe con nuestros conciudadanos de allende el Atlántico. Deploramos profundamente la urgente necesidad que nos obliga a interrumpir el comercio en perjuicio de la madre patria; mas esperamos no se crea que al tomar esta medida abrigamos dañinas intenciones, pues basta reflexionar que nos vemos en una situación violenta y que luchamos por esa libertad tan sagrada siempre para nuestros antecesores.

El pueblo de Inglaterra tendrá bien pronto ocasión de manifestar cuáles son sus sentimientos respecto a nuestra causa. Depositamos la más completa confianza en su generosidad y recto juicio, y al recordar pasados sucesos, no podemos creer que esos habitantes defensores de la verdadera religión y de los derechos de la humanidad, se declaren contra sus afectuosos hermanos, los protestantes de las colonias, para favorecer a sus secretos enemigos, cuyas intrigas han tenido por objeto durante muchos años minar los cimientos de la libertad civil y religiosa.

Una de las razones que nos han inducido a formar oposición interrumpiendo el comercio, es el creer que este medio será el más eficaz si se persiste en él con perseverancia, y ahora debemos advertiros que vuestra salvación y la de vuestra posteridad depende sólo de vosotros mismos. Al

tocar los inconvenientes que os ocasionará la suspensión del comercio, podréis comprender también cuántas vejaciones tendréis que sufrir vosotros y vuestros descendientes si os halláis sujetos a una autoridad arbitraria. No debéis olvidar la honra de vuestro país, que será más o menos apreciado en el mundo según vuestra conducta, y conviene reflexionéis detenidamente que si la pacífica oposición recomendada por nosotros llegase a ser inútil y no produjera efecto alguno, os veréis reducidos inevitablemente a escoger entre una peligrosa lucha o una infamante humillación.

Las consecuencias, pues, que pudieran originarse de semejante estado de cosas, deben induciros a usar de toda vuestra actividad y energía para que se adopten las pacíficas medidas necesarias para nuestra salvación; pero nos creemos en el deber de advertiros que los proyectos que se agitan contra estas colonias son de tal naturaleza, que no estará de más prepararos a presenciar tristes y dolorosos acontecimientos. Ante todas las cosas os rogamos encarecidamente, con espíritu tranquilo y firme corazón, que os humilléis ante la Divina Providencia implorando el favor del cielo, como nosotros pedimos ardientemente al Todopoderoso que os tenga bajo su protección.

IV. PETICIÓN DEL CONGRESO AL REY.

Señor:

Los exponentes, muy leales y fieles súbditos de V. M., habitantes de las colonias de New-Hampshire, Massachusetts-Bay, Rhode-Island, Providence, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, los Condados de New-Castle, Kent y Sussex en Delaware, Maryland, Virginia y las Carolinas, en nuestro nombre y en el de los colonos que nos han elegido para que los representemos en el Congreso general, a V. M. rogamos humildemente se digne aceptar la súplica que tenemos el honor de presentar ante el trono, a fin de exponerle nuestras quejas.

En estas colonias se ha mantenido un ejército permanente desde la conclusión de la guerra, sin el consentimiento de nuestras Asambleas, y este ejército, así como también la considerable escuadra que le acompañó, tenía por objeto asegurar la recaudación de los impuestos.

La autoridad del comandante en jefe, así como también la del brigadier general, ha llegado a ser suprema, aun en tiempo de paz, en todos los gobiernos civiles de América.

El comandante en jefe de las fuerzas de V. M. en la América del Norte, fue nombrado en tiempo de paz gobernador de una colonia.

Los sueldos de los oficiales se han aumentado considerablemente, creándose además nuevos cargos tan opresivos como costosos.

Los jueces de los tribunales del Almirantazgo han sido autorizados para percibir sus sueldos de los fondos que ingresaran por cuenta de condenas, multas, etc.

Se han conferido poderes a los oficiales de aduanas para que puedan allanar las casas, sin la intervención de un magistrado y sin la debida información.

Se ha dispuesto que los jueces de los tribunales comunes dependan enteramente de la Corona, y perciban de ella sus sueldos como tales funcionarios.

Se ha concedido a los consejeros el privilegio de ejercer la autoridad legislativa durante la clausura de las Asambleas.

Las humildes peticiones elevadas por los Representantes del pueblo no han sido atendidas.

Se ha despojado de sus cargos a los agentes del pueblo, dándose orden a los gobernadores para que no satisficieran sus sueldos.

Las Asambleas han sido disueltas injuriosamente con mucha frecuencia.

Se han introducido en el comercio muchas restricciones tan opresivas como inútiles.

Por varios decretos del Parlamento publicados en el 4°, 5°, 6°, 7° y 8° años del reinado de V. M., se crearon impuestos sobre las colonias con el expreso fin de obtener una renta; la autoridad de los tribunales del Almirantazgo se extendió mas allá de sus primitivos límites, por cuyo medio se nos despojaba de la propiedad sin nuestro consentimiento; aboliéronse los jurados en muchos casos civiles; hiciéronse enormes secuestros por las más pequeñas faltas, y se exigieron, en fin, grandes

fianzas en los casos de procedimiento contra los propietarios antes de permitirles defender su derecho.

Ambas Cámaras del Parlamento han resuelto que los colonos sean juzgados en Inglaterra, por delitos cometidos en América, fundándose para ello en un estatuto que se aprobó en el reinado de Enrique VIII, el cual se ha querido poner en ejecución.

Por una orden expedida en el XII año del reinado de V. M., se dispuso que las personas acusadas de algún delito fuera del reino, pudieran ser juzgadas en cualquier provincia o condado de aquel, y haciéndose la regla general, los habitantes de estas colonias pueden en semejantes casos verse privados de sus jueces ordinarios.

En la última sesión del Parlamento se aprobó un decreto por el cual se cerraba al comercio el puerto de Boston; otro autorizando al gobernador de Massachusetts-Bay para que las personas acusadas de asesinato en dicha provincia pudieran ser enviadas a otra colonia, y aun a la Gran Bretaña para ser juzgadas, con lo cual podían los delincuentes eludir el castigo. Por un tercer decreto modificábase la Carta del Gobierno de dichas provincias; según otro publicado después, ensanchábanse los límites de Quebec, aboliendo las leyes inglesas, que se sustituyeron con las francesas, estableciéndose además un Gobierno absoluto y la religión católico romana; y finalmente, un quinto decreto disponía que se facilitasen alojamientos a los oficiales y soldados que estuvieran al servicio de S. M. en la América del Norte.

Para un soberano de quien se gloría la Gran Bretaña, basta la enumeración de estos actos para justificar la medida tomada por los leales súbditos de V. M., que acuden presurosos a los pies del trono pidiendo clemencia y protección.

Al gravoso sistema adoptado para administrar a las colonias desde la última guerra, se deben todos los conflictos, temores, peligros y alarmas que afligen a los fieles súbditos de V. M., pues ni aun nuestros más implacables enemigos podrán decir que hubiera nunca hasta ahora diferencias entre la Gran Bretaña y las colonias.

Si esas diferencias procedieran de nosotros, por un injusto impulso de ambición o por mañosas intrigas de personas turbulentas mereceríamos las injuriosas calificaciones que de nosotros han hecho aquellos a quienes reverenciamos; pero lejos de introducir una innovación, nos hemos opuesto a ella y no puede acusársenos de ninguna falta como no sea la de habernos resentido por las ofensas que se nos infirieron.

Si el Supremo Criador hubiese dispuesto que naciéramos en una tierra de esclavos, la ignorancia y la costumbre no nos hubiera permitido apreciar bien nuestra triste condición, pero, gracias a su inagotable bondad, hemos nacido libres y disfrutado siempre nuestro derecho bajo los auspicios de los reales antecesores de V. M., cuya familia ocupó el trono para proteger a una gran nación y librarla del despotismo de un supersticioso e inexorable tirano. No dudamos que V. M. se felicita de que la posesión de su corona se deba a la libertad de su pueblo, y por lo tanto debemos creer que nuestro rey, en su profunda sabiduría, aprobará que sus leales súbditos traten de guardar cuidadosamente lo que les concedió la Divina Providencia, con lo cual se cumplirá el pacto, merced al que se elevó la ilustre casa de Brunswick a la dignidad imperial.

El temor de vernos reducidos a esclavos después de haber sido ingleses libres, y el pensar cuántas calamidades y miserias amenazan, así a nosotros como a nuestra posteridad, nos inspira sentimientos que no podemos describir ni tampoco debemos ocultar. Si al sentir como hombres y pensar como súbditos, guardáramos silencio, seríamos desleales; pero al dirigirnos a V. M. hacemos todo lo posible para llamar su atención sobre grandes asuntos, como son, la tranquilidad del Gobierno y el bienestar de vuestro pueblo.

El deseo de cumplir con nuestros deberes hacia el rey y atenderá nuestra propia conservación, que son las primeras obligaciones del hombre y de la sociedad, nos impulsan a recurrir a V. M., persuadidos de que reinando en un país de hombres libres, no le será desagradable oír el lenguaje de la libertad. Mas bien creemos que su real indignación caerá sobre algunos hombres peligrosos que, interponiéndose osadamente entre la persona del monarca y sus fieles súbditos, han abusado durante

muchos años de la autoridad de su rey, y después de poner en mal lugar a los súbditos americanos, han proyectado la más irritante opresión, obligándonos, en fuerza de sus repetidas injurias, a molestar la atención de V. M. con nuestras quejas.

Nosotros no tenemos representación alguna, y tanto es así, que se ha intentado despojarnos de la propiedad sin nuestro consentimiento y bajo el pretexto de que era preciso atender a los gastos que ocasionara la administración de justicia, el sostenimiento del Gobierno civil y la defensa, protección y seguridad de las colonias. Pero debemos hacer presente a V. M. que los fondos necesarios para sufragar los dos primeros artículos, se facilitan y han facilitado siempre por las legislaturas de las diversas colonias con arreglo a sus respectivas circunstancias; y por lo que hace a la defensa, protección y seguridad de aquellas, si la milicia está bien organizada, como así lo deseamos, será suficiente, a lo menos en tiempo de paz. En caso de guerra, vuestras leales colonias estarán siempre dispuestas como hasta aquí a demostrar su afecto y lealtad, facilitando hombres y socorros, cuando se les exija de una manera constitucional.

El respeto y sincero afecto que profesamos al monarca, a su familia y al Gobierno, no cede en nada al de los súbditos de V. M., y apreciamos en tanto como ellos el privilegio de poder manifestarlo así al honorable príncipe que rige los destinos de la nación.

Si se nos hubiera permitido disfrutar en paz la herencia de nuestros abuelos, estaríamos ahora pacíficamente consagrados a nuestras tareas, y haciendo todo lo posible para probar nuestro sincero afecto a V. M. y nuestra veneración al pueblo a quien debemos el origen; pero aunque nos hallemos actualmente expuestos a graves disensiones con la nación en quien siempre hemos confiado, al tomar la iniciativa en los asuntos más importantes, no dudamos que la pureza de nuestras intenciones y la integridad de nuestra conducta nos justificarán ante ese gran tribunal ante el que toda la humanidad debe someterse a juicio.

Sólo pedimos paz y libertad, no que se disminuya la prerrogativa ni que se nos concedan tampoco nuevos derechos o privilegios. Por lo demás, siempre acataremos con el más profundo respeto la regia autoridad, conservando cuidadosamente nuestras buenas relaciones con el pueblo de la Gran Bretaña.

Reconociendo nuestros deberes hacia V. M. y sincero afecto a la madre patria, pero fuertes con nuestro derecho y deseando probar nuestra lealtad, presentamos esta petición en la esperanza de que se nos alivie de los gravámenes que pesan sobre nosotros a consecuencia de las medidas adoptadas desde la conclusión de la última guerra con objeto de crear una renta en América. De la magnanimidad y justicia de V. M. y del Parlamento, esperamos que será atendida la súplica de los que suscriben, asegurando, en cambio, que en cuanto hayan desaparecido las causas del malestar que nos aflige, probaremos con nuestra futura conducta que somos dignos de las consideraciones a que estábamos acostumbrados en días mas felices. Apelando al testimonio de aquel Ser que juzga imparcialmente a sus criaturas, aseguramos de una manera solemne que nuestros Consejos, al proceder como lo hacen, no tienen más objeto que impedir las funestas consecuencias de un grave trastorno.

Permitidnos, pues, Señor, que elevemos nuestra voz hasta el trono, en nombre del leal pueblo de América y en el de las leyes del Altísimo, a cuya pura religión están faltando nuestros enemigos. Aun cuando sólo sea por vuestra gloria, que se realzará con la felicidad de vuestros súbditos; por los intereses de vuestra familia y por la salvación y bienestar de vuestros reinos y dominios, amenazados de inminentes peligros y dolorosas calamidades, rogamos a V. M. atienda la súplica de aquellos que aunque viviendo en un país lejano, están enlazados íntimamente con ese pueblo por las leyes, por la sangre y por su lealtad. Abrigamos la confianza de que nuestro soberano no permitirá que se disuelvan los lazos que hasta ahora nos unieron, para conseguir proyectos que si llegaran a realizarse sería a costa de grandes calamidades.

En vista de lo expuesto, rogamos a V. M. que interponga su regia autoridad para que se atienda a nuestras quejas, esperando que esta petición sea favorablemente contestada.

Que V. M. disfrute largos años de felicidad en un próspero y glorioso reinado, así como también todos vuestros descendientes, es y será siempre nuestro más ardiente y sincero deseo.

13.
Último año de la dependencia colonial (1775)

Consecuencias de la batalla de Lexington. Stark y Putnam. Opiniones de Washington. Conducta del Congreso de Massachusetts. Leva de tropas. Sitio de Boston. El capitán general Ward. Ethan Allen. Toma de Ticonderoga y de Crown Point. Segundo Congreso continental. Dificultades y obstáculos con que luchó. Su política. El Congreso autoriza una emisión de tres millones de dólares en papel moneda. Congreso provincial de Nueva York. Nombramiento de un comandante en jefe. Wasington es elegido unánimemente para este cargo. Discurso que pronunció al aceptar. Renuncia a su sueldo. Nombramiento de cuatro mayores y ocho brigadieres generales. Washington empieza a desempeñar sus funciones. Llegada de refuerzos a Boston. Gage propone activas medidas. Breed's Hill es fortificado por equivocación. Se trata de desalojar a los Americanos. Batalla de Bunker's Hill. Gran matanza de las tropas reales. Importancia de esta batalla. Muerte de Warren. Washington encuentra al ejército careciendo de todo. Se hacen vigorosos esfuerzos para organizar y disciplinar el ejército. Nueva emisión de papel moneda por el Congreso. Los indios, y discurso que se les dirigió. Política del coronel Guy. Johnson. Georgia se une a otras colonias. Los delegados. Las Trece Colonias Unidas. Disgustos de Washington. Necesidad de un ejército regular. Correspondencia del general Gage. Muchos colonos no se muestran dispuestos a separarse de la madre patria. Declaración de la independencia de Mecklenburg. Expedición al Canadá. Toma de Montreal. Asalto de Quebec. Muerte de Montgomery. Los americanos son arrojados del Canadá. Washington conferencia con el Congreso acerca de las tropas. El Consejo de guerra se opone al deseo de Washington de atacar a Boston. Ultrajes inferidos por la escuadra.

No nos es posible describir la violenta indignación que se apoderó de todas las colonias al recibir las noticias relativas la batalla de Lexington. Habíase vertido sangre entre hermanos, y esto clamaba venganza. De todas partes acudieron inmediatamente numerosos voluntarios, que fueron a recorrer el lugar de la acción, y a los pocos días la ciudad de Boston fue sitiada por el ultrajado pueblo. Stark, de NewHampshire, se puso en camino, diez minutos después de tener conocimiento del suceso, para ir a reunirse con los demás patriotas, e Israel Putnam, de Connecticut, que se ocupaba pacíficamente en labrar la tierra y que tenía ya sesenta años, dejó acto continuo su arado en medio del campo al recibir la noticia, y sin pasar siquiera por su casa, dirigióse inmediatamente a buscar a sus compañeros.

Con motivo de haber intentado Lord Dunmore imitar la conducta de Gage en lo de apoderarse de ciertos almacenes militares, toda la Virginia se había levantado en masa, y sólo la prudencia del gobernador impidió que se vertiera sangre. En Nueva York, en Filadelfia y toda la parte del Sur, el espíritu del pueblo era el mismo que el de los ciudadanos de Massachusetts, y todos estaban unánimes en reconocer que una vez desenvainado el acero, con él debía resolverse la lucha. «Es muy doloroso, decía Washington en una carta que escribió a Fairfax, hablándole sobre la batalla de Lexington, pensar en la lucha fratricida que ha presenciado nuestro país, tanto más si se reflexiona que las tranquilas llanuras de América han de verse en lo sucesivo cubiertas de sangre o habitadas por esclavos. ¡Triste alternativa! Pero, ¿puede un hombre virtuoso vacilar en la elección?»

El Congreso de Massachusetts, que celebraba sus sesiones en aquella ocasión, tomó inmediatamente sus medidas para poner en conocimiento de Inglaterra que la agresión había partido de las tropas británicas, exponiendo asimismo al monarca «que apelaban al cielo para la justicia de su causa, y que todos estaban resueltos a morir o ser libres.» El pueblo se apoderó prontamente de

los fuertes, almacenes y arsenales, reuniéronse tropas y se hizo una nueva emisión de papel moneda. La ciudad de Boston fue sitiada luego por una fuerza de veinte mil hombres, los cuales formaron una línea que se extendía desde Roxbury hasta el río Mystic, y Artemas Ward fue nombrado capitán general de las tropas procedentes de las colonias vecinas que se hallaban resueltas a defender a Massachusetts en su conflicto.

Algunos hombres atrevidos para quienes era evidente la proximidad de la guerra, habían formado un plan para apoderarse de Ticonderoga y Crown Point, y uno de ellos, Ethan Allen[165], reuniendo a los habitantes de Green Mountain (Montaña Verde) que no llegaban a tres mil hombres, dirigióse a Castleton el 2 de mayo, donde se le incorporó Benedicto Arnold, que también se había propuesto el mismo objeto. Arnold tenía el nombramiento de coronel de Massachusetts, y reclamaba el mando, pero se le rehusó rotundamente, y viose por lo tanto en la precisión de servir como voluntario o retirarse. La partida llegó a Shoreham, frente a Ticonderoga, en la noche del 9 de mayo, y como nadie en el fuerte podía sospechar un ataque, hallábase completamente desprevenida la guarnición. Allen y Arnold, guiados por un muchacho llamado Natan Beman, cruzaron el río durante la noche con sólo ochenta y tres hombres, pues los demás no pudieron seguirles por falta de botas, y fueron a situarse bajo las mismas murallas del fuerte, donde su posición llegó a ser muy crítica porque la aurora comenzaba a despuntar, y si no se sorprendía de una vez a la guarnición, veíanse en inminente riesgo de ser cogidos. Ethan Allen no vaciló un momento, y reuniendo a sus hombres, explicóles brevemente el caso, lanzándose luego seguido de Arnold y su gente a la puerta principal.

---

165 Cuéntase una anécdota ocurrida con el héroe de Vermont cuando éste se hallaba prisionero bajo palabra en Nueva York. Rivington, impresor del rey, había dicho cosas muy ofensivas contra los *Whigs* en su Gaceta, y al leerlas Allen, juró que daría cuenta del autor la primera vez que lo encontrase. He aquí cómo refiere el mismo Rivington la historia:

«Hallábame un día sentado a la mesa después de comer, con una botella de Madera delante de mí cuando me pareció oír un ruido desusado en la calle; acerquéme a la ventana y vi un hombre muy alto con un gran sombrero de pico y una larga espada al costado, al cual seguían una porción de muchachos que daban gritos y silbidos, sin que él pareciese hacer caso de aquel alboroto. Parecióme después que el hombre se detenía a la puerta de mi casa, y ya no vi más, pero el corazón me dijo que era Ethan Allen. Entonces cerré la ventana y volví a sentarme ante mi botella, persuadido de que había llegado la hora de la venganza. No había medio de escapar: a los pocos minutos entró mi escribiente Mr. Staples con el semblante pálido y me dijo:

—Maestro, ya está ahí!

—Ya lo sé —repuse yo.

—Ha entrado en el recibimiento, preguntándome si vive aquí Jaime Rivington, y que si estaba en casa; yo le he contestado que iba a verlo, y he venido a preguntaros, maestro, qué debemos hacer en este caso.

Quedéme perplejo un momento, pero lanzando de pronto una mirada a la botella, tomé una resolución y contesté:

—Decidle que suba, pues si este rico Madera no le dulcifica, debe ser más duro que el diamante.

Hubo un momento de pausa, y a poco oí rebotar en los escalones la larga espada de mi hombre, quien entrando en la habitación me dijo:

—¿Os llamáis Jaime Rivington?

—Sí, señor, y tengo en mucho conocer al coronel Etham Allen.

—Caballero, he venido…

—Ni una palabra más, mi querido coronel, hasta que hayáis tomado un vasito de Madera añejo.

—Pero, caballero, no creo oportuno…

—No digáis nada más, coronel: probad antes este vino, que ha estado en un tonel por espacio de diez años, y ya sabéis que el vino rancio es el mejor.

El coronel tomó entonces el vaso, apuró el contenido, castañeteó la lengua, y haciendo con la cabeza un movimiento de aprobación, repitió:

—Caballero, he venido…

—No empecéis hasta haber tomado otro vasito, y entonces, mi querido coronel, hablaremos de antiguos negocios y de varias extrañas aventuras que os quiero contar.

El desenlace de nuestro encuentro fue apurar dos botellas de Madera, después de lo cual nos separamos los mejores amigos del mundo.» (*Ethan Allen y los héroes de la Montaña Verde*, por Depuy, pág. 262.)

El centinela disparó su arma y se metió en el fuerte dando la voz de alarma, pero los americanos penetraron al mismo tiempo detrás de él e hicieron prisioneros a los soldados ingleses, que en aquel momento saltaban de sus camas. Entre tanto Allen, seguido siempre de su guía, subió al cuarto del comandante Delaplace, que estaba también acostado, y llamando a la puerta con el pomo de su espada, ordenóle con voz estentórea que se presentase si quería evitar que muriera la guarnición. Delaplace apareció entonces en el dintel de la puerta medio desnudo, seguido de su mujer, y mirando con asombro a su interlocutor, exclamó; «¿Quién os autoriza para obrar así?» «El Gran Jehovah y el Congreso continental», replicó Allen blandiendo su espada. Viendo que no había medio de oponerse, Delaplace se rindió, y dos días después Crown Point fue también sorprendido y tomado, habiendo caído en poder de los americanos más de doscientas piezas de artillería y una gran cantidad de pólvora, que hacía entonces mucha falta. Con estos atrevidos golpes de mano posesionáronse los colonos de los lagos Jorge y Camplain, y quedó expedito el camino del Canadá.

El día 10 de mayo se reunió en Filadelfia el segundo Congreso continental, y de nuevo fue elegido presidente Peiton Randolph, y secretario Carlos Thomson; pero como el primero tenía que ausentarse de Virginia, Hancock ocupó su lugar. La crisis había llegado a su apogeo, y por lo tanto la situación del Congreso era sumamente delicada y difícil, porque, empezada la guerra, hacíase preciso continuarla con vigor. En el primer Congreso, como siempre sucede en estos casos, todos se mostraron muy entusiasmados, pues entonces la guerra era sólo probable; pero en el segundo, aunque poseídos de los mismos sentimientos, podíase esperar que algunos se resfriaran al pensar en las vicisitudes de las conmociones populares, siempre más fáciles de excitar que de sostener. Creyendo muchos que las cosas no llegarían al último extremo y que las peticiones enviadas a Inglaterra inducirían al Gobierno a condescender con los deseos de los americanos, o bien que estos llegarían a tranquilizarse durante este tiempo, permanecieron quietos. Pero era probable que al ver que no había medio alguno de reconciliación, y que se hacía inevitable la guerra con el rey, a quien querían permanecer fieles, se retirarían para unirse con las fuerzas reales en contra de los autores de la revolución.

También podía suceder que muchos partidarios de la libertad que confiaban en el resultado de las peticiones, se desanimasen ante la perspectiva de grandes pérdidas e inminentes peligros, con tanta más razón cuanto que la lucha ofrecía ser tan larga como sangrienta. Ni podía tampoco esperarse que una población hasta entonces pacífica, y dedicada siempre a la agricultura y al comercio, aprendiera de una vez el arte de la guerra, consagrándose a él constantemente y sin reserva alguna. Mucho más fácil era suponer que una vez pasado el primer entusiasmo de los colonos, y al recordar la vida tranquila y pacífica de otros tiempos, depondrían su cólera para implorar la clemencia del conquistador, y por todas estas razones era empresa no poco difícil para el Congreso tomar las más oportunas medidas a fin de conservar el celo y la energía del pueblo, esforzándose para que sus procedimientos tuvieran la misma influencia que antes en la opinión pública. Hacíase preciso establecer una buena disciplina, buscar dinero, proveerse de armas y pertrechos militares y atender sobre todo al socorro de los que lo necesitasen. También era urgente entenderse con las tribus indias, pues podía suceder que los ingleses les hicieran ofertas mucho más ventajosas que las de las colonias para tomar parte en la guerra contra América[166].

Deseando demostrar que se adoptaban todos los medios posibles de conciliación, Dickinson propuso que se elevase al rey una respetuosa solicitud, que fue luego aprobada, aunque no sin que se opusieran enérgicamente a ello los representantes de Nueva Inglaterra. También se redactaron varios manifiestos al pueblo de la Gran Bretaña, al de Irlanda y al del Canadá, y se señaló un día para la oración y el ayuno. Estos documentos, dice Pitkin, revelaban el mismo ardiente deseo de libertad, la misma dignidad de sentimientos y la misma energía que los formados por el primer Congreso, sin dejar de ser su estilo menos atrevido, elocuente y afectuoso.

---

166 Véase la *Historia de la Constitución*, por Curtis, vol. I, pág. 30, donde se detalla perfectamente la situación del segundo Congreso continental, y la formación y carácter del Gobierno revolucionario.

En vista de la urgencia del caso, el Congreso resolvió hacer uso de toda su autoridad, y acordó al efecto unánimemente, que se pusieran las colonias en estado de defensa y se procediese desde luego a reunir tropas, a construir fuertes en varios puntos, a buscar armas, etc., y para atender a los gastos que ocasionasen estas medidas, votóse una emisión de papel moneda que se inscribió con el nombre de *Las Colonias Unidas*. La Junta de Massachusetts había pedido al Congreso que se encargase de las fuerzas que se hallaban delante de Boston, y en su consecuencia, se acordó organizar diez compañías de tiradores en Pensilvania, Maryland y Virginia, que debían pagarse de los fondos públicos. Nombráronse igualmente Comités para que propusiesen los medios más convenientes a la defensa del país, y tal confianza se tenía en los conocimientos de Washington y su pericia, que se le nombró presidente de aquellos, cargo que aceptó gustoso, pues si bien era su más sincero deseo arreglar amistosamente la disputa con la madre patria, preveía que al fin iba a ser inevitable apelar a las armas, y siendo así, parecíale conveniente prepararse a una vigorosa resistencia.

Hacia fines de abril, el pueblo de Nueva York se reunió en Junta y nombró delegados para que le representase en el Congreso, al cual consultó poco después acerca de la conducta que debería observarse con las tropas que se esperaban de Inglaterra. El Congreso, en vista de las circunstancias, aconsejó al pueblo que vigilara y fuese activo, recomendándole eficazmente que en caso necesario rechazase la fuerza con la fuerza. También se resolvió trasladar los almacenes militares a un sitio seguro, y atender a la seguridad de las mujeres y niños cuando lo requiriese el caso.

El nombramiento de un jefe para el ejército continental era una de las cosas no difíciles y delicadas que tenía que resolver el Congreso. Contábanse muchos hombres de nota que podían con razón aspirar a tan distinguido honor y por lo mismo no faltaban envidias y ambiciones difíciles de satisfacer, con tanta más razón cuanto que era de la mayor importancia elegir un hombre aceptable para todas las colonias. El asunto se debatió entre los miembros del Congreso con la mayor ansiedad, puesto que, como ya hemos dicho, se trataba de un punto del mayor interés, y si bien desde un principio pareció a todos que Washington sería la persona más aceptable, como había otros hombres más antiguos en la carrera militar, tal como el general Ward, que se hallaba entonces delante de Boston, ocurrió la duda de si sería bien recibido el nombramiento. Por otra parte, la importancia de Virginia en la lucha con la madre patria, y la necesidad de hacer todo lo posible para que se conservase el ardiente patriotismo de la poderosa aristocracia de aquella colonia, exigía en cierto modo que se nombrase un jefe de Virginia. A pesar de todo esto, el día 15 de junio, Washington fue propuesto por Johnson, de Maryland, y entonces se le eligió jefe por unanimidad[167]. Nosotros, que podemos retroceder en la marcha de la historia, vemos ahora claramente que Washington era el hombre, si no el único hombre, más competente para el desempeño de su cometido, lo cual no es de extrañar si se atiende a que toda su carrera fue siempre la más a propósito para ocupar semejante puesto; y aun debemos creer que Dios favoreció la causa de nuestro país al enviarnos un hombre como aquel para conducir el ejército y obtener un éxito feliz en la revolución americana.

Al día siguiente Washington dio gracias a la Cámara por el señalado honor que le acababan de dispensar, y expresando modestamente sus dudas respecto a su disposición y pericia, y advirtiendo a todos los circunstantes que no se creía suficientemente apto para desempeñar el cargo que le confiaban, manifestó que renunciaba desde luego a sus honorarios. He aquí las palabras que pronunció con este motivo: «Como el deseo de aumentar mis bienes hubiera podido inducirme a aceptar este importante cargo, aun a costa de mi felicidad doméstica, no deseo aprovecharme de mi sueldo, y lo único que haré es formar una cuenta exacta de los gastos que ocurran, los cuales no dudo me abonará el Congreso. Esto es todo cuanto deseo.»

---

167 Mr. Cutis ha escrito sobre este punto una larga e interesante nota que concluye así: «No hay duda que Washington fue elegido comandante en jefe por su indisputable mérito, y no por un compromiso de otra especie.» *Historia de la Constitución*, vol. I, pág. 11.

El día 20 de junio Washington recibió su nombramiento[168] y los miembros del Congreso se comprometieron unánimemente a prestarle toda clase de auxilios, ofreciéndole sus vidas y fortunas en favor de la causa de la libertad. Poco después fueron nombrados cuatro mayores generales que eran Artemas Ward, Israel Putnam, Felipe Schuyler y Carlos Lee, y además ocho brigadieres generales, cuyos nombres son los siguientes: Seth Pomeroy, Ricardo Montgomery, David Wooster, Guillermo Heath, José Spencer, Juan Thomas, Juan Sullivan y Nathaniel Greene. Por recomendación de Washington, agregóse a éstos Horacio Gates, en clase de asistente general, con el rango de brigadier. Como Gates y Lee eran extranjeros, el Congreso no les hubiera nombrado para aquellos elevados puestos, a no haberlo pedido Washington, quien por cierto debió arrepentirse después porque desgraciadamente aquellos dos hombres fueron más tarde un motivo de disgusto para el comandante en jefe.

Deseando Washington tomar pronto poeseión de su cargo, salió de Filadelfia el día 21 de junio, y recibiendo a su paso las más cordiales pruebas de confianza[169], y después de adquirir en Nueva York noticias de la batalla de Bunker's Hill, llegó el 2 de julio al cuartel general situado en Cambridge. Inútil es decir que el ejército lo recibió con el mayor entusiasmo.

Poco antes de esto, a finales del mes demayo, el general Gage había recibido considerables refuerzos de tropas al mando de Burgoyne, Clinton y Howe. Dice Mr, Irving que al entrar los buques en el puerto, y como viesen los jefes el campamento de los rebeldes, que en número de diez mil hombres sitiaban una ciudad donde había cinco mil soldados de guarnición, Burgoyne, sin poder contenerse, exclamó con acento de burla: «¡Cómo! diez mil paisanos tienen acorraladas a las tropas del rey! ¡Muy bien; vamos a entrar y pronto abriremos paso!» El día 12 de junio publicó Gage la ley marcial en toda la provincia, ofreciendo perdonar a todos los que entregaran las armas menos a Juan Hancock y Samuel Adams, cuyas faltas, según dijo, eran demasiado graves para que no se les aplicase el condigno castigo.

Por su parte las colonias, que contaban ya con diez y seis mil hombres de tropa, creyeron necesario y urgente tomar alguna medida decisiva, y en consecuencia, y habiéndose recibido la noticia de que Gage trataba de tomar la ofensiva, envióse al coronel Prescott con mil hombres y dos piezas de artillería para que cortase la comunicación en el país y se posesionara de Bunker's Hill, elevada eminencia situada al extremo norte de Charlestown. Sin embargo, por un error involuntario, la expedición dejó atrás Bunker's Hill, y empezó las operaciones en Breed's Hill, punto que se hallaba al sur de la península, dominando la ciudad de Boston, y una vez allí, y bajo las órdenes del ingeniero, coronel Gridley, se comenzaron los trabajos con la mayor actividad, aprovechando la oscuridad de la noche, con tan buen éxito, que al romper el día habíase construido un fuerte reducto en la cima de la colina, donde se acabó de formar luego una trinchera.

---

168 El nombramiento de Washington estaba redactado del modo siguiente: «Depositando toda nuestra confianza en vuestro patriotismo, valor, conducta y fidelidad, hemos tenido a bien por la presente nombraros general y comandante en jefe del ejército de las Colonias Unidas y de todas las fuerzas reunidas o que se reúnan, así como también de los voluntarios que ofrezcan sus servicios en defensa de la libertad americana. Por tanto, quedáis revestido de los suficientes poderes y autoridad para obrar como os pareciere más oportuno en bien del país; y en su consecuencia mandamos a todos los oficiales y soldados que se hallen bajo vuestras órdenes que sean obedientes y activos en el cumplimiento de sus deberes. Asimismo os encargamos seáis cuidadoso en el desempeño de vuestras funciones, que establezcáis una rigurosa disciplina en el ejército, y que los soldados se ejerciten constantemente. Por lo demás, regularéis vuestra conducta en todos los casos con arreglo a la disciplina militar, cumpliendo puntualmente las órdenes que de vez en cuando recibiréis de este Congreso, o de otro cualquiera de las Colonias Unidas. Este nombramiento es válido hasta que sea revocado por uno de aquellos cuerpos.—Firmado, *Juan Hancock*, Presidente.

169 Al llegar Washington a Nueva York, Mr. Livingston, presidente del Congreso, le dirigió un discurso congratulatorio, cuya última parte es digna de citar porque encierra una significativa indirecta, respecto a lo de conceder poderes militares a cualquier hombre. Helo aquí: «Confiando en vos, señor, y en los dignos generales que se hallan a vuestras órdenes, abrigamos la fundada esperanza de que se obtenga un éxito feliz en la gloriosa lucha por la libertad de América. También creemos que cuando haya terminado la contienda podrá hacerse un arreglo con nuestra madre patria y que entonces os apresuraréis a resignar el importante mando que os han confiado, volviendo a ser otra vez nuestro digno conciudadano.»

El general británico no pudo menos de asombrarse al ver que los americanos se habían atrevido a ocupar la colina, atrincherándose en ella, y acto continuo rompió el fuego desde los buques y las baterías de Boston; pero los provinciales, aunque algo intimidados por la muerte de uno de sus compañeros que se había salido fuera de la línea de defensa, continuaron su trabajo sin hacer aprecio del fuego de los ingleses.

A medio día los colonos habían terminado una de las obras avanzadas, que extendiéndose por la pendiente de la colina, llegaba hasta cerca del agua, siendo evidente que si los americanos conseguían armar de cañones el reducto, dominarían el puerto, impidiendo que Boston pudiera sostenerse más tiempo. El general Gage resolvió por lo tanto desalojar a los americanos de una vez, y en su consecuencia dispuso que las fuerzas desembarcaran enfrente de las obras y subiesen por la colina, sin que se le ocurriese que los colonos podrían resistir a las tropas veteranas. Tres mil hombres del ejército británico, conducidos por los generales Howe y Pigot, se encargaron de arrojar al enemigo de aquella posición; y aunque la empresa no parecía difícil por hallarse las tropas provinciales muy cansadas por la fatiga de la noche anterior, faltos de víveres y sofocados por una ardiente temperatura, sostuvieron sin embargo el ataque de los vigorosos soldados que marchaban contra ellos, demostrando que se hallaban dispuestos a morir por la causa de la libertad. Poco antes de comenzar la acción, llegó Stark al lugar del combate con dos regimientos de New-Hampshire y tomó posición a la izquierda de las obras avanzadas, protegiéndose bajo una especie de parapeto que improvisó en el acto, arrancando los rails del camino, con los cuales formó unas paralelas, cuyos huecos rellenó con sacos de heno.

Serían las tres de la tarde cuando las tropas británicas avanzaron al asalto en dos líneas, entre las cuales iba la artillería con cierta lentitud, para que pudiesen jugar las piezas. Los cañones de los buques y de las baterías de la ciudad protegían la marcha de los soldados, que contaban como segura la victoria. Todas las colinas de las cercanías de Boston y los campanarios de las iglesias estaban cubiertas de espectadores que aguardaban ansiosos el resultado del combate. Los americanos no desperdiciaron ni un solo tiro, pues dejaron que se acercase el enemigo a la distancia de treinta o cuarenta pasos y entonces rompieron un fuego terrible contra los sitiadores. La mortandad fue espantosa; las tropas regulares retrocedieron en desorden; pero obedeciendo las órdenes de sus oficiales, cuya cólera era indescriptible al ver aquel principio de derrota, avanzaron de nuevo, mas segunda vez tuvieron que retroceder bajo el fuego graneado de sus enemigos. Entonces el general Gage dio orden para que se incendiara Charleston, y Clinton avanzó también desde Boston para prestar auxilio, pero costó mucho trabajo reunir las tropas y conducirlas de nuevo a la colina. El estruendo de la artillería de los buques y de la ciudad, el silbido de las bombas, el fragor de las descargas, los alaridos de los combatientes y las densas nubes de humo que oscurecían la luz del sol, contribuían a formar un tremendo espectáculo.

Las municiones de los americanos se hallaban casi concluidas, y como las tropas inglesas acababan de llegar con más cañones, consiguieron destrozar la obra avanzada con ayuda del incesante fuego de las baterías. Al ver esto, el capitán Prescott dispuso la retirada, pero los provinciales siguieron aun resistiéndose contra los sitiadores, que atacaron el reducto por tres puntos a la vez, si bien murieron muchos antes de conseguir apoderarse de la posición. Entre tanto la infantería ligera de los ingleses trataba de posesionarse de la izquierda de la colina para cortar la retirada a los americanos, pero allí encontraron otro obstáculo con el cual no contaban, pues los provinciales al mando del veterano Stark, que habían reservado sus tiros esperando se acercase el enemigo, rompieron entonces el fuego con tal acierto, que introdujeron el desorden en las filas de la infantería. El combate fue encarnizado por ambas partes, mas las tropas regulares no consiguieron que retrocediesen los americanos, hasta que éstos, observando que sus compañeros abandonaban la colina, retiráronse disputando el terreno palmo a palmo y bajo el fuego de las baterías, que por fortuna no les causó mucho daño. Poco después hallábanse atrincheradas de nuevo en Prospect Hill, donde ya no fueron perseguidos por las tropas inglesas que permanecieron en posesión del reducto, la que tan cara les había costado.

Nos hemos extendido un poco sobre los hechos que acabamos de referir, pero esto es porque ningún otro encuentro fue de tanta importancia como éste en sus efectos, tanto para los americanos como para los ingleses. Las tropas británicas habían quedado dueñas del campo, pero aquella victoria era más desastrosa y humillante para ellas que una derrota, pues a pesar de ir conducidas por expertos oficiales, fueron rechazadas varias veces por un enemigo inferior en número, indisciplinado y que contaba sólo para su defensa con un reducto construido en una noche. Además de esto debe tenerse en cuenta que las bajas de las tropas de la Gran Bretaña fueron tan considerables como si se hubiesen batido con veteranos, pues según se vio luego, tuvieron mil cincuenta y cuatro muertos y heridos, de los dos mil hombres que entraron en acción, entre los cuales contábanse muchos oficiales. La pérdida de los americanos no excedió de cuatrocientos cincuenta hombres y con razón puede decirse que esta derrota, si tal ha de llamarse, tuvo las consecuencias de un triunfo, pues inspiró confianza a los colonos, haciendo comprender a los ingleses que no debían confiar demasiado en la victoria. Los americanos acababan de probar que podían medir sus armas con las disciplinadas tropas de Europa, sin cederles en nada la ventaja[170].

Entre los diversos oficiales distinguidos que perecieron en la defensa del reducto, la pérdida más sensible para los americanos fue la del general Warren, quien pocos días antes había sido nombrado mayor general cuando desempeñaba el cargo de presidente del Congreso de Massachusetts y de la Junta de salvación. Al recibir la noticia del proyectado ataque a Bunker's Hill, Warren dejó su puesto del Congreso y corrió al lugar de la acción, penetrando luego en el reducto, donde el bravo coronel Prescott le ofreció al momento el mando, que él rehusó, diciendo: «He venido para aprender el arte de la guerra al lado de un militar entendido, pero no para dictar órdenes.» Cuando sus conciudadanos se vieron en la precisión de retirarse, él fue el último que abandonó el reducto, y a los pocos momentos recibió en la cabeza un balazo que le dejó muerto en el sitio. Su pérdida se consideró como una calamidad y produjo la más profunda impresión en toda la América, porque ningún hombre de su edad era tan querido y respetado como José Warren, el intrépido y generoso mártir de Bunker's Hill[171].

Apenas se encargó Washington del mando del ejército, creyó de su deber averiguar antes de todo cuáles eran sus fuerzas y posición, y si bien pudo convencerse de que había muy buenos elementos para formar un ejército, encontró también que carecían de armas, municiones y almacenes militares. Por lo que toca a los hombres, hallábanse todos animados del mejor espíritu y dispuestos a seguir a su jefe en las más desesperadas empresas; mas por desgracia todos ellos no conocían la subordinación, y eran completamente extraños a la disciplina militar. El espíritu de libertad que los había reunido se revelaba en todos sus actos, y decimos esto porque en la provincia de Massachusetts los oficiales fueron elegidos por los soldados, en tanto que el Congreso nombraba por su parte otros, dando con esto lugar a que hubiera muchos envidiosos y descontentos. Casi todas las operaciones se retardaron por falta de ingenieros, pero el comandante en jefe no perdonó esfuerzo alguno para arreglarse sin ellos y al efecto formó brigadas de soldados, acostumbrándoles a la obediencia, y pidió al Congreso que nombrase un comisario general, en lo cual no se había pensado. Muchos de los hombres más activos se ocuparon constantemente en el manejo de la artillería, y tal fue el éxito de sus esfuerzos que al poco tiempo quedó el ejército organizado y dispuesto para entrar en servicio.

---

170 *Vida de Washington*, por Irving, vol. I, pág. 482.

171 «Warren fue, como se ha dicho, el mártir de aquel día glorioso, y su muerte se consideró como una calamidad para la causa y la nación. Puede decirse que se hallaba en la primavera de la vida, pues solo contaba treinta y cinco años de edad, hallándose dotado de un carácter por demás atrevido y emprendedor, muy a propósito para mandar a los hombres y comunicarles sus nobles y heroicos sentimientos. Como orador podía figurar en primer término por su profunda elocuencia y su gracia en el decir. Su aspecto era el de un bizarro militar, sin dejar de tener por eso la cortesía y modales del más cumplido caballero. Su sangre no se derramó en vano, pues inspiró a todos el deseo de la venganza, y su nombre llegó a ser el santo y seña en los momentos de peligro.» El intrépido Putnam se encontró también en lo más recio de la pelea, pero estaba sin duda destinado a prestar nuevos servicios a su país. Véase la *Vida de José Warren*, por Everett, pág. 53.

El día 24 de julio fue nombrado comisario general del ejército americano José Trumbull; José Reed, miembro de la Cámara de Filadelfia, pasó a desempeñar el cargo de secretario del comandante en jefe, y por lo tanto Roberto H. Harrison fue elegido por Washington para el desempeño de este último honroso cargo, que desempeñó por espacio de varios años. Poco después de esto llegaron al campamento varias compañías de tiradores que formaban un total de mil cuatrocientos hombres, procedentes de Pensilvania, Maryland y Virginia. Daniel Morgan, natural de Nueva Jersey, que se hizo luego célebre en la guerra, mandaba una de aquellas compañías, cuyo refuerzo fue muy conveniente para el ejército.

Las tropas del ejército americano, que llegaron entonces a componer catorce mil hombres, fueron situándose desde luego convenientemente en las alturas que hay alrededor de Boston, formando una línea de doce millas de extensión, que se extendía desde Roxbury hasta el río Mystic, en tanto que las tropas británicas ocupaban Bunkers, Breeds Hill y Boston Neck, posición nada conveniente, porque los que tenían que salir de Boston arriesgaban sus vidas para ir a buscar los necesarios medios de subsistencia. El general Gage contaba con unos once mil hombres admirablemente equipados, si bien carecían de provisiones, por lo cual no se atrevía el jefe a tomar la ofensiva a fin de salir de aquella situación. Washington por su parte estaba resuelto a no abandonar las posiciones que habían tomado las tropas continentales, porque a su juicio, los ingleses debían arriesgar una batalla o evacuar la ciudad.

Entre tanto el Congreso se ocupaba activamente en adoptar las medidas necesarias para el bienestar público. Hacia fines del mes de junio se votó una emisión de tres millones de duros en letras de crédito para pagar al ejército, y a principios de julio se acordó redactar una *Declaración,* en que se manifestase las causas y la necesidad de que las colonias apelaran a las armas. El estilo digno y enérgico de este documento merece la atención del lector, a quien aconsejamos lea en el *Apéndice* de este capítulo[172]. En lo tocante a dirigir una petición al rey, hubo encontradas opiniones, pero al fin en 8 de julio se aprobó la medida, y esta fue la última vez que se intentó una reconciliación[173].

También se redactó un manifiesto para los habitantes de la Gran Bretaña, en el cual después de suplicarles como amigos y hermanos que no sancionasen la tiránica política del Gobierno hacia América, rechazábase el cargo que les imputaba el Gobierno al decirles que querían proclamarse independientes. He aquí cómo terminaba este documento: «Se nos acusa de querer proclamarnos independientes, pero ¿quién podrá apoyar esta acusación? No se debe juzgar por lo que alegan los ministros, sino por nuestras acciones. Después de abusar de nosotros, injuriándonos y despreciándonos, ¿qué medidas podíamos tomar para obtener una reparación? Hemos elevado respetuosas exposiciones al trono, y apelado a vuestra justicia; pero, ¿cuál ha sido el resultado? La clemencia del soberano no se extiende hasta nosotros; nuestras solicitudes se desprecian, nuestras súplicas son contestadas con insultos, y al ver que el rey sólo responde con el silencio a nuestras quejas, nos queda la triste duda de si dejará de auxiliarnos por falta de voluntad o porque no esté al alcance de su mano. Y aun después de todo, ¿qué medidas hemos tomado que revelen el deseo de proclamarnos independientes? ¿Hemos pedido acaso auxilio a las potencias extranjeras que eran rivales de vuestra grandeza? Cuando vuestras tropas eran escasas en número y se hallaban sin defensa, ¿nos hemos aprovechado de su situación para arrojarlas de nuestras ciudades?» Además de este documento se extendieron otros dos; un manifiesto al pueblo de Irlanda y una carta a la Asamblea de Jamaica, documentos que hubieran bastado por sí solos para convencer al ministerio inglés, de que los colonos sabían usar la pluma tan bien como la espada.

Persuadido el Congreso de lo importante que era contar con el auxilio, o al menos la neutralidad de los indios, nombró tres juntas para que entendiesen en este importante asunto, y desde entonces comenzó a fijarse la atención de todos en los hombres rojos y en sus particularidades. Mientras el Congreso celebraba sus sesiones, se organizó también la primera línea

172 Véase el Apéndice I, al fin del presente capítulo.
173 Véase el Apéndice II, al fin del presente capítulo.

de postas que debía recorrer los Estados Unidos para establecer la comunicación, habiéndose nombrado por unanimidad a Benjamín Franklin administrador general, con atribuciones para tomar cuantos dependientes juzgase necesarios para conducir la correspondencia desde Falmouth, en Nueva Inglaterra, hasta Savannah, en Georgia.

El Dr. Benjamín Church fue nombrado director de un hospital militar, pero pocos meses después, según dice Holmes en sus *Anales*, se le acusó de traición por mantener una correspondencia ilícita con los ingleses de Boston, y en su consecuencia fue juzgado y se le desterró. Algún tiempo después, permitiósele sin embargo que se marchara con su familia a las Indias orientales mas el buque naufragó, pereciendo todos los pasajeros.

Atendida la crítica y alarmante situación de las colonias, recomendó el Congreso que el día 20 de julio todos los habitantes de aquellas observaran un riguroso ayuno, consagrándose a la oración, cuya orden se cumplió fielmente, siendo aquella la primera vez según dice Holmes, que se verificó semejante acto a un tiempo en todas las colonias desde el establecimiento de éstas. Cuando llegó dicha orden al ejército, Lee criticó aquella medida, pero Washington ordenó que se observase fielmente, y en su consecuencia suspendiéronse los trabajos, y todos los oficiales y soldados asistieron al oficio divino.

El Gobierno británico, que no había podido conseguir que los canadienses tomaran las armas contra los americanos, tampoco fue muy feliz en sus negociaciones con los indios, a los cuales no convencieron sin duda las razones del ministerio inglés, y aun puede decirse que se hallaban más dispuestos a escuchar a los colonos. El Congreso propagó el rumor de que los ingleses habían tomado las armas para esclavizar, no sólo a los hijos de América, sino también a los indios, y que si éstos tomaban parte contra los colonos se verían reducidos muy pronto al estado de esclavitud. Creyóse que semejantes argumentos inducirían a los salvajes a permanecer neutrales, y de este modo los colonos se verían libres de un enemigo muy peligroso. A fin de asegurar el éxito, juzgóse oportuno celebrar una conferencia con las Seis Naciones, reunidas en consejo en Filadelfia, y a continuación reproducimos el discurso que se dirigió a los jefes de las tribus, porque es harto curioso, y expone qué razones se adujeron para granjearse las simpatías y apoyo de los indios:

«¡Hermanos jefes y valientes guerreros! Nosotros somos los delegados de las Doce Provincias Unidas, representadas en el Congreso general de Filadelfia: ¡Hermanos y amigos, escuchad! Cuando nuestros padres cruzaron el gran lago para venir a este país, el rey de Inglaterra les hizo una promesa, asegurándoles que ellos y sus hijos serían también hijos suyos, y que si querían dejar su tierra natal para venir a establecerse aquí, para traficar con sus amigos del otro lado del agua, serían siempre considerados como hermanos, disfrutando completa paz y tranquilidad. También se convino que los campos, las casas, los bienes y las posesiones que adquiriesen nuestros padres se considerarían como una propiedad absoluta con derecho a trasmitirla a sus hijos. ¡Hermanos y amigos, prestad atención! Ahora os diremos por qué razón se han indispuesto los consejeros del rey Jorge con los habitantes de las colonias de América. Muchos de los primeros persuadieron al monarca para que faltase a la promesa que nos había hecho, e induciéndole luego a que formase una liga contra nosotros, han conseguido romper los lazos que nos unían con aquel país, y que hasta aquí habían sido indisolubles desde el establecimiento de nuestros antecesores en estas colonias. Ahora nos dicen esos hombres que tomarán lo que quieran de nuestros bolsillos, como si fuese suyo propio; que nos despojarán de nuestras cartas o Constitución escrita, que ya sabéis amamos más que nuestra propia vida, y finalmente, que todas las plantaciones, casas y bienes podrán ser suyas cuando ellos quieran y sin nuestro consentimiento. También nos dicen que los buques de estas colonias deberán ir a tal o cual isla para traficar, y no a la que queramos, y en el caso de no cumplirse estas órdenes, se cerrarán nuestros puertos. ¡Hermanos, vivimos con vosotros en el mismo país, y siendo habitantes de la misma tierra, deseamos sentarnos con vosotros bajo el árbol de la paz, que debemos conservar cuidadosamente, hasta que sus grandes hojas y floridas ramas lleguen al azulado cielo, iluminadas por los rayos del sol! Para el caso de que ocurriese entre nosotros algo desagradable, debemos adoptar desde luego medidas a fin de hacer un arreglo

amistoso, y por ahora nos parece oportuno, atendida nuestra situación, que nos comuniquemos diariamente para que se sepa qué debemos esperar unos y otros.»

Preparóse un discurso semejante para las demás tribus indias, y se creyó que podría contarse con su neutralidad, pero sentimos decir que merced a la influencia del coronel Guy Johnson, intendente general del rey, las Seis Naciones, que profesaban una íntima amistad a la familia de aquel, ofrecieron su auxilio al general Cartelon en Montreal contra los americanos. Esto, dice Holmes, fue el origen de la guerra india.

A principios de julio, Georgia tomó parte en la oposición que se hacía al Parlamento británico, y habiendo elegido diputados para que la representasen en el Congreso, la Confederación tomó después el título de Las Trece Provincias Unidas. El plan propuesto por Lord Noth para celebrar una reconciliación, fue discutido en el Congreso; pero examinado detenidamente y viéndose que no era satisfactorio ni precisaba bien la cuestión, se desechó por unanimidad. En agosto el Congreso suspendió sus tareas para reanudarlas en septiembre, en cuyo mes se presentaron los delegados de Georgia a ocupar sus puestos.

La posición de Washington no era seguramente de las más envidiables, pues muchos miembros del Congreso no estaban conformes con que la autoridad militar residiese en una sola persona, y no pocos temían que el ejercicio del poder pudiese tentar, aun al gran héroe y patriota, a cometer algún abuso. Un ejército permanente, era un espectro terrible para los más, y no sin gran dificultad consiguió Washington convencer a muchos de que la causa era desesperada, a menos que pudiera contarse con suficientes fuerzas para servir todo el tiempo que durase la guerra[174]. Por mas que Washington se resintiera dolorosamente por las indignas sospechas que se concibieron de él, no dejó de seguir la misma línea de conducta que desde luego se trazara, y que en su concepto era la única para alcanzar un buen resultado. El Congreso solo podía sancionar sus medidas y auxiliarle en sus esfuerzos, pero el trabajo de combinar, organizar y establecer un buen sistema militar recaía todo sobre él. Por esta razón estuvo en continua correspondencia durante la guerra, y sus cartas fueron leídas por la Cámara en plena sesión, habiéndose aprobado por aquélla cuantas medidas y resoluciones importantes propuso. De este modo Washington llegó a ser el punto céntrico de aquella inmensa y complicada máquina que él dirigia cuidadosamente, haciendo los mayores esfuerzos para impedir su destrucción. La distancia que le separaba del Congreso, los lentos procedimientos de la Cámara y el largo tiempo que trascurría antes que supiera el resultado de las deliberaciones, contribuía muchas veces a que vacilara y se inquietase; pero merced a su previsión y a que muchas veces anticipaba los hechos en sus comunicaciones, consiguió vencer ciertas dificultades en cuanto era posible[175]. Además de esto, el jefe se veía precisado a mantener una numerosa correspondencia con varios cuerpos e instituciones de las colonias, cuyo celo era preciso estimular cuanto fuese posible, para que, conservando su ardiente patriotismo, facilitaran los auxilios que se pidiesen.

A principios de agosto de 1775, habiendo llegado a conocimiento de Washington que los prisioneros cogidos por los ingleses en Bunkers Hill eran tratados con severidad y dureza y de una manera impropia de personas civilizadas, juzgó prudente escribir al general Gage sobre este punto. Ambos jefes habían servido juntos como ayudantes del general Braddock, peleando uno al lado de otro en la sangrienta batalla de Monongahela, y desde aquella época habían mantenido una amistosa

174 «El error de alistar hombres sólo por un año fue debido al carácter del Gobierno, a la opinión y preocupaciones que predominaban en el Congreso y a las equivocadas ideas de muchos miembros, según los cuales, aunque se había dasenvainado la espada, no debía perderse la esperanza de llevará cabo un arreglo con el ministerio inglés, del cual podría obtenerse una justa reparación, restableciéndose así las buenas relaciones entre las colonias y la madre patria, bajo una base constitucional. Washington, sin embargo, no pensó así desde un principio, ni opinó que fuera posible un arreglo, sobre todo en vista de las medidas adoptadas después de la batalla de Bunker's Hill. En la época de que hablamos no se procedió de la manera que deseaba Washington, teniendo en cuenta el estado de los negocios antes de que se resolviera la Declaración de la independencia, y si reflexionamos atentamente sobre el objeto que se proponía el Congreso y la naturaleza de sus poderes, podremos venir en conocimiento de cómo se incurrió en el error de no organizar el ejército de una manera más permanente.» *Historia de la Constitución*, por Curtis, vol. I, pág. 61.

175 *Vida de Washington*, por Spark, pág. 139.

correspondencia, lo cual como vemos no impedía que entonces se hallasen en opuestos bandos defendiendo opiniones y principios diametralmente opuestos. Gage negó que se maltratara a los prisioneros, hablando de un modo algo insultante acerca de los rebeldes, cuyas vidas, según dijo, debían terminar en el cadalso con arreglo a las leyes del país. Washington se vio en cierto modo obligado a ejercer las represalias con los prisioneros que tenía, pero bien pronto trató de dulcificar su situación y con noble generosidad les dejó libres bajo palabra, en la esperanza de que semejante conducta daría a conocer a todos que los americanos eran tan nobles como valientes. Su contestación a la carta de Gage fue tan digna como enérgica; he aquí un párrafo de ella: «Aparentáis despreciar, caballero, a todos los que no participan de vuestras opiniones ni han obtenido su grado donde vos, pero debo deciros que el que se adquiere por la elección de un pueblo libre es tan honroso como lo pueda ser el vuestro, y toda persona verdaderamente magnánima y de nobles ideas no podrá menos de respetarlo.»

Poco después fue llamado el general Gage a Inglaterra, aparentemente con el objeto de informar a S. M. acerca de los asuntos de las colonias y proponer las medidas que se juzgasen necesarias para el mejor servicio, y a consecuencia de esto, sustituyóle en el mando el general Howe, hermano de Lord Howe, que había muerto delante de Ticonderoga, y cuyo recuerdo era muy grato para los americanos.

Aunque no había diferencia de opinión entre los colonos en cuanto a la necesidad de defender sus derechos y libertades, y aunque tampoco vaciló el pueblo en posesionarse de los edificios públicos para asumir la autoridad del Gobierno, había sin embargo muchas personas que no estaban resueltas aun a proclamarse independientes, separándose por completo de la madre patria. Esto se probó, como dice muy bien Pitkin, no sólo por las declaraciones del Congreso, sino también por las de las Asambleas coloniales y las Juntas que funcionaron durante el año. En el mes de agosto, el Dr. Franklin presentó a la Junta de la Carolina del Norte un proyecto de Confederación, sometido al Congreso el mes anterior, en cuyo documento se declaraba: «que en aquellos momentos no era procedente se uniesen las colonias; que convenía mejor proponer los medios más oportunos para que se reconciliase el país con la madre patria, y que no debía formarse asociación alguna hasta llegar al último extremo.» En el mes de septiembre la misma Junta dirigió a los habitantes de la Gran Bretaña un manifiesto bastante enérgico, en que se decía lo siguiente: «Invocando al Todopoderoso, que conoce nuestras más secretas intenciones, declaramos que nuestro más ardiente deseo es volver a estar en la misma situación en que nos hallábamos antes del año 1763, y en vista de las medidas opresoras adoptadas por la Gran Bretaña y en atención a la justicia de nuestras reclamaciones, esperamos que algún día interpondréis vuestra influencia para alejar las causas de nuestras quejas.»

Mientras que la Junta de Virginia, que se reunió el 18 de julio, procedía a poner dicha colonia en estado de defensa, redactó una declaración dando las razones oportunas para justificar aquella medida. He aquí un párrafo de este documento: «Tenemos fe en S. M. y le respetamos y defenderemos en tanto que su Gobierno proceda con arreglo a las leyes y bien conocidos principios de la Constitución: procuraremos, en cuanto lo permitan nuestros alcances y por todos los medios posibles, reanudar los lazos de amistad que por tanto tiempo y tan felizmente subsistieron entre nuestros conciudadanos de la Gran Bretaña y los habitantes de América; y si por una parte estamos resueltos a defender nuestras vidas y propiedades, manteniendo nuestros justos derechos y privilegios, aunque sea a costa de la vida, también por la otra hemos determinado mandar que se retiren las fuerzas reunidas en estas colonias tan pronto como desaparezcan los peligros y vuelva este país a su primitivo estado de paz y tranquilidad.»

En la exposición dirigida al nuevo gobernador, Lord Guillermo Campbell, por la Junta de la Carolina del Sur, expresábanse sus miembros del modo siguiente: «Declaramos que ni el deseo de introducir innovaciones, ni el de alterar la Constitución del Gobierno, ni tampoco el de proclamarnos independientes, ha tenido la menor influencia en nuestros Consejos; pero, alarmados ante la continua serie de procedimientos arbitrarios, seguidos por malas administraciones, afligidos

por el temor de que estallasen insurrecciones, y no pudiendo menos de afectarnos el ver que las tropas británicas comenzaban las hostilidades contra este continente, nos hemos asociado para tomar las armas, y defender nuestra libertad, nuestra vida y propiedades. Sólo deseamos seguir disfrutando de nuestros inapreciables derechos, y nada ambicionamos tan ardientemente como celebrar una reconciliación con la madre patria, basada en los principios constitucionales. Penetrados de la justicia de nuestra causa y de la pureza de nuestras intenciones, confiaremos en el soberano, a quien profesamos el más profundo afecto, pero ante todo preferimos la muerte a la esclavitud.»

Aunque la Asamblea de Pensilvania manifestó a sus delegados en el Congreso, en el mes de noviembre, que las medidas opresoras del Parlamento británico y del Gobierno habían dado lugar a que se opusiera resistencia por medio de las armas, comunicóles además instrucciones, encargándoles que rechazasen toda propuesta que tuviese por objeto una separación de la madre patria o un cambio de Gobierno.

Los delegados de Maryland recibieron igualmente instrucciones para no apoyar sin previo conocimiento y aprobación de la Junta de la provincia ninguna proposición por la cual se declarase a las colonias independientes de la Gran Bretaña, a menos que una mayoría juzgase absolutamente necesaria esa medida para conservar las libertades del país. Habiendo dirigido el gobernador de Nueva Jersey una circular a la Asamblea manifestando «que muchas personas empezaban a declararse abiertamente en favor de la independencia, y que en varios periódicos se ridiculizaba el temor del pueblo, que no se atrevía a imitar el ejemplo», la Cámara contestó lo siguiente: «Nada deseamos tanto como reconciliarnos con la madre patria con arreglo a los principios constitucionales. No sabemos qué personas serán las que desean que se proclame la independencia, ni aprobamos tampoco que se pongan medios para obtenerla, pues a más de haber dado a conocer que somos enemigos de semejante idea, hemos manifestado tantas veces muestras opiniones sobre este punto, que nos creemos libres de toda sospecha.»

La Junta provincial de Nueva York declaró en el mes de diciembre, «que la situación turbulenta de aquella colonia no reconocía por causa la falta de afecto al rey, ni el deseo de proclamarse independiente, ni el espíritu de oposición a la antigua forma del Gobierno establecido, sino las medidas opresoras del Parlamento británico, que tenían por objeto esclavizar a las colonias, y los hostiles proyectos del ministerio para ponerlas en ejecución.» Al establecer un nuevo Gobierno, el pueblo de New-Hampshire, en el mes de enero de 1776, hizo la siguiente declaración: «Nos vemos en la precisión de establecer un nuevo Gobierno, que deberá continuar mientras dure nuestra enojosa contienda con la madre patria; pero declaramos, que lejos de querernos proclamar independientes de ella, siempre nos hemos conceptuado dichosos por hallarnos bajo su protección, mientras se nos permitía gozar de nuestros privilegios y derechos constitucionales. Por esto nos regocijará en extremo celebrar una reconciliación de la manera que proponga el Congreso continental, en cuya providencia y sabiduría confiamos.»

A pesar de lo que hemos dicho respecto a las opiniones que predominaban en la Carolina del Norte, es un hecho reconocido que una gran parte de los habitantes se mostraban más opuestos al Parlamento y abrigaban un deseo más ardiente de libertad, que lo que la Junta hubiera deseado. Esto se demuestra por lo ocurrido el día 2l de mayo con los ciudadanos del condado de Mecklenburgo, los cuales llegaron hasta el punto de tomar las medidas necesarias para que se declarase formalmente la independencia, cosa que no había sucedido en ningún otro punto, y que el Congreso continental no se hallaba aun dispuesto a sancionar. Los acuerdos que se formularon en aquel condado son dignos de citarse, y no cabe duda que fueron dictados por el Comité del Congreso; el cual se encargó en el año siguiente de proclamar en todas las colonias la *Declaración de la Independencia*. He aquí los acuerdos:

«1.° Todo aquel que directa o indirectamente apoye o favorezca en cualquier forma o manera las peligrosas medidas adoptadas por la Gran Bretaña, que tienen por objeto despojarnos de nuestros derechos, será declarado enemigo de este condado y de toda la América.

»2.° Nos, los ciudadanos del condado de Mecklenburgo, declaramos por lo tanto disueltos los lazos que nos unían con la madre patria, considerándonos además libres de toda intervención con la Corona británica, en consecuencia de lo cual no reconocemos relaciones ni contrato alguno con aquella nación, que ha querido despojarnos de nuestros derechos y libertades de una manera indigna, derramando luego en Lexington la sangre de los patriotas americanos.

»3.° En consecuencia de lo expuesto, nos declaramos libres e independientes, sin reconocer otro soberano que una asociación que nos gobierne, ni más autoridad que la del Congreso general, cuyo sostenimiento mantendremos, prometiendo cooperar para ello con nuestras vidas y nuestras fortunas.

»4.° No reconociendo la existencia de ninguna ley ni autoridad civil o militar dentro de este condado, adoptaremos de consumo para lo sucesivo las primitivas leyes que nos rigieron, y por lo tanto nunca podrá considerarse que la Gran Bretaña tenga aquí derechos, privilegios, inmunidades ni autoridad alguna.

»5.° Todo oficial militar de los que existen en el condado podrá seguir desempeñando sus funciones mientras se sujete a los presentes acuerdos, y todo miembro de este Comité podrá desempeñar un cargo civil, aunque fuere el de Juez de paz, siendo en este caso su deber formar los procesos y sentenciar con arreglo a nuestras leyes, quedando asimismo obligado a conservar la paz, unión y armonía, y hacer todos los esfuerzos posibles para que se propague el amor al país y a la libertad de América, hasta tanto que se organice y establezca un Gobierno general en esta provincia.»

Después de la toma de Ticonderoga y de Crown Point, tanto Allen como Arnold excitaron repetidas veces al Congreso a que les permitiera avanzar hasta el Canadá, donde las fuerzas británicas eran muy escasas, por lo cual sería fácil apoderarse de las fuertes posiciones de aquella provincia. Esta medida no mereció al principio la aprobación de nadie porque equivalía a salirse de la línea de resistencia señalada ya, empezando una guerra agresiva; pero como llegaron a ser evidentes los designios de la Gran Bretaña de reducir a las colonias a la obediencia por medio de la fuerza armada, la lucha tomaba ya otro carácter, y el Congreso deseó a su vez aprobar el proyecto de un ataque al Canadá, por considerarlo una medida defensiva según dijo el mismo Washington. A consecuencia de esto, organizáronse dos expediciones: una que salió por el lago Champlain, al mando del general Schuyler, y la otra por el río Kennebeck, a las órdenes de Arnold. El general Lee marchó también con mil doscientos voluntarios de Connecticut, para presentarse en Nueva York y fortificar con ayuda de los habitantes la ciudad y las tierras altas del río Hudson.

A fin de llevar a cabo el plan indicado, que tenía por objeto conservar la frontera del Norte, apoderándose del Canadá, los generales Schuyler y Montgomery con dos regimientos de la milicia de Nueva York y algunos voluntarios de Nueva Inglaterra, que componían entre todos un total de dos mil hombres, se dirigieron hacia Ticonderoga, que estaba en poder de los americanos desde que se posesionaron de ella los coroneles Arnold y Allen.

El brigadier general Montgomery recibió orden de avanzar con las tropas que se hallasen dispuestas y poner sitio a San Juan, primer fuerte británico del Canadá, que se hallaba a unas ciento cincuenta millas del fuerte Ticonderoga, y poco después siguióle el general Schuyler, quien al llegará la isla de las Nueces, a doce millas al Sur de San Juan, remitió cartas circulares a los canadienses, exhortándoles a que defendieran sus libertades y declarando que los americanos entraban en su país como amigos y protectores, y no como adversarios. La noticia que recibieron dichos jefes acerca de la situación de San Juan, les obligaba a permanecer donde se hallaban hasta que llegasen tropas y artillería, y por esto el general Schuyler regresó a Albany para apresurar la marcha de aquellas; pero habiendo enfermado, y no pudiendo incorporarse de nuevo con el ejército, encargóse Montgomery del mando de todas las fuerzas. Apenas se hubieron recibido los refuerzos, se atacó el fuerte de San Juan; mas como se careciese de artillería y municiones, no fue posible adelantar el sitio.

El coronel Allen, el héroe de Ticonderoga, que servia a las órdenes de Montgomery, fue enviado con ochenta hombres para apoderarse de una partida de indios hostiles, y al volver de la expedición encontróse con el mayor Brown, el cual acompañado de algunos hombres, había ido a dar una vuelta por el país para observar las disposiciones del pueblo e inducirle a que tomase parte en favor de la causa americana. Una vez reunidos, Allen y Brown acordaron dirigirse a Montreal, dividiéndose antes en dos partidas que debían asaltará la vez la ciudad por dos puntos distintos, y en su consecuencia Allen cruzó el río durante la noche, según se había dispuesto; pero por circunstancias que ignoramos, Brown y los suyos no pudieron reunirse luego con sus compañeros. En vez de volverse, el intrépido Allen resolvió mantenerse firme; pero llegada que fue la mañana, el general inglés Carleton, a la cabeza de varias tropas regulares y de milicia, atacó a los americanos, y aunque Allen se batió desesperadamente con sus ochenta hombres, tuvo al fin que rendirse, y él y sus bravos compañeros fueron cargados de cadenas y enviados a Inglaterra. Después de sufrir grandes trabajos y fatigas, el intrépido coronel Allen regresó de nuevo a la costa de América y estuvo prisionero en Nueva York, donde no obtuvo la libertad sino después de la victoria de Saratoga, en el mes de mayo de 1778.

El día 13 de octubre se tomó un pequeño fuerte en Chamblet, siendo el fruto de la victoria varios cañones y unos ciento veinte barriles de pólvora, que sirvieron perfectamente al general Montgomery para marchar contra San Juan. A pesar del continuado fuego del enemigo, los americanos consiguieron levantar una batería cerca de dicho fuerte, haciendo todos los preparativos para dar el asalto si fuera necesario.

Habiendo llegado a conocimiento del general Carleton cuál era la situación de San Juan, reunió cierto número de fuerzas para que fuesen en su socorro, y apostando al coronel M. Lean con un regimiento escocés en la embocadura del Sorel, trató de cruzar luego el Longueil con objeto de marchar inmediatamente a socorrer el fuerte; pero el coronel Warner, que se hallaba estacionado en este último punto con trescientos montañeses y una pequeña pieza de artillería, rompió un fuego tan certero contra los botes, que los ingleses se vieron precisados volver a Montreal.

Al recibirse en esta plaza noticia de lo que acababa de suceder, se envió un parte al mayor Preston, jefe de la guarnición del fuerte sitiado, para que se rindiera, y en vista de esto, y como por otra parte una inútil resistencia sólo hubiera ocasionado la pérdida de algunas vidas, se entregó el fuerte San Juan en 3 de noviembre, tomando posesión de él las tropas americanas.

El general Carleton abandonó entonces a Montreal a su suerte, y se escapó durante la noche por el río en una pequeña canoa, en tanto que el general Montgomery, después de permitir a los habitantes que se rigieran por sus leyes, concediéndoles el libre ejercicio de su religión y el privilegio de gobernarse por sí mismos, hizo su entrada en la ciudad. Su benévola conducta indujo a muchos a unirse a su bandera, pero en cambio varios soldados de su ejército desertaron por serles muy perjudicial el clima, y hubo también muchos que se volvieron a sus casas por haber cumplido el tiempo de su empeño en el servicio.

Con el resto de su ejército, que ascendía a unos trescientos hombres, Montgomery emprendió la marcha hacia Quebec, en la esperanza de encontrar el destacamento de tropas que, mandadas por Arnold, debían haber penetrado por el Maine.

Arnold había empezado su marcha a mediados de septiembre a la cabeza de mil hombres, y después de luchar con increíbles fatigas y trabajos, llegó al fin a Point-Leví, frente a Quebec, el día 9 de noviembre. En la noche del 13 cruzó el San Lorenzo, trepó por el precipicio escalado algún tiempo antes por Wolfe, y formando su pequeño ejército, reducido ya a setecientos hombres a consecuencia de las pérdidas que había tenido cerca de las memorables llanuras de Abraham, se puso en marcha hacia Quebec con la esperanza de sorprenderlo. Sin embargo, convencido por un cañonazo que dispararon desde las murallas de que la guarnición estaba alerta y dispuesta a recibirle, viose en la precisión de retirarse, y el 18 se dirigió a Point Trembles para esperar allí a Montgomery.

El día 13 de octubre, Arnold entregó a un indio a quien encontró, una carta para el general Schuyler, en la cual le daba noticia de sus progresos; pero el salvaje llevó la misiva al general Carleton, y ésta, a no dudarlo, fue la causa de que se frustrara la empresa. El jefe inglés, que burló la vigilancia de los americanos, había procedido a poner inmediatamente a Quebec en estado de defensa para resistir el ataque de los invasores.

Montgomery llegó el 1 de diciembre, y se encargó acto continuo del mando de las fuerzas, que ascendían solo a novecientos hombres, y después de vestir a las medio desnudas tropas de Arnold con el equipo que traía, todas ellas se dirigieron sobre Quebec. Durante el camino viéronse expuestos a todos los rigores del invierno, pues el viento azotaba sus rostros, hallábase la tierra cubierta de espesas capas de hielo, y el frío era de todo punto insoportable. En aquella cruda estación fue cuando las tropas americanas comenzaron el sitio de Quebec, provistas tan sólo de unos cuantos cañones, que se montaron sobre cureñas de hielo, y que no produjeron efecto alguno en las sólidas murallas de la plaza. Durante tres semanas continuó el ejército sitiador sufriendo los rigores del frío, pero al fin de este tiempo declaróse en el campamento la viruela; muchos se marcharon por haber terminado el tiempo de su servicio, el descontento empezó a ser general, y Montgomery comprendió que sólo intentando un vigoroso esfuerzo podría evitar que la expedición se perdiese por completo. En su consecuencia, este jefe resolvió aventurar un asalto desesperado, y dispuso que un cuerpo de tropas simulase un ataque a la ciudad desde las llanuras de Abraham, en tanto que él y Arnold, a la cabeza de sus respectivas divisiones, asaltarían la ciudad baja por dos puntos a la vez para apoderarse de la ciudadela.

En la mañana del último día del año, en que el frío era vivísimo y caía la nieve en espesos copos, fue cuando Montgomery, al frente de sus tropas de Nueva York, atravesando el estrecho sendero que se encuentra al pie de los precipicios de la ensenada de Wolfe, se dirigió resueltamente sobre Quebec. A la entrada de dicho sendero, y bajo la elevada roca de Cabo Diamante, hallábase una pequeña batería cuyos cañones apuntaban hacia el camino, y que estaba mandada por el capitán Barnsfare, quien tenía a sus órdenes varios marinos y un destacamento de milicias del Canadá. Al acercarse Montgomery por una senda cubierta de trozos de hielo, encontró una especie de estacada que le estorbaba el paso, pero abriéndose camino con sus propias manos, exclamó dirigiéndose a sus tropas: «¡Hijos de Nueva York, no temáis marchar por donde vuestro general os conduzca!». Así diciendo, lanzóse sobre la batería, pero el vigilante capitán Barnsfare, que aguardaba el ataque a pie firme, mandó romper el fuego cuando los sitiadores estuvieron a pocos pasos, y una mortífera lluvia de balas barrió todo el terreno, dejando muerto en el acto al intrépido Montgomery así como también a los capitanes Cheesman y Mr. Pherson, y otros valientes. Aterrados ante aquel fatal y sangriento desenlace, los americanos huyeron en desorden.

Entre tanto Arnold avanzaba por el lado opuesto resueltamente para comenzar un ataque desesperado, pero al asaltar la primera empalizada, fue herido gravemente en una pierna y tuvo que retirarse del lugar del combate. «Dichoso él, dice Mr. Irving, si hubiese perecido en aquel momento; dichoso si hubiera encontrado bajo las murallas de roca de Quebec la tumba que correspondía a tan intrépido patriota, porque al menos aquellas murallas serían otros tantos monumentos que recordaran su gloria, y su nombre, así como el de Montgomery, habría aumentado el tesoro de los queridos, aunque tristes recuerdos de su país, que entonces no tendría que registrar la única negra mancha que empaña la brillante página de su historia revolucionaria.»

Al retirarse Arnold a causa de su herida, ocupó inmediatamente su puesto el capitán Morgan, quien haciendo avanzar a sus hombres, tomó la primera empalizada y llegó hasta la segunda, que también cayó en poder de los americanos después de un reñido combate; pero en aquel instante llegó un refuerzo que enviaba Carleton al saber la muerte de Montgomery, y cercando la retaguardia de Morgan, compuesta de cuatrocientos veinte y seis hombres, la obligaron a rendirse. De este modo ninguna de las dos partidas pudo alcanzar el principal punto de ataque, que era Prescott Gate, donde se hallaba el gobernador resuelto a defenderse hasta el último extremo.

Los ingleses no conocían aun todos los resultados del combate, y tan pronto como se retiraron los sitiadores, salieron de la plaza y sacaron de entre la nieve trece cadáveres, uno de los cuales se sospechó sería el del jefe, si bien no se pudo salir de dudas hasta que un oficial de la división de Arnold identificó su persona con tanta admiración como profundo sentimiento. Montgomery, hijo de una ilustre familia del norte de Irlanda, había servido a las órdenes de Wolfe, pero como contrajera después un enlace en América, abrazó con entusiasmo la causa de su país adoptivo. Su carácter caballeresco, unido a sus virtudes privadas, le granjearon la estimación y aprecio de todos, haciéndole ocupar un lugar preferente entre los bravos jefes que cayeron bajo las murallas de Quebec[176].

Arnold se encargó entonces del mando de las fuerzas, y trató de mantenerse firme, pero el estado de sus tropas que se hallaban muy desanimadas, sólo le permitió bloquear la plaza a la distancia de tres millas; y en abril de 1776 fue reemplazado por el general Wooster, que trajo consigo un refuerzo, e hizo, aunque inútilmente, varias tentativas para adelantar. A principios de mayo llegaron de Inglaterra varios buques con tropas y víveres, y entonces los americanos se vieron en la precisión de levantar el sitio y retirarse a Montreal[177]. Desde entonces fueron rechazados en todos los puntos por las superiores fuerzas británicas, y abatidos, dispersos, padeciendo el hambre y la sed, sin ropas con que cubrir sus miembros, llenos de miseria y careciendo en fin de medios de subsistencia, viéronse por último precisados a evacuar toda la provincia el día 18 de junio. El general Gates recibió los restos de aquella fuerza en Crown Point, y en tiempo oportuno consiguió contener los progresos de Burgoyne, según manifestaremos en otro capítulo.

Hacia fines de septiembre, Washington se creyó obligado a escribir al Congreso para darle cuenta de la situación que ocupaba delante de Boston. He aquí cómo se expresaba: «Me causa profundo sentimiento verme precisado a llamar la atención del Congreso sobre el estado del ejército, en términos que se pueda creer que este servicio se descuida. Pero mi situación es sumamente precaria, pues veo que se acerca el invierno, que las tropas están medio desnudas, que el tiempo de su servicio terminará dentro de pocas semanas, y en fin, que todavía no se ha tomado medida alguna para atender convenientemente a tan urgentes necesidades. Además de esto, la caja está totalmente exhausta, el habilitado no tiene un cuarto, y el comisario general me asegura que ha usado de todo su crédito para atender hasta ahora a la subsistencia del ejército. La mayor parte de las tropas, por otro lado, se amotinará indudablemente si no se les paga lo que se debe.»

El Congreso atendió a la justa demanda del comandante en jefe, y hacia mediados del mes de octubre nombróse un Comité compuesto de Franklin, Lynch y Harrison, que se dirigió luego a Cambridge para verse con los delegados de las colonias de Nueva Inglaterra y tomar las medidas necesarias en aquel apurado caso. Según la recomendación de Washington, autorizóse la organización de veinte y seis regimientos, que formarían un total de veinte mil hombres, pues se supuso que en las cuatro colonias de Nueva Inglaterra podrían reunirse treinta y dos mil, que sirvieran durante el año, tiempo máximo por el que el Congreso quería enganchar a las tropas. Según ya hemos dicho antes, este método de alistamiento era un error fatal, cuyas consecuencias se sintieron durante toda la guerra. La discreción y la prudencia de Washington tuvieron que sufrir rudas pruebas antes de que consiguiese llevará cabo la difícil tarea de organizar el ejército según el plan que él se había propuesto.

Además de las tropas de que hemos hablado, el Congreso hizo un contrato para que se aumentase su número con varios regimientos de las colonias del Sur y también de Pensilvania,

176 Muerto Montgomery, olvidáronse los resentimientos que se tenían contra él, y se le enterró pomposamente por orden del general Carleton, mientras que en el Parlamento se hizo su elogio por hombres como Chatham, Burke y Barré. Sus restos mortales fueron trasladados en 1818 a Nueva York, donde el Congreso dispuso se erigiera un monumento a su memoria con una inscripción donde se expresaran sus relevantes cualidades, citándose sus señalados e importantes servicios y ensalzando su patriotismo, su constancia, su bravura y su arrojo en los peligros. Poco después, a consecuencia de lo dispuesto, elevóse un monumento de mármol blanco con divisas y emblemas frente a la capilla de San Pablo, en Nueva York. ¡Ojalá que su nombre no sea nunca olvidado!

177 Véase la *Historia de la América británica*, por Murray, vol. I, pág. 181.

Nueva Jersey y Nueva York; y finalmente publicó una proclama en la que se manifestaba que se adoptarían severas medidas contra los que favoreciesen la autoridad real en perjuicio de los americanos.

La absoluta carencia de pólvora en el campamento y las grandes dificultades que ofrecía adquirir municiones, colocaron a Washington en una situación muy crítica, pues si entonces el general Howe hubiera activado sus medidas para atacar a los americanos, desordenados en aquellos días por el movimiento de las tropas que se iban y de los nuevos reclutas que llegaban, es casi seguro que los ingleses habrían obtenido una completa victoria, introduciendo la muerte y la desolación en el ejército de Washington[178]. Pero afortunadamente el general británico permaneció tranquilo, y después de cierto tiempo fueron desvaneciéndose los temores del jefe americano.

La opinión del Congreso y de algunas otras personas era que Washington debía hacer algo más que sitiar a Boston; hubo no pocas murmuraciones censurando la inactividad de las tropas, y pareció extraño que Washington no atacase la ciudad. Su propio impulso, sin embargo, le aconsejaba hacerlo así, y en su consecuencia, a principios de enero de 1776 reunió un Consejo de guerra para que se decidiera sobre este punto. El Consejo se opuso resueltamente al ataque, y el jefe se vio precisado a ceder, aunque de muy mala gama, según se desprende de cierta carta que escribió entonces, en la cual se expresaba de este modo: «Si yo hubiera previsto las dificultades en que nos hemos visto luego, y si hubiese sabido cuánta era el desánimo de nuestros adversarios, todos los generales del mundo no habrían podido convencerme ni inducirme a que dilatase por más tiempo el ataque a la ciudad.»

Al mes siguiente Washington escribió una carta a José Reed, en la que, hablándole de las duras pruebas y disgustos por que había tenido que pasar durante varios meses, se expresaba de este modo: «Conozco cuál es mi triste situación; no ignoro que se espera mucho de mí; sé que sin hombres, sin armas, sin municiones y sin nada de lo que se necesita para las tropas, muy poco es lo que se puede hacer, y no se me oculta, en fin, que será difícil justificarme ante el mundo, sin manifestar en perjuicio de la causa que defiendo, cuántas son mis necesidades y cuán crítica mi posición, cosa que estoy resuelto a no hacer, a menos que no llegue a conocimiento de todos por inevitables circunstancias. Mi situación es a veces tan precaria, que si no consultase el bien público, y sí solo mi tranquilidad, hace tiempo que habría abandonado el puesto. Lejos de tener un ejército de veinte mil hombres bien armados, sólo cuento con la mitad de ese número a consecuencia de las bajas por enfermedades, y aun ésos ni están bien armados ni vestidos como debieran. En una palabra, me he visto tan apurado, que he tenido que hacer todos los esfuerzos imaginables para ocultar a los oficiales lo que pasa.» Por fortuna para la causa que defendía y a que consagrara su vida, Washington no se dejó vencer por las dificultades y obstáculos. y tuvo siempre una ciega confianza en la protección de la Divina Providencia.

Habiendo resuelto el Consejo provincial que los *Tories* que se ausentaran no se llevasen sus efectos, los habitantes de Falmouth, al norte de Massachusetts, ahora Portland, en el Maine, se opusieron a que se cargara un buque, cuya medida dio lugar a que se decretara la destrucción de la

178 Las tropas de Connecticut resolvieron marcharse juntas cuando iba a expirar el tiempo de servicio, lo cual hubiera causado una sensible baja en el ejército ya muy débil de por sí. Tan extraordinaria conducta resintió mucho a Washington, quien a pesar de sus esfuerzos no pudo conseguir que dichas tropas permaneciesen en el campamento más de diez días, para dar lugar a que llegase la nueva milicia. Con tal motivo, Washington escribió al gobernador Trumbull, y este último, según dice Mr. Sparks, contestó del modo siguiente: «Es muy difícil defender la libertad, desempeñar el Gobierno y mantener la subordinación, impidiendo al mismo tiempo que se lleven a cabo las operaciones de alistamiento y leva de tropas. Los hijos de Nueva Inglaterra ansían la libertad, pero creen que su enganche en el servicio es puramente voluntario. y por lo tanto, cuando termina el plazo por que se alistaron, se creen libres de todo compromiso. Esto es lo que sucedió en la pasada guerra, y temo que ocurra lo mismo con los soldados de las demás colonias, pues en mi concepto, tal es el carácter y espíritu de nuestro pueblo.» Mr. Irving dice con este motivo, que los hombres de Connecticut encontraron tan pocas simpatías en el camino cuando regresaban a sus casas, que apenas hallaron quién les diera de comer, y que cuando estuvieron en presencia de sus mujeres, éstas les reprendieron tan amargamente, que los reclutas juzgaron preferible hacer frente al enemigo y a los cañones británicos, que oír las duras recriminaciones de las matronas de Connecticut.

ciudad para que sirviese de ejemplar castigo. Con este objeto el almirante Greaves envió con varios buques de guerra al capitán Mowat, quien llegando el 17 de octubre a Falmouth, comunicó a los habitantes que les daba dos horas de término para que se pusieran en salvo. Habiéndose pedido explicaciones al capitán sobre aquella extraordinaria intimación, contestó que tenía orden para incendiar todos los puertos comprendidos entre Boston y Halifax, y que suponía que el de Nueva York estaba ya reducido a cenizas. El capitán añadió que no podía eludir aquellas órdenes sino con la condición de que los habitantes hiciesen entrega de sus armas y municiones y de cuatro personas principales de la ciudad, que quedarían en rehenes para garantizar que la población no haría armas contra la Gran Bretaña. En el caso de negarse a estas condiciones, aseguró el capitán que en el término de tres horas reduciría la ciudad a cenizas. No sabiendo qué hacer ante aquella imprevista intimación, los habitantes pidieron y consiguieron al fin que se alargara el plazo hasta la mañana siguiente, y entre tanto ocupáronse en trasladar sus familias y efectos. Al otro día, el capitán Mowat comenzó el bombardeo con inusitada furia, y muchos habitantes que se habían subido a las alturas, fueron espectadores de un terrible incendio que redujo a muchas personas a la miseria y a la desesperación. Mas de cuatrocientas casas quedaron totalmente destruidas y Newport y Rhode-Island, que se vieron amenazadas luego, tuvieron que contemporizar con el enemigo, facilitándole una remesa de víveres[179].

Atentados de esta naturaleza no podían menos de exasperar a los colonos, y no pasó mucho tiempo sin que proyectaran emprender expediciones en el mar contra las fuerzas británicas. Al efecto dispusiéronse varios buques, y el Congreso provincial de Massachusetts aprobó, en 10 de noviembre, una ley por la cual se concedía autorización para ejercer represalias contra los buques de la Gran Bretaña, y además de esto, instituyóse un tribunal de marina por las autoridades provinciales. Las colonias del Sur imitaron el ejemplo, y bien pronto estuvieron en estado de hacerse al mar cinco o seis buques armados, que Washington ocupó desde luego para impedir, en cuanto fuese posible, que Boston recibiera socorros por mar. Hiciéronse a poco varias capturas, y entre ellas una muy importante, debida al capitán Manly, que en 29 de noviembre se apoderó de varias municiones de guerra, muy convenientes entonces para el ejército americano. Pero estas empresas no daban en general muy buen resultado, pues la mayoría de los oficiales era incompetente para aquel servicio y los hombres de la tripulación se mostraban muchas veces dispuestos a insubordinarse, por manera que todo aquello entorpecía más bien que auxiliaba las operaciones del jefe americano.

Debemos consignar aquí que hacia mediados de diciembre, el Congreso resolvió montar trece buques de diferentes tamaños y capacidad, los cuales fueron la base de esa magnífica escuadra cuyas brillantes hazañas tendremos que referir después en los siguientes capítulos de esta historia.

Apéndice al capítulo 13.

I. DECLARACIÓN MANIFESTANDO LAS CAUSAS QUE OBLIGAN A LAS COLONIAS A TOMAR LAS ARMAS.[180]

Si a los hombres dotados de un recto juicio les fuera posible creer que el Divino Autor de nuestra existencia desea que una parte de la raza humana ejerza absoluto dominio sobre todos los demás seres vivientes, y que en su infinita bondad y sabiduría designa a los que deben sufrir una dominación que no debe resistirse por muy opresora que sea, los habitantes de estas colonias podrían pedir al Parlamento de la Gran Bretaña que les probase de un modo u otro que se hallaba revestido de tan temible autoridad. Pero por la reverencia y respeto que debemos a nuestro Criador, por los principios de la humanidad y por lo que dicta el sentido común, deben convencerse todos

179 *Anales* de Holmes.
180 Aprobada en 6 de julio de 1775.

aquellos que reflexionen sobre este punto, que el Gobierno se instituyó para atender al bienestar del género humano, y que no debe tener otro objeto. La legislatura de la Gran Bretaña, sin embargo, estimulada por la desordenada ambición, no sólo de adquirir un poder injustificable, sino también contrario a la Constitución de ese reino, y ansiando obtener a toda costa sus fines sin consideración a la justicia, a las leyes y al derecho, ha intentado llevar a cabo el cruel proyecto de esclavizar a estas colonias por medio de la violencia, lo cual nos ha obligado a recurrir a las armas, después de apelar en vano a los medios conciliatorios. Y ya que esa Asamblea se muestra tan tenaz en su ciego afán de adquirir un dominio ilimitado, sin consideraciones a la razón y a la justicia, nosotros nos creemos obligados, por respeto al mundo, a dar explicaciones acerca de nuestra justa causa.

Nuestros abuelos, habitantes de la Isla de la Gran Bretaña, dejaron su país natal para trasladarse a estas regiones a vivir bajo el amparo de la libertad civil y religiosa, y a costa de su sangre, arriesgando sus escasos bienes para no ser gravosos al país que acababan de abandonar, y después de infinitos trabajos y contratiempos, consiguieron al fin establecerse en las distantes e inhospitalarias selvas de América, pobladas entonces por numerosas tribus de salvajes guerreros. Luego se formaron sociedades, gobiernos y legislaturas, en virtud de las Cartas concedidas por la Corona, y desde entonces establecióse una amistosa relación entre las colonias y el reino al cual debían su origen. Bien pronto los mutuos beneficios de esta unión llegaron a ser tan extraordinarios, que excitaron el mayor asombro, y es universalmente sabido que el admirable aumento de riqueza en el reino y los adelantos en la navegación y el comercio, se debieron al establecimiento de las colonias. El ministro que tan sabiamente y con tanto éxito dirigía los negocios de la Gran Bretaña durante la última guerra, declaró públicamente que aquéllas le ayudaron a conseguir un triunfo sobre los enemigos. Terminada la lucha, el soberano tuvo a bien cambiar de consejeros, y desde aquel momento los asuntos del imperio británico comenzaron a embrollarse, y la nación fue descendiendo de la gloriosa altura a que se había elevado por el talento y sabiduría de un solo hombre, para verse agitada luego por las funestas convulsiones que conmueven al país hasta en sus últimos confines. Viendo luego el ministerio que los bravos hijos de la Gran Bretaña, aunque frecuentemente derrotados, continuaban siempre la lucha, tuvo la desgraciada ocurrencia de concluir una paz poco ventajosa, para someter luego a sus leales amigos.

La pacífica y respetuosa conducta observada por las colonias desde su establecimiento, los útiles e importantes servicios prestados durante la guerra, no han podido salvarlas de injustas y premeditadas innovaciones, por más que haga muy poco tiempo que el rey y el Parlamento reconocieran con cuánto celo y buena voluntad servían al país. Muy lejos de eso, las Cámaras resolvieron adoptar un pernicioso proyecto, y arrogándose nuevas atribuciones, han dado tales pruebas en el transcurso de once años del uso que pensaban hacer de sus nuevas autorizaciones, que no puede quedar la menor duda acerca de la política que están resueltos a seguir. El ministerio, por lo visto, ha determinado intervenir en los bienes de los colonos sin su consentimiento, por más que siempre hayamos tenido el exclusivo derecho de disponer de nuestras propiedades; se han formado estatutos para extender la jurisdicción de los tribunales del Almirantazgo más allá de sus primitivos límites, despojándonos así del inestimable privilegio de recurrir a nuestros jurados; se ha suspendido la legislatura de una de las colonias, introduciéndose restricciones que perjudican a nuestro comercio; se ha alterado fundamentalmente la forma de Gobierno establecida por la Carta que la Corona y la legislatura otorgaron de una manera solemne; se ha erigido en una provincia vecina, conquistada por las armas de la Gran Bretaña y de América, un Gobierno despótico y peligroso para nuestra propia existencia, y se ha dispuesto, en fin, que las colonias acuartelen tropas en tiempo de completa paz. Asimismo ha determinado el Parlamento, que los colonos acusados de ciertos delitos sean conducidos a Inglaterra para que se les juzgue.

¿Pero a qué enumerar en detalle todas esas vejaciones? Diremos, en una palabra. que el Parlamento acaba de aprobar un estatuto por el cual declara que tiene derecho para dictarnos leyes en todos los casos sin excepción alguna. ¿Cómo podremos eludir tan ilimitada autoridad? Ni uno solo de los hombres que la ejercen ha sido elegido por nosotros, ni se halla sujeto a muestra

influencia, sino que, por el contrario, está fuera del alcance de nuestras leyes, y las rentas de América sólo servirán para disminuir los pesados gastos de la madre patria, aumentando en proporción los nuestros. Nosotros vimos bien pronto que con tan despóticas medidas no tardaría en amenazarnos la miseria, y durante diez años consecutivos hemos elevado incesantemente repetidas súplicas al trono, alegando plausibles razones y haciendo ver la justicia de nuestra causa; pero desgraciadamente todo ha sido inútil.

Persuadido el Gobierno de que consideraríamos esas medidas como deben considerarlas los hombres libres, nos envió escuadras y ejércitos para llevarlas a cabo, y entonces fue cuando se excitó la indignación de los americanos, pero era la indignación de un pueblo virtuoso y leal. Acto continuo reunióse en Filadelfia, el día 5 de septiembre último, un Congreso de delegados de las colonias unidas, y resolvimos elevar otra humilde exposición al rey, dirigiendo a la vez un manifiesto a nuestros hermanos los súbditos de la Gran Bretaña. Hemos recurrido a todos los medios conciliatorios y respetuosas medidas que era dable adoptar; hemos interrumpido nuestro comercio con la madre patria, para demostrar que nuestro amor a la libertad es superior al que pueda inspirarnos nación alguna, y ya nos lisonjeábamos que con esto terminaría la lucha, cuando recientes sucesos han venido a probarnos cuán inútil era esperar moderación en nuestros enemigos.

En el discurso pronunciado por el rey se estamparon varias frases amenazadoras, y por lo que toca a nuestra petición, aunque se nos dijo que era digna y comedida y que S. M. había tenido a bien recibirla benévolamente, prometiendo pasarla a la Cámara, sabemos que luego fue relegada al olvido con otros muchos documentos procedentes de América. En la exposición que elevaron los Lores y los Comunes en el mes de febrero, decíase que acababa de estallar una revolución en la provincia de Massachusetts-Bay, que los motores de ella habían sido instigados por asociaciones que formaron los súbditos de S. M. en diversas colonias, y que por lo tanto rogaban a S. M. se dignase dictar las más enérgicas medidas para que se prestara la debida obediencia a las leyes y autoridad de la suprema legislatura. Poco después se suspendieron, en virtud de un decreto del Parlamento, las mutuas relaciones comerciales de todas las colonias, así como también las que mantenían con los países extranjeros, y por una orden posterior se despojó a varias de aquellas de sus pesquerías en las costas, viéndose así privadas de su principal elemento de subsistencia. A fin de poner en ejecución todas estas injustas y arbitrarias medidas, se enviaron inmediatamente considerables refuerzos de tropas al general Gage.

Inútiles fueron todas las tentativas, todos los argumentos y elocuencia de los distinguidos Pares e ilustres Comunes que noblemente defendieron nuestra justa causa, tratando de contener, o al menos de mitigar la insensata furia de nuestros enemigos; e inútil fue también la intervención de Londres, de Bristol y otras muchas importantes ciudades que abogaron en nuestro favor.

El Parlamento proyectó un plan insidioso, cuyo fin era imponer una contribución perpetua a los colonos, pero de tal modo, que no supieran aquellos qué cantidad sería necesaria para salvar sus vidas y propiedades; y para asegurar el éxito, se nos exigen con la punta de las bayonetas las desconocidas sumas que puedan satisfacer la rapacidad ministerial, dejándonos sólo el miserable consuelo de elegir el medio que nos parezca más conveniente para pagar el impuesto. ¿Qué condiciones más duras y humillantes podría dictar el desapiadado conquistador a sus vencidos enemigos? Aceptarlas, sería en nuestro concepto merecerlas.

Poco después de haber llegado al continente la noticia de lo que se proyectaba, el general Gage, que durante el último año se posesionó de la ciudad de Boston en la provincia de Massachusetts-Bay y que aun seguía ocupándola el día 19 de abril con una buena guarnición, envió desde aquel punto un cuerpo de su ejército, que atacó sin motivo alguno a los habitantes de dicha provincia, en la ciudad de Lexington, según aparece del testimonio de muchas personas y de varios oficiales y soldados, los cuales aseguran que murieron ocho colonos, quedando heridos otros varios. Después de esto las tropas se dirigieron en son de guerra a Concord, donde también mataron o hirieron a varios habitantes, viéndose al fin precisados a retirarse porque todo el pueblo se reunió

instantáneamente para rechazar tan cruel agresión. Comenzadas así las hostilidades por las tropas británicas, se han continuado desde entonces sin ninguna clase de consideración ni miramiento, y los habitantes de Boston, detenidos en la ciudad por su general y gobernador, se han visto precisados a celebrar con dicha autoridad un convenio en virtud del cual se estipuló, que depositando sus armas, quedarían en libertad para marcharse, llevándose sus efectos. En su consecuencia los mencionados habitantes hicieron entrega de sus armas; pero violando las leyes del honor, y faltando al cumplimiento de lo tratado, que aun entre las naciones salvajes es una cosa sagrada, el gobernador dispuso que en lugar de depositar las armas, se entregasen a los soldados, y detuvo luego a la mayor parte de los habitantes en la ciudad, exigiendo que los pocos que tenían permiso para retirarse dejaran sus efectos de más valor.

Y a causa de esta perfidia, las mujeres se vieron separadas de sus esposos, los hijos de sus padres, los ancianos de sus amigos, y de este modo todos aquellos que estaban acostumbrados a disfrutar de la comodidad, si no del lujo, se ven ahora reducidos a la más deplorable miseria.

No contento con esto el general, publicó con fecha 12 de junio una proclama en la que después de estampar las más groseras calumnias contra el buen pueblo de estas colonias, declaraba que todos sin excepción alguna eran rebeldes y traidores al oponerse a la ejecución de la ley, por lo que se veía en la precisión de publicar el estado de sitio. Después de esto sus tropas han acuchillado a nuestros paisanos, quemando la ciudad de Charleston y una porción de casas; nuestros buques y navíos son apresados, interceptadas las remesas de víveres, y abusando indignamente de su autoridad, no parece sino que el gobernador se ha propuesto sembrar en derredor suyo la desolación y la muerte.

Posteriormente hemos recibido noticias de que el general Carleton, gobernador del Canadá, está instigando al pueblo de aquellas provincias y a los indios para que nos declaren la guerra, y tenemos también sobrados motivos para creer que se trata de excitar contra nosotros peligrosas enemistades. En una palabra, la mayor parte de estas colonias están persuadidas de que al ser el blanco de la venganza del Gobierno, tendrán que sufrir las dolorosas calamidades que resultan de la guerra, la desolación y el hambre; pero viéndonos en la dura alternativa de elegir entre someternos a la tiranía de irritados ministros o resistirnos por la fuerza de las armas, elegimos sin vacilar lo último. Hemos pesado bien las consecuencias de esta lucha, y no viendo cosa más terrible que la esclavitud voluntaria, el honor, la justicia y la humanidad nos obligan a defender esas libertades que nos legaron nuestros nobles antecesores y que nuestra inocente posteridad tiene derecho a disfrutar. No podemos consentir que se nos acuse de haber obrado con bajeza y de haber trasmitido a las futuras generaciones el padrón de ignominia que indudablemente recaería sobre nosotros si nos humilláramos servilmente en las actuales circunstancias.

Nuestra causa es justa, nuestra unión perfecta, grandes nuestros recursos interiores, y en caso necesario, aun podríamos solicitar el auxilio del extranjero. Para nosotros es una prueba del favor del cielo el que la Providencia no haya permitido que llegase el momento de la lucha hasta que fuésemos fuertes y tuviéramos suficientes medios para defendernos. Con el corazón fortalecido por estas ideas, debemos declarar solemnemente ante Dios y ante el mundo, que emplearemos con toda nuestra energía esos medios que el Criador ha puesto a nuestro alcance, y que, arrostrando toda clase de consecuencias, obraremos con la mayor firmeza y perseverancia para conservar nuestras libertades, prefiriendo siempre morir libres, a vivir esclavos.

A menos que estas ideas sean contrarias a las de nuestros conciudadanos en cualquier punto del imperio, nosotros les ofrecemos no interrumpir la unión y buena armonía que por tanto tiempo y tan felizmente subsistió entre nosotros, y que ansiamos ver restablecida. Aun no ha llegado el caso de recurrir a esa desesperada medida, ni de impetrar tampoco el auxilio de otra nación. Nosotros no hemos reunido ejércitos con la ambiciosa mira de separarnos de la Gran Bretaña ni de proclamarnos independientes; no combatimos para adquirir gloria ni para conquistar, pero ofrecemos al mundo el extraño espectáculo de un pueblo atacado sin dar lugar a ello y sin que se tenga de él motivo alguno

de queja. Nuestros enemigos hacen alarde de sus privilegios y civilización, mas esto no obsta para que nos den a elegir entre el servilismo o la muerte.

Para defender la libertad, que es un derecho que adquirimos al nacer y del cual siempre hemos disfrutado, y para proteger nuestras propiedades, obtenidas únicamente por la industria de nuestros abuelos y la nuestra, hemos resuelto empuñar las armas, que no abandonaremos hasta que cesen las hostilidades por parte de los agresores y desaparezca todo temor de que se renueven.

Depositando nuestra confianza en la bondad del Supremo Juez del Universo, debemos implorar humildemente que nos proteja en este grave conflicto, haciendo que nuestros adversarios se inclinen a una reconciliación razonable, para librar al país de los horrores de la guerra civil.

II. SEGUNDA PETICIÓN AL REY

Señor:

Los exponentes, muy humildes y leales súbditos de las colonias de New-Hampshire, Massachusetts-Bay, Rhode-Island, Providence, Connecticut, Nueva-York, Nueva Jersey, Pensilvania, los condados de New-Castle, Kent y Sussex, Delaware, Maryland, Virginia y las Carolinas, en nuestro nombre y en el de los habitantes de estas colonias que nos han designado para que las representásemos en el Congreso general, tenemos el honor de elevar a V. M. la presente solicitud, para que se digne fijar en ella su real atención.

La unión entre nuestra madre patria y estas colonias, instituida por un Gobierno justo y pacífico, ha producido beneficios tan notables e importantes y tal aumento de riqueza, que ha excitado la envidia de otras naciones ver a la Gran Bretaña elevarse a una altura la más extraordinaria que se ha conocido en el mundo.

Observando sus rivales que no era probable que se turbase tan feliz unión por medio de las disensiones civiles, y comprendiendo cuáles serían las consecuencias de aquella, trataron de oponerse al rápido progreso de las colonias, contrarrestando en lo posible los medios que tenían de hacerse poderosas.

En presencia de esto, todos los que se interesaban por la Gran Bretaña y por estas colonias, abrigaron fundadas esperanzas de que se aumentase la fuerza de aquellas, ensanchando los dominios de la Corona, a fin de alejar todo lo mas posible al enemigo común. Al terminarse la última guerra, una de las más gloriosas que hayan llevado a cabo las armas británicas, vuestros leales colonos, que contribuyeron a su feliz éxito con tan poderosos esfuerzos, que merecieron la aprobación de V. M., del último rey y del Parlamemto, no dudaron que se les permitiría disfrutar, como el resto del imperio, de los beneficios de la paz y de los emolumentos de la victoria.

Mientras que en los periódicos y en las actas de la augusta legislatura se hacía mención de los méritos contraídos y servicios prestados por las colonias, supieron éstas que el Parlamento, sin que mediara motivo ni razón para ello, proyectaba un nuevo sistema para administrarlas, lo cual introdujo la alarma en los ánimos porque todos los habitantes de este país pudieron prever entonces que les amenazaba un grave peligro.

La ansiedad de todos ni aun pudo mitigarse con el consuelo de que el nuevo sistema de Gobierno tuviese por objeto mejorar la situación del país, pues se comprendió desde luego que sus resultados serían perjudiciales para el comercio y prosperidad del imperio británico.

Renunciamos a describir aquí las numerosas intrigas, las locas pretensiones y los errores inconcebibles en que han incurrido los ministros de V. M. por querer llevar a cabo, desde hace algunos años, un plan político tan desacertado como contrario a muestras leyes, y que ha dado margen a las sensibles diferencias que existen ahora entre la Gran Bretaña y las colonias.

Al resolver los ministros de V. M. llevar a cabo las medidas proyectadas, y habiendo roto por su parte las hostilidades, nos han obligado a que tomemos las armas para defender nuestros derechos y privilegios; pero cuando estos fieles colonos consideran contra quién tienen que oponerse en la presente lucha y cuáles pueden ser las consecuencias de ella, auméntase naturalmente su aflicción.

Sabiendo con qué violencia se despiertan los resentimientos y las animosidades en las discordias civiles, y cómo se inflaman las pasiones, nos hemos creído obligados, por consideraciones a V. M., a nuestros conciudadanos y a nosotros mismos, a usar de cuantos medios se hallen a nuestro alcance para evitar la efusión de sangre y las numerosas calamidades que amenazan al imperio británico.

Por eso nos ha parecido oportuno dirigirnos a V. M. para suplicarle respetuosamente se digne fijar su real atención en nuestra solicitud con su acostumbrada benevolencia. Si V. M. pudiera comprender qué sentimientos agitan los corazones de sus leales súbditos, seguros estamos que no dudaría de nuestra lealtad y afecto y de la pureza de nuestras intenciones. Sin faltar al respeto que debemos a nuestro rey, pero atendiendo también a nuestra propia conservación, debemos usar este lenguaje para desenmascarar a los pérfidos enemigos, que abusando de vuestra real confianza y autoridad, se proponen llevar a cabo nuestra destrucción.

Unidos a V. M. y a su familia y Gobierno por todo el afecto que nos inspira nuestra lealtad; enlazados con la Gran Bretaña por los más poderosos vínculos sociales, y deplorando sinceramente todo acontecimiento que tienda a debilitarlos, aseguramos a V. M. que no sólo es nuestro deseo que no se interrumpa entre el reino y las colonias la primitiva armonía, sino que ansiamos que ésta se restablezca bajo las más sólidas bases. De este modo se perpetuará la feliz unión de ambos países hasta las futuras generaciones, y el nombre de V. M. podrá trasmitirse a la posteridad rodeado de la aureola de gloria que alcanzaron también esos ilustres personajes que consiguieron con sus virtudes y talento salvar al país de graves peligros y contribuirá su felicidad, erigiendo de este modo el más noble y duradero monumento de su imperecedera fama.

Permítasenos también asegurar a V. M. que a pesar de los padecimientos de estos leales colonos durante el curso de la presente contienda, respetamos y queremos demasiado al reino a quien debemos nuestro origen, para desear una reconciliación que en manera alguna pueda ser incompatible con su dignidad y su conveniencia. El honor y el deber, tanto como la inclinación, nos inducen a obrar así, y cuando desaparezca la inquietud que ahora oprime nuestros corazones, llenos del mas profundo sentimiento, V. M. hallará siempre dispuestos, como lo han estado siempre, a los leales súbditos de estas colonias a sacrificar sus vidas y sus fortunas para mantener los derechos y los intereses del monarca y de la madre patria.

Por lo tanto, suplicamos humildemente a V. M. que interponga su real influencia para que desaparezcan las causas de nuestra aflicción y temores, y pueda restablecerse la paz en todos estos dominios por los medios que la profunda sabiduría de V. M. crea mas oportunos para que sea dable celebrar una feliz y permanente reconciliación entre la Gran Bretaña y estas colonias.

Esperamos al propio tiempo de su reconocida bondad, se digne adoptar las medidas mas oportunas para que se deroguen los decretos a que se deben principalmente las vejaciones que aquejan a estos leales súbditos, con lo cual podrán salvarse de la destrucción o de la muerte las fieles colonias de V. M.

Sean los que fueren los medios que V. M. adopte para conciliar los intereses del pueblo americano, estamos convencidos de que no tardará en presentarse una oportunidad para dará nuestro monarca las mas satisfactorias pruebas de nuestro sincero aprecio y profundo respeto, así como también de que seguimos siendo siempre los mas leales servidores de nuestro rey.

Que V. M. pueda disfrutar un largo y próspero reinado, y que a vuestros descendientes les sea dable gobernar gloriosamente esos dominios, haciendo la felicidad de sus súbditos, es nuestro más ardiente deseo.

14.
Nacimiento de la República (1775-1776)

Política del Parlamento. Se desecha la petición al rey. Debates en el Parlamento. Mercenarios extranjeros. Decreto prohibiendo el comercio con las colonias. El Sentido común de Paine. Actos de Dunmore en el Sur. Bombardeo de Norfolk. Proyecto de Comolly con los indios. Estado de los ánimos en Nueva York. La imprenta de Rivingstones destruida. Plan de los ingleses para apoderarse de Hudson. Lee en Nueva York. Predomina la influencia de los Tories. La familia de Johnson. Su conducta. Escena en el campamento. Washington y las chaquetas redondas. Singular aspecto de los negocios. Sumisión o independencia. Washington delante de Boston. Escasez de provisiones en la ciudad. Informe de Botta acerca de la ocupación de las alturas de Dorchester y la evacuación de Boston. El Congreso da gracias a Washington. Las tropas británicas se embarcan para Halifax. Putnam es enviado a Nueva York y Lee al Sur. Washington reúne al Congreso. Conspiraciones de los Tories. Se intenta apoderarse de Washington y enviarle al enemigo. Disposiciones respecto a los Gobiernos coloniales. Se nombra a Drayton juez del Gran Jurado. Clinton ataca a Charleston. Conducta heroica del sargento Jasper. Se juzga necesaria la declaración de la independencia. Instrucciones a los delegados de varias colonias. Procedimientos y debates en el Congreso. Declaración de la independencia. Importancia de esta medida. Un día de jubileo. Fuerza moral de la situación de nuestros padres.

Los americanos esperaban con la mayor ansiedad la reunión del Parlamento, que debía verificarse en el mes de octubre de 1775, porque de la política que observara dependía materialmente la clase de oposición que los colonos pensaban hacer contra sus anteriores actos. Si el Parlamento creía oportuno acceder a las concesiones que las colonias reclamaban de derecho, era muy posible que se arreglasen amistosamente las diferencias y cuestiones, ya de suyo bastante graves; pero si por el contrario persistía aquel cuerpo en su actitud ofensiva, empeñándose en apelar a la fuerza para dominar los americanos, hacíase preciso resistirse con las armas, y el pueblo tendría que prepararse a sostener una encarnizada y sangrienta lucha.

La petición al rey, en la cual fundaban algunos todas sus esperanzas, fue desechada sin contemplación alguna, y en el discurso que pronunció Jorge III en la apertura del Parlamento, no sólo acusó a los colonos de revoltosos, hostiles y rebeldes, sino que declaró que la guerra empezada por ellos no tenía más objeto que erigirse en imperio independiente. Para impedir esto, según dijo al Parlamento, era necesario adoptar las más rigurosas y enérgicas medidas, y que con este fin había aumentado sus fuerzas navales y su ejército, solicitando al mismo tiempo el auxilio de tropas extranjeras. El monarca añadió que pensaba autorizar a ciertas personas para que se entendiesen con las colonias, dispuestas a volver a la obediencia y para conceder perdón a quien lo mereciese.

El debate que se suscitó antes de contestar al discurso de la Corona fue por demás acalorado, y a consecuencia de sus opuestas opiniones, hicieron dimisión de sus respectivos cargos, pasándose a la oposición, el general Conway y el duque de Grafton. Lord Chatham no pudo defender la causa de los americanos por seguir el mal estado de su salud; pero no faltaron otros que se declararon resueltamente en contra del proyecto de someter por la fuerza a las colonias. Camden, Shelburne, Richmond, Barré y algunos más hicieron todo lo posible para impedir la acción del ministerio, pero Lord North fue apoyado por una inmensa mayoría en ambas Cámaras, el rey se obstinó en seguir la política empezada y se adoptaron al fin medidas en extremo opresoras[181].

Decretóse inmediatamente la ocupación de América por un cuerpo de ejército de veinte y cinco mil hombres, y como se viera que no era fácil alistar tropas en Inglaterra, se pensó en los mercenarios extranjeros, resolviéndose por último enganchar unos diez y ocho mil hombres. procedentes la mayor parte de Hesse-Cassel y Brunswick, a precios exorbitantes. No dejó de exponerse en el Parlamento cuán odioso era emplear aquella gente contra los americanos, pues ninguna medida podía ofender más el amor propio de los que luchaban por defender sus derechos y

181 El extracto de los debates del Parlamento en aquella época se encontrará en los *Anales* de Holmes, vol. II, página 227.

libertades; pero nada bastó a impedir la ejecución de este plan, y bien pronto se organizó una fuerza de cuarenta o cincuenta mil hombres para someter a las colonias.

Ricardo Penn, a quien se encargara presentar la petición al rey, fue interrogado en la Cámara de los Lores, y al emitir su opinión, dijo que hasta entonces no había pensado el Congreso en proclamar la independencia, como así era cierto; pero el ministro manifestó tener en su posesión ciertas cartas interceptadas a Juan Adams en las cuales se expresaba lo contrario. El duque de Richmond pidió que se tomara en consideración la solicitud del Congreso, a fin de que pudiera servir de base para un arreglo futuro, pero fue desechada su propuesta, así como también la de Burke, que en 16 de noviembre presentó en la Cámara de los Comunes un *bill* para que se derogasen los últimos decretos, concediendo una amnistía general. Hartley, que poco después intentó también una cosa semejante, no obtuvo mejor resultado.

Hacia fines de diciembre, el ministerio presentó al Parlamento un decreto prohibiendo todo comercio con las colonias y autorizando la captura, no sólo de los buques americanos con sus cargamentos, sino también la de aquellos que se sorprendieran traficando en cualquier puerto de las colonias, lo mismo enteramente que si se tratara de apoderarse de buques enemigos. Disponíase asimismo que las presas fueran propiedad del que las hiciese, y que los hombres de las tripulaciones se consideraran, no como prisioneros, sino como esclavos.

La cláusula más extraordinaria de aquel decreto, según dice Pitkin, era la que disponía que todo comandante inglés que capturase un buque, podría trasladar a bordo del suyo, o de otro cualquiera, a la tripulación y demás personas que encontrase, inscribiendo luego sus nombres en el registro del mismo para que se las considerara sujetas al servicio de S.M., lo mismo que si lo hubieran solicitado voluntariamente. Por este medio los americanos se verían precisados frecuentemente a luchar unos contra otros; pero esta cláusula excitó la indignación de muchos miembros de ambas Cámaras, quienes reprobándola altamente, manifestaron que aquella manera de tratar a los prisioneros, no sólo era injusta, sino que revelaba un refinamiento de crueldad, desconocido aun entre las naciones más salvajes.

Entre otras cosas, díjose que ningún hombre podía ser despojado de sus bienes, obligándole luego a servir al Estado como un ciudadano; que semejante arbitrariedad era injusta hasta en los casos de guerra o rebelión, y que actos de semejante naturaleza sólo se practicaban entre los piratas y enemigos de la sociedad. En la protesta que presentaron algunos Lores manifestaron que esto era obrar con el refinamiento más cruel, y que la pena podía considerarse peor que la muerte, porque los infelices que cayeran prisioneros en aquella guerra de rapiña se verían obligados a luchar, no sólo contra sus familias, parientes y amigos, sino también contra su país y sus conciudadanos. El ministerio contestó por su parte, que el tratar así a los prisioneros americanos, más bien debía considerarse como una gracia o un favor que como una injusticia o crueldad[182].

En vista de estas medidas del Parlamento, era evidente que la crisis había llegado a su apogeo, cuando el pueblo americano fue convocado para que eligiera entre someterse a la madre patria y a sus injustas demandas como un niño miedoso, o resistirse a la agresión, en su calidad de hombres libres y descendientes de ilustres antecesores. Era llegada la época en que todos debían retroceder vergonzosamente en la senda que venían siguiendo o resolverse a marchar hacia delante sosteniendo sus derechos aunque fuera a riesgo de la vida. Felizmente para nosotros, aquellos hombres, nuestros padres, lejos de abatirse mostráronse tranquilamente resueltos a defender a todo trance sus privilegios y libertades.

El haber dispuesto que se organizase una banda de mercenarios extranjeros para que entrasen en América a sangre y fuego, era llevar las cosas demasiado lejos, pues esta medida indicaba claramente que Inglaterra no se detendría hasta dominar completamente a los colonos, y todos aquellos que amantes de la paz y temiendo los horrores de la guerra abrigaban esperanzas de que se verificase una reconciliación, pudieron convencerse al fin que era llegado el tiempo de obrar y que los americanos debían comprar sus libertades a costa de una larga y sangrienta guerra.

---

182 *Historia civil y política de los Estados Unidos*, por Pitkin, vol. I, pág. 357.

En tanto que los hombres pensadores reflexionaban detenidamente sobre este importante asunto, reconociendo la necesidad de proclamar la independencia, apareció el folleto de Tomás Paine, titulado el *Sentido común*. Paine, aunque inglés, era un ardiente republicano, y calculó que el estilo y asunto de su publicación podría despertar las pasiones y enérgicos sentimientos de los que leyesen su escrito. En dicho folleto se tomaron por asunto varios pasajes de la Escritura, y para todos aquellos colonos que hubieran estudiado o leído la historia de los judíos, según la refiere el Antiguo Testamento, presentábanse los reyes bajo un carácter odioso. La locura de aquel pueblo que se rebelaba contra un Gobierno instituido por el mismo Dios, y la opresión a que se vio luego sujeto por los reyes que entraron sucesivamente a gobernar, ofrecía un tema excelente para preparar a los colonos en favor de las instituciones republicanas, predisponiéndolos contra el sistema monárquico. Poníase en ridículo la sucesión hereditaria; probábase de tal modo el absurdo de sujetar un gran continente a una pequeña isla situada al otro lado del globo, que los colonos no pudieron menos de sentir su honor y su orgullo interesados en renunciar al Gobierno de la Gran Bretaña, tanto más cuanto que la necesidad y las ventajas de proclamar la independencia se demostraban palpablemente.

Nada podía ser más a propósito que el citado folleto para aquellos hombres libres que acababan de recibir una prueba convincente de que la Gran Bretaña, después de retirarles su protección, quería declararles la guerra, encargando a una banda de mercenarios que los sometiera, sin condiciones, a una autoridad ilimitada. Los colonos, amantes de su libertad, hallábanse dispuestos a sufrir toda clase de contratiempos con tal de conservarla, y por esto no es de extrañar que la inmensa mayoría aprobase y aun deseara la completa separación de la madre patria.

Los actos de Lord Dunmore, en el Sur, provocaron una gran oposición, y si bien la mayor parte de los gobernadores no tomaron medida alguna en medio de la excitación popular, el de Virginia quiso hacer algo en favor de la causa del ministerio, lo cual bastó para provocar la ira de los habitantes de aquella colonia, a quienes se amenazaba con dar libertad a los esclavos, incendiando luego a Williamsburg. El pueblo se reunió con frecuencia para deliberar, y algunos tomaron las armas para obligar al gobernador a que entregase la pólvora y los fondos públicos.

Lord Dunmore se intimidó tanto ante aquellas enérgicas demostraciones por parte del pueblo, que envió a su familia a bordo de un buque de guerra y publicó una proclama en la que declaró que los instigadores del tumulto debían considerarse como traidores, y que el pueblo era revolucionario, etc. Los colonos por su parte no dejaron de hacerle recriminaciones, y habiendo tenido luego noticia de ciertas cartas que escribiera a Inglaterra, esto dio margen a que ocurriesen varias escenas, semejantes a las que tuvieron lugar con Hutchinson y Oliverio en Boston.

En tal estado de confusión, el gobernador juzgó oportuno fortificar su palacio con artillería, organizando una guardia de marinos para que lo custodiase. Por aquella época precisamente llegó la proposición conciliatoria de Lord North, y a no haber ido ya las cosas tan lejos, es muy probable que el pueblo la hubiese tomado en consideración. sobre todo en vista de los argumentos de Dunmore, quien manifestó que las colonias debían ver en aquella propuesta una amonestación de la Gran Bretaña para que se contribuyese a prestarla algún auxilio en sus necesidades, y que harto demostraba su condescendencia y su generosidad al no exigir una suma determinada, contentándose con lo que buenamente pudiesen facilitar las colonias. Esto no dejaba de ser una proposición razonable, pero el descontento era tan general que no se pudo conseguir nada, aun cuando el gobernador convocó la Asamblea en el mes de mayo para que tomara en consideración la citada propuesta.

Lo primero que hizo la Cámara al reunirse, fue averiguar en qué estado se hallaban los almacenes militares, y no tardó en llegar a su conocimiento, que como varios hombres del pueblo intentaran apoderarse de ellos, habíanse colocado algunos cañones, con los cuales se hizo fuego sobre los que trataron por segunda vez de llevar a cabo el proyecto. Esta circunstancia, con otras de semejante naturaleza, excitó de tal modo la cólera de los colonos, que tan pronto como se terminaron las sesiones retiróse el gobernador a bordo de un buque de guerra, manifestando a la

Asamblea que no se creía seguro en su Gobierno, lo cual fue causa de que se suscitase una disputa que terminó negándose rotundamente Dunmore a permanecer en Williamsburg, a pesar de que la Asamblea le daba toda clase de seguridades. El gobernador manifestó que los miembros de la Cámara podrían pasar a bordo para tratar con él, pero no habiendo aceptado aquellos la proposición, cesó con esto toda correspondencia amistosa entre ambas partes.

Privado así Lord Dunmore de su Gobierno, intentó en el otoño de 1775 reducir por la fuerza a los que ya no podía gobernar, y habiéndosele agregado varios partidarios de la causa británica, que no gozaban de muy buena reputación en su país, y una multitud de esclavos negros, pudo con ayuda de éstos y con los buques que tenía a su disposición, comenzar una especie de guerra depredatoria que exasperó a los colonos aunque sin someterlos. Después de hacer algunas excursiones por tierra proclamando la libertad de los esclavos, el gobernador fijó al fin su residencia en Norfolk, ciudad marítima de alguna importancia, donde el pueblo era más adicto a Inglaterra que en otros puntos. Sin embargo, habiéndose organizado una considerable fuerza contra Dunmore, y como éste dejándose arrastrar por su natural impetuosidad obrase con más valor que prudencia, fue enteramente derrotado y se vio en la precisión de refugiarse en el mes de diciembre en sus buques.

El día 1 de enero de 1776, Dunmore, que acababa de recibir algún refuerzo con la llegada de un buque de guerra de Liverpool, bombardeó a Norfolk, la mayor y más rica ciudad de Virginia, causándole una pérdida de trescientas mil libras esterlinas. Durante el verano, el gobernador continuó sus desgraciadas excursiones a lo largo de los ríos, quemando y saqueando a diestro y siniestro, hasta que al fin tuvo que refugiarse con su gente en la Florida y en las Bermudas.

Entre tanto, un tal Conolly, agente en otro tiempo de Dunmore en la Virginia del Norte, hombre intrépido y a la vez de grandes disposiciones, proyectaba un plan de bastante importancia en favor de la causa real. La primera parte de aquel, según se decía, era formar una liga con los indios de Ohio, y habiendo participado su idea a Lord Dunmore, quien la aprobó completamente, Conolly se ausentó para llevar a cabo su designio; a su regreso fue a ver al general Gage, que estaba en Boston, y después de esto se dispuso a terminar su empresa. Es de presumir que el plan era volver al Ohio, solicitar la ayuda de los indios y unirse luego con Lord Dunmore en Alejandría; mas el proyecto fracasó repentinamente, porque Conolly fue arrestado en Fredericton, en Maryland, desde donde juntamente con sus amigos, fue enviado a Filadelfia en clase de prisionero en el mes de noviembre.

El gobernador Martin y los realistas de la Carolina del Norte se mostraron muy celosos en favor de la causa que defendían, pero no consiguieron absolutamente nada, por la mucha actividad que desplegaron sus adversarios. Ni el general Clinton, que había ido a la Carolina para tratar de hacer algo, ni el gobernador Wright, en Georgia, fueron tampoco más felices en su empresa, y el último tuvo al fin que retirarse a un buque de guerra que se hallaba en el río.

Por muchos motivos, debidos principalmente a su posición y relaciones, Nueva York se mostraba más dispuesta a reconocer la autoridad de la madre patria que a unirse con las demás colonias en defensa de sus derechos y libertades.

El gobernador Tryon, que había juzgado oportuno trasladarse a bordo del *Asia*, mantenía una constante correspondencia con los realistas de la ciudad, mostrándose muy activo para deshacer los planes de los pocos patriotas que anhelaban la independencia. La *Gaceta* de Rivingston, periódico del Gobierno, molestaba no poco a los enemigos de la Corona por su sutileza y perspicacia, llegando verdaderamente a ser ofensivo a los patriotas. Esto no podía tolerarse, y en su consecuencia, cuando la Junta de Salvación se negó en el mes de noviembre a tomar parte en este asunto, el capitán Sears manifestó que él se encargaría del negocio, y al efecto, poniéndose al frente de un piquete de caballería de Connecticut, dirigióse a las oficinas de Rivingston y entre los gritos del populacho rompió las prensas y las máquinas. Esto se consideró por todos como una violencia injustificable, y en el primer Congreso provincial quejáronse muchos fundadamente por aquel abuso.

En el mes de octubre el Congreso recibió una carta escrita por algunas personas de mucho crédito en Londres, en la que se manifestaba que el plan del Gobierno británico era posesionarse de Nueva York y del Hudson a fin de establecer así una comunicación entre dichos puntos y el Canadá; distraer y dividir las fuerzas de las colonias con las excursiones de los indios, y reducir en fin al país a una completa sujeción. Estos informes no dejaron de excitar cierta alarma, sobre todo por lo que se refería al Hudson, que importaba mucho conservar; y cuando se supo a fin de año que se hacían grandes preparativos en el puerto de Boston para alguna expedición secreta, Washington dedujo al momento que el plan de Sir Enrique Clinton, jefe de aquella, sería apoderarse de Nueva York. Inmediatamente se tomaron medidas para deshacer aquel proyecto, pero luego se vio que Clinton sólo se había propuesto dirigirse a la Carolina del Norte.

A principios de 1776, y como se creyera que la Junta de Salvación se mostraba algo indiferente, diose orden al general Lee de encargarse del mando de las tropas enviadas de Connecticut para sostener la autoridad del Congreso, previniéndole al mismo tiempo que impidiera, en cuanto fuese posible, las maquinaciones de Tryon y de los realistas. Sir Enrique Clinton se acercó a Nueva York al dirigirse a la Carolina, y al saberlo Lee envió un mensaje al buque de guerra en que iba la expedición, manifestando que si alguno llegaba a propasarse en lo más mínimo, ahorcaría sin contemplación alguna a un centenar de realistas, amenaza que por lo demás era muy capaz de llevar a cabo.

Pero no era solo en la ciudad de Nueva York ni en sus alrededores donde se mostraba formidable el partido de los realistas, pues también poseían una fuerza numerosa en el condado de Tryon, esa parte de la provincia que se halla al Oeste del Río Schoharie, donde la familia de Johnson ejercía una gran influencia. Hallábanse allí celosos *Whigs*, pero también muchos *Tories*, y por lo tanto el general Schuyler creyó oportuno enviar un destacamento desde Albany en el mes de enero, para desarmar a los Johnsons y a los Highlanders. Guy Johnson había ido al Canadá y reclutaba la mayor parte de los Mohawks para que sirviesen la causa de la Gran Bretaña, y aun cuando Sir Juan había dado palabra de no hacer armas contra América, cuando en el mes de mayo se trató de arrestarle por sospechas, huyó al Canadá, organizando antes dos batallones de tropas, con los cuales llegó a ser bien pronto el terror de las fronteras de Nueva York. Brant, el famoso jefe indio, era secretario de Guy Johnson y se mostró muy activo contra los americanos.

En vista de la conducta de Lord Dunmore en Virginia, de que ya hemos hablado anteriormente, se supuso que Monte Vernon sería atacado bien pronto, y por lo tanto Washington, temiendo que se realizasen sus dudas, envió a decir a su señora que fuera a reunirse con él en el campamento delante de Boston, y su presencia alegró mucho al comandante en jefe, quien como siempre, cuidaba de que se recitasen las oraciones de la mañana y de la tarde, asistiendo puntualmente a la Iglesia. Mr. Irving hizo un bosquejo muy exacto de la clase de vida que llevaban todos en aquel campamento, y así mismo nos habla de una reyerta ocurrida entre los llamados chaquetas redondas y algunos tiradores, reyerta que terminó Washington cogiendo a dos de estos últimos por el cuello y arrojándolos de sí con violencia, en vez de dirigirles una reprimenda. Este acto de vigor nos hace conocer más a fondo cuál era el carácter del jefe y de qué manera tan expedita zanjaba esta clase de cuestiones[183].

En el mes de noviembre del mismo año se dio parte al Congreso de que en Filadelfia había un extranjero que deseaba hacerles cierta confidencia, y aunque al principio no se hizo aprecio del aviso, como volviera a instar repetidas veces la persona desconocida, nombróse un Comité compuesto de Juan Jay, el Dr. Franklin y Tomás Jefferson, para que averiguase de qué se trataba. En su consecuencia estos señores se dirigieron a Carpenter Hall, punto señalado para la cita, y allí encontraron a un caballero de bastante edad y cojo, que parecía un oficial francés, quien les dijo que el rey de Francia estaba muy satisfecho de la conducta que venían observando los americanos, que les deseaba el mejor éxito, y que cuando fuese necesario, no tendría inconveniente en probarles su amistad de una manera más franca.

---

183 Véase la *Vida de Washington*, por Irving, vol. II, p. 124.

El Comité quiso entonces saber quién le autorizaba para dar semejantes seguridades, pero entonces el oficial inválido acercó su mano al cuello y contestó: «Caballeros, me importa mucho salvar mi cabeza.» Habiéndole preguntado qué clase de pruebas de amistad podían esperar del rey de Francia, repuso: «Señores, si necesitáis armas y municiones las tendréis, y si os hace falta dinero contad desde luego con él.» El Comité observó entonces que semejantes ofrecimientos eran de la mayor importancia y que era conveniente saber qué autoridad los hacía; mas el desconocido contestó como la primera vez, que no quería exponer su cabeza, y ya no se pudo obtener otra respuesta de él. Después de esto desapareció el extranjero de Filadelfia y no se le volvió a ver más[184].

El Dr. Holmes, en sus bien escritos *Anales Americanos*, hace una reseña del año 1775 y se expresa de este modo: «Durante este año, en que tuvieron lugar tantos acontecimientos, no faltó materia para entregarse a interesantes y útiles reflexiones acerca de la impotencia de las pasiones humanas cuando se oponen a las inmutables leyes de la justicia y a los decretos de la Providencia. Al principiar el año, Lord Chatham, entre otros patriotas y hombres de Estado de la Gran Bretaña, después de manifestar cuánta era la importancia de la cuestión americana, pronosticando cuál sería su resultado, habló largamente acerca de los conflictos y calamidades que podían esperarse para la nación a consecuencia de la lucha que, provocada por los ministros, iba a empezar bien pronto. «Yo sé, dijo Lord Chatham, que ninguno querrá confesar que aconsejó semejantes medidas al monarca, y que todos se cuidarán de rechazar este cargo; mas preciso es convenir que la idea procede de alguien, y que si el rey continúa dando oídos a semejantes consejeros, se verá en un conflicto. Cierto es que S. M. podrá llevar la corona, pero si falta en ella una de sus mejores joyas, perderá todo su valor. La primera gota de sangre causará una herida que no será fácil cicatrizar aun cuando pase mucho tiempo.» Los ministros persistieron en sus medidas; vertióse la sangre, causando, como dijo el célebre orador, una peligrosa herida, y se perdió la joya de América[185].

La situación de América en aquella época y la crisis por que estaba atravesando, ofrecía al mundo un extraño espectáculo. El pueblo sólo reconocía a un Gobierno local que el monarca denunciaba como usurpador, y las colonias habían levantado un ejército para luchar contra las tropas reales, invadiendo al fin el territorio del rey de Inglaterra. Los hombres que se oponían a las medidas del Gobierno inglés, merecieron el nombre de rebeldes; en los tribunales administrábase aun justicia en nombre del soberano, y se hacían votos por la conservación y bienestar de un príncipe cuya autoridad era ignorada hasta el punto de pronunciarse en abierta lucha contra él. Una parte de los colonos pretendía que sólo era su deseo restablecer el Gobierno real en su primitiva forma, siendo así que el sistema republicano se había introducido ya mucho tiempo antes; y otros muchos, manifestando que sólo querían llegar a cierto punto, empleaban medios que debían conducirles a lo contrario.

Semejante estado de cosas no podía prolongarse mucho tiempo, y bien pronto, comprendiéndose que no había otra alternativa que la *sumisión* o la *independencia*, la opinión pública se pronunció resueltamente en favor de esta última, tanto más, cuanto que éste era en efecto el único recurso que quedaba. Cierto es que se contaban en América muchas personas dignas que no podían avenirse fácilmente con la idea de separarse por completo de una nación con la cual estuvieron siempre íntimamente enlazadas; pero viendo la espada desnuda y dispuesta a herirles, y a los habitantes de las diversas colonias prontos a coaligarse, temieron por otra parte que después de un período de espantosa anarquía, llegara algún César o Cromwell para arrancarles sus libertades y reinar luego sobre ellos despóticamente. Asimismo dudaron de la constancia de sus conciudadanos para llevar a cabo el proyecto de declararse independientes, y ocurrióseles también la duda de si serían mas felices en el caso de conseguir su objeto. Algunos hombres respetables, de puros sentimientos, pero cuyas almas no eran de este temple que se requiere para las revoluciones, se alarmaron en extremo por los atrevidos proyectos de sus compañeros, mas no desconocían que se

---

184 *Vida de Juan Jay*, escrita por su hijo, vol. I, pág. 39.
185 *Anales* de Holmes, vol. II, pág. 236.

contaban muy pocos dispuestos a someterse sin condiciones y sin oponer resistencia alguna. Muchos colonos temían el poder de Inglaterra; otros, movidos por el interés o por la esperanza de obtener favores del Gobierno real, no quisieron tomar parte en la causa común, y no pocos naturales de Inglaterra que hacía un corto tiempo se hallaban establecidos en América y que por lo tanto se inclinaban más en favor de la madre patria, se opusieron por su parte a las medidas del Congreso; mas a pesar de todo, la gran masa del pueblo, que anhelaba la independencia, se mostró unánime en romper los lazos de unión con la Gran Bretaña, y cuando al fin pudo apreciarse el valor de las libertades, fue ya imposible contener a los americanos que estaban dispuestos a emplear todos los medios necesarios para conseguir tan glorioso resultado.

Entre tanto Washington esperaba impaciente delante de Boston, y aunque su mayor deseo había sido tomar alguna medida activa, no pudo hacerlo porque se lo impidieron varias circunstancias. El Congreso, por su parte, temiendo que el jefe vacilara en dar el asalto, por los daños y perjuicios que pudieran sufrir las propiedades que tenían muchos compatriotas en Boston, manifestó a Washington que no se dejara influir por ninguna clase de consideraciones y que obrase del modo que juzgara más oportuno. Era muy importante por todos conceptos el desalojar al enemigo, y el jefe abrigaba la esperanza de que le fuera posible tomar la ciudad por asalto.

Sabíase con seguridad que escaseaban las provisiones en Boston, y por lo tanto Washington, según hemos dicho antes, convocó un consejo de guerra y propuso que se diera el asalto sin más dilación, pero aquel no aprobó la medida, y expuso que sería más conveniente obligar al enemigo a que evacuase la ciudad, ocupando las alturas de Dorchester que dominaban completamente a Boston. Washington consintió en ello con su acostumbrada prudencia y habiéndose resuelto llevar a cabo esta medida hiciéronse los preparativos necesarios bajo la dirección de los generales Ward, Thomas y Spencer, y con ayuda de los cañones cogidos en Ticonderoga y Crown Point, organizóse una poderosa artillería.

Los americanos, dice Botta[186] en su florido estilo, a fin de llamar la atención del enemigo en otro punto, construyeron fuertes baterías en Cobb's Hill, Lechmere's Point, Phipp's Farm y Lamb's Dam, cerca de Roxbury, y después rompieron un fuego tan terrible en la noche del 2 de marzo, que las bombas caían a cada instante dentro de la ciudad. La guarnición se ocupaba incesantemente en apagar el fuego de las casas que ardían, y entre tanto prepráronse los americanos con ardor a tomar posesión de las alturas, auxiliados por varias compañías de milicia que iban llegando sucesivamente para reforzar el ejército. Eligióse la noche del 4 de marzo para la marcha de la expedición, cuyos jefes esperaban que el recuerdo de los sucesos ocurridos el día 5 del mismo mes del año 1770, en que se vertió en Boston la primera sangre de aquellos ciudadanos, excitaría la sed de venganza de los que se mostraban tan resueltos a combatir contra el enemigo común.

En la tarde del 4, hallándose todo ya dispuesto, los americanos emprendieron la marcha con el mayor silencio hacia la península de Dorchester, siéndoles propicia la oscuridad de la noche y favorable el viento, que impedía pudiese llegar hasta el enemigo el rumor de sus pasos, bien que por otra parte las baterías de Phipps Farm y las de Roxbury atronaban el espacio con sus disparos.

Ochocientos hombres componían la vanguardia, a la que seguían varios carros cargados de herramientas para construir trincheras y mil doscientos zapadores al mando del general Thomas. En la retaguardia iban trescientas carretas llenas de faginas y gabiones destinados a cubrir el flanco de las tropas en el paso del istmo de Dorchester, que era muy bajo y por lo tanto podía ser barrido por la artillería de los buques ingleses. Todo salió a pedir de boca, pues no sólo llegaron los americanos a las alturas sin ser molestados, sino que tampoco fueron vistos por el enemigo.

Acto continuo pusiéronse a trabajar con tan prodigiosa actividad, que a las diez de la noche habían construido ya dos fuertes bastante capaces para resguardarse de las descargas del enemigo, uno situado en la altura más próxima a la ciudad, y el otro en la que mira hacia Castle Island (Isla del Castillo). Al fin apareció el día, lo cual no impidió a los provinciales continuar sus trabajos,

---

186 *Historia de la guerra de la Independencia*, por Botta, vol. II, pág. 36.

tanto más cuanto que la guarnición no se movía; pero cuando se disipó por completo la niebla de la mañana, los ingleses divisaron llenos de asombro las nuevas fortificaciones de los americanos.

Al examinarlas el almirante británico, declaró que si no se desalojaba al enemigo de aquella posición, los buques no podrían permanecer en el puerto sin exponerse a una destrucción completa, y que la misma ciudad corría el riesgo de quedar reducida a cenizas, con tanta más razón cuanto que las comunicaciones entre las tropas que guardaban el istmo de Boston y las de la ciudad, iban a ser sumamente difíciles y peligrosas. La artillería de los americanos podría barrer todo el terreno por donde tuvieran que retirarse los ingleses, y de este modo no quedaba más alternativa que desalojar a los colonos de su posición, o evacuar de una vez la ciudad.

El general Howe se decidió por el ataque, tomando en consecuencia las oportunas disposiciones, y entre tanto Washington se preparó a rechazarlo al ver los preparativos del enemigo. Al efecto, perfeccionáronse los atrincheramientos con la mayor actividad, reunióse toda la milicia de las poblaciones vecinas, y se convino en las señales que debían hacerse desde las eminencias que forman una especie de cintura que rodea la playa de Boston, desde Roxbury hasta el río Mistyc. De este modo podrían los americanos trasmitirse las órdenes con rapidez de un punto a otro.

Washington exhortó a sus soldados a que no olvidasen la jornada del 5 de marzo, y no queriendo limitarse a la defensiva, tomó sus medidas para caer él mismo sobre el enemigo, si durante o después de la batalla se presentaba una ocasión favorable para ello. Si los sitiados, como él esperaba, sufrían una completa derrota en el asalto de Dorchester, era su intención embarcar en Cambridge cuatro mil hombres escogidos, quienes, cruzando rápidamente del brazo de mar, podrían aprovecharse del tumulto y la confusión para apoderarse de la ciudad. El general Sullivan mandaba la primera división, el general Greene la segunda, y todos esperaban un ataque como el de Charleston y una batalla semejante a la de Breed’s Hill. El general Howe mandó preparar las escalas para asaltar la fortificación de los americanos, disponiendo al mismo tiempo que Lord Percy se embarcase con un considerable cuerpo de ejército para ir a ocupar la punta opuesta a Castle Island, y entre tanto los provinciales, excitados por el recuerdo de la batalla de Breed’s Hill y por las repetidas exhortaciones de sus jefes, esperaron al enemigo, no sólo sin temor, sino con deseo de llegar a las manos. Desgraciadamente comenzó a soplar el viento con tal violencia que se hizo imposible el paso para las tropas, por cuyo motivo viose obligado el general Howe a diferir hasta la mañana siguiente el ataque, que tampoco pudo realizarse, porque durante la noche estalló una furiosa tempestad que agitó el mar en extremo, y a esto vino a unirse una copiosa lluvia que poniendo el colmo a los obstáculos, obligó al general inglés a permanecer estacionario.

Los americanos, no obstante, se aprovecharon de aquella dilación para construir un tercer reducto y completar las demás obras, en tanto que el coronel Mifflin preparaba un gran número de barriles llenos de piedras y arena para arrojarlos sobre el enemigo e introducir en sus filas la confusión cuando principiara el asalto.

Los ingleses, que habían observado cuidadosamente todas aquellas operaciones, se persuadieron de que su empresa ofrecía dificultades casi insuperables, reflexionando al propio tiempo que el ser rechazados u obtener una victoria tan cara y sangrienta como la de Breed’s Hill, les expondría a un conflicto demasiado grave para los intereses de Inglaterra en América. Aun en el caso de obtener la victoria, debía tenerse en cuenta que la guarnición no era suficientemente numerosa para custodiar la península de Dorchester, al mismo tiempo que la de Charleston y la ciudad de Boston. La batalla y la victoria eran más bien necesarias para salvar la reputación de las armas reales que para decidir la cuestión del momento, y por lo tanto las ventajas no podían compensar los peligros. Además de esto, el puerto de Boston distaba mucho de tener la suficiente capacidad para las futuras operaciones del ejército que se esperaba de Inglaterra, y tanto es así, que el general Iowe había recibido poco tiempo antes instrucciones de Lord Dartmouth, uno de los secretarios de Estado, previniéndole que evacuase la ciudad y se estableciera en Nueva York.

La falta de suficiente número de buques no permitió al general dar cumplimiento a dicha orden, mas teniendo en cuenta todas las consideraciones citadas, los generales ingleses resolvieron abandonar de una vez a Boston.

Esta retirada, sin embargo, ofrecía grandes dificultades, pues los ciento cincuenta trasportes con que se contaba, entre grandes y pequeños, no eran por cierto suficientes para acomodar a los diez mil hombres de la guarnición y a los muchos habitantes que por haber favorecido la causa real no se verían muy seguros permaneciendo en Boston. El pasaje era largo y difícil: con aquellas tropas debilitadas no debía pensarse en hacer un desembarco en las costas, y siendo también peligroso acercarse a Nueva York, aunque esta ciudad se hallase absolutamente indefensa por la parte del mar, pareció a todos lo más oportuno dirigirse al puerto de Halifax, si bien la falta de víveres y lo desfavorable de la estación dificultaba también este viaje peligroso en todo tiempo.

Los vientos que entonces reinaban, soplando del Noroeste, podían arrojar a la flota hacia las Indias orientales, para cuyo viaje no se contaba con suficientes víveres en los buques, y por otra parte, el territorio de Halifax era un país estéril, de donde seguramente no se podrían sacar recursos toda vez que la evacuación de Boston y la retirada a Halifax eran sucesos no previstos por nadie. Por su parte las tropas mostrábanse desanimadas al verse en la precisión de marchar al Norte en vez de permanecer en las provincias del centro o dirigirse a las del Sur; pero a sus generales no les quedaba ya dónde elegir, y como los americanos podían oponer con sus cañones un grave obstáculo al embarque de las tropas británicas, el general Howe deliberó acerca de los medios de obviar aquel inconveniente. Al efecto reunió a los notables de Boston y les manifestó que no necesitando ya el rey conservar la ciudad, estaba resuelto a evacuarla si Washington no se oponía a su marcha. Dicho esto, enseñóles el combustible que acababa de reunir para pegar fuego a la ciudad en un momento dado si los provinciales no le dejaban marchar tranquilo; y al propio tiempo aconsejó a todos que reflexionasen sobre los peligros que resultarían si se daba una batalla dentro de la ciudad, asegurándoles que su intencion era retirarse pacíficamente si no le molestaban los americanos. Dadas estas explicaciones, el general invitó a los notables a que se avistaran con Washington para manifestarle lo que acababan de oír.

Los notables se presentaron inmediatamente al general americano para darle cuenta de la situación de la ciudad, y a lo que parece Washington consintió en las condiciones pedidas, mas no podemos decir cuáles serían los artículos de la tregua porque no se escribieron, aun cuando se dijo que uno de ellos era que los sitiadores dejasen sus municiones de guerra, cosa que, sin embargo, no se puede asegurar. Lo cierto es que las municiones se dejaron, mas ignórase si fue por convenio o por necesidad. Los americanos permanecieron impasibles contemplando la retirada del ejército inglés, pero la ciudad ofrecía un aspecto melancólico, y a pesar de las órdenes del general Howe, no pudo evitarse que reinara una gran confusión y tumulto. Mil quinientos realistas con sus familias y llevando sus efectos de más valor abandonaron apresuradamente aquella ciudad tan querida por ellos, donde por tanto tiempo disfrutaron una envidiable felicidad; los padres que arrastraban pesados fardos, las madres que corrían presurosas hacia los buques con sus hijos en sus brazos, las últimas y tiernas despedidas de los que se iban, la vista de los enfermos, de los heridos y de los ancianos, todo, en fin, contribuía a inspirar la compasión de cuantos presenciaron aquella escena desgarradora.

La posesión de los carros y animales de carga dio también origen a interminables disputas entre los habitantes a quienes pertenecían y los soldados que se empeñaban en guardarlos para sí, y como si esto no fuera bastante, despertóse la animosidad entre los soldados de la guarnición y los de la flota, quienes se acusaron mutuamente de su desgracia, conviniendo al fin todos en achacar aquellos contratiempos a la ingratitud de su país, que parecía haberlos abandonado en aquellas remotas playas para que fuesen víctimas de la miseria y de los peligros. En cierto modo había razón para quejarse, pues desde el mes de octubre, el general Howe no había recibido de Inglaterra ninguna noticia o comunicación que hiciera conocer las intenciones del Gobierno.

Mientras que ocurrían las escenas de que acabamos de hablar, una partida de soldados y marineros, aprovechándose de la confusión, saqueó una porción de tiendas y casas, destruyendo todo lo que no se pudieron llevar, y bien pronto toda la ciudad quedó devastada, temiéndose a cada momento que las llamas consumarían al fin su total destrucción. El 15 de marzo el general Howe publicó una proclama prohibiendo que ningún habitante saliera de su casa antes de las once de la mañana, a fin de que no se interrumpiera el embarque de las tropas que iba a tener lugar aquel mismo día; pero el viento que se levantó impidió la marcha, y a fin de pasar el tiempo volvieron a entretenerse los soldados en el saqueo.

Entre tanto los americanos habían construido un reducto sobre la punta de Nook's Hill en la península de Dorchester, y habiéndola guarnecido bien con su artillería, dominaron por completo el istmo de Boston y toda la parte sur de la ciudad, pudiendo asegurarse que si llegaban a ocupar Noddle's Island, estableciendo también baterías, les sería fácil barrer todo el puerto y oponerse, en caso necesario, al embarque de la guarnición. Toda dilación podía ser peligrosa, y por lo tanto, las tropas británicas y los realistas empezaron a embarcarse el 17 de marzo a las cuatro de la madrugada, y seis horas después hallábanse todos a bordo. Los buques iban sobrecargados de hombres y bagajes, y como escaseasen las provisiones, la confusión llegó a ser mucho mayor. Apenas acababa de salir de la ciudad la retaguardia de los ingleses cuando Washington entró por el otro lado con banderas desplegadas, a tambor batiente y con el aspecto del que acaba de obtener una victoria, siendo recibido por los habitantes con todas las demostraciones de gratitud y respeto que debían a su libertador. La alegría de los habitantes fue tanto mayor cuanto más largos y crueles habían sido sus padecimientos, puesto que por espacio de diez y seis meses tuvieron muchos que sufrir el hambre, la sed, el frío y los ultrajes de una insolente soldadesca que los trataba como rebeldes.

Los artículos de primera necesidad habían alcanzado un precio exorbitante, y tanto es así que muchos se daban por contentos cuando podían adquirir carne de caballo[187], y faltando el combustible, cogiéronse los bancos de las iglesias para hacer leña, y el pueblo llegó a demoler las casas deshabitadas para utilizar la madera. Los ingleses dejaron mucha artillería y municiones, pues se recogieron doscientos cincuenta cañones de diferentes calibres en Boston, Castle, Island y en los atrincheramientos de Bunker's Hill y Neck, a pesar de que al retirarse intentaron destruir o clavar varias piezas, arrojando luego otras al mar, que fueron recobradas. También se encontraron cuatro morteros, una gran cantidad de carbón y ciento cincuenta caballos.

El Congreso acordó unánimemente dar un voto de gracias al comandante en jefe, y dispuso que se acuñase una medalla de oro conmemorativa de la evacuación de Boston, que recordase al mismo tiempo la valerosa conducta de Washington y el aprecio del público. Las tropas británicas se embarcaron para Halifax; pero no sabiendo el jefe americano cuándo se atacaria a Nueva York, envió a dicha ciudad el cuerpo principal de ejército, dejando al general Ward de guarnición en Boston con cinco regimientos. Algunas semanas después de la marcha de Howe llegaron a Boston varios buques ingleses, y como no sabían que la ciudad se hallaba el poder de los americanos, éstos pudieron capturar tres transportes con doscientos cincuenta soldados, que quedaron detenidos como prisioneros de guerra. En uno de los buques se hallaron mil quinientos barriles de pólvora con otras municiones, presa muy conveniente para el ejército en aquella ocasión.

Habiendo dispuesto el Congreso que marchase Lee al departamento del sur, Washington ordenó al general Putnam que se encargase del mando de las tropas en Nueva York, y él mismo llegó a esta ciudad el 13 de abril, trasladándose en mayo a Filadelfia a fin de avistarse con el Congreso y concertar el plan de campaña. Parece que al jefe americano no le satisfizo mucho aquella visita, con tanta más razón cuanto que le disgustaron las diferencias que entonces había en

187 Los comestibles llegaron a estar tan caros en Boston que una libra de pescado costaba doce chelines; un ganso ocho y cuatro peniques, un pavo doce y seis peniques, y un pato cuatro, y así por el estilo. Los vegetales y también las frutas alcanzaron asimismo un precio fabuloso, pues solo un tonel de manzanas costaba treinta y cinco chelines. La leña guardaba la misma proporción y últimamente no podía encontrarse a ningún precio.

el Congreso, más perjudiciales en aquella ocasión, que pudieran serlo en situaciones normales. Después de haber manifestado su convicción de que proclamar la independencia era el único medio de salvación para los colonos, y habiendo obtenido un voto para que se reforzase el ejército de Nueva York con trece mil ochocientos hombres de milicia de las colonias, y otros diez mil procedentes de Pensilvania, Maryland y Delaware para organizar una columna volante, Washington volvió a Nueva York para esperar allí la flota británica y resolver entonces la conducta que debía observarse.

Mr. Sparks nos habla de algunas conspiraciones de los *Tories*, dentro y fuera de Nueva York, de las cuales era el alma el gobernador Tryon. Washington obtuvo del Congreso, después de insistir muchas veces, que se nombrase un Comité secreto para examinar las personas sospechosas, medida algo peligrosa y de grave responsabilidad para cualquier hombre, pero que era preciso llevar a cabo en aquellas circunstancias. Los *Tories* se veían precisados a declararse en uno o en otro sentido en la cuestión del momento; era muy probable que se suscitaran enemistades, pero no podía consentirse que aquellos que aparentaban permanecer neutrales estuviesen auxiliando de una manera encubierta a los enemigos de los patriotas.

Por eso se había dispuesto con la mayor prudencia que la autoridad civil de cada colonia vigilase a los *Tories*, y las Juntas, Asambleas y Comités quedaron autorizados para emplear en dicho servicio, cuando lo juzgasen oportuno, una parte de la milicia del ejército continental. En Nueva York y en Long Island fueron detenidos muchos *Tories*, encarcelados otros, y desarmados algunos por haberse descubierto afortunadamente una vasta conspiración. Los agentes del gobernador Tryon se ocupaban en alistar hombres en el campamento americano, ofreciéndoles grandes recompensas, y tal maña se dieron, que lograron sobornar algunos individuos de la guardia del general, de los cuales uno fue juzgado y ejecutado después de probada su culpabilidad. Una parte del complot consistía en apoderarse de Washington y ponerle a disposición del enemigo[188].

El año anterior a aquel en que tuvieron lugar estos sucesos, New-Hampshire había pedido consejo para saber qué forma de Gobierno debía adoptarse en aquella provincia, y el Congreso recomendó que se sometiese la cuestión al pueblo, y que se estableciera el Gobierno más conveniente para todos hasta tanto que se zanjaran las diferencias con la madre patria. Lo mismo se recomendó a Virginia y la Carolina del Sur, cuyas colonias obraron con arreglo a lo dispuesto, dando un grande impulso a la cuestión de independencia que en aquellos momentos ocupaba la atención de todos. El día 10 de mayo el Congreso acordó unánimemente recomendar a las respectivas Asambleas y Juntas de las Colonias Unidas, donde no hubiera un Gobierno conveniente para dirigir los negocios, que se estableciera otro, que en concepto de los Representantes del pueblo satisficiese a los colonos en particular y a la América en general. En el preámbulo de esta resolución adoptada cinco días después por el Congreso, se declaró entre otras cosas, que era contrario a la razón y a la conciencia que los colonos prestasen el juramento requerido por el Gobierno de la Gran Bretaña, y que se hacía además preciso no reconocer en lo sucesivo la autoridad del monarca, puesto que debía ejercerse en adelante por el pueblo de las colonias, que se cuidaría de mantener la paz y el buen orden, atendiendo a la defensa de sus vidas y libertades contra la hostil invasión y crueles depredaciones de sus enemigos.

La disposición del Congreso se llevó a efecto bien pronto, y como ya hacía algún tiempo que el pueblo estaba virtualmente en el poder, el cambio se hizo sin gran dificultad. Juan Rutledge fue elegido gobernador de la Carolina del Sur, y Patricio Henry de Virginia, y en la primera de dichas colonias se nombró jefe de justicia a Enrique Drayton. Este entendido jurista y ardiente patriota entregó al Gran Jurado en abril de 1776 un informe que terminaba con las siguientes palabras: «Creo de mi deber declarar que en mi concepto los americanos no pueden salvarse sino por el favor del Todopoderoso, por su propia virtud y por su prudencia, no permitiendo que les injurien sus enemigos. Los continuados insultos que recibimos y las sospechas de que somos víctimas, y que

188 *Vida de Washington*, por Spark, pág. 169. Véase también la relación de Mr. Irving sobre este asunto, que ofrece más detalles: *Vida de Washington*, vol. II, pág. 242 a 246.

aumentarán diariamente, son suficientes para demostrar que nunca podrá llevarse a cabo una verdadera reconciliación entre la Gran Bretaña y América, mientras la segunda se halle sometida a la primera. El Todopoderoso creó la América para que fuese independiente de la Gran Bretaña, y no debemos ser ciertamente nosotros los instrumentos que se opongan a que se cumpla el decreto del Altísimo, tanto más cuanto que la América debe prevenirse contra los pérfidos designios de sus enemigos, que envidian ya su prosperidad y su grandeza. El negarnos a contribuir con todas nuestras fuerzas para llevar a cabo la grande obra, es lo mismo que si rehusáramos ser un pueblo grande, libre y feliz. Y ahora, que estáis en la alternativa de elegir entre la felicidad o la miseria, yo ruego al Supremo Árbitro de los destinos del hombre que es ilumine al emitir vuestra resolución para que obréis conforme a su divina voluntad, que se revela en la protección dispensada a los americanos que han vertido ya su sangre en el altar de las libertades.»

Al fin, después de mucho retraso, llegó a Cape Fear en el mes de mayo la escuadrilla al mando de Sir Pedro Parker, y entonces Sir Enrique Clinton, que estaba aguardando con impaciencia, tomó inmediatamente el mando de las tropas, pero como no se podía hacer nada en la Carolina del Norte, resolvióse a intentar un ataque decisivo sobre Charleston. Afortunadamente, por unas cartas que se interceptaron al gobernador Eden, el Congreso tuvo noticia del proyectado ataque y se despachó acto continuo al general Lee para que se encargase de la defensa de dicho punto y del departamento del sur. Apenas empezó a cundir la alarma, dirigiéronse varios regimientos a la ciudad, que de este modo pudo contar con una guarnición de seis mil hombres, los cuales, ayudados por los habitantes y los esclavos negros, trabajaron sin descanso para completar las fortificaciones. Bloqueáronse todos los caminos que conducían al mar, se levantaron barricadas en las calles y se formaron atrincheramientos, adoptándose cuantos medios eran posibles para oponerse a la marcha del enemigo.

El día 4 de junio se presentó en el puerto de Charleston la flota británica, que después de pasar la barra, ancló a unas tres millas de la isla de Sullivan, y entonces el general Clinton envió una intimación a los habitantes, amenazándoles con la venganza de su irritado Gobierno si no se entregaban, y ofreciendo al mismo tiempo una completa amnistía a los que depusieran las armas. La proposición fue desechada, como es de supomer, y Clinton no tuvo mas remedio que proceder al ataque.

La entrada del puerto se hallaba protegida por un fuerte a medio construir, situado en la isla de Sullivan, el cual se había fortificado lo mejor posible, armándole con treinta y seis cañones de gran calibre, y otros veinte y seis más pequeños. Este fuerte estaba construido con *palmetto*, especie de madera esponjosa que amortiguaba los efectos de las balas de cañón, y lo defendía el coronel Moultrie a la cabeza de unos trescientos cincuenta individuos de tropa y alguna milicia. Apoderarse de aquel fuerte fue naturalmente el primer objeto del jefe británico, y a este fin desembarcó un considerable cuerpo de tropas en Long-Island, punto separado tan sólo de la Isla de Sullivan por un estrecho canal, vadeable con frecuencia, dando las órdenes para que se cruzase este último, mientras que la flota comenzaba el cañoneo. Al principio costó no poco el hacer atravesar de nuevo a los buques la barra, y para ello fue preciso quitar los cañones, pero al fin el día 28 de junio pudo formarse en línea toda la flota que hizo un fuego terrible contra el fuerte. Tres de los buques, el *Esfinge*, el *Acteón* y la *Sirena*, recibieron orden para ir a tomar posición hacia el oeste, desde donde se podía enfilar la parte más débil de las obras, interceptando al mismo tiempo los socorros que podían llegar de la ciudad. A salir bien esta maniobra hubiera sido imposible conservar el fuerte, pero felizmente para los americanos los tres buques encallaron en un banco de arena llamado Middle Ground, y aunque dos de ellos consiguieron ponerse a flote con gran dificultad, uno se quemó al otro día. Este afortunado accidente animó a los valientes americanos, aunque en su mayor parte eran reclutas y se hallaban durante algunas horas expuestos al fuego de los ingleses, pues entre una lluvia de bombas y de balas permanecieron tranquilos junto a sus piezas hasta que se acabaron las municiones.

Merece especial mención la heroica conducta del sargento Jasper, quien al ver que una bala acababa de tronchar el asta de la bandera que ondeaba sobre él y sus compañeros, lanzóse a coger el atacador de un cañón, y subiendo al parapeto, izó de nuevo la bandera en medio de una granizada de balas. ¡Gloria al intrépido sargento y a los valientes que estaban a su lado!

El continuado y certero fuego de los americanos obligó a los buques ingleses a desistir de su proyecto, tanto más cuanto que el Bristol, de cincuenta cañones, se incendió dos veces y murió su capitán, en tanto que Lord Campbell, el ex-gobernador, que servía como voluntario, cayó también mortalmente herido. Las tropas intentaron atravesar el canal para atacar el fuerte por el flanco, mas no pudieron conseguirlo a causa de su mucha profundidad, ocasionada por los vientos que soplaban del este. El ataque de los buques había fracasado también, y de este modo los americanos consiguieron introducir socorros y municiones en el fuerte. El combate había durado desde las once de la mañana hasta las nueve de la noche, hora en que los ingleses, viendo que había fracasado su plan y que era por demás obstinada la defensa de los americanos, tuvieron por conveniente retirarse del lugar de la acción. Al día siguiente la escuadrilla se hizo a la vela para ir a reunirse con las fuerzas británicas que se hallaban en la bahía de Nueva York.

Ya se habían dado los primeros pasos en todo el país para proclamar la independencia, y diariamente se reconocía más y más cuán necesario era tomar una medida decisiva para hacer triunfar la causa de los americanos. El día 22 de abril, la Junta de la Carolina del Norte autorizó a sus delegados en el Congreso para que, en unión con las demás colonias, proclamasen la independencia. Según Pitkin, éste fue el primer acto público que tuvo por objeto adoptar semejante medida.

El día 15 de mayo, según dice el mismo historiador, la Junta de Virginia fue aun más lejos, pues por un voto unánime encargó a sus delegados en el Congreso, que propusieran la independencia de las Colonias Unidas, declarándolas libres de toda alianza con la Corona o el Parlamento de la Gran Bretaña. Prevínoles además que convendría tomar desde luego las medidas necesarias para que se confederasen las colonias de la manera más conveniente, y con la condición de que las respectivas legislaturas quedaran autorizadas para formar un Gobierno que se cuidara de la dirección de los negocios públicos. Al propio tiempo se nombró un Comité que se encargase de redactar una declaración de los derechos de las colonias, proponiendo a la vez en qué forma debía organizarse una administración para mantener la paz y el orden en el país, conservando las libertades del pueblo.

El día 10 de mayo la Asamblea general de Massachusetts dispuso que el pueblo de dicha colonia diese sus instrucciones acerca de la independencia a los nuevos representantes que iban a ser nombrados en la próxima elección, y a consecuencia de esto, los habitantes de Boston autorizaron a sus delegados el día 23 de mayo para que manifestasen en el Congreso, que en el caso de creer éste necesario para las Colonias Unidas la proclamación de la independencia podría contar con los habitantes de Boston, que les auxiliarían con sus vidas y fortunas hasta obtener lo que se deseaba.

La Asamblea de Rhode-Island, durante las sesiones que celebró en el mes de mayo, no sólo acordó no reconocer en lo sucesivo alianza alguna con la Gran Bretaña, sino que dio instrucciones a sus delegados en el Congreso para que se adhiriesen a las demás colonias en lo relativo a la adopción de las medidas necesarias para que se confederasen las colonias, a fin de resistir al enemigo, defendiendo los derechos y libertades tanto civiles como religiosas. La Asamblea de Rhode-Island manifestó además que no tendría inconveniente en celebrar tratados con cualquier príncipe, Estado, o potencia, o en recurrir a otros medios que se creyesen conducentes, por los delegados de las Colonias Unidas, para llevar a cabo la realización del proyecto, conservando la primitiva forma de Gobierno en lo tocante a la política interior y a la dirección de los negocios.

Ricardo Enrique Lee, delegado de Virginia, fue de los primeros que suscitaron en el Congreso la cuestión de la independencia pues el 7 de junio de 1776 sometió a la aprobación de la Cámara una proposición en que se declaraba que las Colonias Unidas eran y debían ser Estados

independientes considerándose libres de toda alianza con Gran Bretaña, y debiendo suprimirse las relaciones políticas con la Corona. Esta proposición no se examinó hasta el día siguiente, en que se sometió al debate, siendo de advertir, que como era aquella la cuestión de más importancia que nunca se presentara en el Congreso, se discutió con la mayor energía y elocuencia.

Mr. Lee, autor de la proposición, y Mr. Juan Adams se distinguieron particularmente en apoyarla, y Mr. Juan Dickinson en combatirla, pero el día 10 fue aprobada por la mayoría en el Comité. Los delegados de Pensilvania y Maryland habían recibido instrucciones para oponerse a ella, pero los de las demás colonias ignoraban aun lo que debían hacer, y para dar tiempo a que se reuniesen mayor número de votos, acordóse no resolver hasta el 1 de julio. Entre tanto se formó un Comité compuesto de Mr. Jefferson, Juan Adams, Dr. Franklin, Mr. Sherman, y R. R. Livingston, para que redactase la declaración de la independencia, y en este intervalo se dieron los pasos necesarios a fin de obtener el asentimiento de las demás colonias.

El día 8 de junio los delegados de Nueva York escribieron a la Junta de aquella colonia para que manifestase su parecer en la cuestión de la independencia, que debía tratarse muy pronto en el Congreso; mas aquélla contestó que no se creía suficientemente autorizada para resolver sobre este punto, y que por lo tanto, el pueblo que iba a elegir muy pronto la nueva Junta expondría su parecer.

El día 15 de junio los representantes de New-Hampshire encargaron unánimemente a sus delegados que emitiesen un voto favorable.

El día 14 de junio se convocó en Connecticut una Asamblea especial, y los delegados de aquella colonia recibieron también instrucciones para aprobar la Declaración de la independencia, así como también las medidas que se adoptaran a fin de contraer alianzas con el extranjero, promoviendo la confederación de las colonias.

El día 21 del mismo mes la Junta de Nueva Jersey eligió nuevos delegados que representasen a la colonia en el Congreso general, encargándoles que apoyasen el voto de las Colonias Unidas siempre que lo juzgasen necesario para mantener los justos derechos de América y la independencia del país.

La Asamblea de Pensilvania autorizó igualmente a sus delegados en el Congreso para que en unión con los demás, apoyasen los proyectos de las Colonias Unidas y celebraran con los reinos o Estados extranjeros los tratados que se creyesen necesarios para conservar la libertad, poniendo a salvo los intereses de América, y reservando solo para el pueblo el exclusivo derecho de regular el Gobierno de la colonia y su política interior. «Hacer la felicidad de este país, decía la Asamblea, ha sido siempre desde el principio de esta fatal controversia, nuestro primer deseo; reconciliarnos con la Gran Bretaña el segundo, y hemos pedido a Dios fervorosamente que nos concediese la realización de ambos; pero si hemos de renunciar a una cosa u otra, confiamos que el Supremo Hacedor no nos condenará al llegar al pie de su trono por haber elegido lo que nos aconsejaba ese instinto de propia conservación que Dios en su infinita sabiduría ha concedido a todas sus criaturas.» Como la Asamblea de Pensilvania no autorizaba terminantemente a sus delegados para que apoyasen la proclamación de la independencia, juzgóse oportuno escuchar el parecer del pueblo de dicha colonia antes de que se resolviese la gran cuestión, y con este objeto se reunió una Junta compuesta de comités elegidos por cada condado, los cuales debían conferenciar en Filadelfia el día 24 de julio. Los miembros de esta junta emitieron un acuerdo en el que, así como los representantes del pueblo de Pensilvania, expresaban su deseo de proclamar a las Colonias Unidas, Estados independientes, exponiendo al mismo tiempo que no tomaban esta medida por ambición o por la impaciencia de arrogarse poder alguno, sino porque no era dable tolerar los abusos del rey y del Parlamento, y porque en su concepto no les quedaba otro medio para conservar sus libertades y trasmitirlas a su posteridad.

Aunque los delegados de Maryland se hallaban también dispuestos por su parte a favorecer el proyecto, sus instrucciones no les permitían obrar desde luego; pero merced a su influencia, celebróse otra Junta en dicha colonia, y el 28 de junio los miembros de aquélla, siguiendo el ejemplo de los de Pensilvania, autorizaron a sus delegados para que juntamente con las otras

colonias votasen en favor de la Declaración de la independencia, aprobando cuantas medidas se juzgasen necesarias para conservar la libertad de América. Estas nuevas instrucciones se enviaron inmediatamente a Filadelfia, siendo presentadas al Congreso el 1 de julio, en cuyo día se resolvió al fin la importante cuestión que venía debatiéndose, y todas las colonias, excepto Pensilvania y Delaware, aprobaron la proclamación de la independencia[189].

El Comité encargado de redactar la Declaración la presentó al Congreso tan pronto como Tomás Jefferson la hubo escrito, y después de discutirse y modificarse en varios puntos, fue aprobada por todas las colonias en 4 de julio, en cuya fecha se publicó. El Congreso dispuso luego que se sacara una copia de aquel documento, que firmaron el día 2 de agosto todos los miembros presentes[190] y algunas otras personas que no formaban parte de dicho Cuerpo. El número de firmantes ascendía a cincuenta y seis, y aunque este documento es conocido de todos los verdaderos americanos, su importancia con nuestra historia y el progreso de aquella nación nos imponen el deber de reproducirlo. Es como sigue:

DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA.

Declaración unánime de trece Estados unidos de América en el Congreso reunido.

Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se ve un pueblo en la precisión de disolver los lazos políticos que le unían con otros, para ejercer por sí solo los poderes de que debe hacer uso por el derecho que le conceden las leyes de la naturaleza y del mismo Dios, un sentimiento de respeto y de dignidad le impone el deber de manifestar al mundo qué causas le obligaron a proclamar se independiente.

Para nosotros, son verdades incontestables que todos los hombres nacen iguales; que a todos les ha concedido el Criador ciertos derechos de que nadie les puede despojar; que para proteger éstos se instituyeron con el beneplácito y consentimiento de los hombres los Gobiernos que debían regirlos, y que cuando uno de aquellos llega a ser perjudicial por no defender como debe las libertades de un pueblo, cuidándose de su felicidad, éste tiene derecho para modificarlo o abolirlo, formando otro, fundado en tales principios y organizado de tal modo, que pueda contribuir al público bienestar. La prudencia aconseja ciertamente que no se cambien por pequeñas causas los Gobiernos que cuenten mucho tiempo de existencia, pues la experiencia ha demostrado que los hombres prefieren sufrir, mientras sus males sean tolerables, más bien que alterar las leyes a que están acostumbrados; pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, cometidos invariablemente con el mismo objeto, revela el designio de oprimir a un pueblo despóticamente, éste está autorizado y se halla en el deber de separarse del Gobierno que tal haga, buscando nuevas garantías para su futura dicha y tranquilidad.

Estas colonias han sufrido con paciencia mucho tiempo, mas ha llegado el caso en que se ven precisadas a modificar su primitivo sistema de Gobierno. El rey actual de la Gran Bretaña nos ha inferido repetidos agravios, cometiendo usurpaciones cuyo único objeto era establecer una tiranía absoluta sobre estos Estados, y en prueba de lo dicho sometemos a la opinión pública los hechos que han dado lugar a nuestras repetidas quejas.

El monarca ha rehusado en primer lugar aprobar leyes que eran muy convenientes y necesarias para el bien público.

Ha prohibido a sus gobernadores autorizar otras de la mayor importancia, disponiendo se dejaran en suspenso hasta recibir la sanción de la Corona, después de lo cual se descuidó por completo su promulgación.

Se ha negado a prestar su aprobación a ciertas disposiciones que tenían por objeto poblar grandes distritos, exigiendo que el pueblo desistiera antes del derecho de estar representado en la

189 *Historia civil y política de los Estados Unidos*, por Pitkin, vol. I, pág. 361.

190 Mr. Dickinson fue el único miembro presente que no firmó la Declaración. El que quiera leer el discurso que dicho señor pronunció en contra, y el de Mr. R. H. Lee, en pro, lo encontrará en la *Historia de la guerra de la independencia*, por Botta, vol. II, pág. 87.

legislatura, derecho tan apreciable para nosotros como peligroso cuando se halla a disposición de un tirano.

Ha dispuesto que los cuerpos legislativos celebraran sus sesiones en puntos donde no acostumbraban a reunirse, distantes de su residencia, todo con el único objeto de molestar a los miembros de las Cámaras, para que accediesen a los deseos de los gobernadores.

Ha disuelto repetidas veces las Cámaras de los representantes por haberse opuesto éstas con la mayor energía y firmeza a que se violasen los derechos del pueblo.

Después de la disolución ha prohibido que se formasen nuevas Asambleas, quedando por lo tanto el pueblo sin sus legisladores y expuesto a todos los peligros de una invasión o de las conmociones populares.

Ha impedido el acrecentamiento de la población de estos Estados, alterando las leyes que regían para la naturalización de los extranjeros, negándose a dictar otras para que se propagase la inmigración.

Ha entorpecido la administración de justicia, rehusando aprobar ciertas leyes para establecer la autoridad judicial.

Ha dispuesto que los jueces dependieran únicamente de la Corona, tanto por lo que toca a la provisión de destinos como al pago de los sueldos.

Ha creado una infinidad de cargos nuevos, enviando a estas colonias numerosos oficiales que sólo sirven para esquilmar al pueblo.

Ha dispuesto que en tiempos de paz se mantuvieran en el país ejércitos permanentes, sin el consentimiento de las respectivas legislaturas.

Ha intentado anteponer la autoridad militar a la civil, declarando a la primera independiente.

Ha tratado de someternos a una jurisdicción extraña a nuestras Constituciones, y desconocida por nuestras leyes, aprobando las siguientes medidas:

El acuartelamiento de un considerable número de tropas.

La protección a los criminales que cometiesen delitos en estas colonias, dispensándoles de ser juzgados por nosotros.

La prohibición de comerciar con todas las partes del mundo.

La imposición de contribuciones sin nuestro consentimiento.

La prohibición en muchos casos de que nos juzguen nuestros jurados, disponiendo al mismo tiempo seamos conducidos a puntos lejanos para que se nos forme causa por supuestos crímenes.

La abolición de las leyes inglesas, en una provincia vecina, donde se estableció un Gobierno arbitrario, ensanchando los límites de aquella con el objeto de que pudiese dominar de una manera absoluta a estas colonias.

La supresión de nuestras Cartas y la anulación de nuestras más beneficiosas leyes, después de alterar fundamentalmente la forma de nuestros Gobiernos.

Y por último, la suspensión de nuestras legislaturas, declarando al Parlamento autorizado para dictarnos leyes en todos los casos sin excepción alguna-

El monarca ha renunciado a gobernar en este país, retirándonos su protección para declararnos luego la guerra.

Ha entorpecido la navegación en nuestros mares, y asolado nuestras costas, incendiando las poblaciones y causando la muerte de muchos habitantes.

Actualmente nos envía un numeroso ejército de mercenarios extranjeros para completar la obra de destrucción y tiranía empezada ya, con una crueldad y perfidia de que apenas se hallará ejemplo en las edades más bárbaras, y que son indignas de una nación civilizada.

Ha obligado a nuestros conciudadanos cogidos prisioneros en alta mar, a que hiciesen armas contra su país, convirtiéndolos así en ejecutores de sus amigos y heridos.

Ha provocado disensiones intestinas, tratando luego de armar contra nosotros a los indios, que como es notorio, no tienen más objeto al guerrear que la destrucción completa de sus enemigos.

Al dictarse tan opresoras medidas, hemos recurrido humildemente al trono suplicando se atendiese a las justas quejas de este pueblo; pero nuestras repetidas solicitudes fueron siempre contestadas con nuevos agravios. Un príncipe que por su carácter y sus actos revela el deseo de constituirse en tirano, no debe ser el jefe de un pueblo libre.

Guardando las mayores consideraciones a nuestros hermanos de la Gran Bretaña, les hemos advertido varias veces que su Parlamento quería obtener un injustificable dominio sobre nosotros, recordándoles al propio tiempo las circunstancias que concurrieron en nuestra emigración a este país. Hemos apelado a la rectitud y magnanimidad de esos habitantes, conjurándoles en nombre de muestra mutua amistad a que desaprobaran esas usurpaciones que iban interrumpir inevitablemente la buena armonía en que siempre hemos vivido; pero ellos también se han hecho sordos a la voz de la justicia, y por lo tanto debemos insistir en una separación que ya es de todo punto necesaria, considerándolos en adelante como a los demás hombres, enemigos en la guerra, amigos en la paz.

En vista de lo manifestado, Nos, los representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en el Congreso general, apelando al Supremo Juez del universo, que conoce la rectitud de nuestras intenciones, y en nombre y con la autorización del buen pueblo de estas colonias, declaramos solemnemente que las Colonias Unidas son y deben ser Estados Libres e Independientes y que por lo tanto no están sujetas por compromiso alguno a la Corona británica, debiendo en su consecuencia disolverse los lazos políticos que con ella nos unían. Considerándonos pues Estados Libres e Independientes, tenemos derecho para hacer la guerra, firmar la paz, contraer alianzas, establecer el comercio y tomar parte en todos esos actos a que nos da derecho nuestra cualidad de hombres libres.

En confirmación de lo dicho, y confiando en la protección de Dios, ofrecemos mutuamente nuestras vidas y haciendas para el mantenimiento de la presente Declaración.

* * *

Esto es lo que nuestros padres, «guiados por el Dios que juzga en la tierra» y penetrados de la sagrada misión que se nos confiara para conservar las libertades a sus hijos, se atrevieron a decir y hacer. «Proclamar la libertad por toda la tierra y para todos los habitantes», es el significativo texto de la Escritura, inscrito en la campana de la torre de la Casa de la Ciudad de Filadelfia, campana que repicó alegremente el día 4 de julio de 1776, y ha continuado y continuará haciéndolo un año tras otro por la gracia de Dios hasta la consumación de los siglos.

Juan Adams, el más elocuente abogado que favoreció la Declaración, se expresa del modo siguiente al hablar de este asunto. «El día 2 de julio será el más memorable en la historia de América, y yo opino que las generaciones venideras celebrarán tan fausto aniversario. Ese día debe conmemorarse, porque es el día en que triunfaron nuestras libertades, y es muy justo que se solemnice con la mayor pompa, y que durante él haya gran parada, juegos, carreras, repique de campanas, fuegos artificiales e iluminaciones desde un extremo a otro de este continente. Creeréis que digo esto en un acceso de entusiasmo, pero no es así, pues no se me oculta cuánta sangre y cuántos tesoros nos costará mantener esta Declaración y defender nuestros Estados. Sin embargo, a través de ese horizonte cargado de tempestades creo divisar una aureola de gloria y estoy convencido de que el éxito compensará nuestros esfuerzos para obtener el fin.» Todos los años se celebra en efecto el jubileo, pero no el 2, sino el 4 de julio, que es el día en que nuestros padres publicaron la Declaración de la independencia, jurando solemnemente que en uso de nuestro derecho somos y seremos hasta la muerte *un pueblo libre e independiente*.[191]

Era de todo punto evidente, como hace notar el filosófico Mr. Guizot, que había llegado el día en que el pueblo debía defenderse a sí mismo por la fuerza, no hallando ya en el orden establecido ni seguridad ni protección. Semejante momento es temible porque son desconocidos los sucesos que han de ocurrir, y no hay humana sagacidad que pueda preverlos, ni Gobierno a quien le sea dable reprimirlos; pero ese momento viene sin embargo algunas veces como guiado por la mano de Dios.

---

191 Véase el apéndice II al fin del presente capítulo.

Si al llegar dejara de efectuarse la lucha, si los hombres no se penetrasen de los deberes y sacrificios que a veces les impone la sociedad, hace ya mucho tiempo que la raza humana, sometida a un vergonzoso yugo, habría perdido todo sentimiento de decoro y dignidad.

Piensen lo que quieran algunos acerca de si hemos obrado o no acertadamente al dar semejante paso, es en nuestro concepto indudable que la Declaración de la independencia se hacía, no solamente necesaria, sino también conveniente[192]. Los principios de justicia y de una sana política exigían que la guerra dejara de ser una lucha entre los súbditos y su soberano reconocido, y era muy importante que la posición de nuestros padres conservase toda la fuerza moral de que debían gozar al proclamarse pueblo libre e independiente, resuelto a exponer sus bienes y sus vidas en defensa de las libertades a que tenían derecho desde el momento en que nacieron.

Por muy oscuro que se presentara el porvenir y por muy incierto que pareciese el éxito, nosotros no dudamos que la Declaración de la independencia fuese de todo punto necesaria, y así como los que son verdaderamente amantes de su patria, bendecimos a Dios por haber permitido que se realizara el importante proyecto a que debemos nuestras libertades.

Apéndice al capítulo 14.

I. LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA

Mr. Jefferson la conservado una copia de la minuta original tal como la presentó al Comité y con las correcciones hechas por el Congreso, cuya minuta publicó en su correspondencia, de donde la hemos extractado nosotros.[193]

Declaración de los Representantes de los Estados Unidos de América en el Congreso general reunido.

[Se suprime *general*.]

Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se ve un pueblo en la precisión de disolver los lazos políticos que le unían con otro para ejercer por sí solo los poderes de que debe hacer uso por el derecho que le conceden las leyes de la naturaleza y del mismo Dios, un sentimiento de respeto y de dignidad le impone el deber de manifestar al mundo qué causas le obligaron a proclamarse independiente.

[Aprobado.]

Para nosotros son verdades incontestables que todos los hombres nacen iguales; que a todos les ha concedido el Criador derechos *inherentes* de que nadie les puede despojar; que para proteger éstas se instituyeron con el beneplácito y consentimiento de los hombres, los Gobiernos que debían regirlos, y que cuando uno de aquellos llega a ser perjudicial por no defender como debe las libertades de un pueblo, cuidándose de su felicidad, éste tiene derecho para modificarlo o abolirlo, formando otro, fundado en tales principios y organizado de tal manera, que pueda contribuir al público bienestar. La prudencia aconseja ciertamente que no se cambien por pequeñas causas los Gobiernos que cuentan con mucho tiempo de existencia, pues la experiencia ha demostrado que los hombres prefieren sufrir, mientras sus males sean tolerables, más bien que alterar las leyes a que estaban acostumbrados; pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones *que se empezaron a cometer en una época dada* invariablemente con el mismo objeto revela el designio de oprimir a un pueblo despóticamente, éste está autorizado y se halla en el deber de separarse del Gobierno que tal

192 Mr. Curtis manifestó que la Declaración de la independencia debía ser para siempre un monumento imperecedero debido a la elocuencia de Jefferson y a su talento para excitar las pasiones. Véase la interesante nota que acerca de la Declaración se encuentra en la *Historia de la Constitución*, por Curtis, vol. I, págs. 81 a 88.

193 Tras cada párrafo de la minuta original, presentamos entre corchetes las correcciones hechas por el Congreso. (Nota del editor digital.)

haga buscando nuevas garantías para su futura dicha y tranquilidad. Estas colonias han sufrido con paciencia mucho tiempo, mas ha llegado el caso en que se ven precisadas *a destruir* su primitivo sistema de Gobierno. El rey actual de la Gran Bretaña nos ha inferido *constantemente varios* agravios, cometiendo usurpaciones *entre las cuales no aparece ningún hecho contradictorio que demuestre que no tengan el mismo objeto reconociéndose claramente que el fin que se propone* es establecer una tiranía absoluta en estos Estados, y en prueba de lo dicho sometemos a la opinión pública los hechos que han dado lugar a nuestras quejas, *y de cuya veracidad respondemos con nuestra palabra y nuestro honor intachable*.

[Para nosotros son verdades incontestables que todos los hombres nacen iguales; que a todos les ha concedido el Criador *ciertos* derechos inherentes de que nadie les puede despojar; que para proteger éstos se instituyeron con el beneplácito y consentimiento de los hombres, los Gobiernos que debían regirlos, y que cuando uno de aquellos llega a ser perjudicial por no defender como debe las libertades de un pueblo, cuidándose de su felicidad, éste tiene derecho para modificarlo o abolirlo. formando otro, fundado en tales principios y organizado de tal manera, que pueda contribuir al público bienestar. La prudencia aconseja ciertamente que no se cambien por pequeñas causas los Gobiernos que cuentan con mucho tiempo de existencia, pues la experiencia ha demostrado que los hombres prefieren sufrir, mientras sus males sean tolerables, más bien que alterar las leyes a que estaban acostumbrados; pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones cometidos invariablemente con el mismo objeto revela el designio de oprimir a un pueblo despóticamente, éste está autorizado y se halla en el deber de separarse del Gobierno que tal haga buscando nuevas garantías para su futura dicha y tranquilidad. Estas colonias han sufrido con paciencia mucho tiempo, mas ha llegado el caso en que se ven precisadas *a modificar* su primitivo sistema de Gobierno. El rey actual de la Gran Bretaña nos ha inferido *repetidos* agravios, cometiendo usurpaciones cuyo único objeto era establecer una tiranía absoluta en estos Estados, y en prueba de lo dicho sometemos a la opinión pública los hechos que han dado lugar a nuestras *repetidas* quejas.]

El monarca ha rehusado en primer lugar aprobar leyes que eran muy convenientes y necesarias para el bien público.

[Aprobado.]

Ha prohibido a sus gobernadores autorizar otras de la mayor importancia, disponiendo se dejaran en suspenso hasta recibir la sanción de la Corona, después de lo cual se descuidó por completo su promulgación.

[Aprobado.]

Se ha negado a prestar su aprobación a ciertas disposiciones que tenían por objeto poblar grandes distritos, exigiendo que el pueblo desistiera antes del derecho de estar representado en la legislatura, derecho tan apreciable para nosotros como peligroso cuando se halla a disposición de un tirano.

[Aprobado.]

Ha dispuesto que los cuerpos legislativos celebraran sus sesiones en puntos donde no acostumbraban a reunirse, distantes de su residencia, todo con el único objeto de molestar a los miembros de las Cámaras para que accediesen a los deseos de los gobernadores.

[Aprobado.]

Ha disuelto repetidas veces y *continuamente* las Cámaras de los Representantes, por haberse opuesto éstas con la mayor energía y firmeza a que se violasen los derechos de pueblo.

[Ha disuelto repetidas veces las Cámaras de los Representantes, por haberse opuesto éstas con la mayor energía y firmeza a que se violasen los derechos de pueblo.]

Después de la disolución, ha prohibido que se formasen nuevas Asambleas, quedando por lo tanto el pueblo sin sus legisladores y expuesto a todos los peligros de una invasión o de las conmociones populares.

[Aprobado.]

Ha impedido el acrecentamiento de la población de estos Estados, alterando las leyes que regían para la naturalización de los extranjeros, negándose a dictar otras para que se propagase la inmigración.

[Aprobado.]

Ha *permitido que cese* la administración de justicia en algunos de estos Estados, rehusando aprobar ciertas leyes para establecer la autoridad judicial.

[Ha *entorpecido* la administración de justicia, rehusando aprobar ciertas leyes para establecer la autoridad judicial.]

Ha dispuesto que *nuestros* jueces dependieran únicamente de la Corona, tanto por lo que toca a la provisión de destinos como al pago de los sueldos.

[Ha dispuesto que los jueces dependieran únicamente de la Corona, tanto por lo que toca a la provisión de destinos como al pago de los sueldos.]

Ha creado una infinidad de cargos nuevos, *por su propia autoridad*, enviando a estas colonias numerosos oficiales que sólo sirven para esquilmar al pueblo.

[Ha creado una infinidad de cargos nuevos, enviando a estas colonias numerosos oficiales que sólo sirven para esquilmar al pueblo.]

Ha dispuesto que en tiempos de paz se mantuvieran en el país ejércitos permanentes *y buques de guerra* sin el consentimiento de las respectivas legislaturas.

[Ha dispuesto que en tiempos de paz se mantuvieran en el país ejércitos permanentes sin el consentimiento de las respectivas legislaturas.]

Ha intentado anteponer la autoridad militar a la civil, declarando la primera independiente.

[Aprobado.]

Ha tratado de someternos a una jurisdicción extraña a nuestras constituciones y desconocida por muestras leyes, aprobando las siguientes medidas: el acuartelamiento de un considerable número de tropas; la protección a los criminales que cometiesen delitos en estas colonias, dispensándoles el ser juzgados por nosotros; la prohibición de comerciar con todas las partes del mundo; la imposición de contribuciones sin nuestro consentimiento; la prohibición de que nos juzguen nuestros jurados, disponiendo al mismo tiempo seamos conducidos a puntos lejanos para que se nos forme causa por supuestos crímenes; la abolición de las leyes inglesas en una provincia vecina, donde se estableció un Gobierno arbitrario, ensanchando los limites de aquella con el objeto de que pudiese dominar de una manera absoluta a estos Estados; la supresión de nuestras cartas y la anulación de nuestras más beneficiosas leyes, después de alterar fundamentalmente la forma de nuestros Gobiernos; y por último, la suspensión de nuestras legislaturas, declarando al Parlamento autorizado para dictarnos leyes en todos los casos sin excepción alguna.

[Ha tratado de someternos a una jurisdicción extraña a nuestras constituciones y desconocida por muestras leyes, aprobando las siguientes medidas: el acuartelamiento de un considerable número de tropas; la protección a los criminales que cometiesen delitos en estas colonias, dispensándoles el ser juzgados por nosotros; la prohibición de comerciar con todas las partes del mundo; la imposición de contribuciones sin nuestro consentimiento; la prohibición *en muchos casos* de que nos juzguen nuestros jurados, disponiendo al mismo tiempo seamos conducidos a puntos lejanos para que se nos forme causa por supuestos crímenes; la abolición de las leyes inglesas en una provincia vecina, donde se estableció un Gobierno arbitrario, ensanchando los limites de aquella con el objeto de que pudiese dominar de una manera absoluta a estas *colonias*; la supresión de nuestras cartas y la anulación de nuestras más beneficiosas leyes, después de alterar fundamentalmente la forma de nuestros Gobiernos; y por último, la suspensión de nuestras legislaturas, declarando al Parlamento autorizado para dictarnos leyes en todos los casos sin excepción alguna.]

El monarca ha renunciado a *reinar* en este país, *llamando a sus gobernadores, y retirándonos su alianza y protección.*

[El monarca ha renunciado a *gobernar* en este país, *retirándonos su protección para declararnos luego la guerra*.]

Ha entorpecido la navegación en nuestros mares y asolado nuestras costas, incendiando las poblaciones y causando la muerte de muchos habitantes.

[Aprobado.]

Actualmente nos envía un numeroso ejército de mercenarios extranjeros para completar la obra de destrucción y tiranía empezada ya con una crueldad y perfidia indignas de una nación civilizada.

[Actualmente nos envía un numeroso ejército de mercenarios extranjeros para completar la obra de destrucción y tiranía empezada ya con una crueldad y perfidia *de que apenas se hallará ejemplo en las edades más bárbaras, y que son* indignas de una nación civilizada.]

Ha obligado a nuestros conciudadanos, cogidos prisioneros en alta mar, a que hiciesen armas contra su país, convirtiéndolos así en ejecutores de sus amigos y hermanos.

[Aprobado.]

Ha tratado de armar contra nosotros a los indios, que, como es notorio, no tienen más objeto al guerrear que la destrucción completa de sus enemigos.

[*Ha provocado disensiones intestinas*, tratando luego de armar contra nosotros a los indios, que, como es notorio, no tienen más objeto al guerrear que la destrucción completa de sus enemigos.]

Ha promovido la insurrección y las traiciones entre nuestros conciudadanos, a los cuales confiscó luego sus bienes.

[Aprobado.]

Ha provocado una guerra cruel y sangrienta, violando los más sagrados derechos de la vida y de la libertad entre habitantes de un pueblo lejano que nunca le ofendieron, y a quienes cautivó para convertirlos luego en esclavos, exponiéndolos a sufrir una muerte miserable. Esta guerra de piratas, oprobio del poder constituido, es la que prosigue el rey *cristiano* de la Gran Bretaña, que, resuelto a conservar ese mercado donde se compran y venden los *hombres*, ha faltado a sus promesas al oponerse a cuantas medidas tuvieron por objeto suprimir aquel comercio infame. Y para que nada faltase a este cúmulo de horrores ahora quiere el monarca armar contra nosotros a ese mismo pueblo, a fin de que compre la libertad de que antes le despojara, matando a sus amigos y hermanos. De este modo y atentando contra las *vidas* de pacíficos habitantes, trata de reparar los crímenes cometidos contra las *Libertades* en otra época.

[Aprobado.]

Al dictarse tan opresoras medidas, hemos recurrido humildemente al trono, suplicando se atendiese a las justas quejas de este pueblo, pero nuestras repetidas solicitudes fueron siempre contestadas con nuevos agravios.

[Aprobado.]

Un príncipe que por su carácter, revela el deseo de constituirse en tirano, no debe ser el jefe de un pueblo *que quiere la libertad*. *Las futuras generaciones podrán apenas creer que un hombre tuviese el atrevimiento de fundar, en el corto espacio de doce años, un sistema de opresora tiranía sobre un pueblo que se constituyó bajo los principios de la libertad.*

[Un príncipe que por su carácter, revela el deseo de constituirse en tirano, no debe ser el jefe de un pueblo libre.]

Guardando las mayores consideraciones a nuestros hermanos de la Gran Bretaña, les hemos advertido varias veces que su Parlamento *trataba de extender su jurisdicción a estos Estados*, recordándoles al mismo tiempo las circunstancias que concurrieron en nuestra emigración a este país. *Todo lo hemos hecho a expensas de nuestra sangre y tesoros, sin el auxilio de la riqueza y el poder de la Gran Bretaña, y si bien es cierto que al constituir nuestras diversas formas de Gobierno, adoptamos un rey común para perpetuar los vínculos de unión y amistad con ese reino, no lo es menos que nuestra Constitución no prevenía que nos sometiéramos al Parlamento, ni era*

tampoco nuestra intención hacerlo. Hemos apelado a la rectitud y magnanimidad de sus habitantes, *así como* a nuestra mutua amistad *para que* desaprobaran esas usurpaciones que *podrían* interrumpir la buena armonía en que siempre hemos vivido; pero ellos también se han hecho sordos a la voz de la justicia, *pues cuando, con arreglo a sus leyes, han tenido ocasiones para separar de sus consejos a los que interrumpieron nuestra armonía, les permitieron seguir en el poder por su libre elección. Y como si no bastara con eso, consienten que el jefe del Estado envíe contra nosotros no sólo hombres por cuyas venas circula la misma sangre, sino también mercenarios extranjeros que tienen la misión de destruirnos. Estos hechos han dado el golpe de gracia a nuestro afectuoso cariño, y ahora la dignidad y el decoro nos obligan a renunciar para siempre a esos hermanos desnaturalizados. Trataremos en lo sucesivo de olvidar la amistad de otro tiempo, considerándolos como a los demás hombres, amigos en la paz, enemigos en la guerra. Juntos, hubiéramos podido ser un gran pueblo, pero ya que a ellos no les impulsa el amor a las libertades, dejémosles seguir su camino, mientras nosotros marchamos por el que conduce a la gloria y a la felicidad.*

[Guardando las mayores consideraciones a nuestros hermanos de la Gran Bretaña, les hemos advertido varias veces que su Parlamento quería obtener un *injustificable* dominio sobre nosotros, recordándoles al propio tiempo las circunstancias que concurrieron en muestra emigración a este país. Hemos apelado a la rectitud y magnanimidad de esos habitantes, *conjurándoles* en nombre de nuestra mutua amistad a que desaprobaran esas usurpaciones que iban a interrumpir *inevitablemente* la buena armonía en que siempre hemos vivido; pero ellos también se han hecho sordos a la voz de la justicia, y por lo tanto debemos insistir en una separación que ya es de todo punto necesaria, considerándolos en adelante como a los demás hombres, enemigos en la guerra, amigos en la paz.]

En vista de lo manifestado, Nos los Representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en el Congreso general, en nombre y con la autorización del buen pueblo de estos Estados, rechazamos y renunciamos toda alianza y sujeción a los reyes de la Gran Bretaña y a cuantos reclamaren en su nombre, y por lo tanto suprimimos y disolvemos las relaciones que puedan haber existido con el pueblo y el Parlamento de la Gran Bretaña, declarando por último a estas colonias Estados libres e independientes. *En calidad de tales,* tenemos derecho para hacer la guerra, firmar la paz, contraer alianzas, establecer el comercio y tomar parte en todos esos actos a que nos autoriza nuestra condición de hombres libres.

[En vista de lo manifestado, Nos los Representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en el Congreso general, *apelando al Supremo Juez del universo, que conoce la rectitud de nuestras intenciones, y* en nombre y con la autorización del buen pueblo de estas *Colonias, declaramos solemnemente que las Colonias Unidas son y deben ser Estados libres e independientes, y que por lo tanto no están sujetas por compromiso alguno a la Corona británica, debiendo en su consecuencia disolverse los lazos políticos que con ella nos unían.* Considerándonos, pues, Estados libres e independientes, tenemos derecho para hacer la guerra, firmar la paz, contraer alianzas, establecer el comercio y tomar parte en todos esos actos a que nos da derecho nuestra calidad de hombres libres.]

En confirmación de lo dicho, ofrecemos mutuamente nuestras vidas y haciendas para el mantenimiento de la presente Declaración.

[En confirmación de lo dicho, *y confiando en la protección de Dios,* ofrecemos mutuamente nuestras vidas y haciendas para el mantenimiento de la presente Declaración.]

* * *

Las palabras suprimidas en la minuta original, así como las que luego añadió el Congreso, se indican con letra bastardilla. He aquí los nombres de los miembros que firmaron la Declaración de la independencia.

Presidente.	Juan Hancock
New-Hampshire.	Josías Bartlett.
	Guillermo Whipple.

	Mateo Thornton.
Massachusetts-Bay.	Samuel Adams.
	Juan Adams.
	Roberto Treat Paine.
	Elbridge Gerry.
Rhode-Island, etc.	Estéfano Hopkins.
	Guillermo Ellery.
Connecticut.	Rogerio Sherman.
	Samuel Huntington.
	Jorge Taylor.
	Jaime Wilson.
	Guillermo Williams.
	Jorge Ross.
	Oliverio Wolcott.
Delaware.	César Rodney.
	Jorge Reed.
	Thomas M'Kean
Nueva York.	Guillermo Floyd.
	Felipe Livingston.
	Francisco Lewis.
	Lewis Morris.
Nueva Jersey.	Ricardo Stockton.
	Juan Witherspoon.
	Francisco Hopkinson.
	Juan Hart.
	Abraham Clark.
Pensilvania.	Roberto Morris.
	Jaime Smith.
	Benjamín Rush.
	Benjamín Franklin.
	Juan Morton.
	Jorge Clymer.
	Tomás Nelson.
	Francisco Lightfoot Lee.
	Carter Braxton.
Carolina del Norte.	Guillermo Hooper.
	Juan Penn.
	José Hughes.
Maryland.	Samuel Clase.
	Tomás Stone.
	Guillermo Paca.
	Carlos Carroll de Carrollton.
Virginia.	Jorge Wythe.
	Tomás Jefferson.
	Ricardo Henry Lee.
	Benjamín Harrison.
Carolina del Sur.	Tomás Lynch.
	Arturo Middletom.
	Eduardo Rutledge.
	Tomás Heyward.

Georgia. Button Gwinnett.
Lyman Hall.
Jorge Walton.

II. EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EL 4 DE JULIO DE 1831, POR JUAN QUINCY ADAMS.

La *dependencia* a que estaban sujetas las colonias cuando el Parlamento británico declaró que tenía derecho para dictarles leyes en todos los casos sin excepción, proyectando al mismo tiempo crear ciertos impuestos, era una dependencia fundada tan sólo en pergaminos y proclamas no sancionadas por las leyes de la naturaleza, y que reprobaba la sana razón. Las colonias se sometieron, sin embargo, a ella en tanto que se les permitió disfrutar de los derechos que les correspondían como a súbditos ingleses; pero como la medida adoptada por el Parlamento para sujetarles a un impuesto sin tener representación alguna, era una violación directa de sus derechos, los actos de aquel Cuerpo se discutieron primero con razones y se resistieron luego con la fuerza. Diez años de controversia y uno de guerra civil precedieron a la declaración de que las Colonias Unidas, son y deben ser por derecho Estados independientes, y que por lo tanto han de considerarse libres de compromiso alguno con la Corona Británica, debiendo suprimirse por completo toda clase de relaciones con la Gran Bretaña.»

Las colonias se habían unido antes de la Declaración y también antes de que comenzase la guerra. En dicha Declaración se expuso que las Colonias Unidas eran Estados libres e independientes, pero no que lo fuesen cada una de aquellas hallándose separada de las demás. En la Constitución de Massachusetts se consigna que la entidad política está formada por una asociación voluntaria de individuos, cuyo principal objeto es cuidar que el pueblo sea gobernado por ciertas leyes que produzcan el bienestar y la felicidad de todos. El cuerpo político de los Estados Unidos se formó del mismo modo, por la elección voluntaria del pueblo de las Colonias Unidas, y en la Declaración de la independencia aprobada por todos, se manifestó que aquéllas eran y debían ser por su derecho, Estados libres e independientes. Desde el momento en que se hizo esta manifestación, ningún Estado podía ya separarse de los demás sin faltar a una promesa solemne, puesto que las citadas colonias se habían comprometido por un sagrado juramento a pertenecer unas a otras por un tiempo ilimitado. Las colonias no se proclamaron Estados *soberanos*, como lo prueba el no encontrarse dicha palabra en la Declaración; y muy lejos estaba del ánimo de los que la adoptaron, constituir un Gobierno despótico o absoluto. Las colonias son Estados unidos, libres e independientes, y cada una de estas cualidades es igualmente esencial para su existencia.

En la historia del mundo, éste ha sido el primer ejemplo de que una nación se constituya por sí misma, proclamando por todas partes los principios bajo los cuales se asociaba, derivados de las leyes de la naturaleza. Se ha objetado varias veces que se hicieron muchas abstracciones, pero éste era precisamente su carácter esencial, pues en aquellas se cifraba la justicia de su causa. Sin esas abstracciones, nuestra revolución no hubiera pasado de ser una rebelión armada, llevada a cabo con felicidad. Seguramente que nos daremos por contentos si conseguimos contestar a otras objeciones tan satisfactoriamente como a ésta, no ya por lo tocante a la Declaración de la independencia, sino por lo que respecta a la conducta del pueblo que la proclamó.

La Declaración de la independencia no tuvo por objeto proclamar una libertad nuevamente adquirida, ni establecer cierta forma de gobierno, pues el pueblo de las colonias ya era libre, y su sistema de administración diverso. Todas aquellas podían considerarse como colonias de una monarquía, siendo el rey de la Gran Bretaña su común soberano. Las administraciones interiores eran muy diversas en la forma, y los gobiernos de los propietarios asemejábanse a monarquías hereditarias en miniatura. El de la provincia de Massachusetts-Bay se parece mucho al de la madre patria, así como los de Connecticut y Rhode-Island, revelan ciertas tendencias democráticas; y del mismo modo que los bravos guerreros de la Gran Bretaña descubrieron durante el trascurso de la última guerra que las fragatas de los Estados Unidos eran buques de línea disfrazados, así los

ministros de Jorge III notaron con el mayor asombro, cuando se entabló la lucha entre su país y el nuestro, que las Colonias Unidas americanas eran verdaderas repúblicas. El espíritu del pueblo en todo el país podía en efecto considerarse como republicano, y si antes no se observó cuán absurdo era que hombres constituidos así reconocieran por jefe a una testa coronada, fue porque hasta entonces rara vez se había presentado el monarca en escena.

La Declaración de la independencia anunciaba la separación de las trece Colonias Unidas del resto del Imperio británico, y por lo tanto aquel pueblo podía ya considerarse como una nación independiente, así como también el de las demás colonias, desde el momento en que se declaró libre por boca de sus Representantes. Federico I de Brandeburgo se proclamó rey de Prusia ciñéndose él mismo la corona del mismo modo que Napoleón Bonaparte se coronó con la de Lombardía, titulándose rey de Italia. La Declaración de la independencia fue la corona con que el pueblo de la América Unida, levantándose como un gigante, ornó sus sienes, resuelto a que nadie le despojara de ella mientras el globo esté habitado por seres humanos, y orgulloso conservar ese recuerdo de imperecedera gloria.

La Declaración de la independencia consignaba cuáles eran los derechos y reconocía los deberes de un pueblo independiente, así como las leyes de las demás naciones de la manera que se practican y observan entre los príncipes cristianos. Se consideró que la paz era el estado nomal de los pueblos, y por eso la Confederación ha tratado de conservarla con todos los países menos con la Gran Bretaña. En ninguna colonia se han cambiado las leyes ni introducido alteraciones en la administración interior, no haciéndose sino aquello que exigía nuestra separación de la madre patria. La legislación municipal, los estatutos para regular los derechos e intereses individuales, todo continuó del mismo modo, y así cada colonia separada transformóse en un Estado de la Unión con su propio Gobierno constituido.

LIBRO TERCERO
Desde la Declaración de la Independencia hasta el Tratado de Paz (1776-1783)

1.
Sucesos de la guerra durante el año 1776

Se notifica al ejército la Declaración de la independencia. Cómo se recibió en Nueva York. Situación de los realistas. Política observada por el Congreso. Medidas adoptadas. Se proyecta la defensa de Nueva York. Llegada de las fuerzas británicas al mando del general Howe. Proclama de los comisionados ingleses. Sinceridad de Howe. Ejército americano y sus operaciones en el Canadá. Vigorosos esfuerzos de Carleton. Combate naval en el Lago Champlain. Situación de Washington en Nueva York. Las fuerzas de Howe. Empresas del capitán Talbot. Batalla de Long-Island. Sus fatales resultados. Retirada de Brooklyn. Campamento en las alturas de Harlem. Carta de Washington al Congreso. Howe renueva sus esfuerzos. Expedición de Hale y su muerte. Plan de operaciones de Howe. Conducta reprensible de la milicia. Washington en peligro. Retirada de Nueva York. Gran incendio en esta ciudad. Enfermedades en el campamento, deserciones, etc. Carta de Washington al Congreso acerca de la insuficiencia de sus tropas. Se resuelve reorganizar el ejército. Howe cambia de plan. Retirada de Washington. Batalla de White Plains (Llanuras Blancas). Pérdida del fuerte Washington. Proclama de Howe. Washington continúa retirándose. Los ejércitos se aproximan. Lee cae prisionero de guerra. Lúgubre aspecto de los negocios. Movimiento de los ingleses en Rhode-Island. Algunos escritores censuran la conducta de Howe. Nobleza de Washington.

Washington había previsto muy anticipadamente que en la contienda entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos se terminaría al fin recurriendo a las armas, y fácil es comprender por lo tanto que la Declaración de la independencia le colmó de satisfacción, puesto que merced a ella, la marcha de los negocios dejaba de tener ese carácter anómalo que entorpecía la realización de ciertos planes concebidos por el jefe americano para mantener los derechos y libertades de su país. El día 9 de julio dispuso Washington que a las seis de la tarde se leyese la Declaración de la independencia a cada una de las brigadas del ejército, y en la orden del día, que publicó con este objeto, decíase lo siguiente: «El general espera que este importante suceso servirá de nuevo incentivo a todos los oficiales y soldados para conducirse con lealtad y valor, puesto que la paz y libertad del país dependen ahora sólo del éxito de nuestras armas, y que vuestro jefe tiene amplios poderes para recompensar el mérito y otorgar todos los honores que puede conceder un país libre.»

El pueblo de Nueva York no sólo se entregó a las acostumbradas demostraciones de alegría, sino que, calculando que la estatua de plomo de S. M. Jorge III, que se elevaba en Bowling Green, no hacía allí muy buen efecto, derribáronla y la fundieron luego para convertirla en balas. En todos los puntos de la provincia causó alegría la Declaración, y en prueba de ello hiciéronse procesiones, se repicaron las campanas, hubo fuegos artificiales y se demostró por todos los medios posibles la aprobación popular.

Los negocios habían llegado ya a una situación tan crítica, que era de todo punto necesario que cada uno se pronunciase en un sentido u otro, y que el pueblo, dejando a un lado sus vacilaciones, eligiese entre unirse a los que proclamaron la independencia o pasarse al ejército del rey o del partido invasor, que intentaba someter sin condiciones a sus conciudadanos. Sin que sea

nuestro ánimo discutir aquí los actos y conducta de los realistas en América, es lo cierto que bajo el pretexto de un celo patriótico se cometieron con ellos indignidades odiosas poniéndolos muchas veces en ridículo, y no es de extrañar, por consiguiente, que esto excitase en el más alto grado de deseo de la venganza, como lo probaremos en el curso de nuestra historia. Al mismo tiempo es evi dente que el Congreso y los diversos gobiernos se veían precisados a insistir en que se llevase a cabo la alianza de *todos* sin distinción, por lo cual los que no accedieran o se adhiriesen al enemigo se hallaban expuestos a la confiscación de sus bienes, a la prisión, al destierro y finalmente a la muerte. Antes de la Declaración de la independencia el Congreso declaro: «que todas las personas que viviendo en cualquiera de las Colonias Unidas estuviesen al amparo de sus leyes, debían reconocer éstas considerándose como hijos de la citada colonia, observándose la misma regla con aquellos que no siendo naturales del país, se hallasen en él temporalmente.» Asimismo se declaró «que las personas que reconociéndose aliadas de las Colonias Unidas, promoviesen la guerra en cualquiera de aquellas o se declarasen en favor del rey de la Gran Bretaña u otros enemigos, prestándoles algún apoyo, se considerarían culpables de traición al país.»

Por motivos de política y prudencia no se quería recurrir a los extremos con aquellos que tenían a su cargo los gobiernos populares, mas no obstante algunos deseaban que se adoptasen de una vez serias medidas para despejar la situación, y reconociéndose por todos lo urgente que era consignar las condiciones bajo las cuales se confederaban los Estados, el Congreso dio inmediatamente los pasos necesarios para resolver sobre este asunto. A principios de julio de 1775 el Dr. Franklin sometió a la aprobación de la Cámara ciertos artículos de confederación entre las Colonias, mas, según parece, aquel proyecto no llegó siquiera a discutirse, pues el día 7 de junio se nombró un Comité compuesto de un miembro de cada colonia para que redactase y propusiera una forma de confederación. El proyecto del Comité, formado el 2 de julio, ocho días después de la Declaración de la independencia, se discutió diariamente hasta el 20 de agosto, día en que se presentó otra nueva minuta, y se suspendió por fin el debate hasta abril del año siguiente, porque aquel asunto era por demás espinoso y de difícil resolución, atendido a que se trataba de conciliar grandes y diversos intereses y cuestiones de grave trascendencia.

Washington se hallaba justamente inquieto acerca del estado y medios de defensa de la ciudad de Nueva York, pues su importancia bajo todos conceptos, la influencia de los *Tories*, la casi certidumbre de que el comandante inglés establecería allí su centro de operaciones contra los americanos y otras circunstancias importantes, hacían necesario tomar las más activas medidas. En su consecuencia y bajo la dirección de Putnam, obstruyóse el Hudson y otros ríos, y se construyeron apresuradamente algunos fuertes y baterías, pero el comandante en jefe vio que no era nada fácil poner a toda la ciudad en un verdadero estado de defensa.

A fines del mes de junio, el general Howe, que no encontró suficientemente cómodo el cuartel general de Halifax, llegó a Nueva York y desembarcó sus tropas en la isla de Staten, punto que Washington no creyó conveniente ocupar. El jefe británico fue recibido con la mayor alegría por los *Tories*, y Tryon le aconsejó que pusiera en juego todos los medios posibles para reunir el partido realista.

El día 12 de julio, llegó de Inglaterra el almirante Lord Howe con numerosos refuerzos, y él y su hermano quedaron autorizados para tratar sobre la paz y entenderse con las personas que desearan aliarse de nuevo, poniéndose bajo la protección del rey. El almirante dispuso que se enviase a tierra una carta-circular dirigida al último gobernador de Massachusetts, en la que se ofrecía perdonar a todos cuantos se sometieran, encargando al mismo tiempo que se diese la mayor publicidad posible a esta disposición. Washington remitió inmediatamente la carta al Congreso, el cual dispuso en 19 de julio que se publicara aquel documento en todos los periódicos, «a fin de que el buen pueblo de los Estados Unidos pudiera tener conocimiento de la insidiosa conducta de la corte de la Gran Bretaña y para que los pocos que aun creían en la justicia y moderación del rey se convencieran al fin de que sólo el valor del pueblo podría salvar sus libertades.»

Es indudable que Lord Howe anhelaba sinceramente la paz, y la prueba es que dirigió una nota al Dr. Franklin, a quien conocía personalmente, manifestándole que su mayor deseo era que se arreglasen amistosamente las diferencias entre los americanos y la madre patria. Franklin le contestó cortésmente, lamentándose de haber cruzado inútilmente el Atlántico con objeto de ir a Inglaterra para arreglar la cuestión, y entre otras cosas le decía: «Es imposible que pensemos en someternos a un gobierno que con la más indigna e inconcebible crueldad ha quemado nuestras indefensas ciudades en medio del invierno, excitando luego a los salvajes a que degüellen a nuestros pacíficos ciudadanos y a los esclavos a que asesinen a sus dueños; y que no contento con esto nos envía ahora una banda de mercenarios extranjeros para que inunden en sangre nuestro país. Durante mucho tiempo he trabajado con el mayor celo para evitar un choque con la Gran Bretaña porque sabía que cuando esto llegase a suceder, no podría esperarse ya que volviera a existir esa perfecta unión que constituía la fuerza y la importancia de ambos países. Ya sé que vuestro principal objeto al venir aquí era promover una reconciliación, y por lo mismo creo que al ver que eso es imposible con ninguna clase de condiciones, depondréis ese odioso cargo para desempeñar otro más honroso.»

Viendo los comisionados que por esta parte no conseguían nada, trataron de ponerse en comunicación con Washington, a cuyo fin le escribieron una carta, pero como no estaban dispuestos a reconocer su posición oficial, ocurriósles la duda de cómo pondrían el sobre, pues sabían que el comandante en jefe no toleraba nunca la más pequeña falta en punto a cuestiones de etiqueta, tratándose de asuntos oficiales o del servicio. Los comisionados, deseando al fin obviar la dificultad, escribieron en el sobre de la carta, *a Jorge Washington, etc. etc.*, y la entregaron al ayudante general Patterson para que la llevase a su destino. El portador fue introducido ante el jefe americano, a quien dio el tratamiento de *Excelencia*, y este último le recibió con la mayor política, pero al mismo tiempo con mucha dignidad. El ayudante, después de manifestar cuánto le disgustaba que hubiesen ocurrido dudas sobre el modo de poner el sobre a la carta de que era portador, aseguró a Washington que sus jefes no dejaban de reconocer su categoría, que no había sido su intención rebajar en lo mas mínimo su rango, y que esperaban por lo tanto que no llevaría a mal los *etcéteras*, toda vez que se usaban entre los embajadores cuando no estaban perfectamente convenidas las reglas de etiqueta.

Washington contestó que al escribir una carta dirigida a cualquier persona revestida de carácter oficial, debía especificarse éste en el sobre, a fin de que pudiera distinguirse de una carta privada; que era verdad que los *etcéteras* podían indicarlo todo, así como también podían significar otra cualquier cosa, y que por su parte no consentiría nunca en recibir una carta que tratase de asuntos del servicio, a menos que se especificara en el sobre su rango oficial. Entonces Patterson, mudando de conversación, habló de los prisioneros de guerra; elogió con pomposas palabras la bondad y clemencia del rey, que había elegido como comisionados al almirante y al general Howe: afirmó que su mayor deseo era arreglar las diferencias suscitadas entre ambos pueblos, y acabó por último diciendo que esperaba que el general consideraría aquella visita como el primer paso para obtener el fin apetecido. Washington repuso que no estaba autorizado para negociar; que según era sabido los comisionados sólo tenían el encargo de conceder perdones; que como América no había cometido falta alguna, no los necesitaba, y que su único objeto era defender su derecho.

Patterson, observando entonces que aquel punto ofrecía un vasto campo para la discusión, dio las más expresivas gracias al comandante en jefe por haberle dispensado de la ceremonia de vendarle los ojos al penetrar en el campamento americano, a lo cual contestó aquel invitándole a que almorzase en su compañía para presentarle a los demás oficiales. Después de muchos cumplidos y corteses frases, Patterson manifestó su pesar de que interrumpiesen su negociación el cumplimiento de ciertas formalidades, y despidiéndose de Washington y de los demás oficiales se retiró. Como esta conferencia no tuvo resultado alguno, todos volvieron a pensar en las hostilidades. El Congreso reconoció que sería vergonzoso desistir de la resolución que acababa de tomarse respecto a la proclamación de la independencia; pero temiendo por otra parte que las proposiciones

de Inglaterra ocultasen algún secreto designio, dispuso que se escribiera e imprimiese al pie de la letra la conferencia celebrada entre el comandante en jefe y el ayudante general inglés.

Según ya hemos dicho en otro capítulo, el ejército americano se había retirado de Canadá luchando con las mayores fatigas y padecimientos, y como es natural, su situación inspiraba serios temores al Congreso. El general Schuyler mandaba la división del Norte, teniendo su cuartel general en Albany y Gates, a quien se había concedido el grado de brigadier general, era jefe de las fuerzas del Canadá. Habíase votado un aumento de seis mil hombres con la esperanza de que este último jefe se recuperara en parte de las sensibles pérdidas sufridas el año anterior; pero como a consecuencia de esta medida se resintiera Schuyler, el Congreso dispuso que ambos generales obrasen de consumo, lo cual no impidió que el último jefe presentara su dimisión, que no fue aceptada porque la Cámara manifestó estaba perfectamente satisfecha de su patriotismo y conducta. Como no era ya posible conservar a Crown-Point, las tropas americanas se dirigieron sobre Ticonderoga; pero las enfermedades y la fatiga del camino hicieron estragos en aquellas hasta el punto de que, de los seis mil hombres que llegaron al fuerte, sólo la mitad se hallaban en estado de servicio.

Las fuerzas del general Carleton, incluso los mercenarios alemanes, ascendían a trece mil hombres, muy bien equipados, y que se mostraban ansiosos por perseguir a las debilitadas tropas americanas. En su bien dirigida retirada del Canadá, el general Sullivan se había apoderado de todos los botes que encontrara en el lago, y por consiguiente el general británico no pudo avanzar contra su enemigo, pues las orillas del lago Champlain estaban cubiertas de espesísimos bosques, y no quedando más camino que por el agua, era preciso esperar a que llegasen barcos. Por ambas partes se hicieron vigorosos preparativos antes de comenzar la lucha, pero Carleton tenía la ventaja, y además sus hombres trabajaban con el mayor celo y actividad, esperando triunfar muy pronto de los americanos, para compartir la gloria de haber terminado con buen éxito la guerra. Bien pronto aparecieron en el lago las velas de cinco grandes buques que, procedentes de la Gran Bretaña, se habían traído por tierra desde Montreal a San Juan, y poco después llegó un gran número de cañoneras de San Lorenzo, que fueron conducidas luego por el Sorel hasta muy cerca del fuerte Chambly. Esta formidable flotilla, que se formó como por magia, se componía de unos treinta buques con setecientos hombres de tripulación.

Hacia mediados de agosto los americanos consiguieron reunir una pequeña escuadra que se aumentó luego con diez y seis buques de diverso porte y tamaño, cuyo mando se confió al intrépido Arnold, quien siempre estaba dispuesto a pelear. En vista de la urgencia del caso y no pudiendo pasar por otro punto, fue preciso formar la tripulación de estos buques con soldados del ejército.

Arnold, que reconocía la superioridad de las fuerzas británicas, se apostó prudentemente en un punto situado entre la isla de Walcour y la playa, de modo que no pudiera rodearle el enemigo ni atacarle sino de frente. En la mañana del 11 de octubre aparecieron al fin los ingleses conducidos por el capitán Pringle, que mandaba el *Inflexible* a las órdenes de Sir Guy Carleton, quienes dando la vuelta a la punta de la isla, empeñaron bien pronto con los americanos un desesperado combate que duró por espacio de cuatro horas. Arnold, que se hallaba a bordo del galeón *Congreso*, apuntaba los cañones con su propia mano, animando a sus hombres, poseído como siempre del mayor entusiasmo, y aunque veía caer muertos en derredor suyo a los valientes patriotas, y aun cuando su buque estaba acribillado a balazos, roto el palo mayor y destruidos los aparejos, continuó sin embargo peleando hasta la noche, hora en que aun no se había decidido el éxito del combate.

Uno de los buques americanos se había incendiado, otro se había ido a pique y los demás se hallaban llenos de averías; y como renovar el combate hubiera sido una imprudencia, Arnold y sus oficiales, después de consultarse detenidamente, resolvieron retroceder a Crown-Point, cosa más fácil de resolver que de ejecutar, porque el jefe británico había dispuesto sus buques en línea desde la isla hasta la playa para impedir la retirada del enemigo, hasta que llegando el día siguiente pudiera atacarlo de nuevo. Pero precisamente aquella noche fue sumamente oscura; soplaba una fuerte brisa del Norte, y tan pronto como los marinos ingleses se retiraron a descansar de sus

fatigas, los barcos americanos izaron sus velas y lograron deslizarse entre los buques enemigos, con tan buena suerte que al amanecer se hallaban ya a diez millas de distancia de los ingleses.

A la mañana siguiente Carleton dio orden para que se persiguiera a los fugitivos, y aunque durante el día les fue contrario el viento, pocas horas después consiguieron avistarlos aproximándose mucho a ellos. Algunos de los barcos americanos continuaron su fuga, consiguiendo al fin escaparse, pero el resto de la escuadrilla que se componía sólo del galeón de Arnold y del *Washington*, fue atacado con inusitada furia. El último de estos buques tuvo que rendirse, pero Arnold continuó peleando hasta que la escuadra enemiga rodeó su barco convertido materialmente en una criba. El jefe americano se dirigió entonces hacia la playa, saltó a tierra después de pegar fuego al *Congreso* y huyó con sus hombres a través de los bosques de Crown-Point, escapando casi milagrosamente de una emboscada india. Los americanos habían perdido once barcos, y los ingleses dos o tres lanchas, habiendo muerto unos noventa hombres por cada parte[194].

Carleton se presentó en Crown-Point el día 15 de octubre, y al verle llegar las tropas americanas estacionadas allí pegaron fuego a las casas, y se retiraron a Ticonderoga, donde los generales Schuyler y Gates se hallaban dispuestos a defender la plaza hasta el último extremo. Carleton tomó posesión de Crown-Point, y se propuso atacar a Ticonderoga, pero después de examinar las obras, y reflexionando que la estación se hallaba muy avanzada, retiróse con su ejército para establecer sus cuarteles de invierno en el Sorel.

Vemos pues que una parte del plan de los ingleses, que consistía principalmente en que avanzara Carleton para unirse con las fuerzas de Nueva York, acababa de fracasar por completo; y como por otra parte, no se temía ya peligro alguno en el Norte, dejóse una corta guarnición en Ticonderoga, y la mayor parte de las tropas marcharon en el mes de noviembre a las órdenes de Gates, para reunirse con el comandante en jefe.

Hemos dicho ya en qué estado se hallaban los asuntos en el norte, y por lo tanto trasladaremos al lector a Nueva York, donde era muy crítica la situación de los negocios públicos.

Motivos tenía Washington para estar inquieto sobre su posición, pues veía acercarse el momento de la lucha, y cuando el general Howe desembarcó en la isla de Staten, el jefe americano sólo contaba con diez mil hombres, de los cuales muchos estaban inútiles por causa de las enfermedades. Cierto es que luego se le incorporaron algunos regimienos procedentes de otros Estados, pero aun así, según manifestó en una carta dirigida el 8 de agosto al Congreso, el total de sus fuerzas no pasaba de diez y siete mil hombres, de los cuales tres mil estaban enfermos. A pesar de aquel triste estado de cosas, Washington abrigaba la esperanza de que el enemigo no obtendría muchas ventajas, sino a costa de grandes sacrificios, con tanto más motivo cuanto que poco tiempo después llegaron refuerzos con los cuales ascendió ya el ejército a veinte y siete mil hombres, si bien todos ellos se hallaban en un estado asaz miserable y muy mal disciplinados. Además de esto las rencillas y cuestiones particulares que se suscitaron entre unos y otros, contribuyeron a empeorar la situación. Los aristocráticos hijos del Sur, así como los hombres de otros Estados, miraban con cierta indiferencia, y se daban importancia con los rudos colonos de Nueva Inglaterra, y estos en cambio no dejaban de criticar harto severamente el orgullo e insolentes modales de sus paisanos[195]. Washington se vio al fin precisado a intervenir en el asunto para indicar cuántos perjuicios resultarían de aquellas desgraciadas disensiones, y aquí parécenos oportuno citar sus palabras:

«He sabido con el más profundo sentimiento que se han suscitado diferencias entre las tropas de las diversas provincias, y que se han pronunciado palabras propias tan sólo para irritar los ánimos, perjudicando la noble causa que estamos llamados a defender con nuestros brazos y corazones. Los oficiales y soldados deben tener muy presente que de ningún modo pueden auxiliar mejor a nuestros enemigos que dividiéndose y disputando entre sí, puesto que el honor del ejército, y la salvación de nuestro país, depende sólo de la buena armonía entre unos y otros, debiendo

194 *Historia naval* de Cooper, vol. 1, pág. 75.

195 Un oficial americano escribió a un amigo suyo, diciéndole que en su opinión las tropas de Pensilvania y Nueva Inglaterra se hallaban tan dispuestas a luchar entre sí como contra el enemigo.

recordar que las provincias se han unido para oponerse al enemigo común, y para que desaparezca toda clase de distinciones entre los hijos de América. Conquistar gloria para este país, defendiendo sus libertades, debe ser nuestro único objeto, y el mejor soldado y mejor patriota será aquel que contribuya más a tan honroso fin, cualquiera que sea su grado y la provincia de donde proceda. Así pues, que desaparezca desde hoy en esta noble lucha toda distinción de naciones, países y provincias, sin que nadie piense más que en probar su valor contra el enemigo, y su amistad al hermano. Si después de oír mis palabras hubiese algunos oficiales o soldados que persistiesen aun en su inicuo proceder, mostrándose indiferentes a los principios de dignidad y al amor a su país, yo les aseguro, pues estoy suficientemente autorizado por el Congreso, que castigaré severamente a los culpables, expulsándolos después del ejército.»

Las tropas británicas que el general Howe tenía a sus órdenes formaban un total de veinte y cuatro a veinte y cinco mil hombres, provistos de todo lo necesario, bien disciplinados y persuadidos de que iban a obtener una fácil victoria sobre los rebeldes. Auxiliados también por una numerosa flota, era de esperar que una sola batalla bastaría para destruir a los americanos, pero el jefe inglés y los que le enviaron a América, no sabían que los hombres que luchan en defensa de su libertad, son invencibles por su constancia, su celo y energía.

Y con este motivo creemos oportuno reproducir aquí una o dos páginas de la admirable obrita de Mr. Tuckerman, en las que se bosqueja gráficamente la vida y hechos de uno de nuestros primeros héroes de la escuadra. «El hermoso puerto de esta gran metrópoli, ofrecia entonces un aspecto por demás interesante. Anclada en las aguas de la isla de Staten aparecía la flota británica al mando de Lord Howe, y aun desde lejos hubiera sido fácil a un observador atento divisar claramente los complicados aparejos de aquellos magníficos buques de guerra, cuyos macizos cascos y brillantes cañones, proyectaban su negra silueta sobre las tranquilas ondas donde iban a reflejarse, ya los rayos del sol o la pálida luz del astro de la noche.

»En las alturas de Brooklyn, en la isla de York, y en Paulus Hook, elevábanse las baterías de los americanos, pero aquella bahía, tan animada actualmente, donde pululan un sin fin de vapores, y se ve siempre un bosque de mástiles, era en aquella época muy solitaria, y no ofrecía a los beligerantes una posición muy ventajosa. El silencio que allí reinaba, las densas nubes que de vez en cuando oscurecían las cristalinas aguas agitadas con frecuencia por repentinas brisas, todo en fin contribuía a formar un paisaje propio tan sólo para infundir tristeza a un observador.

»Era evidente que ninguna de las partes contrarias había resuelto aun cómo romper las hostilidades, pues conociendo seguramente cuán importante era salir airoso en el primer ataque, ninguno quería exponerse a una maniobra aventurada. Por otra parte, los americanos necesitaban asegurarse de que sus tropas se hallaban dispuestas a luchar con sus formidables enemigos, y era también preciso que se disipara la especie de vaga inquietud que pudiera haberles inspirado la presencia de aquellas máquinas destructoras, de donde en breve iban a salir torrentes de fuego, de aquellos buques cubiertos de picas y bayonetas, cuyos negros costados contrastaban vivamente con los uniformes rojos de la tropa, agrupada en pelotones junto a las piezas como si esperara ansiosa el momento de hacer jugar su destructora artillería. Para un hombre valiente aquella inacción era por demás fastidiosa, y sin duda por esto, el capitán Talbot, que había obtenido se le confiara la dirección de un brulote, aprovechando un viento favorable, subió por el Hudson y fue a tomar una posición más favorable a sus intentos, cerca del fuerte Washington, a quince millas del punto en que se hallaba antes.

»Por espacio de tres días el capitán estuvo allí aguardando una oportunidad para obrar, y a fe que no podía haber elegido un sitio más poético que aquel. Por un lado íbanse elevando gradualmente las orillas del río cubiertas en toda su longitud de magníficos cedros, cuya densa sombra anunciaba la proximidad de la primavera; en tanto que por el otro destacábanse como otras tantas fortificaciones naturales una infinidad de altísimas rocas grises semejantes a las empalizadas que hubiera podido levantar un ejército. Desde aquel sitio no podía verse morada alguna; el murmullo del agua confundíase con el del viento, y la dulce tranquilidad de aquel paisaje, no

revelaba seguramente los mortales preparativos de la sangrienta escena que acaso iba a ocurrir bien pronto. Pocas horas después de haber anclado el brulote del capitán Talbot, conoció éste cuán acertada había sido su elección, pues tres de los buques ingleses, con objeto de proteger la izquierda de su ejército en caso de necesidad, acababan de abandonar el puerto para ir a ocupar un punto situado entre la embocadura del Hudson y el brulote. En su consecuencia, y habiéndose dado órdenes la tripulación para que se preparase a un ataque nocturno, reunióse una buena cantidad de combustible, trementina y pólvora, y un hombre de la tripulación se comprometió a echarse sobre cubierta con una mecha encendida para pegar fuego en un momento dado.

»A las dos de la mañana, y en el mayor silencio, dirigióse el capitán Talbot con su gente en busca de los buques ingleses. El primero de aquellos era el *Asia*, de sesenta y cuatro cañones, y tan pronto como la tripulación de éste divisó a su enemigo, sin temer peligro alguno y sin dar apenas tiempo a los que dirigían el brulote para lanzar los garfios al buque inglés, rompió éste el fuego, siguiéndose entonces una escena difícil de describir. El profundo silencio que reinaba en aquellos sitios fue interrumpido repentinamente por el estruendo del cañón, por los lamentos de los heridos y por los gritos de cólera de los ingleses, y en un instante, a las densas tinieblas de la noche sucedió un resplandor inmenso que permitió ver el fuerte, los campos y las aguas, tan distintamente como si fueran las doce del día, divisándose también los gigantescos buques de guerra que se apresuraban a ir en socorro del *Asia*, para apagar las llamas del naciente incendio, lanzando al mismo tiempo una lluvia de balas sobre el bote donde se había refugiado el autor de aquel desastre con sus bravos compañeros. Aunque todo aquel espacio se hallaba verdaderamente iluminado por una lluvia de fuego, sólo dos balas tocaron en la barca en que se apiñaban los fugitivos, y en la cual había entrado el último el capitán Talbot, que quiso antes asegurarse del éxito de su empresa. El hombre que dio fuego a la mecha, había saltado el primero en dicha barca donde fue recogido por sus camaradas porque se hallaba en un estado lamentable. Toda su ropa estaba consumida, tenía la piel abrasada desde la cabeza a los pies y había perdido completamente la vista.

»Viéndole en tan triste estado, sus compañeros, después de desembarcar, le condujeron cuidadosamente a través de los solitarios bosques hasta llegar a un pequeño caserío; pero al ver al herido, los muchachos que allí se encontraban comenzaron a dar tales gritos que en ninguna parte quisieron abrir la puerta, hasta que al fin una pobre y anciana viuda ofreció hospitalidad a los marinos, facilitando una manta para que se recostase aquel pobre hombre. Por fortuna, algunas horas después, pasaron por allí dos oficiales americanos, el general Knox y el Dr. Eustis, y habiendo tenido conocimiento del hecho, acercáronse a visitar a su paisano. El doctor consiguió bien pronto mitigar las dolencias del herido, el cual, aunque privado algún tiempo de la vista, pudo trasladarse pronto a Hackensack para terminar su convalecencia.

»Entre tanto el *Asia* consiguió a costa de grandes esfuerzos salir de la peligrosa situación en que se hallaba, pero aquella atrevida empresa de que estuvo a punto de ser víctima, alarmó tanto a los ingleses y de tal modo les hizo perder su confianza, que levaron anclas inmediatamente y fueron a reunirse con el resto de la escuadra. Aquel suceso reanimó las esperanzas de los americanos así como hizo concebir inquietudes a los ingleses, y tal fue su influencia, que el Congreso resolvió el día 10 de octubre siguiente dar un voto de gracias al capitán Talbot, recomendándole especialmente al comandante en jefe, después de haberle concedido el grado de mayor. He aquí en qué forma se dictó el acuerdo:

»Diez de octubre de 1777.—Hemos resuelto que el capitán Silas Talbot, del Estado de Rhode-Island, sea promovido al grado de mayor del ejército de los Estados Unidos, en consideración a su mérito y servicios que prestó en una atrevida empresa que tenía por objeto incendiar uno de los buques enemigos. Al mismo tiempo deseamos que se le recomiende al general Washington, para que lo destine convenientemente según su nuevo grado[196].»

Como Washington esperaba que el ataque se haría por la parte de Rhode Island, tomó sus medidas en consecuencia, y por su parte el general Greene, que había estudiado cuidadosamente el

196 *Vida de Silas Talbot, comodoro de la escuadra de los Estados Unidos*, por Enrique Tuckerman, págs. 22-30.

terreno, mandó levantar a toda prisa algunas fortificaciones desde la bahía de Wallabout, al norte, hasta Gowanus-Cove, al sur, y nueve mil hombres a las órdenes del general Sullivan, se acamparon después en Brooklyn. A unas dos millas y media, en frente de los atrincheramientos y reductos, había unas alturas cubiertas de espeso bosque, que extendiéndose desde el sudoeste al noroeste, formaban a través de la isla una barrera natural, cruzada por tres caminos: uno a la izquierda, que conducía desde Bedford y Bedford-Hills al pueblo de Jamaica; otro central que iba a parar a Flatbush y el último, situado a la derecha, que desembocaba por Gowanus-Cove en Narrows y Gravesend-Bay. Por desgracia, el general Greene se vio atacado en el mes de agosto por una violenta fiebre, razón por la que recayó el mando en el general Putnam, cuya falta de conocimientos del terreno fue causa de que no dejase suficientemente protegido el camino de Jamaica, dando esto lugar a que el jefe inglés hallase una ocasión propicia para atacar a los americanos de frente y por la retaguardia al mismo tiempo. A causa de la confusión y falta de disciplina, no se cumplieron con exactitud las órdenes que se habían dado para guardar los caminos, y a esto se debió principalmente que los ingleses obtuvieran una ventaja que acaso de otro modo no hubiesen conseguido.

Las tropas británicas, en número de diez mil hombres, con cuarenta piezas de artillería, desembarcaron en Long-Island el día 26 de agosto e hicieron sus preparativos para dar un vigoroso asalto. En frente del centro de las alturas se hallaba el general De Heister, con las tropas de Heese; el ala izquierda, al mando del general Grant, debía atacar el camino bajo, y entre tanto el general Clinton, apoyado por el Conde Percy y el general Cornwallis, avanzaría a la cabeza del ala derecha hacia el camino de Jamaica que se hallaba muy mal custodiado, con el objeto de atacar a los americanos, colocarlos entre dos fuegos y cortarles toda retirada. Aquel hábil plan de operaciones salió demasiado bien por desgracia de los patriotas. A eso de las nueve de la noche del día 26, la división de Clinton, guiada por un Tory de Long-Island, atravesó el estrecho sendero que hay cerca del pueblo de New-Lots, llamado Shoemaker’s Bridge (Puente del Zapatero), donde según se dijo, un solo regimiento hubiera bastado para impedir que pasasen los ingleses, y habiéndose sabido por un prisionero que el camino de Jamaica no estaba guardado, apresuráronse los ingleses a tomar posesión de él, así como también de Bedford. Por su parte el general Sullivan ignoraba completamente que Clinton hubiese salido de Flatlands.

El general Grant, aquel fanfarrón que en la Cámara de los Comunes había dicho que los americanos no podrían pelear, avanzó por su parte a media noche por el camino bajo, y de este modo pudo aproximarse a las tropas mandadas por el general Stirling, mientras que al romper el día, De Heister atacaba a las tropas americanas que a las órdenes del coronel Hand, se hallaban apostadas en la cresta de las colinas. Al mismo tiempo uno de los buques seguía cañoneando el fuerte de Red-Hook, evidentemente con la intención de distraer al enemigo para que no notase lo que estaba pasando en la izquierda; pero tan pronto como se notaron las señales que hacía Clinton con sus disparos, dicho buque avanzó rápidamente para tomar parte en el ataque, y forzando los pasos sin mucha dificultad, sorprendió a los americanos con sus andanadas.

Entonces Clinton, marchando con la mayor rapidez a través de Bedford, cayó sobre el flanco izquierdo de las tropas americanas,que cogidas así entre dos fuegos tuvieron que rendirse la mayor parte. Los patriotas, no obstante, lucharon por algún tiempo con la mayor bravura, o mejor dicho, con el valor de la desesperación; unos se vieron cercados por la caballería, otros fueron víctimas de las bayonetas de los soldados de Hese, y no pocos, en fin, vendieron caras sus vidas defendiéndose entre las rocas o entre los árboles. Puede decirse que aquella fue una escena de espantosa carnicería, donde por algunas horas no se oyó más que el estruendo de las armas, el rudo galopar de los caballos, el estampido de los cañones y la fusilería, y el siniestro toque de los clarines. Algunos americanos pudieron a costa de heroicos esfuerzos atravesar peleando las líneas del enemigo y otros pudieron refugiarse en las colinas; pero como ya hemos dicho antes, la mayor parte fueron muertos o prisioneros, hallándose entre estos últimos el general Sullivan.

El cuerpo de ejército que mandaba Stirling se sostuvo contra las fuerzas de Grant, quien aguardaba la señal de Clinton para rigorizar el ataque. Conociendo en qué peligro se hallaba,

Stirling quiso retirarse al campamento, pero habiéndole salido al encuentro Cornwallis y sus granaderos, no pudo conseguir su objeto. Siguióse entonces una desesperada y sangrienta lucha en la que perecieron mas de doscientos cincuenta hombres, y si bien una parte de las tropas consiguió efectuar su retirada a través de Gowanus-Creek, Lord Stirling quedó prisionero. Washington, que había presenciado el ataque desde una colina cercana, elevó sus manos al cielo exclamando con acento de angustia: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡cuántos valientes pierde en este día mi ejército!»

La victoria de los ingleses fue completa, sin que perdieran más de cuatrocientos hombres, en tanto que los americanos, entre muertos, heridos y prisioneros, tuvieron lo menos dos mil bajas[197]. Washington esperaba que el enemigo procediera inmediatamente a destruir las fortificaciones, y caso de haberlo hecho así, es probable que el resultado hubiese sido desastroso; pero el jefe británico, conteniendo el ardor de sus tropas, y acampando delante de las líneas americanas, hizo sus preparativos para regularizar los aproches. Ya sea que el general Howe temiese las consecuencias de atacar a una gente desesperada, o bien porque supusiera que con el auxilio de los buques no podría escaparse el enemigo, ello es que prefirió suspender por entonces la lucha para abrir trincheras. Por espacio de dos días estuvo lloviendo incesantemente, y si entonces los buques ingleses hubieran avanzado por East-River (río oriental), estacionándose luego entre Brooklyn y Nueva York, es probable que no se hubiese salvado el campamento; mas por fortuna un fuerte Noroeste impidió a los ingleses hacerlo así. Los momentos eran preciosos, pues un repentino cambio de viento cortaría toda retirada, tanto más cuanto que Clinton se preparaba a enviar parte de su ejército a través de Sound, para amenazar a Nueva York, y en su consecuencia, Washington reunió el consejo de guerra, en el cual se resolvió retirarse de una vez con las tropas, fijándose para el embarque la hora de las ocho de la noche del 29 de agosto. Habíanse hecho todos los preparativos necesarios y las tropas se hallaban dispuestas a marchar, pero la fuerza del viento por una parte, y el reflujo de la marea por otra, retrasó la marcha algunas horas, pareciendo que todo se conjuraba para frustrar la empresa. En aquellos momentos el enemigo trabajaba tan activamente en los aproches, y hallábase ya tan cerca, que se oían distintamente los golpes de los picos y azadas, si bien este ruido convenía mucho para que no se oyese el movimiento de los americanos que marchaban con el más profundo silencio. A eso de las dos de la mañana, extendióse por la atmósfera, envolviendo enteramente a Long-Island, una densa niebla que impedía distinguir los objetos, y como quiera que también cambiase el viento, los soldados se lanzaron a los botes y consiguieron trasladarse a la opuesta orilla. Todo se hizo con tan buena fortuna que la mayor parte de la artillería, juntamente con los caballos, las provisiones y otros muchos efectos, fueron trasladados a Nueva York sin contratiempo alguno. Washington, que por espacio de cuarenta y ocho horas no se había apeado del caballo ni cerrado los ojos, por más instancias que se le hicieron, rehusó entrar en el bote hasta que estuvieran embarcadas todas las tropas y él fue el último que atravesó el río[198].

Después de haber dejado una fuerza considerable en Nueva York, Washington acampó con el cuerpo principal de ejército en las alturas de Harlem, al extremo norte de la isla, disponiendo también todo lo conveniente para retirarse al condado de Weschester si llegara a ser necesario. Los ingleses se habían posesionado ya de Long-Island; hallábanse los buques de guerra anclados a un tiro de cañón de la ciudad, y Howe seguía haciendo sus preparativos para continuar el ataque contra las derrotadas tropas americanas.

Profundamente disgustado el comandante en jefe, dirigió al Presidente del Congreso en 2 de septiembre la siguiente carta: «Nuestra situación es verdaderamente desesperada; la derrota del 27 ha desanimado mucho a nuestras tropas, inspirándoles tanto temor como inquietud. La milicia, en vez de sacar fuerzas de flaqueza para oponer una vigorosa resistencia a fin de reparar nuestras pérdidas, se muestra intratable e impaciente por volver a sus casas, y muchos hombres se han

197 Marshall discute muy hábilmente acerca de la pericia de Washington en lo tocante a la defensa de Long-Island. Véase la *Vida de Washington*, vol. I, págs. 92-94.

198 Mr. Irving, al hablar de este hecho, explica de qué modo se consiguió que la retirada de Washington y sus tropas no llegase a conocimiento de los ingleses hasta la mañana siguiente. Véase la *Vida de Washington*, vol. II, páginas 334-335.

marchado ya, habiendo llegado el caso de que se vayan a un tiempo compañías enteras, y hasta regimientos. Esta sola circunstancia, independientemente de otras cuando hay que luchar con un enemigo formidable que cuenta con fuerzas superiores es ya de por sí bastante enojosa; pero cuando este ejemplo es causa de que se desmoralice el resto de las tropas que carecen de disciplina y de la necesaria subordinación, sin la cual no puede sacarse el menor partido un ejército, nuestra situación se hace mucho más alarmante, y con el más profundo sentimiento debo confesar que no tengo la menor confianza en la generalidad de las tropas.»

Howe, que suponía, no sin razón, que la derrota de los americanos en Long-Island les causaría una impresión profunda, envió a Filadelfia al general Sullivan, quien como hemos dicho fue hecho prisionero, para ofrecer al Congreso la renovación de un tratado de paz, encargándole al propio tiempo manifestase que deseaba conferenciar privadamente y como caballero con algunos miembros de la Cámara, toda vez que no le era posible reconocer su posición oficial. Después de haber deliberado largamente el Congreso sobre este punto, resolvió enviar un Comité para que se avistara con Lord Howes, y en cumplimiento de esta disposición Franklin, Juan Adams y Eduardo Rutledge marcharon como diputados a la isla de Staten, para oír a Lord Howe. La conferencia se celebró el 11 de septiembre, pero el resultado fue el mismo que se esperaba, porque los jefes británicos no tenían autorización para hacer cosa alguna, no mediando la sumisión a la Corona y por su parte los delegados del Congreso no podían ni querían aceptar condiciones por las cuales dejara de reconocerse la independencia de los Estados Unidos.

No habiéndose conseguido nada con las negociaciones, hacíase preciso prepararse de nuevo a las hostilidades; pero el estado de los negocios era tan crítico, que acaso ninguno, excepto Washington, se hubiera atrevido a seguir adelante con la empresa en vista de las numerosas dificultades y obstáculos que por todas partes le rodeaban. El carácter de la lucha era tal, que apenas podía sostenerse ésta sin llevar a cabo alguno de esos brillantes hechos de armas que son necesarios para reanimar el espíritu público, excitando el entusiasmo del país; y con sus desorganizadas fuerzas no podía esperar Washington vencer al enemigo en una batalla decisiva. Lo único a que podía aspirar era a entorpecer la marcha de los ingleses, cortando las comunicaciones y haciendo lo posible para que no adelantasen, lo cual parecía más prudente que buscar inevitables derrotas o victorias imposibles. Hasta que ocurrió el desastre de Long-Island, lisonjeábanse los americanos de que el éxito favorecería constantemente sus armas, y aquel exceso de confianza hizo que fuese más amargo su desengaño. Al principio creyeron que el valor sin la disciplina lo haría todo, mas luego se convencieron de que se necesitaban ambas cosas, y esto desanimó a la milicia, induciéndola a volver a sus casas, abandonando sus banderas por compañías y hasta por regimientos.

Habiendo terminado Howe sus aproches a Nueva York, era lo más importante para Washington averiguar cuáles serían los planes del enemigo, a fin de contrarrestarlos en lo posible, y en su consecuencia, encargó al bravo coronel Knowlton que escogiera un hombre a propósito para el objeto. Knowlton llamó a sus oficiales, y habiéndoles manifestado lo que deseaba el general, ofrecióse inmediatamente a prestar sus servicios un tal Nathan Hale, natural de Connecticut, educado en el colegio de Yale, joven de finos modales y poseído sobre todo del más ardiente entusiasmo por la causa de su país. Después de la batalla de Lexington había obtenido una comisión en el ejército, y al desempeñarla, dio pruebas de que podría ser un excelente oficial. Sin hacer aprecio de las observaciones de sus amigos, Hale aceptó sin vacilar la peligrosa misión de que le encargó Washington, y hacia mediados de septiembre dirigióse a Long-Island, atravesó el campamento del enemigo y obtuvo los informes que se necesitaban; pero cuando trataba de volver, cogiéronle prisionero y le enviaron a Sir Guillermo Howe. Hale confesó a lo que iba sin el menor escrúpulo, y reconocido como espía, diose orden el 21 de setiembre para que le ahorcaran a la mañana siguiente. El preboste Cunningham trató al acusado con la mayor brutalidad y dureza, pues le negó el auxilio de un sacerdote, y hasta el uso de la Biblia, destruyendo después las sentidas cartas que escribiera a su madre y hermana antes de morir. El preboste se excusó de esta última crueldad alegando que no quería que supieran los rebeldes que uno de los suyos tenía tanta firmeza.

Desconocido y sin amigos, el joven Hale sufrió la muerte valerosamente, y sus últimas palabras fueron: «Sólo siento no tener más que una vida para sacrificarla por mi país.»[199]

Pronto se supo cuál era el plan formado por el general Howe, quien no creyendo conveniente bombardear a Nueva York, por encontrarse allí muchos de sus partidarios, envió varios buques por los ríos del norte y oriente, y dio orden para que, protegidos por el fuego de los cañones, desembarcasen sus tropas el día 15 en Kip's-Bay, a unas tres millas de distancia de la ciudad. En aquel punto se habían hecho algunas obras para resistir al enemigo hasta que llegasen nuevos socorros; mas apenas saltaron en tierra los ingleses, sintiéronse sobrecogidas de un pánico las tropas allí apostadas y huyeron apresuradamente, comunicando su terror a las dos brigadas de Connecticut, que a las órdenes de Parson y Felow acababan de llegar hacía poco, por haberse recibido la noticia del proyectado desembarque.

Precisamente en aquel crítico momento llegaba Washington rápidamente, y al ver el vergonzoso desorden y confusión de su gente, trató de reunir a la aterrada milicia, pero todo fue en vano, pues sus esfuerzos no bastaron para evitar la ignominiosa fuga de su tropa. En un transporte de indignación y de cólera, Washington arrojó su sombrero al suelo exclamando: «¡Estos son los hombres que me dan para que defienda las libertades de América!» Así diciendo apuntó sus pistolas a varios de los fugitivos, y sacando luego su espada para contener a los que pasaban a su lado, acercóse tanto al enemigo que fácilmente se le hubiera podido coger prisionero, pero uno de sus ayudantes de campo se apoderó entonces de las riendas del caballo del jefe y le hizo abandonar aquel sitio peligroso. Actos como aquel eran suficientes para dará conocer hasta qué punto se excitaba la vehemencia de Washington en los momentos mas críticos[200].

Diéronse entonces inmediatamente órdenes para evacuar la ciudad de Nueva York de una vez, y como la retirada se hizo apresuradamente, esto ocasionó algunas pérdidas, porque hubo que abandonar al enemigo toda la artillería pesada y una considerable cantidad de municiones y otros efectos de guerra. A no haber sido porque los ingleses tuvieron que detenerse en Murray Hill hasta que llegasen nuevos refuerzos, es casi seguro que todas las tropas americanas a las órdenes de Putnam habrían sido completamente derrotadas por el enemigo. Bien puede decirse que esta circunstancia, según manifestó también el coronel Grayson, fue la que salvó al ejército americano.

Las tropas reales entraron inmediatamente en la ciudad, donde fueron recibidas por los *Tories* con el mayor entusiasmo. El resentimiento entre los dos partidos contrarios que luchaban en Nueva York había llegado ya a su colmo, y prueba de ello fue el suceso ocurrido algunas noches después. El 21 de septiembre, precisamente el día en que Hale llegó a Nueva York, estalló en la ciudad a las altas horas de la noche, un terrible incendio que a causa de la fuerza del viento. se propagó en breves instantes con alarmante rapidez. Más de mil edificios, incluso la iglesia de Trinidad[201], fueron pasto de las llamas, y a no ser por los esfuerzos de los soldados y marineros, es muy probable que toda la ciudad habría sido destruida. Al comentar este suceso, díjose que los hijos de la libertad eran los incendiarios, y que habían hecho aquello con el fin de obligar al ejército a que se retirase. Los soldados ingleses arrojaron a las llamas a varias personas que se sospechó eran culpables.

Pocos días después Washington tuvo la satisfacción de ver conducirse valerosamente a las mismas tropas que de una manera tan vergonzosa habían abandonado el campamento de Kip's Bay, pues en una escaramuza ocurrida el día 16, después de haberse posesionado los ingleses de Nueva York, un destacamento, al mando del coronel Knowlton, apoyado por las tropas del mayor Leitch,

199 Véase la interesante obrita titulada *Vida del capitán Nathan Hale*, el mártir de la revolución americana, por W. Stewart, pág. 230.

200 Según Mr. Irving, el general Greene escribió a un amigo suyo, diciéndole lo siguiente: «Por la vergonzosa conducta de la milicia que huyó tan pronto como aparecieron las avanzadas del enemigo, tuvimos que efectuar una miserable retirada de Nueva York. Las brigadas de Felow y de Parson se pronunciaron en precipitada fuga delante de cincuenta hombres, dejando a S. E. en el campo a unas ochenta varas del enemigo. Encolerizado nuestro jefe ante el villano proceder de sus tropas, sólo pensó entonces en buscar la muerte.»

201 Véase la *Historia de la iglesia de Trinidad*, por el Dr. Berrian, págs. 144-145.

encontró al enemigo y lo rechazó con sin igual denuedo, costando no poco trabajo obligar a los americanos a que suspendieran la lucha. Esta victoria costó sin embargo muy cara, pues tanto el mayor Leitch como el coronel Knowlton quedaron mortalmente heridos. Al hablar de este último, dijo Washington: «que era un hombre que hubiera honrado a cualquier país.» Este encuentro influyó favorablemente en el ejército americano.

Como Washington se hallaba perfectamente atrincherado en las alturas de Harlem, el general Howe no creyó prudente atacarle y permaneció quieto en las llanuras por espacio de tres semanas[202]. Sin embargo, en el campamento americano comenzaron a reinar bien pronto las enfermedades, y como se carecía de un hospital a propósito, los soldados se veían en la precisión de acomodarse lo mejor posible en los pajares, en los establos y hasta en las orillas del camino. Tanto por esto como por otras circunstancias, hiciéronse al poco tiempo muy frecuentes las deserciones, notándose una escandalosa tendencia a desobedecer las órdenes de los jefes y a cometer varios excesos. No es extraño, pues, que el comandante en jefe se mostrase sumamente inquieto por el porvenir, con tanta más razón cuanto que el ejército, alistado por un año, se hallaba en vísperas de cumplir el tiempo de servicio, lo cual hizo reflexionar de nuevo a Washington sobre aquel fatal sistema de enganches, gracias al que las veteranas tropas del enemigo sólo tenían que luchar con una milicia bisoña.

Robando algunos momentos a las horas que dedicaba al sueño, Washington escribió en la noche del 24 de septiembre una enérgica y admirable carta al presidente del Congreso, demostrando de una manera concluyente la insuficiencia, la confusión y los contratiempos que acarreaba la mal entendida organización del ejército. Después de indicar el único remedio que podía aplicarse, el jefe terminaba su carta con estas palabras: «No hay en el mundo situación más miserable que la de un hombre que como yo se haya encargado de un ejército compuesto de tropas indisciplinadas y que carecen de todo lo necesario. Las dificultades de que me he visto rodeado desde que me hallo en el servicio; los disgustos que continuamente he recibido por ver frustradas todas mis esperanzas y deseos; el deplorable estado de los asuntos, que me hacen siempre temer que el Congreso censure mi conducta, y por último, la imposibilidad de dirigir un ejército compuesto de elementos tan heterogéneos, es más de lo que se necesita para persuadirme íntimamente de que a menos que se cambie nuestro sistema militar, no me será dable llevará cabo las operaciones a satisfacción del público, que es la única recompensa que he deseado desde un principio.»

Las indicaciones de Washington produjeron al fin el resultado que éste deseaba, porque después de leída su carta, se acordó reorganizar al ejército de una manera permanente. En su consecuencia, decretóse la formación de ochenta y ocho batallones, que facilitarían los diversos Estados según sus alcances, y se aumentó la paga de los oficiales[203]. Los individuos que se engancharan por todo el tiempo de la guerra, debían recibir un premio de veinte dólares y cien acres de tierra, incluso el uniforme completo mientras estuviesen en el servicio; y a los que sólo se alistaran por tres años se les daría lo mismo, menos la tierra. La paga de los oficiales aumentaría en proporción al grado de cada cual[204]. Los Estados debían enviar sus comisionados al ejército para que acordasen con el comandante en jefe el nombramiento de los oficiales, mas como esto podría ocasionar algún retraso, autorizóse a Washington para que llenara las vacantes.

A pesar de hallarse ocupado en la ardua tarea de reorganizar el ejército, el jefe americano no perdía de vista al poderoso enemigo que se hallaba cerca de su campamento, e inquietándole mucho la inacción de Howe, cuyas tropas no carecían absolutamente de nada, Washington se mostraba ansioso por averiguar qué movimiento emprendería el jefe inglés. Howe, que había cambiado su

---

202 El día 19 de septiembre, los hermanos Howe dirigieron un manifiesto al pueblo, cuyo documento, con las observaciones que de él hizo el Juez Drayton, de la Carolina del Sur, se encontrará en el Apéndice que hay al final del presente capítulo.

203 La colonia de New-Hampshire debía organizar tres batallones, Massachusetts quince, Rhode-Island dos, Connecticut ocho, Nueva York cuatro, y otros tantos Nueva Jersey; Pensilvania doce, Delaware uno, Maryland ocho, Virginia quince, la Carolina del Norte nueve, la Carolina del Sur seis, y uno Georgia.

204 A un coronel se le concedían quinientos acres de tierra, a un mayor cuatrocientos, a un capitán trescientos, a un teniente doscientos, y ciento cincuenta a un alférez.

plan de campaña, envió algunos buques de guerra, que subiendo por el Hudson, a pesar de las baterías americanas, consiguieron forzar el paso, interceptando luego las comunicaciones e impidiendo que Washington pudiese recibir socorros por el río. Hecho esto y después de haber dejado parte de sus fuerzas para cubrir a Nueva York, Howe condujo el resto de su ejército a Pell's Point en Long-Island Sound, a fin de tomar posición en las cercanas alturas de New-Rochelle (Nueva-Rochela), y habiendo recibido allí un considerable refuerzo de tropas de Hesse a las órdenes del general Knyphausen, amenazó la retaguardia de Washington con objeto de cortar toda comunicación por tierra o mar, obligándole a que aceptase batalla.

En vista de este movimiento, reunióse el consejo de guerra, y para destruir dicho plan, acordóse evacuar la isla de York y conducir las tropas al interior. Convenidos todos en esta medida, discutióse luego si sería conveniente dejar una guarnición en el fuerte Washington, cosa que a la verdad no se creyó muy útil, toda vez que los ingleses eran dueños del río. Washington y Lee se opusieron a ello, pero Greene insistió en que el fuerte se hallaba en estado de sostener cualquier ataque del enemigo, y como además se supuso que los sitiados podrían escapar en caso necesario, sin más que cruzar el río, resolvióse dejar en el fuerte una guarnición de tres mil hombres a las órdenes del coronel Magaw. El Congreso por su parte, dijo al emitir su opinión: «que sería conveniente conservar el fuerte Washington todo el tiempo posible.»

Viéndose el jefe americano en la necesidad de retirarse ante el enemigo, lo hizo del mejor modo que pudo, pues esta operación ya de suyo muy trabajosa, ofrecía grandes inconvenientes por la dificultad en los medios de transporte. Por esta razón Washington se trasladó primeramente a White Plains (Llanuras blancas) guardando una línea paralela con el ejército inglés, del que le separaba el río Bronx. El día 26 de octubre los americanos acamparon en la parte oriental de dicho río, que de este modo protegía su flanco derecho, y acto continuo Washington apostó un cuerpo de seiscientos hombres en la colina Chatterton a las órdenes del general M'Dougall. Practicado este movimiento, siguiéronse frecuentes escaramuzas, y si bien es cierto que los ingleses obtuvieron al fin la ventaja, no lo es menos que aquellas fueron provechosas para los americanos en cierto modo, porque se acostumbraron a presentarse ante el enemigo sin temor. El día 28 viose avanzar al ejército inglés, desplegándose en orden de batalla por los costados de las colinas que se hallaban frente a las líneas de Washington, a dos millas de su campamento, y habiendo observado entonces Howe que una parte de las fuerzas enemigas ocupaban a Chatterton's Hill, dio orden para que se les desalojara de aquella posición, lo cual pudo conseguirse después de un breve pero reñido combate, en el que fueron poco más o menos iguales las pérdidas por ambas partes. Entre tanto el comandante en jefe se situó en las cercanas alturas de North-Castle, donde Howe no juzgó prudente atacarle, aun cuando recibió refuerzos a los dos o tres días.

El general inglés cambió entonces de nuevo su plan, y al ver que Washington, obrando con la mayor prudencia, no parecía dispuesto a empeñar la batalla, trasladó su ejército hacia el Hudson y Kingsbridge, visto lo cual por el comandante en jefe y conociendo que el plan del enemigo era asaltar el fuerte Washington, atravesando luego el Hudson para llevar la guerra a Nueva-Jersey y acercarse acaso a Filadelfia, tomó sus medidas para oponerse a este proyecto en lo posible. En su consecuencia, dejó al general Lee donde se hallaba con cuatro mil hombres, incluso la milicia de Nueva Inglaterra, que iba ya a concluir su tiempo de servicio, y enseguida dispuso que todas las fuerzas que se hallasen al oeste del Hudson hicieran un rodeo a fin de cruzar luego por King's Ferry, a la entrada de Highlands, punto opuesto al en que se hallaban los buques del enemigo. Acto continuo examinó aquellas fuertes posiciones, dio orden para que se construyesen nuevas obras, y cruzando el río reunióse después con sus tropas en Hackensack.

Entre tanto Howe había embestido ya el fuerte Washington, resolviendo dar el asalto por cuatro puntos distintos a la vez. Ya hemos dicho que el jefe americano no creyó nunca prudente defender aquel puesto, pero era demasiado tarde para evacuarlo, pues las tropas no podían salir hallándose completamente cercadas por el enemigo. Habíase intimado ya la rendición al coronel Magaw, mas éste contestó que tenía intención de defender el fuerte hasta el último extremo. La

noche antes del ataque y cuando cruzaba Washington el río para ir a inspeccionar un puesto, encontróse a los generales Greene y Putnam, los cuales le aseguraron que acababan de ver la guarnición del fuerte y que ésta se hallaba muy bien dispuesta a defenderse hasta el último trance. En las primeras horas de la mañana del día siguiente, 16 de noviembre, los ingleses asaltaron el fuerte, y el coronel Magaw, cumpliendo su palabra, se defendió con tal bravura que los sitiadores perdieron unos cuatrocientos hombres antes de apoderarse de las obras avanzadas; pero cuando se aproximaron a cien varas del fuerte, Magaw no pudo ya conseguir que sus soldados conservasen las líneas de defensa, resultando de aquí que toda la guarnición, compuesta de unos tres mil hombres, así como también la artillería, cayeron en poder del enemigo.

Washington, rodeado de varios de sus oficiales, según dice Mr. Irving, fue espectador ansioso de aquella batalla desde la orilla opuesta del Hudson, y si bien las colinas y los bosques intermedios le impidieron ver todo cuanto pasaba, el estampido del cañón, el estruendo de la fusilería y las densas columnas de humo que se elevaban sobre las copas de los árboles, diéronle a conocer cuán encarnizada era la lucha, y por un momento abrigó la esperanza de que la victoria se declararía en favor de los suyos. Washington pudo observar distintamente el combate por la parte del sur con la ayuda de un telescopio y le satisfizo en extremo la conducta de Cadwalader, que con fuerzas inferiores defendía su posición; pero cuando le vio luego atacado por el flanco, rota su línea y las tropas retirándose al fuerte, dominadas por la superioridad numérica de los enemigos, todo lo dio por perdido. La última parte del espectáculo fue la peor para el comandante en jefe, pues distinguió con toda claridad que los soldados de Heese acuchillaban a los americanos. Dícese que aquella escena le impresionó tanto que se puso a llorar como un niño.

La rendición del fuerte Washington hacía imposible la defensa del fuerte Lee, y por lo tanto diose orden para evacuarlo inmediatamente, sacando todas las armas y municiones; mas antes de que esto pudiera efectuarse, desembarcó Lord Cornwallis por la parte de Jersey, con el propósito de encerrar a la guarnición entre los ríos Hudson y Hackensack, y por consiguiente fue preciso apresurar la retirada, abandonando los cañones y demás efectos de guerra.

Washington estaba perfectamente convencido de que no podría disputar el paso de río, y por lo tanto sólo se resistió un corto tiempo para dar lugar a que se trasladasen los bagajes y municiones, después de lo cual cruzó el Passaic y fue a tomar posesión de Newark, donde estuvo varios días pidiendo refuerzos a todas partes, en tanto que el general Lee, que se hallaba en North Castle con fuerzas considerables, recibió orden de ir a reunirse con el comandante en jefe lo más pronto posible.

Triste era la situación de Washington en aquellos momentos. Con un ejército reducido a tres mil hombres, abatidos y desanimados, que careciendo de todo lo más preciso no tenían siquiera tiendas de campaña para resguardarse de las nieves del invierno, que ya se acercaba, y hallándose además en medio de una población que si no hostil, se mostraba muy indiferente, necesitábase la resignación y valor que pocos hombres poseen para luchar de este modo con la adversidad. El ejército inglés, compuesto de unos veinte mil hombres de tropas veteranas, se hallaba en un estado brillante, y como es natural, pensaba obtener una fácil victoria sobre el resto de las fuerzas de Washington. El jefe británico contaba además con un poderoso elemento, como es la caballería, en tanto que los americanos sólo podían disponer de una escasa milicia montada que había venido de Connecticut a las órdenes del mayor Shelden. Su artillería no era tampoco mucho mejor; la milicia de Nueva Jersey, compuesta de unos mil hombres, no servía para nada; el tiempo de servicio de las pocas tropas regulares iba a espirar con el año, y bien podía temerse en vista de estas circunstancias, que dentro de poco no habría ejército alguno.

La más profunda consternación parecía haberse apoderado de los Estados vecinos, pues cada uno de ellos, temiendo por sí mismo, rehusaba prestar socorro a los demás. Aun quedaban algunos regimientos de tropas regulares en las fronteras del Canadá, mas era preciso conservarlas en aquel punto para contener el progreso del enemigo, prescindiendo de que el tiempo de su servicio iba a concluir muy pronto. Añadíase a todo esto el inminente peligro de las sediciones por parte de los

descontentos, que ya en varios puntos hacían lo posible en favor de la causa de la Gran Bretaña; y tanto es así, que habiéndose sabido que en el condado de Monmouth, en la provincia de Nueva Jersey, iba a estallar una insurrección, viose precisado Washington a destacar una parte de sus mermadas fuerzas para contener a los trastornadores. La presencia del victorioso ejército inglés, por otra parte, disipó el terror que en un principio inspiraran los patriotas a los realistas, los cuales se abandonaron sin reserva al resentimiento que les animaba contra sus enemigos.

En aquel triste estado de cosas, los comisionados ingleses resolvieron dirigirse al pueblo por segunda vez, de una manera más enérgica, y al efecto el 30 de noviembre circularon una proclama en la cual se ordenaba que volvieran a sus casas todos aquellos que hacían armas contra el Gobierno de S. M., y que las personas que se ocupasen en reunir tropas, armar buques o molestar a los súbditos del rey, dejaran de ejecutar semejantes actos, que no podía autorizar el poder usurpado. Al mismo tiempo los comisionados prometieron «que todo aquel que en el término de sesenta días, a contar desde la fecha de la proclama, se presentase a cualquier gobernador o al comandante en jefe del ejército británico en América, o a un oficial, jefe de un puesto, para obtener el beneficio que se ofrecía, sometiéndose a obedecer a S. M. y no hacer armas contra el Gobierno, se le perdonaría por completo el crimen de traición.»

Al ver que Lord Cornwallis avanzaba, Washington abandonó a Newark y se retiró a Brunswick, pequeño pueblo de Raritan, y mientras se hallaba allí espiró el tiempo de servicio de las tropas de Maryland y Jersey, sin que bastaran las observaciones del comandante en jefe para inducirlas a quedarse. Como el general británico continuaba avanzando, Washington no tuvo más remedio que proseguir su retirada. «El día 7 de diciembre, dice Steadman, nuestro ejército salió de Brunswick a las cuatro de la mañana y llegó a Princeton a la misma hora por la tarde, desde cuyo punto partió Washington con la brigada Stirling una hora antes que llegara el jefe británico. Este último descansó en Princeton diez y siete horas, y habiéndose puesto en marcha a las nueve de la mañana del 8, llegó a Trenton a las cuatro de la tarde, precisamente cuando el último bote del general Washington cruzaba el río, como si se hubiera calculado con toda exactitud cuál era el tiempo necesario para dejar escapar al enemigo.

Habiendo llegado a Trenton un refuerzo de unos dos mil hombres procedentes de Pensilvania, que pudieron reunirse merced a los esfuerzos del general Mifflin en Filadelfia, tuvo intenciones Washington de atacar al enemigo; mas como llegara a su conocimiento que Cornwallis acababa de recibir también refuerzos, desistió de su idea, y el 8 de diciembre interpuso el Delaware entre sus tropas y los ingleses, cuidando muy particularmente de recoger a su paso cuantos botes encontró por el río y ocupar todos los puntos por donde era probable que intentara pasar el ejército británico, con lo cual desaparecía el peligro de un ataque inmediato. Poco después llegaron los ingleses, y como pareciese que trataban de pasar el río, estableciéronse destacamentos para oponerse a ello, pero luego se vio que habían desistido de su empeño. En aquella situación, y mientras esperaba Washington con la mayor ansiedad que llegasen refuerzos, destacó algunas partidas para hostigar al enemigo.

El día 12 de diciembre el Congreso juzgó prudente trasladarse a Baltimore, donde se propuso esperar algún tiempo hasta ver qué giro tomaban los negocios. Cuando el comandante en jefe se retiraba por Jersey, envió un mensaje al general Lee, que se había quedado con una división del ejército en North-Castle, encargándole eficazmente que se pusiera en marcha a toda prisa hacia Delaware, a fin de reunirse con el resto de las tropas; pero aquel oficial, a pesar de lo crítico de las circunstancias y de las apremiantes órdenes de Washington, no se dio prisa alguna a obedecer. Deseoso sin duda de mandar separadamente y de no someterse a una autoridad superior, no emprendió la marcha hasta el 4 de diciembre, y entonces avanzó lentamente hacia el sur, a la cabeza de sus tres mil hombres, movimiento que fue fatal para su propia persona, porque le costó perder la libertad, según vamos a ver. Al llegar a Baskingridge, en el condado de Morris, el día 13 de diciembre, separóse de sus tropas a cierta distancia para descansar un rato, sin tomar antes la precaución de poner centinelas, reprensible descuido que dio lugar a que el coronel Harcourt, que

con un destacamento de caballería ligera tenía orden de observar los movimientos de la división de Lee, pudiera acercarse a éste, guiado por un *Tory*, y haciéndole prisionero, le enviara acto continuo a Nueva York, donde estuvo incomunicado por algún tiempo, considerándosele, no como prisionero de guerra, sino como desertor del ejército británico[205].

La captura del general Lee se consideró como una gran desgracia por los americanos pues en aquella época habíase granjeado el aprecio y confianza del ejército y del país; mas los ingleses, por su parte, se alegraron tanto como si hubiesen obtenido una victoria, pues dijeron que tenían ya en su poder al paladín americano[206].

El general Sullivan, que en 4 de septiembre había sido canjeado por el general Prescott, así como Lord Stirling lo fue por el general M'Donald, sucedió en el mando a Lee, y poniéndose inmediatamente en marcha, cruzó en 20 de diciembre el Delaware por Philipsburg, y se reunió con el comandante en jefe, precisamente cuando llegaba el general Gates al campamento con una parte del ejército del Canadá. Sin embargo, aun cuando se habían reunido todas estas tropas y alguna milicia de Pensilvania, las fuerzas de Washington no excedían de siete mil hombres, debiéndose esto a que si bien eran muchos los que venían, no eran pocos los que se iban diariamente, dejando en su lugar tropas bisoñas, mal equipadas y abatidas por sus anteriores derrotas.

El general Howe, con un ejército de veinte y siete mil hombres, perfectamente armados, bien provistos de todo lo necesario y engreídos con sus victorias, permanecía en la orilla opuesta del Delaware, extendiéndose desde Brunswick a Filadelfia, y dispuesto, según se creía, a pasar el río tan pronto como éste se helara con los fríos del invierno. Aquella situación era muy triste para los americanos, que comenzaban a perder toda clase de esperanzas, con tanto más motivo, cuanto que el general Clinton, seguido de dos brigadas de tropas inglesas y otras dos de soldados de Heese, y escoltado por una escuadrilla de buques de guerra a las órdenes de Sir Pedro Parker, acababa de ponerse en marcha para apoderarse de Rhode-Island. Los americanos, que no podían oponer resistencia alguna, se retiraron al acercarse Clinton, y de este modo, el mismo día que Washington cruzaba el Delaware, el general inglés se posesionaba de Rhode-Island sin la menor oposición. Aquella fue una pérdida muy sensible tanto por la situación de la provincia, como porque la escuadrilla americana al mando del comodoro Hopkins, se vio en la precisión de retirarse al río Providence, continuando allí bloqueada y sin poder hacer cosa alguna por mucho tiempo. Los ingleses sólo cogieron dos cañones y unos cuantos prisioneros, pero la conquista de Rhode-Island les sirvió de mucho para sus ulteriores disposiciones, pues desde esta provincia podían hostilizar a Massachusetts, y además de esto, los refuerzos que el general Lincoln había reunido con el fin de enviarlos a Washington, tuvieron que detenerse en aquel punto para observar las operaciones del general Clinton. Hasta el Estado de Connecticut se alarmó de tal modo, que retuvo las tropas que pensaba enviar al comandante en jefe.

El general Howe, según observa un escritor inglés, fue censurado severamente por no activar la persecución del ejército americano, cercando a Washington antes de que se refugiase en el Delaware. Acaso no sea justa esta censura, pero es indudable que la lentitud de los movimientos del ejército inglés fue la salvación de los americanos. La conducta de Howe reveló más bien prudencia que impetuosidad, pero durante la guerra obtuvo tan buen éxito como cualquiera otro general británico, y no se expuso a ninguno de esos desastres de que fueron víctimas varios de sus compañeros.

---

205 La relación exacta de este hecho, en la que se indica cuál era el propósito de Lee al conducirse de aquel modo, se encontrará en la *Vida de Washington*, por Irving, vol. II, pág. 245.

206 Como Lee era superior en graduación a todos los prisioneros que tenían los americanos, no podía canjearse; mas deseando conciliarlo todo, ofreciéronse en cambio de aquel jefe seis oficiales subalternos, lo cual no aceptaron los ingleses. El Congreso se enojó mucho al saber que Lee sería tratado como un desertor, por haber servido antes de la guerra en el ejército británico, y a consecuencia de esto publicó una proclama amenazando tratar a los prisioneros que tuviera en su poder del mismo modo que los ingleses tratasen a los americanos, y especialmente al general Lee. De esto, resultó que los prisioneros de ambas partes tuvieron que sufrir mucho, sobre todo por no haber querido los ingleses someter a Lee a un consejo de guerra.

Como quiera que sea, no puede ponerse en duda que Washington, en su retirada por Jersey, dio pruebas no sólo de ser un buen general, sino también un noble y valeroso patriota. Sensible fue que tuviera que pasar por tantas pruebas y humillaciones y que se viese obligado a luchar con tantos contratiempos y dificultades para llevar a cabo su elevada misión; pero Dios no nos sujeta a ciertas pruebas sin algún designio, y siendo el carácter de Washington el más a propósito para sufrirlas, ellas le sirvieron para adquirir la instrucción y la sabiduría, y ningún hombre de su época alcanzó nunca tanta influencia ni dio tales pruebas de nobleza, integridad y decisión de carácter.

Apéndice al capítulo 1.

COMUNICACIÓN A SS. EE. RICARDO, VIZCONDE HOWE, ALMIRANTE, Y AL CABALLERO GUILLERMO HOWE, GENERAL DEL EJÉRCITO DE S. M. B. EN AMÉRICA.

Muy Señor mío: Hemos recibido aquí el manifiesto que tuvieron a bien publicar en Nueva York, y nos ha causado tanta sorpresa como disgusto. El honor y reconocido talento de VV. EE. contrastan perfectamente con el contenido de ese documento, y como siento infinito que de tal modo se prostituyan vuestros nombres, no puedo menos de hacer algunas observaciones a VV. EE. sobre un asunto que, perjudicando a su reputación, aflige a todas las almas generosas. Empezaré por reproducir el manifiesto.

Ricardo, Vizconde Howe, del reino de Irlanda, y el caballero Guillermo Howe, general del ejército de S. M. en América, comisionados ambos del rey para restablecer la paz en sus colonias de la América del Norte, etc., etc.

MANIFIESTO.

Aunque el Congreso, a quien los extraviados americanos permiten oponerse al restablecimiento del Gobierno Constitucional de estas provincias, ha rechazado todos los medios de reconciliación, para llevar a cabo su extravagante e inadmisible propósito de proclamar la independencia, los comisionados del rey creen oportuno hacer presente que desean conferenciar con los afectuosos súbditos de S. M. a fin de que se adopten las medidas necesarias para devolver a este país la tranquilidad pública, estableciéndose una unión permanente con todas las colonias que deben formar parte del imperio británico. Como quiera que S. M. haya tenido a bien disponer se revisen todas las instrucciones dadas a sus gobernadores, especialmente las que restringen la libre legislación de alguna de sus colonias, así como también todos los decretos por los cuales pudieron creerse perjudicados sus súbditos, recomendamos con la mayor eficacia a estos habitantes que reflexionen detenidamente acerca le su actual situación para que juzguen si les será preferible sacrificar sus vidas en la injusta causa que defienden, a contraer una alianza que asegurará la paz y el goce de sus libertades bajo los verdaderos principios de la Constitución.

Dado en Nueva York a 19 de septiembre de 1776.

Howe.—W. Howe.

Por orden de SS. EE., Straghey.

Y ahora, sin detenerme en las observaciones que pudieran hacerse al ver que no figuran a la cabeza del manifiesto los títulos militares de Lord Howe, que ejerce un mando hostil para América, cuya intencionada omisión tiene sin duda por objeto disipar temores para que los ignorantes crean que S.S. deben considerarse como unos meros comisionados que se proponen sólo restablecer la paz, sin intimidar a nadie; y sin que sea, por último, mi ánimo ofender en lo mas mínimo vuestra delicadeza, mis observaciones se limitarán a los principales puntos del manifiesto, que siento mucho decir no son dignos de vuestro recto juicio y elevado carácter.

Vuestras Excelencias creen conveniente declarar *que desean restablecer la tranquilidad pública*; ¿pero es acaso el objeto de esa oferta proporcionarnos ventajas o beneficios? ¿Se trata de permitir que siga libremente su curso nuestro natural progreso? ¿Se quiere por ventura confirmarnos en nuestros derechos por la ley de la naturaleza? ¡No! El objeto es cubrirnos de ignominia, destruir la savia de la planta que ha de hacer germinar nuestras libertades, y privarnos, en fin, de esa igualdad natural con el resto de la humanidad, estableciendo que cada Estado sea una parte del imperio británico. En una palabra, VV. EE. invitan a los hombres de sano juicio a que cambien su independencia por un servilismo peligroso.

Pero cuando recordamos que el rey de la Gran Bretaña, declaró hallarse firmemente resuelto a no permitir que se debilitara en lo mas mínimo la suprema autoridad de su legislatura sobre todos los dominios de la Corona; al reflexionar que sus venales ministros y cortesanos, aborrecidos por la nación inglesa, participaban de las mismas ideas, y al pensar en fin que por espacio de diez años ha sido la América víctima de repetidas injusticias y abusos, no puedo menos de extrañar que Vuestras Excelencias se muestren al parecer tan indiferentes a todo sentimiento de dignidad y decoro, al creer que nos someteremos para obtener la paz. Me admira también que condescendáis en rebajaros, aconsejándonos que nos fiemos de un Gobierno en el cual no podemos, como sabéis muy bien, depositar nuestra confianza; un Gobierno que, como no ignoráis, se ha mostrado y se mostrará siempre envidioso de nuestra prosperidad y natural progreso; un Gobierno que como conocéis, se halla enteramente entregado a la corrupción. No llevéis a mal que os diga que el *haberos avenido* a prestar vuestro apoyo a semejante proposición, da motivos para que se dude de vuestra integridad.

El manifiesto dice: *que el rey ha tenido a bien revisar las instrucciones dadas a sus gobernadores, etc., así como también los decretos por los que puedan creerse perjudicados los súbditos de S. M.* Pero ¿qué tenemos con esto? Vuestras Excelencias no han dicho al pueblo que podrá tomar parte en la revisión, ni tampoco quiénes han de ser los encargados de hacerla, y aun cuando así fuese, no adelantaríamos nada, porque no podéis *comprometeros* a que se derogue decreto ni orden alguna, *particularmente aquellos por los cuales pueda creerse perjudicado el pueblo*. Y siendo así, ¿por qué se estampa esa última frase? Si se trata de derogar ¿por qué no lo decís de una vez? Es evidente que os halláis en un dilema, y que no estando acostumbrados a semejantes subterfugios, no acertáis a salir del paso, porque vuestras instrucciones no os permiten obrar con franqueza y legalidad. De otro modo, vuestro honor y delicadeza os hubieran impulsado seguramente a dar terminantes explicaciones sobre este punto. A pesar de lo que se dice sobre la revisión de las instrucciones y decretos, vemos claramente que se prepara una emboscada para nuestras libertades, pues en el manifiesto se ha tenido buen cuidado de no decir cuáles serían las personas encargadas de la revisión ni de ofrecer nada respecto a derogar o suprimir. Esto se parece al plan de declaración del rey Jacobo II, después que abdicó, sobre el cual dio explicaciones confidenciales el Secretario de Estado, conde de Melford, a Lord Dundee. El primero escribía al segundo lo siguiente: «A pesar de lo que se ha prometido en la Declaración acerca de *indemnizaciones e indulgencias*, las cosas se han arreglado de modo que el rey *podrá buenamente faltar a su promesa* cuando guste.» Vuestras Excelencias han hecho también un arreglo, de modo que es inútil hablar más sobre este punto.

Se recomienda a todos los habitantes que reflexionen detenidamente sobre su situación actual.¿Es posible que hagáis formalmente esta recomendación? ¿Es posible que ignoréis que desde la creación del impuesto del sello todos los habitantes han reflexionado sobre su deplorable situación? ¿Podréis creer que la publicación de los injustos decretos que se siguieron después, y que han dado al fin lugar a que estalle la guerra entre ambos países y *a que nos encontréis armados contra vosotros*, resueltos a morir o ser independientes, no nos habrá inducido a reflexionar con la mayor detención? ¡Bien podréis conocer que precisamente a consecuencia de esas reflexiones estamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas antes que ceder de nuestro derecho! Al dirigiros a todo un pueblo debéis medir bien vuestras palabras, aun cuando no sea más que para dejar a cubierto vuestra propia reputación.

Os ha parecido conveniente calificar nuestra causa de *injusta*, y es por cierto muy extraño que bajo vuestra firma se diga una cosa semejante, puesto que como sabéis, hay muchos hombres de reconocida rectitud en Europa que no opinan de este modo. ¿Tendréis acaso la presunción de contradecir a miles de personas que cuando menos pueden tener tan buen criterio como vosotros para juzgar sobre este punto?

Decís también que nuestra causa es *precaria*, pero permitidme contestaros que todos los asuntos de los hombres son precarios, como lo son también los de la guerra. Sin embargo, si VV. EE. quieren decir con eso que no nos será posible defender la causa que sostenemos, yo preguntaré a mi vez al general Howe, ¿qué progresos hizo con su ejército durante su permanencia en Boston, y qué brillantes victorias e importantes conquistas ha llevado a cabo desde que se halla en la isla de Staten? El elogio *duo fulmina belli Scipiadas* no se puede aplicar seguramente a VV. EE., y el hecho de armas llevado a cabo ante las líneas de Long-Island, así como la victoria que obtuvo sobre una avanzada de tres mil hombres, no reflejan mucha gloria sobre un cuerpo de ejército compuesto de doce mil veteranos. Ni tampoco puede lisonjearos mucho la acción de la isla de Nueva York ocurrida el 15 de septiembre, en la que poco más de ochocientos americanos, atacando tres compañías de infantería ligera, apoyadas por dos regimientos, les obligaron a retirarse de colina en colina hasta vuestras líneas, llevándose tres cañones como trofeo de la victoria. Y cuando el 2 de octubre el general Washington cubrió con un destacamento las alturas de Harlem, para proteger a los habitantes mientras se llevaban sus efectos, el ejército británico, que marchaba en orden de batalla no muy lejos de nosotros, no disparó un solo tiro para oponerse a nuestras operaciones, y esto prueba que les inspiraban respeto las tropas americanas.

En una palabra, creo que con algún fundamento puedo decir, que estos hechos no demuestran que nuestra causa sea tan precaria como vosotros creéis, y por lo tanto permitidme recomendaros *que reflexionéis seriamente sobre vuestra situación actual*, y que abandonéis *la injusta causa en que os halláis comprometidos*, con lo cual vuestra conducta no será censurada por la posteridad.

Vuestras Excelencias excitan a todos los habitantes a *contraer una alianza* que asegurará la paz; pero eso es lo mismo que si mandarais a un cuerpo de tropas avanzar al asalto antes de ponerle en orden de batalla. Permitidme deciros que la protección debe *preceder* a la alianza, pues la última se *funda* en los beneficios de la primera, y a fe que las operaciones de los ejércitos de mar y tierra que se hallan bajo vuestras órdenes no demuestran seguramente que vuestro rey sea nuestro protector. Así pues, la alianza de América con el monarca de la Gran Bretaña *está ahora completamente fuera de cuestión.*

Tratáis de halagar a los habitantes diciéndoles *que se les asegurará el libre goce de sus libertades bajo los verdaderos principios de la Constitución*. ¿Queréis decirnos dónde se encontrarán esos principios que en nuestro concepto no pueden hallarse en el Gobierno británico? ¿No sabemos acaso que la mayoría de las dos Cámaras del Parlamento está absolutamente sometida a la dirección del monarca? Ellos hacen y suprimen leyes, admiten o rechazan proposiciones, votan cantidades *hasta sin limitar la suma* y según el antojo del ministerio, y VV. EE. que son hombres de honor, *no se atreverán a negar estas cosas*. ¿Queréis pues decirnos si en donde hay semejante dependencia pueden existir los verdaderos principios de la Constitución? En la historia del presente reinado, la Europa entera prestaría su testimonio contra vosotros. Hace mucho tiempo que se ha prescindido de esos principios pues de otro modo no hubiéramos visto la dimisión de Legge, virtuoso Canciller del Exchequer, porque no quiso abandonar su asiento en el Parlamento a instigación del *último* príncipe de Gales, ni tampoco habríamos presenciado la matanza en los campos de San Jorge, por lo cual se dieron a los asesinos las Reales gracias; ni menos se hubiesen elevado tantas quejas al trono, ni derrochado los tesoros con la extravagancia de un Calígula o un Nerón, ni sería tan ruinosa la situación de la Gran Bretaña, ni estaríais, en fin, en guerra con América *por la más injusta de las causas*. Y después de todo esto, ¿os atreveréis todavía a hablarnos seriamente de seguridad bajo los verdaderos principios de la Constitución? El Lord mayor de Londres excitó públicamente a Lord Norh y a los Lores del Almirantazgo a que

concediesen licencia a los buques para comerciar en todos los puntos de América, contrariamente a lo que se previno en un decreto del Parlamento expedido en el mes de diciembre último. Y en vista de esto, no tienen escrúpulo VV. EE. de hablarnos *de seguridad bajo los verdaderos principios de la Constitución*?

Decís en el manifiesto: *que el rey ha tenido a bien disponer se revisen* las instrucciones y decretos. Si en efecto se trata de una reconciliación, ¿por qué se insulta a los habitantes? Era *obligación* del rey haber ordenado, no sólo una *revisión*, sino una *modificación* de sus instrucciones, *recomendando* al propio tiempo que se *anulasen* los decretos cuando el pueblo se quejó *por primera vez* de ellos. Pero en vez de esto, hízose criminalmente sordo a los clamores de sus súbditos, y para imponerles silencio, quemó sus ciudades, restringió su comercio, apresó sus buques ocasionándoles enormes gastos, tiñó su espada en la sangre de este pueblo, y excitó en fin contra nosotros a sus ALIADOS los salvajes indios. ¡Y ahora decís a este pueblo agraviado *que el rey ha tenido a bien ordenar una revisión*! ¡Sus favores son verdaderos insultos!

Vuestras Excelencias, además de ejercer mandos militares como son los de Almirante y General, *son también comisionados para restablecer la paz*. ¿No os parece impropio este título? ¿No deberíamos leer tiranía en vez de paz? Os halláis en situación de ejercerla, y vuestro propio lenguaje no revela otro designio. Sois comisionados para el importante objeto de *restablecer la paz*, tenéis autorización para negociarla, y habéis condescendido en ser *meros* instrumentos, para proponer una humillante reconciliación entre la América y la Gran Bretaña. ¿QUÉ PODRÉIS HACER PARA DEGRADAROS AÚN MÁS A LOS OJOS DEL MUNDO? Es evidente que el rey no tiene un solo pensamiento generoso respecto a este país, ni trata tampoco de hacer concesiones con arreglo a los verdaderos principios de la Constitución, pues de lo contrario se os hubiera revestido seguramente de las debidas autorizaciones. ¿Podemos tener alguna confianza en semejante príncipe? Su objeto es dividirnos, no ofrecernos una reparación, y por lo tanto vuestro Manifiesto no es sino una continuación del plan conciliatorio de Lord North.

Cuando recordamos que Lord North declaró el 20 de febrero de 1775 que su famoso plan conciliatorio tenía más bien por objeto *romper un eslabón* de la cadena que os unía con América, que dar satisfacción al pueblo, y que no se podía bajo ningún concepto desistir del derecho de crear impuestos en todos los dominios británicos; cuando repasamos el discurso que dirigió al rey y al Parlamento en el mes de noviembre, la contestación de los Comunes en 7 de diciembre de 1774, la petición de la Cámara hecha en 9 de febrero de 1775 y la Real contestación y el discurso del Trono al abrirse el Parlamento en 26 de octubre de 1775, todos cuyos documentos revelan el determinado propósito de mantener la suprema autoridad de aquella Legislatura sobre todos los dominios de la Corona, o en otras palabras, el de *someternos en todos los casos sin excepción alguna*; cuando consideramos todas estas cosas, repito, no debe quedar la menor duda respecto a las intenciones de vuestro rey, ni tampoco puede uno engañarse sobre lo que queréis significar con los *verdaderos principios de la Constitución*. No nos dejaremos, pues, seducir por vuestras palabras, puesto que confesáis, y nosotros ya lo sabíamos, que como comisionados no tenéis autorización para negociar ni resolver nada.

Y si plausibles eran las razones que tuvo América para no dejarse subyugar, con mucha más razón se opondría ahora tratándose de un Gobierno que *ha llegado a ser despótico*. Y sabiendo que este país, sólo después de sufrir repetidos agravios y de ser víctima de continuos abusos, se ha declarado al fin independiente, ¿no pensaron VV. EE. en *nuestro honor* ultrajado cuando, a la cabeza de sus ejércitos, nos propusieron la sumisión y la paz? ¿No sentisteis algo rebajada vuestra dignidad cuando *bajo el pretexto de ofrecer seguridades*, según los verdaderos principios de la Constitución, *recomendabais* a los habitantes que rescindiesen sus acuerdos, para DECLARAR POR SUS PROPIAS BOCAS que eran el pueblo más despreciable del mundo, *indigno del aprecio* de las demás naciones, que ya no podrían dispensarle su confianza ni dar crédito alguno a sus *más solemnes declaraciones*? ¿Cómo podíais esperar que nos *sometiésemos* a un Gobierno abandonado a la corrupción, perdido a todo sentimiento de justicia, y al que ya no falta apenas nada para ser

absolutamente despótico? ¿A un Gobierno que siempre ha mirado con celosa envidia nuestra elevación y que se muestra ansioso por *reprimir nuestro natural progreso*? ¿No os *repugnaba* invitar a hombres arruinados por vuestro *bondadoso amo,* a que desistiesen de su honrosa independencia para besar *su mano continuamente teñida* en la sangre de un amigo, de un hermano o de un padre?

Que VV. EE. *reflexionen seriamente sobre la injusta causa que defienden*, y que el nombre de Howe pueda figurar dignamente al lado de los Malborough y Effingham, son los deseos de

UN CAROLINO. (EL JUEZ DRAYTON.)

Charleston, 22 de octubre de 1776.

2.
Progreso de la guerra (1776-1777)

Comité de relaciones extranjeras. Carta de Franklin a Dumas. Deane en París. Comisionados en Francia y en otros países. Progreso de las negociaciones. Situación del Congreso. Carta de Washington al Presidente del Congreso. Acción del Parlamento. Planes de Washington para resarcirse de las pérdidas de Nueva Jersey. Sorpresa y captura de las tropas de Hesse en Trenton. Consecuencias de este suceso. Movimiento de Cornwallis. Retirada de Washington y ataque de Princeton. Muerte del general Mercer. Proclama de Washington. Elogio de Botta. Excesos de la guerra. Su efecto en el pueblo. Excesos por parte de los americanos. Padecimientos de los prisioneros en Nueva York. Inoculación del ejército. Tentativa de Heath sobre Nueva York. Ataque de los ingleses a Peekskill y Dambury. Muerte del general Wooster. Victoria de los americanos en Sag Harbor. Inacción de Howe. Disposiciones de Washington para encontrarle. Washington avanza hacia Middlebrook. Howe intenta sorprenderle. Los ingleses evacuan a Nueva Jersey. Grandes preparativos en Nueva York para una expedición marítima. Primera entrevista de Washington con Lafayette. Captura del general Prescott. La flota británica penetra en Chesapeake. Washington resuelve defender a Filadelfia. Batalla de Brandywine. Sorpresa de Wayne. Se confieren nuevos poderes a Washington. Actividad de Hamilton. Se abandona a Filadelfia. Batalla de Germantown. Obstrucción del Delaware. Esfuerzos de los ingleses para facilitar la navegación. Se rehúsa la proposición de Howe para dar la batalla. Estado de los ejércitos. Aproximación del invierno.

No se ocultaba a la sagacidad de los hombres que ejercían una preponderante influencia en el Congreso, que la Declaración de la independencia exigiría necesariamente un llamamiento a las naciones de Europa para impetrar su auxilio. En su consecuencia a fines de 1775 se formó un Comité compuesto de Mr. Harrison, Dr. Franklin, Mr. Johnson, Mr. Dickinson y Mr. Jay con el único objeto de que se pusieran en secreta correspondencia con los amigos de América que se hallaran en la Gran Bretaña, en Irlanda y otros países del mundo. El fin principal que se proponía el Comité era sondear indirectamente algunas de las principales potencias de Europa, especialmente Francia y España, para averiguar en qué disposición se hallaban respecto a los asuntos de América.

Poco después el Dr. Franklin escribió a un caballero de Holanda, llamado Dumas, para saber si los americanos podrían esperar por aquella parte algún auxilio en la lucha comenzada con la madre patria. Franklin decía entre otras cosas lo siguiente: «A fin de que os sea posible contestar a ciertas preguntas que probablemente os dirigirán respecto a nuestra actual situación, debo deciros que todo el continente está perfectamente unido, siendo aquí muy poco numeroso el partido ministerial; que teníamos en pie de guerra en la última campaña un ejército de cerca veinte mil hombres, con los cuales no sólo pudimos bloquear el ejército del rey en Boston, sino enviar también considerables refuerzos para invadir el Canadá donde obtuvimos el mejor éxito, según podréis ver por los diarios que adjuntos incluyo. Tenemos fundados motivos para creer que dentro de poco toda

la provincia estará en nuestro poder, pues pensamos aumentar nuestras fuerzas en el año próximo, y de esperar es que con la ayuda de una bien disciplinada milicia nos será posible defender nuestras costas, a pesar de su gran extensión, tanto más cuanto que tenemos formada una pequeña escuadrilla de buques de guerra que además de proteger el comercio, han conseguido ya capturar varios cruceros y transportes del enemigo.»

Reconociéndose que Francia favorecería cuantas medidas tuvieran por objeto disminuir la superioridad de Inglaterra, en mayo de 1776 se envió a Mr. Silas Deane a París en clase de agente comercial y político. Deane llevaba el encargo de manifestar que América necesitaba armas y vestuario para veinte y cinco mil hombres, así como también municiones y artillería; y al mismo tiempo se le recomendó tratase de inquirir si el ministro francés apoyaría una alianza en el caso de que las colonias consiguiesen mantener su independencia. Deane llegó a París a principios de julio y se consagró con el mayor celo a llevar a cabo su misión.

Habiendo sido presentado al ministro francés conde de Vergennes, manifestóle su objeto, y fue favorablemente recibido en la corte. Vergennes dijo a Mr. Deane que era bien conocida la importancia del comercio americano, que ningún país como Francia podría surtir tan bien a las colonias, recibiendo en cambio los productos de aquéllas, que por lo tanto redundarían en favor de ambos países un continuo comercio, y en fin, que por esta razón se habían expedido ya las oportunas órdenes a fin de que todos los puertos estuviesen abiertos igualmente para América y la Gran Bretaña. Vergennes añadió que, atendida la buena inteligencia entre los Gabinetes de Versalles y Londres, no se podría autorizar públicamente el embarque de efectos de guerra, pero que no se pondrían impedimentos para efectuarlo, toda vez que en las Aduanas no estaban aun en el secreto de este asunto. El ministro aseguró que los americanos podían considerarse enteramente libres para comerciar con el reino de Francia así como lo hacían las demás naciones del mundo; que él les dispensaría su protección en cualquiera dificultad que ocurriese, así en política como en otro asunto, y que se podría contar con él cuando hubiese que arreglar alguna cuestión. Respecto a la independencia de las colonias, Vergennes no quiso decir nada, por considerar aquel suceso demasiado lejano e incierto para resolver sobre este punto.

En junio de 1776, inmediatamente después de haberse resuelto la cuestión de la independencia, el Congreso dispuso se formase un Comité compuesto de Mr. Dickinson, el Dr. Franklin, Juan Adams, Mr. Harrison y Roberto Morris para organizar un plan de tratados con las potencias extranjeras. El día 10 de julio presentó dicho Comité uno que después de modificado y corregido, se aprobó al fin en 17 de septiembre, y acto continuo el Congreso nombró comisionados a Franklin, Deane y Jefferson para que marchasen a Francia. Como quiera que a este último no le fuese posible salir de América, se nombró en su lugar Mr. Arturo Lee, que se hallaba entonces en Londres, y se dieron instrucciones especiales a los comisionados para el desempeño de su cometido.

«Es muy probable, decía el Congreso a sus agentes, que Francia haga lo posible para evitar que América sea vencida en la presente lucha, pero como la dificultad de obtener informes exactos acerca de nuestra verdadera situación puede dar lugar a que se crea que podemos sostener la guerra por algún tiempo sin auxilio alguno, convendría obtengáis una inmediata y explícita declaración de Francia en nuestro favor, alegando que una nueva *unión* con la Gran Bretaña podría ser la consecuencia de su retraso. Si España no se inclinase en favor de nuestra causa por temor de que peligren sus dominios en la América del Sur, quedáis autorizados para dar toda clase de seguridades de que los Estados Unidos no perjudicarán a ese reino en la tranquila posesión de sus territorios.

»Además de esto, solicitaréis del Gobierno de Francia una pronta remesa de veinte o treinta mil mosquetes y bayonetas, así como también una buena cantidad de municiones y piezas de artillería, que deberán enviarse por un convoy. Los Estados Unidos se comprometen al pago de todos esos efectos y a indemnizar a Francia los gastos del porte y conducción.

»Convendrá obtener lo mas pronto posible el público reconocimiento de la independencia de estos Estados por el Gabinete francés.»

Los comisionados recibieron en el mes de octubre instrucciones para adquirir en dicha nación, por cuenta de los Estados Unidos, ocho buques de guerra que deberían enviarse lo más pronto posible. En diciembre llegaron a París el Dr. Franklin y Mr. Lee, quienes se pusieron en comunicación con el ministro francés, el cual les indicó que como la cuestión de la independencia era aun muy dudosa, Francia no estaba dispuesta a reconocerla por entonces, ni a favorecer abiertamente la causa de los americanos. Era evidente que había grande empeño en apoyar a éstos, pero no lo era menos que se quería proceder con la mayor prudencia y cautela, y que Francia deseaba obtener ventajas proporcionadas a los servicios que prestara.

Como quiera que la campaña de 1776 fuese desfavorable para las armas americanas, el Congreso resolvió al terminar dicho año poner en juego todos los medios posibles para obtener el auxilio del extranjero y en su consecuencia nombró un Comité con este propósito. El proyecto que presentó aquel dio lugar a muchos debates, y algunos de los miembros se mostraron dispuestos a hacer grandes sacrificios para conseguir el apoyo de Francia, aunque para ello fuera necesario ofrecer a dicha nación el mismo monopolio en el comercio que ejercía antes la Gran Bretaña.

En 30 de diciembre el Congreso acordó enviar comisionados a las cortes de Viena, España y Prusia, así como también al Gran Duque de Toscana. A estos comisionados se les encargaba en sus instrucciones, asegurasen que América estaba resuelta a mantener su independencia a despecho de las insidiosas sugestiones de la Gran Bretaña, y asimismo se les recomendó emplearan cuantos medios estuviesen a su alcance para obtener el auxilio del emperador de Alemania y de los reyes de Francia, España y Prusia, haciendo lo posible para inducir a estas naciones a que no permitieran el envío de tropas extranjeras a América con fines hostiles para la causa de la independencia.

A fin de inducir a Francia a que tomase parte en la guerra, los enviados americanos recibieron una autorización para estipular que todo comercio entre los Estados Unidos y las islas del Oeste de la India, se haría en buques franceses o americanos; y asimismo se les encargó asegurasen al rey de Francia, que si por sus comunes esfuerzos se conseguía que los ingleses no tuvieran intervención ni parte en las pesquerías de América, para lo cual era preciso apoderarse de las islas de Terranova, Cabo Breton y Nueva Escocia, el producto de aquellas se dividiría igualmente entre ambos países sin que tuvieran participación alguna las demás naciones. Además de esto, la mitad de Terranova pertenecería a Francia, y la otra mitad con Cabo Breton y Nueva Escocia a los Estados Unidos. En el caso de que estas proposiciones no fuesen suficientes para inducir a Francia a tomar parte en la guerra, y si los comisionados llegaban a convencerse de que la franca cooperación de aquella potencia no podía obtenerse de otro modo, autorizábaseles para asegurar a S. M. Cristianísima que todas las islas de las Indias occidentales que se tomasen durante el curso de la guerra se le cederían en absoluta propiedad, comprometiéndose los Estados Unidos a facilitar los auxilios necesarios en lo tocante a buques de guerra y víveres.

A los comisionados de España se les encargó que se hiciesen proposiciones semejantes. Guillermo Lee fue designado para ir a Viena y Berlín; Ralph Izard marchó para avistarse con el duque de Toscana, y el Dr. Franklin se dirigió a España, donde fue luego reemplazado por Arturo Lee.

La corte de Francia no quería separarse de la línea de conducta adoptada, y esperaba que los sucesos demostrasen evidentemente que los americanos estaban resueltos a mantener su independencia. Aquella nación no quería prestar su apoyo sino de una manera embozada hasta estar de todo punto convencida de la imposibilidad de una reconciliación; pero se permitió secretamente a los comisionados americanos que fletasen varios buques de los puertos de Francia para perseguir a los ingleses, y hasta se llevaron a dicha nación y se vendieron algunas presas cogidas al enemigo. Lord Stormont, ministro inglés, se quejó de la política observada por el Gabinete francés, pero su reclamación no dio más resultado que algunas contestaciones diplomáticas asegurándose que no volvería a suceder semejante cosa, contestaciones que se apreciaban en lo que valían, y que ninguno ignoraba que eran completamente inútiles. Las negociaciones siguieron su curso lentamente, como es fácil comprender, y entre tanto los comisionados se ocuparon con el mayor celo en acallar los

falsos rumores diestramente circulados por los comisarios ingleses respecto a la situación de los asuntos de América.

Dejaremos de hablar aquí de las relaciones extranjeras con los Estados Unidos, para reanudar nuestra interrumpida narración[207]. Ya se recordará que el Congreso juzgó prudente retirarse a Baltimore cuando se supo que se aproximaba el ejército británico y que Filadelfia caería inmediatamente en su poder. Aquellos pocos patriotas, no obstante, mostraron la mayor firmeza en medio de las rudas pruebas por que tuvieron que pasar, y su energía no les abandonó, ni tampoco se humillaron ni abatieron. Muy lejos de esto, resolvieron tomar las mas activas medidas en pro de la gran causa de la libertad, y acaso ningún hombre del país hubiera intentado el paso que ellos dieron, a no ser el mismo Washington.

No se le ocultaba al comandante en jefe que las amargas lecciones de la experiencia habían hecho comprender suficientemente al Congreso que era preciso organizar de una manera estable el servicio militar si se quería salvar la causa de América. En esta persuasión, dirigió el 20 de diciembre una memorable carta al presidente del Congreso, en la cual con notable firmeza y energía le manifestó claramente sus opiniones:

«Mis sentimientos como militar y como hombre, me han obligado a decir que ninguno tuvo nunca que luchar con tantos contratiempos como yo, e inútil es añadir que el sistema de alistamientos y la mal entendida organización de la milicia han sido el origen de todas nuestras desgracias y de la sensible acumulación de la deuda. Estamos viendo que el enemigo aumenta diariamente sus fuerzas con los descontentos, y esas fuerzas, cual otra bola de nieve que al rodar recoge nuevas partículas, irá acrecentándose a menos que se adopten enérgicas medidas para contener el progreso de las armas del enemigo. La milicia podría servir por el pronto, pero dentro de muy poco tiempo no debemos ya contar con ella porque se irá para no volver. Ejemplo de esto tenemos en Nueva Jersey, en Pensilvania. ¿Qué salvó a Filadelfia sino el río Delaware? ¿Puede haber nada más perjudicial que el sistema de dar diez dólares de premio a los individuos de la milicia que se enganchan para servir seis semanas, que vienen sin que sepáis como, que se van sin que sepáis cuándo, que consumen vuestras provisiones, dejan exhaustos vuestros almacenes, y se marchan luego en el momento mas crítico? Esos son los hombres que tengo a mis órdenes desde diez días a esta parte; esa es la base de que depende vuestra causa hasta que tengáis un ejército permanente bastante numeroso para oponerse al enemigo.»

Washington añadía a esto que en su concepto no eran suficientes para continuar la guerra los ochenta y ocho batallones que se había dispuesto organizar, y después de insistir en que era preciso aumentar el número, terminaba su carta con estas palabras: «Podrá creerse que me salgo de la línea que me imponen mis deberes y que adopto y aconsejo medidas con harta ligereza, pero mi carácter, mi situación y el haber consagrado mi vida a la causa de l- libertad, creo que es suficiente excusa para que se me dispense.»

Hondamente impresionado el Congreso ante aquellas importantes observaciones y hallándose lejos del teatro de la guerra, resolvió salir prontamente de apuros confiriendo ilimitados poderes a Washington y nombrándole de hecho Dictador militar. Después de haber declarado el Congreso que el injusto, pero determinado propósito que mostraba la Gran Bretaña, de esclavizar los Estados libres, había puesto los asuntos en tal situación que la existencia de la libertad civil dependía ya sólo del oportuno ejercicio de los poderes militares, dictó el siguiente acuerdo:

«El general Washington quedará desde ahora revestido de amplios poderes para organizar y reunir de la manera mas expedita, en los Estados Unidos, diez y seis batallones de infantería además de los que se votaron ya por el Congreso. También podrá nombrar los oficiales que juzgue necesarios, equipar tres mil hombres para caballería ligera, tres regimientos de artillería y un cuerpo de ingenieros, señalando a todos la paga que en su concepto fuere de dar. Asimismo se le autoriza para que recurra a cualquiera de los Estados a fin de que se le provea de la milicia que crea necesaria, pudiendo igualmente establecer almacenes donde sea conveniente, nombrar o suprimir

207 En la obra de Pitkin, vol. I, págs. 384-395 se habla más detalladamente sobre este punto.

oficiales hasta la categoría de brigadier general, tomar en donde quiera que se halle cuanto le haga falta para el ejército, y prender o desterrar a todos aquellos que rehúsen tomar parte en la concurrencia continental, o que no favorezcan la causa americana, enviando a los culpables a los Estados de donde sean naturales para que se les juzgue por el delito en que hubieren incurrido.»

Estos poderes extraordinarios se confirieron a Washington por el término de seis meses, a menos que el Congreso no tuviese a bien retirarlos antes de expirar dicho plazo. Al notificar al Congreso que quedaba enterado de aquella medida, el comandante en jefe aseguró que haría cuanto le fuese posible para usar debidamente de las autorizaciones que se le concedían y que eran para él la mayor prueba de distinción. «Si mis esfuerzos —decía Washington— no se viesen coronados con el feliz éxito que yo deseo, confío que se achacará la falta a la verdadera causa, es decir, a la aflictiva situación de nuestros negocios y a las dificultades con que tengo que luchar, pero nunca a la falta de celo por mi país y sus intereses, que siempre he defendido y defenderé a todo trance.» En efecto, el comandante en jefe hizo uso de los poderes que se le acababan de conceder con toda la prudencia, sagacidad y espíritu patriótico que siempre le distinguieron.

Entre tanto, en Inglaterra, las mayorías de ambas Cámaras del Parlamento apoyaron al ministerio en todas las violentas medidas que adoptaba, y aunque un pequeño grupo en el cual figuraban hombres de distinguido talento, que temblaban por la libertad de la Gran Bretaña si se persistía en proceder contra los colonos, se opuso a los proyectos del Gabinete, la gran masa del pueblo optaba por la guerra, con tanta más razón, cuanto que la desgraciada campaña de los americanos en 1776 indujo a muchos a creer que aquella se acabaría muy pronto.

Pero en medio de su popularidad, pronto empezaron a multiplicarse los apuros del ministerio, pues a consecuencia de las hostilidades con las provincias americanas, las Islas de las Indias occidentales inglesas empezaron a experimentar una gran escasez en los artículos de primera necesidad. Por aquella época también y cuando la flota se disponía para hacerse a la vela para volver a Inglaterra, descubrióse que los negros de Jamaica meditaban una insurrección, y como a consecuencia de las levas que se hicieron para el ejército de América, era muy escasa la guarnición de aquellas islas, los buques de guerra tuvieron que retrasar su marcha a fin de reprimir el movimiento. Gracias a esto, tuvieron tiempo los americanos para armar en corso algunos de sus barcos, y como a causa de una tempestad se dispersaron muchos de los buques de la flota inglesa, que acababa de hacerse a la vela, muchos de aquellos cayeron en poder de los cruceros, que como ya hemos dicho antes, estaban autorizados para ir a vender sus presas en los puertos de Francia.

La hostil conducta de esta nación empezó a ser tan manifiesta que el Gabinete inglés no pudo menos de protestar contra ella pero se contestó a sus observaciones como se acostumbra en tales casos, y continuó el tráfico de las presas hechas a los buques de la Gran Bretaña, aunque con alguna más reserva, siendo evidente que tanto Francia como España hacían sus preparativos de guerra. El ministro inglés no pudo menos de comprender que se preparaba la tormenta, y a fin de conjurarla dispuso entre otras cosas aumentar su escuadra con diez y seis buques más.

El día 21 de octubre se abrió el Parlamento, y en el discurso de la Corona manifestó S. M. que le hubiera complacido en extremo asegurar que habían terminado los disturbios de las rebeldes colonias y que el pueblo de América reconociendo sus errores, estaba dispuesto a prestar obediencia; pero que los jefes eran tan tenaces que habían renunciado abiertamente a continuar sus relaciones con la madre patria, rechazando toda proposición conciliatoria. El rey añadió que si no se dominaba la rebelión podrían seguirse perjuicios, no sólo al comercio de la Gran Bretaña, sino al sistema general de Europa; que la conducta de los colonos convencería a todo el mundo de cuán necesarias eran las medidas adoptadas, y que si bien el éxito obtenido por las armas inglesas prometía los más felices resultados, hacíase preciso prepararse inmediatamente para otra nueva campaña. El monarca añadió, que aunque esperaba continuase la tranquilidad de Europa, sería oportuno aumentar los medios de defensa.

La contestación al discurso de la Corona se hizo en la forma acostumbrada, pero en ambas Cámaras del Parlamento se presentaron enmiendas; en la de los Comunes por Lord Juan Cavendish,

y en la de los Lores por el marqués de Rockingham. Después de un animado debate, se desechó al fin la enmienda en la Cámara de los Comunes por doscientos cuarenta y dos votos contra ochenta y siete, y en la de los Lores por noventa y uno contra veintiséis. Durante las sesiones del Parlamento se hicieron algunos esfuerzos para adoptar medidas conciliatorias, pero era tan poderosa la influencia del ministerio, que no se consiguió absolutamente nada, y los proyectos de los ministros recibieron la aprobación y fueron sancionados por el Parlamento.

Siendo muy alarmante el estado de los negocios en América, era por demás urgente hacer algo para reanimar el espíritu público sumamente abatido por la retirada de Washington, quien se consagró con el mayor celo a conseguir este fin. Cuando los americanos cruzaron el Delaware, aproximábase el invierno, y como el general británico no pensaba continuar sus operaciones durante aquella inclemente estación, tanto más, cuanto que esperaba aniquilar fácilmente a los enemigos, acantonó sus tropas mas bien con el objeto de que estuviesen preparadas a la marcha, que con el fin de batirse con un enemigo fugitivo. Como no temía ataque alguno, no pensó en distribuir convenientemente sus tropas para que se prestasen mutuo apoyo en caso de necesidad, y así es que estacionó un destacamento de unos mil quinientos hombres de las tropas de Hesse en Trenton, al mando del coronel Rahl, otros dos mil en Bordentown, mas allá del río, a las órdenes del conde Donop, y el resto del ejército se acuarteló entre el Hackensack y el Delaware.

Seguramente que a juzgar por las apariencias, no tenía Howe motivo alguno para temer nada de los americanos, sobre todo contando con una fuerza numerosa, bien disciplinada y engreída con la victoria, lo cual le autorizaba a despreciar el débil y reducido ejército de Washington. Es de presumir que a Howe no le ocurrió nunca que el comandante en jefe se aventurara a tomar la ofensiva, pero Washington, con las fuerzas que tenía a sus órdenes resolvió anticiparse a los movimientos del general inglés y dar un golpe que demostrara al enemigo, así como también a toda la América, que la causa de la independencia no era de ningún modo desesperada.

Washington formó pues sus tropas en tres divisiones, y acompañado de Greene y Sullivan se propuso cruzar el Delaware por McKonkey’s Ferry, a mueve millas de Trenton, para caer sobre las tropas de Hesse que se hallaban en aquella ciudad. La segunda división, a las órdenes del general Ewing, debía interceptar el paso de un puente por Assumpink, con el objeto de cortar la retirada al enemigo, y entre tanto la tercera, mandada por el general Cadwallader, cruzaría por más abajo, desde Bristol a Burlington. Si este plan se hubiera ejecutado en todas sus partes de la manera indicada, habríase conseguido seguramente apoderarse de toda la línea de los acantonamientos ingleses, mas por una serie de obstáculos con que no se contaba, el resultado no fue completamente satisfactorio.

Eligióse para la expedición el día de Navidad, porque sería muy probable que las tropas del enemigo estuvieran de fiesta, y por lo tanto, alejadas de sus puestos. La noche era intensamente fría; el Delaware estaba cuajado de masas de hielo flotante, y el viento que soplaba iba haciéndose cada vez más insoportable; pero los soldados, a quienes animaba la indignación por el ultraje inferido al pueblo de Nueva Jersey y por los insultos de los *Tories,* se hallaban dispuestos avencer o morir por su patria y por su libertad.

Washington pensó que su división podría pasar a media noche, pero hacía tan mal tiempo, hallábase tan obstruido el río y ocasionó tanto retraso trasportar la artillería, que ya eran las cuatro de la madrugada cuando el cuerpo de ejército comenzó a marchar en buen orden por la opuesta orilla. La oscuridad de aquella mañana de invierno aumentaba en intensidad a causa de una densa niebla que envolvía todos los objetos; el camino iba siendo cada vez más resbaladizo y la nieve azotaba el rostro de los expedicionarios. Conociendo que sería muy tarde cuando se llegara a Trenton, no se pensó ya en sorprender aquel punto; pero no quedando más alternativa que seguir adelante, Washington continuó su marcha por el camino alto, en tanto que Sullivan se dirigía por el bajo, y a eso de las ocho de la mañana, ambos jefes encontraron las avanzadas del enemigo, que haciendo fuego protegidos por las casas, retrocedieron hasta la ciudad y dieron la voz de alarma.

Los americanos les seguían tan de cerca que pudieron levantar una batería a la entrada de la calle principal antes que las asombradas tropas de Hesse pensaran oponer resistencia.

La situación de Washington pudo haber llegado a ser verdaderamente crítica, pues Rahl había recibido un aviso de Grant, participándole el proyectado ataque y cuándo debía empezar, lo cual obligó a este jefe a mantenerse alerta. Al anochecer del 25, un destacamento de americanos hizo fuego contra un piquete y se retiró al momento[208], pero como no ocurriese nada después, Rahl supuso que los enemigos habían desistido del ataque; y viendo que la noche era muy fría y tempestuosa, permitió a sus soldados que se retirasen a sus cuarteles. En aquel momento precisamente cruzaba Washington el Delaware.

Dícese que en la mañana en que tuvo lugar la sorpresa, Rahl, que había estado de broma toda la noche, se hallaba aun jugando a los naipes, cuando le sorprendió el redoble de los tambores americanos y las descargas de mosquetería. Comprendiendo lo que pasaba, dirigióse apresuradamente al cuartel, montó a caballo, se puso al frente de las tropas y trató de remediar su fatal descuido; pero todo fue en vano, pues a los pocos momentos cayó herido mortalmente y sus soldados le transportaron en sitio seguro. Entonces comenzó a cundir el desorden entre las tropas de Hesse, que trataron de huir por el camino de Princeton, donde les interceptó el paso un cuerpo de mil hombres, que situados allí prudentemente con aquel objeto, les obligaron a rendirse a discreción. Seis cañones, una considerable cantidad de armas y cuatro banderas fueron los trofeos de la victoria de Washington, que en aquel momento de triunfo no olvidó sin embargo los deberes de la humanidad, puesto que acompañado de Greene fue a visitar al jefe moribundo y dulcificó sus últimos momentos con esas palabras de generosa simpatía que un hombre valeroso debe dirigir a otro aunque defienda una causa opuesta.

Las divisiones al mando de Ewing y Cadwallader no consiguieron cruzar el río por la acumulación del hielo flotante y la imposibilidad de desembarcar la artillería; a no ser por esto, el cuerpo de caballería ligera que huyó de Trenton hubiera sido cogido, y del mismo modo Cadwallader habría prestado un gran servicio a Burlington.

En este ataque los americanos perdieron sólo cuatro o cinco hombres, dos de los cuales murieron helados, lo cual prueba cuánta era la intensidad del frío durante aquella noche. En la tarde del 26 de diciembre Washington volvió a cruzar el Delaware, llevando sus prisioneros y las armas y artillería que cogiera al enemigo. Aunque la empresa no salió bien en todas partes, fue completamente satisfactorio el resultado, tanto porque la dirigió el mismo comandante en jefe, como por el buen efecto que causó en el pueblo, a quien dejaron ya de inspirar temor las tropas de Hesse. Los prisioneros fueron revistados en las calles de Filadelfia para probar la realidad de la victoria, que negaban los amigos del Gobierno británico: renacieron las esperanzas de los americanos, que vieron en aquel suceso una prueba de que sus enemigos no eran invencibles, y esto bastó para convencerles de que la unión, el valor y la perseverancia asegurarían el éxito. Los ingleses por su parte se persuadieron de que tenían que luchar con un hombre no menos atrevido que prudente, cuya energía y constancia no era fácil doblegar, y que tan pronto estaba dispuesto a retirarse cuando lo juzgaba oportuno, como marchar sobre el enemigo buscando la ocasión de convertir una derrota en victoria[209].

Aunque el general Cadwallder no pudo atravesar el Delaware en tiempo oportuno, creyendo no obstante que Washington se hallaba aun en la parte de Jersey, cruzó el río el día 27 a unas dos millas de Bristol, con mil quinientos hombres, y aun cuando le dijeron luego que el comandante en jefe acababa de marchar a Pensilvania, él continuó hacia Burlington, y al día siguiente encaminóse a Bordentown, de cuyo punto se retiró el enemigo apresuradamente apenas le vio aproximarse. El

208 Gordon (vol. II, pág. 153) nos dice que el capitán Washington mandaba una partida de exploradores compuesta de unos cincuenta hombres, y que él fue quien hizo fuego a los ingleses, sin saber que avanzaban las fuerzas del comandante en jefe.

209 Hacia fines de año, el Congreso recomendó eficazmente la observancia de un día de ayuno, para rogar al Todopoderoso que perdonase los pecados del pueblo y protegiera al ejército americano. (Véanse los *Anales* de Holmes, vol. II, pág. 255.)

espíritu del pueblo se había reanimado en Pensilvania, y una numerosa milicia se puso de nuevo a las órdenes de Washington, quien volviendo a cruzar el Delaware el día 29, marchó sobre Trenton, donde a principios de enero de 1777 se encontró a la cabeza de cinco mil hombres.

Pero ya había cundido la alarma en todo el ejército británico y un considerable cuerpo de tropas, al mando del general Grant, se dirigió inmediatamente a Princeton, en tanto que Lord Cornwallis, que se disponía a marchar a Inglaterra, recibió orden para encargarse de nuevo del mando y dirigirse inmediatamente a Trenton juntamente con Grant. Al aproximarse aquellas fuerzas, trasladóse Washington a Assumpink-Creek, situándose luego en un terreno elevado frente a un riachuelo[210]. Las tropas británicas avanzaron en la tarde del 2 de enero, y estuvieron cañoneándose con el enemigo hasta la noche; pues Cornwallis, a quien sus oficiales instaban para que atacase inmediatamente, creyó más oportuno aguardar hasta la mañana, no dudando que así alcanzaría fácilmente la victoria.

Aquel fue un crítico momento para Washington y sus tropas: esperar el ataque hubiera sido una temeridad; intentar huir atravesando el Delaware era aun más peligroso, y habiéndose convocado el consejo de guerra a fin de tomar un partido u otro, adoptóse el atrevido plan de seguir la retaguardia de los ingleses, caer sobre sus almacenes de Brunswick y marchar luego desde Filadelfia a las montañas del interior de Nueva Jersey. No podía perderse tiempo en la ejecución de este plan, y por lo tanto enviáronse los bagajes por el río Burlington, mantuviéronse encendidas las hogueras, las patrullas hicieron su ronda ordinaria y para mejor engañar al enemigo, marcharon algunos hombres a trabajar en las trincheras de modo que los oyesen los centinelas. A eso de media noche, el ejército abandonó en el mayor silencio el campamento y se puso en marcha con dirección a Princeton dando un rodeo por Allentown.

Aunque era aquella la peor estación del año, el tiempo favoreció a los americanos, quienes temieron en un principio que el estado de los caminos no les permitiría hacer una marcha rápida; pero felizmente hubo un repentino cambio de la atmósfera, sopló un viento fuerte y seco que endureció la tierra, y entonces los soldados, persuadidos de que la Providencia les favorecía una vez más, emprendieron la marcha alegremente.

Cornwallis había dejado tres regimientos en Princeton al mando del coronel Mawhood, y como éste recibiera la orden de avanzar el 3 de enero, resultó de aquí que al amanecer de dicho día se avistaron los ingleses y las tropas continentales, con las que trabaron inmediatamente la lucha. Apostados los americanos detrás de un vallado, hicieron un fuego muy nutrido sobre sus contrarios, pero éstos calando bayoneta atacaron luego con tal impetuosidad, que obligaron a sus enemigos a huir precipitadamente abandonando su posición. Perseguidos y perseguidores se detuvieron sin embargo de pronto, al ver que se aproximaban las fuerzas mandadas por Washington, el cual viendo lo que sucedía, corrió presuroso a reunir sus desordenadas tropas, siendo aquella quizás la ocasión en que estuvo más expuesta su vida. Ingleses y americanos se formaron bien pronto en orden de batalla preparándose a continuar el fuego, en tanto que Washington, que se dejaba llevar de su ardor, se vio por algunos momentos en inminente peligro, sirviendo de blanco a las balas enemigas. Dios sin embargo quiso conservarle la vida para servir a su país, y viéndose ileso animó a su gente para que se lanzara al ataque; pero Mawhood, que estaba herido y que veía llegar nuevos refuerzos del enemigo, abandonó el campo dejando allí su artillería, y continuó precipitadamente su marcha para reunirse con Cornwallis.

Entonces Washington avanzó hacia Princeton, dispersó a un regimiento británico que encontró al paso e hizo varios prisioneros en la ciudad. La pérdida de los ingleses fue de cien muertos y trescientos prisioneros, mientras que los americanos sólo tuvieron treinta bajas incluso varios

---

210 Al hablar Marshall de lo importante que era para Washington obtener noticias secretas acerca de los planes de Cornwallis, dice que en aquel crítico momento Mr. Roberto Morris, valiéndose de su crédito particular, facilitó quinientas libras al comandante en jefe, quien las empleó en el objeto indicado, por no ser posible conseguirlo de otro modo. (*Vida de Washington*, vol. I, pág. 130.)

oficiales; la pérdida más sensible fue la del general Mercer, valiente y entendido militar, que herido mortalmente, expiró el 12 de enero, siendo aquella muerte profundamente sentida por sus paisanos.

Llegada la mañana, descubrió Cornwallis con el más profundo disgusto que Washington se le había escapado de entre las manos y por algún tiempo estuvo perplejo sin saber hacia qué punto se habría dirigido el jefe americano; pero bien pronto el estruendo del cañón que se oía hacia la parte de Princeton le hizo comprender lo que acababa de pasar, y justamente alarmado y temiendo cayesen en poder del enemigo los almacenes de Brunswick, marchó inmediatamente para evitar aquel contratiempo. Ya hemos dicho que el objeto de los americanos era dirigirse a marchas forzadas a Brunswick, donde estaban depositados todos los bagajes del ejército inglés, pero la fatiga de las tropas, que no habían comido ni descansado en dos días y dos noches, impidió que se llevase a cabo este plan. En su consecuencia, el general Washington continuó marchando hacia Morristown, y aunque Cornwallis le iba picando la retaguardia, los americanos cruzaron el río Millstone, rompieron luego el puente de Kingston y evitaron con esto la persecución. Ambos ejércitos se hallaban tan fatigados que ni el uno pudo continuar su marcha ni el otro su retirada, por cuyo motivo el general Washington tomó posición en Morristown en tanto que Cornwallis se dirigió luego a Brunswick, donde encontró a todos muy alarmados y dispuestos a trasladar los bagajes y defender la plaza.

Washington se acuarteló en Morristown, situándose entre unas colinas donde era difícil atacarle y desde las cuales podía retirarse fácilmente, cruzando el Delaware en caso necesario. Una vez hecho esto, dispuso que sus tropas descansaran un poco, recorrió luego la parte Este y Oeste de Jersey, extendió su ejército por el Raritan, y penetrando en el condado de Essex se hizo dueño de la orilla opuesta a la isla de Staten. Aunque Washington no disponía más que de un pequeño ejército, fueron tan acertados sus movimientos que pudo contrarrestar el progreso de los ingleses e impedir sus conquistas en Jersey. Brunswick y Amboy eran los únicos puntos que aun conservaba el enemigo en su poder, pero no sin verse continuamente hostilizados por los destacamentos americanos, que moviéndose en todas direcciones con incansable actividad, sorprendían a menudo las avanzadas británicas teniéndolas en continua alarma, gracias a su destructor sistema de guerra[211].

Ya hemos dicho que el día último de noviembre el general Howe publicó una proclama invitando al pueblo a que se sometiese al Gobierno británico, y prometiéndole protección tanto para las personas como para las propiedades; y ahora debemos añadir que muchos americanos, entre ellos José Galloway, que era miembro del Congreso de Pensilvania en 1774, abandonaron su país para unirse a los ingleses. El 25 de enero de 1777, antes de terminarse los sesenta días prefijados por Howe, y en virtud de los poderes extraordinarios que se le habían conferido, Washington circuló otra proclama en la cual disponía que todos aquellos que hubiesen aceptado la proposición de los comisionados británicos, pero que sin embargo desearan más bien aliarse con los Estados Unidos, deberían presentarse en los cuarteles del ejército continental para prestar el debido juramento, quedando en libertad de retirarse con sus familias los que prefiriesen la protección de la Gran Bretaña a las libertades y felicidad de su país. Washington añadía que aquellos que no cumplieran con esta orden en el término de un mes, a contar desde la fecha de la proclama, serían considerados como partidarios del rey de la Gran Bretaña, tratándoseles por lo tanto como enemigos de los Estados de América[212].

La proclama de Washington fue a no dudarlo asaz oportuna y produjo muy buen efecto. Intimidados por el mal aspecto que iban tomando los asuntos en América, cuando Washington se retiró a Pensilvania, un gran número de habitantes de Jersey, considerando su causa perdida,

---

211 Véase el apéndice primero al final del presente capitulo, donde se reproduce una carta del general Robertson al gobernador Livingston, de Nueva Jersey, y la contestación de este último, documentos ambos del mayor interés y que dan a conocer la situación de los negocios a principios de 1777.

212 Mr. Curtis observa que la legislatura de Nueva Jersey se mostró dispuesta a quejarse de esta medida de Washington, que calificó como una violación de sus derechos y soberanía. Uno de los delegados del Congreso de dicha colonia llegó hasta el punto de declarar que semejante medida era improcedente. Este es un curioso ejemplo de la celosa envidia que inspiraba la autoridad del Gobierno federal.

juzgaron prudente someterse a la autoridad británica, pero luego se vieron completamente chasqueados, porque en vez de protección sólo recibieron insultos de una licenciosa e insolente soldadesca. Entonces sus pasiones se exasperaron, sintieron renacer en sus pechos la sed de la venganza, y se prepararon a tomarla de las tropas británicas, para lo cual resolvieron unirse a la bandera de su país con más resolución y energía de la que nunca sintieron hasta entonces.

Considerando cuál había sido el resultado de las operaciones de Washington en la campaña, hacíase evidente que durante ella desplegó una energía sin ejemplo, dando pruebas de ser un consumado general, y esto produjo el más favorable efecto en todo el país. «Tan arriesgadas y admirables empresas —según dice Botta— coronaron de gloria al capitán general de los Estados Unidos y todas las naciones participaron del asombro de los americanos aplaudiendo igualmente la prudencia, la constancia y la noble intrepidez del general Washington. Un grito unánime le proclamó como el salvador de su país; todos le compararon con los más célebres guerreros de la antigüedad; todos le proclamaron como el *Fabio de América*; su nombre estaba en boca de todos: los más distinguidos escritores le ensalzaron a porfía y los más ilustres personajes de Europa lo elogiaron con entusiasmo. El general americano no necesitaba ya una causa que defender, ni ocasión para adquirir gloria, ni genio para elevarse, ni la fama que merecían sus triunfos, ni una generación de hombres que le rindiese homenaje.»[213]

Una de las más tristes consecuencias de la guerra es que ésta da lugar generalmente a que se cometan deplorables excesos y violaciones sin número, hijas de las mas brutales pasiones. Cuando el ejército real entró en Jerseys, los habitantes permanecían siempre dentro de sus casas, donde recibían muchas veces las proclamas de los comisionados; pero esto no impidió que muchos fuesen víctimas del saqueo y de los insultos, viendo con frecuencia destruidas sus propiedades sin distinción de personas. Los habitantes enseñaban sus cartas de seguridad, pero los soldados de Hesse no sabían ni querían leerlas, y por su parte los ingleses creíanse con derecho a participar del botín. El general Heister se constituyó en jefe de los que se dedicaban al saqueo, y él mismo puso a la venta pública la casa en que vivía en Nueva York, aun cuando no era propiedad suya, sino de una persona respetable que se la cedió temporalmente. Los bienes de los que estaban prisioneros fueron vendidos en pública subasta; los oficiales ingleses hicieron propiedad suya los carruajes de las personas más acomodadas, y aun cuando aumentaban las murmuraciones por los escandalosos abusos de la soldadesca, permitíase vergonzosamente que continuara el pillaje. No se miraba ni la edad ni el sexo: hombres, mujeres y niños quedaron materialmente en camisa sin tener nada con que cubrirse, ni una manta siquiera para resguardarse del riguroso frío de aquel invierno; todos los muebles se destrozaron y quemaron; hiciéronse pedazos las puertas y ventanas, y en una palabra, las casas quedaron inhabitables y sin provisiones, pues los soldados se llevaron los caballos, las vacas, las gallinas y todo en fin cuanto les cayó bajo las manos. El cuerpo de ejército que se hallaba cerca de Pennytown cometió semejantes depredaciones y abusos, y entre ellos cítase el de diez y seis jóvenes que huyeron a los bosques para no ser víctimas de la brutalidad de los soldados, los cuales se apoderaron luego de ellas para llevar a cabo sus infames designios.

Todos estos horrores dieron lugar a que se elevaran quejas en todos los puntos de América, quejas que hallaron eco hasta en Europa, principalmente entre los franceses, quienes prescindiendo de que fuesen partidarios de América y enemigos de Inglaterra, se distinguían siempre por sus sentimientos humanitarios. En todas partes se alzó un grito unánime para acusar al Gobierno inglés de haber resucitado en el Nuevo Mundo el vandalismo de los godos y la barbarie de las hordas del Norte, pero todo aquello fue seguramente más fatal para los autores que para las víctimas, pues los pocos amigos que aun conservaba Inglaterra convirtiéronse en enemigos sedientos de venganza.

Todos los ciudadanos, sin distinción de clases, corrieron a las armas con rabiosa furia para arrojar de su territorio a los que ellos llamaban infames ladrones, y de aquí resultó que los excesos del ejército real fueron. a no dudarlo más perjudiciales para la causa de los ingleses, que los esfuerzos de Washington o las resoluciones del Congreso. Si el general Howe y los que estaban bajo

---

213 *Historia de la guerra de la Independencia*, por Botta, vol. II, pág. 227.

sus órdenes hubieran observado la misma conducta que Carleton en el Canadá, tratando bondadosamente y de una manera caballerosa tanto a los prisioneros como al pueblo en general, es muy probable que todos aquellos que sólo para atender a su propia defensa se habían alistado bajo las banderas de Washington habrían permanecido, cuando menos neutrales, caso de no tomar las armas en favor del rey.

Un sentimiento de justicia nos obliga a consignar aquí que no fueron sólo los soldados ingleses los que cometieron excesos de toda especie. El afán del pillaje y del saqueo contaminó también a los americanos, quienes asaltaron las casas de los pobres habitantes de Nueva Jersey bajo el pretexto de que pertenecían a los realistas, llegando el caso de que los mismos oficiales diesen el ejemplo a sus soldados. De aquí resultó que las víctimas eran saqueadas por las tropas de Hesse y los ingleses, que les acusaban de ser rebeldes al rey, en tanto que por otra parte hacían lo mismo los americanos, fundándose en que eran adictos al monarca. Pero aquellos excesos llegaron a excitar tanto la indignación pública, que Washington, que deploraba hondamente semejantes actos, se vio precisado a publicar una proclama imponiendo las más severas penas a los perpetradores de tales enormidades[214].

A fin de que se tenga una idea de los sufrimientos y penalidades a que se hallaban sujetos los prisioneros durante aquella guerra, reproducimos aquí un extracto de la *Historia* de Gordon, obra de indisputable mérito. En el mes de enero, dice Gordon[215], el general Howe mandó poner en libertad a los prisioneros que tenía en Nueva York, y por ellos se supo cuánto padecieron durante su cautividad. La guarnición del fuerte Washington capituló en 16 de noviembre, entregándose al general Howe, con la condición que se considerase a los soldados como prisioneros de guerra y que los oficiales conservaran sus armas y bagajes, cuyos artículos se firmaron y publicaron luego en los periódicos de Nueva York.

Poco después el mayor Otho Holland Williams del regimiento de tiradores de Rawlings cayó prisionero en un encuentro y pronto pudo conocer por la altanería de los oficiales y la insolencia de la soldadesca del ejército británico, que no se le trataría muy bien, pues a muchos oficiales americanos les robaron los bagajes, las espadas y los sombreros y se les insultó groseramente. Al tercer día de hallarse preso, el mayor fue enviado con tres de sus compañeros a bordo del *Baltic-Merchant*, especie de hospital ambulante que se hallaba entonces en el Sound donde apenas hubiera tenido que comer a no ser porque un marinero, compadecido de su desgracia, le cedió parte de su ración. A los cuatro días el mayor y sus tres compañeros llamados Rawlings, Hanson y M'Intire, que por cierto estaban heridos, fueron llevados en un carro a la ciudad de Nueva York donde se les paseó por las calles para que sirviesen de escarnio, conduciéndolos luego a una especie de establo lleno de inmundicia situado en Hampden Hall, cerca de Bridewell, donde al fin se les permitió descansar de las fatigas que venían sufriendo diariamente.

El mayor y sus compañeros recibieron en la noche de aquel día algunos víveres pero tan escasos y de tan mala calidad que apenas se podían comer, y poco después supieron que la ración diaria de cada uno se compondría de seis onzas de tocino, un libra de bizcocho y una corta cantidad de carbón a la semana, aun cuando el frío era muy riguroso, lo cual aumentaba los padecimientos de los desgraciados cautivos. Los oficiales se veían insultados con frecuencia y hasta llegó el caso de que les pegaran por tratar de socorrer a sus compañeros. Al cabo de tres semanas el mayor pudo ya andar y fue testigo de la extremada miseria de sus conciudadanos, muchos de los cuales, no pudiendo sufrir tan riguroso tratamiento, hallaron en la muerte el fin de sus penalidades.

---

214 En la orden general publicada entonces, se decía lo siguiente: «El general prohíbe de la manera más terminante, tanto a la milicia como a las tropas continentales que se permitan saquear las casas de los habitantes bajo el especioso pretexto de que son Tories. Deber nuestro es proteger y auxiliar a los que se hallan perseguidos, en vez de aumentar sus miserias. Aquel que en lo sucesivo infringiera la presente orden será castigado severamente, y para que esto llegue a conocimiento de todos, el comandante de cada división se proveerá de una copia de esta orden para que se circulen inmediatamente otras a las tropas.»

215 *Historia de la Revolución americana*, vol. II, páginas 173–175.

No era fácil averiguar cuántos perecían, pero según sus observaciones y lo que oyó decir a varios oficiales, opinó el mayor que en muy pocas semanas murieron unos quinientos prisioneros en la ciudad de Nueva York, debiéndose principalmente esta espantosa mortandad a la falta de víveres y al excesivo frío. Cuando el comisario del rey manifestó a varios oficiales americanos que el general Howe tenía intención de ponerlos en libertad bajo palabra, todos se apresuraron a manifestar que aquel era su mayor deseo y firmaron una solicitud pidiéndolo, pues no se les ocultaba cuál sería el resultado de permanecer más tiempo en aquella situación. En prueba de ello baste decir que al poco tiempo murieron muchos de los que se habían ido, y por esto sin duda todos los oficiales fueron enviados en el mes de enero a Long-Island, bajo palabra, a fin de mejorar su triste condición. En cierta iglesia, donde se habían encerrado algunos prisioneros, encontráronse un día siete cadáveres, debiéndose esto sin duda a que el alimento que se daba a los pobres cautivos no era suficiente para conservar la vida, pues ni aun el pan se podía comer por su mala calidad. En medio de tantos sufrimientos fue admirable la firmeza de aquellos prisioneros, pues preferían la muerte más bien que alistarse en el ejército británico.

Después de la victoria obtenida por Washington en Jerseys, cesó algún tanto la malevolencia y crueldad de los realistas, y se dispuso canjear los prisioneros que aun existían, pero muchos de ellos cayeron muertos en las calles cuando se dirigían a los buques. El general Washington escribió al general Howe a principios del mes de abril, diciéndole lo siguiente: «El cruel tratamiento que habéis dado a vuestros prisioneros no puede justificarse en manera alguna a juzgar por el testimonio de los que obtuvieron la libertad. Su aspecto sólo, revelaba cuántos habían sido sus padecimientos, y ya que no esto, la muerte de muchos bastaría para corroborar mi aserto.»

Dejaremos aquí la narración de estos detalles de las miserias de la guerra, para hablar de otros acontecimientos ocurridos durante aquel año de penosas pruebas.

A principios de 1777 dispuso Washington que se vacunara a todo el ejército, pues la viruela había causado grandes estragos entre las tropas, cuya operación se hizo con el mayor secreto y lo más cuidadosamente posible, ordenándose luego a los médicos del hospital de Filadelfia que inoculasen a cuantos soldados pasaran por allí para reunirse con el ejército. En todos los puntos donde había tropas se tomaron las mismas precauciones, y de este modo se libró al ejército de una epidemia que a no dudarlo hubiera influido materialmente en el éxito de la próxima campaña. Semejante medida fue también un beneficio para toda la población, porque se hizo general la operación de la vacuna, y poco a poco la enfermedad variolosa desapareció casi por completo.

En la esperanza de que podría hacerse algo en Nueva York, Washington mandó al general Heath, que se hallaba en Highlands, que se dirigiese hacia la ciudad con un numeroso cuerpo de ejército. Hízolo así Heath, y presentándose ante el fuerte Independencia intimó orgullosamente a la guarnición a que se rindiese, amenazándola con pomposas frases; pero el enemigo no se intimidó por esto, y el jefe americano tuvo que retirarse al cabo de unos días sin hacer nada, y exponiéndose al ridículo por no haber acompañado con hechos sus palabras[216].

En vista de los planes probables de Howe para la campaña próxima, Washington no sabía qué medidas tomar para hacer frente a su enemigo con alguna probabilidad de éxito, pues sus fuerzas se hallaban muy reducidas; el pernicioso sistema de alistamientos iba produciendo siempre efectos desastrosos, y aun no podían dar su resultado las resoluciones tomadas por el Congreso respecto a la nueva organización del ejército. La enojosa cuestión de los grados y la elección de oficiales, así como las rudas pruebas por que había que pasar por ser entonces el servicio muy penoso, puesto que las tropas tenían que sufrir con frecuencia el hambre y el frío, hacía muy difícil llenar las bajas que iban ocurriendo. Por estas razones el comandante en jefe recomendó diariamente con la mayor eficacia a los Estados que apresurasen el alistamiento cuanto les fuese posible, a fin de hallarse preparado cuando se rompieran las hostilidades a principios de la primavera[217].

---

216 *Vida de Washington*, por Irving, vol. II, pág. 514.

217 En febrero de este año resolvió el Congreso que la bandera de los trece Estados Unidos se compusiese de trece tiras de tela encarnada y blanca alternadas entre sí, y que la Unión se figurase con trece estrellas blancas en campo azul,

En tanto que le llegaban refuerzos de Inglaterra, Howe envió una expedición a Peekskill para que se apoderase de los almacenes militares de los americanos, y mucho sentimos decir que a causa de la corta fuerza que guardaba aquel punto y de lo imprevisto del ataque, consiguieron los enemigos su objeto. Poco después, a fines de abril, dirigióse una segunda expedición, compuesta de dos mil hombres, al mando del gobernador Tryon, a la frontera de Connecticut, y cayó sobre Dambury con el objeto de destruir otros almacenes que tenía allí el ejército americano. La milicia de aquel Estado se batió valerosamente con el enemigo, mas no pudo impedir que éste consiguiese su objeto y se apoderara de todos los efectos militares, entre los que había más de mil tiendas de campaña muy necesarias entonces para los americanos. El bravo general Wooster tomó también parte en la lucha aunque tenía ya setenta y siete años, pero cayó mortalmente herido para no volverse a levantar. Arnold que se hallaba cerca del lugar del combate, se situó luego en Ridgefield para disputar el paso a los ingleses, pero tuvo que ceder ante éstos después de un reñido combate en el cual quedó herido. Las tropas británicas llegaron a poco a Nueva York, no sin haber quemado y destruido con una especie de salvaje frenesí todo cuanto encontraron al paso.

Deseando también los americanos probar suerte en aquella clase de expediciones, proyectóse en Connecticut un atrevido plan que tenía por objeto tomar la revancha del enemigo en Long-Island, a consecuencia de haberse averiguado que los ingleses habían reunido en Sagg Harbor considerables cantidades de forraje, grano y otros varios artículos necesarios para las tropas. Aquel punto, según se dijo, sólo estaba defendido por un destacamento de infantería y un bergantín de doce cañones, pues los ingleses se creían suficientemente protegidos con los demás buques de guerra que cruzaban el Sound, no creyendo por otra parte posible que el enemigo se atreviese a intentar nada sobre Long-Island. Pero a los americanos no les intimidaban los obstáculos, y habiendo resuelto sorprender a Sagg Harbor, el coronel Meigs, uno de los más intrépidos compañeros de Arnold en la expedición del Canadá, cruzó el Sound con tanta rapidez como destreza y llegó antes de romper el día al sitio donde estaban situados los almacenes. A pesar de la resistencia de la guarnición y las tripulaciones de los buques, Meigs quemó una docena de éstos que se hallaban en el muelle, destruyendo todo cuanto encontró al paso. Conseguido el objeto de la expedición, el coronel volvió sin experimentar pérdida alguna a Guilford, en Connecticut, llevando consigo muchos prisioneros.

Los americanos dieron pruebas de su humanidad en aquella expedición, pues se abstuvieron del saqueo y aun permitieron a los prisioneros que conservaran cuanto les pertenecía. El Congreso regaló con este motivo una espada al coronel Meigs, dándole públicamente gracias, así como también a sus bravos compañeros por el servicio que acababan de prestar.

Parece que los planes del general Howe para empezar la campaña estaban perfectamente calculados, y de haber tenido suficientes tropas y obrado con prontitud y vigor, es muy probable que habría obtenido un éxito completo; pero Howe no contaba con bastantes refuerzos, y aunque ya entraba la primavera, permaneció en una inexplicable inacción. Esta circunstancia favoreció a Washington, que poco a poco iba llenando las bajas; mas no habiendo conseguido penetrar los designios de Howe, ocupábase asiduamente en adquirir noticias a fin de averiguar qué punto atacaría primeramente el general británico. En aquella incertidumbre Washington tomó las medidas que le parecieron más oportunas, disponiendo que las tropas procedentes de las provincias del Norte se estacionaran en Ticonderoga y Peekskill y que las del sur ocupasen a Nueva Jersey, dejando luego algunas fuerzas para proteger la parte del oeste.

De este modo, si el general Howe marchaba sobre Filadelfia, encontraría de frente todas las fuerzas reunidas en Nueva Jersey, sin contar las acampadas en Peekskill, que podrían atacar al enemigo por el flanco derecho; si por el contrario se encaminaba hacia Albany, las mismas tropas podrían defender los pasos, en tanto que las de Nueva Jersey, situadas en las orillas del Hudson, atacaban el flanco izquierdo. Dado el caso de que las fuerzas inglesas del Canadá llegasen por mar para reunirse con las del general Howe en las playas de Nueva Jersey, las tropas de Peekskill debían

representando una nueva constelación.

unirse inmediatamente con las que ocupaban dicha provincia, componiendo así un formidable ejército para la defensa de Filadelfia. Por último, si el ejército del Canadá atacaba a Ticonderoga, las tropas de Peekskill podrían socorrer a las que estuviesen encargadas de la defensa de la fortaleza; mas como era muy importante para los Estados Unidos conservar a Filadelfia, el Congreso dispuso la formación de un campamento en la orilla oeste del Delaware con el doble objeto de recibir allí las tropas que llegasen de diferentes puntos y mantener una reserva por si acaso llegaba a necesitarse. En aquel punto debían reunirse también todos los reclutas de Pensilvania, reforzados por varios regimientos de tropas continentales. Arnold que se hallaba entonces en Filadelfia, fue nombrado jefe del citado campamento.

Habiendo recibido Washington una remesa de veinte y cuatro mil mosquetes que se acababan de traer de Francia, abandonó a Morristown, y hacia fines de mayo ocupó una fuerte posición en Middlebrood, a nueve millas de Nueva-Brunswick. El día l3 de junio el general Howe salió de este último punto ostensiblemente con la intención de atacar a Filadelfia, pero en realidad para arrojar a Washington de su posición, provocando una batalla general que el comandante en jefe quería eludir a todo trance. Al cabo de seis días y como viese Howe que no conseguía su propósito, hizo un movimiento retrógrado hacia Amboy, que obligó a Washington a retirarse a Quibbletown, y aunque el general inglés trató de cortarle el paso, el jefe americano se dirigió de nuevo a Middlebrook burlando sus esperanzas. Entonces Howe, viendo que no conseguía nada, dirigióse a la isla de Staten, evacuando a Jerseys.

Washington no acertaba a comprender qué se propondrían los ingleses con sus diversos movimientos, pues era sabido que Burgoyne, jefe de las fuerzas del Canadá, avanzaba sobre Ticonderoga, mientras que en Nueva York se hacían preparativos para una expedición marítima que lo mismo podría ser para marchar sobre Filadelfia que para atacar a Nueva Inglaterra con el objeto de auxiliar a Burgoyne. Era también probable que el fin de todas aquellas medidas fuera subir por el Hudson y unirse con Burgoyne. De todos modos Washington determinó marchar lentamente para acudir allí donde fuera más necesaria su presencia, pero cuando en el mes de julio se hizo a la vela la flota inglesa, retrocedió hasta el Delaware preparándose a defender a Filadelfia.

Durante aquella suspensión de hostilidades Washington pasó unos cuantos días en Filadelfia conferenciando con el Congreso, y allí fue donde vio por la primera vez al noble y generoso marqués de Lafayette. Los límites de nuestra historia no nos permiten entrar en detalles sobre las románticas aventuras de aquel personaje; baste saber que a la edad de diez y nueve años, entusiasmado por la causa de América, abandonó a su joven esposa, a quien amaba tiernamente, y a despecho de la prohibición del ministerio francés, que no quería auxiliar abiertamente a los americanos, compró un buque, y eligiendo unos cuantos compañeros, llegó al poco tiempo a América, donde presentó sus credenciales al Comité de Negocios Extranjeros. Al principio y como eran muchos los que deseaban obtener un puesto en el ejército, no obtuvo una contestación satisfactoria; mas al manifestar que deseaba servir como voluntario sin paga alguna, accedióse a sus demandas y se le confirió el grado de mayor general antes que hubiese cumplido veinte años[218]. Parece ser que Washington experimentó desde luego una irresistible simpatía por el joven patriota, y lo mismo sucedió a Lafayette respecto al grave comandante en jefe, a quien consagró el más sincero afecto. Washington invitó al marqués a que se considerase como en su propio país, y bien puede decirse que desde aquel momento quedaron unidos aquellos dos hombres por los lazos de una amistad indisoluble, que duró mientras vivieron y que se conservará siempre en la memoria de los hombres.

218 El acuerdo del Congreso, emitido en 31 de julio de 1777, estaba concebido en estos términos: «Como quiera que el marqués de Lafayette, impulsado por su amor a la causa de la libertad, por la que luchan los Estados Unidos, haya resuelto abandonar su familia y relaciones para venir aquí a sus propias expensas a ofrecer sus servicios, sin ambicionar recompensa alguna, y arriesgando su vida: Acordamos que sean aceptados sus servicios y que en consideración a su celo e ilustre familia se le confiera al grado de mayor general en el ejército de los Estados Unidos.»

Al llegar aquí es muy justo recordemos al lector que también otros hombres ilustres llegaron del antiguo mundo para auxiliar a nuestros padres en su lucha por la causa de la libertad. Kosciusko, Pulaski, De Kalb, Steuben y otros, son seguramente dignos de que citemos sus nombres.

El día 10 de julio, merced a un atrevido movimiento, hízose una importante captura que sirvió para rescatar a Lee. El general Prescott, que mandaba las tropas inglesas de Rhode-Island, hallándose perfectamente provisto de buques de guerra y con fuerzas muy superiores en número a las que pudieran reunir los americanos, cometió la imprudencia de descuidar por completo la guardia del punto que estaba encargado de defender. Deseando rescatar al general Lee, proyectóse un plan para sorprender al gemeral Prescott en sus cuarteles y cogerle prisionero, y en su consecuencia el teniente coronel Barton, a la cabeza de cuarenta hombres resueltos de la milicia, que conocían perfectamente aquellos sitios, se embarcó en unos botes, recorrió una distancia de diez millas evitando con la mayor destreza los buques del enemigo, y fue a desembarcar en la costa de Rhode-Island, entre Newport y Bristol Ferry. Desde aquel punto dirigióse aceleradamente y con el mayor sigilo al alojamiento del general Prescott, y apoderándose de los asombrados centinelas que guardaban la puerta, un ayudante de campo subió a la habitación del general y le arrestó sin darle tiempo ni aun para vestirse, conduciéndole luego con ayuda de sus compañeros al sitio donde acababan de desembarcar los atrevidos expedicionarios. Aquel suceso causó tanta satisfacción a los americanos como rabia al general Prescott, quien ya había sido canjeado anteriormente cuando cayó prisionero en el Canadá. Además de esto había cometido una grave falta poniendo a precio la cabeza del general Arnold como si fuese la de un asesino, insulto que aquel devolvió, ofreciendo una cantidad menor por la de su enemigo. El Congreso dio públicamente gracias al teniente coronel Barton y le regaló una espada, y por su parte el general Howe, que hasta entonces había rehusado canjear a Lee con ninguna condición, mudó bien pronto de parecer, y aquel oficial pudo volver a ocupar su puesto en cambio de Prescott.

Washington recibió noticias muy contradictorias acerca del rumbo que había tomado la flota de Howe. Unos dijeron que volvía al Hudson, otros que entraba en el Delaware, y no faltó por último quien asegurase que se dirigía hacia Charleston. Al fin, pasado algún tiempo y a fines del mes de agosto, averiguóse que los ingleses habían entrado en Chesapeake y que las tropas desembarcaban a la entrada del río Elk con la intención de marchar directamente sobre Filadelfia.

La distancia entre esta ciudad y el punto de desembarque podía recorrerse en muy pocos días, pues no cruzaban el camino grandes ríos ni había ninguna fuerte posición de que pudieran apoderarse los americanos. Al desembarcar el general Howe circuló una proclama prometiendo perdonar y proteger a cuantos se sometiesen; pero como el ejército americano estaba cerca, no produjo aquella mucho efecto.

Washington conocía perfectamente cuál era el carácter de la lucha en que se hallaba comprometido, y comprendiendo cuánta era la inferioridad de su indisciplinado ejército, comparado con las tropas veteranas de Sir Guillermo Howe, deseaba evitar una batalla decisiva; pero persuadido también del efecto que produciría en el ánimo del pueblo la toma de Filadelfia, resolvió hacer todos los esfuerzos imaginables a fin de oponerse en lo posible a los planes del ejército real. En su consecuencia dirigióse al punto donde se hallaba el general Howe, quien por falta de caballos, muchos de los cuales habían perecido en el viaje, no podía salir de Elk hasta el 3 de septiembre, y cuando vio que avanzaba el ejército inglés, cruzó el Brandywine, pequeño riachuelo que desemboca en el Delaware, y fue a situarse con el grueso de sus fuerzas frente a Chad’s Ford, por donde era probable que intentara pasar el ejército británico. Hecho esto envió al general Sullivan con un destacamento para que vigilara al enemigo y dispuso asimismo que el general Maxwell fuera con mil hombres de infantería ligera a ocupar las alturas que se hallaban al otro lado del Brandywine, a fin de escaramucear con los ingleses y retardar su marcha.

En la mañana del 11 de septiembre, el ejército británico avanzó en dos columnas; la derecha al mando del general Knyphausen se dirigió directamente a Chad’s Ford, mientras que la izquierda, a las órdenes de Lord Cornwallis, acompañado por el comandante en jefe y los generales Grey,

Grant y Agnew, marchó dando un rodeo a un punto llamado Forks, donde se unen los dos brazos del Brandywine, con el objeto de alcanzar la retaguardia de los americanos. El general Knyphausen se encontró bien pronto con la infantería ligera del general Maxwell; siguióse una corta escaramuza en la que obligó a su enemigo a retirarse, atravesando un riachuelo, para protejerse con sus baterías, y habiendo dispuesto luego que se colocaran algunas piezas en los puntos mas ventajosos, comenzó el cañoneo con los americanos.

Entre tanto el ala izquierda de los ingleses cruzó los vados que hay mas allá de Forks, movimiento del que tuvo noticia bien pronto el general Washington, si bien los informes que recibió de sus inexpertos exploradores eran tan confusos y contradictorios que entorpecieron mucho sus operaciones. Después de atravesar los vados, Lord Cornwallis tomó el camino de Dilworth, donde el general Sullivan, a quien se había encargado guardar aquel punto, ocupaba las alturas que se hallan más allá de la iglesia de Birmingham, con su ala izquierda extendida hasta el Brandywine, su artillería oportunamente colocada y protegido por los bosques su flanco derecho. A eso de las cuatro de la tarde Lord Cornwallis formó su línea de batalla dando principio al ataque, y aunque por algún tiempo se sostuvieron los americanos con la mayor intrepidez, viéronse obligados al fin a retirarse. Al percibir Washington que se había roto el fuego en aquella dirección, envió una brigada para apoyar a Sullivan, a las órdenes del general Greene, mas aunque éste recorrió cuatro millas en cuarenta y dos minutos, al llegar al sitio del combate, vio que la derrotada división de Sullivan se dispersaba en todos sentidos. Entonces cubrió la retirada del mejor modo posible, y encontrando una posición ventajosa renovó la lucha y pudo así evitar que se persiguiera a los vencidos.

Tan pronto como Knyphausen oyó las descargas de la división de Cornwallis, formó el paso de Chad’s Ford y atacando a las tropas que allí había, obligólas a retirarse con la mayor precipitación y desorden, en tanto que Washington y el cuerpo de ejército que iba a sus órdenes se retiraba con su artillería y bagajes a Chester, donde se detuvo a ocho millas del ejército británico hasta la mañana siguiente en que se dirigió a Filadelfia.

La batalla de Brandywine ocasionó grandes pérdidas a los americanos, tuvieron trescientos muertos, seiscientos heridos y cuatrocientos prisioneros, mientras que las bajas de los ingleses no excedieron de seiscientos hombres entre muertos y heridos. Lafayette recibió un balazo en una pierna que le imposibilitó por espacio de dos meses; el conde Pulasky se batió también con la mayor bravura, por lo cual le fue conferido el grado de brigadier general, confiándole el mando de la caballería, y habiéndose dispuesto abrir una información acerca de la conducta de Sullivan, nada resultó deshonroso para él.

Al día siguiente de la batalla, Howe envió a Wilmington un destacamento que después de arrestar a Mr. M’Kenley, gobernador del Estado de Delaware, que se hallaba en cama, se apoderó de una chalupa que había en el río, cargada de los más ricos efectos de algunos habitantes de aquel punto.

Después de permitir a su ejército que descansase un día, Washington volvió a cruzar el Schuylkill, marchando luego por el camino de Lancaster con la intención de encontrar al enemigo y renovar la lucha. Sir Guillermo Howe había pasado la noche del 11 de septiembre en el campo de batalla y a los dos días avanzó hacia Chester, situándose convenientemente en Wilmington, a donde se condujo también a los heridos. El día 15 el ejército americano, tratando de alcanzar el ala izquierda de los ingleses, llegó a Warren por el camino de Lancaster, punto situado a tres millas de Filadelfia; mas habiendo recibido allí noticia de que Howe se aproximaba con dos columnas, resolvió Washington salirle al encuentro y empeñar la acción.

Ambos ejércitos se prepararon a la lucha, y ya las avanzadas habían empezado a escaramucear, cuando les separó una copiosa lluvia que hizo absolutamente necesaria la retirada de los americanos, tanto más cuanto que sus armas se hallaban en muy mal uso, pues las cartucheras de algunos, construidas apresuradamente, no resguardaban del agua las municiones, y muchos soldados carecían de bayonetas. Suspendióse pues la batalla y el ejército continuó retirándose durante todo el día y una gran parte de la noche, sufriendo una incesante lluvia que puso en muy

mal estado los caminos. Algunas horas antes de amanecer detuviéronse las tropas en Yellow Springs, donde se observó con la mayor inquietud que a causa del agua no podía dispararse ningún mosquete ni hacerse uso tampoco de las municiones, por cuyo motivo se retiró el ejército a Warwick, situado al sur de French Creek, a fin de buscar algunas armas y pólvora para disputar el paso del Schuylkill.

El general Wayne se había apostado a la cabeza de un destacamento de quinientos hombres a la izquierda del ejército inglés, con objeto de hostigarle en su marcha; mas habiéndose tenido noticia de esto, el general Grey sorprendió a su enemigo en la tarde del 20 de septiembre con tan buena suerte que después de haber matado o herido sólo con un ataque a la bayoneta unos trescientos hombres, cogió cerca de cien prisioneros y se hizo dueño de todos los bagajes de los americanos. Grey no tuvo más que cuatro muertos y tres heridos. Habiéndose censurado a Wayne por este descalabro, pidió presentarse ante un consejo de guerra, en el cual se vindicó honrosamente.

Comprendiendo que era muy urgente abandonar en el acto a Filadelfia, el Congreso hizo trasladar los almacenes militares, mas no dejó de ejercer su autoridad hasta el último momento, y lejos de retirar su confianza a Washington, concediéronsele más amplios poderes que antes, autorizándole entre otras cosas para que se apoderase de todas las provisiones necesarias al alimento del ejército, que deberían pagarse por medio de certificados, y asimismo para que juzgara ante un consejo de guerra a cuantos prestaran auxilio a los ingleses, suministrándoles armas, víveres o municiones. También se exigió a los ciudadanos de Filadelfia, antes que este Estado cayese en poder del enemigo, que facilitaran un surtido de mantas, zapatos y ropa blanca, muy necesaria entonces para el ejército. Era muy sensible verse en la precisión de tomar semejante medida, mas no podía pasarse por otro punto, y Alejandro Hamilton, entonces teniente coronel, se encargó de aquella difícil y delicada misión, que inútil es decir desempeñó con la energía y prudencia posibles en semejantes circunstancias[219].

En la tarde del 18 de septiembre, el Congreso abandonó a Filadelfia por segunda vez, dirigiéndose primero a Lancaster y luego a Yorktown en cuyo punto permaneció por espacio de ocho meses, hasta que el ejército británico evacuó a Filadelfia. En la tarde del 22 de septiembre, Sir Guillermo Howe, contrariamente a lo que esperaba el jefe americano, atravesó el Schuylkill por Fatland y Gordon’s Ford, y después de acamparse con el grueso de su ejército en Germantown, pueblo situado a siete millas de Filadelfia, púsose en marcha el 26 con un destacamento de sus tropas y tomó tranquilamente posesión de la ciudad, donde fue recibido cordialmente por los cuáqueros y los realistas.

Al recibir noticias Lord Howe del buen éxito que había obtenido en Brandywine el ejército real a las órdenes de su hermano, abandonó el Chesapeake e hizo rumbo hacia el Delaware, donde llegó el 8 de octubre. Tan pronto como el general Howe hubo tomado posesión de Filadelfia dispuso que se practicaran algunos trabajos para despejar la corriente del río a fin de ponerse en comunicación con la flota.

Los americanos, que trabajaron activamente para obstruir la navegación del Delaware, habían interceptado el paso del canal arrojando en éste, un poco más abajo del sitio por donde el Schuylkill desemboca en el Delaware, una porción de grandes vigas, que unidas entre sí por fuertes chapas de hierro, se cruzaban desde una a otra orilla del canal. Aquel punto se hallaba dominado por varias fortificaciones levantadas en las isletas, así como también por algunas baterías flotantes.

Como quiera que los destacamentos empleados en aquellos trabajos disminuían algún tanto el número de tropas del ejército real, Washington que estaba acampado en Skippack Creek, al norte de Schuylkill, a unas diez y siete millas de Germantown, proyectó entonces un ataque sobre este punto. Germantown se componía solamente de una calle de dos millas de largo, y la línea del campamento

219 No dudamos que el lector verá con el mayor interés el informe presentado al Gran Jurado en aquella época por Juan Jay, jefe de justicia del Estado de Nueva York, cuyo documento se hallará en el Apéndice que hay al final del presente capítulo.

inglés dividía al pueblo casi en ángulos rectos, hallándose a la izquierda cubierta por el Schuylkill. El jefe americano que había recibido un refuerzo de tropas de quinientos hombres de Peekskill y mil de la milicia de Virginia, marchó sobre Skippack Creek en la tarde del 3 de octubre, y al amanecer del día siguiente atacó al ejército real. Después de un corto combate encontróse con las avanzadas que había a la entrada del pueblo, y dividiendo entonces su ejército en cinco columnas, prosiguió la lucha; mas el teniente coronel Musgrave del regimiento número cuarenta que había conservado consigo cinco compañías, lanzóse a una gran casa de piedra del pueblo, perteneciente a Mr. Chew, y una vez dueño de aquella posición contuvo por mucho tiempo a la mitad del ejército de Washington.

En vez de rodear la casa con suficientes fuerzas, avanzando luego rápidamente con las demás tropas, entretuviéronse los americanos en atacar aquel punto que los ingleses defendían obstinadamente, cuya dilación fue causa de que se dejara pasar el momento crítico, dando lugar a las tropas reales a que se reuniesen y se prepararan para el ataque o la defensa. El general Grew llegó bien pronto en auxilio del coronel Musgrave, y el combate se generalizó, mas al fin los americanos comenzaron a ceder retirándose con toda su artillería. Como aquella mañana era muy nebulosa los americanos no pudieron combinar y conducir bien las operaciones, pero aquella circunstancia misma les favoreció para efectuar su retirada, ocultando sus movimientos al enemigo.

En este encuentro los ingleses perdieron seiscientos hombres entre heridos y muertos, siendo de estos últimos el brigadier general Agnew y el coronel Bird, oficiales de distinguida reputación. Los americanos tuvieron poco más o menos las mismas bajas, pero el enemigo les cogió además cuatrocientos prisioneros. Después de la batalla, en la que se nos olvidaba decir pereció también el general Nash de la Carolina del Norte, Washington volvió a su campamento de Skippack Creek[220].

Pero aunque el ejército inglés había conseguido rechazar a los americanos, no por eso era su situación muy desahogada, ni tampoco podría sostenerse en Pensilvania fácilmente, a menos que se abriera la navegación del Delaware a fin de establecer las comunicaciones entre la flota y el ejército. La parte superior del canal se hallaba protegida por el fuerte Mifflin, construido en una isla pantanosa del Delaware llamada Mud-Island, que se formaba de una acumulación de arena y plantas vegetales, y por un reducto conocido con el nombre de Red Bank, situado hacia la parte de Jersey. A corta distancia de Mud-Island y casi formando una misma línea con ella, se encuentran otras dos llamadas Province y Hog, y entre éstas y un banco del río extendíase un estrecho canal suficientemente profundo para que calasen buques de mediano porte. Ahora bien, apoderarse de los fuertes Mifflin y Red Bank y abrir la navegación del Delaware era lo más esencial e importante para ocupar a Filadelfia, y a fin de facilitar las operaciones, Gowe se trasladó el 19 de octubre con su ejército desde Germantown a las inmediaciones de aquel Estado, donde acampó convenientemente.

Hecho esto, dio orden al conde Donop, oficial alemán, para que con mil doscientos hombres de las tropas de Hesse marchara a tomar el fuerte Red Bank. Esta fuerza cruzó el Delaware por Filadelfia en la tarde del 21 de octubre, y a la mañana siguiente llegó al punto de su destino. El conde Donop intimó la rendición del fuerte, pero el coronel Greene, de Rhode-Island, jefe del reducto, contestó que la defendería hasta el último extremo, por lo cual dispuso Donop que sus tropas se lanzasen inmediatamente al asalto, arrostrando el fuego de la guarnición, de los buques de guerra americanos de las baterías flotantes del rio. Al poco tiempo el conde Donop se hizo dueño de una de las obras avanzadas, mas no pudo conseguir otra cosa, pues cayó mortalmente herido, así como también su segundo, y después de un desesperado combate que les ocasionó grandes pérdidas, los sitiadores tuvieron que abandonar el campo. El conde quedó prisionero y de allí a poco falleció de sus heridas.

---

220 Al recordar Mr. Sparks esta batalla, habla del buen efecto que causó en la opinión el conde de Vergennes, quien manifestó a los comisionados americanos en París, «que le admiraba que el general Washington se hubiera atrevido a presentar la batalla al general Howe, y que conseguir esto de un ejército organizado en un año prometía mucho.» Tanto por esta como por otras circunstancias, es evidente que el Gobierno francés se informaba acerca de los movimientos militares de Washington, y no hay duda que la reputación del comandante en jefe influyó en gran manera para decidir al Gobierno de aquella nación a favorecer la causa americana.

Pero no fue esto todo: la flota que había cooperado en el ataque fue igualmente desgraciada. Los buques de guerra *Augusta, Roebuck, Liverpool, Pearl* y *Merlin,* que habían aprovechado la marea para acercarse al fuerte y vigorizar el ataque, vieron a su vuelta que las obstrucciones del río habían alterado el curso de las aguas, que dejaron en descubierto bancos que antes no existían, de lo cual resultó que la *Augusta* y el *Merlin* quedaron encallados, sin que fuera posible sacarlos a flote a pesar de los grandes esfuerzos de la tripulación. Cuando vieron los americanos por la mañana lo que había pasado, rompieron el fuego sobre los buques y enviaron luego brulotes para incendiarlos, cuyo objeto no tardó en conseguirse, pues las llamas envolvieron inmediatamente el *Augusta*, y con gran dificultad pudo salvarse la tripulación, si bien perecieron el segundo, el capellán y un cabo de cañón. El *Merlin* quedó abandonado y fue luego destruido.

A pesar de estos contratiempos lleváronse a cabo con la mayor actividad las operaciones necesarias para apoderarse de los fuertes del río. Se levantaron desde luego baterías frente a Mud-Island, mas a causa de la dificultad de construir obras en terrenos pantanosos y de transportar la artillería pesada, empleóse mucho tiempo antes de conseguir que se hallasen aquellas en estado de funcionar. Los ingleses se apoderaron también de Province Island, en cuyo punto aunque se hallaba casi inundado, se construyeron también algunas obras.

El día 15 de noviembre estaba todo preparado para atacar vigorosamente el fuerte Mifflin, y el *Vigilante*, buque armado con cañones de grueso calibre, cruzó el estrecho entre las islas Hog y Province a fin de ir a situarse frente a la parte mas débil del fuerte. El *Isis*, el *Somerset*, el *Roebuck* y otras varias fragatas se dirigieron por el canal principal para situarse también convenientemente.

La corta guarnición del fuerte Mifflin que no excedía de trescientos hombres, había hecho todos los esfuerzos posibles para oponerse y retardar las operaciones de la flota británica y del ejército, y en aquella desesperada crisis no les abandonó el valor a los americanos. Al poco tiempo empezó un terrible cañoneo contra el fuerte, tanto por la batería de los ingleses como por los cañones de los buques, que aunque contestado vigorosamente por las baterías flotantes de los americanos, no impidió que a las pocas horas quedase el fuerte demolido y desmontados sus cañones. Viendo la guarnición que ya no se podía sostener, retiróse en sus buques durante la noche, y a los dos días el fuerte Red Bank cayó también en poder de los ingleses, por haberle abandonado su guarnición al ver que se aproximaba Lord Cornwallis.

Como los barcos americanos se encontraban ya sin apoyo, retirándose por la parte de Jersey, cruzaron las baterías por Filadelfia durante la noche y consiguieron escaparse la mayor parte de ellos, pero fueron luego destruidos. De este modo quedó abierta la navegación del Delaware, estableciéndose las comunicaciones entre la flota y el ejército, pero la defensa del río había sido tan obstinada que se empleó mucho tiempo en despejarlo.

Habiendo recibido Washington un refuerzo del ejército del Norte, después de haberse terminado la campaña en aquel punto, abandonó su campamento de Skippack Creek, y aproximándose a los ingleses, ocupó una ventajosa posición en White Marsh, a catorce millas de Filadelfia. Allí tenía de frente un extenso valle bañado por un riachuelo y su derecha se hallaba protegida por una espesa estacada de troncos de árboles cortados en punta.

Creyendo Sir Guillermo Howe que animado Washington con los refuerzos que acababa de recibir probaría suerte en una batalla a fin de recobrar la capital de Pensilvania, o bien que le sería posible atacarle ventajosamente en su posición, salió de dicho estado en la tarde del 4 de diciembre, y a la mañana siguiente se situó en Chestnut Hill, frente al ala derecha del ejército americano. Durante los dos días siguientes el general Howe hizo varios movimientos, pasando por delante del campamento enemigo, y aun hubo algunas escaramuzas; pero Washington no quiso salir de sus líneas, y no juzgando prudente el general inglés atacarle en aquella posición, ni viendo probabilidades de empeñar una batalla decisiva, volvióse con su ejército a Filadelfia el 8 de diciembre. En aquella fecha eran poco más o menos iguales en número las fuerzas de ambos ejércitos, cada uno de los cuales contaría con unos catorce mil hombres, mas el general Washington

resolvió abandonar a White Marsh y fue a tomar cuarteles de invierno en Valley Forge, a unas veinte millas de Filadelfia.

Cuando la campaña era más activa, los ingleses contaban con mayor número de tropas, y aunque a principios de diciembre fuesen iguales las fuerzas de ambos ejércitos, había sin embargo una gran diferencia en las circunstancias de cada uno. La gente del general Howe se componía de veteranos acostumbrados a la más exacta disciplina y subordinación, armados perfectamente y bien provistos de cuanto necesitaban, pero los hombres de Washington eran bisoños en su mayor parte, que además de no conocer la disciplina no tenían buenas armas ni conocimiento alguno del arte de la guerra. Por esta razón los americanos no podían hacer frente a las tropas reales, y así es que Washington se vio siempre precisado a ocupar fuertes posiciones, observando la mayor prudencia en todos sus movimientos, lo cual no impidió que fuese batido en Brandywine y rechazado en Germantown, si bien el general Howe no obtuvo en la campaña más resultado que posesionarse de Filadelfia para establecer allí buenos cuarteles de invierno.

Apéndice al capítulo 2.

I. CARTA DEL MAYOR GENERAL ROBERTSON
A S. E. EL GOBERNADOR DE LIVINGSTON.

Nueva York 4 de enero de 1777.

Muy Sr. mío: Ocupado diariamente en aliviar las penas y disgustos de muchas personas sin poner en peligro nuestra propia seguridad, me veo interrumpido a cada momento por las infinitas reclamaciones a que ha dado lugar la noticia de que deben ser juzgados en Jersey los oficiales del rey que cayeron prisioneros en 27 de noviembre, así como también Mr. Juan Browne, acusados todos de alta traición, y que en breve serán ahorcados Mr. Hiff y otro prisionero cuyo nombre no recuerdo.

Aunque yo no estoy autorizado para hacer nada en este asunto, desearía evitar escenas dolorosas, y esto justifica que amistosamente me tome la libertad de rogaros que interpongáis vuestra influencia a fin de evitar se adopten medidas que inspirando actos de venganza en vuestros contrarios, nos harían odiosos a nuestros mismos amigos.

No necesito deciros cuáles serían las crueles consecuencias de semejante proceder, y esperando que atenderéis a mi recomendación, me ofrezco como siempre vuestro humilde S. S.

Jaime Robertson

P. D. En el momento de recibir la noticia de que os hablo, llega a mis oídos un grito de muerte; yo estaba firmando las comunicaciones para que Fell y el coronel Reynold fuesen puestos en libertad bajo palabra, y aun cuando se me ha dicho que se les condenaba a la última pena, no puedo creer que se lleve a cabo tan cruel medida donde es respetada vuestra autoridad y ejercéis un dominio absoluto.

Al caballero *Guillermo Livingston*, etc., etc.

II. CONTESTACIÓN DEL GOBERNADOR LIVINGSTON.

7 de enero de 1777.

Muy Sr. mío: He recibido vuestra carta de 4 del actual, y contesto a ella informando acerca de varios oficiales al servicio del rey cogidos prisioneros en la isla de Staten, y de un tal Browne, que se titula diputado comisario, así como también de Hiff y otro prisionero (supongo que será Juan Mee) que han sido ahorcados últimamente.

Buskirk, Early Hammel, que son según presumo los oficiales de que me habláis, y el citado Browne me fueron enviados por el general Dickinson, que los cogió prisioneros en la isla de Staten. Viendo que todos ellos eran súbditos de aquel Estado, contra el cual habían incurrido en el delito de

traición, la Junta de Seguridad resolvió enviarlos a la cárcel de Trenton, y entonces yo manifesté al general Washington que si quería considerar a los tres primeros, que eran oficiales británicos, como prisioneros de guerra, no dudaba que la citada Jnnta quedaría satisfecha. El general Washington me contestó que estaba conforme, y por lo tanto esos oficiales están a su disposición hasta que el comisario disponga de ellos. Me han dicho que Browne cometió varios robos antes de marcharse a la isla de Staten, y al unirse ahora a los enemigos de su país, incurrió en nuevo delito que no hará olvidar seguramente los anteriores. Sin embargo, si el general Washington quiere considerarlo también como prisionero de guerra, yo no me opondré a ello.

Hiff sufrió la pena de muerte después de juzgado y reconocido culpable del delito de alistar reclutas para el ejército inglés, con los cuales se le cogió cuando se dirigia a la isla de Staten. Mee, que era compañero suyo, fue acusado del mismo crimen.

Si estos hechos pudieran induciros a tratar más severamente a los que los azares de la guerra han puesto en vuestro poder, me permitiréis os diga que no es ese el modo de buscar paliativos contra los actos de inhumanidad. Mucho siento que lleguen con tanta frecuencia a vuestros oídos gritos de muerte; yo creo que los que exhalan los infelices prisioneros que tenéis en las cárceles de Nueva York, y a quienes se deja perecer indiferentemente, tratándolos de una manera cruel, son los que más deben molestaros.

Con este motivo me ofrezco vuestro afectísimo S. S.

Guillermo Livingston

Al caballero *Jaime Robertson*, etc., etc.

P. D. Suponéis que ejerzo una autoridad que no deseo ni he ambicionado nunca, y no conozco tampoco a ningún hombre de este Estado que tenga dominio sobre nadie. En eso precisamente consiste nuestra dicha y nuestra superioridad sobre el tiránico sistema de que nos hemos libertado. En Nueva Jersey, caballero, sólo las leyes dominan.

III. INFORME DEL JUEZ JAY.

Informe entregado por Juan Jay, jefe de justicia del Estado de Nueva York, al Gran Jurado del Supremo Tribunal de Kingston, en el condado de Ulster en 9 de setiembre de 1777.[221]

SEÑORES:–Me complazco en daros mi más cumplida enhorabuena por la inauguración de ese Gobierno libre, tranquilo y pacífico que ahora empieza a funcionar, sustituyendo a ese periodo de anarquía, confusión y licencia, debido a la dominación arbitraria y violenta que el rey de la Gran Bretaña trataba de ejercer en los Estados de América. También me congratulo al observar que los primeros frutos de vuestra excelente Constitución empiezan ya a recogerse en una parte de este Estado, cuyos habitantes se han distinguido suficientemente para merecer tal recompensa.

Éste es uno de aquellos casos en que la Divina Providencia se ha servido de la tiranía de los príncipes como un instrumento para romper la cadenas de sus súbditos, haciendo que los más pérfidos designios produzcan las mejores consecuencias para aquellos que debían ser víctimas del despotismo.

El infatuado monarca de la Gran Bretaña, olvidando sin duda que los reyes deben ser los padres y no los tiranos de su pueblo, destruyó vuestras primitivas Constituciones, dando lugar a que sobre las ruinas de aquellas se organizase un sistema de Gobierno más conveniente; y al querer dominaros en todos los casos sin excepción alguna, os ha obligado felizmente a declararos libres e independientes de su autoridad.

Aquel que compare vuestro estado actual con vuestra primitiva Constitución, tendrá suficiente motivo para alegrarse del cambio, conviniendo en que todas las calamidades resultantes de esta guerra serán compensadas por los muchos beneficios que debéis a vuestra gloriosa revolución, en la

221 *Advertencia*.—El presente informe se entregó cuando la Asamblea y el Senado se estaban reuniendo a fin de organizar el Gobierno con arreglo a la Constitución. Las personas más respetables del condado tomaron parte en las sesiones.

que hemos recibido tantas pruebas del favor de la Divina Providencia, que no es dable dudar que deje de llevarse a cabo felizmente.

Esa revolución que empezó y se ha seguido de una manera tan singular, y hasta diré tan milagrosa, que cuando las futuras generaciones lean su historia, podrán acaso considerarla como una fábula. Lo que entre otras cosas puede parecer más increíble, es que en un siglo ilustrado, en un pueblo cristiano que se distingue por su civilización, en un país tan célebre por sus sentimientos humanitarios y su amor a la libertad y a la justicia, como lo era la Inglaterra en otro tiempo, se haya presentado un príncipe que sólo por la influencia de la corrupción haya querido reducir a la esclavitud a tres millones de sus más leales y respetuosos súbditos, alegando un derecho que sólo pertenece a Dios. Lo que aun parece más imposible, por más que sea cierto, es que ese príncipe y su nación se hayan hecho sordos a las humildes súplicas y peticiones de todo un pueblo, resolviendo llevar a cabo por la violencia y la fuerza, designios que rechazaban los principios de humanidad, de gratitud y sana política; designios que se hubieran calificado de execrables aunque fuéramos salvajes y enemigos, y no hombres que se consideran hermanos por la nacionalidad, y que bajo la misma bandera han peleado en los campos de batalla en apartados climas.

¿No es verdaderamente admirable que trece colonias, objeto de tan pérfidos designios, divididas por sus varios Gobiernos y diversidad de costumbres, se convirtiesen de pronto en un pueblo, y aunque sin fondos, sin armas, sin tropas disciplinadas y a la faz de sus enemigos resolviesen unánimemente proclamarse libres de la dominación de la Gran Bretaña, rechazando la fuerza con la fuerza y encomendando su causa a la justicia del Altísimo? ¿No es asombroso que a pesar de estas dificultades hayan conseguido organizar ejércitos, buscar fondos, sostener el comercio, hacerse ricos con los despojos de sus enemigos y desafiar a los ejércitos ingleses, a los mercenarios de Alemania y a los salvajes del desierto? Pero por muy increíbles que parezcan estas cosas no por eso dejan de ser una verdad, y siempre pensaremos que los notables sucesos merced a los cuales fueron rechazados nuestros enemigos para librarnos del yugo de la Gran Bretaña, son otras tantas pruebas de la intercesión de la Divina Providencia, y en vez de enorgullecernos con nuestras proezas y nuestros triunfos, sentiremos brotar en nuestros pechos una llama de gratitud y de piedad bastante poderosa para sofocar el resto de nuestros vicios e inmoralidad.

¡Alabado sea Dios! Ya no volverá el tiempo en que el príncipe de un país situado en otra parte del globo nos imponga obediencia y vasallaje. Ya no será necesario su consentimiento para decretar las leyes necesarias a vuestro bienestar, mi estaréis sujetos en lo sucesivo al dominio de unos cuantos hombres que se opondrían a vuestra felicidad cuando ésta fuese un obstáculo para las ambiciosas miras de un monarca.

América es el primer pueblo a quien el cielo ha favorecido proporcionándole una ocasión para elegir la forma de Gobierno que ha de regirle; todas las demás Constituciones han derivado su origen de la violencia o de circunstancias accidentales, hallándose por lo tanto más lejos de esa perfección a que nosotros queremos aproximarnos, guiados por la razón y la experiencia.

No podemos decir hasta qué punto habría aprovechado el pueblo de este Estado la oportunidad que acaba de presentársele, pero sí diremos que su Constitución ha satisfecho a todos y ha sido aprobada en todas partes. Sería una agradable tarea examinarla e investigar sus principios, viendo qué relación tiene en sus diversas partes; mas esto es un trabajo demasiado ímprobo en la presente ocasión. Debo por lo tanto limitarme a observaciones generales, y entre las que naturalmente se desprenden al reflexionar sobre este asunto, una de las más obvias es que se respetan en el más alto grado los derechos de la naturaleza humana, que deben siempre ser inviolables en la sociedad; y que se ha procedido con toda prudencia en el ejercicio de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, no quedando duda por lo tanto de que nuestra Constitución será permanente.

Así pues, mientras tengáis sabiduría para discernir y virtud suficiente para designar los hombres que han de ocupar los puestos del Estado, seréis felices en vuestro país y respetados en todas partes. Vuestra vida, vuestras libertades y vuestros bienes se hallarán sólo a disposición del

Criador y de vosotros mismos; no os dominará otro poder que el que vosotros reconozcáis, ni otras leyes sino aquellas que se dicten con vuestro consentimiento. Todos podrán rendir culto a su Criador en la forma que les dicte su conciencia; a nadie se le obligará a profesar determinadas opiniones, ni se dará tampoco la preferencia a una secta en perjuicio de la otra, si bien la Constitución consigna sabiamente que la libertad de conciencia no excusa los actos licenciosos ni justifica tampoco las prácticas que puedan turbar la paz y seguridad del Estado.

Pero recordad que aunque la Constitución formada por vosotros sea una prueba de vuestra sabiduría, experiencia y patriotismo, aun podrá perfeccionarse hasta que llegue a ser una obra completa digna de admiración. Procurad que la virtud, el honor y el amor a las libertades sean el alma y la base de aquella Constitución y ella contribuirá al bienestar de ésta y las futuras generaciones, pues sólo el vicio y la ignorancia podrían destruirla. Cada miembro de este Estado debe leer y estudiar asiduamente la Constitución de su país, enseñando a sus hijos a ser libres, pues conociendo sus derechos, antes sabrán cuándo se infringen y podrán prepararse a defenderlos.

Éste es, señores, el primer tribunal que se establece bajo nuestra Constitución, y espero que sus procedimientos merecerán la aprobación de los amigos sin dar lugar a la censura de los enemigos.

Conviene observar que toda persona de este Estado, por elevada o por humilde que sea su situación, tiene derecho ser protegida con arreglo a las leyes de este país, y si esas leyes son sabias y se cumplen convenientemente, la inocencia será defendida, castigada la opresión y reprimido el vicio. Así pues, es un deber común y está en el interés de todos, particularmente en los encargados de la administración de justicia, unirse a fin de desterrar la licencia, defender las leyes, y por lo tanto difundir los beneficios de la paz, que son, la seguridad, el orden público y el buen Gobierno, entre todas las clases que componen nuestra sociedad.

Supongo que será inútil recordaros que ni el favor ni el resentimiento, ni otras consideraciones personales deben influir para nada en vuestra conducta. La calma, la prudencia, la moderación y el firme empeño de que cada uno cumpla con sus deberes, son los principios que deben regiros.

Debéis observar que todos los delitos que se cometan en este condado contra la paz y el orden público, son los que deben llamar preferentemente vuestra atención.

También cuidaréis muy particularmente de la falsificación de las letras de crédito, emitidas ya, por este Congreso general o por cualquiera de los otros Estados americanos. Esos delitos no son menos criminales en sí mismos que perjudiciales para el interés de esa gran causa de la cual depende esencialmente la felicidad de América.

3.
Campaña en el norte durante 1777

Burgoyne sustituye en el mando a Carletom. Los indios empleados por el Gobierno británico. Discurso dirigido por Burgoyne a los indios. Su pomposa proclama. Saint Clair en Ticonderoga. Los ingleses ocupan Sugar Hill. Saint Clair resuelve retirarse y es perseguido por los ingleses. Graves pérdidas de los americanos. Consternación en las colonias a consecuencia de la victoria alcanzada por Burgoyne. Vigorosos esfuerzos de Schuyler para contener el progreso de aquel jefe. Procedimientos del Congreso. Carta de Washington. Se envían refuerzos al Norte. Se oponen varios obstáculos a la marcha de Burgoyne. Se proyecta una expedición contra Bennington. Lamgdon. Stark en el mando. Derrota de Baum. Saint Leger en el Mohawk. Ataque del fuerte Stanwix. Batalla cerca de Oriskany. Muerte de Herkimer. Estratagema de Arnold. Veleidad de los indios. Retirada de los ingleses. Gates sustituye a Schuyler. Sentimiemto de este último. Correspondencia de Gates con Burgoyne. Muerte de Miss Mc'Crea. Aumentan los apuros de Burgoyne. Atraviesa el Hudson. La batalla de Stillwater. Los americanos obtienen la ventaja. Crisis. Segunda batalla. Lucha encarnizada. Muerte de Fraser. Heroismo de Lady Ackland. Burgoyne trata de retirarse y no lo consigue. Capitulación. Clinton en el Hudson. Vandalismo de Vaugham. Observaciones de Botta. Amabilidad de los americanos. El Congreso rehúsa permitir que se embarquen las tropas inglesas.

Mientras que Washington se hallaba ocupado según ya hemos dicho en defender la causa de la libertad en Nueva Jersey y Pensilvania, continuaba la campaña en el Norte con no menos vigor que brillante éxito. Ya hemos dicho que el plan del jefe inglés era abrir un paso entre el Hudson y el Canadá a fin de separar los Estados del Este del resto de la Confederación, plan que de haberse llevado a efecto habría perjudicado gravemente a los americanos. Asimismo hemos dado cuenta de la expedición al Canadá en 1776, de cuyo punto tuvieron que retirarse al fin los americanos; también se recordarán los vigorosos esfuerzos de Carleton para avanzar hacia el Sur, y por último de la obstinada resistencia que hicieron sus tropas a las órdenes de Arnold. La aproximación del invierno impidió que aquel entendido oficial continuara las operaciones, y por lo tanto reanudamos nuestra historia con el principio de la campaña de 1777.

El general Burgoyne, que era un hombre tan ambicioso como emprendedor, había conseguido obtener el mando de las fuerzas inglesas en el Canadá, a pesar de que Carleton, habiendo dado pruebas de su destreza y pericia militar durante la campaña del año anterior, tenía derecho para continuar en el mando. Burgoyne, que fue a visitar la Inglaterra durante el invierno, concertó con el ministro un plan de campaña, calculando las fuerzas que necesitaría para alcanzar un buen resultado, y accediendo a sus demandas, se dispuso que le acompañaran varios distinguidos oficiales, como los generales Philips, Fraser, Powel, Hamilton, Reidesel Specht, juntamente con un magnífico tren de artillería y más de siete mil hombres de tropas veteranas perfectamente equipadas y disciplinadas. Además de esta fuerza contaba con un número considerable de canadienses e indios.

El emplear a los salvajes fue una cosa resuelta ya por el Gobierno inglés desde el rompimiento de las hostilidades, y aunque algunas veces se ha puesto esto en duda, puede probarse claramente por las cartas de Lord Dartmouth al coronel Johnson con fecha 5 y 24 de julio de 1775. «Es la voluntad del rey, decía el secretario, que no perdáis tiempo en adoptar las medidas necesarias para inducir a las Seis Naciones a empuñar el hacha contra los rebeldes súbditos de S. M. en América, invitándoles a que sirvan al monarca conforme a las indicaciones del general Gage, a quien se dirige esta carta juntamente con un abundante surtido de géneros para hacer regalos a los

indios.»[222] El general Carleton recibió el encargo de emplear toda su influencia para llamar al campamento a un gran número de aquellos y obtuvo en su empresa el mejor resultado.

Después de mandar al coronel Saint-Leger que con un cuerpo de infantería ligera y algunos indios marchase hacia el lago Oswego y el río Mohawk, para reconocer dichos puntos, volviendo luego a unirse con él cuando avanzara por el Hudson, el general Burgoyne salió de San Juan el 16 de junio y precedido de su escuadra subió por el lago Champlain, desembarcando luego en Crown Point, donde acampó mucho antes de lo que se esperaba. Allí fue donde Burgoyne invitó a los indios a un simulacro, dirigiéndoles un discurso a propósito para inflamar su celo y contener al mismo tiempo sus bárbaros excesos. He aquí algunas de sus palabras: «Moderad vuestro impetuoso valor; herid a los enemigos comunes de la Gran Bretaña y América, perturbadores del orden público, de la paz y la felicidad; destructores del comercio, parricidas del Estado.» Burgoyne ensalzó la perseverancia y constancia de los indios y su resignación en los sufrimientos y lisonjeó su amor propio diciéndoles que en aquel punto podían servir de modelo para su ejército. Titulándoles luego aliados del rey, aconsejóles que regulasen su sisten de guerrear con el de sus hermanos civil dos, y les dijo: «Yo os prohíbo terminantemente que vertáis sangre no siendo en combate; los ancianos, las mujeres y los niños deben ser objetos sagrados para vosotros aun en tiempo de guerra, y si bien se os pagará los prisioneros que cojáis, no puedo permitir que cortéis la piel del cráneo de vuestras víctimas. Sin embargo, respetando hasta cierto punto vuestras costumbres, podréis hacerlo con los muertos, pero de ningún modo con los heridos y moribundos.» Los indios prometieron como siempre todo cuanto se les exigió, mas nadie podía fiarse de sus promesas, y el hecho de excitar contra los americanos la salvaje furia de sus confederados los indios, fue para los ingleses una mancha que nunca podrán borrar.

Habiendo avanzado Burgoyne el 2 de julio hasta Ticonderoga, circuló una pomposa proclama dirigida al pueblo del país, en la que amenazaba con terribles penas a los que persistiesen en la rebelión, ofreciendo al mismo tiempo proteger y apoyar a los que se sometiesen. Esta proclama hecha por un hombre de grandes pretensiones literarias, es un documento precioso, por cuya razón lo reproducimos en el *Apéndice* del presente capítulo, así como también una de esas ingeniosas y satíricas respuestas a que dio lugar. Seguramente no era muy oportuno aquel documento, pues los americanos son el último pueblo del mundo a quien puedan atemorizar o seducir las palabras retumbantes.

La guarnición de Ticonderoga era muy escasa de resultas de haber ido a reunirse con el comandante en jefe la mayor parte de las fuerzas del norte, así es que el general Saint Clair, comandante de la plaza, sólo contaba con dos mil hombres, cuando necesitaba lo menos diez mil para defenderla contra un fuerte ejército. Frente a Ticonderoga en la parte oriental del canal, que tiene en aquel sitio de tres a cuatrocientas varas de anchura, se encuentra una elevada colina circular llamada Monte Independencia, que había sido ocupada por los americanos cuando abandonaron a Crown Point, y que se hallaba entonces muy bien defendida. En la cúspide de dicha colina, que es plana, habíase erigido un fuerte provisto de suficiente artillería, y cerca del pie de la montaña, que se extiende hasta la orilla del agua, encontrábanse varios atrincheramientos montados por cañones de grueso calibre, hallándose las obras bajas protegidas por una batería colocada a cierta altura.

Merced a sus prodigiosos esfuerzos los americanos habían establecido una comunicación entre los dos citados puntos por medio de un puente de madera sostenido por veinte y dos pilares de roble colocados a igual distancia uno de otro. Los espacios que había entre estos pilares se rellenaron con balsas fuertemente unidas entre sí y a los pilares por medio de cadenas de hierro; el puente, que tenía doce pies de anchura, se hallaba defendido en la parte que da al lago Champlain por un botalón formado de grandes vigas enlazadas entre sí por dobles cadenas de hierro de pulgada y media de espesor.

222 Véase el interesante escrito del juez Campbell leído ante la Sociedad histórica de Nueva York en 7 de octubre de 1845, en el cual se habla de las diligencias practicadas por el Gobierno inglés para ocupar a los indios en la guerra de la revolución.

Un poco mas allá de Ticonderoga el canal se ensancha, y en la parte sudeste recibe una gran cantidad de agua de una corriente que en aquel sitio se llama South River, aunque un poco más allá se le da el nombre de Wood Creek. De la parte del sudeste vienen las aguas del lago George, y en el ángulo formado por la confluencia de esas dos corrientes elévase una escabrosa eminencia denominada Sugar Hill, que domina a Ticonderoga y al Monte Independencia.

Los americanos habían examinado ya dicha colina, mas comprendiendo el general Saint Clair, que las fuerzas que tenía a sus órdenes no eran suficientes para ocupar las extensas obras de Ticonderoga, y lisonjeándose por otra parte de que los ingleses no se atreverían a subir por el Monte Independencia en vista de las dificultades que ofrecía la ascensión, no pensó en ocupar a Sugar Hill.

Al aparecer la vanguardia del ejército de Burgoyne, Saint Clair ignoraba cuán numerosas eran las fuerzas de aquel jefe, pues no temía noticia de que Europa hubiera enviado grandes refuerzos, y por lo tanto supuso que no seria difícil rechazar un asalto. Los ingleses sin embargo se acamparon con fuerzas considerables a cuatro millas de los fuertes y la flota ancló un poco mas allá del alcance de los cañones. Después de una corta resistencia, Burgoyne se apoderó de Mount Hope (Monte Esperanza), punto muy importante, que situado al sur de Ticonderoga, dominaba las líneas del fuerte así como también el canal que conduce al lago George, y extendió luego sus tropas de modo que pudiera embestir el fuerte por la parte del oeste. La división alemana a las órdenes del general Reidesel ocupó la orilla oriental del canal, enviando luego un destacamento que debía situarse junto al riachuelo que corre desde el Monte Independencia; y entre tanto Burgoyne, al saber que Sugar Hill dominaba completamente la fortaleza, resolvió apoderarse de aquel punto de una vez, y después de grandes trabajos durante cinco días consiguió al fin subir los cañones. Desde entonces se dio a la colima el nombre de Mount Defiance (Monte del desafío), porque ya los ingleses podían retar a sus enemigos al ocupar tan ventajosa posición.

Los sitiadores no pudieron oponerse a los movimientos de sus contrarios, y tanto es así que Saint Clair se vio pronto casi del todo cercado, pues sólo quedaba libre el espacio comprendido entre la corriente de Monte Independencia y South River, y aun aquel iba a ser ocupado al día siguiente.

En semejantes circunstancias hacíase preciso que la guarnición se resolviese en el acto, ya a defender la plaza a todo trance o a evacuarla inmediatamente, y en su consecuencia Saint Clair convocó un consejo de guerra en el que se acordó por unanimidad abandonar los fuertes, para lo cual se adoptaron las oportunas medidas. Como los ingleses dominaban la comunicación con el lago George, la guarnición sólo podría escaparse por South River, y por lo tanto transportáronse a doscientos botes los inválidos, el hospital y el mayor número de municiones posibles. El regimiento del coronel Long recibió orden de escoltar aquel convoy, que se puso en marcha en la noche del 5 al 6 de julio con dirección a Skeenesborough, en tanto que las guarniciones de Ticonderoga y Monte Independencia marcharon por tierra al mismo punto atravesando Castleton. Las tropas recibieron orden de marchar en el mayor silencio, encargándoles particularmente que no prendiesen fuego a nada; pero no se hizo aprecio de aquella recomendación, y antes que la retaguardia se pusiese en movimiento, viose arder la casa que en Monte Independencia había ocupado el general Fermoy. Aquello sirvió de señal a los ingleses que penetrando inmediatamente en las obras, rompieron el fuego sobre la retaguardia del fugitivo ejército aunque sin resultado alguno.

Los americanos se dirigieron algo desordenadamente a Hubbardton, desde cuyo punto el grueso de las fuerzas al mando de Saint Clair continuó su marcha hacia Castleton pero los ingleses no se descuidaban, pues el general Fraser, a la cabeza de un fuerte destacamento de granaderos de infantería ligera, se lanzó a la persecución del enemigo siguiendo la orilla derecha de Wood Creek. El general Reidesel marchaba detrás rápidamente con las tropa de Brunswick, ya para apoyar a los ingleses operar separadamente, según lo exigiese el caso, y entre tanto Burgoyne resolvió perseguir al enemigo por mar. Pero era necesario destruir las obras del puente construido delante de Ticonderoga y en su consecuencia una brigada de marineros y peones comenzaron la operación con tal actividad que en menos tiempo del que se necesita par describir aquellas obras que habían

costado tantos trabajos y gastos, todas quedaron completamente demolidas. Despejado así el paso los buques de Burgoyne penetraron inmediatamente en Wood Creek y comenzaron a perseguir al enemigo con la mayor rapidez. Tanto por tierra como por mar hubo entonces un gran movimiento: a las tres de la tarde la vanguardia de la escuadrilla británica, compuesta de cañoneras, atacó a los galeones americanos cerca de Skeenesborough Falls, y entre tanto tres regimientos que habían desembarcado en South Bay atravesaron rápidamente una montaña a fin de rechazar al enemigo hasta Wood Creek, destruir sus obras en Skeenesborough y cortarle la retirada por Forn Anne. Los americanos, sin embargo, evitaron aquel golpe merced a la rapidez de la fuga; las fragatas inglesas que se habían unido con la vanguardia cayeron sobre los galeones enemigos, que viéndose ya cercadas por las cañoneras, apenas tenían por dónde escapar. Dos de ellas se rindieron, otras tres se incendiaron, y entonces los americanos, perdida completamente la esperanza de hacer frente a sus enemigos, huyeron en dirección al fuerte Anne por la parte de Wood Creek, no sin haber perdido todos sus bagajes y una considerable cantidad de municiones de que se apoderaron los ingleses.

La persecución por tierra no había sido menos feliz. En la mañana del 7 de julio los ingleses alcanzaron la retaguardia americana que contrariamente a las órdenes de Saint Clair, se había apostado en los alrededores de Hubbardton. Las tropas de Fraser no eran mucho más numerosas que las del enemigo, pero sabiendo aquel general que Reidesel venía detrás, dispuso que se diera el ataque inmediatamente, y aunque Warner opuso una vigorosa resistencia, viose luego precisado a retroceder porque una gran parte de su milicia emprendió la retirada al ver que avanzaban las tropas de Reidesel con sus banderas desplegadas y a tambor batiente para reforzar la línea del enemigo. Entonces Fraser dio orden para que se atacara a la bayoneta, lo cual se hizo tan impetuosamente, que los americanos huyeron a la desbandada, sufriendo grandes pérdidas. Saint Clair quiso todavía resistirse, pero la desordenada milicia rehusó volver al combate, y no hubo más remedio que reunir los restos del ejército y retirarse hacia el fuerte Eduardo para unirse con Schuyler.

Burgoyne, que no quería perder las ventajas que acababa de obtener, envió un regimiento para que se apoderase del fuerte Anne, defendido por una escasa fuerza al mando del coronel Long. Este oficial situó convenientemente sus tropas en un estrecho barranco que tenían que atravesar los sitiadores, y llegado el momento rompió un fuego tan nutrido por el frente y por el flanco, que los regimientos ingleses pudieron difícilmente retirarse en una colina cercana, donde los americanos los atacaron con tal vigor, que a no ser por la falta de municiones los hubieran derrotado completamente. No siendo posible continuar la lucha, pronunciáronse en retirada las tropas de Long, y después de incendiar el fuerte, marcharon a reunirse con el resto del ejército.

Según dice Botta[223], difícil sería describir el terror y la consternación que produjo la victoria de Ticonderoga en las provincias americanas, así como la alegría y entusiasmo que excitó en Inglaterra. La noticia de aquel suceso se celebró en la corte con públicos regocijos y fue un motivo de alegría para todos los que deseaban someter a la América sin condiciones. Hubo algunos que anunciaron que se terminaría muy en breve tan gloriosa guerra, declarando que era imposible que los rebeldes se recobrasen de sus últimas pérdidas tanto en hombres como en armas y sobre todo que sintieran renacer su valor y entusiasmo, que siempre en la guerra contribuye a obtener la victoria. No faltó tampoco quien acusara nuevamente de cobardes a los americanos, y aun sus propios amigos dejaron de profesarles el mismo aprecio y consideración, inclinándose a creer que los colonos no eran dignos de defender aquella libertad de que tanto se vanagloriaban. Pero debemos observar aquí que la victoria obtenida por los ingleses no desanimó al pueblo, sino que antes bien por el contrario le hizo persistir con mas resolución en sostener la causa de la libertad aunque fuera a costa de la vida.

Ciertamente que la campaña empezada por Burgoyne dio en un principio muy buenos resultados, y si aquel general hubiese podido continuar adelante, es muy posible que el éxito hubiera coronado sus esfuerzos; pero aun quedaban por recorrer diez y seis millas de bosque, lo cual obligaba a Burgoyne a detenerse hasta que llegasen los bagajes, y esto dio tiempo al general

---

223 *Historia de la guerra de la Independencia*, vol. II, pág. 280.

Schuyler, jefe de las tropas americanas, para tomar las medidas más oportunas a fin de contener el progreso del enemigo. En un momento se abrieron trincheras, se rompieron los puentes y se obstruyeron los caminos cubriéndolos con grandes troncos de árboles, que con sus ramas presentaban una barrera insuperable. No contento con estas precauciones, dispuso Schuyler que se trasportara el ganado a los puntos más distantes y que se llevaran al fuerte Eduardo todos los bagajes que había en el fuerte Jorge, a fin de que nada cayese en poder del ejército británico. Hecho esto, dio asimismo orden para que todos los regimientos de tropas regulares que se hallasen en los Estados más próximos se reuniesen a él inmediatamente, así como también la milicia de Nueva Inglaterra y Nueva York, incluso los reclutas que hubiera en el fuerte Eduardo y en la ciudad de Albany. La gran influencia que ejercía Schuyler en los habitantes produjo en aquella ocasión muy buen resultado, y habiendo resuelto atacar con sus tropas el flanco izquierdo del enemigo para retardarle en su marcha, envió al coronel Warner con su regimiento al Estado de Vermont, encagándole que reuniese la milicia del país, y emprendiera una excursión hacia la parte de Ticonderoga. En una palabra, Schuyler hizo buenamente todo lo que podía hacerse en semejantes circunstancias, y no sería exagerar si dijéramos en honor de aquel jefe, que las medidas que adoptó prepararon el camino para obtener la victoria que luego alcanzaron en Saratoga las armas americanas.

Washington, que así como el Congreso, suponía que las tropas de Schuyler eran superiores en número a las inglesas, se disgustó mucho al tener noticia de las derrotas sufridas por los americanos en el Norte; pero esperó a tener noticias exactas antes de juzgar la conducta de Saint Clair. Cuando este oficial se reunió con Schuyler, las fuerzas de ambos no excedían de cuatro mil cuatrocientos hombres, de los cuales la mitad eran individuos de la milicia, hallándose todos muy mal equipados y armados y no poco abatidos por sus recientes derrotas. Por esto fue muy poco generoso y hasta injusto proponer la sustitución de los oficiales del ejército del Norte; pues habiéndose abierto una información por orden del Congreso, declaróse intachable la conducta de Schuyler y sus oficiales, y aquel general, tan entendido militar como celoso patriota, permaneció el su puesto en el departamento mencionado.[224]

El comandante en jefe hizo cuanto le fue posible para enviar inmediatamente refuerzos al ejército de Schuyler así como también armas y municiones. Estas últimas se expidieron desde Massachusetts; y el general Lincoln, hombre de grande influencia en Nueva Inglaterra, se puso en marcha acto continuo con objeto de alistar alguna milicia, seguido de Arnold, cuyo celo por la patria era el más a propósito para excitar el entusiasmo de los que se hallaran en estado de empuñar las armas. El coronel Morgan, intrépido oficial de quien ya hemos hablado, recibió también orden de marchar con su caballería ligera y todas aquellas medidas, que se concibieron con prudencia y se ejecutaron con prontitud produjeron felizmente el mejor resultado, pues comenzó a reanimarse el abatido espíritu de los hijos de América y el ejército fue aumentando diariamente.

En este intervalo el general Burgoyne se ocupó activamente en abrir un paso desde el fuerte Anne al fuerte Eduardo, mas a pesar de los trabajos que se practicaban por todo el ejército adelantábase muy poco, tan formidables eran los obstáculos que tanto la naturaleza como el arte oponían a la terminación de la obra. Además de verse en la precisión de apartar los árboles caídos con que los americanos obstruyeron el paso, los ingleses tuvieron que construir nada menos que cuarenta puentes y componer otros muchos. En una palabra, el ejército británico encontró tantos

224 Al escribir Washington al general Schuyler, presagiábale que pronto habría un cambio en la marcha de los negocios y se expresaba en estos términos: «Aunque nuestros asuntos han tomado mal aspecto en estos últimos días, espero que esto cambiará muy pronto, y confío en que el ejército del general Burgoyne sufrirá algún choque que convierta en derrota sus primeras victorias. Según vuestros informes, parece que sigue una línea de conducta la más favorable para nosotros, cual es la de dividir sus fuerzas, cosa que pone en gran peligro su ejército ofreciéndonos la ocasión de atacarle con ventaja. Si pudiéramos conseguir encontrarnos con una de sus divisiones aunque no fuera más que de quinientos o seiscientos hombres y obtener sobre ellos la victoria, esto influiría provechosamente en el ánimo del pueblo, que olvidando sus pasadas desgracias, no vacilaría ya en empuñar las armas para prestarnos su poderoso auxilio.»

impedimentos para salvar aquel considerable espacio, que se juzgó imposible llegar a las orillas del Hudson, cerca del fuerte Eduardo, hasta el 30 de julio. Los americanos, bien porque no contasen con suficientes fuerzas para oponerse al enemigo, bien porque el fuerte Eduardo no era más que una ruina difícil de defender, o ya en fin porque temiesen que el coronel Saint Leger podría bajar después de la toma del fuerte Stanwix por la orilla izquierda del Mohawk, a fin de cortarle la retirada, resolvieron retirarse a Stillwater donde se atrincheraron nuevamente. Asimismo evacuaron el fuerte Jorge no sin quemar antes en el lago los botes que allí tenían y obstruir lo mas posible el camino que conducía al fuerte Eduardo[225]. Burgoyne hubiera podido llegar mucho antes al fuerte Eduardo por el lago George, pero juzgó mas conveniente perseguir a los fugitivos americanos a pesar de los obstáculos que presentaba el camino, en vez de hacer un movimiento retrógrado que podría desanimar a las tropas.

Al llegar al fuerte Eduardo el general Burgoyne vio que le era preciso detenerse de nuevo, pues muchos de sus carros que por haberse construido apresuradamente estaban ya inservibles, tuvieron que recomponerse, y sólo había llegado una tercera parte de los caballos que se compraron en el Canadá, no siendo posible echar mano de otros porque el general Schuyler se cuidó muy particularmente de trasportar todo el ganado que había en aquella parte del país. Los botes para cruzar el Hudson, las municiones, los bagajes, la artillería y todo en fin era preciso traerlo del lago George, y aunque sólo distaba éste nueve o diez millas del fuerte Eduardo, tal era el estado de los caminos a causa de las grandes lluvias propias de la estación que parecía imposible se pudiera trasportar efecto alguno. El general Burgoyne había reunido unos cien bueyes, pero a veces hacíase necesario emplear diez o doce para conducir un solo bote, de tal modo que el día 15 de agosto sólo se habían llevado al Hudson doce botes y provisiones para cuatro días. Las cosas empezaron a tomar mal aspecto, y como cuanto más se alejaba de los lagos, mayores eran las dificultades para obtener víveres, Burgoyne vio claramente que debía buscar en otra parte el alimento para su ejército.

El comandante inglés no ignoraba que los americanos tenían en Bennington, punto situado a veinte y cuatro millas del Hudson, considerables almacenes, mucho ganado y vehículos de varias clases, y convencido de que los *Tories* que allí hubiera le auxiliarían en sus esfuerzos a fin de obtener los víveres que tanto necesitaba, destacó al coronel Baum con una fuerza de seiscientos a ochocientos dragones de Reidesel, dándole orden para atacar a Bennington. He aquí las instrucciones que llevaba este jefe: «Tratar de conquistarse el afecto del país a fin de desconcertar los planes del enemigo y hacer todo lo posible para obtener una gran cantidad de ganado, caballos y carros.» Baum se puso en marcha el día 13 de agosto a la cabeza de aquella expedición, que debía ser tan desgraciada para él y que seguramente fue la que destruyó los planes y propósitos de Burgoyne.

Ya hemos dicho cuánta fue la consternación de algunos cuando el jefe inglés comenzó a marchar en triunfo a través del país, y ahora añadiremos que como la alarma iba cundiendo, los Estados de Nueva Inglaterra hicieron un vigoroso esfuerzo para rechazar el ataque del enemigo. Juan Langdon, comerciante de Portsmouth y orador de la Asamblea de New-Hampshire, reanimó los abatidos ánimos de sus compañeros haciéndoles comprender que era necesario defender las fronteras, y excitado por su ardiente patriotismo, dirigióles estas palabras: «Tengo tres mil dólares en dinero efectivo y aun podré reunir otros tres mil; poseo sesenta barriles de ron que pueden ser vendidos a buen precio, y todo esto lo pongo a disposición del Estado. Si con ese auxilio conseguimos defender nuestras casas y familias, luego podrán remunerarme; pero si no, doy por bien perdidos mis bienes. Nuestro viejo amigo Stark. que tan noble y valerosamente sostuvo el honor de nuestro Estado en Bunker Hill, podrá encargarse de la empresa que tiene por objeto detener a Burgoyne en su marcha.» Este generoso hijo de New-Hampshire, resentido por cierta

225 El desinteresado patriotismo del general Schuyler se revela en la orden que dio a su esposa para que pegase fuego por su propia mano a sus ricos e inmensos campos de trigo, cuyo encargo hizo tambien a sus amigos, prefiriendo esto a que cayeran en poder del enemigo.

medida que tomara el Congreso algún tiempo antes, había renunciado a su cargo, pero en aquella ocasión el Estado aceptó gustoso sus servicios permitiéndole que obrara independientemente contra el enemigo, y Stark por su parte reunió bien pronto, merced a su popularidad, una numerosa milicia que se puso inmediatamente sus órdenes.

Poco después marchó Stark a Manchester, población situada a veinte millas al norte de Bennington. donde ya estaba apostado con sus tropas el coronel Warner. Stark encontró allí al general Lincoln enviado por Schuyler a fin de que condujera a la milicia a la orilla oeste del Hudson, cosa a la que Stark no quiso acceder y por lo cual el Congreso expidió contra él en 19 de agosto un voto de censura. Pero Stark no sabía nada de esto, y como su conducta era evidentemente la más acertada, la victoria que obtuvo dos días antes de que se emitiese dicho voto le colmó de satisfacción al saber que el comandante en jefe aprobaba su plan de hostilizar la retaguardia de los ingleses, asegurando que el triunfo conseguido en Bennington paralizaba todas las operaciones de Burgoyne.

Stark llegó a Bennington en el mismo día que emprendió la marcha Baum. Las tropas alemanas que al principio pudieron marchar regularmente, se vieron bien pronto detenidas por el mal estado de los caminos y la inclemencia del tiempo, y tan pronto como supo Stark que se aproximaban, despachó un expreso a Warner, encargándole se reuniese con él inmediatamente. Hecho esto y después de haber destacado al coronel Gregg para que vigilase los movimientos del enemigo, púsose en marcha con objeto de salir al encuentro de Baum, quien viendo que todo el país se levantaba contra él, hizo alto y se atrincheró en una fuerte posición mas allá de Wollamsac River. Desde este punto envió un parte a Burgoyne manifestándole lo que ocurría, y entonces el general británico destacó acto continuo al teniente coronel Breyman con un considerable refuerzo para que auxiliase a Baum.

Durante todo el día 15 de agosto llovió de tal manera que no fue posible efectuar movimiento alguno[226]; pero los ingleses y alemanes continuaron trabajando en sus atrincheramientos, en los cuales montaron dos cañones. El día siguiente amaneció despejado: aprovechando las primeras horas de la mañana Stark destacó dos columnas para que destruyesen las trincheras enemigas, y al oír que se había roto el fuego, lanzóse él mismo a caballo seguido del resto de sus tropas. Al ver que las columnas de los ingleses se iban formando en la falda de la colina, exclamó Stark dirigiéndose a su gente: «¡Compañeros, allí tenéis las casacas coloradas; hoy debemos vencer o morir!» La milicia contestó a este llamamiento con un grito de entusiasmo y a poco empezó la batalla, que según dijo Stark en su parte oficial, duró dos horas y fue la más encarnizada que él había visto. Los indios huyeron desde el principio de la acción; los *Tories* se vieron rechazados hasta el otro lado del río, y aunque los alemanes se batieron valerosamente, viéronse al fin precisados a abandonar sus trincheras y huyeron dejando en el campo su artillería y bagajes.

En aquel momento acercábase Breyman con sus tropas, y al oír el fuego redobló el paso para ir en auxilio de sus compañeros. Si hubiera llegado una o dos horas antes, es muy probable que hubiese sido otro el desenlace de la lucha, pero la lluvia y los caminos habían retrasado la marcha de Breyman, quien sólo pudo ya reunir a los fugitivos y conducirlos de nuevo al lugar de la acción. Las tropas de Stark, que se ocupaban en apoderarse del botín, fueron sorprendidas de improviso, y acaso la victoria se hubiera convertido en una derrota si no acierta a llegar en aquel crítico momento la columna del general Warner. La batalla continuó pues hasta el anochecer, hora en que dominados los alemanes por la superioridad del número, abandonaron el campo dispersándose en todas

226 Es digna de referirse una anécdota que se relaciona con esta batalla. Con los refuerzos procedentes del condado de Berkshire, llegó un sacerdote acompañado de una porción de sus feligreses, resuelto a batirse contra los enemigos de su país, y al amanecer del 16 dirigió al jefe de las tropas las siguientes palabras: «Nosotros somos hijos del pueblo de Berkshire, y como, aunque llamados varias veces a pelear, nunca se nos ha conducido ante el enemigo, estamos resueltos a no ofreceros más nuestra ayuda si no se nos deja combatir.» Entonces el general Stark le preguntó: «¿Deseáis marchar ahora, que está oscuro y llueve?» «No, repuso el sacerdote.» «Pues bien, continuó Stark, si vuelve a brillar el sol y no satisfago vuestro deseo, no os pediré que volváis otra vez.» El cielo se despejó al poco tiempo y los hombres de Berkshire tomaron parte en la acción con su intrépido jefe.

direcciones. El intrépido coronel Baum fue muerto en lo más recio de la pelea, y los ingleses perdieron de ochocientos a novecientos hombres entre muertos y prisioneros. Las bajas de los americanos no excedieron de treinta muertos y cuarenta heridos.

Es muy digna de elogio, según dice Mr. Everett, la conducta de los que ganaron la batalla de Bennington, tanto de los oficiales como de los subalternos, quienes a pesar de pertenecer a la milicia, ofrecieron un ejemplo admirable de su valor, haciendo cuanto pudiera esperarse de tropas veteranas y aguerridas. La intrepidez y resolución con que se defendieron las líneas de Bunker Hill, donde sólo había reclutas que tenían que luchar con soldados aguerridos, es un hecho digno de admiración; pero no lo es menos que en Bennington se lanzaron al ataque con la mayor intrepidez desafiando las balas enemigas los hombres de NewHampshire, Vermont y Massachusetts, muchos de los cuales acababan de dejar el arado y no habían visto en su vida un campo de batalla.

Afortunadamente para el éxito de ésta, Stark fue eficazmente secundado por los oficiales que estaban a sus órdenes, y se cumplieron con la mayor exactitud cuantas disposiciones tomara antes de la acción. El general manifestaba en su parte que los coroneles Warner y Herrick se habían hecho acreedores a sus elogios y que estaba muy satisfecho de los servicios que le prestaran durante la batalla. Es indudable que los americanos se batieron en aquella ocasión con una destreza y valor dignos de cualquier ejército de Europa, y a no ser por la falta de disciplina, fácil le hubiera sido al general contener el afán con que su gente trataba de apoderarse del botín después de obtenida la victoria. Sin embargo, el hecho de haber vuelto a reunir sus tropas para salir al encuentro de los refuerzos que llegaban y vencer por segunda vez al enemigo, revela por sí solo conocimientos y recursos que no siempre se tienen en el arte de la guerra.

En una palabra, sería muy injusto no reconocer el mérito de un hombre que en aquella ocasión convirtió a hombres del pueblo en buenos oficiales y soldados infundiéndoles valor en la pelea. Su popularidad fue suficiente para reunir a la milicia, y a su resolución debió obtener un mando independiente, que por fortuna produjo los más felices resultados. Merced a su energía, no se dejó influir por el general Lincoln, que le mandaba dirigirse con sus tropas al Hudson. y a fe que son bien pocos los hombres que en aquella ocasión tan crítica no hubieran preferido reunirse con el grueso de las fuerzas para no contraer particularmente una grave responsabilidad. Habiendo resuelto obrar por sí solo, llevó a cabo su misión con la firmeza de un hombre resuelto a cumplir con su deber; envió una corta fuerza para vigilar los movimientos del enemigo, avanzó luego a su encuentro, escogió con el mayor acierto una buena posición y dirigió al fin la batalla como el más consumado general.

Las consecuencias de esta victoria fueron de la mayor importancia, pues se reanimó el abatido espíritu del pueblo, excitándole a batirse con sus enemigos, y se confirmaron también los pronósticos de Washington de que ya hemos hablado anteriormente. Los planes de Burgoyne quedaron frustrados, y en vez de pensar ya en hacer excursiones para alarmar a los habitantes y obtener víveres, viose precisado a variar de táctica, en tanto que la milicia acudía presurosa a ponerse bajo las órdenes de Gates. De este modo bien pronto se vio en peligro la retaguardia del general inglés, y Stark, resuelto a llevar a cabo su plan, tomó sus disposiciones a fin de situarse de modo que pudiera cercar a Burgoyne, lo cual sucedió en efecto poco después.

La derrota de Bennington no fue sin embargo el último descalabro que sufrieron los ingleses. Ya hemos dicho anteriormente que Burgoyne había destacado al coronel Saint Leger con un cuerpo de tropas regulares, compuesto de canadienses realistas e indios para que marchando por el Oswego recorriesen la parte superior del río Mohawk y fueran a reunirse con él en Albany. El día 2 de agosto, Saint Leger se aproximó al fuerte Stanwix, situado en una eminencia cerca de la corriente del río, y cuya guarnición se componía de unos seiscientos hombres a las órdenes del coronel Gansevoort. Al día siguiente Saint Leger rodeó la plaza con un cuerpo de ejército de mil seiscientos a mil setecientos hombres, la mitad de los cuales eran indios y los demás ingleses, alemanes y canadienses, mas al intimar la rendición Gansewoort contestó que se defendería hasta el último extremo.

El general Herkimer tuvo noticia de que Saint Leger se acercaba al fuerte, y como era jefe de la milicia del condado de Tryon, reunió unos setecientos hombres y se puso en marcha para auxiliar a sus compañeros, cuidando antes de enviar un mensajero que tuvo la fortuna de penetrar en el fuerte, y anunció que Herkimer se hallaba sólo a ocho millas de distancia e iba a forzar el paso para reunirse con la guarnición. En vista de esto, Gansewoort resolvió por su parte coadyuvar al plan y dispuso al efecto que el coronel Willet hiciera una salida a la cabeza de doscientos hombres.

Habiendo llegado a noticia de Saint Leger que se acercaba Herkimer, mandó a los indios que se emboscaran cerca de Oriskani, en un punto por donde debía pasar el enemigo. Herkimer cayó en el lazo; cuando menos pensaba en la presencia de los indios oyó resonar una nutrida descarga y después el grito de guerra de los salvajes, que cayeron sobre la milicia con la velocidad del rayo. Aunque desconcertados al pronto por lo imprevisto del ataque, los americanos se defendieron con valor, si bien se siguió una escena de confusión y espantosa carnicería. Las tropas reales y la milicia se aproximaron tanto que no pudiendo disparar sus armas, recurrieron a los cuchillos y puñales. Algunos de los americanos huyeron al primer ataque; otros escaparon después, y más de ciento se situaron en una eminencia donde se defendieron valerosamente hasta que habiendo hecho una salida la guarnición del fuerte, viéronse obligados los ingleses a defenderse en vez de atacar. Al hacer su salida el coronel Willet mató mucha gente al enemigo, apoderóse de sus provisiones y se volvió al fuerte sin perder un solo hombre. En aquella acción murieron cuatrocientos americanos y entre ellos el bravo general Herkimer. Saint Leger, imitando el estilo pomposo de Burgoyne, intimó de nuevo al fuerte que se rindiera, pero el coronel Gansewoort se negó rotundamente a ello.

El coronel Willet acompañado del teniente Stockwell atravesó entonces el campamento británico, evitando cuidadosamente el encuentro con las patrullas y los indios, y ambos recorrieron luego cincuenta millas cruzando a través de espesos bosques y peligrosos barrancos para ir a informar al general Schuyler de la situación del fuerte que necesitaba inmediatamente algún socorro. El general accedió a enviar los hombres de que buenamente podía disponer, y Arnold que estaba siempre dispuesto para semejantes expediciones, se encargó de conducir las tropas que le dieran, poniendo en práctica una ingeniosa estratagema que bien puede decirse facilitó el éxito de la empresa.

Entre los prisioneros *Tories* había un tal Yost Cuyler que había sido condenado a muerte, pero a quien Arnold ofreció perdonar con tal que obedeciera ciegamente cuantas órdenes le diese para llevar a cabo su plan. Convenidos en esto, Cuyler se hizo varios agujeros en la levita, figurando que eran balazos, y después lanzóse sin aliento entre los aliados indios de Saint Leger, diciéndoles que acababa de escapar de una batalla con los americanos, quienes avanzaban con la mayor celeridad. Así diciendo, Yost Cuyler señalaba su levita para probar su aserto, y un jefe indio que estaba también en el complot confirmó la noticia en tanto que llegaban otros fugitivos anunciando que el ejército de Burgoyne había sido completamente derrotado. Todo esto causó una profunda impresión en los indios.

El fuerte Stanwix, o por otro nombre Schuyler, estaba mejor construido y se defendió con más valor de lo que Saint Leger esperaba, de modo que no consiguió nada con su escasa artillería. Los indios que preferían la matanza y el saqueo a sitiar fortalezas se mostraban muy descontentos, sobre todo a consecuencia de las pérdidas que experimentaran en los encuentros con Herkimer y Willet. Ellos habían esperado presenciar el triunfo de los ingleses y compartir con ellos el botín; no les gustaba trabajar mucho si era pequeña la recompensa, y cuando supieron que se aproximaba un fuerte destacamento de americanos, resolvieron buscar su salvación en la fuga. Saint Leger apeló a toda clase de argumentos para detenerlos, pero fue completamente inútil; parte de los indios se marcharon inmediatamente y los demás aseguraron que seguirían a sus compañeros si se continuaba el sitio. En su consecuencia el 22 de agosto Saint Leger levantó aquel, efectuando al momento su retirada, pero dejó abandonadas las tiendas de campaña, la artillería y una gran parte de los bagajes y municiones, de que se apoderó luego la guarnición, hostilizando al enemigo en su retirada. Pero las tropas inglesas se vieron más en peligro por la furia de sus aliados los indios que por la

persecución de los americanos; pues durante la marcha aquellos robaron a los oficiales sus bagajes y a los soldados sus municiones, y no contentos con esto, asesinaron luego con sus bayonetas a todos aquellos que por temor al cansancio se vieron separados del grueso de las tropas. La confusión, el temor y sufrimientos de los fugitivos no terminó hasta que las tropas reales llegaron al lago en el camino de Montreal.

Arnold avistó el fuerte Schuyler dos días después de la retirada de los sitiadores, pero viendo que ya no se necesitaban sus servicios, volvióse bien pronto al campamento. La acertada defensa del fuerte Stanwix o Schuyler contribuyó poderosamente con la derrota de las tropas reales en Bennington, a reanimar los espíritus, excitando la actividad de los americanos. Los realistas comenzaron a intimidarse; los más valientes dudaron ya del éxito de las armas reales y la gran masa del pueblo se convenció de que sólo con la perseverancia se podría vencer aquel ejército que poco tiempo antes había aparecido destruyendo cuantos obstáculos se oponían a su paso por el camino de la victoria.

Antes que estos importantes acontecimientos hubieran cambiado materialmente el aspecto de los negocios, el Congreso había tomado una medida tan inconveniente como injusta respecto a uno de los más bravos y patrióticos oficiales del ejército americano. Por ciertas causas que no citamos, los miembros del Congreso de Nueva Inglaterra estaban muy resentidos contra el general Schuyler, y las primeras victorias de Burgoyne al principio de la campaña levantaron un clamor contra el comandante en jefe del ejército del Norte. La influencia de los enemigos de Schuyler, por una parte, y las reiteradas instancias de Gates para que le dieran aquel mando, por otra, indujeron al Congreso a votar la sustitución de Schuyler, cuya medida se decretó el día 4 de agosto. Esto sucedió precisamente cuando era indudable que Burgoyne no podría ya seguir adelante en su empresa, y atendida esta circunstancia Schuyler sintió doblemente, como debe suceder a todo hombre honrado, que se le despojase del mando en aquel momento crítico. Hablando a Washington sobre este particular escribíale lo siguiente: «Es muy penoso para mí verme privado del mando en el momento en que acaso muy pronto nos encontraríamos frente a frente del enemigo; cuando se ofrece una oportunidad para dar una batalla campal, y cuando en fin se presenta una ocasión en que pudiera probar al Congreso que no soy lo que él ha creído al despojarme de mi cargo.» Según Marshall, semejante medida fue severa e injusta respecto a su persona, pero acaso prudente y acertada respecto a América. La frontera que se encuentra hacia los lagos debía defenderse por las tropas de Nueva Inglaterra, y por muy infundadas que fuesen sus preocupaciones contra dicho jefe, hacíase preciso consultar la opinión de éstas.

Gates, que llegó el 19 de agosto, encontró todo dispuesto y corriente para continuar la campaña con buen éxito. Acababan de llegar tropas de refresco, y como quiera que ya se hubiese concluido la siega, en todas partes acudía gente para engrosar las filas del ejército. Haciéndose Schuyler superior a toda clase de consideraciones personales, recibió a Gates con esa finura y cortesía peculiar a los caballeros de la antigua escuela. y le dijo: «He hecho todo cuanto era posible en semejantes circunstancias para inspirar confianza a los soldados de nuestro ejército, y me lisonjeo de haberlo conseguido en parte; pero se me niega la palma de la victoria. y se os elige a vos, general, para que recojáis los frutos de mis trabajos. No dejaré sin embargo de secundar vuestras miras y podéis estar seguro que en bien de ni patria obedeceré todas vuestras órdenes.»

Poco después Gates tomó posesión del mando y tuvo una breve aunque poco agradable correspondencia con Burgoyne. El día 30 de agosto el general inglés se quejó de los malos tratamientos que recibían los realistas que cayeron prisioneros en Bennington, manifestando que se vería en la precisión de ejercer represalias, y a esto contestó Gates el 2 de septiembre haciendo recriminaciones a Burgoyne por las atrocidades cometidas por los indios que acompañaban al ejército inglés y especialmente al coronel Saint Leger. En efecto, uno de los salvajes que iban al servicio del ejército inglés cometió un acto de ferocidad que por más que fuese un caso aislado, causó una impresión profunda en el ánimo del pueblo, y habiéndose publicado en casi todos los periódicos del país, excitó en el más alto grado la indignación popular.

Una joven señorita llamada Mc’Crea, tan distinguida por sus virtudes y hermosura como por su gentileza y talento y que estaba prometida a un oficial inglés, fue arrebatada por los salvajes el día 27 de julio hallándose en casa de sus padres cerca del fuerte Eduardo. Los indios condujeron a su víctima a los bosques con otras varias personas de ambos sexos, y una vez allí las asesinaron bárbaramente después de practicada su operación favorita de cortar la piel del cráneo. De este modo la desgraciada Mc’Crea. en vez de ser conducida al altar del himeneo, recibió una muerte cruel e inhumana por la misma mano de aquellos que se titularon compañeros de armas del hombre con quien iba a desposarse. Esta es la versión más general, pero otros dicen que temiendo el novio que el padre se opusiera a su enlace, ofreció una gran recompensa a dos indios para que la condujeran a un sitio seguro; que estos en consecuencia la escoltaron a través de los bosques, pero poco antes de entregarla a su futuro esposo comenzaron a disputar acerca de la parte de recompensa que le tocaría a cada cual, y entonces uno de los indios, trasportado de furor, hundió su sangriento *tomahawk* en el pecho de la joven, que cayó muerta a sus pies[227]. No es extraño pues que el pueblo estuviera resentido contra aquellos que se degradaban hasta el punto de admitir semejantes aliados; y el efecto que causaran las atrocidades cometidas por los salvajes fue mucho más perjudicial para los ingleses que beneficiosos hubieran podido ser sus auxilios en la guerra.

Aunque Burgoyne, derrotado en su expedición contra Bennington y sin poder contar ya con el apoyo de Saint Leger, se vio reducido a sus propios recursos, no por eso quiso abandonar la ardua empresa en que se había empeñado, sino que en la esperanza de recibir noticia de la llegada de Clinton, de Nueva York, lisonjeábase de poder llevar a cabo el gran objeto de la campaña. Sin embargo, a fin de que no faltase la subsistencia a su ejército, viose precisado a emprender de nuevo la penosa tarea de trasportar los víveres desde el fuerte George, lo cual hizo con perseverante constancia. Habiendo logrado a costa de inauditos esfuerzos reunir provisiones para treinta días y después que hubo construido un puente de barcas sobre el Hudson, en vez del de balsas que se había llevado la corriente, cruzó el río del 13 al 14 de septiembre y acampó en las alturas de Saratoga, a veinte millas del fuerte Eduardo y treinta y siete de Albany, cuyo movimiento le fue fatal según veremos.

Gates, que tenía ya reunidas todas las tropas continentales destinadas al departamento del Norte y que acababa de recibir considerables refuerzos de milicia, abandonó la fuerte posición que Schuyler había tomado en la confluencia del Mohawk con el Hudson, recorrió diez y seis millas en dirección al enemigo, y por consejo del intrépido Kosciusko. estableciόse un campamento en las alturas de Behmus, cerca de Stillwater. Ambos ejércitos sólo estaban separados entonces por una distancia de doce millas pero los puentes construidos en aquel espacio estaban rotos, no se podía transitar por los caminos y además hallábase cubierto todo aquel país de bosques, por cuya razón fue muy lenta la marcha del ejército inglés que llevaba consigo un gran tren de artillería y numerosos vagones.

En la tarde del 17, Burgoyne acampó a cuatro millas del ejército americano, ocupándose durante todo el día siguiente en componer los puentes, lo cual no consiguió sin algunas pérdidas porque ocurrieron varias escaramuzas entre ingleses y americanos. A eso del mediodía del 19 de septiembre, Burgoyne se puso a la cabeza del ala derecha de su ejército y avanzó, atravesando los bosques, hacia la derecha del campamento enemigo. El general Fraser y el coronel Dreyman, con los granaderos y la infantería ligera, cubrían su flanco derecho, y los indios y canadienses marchaban de frente, en tanto que el ala izquierda con la artillería, a las órdenes de los generales Philips y Reidesel se dirigía por el camino principal y la orilla del río.

Parece ser que la intención de Gates había sido mantenerse a la defensiva dentro sus líneas, pero el ardor de las tropas y la impetuosa osadía de Arnold le indujeron a destacar a Morgan con sus tiradores, los cuales después de una reñida escaramuza rechazaron a los canadienses y a los indios.

227 En la interesante obra titulada *Pictorial Field Book of the Revolution*, escrita por Mr. Lossing, se encuentran varias páginas muy interesantes en las que se refiere la historia de Miss Mc’Crea, según la cual parece que aquella señorita murió de un balazo cuando los americanos perseguían a los indios que la arrebataban, págs. 96-100, vol. I.

Entretanto Fraser iba avanzando tan aceleradamente como se lo permitía el terreno, para acercarse a la izquierda de los americanos, cuando de pronto se encontró al general Arnold, que había concebido el mismo plan. Este último con su acostumbrado valor, condujo a sus hombres al ataque, lanzando su grito de guerra, pero como fuese rechazado por Fraser, reunióse a un refuerzo que llegaba y amenazó separar la división de Fraser del grueso del ejército. Este jefe sin embargo evitó el golpe, haciendo entrar en acción nuevos regimientos, en tanto que Philips enviaba cuatro piezas de artillería para resguardar el punto más débil. De este modo suspendióse la lucha por algún tiempo, pero a eso de las tres de la tarde se renovó con inusitada furia. La artillería inglesa tronó sobre el enemigo, mas no causó mucho efecto a causa de la espesura del bosque, y sus tropas avanzaron con bayoneta calada, rechazando al principio a los americanos, que luego volvieron al combate con desesperada furia. Los cañones ingleses fueron tomados y vueltos a tomar varias veces; los tiradores americanos treparon a los árboles, desde donde hicieron fuego sobre los oficiales del enemigo, el mismo Burgoyne se vio muy apurado para escapar, y la lucha sólo terminó con el día. Los americanos se retiraron a su campamento y los ingleses permanecieron toda la noche sobre las armas en el campo de batalla.

En esta acción, en la que cada partido contaba con unos tres mil hombres, los ingleses perdieron sobre quinientos entre muertos y heridos, y cuatrocientos los americanos. La noche separó a los combatientes: cada uno de los opuestos bandos proclamó la victoria, y ambos creían que con una parte sola de sus fuerzas habían batido a todo el ejército enemigo; pero aunque es lo cierto que ni de uno ni de otro lado hubo derrota, era evidente que los americanos habían obtenido la ventaja, puesto que Burgoyne no consiguió desalojar al enemigo, ante el cual tuvo que detener su marcha. El general inglés reflexionó entonces que la comunicación con los lagos estaba cortada y que sus recursos le iban faltando diariamente, en tanto que los americanos tenían la misma facilidad de adquirir víveres y se aumentaban diariamente sus fuerzas con la llegada de nuevas tropas de refresco. En semejantes circunstancias, pelear sin obtener una victoria decisiva era para los ingleses casi equivalente a una derrota; batirse sin ser vencidos era para los americanos tan útil casi como un triunfo, y en presencia de esta alternativa, Burgoyne no tenía más remedio que dar la batalla, noticia que se recibió con la mayor alegría en los Estados Unidos, que confiaron anticipadamente en que el ejército inglés sería completamente derrotado. En su consecuencia excitóse a la milicia a que contribuyera a la obra tan felizmente comenzada, y así el ejército del general Gates, que excedía muy poco de siete mil hombres, se aumentó poco después considerablemente.

Viendo Burgoyne cuán crítica era su situación y que no le quedaba mas alternativa que batirse o perecer de hambre, prefirió lo primero, como era natural, tanto más cuanto que no le era ya posible sostenerse sino cinco días, es decir, desde el 7 al 12 de octubre, siendo por lo tanto de todo punto preciso dar un golpe decisivo, único medio que en su concepto le quedaba para salir de su angustiosa situación. No atreviéndose a sacar de las líneas más de quinientos hombres de tropas regulares, destacólos el día 7, tanto para proteger una partida de forrajeadores como para ver si conseguirían dar la vuelta por el ala izquierda de los americanos, que desde la primera batalla se había reforzado considerablemente. Después de una ligera escaramuza comenzó un combate formal a eso de las dos de la tarde. El ala derecha de los ingleses marchaba a las órdenes del conde Balcarras; la izquierda a las del mayor Ackland, y la artillería a las del mayor Williams, en tanto que los generales Philips y Reidesel mandaban el centro. El general Fraser se encargó de quinientos hombres escogidos que debían caer sobre el flanco izquierdo de los americanos en el momento más crítico. Gates que comprendió aquel designio, dispuso que Morgan con sus tiradores y otras tropas tres veces superiores en número a las de Fraser marchasen contra este oficial mientras que una considerable fuerza atacaba el ala izquierda de los ingleses.

Los límites de nuestra historia no nos permiten extendernos en detalles que por otra parte no son muy importantes; baste decir que ambos ejércitos se batieron con valor, haciendo todos los esfuerzos posibles para obtener las victoria. La batalla se prolongó durante todo el día con inusitada furia, y Arnold, semejante al espíritu de la guerra o al ángel del exterminio, se halló siempre en

todas partes excitando a sus hombres a la pelea. El intrépido general Fraser cayó mortalmente herido, y dominado al fin Bulgoyne por el número de sus enemigos, acosado por todas partes, retiróse por último a su campamento con gran dificultad, abandonando su material de guerra y la mayor parte de su artillería. El teniente coronel Breyman perdió la vida, y los mayores Williams y Ackland, el último de los cuales estaba herido, cayeron prisioneros[228]. Los americanos, cuyas pérdidas eran comparativamente insignificantes, estuvieron toda la noche sobre las armas, a cosa de media milla de las líneas inglesas, con la intención de renovar el ataque a la mañana siguiente.

Durante la noche Burgoyne se alejó con el mayor sigilo de una posición que ya no podía sostener, trasladando todo su ejército a otra situada en las alturas de la derecha del río, donde podría defenderse mucho mejor. Mientras se practicaba este movimiento fue conducido el general Fraser, ya moribundo, a una casa ocupada por la baronesa Reidesel, que en medio del estruendo de la artillería estaba esperando la llegada de su esposo y de los generales Burgoyne, Philips y Fraser para comer. Poco después condujeron al mismo sitio a otros oficiales heridos y a poco las habitaciones de la baronesa, quedaron convertidas en un hospital de sangre. Durante la noche oyóse a Fraser exclamar con frecuencia: «¡Oh fatal ambición! ¡Pobre general Burgoyne! ¡Pobre esposa mía!» El moribundo manifestó deseos de que le enterrasen a las seis de la tarde del día siguiente en el gran reducto, y al fin expiró a eso de las ocho de la mañana. Aunque se había resuelto la retirada y era muy peligrosa toda dilación, el general inglés no pudo menos de detenerse algunas horas a fin de cumplir con la última voluntad de su intrépido compañero de armas, de modo que el día se pasó escaramuceando con el enemigo y haciendo preparativos para la marcha. A las seis de la tarde envolvióse en una sábana el cuerpo del difunto general, y todos los demás jefes formaron el acompañamiento del entierro en fúnebre procesión, a la vista de ambos ejércitos. Los soldados ingleses, que adoraban a Fraser, vieron alejarse sus restos mortales con profunda pena, en tanto que la artillería americana continuaba sus disparos desde el reducto. Al llegar a la cima de la colina detúvose la procesión, y el capellán, sin hacer aprecio de las balas que levantaban la tierra a sus mismos pies, rezó con la mayor calma y serenidad el oficio de difuntos.

Terminada esta piadosa ceremonia, todo el ejército se puso en movimiento. Los enfermos y heridos quedaron abandonados a la merced de los americanos, que los trataron con gran humanidad, y durante toda aquella noche, a pesar de la lluvia, el barro y el mal estado de los caminos, el ejército inglés fue avanzando lentamente hasta las seis de la mañana, en que hizo alto. Los soldados, que estaban rendidos, no pudieron resistir al sueño y otro tanto sucedió a los oficiales, mientras que las señoras que seguían a las tropas sufrieron las mismas privaciones con sin igual entereza. A fin de cubrir mejor la retirada, Burgoyne dio orden para que se destruyera el puente de Fishkill Creek, disponiendo al mismo tiempo que se incendiara la casa y molinos del general Schuyler, cuyas operaciones impidieron que el ejército llegara a Saratoga, a seis millas de distancia de aquel punto, hasta la tarde del día siguiente.

---

228 Es digno de mención lo que dice Tacher en su *Diario Militar* al hablar de la noble esposa del mayor Ackland. «Esta heroica señora, impulsada por su afecto conyugal, resolvió seguir la suerte de su esposo durante toda la campaña. Acostumbrada a esa vida de comodidades de que sólo pueden disfrutar las personas favorecidas por la fortuna, su delicada naturaleza apenas podía soportar las infinitas privaciones y fatigas a que se vio expuesta durante toda la campaña, pues a pesar de que iba en un pequeño vehículo de dos ruedas tirado por un solo caballo, los caminos eran las más de las veces impracticables. Poco después de recibir la sensible noticia de que su esposo se hallaba herido y prisionero, dio pruebas de su ternura al resolver ir a visitarle a nuestro campamento para consolarle y mitigar sus padecimientos. Con este fin obtuvo una carta del general Burgoyne para el general Gates, y tomando un bote, dirigióse con algunos de sus criados al campamento enemigo, donde llegó por la noche sufriendo mucho a causa de la humedad y el frío. El centinela detuvo el bote en cumplimiento de su deber hasta que llegó el oficial de guardia, mayor Dearborn, quien permitió a Lady Ackland y a sus servidores que desembarcaran, ofreciendo de paso a la esposa del general inglés cuantas comodidades le era posible dispensar en semejantes circunstancias. Cuando a la mañana siguiente supo el general Gates cuál era la triste situación de Lady Ackland, nombró al momento una escolta para que la acompañase, tratándola él mismo con el afecto de un pariente y disponiendo que se le dispensaran todas las consideraciones que merecía por su rango, sexo, carácter y circunstancias. Poco después se puso en marcha para Albany, donde encontró a su esposo herido.»

Burgoyne estaba ya convencido de que no era posible continuar la ofensiva y por lo tanto no pensó ya más que en facilitar la retirada al fuerte George. En su consecuencia enviáronse algunos operarios con una fuerte escolta para componer los puentes y abrir los caminos, pero bien pronto se vieron obligados a retirarse precipitadamente[229]. Conociendo el general inglés que su situación iba siendo mas crítica a cada momento, intentó una retirada por la noche a fin de dirigirse al fuerte Eduardo, pero aun este movimiento retrógrado no pudo llevarse a cabo, porque mientras el ejército hacia sus preparativos de marcha, recibióse noticia de que los americanos se habían posesionado ya del fuerte y se hallaban bien provistos de artillería. Ya no quedaba punto por donde escapar; los repetidos encuentros y las escaramuzas tenían fatigado al ejército británico, que empezaba también a carecer de víveres, sin que hubiese medios de procurárselos; mas a pesar de todo, los hombres sobrellevaron valerosamente sus trabajos, mientras que el bello sexo dio asimismo pruebas de una energía varonil.

He aquí lo que dice la baronesa Reidesel en su interesante historia de aquella época: «El enemigo comenzó a cañonear de una manera furiosa la casa donde yo me había refugiado con mis hijos, creyendo que todos los generales se hallaban en ella. ¡Ay de mí! allí no había más que heridos y mujeres y al fin tuvimos que bajarnos a la cueva, donde permanecí con mis niños todo el día y gran parte de la noche sin poder cerrar los ojos. Once balas de cañón atravesaron la casa, y una de ellas se llevó la pierna de un pobre soldado que se hallaba tendido en una mesa para que le practicaran la amputación de la otra. Sus compañeros le abandonaron, y cuando volvimos a prestarle algún auxilio, hallábase acurrucado en un rincón del cuarto más muerto que vivo y sin alentar apenas. Mis reflexiones acerca del peligro en que se hallaba mi esposo y la presencia de mis hijos fue lo único que pudo sostenerme en aquel apurado trance.»

La cueva estaba llena de mujeres aterradas y de oficiales heridos, a quienes la baronesa atendió con el mayor celo, privándose de su propio alimento para dárselo a los más necesitados. Cierto día fueron a verla su esposo y el general Philips con inminente riesgo de sus vidas, y al retirarse, dijo el último: «Aunque me dieran diez mil guineas no volvería a esta casa, porque salgo con el corazón destrozado. Aquella triste situación continuó aun por espacio de algunos días, hasta que la baronesa recibió la agradable noticia de haber cesado las hostilidades.

En la mañana del 14 de octubre Burgoyne envió el siguiente mensaje al comandante americano: «Después de haberos vencido dos veces, el teniente general Burgoyne ha esperado dos días en la posición que ahora ocupa, resuelto a presentaros por tercera vez la batalla contra todas las fuerzas que tuvierais a vuestra disposición. No se le oculta al general la superioridad numérica de vuestras tropas y la situación que ocupan, no sólo con el objeto de impedir que nos lleguen víveres, sino para que nuestra retirada se convierta en una escena de sangrienta carnicería; y en este caso, impulsado por un sentimiento humanitario, créese en el deber de salvar las vidas de muchos valientes bajo honrosas condiciones, con arreglo a los precedentes y principios establecidos en la guerra. Si el Mayor general Gates se inclinase a tratar sobre este punto, el general Burgoyne le

229 Marshall y Gordon consignan un hecho que demuestra en qué peligro se vieron los americanos en la víspera misma de obtener una victoria. Según parece, Gates recibió la noticia de que el grueso de las tropas del ejército de Burgoyne se había puesto en marcha para el fuerte Eduardo y que sólo quedaba en el campamento inglés una retaguardia que debía luego retirarse aceleradamente abandonando los bagajes. En vista de esto, el general americano dispuso que el general Nixon atacara dicho campamento dentro de media hora, y al efecto este jefe a la cabeza de la brigada más aguerrida, cruzó por Saratoga Creek, punto donde sin saberlo los americanos, había formado Burgoyne una línea detrás de la espesura del bosque para apoyará la artillería cuando se emprendiera el ataque. El general Glover iba a seguir con sus fuerzas al general Nixon, cuando al entrar en el agua, vio que cruzaba un soldado inglés, a quien llamó e interrogó. Este soldado, que era un desertor, dio la importante noticia de que todo el ejército británico se hallaba en su campamento, y entonces después de ordenar a Nixon que se detuviese, diose parte de aquella novedad a Gates, quien expidió una contra-orden llamando a sus tropas, que no consiguieron retirarse sin que la artillería del enemigo les ocasionara algunas pérdidas. El general Wilkinson confirma en sus memorias este hecho, refiriéndolo con sus menores detalles. Véase la *Historia de la revolución Americana* por Gordon, vol. II, pág. 251.

propondría una suspensión de armas durante el tiempo necesario para fijar las condiciones a que en el último extremo se sometería él y su ejército.»

Empleáronse dos días para discutir y arreglar las condiciones con que debía efectuarse la rendición, y en la mañana del 17 de octubre se convino formalmente en capitular. Gates quiso en un principio que a todos los enemigos se les considerase como prisioneros de guerra, pero sabiendo que Clinton hacía grandes esfuerzos en el Hudson con el fin de auxiliar a Burgoyne, no creyó conveniente mostrarse demasiado tenaz en aquel punto. Las condiciones eran en resumen las siguientes: que el ejército saldría del campamento con todos los honores de la guerra para dirigirse a un punto fijo, donde se deberían depositar las armas y demás efectos de guerra, facilitándose luego un buque para que los ingleses se trasladasen a Europa desde Boston, pero con la condición de que no volvieran a servir en América durante aquella guerra. El ejército no podría dividirse; permitíase a los oficiales conservar sus espadas, y a todos en general sus bienes particulares, sin que se autorizara a nadie para practicar registros de ninguna especie. Todos los particulares, fueran del país que fuesen, que iban con el ejército quedaban comprendidos en las condiciones de la capitulación. siendo una de aquellas que los canadienses volvieran a su país[230].

A principios de octubre, cuando la situación de Burgoyne iba siendo cada vez más crítica, hallábase Clinton en Nueva York esperando ansioso la llegada de tropas a fin de dirigirse al Hudson para auxiliar al general inglés. Por fortuna para la causa americana, los buques emplearon tres meses en el viaje... y a su arribo, Clinton hizo sus preparativos para atacar los fuertes Clinton y Montgomery, situados en Highlands. poniéndose a la cabeza de tres mil hombres y seguido de los buques de guerra a las órdenes del comodoro Hotham.

Estos fuertes estaban situados en una eminencia de difícil acceso en la parte oriental del río, a unas cincuenta millas de Nueva York, y les separaba un riachuelo que bajando por las colinas, iba a desaguar en el Hudson. Precisamente en aquel punto habíase interceptado el paso por medio de grandes vigas que se cruzaban entre una y otra orilla, sujetas por una inmensa cadena de hierro, y contra esta fuerte barrera apoyábanse una fragata y varias galeones colocados de modo que pudieran romper un nutrido fuego sobre cualquier buque que intentara forzar el paso. Este era en verdad un obstáculo insuperable para los buques ingleses que tenían que atravesar por allí para dirigirse a Albany. El fuerte Independencia se hallaba a cinco millas más allá de aquel sitio en una eminencia situada en la parte opuesta del río, y el fuerte Constitución una milla más lejos, en una isla cerca de la orilla oriental. Peekskill, cuartel general del jefe que mandaba en el Hudson desde Kins Bridge hasta Albany, estaba un poco más arriba del fuerte Independencia, en el mismo lado. El general Putnam era jefe de ambos puntos.

El día 5 de octubre Clinton desembarcó en Verplank's Point, algo más abajo de Peekskill, en el mismo río, y al saber Putnam que el enemigo trataba de apoderarse del fuerte Independencia,

---

230 Wilkinson, que era ayudante general, refiere en sus *Memorias* los pormenores de la primera entrevista que tuvo lugar entre el vencedor y el vencido: helos aquí. «El general Burgoyne deseaba ser presentado al general Gates, y al efecto cruzamos por Fishkill, dirigiéndonos a caballo al cuartel general. El general Burgoyne iba en primer término con su ayudante general Kingston y sus ayudantes de campo el capitán Lord Petersham y el teniente Wilford, a los cuales seguían el Mayor general Philips, el baron Reidesel y los demás oficiales generales y séquito correspondiente a su rango. El general Gates, a quien se había anunciado aquella visita, recibió a la entrada de su campamento a Burgoyne, que lucía un rico uniforme real, en tanto que su contrario sólo llevaba una casaca azul. Cuando se hubieron aproximado a la distancia de media vara hicieron alto, y habiendo yo nombrado entonces a todos los caballeros, el general inglés saludó cortésmente y dijo con la mayor finura: «La fortuna de la guerra, general Gates, me ha hecho vuestro prisionero.» A lo cual el vencedor replicó saludando a su vez con política: «Siempre estaré dispuesto a reconocer que no ha sido por ninguna falta de Vuestra Excelencia.» Entonces se adelantó el general Philips, y saludando a Gates, estrecháronse ambos las manos con la familiaridad de antiguos amigos. El baron Reidesel y otros oficiales fueron presentados luego.» El doctor Ramsay dice también en su *Historia de la revolución americana*, pág. 368, que la conducta del general Burgoyne en su entrevista con el general Gates fue sumamente digna, y el historiador no sabe qué admirar más, si la magnanimidad del general victorioso o el valor del general vencido.

atravesando por Highlands en dirección a Albany, retiróse a las alturas con su retaguardia, y sin sospechar cuál seria el verdadero punto de ataque, descuidó reforzar las guarniciones de los fuertes.

La flota británica había avanzado por el río a fin de ocultar en lo posible el desembarco de las tropas, y en la tarde del día en que Clinton llegó a Verplank's Point, embarcóse este jefe con más de dos mil hombres, dejando a los demás para que guardasen aquel puntos. A la mañana siguiente el general volvió a desembarcar en Stony Point, y se puso inmediatamente en marcha por las montañas, en dirección a los fuertes, a pesar de que los caminos eran muy malos y peligrosa la empresa, puesto que un corto destacamento convenientemente situado hubiera podido fácilmente detener su marcha causándole graves pérdidas. Clinton sin embargo se acercó a los fuertes sin ser descubierto, mas al poco rato encontró una patrulla que se dispersó inmediatamente para dar la voz de alarma. Ambos fuertes fueron atacados al mismo tiempo: el de Montgomery cayó bien pronto en poder de los ingleses, pero casi toda la guarnición se escapó, aprovechando la oscuridad y gracias a su gran conocimiento del terreno. El fuerte Clinton, aunque se resistió obstinadamente, quedó al fin destruido, y la mayor parte de sus defensores fueron muertos o quedaron prisioneros. Tan pronto como Putnam oyó el fuego, quiso enviar un refuerzo a la guarnición, mas no pudo conseguirlo. En aquel combate perdieron los ingleses unos ciento cincuenta hombres y los americanos el doble de este número.

Viendo los americanos que los buques de guerra que allí se hallaban no podrían escapar, les pegaron fuego para impedir que cayesen en poder del enemigo, y las llamas, según dice Stedman, apoderándose de las velas que estaban desplegadas, las convirtieron bien pronto en magníficas pirámides de fuego, cuyo reflejo iluminaba así las aguas como la falda de la montaña opuesta, en tanto que los cañones, descargándose al contacto del elemento abrasador, atronaban el espacio con su ronco estampido. Aquella sublime e imponente escena terminó al fin con una terrible explosión, y luego todo volvió quedar en la más densa oscuridad. Al romper el día, la flota se puso a trabajar activamente para destruir los obstáculos que interceptaban el paso del río, y poco después viose precisado a rendirse el fuerte Constitución, que dando así expedito el camino que conducía a Albany. Los ingleses destruyeron todo cuanto cayó en su poder y luego se embarcaron con dirección a Esopo, bonito pueblo que sin la menor consideración redujeron a cenizas. El porqué, en vez de aquel inútil vandalismo, no avanzaron los ingleses hasta Albany para atacar la retaguardia de Gates, fue un problema que nadie acertó a resolver, pues si lo hubieran hecho así, es muy probable que Burgoyne habría salido de su apurada situación.

Todos estos desmanes cometidos precisamente cuando Gates guardaba las mayores consideraciones con Burgoyne y su ejército, aumentaron el resentimiento y encono de los americanos, cuyo comandante en jefe escribió al general inglés Vaughan, una enérgica carta que terminaba de este modo: «¿Es así cómo los generales del rey esperan encontrar partidarios de la causa real? Sus crueldades producen un efecto contrario, pues la Independencia se funda en el disgusto general del pueblo. La fortuna de la guerra ha puesto en mi poder generales más antiguos y entendidos que Vaughan, y si éste llegara algún día a encontrarse en la situación de ellos, entonces no habría poder humano que pudiera salvarle de la justa venganza de un pueblo ofendido.»

Cuando el ejército inglés abandonó Ticonderoga, componíase tan sólo de unos diez mil hombres sin contar los indios, pero por los incidentes de la guerra quedóse reducido a unos seis mil cuando tuvo lugar la rendición. El general Gates contaba entonces con nueve mil hombres de tropas continentales y cuatro mil de la milicia, disponiendo además de un magnífico tren de artillería compuesto de cuarenta piezas de distintos calibres, y de todas las armas y bagajes de las tropas. No siéndoles posible conservar los fuertes de los lagos, los ingleses destruyeron las obras de Ticonderoga y sus alrededores, y después de arrojar la artillería pesada al agua, retiráronse a la isla de las Nueces y a la de San Juan.

Tal fue, dice Botta[231], la desgraciada suerte de la expedición inglesa en las orillas del Hudson. Habíase emprendido con gran confianza en el éxito, pero los obstáculos fueron tan formidables, que

---

231 *Historia de la guerra de la Independencia*, por Botta, vol. II, pág. 328.

aquellos que en un principio esperaban obtener los resultados más brillantes fueron las primeras víctimas, en tanto que los que concibieron temor encontráronse luego con grandes ventajas. No hay duda que si el plan se combinó hábilmente, como así creemos, no se procedió cuando menos con prudencia para llevarlo a cabo, pues debe tenerse presente que el éxito dependió por completo de los comunes esfuerzos de los generales que mandaban en los lagos y de los que dirigían las operaciones en el Estado de Nueva York. Pero lejos de obrar de concierto, cuando el uno avanzaba, el otro retrocedía; al obtener Carleton el mando de los lagos, Howe, en vez de subir por el Hudson hacia Albany, marchó con sus tropas a Nueva Jersey, avanzando luego sobre el Delaware, y cuando más tarde entró Burgoyne triunfante en Ticonderoga, embarcóse Howe para llevar a cabo su expedición contra Filadelfia, siendo el resultado de todo esto que el ejército del Canadá se viese privado del auxilio que esperaba de Nueva York.

Inmediatamente después de la victoria de Saratoga, Gates cuyo deber era comunicar la noticia al comandante en jefe, descuidó esta formalidad y envió a su ayudante de campo Wilkinson para comunicar al Congreso tan fausta nueva. Al ser introducido en la Cámara, el enviado pronunció estas palabras: «Todo el ejército británico ha rendido las armas en Saratoga; el nuestro espera vuestras órdenes lleno de valor y de confianza, y vuestra sabiduría resolverá si el país necesita aun de nuestros servicios.» El Congreso aprobó un voto de gracias al general Gates y a su ejército, y Wilkinson fue nombrado en el acto brigadier general, disponiéndose además de esto que se regalara al jefe americano una medalla de oro que se acuñaría expresamente en conmemoración de tan gloriosa victoria. En un lado de aquella hallábase el busto del general con estas palabras alrededor: *Horacio Gates, Duci strenuo*; y en el centro, *Comitia Americana*; en el reverso representábase a Burgoyne entregando su espada, y en último término los dos ejércitos de Inglaterra y América; en la parte superior leíanse estas palabras, *Salus regionum septentrion*, y al pie: *Hoste ad Saratogam in deditione accepto. Die XVII Oct. MDCCLXXVII.*

La bondad y consideraciones con que los americanos trataron a los vencidos es digna del mayor elogio. Los enfermos y los heridos fueron cuidados con el mayor esmero e hízose todo lo posible para que los oficiales ingleses y las tropas reconocieran que los vencedores eran tan generosos como bravos. El general Schuyler se hizo notable sobre todos por su magnanimidad, y tanto es así, que la baronesa Reidesel hace en su diario los mayores elogios de la finura y cortesía con que la trató a ella misma así como a los demás. «Algunos días después de esto, dice la baronesa, llegamos a Albany, aunque no como vencedores, según esperábamos, y allí fuimos recibidos por el buen general Schuyler, su esposa e hijas, que nos trataron como amigos, dispensándonos las mayores atenciones, así como también al general Burgoyne, que poco tiempo antes había hecho quemar la magnífica casa del general americano. En una palabra, condujéronse como personas generosas que estaban dispuestas a olvidar nuestras injurias en presencia de nuestras desgracias. El general Burgoyne quedó admirado de la nobleza de Schuyler y le dijo: «Os mostráis muy bondadoso conmigo cuando tanto daño os he hecho.» «Esos son los percances de la guerra, replicó aquel hombre valeroso, no hablemos más de ello.»

Burgoyne marchó luego a Boston y se le trató muy bien, pero al poco tiempo suscitáronse varias dificultades porque el Congreso no se conformaba con la perspectiva de que los soldados ingleses se marchasen a Inglaterra para que luego viniesen otros; y así es que aprovechándose de varios pretextos más o menos fundados, rehusó por último consentir en el embarque de las tropas[232]. No nos toca a nosotros decidir, dice un notable historiador, sobre si eran fundados o no los temores del Congreso, y nos abstendremos tanto de condenar la imprudencia de Burgoyne como de ensalzar la prudencia o desconfianza del Congreso, porque es lo cierto que en aquellas disensiones civiles y personales resentimientos, las apariencias se convertían a veces en realidades y la probabilidad en demostración. Por esto, en aquella época, los americanos se quejaban amargamente de la perfidia de los ingleses, y estos de la mala fe de sus contrarios[233].

232 Véase la *Vida de Washington*, por Marshall, vol. I, págs. 230-232.

Apéndice al capítulo 3.

I. PROCLAMA DE BURGOYNE.

El caballero Juan Burgoyne, teniente general de los ejércitos de S. M. en América, coronel del regimiento de dragones de la Reina, gobernador del fuerte Guillermo en la Bretaña del Norte, representante de los Comunes de Inglaterra, y jefe del ejército y flota empleados en la expedición del Canadá, etc., etc.

Las fuerzas confiadas a mi mando deben obrar de concierto y en defensa del mismo principio con los numerosos ejércitos y flotas que ya operan en todos los puntos de América, a fin de auxiliarme en la misión que vengo a desempeñar, administrando la debida justicia y concediendo perdones en nombre del rey, cuando se solicitare esta gracia.

La causa que ahora defienden las armas inglesas afecta a los más grandes intereses, y los servidores de la Corona, llamados al principio con el solo objeto de restablecer los derechos de la Constitución, se ocupan ahora, en nombre de su país y conforme a lo dispuesto por el soberano, en el arreglo de otras cuestiones relacionadas con los privilegios generales de la humanidad. Apelamos al buen criterio de la parte sensata del público, y sobre todo a la opinión de los muchos que sufren en las provincias, para que se nos diga si la actual rebelión no se funda en el sistema más completo de tiranía, que Dios ha permitido para castigar a una generación, que con tenaz insistencia lucha para defender una causa injusta.

Las prisiones arbitrarias, la confiscación de los bienes, los tormentos que se hacen sufrir a varias víctimas, son otras tantas enormidades palpables que se cometen a cada paso por las Asambleas y Comités, que aun se atreven a proclamarse amigos de la libertad, y de todos estos abusos son víctimas los súbditos más pacíficos, sin distinción de edad ni sexo, por el solo crimen, o a veces por la sospecha, de haberse adherido al gobierno que reconocieron desde un principio, y con el cual le ligan los más sagrados lazos. Para consumar estos indignos actos, se profana la religión y se tolera la inmoralidad; las conciencias de los hombres se ponen a precio, y a muchos se les obliga no sólo a empuñar las armas, sino también a favorecer una usurpación que aborrecen.

Animado por estas consideraciones y hallándome a la cabeza de un poderoso ejército, modelo de valor y disciplina, resuelto a castigar cuando fuere necesario, o a conceder perdones si se solicitaren, invito por la presente a todas las personas que se hallen donde llegue mi ejército, a que observen una conducta que justifique la protección que deseo dispensarles. El objeto que me propongo es atender a la seguridad de todos, no cometer depredaciones en el país, y a cuantos quieran contribuir a la gloriosa obra de libertar a sus conciudadanos, que se hallan en las prisiones, restableciendo el gobierno legal que ha de reportar tantos beneficios, yo les ofrezco mi apoyo, y encontraré medios para auxiliarles en su empresa. Los habitantes pacíficos, los industriales, los ancianos, todos en fin hallarán en mí protección con tal que permanezcan tranquilos en sus casas, que no permitan que se les traslade su ganado y que se destruyan sus campos, que no rompan los puentes ni obstruyan los caminos, ni cometan por último directa o indirectamente ningún otro acto que entorpezca las operaciones del ejército del rey para favorecer al enemigo.

Cuantos víveres se traigan a mi campamento serán pagados a un precio razonable y en moneda contante.

---

233 Al hablar de este asunto un escritor inglés se expresa en los siguientes términos: «Las tropas quedaron detenidas en Massachusetts y fueron luego enviadas al interior de Virginia, no habiéndose concedido a nadie la libertad sino por el canje. El objeto del Congreso era evidentemente retener prisioneros a cinco mil hombres para que no tomaran parte en la guerra, pero los medios que se emplearon para llevar a cabo este propósito fueron deshonrosos y rebajaron la dignidad del Congreso. La honradez es la mejor política, tanto para las naciones como para los hombres, y la conducta de los americanos en aquella ocasión, más bien fue la de unos mezquinos traficantes que la de un pueblo noble y poderoso Algunos de los motivos que se alegaron para justificar semejante medida eran falsos y otros carecían de fundamento, teniendo todos por objeto perjudicar el buen nombre y reputación de los ingleses. A cualquier hombre le es muy fácil acusar a su vecino de malas intenciones, si tiene algún interés en deshonrarle.»

Confío en que no será desatendida esta invitación con que mi señor os prueba su clemencia, y al dirigirme a vosotros, quisiera poder expresarme en términos más persuasivos. Sentiré sobre todo que el pueblo mire con indiferencia la presente, al reflexionar que se halla muy distante de mi campamento, pues debo advertir que me basta destacar las fuerzas indias, considerablemente numerosas, para que se apoderen de los rebeldes enemigos de la Gran Bretaña y América.

Si a pesar de mis exhortaciones y buenos deseos, continuaran mostrándose hostiles aquellos a quienes me dirijo, me creeré dispensado a los ojos de Dios y de los Hombres al aplicar el castigo a que se hace acreedor un pueblo de renegados. Los mensajeros de la justicia no tardarían en llegar, y entonces, la devastación, el hambre y todos los horrores de la guerra serán la justa expiación de su delito.

Juan Burgoyne.

En el campamento de Ticonderoga a 2 de julio de 1777.

Por orden de S. E. el teniente general, *Roberto Kingston*, secretario.

II. RESPUESTA A LA ANTERIOR PROCLAMA.

Al caballero Juan Burgoyne, teniente general de los ejércitos de S. M. en América, coronel del regimiento de dragones de la Reina, gobernador del fuerte Guillermo en la Bretaña del Norte, representante de los Comunes de Inglaterra, y jefe del ejército y flota empleados en la expedición del Canadá, etc., etc.

Muy alto, muy poderoso y sublime general.

Cuando las fuerzas que se hallan a vuestras órdenes llegaron a Quebec a fin de operar de concierto en defensa del mismo principio con los numerosos ejércitos y flotas que ya recorren todos los puntos de América, a fin de auxiliaros en la misión de administrar justicia y otorgar perdones en nombre de vuestro rey, nosotros los reptiles de América no pudimos menos de experimentar el mayor asombro; pero ¿con qué palabras expresariamos nuestro temor al saber que el coronel del regimiento de dragones de la Reina avanzaba hacia Ticonderoga? Las montañas se conmovieron a vuestro paso, los árboles del bosque inclinaron sus elevadas copas como si quisieran saludaros; agitáronse las aguas de los lagos ante vuestra presencia, y las poderosas cataratas detuvieron su furiosa corriente en el momento de aproximaros. Juzgad, pues, ¡oh inefable gobernador del fuerte Guillermo en la Bretaña del Norte! cuál sería nuestro terror, cuán grande el desaliento que se apoderó de los miserables habitantes de este continente de América. Ya no veíamos ante nosotros más que la oscuridad y el vacío, hasta que, semejante al sol que aparece en el horizonte, vino vuestra elegante, sublime e irresistible proclama a brindarnos con mercedes para salir de la miseria.

Nosotros creímos neciamente, ciegos como estábamos, que las flotas y ejércitos de vuestro gracioso Señor venían para aniquilarnos y destruir nuestras libertades, pero ahora vemos con alegría (porque, ¿quién puede dudar de lo que decís?) que no se trata de otra cosa sino de restablecer los derechos de la Constitución.

¿Y es para esto, ¡oh sublime teniente general! para lo que habéis cruzado el anchuroso Atlántico, atravesando después a costa de mil fatigas extensos desiertos e impenetrables bosques? ¿Y será posible que nos mostremos ingratos a tantos beneficios, cuando para restablecer los derechos de la Constitución, habéis solicitado el apoyo de los salvajes que mutilan a nuestras mujeres y niños después de asolar nuestro país? Los indios han hecho todo esto con su acostumbrada habilidad y clemencia, ¡y aun nos mostramos sensibles al favor y no agradecemos tanta bondad!

Nuestro Congreso ha declarado la Independencia, y nuestras Asambleas, como V. A. observa justamente, han incurrido en el delito de aprisionar a los amigos de ese poder con el cual están en guerra, obligando a otros que no querían batirse a que contribuyeran con alguna cosa para atender a los gastos que ocasionaba al país, lo que se llama una defensa necesaria. Si seguimos obstinándonos en ser ingratos, ¿qué podemos esperar sino que en vuestra cólera lancéis contra nosotros a ese

considerable número de indios para que nos destruya, o lo que es aun peor, que retiréis vuestras flotas y ejércitos, dejándonos sumidos en la miseria, sin completar la benévola misión que habéis comenzado?

Nos sometemos, nos sometemos, muy poderoso coronel del regimiento de dragones de la Reina y gobernador del fuerte Guillermo: nosotros ofrecemos nuestras cabezas al cuchillo de los indios y el pecho a las bayonetas de vuestros soldados. ¿Quién podría resistir a tanta elocuencia? ¿Quién dominar el terror que inspira vuestro poderoso ejército? Os damos las más expresivas gracias por la invitación que nos hacéis en nombre de la clemencia de vuestro rey. La sangre de las víctimas, los gritos de las vírgenes violadas y de las inocentes criaturas, y los continuos lamentos de los que gimen en las prisiones y calabozos de Nueva York, son cosas de que no nos acordaremos mientras resuene en nuestros oídos vuestra sublime proclama. ¡Perdonadnos querida patria; perdonadnos, querida posteridad; perdonadnos, ¡oh, vosotros, los que observáis con ansia nuestra conducta en esta importante lucha, si nos veis ceder ante la persuasiva elocuencia del más elegante coronel del regimiento de dragones de S. M.

Permitid, pues, magnánimo teniente general, permitid que estrechemos la mano de esos restauradores de los derechos constitucionales, de esos indios que se hallan vuestras órdenes. No consintáis que los mensajeros de la justicia nos esperen en el campo y que la devastación y los horrores de la guerra nos obliguen a someternos a un príncipe que por su real voluntad nos privaría de los beneficios de la vida con su acostumbrada clemencia.

Somos pacíficos, somos industriosos, somos tímidos, y permaneceremos tranquilos en nuestras casas, cuidando de no trasladar nuestros ganados ni cosechas a fin de que, a la cabeza de vuestro valiente y disciplinado ejército, vengáis a encargaros de todo.

Contemplad nuestras esposas e hijas, nuestros ganados, nuestros bienes: ¿no están acaso a la disposición de vuestro señor y rey, así como a la de su teniente general, miembro de la Cámara de los Comunes y gobernador del fuerte Guillermo?

A. B., C. D., E. F., ETC, ETC, ETC.

Saratoga a 10 de julio de 1777.

III. EXTRACTO DE LA CORRESPONDENCIA DE GATES Y BURGOYNE.

El general Burgoyne se había quejado del duro trato que sufrían los prisioneros cogidos en Bennington, y solicitó que se permitiera a un cirujano de su ejército visitar a los heridos y facilitarles cuanto pudieran necesitar. En la carta que escribió con este motivo decía lo siguiente: «Mi deber y mis principios me hacen enemigo de los americanos que han tomado las armas, pero quiero serlo generoso, porque no tengo el menor resentimiento contra aquellos que no lo provocan, faltando a los deberes que debe imponerse todo caballero.»

En contestación a esta carta, el general Gates, que acababa de encargarse del mando del ejército, se expresó en estos términos: «Que los salvajes de América corten la piel del cráneo a los prisioneros que cogen, no tiene nada de extraño; pero que el famoso teniente general Burgoyne, que a las cualidades de un cumplido caballero reúne las de un valiente militar, haya enganchado a los indios para que mutilen a los descendientes de los europeos, fijando además un premio por cada piel de cráneo, es más de lo que podrá creerse en Europa hasta que los periódicos confirmen auténticamente este hecho increíble. Miss Mc’Crea, joven tan apreciable por su hermosura como por sus virtudes, y prometida de un oficial de vuestro ejército, fue arrebatada con otras mujeres y niños de una casa cercana al fuerte Eduardo y conducida a los bosques, donde la asesinaron de una manera horrible. Y lo más triste es que este hecho ocurrió precisamente cuando la desgraciada Miss Mc’Crea se hallaba vestida con su traje de desposada, esperando a su futuro esposo. Más de cien prisioneros, entre hombres, mujeres y niños, han perecido a manos de esos miserables a quienes, según se dice, habéis pagado el precio de la sangre.»

A esto replicó el general Burgoyne: «He vacilado, caballero, en contestar a los primeros párrafos de vuestra carta porque no quiero descender a justificarme de las viles calumnias que desde

el principio de la lucha vienen siendo la base de la política americana, si bien no influyen para nada en la opinión del mundo. Por esta vez, sin embargo, faltaré a lo que me había propuesto, no sea que mi silencio se interprete como la confirmación de lo que alegáis, y sirva esto de precedente para que las tropas americanas cometan nuevas atrocidades. Por este motivo, y sólo por esto, condesciendo a manifestaros que no quisiera reconocerme culpable de los actos que me imputáis, aunque me dieran todo el continente de América y se hallaran en él las riquezas del mundo y el mismo paraíso.

»Es el caso que los tratados que celebré con las tribus indias durante el año último y el actual, son conocidos de todos y se han visto y examinado detenidamente por personas imparciales. Para probaros cuán inexacto es vuestro aserto de que yo pusiera a precio las pieles de cráneo, bástame deciros que en el gran Consejo celebrado en mayo, una de las primeras cosas que previne a los indios, a fin de evitar sus crueldades, fue que recibirían el precio de sus prisioneros, imponiéndoles al mismo tiempo la condición de respetar las vidas de aquellos, bajo la más estrecha responsabilidad, lo cual ofrecieron cumplir de una manera solemne.

»Respecto a Miss Mc'Crea, no necesitabais dar a esta aventura un trágico colorido para que yo lamentara su muerte tanto como el más sincero de sus amigos, pero el hecho no fue premeditado, según dais a entender. Es el caso que dos jefes que se proponían conducir a esa señorita a un sitio seguro, mas no con ánimo de violentarla, comenzaron a disputar sobre quién sería su guardián, e impulsado entonces uno de ellos por un arranque de salvaje cólera, hundió su cuchillo en el pecho de la joven, que cayó muerta a sus pies. Al tener noticia de este suceso, obligué a los indios a que me entregaran al asesino, y aunque haberle castigado con arreglo a muestras leyes habría sido acaso improcedente, hallábame resuelto a condenarle a una muerte ignominiosa, pero reflexioné luego que atendidas las circunstancias, conceder el perdón bajo las condiciones que yo impuse y se aceptaron, sería más eficaz que la ejecución para evitar en lo sucesivo semejantes crímenes.

»Prescindiendo del caso citado, lo que os han dicho acerca de la crueldad de los indios es falso. Según parece, me amenazáis con las publicaciones europeas, pero esas amenazas, así como las demás que pudierais hacerme, me importan muy poco. Sin embargo, si los cargos que me hacéis se han tomado de algún diario de América o se trata de darles publicidad, yo os ruego como a caballero que en el caso de suceder así, tengáis la bondad de insertar también mi contestación.»

4.
Progreso de la guerra desde 1777 a 1778.

Consecuencias de la victoria de Saratoga. Reunión del Parlamento. Proyecto de confederación. Medidas adoptadas. Carta circular del Congreso. Cuarteles de invierno en Valley Forge. Padecimientos del ejército. Tristes detalles. Causas a que se debió la falta de víveres para el ejército. Apuros de los oficiales. Washington propone el sistema de media paga. Disgustos de Washington. Se atenta contra su reputación. Anónimos. Carta de Washington a Laurens. Junta militar. Asertos de Gates y Mifflin. Confesión de Conway. Conducta magnánima de Washington. Política del ministerio francés. Negociaciones diplomáticas. Efectos que produjo en Francia la victoria de Saratoga. Proyectos conciliatorios de Lord North. Francia resuelve obrar con decisión. Tratado con Francia. Se notifica al Gabinete inglés. Beaumarchais interviene en los asuntos de América. Planes conciliatorios. Regocijos con motivo del tratado con Francia. El Congreso dirige un manifiesto a los habitantes de los Estados Unidos. Comisionados reales. Se intenta una negociación. Respuesta del Congreso. Observaciones de Botta respecto a la política observada por los americanos. Expediciones de los ingleses. Lafayette en Barren Hill.

La victoria de Saratoga probó que los americanos habían comenzado la lucha con Inglaterra resueltos a declararse independientes. Los reveses y contratiempos no les desanimaron, y lejos de intimidarse, veíase que el pueblo quería a toda costa defender sus derechos y libertades. Y cuando

merced a una serie de favorables circunstancias obtuvieron una gran victoria, natural era que persistiesen en su empeño y que pensaran en contraer con las potencias extranjeras, alianzas que convinieran a su dignidad e importancia como pueblo libre e independiente.

El Parlamento se reunió según costumbre en noviembre de dicho año, y no se aprobó el proyecto de contestación al discurso de la Corona sin una viva oposición. En la Cámara de los Comunes el célebre conde de Chatham, agobiado entonces por los achaques de la edad y los padecimientos, presentó una enmienda introduciendo una cláusula por la cual se recomendaba a S. M. que cesaran las hostilidades y se verificase una reconciliación a fin de devolver la paz y tranquilidad a los americanos, la fuerza y el bienestar a Inglaterra, y una prosperidad permanente a los dos países. En su discurso censuró severamente que se hubiera admitido a los indios como auxiliares en la guerra, si bien es cierto que bajo su administración se hizo lo mismo. La enmienda de Chatham, así como los demás proyectos que tenían por objeto una reconciliación, fue desechada, pues el ministerio obtuvo una gran mayoría, tanta era la confianza que se tenía en el buen éxito de la expedición de Burgoyne.

El día 3 de diciembre se recibió en Inglaterra la noticia de la victoria de Saratoga, que causó el mayor asombro y desaliento, dando lugar a que Lord North y el ministerio se viesen inmediatamente atacados por la oposición. Profundamente disgustado el Gabinete, expuso que había hecho todo cuanto era posible para asegurar el resultado, y achacó a la torpeza de los jefes en América el mal éxito de la campaña. Habiendo obtenido después que se suspendieran las sesiones, el ministerio dispuso que se cerrara el Parlamento hasta el día 20 de enero de 1778.

En otro capítulo hemos hablado ya de las medidas que se tomaron para consolidar la unión de las diversas colonias a fin de que le fuese dable al Congreso obrar con más eficacia; y no cabía duda que era preciso hacer algo porque aquel no tenía autorización suficiente ni más derechos que los que quisieron reconocer los Estados. Como gobierno, el Congreso no tenía suficientes atribuciones para hacer lo que de él se esperaba, y era preciso corregir varios defectos inherentes a todo gobierno revolucionario, restableciendo la autoridad ejecutiva sobre el pueblo de todo el país.

A principios de octubre la aproximación del ejército inglés había obligado al Congreso a retirarse a York Town, y entonces fue cuando se discutieron detenidamente todos los días los artículos de la Confederación, hasta mediados de noviembre, en cuya época se resolvió remitir copia a los diversos Estados con una carta circular en que se recomendaba eficazmente a las legislaturas que los adoptasen. He aquí lo que se decía en la citada carta: «Habiendo acordado el Congreso un plan de confederación para el mantenimiento de la libertad, soberanía e independencia de los Estados Unidos, se remiten copias auténticas de los artículos para que las examinen y tomen en consideración las respectivas legislaturas. Este asunto tan importante se ha discutido detenidamente porque ofrecía muchas dificultades, razón por la cual no ha sido posible, a pesar de nuestros continuos trabajos y desvelos, darlo antes a luz.

»Formar una unión permanente, conforme con el parecer y deseos de los delegados de tantos Estados, que difieren en sus costumbres, en el comercio y en su política interior, era un trabajo que sólo con el tiempo y la reflexión podía llevarse a cabo. Apenas debiera esperarse que fuese posible formar un plan, que siendo esencial para nuestra unión, se aviniese a la vez perfectamente con las ideas y miras políticas de cada Estado en particular. Permítasenos observar que después de minuciosas investigaciones y de un detenido examen, nos hemos convencido de que el plan propuesto es el mejor que podía adaptarse a las circunstancias de todos, y por lo tanto, recomendamos eficazmente esos artículos para que los tomen desapasionadamente en consideración las legislaturas de los Estados. Al hacer este trabajo téngase sin embargo presente lo difícil que es combinar en un sistema general los diversos sentimientos e intereses de un pueblo dividido en tantos Estados soberanos e independientes, sin echar en olvido lo absolutamente necesario que es unir nuestros Consejos y todas nuestras fuerzas para atender al mantenimiento y defensa de la libertad. Examínense esos artículos con la imparcialidad que debe haber entre leales conciudadanos

que se ven rodeados por los mismos peligros, que luchan por la misma causa y que se interesan en verse unidos por los lazos de una fraternidad indisoluble.

»Y por último, consúltese el parecer de sabios y patrióticos legisladores, quienes prescindiendo de sus intereses particulares, se interesarán seguramente por la prosperidad del país, haciéndose superiores a sus afectos locales cuando sean incompatibles con el bienestar, la felicidad y la gloria de la confederación general.

»Razón tenemos para sentir que haya trascurrido tanto tiempo antes de confeccionar este plan, y no nos pesa menos el que aun falte mucho, antes de que quede aprobado, tanto más cuanto que es de la mayor urgencia dar por terminado este asunto.

»Este plan tiene por objeto confundir a nuestros enemigos, desterrar las viciosas prácticas de los descontentos, fortalecer a los amigos y apoyar el crédito público, devolviendo al dinero su verdadero valor a fin de sostener las flotas y ejércitos del país, dando más autoridad e importancia a nuestros consejos para que se respeten debidamente nuestros actos.

»En una palabra, la adopción de esta saludable medida no puede diferirse por más tiempo porque es esencial para nuestra propia existencia como pueblo libre, puesto que sin ella pronto perderíamos la independencia y la libertad, esos beneficios inapreciables que por la justicia de nuestra causa y el favor del Todopoderoso, que visiblemente nos protege, tenemos derecho a esperar siempre que usemos con prudencia de los medios que se hallan a nuestro alcance. El Congreso recomienda en conclusión, que si no estuviese reunida la legislatura de cualquier Estado, deberá proceder la autoridad ejecutiva al examen de los citados artículos, y asimismo convendrá que las respectivas legislaturas autoricen debidamente a sus delegados para que aprueben el proyecto de confederación y unión perpetua de los Estados Unidos, que se discutirá por última vez en el Congreso el 10 de marzo de 1788.»

Washington, que nunca dejó de tener grandes simpatías con el pueblo, hacía muy poco uso de los ilimitados poderes que le confiriera el Congreso, y fue muy duro para él verse obligado a recurrir algunas veces a la fuerza cuando quería obtener víveres para el ejército. El comandante en jefe no podía menos de reconocer cuánta era su responsabilidad, pero nunca dejó de mostrar firmeza y resolución a la vez que una gran prudencia[234].

En un Consejo que celebraron los oficiales a fin de elegir el punto más conveniente para tomar cuarteles de invierno, hubo encontradas opiniones, y al fin, obligado Washington a resolver la cuestión por sí mismo, acordó fijarse en Valley Forge, profundo y escabroso valle que se halla a veinte millas de Filadelfia y cuyo límite por una parte es el Schuylkill y por la otra una línea de elevadas colinas. Los soldados estaban tan mal vestidos, que a fin de no exponerles a los rigores del invierno en simples tiendas de campaña, resolvióse construir cierto número de barracas con maderos y cal a fin de que se resguardasen mejor de la intemperie[235]. El ejército se puso pues en

234 En el mes de diciembre de 1777 fue cuando Mr. Bushnell, inventor del torpedo americano y otras máquinas submarinas, hizo en el Delaware la prueba de otra nueva que alarmó no poco a los ingleses. Este nuevo invento consistía en una serie de barricas cargadas de pólvora, que hacían explosión al ponerse en contacto con cualquier cosa. El hielo impidió que saliese bien el primer ensayo, pero como quiera que se volase un barco y reventaran algunas barricas, los ingleses que estaban el Filadelfia, no acertando a comprender qué objetos peligrosos podría haber en el agua, hicieron fuego a todo cuanto vieron durante la marea. Véase lo que sobre esto dice Mr. Hopkinson en el apéndice II, al final del presente capítulo.

235 Aunque no es agradable recordarlo, consignaremos aquí que la legislatura de Pensilvania, disgustada por la pérdida de Filadelfia, llegó a quejarse de que Washington se retirara a cuarteles de invierno, lo cual dio lugar a que el comandante en jefe, resentido sin duda por la observación se expresara con alguna claridad al hablar a la Cámara sobre este asunto. He aquí sus palabras: «Hay algunos señores que sin saber si el ejército iría o no a cuarteles de invierno, reprobaban la medida cual si creyeran que los soldados son de piedra y por lo tanto insensibles a la nieve y al frío; y no deja de extrañarme que haya quien crea que con un ejército muy inferior al del enemigo sería posible cercar a éste, que se halla perfectamente acuartelado en Filadelfia, a fin de evitar las depredaciones que se cometen en Pensilvania y Nueva Jersey... Yo aseguro a esos señores que es mucho más fácil y cómodo hacer observaciones en un gabinete, al lado de un buen fuego, que ocupar una escabrosa colina y dormir sobre la nieve sin ropa ni mantas; pero aunque otros no se acuerden de los pobres soldados, ni sientan nada por ellos, yo deploro superabundantemente su situación y me compadezco de sus miserias, que por desgracia no está en mi mano aliviar

marcha hacia Valley Forge a mediados de diciembre, mas durante el trayecto algunos soldados murieron de frío; otros que iban sin zapatos tenían los pies tan llagados que dejaban por todo el camino huellas de sangre, y sólo después de penosos esfuerzos llegaron al fin los tropas al punto de su destino. Acto continuo comenzaron a construir sus habitaciones según el plan que se les indicó, y al poco tiempo quedaron terminadas las barracas en las que pudieron acomodarse los soldados con alguna comodidad.

Es imposible sin embargo expresar con palabras cuántos fueron los padecimientos del ejército en Valley Forge, pero baste decir que allí no había apenas nada de lo más necesario para la vida. La mayor parte de los soldados estaban medio desnudos; algunos sólo tenían una camisa, otros media, y casi todos carecían de ella absolutamente. Muchos de aquellos valientes andaban con los pies desnudos sobre la nieve por no tener zapatos, y aunque eran muchos los enfermos a causa del rigor del frío y la desnudez, los oficiales se vieron precisados a dispensarlos del servicio, permitiéndoles permanecer en las barracas o alojándolos en las casas de algunos labradores. De este modo al cabo de poco tiempo quedaron tres mil hombres inútiles para el servicio, lo cual no es de extrañar porque en las barracas no había siquiera paja, y los soldados, rendidos de fatiga, debilitados por el hambre y el frío tenían que acostarse sobre la dura y húmeda tierra. Esta circunstancia unida a otras de que ya hemos hablado aumentó las enfermedades; los hospitales se llenaban tan pronto como los desocupaba la muerte, y el mal iba agravándose por momentos porque la administración no era menos defectuosa que la organización del campamento. Las malas condiciones del local en que se establecieron los hospitales; la falta de mobiliario y enseres de toda clase y la multitud de enfermos que se iba acumulando produjeron bien pronto el resultado que era de esperar, pues se declaró una especie de fiebre que arrebataba diariamente tanto a los más débiles como a los más vigorosos defensores de la patria.

No era posible remediar aquella triste situación con simples cambios, pues ni había ropa blanca, ni un alimento saludable, ni nada en fin de lo más necesario; hasta las medicinas, de que se llegaba a carecer varias veces, eran de la peor calidad y con frecuencia adulteradas por la vergonzosa avaricia de los contratistas, de esos miserables especuladores denominados los *artesanos de la escasez*, que siempre han preferido el dinero a la vida del soldado. De aquí que el hospital americano se pareciese más bien a una cámara mortuoria que a un refugio para los enfermos, y lejos de restablecerse allí la salud, convertíase en mortal la enfermedad más sencilla. Aquel antro pestilente comenzó a ser el terror del ejército, y los soldados preferían perecer de frío al aire libre, que ser enterrados en vida en medio de los muertos. Fuera aquello efecto de la inevitable necesidad o de la avaricia de los hombres, es lo cierto que murieron miserablemente muchos valerosos soldados que con un poco más de esmero habrían podido vivir para defender a su patria.

Nada podía igualar ciertamente a los padecimientos que tuvo que sufrir el ejército americano durante todo aquel crudo invierno, pero fue admirable la resolución y sobrehumana firmeza que demostraron en aquella ocasión. Es verdad que, seducidos algunos por los realistas, desertaron de sus banderas, pasándose al ejército inglés que estaba en Filadelfia, pero todos ellos eran en su mayor parte europeos que habían entrado en el servicio continental. Los verdaderos americanos, excitados por su patriotismo y su profunda veneración hacia Washington, dieron pruebas de una invencible perseverancia, prefiriendo sufrir todos los rigores del hambre y del frío, que faltar en aquella hora de peligro a la fe que habían jurado a su país. Si Howe hubiera tenido un carácter bastante emprendedor para atacar al enemigo en aquella época, las consecuencias habrían sido desastrosas, pues sin almacenes militares y sin víveres, ¿cómo hubieran podido los patriotas defender sus atrincheramientos? Además, formar el campamento en mitad de aquella estación rigurosa, era cosa absolutamente imposible para ellos, y en prueba de esto baste decir que en el 1 de febrero de 1778 había cuatro mil hombres completamente inútiles para toda clase de servicio, por estar desnudos, no siendo mucho mejor la situación de los demás. En una palabra, de los once o

como quisiera.»

doce mil hombres que había en el campamento, apenas se habían podido reunir cinco mil para entrar en servicio.

Al lector le habrá sorprendido seguramente que el ejército pudiera carecer de víveres en un país donde abundan toda clase de provisiones, mas unas cuantas palabras bastarán para explicar este hecho. Al empezarse la guerra habíase conferido el cargo de comisario general al coronel Trumbul, de Connecticut, un caballero que a pesar de sus recomendables circunstancias para tan importante cargo, no pudo evitar que a causa de la dificultad de arreglar aquel complicado departamento, se produjeran repetidas quejas sobre la falta de provisiones. El Congreso tomó en consideración este asunto, pero el remedio aplicado sólo sirvió para agravar el mal, y el sistema no pudo perfeccionarse hasta mediados del verano, en cuya época, no conformándose el coronel Trumbull con el arreglo introducido en el servicio, presentó la dimisión de su cargo. Según el nuevo plan, disponíase entre otras cosas que se pusieran a la cabeza del departamento varios oficiales subalternos nombrados por el Congreso, con la condición de que los cargos que aquellos ocupasen serían inamovibles, lo cual se hizo contra el parecer del comandante en jefe, siendo esto también la causa de que el coronel Trumbull abandonase el ejército. El Congreso sin embargo persistió en seguir adelante con el nuevo sistema, y no tardaron en sentirse sus consecuencias.

En todos los distritos militares del continente produjéronse repetidas quejas por la falta de víveres; los ejércitos tuvieron que suspender con frecuencia sus marchas por este motivo, y habiéndose hecho por último representaciones al comandante en jefe y al Congreso, éste autorizó a Washington para que se apoderase de cuantos víveres se encontraran en setenta millas a la redonda, pagándolos en dinero o en certificados. Esta violenta medida produjo aun peor efecto, porque el gobierno no pudo hacerse con fondos para recoger los certificados cuando se presentasen al cobro, mientras que los víveres que se llevaban a Filadelfia se pagaban en moneda contante y a muy buen precio. La tentación era demasiado grande para resistir a ella, y tal fue la destreza y cautela de los habitantes para eludir las leyes, que a pesar de la vigilancia ejercida por las tropas en todas las líneas, eran muchos los que conseguían llevar abundantes provisiones al ejército inglés que estaba en Filadelfia. Excitado Washington por el Congreso, publicó una proclama disponiendo que todos los labradores que vivieran en un radio de setenta millas desde Valley Forge, suministrasen la mitad del grano que tuvieran el 1 de febrero, y el resto el 1 de marzo, bajo la pena de perderlo todo si no cumplían con la orden. Muchos labradores y arrendatarios defendieron sus graneros y su ganado con las armas en la mano, y en algunos casos quemaron lo que no podían salvar.

Fácilmente se comprenderá cuán profundo era el disgusto de Washington al pensar en las miserias del ejército, pero nada le condolía tanto como ver cuán perniciosos ejemplos se daba a sus soldados, pues los oficiales declaraban abiertamente que no querían continuar en el servicio, y muchos de ellos, abandonando el ejército, se habían vuelto ya a sus casas. Este contratiempo se debió principalmente a que el papel moneda iba perdiendo su valor a consecuencia del excesivo número de certificados que se expidieran, en tanto que el precio de todos los artículos de consumo, tanto por esta razón como por las dificultades del comercio, aumentaba tan prodigiosamente, que los oficiales, lejos de poder vivir conforme lo exigía su rango, apenas tenían con qué atender a su subsistencia. Algunos de ellos no contaban ya con recursos; otros habían contraído considerables deudas, y era evidente que a menos que se tomase alguna medida para impedirlo, el ejército se vería bien pronto privado de sus mejores y más entendidos oficiales.

Washington no perdonó esfuerzo alguno para remediar el mal, y después de excitar amistosamente a sus oficiales a que tuviesen un poco de paciencia, recomendó al Congreso con la mayor eficacia que adoptase las medidas más oportunas para arreglar aquella cuestión[236]. El comandante en jefe propuso entre otras cosas que terminada la guerra, se asegurase a los oficiales, bien como sueldo fijo para toda la vida, o por un tiempo limitado, la mitad de la paga que disfrutaban en activo servicio, y alegando que en este punto no obraba por interés personal, dijo entre otras cosas que era fácil hablar de patriotismo y citar ejemplos en la historia antigua de

236 *Vida de Washington*, por Sparks, págs. 258-263.

hombres que habían llevado a cabo grandes empresas desinteresadamente; pero que el contar con los sacrificios individuales para sostener una prolongada y sangrienta guerra era forjarse una ilusión; que el amor al país había hecho grandes cosas desde el principio de la revolución, pero que si se quería terminar ésta felizmente, hacíase necesario el incentivo del interés y la esperanza de una recompensa.

El Congreso se mostró al principio muy poco dispuesto a prestar su aprobación a las proposiciones del comandante en jefe, bien porque las juzgara demasiado extraordinarias, o porque creyese que aquello sería una carga muy pesada para el Estado, o ya en fin porque pensara que las concesiones de tierras a los oficiales y soldados debían satisfacer los deseos de hombres de reconocida moderación. Sin embargo, en la primavera de 1778, sometiéndose el Congreso a lo que le parecía ya una necesidad, dispuso que se satisficiese media paga a los oficiales por toda la vida, reservándose no obstante el derecho de fijar este sueldo sólo por seis años cuando lo juzgare oportuno. Poco tiempo después de haberse adoptado tal resolución, volvióse a discutir el mismo punto y se acordó por último que la media paga a los oficiales se concedería sólo por siete años, a contar desde la terminación de la guerra. Estas medidas, aunque muy oportunas, no se llevaron a cabo sino después de mucho tiempo, por lo cual no produjeron inmediatos resultados, con tanto más motivo, cuanto que doscientos oficiales de verdadero mérito se habían retirado del servicio. viniendo esto a probar que cuando se tarda en conceder un beneficio, éste pierde la mayor parte de su valor y deja de apreciarse por las personas que debían disfrutar de él.

Parecía natural que teniendo Washington tantas cosas a que atender en su difícil situación, después de haber experimentado graves disgustos, no tendría ya que sufrir nuevas pruebas, pero a Washington le sucedió lo que sucede siempre a todo hombre grande y de nobles sentimientos cuando tiene que luchar con una sociedad envidiosa y maligna. En rigor podía decirse que los hechos de armas del comandante en jefe y sus operaciones militares no habían sido en apariencia muy felices, puesto que siempre se vio obligado a retirarse ante un poderoso enemigo, en tanto que Nueva York y Filadelfia caían en poder de los ingleses, sin que se hubiese hecho nada notable durante toda la guerra bajo la dirección inmediata de Washington. Por otra parte, la victoria de Saratoga había coronado de gloria al general Gates eclipsando el celo patriótico de Washington, tanto porque era la primera obtenida sobre el enemigo, cuanto porque esta victoria influyó poderosamente en el porvenir de los Estados Unidos. No es extraño pues que los hombres envidiosos hiciesen odiosas comparaciones entre el héroe de Saratoga y el comandante en jefe, ni es de admirar tampoco que Washington fuese el blanco de las intrigas de los descontentos que en la virtud y nobleza de aquel hombre generoso encontraban un obstáculo invencible para satisfacer sus ambiciosas miras.

Hasta llegó el caso de que se atentase contra la reputación de Washington, y el complot que se formó con este objeto recibió el nombre de la *Cábala de Conway*, en la cual tomaron parte el general Gates y el general Mifflin, por parte del ejército, y Samuel Adams y otros miembros del Congreso. Gates y Mifflin, resentidos por no sabemos qué, estaban indispuestos con Washington, y Conway, hombre de carácter intrigante, hallábase disgustado porque no se le concedió el destino de inspector general. Adams y otros miembros de la Cámara de Nueva Inglaterra habían llevado siempre a mal que se nombrase a Washington comandante en jefe, y al tener noticia del éxito obtenido por el ejército del Norte sin la intervención de Washington, los descontentos no vacilaron ya en demostrar su disgusto y entonces comenzaron a circular los anónimos en que se atribuía el mal éxito de la campaña a la incapacidad de Washington, haciendo insinuaciones y produciendo quejas contra el comandante en jefe.

No se le ocultaba a Washington que sus enemigos trataban de hacerle daño, pero no quiso dar paso alguno hasta después de obtenida la victoria de Saratoga. Al dirigirse Wilkinson al Congreso para comunicarle la noticia de aquel acontecimiento, divulgó el contenido de la carta que escribiera Conway a Gates, que después llegó a conocimiento de Washington por conducto de Lord Stirling, y entonces se siguió una correspondencia que es digna de leerse porque demuestra de una manera

algo trasparente cuánta era la dignidad y rectitud del padre de la patria y cuánta la confianza y veneración que inspiraba a su país.

Mr. Laurens, presidente del Congreso, recibió primeramente uno de los anónimos de que hemos hablado, y poco después se remitió otro a Patricio Henry, gobernador de Virginia, pero ambos señores enviaron las cartas directamente a Washington. Reproducimos la dirigida a Henry porque da a conocer de qué modo se trataba de perjudicar la reputación del comandante en jefe.

«Yorktown, 12 de enero de 1778.

»Muy señor mío: No tuve el gusto de conoceros hasta el momento en que un peligro común amenazaba a nuestro país, y recuerdo con placer cuánta influencia tuvieron vuestras palabras en la opinión de todos al principio de muestra controversia con la madre patria. Primeramente nos enseñasteis a sacudir el yugo de la Corona y a eludir su dominación proclamando nuestras libertades, y por ese medio hemos evitado la ruina de todo un pueblo. La independencia de América es la primavera de esa libertad de pensar y obrar que sucedió a la destrucción de los cetros de los reyes y a la dominación de la Gran Bretaña.

»Pero, caballero, no hemos hecho más que atravesar el Mar Rojo; ante nosotros se extiende ahora un inmenso desierto, y si no se presentan un Moisés o un Josué para prestarnos su apoyo, pereceremos antes de llegar a la tierra prometida, aun cuando no tengamos ahora nada que temer de nuestros enemigos. Cierto es que el general Howe ha tomado a Filadelfia, pero sólo ha conseguido con esto cambiar de prisión, porque se halla cercado por todas partes. Aunque la América sólo puede ser destruida por sí misma, busca protección en sus Consejos y en su ejército, mas ¡ay! ¡a qué han quedado reducidos estos! Su representación en el Congreso reside sólo en veinte y un miembros, de los cuales faltan ya los Adams, los Wilson y los Henry y el ejército no tiene ya más jefe que un Mayor general que no conoce o descuida por completo la disciplina. En los departamentos militares predomina el abandono y la ignorancia, y en nuestros hospitales se encuentran seis mil enfermos que carecen de todo lo más necesario, hasta el punto de que en un mes perecen allí más hombres de los que se han perdido durante toda la campaña.

»El papel moneda va perdiendo su valor sin que se tomen medidas para evitarlo; el país está entretenido con las tentativas de Don Quijote para regular el precio de los víveres; bien pronto comenzarán a sentirse los efectos del hambre; el pueblo está abatido porque todos reconocen la causa de nuestras desgracias, y por último, son muchos los que se pasan al general Howe y no pocos los que tratan de imitarlos a fin de sustraerse a las calamidades que amenazan al país. Pero, ¿es desesperada nuestra situación? De ningún modo. Tenemos sabiduría, fuerza y virtud suficiente para salvarnos si nos resolvemos a obrar, pues el ejército del Norte nos ha demostrado lo que los americanos son capaces de hacer teniendo un buen general a su cabeza. El espíritu de las tropas del Sur no es en nada inferior al de las del Norte, y un Gates, un Lee o un Conway las convertiría bien pronto en una fuerza irresistible. El último de los citados oficiales aceptó el cargo de inspector general de nuestro ejército a fin de reformar ciertos abusos, pero éste no es suficiente paliativo. En una carta que dirigió Conway a uno de sus amigos, le decía lo siguiente: “Si no fuera porque el Todopoderoso ha dispuesto que la América sea libre, los... malos consejeros, habrían arruinado al país hace mucho tiempo.” Podéis confiar en que son ciertos los hechos que se citan en esta carta, cuyo autor es uno de vuestros amigos de Filadelfia. Si por la escritura reconocéis el nombre, guardad el secreto, y aun será conveniente que queméis esta carta, si bien sería oportuno publicar algunos de los hechos de que habla, a fin de ilustrar al país sobre nuestra verdadera situación. Confío en vuestra prudencia y os ofrezco sinceramente mi amistad y mis servicios en favor de nuestra querida independencia.

»Vuestro afectísimo, *A. S. E. Patricio Henry*.»

En contestación a la carta de Mr. Laurens, que incluía el anónimo recibido, Washington escribió con fecha 3l de enero lo que sigue: «No sé cómo expresaros cuánto agradezco vuestra amistad y buenos deseos al darme cuenta de un hecho que es del mayor interés para mí. No se me ocultaba que desde algún tiempo algunos de mis enemigos atentaran contra mi reputación, pero

como tengo el convencimiento de haber hecho todo cuanto me ha sido posible en la importante misión que me fue confiada, esto no podía inquietarme mucho. Lo que sí sentiría profundamente es que se suscitara una cuestión cuyas peligrosas consecuencias pudieran dar lugar a disensiones intestinas, fatales para la causa común.

»Como no tengo más objeto que atender al bien público, y no ambicioné honores de que no me crea merecedor mi país, desearía que se abriese una información para examinar los actos de mi conducta que crean reprensibles mis enemigos. En el anónimo que habéis recibido se hacen contra mí cargos muy graves, y por lo mismo quiero presentarlo al Congreso, porque el ocultarlo os podría perjudicar, toda vez que no sabemos quién ni cuántas personas se hallan enteradas del contenido.

»Mis enemigos son muy poco generosos al aprovecharse de la ventaja que tienen sobre mí, porque saben cuán delicada es mi posición y qué motivos de política me impiden hacer una defensa con la cual podría combatir sus insidiosos ataques. Ellos saben que no puedo refutar sus cargos por injuriosos que sean sin descubrir secretos que es muy importante ocultar por ahora. Pero, ¿qué derecho tengo yo para eludir la censura cuando se hallan sujetos a ella cuantos ocupan un cargo elevado? Hombres de mérito y talento con los cuales no tengo pretensiones de rivalizar han tenido siempre que sufrirla, pero mi corazón me dice que siempre obré del mejor modo que lo permitieron las circunstancias; podrá ser que me haya equivocado frecuentemente en la elección de los medios, y en este caso sólo se me puede imputar el haber cometido un error.»

Era evidente, a juzgar por la conducta que desde algún tiempo antes venía observando el Congreso, que en éste iba formándose un partido considerable que trabajaba para desprestigiar a Washington. La creación de una nueva Junta de Guerra, de la que eran miembros Gates y Mifflin, así como el haberse proyectado una expedición al Canadá, todo sin consultar a Washington, eran claros indicios de que se quería disgustar al comandante en jefe para obligarle a presentar la dimisión de su cargo[237]. Pero a Washington no le hacían mella semejantes intrigas, y Lafayette, cuya amistad y veneración por aquel hombre que le llamaba su amigo no reconocía límites, se negó por su parte abiertamente a favorecer la *Cábala*, cuando los enemigos del comandante en jefe le invitaron a ello halagando su amor propio. Con este motivo el joven marqués escribió a Washington lo que sigue: «He unido mi destino al vuestro, y os defenderé no sólo con mi espada, sino con cuantos medios se hallen a mi alcance.» Por lo que toca al ejército, baste decir que mostró la más profunda indignación al tener conocimiento de las audaces tentativas de algunos hombres intrigantes contra su querido jefe.

Gates y Mifflin manifestaban en ciertas cartas producidas por Gordon, que ellos no habían tomado parte alguna en el plan que tuvo por objeto destituir a Washington, y Conway por su parte quiso probar lo mismo; pero puede considerarse como seguro que los dos primeros sabían cuanto pasaba y que se proponían aprovecharse del resultado[238]. En cuanto a Conway, sus ambiciosas miras y poco escrupulosa conducta fueron causa de que terminara pronto su carrera, pues habiendo

237 Al contestar Washington a ciertas insinuaciones que se le hacían, escribió a un amigo suyo lo siguiente: «Puedo aseguraros que nadie me ha oído decir una sola palabra acerca de resignar el mando, pues profeso ahora los mismos principios que el día en que entré a formar parte de la oposición contra los proyectos arbitrarios de la Gran Bretaña. No dejaré tampoco de prestar mis servicios mientras el país los juzgue necesarios en la presente lucha, y todos esos rumores los propalan mis enemigos para conseguir que se verifique un cambio. He dicho, y lo diré siempre, que ningún oficial de los Estados Unidos volvería a disfrutar de la vida doméstica con más gusto que yo. No pienso abandonar la causa que defiendo, pero tan pronto como el país, no mis enemigos, me indique que debo resignar el mando, lo haré con la misma satisfacción con que el cansado caminante se entrega al reposo.»

238 Poco después de haberse rendido Burgoyne, el general Gates tuvo una entrevista privada con Morgan, y en ella le manifestó confidencialmente que la mayor parte del ejército estaba muy descontento de la conducta de Washington, que la reputación de aquel jefe iba decayendo de día en día y que muchos oficiales de reconocido mérito se hallaban dispuestos a resignar el mando si no se introducía un cambio. Comprendiendo el coronel Morgan las intenciones de Gates, contestó al momento animado de una noble indignación: «Caballero, no os pediré más que un favor, y es que munca volváis a hablarme sobre ese odioso asunto, pues por mi parte no serviré sino a las órdenes del general Washington.» Desde aquel día Gates trató a Morgan con marcada frialdad, y al dar el parte oficial de la rendición de Burgoyne no dijo una palabra del coronel, aun cuando los servicios de éste eran bien conocidos tanto del ejército como del país. *Vida del general Morgan*, por Graham, págs. 172-173.

perdido su popularidad en el ejército, hizo dimisión de su cargo de Inspector general, y a fines de febrero quedó herido en un duelo que tuvo con el general Cadwalader. Suponiendo que su herida era mortal, aun cuando después se restableció, y bajo la influencia de un repentino remordimiento, escribió a Washington en los siguientes términos: «Aun me quedan fuerzas para sostener la pluma durante algunos minutos y aprovecho esta ocasión para expresaros mi profundo sentimiento por haber hecho, escrito o dicho cualquiera cosa que pueda ser desagradable para V. E. Aunque pronto habré dejado de existir, un sentimiento de justicia y de sinceridad me impele a declararos mi opinión. Sois a mis ojos el hombre grande y generoso, y ojalá que disfrutéis por mucho tiempo el amor, la veneración y el aprecio de este pueblo cuyas libertades habéis consolidado con vuestras virtudes.»

Superfluo parecerá acaso llamar la atención sobre este hecho, pero seguros estamos que ninguno que examine aquella parte de la historia de nuestro país, dejará de experimentar un sentimiento de profundo respeto y admiración ante la magnanimidad y la nobleza de alma de que dio pruebas Washington en medio de las rudas pruebas por que tuvo que pasar. ¡Pluguiera al cielo que siguieran siempre su ejemplo todos aquellos que se precian de ser conciudadanos de Washington![239]

Según hemos indicado ya al hablar de las relaciones extranjeras de los Estados Unidos, Francia sólo esperaba tener la seguridad de que América sostendría la lucha contra la madre patria para declararse abiertamente aliada de la nueva república. Aunque los americanos no se habían mostrado nunca dispuestos a ceder a las pretensiones de Inglaterra, el resultado no era aun seguro, pues podría suceder que las colonias se adhiriesen a un arreglo con la madre patria sin que se la redujese a ello por la fuerza de las armas, y el ministerio francés temía que tan pronto como su nación se uniera a los americanos, concediese Inglaterra todo cuanto aquellos pedían, celebrando inmediatamente la paz, en cuyo caso tendría Francia que luchar luego con dos poderosos enemigos. Por esta razón adoptó una prudente política, y no dejó de observar un momento el progreso de la lucha entre Inglaterra y América; escudándose siempre con su *razón de Estado*, cosa muy conveniente en aquella ocasión, entretenía al Gabinete inglés con protestas de amistad, mientras que por otra parte facilitaba secretamente socorros a los americanos, inflamando su valor y asegurándoles continuamente que les prestaría su apoyo. De este modo, en vez de inclinarse de una manera franca en favor de uno u otro, esperó tranquilamente para ver qué giro tomaban los asuntos.

Los agentes del Congreso no dejaron sin embargo de gestionar con insistencia para que el Gabinete de Versalles tomase una determinación, pero el ministerio, observando su sistema de expectativa, alegó diversas escusas para no obrar desde luego. Primeramente expuso que la flota que se esperaba de Terranova con excelentes marinos no había llegado aun; luego dijo que los galeones de España se hallaban aun en el mar, y por último inventó otros pretextos más o menos verosímiles. De este modo, avanzando o retrocediendo alternativamente, sin dar a conocer nunca sus intenciones, Francia tenía a los americanos en continua incertidumbre hasta que, perdida la paciencia, resolvieron por último los comisionados salir de una vez de tan embarazosa situación. Al efecto, a mediados de agosto, elevaron una enérgica exposición manifestando claramente que era muy posible que encontrándose América sin apoyo, tuviese al fin que conformarse con las concesiones de Inglaterra, en cuyo caso perdería Francia todas las ventajas que debía obtener, perdiendo aquella nación sus ricas colonias.

---

239 Mr. Irving refiere la siguiente anécdota que le facilitó el Juez Jay: «Poco antes de la muerte de Juan Adams, estaba yo conversando con mi padre acerca de la revolución americana, cuando aquel exclamó de pronto: "¡Ay, Guillermo, la historia de aquella revolución no se sabrá nunca, ni la sabe ahora nadie más que Juan Adams y yo!" Sorprendido al oír esto, preguntéle a qué se refería, y repuso: "Hablo de los procedimientos del antiguo Congreso, de aquellos procedimientos en que desde el principio hasta el fin hubo unos cuantos hombres que hicieron lo posible para desprestigiar a ese hombre generoso." Como el antiguo Congreso celebraba sus sesiones a puerta cerrada, no pudieron saberse todos los asuntos que la Cámara discutía; a no haber sido así, seguros estamos que nadie hubiera tratado de indisponer a Washington con el ejército y el pueblo.»

Esta exposición sin embargo no produjo el resultado apetecido, y de nuevo se hicieron indicaciones a Inglaterra para que reconociese la independencia de América, asegurándola que con esto podría obtener cuantas ventajas desease. También se expuso que si el ministerio inglés se había aprovechado de la ocasión, dependía exclusivamente de él estipular un arreglo tan conveniente para su prosperidad, que en vano buscaría otra cosa que proporcionara mejores resultados. Pero el gobierno británico, enorgullecido con las primeras victorias de Burgoyne y en la persuasión de obtener la victoria, rehusó aceptar arreglo alguno, rechazando con desdén cuantas proposiciones se le hicieron. La ceguedad de los ministros ingleses era tal que por ningún estilo quisieron contraer una alianza con América, creyendo que al tratarla como enemiga la someterían por completo sin condiciones.

La victoria de Saratoga hizo que mudasen de aspecto los negocios de América en Europa y que se fijara más la atención en los intereses de los Estados Unidos. El mismo mensajero que llevó a Inglaterra las noticias relativas a la rendición de Burgoyne fue el portador de los despachos en los cuales se notificaba que disgustados los americanos por las dilaciones de Francia y por no haber recibido socorro alguno en medio de sus reveses, deseaban hacer un arreglo con Inglaterra y celebrar un tratado de comercio con tal que aquella nación reconociese su independencia. A fin de dar más fuerza a esta sugestión, añadíase que los colonos se alegrarían mucho de reconciliarse con la madre patria, toda vez que de lo contrario no les quedaba otro recurso que echarse en brazos de la implacable enemiga de Inglaterra.

En aquel estado de cosas, deseando el ministerio inglés arreglar si era posible sus diferencias con América antes de romper las hostilidades con Francia, presentó dos *bills* en la Cámara de los Comunes: el primero declarando que el Parlamento no impondría en ninguna de las colonias de América más contribución o impuesto que el que se juzgara oportuno crear sobre el comercio, pero que el producto líquido se aplicaría para el uso de las colonias del mismo modo que se practicaba con el importe de otros derechos recaudados por disposición de las respectivas legislaturas. El segundo *bill* disponía se nombrasen comisionados por la Corona, autorizándoles para tratar con las autoridades constituidas de América, pero sin estipular nada hasta que se recibiese la aprobación del Parlamento. Además de esto confiriéronse poderes a dichos comisionados para proclamar la cesación de hostilidades, dejando en suspenso la ejecución de los decretos relativos a las colonias, aprobados desde el 10 de febrero de 1763; conceder indultos a las personas que lo solicitasen y nombrar en fin un gobernador en cualquiera de las colonias donde S. M. hubiera tenido hasta entonces este derecho. Las citadas medidas debían regir hasta el 1 de junio de 1779.

Tan pronto como Lord North hubo presentado sus *bills conciliatorios*, Francia comprendió que era llegado el momento de obrar con decisión[240], y en su consecuencia, M. Gerard, representante de aquella, manifestó a los comisionados americanos en 16 de diciembre, «que después de un detenido y maduro examen de las proposiciones hechas algún tiempo antes, S. M. había resuelto no sólo reconocer la independencia de los Estados Unidos, celebrando un tratado de comercio y alianza, sino también apoyarla por cuantos medios estuviesen a su alcance; que tal vez esto obligaría al monarca a emprender una costosa guerra, de cuyos gastos sin embargo no era su ánimo reembolsarse, y finalmente que los americanos debían entender que no se adoptaba semejante resolución sólo con el objeto de servirles, puesto que prescindiendo de su real afecto hacia ellos, Francia tenía interés en disminuir el poderío de Inglaterra separándola de las colonias.» El día 6 de febrero de 1778 firmóse un tratado de comercio por Franklin, Deane y Lee en nombre de los Estados Unidos, y por M. Gerard en el de Francia, y al propio tiempo se celebró otro de alianza

240 Conviene consignar aquí, que como antes de reconocer Francia la independencia de los Estados Unidos, le era preciso mantener una correspondencia reservada con los agentes americanos, el gobierno nombró comisionado, suyo a M. Beaumarchais, el cual a lo que parece deseaba más bien servirse a sí mismo que a los americanos. En las cuentas que este agente presentó al Congreso hizo figurar en el cargo los auxilios gratuitos concedidos por la corte de Francia, y no contento con esto, retuvo en su poder un millón de libras del subsidio que asignaba el rey de aquella nación. Estos hechos, dignos de la investigación del lector, se refieren detalladamente en la *Historia civil y política de los Estados Unidos*, por Pitkin, vol. I, pág. 162.

defensiva para el caso de que estallase la guerra a consecuencia de este acto. El objeto de dicha alianza era «mantener la libertad, soberanía e independencia absoluta e ilimitada de los Estados Unidos, así en materias de gobierno como de comercio.»

En el mes de marzo el embajador francés comunicó oficialmente la noticia de este tratado al Gabinete de Londres, valiéndose para ello de términos muy diplomáticos, aunque no exentos de cierto estilo sarcástico. Reproducimos aquí la ultima parte de este documento para que se comprenda de qué modo los hombres pueden decir una cosa mientras piensan otra.

«Al comunicar esta noticia al Gabinete de Londres, el rey está firmemente persuadido de que ella será una prueba de sus constantes y sinceros deseos de mantener la paz, y por lo mismo confía en que S. M. Británica, animada de los mismos sentimientos, hará lo posible para que no se interrumpa la buena armonía, tomando al efecto las mas eficaces medidas para que no se entorpezca el comercio entre los súbditos de S. M. y los Estados Unidos de América, a fin de que se observen en este punto los usos establecidos en el comercio de las naciones y las reglas que pueden considerarse como subsistentes entre las Coronas de Francia y la Gran Bretaña.

»En esta esperanza, el embajador que suscribe cree superfluo notificar al ministerio británico, que habiendo resuelto el rey su señor proteger la libertad legal del comercio de sus súbditos, manteniendo el honor de su bandera, ha tomado en consecuencia medidas provisionales de acuerdo con los Estados Unidos del Norte de América.»

Claro es que semejante comunicación estaba redactada de modo que sublevase el espíritu público en la Gran Bretaña provocando al rey y a su pueblo a buscar una satisfacción en la guerra. Si la citada comunicación, como dice Botta, estaba escrita en términos embozados, muy usuales en la correspondencia de los príncipes, no por eso dejaba de ser una de aquellas que ni se olvidan ni se perdonan.

Las copias de los planes conciliatorios de Lord North se recibieron en América hacia mediados de abril, y el gobernador Tryon mandó imprimirlos a fin de enviar ejemplares a Washington, recomendándole se circulasen para que todos tuvieran conocimiento de las favorables disposiciones que animaban a la Gran Bretaña respecto a las colonias de América. Washington remitió inmediatamente las copias al Congreso. Si el ministerio inglés hubiese hecho aquellas proposiciones al principio de la guerra, seguro es que se habrían aceptado con gusto, pero la situación de los negocios en 1778 había variado mucho desde tres a cuatro años antes, y una vez resueltos los americanos a proclamar la Independencia, querían mantenerla a toda costa. Washington manifestó enérgicamente que nada era posible hacer sin aquella, y que una paz con otras condiciones no podría menos de dar por resultado la guerra. El Congreso por su parte opinaba del mismo modo, y el 22 de abril resolvió por unanimidad no aceptar las proposiciones del ministerio inglés, disponiendo al mismo tiempo que se circulasen por todo el país los *bills* que daban cuenta de sus procedimientos. Debemos consignar aquí que esta resolución del Congreso se tomó diez días antes de haberse sabido que Francia celebraba un tratado con los Estados Unidos.

La noticia de este fausto acontecimiento no se recibió en el Congreso hasta el día 2 de mayo, e inmediatamente ratificáronse los tratados y se organizaron regocijos públicos en todo el país[241]. En cumplimiento de las órdenes que dio el comandante en jefe el día 6, el ejército que se hallaba en el campamento de Valley Forge dedicó un día a los ejercicios religiosos para dar gracias por el fausto suceso; y participando todos de la general alegría, celebraron una ceremonia que terminó con juegos, música, brindis patrióticos, etc. Pocos días después el Congreso redactó un manifiesto para los habitantes de los Estados Unidos, documento de considerable interés, que aunque escrito en un estilo algo pomposo, se juzgó produciría muy buen efecto, por lo cual el Congreso recomendó

241 «En los acontecimientos nacionales, la atención pública se fija generalmente en los ejércitos y las flotas, y el pueblo nunca deja de rendir homenaje al hábil general y al experto almirante, pero también debiera hacerse lo mismo con el hombre de Estado que desde una posición elevada dicta las medidas que han de producir el bienestar y la tranquilidad de los imperios. El conde de Vergennes se hizo acreedor a esta gloria, pues como ministro de S. M. Cristianísima dirigió las conferencias que terminaron con aquellos tratados.» *Historia de la Revolución Americana*, por Ramsay, pág. 379.

también que se leyera en todas las iglesias por los diversos ministros del altar. He aquí uno o dos párrafos de dicho manifiesto que reproducimos para que el lector pueda formar una idea del estilo.

«El altivo príncipe que nos rechazó de su lado con el mayor desprecio y el Parlamento que quiso subyugarnos descienden ahora a proponernos una reconciliación, sin recordar que al obtener al principio la victoria, arrojaron la máscara, dando a conocer su despotismo. Nuestros enemigos han sacrificado en vano la sangre y los tesoros de sus súbditos a fin de obtener sus execrables intentos, y ahora intentan seduciros con falaces esperanzas de paz, hasta que hayan reunido nuevos ejércitos para llevar a cabo sus nefandos fines. Si no es así, ¿por qué ponen en juego todos los medios posibles para hacer una leva en sus diversas islas? ¿Por qué tratan de catequizar a los pequeños tiranos de Europa para que les vendan sus esclavos? ¿Por qué continúan excitando la cólera de los salvajes contra vosotros? Bien podréis comprender que éste no es el modo de conciliarse el afecto de América, y por lo tanto no os hagáis ilusiones, pues aun nos veremos envueltos en una sangrienta lucha. Las alianzas extranjeras pueden asegurar vuestra independencia, ¡pero no librar a vuestro país de la desolación, a los habitantes del saqueo, a vuestras esposas e hijos de los abusos de la soldadesca! Cuando nuestros enemigos vean que no pueden llevar a cabo sus ambiciosas miras, tratarán de obtener una ruidosa venganza, y antes que esto suceda, ¡corred a las armas, preparaos a la batalla! que es muy justo también que vosotros obtengáis una reparación de los que han tratado de destruiros. Nuestros enemigos han colmado la medida de sus abusos, y aunque mucho se ha hecho, mucho falta aun que hacer, porque no debéis esperar la paz hasta que no se haya expulsado a nuestros adversarios del último rincón de América. Arrojadles pues de esta tierra prometida y prestad auxilio a todos vuestros hermanos del continente, que como vosotros, están sedientos de libertad. ¿Y qué habrá ahora que pueda oponerse a que la obtengamos?»

A principios de junio llegaron a Filadelfia el conde de Carlisle y Mrs. Eden y Johnstone, que iban en clase de comisionados reales para continuar las negociaciones que tenían por objeto verificar la reconciliación propuesta por Lord North. Sir Enrique Clinton, que había reemplazado a Howe como comandante en jefe, pidió un pasaporte para el doctor Ferguson, secretario de los comisionados, que quería pasar a Yorktown a fin de entregar ciertos papeles al Congreso, pero no creyéndose Washington suficientemente autorizado para ello, pidió instrucciones al Congreso, que se negó a conceder el pasaporte. Entonces los comisionados a quienes impacientaba aquella dilación, remitieron los papeles al Congreso por el conducto ordinario[242].

En la carta que escribieron los comisionados ofrecían consentir en que cesaran inmediatamente las hostilidades; conviniéronse en que no permanecieran las fuerzas militares en las colonias sin el consentimiento del Congreso, y desistieron por último del derecho de crear impuestos, ofreciendo buscar los medios de representar al país en el Parlamento. También se avenían a realizar el papel moneda que se hallase entonces en circulación. En una palabra, excepto el reconocimiento de la independencia, hacíanse a los colonos todas las proposiciones que pudieran exigirse para celebrar una alianza. Pero si los americanos rehusaron cuando sólo contaban con sus propias fuerzas, mucho menos aceptarían teniendo el apoyo de Francia, y así es que por orden del Congreso, el Presidente escribió a los comisionados lo que sigue:

«He recibido la carta de VV. EE. de fecha 9 del corriente, que presenté acto continuo al Congreso, y podéis creer que sólo el vehemente deseo de evitar la efusión de sangre ha inducido a sus miembros a leer ese papel, que contiene expresiones tan poco respetuosas para S. M. Cristianísima, el generoso aliado de estos Estados, y en el que se hacen proposiciones tan humillantes para el honor de una nación independiente. Los decretos del Parlamento británico, la comisión de que os ha encargado el monarca y vuestra misiva suponen que estos Estados se hallan sujetos a la Corona de la Gran Bretaña, revelando una idea de dependencia que es de todo punto inadmisible. Se me ha encargado manifieste a VV. EE. que el Congreso se inclina a la paz a pesar de

242 Impulsado Lafayette por su enérgico carácter, envió cartel de desafío al conde de Carlisle, que a su juicio había atacado el honor de Francia en las comunicaciones redactadas por los comisionados del Congreso. Nos alegramos poder decir que Carlisle rehusó arreglar las diferencias entre Inglaterra y Francia por aquel medio tan bárbaro.

las injustas reclamaciones que fueron origen de la guerra, y por lo tanto se tomará en consideración un tratado de alianza y de comercio, que se avenga con los ya subsistentes, cuando el rey de la Gran Bretaña dé pruebas de su sinceridad, siendo la primera de aquellas el reconocimiento de estos Estados o la retirada de las flotas y ejércitos.»

Los comisionados británicos permanecieron algunos meses en el país[243] poniendo en juego todos los medios posibles para llevar a cabo su misión, mas no les fue posible conseguir nada, y al fin se volvieron desengañados a Inglaterra. Así pues los americanos, como dice un elocuente historiador, manteniéndose firmes en su resolución, prefirieron confiar su destino a la suerte, como ya lo habían hecho antes, fundando sus esperanzas en Francia, más bien que someterse al yugo de la Gran Bretaña, y abandonaron toda idea de paz para pensar sólo en la guerra. Tal fue el resultado de las tentativas que se hicieron para llevar a cabo un arreglo, y así se perdieron las últimas esperanzas que abrigaba la Gran Bretaña de terminar felizmente su negociación. Al no consentir en concesiones de ninguna especie sino cuando no era tiempo oportuno para ello, los ingleses justificaron en cierto modo la negativa de los americanos. No puede afirmarse seguramente que los ofrecimientos por parte de Inglaterra no fueran un artificio para dividir el pueblo, impedir la alianza con Francia y tener luego al país a su discreción; pero es lo cierto que después de tantas animosidades, de tan sangrientas batallas y de tan innumerables excesos de todo género, no podía vituperarse a los americanos por creer que los ministros ingleses tratasen de engañarles. La herida era pues incurable; según la opinión universalmente admitida, no podía restablecerse la amistad y armonía, y cualquiera que reflexione atentamente sobre la prolongada serie de acontecimientos de que hemos hecho mención, reconocerá que los americanos se mostraron siempre dispuestos a no variar de resolución en tanto que los ingleses observaban a cada paso una conducta incierta y vacilante. No es por lo tanto de extrañar que los primeros encontrasen nuevos amigos y que los segundos no sólo perdieran los suyos, sino que se crearan enemistades en el mismo momento en que podían hacer menos daño y obtener mas ventajas. Las resoluciones enérgicas evitan con frecuencia el peligro; la vacilación y la duda le agravan.

Merced a la posición que ocupaba Washington y a su actividad durante el invierno y la primavera, el ejército inglés comenzaba a verse muy estrechado en Filadelfia, donde se iba acabando el forraje y las provisiones. Es cierto que una parte del pueblo de Pensilvania favorecía la causa del rey y que muchos llevaban víveres a Filadelfia, donde se les pagaba en oro o plata, mientras que el ejército de Valley Forge sólo podía abonar sus compras en papel moneda de valor dudoso; pero no era tan fácil llegar a Filadelfia, pues las partidas de americanos interceptaban con frecuencia a los especuladores, apoderábanse de los víveres sin pararlos, y no pocas veces añadían a esto el castigo corporal. En su consecuencia las primeras operaciones de los ingleses en la campaña de 1778 tuvieron por objeto buscar víveres para el ejército.

Hacia mediados de marzo, un fuerte destacamento al mando del teniente coronel Mawhood hizo una excursión de seis a siete días a Nueva Jersey y realizando la amenaza que algún tiempo antes hicieran los comisionados ingleses, de que se aumentarían los horrores de la guerra, los soldados acuchillaron a sangre fría a cincuenta o sesenta individuos de la milicia y se volvieron a Filadelfia con muy escasas pérdidas. En la mañana del 4 de mayo presentóse de nuevo repentinamente en Crooked Billet, a unas diez y siete millas de Filadelfia, una parte de las fuerzas británicas, pero los americanos pudieron escaparse con sus bagajes. El 7 de mayo los ingleses emprendieron otra expedición contra los galeones y varios buques que habían huido por el

243 Los comisionados publicaron su último manifiesto y proclama el 3 de octubre y el 10, a la cual contestó el Congreso con una declaratoria, mas no habiendo conseguido su objeto, embarcáronse poco después para Inglaterra. Thacher dice en su *Diario Militar* que el gobernador Johnstone, uno de los comisionados, ofreció con el mayor descaro una recompensa a Mr. Reed, miembro del Congreso. En una conferencia que tuvo aquel en Filadelfia con la señora de Mr. Ferguson, cuyo esposo era realista, manifestó que si Mr. Reed quería interesarse para conseguir el objeto de la comisión, se le daría *un destino en las colonias en nombre de S. M. Británica y diez mil libras en mano*. La antedicha señora solicitó una entrevista de Mr. Reed, y le hizo la propuesta, pero al oírla contestó que: «Que no valía bastante para que le comprasen, pero que aun así, el rey de la Gran Bretaña no era bastante rico para hacerlo.»

Delaware después de la rendición de Mud Island, y destruyeron unos treinta o cuarenta y algunos almacenes militares. La indisputable superioridad de la marina inglesa y la circunstancia de dominar el Delaware, facilitaba los medios de marchar con una fuerza considerable sobre cualquier punto, mientras que los movimientos de la milicia, única tropa de que podía disponer el Congreso para rechazar las excursiones y guardar los caminos de Filadelfia, eran por lo regular tardíos e ineficaces. Por esta razón los ingleses llevaban a cabo sus expediciones, retirándose luego al campamento antes de que se pudiese reunir suficiente fuerza para interrumpir su marcha.

Terminaremos el presente capítulo refiriendo un brillante hecho de armas del valeroso Lafayette. Seguro Washington de que los ingleses se disponían a evacuar Filadelfia, mandó a Lafayette que cruzara el Schuylkill y se apostase en Barren Hill, a unas doce millas frente al ejército estacionado en Valley Forge, disponiendo además que varios piquetes y patrullas recorrieran los caminos por donde era probable se acercara el enemigo. A unas dos millas del punto ocupado por Lafayette encontrábase Whitemarsh, donde confluían varias sendas que el marqués dispuso se ocuparan por la milicia, la cual no cumplió dicha orden. Un cuáquero a quien Lafayette encargó buscase alojamientos para la noche, supuso que aquel jefe pensaba quedarse allí, y en tal persuasión, dio conocimiento de ello al enemigo, el cual habiendo sabido por sus espías qué posición ocupaba el marqués, resolvió sorprenderle de improviso.

Al efecto en la noche del 19 de mayo salió de Filadelfia el general Grant a la cabeza de siete mil hombres, provistos de alguna artillería, tomó el camino de Frankfort y cruzando luego el país por York y Whitemarsh, penetró a la mañana siguiente en el camino en que se hallaba el marqués, aproximándose a una o dos millas de su retaguardia estacionada en Plymouth. Este punto distante una milla y cuarto de Matson’s Ford y dos de Barren Hill, era el único paraje por donde podía verificar su retirada el marqués. Como avanzaban otras tropas para coger de frente a Lafayette y apoyar al general Grant, éste en vez de apresurarse a ocupar el vado, marchó hacia su enemigo por el camino principal, dando lugar con esto a que llegase a conocimiento de aquel que los ingleses iban a caer también sobre su retaguardia.

Felizmente, el marqués tuvo en aquel momento una feliz inspiración, pues dirigiéndose por el camino que conduce desde Barren Hill a Matson’s Ford, efectuó casi por completo su retirada antes que el enemigo reconociese su error. Entonces las fuerzas británicas redoblaron el paso para alcanzar a la retaguardia, pero el movimiento de los americanos fue tan oportuno y se hizo en tan buen orden, que consiguieron atravesar el río y formarse antes de que sus perseguidores llegaran cerca del vado. El ejército americano supo bien pronto en qué peligro se hallaba el marqués, y poseído de la mayor inquietud, hizo algunos disparos de artillería esperando intimidar con ellos al enemigo, lo que es posible sucediera porque los ingleses, después de haber cruzado el río el marqués, se retiraron precipitadamente hacia Filadelfia, creyendo que iban a ser atacados y perseguidos por todo el ejército.

Si el general Grant hubiera marchado directamente a Matsons Ford para cortar aquel paso, es seguro que el marqués, con su escogido cuerpo de tropas, habría tenido que rendirse para no ser destruido, y semejante pérdida no podía menos de ser muy grave y trascendental para el ejército americano.

Apéndice al capítulo 4.

ARTÍCULOS DE LA CONFEDERACIÓN.

Nos, los infrascritos, delegados de los diversos Estados que se citan a continuación, a todos cuantos los presentes vieren, hacemos saber:

Que los delegados de los Estados Unidos de América, en el Congreso reunido el día 15 de noviembre del año de Nuestro Señor de 1777, segundo de la independencia americana, hemos

convenido en los siguientes artículos para la Confederación y Unión perpetua entre los Estados de New-Hampshire, Massachusetts-Bay, Rhode-Island y Providence, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, las Carolinas del Norte y del Sur y Georgia.

Artículo 1.° El título de esta Confederación será: *Estados Unidos de América*.

Art. 2.° Cada Estado conservará su soberanía, libertad e independencia y todos los derechos que no correspondan exclusivamente al Congreso reunido.

Art. 3.° Los Estados que se citan forman una alianza amistosa entre sí para atender a la defensa común de sus libertades y a promover el bienestar en general, comprometiéndose asimismo a prestarse mutuo apoyo contra los que les atacaran o declarasen guerra por motivos de religión, soberanía, comercio u otra pretensión cualquiera.

Art. 4.° A fin de perpetuar la mutua amistad y las relaciones comerciales entre el pueblo de los diversos Estados de la Unión, los habitantes libres de aquellos, excepto los vagabundos y perseguidos por la justicia, tendrán derecho a todos los privilegios e inmunidades que les correspondan como ciudadanos libres, debiendo disfrutar de ellos aun cuando se trasladen de un Estado a otro, pero sujetos a las mismas restricciones y deberes de los habitantes del punto donde se dirigieran, con tal que aquellas no se opongan a que el interesado traslade sus bienes y propiedades de uno a otro punto, en cuyo caso no deben quedar estos últimos sujetos al pago de ningún impuesto.

Toda persona que acusada de traición o de otro crimen cualquiera, huyera de un Estado para evitar la persecución de la justicia y se la encontrara en otro, será enviada a petición del gobernador o de la autoridad ejecutiva al punto de donde se fugó para que se la juzgue por el tribunal respectivo debiendo tenerse presente que en cada Estado serán válidos los actos y procedimientos judiciales cuya tramitación se haya seguido en cualquiera otro Estado de la Unión.

Art. 5.° Para la mejor administración de los intereses generales de los Estados Unidos, se nombrarán anualmente delegados en la forma que disponga la legislatura de cada Estado al reunirse el Congreso en el primer lunes del mes de noviembre de cada año, reservándose no obstante cada uno de aquellos el derecho de cambiar sus representantes en cualquiera época cuando lo juzgare conveniente.

Ningún Estado estará representado en el Congreso por menos de dos individuos ni por más de siete; nadie podrá ser delegado por más de tres años en un plazo de seis, y al que desempeñe dicho cargo no le será permitido aceptar destino alguno por el cual perciba sueldo o emolumentos de cualquiera clase.

En las diversas y determinadas cuestiones que se discutan en el Congreso, cada Estado tendrá un voto.

En los debates del Congreso todos podrán usar libremente de la palabra, y los miembros serán inviolables en sus personas durante la legislatura, excepto cuando incurriere en el delito de traición o se constituyeran en perturbadores del orden público.

Art. 6.° Sin el consentimiento del Congreso reunido, ningún Estado enviará ni recibirá embajadas, ni celebrará conferencias, alianzas o tratados con ningún rey, príncipe o Estado. Los que desempeñaren algún cargo de confianza responsabilidad no deberán aceptar tampoco ningún presente, emolumento o recompensa de cualquiera de los monarcas de las naciones extranjeras, ni se concederá por los Estados ningún título de nobleza.

Cuando dos o más Estados quieran confederarse o formar una alianza entre sí, no podrán hacerlo sin el consentimiento del Congreso reunido, y especificando antes claramente el objeto que se proponen y cuánto tiempo deberá durar su contrato.

Ningún Estado podrá crear impuestos o derechos que afecten a las disposiciones adoptadas por el Congreso reunido respecto a los tratados celebrados con cualquier rey, príncipe o nación, o que se hubiesen propuesto por dicho Congreso a las cortes de Francia y España.

En tiempo de paz ningún Estado podrá tener en pie de guerra más buques ni tropas que las que el Congreso reunido juzgara necesarios para proteger el comercio de tal o cual Estado o para la

defensa de los fuertes; pero sí tendrá la obligación de mantener un cuerpo de milicia bien disciplinada y equipada, con almacenes militares suficientemente provistos y el debido número de piezas de montaña, tiendas, armas, municiones y demás efectos requeridos para el tren de campaña.

Sin el consentimiento del Congreso reunido ningún Estado emprenderá la guerra, a menos que sea para contener una invasión de los enemigos o un ataque de cualquier tribu india y sea el peligro tan inminente que no dé lugar a que se consulte al Congreso reunido. Tampoco podrá ningún Estado conceder patentes a sus buques de guerra para que hagan presas sino después que el Congreso reunido haya declarado la guerra, y en tal caso sólo se usará de tal privilegio bajo las condiciones establecidas por aquel cuerpo, a no ser que se trate de una invasión de piratas, pues entonces se armarán los buques de guerra hasta que haya desaparecido el peligro o hasta que el Congreso determine otra cosa.

Art. 7.° Cuando por un Estado se proceda a la leva de tropas para atender a la defensa común, serán nombrados por la legislatura respectiva todos los oficiales desde el grado de coronel para abajo, quedando asimismo autorizada aquella para cubrir las vacantes que ocurran.

Art. 8.° Todos los gastos de la guerra y demás que se originasen para el bienestar público y se aprobaran por el Congreso reunido, se abonarán del Tesoro común que ha de formarse por los diversos Estados en proporción al valor de las tierras de cada cual y a lo que produzcan las fincas y demás aprovechamientos, según lo estime el Congreso, previa la correspondiente inspección.

Las respectivas cuotas se fijarán y recaudarán bajo la dirección de las legislaturas de los diversos Estados, dentro del tiempo que señalare el Congreso reunido.

Art. 9.° Sólo los Estados Unidos que constituyen el Congreso tendrán el derecho exclusivo de resolver las cuestiones relativas a la paz o la guerra, excepto en los casos que cita el artículo 6.°; y a ellos también corresponde enviar o recibir embajadores, y celebrar tratados y alianzas, con tal que no restrinjan el privilegio que tienen los respectivos Estados para crear impuestos y derechos, ni que se opongan tampoco a la exportación o importación de géneros del comercio. El Congreso es asimismo el único autorizado para establecer reglas por las cuales pueda resolverse qué capturas son legales y cómo deberán repartirse los beneficios, igualmente se le autoriza para conceder patentes y nombrar los tribunales que han de juzgar a los piratas y demás delincuentes, pero con la condición de que ningún miembro del Congreso sea nombrado juez de cualquiera de aquellos.

El Congreso reunido será la última autoridad a quien se deba apelar cuando ocurrieran disputas o diferencias entre dos o más Estados respecto a cuestión de límites, jurisdicción u otro asunto cualquiera, y en este caso se procederá del modo siguiente: Cuando la autoridad legislativa o ejecutiva, o el agente legal de uno de los Estados en que se ha suscitado la controversia, presente una petición al Congreso en la que se manifieste el asunto de que se trata, solicitando que se le oiga, se dará conocimiento de esto al otro Estado, fijándose el día en que deban presentarse ambas partes por sí o por medio de agentes autorizados, los cuales podrán, previo el oportuno consentimiento, nombrar los jueces que deban constituir el tribunal que resuelva la cuestión. En el caso de no haber avenencia, el Congreso nombrará tres personas de cada uno de los Estados Unidos, y en la lista de sus nombres, las partes interesadas irán tachando uno a uno alternativamente hasta que el número quede reducido a trece individuos, entre los cuales se echará suertes para que no menos de siete mi mas de nueve, según lo disponga el Congreso, sean los comisionados o jueces que resuelvan definitivamente el pleito. En el caso de que una de las partes dejara de presentarse el día prefijado, sin alegar razones que en concepto del Congreso justifiquen la falta, éste procederá como ya se ha dicho a nombrar tres personas de cada Estado, y después de cumplir con los requisitos citados anteriormente, se constituirá en la forma ya prescrita el tribunal, cuya sentencia será definitiva, aun cuando alguna de las partes interesadas rehúse someterse a la autoridad de aquel o quiera apelar del fallo. En todo caso el juicio o sentencia y demás procedimientos a que hubiera dado lugar la reclamación, se remitirán al Congreso a fin de que éste los archive con las actas para la seguridad de las partes interesadas y efectos a que hubiere lugar.

Todas las diferencias que se suscitaren entre dos o más Estados acerca de los derechos de propiedad sobre las tierras de sus respectivas jurisdicciones, serán resueltas por el Congreso del mismo modo, y bajo los mismos procedimientos, si es posible, que las establecidas anteriormente para la resolución de las cuestiones sobre propiedad territorial.

Al Congreso reunido corresponde exclusivamente el derecho de acuñar moneda, fijando el valor y aleación de la misma, ya por su propia autoridad o por la de los respectivos Estados, estableciendo igualmente cuáles hayan de ser las pesas y medidas que deben regir en los Estados Unidos. Del mismo modo queda autorizado para regular el comercio, resolver las cuestiones con los indios de la manera más conveniente para que no se perjudique ningún Estado; organizar el servicio de postas y correos que hayan de circular por todo el país, fijar el derecho de timbre que se juzgue necesario para el sostenimiento de las oficinas y nombrar en fin los oficiales del ejército y de la armada al servicio de los Estados Unidos.

Se autoriza al Congreso para que nombre un Comité que se denominará Comité de los Estados, compuesto de un representante de cada uno de aquellos, y asimismo procederá a la formación de las juntas y nombramiento de los empleados civiles que en su concepto fueren necesarios para la mejor administración de los negocios públicos. El Congreso cuidará igualmente de averiguar cuáles sean las sumas necesarias para atender a los gastos del país, y se le autoriza también para contraer empréstitos, emitir letras de crédito, organizar una escuadra, fijar el número de hombres de que ha de componerse el ejército y reclamar por último a cada Estado el contingente que le corresponda, según el número de habitantes blancos que en él hubiera. Las respectivas legislaturas de los Estados nombrarán oficiales para los regimientos, y organizados éstos, se les armará y equipará convenientemente a expensas de los Estados Unidos, después de lo cual marcharán dichas fuerzas al punto que designe el Congreso y dentro del tiempo que el mismo prefijara; pero si, atendidas las circunstancias, juzgase oportuno aquel cuerpo que tal o cual Estado no facilite refuerzos o que suministre por el contrario un contingente mayor del que se le hubiera señalado en otras ocasiones, deberá cumplirse la orden a menos que la legislatura respectiva reconozca que no puede llevarse a efecto.

El Congreso reunido no podrá declarar la guerra ni facilitar patentes en tiempo de paz, ni celebrar tratados o alianzas, ni acuñar moneda, ni emitir letras de crédito, ni hacer empréstitos, ni apropiarse cantidad alguna, ni fijar el número de buques de guerra que han de construirse o comprarse, así como tampoco el número de hombres de que deba componerse el ejército; ni nombrar en fin un comandante en jefe del ejército o armada, a menos que aprueben estas medidas nueve Estados de la Unión. En los demás asuntos no se tomará tampoco resolución alguna si no se vota favorablemente por una mayoría en el Congreso reunido.

El Congreso de los Estados podrá suspender sus sesiones hasta cualquier época del año con tal que la suspensión no exceda del plazo de seis meses; pero debe publicar mensualmente el diario de sus sesiones, reservándose sin embargo el derecho de no dar cuenta de todo lo referente a tratados, alianzas u operaciones militares y demás asuntos sobre los cuales juzgara oportuno guardar secreto. En el citado diario deberán consignarse también los votos en pro y en contra de los representantes de cada Estado, siempre que lo exigiere cualquiera de aquellos.

Art. 10. El Comité de los Estados podrá hacer uso de los poderes con que estimare conveniente revestirle el Congreso reunido, previo el consentimiento de nueve Estados, con tal que no se le conceda autorización alguna para el ejercicio de la aquella que, según los artículos de la Confederación, sea necesaria la votación unánime.

Art. 11. Si el Canadá quiere entrar en la Confederación sujetándose a las medidas adoptadas por los Estados Unidos se le admitirá en aquella, concediéndole las mismas ventajas y beneficios que a los demás, pero no se admitirá otra colonia sin la aprobación de nueve Estados.

Art. 12. Todas las letras de crédito que se emitan, como los empréstitos que se hicieren, o deudas que se contraigan previa la autorización del Congreso, serán de cuenta y cargo de los Estados Unidos, que ofrece solemnemente efectuar los pagos en la forma que se estipulare.

Art. 13. Cada Estado deberá conformarse, con los acuerdos que adopte el Congreso reunido, en todas las cuestiones que se sometan a su examen, Y se cumplirán fielmente los artículos de esta Confederación, en la cual no podrán introducirse alteraciones a menos que estas se propongan por el Congreso de los Estados Unidos y se confirmen luego por la legislatura respectiva de cada uno de aquellos.

Y contando con el beneplácito de las legislaturas que representamos en el Congreso, las cuales nos autorizan para aprobar y ratificar los presentes artículos de Confederación y unión perpetua, *sabed* que Nos los infrascritos delegados, en virtud de los poderes que se nos confirieron y en nombre de nuestros constituyentes, hemos resuelto confirmar los citados artículos, ofreciendo solemnemente que nuestras respectivas legislaturas prestarán su conformidad a las resoluciones adoptadas por el Congreso reunido en todo cuanto se refiera a la Confederación, así como también de que se observarán constantemente las presentes disposiciones por los Estados que representamos.

En fe de lo cual hemos prestado el correspondiente juramento. Dado en Filadelfia, en el Estado de Pensilvania, el día nueve de julio del año de nuestro Señor de mil setecientos setenta y ocho, tercero de la Independencia de América. New-Hampshire.

New-Hampshire:	Josias Bartlett. Juan Wentworth.
Massachusetts-Bay:	Juan Hancock. Samuel Adams. Elbridge Gerry. Francisco Dana. Jaime Lovell. Samuel Holten.
Rhode-Island:	Guillermo Ellery. Enrique Marchant. Juan Collins.
Connecticut:	Rogerio Sherman. Samuel Huntington. Oliverio Wolcott. Tito Hosmer. Andrés Adams.
Nueva York:	Jaime Duane. Francisco l.ewis. Guillermo Duer. Gobernador Morris.
Nueva Jersey:	Juan Witherspeon. Natan Scudler.
Pensilvania:	Roberto Morris. Daniel Roberdeau. Jonás Bayard Smit. Guillermo Clingan. José Reed.
Delaware:	Tomás M’Kean. Juan Dickinson. NicolásVan Dyke.
Maryland:	Juan Hanson. Daniel Carrott.
Virginia:	Ricardo Enrique Lee. Juan Banister. Tomás Adams. Juan Harvie. Francisco Lightfoot Lee.
Carolina del Norte:	Juan Penn. Constable Harnett. Juan Williams
Carolina del Sur:	Enrique Laurens. Guillermo Enrique Drayton. Juan Matthews. Ricardo Hutson. Tomás Heyward.
Georgia:	Juan Walton. Eduardo Telfair. Ed. Langworthy.

5.
Conclusión de la campaña de 1778.

Sir Enrique Clinton evacua Filadelfia. Fuerzas inglesas y americanas. Opinión del consejo de guerra. Medidas que se tomaron para impedir la marcha de los ingleses. Washington persigue a Clinton y resuelve atacar al enemigo. Batalla de Montmouth. Conducta de Lee. Resultado de la batalla. Causa del general Lee y su sentencia. Incidente de la vida de Lee. Llegada de la escuadra francesa. Se hace a la vela para Nueva York y se dirige luego a Rhode-Island. Operaciones en Rhode-Island. Movimiento de D'Estaing. Combate naval. D'Estaing resuelve marchar a Boston. Sullivan se ve precisado a retirarse. Cartas de Washington. Expedición de los ingleses. Destrucción de Bedford y otras ciudades. El Congreso recibe al embajador francés. Observaciones de Rotta. Los ingleses resuelven usar de severidad en la guerra. Destrucción de Wyoming. El regimiento de Baylor es acuchillado. La legión de Pulaski es destrozada. Observaciones de Mr. Sparks sobre la política de los ingleses. El Congreso recomienda las represalias. Byron y la flota inglesa. D'Estaing marcha a las Indias. Las tropas inglesas se dirigen al Sur. El ejército toma cuarteles de invierno. Disensiones en el Congreso. Carta de Washington a Harrison. Represalias contra los indios. Expedición del coronel Clarke. Washington marcha a Filadelfia. Plan de campaña para el año siguiente. La guerra en el Sur. Campbell se apodera de Savannah. Su política. Steuben se dedica a disciplinar las tropas. Operaciones navales. Hazañas de Biddle, Jones, Barry y Talbot. Se aprueban los artículos de la Confederación.

Como era probable que pronto llegara una escuadra francesa a las costas de los Estados Unidos, ordenóse a Sir Enrique Clinton que evacuase Filadelfia a la mayor brevedad, recomendándole al propio tiempo que enviase una parte de sus fuerzas a las posesiones francesas de Las Indias occidentales, y las demás a Nueva York. En su consecuencia, Clinton embarcó parte de sus tropas, y haciendo los preparativos necesarios para atravesar por Nueva Jersey con el grueso de las fuerzas, abandonó el 18 de junio a Filadelfia, en tanto que Arnold marchaba con un pequeño destacamento a encargarse del mando en aquel punto. A los pocos días volvió el Congreso a dicha ciudad para reanudar sus tareas.

En aquella época el ejército inglés que ocupaba a Nueva York, Filadelfia y Rhode-Island, se componía de treinta mil hombres, mientras que el de Washington no pasaba de la mitad, siendo probable que no pudiera elevarse a más de veinte mil hombres. Aun cuando el consejo de guerra suponía que las fuerzas inglesas eran mucho más inferiores, no se creyó oportuno tomar la ofensiva, y a excepción de Washington y otros dos o tres oficiales, la mayoría optó por no atacar al enemigo ni dar una batalla decisiva. Lee, que acababa de ser canjeado, llegó hasta el punto de decir que sería *criminal* arriesgar una acción con un enemigo tan superior en disciplina, y como otros muchos oficiales opinaran del mismo modo, Washington tuvo que resignarse, pues aunque él estaba por la batalla, no quería obrar contra las opiniones de su Consejo en asuntos de tanta importancia.

Antes de esto, Washington había destacado al general Maxvell con la brigada de Jersey, dándole orden de marchar al Delaware a prestar su auxilio al general Dickinson, que se ocupaba en reunir la milicia, a fin de romper los puentes, cortar los árboles con objeto de interceptar los caminos y hostilizar a las tropas inglesas en su retirada.

De los dos caminos que conducían desde Filadelfia a Nueva York, tanto el de la orilla oriental del Delaware como el de la occidental iban a terminar en Trenton, y como el ejército inglés no se viera molestado por los americanos, cruzó el río por Gloucester Point, tomando luego el último de los citados caminos.

Comprendiendo Sir Enrique Clinton que tenía que atravesar un país que le era hostil, tuvo la prudencia de llevar consigo un gran número de bagajes y de víveres; pero precisamente esto entorpeció la marcha del ejército que dirigiéndose lentamente por Haddonfield y Mount Holly, no llegó a Crosswicks y a Allentown hasta el 24 de junio, habiendo tardado siete días en recorrer

menos de cuarenta millas. Aquella lentitud hacía creer a los americanos que Sir Enrique Clinton estaba dispuesto para el ataque, razón por la que el general Maxwell, que se hallaba apostado en Mount Holly, se retiró al aproximarse los ingleses, y ni este jefe ni Dickinson tuvieron por conveniente molestarle.

Como el ejército inglés se hallaba a corta distancia del Delaware, Washington que había salido de Valley Forge el mismo día en que Sir Enrique Clinton evacuó Filadelfia, creyó necesario dar un rodeo y cruzar el río por Coryell's Ferry, cuyo movimiento practicó el día 22 de junio, situándose luego en Hopewell, donde es tuvo todo el día 23. Dos caminos conducían desde Allentown a Nueva York: uno que por South Amboy iba a desembocar en el Hudson, y el otro que tomaba la dirección de Montmouth y Sandy Hook. El primero de dichos caminos era algo más corto, pero como cruzaba por aquel punto el río Raritan, podía ser difícil y peligroso atravesarlo en presencia del enemigo, por cuya razón Sir Enrique Clinton resolvió dirigirse por Sandy Hook, evitando así un obstáculo.

Washington volvió a pedir parecer al consejo de guerra cuando se hallaba en Hopewell, y como Lee persistiera en la opinión emitida anteriormente, opinión de que participaron los demás oficiales, el comandante en jefe creyendo ya comprometida la reputación del ejército y sabiendo además que el país esperaba que se atacase al enemigo, resolvió obrar según le pareciese mejor y por su propia cuenta. Washington, aunque prudente, no dejaba de ser emprendedor y no podía persuadirse que las probabilidades de éxito fuesen tan inciertas como querían suponerlo Lee y otros al anunciar que serían fatales las consecuencias de un ataque. El plan de los oficiales consistía principalmente en reforzar con mil quinientos hombres el cuerpo de ejército que se hallaba cerca del flanco izquierdo del enemigo, a fin de aprovechar las ventajas parciales que podían obtenerse y para que fuese más fácil obrar según lo exigiesen las circunstancias.

Al recibir noticia Washington de que Sir Enrique Clinton marchaba hacia Montmouth Court-House, destacó al general Wayne con mil hombres, y dispuso que el general Lafayette se encargase del mando de aquellas fuerzas con orden de aprovechar la primera oportunidad y atacar la retaguardia del enemigo. Advertiremos de paso que el mando de aquellas tropas se había ofrecido primeramente al general Lee el cual no quiso aceptarlo. Todo el ejército siguió a una distancia conveniente al cuerpo avanzado, a fin de auxiliarle en caso necesario, y llegó a Cranberry a la mañana siguiente, en tanto que Clinton, conociendo que se aproximaban los americanos, situó a sus granaderos, infantería ligera y cazadores en la retaguardia, disponiendo que los bagajes se colocaran al frente. Washington reforzó luego el cuerpo avanzado con dos brigadas más y dispuso que el general Lee, que por razones que no sabemos había mudado de parecer, se encargase del mando de las tropas por haberlo solicitado así.

A la mañana siguiente, 28 de junio, envióse una orden a Lee para que siguiera avanzando y atacase al enemigo, *a menos que hubiera poderosas razones para lo contrario*, pero cuando el comandante en jefe hubo recorrido cinco millas con objeto de auxiliar a su avanzada, vio que ésta, compuesta entonces de cinco mil hombres, se retiraba por orden de Lee sin que hubiera mediado encuentro alguno y sin razón fundada para ello. Admirado Washington al ver que no se le obedecía, dirigióse a Lee preguntándole qué significaba aquello, y como aquel jefe contestase de una manera algo brusca y poco comedida[244], diose orden a los batallones del coronel Stewart y del teniente coronel Ramsay de formar en un terreno que pareció conveniente para tener en jaque al enemigo, y preguntado Lee que si quería encargarse del mando, accedió inmediatamente diciendo a Washington: «Vuestras órdenes serán obedecidas, y no seré yo el primero que abandone el campo de batalla.» Poco después comenzó un vivo cañoneo entre los ingleses y americanos y un fuego muy nutrido entre las avanzadas inglesas y los dos batallones que destacara Washington, los cuales permanecieron en el terreno hasta que el general Lee, que en efecto fue el último en retirarse, volvió a la cabeza de la retaguardia.

---

244 Véase la *Vida de Washington*, por Irving, vol. IV, p. 348.

El ataque a los ingleses dio tiempo a que el ala izquierda del ejército americano se situara en el bosque y en la eminencia a donde se dirigía Lee, y una vez en aquel punto Lord Stirling, jefe de las fuerzas, consiguió contener la marcha de las tropas británicas con el auxilio de alguna infantería. El general Greene tomó entonces una posición muy ventajosa a la izquierda de Lord Stirling[245], de modo que cuando los ingleses intentaron dar la vuelta por el flanco izquierdo del enemigo, fueron rechazados enérgicamente, y lo mismo le sucedió al dirigirse hacia la derecha, porque la artillería de Lord Greene les cerró igualmente el paso. Entretanto Wayne avanzó con un cuerpo de tropas e hizo un fuego tan certero contra los ingleses, que estos se vieron precisados a emprender la retirada y fueron a ocupar la posición abandonada antes por Lee. Entonces Washington resolvió atacarles inmediatamente y dio orden al general Poor para que se moviese hacia la derecha, en tanto que el general Woodford lo hacía hacia la izquierda, mas no pudieron ponerse al alcance del enemigo hasta llegada la noche, por lo cual fueles preciso permanecer en el sitio donde habían llegado para dar el ataque a la mañana siguiente[246].

El general Washington, a pesar de la gran actividad que desplegara durante todo el día, exponiéndose a los mayores peligros, se embozó en su capa y pasó toda la noche debajo de un árbol con la esperanza de renovar la acción tan pronto como se disiparan las tinieblas.

Sin embargo, los ingleses se alejaron durante la noche tan silenciosamente que el general Poor no oyó la menor cosa, aun cuando se hallaba muy cerca de ellos. El enemigo dejó tras sí cuatro oficiales y cuarenta soldados tan mal heridos, que no fue posible trasladarlos a otra parte, y luego se supo que los ingleses habían continuado su marcha sin mas interrupción hasta llegar a las cercanías de Sandy Hook. Washington no creyó oportuno perseguir al ejército real y poco después condujo a sus tropas a las orillas del Hudson. Los americanos perdieron en aquella acción doscientos cincuenta hombres entre muertos y heridos, y los ingleses trescientos cincuenta incluso los prisioneros. En realidad no puede decirse que la victoria se declarara en favor de los americanos, mas a pesar de esto el resultado fue satisfactorio, pues aquellos se batieron valerosamente, y a no ser por la extraña conducta del general Lee, hubiérase obtenido a no dudarlo un triunfo completo.

Nueve días después de la batalla, el Congreso resolvió por unanimidad: «que se diesen las gracias al general Washington por la actividad con que abandonó el campamento de Valley Forge para perseguir al enemigo; por sus acertadas disposiciones al formar la línea de batalla, y por su valerosa conducta en el ataque, gracias a la cual se había obtenido la importante victoria de Montmouth sobre el ejército inglés al mando del general Sir Enrique Clinton.»

Es probable que Washington no tuviese intención de hacer un cargo a Lee por la conducta que observó en el campo de batalla, pero este jefe no había olvidado las expresiones que le habían sido dirigidas por Washington y le escribió dos cartas tan ofensivas que se le hizo comparecer ante un consejo de guerra, a instancia suya, para responder de su conducta. He aquí los cargos que se le hicieron: 1.° Por desobedecer las órdenes superiores, no atacando al enemigo el día 28 de junio, según se le previniera; 2.° por la conducta que observó en el mismo día al retirarse desordenada y vergonzosamente ante el enemigo sin necesidad de ello[247]; 3.° por su falta de respeto en las dos cartas que dirigió al comandante en jefe.

Después de una enojosa declaración ante el tribunal, del que era Presidente Lord Stirling, Lee fue reconocido culpable y se le condenó a privarle de todo cargo en el ejército por el término de un

245 Al hablar Lafayette de esta batalla dice lo siguiente: «Nunca demostró Washington tanta actividad como en aquella acción, y bien puede decirse que su presencia sola contuvo la retirada del enemigo, y que sus disposiciones decidieron la victoria. Su aspecto al presentarse a caballo, su valor y serenidad excitaron el entusiasmo de las tropas.»

246 Para que pueda formarse una idea de cuán intenso era el calor de aquel día, basta decir que perecieron sofocados cincuenta y nueve ingleses, así como también algunos americanos.

247 Al hablar el Juez Marshall de la defensa que hizo ante el tribunal, dice lo siguiente: «Este jefe alegó para justificar su retirada una infinidad de razones que si no absolutamente plausibles, hacen aparecer el caso tan cuestionable que es muy posible que nunca se hubiera tratado de abrir una información si Lee en vez de explicarse no hubiera ultrajado al comandante en jefe.»

año, sentencia que el Congreso aprobó después de algunas vacilaciones. Lee, profundamente disgustado, abandonó el ejército para no ingresar más en él, y murió al fin en Filadelfia el 2 de octubre de 1782, después de una vida en que se distinguió tanto por sus locuras e inmoralidad, como por sus grandes conocimientos militares[248].

A principios de julio, precisamente cuando el ejército inglés llegaba a Nueva York, apareció en las costas de Virginia la escuadra francesa al mando del conde D'Estaing, que a pesar de haberse hecho a la vela en Tolón el 13 de abril, no pudo llegar antes por serle los vientos contrarios. Esperábase confiadamente que el conde D'Estaing encontraría aun a los ingleses en Filadelfia, y de suceder así, es seguro que aquellos no hubieran podido escaparse, viéndose cogidos entre los franceses por mar y los americanos por tierra. Al saber que las tropas británicas habían evacuado Filadelfia, el conde D'Estaing se dirigió hacia el Norte, presentándose el 11 de julio en las inmediaciones de Sandy Hook, donde Lord Howe, cuya flota ascendía sólo a seis buques de línea, algunas fragatas y otros barcos menores, y que ya estaba informado de la llegada del conde, ocupábase en distribuir convenientemente sus fuerzas para atender a la defensa de Nueva York. Poco tiempo después, presentáronse a la vista los buques franceses, mas no siéndoles favorable el viento, viraron de bordo el 22 de julio, y entonces se creyó que atacarían inmediatamente a la flota británica por otro punto. Sin embargo, los pilotos franceses opinaron unánimemente que no podrían atravesar la barra por Sandy Hook, y como rehusasen penetrar en el canal, viose D'Estaing en la precisión de dirigirse hacia los cabos del Delaware, y una vez allí, variando el rumbo, encaminóse directamente a Rhode-Island. a donde arribó el día 29 con la intención de dar un ataque, en el cual debía auxiliarle el general Sullivan con un cuerpo de tropas del ejército de Washington y algunas fuerzas de Nueva Inglaterra.

Hacía algún tiempo que los americanos estaban preparándose para apoderarse de Rhode-Island, bajo la dirección de Sullivan, encargado de inspeccionar las operaciones; mas como quiera que las medidas tomadas por éste llegasen a conocimiento del general Pigot, comandante de la isla, este jefe dispuso que se hiciera una excursión a Providence por dos distintos cuerpos de tropas, uno al mando del coronel Campbell y otro a las órdenes de Eyre. El resultado de aquella fue apoderarse los ingleses de algunos almacenes militares, varios galeones y bergantines armados y más de cien botes que se destinaban a una expedición. Estas pérdidas retardaron los preparativos del general Sullivan, y pasaron bastantes días, después de la llegada de la flota francesa, antes de que los americanos se hallasen en disposición de cooperar con su auxilio.

Rhode-Island se divide en dos partes unidas entre sí por un istmo y se encuentran a su alrededor varias isletas. Hacia la parte oeste del istmo, se halla Newport, que es la ciudad principal de la isla, y poco más allá hay otra llamada Connanicut, situada entre Rhode-Island y la tierra firme. La ciudad tiene tres entradas: una por el oriente conocida con el nombre de Seakonet Passage, otra por el oeste que se llama el Canal principal, y la última en fin por Connanicut, que se denomina Narraganset Passage.

La guarnición inglesa al mando del general Pigot se componía de seis mil hombres, de los cuales el cuerpo principal se hallaba en Newport; tres regimientos en Connanicut, y el istmo estaba defendido por una cadena de reductos, mientras que en cada una de las entradas por mar habíanse situado varias fragatas y galeones que se destruyeron luego al presentarse el conde D'Estaing a fin

248 Mr. Sparks hace mención de un curioso incidente de la vida del general Lee. Cuando el ejército se hallaba en Valley Forge, recibióse orden del Congreso, para que Washington tomase el juramento de los oficiales generales. Estos se hallaban en derredor del comandante en jefe, teniendo la Biblia según era costumbre, pero en el momento de ir a prestar juramento, Lee apartó su mano dos veces seguidas, cuya acción pareció a todos tan extraña que los demás oficiales no pudieron menos de sonreírse. Al preguntar Washington qué significaba aquello, contestó Lee: «Tratándose del rey Jorge, me dispenso de contraer alianza con él, y tengo algunos escrúpulos de hacerlo respecto al príncipe de Gales.» Tan extraña respuesta excitó una carcajada general y por algún tiempo se interrumpió la ceremonia, mas luego Lee prestó el juramento como los demás. La conducta que observó luego aquel jefe en Monmouth dio lugar a que se sospechase de su patriotismo, pero acaso no fuera todo aquello más que una de sus excentricidades.

de que no cayeran en su poder. El comandante francés situó convenientemente algunos buques de guerra en Seakonet y Narraganset, en tanto que cerraba el paso del canal anclando su flota en la embocadura, y en esta situación permaneció hasta el 8 de agosto, en que los americanos, hallándose ya dispuestos a cooperar con su auxilio, dirigióse el conde hacia el puerto sufriendo al pasar el fuego de algunas baterías, y ancló luego entre Newport y Connanicut.

Al presentarse la escuadra francesa en Rhode-Island, envióse inmediatamente un parte a Nueva York, y entonces Lord Howe, cuya flota se había aumentado con ocho buques de línea de cincuenta cañones, cuatro fragatas, tres brulotes y cierto número de barcos mas pequeños, se hizo a la vela hacia Rhode-Island, después de haberse detenido tres o cuatro días por ser los vientos contrarios. El jefe inglés llegó el 9 de agosto al punto de su destino, y ancló en Pointjudith a poca distancia de la entrada del canal principal. Habiendo cambiado el viento en la mañana del 10, resolvió el conde D'Estaing hacerse a la vela para ir a probar la pericia de Lord Howe en el océano[249]; y en su consecuencia, abandonando la importante posición en la que tanto podía ayudar a los americanos, dirigióse al mar en busca de la flota británica. Al ver Lord Howe cuán formidable era el enemigo que avanzaba contra él y no siéndole favorable el viento, evitó el encuentro maniobrando con gran destreza a fin de obtener aquella ventaja para sí, lo cual dio lugar a un combate que duró hasta la noche sin que ninguno de los dos jefes enemigos pudiera conseguir su objeto. Al día siguiente, cuando ya se iba a comenzar la lucha de una manera formal, viéronse separadas las flotas por una furiosa tormenta, que dispersando los buques les causó grandes averías. Después de esto hubo algunos combates parciales entre los barcos menores de una y otra parte, mas como ni ingleses ni franceses pudieron conseguir la menor ventaja, Lord Howe se volvió a Nueva York, y el conde D'Estaing a Newport a fin de reparar sus averías.

Cuando el comandante francés fue a buscar a Lord Howe desde Rhode-Island, el ejército de Sullivan, compuesto de diez mil hombres, la mayor parte de ellos de la milicia, se hallaba ya dispuesto a comenzar las operaciones, pero luego se propuso no romper las hostilidades hasta que volvieran los franceses, a fin de no ofender al conde D'Estaing. que había demostrado ya cierto enojo por cuestiones de forma y ceremonia. Sin embargo, como al ejército americano no le era posible permanecer mucho tiempo reunido, desechóse luego la proposición y se acordó activar las operaciones.

Entretanto el general Pigot mandaba retirar sus tropas de Connanicut, a fin de concentrar sus fuerzas en las cercanías de Newport, donde ocupaba un campamento atrincherado; mientras que el ejército americano, trasladándose desde la tierra firme al norte de la isla tomaba posesión de una fortificación que los ingleses habían abandonado, y marcharon luego hacia Newport para sitiar el campamento enemigo.

Pero el 12 de agosto, antes que Sullivan pudiera comenzar las operaciones, su ejército se vio envuelto por el mismo huracán y la furiosa tormenta que dispersara los buques de las escuadras enemigas, y que también causó esta vez grandes estragos, pues las tiendas de campaña de las tropas quedaron completamente inservibles y se inutilizaron las municiones, no siendo posible hacer uso por el pronto de las armas de fuego. Los soldados, que no tenían donde resguardarse, padecieron mucho, y algunos fueron víctimas de aquella tempestad que duró tres días; mas al fin avanzó el ejército americano hacia las líneas británicas y comenzó el sitio. Sin embargo, la ausencia de la flota fue causa de que el general Sullivan se encontrase en una situación muy crítica, porque los ingleses que se hallaban en Newport podían recibir refuerzos fácilmente, y si bien se presentó en la isla D'Estaing el día 20, la alegría de los americanos fue de corta duración, por haber anunciado el comandante francés que en cumplimiento de una orden escrita y conforme con el parecer de sus oficiales, se haría a la vela inmediatamente para Boston. El conde manifestó que con arreglo a sus instrucciones debía refugiarse en aquel puerto en caso de algún desastre o de encontrarse la flota británica con fuerzas superiores, y que hallándose sus buques averiados y como por otra parte se

249 Véase la *Vida de Juan Sullivan*, por Peabody, pág. 98, en la cual se discute la conducta del conde D'Estaing, y las consecuencias de ella.

esperaba la llegada del almirante Byron con refuerzos de Inglaterra, esto constituía, según la oficialidad, el caso previsto en las instrucciones, por lo cual érale preciso hacerse a la vela para Boston.

Convencidos de que con la marcha del comandante francés fracasaría por completo la empresa, tanto Greene como Lafayette rogaron a D'Estaing en una entrevista particular que tuvieron con él, que no persistiera en su resolución, abandonando los intereses de la causa común. Representáronle cuánta era la importancia de la empresa comenzada así para Francia como para América, y le dijeron entre otras cosas que todas las operaciones se hallaban tan adelantadas que podría contarse desde luego con la victoria; que no debía abandonarse el proyecto porque de este modo iban a disgustarse los americanos, quienes contando con la cooperación de la flota francesa, habían hecho esfuerzos increíbles a fin de asegurar el éxito; que abandonar la causa en tan crítico momento sería lo mismo que facilitar un triunfo a los enemigos, los cuales criticarían así la alianza de los franceses, y finalmente que el mal éxito obtenido en el Delaware, en Sandy Hook y en Newport no podía menos de producir una gran irritación en los ánimos. Greene y Lafayette añadieron que con una flota averiada sería muy difícil atravesar los bancos de Nantucket, y que por esto convendría mejor hacer las reparaciones en Newport, donde además encontraría la escuadra más ventajas que en Boston para combatir al enemigo. Pero todo fue en vano, pues D'Estaing a pesar de una protesta que se entregó al conde, firmada por todos los oficiales excepto Lafayette, se hizo a la vela el día 22 de agosto y tres días después ancló en el puerto de Boston.

Según dice Gordon, el general Sullivan se disgustó tanto con la marcha de la flota francesa, que olvidando por un momento la prudencia que debe observarse en cuestiones de política, escribió en la orden del día lo siguiente: «El general no puede menos de lamentar la repentina e imprevista marcha de la flota francesa, pues ve en esto la intención de disgustar a los que contaban con el auxilio de Francia, por más que no deba suponerse que semejante medida pone en peligro al ejército o parte de él. Este hecho probará sin embargo que América es capaz de obrar por sí sola, sin más apoyo que el de sus armas y aun cuando no la ayuden los aliados.» Dos días después, el general Sullivan trató de dulcificar en una segunda orden el contenido de la primera, declarando que no había sido su intención decir que la flota francesa se hubiera marchado con ningún fin particular, y que no era tampoco su ánimo hacer interpretaciones que perjudicasen a nadie.

Cuando D'Estaing llegó a Boston, es decir, el día 26, escribió al Congreso manifestando cuántos eran los apuros de la flota, tanto por falta de agua como de provisiones, que la carencia de estos dos artículos iba siendo cada vez más grave; que le era preciso atender a la conservación de la escuadra, y que no podía por lo tanto seguir ocupándose en buscar medios de adquirir víveres. Además de esto justificó su presencia en Boston por el mal estado de sus buques, porque tal había sido el parecer de sus oficiales y porque ignoraba en fin dónde se hallaría la flota de Lord Howe y con qué fuerzas contaba ésta. También expresó su disgusto por la protesta que presentó Greene.

Acaso no era razonable censurar al conde por haberse marchado a Boston, puesto que todos sus oficiales habían insistido en que se adoptase aquella medida; pero debe tenerse en cuenta que si hubiera vuelto a Newport, es más que probable que habría capitulado la guarnición antes de que pudiera socorrerla el general Howe. No faltó quien dijera con este motivo: «que el marcharse la flota a Boston equivalía a una fuga vergonzosa, con la cual se acababa de perder la ocasión más favorable que nunca se presentara de obtener una victoria»; y se produjeron infinitas quejas contra los franceses. Las cartas que en aquellos días se recibieron en Boston estaban llenas de inventivas cuyo objeto era indisponer a los habitantes con el conde D'Estaing y toda su oficialidad, y fueron necesarios los buenos oficios de la parte más sensata de la población para evitar cuestiones desagradables. Más de doscientos voluntarios abandonaron el campamento en menos de veinte y cuatro horas, cuyo ejemplo fue imitado por varios individuos de la milicia, de tal modo que al cabo de tres días el ejército de Sullivan disminuyó hasta el punto de no ser ya sus fuerzas más numerosas que las del enemigo.

En aquel estado de cosas, Sullivan resolvió el 26 de agosto levantar el sitio y retirarse al norte de la isla, antes de abandonar por completo la expedición. El día 20 púsose en marcha con todo el ejército, y aunque perseguido de cerca por los ingleses y las tropas de Hesse, alcanzó su vanguardia sin experimentar pérdidas; pero como quiera que el enemigo recibiera refuerzos, trabóse una reñida batalla en los alrededores de Quaker Hill, en la cual hubo considerables pérdidas por ambas partes, si bien al fin consiguieron los americanos rechazar a los ingleses con admirable valor. Durante la noche del 30 las tropas de Sullivan alcanzaron la tierra firme atravesando los pasos de Bristol y Howland's Ferry.

Tal fue el resultado de una expedición, emprendida no sólo con grandes probabilidades de éxito, sino también con todos los elementos necesarios para obtener un brillante resultado. El general Sullivan se retiró con mucha oportunidad, pues al día siguiente llegó Clinton con cuatro mil hombres y una escuadrilla para socorrer a Newport, y si los vientos le hubieran favorecido más, o si Sullivan no hubiese apresurado su retirada, seguro es que asaltada la isla por un enemigo de fuerzas muy superiores e interceptado el paso por los buques ingleses, se habría visto el jefe americano en una situación desesperada. El Congreso dio gracias a Sullivan por su prudencia y acierto.

Washington, que preveía cuán tristes consecuencias podrían resultar del descontento general, puso en juego toda su influencia para calmar los ánimos de unos y otros y no dejó de ayudarle en la tarea el valeroso Lafayette, que como siempre era muy querido por americanos y franceses. El marqués debía interesarse por su rey y por su patria, pero era tan amante de América y tan fiel amigo del comandante en jefe, que no vaciló un momento en secundar sus miras, proponiendo medidas conciliatorias con el mayor afecto.

Washington escribió también al general Heath, que mandaba en Boston, y a los generales Sullivan y Greene, jefes de Rhode-Island. En la carta dirigida al primero manifestábale sus temores diciéndole entre otras cosas: «que la marcha de la flota francesa de Rhode-Island, en momento tan crítico, no sólo haría perder la confianza del pueblo en sus nuevos aliados, sino que produciría también resentimientos que pudieran perjudicar a la flota si llegaba ésta a verse privada del auxilio que exigían los verdaderos intereses de América; y que por esta razón era muy conveniente combatir los malos efectos que causara aquella medida, justificándola favorablemente, a fin de que la flota francesa continuara prestando sus servicios lo más pronto posible.» Washington añadía además lo que sigue: «La marcha de la flota de Rhode-Island no se ha anunciado aquí públicamente, pero cuando esto suceda, yo alegaré que esa medida se hizo necesaria a consecuencia de las averías sufridas por los buques en la última tempestad, versión que en mi concepto es la que debe propagarse. Como estas razones os llamarán la atención, debo recomendaros que uséis de toda vuestra influencia a fin de apaciguar los ánimos para que las personas que deben prestar auxilios a la flota no dejen de hacerlo. Deber nuestro es sobrellevar con paciencia las desgracias y contratiempos, evitando que las animosidades perjudiquen a nuestros intereses y al bien público.»

En la carta escrita al general Sullivan, expresábase Washington de este modo: «Las desavenencias ocurridas entre nuestro ejército y la flota me han inquietado mucho, pues todo el continente confía en nuestra mutua cordialidad y conviene conservar ésta mientras sea compatible con nuestro honor y política. Las primeras impresiones son las que se conservan por más tiempo, y por ellas juzgarán los franceses cuál es nuestro carácter nacional; pero prescindiendo de esto, al tratar con ellos, debemos tener presente que son un pueblo ya viejo en la guerra, muy rígidos en la etiqueta militar y siempre dispuestos a enardecerse por la menor cosa. Permitidme, pues, recomendaros muy particularmente que conservéis la armonía y buena inteligencia, tratando de dulcificar los resentimientos que abrigasen los oficiales; y no olvides que es de la mayor importancia igualmente que los soldados y el pueblo no se enteren de este asunto, o si lo saben ya, poner en juego cuantos medios sean posibles para evitar desagradables consecuencias.»

Washington dijo al general Greene lo que sigue: «No tengo ahora tiempo de hacerme cargo de los argumentos y razones que se alegaron contra el conde D'Estaing cuando abandonó a Newport para dirigirse a Boston; pero hiciera bien o mal, ello es que ese contratiempo ha defraudado nuestras

esperanzas, dando acaso lugar como yo temo a que se susciten disensiones y empiece a reinar la desconfianza con nuestros aliados, lo cual sólo puede evitarse adoptando las más prudentes y eficaces medidas para acallar los resentimientos que puedan haberse producido ya. Mucho confío en vuestro carácter e influencia para que desaparezcan las animosidades entre los oficiales americanos y franceses que se hallan a nuestro servicio, y espero hagáis todo lo posible para evitar se publique la protesta suscrita por los primeros. Reconociendo el Congreso cuán perjudicial sería que conociese el mundo nuestras diferencias, ha dictado un acuerdo sobre este punto, pero como conozco que comprenderéis cuáles son mis intenciones, inútil me parece hablaros más sobre este asunto: sólo os ruego muy particularmente que evitéis toda clase de cuestiones entre nuestros oficiales y los franceses a fin de que no se interrumpa la buena armonía que debe reinar entre unos y otros.»

Washington aprovechó también la primera oportunidad para reanudar su correspondencia con el conde D'Estaing, a quien escribió una carta en la que sin hablarle de las desavenencias ocurridas, empleó el lenguaje más a propósito para mitigar el resentimiento que pudiese tener el comandante francés[250]. A los pocos días de hallarse en correspondencia el conde y Washington, la irritación del primero, que podía dar lugar a graves consecuencias, se convirtió en afecto, si bien la mala voluntad de alguna parte el pueblo fue causa de que ocurriesen algunos graves conflictos entre los marineros franceses y americanos.

Al saber Sir Enrique Clinton que el general Sullivan se había retirado de Rhode-Island, salió inmediatamente de Nueva York y a fin de que no se frustrase del todo la expedición que proyectaba, dispuso un ataque contra Nueva Londres. Sin embargo, como el invierno no era la estación más favorable para la empresa, encargó el mando de las tropas que iban en los transportes al general Grey, dándole órdenes para que marchase contra Buzzards Bay, y hecho esto Clinton volvió a Nueva York. En cumplimiento de lo mandado Grey se hizo a la vela con dirección al río Acushnet, donde desembarcó el día 5 de septiembre, y después de destruir más de setenta barcos que encontró al paso, quemó una gran parte de los pueblos de Bedford y Fairhaven, situados uno al oeste y otro al oriente, apoderándose además de una gran cantidad de efectos militares, municiones y mercancías. El general Grey había desembarcado a las seis de la tarde y tan rápidos fueron sus movimientos que antes de las doce del día siguiente habíase llevado a cabo la obra de destrucción y se hallaban ya embarcadas todas las tropas. Hecho esto, el jefe inglés marchó a la isla llamada Martha's Vineyard, y una vez allí quemó varios buques, destruyó una salina, y obligando a los habitantes que rindiesen las armas, impúsoles la condición de entregarle un considerable número de carneros y vacas que fueron un gran alivio para los ingleses que se hallaban en Nueva York.

Entretanto el Congreso, que había vuelto a Filadelfia, aprovechó aquella oportunidad para recibir el 6 de agosto, públicamente y con las debidas ceremonias, a Mr. Gerard, ministro plenipotenciario del rey de Francia, quien entregó sus credenciales pronunciando luego un lisonjero discurso, que fue contestado por Mr. Laurens en nombre del Congreso y de los Estados Unidos. Esto justifica las palabras del elocuente historiador italiano cuando dijo: «que un monarca extendía su mano poderosa para proteger a una república contra los ataques de otro rey.» Vemos pues que la nación francesa iba a prestar su apoyo a un pueblo inglés amenazado por su mismo soberano, y de este modo, las potencias europeas que hasta entonces no conocieran en América más pueblos libres que los de los salvajes y de los bárbaros, considerando súbditos a los demás, comenzaron a reconocer la independencia y soberanía de una nación civilizada, mostrándose dispuestas a celebrar tratados o alianzas como con los demás países. Seguramente que desde el descubrimiento de la América por Colón no habían presenciado los hombres un suceso tan importante ni tan digno de llamar la atención, tanto más cuanto que era el fruto del amor a la libertad y del deseo de proclamar la independencia. ¡Tales fueron los resultados que produjeron, una ciega obstinación, o quizás un orgullo necesario por una parte, y el deseo de venganza por la otra!

---

250 Véase la *Vida de Washington* por Irving, vol. III, página 46.

Al llegar aquí parécenos oportuno consignar, que en 14 de septiembre fue nombrado el Dr. Franklin por el Congreso, ministro plenipotenciario en Francia.

A consecuencia del mal resultado que obtuvieron los comisionados reales en América, mostráronse dispuestos los oficiales y soldados ingleses a tratar a los americanos como a rebeldes incorregibles e indignos de ser sometidos a un consejo de guerra. Durante el curso del año ocurrieron varios ejemplos de esto, cuyas consecuencias, harto deplorables, sólo sirvieron para agravar los horrores de la lucha. La dolorosa historia de Wyoming servirá para ilustrar una de las sangrientas páginas de los anales americanos, y reproducimos aquí sus detalles con las mismas palabras con que se expresa el Dr. Thacher en su *Diario Militar*.

En un punto situado en el brazo oriental del río Susquehannah existía en aquella época una floreciente colonia llamada Wyoming, compuesta de ocho pueblecillos con unas mil familias; y tal fue el celo con que abrazaron la causa de América, que reunieron voluntariamente unos mil soldados para el ejército continental. El clima y fertilidad del territorio eran lo más a propósito para el producto de granos, cáñamo, frutos, etc., y los habitantes de aquella tierra de promisión podrían haber podido disfrutar de la felicidad que resulta de la armonía y del más puro afecto, si por desgracia no se hubieran dejado arrastrar por el turbulento espíritu de partido, dividiéndose en dos bandos que se denominaron *Whigs* y *Tories*. Al suceder esto suscitáronse odios y animosidades sin cuento, que destruyeron los sagrados lazos de la familia y de la amistad, y muchos de los más activos habitantes, obrando por malicia o por venganza, abandonaron sus plantaciones, sus vecinos y sus amigos para aliarse con los salvajes, a quienes instigaron y prestaron auxilio en el bárbaro acto de matar a sus hermanos y amigos.

Al saber los habitantes que se tramaba un complot contra ellos y conociendo cuán peligrosa era su situación, levantaron algunas trincheras y reductos para defenderse de sus enemigos, que se presentaron a la vista el 1 de julio, en número de mil seiscientos hombres entre *Tories*, indios e ingleses. El jefe de aquella turba era el coronel Juan Butler, *tory* refugiado, a quien acompañaban otros no menos inhumanos y crueles que los mismos indios. A fin de engañar a los habitantes de la colonia, el enemigo envió varios mensajeros para decir que no tenían intención de hacer a nadie daño, y el traidor Butler declaró por su parte que no causaría a ninguno la menor molestia. Sin embargo, los habitantes desconfiaron de semejantes palabras, y los que se encontraban en estado de empuñar las armas se pusieron inmediatamente a las órdenes del coronel Zebulon Butler, primo del jefe de los salvajes, quien dispuso que las mujeres y los niños se refugiasen en los fuertes.

Poco después aproximóse el enemigo, y bajo el pretexto de que deseaba celebrar una conferencia, propuso que el coronel Zebulon Butler se alejase a cierta distancia del fuerte para dicho objeto, a lo cual se avino aquel jefe, llevando consigo no obstante para mayor seguridad cuatrocientos hombres armados. Pero esto no impidió que el coronel fuese víctima de la perfidia, pues apenas se hubo alejado un poco del fuerte rodeáronle los enemigos por todas partes, y aun cuando los colonos se defendieron con sin igual bravura, viose precisado el jefe a huir con unos veinte hombres solamente. Entonces el enemigo embistió el fuerte, y después de cañonearlo durante todo el día, los salvajes enviaron como parlamentario para intimar la rendición a uno de los suyos, el cual, triste es decirlo, llevaba consigo ciento noventa y seis pieles de cráneo arrancadas a los que acababan de morir.

El coronel Dennison, encargado de la defensa del fuerte, se resistió hasta que vio caer a la mayor parte de sus hombres, y cuando provisto de una bandera, como parlamentario, fue a preguntar con qué condiciones podría entregarse la guarnición, el feroz coronel Butler no le contestó más que estas dos palabras: *con el hacha*. Entonces Dennison resolvió rendirse a discreción esperando obtener alguna gracia, pero se equivocó grandemente, pues Butler llevó a cabo su amenaza con sin igual rigor, y después de escoger unos cuantos prisioneros, mandó encerrar a los demás, incluso mujeres y niños, en varias casas y barracas a las que pegó fuego inmediatamente. En otro fuerte que había a poca distancia hallábanse setenta soldados del ejército continental, los cuales

al rendirse sin condiciones fueron acuchillados bárbaramente, después de haber incendiado las casas donde se hallaban encerradas las mujeres con sus hijos.

Terminada esta trágica escena, los infames autores de aquel espantoso crimen penetraron a sangre y fuego en la colonia sin perdonar más que las casas de los *Tories*, llegando su crueldad hasta el punto de matar algún ganado y cortar la lengua de varios animales sólo para satisfacer sus sanguinarios instintos. Aquellos caribes atormentaron a uno de sus prisioneros llamado el capitán Badlock, rodeándole con un círculo de fuego, en tanto que dos de sus compañeros, los capitanes Ranson y Durkee eran arrojados en una hoguera y atormentados hasta que exhalaron el último aliento. Un tal Partial Terry, hijo de un caballero respetable, que se había unido con los indios, envió a decir varias veces a su padre que esperaba lavarse las manos con su sangre, y en efecto, aquel monstruo mató con sus mismas manos al autor de sus días y le cortó la cabeza después de asesinar a su madre, a sus hermanos y hermanas ¡con el objeto de quitarles la piel del cráneo! Tomás Terry, digno compañero de aquel monstruo de ferocidad, degolló también a su propia madre, a su cuñado, a sus hermanas y a sus hijos sin querer detenerse hasta que hubo exterminado a toda la familia.

Sólo unas cuantas personas, la mayor parte mujeres y niños, pudieron escaparse de aquella espantosa matanza, dispersándose por los bosques, faltos de alimento y sin tener apenas con qué cubrir sus miembros. Difícil sería encontrar un ejemplo de semejante iniquidad: los gritos de las viudas, de los niños y de los ancianos clamaban venganza al cielo, y el nombre del coronel Juan Butler quedó infamado para siempre por su villana y miserable traición, merced a la cual se apoderó del coronel Zebulon Butler, respetable oficial que debió ser sagrado para él cuando llevaba la bandera de parlamentario.

Habiendo sabido que Clinton proyectaba un ataque sobre Boston, Washington estableció su cuartel principal en Fredericksburg a treinta millas de West Point, en las cercanías de Connecticut, pero la vuelta de la flota británica y las tropas a Nueva York demostró claramente que no era aquella la intención del enemigo. Entretanto Clinton, lejos de permanecer ocioso, envió a Nueva Jersey varias partidas de exploradores, los cuales se ensañaron en los enemigos que hallaron al paso con la misma sangrienta ferocidad de que hemos hablado antes. El regimiento del coronel Baylor, que se hallaba a fines de septiembre ocupando una posición cerca de Tappan, a fin de vigilar al enemigo, fue atacado durante la noche por los ingleses, que hicieron una horrible matanza acuchillando a casi todos los soldados. Un cuerpo de caballería que se hallaba a las órdenes de Pulaski en Egg Harbor, fue sorprendido igualmente hacia mediados de octubre, y se cometieron actos de crueldad que no solo excitaron el deseo de obtener una venganza, sino que eran impropios de hombres civilizados.

Al hablar Mr. Sparks de la conducta y crueldad de los expedicionarios ingleses, hace las siguientes observaciones, que son dignas de fijar en ellas la atención. «La conducta que observaron los ingleses en aquella época, no podía ser más desacertada, pues contando en el país con muchos amigos que tenían interés en conservar, quemaron y destruyeron ciudades y pueblos, saqueando a los habitantes sin distinción, con ayuda de los indios, dejando tras sí sangrientas huellas y sembrando por todas partes la desolación y la muerte. El ministerio aprobó todas aquellas atrocidades, lisonjeándose de que el pueblo se sometería al fin cansado de tantos sufrimientos, pero el resultado fue enteramente opuesto porque todos sabían cuáles eran sus derechos, y aun cuando abrigaran sentimientos humanitarios, era natural que se inflamasen sus pasiones y que los que en un principio se mostraban pacíficos pensaran luego en las represalias. Seguramente que el Gabinete británico no hubiera podido elegir ningún medio más eficaz para obligar al pueblo americano a persistir en una vigorosa oposición.»[251]

Alarmado el Congreso con la conducta que venían observando los ingleses, dictó el 30 de octubre un acuerdo que terminaba con las palabras siguientes: «Nos, el Congreso de los Estados Unidos de América, declaramos solemnemente que si nuestros enemigos persisten en observar tan bárbara conducta, tomaremos una venganza ejemplar que sirva de saludable escarmiento. Apelamos al Todopoderoso, que conoce la rectitud de nuestras intenciones, y ante su sagrada presencia

251 *Vida de Washington*, pág 282.

juraremos, que aunque no impulsados por la cólera o el deseo de venganza, estamos resueltos a llevar a cabo nuestra resolución.»

El almirante Byron, que había sustituido a Lord Howe en el mando de la escuadra, llegó a Nueva York a mediados de septiembre, pero hallándose sus buques en muy mal estado a causa de las tempestades que le sorprendieron durante la travesía, tuvo que ocuparse primeramente en reparar sus averías, y no pudo hacerse a la vela hasta el 18 de octubre, día en que se dirigió a Boston en busca del conde de D'Estaing. Pero el almirante inglés no era hombre de suerte, pues apenas llegó a la bahía de Boston, es decir el 1 de noviembre, sorprendióle una violenta tempestad que arrastrando los buques al mar, le obligó a refugiarse en Rhode-Island. Entretanto D'Estaing aprovechó aquella oportunidad para hacerse a la vela el 3 de noviembre con rumbo a las Indias occidentales, y el mismo día salió también en dirección al mismo punto el general Grant con seis buques de línea al mando del comodoro Hotham, llevando a bordo seis mil hombres del ejército inglés. De allí a poco otros dos mil hombres de tropas británicas a las órdenes del teniente coronel Campbell se embarcaron con objeto de invadir los Estados del Sur, auxiliados por el comodoro Parker. En Nueva York quedaban no obstante suficientes fuerzas para la defensa de la ciudad.

Terminada la campaña en el norte y en los Estados del centro, Washington se retiró con sus tropas a cuarteles de invierno, situando a la mayor parte de ellas en ambas orillas del Hudson, cerca de Middlebrook, West Point y Danbury, y la artillería en Pluckemin. De este modo formóse una línea de acantonamientos al derredor de Nueva York, desde Long-Island Sound hasta el Delaware, dispuestos de tal modo que podían reforzarse unos a otros en caso necesario. El general Putnam mandaba en Danbury, Mc Dougall en Highlands y Lincoln se encargó del departamento del Sur. La mayor parte de las tropas se hallaban hacia la parte oeste del río porque en aquel punto era más fácil adquirir los víveres necesarios para abastecer al ejército. Éste se alojó en barracas como en el invierno anterior, pero gracias al auxilio de los franceses esta vez se hallaban mejor equipados los defensores de América.

Las disensiones que por entonces se suscitaron en el Congreso, debidas principalmente a que los hombres más distinguidos que eran miembros de aquel cuerpo, se habían retirado dejando en su lugar otros de poco valer e influencia, fueron para Washington un motivo de grave disgusto. Al abrirse las sesiones no solía haber presentes mas que veinte o treinta miembros; los representantes de la mayor parte de los Estados dejaron de asistir a las sesiones con mucha frecuencia, y no faltaron en fin descontentos que hallaron bastante motivo para criticar la insuficiencia y falta de energía del Congreso. Afligido Washington por todas estas cosas y bajo la impresión del más profundo disgusto, escribió a su amigo Benjamín Harrison, de Virginia, con fecha 18 de diciembre, una carta concebida en estos términos:

«Para mí es tan claro como la luz del día que América nunca necesitó tanto como ahora de la sabiduría, patriotismo y comunes esfuerzos de sus hijos; y es por cierto muy sensible que los diversos Estados, ocupándose tan sólo de sus asuntos locales, retengan junto a sí a los hombres más entendidos que debían asistir al Consejo general para el bien del país. En una palabra, yo creo que nuestro sistema político puede compararse con el mecanismo de un reloj, y sacaremos una lección provechosa al reflexionar que de nada sirve tener en orden las ruedas pequeñas si se descuidan las grandes, que son el apoyo y primer móvil de las demás.

»No es a mí a quien toca decir ahora en qué consiste lo que sucede, mas como nadie puede criticarme por querer bien a mi patria, anticiparé la opinión de que cada Estado, no solamente debe elegir, sino también obligar a sus representantes a que asistan al Congreso, proponiéndose primeramente hacer una investigación acerca de las causas que han producido tan desagradables efectos para el ejército y en el país, y cuidando por último de corregir los abusos públicos. De no hacer esto, no se necesita en mi concepto ser adivino para predecir cuáles serán las consecuencias de la administración actual, y de qué poco servirán las Constituciones y las leyes que están confeccionando los diversos Estados sin la cooperación de los hombres mas entendidos del país. Así pues, si todo se descuida y seguimos por esta senda, naufragaremos bien pronto, llevando con

nosotros el remordimiento de habernos perdido por nuestra propia locura y abandono, o acaso por el deseo de vivir tranquilos hasta el fin de esa gran revolución en la cual deben tomar parte los hombres mas ilustres e importantes de América.

»Muy de temer es, amigo mío, que los diversos Estados no tengan una idea exacta del peligro que nos amenaza, pues muchas personas, alejadas del lugar de la acción y oyendo sólo las noticias que más halagan sus deseos, creen que la lucha se ha terminado, y que organizar el gobierno y la marcha de la política es lo único que falta por hacer. Al decir esto, yo no me refiero a ningún Estado en particular ni es mi ánimo tampoco hacer observaciones a ninguno de ellos; pero el público cree, (y si lo cree, pudiera tener razón) que los Estados no se hallan representados ahora convenientemente, y que se descuidan y dirigen mal los asuntos del país, ya por la falta de aptitud de los miembros del Congreso o bien a causa del desacuerdo que reina entre ellos por atender sólo a sus miras particulares. Si es así, debemos lamentar este contratiempo, ahora más que nunca, porque ya hemos ido muy adelante, y según la opinión de muchos, nos vamos acercando al período feliz, razón por la que Europa tiene fija la vista sobre nosotros, y acaso muchos espías políticos nos vigilan de cerca para descubrir cuál es nuestra situación y hacer públicas nuestras debilidades y apuros.»

La sangrienta catástrofe de Wyoming, de que hemos hablado anteriormente, excitó no sólo la más profunda compasión hacia las víctimas, sino también el deseo de castigar severamente a los salvajes invasores; y en su consecuencia el coronel Hartley salió cierto día con aquel objeto, seguido de su regimiento y dos compañías de la milicia. Este jefe marchó contra los indios, destruyó algunos de sus pueblos e hizo varios prisioneros, pero tuvo que retirarse bien pronto porque el enemigo comenzó a perseguirle atacándole vigorosamente, si bien Hartley pudo rechazar al fin a sus contrarios sufriendo algunas pérdidas. Para atender a la defensa de la frontera occidental, salió el cuarto regimiento de Pensilvania con algunos tiradores de Morgan, a las órdenes del teniente coronel Guillermo Butler, y después de una difícil y fatigosa marcha a través de elevadas montañas y profundos ríos, la expedición llegó a los pueblos indios de Unadilla y Anaquaqua, cerca de las corrientes del Susquehannah, en los cuales se encontró una considerable cantidad de trigo para las provisiones de invierno. Butler hizo destruir los pueblos y el grano, obligó a los salvajes a retirarse a una gran distancia hacia el interior y de este modo sus incursiones no fueron ya tan peligrosas para la frontera.

Pero en la mañana del 11 de noviembre, quinientos indios mandados por Brant y doscientos soldados a las órdenes de Walter Butler, penetraron de improviso en la colonia de Cherry Valley, y según parece, por culpa del coronel Alden, comandante del fuerte que allí había, el cual hubiera podido resistir el ataque ejerciendo un poco más de vigilancia, obtuvieron los invasores una completa victoria, haciendo en sus enemigos una espantosa matanza. Allí se cometieron actos de crueldad que la pluma se resiste a describir, y bien pronto quedó asolada toda la colonia. El juez Campbell, que refiere más exacta y detalladamente pormenores que los límites de nuestra historia no nos permiten reproducir, cita entre otros, un caso de salvaje ferocidad que nos parece oportuno consignar aquí.

«Una señorita que aunque no adornada de los atractivos de la hermosura, distinguíase por sus virtudes y su caridad cristiana, huyó de su casa y fue a esconderse detrás de un montón de madera, hasta donde la persiguió un indio que al acercarse limpió tranquilamente su sangriento cuchillo, y después de envainarlo, cogió a su víctima por un brazo sin atender a sus lágrimas y súplicas. En aquel momento presentóse un tal Pedro Smith que había servido últimamente como criado a la familia de Mr. Well padre de aquella, y queriendo librar de la muerte a la desgraciada joven, dijo al indio que era su hermana; pero el salvaje desenvainó su cuchillo por toda contestación, y amenazando con él a Smith, hizo luego un rápido movimiento y de un solo golpe atravesó con su arma el corazón de la joven.» Debe observarse que la familia de la víctima había permanecido siempre neutral sin querer pronunciarse en favor de uno ni de otro partido, y el mismo coronel Juan Butler, en una conversación que tuvo acerca de aquella familia, dijo estas palabras: «Hubiera hecho

cualquier sacrificio por evitar una desgracia a esa buena gente, y Dios sabe por qué mi hijo no lo ha impedido.»

Mientras que en los alrededores de Pensilvania y Nueva York aumentaban diariamente los horrores de una guerra salvaje, preparábase la misma calamidad para Viginia, mas pudo evitarse no obstante, gracias al valor y perseverante actividad del coronel Jorge Rogers Clarke, quien a la cabeza de alguna milicia logró penetrar en las colonias del Mississippí y apoderarse de la ciudad de Kaskaskias, perteneciente al Canadá, que juntamente con esta provincia había sido cedida a los ingleses cuando se celebró la paz en 1763. Al llegar Clarke a Kaskaskias con un puñado de hombres, viose rodeado por numerosas y feroces tribus, pero su valor y conocimientos militares le hicieron salir airoso de tan critica situación, demostrando de una manera admirable cuántas dificultades puede vencer un hombre activo y de carácter emprendedor. Formó sus planes con el mayor acierto; ejecutólos con prontitud, y sin embargo de ser la peor estación del año, atacó repentinamente a los indios en sus pueblos y consiguió dominar el ímpetu de sus guerreros.

Al tomar a Kaskaskias, Clarke hizo prisionero a Rocheblave, gobernador de aquel punto, apoderándose de todas sus instrucciones escritas que daban a conocer el plan de campaña para Quebec, Detroit y Michilmackinac, papeles que daban importantes noticias acerca de los proyectos del coronel Hamilton, gobernador de Detroit, el cual intentaba atacar vigorosamente las fronteras de Virginia. De este modo supo Clarke que confiando Hamilton en la impunidad y en lo difícil que era acercarse a él, acababa de destacar a todos sus indios a la frontera, y se hallaba entonces tranquilo en San Vicente sin más guardia que unos ochenta soldados y tres piezas de artillería. Aunque Clarke sólo podía disponer de unos ciento treinta hombres, resolvió aprovecharse de la situación en que se encontraba Hamilton para atacarle, y calculando que aquel era el único medio de salvarse a sí mismo y desconcertar los planes de su enemigo, dispuso que a principios de febrero de 1779 saliese un galeón armado de cuatro pedreros con cincuenta soldados para situarse en Wabash, punto que se encuentra a pocas millas de San Vicente, a fin de cortar el paso por aquel sitio.

Hecho esto, Clarke emprendió la marcha con su escasa tropa, y para atravesar el país que se encuentra entre Kaskaskias y San Vicente empleó diez y seis días, durante los cuales sufrió increíbles fatigas, pues tuvo que cruzar espesos bosques y un espacio de cinco millas cubierto de pantanos y lagunas, cuyas aguas llegaban a veces hasta el pecho de los expedicionarios. Después de vencer inmensas dificultades llegó al fin al punto de su destino y cayó de improviso sobre San Vicente, cuyos habitantes se sometieron sin resistencia. Hamilton se defendió al principio en el fuerte, pero al día siguiente rindióse con su guarnición como prisionero de guerra. Por su actividad en excitar la saña de los indios y por las muchas enormidades que les permitió cometer, Hamilton se había hecho tan odioso, que el Consejo ejecutivo de Virginia lo arrojó en una prisión con algunos de sus agentes, cargándolos a todos de cadenas.

El servicio prestado por Clarke fue muy beneficioso para sus conciudadanos, pues no sólo desconcertó los planes de Hamilton, sino que libró a la frontera occidental de Virginia de las incursiones de los salvajes, cuyo ardor se resfrió entonces al reflexionar que en aquella lucha no era probable salieran muy gananciosos.

Por ventajosa que fuese la alianza francesa para la causa de los Estados Unidos en general, no dejó sin embargo de producir desagradables consecuencias. Tanto las empresas públicas como las privadas se paralizaron; comenzó a reinar la mayor indiferencia en todas las operaciones; los americanos, considerando que ya estaba asegurada su causa, y fatigados de tan prolongada lucha reflexionaron entonces detenidamente acerca de los sacrificios que les exigirían sus aliados, y por último el reclutamiento de tropas se hizo con una deplorable lentitud, experimentándose las mayores dificultades para proveer al ejército de todo lo necesario.

Las numerosas emisiones de papel moneda produjeron funestas consecuencias; los esfuerzos que se hacían para sostener los valores fueron completamente inútiles, pues un solo dólar en caja valía más que ocho o veinte en billetes de las colonias, y los apuros se aumentaron aun más a consecuencia de la inmensa cantidad de billetes falsos que circularon los *Tories*. De aquí que los

precios de toda clase de artículos se elevaran de una manera fabulosa, y esto abrió ancho campo a las operaciones de los especuladores y contratistas, que se enriquecieron fácilmente a costa de la miseria de su país. Nadie sufrió más que el ejército con semejante estado de cosas, pues todo se puso tan caro que en la Carolina un solo par de zapatos costaba setecientos dólares en papel, y la paga de la oficialidad era apenas suficiente para atender a sus primeras necesidades. Al hablar de aquellos infames especuladores, dijo Washington una vez: «Permita Dios que esos miserables se vean colgados de una horca tan elevada como la que se preparó para Haman, pues ningún castigo es bastante en mi concepto para el hombre que hace una fortuna sobre la ruina de su país.» Durante todo aquel año no se hizo absolutamente nada, pues si bien los ingleses no adelantaron un paso, los franceses y americanos no consiguieron tampoco expulsar al enemigo del territorio que ocupaban.

Poco antes de Navidad, el comandante en jefe marchó a Filadelfia a fin de conferenciar con el Congreso acerca del plan de campaña para el año próximo, importante servicio en el cual se emplearon cinco semanas, acordándose al fin que a consecuencia del estado precario de la hacienda y situación aflictiva del país, se estaría por el pronto a la defensiva, excepto en los casos en que fuera necesario castigar a los salvajes que hostilizaban las fronteras.

Entretanto los ingleses cuyas tentativas habían fracasado en el norte, resolvieron continuar sus operaciones ofensivas en el sur, y siendo Georgia uno de los Estados más débiles de la Unión, en el cual por otra parte abundaban las provisiones, se creyó oportuno atacar primeramente dicho punto. Según ya hemos dicho, el coronel Campbell se había hecho a la vela en Nueva York con dirección al sur a fines de noviembre, y unas tres semanas después desembarcó cerca de la embocadura del río Savannah. Desde aquel punto continuó su marcha por una estrecha senda de unas seiscientas varas de longitud, y aunque una pequeña partida de americanos salió a disputarle el paso, el coronel consiguió rechazarlos fácilmente y siguió adelante sin encontrar por el pronto ningún otro obstáculo. El general Roberto Howe, a quien había sido encomendada la defensa de Georgia con unos ochocientos americanos, se situó convenientemente a fin de defender la plaza; pero un esclavo negro indicó a Campbell un paso secreto por el cual podría llegar hasta la retaguardia de los americanos, y valiéndose de este ardid, el jefe inglés atacó al enemigo por dos partes a un tiempo, y obtuvo de este modo una completa victoria. En aquel combate murieron más de cien americanos, quedando prisioneros de cuatrocientos a quinientos, y en el espacio de pocas horas los ingleses se apoderaron del fuerte, de las municiones, de todos los efectos militares, de los barcos que había en el río y de la capital de Georgia. El resto de las fuerzas americanas huyó por el Savannah y pudo refugiarse en la Carolina del Sur.

Dueños los ingleses de Savannah no tardó en rendirse el fuerte Sumbury, y el general Prevost, de la Florida Oriental, se encargó entonces del mando de las fuerzas combinadas de Nueva York y San Agustín, disponiendo que antes de su llegada se circulase una proclama a fin de excitar a los habitantes a que se sometiesen, en cambio de lo cual se les prometía protección si querían empuñar las armas en favor de la causa real. El coronel Campbell dio pruebas en aquella ocasión de ser un profundo y sagaz político, pues con escasos medios hizo en muy poco tiempo mucho más que todos los demás oficiales generales que le precedieran en favor de los intereses de la Gran Bretaña. No sólo dominó la oposición, sino que por el pronto hizo desaparecer todas las tendencias republicanas, preparando el camino para el restablecimiento de la legislatura real. En una palabra, puede decirse que aquel fue el único Estado de la Unión en el que, desde la Declaración de la independencia, funcionó la legislatura bajo la autoridad de la Corona. La prudencia y moderación del coronel Campbell merecieron el aprecio de todos, pues contrastaban singularmente con la conducta de la mayor parte de los oficiales ingleses que sirvieron en América.

Merced a los perseverantes esfuerzos del barón Steuben, que había servido a las órdenes de Federico el Grande, se introdujo al fin en el ejército americano una disciplina severa y sistemática, pues habiéndose nombrado a dicho oficial inspector general, en lugar de Conway, escribió una obra de táctica que vio luego la luz pública y se adoptó para el ejército. También se hizo una importante reforma en el departamento de sanidad, que consistió principalmente en encargar a diferentes

oficiales de la dirección de los hospitales militares, cambio que se debió principalmente a los esfuerzos del Dr. Rush.

En aquella época las operaciones navales de los Estados Unidos no daban tan buenos e importantes resultados como los que obtenía Washington al frente de su ejército, y esto se explica teniendo en cuenta que el número de buques era muy escaso y que la superioridad de la escuadra inglesa hacía imposible luchar en el Océano con tan poderoso enemigo. Sin embargo, según dice Mr. Cooper en su *Historia naval*, la escuadra americana fue por todos estilos un eficaz agente para defender la causa del país, y en prueba de ello baste saber que en 1776 los cruceros americanos se apoderaron de trescientos buques ingleses, mientras que en 1777, a pesar de que Inglaterra tenía setenta buques de guerra en las costas de América, perdió cuatrocientos sesenta y siete mercantes, algunos de ellos de gran valor. Por otra parte, téngase presente que los americanos sufrieron muchos desastres, y no pocos de sus cruceros cayeron en poder del enemigo.

La alianza francesa celebrada en 1778 produjo un cambio notable en la marcha de los asuntos públicos, y habiendo fijado el Congreso su atención en la cuestión naval, dispuso que se construyeran nuevos buques y se compraran otros, cuya medida ofreció una ocasión para que se probasen el valor y destreza de nuestros primeros oficiales de marina cuando tuvieron que luchar con una escuadra que generalmente se consideraba como invencible. A principios de dicho año el capitán Biddle, que mandaba el *Randolph*, fragata de treinta y seis cañones, tuvo un encuentro con el *Warmouth*, buque de sesenta y cuatro, perteneciente a S. M., pero después de un combate de veinte minutos se voló la primera y el capitán Biddle pereció con toda su tripulación, excepto cuatro hombres que se encontraron cuatro días después flotando sobre los restos del buque. El célebre Pablo Jones apareció en las costas de Inglaterra en aquel mismo año, y su nombre llegó a ser el terror de todos por las atrevidas y arriesgadas empresas que llevó a cabo[252]. El capitán Barry, de la costa de Maine, se condujo valerosamente en un combate contra dos buques ingleses con los cuales sostuvo la lucha por espacio de siete horas, logrando al fin escaparse sano y salvo. El capitán Talbot, de una de cuyas empresas ya hemos hablado anteriormente, se distinguió asimismo en el mes de octubre al atacar a un buque inglés que se hallaba a la vista de Rhode-Island. He aquí cómo sucedió el hecho: según parece, el bergantín *Pigot* se hallaba apostado en la embocadura del río Seconset a fin de interceptar el paso, entorpecer el comercio e impedir que aquella colonia recibiese víveres y refuerzos, y deseando Talbot librar a Rhode-Island de tan enojoso enemigo, obtuvo permiso del general Sullivan para intentarlo. Con su acostumbrada energía dispuso el plan de ataque, y el mejor éxito coronó sus esfuerzos, pues el *Pigot* quedó apresado y el capitán Talbot fue llevado en triunfo con sus valerosos compañeros. En el siguiente mes de noviembre el presidente del Congreso escribió una carta a Talbot dándole gracias por su servicio y enviándole el nombramiento de teniente coronel en el ejército de los Estados Unidos[253].

Concluiremos este capítulo recordando que se adoptaron los artículos de la Confederación, que según ya hemos dicho, fueron sometidos a las diversas legislaturas en el mes de noviembre de 1777[254]. Los Estados más pequeños, como Rhode-Island, Delaware, Nueva Jersey y Maryland vacilaron algún tiempo antes de adoptar los artículos, principalmente a causa de no haberse resuelto definitivamente a quién pertenecería el terreno occidental de los Estados Unidos; mas al fin, dejándose llevar de ese noble espíritu de patriotismo y confianza en la integridad de los grandes Estados, ratificaron los artículos de la Confederación, y el gobierno quedó organizado con arreglo a estos en el mes de marzo de 1781.

---

252 Véase la *Historia naval*, por Cooper. vol. I, páginas 87-91.

253 Véase la *Vida del comodoro Talbot*, por Mr. Tuckerman, págs. 52-64.

254 El que quiera examinar un notable escrito acerca de la naturaleza y poderes de la Confederación y del elevado espíritu de patriotismo que indujo a todos a la adopción de sus artículos, puede consultar la *Historia de la Constitución*, por Curtis, y también la *Historia civil y política de los Estados Unidos*, por Pitkin.

6.
Sucesos de la guerra durante 1779.

El general Lincoln en el Sur. Las fuerzas inglesas. Los Tories en la Carolina del Sur. Una horda de bandidos. Pickens los derrota. Operaciones de Lincoln. Prevost hace una irrupción en la Carolina del Sur y es perseguido por Lincoln. Retirada de Prevost. Batalla de Stone Ferry. Los ingleses invaden la Carolina del Sur. El general Matthews en Virginia. Se relaja el vigor nacional. La brigada de Nueva Jersey rehúsa emprender la marcha. Washington sufre una ruda prueba. Los ingleses se apoderan de Stony Point. Tryon invade Connecticut. Brillante hazaña de Wayne. Stony Point es tomado por asalto. Ataque al fuerte Lafayette. Expedición contra los ingleses en Penobscot. Lee ataca a Paulus Hook. Bosquejo de la vida de Washington en West Point. Política observada por el Congreso respecto a los indios. Necesidad de castigarlos severamente. Sullivan en el mando. Órdenes de Washington. Los franceses en las Indias occidentales. D'Estaing y Lincoln atacan a Savannah. Estratagema de White. España toma parte en la alianza. Pablo Jones. Su famoso combate naval. El ejército americano se retira a cuarteles de invierno. Washington no puede continuar las operaciones. Algunas observaciones acerca de aquel período.

El general Lincoln, nombrado en lugar del derrotado Roberto Howe para encargarse del departamento del sur, llegó a Charleston a fines de 1778 y comenzó a desempeñar con la mayor actividad los deberes de su nuevo cargo, pues vio que las tropas no sólo carecían de disciplina sino que estaban equipadas miserablemente. La Carolina del Norte, cumpliendo con la recomendación del Congreso, había destacado dos mil hombres a las órdenes de los generales Ashe y Rutherford para que se reunieran con Lincoln, que al recibir la noticia de la derrota de los americanos en Georgia, estableció su cuartel principal en Purysburg en el Savannah, a donde llegó el 3 de enero. Las fuerzas que tenía a sus órdenes no pasaban de tres a cuatro mil hombres, muchos de ellos reclutas o pertenecientes a la milicia, para quienes era completamente extraña la disciplina y subordinación de un campamento.

El ejército del general Prevost era algo más numeroso y superior en la clase de tropa, mas con todas estas ventajas aquel jefe no podía avanzar fácilmente hacia la Carolina del Sur, porque el río Savannah se extendía entre los dos ejércitos, y aunque su canal no es ancho, ofrece el obstáculo de que en un espacio de cien millas, desde su embocadura, corre por un país pantanoso inundándolo con mucha frecuencia. Sólo se puede pasar a través de los pantanos por unas sendas muy estrechas, pero era difícil para un ejército penetrar en ellas y por esta razón el general Prevost no podía entrar en la Carolina del Sur, ni al general Lincoln le era dable intentar nada contra los ingleses, por más que su línea se extendiera desde Savannah a Augusta.

Las costas de Georgia y de la Carolina del Sur, que son muy irregulares y están cubiertas de islas, se hallan cortadas en muchos puntos por brazos de mar. El general Prevost destacó al mayor Gardener con doscientos hombres para que tomase posesión de la isla Port Royal, pero aquel se vio atacado a poco por el general Moultrie, que le obligó a retirarse a principios de febrero después de haber sufrido algunas pérdidas. A consecuencia de esto el general Prevost desistió por algún tiempo de intentar nada contra la Carolina del Sur.

Limitando por entonces sus operaciones a Georgia, los ingleses trataron de aumentar sus fuerzas con algunos *Tories* de la Carolina, y al poco tiempo alistaron unos setecientos hombres, que al mando del coronel Boyd, cruzaron la frontera de la Carolina del Sur y fueron a reunirse con los ingleses en Augusta. Su marcha se señaló por un pillaje tan escandaloso que más bien parecían una horda de bandidos que un cuerpo de tropas alistadas bajo la autoridad real, pero habiendo llegado esta noticia a oídos del coronel Pickens (tomamos este dato de Gordon,) reunió la milicia del distrito de Ninety Six (noventa y seis), y después de dejar una guardia conveniente en el fuerte Cherokee, se puso en persecución de los *tories* a la cabeza de trescientos hombres. Pickens alcanzó al enemigo el día 14 de febrero, y en un encuentro que duró tres cuartos de hora le derrotó

completamente, matando cuarenta hombres, incluso el coronel Boyd, a quien los ingleses habían comisionado secretamente para que reuniera aquella fuerza. El coronel Pickens tuvo por su parte nueve muertos y varios heridos, pero consiguió dispersar completamente a los *tories*, pues unos huyeron a la Carolina del Norte y otros muchos volvieron a sus respectivos Estados para pedir a su gobierno que les indultase. Como estos últimos eran súbditos de la Carolina, se les juzgó sumariamente, y setenta fueron condenados a la última pena; pero no se ejecutó la sentencia sino con cinco de los más culpables.

Como los ingleses habían extendido sus líneas a lo largo del río, el general Lincoln estableció su campamento en Black Swamp. hacia el norte, casi enfrente de Augusta, y a fin de aprovechar cuantas ventajas se ofrecían para cruzar el río y con la idea de estrechar a los ingleses en la costa de Georgia, dispuso que el general Ashe fuese a ocupar las partes más elevadas del territorio. Este oficial emprendió la marcha el 10 de febrero con mil quinientos hombres de la milicia de la Carolina del Norte y una parte de la de Georgia, y el 13 por la tarde llegó al campamento del general Williamson, situado frente a Augusta; pero aquella misma noche el coronel Campbell se retiró tan precipitadamente de dicha población, que a las ocho de la mañana del día siguiente habíase alejado a una distancia de catorce millas. Tan precipitado movimiento se debió sin duda a una falsa noticia respecto a las fuerzas que mandaba Ashe o a la llegada de tropas de Charleston, lo cual indujo a Campbell a retirarse acto continuo para evitar que el enemigo le cortara el paso. Al saber esto, Lincoln escribió al general Ashe en 16 de febrero, manifestándole que si el enemigo no ocupaba la parte elevada del país, era de la mayor importancia seguirle, a menos que los ingleses llegaran a incorporarse con cuerpo de tropas antes que él se reuniese con su retaguardia.

El día 22 Lincoln dirigió a dicho jefe la siguiente orden: «Creo que Briar Creek será una buena posición para nosotros, a menos que alguna circunstancia particular nos impida ocuparla, y por lo tanto tan pronto como lleguéis a dicho punto iré a buscaros a Two Sisters (Dos Hermanas) a la hora que me indiquéis.» En cumplimiento de esta orden Ashe cruzó el Savannah a la cabeza de unos mil doscientos hombres de infantería y doscientos caballos que llegaron en la mañana del sábado 27 al puente más bajo de Briar Creek, donde los generales Brian y Elbert acamparon al otro día en un sitio conveniente, mientras que Ashe iba a buscar a Lincoln. El día 2 de marzo, el oficial de guardia anunció que algunas partidas de exploradores acababan de reconocer las huellas del enemigo y las señales de los cascos de sus caballos, y en su consecuencia el general Ashe volvió al campamento aquella misma noche. El día 3, a eso de las tres de la tarde, recibióse la noticia de que acababan de presentarse quinientos ingleses de tropas regulares en el embarcadero, y hora y media después, habiendo vuelto varios jinetes americanos de escaramucear con el enemigo, se dio orden a las tropas para formar en columna. Al poco tiempo apareció la infantería ligera al mando del teniente coronel Prevost, quien después de dar un rodeo de cincuenta millas para cruzar por Briar Creek por mas allá del campamento de Ashe, cayó de improviso sobre la retaguardia de aquel con un destacamento de unos novecientos hombres y algunos caballos.

Al ver presentarse a la infantería inglesa, Ashe dijo a Elbert, jefe de las tropas continentales: «Caballero, me parece conveniente que avancéis al encuentro del enemigo.» Entonces Elbert dio la orden e hizo adelantar a su gente a la distancia de treinta varas de los ingleses, sobre los cuales rompió un fuego muy nutrido que duró quince minutos. Ashe con la milicia de la Carolina del Norte permaneció a cierta distancia sin tomar parte en la acción, y cuando quiso ir en auxilio de las tropas continentales, sintiéronse sus soldados sobrecogidos de tal pánico que huyeron desordenadamente sin disparar un solo tiro. Las tropas regulares de Georgia, que se vieron entonces sin apoyo y rodeadas por un gran número de enemigos, emprendieron también la fuga, siendo inútiles cuantos esfuerzos hizo para reunirlos el general Elbert, que con otros muchos de los suyos cayó prisionero. En aquella acción murieron ciento cincuenta americanos y cayeron prisioneros ciento sesenta y dos; ninguno pudo escaparse sino cruzando el río, pero al hacerlo ahogáronse muchos, y de los que consiguieron salvarse, la mayor parte se marcharon a sus casas para no tomar parte ya en la guerra. De los fugitivos sólo unos cuatrocientos cincuenta hombres se reunieron de nuevo en el

campamento americano. Este percance hizo perder al general Lincoln una cuarta parte de sus fuerzas, asegurando a los ingleses la posesión de Georgia y facilitándoles la comunicación con los indios y los *tories* de las Carolinas del Norte y del Sur.

El pueblo de la Carolina del Sur, lejos de pensar en someterse a la autoridad británica, hacía cada vez mayores esfuerzos para defender su libertad. Juan Rutledge fue elegido gobernador; suministróse un contingente de mil hombres, y el día 23 de abril el general Lincoln marchó al Savannah con el cuerpo principal de su ejército, cuyo movimiento se hizo principalmente para proteger la legislatura de Georgia que debía reunirse en Augusta el día 1 de mayo.

Por aquellos días tuvo el río una crecida: las aguas cubrieron los pantanos, y los riachuelos se desbordaron inundando las tierras, por lo cual se creyó que una escasa fuerza de milicia sería suficiente para defender el país contra un ejército invasor. En esta persuasión el general Lincoln dejó solo, para proteger los distritos bajos, doscientos hombres de tropas continentales mandadas por M'Intosh bajo las inmediatas órdenes del general Moultrie, el cual se había distinguido por su valerosa defensa de la isla de Sullivan en el año de 1776. Esperábase que si se intentaba una invasión en la parte baja de la Carolina del Sur durante la ausencia de Lincoln, la milicia tomaría al momento las armas en defensa del país.

En vez de dirigirse hacia el río a fin de encontrar al general Lincoln en el interior, el general Prevost cálculo que hacer una irrupción en la Carolina del Sur sería el mejor medio de estorbar los planes del jefe americano, y por lo tanto, el 29 de abril, cuando Lincoln había avanzado ya mucho en la dirección de Augusta, el general Prevost a la cabeza de dos mil quinientos hombres y un considerable número de aliados indios, atravesó de improviso el río, cerca de Purysburg. El coronel M'Intosh que se había situado en aquel punto con un pequeño destacamento, marchó a reunirse con el general Moultrie, el cual se hallaba en Blank Swamp, pero como continuase avanzando rápidamente el general Prevost, Moultrie tuvo que retirarse apresuradamente destruyendo los puentes a su paso. La milicia que se hallaba en el campo no dio prueba alguna de valor ni defendió el paso como debiera, y la milicia del Estado no quiso tomar las armas como se esperaba, de manera que las fuerzas de Moultrie disminuyeron de una manera alarmante, sobre todo por la deserción de una gran parte de sus soldados.

Apenas hubieron pasado los ingleses el río, envióse un mensajero a Lincoln, que entonces se hallaba enfrente de Augusta, dándole cuenta de lo que pasaba. Lincoln comprendió que Prevost quería alejarle de la parte elevada del río, y resolvió seguir adelante con su plan, obligando al general inglés a que se volviese para atender a la defensa de Georgia, pero interinamente envió a Moultrie un refuerzo de trescientos hombres de infantería ligera, y cruzando el río por Augusta, encaminóse hacia Savannah.

Viendo el general Lincoln que Prevost avanzaba siempre, sin duda con la intención de atacar a Charleston, volvió a cruzar el Savannah y comenzó a perseguirle, pues Moultrie no contaba con suficientes fuerzas para oponerse a su paso, y como los invasores iban sembrando a su paso la desolación, cundía el pánico por todas partes. Entretanto hacíanse preparativos en Charleston para defender la población; quemáronse las casas de los arrabales; se enviaron a buscar árboles cortados a las cercanías de los ríos Ashley y Cooper, a fin de construir obras defensivas y se montaron en fin algunos cañones. Aunque no se creyó que la ciudad sería atacada por tierra, hiciéronse sin embargo grandes preparativos para fortificarla por todos puntos, y se reunió en Charleston una fuerza de tres mil hombres para rechazar el proyectado ataque.

El día 11 de mayo un destacamento de las tropas de Prevost cruzó el embarcadero del río Ashley y se presentó poco después delante de Charleston, mas el gobernador Rutledge, deseando ganar tiempo porque sabia que Lincoln iba avanzando hacia la ciudad, envió unos parlamentarios al enemigo, encargándoles «que propusiesen la neutralidad durante la guerra entre la Gran Bretaña y América, hasta tanto que por el tratado de paz entre ambas potencias se resolviese si Charleston debía pertenecer a la primera o a la segunda.» Prevost no accedió como es de suponer a esta proposición, y repuso que estando con las armas en la mano debían rendirse como prisioneros de

guerra. El gobernador rehusó como era natural, y ya se esperaba el asalto, pero durante la noche Prevost juzgó oportuno retirarse por haber sabido que el general Lincoln se iba aproximando rápidamente a su retaguardia, y no le sería posible ya conseguir su objeto.

Al volver a Savannah, Prevost no quiso tomar el mismo camino que antes recorriera, porque la numerosa guarnición de Charleston podría marchar sobre su retaguardia y Lincoln se hallaba cerca con su ejército. Así pues, después de pasar por Ashley Ferry, tomó la izquierda, dirigiéndose luego hacia la costa, que abundando en islas y hallándose cruzada por un brazo de mar hasta la embocadura del Savannah. le ofrecía, merced a la superioridad de la escuadra británica, el medio más fácil de volver con todos sus bagajes a Georgia. En su consecuencia dirigióse primero a la isla de San Jacobo y luego a la de San Juan, donde aguardó la llegada de una remesa de víveres que debían enviarle de Nueva York. Merced a una marcha forzada, el general Lincoln pudo llegar a Dorchester, no lejos de Charleston, antes que el general Prevost saliese de Ashley Ferry, y cuando las tropas inglesas se pusieron en marcha hacia la costa, siguiólas Lincoln, y acampó cerca de ellas, de tal modo que los dos ejércitos se hallaban sólo a treinta millas de Charleston, y permanecieron en sus respectivas posiciones hasta el 20 de junio, en que mil doscientos americanos atacaron a setecientos ingleses, los cuales ocupaban una ventajosa posición en Stono Ferry. La batalla, que fue muy reñida, duró una hora, y si las tropas que mandaba Moultrie hubieran podido llevar a cabo su plan, pasando oportunamente a la isla Jacobo, no hay duda que la victoria se hubiera declarado en favor de los americanos; pero Lincoln juzgó más prudente retirarse con sus tropas en buen orden. En aquella acción quedaron fuera de combate por parte de los ingleses trece oficiales y ciento diez y seis individuos de tropa entre muertos y heridos, y los americanos tuvieron veinte y cuatro bajas en la clase de los primeros, y cincuenta y cinco en la de los segundos.

Tres días después de la batalla las tropas inglesas evacuaron a Stono Ferry, y marchando a lo largo de la costa de isla en isla llegaron a Beaufort, en Port Royal, donde el general Prevost dejó una guarnición al mando del teniente coronel Maitland.

El calor que en las provincias del Sur impide durante el verano toda clase de operaciones militares, así como el frío en el invierno, había llegado a ser demasiado intenso para que se pudiera continuar la lucha por el momento, y por esta razón los oficiales de ambos ejércitos sólo pensaron en librar a sus tropas de las fiebres de la estación, a fin de que se conservasen en buen estado para la próxima campaña que se esperaba empezaría en el mes de octubre. La milicia americana se dispersó dejando al general Lincoln con sólo ochocientos hombres, los cuales le siguieron a Sheldon, punto muy sano que se halla en las cercanías de Beaufort.

Tan grande fue la alarma que cundió por los Estados del Sur, que el general Washington, a pesar de hallarse muy mermado su ejército, envió al escuadrón de caballería de Bland, a las órdenes del teniente coronel Washington, con alguna milicia para reforzar las tropas del general Lincoln.

La excursión del general Prevost a la Carolina del Sur no acreditó mucho al ejército británico ni favoreció tampoco a la causa real, aunque ocasionara muchas pérdidas a los habitantes de la provincia, pues las tropas inglesas señalaron su paso con el saqueo, sembrando por todas partes la desolación o la muerte. Pequeñas partidas de soldados entraban en las casas para apoderarse del dinero, de las alhajas y de cuanto les venía a las manos, complaciéndose a veces en destruir lo que no podían llevarse, en tanto que los esclavos, que son muy numerosos en la Carolina del Sur, presentándose al ejército inglés y con la esperanza de obtener la libertad, revelaban en qué punto habían escondido sus amos los objetos de más valor. Muchos de aquellos miserables fueron embarcados luego para ser vendidos en la isla Oriental; algunos murieron en el campamento, presa de la fiebre, y otros en fin, temerosos de volver a sus casas, perecieron lastimosamente en los bosques. Calcúlase que la Carolina del Sur perdió en aquella ocasión cuatro mil esclavos. Muchos habitantes, a fin de librarse de la rapiña y de los excesos que cometieron sus enemigos, aparentaron favorecer la causa real, y este fue el motivo de que se indispusieran con aquellos que se habían consagrado a la defensa de su país.

Durante los años 1779 y 1780 no se hizo nada notable por los ingleses ni americanos: los últimos no se sentían bastante fuertes sino para estar a la defensiva y los primeros, observando una política de la que ya hemos hablado anteriormente, ocupáronse en expediciones y empresas que tenían por principal objeto aumentar las vejaciones del pueblo.

Sir Jorge Collyer, que había reemplazado al almirante Gambier en el mando de las fuerzas navales en América, concertó un plan con Sir Enrique Clinton que tenía por objeto entorpecer el comercio de Chesapeake y destruir los almacenes que allí hubiera. Al efecto destacó Clinton mil ochocientos hombres al mando del general Matthews, y él mismo condujo los transportes en que se embarcaron las tropas. Esta flotilla se hizo a la vela en Sandy Hook el 5 de mayo y llegó a los cabos de Virginia el 8. En la parte baja de Virginia se encuentran tantas y tan profundas ensenadas y ríos, que aquellos que sean dueños de las aguas pueden fácilmente trasladarse de un punto a otro, lo cual es una gran ventaja sobre los que no disponen de este medio de comunicación.

La flota ancló en Hampton Road, extensa sábana de agua formada por la confluencia de los ríos Jacobo, Nansemond y Elizabeth, y en la mañana del 10 penetró en este último río, obligando a las fuerzas americanas que allí había a emprender la fuga, pues conocieron que no podían resistir tan formidable ataque. Las tropas inglesas desembarcaron entonces sin oposición, y habiendo establecido el general Matthews su cuartel general en Portsmouth, envió a Norfolk, Gosport, Kemp's Landing y Suffolk varias partidas de tropa que se apoderaron de muchos almacenes militares y de unos cien barcos con ricos cargamentos[255]. Las pérdidas que experimentaron los particulares y el público en general fueron de la mayor consideración, sin que pudieran producir ningún beneficio a la causa real, y el general Matthews, satisfecho el objeto de la expedición, volvió a Nueva York antes de terminarse el mes.

La equivocada opinión de que con la alianza francesa quedaba asegurada la independencia de los Estados Unidos, y que la Gran Bretaña abandonaría inmediatamente la lucha desesperando vencer, dio lugar a que no se continuaran con la misma actividad de antes los preparativos para la guerra. Washington puso en juego todos los medios posibles para desterrar semejante error, y en su correspondencia con el Congreso, los gobernadores de los Estados y otras personas de influencia, combatió la opinión general, haciendo ver que lejos de confiar en una próxima paz, debían proseguirse con la mayor actividad los preparativos de guerra. Asimismo recomendó que se fuesen reuniendo las fuerzas del ejército a fin de que los reclutas se hallasen en los cuarteles generales en el 1 de enero; pero tal era la aberración pública, que a pesar de las observaciones de Washington, llegó el 23 de enero de 1779 antes que el Congreso pensara en autorizar al comandante en jefe para proceder al alistamiento de las tropas, y hasta el 9 de marzo siguiente no se reclamaron a los diversos Estados sus respectivos contingentes.

Así pues, cuando los ejércitos debían estar ya en el campamento, no se había hecho más que autorizar la leva de tropas después de un sensible y perjudicial retraso.

Tan extraordinaria llegó a ser la baja del papel moneda, que la paga de un oficial no bastaba ya para satisfacer sus necesidades[256], lo cual produjo un descontento general en el ejército. En mayo de 1779 se expidió una orden para que la brigada de Jersey marchase por regimientos a reunirse con el ejército de Occidente, pero en contestación a esta orden recibióse una carta del general Maxwell manifestando que los oficiales del primer regimiento acababan de presentar a su coronel una exposición dirigida a la legislatura de Nueva Jersey, en la que se declaraba que a menos que se atendiese a sus reclamaciones respecto a la paga, presentarían la dimisión de sus cargos en el término de tres días. Washington, que profesaba un profundo afecto al ejército y conocía sus virtudes, sus padecimientos y cuánta era la justicia de sus quejas, comprendió al momento cuán funestas consecuencias resultarían de la resolución que acababan de tomar los oficiales.

---

255 Indignados ante semejante vandalismo, que convertía en pocos días a un país rico en un montón de ruinas, exclamaron los virginianos: *¿qué clase de guerra es ésta?* A lo cual contestaron los ingleses: *Se nos ha mandado tratar del mismo modo a cuantos se nieguen a obedecer al Rey.*

256 Este importante punto que trata de las emisiones de papel moneda se explica en el Apéndice primero que hay al final del presente capítulo.

En vista de esto y después de reflexionar detenidamente, Washington escribió una carta al general Maxwell para que la enseñase a los oficiales, en la cual, hablándoles como amigo y como jefe, hacia un llamamiento a su pundonor y patriotismo. He aquí el contenido de la misiva:

«Nada me ha sido tan doloroso durante toda la guerra como la medida que han tomado los oficiales del primer regimiento de Nueva Jersey al presentar la exposición de que me habláis, y no puedo menos de calificarla de un paso imprudente que acaso condenarían también los mismos interesados si reflexionaran un poco. Comprendo cuántas son las contrariedades que sufren los oficiales del ejército, y espero que esos señores me harán la justicia de creer que son incesantes mis esfuerzos para procurarles algún alivio; pero deben conocer sin embargo que satisfacer sus deseos es más difícil de lo que parece. Nuestros recursos han sido hasta aquí muy escasos, pues el estado de la Hacienda entorpece la marcha de los negocios, y aunque para todo hay remedio, debe tenerse en cuenta que esto no es obra de un momento. Al gobierno no se le oculta cuál es el mérito de los oficiales y cuántos sacrificios hacen, y desea para ellos una compensación, pero no es necesario observar mucho para convencernos de que los medios de que ahora dispone son muy limitados.

»Algunos Estados han procedido de la manera más generosa que les era posible, y si otros no pudieron imitarles, debe ser seguramente por alguna causa particular que a no dudarlo desaparecerá con el tiempo. La paciencia y perseverancia del ejército en todas ocasiones son cualidades que no pueden menos de honrarle, tanto en el país como fuera, y esto siempre me inspiró una ciega confianza en sus virtudes, lo cual me ha consolado en medio de los disgustos y reveses de fortuna a que tanto yo como los demás nos debíamos ver expuestos en la presente lucha.

»Ahora que estamos a punto de llegar al fin que nos proponíamos, de tal modo que no pueden defraudarse nuestras esperanzas a menos que abandonáramos de una manera vergonzosa nuestros intereses, un cambio de conducta podría producir un cambio de principios y acaso el olvido de lo que nos debemos a nosotros mismos y al país. Si yo creyera que tal cosa podía suceder sería indecible mi disgusto y mi pena, considerándome herido en mi honor, que aprecio tanto como el de todo el ejército. Pero esto me parece imposible: cualquier cuerpo de nuestras tropas que pensara sentar tal precedente, pesaría muy bien antes las consecuencias, y estoy seguro que ningún oficial de algún discernimiento y buen criterio se atrevería a ello. Y aun cuando algunos quisieran dar semejante paso aisladamente, ¿no sentirían luego haberse puesto en evidencia ante el resto del ejército bajo un punto de vista tan mezquino? Y dado el caso de que los demás siguieran su ejemplo, ¿cómo se consolarían luego de haber causado la ruina y la desgracia de nuestro país? Seguramente no podrían menos de recordar que por su culpa había recaído un padrón de ignominia sobre todo el ejército y que el carácter de un oficial americano sería entonces tan despreciable como glorioso es ahora.

»Confieso que las apariencias no son favorables en este caso, pero a mi ver suponen más de lo que en efecto hay. Los oficiales de Jersey se distinguieron siempre como ciudadanos y como soldados y yo confío en que ninguno de ellos es capaz de hacer cosa alguna que pueda ser una mancha para su intachable reputación. Esos caballeros no tratan seriamente de hacer lo que dicen; han elegido mal los medios de llegar a un buen fin, pero yo me lisonjeo de que si reflexionan un poco renunciarán a dar un paso tan impropio.

»Al empezarse la campaña, precisamente en el momento de recibir órdenes de marcha para un importante servicio y cuando su honor, sus deberes al país y a sí mismos y su consideración militar les imponen graves obligaciones que cumplir, no es de creer que esos oficiales persistan en semejante idea, pues se ofendería su delicadeza sólo al pensar que pudiera creerse que trataban de dictar órdenes a su país, aprovechándose del apuro del momento.

»La declaración que han hecho al Estado en tan crítico momento, al manifestar que *a menos que se atienda a sus reclamaciones en el término de tres días presentarán la dimisión de sus cargos*, no puede seguramente inducir a creer otra cosa de lo que digo.

»Espero pues que participaréis mi opinión a esos caballeros, tratando de hacerles comprender su error, pues el servicio que debe prestar su regimiento no admite la menor dilacion, puesto que las

tropas deben ponerse en marcha en la mañana del lunes con dirección al campamento. Yo confío ciegamente en que no se dejará de obedecer esta orden.»

Al tener conocimiento de la carta, los oficiales no desistieron de sus reclamaciones, pero continuaron en el servicio, si bien expusieron en una manifestación dirigida al comandante en jefe, «que sentían darle un motivo de disgusto, pero que las solicitudes elevadas a la legislatura no habían sido atendidas.» He aquí cómo terminaba dicho escrito:

«La razón y la experiencia nos inducen a no confiar en el Congreso. Entre nosotros son muy pocos los que poseen fortuna, y muchos los que teniendo familia son víctimas de la ingratitud de su país. ¿Hemos pues de sufrir todos los contratiempos, las fatigas y peligros de una vida militar mientras que nuestras mujeres e hijos carecen de lo más necesario, sin que haya esperanza de una recompensa, y cuando nuestra paga es solamente nominal? Seguros estamos de que V. E. no desea una cosa como ésta.

»Sentimos infinito penséis que tratamos de desobedecer vuestras órdenes, porque es nuestra intención, y siempre lo ha sido, marchar con el regimiento y cumplir con nuestro deber hasta tanto que la legislatura nombrase los oficiales que habían de reemplazarnos.

»Aseguramos a V. E. que siempre hemos apreciado su valor y sus virtudes, que siempre hemos cumplido sus órdenes con el mayor gusto y que amamos a nuestro país; pero cuando éste olvida todo sentimiento de virtud y de justicia y no recompensa debidamente a sus servidores, deber de ellos es retirarse del servicio.»

El terreno en que se colocaban los oficiales con esta justificación exigía que se adoptasen eficaces medidas, pero al mismo tiempo no era posible acceder a su demanda, y por lo tanto Washington limitóse a contestar a los oficiales por conducto del general Maxwell, «que mientras cumpliesen con su deber no olvidaría sus servicios.» Entonces la legislatura de Nueva Jersey trató de adoptar algunas medidas en beneficio de las tropas, lo cual bastó para que los oficiales retirasen su exposición y continuaran en sus puestos.

Olvidadas las dificultades que podrían resultar de la resolución adoptada por los oficiales de Jersey, merced al tacto y prudencia de Washington, aprovechó éste la ocasión para excitar al Congreso a que atendiese a las reclamaciones de los oficiales del ejército, haciendo presente que la miseria de algunos llegaba a tal punto que pedían se les concediese aunque no fuera más que el equipo de los soldados. A esto añadía Washington: «Yo no he accedido a esta demanda porque conozco que el deber y el honor les sostendrá hasta cierto punto, pero no dudo que el Congreso, teniendo en cuenta la justicia de la reclamación, me dispensará por insistir en que sea atendida.»

Los miembros del Congreso, por otra parte, no estaban acordes respecto a la organización de la milicia, pues mientras unos, conformándose con el parecer del comandante en jefe, optaban por un ejército permanente, otros, temiendo que con esto peligraran luego sus libertades, preferían que se hicieran alistamientos cortos por períodos que no excedieran de un año. A causa del diferente aspecto que iban tomando los negocios públicos y por el frecuente cambio de los miembros que componían la legislatura nacional, tan pronto predominaba una opinión como otra, y sentimos decir que los esfuerzos de Washington no fueran suficientes para que se adoptase desde luego una sabia y prudente política.

En aquella época no sólo estaba mal equipado el ejército americano, sino que también carecía del alimento suficiente, en razón a que en los años de 1779 y 1780 fueron las cosechas muy pobres. Los trabajos de la agricultura se habían interrumpido con frecuencia para atender a la guerra; el valor del papel moneda había bajado tanto que no bastaba para pagar los productos de la tierra, y tales eran los apuros del ejército, que Washington se vio en la precisión de llamar a las primeras autoridades de los condados para que cuidasen de facilitar víveres en cierto número de días. En algunas ocasiones fue necesario enviar destacamentos para que exigieran las provisiones con la punta de la bayoneta, pero al fin no se pudo recurrir a este expediente porque al pueblo no le era dable facilitar más auxilios, y además estas violencias no sólo perjudicaban a la moral y disciplina del ejército sino que predisponían el ánimo de los ciudadanos. El auxilio que hasta entonces

prestaran al comandante en jefe, era debido al buen tratamiento que recibían de sus conciudadanos, comparado con el de los ingleses, y por lo tanto Washington, a quien el pueblo miró hasta entonces como su protector, se veía ahora en la dura alternativa de licenciar sus tropas o sostenerlas por medios violentos. El ejército le pedía víveres, los habitantes protección, y atender a estas dos cosas, era punto menos que imposible, pues si ofrecía dificultades conservar el orden y disciplina con un ejército como el de Washington aun estando bien alimentado, pagado y vestido, mucho mayores eran aquellas no suministrándole lo preciso para atender a las primeras necesidades de la vida. En medio de estas graves dificultades, no sólo consiguió Washington conservar el ejército, sino que se condujo con tal prudencia que mereció tanto la aprobación de aquel como del pueblo.

Nada importante podía intentarse con un ejército tan desprovisto de todo y tan escaso en fuerzas, pues no excedía de trece mil hombres, en tanto que los ingleses, perfectamente fortificados en Nueva York y Rhode-Island, contaban con diez y seis o diez y siete mil, apoyados por una poderosa flota que dominando las costas y los ríos facilitaba el medio de concentrar las fuerzas en cualquier punto dado, antes que los americanos pudiesen evitarlo.

Esta disparidad se notaba más particularmente en las cercanías del Hudson: las divisiones de ambos ejércitos estaban con frecuencia apostadas en cada una de las orillas de aquel magnífico río, y mientras que los ingleses podían cruzar directamente a fin de unir sus fuerzas para cualquiera empresa, a los americanos no les era posible hacer lo mismo sin dar un gran rodeo para evitar el encuentro del enemigo.

Conservar a West Point y sus dependencias debía ser el primer objeto de Washington, y a fin de conseguirlo, fuele preciso negarse a la petición de los estados vecinos que solicitaban se les enviara grandes destacamentos de tropas del ejército continental para la defensa de sus respectivos territorios. Washington sabía muy bien que subdividiendo sus fuerzas en pequeñas partes, corría el riesgo de que las destruyese el enemigo fácilmente.

El día 1 de junio, Clinton hizo un movimiento hacia la parte superior del Hudson con el objeto de atacar las obras de los americanos en Stony Point, situado frente a Verplanck's Point. Dicha disposición era muy fuerte, pero aun no estaban concluidos los trabajos, y por esta razón tuvieron que abandonarla los americanos, siéndoles además imposible defender el fuerte Lafayette, cuya guarnición tuvo que rendirse como prisionera de guerra cuando Clinton atacó dicho fuerte. Acto continuo se mandó concluir las fortificaciones de ambos puntos, poniéndolos en estado de defensa. Viendo Clinton que Washington estaba alerta y que era inútil emprender nada contra West Point, volvió a Nueva York y se dispuso a obedecer las instrucciones que había recibido para llevar la destrucción a las ciudades marítimas de Connecticut como se hiciera antes en Virginia. Sir Jorge Collyer, con el necesario número de buques de guerra y transportes, y el gobernador Tryon a la cabeza de dos mil seiscientos hombres dirigidos por el general Garth, que mandaba como segundo jefe de las fuerzas de tierra, fueron los encargados de aquella expedición, y mientras hacían los preparativos de marcha, circulóse entre los habitantes de Connecticut un manifiesto con fecha 4 de julio, en el cual se les invitaba a que aceptasen la alianza, prometiéndoles en cambio protección para sus personas y bienes, pero amenazando a los que no se sometieran. Este manifiesto era inoportuno e inconveniente, porque en vez de dejar a los habitantes la libertad de elección después de consultarse entre sí, empleábanse amenazas antes que el pueblo tuviera el tiempo de pensar lo que le convendría.

Las tropas desembarcaron el lunes 5 de julio; las que mandaba Tryon en East Haven y las que estaban a las órdenes de Garth en West Haven. Estas últimas marcharon a New-Haven, a donde llegaron entre doce y una después de haberse visto muy hostigadas en el camino por la milicia, pero las tropas se apoderaron luego de la ciudad, cuyos habitantes, salvo algunas excepciones, fueron saqueados por la soldadesca. Tanto a los *whigs* como a los *tories* les quitaron sus joyas, su dinero y demás efectos de valor, y los invasores destruyeron hasta los muebles que no pudieron llevarse, haciendo lo propio con todos los géneros de las Indias que allí encontraron. En medio de aquella escena de confusión cometiéronse toda clase de abusos, pero como la milicia empezaba a reunir

considerables fuerzas, retiráronse repentinamente las tropas a la mañana siguiente y tan embriagadas iban, que no pensaron siquiera en quemar una sola casa, si bien después pegaron fuego a unos cuantos almacenes en el muelle.

En East Haven, donde mandaba Tryon en persona, los invasores quemaron varias casas y mataron el ganado; mas llegada la tarde, era tan numerosa la milicia, que Tryon se vio precisado a retirarse, y seguido de la flota marchó por la noche en dirección a Fairfield. Las tropas desembarcaron en este punto a las tres de la tarde del miércoles, pero como la milicia había tenido algún tiempo para reunirse, el gobernador Tryon envió un parlamentario a Whiting, jefe de aquella, dándole una hora de tiempo para que contestara al manifiesto si quería salvar la ciudad. El coronel replicó lo siguiente en nombre de los habitantes: «Las llamas han precedido a vuestro mensajero, y nosotros nos resistiremos mientras sea posible a la injustificable invasión de nuestros enemigos», fechado en 7 de julio a la puesta del sol. Durante aquella noche y la mañana siguiente los ingleses saquearon la ciudad, reduciéndola luego a cenizas, y después quemaron otros varios edificios de importancia que se encontraban en el espacio de dos millas a la redonda limitado por Green-farms. Hecho esto y como la milicia empezase a reunir más fuerzas que en New-Haven, los ingleses cruzaron por Sound en dirección a la playa de Long-Island, y una vez en aquel punto, se embarcaron para Fairfield.

El número de muertos y heridos a consecuencia de aquellas excursiones fue muy considerable, pero la lista de los edificios y casas destruidas por el incendio es una cosa que aterra; hela aquí: en Norwalk dos templos, ochenta casas de particulares, ochenta y siete graneros, veinte y dos almacenes, diez y siete tiendas, cuatro molinos, cinco buques; en Fairfield, dos iglesias, ochenta y dos casas, cincuenta y cinco pajares o graneros, quince almacenes y quince tiendas, y últimamente en Green-farms un templo, quince casas, once graneros y varios almacenes además de los que se quemaron en New-Haven y East Haven[257].

Mientras que los ingleses se ocupaban en tan funestas expediciones, Washington, después de reconocer personalmente a Stony Point, resolvió intentar un atrevido golpe para tomarlo por asalto y al efecto confió el mando de una expedición a un intrépido oficial a quien se había dado el extraño sobrenombre de *Mad Anthony* Wayne. Este jefe, a la cabeza de su destacamento compuesto de mil doscientos hombres de infantería ligera, anduvo catorce millas, y llegando a las inmediaciones del fuerte a las once de la noche del 16 de julio, hizo sus preparativos para el asalto, y dispuso que toda su tropa avanzara en silencio con los mosquetes descargados y la bayoneta calada. Sólo un soldado desobedeció este mandato, persistiese en cargar su arma a pesar de habérsele dado la orden por segunda vez, un oficial le atravesó con su espada de parte a parte, pues era indispensable la obediencia en tan crítico momento, porque un solo tiro hubiera bastado para convertir la victoria en una derrota o en una espantosa carnicería.

Combinado el plan, ciento cincuenta voluntarios a las órdenes del teniente coronel Fleury, oficial francés, formaron la vanguardia de la columna derecha y otros cien al mando del mayor Stuart compusieron la de la columna izquierda, precediendo a cada una de ellas una avanzada de veinte hombres escogidos al mando de los tenientes Gibbon y Knox, que no tenían más encargo que allanar el camino para el paso de los soldados. A eso de las doce y cuarto avanzaron al asalto las columnas, y tal fue la impetuosidad de las tropas, que a pesar del terrible e incesante fuego de mosquetería y de los cañonazos que disparaba el enemigo, forzaron el paso a bayonetazos venciendo cuantos obstáculos se opusieron de tal modo que ambas columnas se encontraron casi al mismo tiempo en el centro de las obras del enemigo. El coronel Fleury fue el primero que penetró en el fuerte y se apoderó del estandarte británico en tanto que el mayor Posey gritaba: *¡El fuerte es nuestro!*

Terminado el combate, el general Wayne escribió al comandante en jefe dándole cuenta de la valerosa conducta de los oficiales y soldados, haciendo particular mención del teniente coronel Fleury, del mayor Stuart. del coronel Butler y de otros varios por su arrojo e intrepidez. El teniente

257 *Historia de la Revolución americana*, por Gordon, vol. II, págs. 436-38.

coronel Hay fue herido en lo más recio de la pelea y el mismo Wayne quedó contuso, pero pudo entrar en el fuerte con auxilio de sus ayudantes y al frente de sus tropas. Como a los verdaderos bravos les gusta siempre distinguirse por observar estrictamente las leyes de la generosidad con los vencidos, las tropas americanas trataron a sus prisioneros con una bondad que contrastaba con la conducta que observaran los ingleses en ocasiones semejantes, puesto que ningún prisionero tuvo el menor motivo de queja después de la rendición. En prueba de esto basta decir que los ingleses sólo perdieron ciento cincuenta hombres entre muertos y heridos, en tanto que las tropas continentales tuvieron quince de los primeros y ochenta y tres de los segundos, si bien hicieron quinientos cuarenta prisioneros, entre los cuales se encontraba el coronel Johnson y otros varios oficiales. Es de notar que de los veinte hombres que formaban la avanzada al mando del teniente Gibbon, diez y siete fueron muertos o heridos.

En la carta que escribió Washington al Congreso dándole cuenta de este hecho de armas, ensalzó la conducta de todos los oficiales y soldados, pero particularmente la de aquellos que más arriesgaron su vida en la acción. Al hablar de los tenientes Gibbon y Knox, jefes de la avanzada, decía que habían hecho todo cuanto era humanamente posible, y respecto al general Wayne expresábase en los siguientes términos: «La conducta que ha observado en tan ardua empresa merece en alto grado la aprobación del Congreso, porque después de aprobar el plan recomendado por mí, lo llevó a cabo de un modo que honra tanto a su pericia como a su valor, y prueba de ello es que en el momento crítico del asalto y a pesar de sentirse herido de un balazo, continuó al frente de sus tropas con heroica firmeza.» Washington anunciaba además que se habían cogido dos banderas pertenecientes a la guarnición y dos estandartes al regimiento número diez y siete. Al tener conocimiento de este hecho el Congreso dispuso que se acuñara una medalla de oro conmemorativa de la acción para el general Wayne, y otras dos de plata para el coronel Fleury y el mayor Stuart. Los tenientes Gibbon y Knox recibieron el nombramiento de capitanes y se mandó repartir entre los soldados el valor del botín de la manera que juzgase más oportuna el comandante en jefe.[258]

Apoderarse del fuerte Lafayette formaba también parte del plan, y en su consecuencia pusiéronse en marcha con este objeto dos brigadas al mando del general M'Dougall, quien tenía la orden de atacar tan pronto como supiera que el general Wayne era dueño de Stony Point; pero aquel jefe no avanzó oportunamente, y esto fue causa de que la guarnición del fuerte Lafayette, de cuya custodia estaba encargado el coronel Webster, tuviera tiempo para prepararse a la defensa. Waine hizo jugar la artillería de Stony Point contra los buques ingleses, obligándoles a que se pusieran fuera del alcance de los cañones, y también mandó romper el fuego contra Verplanck's Point, mas la distancia era tan grande, que las balas no causaron apenas daño en las obras. Perdida la oportunidad de asaltar el fuerte Lafayette, cambióse el plan de operaciones; el destacamento de M'Dougall fue confiado al general Howe y se le dio orden para que marchara con algunas piezas de artillería para batir en brecha las fortificaciones, pero antes de que este jefe hubiera podido romper el fuego contra la plaza juzgó oportuno retirarse.

Al saber Clinton lo que acababa de suceder desistió inmediatamente de su proyecto contra Nueva Londres y la costa de Connecticut; hizo venir sus transportes desde Sound; movió su ejército en dirección a Dobb's Ferry; destacó un cuerpo de tropas para que fueran en auxilio del coronel Webster, y poco después se puso él mismo en marcha con fuerzas considerables en la esperanza de que Washington abandonaría sus fuertes posiciones y arriesgaría una batalla para disputarle la posesión de Stony Point. Pero habiendo fracasado la empresa contra el fuerte Lafayette, era ya muy poco importante apoderarse de aquel último punto, y por esta razón, después de destruidas las fortificaciones, los americanos evacuaron dicha plaza. Entonces los ingleses se posesionaron inmediatamente de Stony Point; renováronse las fortificaciones, se puso una fuerte guarnición, y viendo Clinton que no era fácil desalojar a Washington de Highlands, volvió inmediatamente a Nueva York.

---

258 *Diario Militar* de Thacher, págs. 176-178.

Un destacamento inglés procedente de Halifax, mandado por el coronel Maclean, intentó en el mes de junio establecer un puesto militar en Penobscot, en la parte oriental de Massachusetts, lo cual dio lugar a que el pueblo de Boston proyectara una expedición contra los invasores. Al efecto reunióse un considerable número de buques, llevando a bordo tres o cuatro mil hombres de milicia a las órdenes del general Lovell, y el 25 de julio apareció en Penobscot-Bay la flota americana, pero tanto por la posición de algunos bergantines de guerra ingleses como por la escabrosidad de la costa, las tropas no pudieron desembarcar hasta el 28. Entretanto Maclean procedió con tal actividad que bien pronto tuvo preparadas sus fortificaciones y obras de defensa, mientras que Lowell levantaba una batería a ciento cincuenta varas de distancia de aquellas. Por espacio de quince días estuvieron cañoneándose ingleses y americanos, y estos últimos sólo esperaban refuerzos para dar el asalto, cuando habiendo sabido Lovell que Sir Jorge Collyer acababa de penetrar en la bahía llevando considerables refuerzos, mandó a sus tropas se embarcasen silenciosamente durante la noche, y pudo retirarse sin que lo notara la guarnición que ya esperaba el asalto.

Al acercarse la flota inglesa, los americanos, después de aparentar que iban a resistirse, emprendieron la fuga, pero entonces los ingleses comenzaron a perseguirlos con tal insistencia y buena suerte, que el *Warren*, hermosa fragata de treinta y dos cañones, y otros catorce buques menores fueron apresados o echados a pique. Los transportes huyeron en la mayor confusión y las tropas que iban en ellos los quemaron después de desembarcar en una playa desierta. Los pobres fugitivos, que carecían de provisiones, tuvieron que recorrer lo menos cien millas a través de inmensos desiertos y muchos de ellos perecieron antes de llegar a su país. Después de obtener tan señalada victoria, Sir Jorge Collyer se hizo a la vela para Nueva York, donde resignó el mando de la flota en el almirante Arbuthnot que acababa de llegar de Inglaterra con algunos buques, provisiones y refuerzos para el ejército.

En revancha de la última derrota sufrida por los americanos, el Mayor Enrique Lee llevó a cabo un brillante hecho de armas, sorprendiendo el puesto militar de los ingleses, situado en Paulus Hook, enteramente a la vista de la guarnición de Nueva York. Washington favoreció el proyecto y Lee, ansioso de gloria, lo puso en ejecución sin más fuerza que trescientos hombres, que poniéndose en marcha el 18 de agosto, se apoderaron luego del puesto militar, aprovechando la oscuridad de la noche, y cogieron ciento sesenta prisioneros incluso varios oficiales. Lee no quiso detenerse para destruir las barracas ni la artillería, y una vez conseguido su objeto, se retiró con su gente sin pérdida de tiempo. Washington elogió en alto grado el valor y arrojo de Lee y sus compañeros, y el Congreso dispuso que se le recompensara con una medalla de oro.

Al referir los acontecimientos de la guerra donde sólo se ven escenas de sangre y de horror, rara vez encontrarán los lectores de la historia algún detalle ameno de la vida de esos hombres cuyos nombres y hechos de armas llegan a ser conocidos de todo el mundo, y por esta misma razón nos alegramos tener la oportunidad de reproducir una carta que dirigió Washington al Dr. Juan Cochran, cirujano general del ejército, en la cual el grave y digno comandante en jefe demostró que no le disgustaba un poco de agradable broma aun en medio de los importantes y trascendentales asuntos que distraían toda su atención. Esta carta está fechada en West Point en 16 de agosto de 1799, y su contenido es como sigue:

«Querido Doctor: deseo invitar a comer mañana conmigo a Mrs. Cochran y Mrs. Livingston; ¿no estaré acaso suficientemente autorizado para comunicarles tan fausta noticia? Inútil me parece deciros que mi mesa es bastante grande para admitir a las señoras, y de ello tuvieron una prueba ayer mismo. Deciros lo que en mi casa se come es una cosa muy esencial y éste será el asunto de mi carta. Desde nuestra llegada a esta hermosa tierra siempre hemos tenido un jamón a un extremo de la mesa, un gran pedazo de *rosbeef* al otro y una fuente de habas o guisantes casi imperceptibles en el centro. Cuando al cocinero se le pone en la cabeza lucirse, lo cual presumo que sucederá mañana, nos presenta dos pasteles de carne o dos fuentes de cangrejos colocados una a cada lado del plato principal que divide la mesa. Últimamente nuestro buen hombre ha tenido la admirable sagacidad

de descubrir que con las manzanas se hacen buenos pasteles, y la cuestión es ahora saber si en la violencia de sus esfuerzos, nos dará uno de aquellos en vez de dos de carne. Si las señoras se dan por contentas con tales manjares, que se comerán, no en platos de estaño como otras veces, sino de hierro, me alegraré mucho se dignen acompañarme.»

La conducta observada por el Congreso con los indios desde el principio de la lucha con la madre patria fue seguramente muy oportuna y liberal, pues se trató de persuadirles de que permaneciesen neutrales, y por algún tiempo se esperó que los horrores de una guerra salvaje no irían a ensangrentar más la terrible lucha que emprendía el pueblo en defensa de sus libertades; pero bien pronto desapareció hasta la última esperanza de conseguir este fin. La influencia de los ingleses y sus brillantes promesas ofrecían demasiado incentivo a los indios para resistirse, tanto más, cuanto que en vez de permanecer ociosos, proporcionábaseles el medio de tomar parte en el pillaje y en el saqueo en beneficio propio. Ya hemos referido en otras páginas de esta historia las numerosas atrocidades cometidas por los indios y los *tories*, especialmente en las fronteras, y ahora añadiremos que reprimir sus desmanes imponiéndoles el castigo que merecieran por sus delitos, fue la primera cosa en que resolvió ocuparse Washington.

Los hijos de las Seis Naciones, a excepción de algunos Oneidas, se habían pronunciado en favor de los *tories* para tomar parte en las crueldades cometidas en Wyoming, y Washington, que conocía a los indios perfectamente, resolvió darles la única lección que podían sentir y no olvidar. Al efecto dispuso que se reunieran en Wyoming tres mil hombres a las órdenes del general Sullivan, los cuales debían dirigirse al territorio de los Senecas, y reuniéndose allí con otro cuerpo de tropas procedentes del río Mohawk, continuaron luego su marcha en dirección al país de los indios. Hacíase necesario, a fin de que la expedición no fuera inútil, proceder con la mayor severidad, y por lo tanto no debe extrañarse que Washington mandara a Sullivan destacar algunas partidas encargándolas «que asolaran todo el territorio, pero de tal manera que quedase completamente destruido.» Era de todo punto preciso hacerlo así antes de admitir proposiciones de paz.

«Debe reconocerse sin embargo, como dice muy bien Mr. Peabody, que órdenes como aquella salían muy rara vez de la pluma de Washington, a quien no se le ocultaba que las gracias que se conceden en la guerra son bastante crueles aunque se dulcifiquen con toda la bondad y consideraciones que saben dispensar los hombres de nuestra época. Pero es preciso convenir que se hacían harto acreedores a un severo castigo aquellos que asolando florecientes colonias, lo destruían todo hasta el punto de que al surcar luego el arado aquella tierra, tan fértil en otro tiempo, no era ya posible encontrar el menor vestigio de su primitiva vegetación. No se puede pensar en esas escenas sin sentir una emoción tan dolorosa y profunda como las que hacen experimentar las negras calamidades de la guerra, de las cuales se aparta la vista con horror.

»Tampoco debe olvidarse que se trataba de castigar a un enemigo que marcaba siempre sus huellas con sangre y de cuya ferocidad no podían librarse ni el tierno niño ni la indefensa madre. Ya hemos hablado de las crueldades cometidas en Wyoming y Cherry Valley, y estos hechos pudieron convencer a todos de que para resguardarse de semejantes enemigos, era preciso arrojarlos de sus guaridas, de donde no salían nunca sino para sembrar la desolación y la muerte, obedeciendo con esto a los impulsos de su salvaje instinto. La responsabilidad de las medidas que se adoptaron contra los indios debe recaer seguramente en aquellos que les excitaron a tomar parte en la lucha, conociendo cuáles serían las consecuencias de ella. Para comprender cuán necesario sería dar semejante paso basta saber que concibió el proyecto y expidió las órdenes para ejecutarlo el mismo Washington, es decir, el hombre a quien más repugnaba un acto de crueldad.»[259]

El lenguaje del juez March respecto a este asunto es muy semejante y puede interesar al lector. Es como sigue: «Se ha censurado en cierto modo la conducta de los que devastan el país, pero esto es debido más bien que a la reflexión, al sentimiento de humanidad que condena todo aquello que sólo sirve para agravar las miserias de la guerra. La Gran Bretaña poseía ventajas que influyendo en los indios les indujo a estar en continua guerra con los Estados Unidos. Su natural

259 *Vida del general Sullivan*, pág. 128.

ferocidad acreció en violencia por su continuo trato con los hombres blancos que fueron a vivir entre ellos para excitar su saña, y hubo motivo para creer que podrían evitarse horribles escenas como las de Wyoming, inhabilitando a los salvajes para perpetrar semejantes crueldades. Ningún medio tenían a su alcance los Estados Unidos que fuera más eficaz para conseguir el objeto, que alejar a los indios, cuya hostilidad sólo podía combatirse por el terror, y cuyos resentimientos sólo era dable mitigar atemorizándolos.»[260]

El día 11 de agosto llegó el ejército al punto de confluencia del Tioga con el Susquehanna, e inmediatamente comenzó la obra de destrucción. Los indios resolvieron arriesgar una batalla en defensa de su país, y dirigidos por Brant, eligieron un terreno conveniente a una milla de Newtown, donde se reunieron en número de ochocientos hombres, sin contar doscientos blancos que se incorporaron luego, con lo cual, según el general Sullivan, aquellas fuerzas ascendían a mil setecientos hombres. Los indios construyeron un parapeto de media milla de longitud sobre una pequeña eminencia, de modo que su flanco derecho quedase protegido por el río y no pudiera atacárseles sino por el otro o de frente. En el flanco izquierdo había una eminencia casi paralela a la corriente del río, y un poco mas allá otra que se corría en la dirección de la retaguardia del ejército americano. El terreno estaba cubierto de troncos de árboles que se plantaron de modo que ocultaran las obras y se pudiese creer que crecían allí al acaso; y como el camino después de cruzar un profundo barranco al pie de la colina, se extendía a la derecha formando una línea paralela con la obra defensiva de los indios, todo el flanco del ejército americano quedaba expuesto al fuego de aquellos si avanzaba antes de descubrir su posición. Además de esto, estacionáronse en ambas colinas varias partidas de indios para caer sobre el flanco derecho y la retaguardia de Sullivan tan pronto como comenzara la acción.

Pero habiendo sabido todo esto los americanos antes de la tarde del día 29 de agosto, trabóse una escaramuza sin arriesgar un ataque general, y mientras avanzaba el grueso de las tropas, ordenó Sullivan al general Poor que tomase posesión de la colina que se encontraba a su retaguardia y que volviendo luego hacia la izquierda se aproximase por detrás al parapeto, en tanto que Hand, secundado por la artillería, atacaría de frente. Estas órdenes se ejecutaron con la mayor prontitud: mientras que la artillería jugaba por el frente, lanzóse Poor a la colina, se apoderó de ella después de un reñido combate con los indios, y avanzando luego rápidamente en persecución del enemigo, alcanzó al fin la cima, visto lo cual por los salvajes y conociendo que iban a verse rodeados, abandonaron su obra defensiva con la mayor precipitación.

Esta victoria costó a los americanos treinta hombres, y si bien la pérdida de los indios fue asimismo insignificante, intimidáronse de tal modo que no pensaron ya en resistirse y siguieron retirándose delante de Sullivan. Este jefe penetró en el corazón del país seguido de sus tropas, que destruían todo cuanto encontraban al paso; casas, campos, cosechas, jardines y frutos todo sufrió la misma suerte, y una vez cumplidas puntualmente las órdenes que recibiera, Sullivan volvió a Gaston, en Pennsylvania, a principios de octubre. El Congreso dictó un acuerdo aprobando la conducta de Sullivan y su ejército.

Consignaremos aquí que durante el mismo año se llevaron a cabo otras expediciones contra los indios. En el mes de abril el coronel Van Schaick se puso en marcha desde el fuerte Schuyler seguido de cincuenta y cinco hombres y quemó los pueblecillos de Onondaga, compuesto de unas cincuenta casas, y después de apoderarse de una considerable cantidad de provisiones, mató doce indios e hizo treinta y cuatro prisioneros sin perder un solo hombre. En el mes de agosto, mientras que el general Sullivan asolaba el territorio de Susquehanna, otra expedición al mando del coronel Brodhead, marchó desde Pittsburg en dirección a Alleghany, y habiendo recorrido unas doscientas millas destruyó los pueblos y campos que encontró al paso, pues allí tampoco pudieron resistir los indios el ataque de los invasores, toda vez que después de una inútil escaramuza huyeron precipitadamente para esconderse en los bosques.

---

260 *Vida de Washington* por Marshall. vol. I, pág. 323.

Aunque estas represalias no aseguraban del todo la frontera, produjeron no obstante buen resultado, porque los salvajes se intimidaron y sus excursiones no fueron ya ni tan peligrosas ni tan frecuentes.

Ya hemos dicho anteriormente que el conde D'Estaing se hizo a vela para las Indias Occidentales en el mes de noviembre de 1778 con objeto de atacar las islas británicas. Dominica había caído ya en poder de los franceses, en tanto que los ingleses acababan de tomar a Santa Lucía. D'Estaing ocupó luego San Vicente y Granada, y después de un encarnizado combate con la flota inglesa, en el cual sin embargo no se decidió la victoria por una ni otra parte, disponíase a marchar cuando el gobernador Rutledge, el general Lincoln y el cónsul francés insistieron de tal modo para que fuera a prestar auxilio a las fuerzas americanas en Georgia, que se hizo inmediatamente a la vela para el cabo San Francisco en Santo Domingo y llegó a Savannah el 1 de septiembre con veinte y dos buques de línea y otros barcos menores. Poco después cayeron en su poder el *Experimento*, buque de cincuenta cañones, otros más pequeños.

Al tener conocimiento de la llegada D'Estaing, el general Lincoln marchó a Zubly's Ferry, en el Savannah, seguido de mil hombres, pero le fue mas difícil de lo que creyó en un principio cruzar el río y los pantanos. Sin embargo, en la tarde del 13 de septiembre llegó a la orilla Sur y acampó en las alturas de Ebenezer, a veinte y tres millas de Savannah, donde fue a incorporársele el coronel M'Intosh, con su destacamento procedente de Augusta. Poco después llegó la legion Pulaski. En el mismo día en que Lincoln pasaba por Zubly's Ferry, D'Estaing desembarcó tres mil hombres en Beaulieu, y el 16 de septiembre los ejércitos combinados reunieron sus fuerzas delante de Savannah, punto donde tenía su cuartel general Prevost, jefe de las tropas inglesas en las provincias del Sur. Como no creyese que pudiera haber por el pronto peligro alguno, Prevost había disminuido su guarnición para establecer algunos puestos avanzados en Georgia, y no tenía tampoco a su lado al coronel Maitland, que con un fuerte destacamento se hallaba en Beaufort, en la isla de Puerto Real (Carolina del Sur), pero cuando vio aparecer la flota francesa, llamó inmediatamente a todas sus tropas, y antes que los franceses desembarcaran o pudiesen los americanos cruzar el río, habíanse reunido en Savannah todos los destacamentos ingleses que componían un total de cerca de dos mil hombres.

D'Estaing había intimado ya a Prevost que se rindiera en nombre del rey de Francia, pero deseando aquel oficial ganar tiempo, pidió al ejército francés una suspensión de hostilidades por veinte y cuatro horas, durante las cuales trabajó activamente en fortificar sus obras de defensa, dando lugar a que llegase el coronel Maitland con el destacamento de Beaufort. Entonces, habiendo anunciado Prevost que estaba resuelto a defender la plaza hasta el último trance, los ejércitos combinados resolvieron sitiar la ciudad e hicieron sus preparativos al efecto. Empleáronse varios días en desembarcar los cañones de grueso calibre demás efectos de guerra; el 23 de septiembre los sitiadores comenzaron los trabajos de sitio, y si bien el 1 de octubre habían avanzado ya trescientas varas dentro de las obras de los ingleses, y aun cuando varias baterías y nueve morteros hicieron fuego incesantemente sobre el fuerte, no se consiguió causar mucho daño en las fortificaciones del enemigo.

La situación comenzó a ser bastante crítica para D'Estaing, pues había empleado en el sitio más tiempo del que creyera necesario para expulsar a los ingleses de aquella provincia. Las islas francesas de las Indias occidentales se hallaban en peligro durante su ausencia; acercábase la estación tempestuosa; podía llegar de un momento a otro una escuadra inglesa superior a la suya, y por último, sus oficiales le hicieron observaciones sobre la inconveniencia de permanecer más tiempo en Savannah. Continuando los aproches algunos días más, era probable que los sitiadores se hiciesen dueños de la plaza, pero D'Estaing no podía disponer de aquel tiempo, y por lo tanto no quedaba más alternativa que levantar el sitio o bombardear la plaza. El comandante francés resolvió lo último, y al efecto, en la mañana del 9 de octubre, rompió el fuego la artillería y comenzaron a llover bombas sobre la plaza. Tres mil franceses y mil quinientos americanos, conducidos por D'Estaing y Lincoln, avanzaron en tres columnas al asalto, pero la guarnición estaba muy bien

preparada para recibirlos, y como las fortificaciones eran muy buenas, los sitiadores encontraron una tenaz resistencia, si bien siguieron avanzando hasta llegar al parapeto a pesar del fuego destructor de las baterías. Los franceses y americanos se lanzaron a porfía a un reducto para plantar su bandera, pero murieron muchos al querer forzar el paso por las obras, en tanto que el fuego de las baterías diezmaba las filas de los que atacaban de frente. El conde Pulaski, a la cabeza de doscientos jinetes, atravesó por entre las baterías en dirección a la ciudad a fin de cargar a la guarnición por retaguardia, pero cayó mortalmente herido y quedó destrozado el escuadrón que mandaba, mientras que los franceses y americanos, después de sufrir un fuego mortífero por espacio de cincuenta y cinco minutos, emprendieron apresuradamente la retirada. Los franceses perdieron entre muertos. y heridos setecientos hombres, los americanos más de doscientos, siendo en cambio muy pocas las bajas de los ingleses, que se batían protegidos por sus fortificaciones.

Después de aquella derrota y no quedando ya esperanzas de apoderarse de la ciudad, el conde D'Estaing hizo retirar su artillería y ambos ejércitos abandonaron el campo en la tarde del 18 de octubre. D'Estaing no se alejó más de dos millas y permaneció en el mismo sitio que ocupaba el día anterior con el objeto de cubrir la retaguardia del general Lincoln en caso de que saliera a perseguirla la guarnición. Los americanos volvieron a cruzar el Savannah por Zubly's Ferry para ir a tomar posición en la Carolina del Sur; la milicia volvió a sus casas y los franceses se embarcaron inmediatamente con toda su artillería, municiones y bagajes; mas apenas estuvieron las tropas a bordo, estalló una tempestad tan violenta que todos los buques de la flota se dispersaron, y de los siete que por orden del almirante debían ir a Hampton Road y Chesapeake-Bay sólo uno llegó al punto de su destino[261].

Con la llegada de los franceses que iban a tomar parte en el sitio de Savannah esperaban los americanos obtener un éxito brillante, pero la derrota de las fuerzas combinadas causó una profunda desesperación a las provincias del sur, donde la causa de la independencia parecía entonces más desesperada que nunca. Su papel moneda bajó mucho más y al mismo tiempo se reanimaron las esperanzas de los *tories* y otros enemigos de las libertades del país. El general Lincoln pidió auxilios al Congreso, y éste empleó cuantos medios estaban a su alcance para facilitar el socorro necesario.

Durante el sitio de Savannah el coronel Juan White, de Georgia, llevó a cabo una empresa tan atrevida como ingeniosa que vamos a referir. Antes de la llegada de la escuadra francesa al Savannah, habíase apostado un capitán inglés con ciento once hombres cerca del río Ogeeche y a inmediaciones del mismo sitio donde había cinco buques de guerra ingleses, tripulados por cuarenta marineros. A las altas horas de la noche del 30 de septiembre White, a quien acompañaban sólo seis voluntarios, incluso su propio criado, encendió cierto número de hogueras en diferentes puntos como para hacer creer que había allí un gran campamento, y después de valerse de otros artificios para que la ilusión fuese más completa, dirigióse al capitán y le intimó la rendición. Creyendo este oficial que iba a verse atacado por fuerzas superiores y que sólo sometiéndose podría salvarse a sí y a sus hombres, no hizo resistencia alguna y la estratagema se llevó a cabo con tal destreza, que todos los prisioneros fueron conducidos al puesto americano de Sunbury, distante veinticinco millas.

En junio de 1779, España, después de vacilar mucho, se unió con Francia para tomar parte en la guerra contra la Gran Bretaña y se hicieron extraordinarios esfuerzos para contrarrestar el inmenso poder de la escuadra inglesa. El Congreso se vio entonces muy apurado para arreglar las

---

261 Tal fue el resultado de la campaña del conde D'Estaing en las costas de la América del Norte, campaña en que los aliados cifraran las mas brillantes esperanzas. Después de haber fracasado la expedición contra los ingleses en el Delaware, el jefe francés abandonó dos veces a Newport en el momento más crítico; y finalmente bajo las murallas de Savannah se mostró demasiado circunspecto, pues retrasando al principio el ataque, precipitóse luego en un asalto que dio por resultado una completa derrota. Debe sin embargo tenerse presente que aunque del auxilio D'Estaing no se obtuvieran los grandes resultados que se esperaban, contribuyó sin embargo a favorecer la causa de América desbaratando los planes de los ingleses, puesto que les obligó a evacuar a Rhode-Island e impidiendo la expedición de Clinton contra el Sur.

diversas cuestiones que se suscitaron con motivo de esta nueva alianza, pues el embajador francés, en cambio del auxilio de su nación y de España, quería obtener para esta última la concesión de las Floridas y el exclusivo derecho de navegar por el Mississippi, tratando al mismo tiempo de inducir al Congreso a que cediera a Francia las pesquerías de Terranova. Asimismo manifestó que sería esperar mucho del orgullo de la Gran Bretaña que reconociese la independencia de sus rebeldes colonias, y que los americanos, así como los suizos y los holandeses, debían contentarse con la tácita admisión de aquella. Estas condiciones tan poco razonables, que perjudicaban el interés de diversos Estados, dieron lugar a una grave y enojosa discusión, pues lo que uno estaba dispuesto a conceder, el otro no quería dar. Massachusetts no se conformaba con desprenderse de las pesquerías del Norte, y Virginia exigía la libre navegación del Mississippi, siendo el resultado de estas diferencias entregar la Florida a España y dejar la cuestión en suspenso con respecto a los demás puntos. Los americanos, sin embargo, se mantuvieron inflexibles en que la guerra se continuase hasta que quedara formalmente reconocida su independencia[262].

Ya hemos hablado en otro capítulo del famoso Pablo Jones y de sus hazañas, y ahora para completar la historia de este año recordaremos un combate naval en el cual tomó parte, y que fue uno de los más obstinados y sangrientos que haya presenciado el mundo. Sin que sepamos por qué medios, Jones había obtenido en Francia un buque de cuarenta cañones llamado el *Bonhomme Richard*, cuya dotación se componía de trescientos setenta y cinco hombres. Otros tres buques, la *Alianza* de treinta y seis cañones, el *Pallas* de treinta y dos, y la *Venganza* de doce, formaban parte de la escuadrilla que mandaba Jones en clase de comodoro. A fines de julio, Jones se hizo a la vela en Lorient con rumbo a las costas orientales de Irlanda, presentándose al poco tiempo en Kerry, y desde allí continuó navegando hasta avistar a Frith Forth, desde donde enderezó el rumbo en 19 de septiembre hacia Flamborough Head. El día 23, al llegar a este último punto, divisó la flotilla del Báltico, remolcada por los buques *Condesa de Scarborough*, capitán Piercy, y el *Serapis*, capitán Pearson, a quien ya habían avisado los bailíos de la ciudad que estaba en la costa la escuadra al mando de Jones. Entre doce y una presentóse éste a la vista de los buques ingleses, y entonces el *Serapis* maniobró a fin de interponerse entre aquellos y el enemigo, lo cual pudo conseguir al poco tiempo. Viendo el capitán Pearson que las fuerzas de Jones constaban de tres grandes buques (faltaba entonces el bergartín) hizo señas al *Condesa de Scarborough* para que fuera a reunirse con él, lo cual hizo a eso de las cinco y media, y poco después de las siete, hallándose ya el *Bonhomme Richard* a un tiro de mosquete del *Serapis*, comenzó el combate, que se sostuvo con igual encarnizamiento por ambas partes.

El capitán Pearson tenía con el *Serapis* una notable superioridad sobre el *Bonhomme Richard*, y obtuvo ventaja en la posición sin que su enemigo pudiera impedirlo por más esfuerzos que hizo. Jones, a fin de contrarrestar esta superioridad, trató de colocar su buque de través a los escobenes del otro, y aunque no consiguió su objeto, sin embargo, como el bauprés del *Serapis* se corría entre su popa y mástil de mesana, aprovechó esta oportunidad para acercarse en lo posible a su enemigo, lo cual consiguió al fin, de tal modo que se tocaban las bocas de los cañones de ambos buques. En esta posición renovóse el combate que duró dos horas, pero antes de comenzar, el *Bonhomme Richard* había recibido ya muchos balazos a flor de agua y estaba averiado de tal manera que no pudo disparar sino ocho andanadas.

En el combate que siguió luego, Jones sólo hizo uso de tres pedreros de a nueve, cuyo fuego fue secundado por parte de sus hombres, en tanto que los demás arrojaron tal cantidad de materias inflamables en la cubierta y en todas las partes del *Serapis*, que éste se incendió diez o doce veces seguidas en varios puntos, costando mucho trabajo apagar el fuego. A eso de las nueve y media ocurrió casualmente en el *Serapis* una explosión de pólvora que produjo un nuevo incendio, cuyas llamas comunicándose a la popa obligaron a los oficiales y marineros a refugiarse junto al palo mayor y de este modo no se pudo hacer uso de los cañones durante el resto de la acción. Entre tanto la *Alianza* barría con sus andanadas la cubierta del *Serapis* de proa a popa matando e hiriendo a

262 Véase la *Historia civil y política de los Estados Unidos*, por Pitkin, vol. I, págs. 73-87.

muchos de sus hombres, mas cuando empezó a reinar la oscuridad, como se hallaban tan próximos el *Serapis* y el *Bonhomme Richard*, las andanadas de la *Alianza* mataron a once hombres de aquel último buque e hirieron mortalmente a un oficial.

Sin embargo, viendo el capitán Pearson que no le era posible continuar el combate con probabilidades de éxito, amainó las velas, después de asegurar, gracias a su esforzado valor, la retirada de la flotilla. El *Serapis* era un buque muy superior al *Bonhomme Richard*, pues no sólo se había construido por un excelente modelo, sino que constaba de cuarenta y cuatro cañones, por lo cual el número de muertos y heridos de una y otra parte fue necesariamente muy considerable. Ambos buques sufrieron mucho, mas el *Bonhomme Richard* estaba hecho una criba; tenía ya en la bodega siete pies de agua, que iba subiendo cada vez más, y por esta razón fue necesario trasladar los heridos, mientras que el teniente del *Pallas* permanecía a bordo con algunos hombres para hacer jugar las bombas en tanto que se preparaban los botes de auxilio.

El 25 de septiembre, el agua llegó a la cubierta y se hundió el buque, mas sin ocasionar ninguna desgracia. Sólo nos resta decir que el *Condesa de Scarborough* estuvo batiéndose con el *Pallas* por espacio de dos horas, hasta que el capitán Piercy se vio en la precisión de amainar[263]. El comodoro Jones con los restos de su escuadra volante enderezó el rumbo hacia Holanda y ancló en Texel el día 23 de octubre. Pablo Jones calculaba que el valor de las presas que hizo con el *Bonhomme Richard* durante su viaje no bajaban de 40.000 libras esterlinas.

Washington había contado hasta cierto punto con el auxilio del comandante francés, para combinar un ataque contra Nueva York, pero el mal éxito de las operaciones en el sur defraudó las esperanzas que le hiciera concebir la idea de la llegada de la flota francesa, y hacia fines de diciembre Washington se retiró a cuarteles de invierno. Estos se habían elegido convenientemente a fin de no carecer de madera, agua y víveres; y con objeto de proteger lo mejor posible al país, formáronse del ejército dos grandes divisiones, la del Norte, a las órdenes del general Heath, se situó de modo que pudiera socorrer a West Point con toda aquella parte del país, y la otra se retiró a Morristown en Nueva Jersey. En esta posición, la más a propósito en concepto de todos para atender a la seguridad del territorio por el sur de Nueva York, Washington con la división principal del ejército americano se propuso pasar el invierno[264].

El invierno de 1779 fue sumamente riguroso: los ingleses que estaban en Nueva York y la isla de Staten no podían ya contar con las ventajas que disfrutaran en otro tiempo, pues con mucha frecuencia carecían de víveres y otros artículos que suministraba el país. Para empeorar su situación Washington dispuso sus tropas de modo que pudieran interrumpir la comunicación entre la guarnición inglesa y los habitantes que llevaban socorros, y esto ocasionó varios encuentros en que siempre morían algunos. Si Washington se hubiera visto apoyado como deseaba, es muy posible que hubiese intentado alguna empresa, aprovechando el momento en que las fuerzas inglesas eran muy poco numerosas a consecuencia del rigor del invierno; pero no podía emprender nada en gran escala, pues su ejército no sólo era inferior en número al de los enemigos, sino que carecía de los víveres necesarios y especialmente de un buen equipo para proseguir las operaciones durante el invierno.

La historia de aquellos tiempos, en que tan rudas pruebas tuvieron que sufrir algunos hombres, sería en cierto modo incompleta si nos limitáramos a la sencilla narración de los sucesos. Las operaciones militares de la época constituyen sólo una parte que no debe ignorar ninguno de aquellos que quiera saber la verdad de la historia, formando un juicio exacto de los amargos

263 Los detalles de este célebre combate se encontrarán en la *Historia naval* de Cooper, vol. I, págs. 98-114.

264 «Las operaciones del enemigo en esta campaña, decía Washington escribiendo a Lafayette, que estaba en Francia, se han reducido a la construcción de algunas obras defensivas, a establecer un puesto militar en King's Ferry e incendiar las indefensas ciudades de New-Haven, Fairfield y Norwalk en el Sound, donde nada podía oponerse a los invasores más que las súplicas de las mujeres y los niños, que fueron inútiles. Después de esas notables hazañas no se han separado nunca de sus fortificaciones. El cómo se ha de llevar a cabo la conquista de América, observando semejante conducta, no es cosa que fácilmente se pueda comprender, pues esto es demasiado profundo para una inteligencia vulgar y aun para los políticos rutinarios.»

contratiempos con que tuvieron que luchar nuestros padres hasta dejar asegurada su independencia. Nunca más oportunamente que ahora podríamos hacer algunas observaciones sobre puntos de que no hemos tratado aun al referir la historia de la revolución americana.

Ya hemos hablado anteriormente acerca de la reacción que se verificó en el ánimo del público a consecuencia de la alianza francesa. Al principio no tuvo límites el entusiasmo del pueblo, y todos se mostraron dispuestos a no perdonar sacrificio alguno en favor de la causa del país, pero como la lucha se prolongaba, como no se veía el fin de la guerra, comenzó a resfriarse el ardor de muchos y se extinguió su entusiasmo. Después, cuando Burgoyne se rindió al fin y se celebró la alianza con los franceses, creyóse en general que la guerra había concluido virtualmente, y que Francia terminaría la lucha con Inglaterra en tanto que América se dedicaba a recoger el fruto de la victoria.

Washington y sus compañeros tenían sobrado criterio para no alarmarse ante aquel estado de cosas, y viendo cuánta era la extensión del mal, no perdonaron medio alguno para buscar un eficaz remedio. Recurrieron primero a las exhortaciones, evocando el recuerdo de pasadas glorias; hicieron presente la necesidad de no indisponerse con los aliados, y hablaron en fin de los peligros que aun amenazaban al país por las intrigas de Inglaterra, pero todo fue inútil porque el pueblo, dejándose dominar por la apatía y la indiferencia, deseaba abandonar a la casualidad sus más queridos intereses, sin que nada al parecer fuera suficiente para excitar su valor, energía y actividad.

El reclutamiento de las tropas iba haciéndose con la mayor pesadez y lentitud, y los soldados que estaban a las órdenes de Washington, unos porque había terminado el tiempo de su enganche y otros por estar cansados del servicio, desertaron de sus banderas y se volvieron a sus casas. ¿Y cómo podrían llenarse estas bajas cuando apenas se encontraba quien quisiera contratarse por tres años o hasta el fin de la guerra, según lo acordado últimamente por el Congreso? Enganches por menos tiempo no servían de nada en aquellas circunstancias, ni se debía esperar resultado alguno de semejante recurso, y por otra parte, hacer una quinta obligando a los ciudadanos a ingresar en las filas, se juzgó que era una medida demasiado peligrosa en aquella ocasión. El ejército parecía también estar sumido en una especie de letargo, y no fue poca fortuna que los ingleses tuvieran el defecto de ser poco emprendedores.

¿Qué extraño pues que predominase la languidez y la apatía en la campaña de aquel año? ¿Cómo extrañar que Washington se diera por muy contento con evitar una batalla en vez de conducir su ejército a Nueva York para realizar su más ardiente deseo?

Pero no era sólo la apatía y la indiferencia lo que entonces predominaba. Aquella gente que luchaba por obtener la libertad experimentó pronto una ardiente sed de riquezas sin que le importaran los medios de adquirirla fueran los que fuesen, y no se perdonó ninguna clase de abuso para satisfacer tan devoradora pasión. Como sucede con frecuencia en tiempo de revoluciones, acababa de surgir de entre aquella sociedad una raza de hombres que sólo trataron de engrandecerse a costa de la miseria pública. Ser independientes o no serlo, ser libres o esclavos, todo era igual para ellos con tal que pudieran enriquecerse sobre el Estado. En tanto que los buenos ciudadanos gastaban su vida en el campamento, cumpliendo con los más arduos deberes; mientras que consagraban a su patria su tiempo, sus riquezas y hasta su misma existencia, aquellos insaciables ladrones ocupábanse tan sólo en explotar la riqueza pública y las fortunas privadas. Todos los contratos particulares llegaron a ser el blanco de la usura y de infames especulaciones; cometiéronse repetidos fraudes cuando se trataba de suministrar víveres al ejército; el Estado pagó con frecuencia lo que nunca obtenía, y todos aquellos que se hacían culpables de semejantes abusos vendíanse como amigos de su patria haciendo gala de su celo con refinada hipocresía.

Aquellos miserables, que al parecer hallábanse animados del más ardiente patriotismo, eran en extremo peligrosos, pues a los ciudadanos eminentes o que desempeñaban algún cargo público, los denunciaban como *Tories* o realistas vendidos a Inglaterra, cuando rehusaban asociarse a sus rapiñas, como si creyesen que el primer deber de los que gobernaban en aquella época la república, era llenar los cofres de hipócritas y miserables patriotas. Y no es de extrañar que se alabasen a sí mismos, porque no existió nunca ladrón alguno que no haya sido un pillo y un tramposo, pero lo

que sí es de admirar y apenas se concibe, es que semejantes hombres encontraran cómplices y personas que se dejasen engañar. Aquella peste pública que iba cundiendo diariamente llegó a gangrenar hasta el corazón del Estado; los buenos guardaron silencio, los infames se engrandecieron sin igual descaro, y todo presagiaba en fin una próxima ruina que hizo concebir esperanzas a Inglaterra.

Triste es recordar estas cosas; triste es pensar que la corrupción, la inmoralidad y la mala fe reinaran despóticamente en aquella época. La pobreza del gobierno y la necesidad de adquirir fondos para salir adelante, fueron causa de que se hicieran enormes emisiones de papel moneda, que llegó bien pronto a perder casi todo su valor, pues los ingleses con maligna crueldad introdujeron en la circulación un considerable número de billetes falsos. El valor del metálico aumentó de día en día; la integridad y la buena fe se relajaron; violáronse con frecuencia los contratos, y el gobierno, tomando parte en estos fraudes pecuniarios, se vio en la precisión de tolerar los abusos de sus agentes y amigos. Hubo muchos que no tuvieron el menor escrúpulo en obligar a sus acreedores a que recibiesen el papel continental por el valor que representaba, y si bien algunos se resistieron al principio a cometer semejante bajeza, como el mal se propaga más fácilmente que el bien, muchos ciudadanos imitaron el ejemplo y el contagio llegó a ser general. El mismo Washington fue víctima de esta villanía con que le pagaron algunos a quienes había socorrido generosamente en otro tiempo.

Y como si esto no bastara, entre las miserias de aquel tiempo surgió otra nueva calamidad: algunos hombres intrigantes se dedicaron a inventar y propagar noticias más o menos favorables a sus planes, y con las cuales especularon sobre el papel, haciendo que el valor de éste subiera o bajara para utilizarse en la compra o en la venta, y de esto resultó que los que se dedicaban a las artes o a las operaciones del comercio lo abandonaron todo para dedicarse a negociar en el papel. Enriqueciéronse los hombres más bajos de la sociedad; los más apreciables y virtuosos se vieron bien pronto sumidos en la miseria y la indigencia; la hacienda del Estado y las fortunas particulares sufrieron un gran trastorno, y como consecuencia de tan insaciable avaricia, el contagio de aquella vil pasión atacó a la misma virtud. Los intereses privados hicieron que se olvidase el interés público; muchos más de lo que pudiera creerse consideraron el amor a la patria como una mera ilusión; nadie quiso alistarse sin que se le satisficiera un premio exorbitante; ninguno se avino a celebrar contratas sin que le produjeran enormes beneficios, y todos en fin, rehusaban aceptar un cargo o destino sin la seguridad de que se le asignaría un crecido sueldo, permitiéndole hacer operaciones ilícitas. El desorden y la depravación llegaron a tal extremo, que acaso nunca se confirmó más deplorablemente aquel antiguo adagio de que *No hay punto de parada en el camino de la corrupción*.[265]

Pudiera creerse por lo que ya hemos dicho que no era posible añadir ninguna otra cosa al catálogo de los males y miserias a que se vieron expuestos los hombres sensatos y virtuosos que luchaban por la libertad de su país, pero sentimos decir que no fue así, y que la sed del oro, la mala fe y las violencias no fueron las únicas calamidades de aquella época. El espíritu de partido comenzó a dominar al pueblo de tal modo, que hasta los mismos miembros del Congreso descuidaron los graves deberes de sus respectivos cargos, para entablar entre sí mezquinas disputas y hacerse mutuamente la guerra dirigiéndose recriminaciones, ya sobre la cuestión de Francia o sobre la alianza con una u otra nación. La simiente de la discordia germinó rápidamente en el Congreso y el fruto maduró poco después de la vuelta de Silas Deane, que llegó-a los Estados Unidos con la flota del conde D'Estaing[266]. No discutiremos aquí acerca de los méritos de la

265 Véase la *Historia de la guerra de la independencia*, por Botta, vol. III, págs. 76-91.

266 Mr. Elkanah Watson escribía en 1781 lo que sigue: «A mi vuelta de Bruselas, fui a ver al una vez célebre Silas Deane, que se hallaba en Gante. Era miembro del primer Congreso, hombre intrigante y agente secreto en la corte de Francia, pero se había desacreditado tanto en esta nación como en América. Cuando yo le vi habíase expatriado voluntariamente; era misántropo, muy amigo de sacar dinero y mortalmente hostil a su patria. Expresábase de una manera tan enérgica y mordaz al hablar de los asuntos de América, y revelaban sus palabras tanto odio, que al volver a París creíme obligado a comunicar al Dr. Franklin mi convicción de que debía considerarse a Mr. Deane

cuestión que se suscitó entre los favorecedores y los contrarios de Silas, porque sólo es nuestro ánimo dar a conocer cómo predominaba entonces el espíritu de partido y qué funestas consecuencias produjo en el Congreso. El lector que tenga interés en estudiar este asunto detenidamente, lo encontrará suficientemente explicado con los documentos necesarios en la obra de Pitkin titulada: *Historia civil y política de los Estados Unidos*.

Con este ligero bosquejo sobre el estado de los negocios públicos en aquella época el hombre estudioso que desea conocer la historia, comprenderá por qué Washington hubo de luchar con tantas dificultades y contratiempos, y por qué los verdaderos amantes de su país y de sus libertades tuvieron que lamentar con frecuencia la inmoralidad y vicios de aquella época, desesperando casi de obtener su independencia. ¡Loado sea Dios por haber permitido fueran constantes hasta el fin! ¡Loado sea Dios porque les permitió llevar a cabo su proyecto!

Apéndice al capítulo 6.

CIRCULACIÓN DEL PAPEL CONTINENTAL.

En el moderno sistema de hacer la guerra, el dinero no es menos esencial que el valor en el campo de batalla, o la sabiduría en el gabinete, pues ya es cosa notoria que la bolsa más repleta decide del destino de las naciones con tanta frecuencia como la espada más larga. Las rentas creadas por la Gran Bretaña sirvieron no pocas veces para contener los impetuosos arranques de los fundadores del imperio americano, cuando luchaban por su libertad sin medios seguros de defensa; y encontrar un remedio a este mal fue una de las cosas en que se fijó preferentemente la atención de los más sabios políticos. El oro y la plata, según era sabido, sólo tenían una existencia ficticia en el país, y no había cantidades suficientes para atender a los gastos de la guerra, ni era dable traer metálico del extranjero, porque se habían cerrado las vías de comunicación en el comercio, por haber resuelto voluntariamente el Congreso suspenderlo.

Como América no había pagado nunca impuestos de una manera directa ni tenía gobiernos establecidos, y como luchaba en fin contra lo que fue luego una autoridad ilegal, no podía imponer inmediatamente una contribución, con tanta más razón cuanto que si se luchaba para no pagar aquella, crear impuestos adecuados a las exigencias de la guerra parecía inconveniente aun cuando hubiera sido practicable. El único medio que quedaba pues, era emitir letras de crédito, representando un valor que debería luego satisfacerse en oro o plata. Habíase adoptado esta costumbre desde el establecimiento de las colonias, y observando las debidas restricciones, siempre resultó ser muy ventajosa semejante medida. Así pues, cuando en junio de 1775 se resolvió organizar un ejército, acordóse acto continuo emitir letras de crédito por valor de dos millones de dólares, a cuya suma se añadió otro millón en 25 del mes siguiente. El pago de esta cantidad debía cubrirse por las diversas colonias confederadas y se dispuso que cada una de ellas satisficiese la cuota que le correspondiera en cuatro plazos anuales a empezar desde el día último de noviembre de 1779, en cuya fecha se esperaba que ya estaría terminada la lucha. Habiendo hecho el Congreso el 29 de noviembre de 1775 un cálculo aproximado de los gastos ocurridos y que pudieran ocurrir para sostener la guerra hasta el 10 de junio de 1776, acordóse emitir de nuevo una suma de tres millones de dólares que se satisfarían en la misma forma que las otras cantidades, es decir, en plazos anuales, a contar desde el mes de noviembre de 1779, resolviéndose al mismo tiempo que cada colonia abonase la cuota que estuviera en relación con el respectivo número de habitantes. Este cálculo se hizo en la creencia de que antes del día 10 de junio de 1776 se llevaría a cabo un arreglo, y por lo

---

como un enemigo tanto de Francia como de América, a lo cual me contestó aquel que ya le habían hablado en este sentido, pero que nunca quiso creer que fuese verdad. Mr. Watson extractó en una nota una carta de Juan Trumbull, autor de *Mc Fingal*, algunas observaciones sobre la vindicación de Mr. Deane, por las que se explica en parte qué motivos tenía éste para obrar así en ciertas ocasiones. Véase la obra *Hombres y épocas de la revolución*, páginas 130 y 131.

tanto todos los contratos que entonces se hicieron para reunir hombres y dinero se sujetaron a un plazo fijo, y se fundaban en la supuesta probabilidad de una reconciliación.

A principios de 1776 el Congreso tuvo noticia de que la Gran Bretaña acababa de enganchar diez y seis mil mercenarios extranjeros con el fin de someter a la América, y entonces se hizo necesario continuar la defensa hasta el día 10 de julio próximo, por cuya razón en 17 de febrero de 1776 se emitieron cuatro millones de dólares, y el 9 de mayo y 22 de julio siguientes otros diez con las mismas condiciones. Tal era la animación que reinaba en aquella época que todo el papel que se emitió representando un total de veinte millones de dólares, circuló durante algunos meses sin experimentar ninguna baja, y gracias a esto se pudo atender a los gastos del país y al servicio público con la misma suma de oro y plata que antes había. Durante mucho tiempo los Estados Unidos, aun cuando no tenían fondos para realizarlo, obtuvieron tanto beneficio de este papel, creado por ellos mismos, como si se les hubiera dado la misma cantidad en metálico, y mientras que el ministerio inglés se revolvía en todos sentidos y apelaba a todos los medios para crear impuestos a fin de adquirir recursos, el Congreso los encontraba con un papel de ningún valor intrínseco.

Pero habiéndose declarado la independencia en el segundo año de la guerra, y no siendo ya el mismo el objeto con que se empuñaron las armas en un principio, era evidente, no sólo que se necesitaba más dinero, sino que las letras de crédito se multiplicarían en la circulación, bajando por lo tanto su valor. En su consecuencia, acordóse en 3 de octubre de 1776 contraer un empréstito de cinco millones de dólares, y en el mes siguiente establecióse una lotería para obtener mayores sumas; pero los gastos de la guerra eran tan exorbitantes, que aun cuando se recogieron grandes cantidades de metálico no hubo bastante para cubrir aquellos. Los hombres del gobierno de América creyeron aun prematuro crear un impuesto, y por lo tanto y atendida la facilidad de adquirir auxilios haciendo letras de crédito, y la buena voluntad con que las aceptaba el pueblo, recurrióse de nuevo a las emisiones, y el Congreso aumentó la cantidad de papel más allá de los límites de la prudencia, siendo la inevitable consecuencia de esto una baja notable en el valor de los billetes.

Esto no se notó en un principio, pero bien pronto debían tocarse los resultados, por más que gracias al celo del pueblo, interesado en las operaciones mercantiles, pudieran llevarse a cabo las campañas de 1776 y 1777 sin que a nada afectase la baja del papel puesto en circulación. Mas el Congreso comprendió que no se podía seguir así, y por lo tanto, el 22 de noviembre de 1777 recomendó a los diversos Estados que crearan impuestos a fin de recoger la suma de cinco millones de dólares que se necesitaban para la campaña de 1778. Antes de esto habíase acordado pedir a préstamo considerables sumas, y para estimular a los prestamistas, se convino en abonar los intereses con letras de cambio pagaderas en Francia; pero ni este medio ni la creación de impuestos obtuvieron buen éxito en diversos Estados, y en la imposibilidad de encontrar dinero suficiente, resolvióse hacer nuevas emisiones, aun cuando el valor de los billetes decrecía a medida que aumentaba el número de aquellos.

Entonces el Congreso, deseando evitar esto y reunir un fondo para realizar el papel que circulaba, apercibió a los Estados en 1 de enero de 1779 a fin de que satisficiesen al tesoro continental sus respectivas cuotas de cinco millones de dólares, destinados al servicio de aquel año, y la de seis millones anuales pagaderos desde 1779, con los cuales debía realizarse el papel y satisfacer los débitos. Además de los quince millones, cuyo pago se exigía para 1 de enero de 1779, se dispuso que los Estados satisficiesen en 21 de mayo siguiente sus respectivas cuotas de cuarenta y cinco millones de dólares, y deseando el Congreso contener la baja del papel, creó impuestos considerables proporcionados a las exigencias del público y a la disminución del valor de los billetes. Estos medios no bastaron sin embargo para obtener el resultado apetecido, pues a causa de la fluctuación de los valores era imposible hacer un cálculo exacto, porque una suma pedida tal o cual día y que hubiera bastado en el acto para satisfacer las exigencias del servicio público, era insuficiente cuando ingresaba más tarde en el tesoro. La depreciación empezó en distintos períodos y diversos Estados, pero se hizo general hacia mediados del año 1777, aumentando progresivamente durante los tres o cuatro que siguieron.

Poco después, la circulación del papel llegó a ser parcial, pero donde le había bajó en la proporción de ciento cincuenta por uno; en algunos puntos se admitió aun durante los cuatro o cinco primeros meses de 1781; mas en esta última época muchos no le querían a ningún precio, y los que lo aceptaban exigían una rebaja de varios cientos por uno.

Esto dio lugar a infinitas quejas, y para acallarlas se dispuso en el mes de octubre de 1779 que no se emitiera más suma que la precisa para componer doscientos millones de dólares con el metálico que ya hubiera en circulación, resolviéndose al mismo tiempo que el Congreso no facilitara por su parte más cantidad que la estrictamente necesaria para atender a las exigencias públicas, hasta tanto que se recibieran auxilios de los diversos Estados. Esto se puso en conocimiento de los representantes por medio de una circular en la cual se encargó eficazmente a los Estados que no dejasen de suministrar los oportunos auxilios destinados a cubrir los gastos de la confederación, si querían evitar los males sin cuento que resultarían de su descuido. En dicha circular indicóse la posibilidad de realizar todas las letras del Congreso a la par con oro o plata, y se rechazó la suposición de que los Estados pudieran nunca desacreditarse por faltar a sus compromisos. Semejantes declaraciones en favor de la circulación del papel moneda indujeron a muchos a tener confianza en lo que debía arruinarles, y el mismo Congreso se vio en la precisión de adoptar en 1780 la medida que rechazara en el año anterior.

Poco después de la publicación de su circular y a causa de no haber cumplido los Estados con sus compromisos, se vio obligado el Congreso a emitir una cantidad que adicionada a las anteriores emisiones, compuso el total de doscientos millones de dólares, y a esta inmensa suma añadíase el papel de los diversos Estados, que ascendía también a muchos millones y que vino luego a mezclarse con los billetes continentales, siendo ésta la causa de la depreciación. Lo que antes valía poco, valía entonces menos; bien pronto se gastó todo, y a pesar de esto, a consecuencia de la baja, no fue posible satisfacer las necesidades del ejército. La fuente que por espacio de cinco años había facilitado recursos al Congreso para que su ejército continuase la campaña, se había agotado ya, y el general Washington se vio reducido por algún tiempo en la alternativa de desbandar sus tropas o mantenerlas recurriendo a la fuerza armada. El comandante en jefe prefirió lo último, y los habitantes de Nueva York y Nueva Jersey se sometieron pacíficamente a esta violencia porque comprendieron que era necesaria.

Poco después se exigió a los Estados, con el carácter de impuesto especial, que suministrasen en vez de metálico, determinadas cantidades de vaca, tocino, harina y otros artículos de consumo para el ejército; pero como la experiencia demostrara que este nuevo medio era a la vez inconveniente y costoso, se desistió de él al poco tiempo. Por entonces resolvió el Congreso recurrir a otro expediente, cual fue el de emitir una nueva clase de papel moneda bajo la garantía de los diversos Estados, debiendo realizarse los billetes antiguos con el producto de ciertos impuestos, pero abonando sólo un dólar de la nueva emisión por cada veinte de las anteriores, de modo que cuando estuviese amortizado el papel que representaba los doscientos millones, y que debía quemarse luego, sólo quedarían en circulación diez millones. Los nuevos billetes serían pagaderos en el término de seis años con un interés de cinco por ciento, que se satisfaría también en metálico, al cumplir dicho plazo, o bien por anualidades en letras de cambio contra los comisionados americanos en Europa, si así lo prefería el acreedor.

Llevando a cabo estas medidas se esperaba amortizar el papel antiguo, reducir la circulación de aquel a un tipo fijo, facilitar a los Estados los medios de atender a sus necesidades y proporcionar por último al Congreso suficiente dinero para cubrir los gastos de la guerra. Que se habrían obtenido estos buenos resultados en el caso de haberse puesto en ejecución el plan del Congreso, es una cosa muy cuestionable, y sólo diremos aquí, que a causa de las condescendencias de los Estados, el ensayo no se hizo bien y el nuevo papel sirvió de muy poco. Por aquel tiempo había decaído ya el entusiasmo popular, perdiéndose a la vez la confianza que antes se tenía en los contratos públicos, pues la experiencia probó que el crédito es una cosa demasiado delicada para jugar con ella y que sólo puede sostenerse con la honradez y la puntualidad. Habiéndose frustrado

los diversos medios adoptados por el Congreso para adquirir fondos, siguióse una crisis muy interesante por cierto para los sucesos de la revolución. Ya hablaremos de esto al referir los hechos ocurridos en 1781, y por ahora terminaremos este asunto con algunas observaciones acerca de las letras de crédito continentales que fue la causa primitiva de haberse declarado la independencia de América.

Hubiera sido imposible hacer la guerra sin dinero, pues si bien es cierto que había suficiente entusiasmo en América para que sus hijos se lanzasen al campo de batalla en un número mucho más considerable que el de las tropas que pudiera presentar Inglaterra, no lo es menos que esto mismo es lo que todos trataban de evitar. Su principal esperanza se fundaba en observar invariablemente un sistema de guerrilla a fin de fatigar al enemigo, pero los continuos esfuerzos que deben hacerse para esta clase de defensa no podían esperarse de ningún modo de la impetuosidad de la milicia, y por esto se hizo necesario organizar un ejército regular y permanente. Aunque el entusiasmo de aquella época era suficiente para que no se pensara en el dinero, debemos reconocer sin embargo que sin tener cuando menos lo preciso para mantener a las tropas en el campamento cualquier ejército se habría dispersado.

La imposibilidad en que se hallaban los americanos de adquirir oro o plata fue una de las cosas que seguramente indujeron a los ingleses a resolver la cuestión con la punta de la espada. Lo que conocieron que no podía hacerse por los medios ordinarios, se llevó a cabo por los extraordinarios, y así pues, con un papel que no tenía valor intrínseco alguno se querían pagar todas las cosas y los crecidos gastos de cinco campañas. Debíase esto en cierto modo a la confianza que siempre reinara, hija de la honradez y de la buena fe, y sobre todo a la exactitud y puntualidad con que siempre se cumplieran los compromisos del gobierno, pues desde Nueva York a Georgia no había habido nunca un solo ejemplo de que se abusara de la fe pública tratándose de cuestiones de dinero. Los muchos gastos a que era preciso atender y la escasez de oro y plata hicieron preciso emitir letras de crédito que se descontaron luego uniformemente y con la mayor puntualidad; y en vista de esto, todas las letras del Congreso puestas en circulación se recibieron favorablemente y con la mayor confianza, con tanta más razón cuanto que era grande el entusiasmo del público. Que debía defenderse la amenazada libertad de América, y que para ello se hacía esencialmente necesario acreditar su papel, era opinión arraigada ya en la mente de los ciudadanos, y por lo tanto considerábase un punto de honor, y hasta un deber, aceptar las letras por todo el valor que representaban. Tan poco interés se tenía en la ganancia particular, que los *whigs* preferían exponerse a todos los azares inherentes a las letras de crédito, más bien que perjudicar a la causa de su país, desvirtuando el valor de su papel.

Pero todas las cosas humanas tienen su limite: mientras que el crédito iba sosteniéndose gracias a la confianza del público y del patriotismo, disminuía el valor del papel según iba aumentando la cantidad de éste, siendo las repetidas emisiones la causa principal de la depreciación, pues hubo otras varias que afectaron al crédito del mismo. Por una parte los enemigos de América falsificaron ingeniosamente e introdujeron en la circulación de los Estados Unidos una infinidad de billetes y letras de crédito; y por otra el Congreso asignó a sus agentes públicos una comisión sobre el valor de sus compras, dando con esto lugar a que aquellos, en vez de hacer todo lo posible por comprar a bajo precio, se interesaran en pagarlo todo más caro. Tan graves perjuicios resultaban de semejante medida, que el sistema inglés de suministrar víveres al ejército por contrata no podía ya merecer la aprobación del Congreso, y mientras que ésta y otras causas empeoraban la situación, íbase perdiendo la confianza del público y se extinguía por momentos aquel ardiente patriotismo por el que se despreciaban los intereses en otra época anterior.

Para evitar o retardar cuando menos la depreciación de su papel moneda, el Congreso trató de mantener su crédito por medios que perjudicando a la moral del pueblo, no produjeron el resultado apetecido. Así por ejemplo recomendóse a los Estados que hicieran una ley para regular el precio de las fabricaciones y de toda clase de artículos de lujo o de comodidad, y otra para confiscar y vender los bienes de los *tories*, convirtiendo en papel las cantidades que se obtuvieran de la venta. Además

de esto, como muchos de los que no aprobaban la revolución se negaron absolutamente a tomar las letras de crédito, aun a principio de la guerra, cuando su valor real y nominal era el mismo, el Congreso a fin de contrarrestar las maquinaciones de sus enemigos, recomendó a los Estados dictasen una ley para que el papel moneda se aceptara como dinero corriente en el pago de deudas *bona fide* aun cuando se hubiese estipulado reintegrar en oro o plata. Con el mismo fin el Congreso dispuso además que cada uno de los Estados dictara una ley ordenando que «todo aquel que pidiera o recibiese en oro, plata o en especies más cantidad de la representada en las letras, o el que ofreciera vender artículos pagando en metálico y rehusara aceptar papel, sería considerado como enemigo de las libertades de los Estados Unidos y se le decomisarían los efectos que figurasen en la venta.»

Las leyes que luego hicieron los Estados para regular los precios de toda clase de artículos no pudieron ponerse en ejecución en vista de las dificultades que se presentaron al llevarlas al terreno de la práctica, pues si bien las observaron unos cuantos verdaderos patriotas que se hallaban dispuestos a sacrificarlo todo por el amor a su país y que implícitamente obedecían cuanto mandaban los hombres del gobierno, hubo en cambio otros que ni hicieron aprecio de ellas ni hubo medio de hacérselas cumplir. Por lo demás estas leyes, más bien que otra cosa, causaron un perjuicio que hubiera sido mucho mayor a no haberse resuelto la supresión de aquellas, porque a los hombres no les gusta hacer sacrificios sin esperanza de obtener el fruto de ellos.

La confiscación y venta de los bienes de los *tories* produjo muy poco para el tesoro público, pues las ventas se hicieron generalmente a crédito y por la progresiva depreciación, lo que era caro al hacerse la compra, era muy barato al verificarse el pago. Al terminarse la guerra, viose por otra parte cuán malos resultados se obtenían de las diversas leyes que dictaron los Estados anteriormente, sobre todo la que disponía que las letras se considerasen como dinero corriente, tratándose de satisfacer deudas contraídas con la condición de pagar en oro o plata.

Cuando se adoptó primeramente esta medida era justa, porque en aquella época el valor de las letras se cotizaba a la par con el oro o la plata, pero cuando más adelante empezó a bajar el valor del papel el caso era distinto, resultando que ciertas leyes, inocentes en un principio, se convertían en injustas e inconvenientes.

Los hombres de edad avanzada que se habían retirado de la vida activa para disfrutar del fruto de su trabajo vieron bien pronto agotarse sus recursos sin quedarles apenas lo necesario para atender a su subsistencia; la pobre viuda que en otro tiempo vivía cómodamente con el legado de su difunto esposo, viose reducida a la mayor escasez porque las leyes la obligaban a recibir un chelín cuando se la debía una libra esterlina; la cándida niña que había nacido con un indisputable derecho a disfrutar de un extenso patrimonio, fue legalmente despojada de todo menos de sus encantos y virtudes; el huérfano desvalido, en vez de recibir de su apoderado una cantidad suficiente para establecerse, tuvo que ceder de sus derechos, y en muchos casos los ahorros de una larga vida de continuo trabajo quedaron reducidos a una insignificante suma. Pocas personas pudieron escapar de estas calamidades, trasladando a otra parte sus bienes o huyendo del punto donde se hallaban sus acreedores, pero debemos consignar que los males que resultaron de las diversas medidas adoptadas por el Congreso y los Estados respecto al papel moneda, fueron más bien hijos de la ignorancia que del deseo de perjudicar a nadie.

Hasta el año 1780, cuando las letras se cotizaban a razón de cuarenta por uno, se creyó por los hombres de gobierno y hasta por la mayoría del pueblo de América que todo el papel puesto en circulación se reduciría luego, apreciándolo por el valor que representase, cuando se descontara por oro y plata; pero tanto en éste como en los demás asuntos de gobierno los americanos procedieron desacertadamente por ignorancia, si bien los mayores perjuicios recayeron siempre en las negociaciones que se relacionaban con el dinero.

Tales fueron los males que resultaron del papel moneda, mas no obstante debemos convenir que éste produjo un gran beneficio a muchos y que fue en todos tiempos el auxilio del pobre. Cuando era corriente pagábanse puntualmente toda clase de trabajos, y en los primeros años de la

guerra a nadie le faltó ocupación y a ningún empleado dejaron de gratificársele sus servicios, debiendo observar que aquella clase de gente que vivía de su trabajo diario no tuvo que sufrir las consecuencias de la depreciación, pues como gastaban su dinero tan pronto como lo recibían, no perdían nada en el cambio, en tanto que a los ricos y personas acomodadas sucedíales lo contrario. Seguramente que ninguna ley agraria tuvo nunca tanta aplicación como el papel continental. Los pobres se hicieron ricos y éstos llegaron a ser pobres; los prestamistas y todos aquellos que por sus circunstancias tenían crédito salieron muy perjudicados, pues cuando aquel bajaba sufrían la misma suerte sus capitales, mientras que las personas activas e industriosas se indemnizaban igualando el precio de sus servicios con el precio corriente del papel.

La experiencia que se adquirió en aquella época sirvió para inculcar en los jóvenes lecciones saludables, haciéndoles comprender lo inconveniente que era contar con los bienes paternos, y la necesidad por lo tanto de trabajar para sí. A los que tenían deudas érales fácil satisfacerlas si contaban con alguna propiedad de cualquiera clase; todos los efectos que se llevaban a vender a la plaza encontraban comprador al momento si eran de alguna utilidad; con un cerdo o dos pagábase un esclavo; con un poco de ganado comprábase una casa cómoda, y un buen caballo satisfacía el precio de una plantación. Para el pobre y el deudor realizáronse los sueños de la edad de oro, pero desgraciadamente lo que éstos ganaban lo perdían los otros. Los males de la depreciación no terminaron con la guerra, puesto que se han trasmitido hasta nuestro tiempo; y no se crea que el verse privados muchos legislativamente de sus bienes fuese el mayor de los perjuicios ocasionados por la depreciación del papel, pues la iniquidad de las leyes extravió a muchos ciudadanos haciéndoles perder su amor a la justicia.

El carácter de las obligaciones cambió de tal modo que el hombre más honrado, sujetándose a los principios que venían observándose, dejaba de pagar puntualmente sus deudas; y las leyes que el gobierno dictara para que nadie faltase a la honradez en las operaciones comerciales se desatendieron por completo. La verdad, el honor y la justicia fueron atropelladas por la iniquidad legal, y aun no han recobrado su primitivo vigor. El tiempo y la industria han reparado en gran manera la pérdida de los bienes que los ciudadanos defendieron durante la guerra, mas no han conseguido borrar del todo aquellos principios, ni es de esperar que así suceda hasta que se produzca una nueva generación que ignore las iniquidades de sus padres.

Tal es el lenguaje con que se expresaba el Dr. David Ramsay, aquel excelente patriota, hace setenta años. No hemos alterado una sola palabra de lo que escribió, y recomendamos sus observaciones a la consideración de aquellos a quienes gusta leer la historia de su patria y aprovecharse de ella.

7.
La campaña de 1780.

Sir Enrique Clinton marcha al Sur. Total de sus fuerzas. Sitio de Charleston. Lincoln se ve precisado a rendirse. Medidas de Clinton. Actividad de Cornwallis. El coronel Buford es derrotado por Tarleton. Proclama de Clinton. Cornwallis en el mando. Sus planes. Estado de los asuntos en el Sur. Empresas de Sumpter. El pueblo empieza a cobrar ánimo. El Congreso confía a Gates el mando en el Sur. Sus operaciones. La batalla de Camden. Derrota y fuga de Gates. Le reemplaza Greene. Conducta de Cornwallis. Derrota de Ferguson en King's Mountain (Montaña del rey). Los guerrilleros de Sumpter. Las señoritas rebeldes. Patriotismo de las mujeres de aquella época. Lord Stirling ataca a los ingleses en la isla de Staten. Conducta de los oficiales de Jersey. Operaciones de Knyphausen. Lafayette vuelve a América. Se esperan refuerzos de Francia. Lentitud del Congreso y los Estados para suministrar sus contingentes. Carta de Washington al Congreso. Patriotismo de los ciudadanos de Filadelfia. Apuros de Washington. Llegada de la flota francesa. Disgusto del comandante en jefe. El traidor Benedicto Arnold. Causas que le indujeron a serlo. André. Captura de André. Fuga de Arnold. Se descubre su traición. Causa y condena de André. Su ejecución referida por el Dr. Thacher. Washington reconoce la intervención de la Providencia. Cuarteles de invierno.

Habiéndose marchado D'Estaing con su flota, según ya hemos dicho anteriormente, resolvió Sir Enrique Clinton emprender de nuevo las operaciones en el Sur, y confiando al general Kniphausen el mando de Nueva York, embarcóse a fines de diciembre de 1779 para Savannah, con siete u ocho mil hombres, un cuerpo de caballería y considerable cantidad de víveres. Sin embargo, poco después de haberse hecho a la vela estallaron fuertes tempestades que dispersaron la flota de Clinton, averiándola de tal modo que uno de los buques se fue a pique, otro cayó en poder de los americanos y perecieron casi todos los caballos. Hasta el 31 de enero no pudieron reunirse en Tybee, en Georgia, los restos de la expedición.

El jefe inglés esperaba que podría atacar la capital de la Carolina del Sur antes de que hubiese tiempo de preparar la defensa, pero como Clinton tuvo que detenerse en la costa de Georgia para reparar sus averías, los carolinos tuvieron tiempo de tomar las oportunas medidas contra el ataque que les amenazaba. El general Lincoln y el gobernador Rutledge hicieron todo cuanto les fue posible para poner la ciudad en estado de defensa, pero tuvieron que luchar con tantas dificultades, tales como la falta de tropas, la poca voluntad de la milicia, el temor a la viruela que afligía entonces a Charleston y la falta de fondos y refuerzos que debía mandar el Congreso, que vieron era imposible impedir la llegada de los ingleses. A pesar de todo esto pusiéronse a trabajar seiscientos negros dirigidos por ingenieros franceses, por cuyo medio se levantaron fortificaciones casi formidables, y si Lincoln hubiera podido disponer de los nueve mil hombres que se le prometieran, en vez de verse reducido a los tres mil que mandaba, es indudable que habría defendido a Charleston resistiendo el ataque de los ingleses.

El día 11 de febrero Clinton desembarcó en la isla de Juan, a treinta millas al sur de Charleston, y si entonces hubiera marchado rápidamente sobre la ciudad, de creer es que habría entrado en ella sin encontrar mucha oposición; pero recordando sin duda cómo fue rechazado en 1776, procedió entonces con la mayor prudencia. Así pues, encaminóse por las islas de San Juan y San Jacobo, mientras que parte de su flota avanzaba para bloquear el puerto, envió a buscar refuerzos a Nueva York, dispuso que el general Prevost se uniese a él con mil cien hombres procedentes de Savannah, y no descuidó en fin nada absolutamente para asegurar el éxito.

Entretanto el gobernador Rutledge, después de reunir una especie de consejo a fin de consultar lo que debía hacerse, fue revestido de la autoridad necesaria para hacer todo aquello que juzgara conveniente en favor del bien público, excepto castigar con la pena de muerte a ningún ciudadano sin formarle la debida causa. Una vez que la Asamblea hubo delegado en el gobernador

estos poderes hasta su próxima sesión, suspendió sus tareas, y Rutledge hizo entonces cuanto le fue posible para salir airoso del apuro, si bien no lo consiguió más que en parte.

Mientras que los americanos tomaban estas disposiciones, Clinton mandaba erigir fuertes, estableciendo almacenes en diversos puntos y las debidas comunicaciones entre mar y tierra. Como habían perecido en el viaje todos los caballos traídos de Nueva York, el teniente coronel Tarleton, oficial de caballería que adquirió una reputación, no muy envidiable por cierto, marchó a Port-Royal Island (Isla del Puerto Real), donde ya por fuerza, o bien pagando, tuvo la suerte de reunir un considerable número de caballos para sus dragones, y de este modo, hacia fines de marzo, hallábase preparado todo para comenzar el sitio de Charleston, no estando los ingleses separados de la ciudad más que por el río Ashley.

En la noche del 1 de abril Clinton se acercó a ochocientas varas de las obras de los americanos. Las fortificaciones de Charleston se habían construido bajo la dirección de Mr. Laumoy, ingeniero francés de reconocida fama, y aunque no a propósito para resistir un sitio regular, no eran de ningún modo despreciables, por lo cual el jefe inglés dispuso se hicieran los aproches en debida forma. Entretanto la guarnición recibió un refuerzo de setecientos hombres de las tropas continentales, al mando del general Woodford, con lo cual llegó a componerse la guarnición de poco más de dos mil hombres de tropas regulares, mil de la milicia de la Carolina del Norte y los ciudadanos de Charleston. El gobernador Rutledge hizo los mayores esfuerzos para alistar a toda la milicia provincial, mas no consiguió reunir sino doscientos hombres.

El día 9, aprovechándose el almirante Arbuthnot de un fuerte viento del sur, pasó por delante del fuerte Moultrie y ancló luego al alcance de los cañones de Charleston, después de haber sufrido un nutrido fuego, que averió algo los buques, matando o hiriendo a veinte y siete hombres. Terminada la primera paralela y habiendo formado entre los dos ríos una línea oblicua de seiscientas a mil varas distante de las obras de los americanos, Clinton dispuso que se montaran los cañones en batería, y reuniéndose luego con el almirante, intimó la rendición al general Lincoln. La contestación de éste, tan modesta como firme, fue la siguiente: «Ya hace sesenta días que se conocen vuestras intenciones hostiles contra esta ciudad, y en ese tiempo ya hubiéramos podido abandonarla si el deber y la dignidad no nos indujeran a defendernos hasta el último trance.»

La única comunicación que tenían los americanos con el campo estaba protegida por dos regimientos de caballería a las órdenes del general Huger y del coronel Washington, estacionados en Monk’s Corner, fuerte posición a la que servía de defensa un arrecife; y siendo muy importante apoderarse de aquel punto, Clinton destacó con este objeto al teniente coronel Webster, uno de sus mejores oficiales, disponiendo le acompañasen Ferguson y Tarleton. Conducidos por un negro, a quien habían capturado a las tres de la mañana del 14 de abril, los ingleses cayeron repentinamente sobre los americanos, causando en ellos tal destrozo, que difícilmente pudieron escapar Huger y Washington a favor de la oscuridad, después de dejar en poder del enemigo cuatrocientos caballos muy buenos y una considerable cantidad de armas y pertrechos militares. De este modo los defensores de Charleston se vieron completamente cercados mientras que el enemigo recorria todos los alrededores del país.

Evacuar pues la ciudad era punto menos que imposible, y en su consecuencia, el 20 de abril ofreció Lincoln capitular bajo ciertas condiciones que fueron desechadas por Clinton. El día 7 de mayo rindióse el fuerte Moultrie sin disparar un solo tiro, y viéndose así la ciudad completamente rodeada, perdiéronse las últimas esperanzas de recibir refuerzos, y la guarnición y los habitantes quedaron abandonados a sus propios recursos. Fatigadas las tropas por sus incesantes trabajos no pudieron defender las líneas; quedaron desmontados muchos cañones, agotáronse casi del todo las municiones y no tardó en suceder lo mismo con los víveres. Entretanto los sitiadores se aproximaron más y más a las obras defensivas de la ciudad; acercábase el momento del asalto, muy peligroso para la guarnición y los habitantes, y al ver cuán críticas eran las circunstancias, el general Lincoln reunió un consejo de guerra, el cual acordó que se capitulase, proponiendo entregar la

ciudad y guarnición con tal que la milicia y los ciudadanos armados no se considerasen como prisioneros de guerra y se les permitiera volver a sus casas sin molestarles.

Los ingleses sin embargo no aceptaron semejantes condiciones, y en su consecuencia rompiéronse de nuevo las hostilidades y se hicieron preparativos para dar el asalto inmediatamente, pero entonces los ciudadanos que antes se opusieran a la retirada de las tropas, pidieron a voces la rendición, y en tan apurado caso, el general Lincoln ofreció al fin entregar la plaza con las condiciones que impusiera Clinton en un principio. Aceptada la oferta, firmóse la capitulación el día 12 de mayo.

Según lo estipulado en ésta, la ciudad con sus fortificaciones, los barcos, la artillería todos los almacenes militares debían ser entregados tal como se hallasen, y la guarnición, compuesta de las tropas continentales, milicia, marineros y ciudadanos que habían hecho armas durante el sitio, serían considerados como prisioneros de guerra, debiendo además salir de la ciudad para depositar sus armas en frente de las obras de defensa. Permitíaseles no obstante que conservasen sus banderas y no se les exigía que tocaran la marcha inglesa, pero imponíase la condición de que las tropas continentales y los marineros fueran conducidos al punto que se designara, donde debían permanecer hasta que se hiciera un canje de prisioneros; la milicia podría volver a sus casas bajo palabra; concedíase a los oficiales la gracia de conservar sus armas, bagajes y criados, y aun se les permitía vender sus caballos con tal que no los sacasen de Charleston, prohibiéndose por último molestar a los ciudadanos o particulares. Además de esto se puso un buque a disposición de Lincoln para que enviara sus despachos a Filadelfia.

De este modo, después de un sitio de cuarenta días, la capital de la Carolina del Sur cayó al fin en poder de los ingleses. Siete generales, diez regimientos continentales y tres batallones de artillería, componiendo en todo un total de cinco mil hombres, todos prisioneros de guerra, dieron señalada importancia a esta victoria; y si a esto añadimos cuatrocientas piezas de artillería de todos calibres, una gran cantidad de pólvora y gran número de balas y bombas, así como también tres grandes fragatas americanas y dos buques franceses, todo lo cual quedó en poder del vencedor, veremos que no fue escasa la importancia de la conquista. Censuróse mucho al general Lincoln por aquel triste resultado, pero creemos que injustamente, pues bajo semejantes circunstancias no pudo hacer más de lo que hizo. Si hubiera recibido auxilios oportunamente, es indudable que las cosas hubieran pasado de otro modo.

Apenas hubo tomado Clinton posesión de Charleston, apresuróse a dictar todas aquellas medidas tanto civiles como militares que juzgó oportunas para el restablecimiento del orden público, tomando luego sus disposiciones para recobrar el resto de la provincia. Resuelto a llevar a cabo sus planes antes que su gente se enfriara o que el enemigo recobrase el ánimo, proyectó tres expediciones: una hacia el río Savannah en Georgia; otra a Ninety-Six, mas allá de Saluda, ambas con el objeto de reunir a los realistas, muy numerosos en aquellos puntos, y la tercera por último estaba destinada a recorrer el país entre Cooper y Santee a fin de dispersar un cuerpo de republicanos que, conducidos por el coronel Buford, se iban retirando a marchas forzadas hacia la Carolina del Norte. Las tres expediciones dieron el mejor resultado, pues todos los habitantes salieron al encuentro de las tropas reales, declarando que deseaban contraer la antigua alianza, en prueba de lo cual ofrecían defender la causa real con las armas en la mano. Hasta llegó el caso de que muchos habitantes de Charleston, excitados por las proclamas del general inglés, manifestasen el mayor deseo de combatir bajo sus banderas. Lord Cornwallis, después de haber barrido las dos orillas del Cooper y atravesado el Santee, se hizo dueño de Georgetown, y tal era el afecto, ya real o fingido, que demostraban los habitantes hacia el rey, tal su terror o el deseo de congraciarse con los vencedores, que no contentos con presentarse en todos los puntos para ofrecer sus servicios en favor del gobierno real, llevaron tras sí como prisioneros a los amigos de la libertad, a quienes antes obedecían y llamaban entonces sus opresores.

Entretanto el coronel Buford continuaba su retirada aceleradamente y parecía casi imposible que se le pudiera alcanzar, mas a pesar de esto, Tarleton ofreció intentarlo prometiendo conseguir su

objeto. Entonces Cornwallis puso a sus órdenes un fuerte destacamento de caballería y unos ochocientos hombres de infantería ligera, y tan rápida fue la marcha, que el 28 de mayo llegó Tarleton a Camden, donde supo que Buford había salido de dicho punto el día anterior e iba retirándose con la mayor celeridad a fin de reunirse con otro cuerpo de tropas que marchaba desde la Carolina del Norte. Conociendo Tarleton cuán importante era impedir se reuniesen aquellos dos cuerpos de tropas y a pesar del cansancio de los hombres y de los caballos, muchos de los cuales habían perecido de fatiga, redobló el paso, y al fin después de una marcha de cincuenta y cinco horas, durante las cuales recorrió ciento cincuenta millas, alcanzó al enemigo en un sitio llamado Waxhaws. Tarleton intimó a los americanos a que depusieran las armas, pero estos respondieron que estaban dispuestos a defenderse, y el coronel Buford, formando en orden de batalla sus tropas, compuestas de cuatrocientos hombres de Virginia y un destacamento de caballos, estendióse en una línea y dispuso que su artillería y bagajes continuasen marchando a la retaguardia; luego mandó a su gente que no hiciera fuego hasta que la caballería inglesa se hallara a veinte pasos de distancia. Tarleton no quiso perder tiempo en hacer preparativos, sino que, cargando inmediatamente a los americanos, quienes solo opusieron una débil resistencia, hízolos retroceder y los persiguió vigorosamente, haciendo en ellos una espantosa carnicería. La victoria fue completa, todos los que no quedaron muertos en el campo, cayeron heridos o prisioneros, y tal era la rabia de los vencedores, que mataron a muchos de los que ofrecían rendirse. Los americanos recordaban luego aquel combate con horror, y la expresión *el cuartel de Tarleton* llegó a ser muy significativa para recordar el modo de guerrear en aquella época. Todo cayó en poder de los ingleses, y acto continuo Tarleton volvió a Camden para reunirse con Cornwallis quien ensalzó su actividad y denuedo, dándole las más expresivas gracias por el servicio que acababa de prestar.

A fin de asegurar la completa sumisión de aquella parte del país, estacionáronse cuerpos de tropas en varios puntos y se adoptaron medidas para reorganizar la administración civil del Estado; y tan convencido estaba Clinton de la sumisión del país y de los habitantes, o de su imposibilidad de resistirse, que en 3 de junio publicó una proclama, en la cual después de exponer que todos debían tomar una parte activa para apoyar al gobierno del rey, librando así al país de la anarquía que hasta entonces reinara, concedía entera libertad a todos los prisioneros, excepto a los cogidos en Charleston y el fuerte Moultrie, devolviéndoles todos los derechos de ciudadanos. Hecho esto, declaró que los que no aceptasen la alianza serían considerados como enemigos y rebeldes.

Esta proclama era tan injusta como inconveniente, pues suponíase en ella que los habitantes de aquellas provincias eran rebeldes sometidos a quienes por un acto de clemencia se les restituían sus privilegios y derechos de ciudadanos, no advirtiéndose de que por espacio de muchos años fueron independientes y que sólo la suerte de la guerra pudo darles el carácter de patriotas o rebeldes. Debió haberse previsto claramente que semejante proclama sólo iba a servir para despertar los sentimientos y alejar el afecto de aquellos a quienes iba dirigida, y no se tomó en cuenta que muchos colonos se habían sometido sólo con la secreta esperanza de verse libres del penoso servicio que hasta entonces vinieran desempeñando, o a fin de atender a sus negocios particulares, disfrutando completa tranquilidad. Pero la citada proclama disipó las ilusiones de los que así pensaron, haciéndoles comprender su verdadera situación; ellos deseaban la neutralidad y la paz, y negábaseles ambas cosas, puesto que si no se alistaban bajo las banderas de su país, debían formar parte de la milicia como súbditos británicos para servir la causa real. Los colonos suspiraban por la paz, mas al ver que era preciso combatir en favor de una parte o de otra, prefirieron hacerlo por la libertad, pareciéndoles que tanto derecho tenían ellos, a faltar a las promesas de alianza que Clinton les impuso, como tenía éste para trasformarlos de prisioneros en súbditos británicos sin su consentimiento.

Restablecida en concepto de Clinton la tranquilidad en el Sur, dejó a Lord Cornwallis en la Carolina y Georgia con unos cuatro mil hombres, y se embarcó el 4 de junio para Nueva York, proponiéndose llevar la guerra a los Estados vecinos, mas habiendo recibido noticias del Norte

anunciando que los americanos recibirían tal vez algunos socorros de los franceses, parecióle más oportuno volver con la mayor parte de su ejército a Nueva York.

Después de la rendición de Charleston y la completa derrota de todos los destacamentos americanos que había en aquellos puntos, siguióse por espacio de seis semanas una desusada tranquilidad; y en vista de esto, Lord Cornwallis, siempre celoso por la causa de su soberano e imaginándose que la Carolina del Sur y Georgia se habían anexionado al imperio británico por afecto y no en apariencia, meditó un ataque contra la Carolina del Norte. Sin embargo, a pesar de la impaciencia de aquel activo oficial, poco amante del reposo, no le fue posible poner inmediatamente en ejecución su proyecto, pues el calor sofocante de la estación, la carencia de almacenes y la imposibilidad de mantener a su ejército en el campo antes de la siega, le obligaron a permanecer tranquilo, si bien no perdió el tiempo en el intervalo. Lord Cornwallis distribuyó sus tropas en la Carolina del Sur y en Georgia del modo más conveniente para proceder al alistamiento de los jóvenes a quienes se pudiera inducir a que se alistasen bajo la bandera real; dispuso que se formasen compañías de milicia y mantuvo una correspondencia con aquellos habitantes de la Carolina del Norte que eran afectos a la causa británica, manifestándoles que se hallaba precisado a retrasar la expedición a su país, por lo cual les aconsejaba a que esperasen la época de la siega y permanecieran tranquilos hasta que el ejército real fuera a prestarles apoyo. Deseosos no obstante los partidarios de la causa del monarca de demostrar cuánto era su celo y en la esperanza de salir victoriosos, despreciaron el consejo de Cornwallis y quisieron promover una insurrección que fue vigorosamente reprimida. Sin embargo, un cuerpo de aquellos partidarios compuesto de ochocientos hombres, a las órdenes del coronel Bryan, consiguió marchar por Yadkin y llegar a un puerto inglés situado en Cheraws, después de lo cual volvió a Camden.

Mientras que Cornwallis llevaba a cabo los planes de sus superiores, suponiendo equivocadamente que los insultos, los ultrajes y el despotismo de los militares atemorizarían a los americanos, estos por su parte no permanecían ociosos.

El gobernador Rutledge trabajaba activamente; la Carolina del Norte organizó un considerable número de milicia; el Congreso dispuso que un destacamento del ejército principal marchase al Sur, y gran número de habitantes arrepentidos de haberse mostrado apáticos durante el sitio de Charleston, resolvieron tomar las armas para resistirse y expulsar a los invasores.

La altivez de los oficiales ingleses y la insolente tiranía de estos y de los *tories* excitaron el deseo de venganza. Triste es en verdad la pintura que hace un conocido escritor acerca de la situación de los Estados del Sur en aquella época. Hela aquí: «Animados de vengativos y rencorosos sentimientos, hijos de las más sanguinarias pasiones, el hermano hacía la guerra a su hermano, el padre al hijo y el vecino al vecino; y ni en medio de la oscuridad de la noche, ni en el hogar doméstico, ni en la profundidad de los bosques, ni oculto entre los pantanos, podía nadie encontrar seguridad. Como los sitios más secretos y retirados eran conocidos de unos y otros, lejos de ofrecer un asilo, convertíanse a veces en teatro de las más espantosas crueldades. El asesino en su escondite y el guerrero en las emboscadas, entregábanse diariamente a toda clase de actos de violencia, vertiendo sin compasión la sangre de sus semejantes, y a tal punto llegaron las cosas que el viajar era casi tan peligroso como tomar parte en una batalla. Hasta los mismos extranjeros de quienes nada se sabía y que a veces viajaban pacíficamente, eran asesinados en medio de un camino o de un paseo, y hubo distritos enteros del país donde reinaba continuamente una guerra tan encarnizada como la de los indios en las fronteras, en prueba de lo cual basta saber que en todas horas del día llevaban armas los habitantes ya para el ataque o la defensa. Aquel período se señaló con otra especie de matanza que no dejaba de dar un carácter más sombrío a la época de que vamos hablando. Participando del espíritu de destrucción que a todos parecía animar, los esclavos, muy numerosos en ciertas partes, se rebelaron contra sus amos, y apoderándose de la primera arma que encontraban, ya fuese el cuchillo o el hacha, quitábanles la vida; y para que nada faltase en aquellas escenas de horror, usábase también con frecuencia el veneno. Hubo familias enteras que fueron estranguladas por sus esclavos, en tanto que otras perecieron consumidas por el fuego en medio del

silencio de la noche. Estas inclinaciones perversas, inflamadas por el ardor de las pasiones del Sur, llegaron a un grado desconocido en las poblaciones más cálidas del Norte.»

Tal era el estado de cosas en el Sur cuando se entabló nuevamente la lucha, y aunque pudiéramos citar numerosos ejemplos del salvaje y desapiadado espíritu que dominaba a los dos partidos, no podemos entrar aquí en más detalles, y nos limitaremos a referir solamente los hechos particulares de la localidad.

El coronel Sumpter, aquel distinguido patriota de quien hemos hablado, fue el primero que empuñó las armas con algún éxito, puesto que el 12 de julio derrotó un regimiento de tropas reales en Williamson, después de lo cual reunióse una partida de seiscientos hombres que aunque tuvieron que fiarse a la casualidad para buscar víveres y armas, hostilizaron al enemigo en todas direcciones. Tan escasos eran los recursos con que contaban estos patriotas que algunas veces encontraban al enemigo sin llevar municiones más que para tres descargas, pero sus frecuentes escaramuzas con los ingleses les facilitaron bien pronto mosquetes y cartuchos, y una vez provistos de lo necesario, el coronel Sumpter resolvió atacar algunos de los puestos más fuertes del enemigo. El primero a donde se dirigió fue a Rocky Mount, mas habiendo sido rechazado de este punto, cayó luego sobre Hanging Rock (Roca pendiente) y consiguió destrozar un regimiento inglés que allí había.

También Francisco Marion, hombre que mereció el aprecio de todos sus compatriotas, demostró la mayor actividad y sus empresas obtuvieron un feliz éxito, sirviendo de mucho a la causa de la libertad, por más que sus hechos de armas tuvieran cierto colorido novelesco[267]. El *Zorro de los pantanos* y el *Gallo reñidor*, sobrenombres que se dieron a Marion y a Sumpter, conocían tan bien el país que era muy difícil perseguirlos, y merced a esta circunstancia disminuíase el número de los ingleses en tanto que recobraban el valor los americanos inspirándoles confianza el porvenir.

Entretanto habían salido de Maryland para ir en defensa de la Carolina algunas tropas regulares al mando del barón de Kalb, pero atendido el sofocante calor de la estación y siendo muy difícil encontrar víveres, fueles preciso marchar con mucha lentitud, a cuya circunstancia debióse sin duda que pudiera incorporarse con dicho cuerpo la milicia de Virginia y las tropas de la Carolina del Norte, mandadas por el general Caswell. El pueblo por lo general comenzaba a recobrarse del mal efecto que le causara la toma de Charleston y las severas medidas de los ingleses, y no pasó mucho tiempo sin que descubriera Cornwallis que las pasadas victorias eran inútiles y que aun faltaba terminar la grande obra de someter al pueblo. En su consecuencia viose precisado a reunir de nuevo todas sus fuerzas para formar grandes cuerpos de ejército.

Washington deseaba que el general Greene, oficial de reconocido talento, marchara a encargarse del mando en el sur, pero la brillante reputación adquirida por el general Gates en la campaña del Norte en 1777, indujo al Congreso a nombrar a este jefe en 13 de junio para que ocupase dicho puesto; esperándose confiadamente que recogería nuevos laureles al dirigir las operaciones militares en la Carolina.

El 25 de julio Gates se incorporó al ejército en Deep River, en tanto que De Kalb, siguiendo las indicaciones de las personas conocedoras del país, abandonó el camino recto que conducía a Camden a fin de conducir sus tropas por un terreno más llano y establecer almacenes y hospitales en los puntos que se juzgaran más convenientes. Gates no obstante prefirió seguir la línea recta en dirección al campamento inglés, aunque el país que tenía que atravesar era tan estéril que apenas producía alimentos suficientes a sus habitantes. El 27 de julio se puso Gates en marcha con su ejército, mas pronto tuvo que luchar con los obstáculos y privaciones que evitara prudentemente De Kalb, pues las tropas no contaban con más alimento que algún ganado escuálido que se encontraba por casualidad en los bosques, y aun esto no siempre. El trigo y el centeno escaseaban de tal modo que los soldados no comían a veces más que grano verde y alguna fruta sin madurar en vez de pan,

---

267 Parece que Marion fue protagonista de una interesante anécdota en la que se refiere que habiéndole ido a visitar un joven oficial inglés, éste quedó convencido, según lo que vio y oyó, de que hombres que comían patatas y bebían agua por la causa de la libertad no eran fáciles de conquistar. Véase la historia según la refiere Mr. Simms en su Vida del general Marion, págs. 176–180.

y este insuficiente alimento, juntamente con el intenso calor y la insalubridad del clima, produjeron enfermedades que habrían diezmado al ejército si el general Gates no hubiese conseguido al fin salir de aquella inhospitalaria región, donde solo se veían pinos, desiertos, colinas y pantanos. Gates llegó a Clermont, en Ruglely's Mills en 13 de agosto, en cuya fecha contaba con una fuerza de unos cuatro mil hombres.

Cuando estuvo en las fronteras del Estado, Gates publicó una proclama invitando a los patriotas, a que «se reuniesen inmediatamente a fin de librarse a sí mismos y al país de la opresión de un gobierno que les había sido impuesto por un miserable conquistador, y hecho esto, prometió perdonar a todos aquellos a quienes los ingleses arrancaran el juramento de alianza, excepto sin embargo los que hubiesen cometido algún abuso contra sus conciudadanos. Esta proclama produjo muy buen resultado, pues muchos acudieron al llamamiento, y hasta compañías enteras que servían la causa del rey, desertaron para presentarse a Gates.

Lord Rawdon, jefe de las tropas inglesas en las fronteras de Carolina, se había concentrado en Camden, y apenas supo que se acercaban los americanos, avisó inmediatamente a Cornwallis para que se reuniese con él, mas como todo el país parecía levantarse en masa y atendido que Camden no era un punto a propósito para sostenerse, el jefe inglés juzgó oportuno emprender la retirada o dar un golpe decisivo. Retirarse a Charleston era lo mismo que dar la señal para que toda la Carolina del Sur y Georgia empuñaran las armas, y entonces hacíase preciso abandonar los almacenes y la mayor parte de las dos provincias, excepto Charleston y Savannah. Las consecuencias de semejante movimiento hubieran sido casi tan fatales como una derrota, y por lo tanto Cornwallis, aun creyendo que las fuerzas americanas fueran más numerosas de lo que en realidad eran, resolvió arriesgar una batalla. Al efecto, el día 15 de agosto, a la misma hora en que el general Gates se ponía en marcha desde Ruglely's Mills, distante unas trece millas, el jefe inglés se dirigió al campamento americano a la cabeza de sus tropas.

A eso de las dos de la mañana del 16 de agosto encontráronse de improviso en el bosque las avanzadas de los ejércitos enemigos e inmediatamente comenzó el fuego, pero como quiera que algunos jinetes de la caballería de los americanos quedasen heridos en la primera descarga, huyeron los demás desordenadamente, rompieron la línea del regimiento de Maryland, que iba a la cabeza de la columna, y sembraron la confusión en el resto de las tropas. A consecuencia de esto y de la oscuridad de la noche, cundió el pánico en las filas de la milicia, pero se hicieron algunos prisioneros por ambas partes y desde aquel momento los respectivos generales pudieron apreciar mejor la situación que ocupaban.

Viendo Cornwallis que la ventaja estaba de su parte, aguardó con impaciencia la luz del día para continuar la batalla con sus disciplinadas tropas, y llegado el momento, ambos ejércitos se prepararon a la lucha. Cornwallis formó a su tropa en dos divisiones, una a las órdenes del coronel Webster y la otra a las de Lord Rawdon, en tanto que por parte de los americanos se encargaba el general Gist de la brigada de Maryland, formando el ala derecha; la milicia de la Carolina del Norte ocupaba el centro y la milicia de Virginia, con la infantería ligera, formó el ala izquierda a las órdenes de De Kalb. Gates resolvió presentarse allí donde fuera más necesario su auxilio.

Al rayar el día, Cornwallis mandó al coronel Webster que con el ala derecha de los ingleses atacase a los americanos. Al avanzar aquel oficial fue sorprendido por la descarga de unos cuantos voluntarios de la milicia que iban de avanzada, pero los soldados ingleses se lanzaron impetuosamente sobre la línea de los americanos, y entonces estos huyeron arrojando sus armas, sin que bastasen los esfuerzos de los oficiales para reunirlos de nuevo. Una gran parte de la división del centro, compuesta de la milicia de la Carolina del Norte, imitó el ejemplo de la de Virginia y hubo muchos que ni siquiera dispararon un tiro. Tarleton persiguió con su gente a los fugitivos y logró cortarles la retirada, mientras que Gates seguido de sus oficiales hacia inútiles esfuerzos para reunir sus dispersas fuerzas. Desesperado el general americano, dirigióse apresuradamente seguido de algunos amigos a Charlotte, pueblo situado a ocho millas del campo de batalla.

El barón De Kalb, que iba a la cabeza de las tropas continentales, viose pues abandonado por la milicia que constituía el centro y ala izquierda del ejército; pero aun cuando quedó expuesto al ataque de todas las fuerzas enemigas, en vez de imitar el ejemplo de sus hermanos de armas, se condujo con la mayor intrepidez, y sus soldados se defendieron como hombres. Lord Rawdon le atacó en el mismo momento en que el coronel Webster desbarataba el ala izquierda, pero los americanos se resistieron vigorosamente y la lucha prosiguió durante algún tiempo con la mayor obstinación por ambas partes.

La reserva americana cubrió entonces la izquierda de la división de De Kalb, pero como quedaba descubierto un flanco por la huida de la milicia, el coronel Webster, después de destacar algunos caballos e infantería ligera en persecución de los fugitivos, atacó con el resto de sus fuerzas de frente y de flanco a la división enemiga. Entonces viose a los americanos luchar desesperadamente con los ingleses, mas a poco llegó Cornwallis con todas sus fuerzas, y los primeros, obligados a ceder el campo, huyeron desordenadamente. El bravo De Kalb cayó acribillado de heridas al dar una brillante carga a la cabeza de sus tropas, y su ayudante de campo, el teniente coronel du Buisson, que se había lanzado a socorrer a su jefe, exponiendo generosamente su vida para salvarle, recibió también varias heridas y quedó prisionero. De Kalb fue tratado con el mayor esmero por el enemigo victorioso, mas aquel intrépido oficial murió a las pocas horas. El Congreso dispuso luego que se erigiese un monumento a su memoria[268].

Esta victoria decisiva costó a los ingleses poco menos de cien muertos y doscientos cincuenta heridos, mas los americanos tuvieron por su parte novecientas bajas, sin contar unos mil prisioneros. Todos sus bagajes y artillería cayeron en poder de los vencedores, y de este modo el ejército del Sur quedó completamente destrozado, excepto el destacamento que mandaba Sumpter. Este jefe había interceptado un convoy en Wateree y cogido doscientos prisioneros, mas al saber el desastroso desenlace de la batalla de Camden, retiróse apresuradamente. Después de recorrer algunas millas y creyéndose ya fuera de peligro, Sumpter se detuvo para dar algunas horas de descanso a sus tropas rendidas de fatiga y de sueño, pero Tarleton, que perseguía ansioso al enemigo, se presentó de improviso en el campamento de Sumpter, y dispersando a los americanos después de matarles tres o cuatrocientos hombres, se apoderó de los prisioneros que llevaban. Sólo unos cuantos de los vencidos, entre los cuales iba su jefe, tuvieron la suerte de refugiarse en los bosques.

Profundamente afligido Gates retiróse con el resto de su ejército a Salisbury, desde donde marchó a Hillsborough, haciendo todos los esfuerzos imaginables para tomar la revancha del terrible golpe que acababa de recibir; y habiendo reunido después una escasa fuerza, avanzó de nuevo en el mes de noviembre hacia Salisbury. Para colmo de desgracias, el Congreso olvidó o no quiso tener presente los méritos contraídos en otro tiempo por el vencedor de Saratoga, y el 5 de octubre dispuso se abriese una información respecto de su conducta, previniendo al mismo tiempo a Washington que nombrase otro jefe en su lugar. En su consecuencia y por acuerdo del Congreso de 30 de octubre, designóse para sustituir a Gates al general Greene, quien tomó posesión de su cargo el día 2 de diciembre. Gates abandonó el ejército para no volver a servir más en él, pues no sólo estaba profundamente disgustado por su desgraciada derrota, sino también por la pérdida de su único hijo, que sólo contaba unos diez y nueve años de edad. Washington, siempre bueno y generoso, le escribió una afectuosa carta, dándole el pésame por su doble desgracia, y la legislatura de Virginia dictó un acuerdo en el cual se manifestaba «que nunca se olvidarían sus gloriosos servicios aun cuando hubiera sufrido un revés de fortuna.»

Después de la batalla de Camden no le fue posible a Cornwallis ir en busca de nuevas victorias con su acostumbrada actividad, pues su escaso ejército había disminuido tanto a causa de las enfermedades como de la guerra, y no teniendo además suficientes provisiones, desistió de perseguir al enemigo por no creer tampoco oportuno abandonar la Carolina antes de haber suprimido el espíritu de resistencia a su autoridad, que iba extendiéndose por toda la provincia. A

---

268 Véase la obra de Lossing titulada *Pictorial Field Book of the Revolution*, vol. II, págs. 667–668.

fin de someter completamente al Estado, parecióle conveniente adoptar las más severas medidas, porque consideraba a la provincia como un país conquistado sin condiciones, suponiendo que sus habitantes debían respetar la alianza con su antiguo soberano y cumplir con los deberes que aquella le impusiera, si no querían sufrir el condigno castigo. Cornwallis olvidó sin duda o aparentó olvidar que muchos de los habitantes eran prisioneros de guerra bajo palabra; que sin pedirlo se les había dispensado de ella, y por último, que sólo mediante una proclama se les declaró súbditos británicos en vez de prisioneros.

Suponiendo pues que todo el país estaba prosternado a sus pies, dirigió la siguiente carta al comandante de la guarnición inglesa en Ninety Six: «He dado órdenes para que todos los habitantes de esta provincia, que a pesar de haberse sometido anteriormente han tomado parte en esta rebelión, sean castigados con la mayor severidad, aprisionándolos y confiscando o destruyendo todos sus bienes. También he dispuesto que se conceda una compensación por parte de estos Estados a todos aquellos que hayan sufrido por causa de los rebeldes, y he mandado asimismo terminantemente que los individuos de la milicia que después de combatir a nuestro lado, se pasaron al enemigo, sean ahorcados inmediatamente. Es mi deseo que adoptéis las más rigurosas medidas para castigar a los rebeldes en el distrito de vuestro mando y espero que obedezcáis estrictamente las órdenes que os transmito en esta carta respecto a los habitantes del país.» Todos los comandantes en los demás puestos militares recibieron misivas semejantes.

En cualquiera otra época, enviar órdenes como ésta a oficiales, dotados por lo regular de pocos conocimientos y prudencia, no hubiera podido menos de producir malos efectos, pero en aquellas circunstancias en que estaban irritadas todas las malignas pasiones del corazón humano, las consecuencias fueron lamentables. Ejecutáronse al pie de la letra las órdenes recibidas: numerosas personas sufrieron la pena de muerte; otras fueron arrojadas en una prisión después de confiscar o destruir sus bienes; por todo el país se vertió la sangre en medio de los mayores horrores; las mujeres y los niños quedaron sin amparo y sin hogar, y al fin tantas calamidades y miserias excitaron la cólera del pueblo y el deseo de venganza.

Prescindiendo de la injusticia de semejantes medidas, nada podía ser más inconveniente e inoportuno que la conducta observada por Cornwallis, puesto que levantó al pueblo induciéndole a obrar de una manera enérgica. La manera de proceder de Cornwallis no pudo ser más imprudente, pues sin escusa ninguna y sólo por motivos de política, hubo personas a quienes arrestó hallándose en su mismo lecho y que fueron embarcadas luego para San Agustín a pesar de sus súplicas y observaciones.

El día 8 de septiembre salió Cornwallis de Camden, y hacia fines de mes llegó a Charlotte (Carolina del Norte), de cuyo punto se apoderó después de una corta resistencia por parte de la caballería voluntaria al mando del coronel Davie. Aunque en Charlotte se notaban síntomas de oposición, el jefe inglés siguió avanzando hacia Salisbury y ordenó a su milicia que cruzara el Yadkin, mas allí se vio detenido repentinamente en su victoriosa marcha por un imprevisto desastre. Cornwallis, que hacia los mayores esfuerzos para reunir a los habitantes del país a fin de organizar con ellos una milicia inglesa, había enviado al Mayor Ferguson, oficial de mucho mérito, con un pequeño destacamento, al distrito de Ninety Six, con objeto de atraer a su partido a los realistas que allí hubiese, y esperaba del citado Ferguson los más importantes servicios.

El Mayor cumplió su cometido con el mayor celo, y después de reunir un considerable número de realistas, cometió infinitas depredaciones con los amigos de la independencia en aquella localidad, mas no contento con esto y en la esperanza de cortar el paso al coronel Clarke, que se retiraba después de intentar un ataque sobre Augusta, en Georgia, Ferguson resolvió permanecer cerca de las montañas más tiempo del necesario. A esta circunstancia sin embargo, debió su perdición. Los rudos montañeses de Virginia y de la Carolina del Norte resolvieron cortar la retirada a Ferguson, y en su consecuencia reuniéronse voluntariamente, nombraron sus jefes, y sin orden ni concierto pusiéronse en marcha seguidos de otras partidas de los alrededores que iban agregándose sucesivamente. Cada hombre llevaba su manta, su saco y su rifle, y aquella banda se puso en busca

del enemigo equipada del mismo modo que si tratara de ir a cazar fieras al bosque. Por la noche dormían sobre la dura tierra sin más luz que la del estrellado cielo; apagaban su sed en los arroyos, alimentábanse de la caza, y su número llegó al fin a ser tan formidable, y tan rápida era su marcha, que no parecía fácil se les escapara su presa. Cuando llegaron a Gilbertown a principios de octubre, componíase ya su fuerza de tres mil hombres.

Ferguson trató de retirarse, pero como los americanos estaban resueltos a no dejarle escapar, eligieron mil tiradores de los más experimentados, que montaron a caballo para lanzarse en persecución del enemigo. Los montañeses marchaban con tal rapidez, que la retirada se hizo imposible, y comprendiendo entonces Ferguson que le alcanzarían inevitablemente, tomó posición en King's Mountain, en los confines de las Carolinas del Norte y Sur, y esperó el ataque.

El día 7 de octubre presentáronse los americanos ante el enemigo mandados por el coronel Campbell, si bien la autoridad de éste era solamente nominal, porque allí nadie entendía de órdenes ni de subordinación y disciplina. Los montañeses no obstante se convinieron en dividir sus fuerzas a fin de atacar a Ferguson por distintos puntos a la vez, y los diversos destacamentos, conducidos por los coroneles Claveland, Shelby, Sevier y Williams, marcharon resueltamente al ataque. El primero de estos jefes, que iba al frente de los demás, dirigió a sus hombres las siguientes palabras: «¡Valientes compañeros: ya hemos batido a los *tories* y aun podremos vencerlos! Cuando empiece la pelea no esperéis órdenes de mí; todo lo que puedo hacer es daros el ejemplo; imitadme. Que cada hombre se considere como un oficial y obre según le dicte su conciencia, pero si os rechazan, lejos de huir, renovad el combate. Si alguno tiene miedo, no sólo puede retirarse, sino que se le ruega lo haga al momento.»

El ataque comenzó inmediatamente, y los montañeses, apostándose detrás de las rocas y entre los árboles, hicieron un nutrido fuego contra el enemigo, y si bien éste rechazó varias veces a sus adversarios, los americanos volvieron con la mayor obstinación al ataque. Después de una hora de obstinada lucha, Ferguson cayó al fin mortalmente herido, y esto bastó para que sus tropas arrojasen las armas huyendo precipitadamente, pero diez de los *tories* que cayeron prisioneros, fueron ahorcados en el acto, después de lo cual aquellos rudos y valerosos guerreros se volvieron a sus casas celebrando la victoria.

La derrota del destacamento de Ferguson, del que tanto se esperaba, fue un golpe desgraciado para Cornwallis, porque desconcertando sus planes, le impidió continuar su marcha hacia el Norte. El 14 de octubre, día en que recibió noticias seguras de la muerte del Mayor Ferguson, y hallándose el ejército en disposición de ponerse en marcha, el jefe inglés abandonó a Charlotte con el fin de irse retirando por la Carolina del Sur, mas en este movimiento retrógrado las tropas sufrieron mucho, pues a consecuencia de haber estado lloviendo varios días seguidos, hallábanse los caminos intransitables y los soldados tenían que acampar por la noche en los bosques, sufriendo toda clase de molestias. Los realistas que iban con el ejército, fueron de mucha utilidad, mas no se recompensaron sus servicios debidamente, y disgustados muchos de ellos por el lenguaje altanero y hasta por los malos tratamientos de los oficiales, abandonaron a su suerte a los ingleses. Al fin las tropas atravesaron el Cotawba y pudieron llegar a Wynnsborough el 29 de octubre.

Sumpter, que había conseguido reunir otra vez una banda de atrevidos partidarios, continuó hostilizando a los ingleses de varios modos, ya sorprendiendo sus puestos militares, ya interceptando diariamente algún convoy, de tal manera que les tenía siempre en continua alarma. El Mayor Wemyss le atacó en Broad River el 12 de noviembre, pero fue derrotado, y otro tanto le sucedió a Tarleton, que ocho días después cayó impetuosamente sobre Sumpter en Blackstock Hill. En esta última acción los ingleses sufrieron considerables pérdidas, y el jefe americano quedó herido e inutilizado por algunos meses.

Al terminar la relación de la campaña del sur en 1780, no olvidaremos hacer mención honorífica de las heroicas madres, esposas e hijas de aquellos Estados. Las mujeres de la Carolina que se vanagloriaban de que se las llamase señoras rebeldes, no querían asistir a las diversiones públicas; complacíanse en honrar a sus conciudadanos, en consolar a los heridos y visitar a los

enfermos. Las hermanas excitaban a sus hermanos a luchar por la libertad; la madre buscaba armas para su hijo, la esposa para su marido, y sus palabras de despedida eran siempre las siguientes: «Preferid la prisión a la infamia y la muerte al servilismo.»

En todo el país desplegaron las mujeres igual celo y actividad, especialmente en lo tocante a proporcionar ropa a los soldados. En Filadelfia se formó una sociedad dirigida por Marta Washington, mujer del comandante en jefe, señora tan prudente en su vida privada como lo era su esposo en los asuntos públicos; y cuyas relevantes cualidades y caritativos sentimientos corrían parejas con su patriotismo. Mrs. Washington Mrs. Reed y Mrs. Bache, hija del Dr. Franklin, con otras señoritas que habían formado la sociedad, se suscribieron por considerables sumas para socorrer a los que lo necesitaran, y agotados sus recursos, usaron de toda su influencia y fueron de casa en casa en busca de nuevos auxilios.

Puesto que a fin de continuar sin interrupción alguna el hilo de nuestra historia, hemos hablado de las operaciones en el Sur a fines de 1780, pasemos ahora a los Estados del Norte, donde durante dicho año ocurrieron sucesos de momentánea importancia.

Aunque no le era dable a Washington acometer ninguna gran empresa a causa de la falta de víveres para las tropas, no por esto permaneció ocioso, y suponiendo que el puesto militar de la isla de Staten podría ser atacado con probabilidades de éxito, destacó el 14 de enero a Lord Stirling, confiándole el mando de una expedición compuesta de dos mil quinientos hombres. El jefe inglés no obstante estaba alerta y después de dar la voz de alarma a fin de que se reuniesen todas las fuerzas disponibles, envió un parte a Nueva York pidiendo auxilio. Después de algunas ligeras escaramuzas y como vieran los americanos que no podrían obtener resultado alguno, con tanta más razón cuanto que de un momento a otro debían llegar refuerzos de Nueva York, emprendieron la retirada, que se efectuó sin sufrir pérdidas considerables, pero a causa del rigor de la estación y la falta de ropa de abrigo, padecieron mucho algunos soldados.

El valor del papel moneda iba bajando cada vez más, resultando de esto no pocos contratiempos y apuros que llegaron a su colmo en 1780. Los oficiales del regimiento de Jersey se quejaron enérgicamente a la legislatura de su Estado por la deplorable situación a que se veían reducidos, llegando hasta el punto de declarar que «a menos que se pusiese un pronto remedio, era inevitable la completa disolución del cuerpo.» Los soldados estaban también muy descontentos a causa de las continuas privaciones que sufrían, y fue necesaria toda la influencia de Washington para impedir que no se marchasen los oficiales y no se amotinasen las tropas.

Inducido probablemente por la noticia de este hecho y suponiendo que seria fácil excitar a las tropas americanas a que desertasen de sus banderas y a que el pueblo abandonara la causa de la libertad, el general Knyphausen salió de la isla de Staten a principios de junio a la cabeza de cinco mil hombres, y pasando por Elizabethtown, detúvose en Connecticut Farms, donde los ingleses mataron a Mrs. Caldwell, esposa del ministro presbiteriano, después de lo cual destruyeron el pueblo y se retiraron al ver que se iba reuniendo la milicia al mando del general Maxwell. Hubo sin embargo algunas escaramuzas, especialmente en Springfield, mas el enemigo continuó su retirada a la isla de Staten sin más contratiempo. El objeto de aquella expedición no se comprendió claramente, pues tanto podía ser para llamar la atención de Washington hacia aquel punto y atacar a Highlands, como para apoderarse de los almacenes militares de Morristown. El comandante en jefe no obstante se preparó para cualquier eventualidad, resolviendo no perder de vista los movimientos de Clinton.

Los primeros meses del año se pasaron en aquellas insignificantes operaciones, y si bien los desastres del Sur no desanimaron a los Estados del Norte, la debilidad e insuficiencia del gobierno y la depreciación del papel moneda obligaron a Washington a mantenerse a la defensiva y a no intentar cosa alguna.

Hacia fines de agosto llegó Lafayette a Boston, procedente de Francia, trayendo la agradable noticia de que podían esperarse socorros que iban a llegar muy pronto a la costa de los Estados

Unidos[269]. Esto sirvió para que por algún tiempo despertaran los americanos del letargo en que se hallaban sumidos; pidióse a los diversos Estados con la mayor eficacia que enviasen hombres y dinero, y Washington recurrió a su pluma con buenos resultados para obtener algunos otros auxilios con que atender a las urgencias y necesidades del momento. A pesar de que las resoluciones del Congreso se cumplieron con lentitud, no dejaron los Estados de facilitar sus contingentes, y se esperaba que pronto estarían las tropas dispuestas a entrar en servicio.

Washington, sin embargo, con esa perspicacia que le distinguía y previendo que si predominaban los sistemas del Estado, podrían perjudicar a la causa nacional, escribió a un miembro del Congreso diciéndole entre otras cosas lo que sigue: «A menos que el Congreso obre más resueltamente, y si los diversos Estados no le revisten de los suficientes poderes para llevar a cabo los grandes objetos de la guerra, induciendo a unos y otros a proceder con más energía que hasta aquí, nuestra causa está perdida, pues ya no es posible continuar bajo el mismo pie que antes. Por no adoptar oportunamente ciertas medidas, o por el retraso con que se llevan a efecto, incurrimos en gastos enormes sin obtener el más mínimo beneficio. Mientras un Estado cumplimenta una orden del Congreso, otro la olvida, un tercero la ejecuta a medias y todos ellos difieren en la forma, en el método o en la aplicación de los medios; y mientras se proceda de este modo, sin aplicar un sistema constante, no podremos sacar la menor ventaja ni de nuestros recursos ni de los esfuerzos que hagamos. Esto, amigo mio, es hablar claramente a un miembro del Congreso, pero mi lenguaje, a la par que amistoso, es el de la verdad, es el resultado de maduras reflexiones y de una continua observación. Yo veo una cabeza que vacila y que no sabe dirigir como debiera; veo un ejército que se subdivide en trece partes, y veo en fin que en vez de considerarse al Congreso como el poder supremo de los Estados Unidos, cada cual se juzga sólo dependiente de su respectivo Estado. En una palabra, la autoridad del Congreso se va debilitando de tal modo que pronto dejará de inspirar el respeto que se le debe como al gran cuerpo representante de América, y yo temo las consecuencias que de ello puedan resultar.»

En medio de tantos contratiempos obteníase algún alivio con los recursos particulares. Cuando el Congreso no pudo disponer de dinero ni de crédito, los ciudadanos de Filadelfia formaron una sociedad con el objeto de socorrer a los pobres soldados, y en pocos días recogiéronse por suscripción trescientos mil dólares, que fueron un gran beneficio en aquellas apuradas circunstancias. A pesar de esto, escaseaban mucho las camisas para la tropa, y Washington, después de expresar su sentimiento por ello, manifestó que esperaba que los soldados y oficiales no se verían en aquella triste situación cuando se reunieran con sus aliados los franceses.

«¿Hubiera nadie imaginado, como dice muy bien Botta, que en el mismo momento en que un ejército victorioso amenazaba aun la existencia de la república no se contentasen nuestros padres con ofrecer su sangre y sus tesoros para defenderla? En medio del estruendo de las armas dedicáronse a promover el estudio de la filosofía, de las ciencias y de las artes, reflexionando que sin el auxilio de estas luces la guerra tiende directamente al barbarismo y no se puede disfrutar siempre de las dulzuras de la paz. Al fijar su atención en tan noble tarea, nuestros padres no atendieron sólo a las ventajas y beneficios que redundarían para su patria, sino que quisieron demostrar también, tanto en el país como fuera, que despreciaban el peligro y que tenían plena confianza en el buen éxito de su causa. Tales fueron las consideraciones que indujeron a la legislatura de Massachusetts a decretar la incorporación de la Academia americana de artes y ciencias, cuyos estatutos correspondían a la importancia de la institución. Su objeto era principalmente facilitar y promover el estudio de las antigüedades y de la historia natural de América; averiguar qué aplicación tenían sus productos nativos; hacer descubrimientos en la

269 Era tan grande el entusiasmo de Lafayette por su país adoptivo, que el primer ministro francés, conde de Maurepas, dijo un día irónicamente en el Consejo: «Es una fortuna para el rey que a Lafayette no se le antoje despojar a Versailles de su mueblaje y adornos para enviárselos a sus queridos americanos, pues S. M. no podría negarle la demanda.» No contento el marqués con enviar públicamente socorros a su patria adoptiva, gastaba generosamente considerables sumas de su fortuna particular para comprar espadas y asignar sueldos a los que servían bajo sus órdenes.

medicina, investigaciones en las matemáticas, experimentos en la física y observaciones en la astronomía. No se descuidó tampoco el estudio de la metereología, de la geografía, de la agricultura, de las artes, de la fabricación y del comercio, y en una palabra, la Academia se propuso cultivar todos los ramos del saber humano que según el propio lenguaje de aquella, «pudieran ser útiles para el progreso, los intereses, el honor y la felicidad de un pueblo libre, independiente y virtuoso.»

El verano estaba muy adelantado, y no sabiendo aun Washington de qué fuerzas podría disponer para comenzar las operaciones, escribió una carta al Congreso manifestando sus dudas. He aquí su contenido: «Ha llegado la estación en que debe arribar de un momento a otro la flota, y sin embargo no me es posible aun formar mis planes para cooperar con aquella, y si ahora llegara por otra parte el socorro de nuestros aliados, me vería en la más embarazosa situación que nadie se puede figurar. Tan pronto como se aproximen a nuestra costa el general y el almirante me pedirán el plan de las operaciones que han de emprenderse, pues en realidad debe haber uno formado, pero en el caso presente ni aun puedo conjeturar lo que haremos. Estas consideraciones me indujeron ayer a escribir al Comité[270] manifestándole lo indispensable que era dirigirse de nuevo a los Estados a fin de que informen inmediatamente acerca de las medidas por ellos tomadas y el resultado obtenido. El interés de los Estados, la honra y reputación de nuestros consejos, la justicia y gratitud que debemos a los que se aliaron con nosotros, exigen que sin la menor dilación se les comunique lo que podremos hacer. Esto es un punto sobre el cual debe resolverse inmediatamente, porque de él dependen todas nuestras futuras operaciones. Yo no puedo determinar nada por temor de que la flota y el ejército sufran contratiempos que es preciso evitar en lo posible, y por lo tanto me veo obligado a suspender mi resolución por mas que esto nos perjudique.»

El día 10 de julio llegó a Newport la escuadra francesa mandada por el caballero de Ternay y el ejército a las órdenes del conde de Rochambeau, cuyas fuerzas se pusieron a disposición de Washington, ordenándose a las tropas aliadas que diesen la preferencia a los americanos a fin de evitar las enojosas cuestiones que pudieran suscitarse entre una y otra parte. Arreglado este punto y siendo el mayor deseo de Washington atacar a Nueva York con las fuerzas combinadas, proyectó un plan del que dio cuenta a Lafayette para que lo pusiese en conocimiento del jefe francés, siendo la base de aquel que a principios de agosto se reunieran las tropas francesas con el ejército americano en Morristown, después de lo cual marcharían todas las fuerzas unidas sobre dicha ciudad. Esto sin embargo no se llevó a efecto por haber llegado el almirante Graves a reforzar la escuadra inglesa que estaba en Nueva York, lo cual privaba a los franceses de la superioridad numérica tan esencial para llevar a cabo el plan propuesto.

Entre tanto los ingleses habían resuelto atacar al enemigo en Newport, y al efecto embarcó Clinton unos ocho mil hombres escogidos para que cooperasen con la flota al atacar a las tropas francesas que había en Rhode-Island, pero temiendo el jefe inglés que entre tanto Washington cayera sobre Nueva York, no quiso pasar de Huntington Bay, en Long-Island, y se volvió inmediatamente a la ciudad. La flota francesa se vio entonces bloqueada y no le fue por lo tanto posible prestar auxilio alguno a los americanos, mas abrigábanse esperanzas de que llegaran pronto varios buques de las Indias occidentales al mando del conde de Guichen, con cuyo refuerzo serían numéricamente superiores las fuerzas de los aliados y podrían ya atacar a Nueva York. Cuando más se confiaba en recibir dicho auxilio y se hacían preparativos para obrar de concierto con los franceses, recibióse la noticia de que el conde de Guichen acababa de hacerse a la vela para Francia, lo cual fue un motivo de grave disgusto para los americanos.

Sin embargo, resuelto Washington a llevar a cabo su plan y atacar a Nueva York a la primera oportunidad favorable, se puso en comunicación con los jefes aliados y celebró con ellos una conferencia en Hartford el día 21 de septiembre. La llegada del almirante Rodney a la costa de América poco tiempo después, con una flota compuesta de once buques de línea, desconcertó de

270 Un Comité del Congreso, del que era miembro el general Schuyler, empleó dos o tres meses en aquella época en adoptar medidas para facilitar los auxilios que con tanta urgencia se necesitaban.

nuevo todos los planes de los aliados, y Washington vio con profundo sentimiento que iban frustrándose todos sus proyectos en la campaña de 1780, con la cual había esperado terminar felizmente la guerra. Esto le indujo a escribir a un amigo en los siguientes términos:

«Estamos terminando una campaña en que nada se ha hecho absolutamente aun cuando al principio pareció que sería posible obtener resultados muy favorables. Yo confiaba, aunque en vano, que se presentaría al fin una oportunidad para terminar de una vez mis servicios en el ejército y volver a la vida doméstica, mas esto no es posible por ahora. La favorable disposición de España, los prometidos socorros de Francia, las fuerzas combinadas de la India Occidental, la declaración de Rusia, aceptada por otras potencias de Europa, humillando el orgullo naval de la Gran Bretaña; la superioridad de Francia y España por mar en Europa, las reclamaciones de Irlanda y por último los disturbios de Inglaterra, formaban un conjunto no muy susceptible de dorados sueños, haciéndome creer no estaba lejos la hora de la libertad, pues por más que la Gran Bretaña se hubiese resistido, ya no estaría en su poder continuar la lucha. ¡Pero ay! esas halagüeñas ilusiones acaban de desvanecerse y no veo ante nosotros más que calamidades. Hemos estado la mitad del tiempo sin provisiones, y aun es probable que sigamos así; no tenemos almacenes militares ni dinero para comprarlos; hemos vivido con recursos de que ya no podemos echar mano, y en una palabra, la historia de la guerra es una historia de falsas esperanzas, y es en vano mirar atrás ni tampoco debemos hacerlo. Nuestra causa no es desesperada si existe la virtud en el pueblo y hay sabiduría en nuestros hombres de gobierno, pero suponer que esta gran revolución pueda llevarse a cabo sin un ejército permanente, que éste pueda subsistir con los auxilios que faciliten los Estados, y que el impuesto sólo bastará para satisfacer nuestras necesidades, es en mi concepto un absurdo.»

Mientras que Washington y nuestros patrióticos padres luchaban con aquellos contratiempos y duras pruebas, vino a sembrar el espanto y el asombro en todo el país la noticia de haberse descubierto providencialmente un vasto plan de conspiración que en el caso de haberse realizado hubiera podido ser fatal a la causa de la libertad. *Benedicto Arnold* fue el hombre que se vendió al enemigo, y sobre Benedicto Arnold recayó para siempre un eterno padrón de infamia e ignominia[271].

Arnold era muy apreciado en el país, merecía la confianza de todos, y por su intrepidez y valor temerario era también muy conocido entre los oficiales de América. Su romántica expedición al Canadá, su combate naval en el lago Champlain, y especialmente su última hazaña en Behmus's Heights le habían cubierto de gloria, pero inhabilitado para el servicio activo a consecuencia de una herida que recibiera en su último combate, habíasele nombrado comandante de las tropas en Filadelfia, donde siendo uno de los jefes de la ciudad, habíase establecido en la casa de Penn, que amuebló con espléndida magnificencia. Halagada por aquella ostentación de riqueza, y seducida por el brillo de su posición, Miss Shippen, una joven señorita de diez y ocho años, hija de Mr. Eduardo Shippen, de Filadelfia, escuchó las amorosas protestas de Arnold, y después de unas relaciones que duraron muy poco tiempo, aceptóle por esposo. La munificencia de Arnold, su mesa, sus bailes, sus conciertos y sus banquetes hubieran agotado una fortuna mucho mayor que la suya, y no pudiendo costear tantas extravagancias, tuvo que dedicarse al comercio y a la piratería. Pero sus especulaciones fueron desgraciadas: acumuláronse sus deudas, sus acreedores le atormentaron sin cesar, y aunque su orgullosa arrogancia se revolviese contra semejantes contratiempos, no quiso disminuir en nada su regia ostentación, y hubo de recurrir a ciertos medios que le desacreditaban en el más alto grado como oficial y como hombre[272].

El Presidente y Consejo de Pensilvania presentaron contra Arnold graves acusaciones que fueron trasmitidas a un tribunal, y éste le sentenció a ser reprendido públicamente por el comandante en jefe, que con enérgica dignidad y delicadeza cumplió este enojoso encargo. He aquí algunas de sus palabras. «Nuestro servicio es el más exigente y severo de todos, pues aun la sombra

271 Al confeccionar nuestra narración, hemos consultado cuidadosamente la *Vida y traición de Benedicto Arnold*, por Mr. Spark, vol. III, de la librería de la *Biografía Americana*.

272 «Me inclino a creer que Arnold fue un pícaro consumado desde su primera juventud hasta que murió, y no me parece que profesara un verdadero afecto a la causa de los whigs. Se batió como un simple aventurero, más que por otra cosa, por el deseo de lucrarse apoderándose del botín del enemigo.» *Americanos Realistas*, de Sabine, p. 131.

de una falta basta para empañar el lustre de la más acrisolada gloria. La más mínima inadvertencia puede robarnos el favor público, tan difícil de adquirir, y yo os reprendo ahora por haber olvidado que a medida que os hacíais formidable para nuestros enemigos, debisteis guardar la conveniente moderación y consideraciones hacia vuestros compatriotas. Mostrad de nuevo esas nobles cualidades que os han colocado en la lista de nuestros más valerosos jefes, y yo mismo os facilitaré en cuanto me sea posible oportunidades, para que recobréis el aprecio y la estimación de vuestro país.» El rubor debió abrasar las mejillas de Arnold en aquellos momentos, en que ya pensaba ser traidor a la causa de su patria.

Para un hombre de violentas pasiones como Arnold, rebajado a los ojos de sus compañeros por fundadas sospechas de faltar a su honradez y dignidad, acosado de deudas y sin medios para arreglar sus asuntos y proseguir con sus viciosas extravagancias, debía ser muy poderosa la tentación. La venganza estaba en su mano, el oro le brindaba con una perspectiva de placeres, las arcas de Inglaterra se abrirían para él y su traición se pagaría seguramente a un elevado precio. Arnold no pudo resistir: comunicó sus culpables intenciones en una carta dirigida al coronel Robinson, que inmediatamente las trasladó a Sir Enrique Clinton, y por espacio de un año, antes de que se consumara la traición, Arnold mantuvo una correspondencia secreta con el Mayor André, ayudante general del ejército inglés. Debe advertirse que ambos se firmaban con los nombres supuestos de Gustavo y Anderson.

Además de una considerable suma de dinero, prometióse a Arnold un grado en el ejército inglés igual al que ya tenía, y él en cambio ofreció prestar a la Gran Bretaña algún señalado servicio. Nada podía ser tan importante como entregar West Point al enemigo, y Arnold se convino en hacerlo: si lo hubiese logrado, esto habría sido un golpe mortal para la libertad de América. Aparentando que le disgustaba seguir viviendo en Filadelfia, Arnold alegó que deseaba entrar de nuevo en el servicio activo, y en su consecuencia obtuvo el mando de West Point y de todas las fuerzas acantonadas en aquel distrito. A principios de agosto llegó al punto de su destino y desde entonces espió el momento de llevar a cabo su traición, que consistía no sólo en entregar la fortaleza al enemigo, sino también en repartir las fuerzas por los alrededores, de modo que Clinton pudiera caer sobre ellas por sorpresa y cortarles la retirada.

La ausencia del comandante en jefe, que había ido a Hartford para conferenciar con los oficiales franceses, pareció la ocasión más propicia para llevar a efecto el plan, y en su consecuencia el *Buitre*, corbeta de guerra que esperaba en el Hudson, ancló en Haverstraw Bay, a unas seis millas mas abajo de King's Ferry, y el Mayor André desembarcó para avistarse con Arnold y acordar las medidas que debían adoptarse. Aquellos dos hombres se reunieron a eso de media noche y estuvieron conferenciando algunas horas, hasta que André, instado por Arnold a que le acompañase hasta la casa de Joshua H. Smith, accedió aunque con repugnancia, y montando en un caballo que le trajo su criado, atravesó con su compañero las líneas americanas sin detenerse hasta llegar a la casa de Smith, donde se pasó toda la mañana completando el plan de la traición. Arnold entregó a su cómplice una nota exacta de las fuerzas que había en West Point, diole asimismo un pase para la vuelta con el nombre de Anderson, y luego se marchó a su cuartel general de Robinson, situado frente a West Point.

Entre tanto André, muy inquieto por la situación en que se había colocado, deseaba volver cuanto antes a bordo del Buitre, pero este buque tuvo que alejarse un poco, porque el enemigo le hacía fuego desde la orilla, y por lo tanto André no encontró el bote que debía conducirle a bordo. No quedaba pues otra alternativa que volver por tierra, y habiendo sustituido su uniforme por un traje de ciudadano, sobre el cual se puso un gabán oscuro, y acompañado de Smith, púsose en marcha antes de ocultarse el sol, cruzó el río entre King's Ferry y Verplanck's Point, y como ya estaba oscuro, dirigióse por el camino que conduce a Nueva York. En todos los puntos avanzados detuviéronles los centinelas, y el pase de André fue escrupulosamente examinado por el capitán Boyd, quien le dirigió numerosas preguntas, mas al fin, con gran satisfacción de Arnold, viose éste libre, si bien se le aconsejó no continuara su camino hasta el día siguiente si quería evitar un

encuentro con los merodeadores que infestaban el *terreno neutral*. Al oír esto, expuso Smith que sería más conveniente pasar la noche donde estaban, a lo cual no accedió André sino después de repetidas instancias. El primero declaró luego que André había pasado la noche muy inquieto y desazonado. Al romper el día pusiéronse de nuevo en marcha, y entonces el joven oficial, considerándose ya fuera de peligro, recobró su ánimo, detúvose un momento para almorzar, despidióse de su compañero y continuó su viaje solo hacia Nueva York.

A eso de las diez de la mañana del 23 de septiembre, cuando André atravesaba el terreno neutral, que era un espacio que comprendía unas treinta millas de extensión a lo largo del Hudson, entre las líneas americanas y las inglesas, y hallándose sólo a media milla de Tarrytown, presentáronsele de improviso tres individuos armados de la milicia, quienes deteniendo a su caballo por la brida algunas le preguntaron a dónde iba. Creyéndose eran amigos André, contestó: «Supongo que sois de la partida.» «¿Qué partida?, preguntaron los hombres.» «La de allá abajo», replicó André. Habiéndole contestado afirmativamente, André se dio a conocer como oficial inglés y dijo estar encargado de un servicio de la mayor urgencia; pero comprendiendo al momento en la torpeza que acababa de incurrir, enseñó el pase de Arnold e insistió para que no le detuvieran un momento más. Aquellos tres hombres llamados Juan Paulding, David Williams e Isaac Van Wart, rehusaron acceder a la demanda, y obligando al oficial a bajar del caballo, lleváronle a unos matorrales para proceder al registro de su persona, habiéndole quitado las botas y los calcetines, encontraron entre la suela de aquellas los papeles escritos por Arnold respecto a West Point, sus medios de defensa, el número de tropas, etc. André ofreció a los tres hombres grandes sumas de dinero si querían dejarle libre, pero afortunadamente para la causa de nuestro país, rechazaron las brillantes ofertas de André, que pocas horas después fue entregado al teniente coronel Jameson, jefe del puesto militar de North Castle[273].

Asombrado el oficial al ver los papeles, pareció perder su natural sagacidad y prudencia, y por más que tuviera ante los ojos una prueba palpable de la infamia de Arnold, Jameson escribió una nota y resolvió enviar al prisionero inmediatamente al mismo traidor. Al mismo tiempo, sin embargo, ocurrióle felizmente despachar un mensajero para que entregara los papeles al comandante en jefe, quien, a su juicio, debía hallarse por el camino de Hartford. Por la tarde llegó de White Plains el Mayor Tallmadge, segundo comandante, y mudo de asombro al oír la noticia, rogó a Jameson con la mayor insistencia que detuviera al prisionero, a lo cual accedió el coronel aunque de mala gana, mas empeñóse en enviar su carta a Arnold, proporcionando así a éste un medio para eludir el castigo que merecía su crimen.

Persuadido André de que los papeles que se le encontraran habían sido enviados a Washington, y conociendo además que sería inútil ocultar por más tiempo la verdad, escribió una carta con fecha 24 de septiembre dirigida al comandante en jefe, revelando su nombre y su rango y cuidándose menos de su seguridad personal que de probar que no era un impostor o un espía, trató de refutar todos los cargos que recaían sobre él. Afirmó pues que su intención había sido conferenciar con una persona en terreno neutral, y que sin saberlo se introdujo en las líneas de los americanos.

Entretanto Washington llegó a Fishkill, a diez y ocho millas del cuartel general de Arnold, en la tarde del 24 de septiembre, y quiso continuar su marcha sin detenerse hasta West Point, pero M. De la Luzerne insistió para que pasara allí la noche, y habiéndolo hecho así, púsose en camino con su escolta en la mañana del 25 y envió antes un mensajero para que anunciase que almorzaría con

---

273 El día 3 de noviembre se dictó el siguiente acuerdo: «El Congreso ha formado el más alto concepto de la virtuosa y patriótica conducta de Juan Paulding, David Williams e Isaac Van Wart, y en testimonio de ello, ordena que cada uno de ellos reciba anualmente durante su vida doscientos dólares en especie, o su valor en moneda del país; y asimismo ha tenido a bien disponer que la Junta de guerra mande acuñar para cada uno de los interesados una medalla de plata. En uno de los lados de ésta habrá un escudo con la inscripción *Fidelidad,* y en el otro la siguiente divisa: *Vincit Amor Patriæ,* y cuando estén concluidas se entregarán al comandante en jefe, que debe presentarlas a los agraciados juntamente con una copia de esta resolución, dándoles gracias en nombre del Congreso por su fidelidad y el eminente servicio que han prestado al país.»

Arnold en Robinson's House. Al llegar Washington casi en frente a West Point y como lanzase su caballo por una vereda, recordóle Lafayette que no debía seguir aquel camino, puesto que Mrs. Arnold los estaba esperando seguramente para almorzar, a lo cual replicó el comandante en jefe sonriéndose: «¡Ah! ya sé que vosotros los jóvenes estáis todos enamorados de la señora de Arnold y que deseáis verla lo más pronto posible. Id pues a almorzar con ella y decidle que no me espere, porque voy a examinar los reductos de esta orilla del río y volveré dentro de poco.» Sus oficiales sin embargo no quisieron abandonarle, pero enviaron dos ayudantes de campo a fin de anunciar cuál era la causa del retraso.

Al saber que Washington y su escolta tardarían aun algún tiempo, Arnold y su familia se pusieron a almorzar con los ayudantes, y mientras estaban a la mesa entró de pronto el teniente Allen a entregar la carta de Jameson, en la cual anunciaba éste la captura de André. Por un poderoso esfuerzo y merced a su práctica en el arte de disimular, Arnold leyó la carta sin inmutarse; levantóse luego con alguna precipitación, dijo a sus convidados que su presencia era necesaria en West Point, y subiendo acto continuo a la habitación de su esposa, la mandó llamar. En pocas palabras manifestóle que se veía en la precisión de huir para salvar su vida, y abandonándola desmayada en el suelo, lanzóse apresuradamente hacia la orilla del río, entró en una barca de seis remos, estimuló a los hombres ofreciéndoles para beber, agitó su pañuelo al pasar por Verplanck's Point, y bien pronto viose en salvo a bordo del *Buitre*.

Poco después de la fuga de Arnold, Washington llegó al cuartel general de Robinson's House, y habiéndosele dicho que el primero había cruzado el río, resolvió almorzar apresuradamente a fin de alcanzar a Arnold si era posible. Al atravesar el río, desde el cual podía contemplarse el majestuoso panorama de Highlands, dijo Washington a los de su escolta: «Después de todo, caballeros, me alegro que el general Arnold se haya adelantado a nosotros, porque nos hará el saludo, y el estruendo del cañón será de muy buen efecto entre las montañas.» En esto, y como se acercase el bote a la orilla sin que se oyera nada ni se encontrase a nadie para recibirlos, exclamó Washington: «¡Cómo! ¿No piensan acaso saludarnos?»

Al desembarcar viose bajar de la colina a un oficial que con alguna cortedad se excusó por no estar preparado para recibir a tan distinguidos huéspedes. «¿Cómo es esto, caballero? —dijo Washington— ¿No está aquí el general Arnold?» «No, señor —repuso el oficial—, hace dos días que no viene y no hemos sabido nada de él en este tiempo.» «Esto es muy extraño —replicó el comandante en jefe—; nos han dicho que acababa de cruzar el río y que le encontraríamos aquí, pero de todos modos nuestra visita no será inútil, pues ya que hemos venido, aunque inesperadamente, daremos una vuelta para ver cómo está esto.» Empleáronse unas dos horas para examinar las fortificaciones, y luego Washington seguido de sus oficiales, volvió poco después a Robinson's House.

Hamilton, que se había quedado atrás, encontró a Washington cuando éste volvía, y sumamente agitado, entrególe los papeles que acababa de traer el mensajero de Jameson juntamente con la carta de André. Aurque asombrado al saber la infame traición de Arnold, Washington no perdió ni un solo momento la serenidad, y limitándose a decir a Lafayette: «¿De quién nos fiaremos ahora?», guardó el más profundo secreto acerca de aquel asunto. Hamilton fue enviado a Verplanck's Point, pero demasiado tarde para impedir la fuga de Arnold, cuya esposa se hallaba tan desconsolada, que Washington y sus oficiales la prodigaron toda clase de atenciones. Poco después recibióse una carta que Arnold le había escrito a bordo del *Buitre*, pidiendo protección para su mujer y su hijo, asegurando que ella era inocente y no tenía la menor participación en su crimen[274]. Beverly escribió también otra carta a Washington declarando que André estaba bajo la protección de una bandera y debía ser puesto en libertad inmediatamente.

274 Mr. Spark's opina que nada vino a probar que la señora de Arnold conociese los planes y proyectos de su esposo; pero Mr. Davis en sus *Memorias de Aaron Burr*, vol. I, pág. 219, asegura que aquella señora no solo era participe de los crímenes de Arnold, sino que le incitó a vender por oro a su país.

El comandante en jefe tomó inmediatamente sus medidas para estorbar los proyectos que pudiera tener Clinton, y aunque era imposible saber por el momento cuántas personas estarían complicadas en la traición de Arnold, no retiró su confianza a ninguno de los oficiales, juzgándoles por el contrario incapaces de tomar parte en tan negro crimen. En honra de los americanos, permítasenos recordar que ninguna persona absolutamente fue cómplice en la infamia cometida por Benedicto Arnold.

André llegó el 26 a Robinson's House custodiado por el Mayor Tallmadge; el 28 fue trasladado por el río a Stony Point, y desde allí pasó a Tappan con una escolta de caballería. Durante el camino, André, como era natural, quiso saber lo que opinaba Tallmadge acerca de su captura. He aquí lo que decía el Mayor en una carta muy interesante copiada por Mr. Spark's: «Cuando yo no pude eludir las importunas preguntas del prisionero le dije: "Estando yo en el colegio de Yale, tenía un compañero a quien quería mucho, que se llamaba Natan Hale, el cual ingresó en el ejército en 1775. Poco después de la batalla de Long-Island, el general Washington necesitó una persona que tomase ciertos informes respecto a la fuerza, posición y movimientos del enemigo, y habiéndose brindado el capitán Hale a prestar este servicio, marchó a Brooklyn y fue cogido a su vuelta, precisamente cuando pasaba junto a las avanzadas del enemigo. ¿Os acordáis del desenlace de la historia?" "Sí, repuso André, fue ahorcado como espía, pero seguramente no suponéis que yo esté en el mismo caso." "Sí, precisamente el mismo, y vuestra suerte será la misma." André trató de hacer algunas observaciones, pero era evidente que estaba más turbado e inquieto que nunca.»

Al día siguiente el comandante en jefe reunió un consejo de guerra para formar causa a André e imponerle el castigo que mereciera; el general Greene fue nombrado presidente de aquel, y Lafayette, Steuben y otros, vocales. Al proceder al interrogatorio, el acusado declaró cándidamente todo lo que ya expusiera antes en la carta que dirigió a Washington, y sin ocultar nada de lo que le concernía, sólo trató de evitar que recayese en otro la menor culpabilidad. Reconoció cuanto era necesario para condenarle, y entonces el Consejo, sin apelar a la declaración de testigos y considerando que el acusado se había introducido en las líneas con un disfraz, expuso que en su opinión André era un espía y como tal debía sufrir la pena de muerte.

Washington comunicó el resultado a Sir Enrique Clinton, y André obtuvo permiso para escribir una carta al general inglés a fin de hablarle de sus asuntos personales. Washington propuso luego el canje entre André y el traidor Arnold, deseando que este último fuese ahorcado en vez de su cómplice, mas a pesar de que el verdadero culpable era despreciado por sus nuevos compañeros, Clinton no consintió en entregarle a la venganza de sus conciudadanos[275]. Sin embargo, como querían mucho a André, entabló una correspondencia con el comandante en jefe americano, apelando a todos los principios de justicia, política y humanidad en favor de su protegido, mas al ver que sus cartas no producían efecto, dispuso que el general Robertson y otros dos caballeros pasasen el 1 de octubre para conferenciar con Washington o cualquier oficial que éste designase. Robertson se avistó con el general Greene en Dobb's Ferry y alegó infinidad de razones para demostrar que André no era un espía ni se le debía condenar como a tal, pero ni las observaciones ni las amenazas produjeron resultado alguno, y aun cuando el oficial inglés presentó luego una carta de Arnold, ofensiva en extremo, en nada favoreció la causa del prisionero, y al fin terminóse la conferencia sin que a los comisionados ingleses les fuera posible obtener lo más mínimo en beneficio de aquel.

La ejecución debía tener lugar a las cinco de la tarde del día 1 de octubre, mas habiéndose prolongado la conferencia con Robertson demasiado tiempo, se suspendió hasta el día siguiente a las doce. André observó que debían fusilarle como militar, pero no se quiso acceder a su petición porque el Consejo manifestó que según las leyes de la guerra debía considerársele como un espía.

275 El mayor Lee refiere en sus *Memorias* las románticas aventuras del sargento Champe, pero Mr. Spark's dice que se ha cometido un error al suponer que Champe fuese el encargado de coger a Arnold para salvar a André, toda vez que el sargento no fue a Nueva York sino diez y ocho días después de la ejecución. La historia de las aventuras de Champe sin embargo es demasiado interesante para que la omitamos, y el lector la encontrará en el apéndice al fin del presente capítulo.

Para terminar la descripcion de tan trágica escena usaremos las palabras del Doctor Thacher[276], que refiere con la mayor exactitud los detalles de la ejecución del desgraciado Mayor André.

«*2 de octubre*.—El Mayor André no se cuenta ya entre los vivos: acabo de presenciar sus últimos momentos que han dado lugar a una escena trágica y conmovedora. Durante su prisión y la instrucción de la causa dio constantes pruebas de esos elevados sentimientos que revelan dignidad y grandeza de alma. No se le ha oído ni un suspiro ni una queja, y se mostró continuamente agradecido a las consideraciones que con él se tuvieron. Oíasele hablar a menudo y muy afectuosamente de una madre y dos hermanas que ha dejado en Inglaterra, y en su carta a Sir Enrique Clinton recomienda con la mayor eficacia que no las olviden.

»El oficial de guardia que estuvo constantemente en la habitación del acusado, refiere que al anunciarle por la mañana que era llegada la hora de la ejecución, no perdió ni un momento la serenidad, y mientras todos los presentes estaban silenciosos y tristes, mostrábase él tranquilo y digno. Al ver a su criado entrar con las lágrimas en los ojos, exclamó: "¡Dejadme hasta que podáis presentaros ante mí como un hombre!" Al poco rato enviáronle el almuerzo de la mesa del general Washington, según se había hecho diariamente; comió como de costumbre, y después de afeitarse y vestirse, puso su sombrero sobre la mesa y dijo políticamente al oficial de guardia: "Caballero, estoy dispuesto a seguiros cuando gustéis."

»Llegada la hora fatal, formóse un fuerte destacamento de tropas que se veía rodeado por una multitud inmensa; casi todos nuestros generales y oficiales, excepto Washington y su Estado Mayor, se hallaban allí a caballo; en todos los semblantes se revelaba la mayor tristeza, y la escena era verdaderamente lúgubre. Yo estaba tan cerca del reo durante la fúnebre marcha al sitio fatal, que pude observar todas las emociones y detalles de aquella tragedia. El Mayor André salió de la casa en que estuvo prisionero entre dos o tres oficiales subalternos, cogidos del brazo, y en aquel momento, aunque todas las miradas de la multitud se fijaron ansiosas en él, hízose superior al temor que pudiera inspirarle la muerte, y se presentó con esa dignidad que distingue a un caballero. Su mayor deseo había sido morir fusilado, por ser este el género de muerte más conforme con las ideas y sentimientos de un militar, y como abrigaba la esperanza de obtener esta gracia, hizo un movimiento involuntario al encontrarse repentinamente ante los descarnados brazos de la horca. "¿Qué tenéis, caballero?", le dijo uno de los oficiales que iba a su lado. Al oír la pregunta, recobróse André y contestó: "Ya estoy preparado a la muerte, pero no me gusta morir así."

»Mientras estuvo esperando al lado de la horca, parecióme observar que temblaba; colocó su pie sobre una piedra haciéndola rodar a cierta distancia, e hizo un movimiento con el cuello como si intentara tragar algo. Sin embargo, tan pronto como vio que todo estaba dispuesto, lanzóse rápidamente al tablado y hubiérase dicho que se estremecía, pero levantando al momento la cabeza, dijo con voz segura: «No será mas que un dolor momentáneo.» Entonces sacó dos pañuelos blancos del bolsillo con uno de ellos el preboste le ató ligeramente los brazos, y con el otro, el mismo André, después de quitarse el sombrero y la levita, se vendó los ojos con mano firme, lo cual enterneció los corazones e hizo asomar las lágrimas no sólo a los ojos de su criado, sino también de todos los espectadores. Una vez suelta la cuerda, André se ajustó al cuello el nudo corredizo, sin el auxilio del torpe ejecutor, y al manifestarle en aquel momento el coronel Seammel que podía hablar si lo deseaba, el reo apartó un instante el pañuelo de sus ojos y dijo: "Lo único que deseo es que atestigüéis que muero como un valiente." Al pronunciar estas palabras corrióse la plancha que sostenía a André, el cual quedó suspendido en el espacio y murió instantáneamente. Los restos mortales del oficial inglés, que vestía su uniforme real, fueron colocados en un ataúd ordinario que se enterró al pie de la horca, cuyo sitio fueron luego a regar con sus lágrimas miles de personas.»[277]

---

276 *Diario Militar* de Thacher, págs. 226-228.

277 En una carta que escribió luego Washington, refiriéndose a este asunto, expresábase en los siguientes términos: «En ningún caso desde el principio de la guerra se ha probado como ahora la intercesión de la Divina Providencia, a la que debemos seguramente que no haya caído en manos del enemigo West Point con toda su guarnición. No sé hasta qué punto pensaba Arnold envolverme en esta catástrofe, pero me inclino a creer que no era para él lo más

Durante el resto de la campaña nada importante se llevó a cabo en el norte, como no sea un brillante hecho de armas que se debió al Mayor Tallmadge. Habiendo sabido en 21 de noviembre que los ingleses tenían un gran depósito de forraje en Coram (Long-Island,) custodiado por una escasa guarnición del fuerte San Jorge, cruzó el Sound, por un punto que tenía más de veinte millas de ancho, y con solos cien hombres sorprendió el fuerte, hizo prisionera la guarnición, que constaba de cincuenta, quemó los almacenes en Coram, y evitando el encuentro de los cruceros ingleses, atravesó de nuevo el Sound sin perder un solo hombre.

Por otra parte, el Mayor Carleton se puso en marcha a fines de octubre a la cabeza de mil hombres, entre europeos, indios y realistas, y dirigiéndose al norte del Estado de Nueva York, se apoderó de los fuertes Ana y Jorge con sus respectivas guarniciones.

Al mismo tiempo Sir Juan Johnson seguido de otras fuerzas semejantes se presentó en Mohawk, donde tuvo con el enemigo algunas escaramuzas, pero ambas expediciones se vieron al fin precisadas a retirarse y devastaron todo el país que iban atravesando.

Al aproximarse la estación del frío, los dos ejércitos se retiraron a cuarteles de invierno. El general Washington situó a las fuerzas de Pensilvania cerca de Morristown, a las de Jersey en las inmediaciones de Pompton, en los confines de Nueva York y Nueva Jersey; las tropas de Nueva Inglaterra se estacionaron en West Point y sus alrededores, ocupando ambos lados de North River, y finalmente las tropas de Nueva York permanecieron en Albany a donde fueron enviadas para oponerse a la incursión de Carleton y Johnson. El ejército francés se quedó en Newport, excepto la legión del duque de Lauzun que se acantonó en Lebanon (Connecticut).

Apéndice al capítulo 7.

AVENTURAS DEL SARGENTO CHAMPE,
POR EL MAYOR LEE.

Informado Washington de que otros oficiales americanos conspiraban como Arnold contra su país, resolvió averiguar si esto era exacto, y en su consecuencia encargó al Mayor Lee eligiera un hombre que, fingiéndose desertor, marchara a Nueva York a fin de saber la verdad en un asunto tan importante para los intereses de la patria y la vindicación del ejército. Felizmente Lee contaba entre sus tropas un hombre a propósito, y después de celebrar una entrevista con el bravo sargento y vencer sus escrúpulos para cumplir tan extraordinaria misión, Champe se convino al fin en desempeñarla.

Arreglado el primer punto, el Mayor y el sargento trataron acerca de los medios de que se valdría este último para desertar, porque ambos sabían muy bien que cruzar entre las numerosas patrullas de caballería e infantería que vigilaban continuamente, era en extremo difícil, tanto más cuanto que algunas partidas recorrían el sitio llamado Liberty-pole, y varios cuerpos irregulares llegaban a veces hasta Paulus Flook con la esperanza de coger algún botín. Por grandes que fuesen las dificultades, nada podía hacer en esto el Mayor Lee sin dar a conocer que patrocinaba la deserción, lo cual equivalía a descubrir el secreto, comprometiendo a la vez la vida de Champe si llegaba a saberlo el enemigo; y por lo tanto el sargento quedaba abandonado a sus propios recursos,

---

importante entregar la plaza y las tropas que la defendían. Una combinación de circunstancias extraordinarias y la virtud de tres milicianos, pusieron en nuestro poder al ayudante general inglés con la prueba palpable de la traición de Arnold, y a no haber sido por la inconcebible imprudencia del coronel Jameson, que al parecer se aturdió y no supo lo que se hacía, es indudable que el traidor habría caído en nuestro poder. André expió su falta con el valor que era de esperar de un cumplido caballero y valeroso oficial, pero mucho me engaño si Arnold no sufre ahora todos los tormentos del infierno. Sin embargo, es un hombre sin sentimientos, y por algunos rasgos de su carácter de que me han hablado últimamente, me inclino a creer que se ha endurecido tanto en el crimen que no tiene honor ni vergüenza, y que mientras se halle en disposición de continuar en su vida disipada, no penetrará en su corazón el remordimiento.»

conviniéndose no obstante en que si su falta se notaba antes de la mañana, se cuidaría Lee de retardar la persecución tanto como fuese posible. Después de dar al sargento tres guineas, deseándole buena suerte, el Mayor le recomendó que marchase sin tardanza y que comunicara su llegada a Nueva York tan pronto como le fuese posible. Entonces Champe sacando su reloj, lo confrontó con el del Mayor, recordando a este último lo importante que era retardar la persecución que en su concepto iba a tener lugar aquella misma noche, y que podía serle fatal, pues le era preciso dar muchos rodeos a fin de evitar el encuentro de las patrullas. En aquel momento eran cerca de las once: Champe volvió al campamento, cogió su capa y su mochila, y sacando el caballo de la cuadra, se puso en marcha, en tanto que Lee, satisfecho por la actividad con que se llevaba a cabo la primera parte de la empresa, se retiró a descansar. ¡Vano intento! ¡Bien pronto había de turbar su reposo la noticia de la fuga de Champe!

Al cabo de media hora, el capitán Carnes, que era el oficial de guardia, se presentó al Mayor Lee, y revelando cierta agitación, díjole que un individuo de la patrulla acababa de encontrar a un dragón, que en vez de detenerse al dar la voz de alto, había metido espuelas a su caballo sin dar contestación alguna, y que ya le iban persiguiendo. Quejóse el Mayor Lee de aquella interrupción, y manifestando que estaba muy cansado, contestó como si no entendiera lo que acababan de decirle, invitando al capitán a que repitiese sus palabras. «¿Y quién puede ser ese hombre a quien persiguen? —preguntó el Mayor—. Será acaso algún paisano.» «No —replicó el capitán—, la patrulla vio claramente que era un dragón, aunque no sé si del enemigo o de los nuestros.» El Mayor ridiculizó esta opinión, manifestando que semejante cosa no era probable, atendido que durante toda la guerra no había desertado ni un solo individuo de aquel cuerpo; pero esto no convenció al capitán Carnes, que como otros muchos, desconfiaba de todo desde la traición de Arnold, y en su consecuencia fue inmediatamente a pasar revista al escuadrón, que acababa de formarse por orden suya. El capitán volvió a los pocos momentos diciendo que el desertor era nada menos que el sargento mayor que se había ido con su caballo y su equipo, y añadió, muy afectado al parecer por la falta de un soldado a quien se quería tanto, que acababa de encargar la persecución a un destacamento, y que sólo esperaba una orden escrita del Mayor para ponerse en marcha.

Lee interrumpió al capitán para hacerle varias observaciones acerca de la irreprensible conducta del sargento, llegando hasta suponer que, lejos de desertar, se habría tomado la libertad de ir a dar un paseo, siguiendo el ejemplo de otros oficiales que lo tomaban por costumbre, contrariamente a lo dispuesto por la ordenanza y la disciplina.

De este modo se pudo ganar algún tiempo, pero como llegara el aviso de que ya estaba dispuesto a marchar el destacamento, el Mayor Lee, recurriendo a otro expediente, manifestó al capitán Carnes que le necesitaba para un servicio especial de la mayor urgencia, y que encargara por lo tanto la persecución a Cornet Middleton. El Mayor tomó estas disposiciones, primeramente para seguir ganando tiempo y en segundo lugar porque conociendo el carácter bondadoso del nuevo oficial, esperaba que protegiera a Champe en caso de que fuera cogido. A los diez minutos, presentóse Middleton a recibir la orden que le entregó el Mayor concebida en estos términos: «Perseguid, hasta donde podáis hacerlo con seguridad, al sargento Champe, quien según se sospecha ha desertado para pasarse al enemigo, tomando el camino que conduce a Paulus Hook. Traedle vivo a fin de que se le pueda castigar en presencia del ejército, pero matadle si se resiste o trata de escapar.»

Al entregar esta orden a Middleton, el Mayor le detuvo algunos minutos mas a fin de indicarle qué camino debía seguir, y después de haberle recomendado eficazmente que tuviera cuidado de no caer en manos del enemigo por un exceso de celo en la persecución, despidióse de él deseándole buena suerte. Poco después de haberse marchado Champe, había llovido un poco, y merced a esta circunstancia, los perseguidores pudieron seguir las huellas del fugitivo, pues tanto oficiales como

soldados conocían la forma de los cascos de los caballos de tal modo que no era posible engañarse[278].

Cuando Middleton se puso en marcha, era poco más de media noche, de modo que Champe no llevaba más de una hora de ventaja, lo cual no dejó de inquietar a Lee, tanto porque esto podría perjudicar al apreciable sargento como porque acaso tuviera que retrasarse a fin de evitar el encuentro de los que iban a su alcance. Durante la noche los perseguidores tuvieron que detenerse varias veces a fin de registrar el camino y no perder de vista la señal de las pisadas del caballo del fugitivo, mas al romper el día, Middleton continuó su marcha rápidamente, y subiendo por una eminencia antes de llegar a un sitio llamado los Tres Pichones, que se halla al Norte del pueblo de Bergen, divisó así como los hombres de su destacamento, al sargento Champe, del cual no les separaba más de media milla. Dotado de esa sagacidad que distingue a los indios, Champe descubrió en el mismo momento a sus perseguidores y entonces metiendo espuela a su caballo, resolvió hacerles perder la pista. Middleton por su parte se lanzó al galope seguido de los suyos, y como conocía perfectamente el país y recordase la existencia de un atajo que a través de los bosques conducía a un puente que hay mas allá de Bergen, dirigióse a él sin vacilar. Una vez llegado dividió sus fuerzas; ordenando a un sargento que con algunos dragones se posesionara de aquel punto, en tanto que él iba en seguimiento de Champe, seguro de que éste no podría escapar al verse cogido de frente y por la espalda. Pero Champe, que conocía también el atajo y que lo hubiera seguido a no estar seguro que por allí iban siempre las patrullas y destacamentos cuando volvían de escaramucear con el enemigo, prefirió el bosque al camino. En su consecuencia apartóse de este último todo lo más posible, y persuadido de que Middleton adivinaría sus intenciones, desistió de ir a Paulus Hook, pareciéndole más conveniente refugiarse en una de las embarcaciones inglesas que se hallaban a pocas millas al oeste de Bergen.

Al entrar en Bergen, Champe tomó la derecha y dando vueltas y revueltas a fin de hacer perder la pista a sus perseguidores, atravesó el pueblo y tomó luego la dirección de Elizabethown Point. El sargento de Middleton ganó el puente, donde se ocultó lo mejor posible a fin de lanzarse sobre Champe cuando éste se presentara, en tanto que el jefe de la tropa, siguiendo su camino por Bergen, pronto llegó donde acababa de emboscarse el resto de sus soldados, y pudo convencerse entonces de que Champe se le había escapado de las manos. Entonces volvió a recorrer el camino a fin de preguntar a los habitantes de Bergen si habían visto pasar por la mañana a un dragón, mas aunque le contestaron afirmativamente, no pudo averiguar qué camino seguía. Sin perder por eso las esperanzas, Middleton dispuso que sus hombres se diseminaran en todas direcciones a fin de seguir las huellas de Champe, y habiendo descubierto al cabo de poco tiempo algunos dragones qué camino siguiera el fugitivo al salir del pueblo, renovóse la persecución activamente, consiguiéndose al fin descubrir de nuevo el sargento.

Éste, sin embargo, sospechando lo que iba a suceder, no se había descuidado en tomar sus medidas: arrojó la maleta que contenía sus ropas, así como la vaina de la espada que podía servirle de estorbo para nadar, y viendo que a causa de su momentánea detención no se hallaban sus perseguidores más que a trescientas o cuatrocientas varas de distancia, lanzóse de su caballo, atravesó el pantano en dirección al río y se tiró al agua pidiendo auxilio. Los hombres de la tripulación de la embarcación hicieron fuego sobre el caballo y enviaron un bote para recoger al sargento, que subió a bordo para ser conducido luego a Nueva York con una carta del capitán del barco que daba cuenta del hecho.

El caballo con el equipo del sargento y la vaina de su espada fueron recogidos por Middleton, que en vista del mal éxito de su empresa juzgó conveniente retirarse.

A eso de las tres de la tarde llegó al campamento Middleton con su tropa y los soldados al ver el caballo, tan conocido de ellos, sin su jinete, prorrumpieron en exclamaciones gritando que el traidor había muerto.

---

278 Todas las herraduras de los caballos tenían la misma forma y en las delanteras se ponía siempre una señal particular, que conocida de todos los jinetes, indicaba con seguridad el paso de nuestros dragones, lo cual era a veces muy útil.

Alarmado Lee al oír aquellas voces, salió de su tienda y al ver que los dragones de Middleton conducían el caballo de Champe, comenzó a reprocharse la muerte del intrépido sargento, pero disimulando su angustia, acercóse a Middleton y no pudo menos de tranquilizarse, pues comprendió por el gesto del oficial y de su gente cuál fuera el resultado. En efecto, Middleton refirió lo que acababa de suceder en sus menores detalles, añadiendo que Champe se había escapado a pesar de los esfuerzos que hicieron sus perseguidores para cogerle.

La angustia que al principio experimentara Lee se convirtió en alegría y satisfacción al saber que el sargento sano y salvo se hallaría ya entre el enemigo considerado como un verdadero desertor, puesto que no había motivo alguno para que se dudase de su sinceridad.

El Mayor dio conocimiento de este hecho al comandante en jefe, a quien no dejaron de afectar los apuros del sargento, felicitándose sin embargo del buen éxito de la empresa. Cuatro días después de la fuga de Champe, Lee recibió una carta suya sin firma escrita el día antes, en la cual manifestaba lo sucedido después de hallarse a bordo de la embarcación donde lo recibieron bondadosamente.

Tan pronto como llegó a la ciudad, Champe fue presentado al comandante de Nueva York, a quien presentó la carta escrita por el capitán del barco. Habiéndole preguntado a qué cuerpo pertenecía y otras varias cosas, se le envió con un ordenanza al ayudante general, quien al ver que era un sargento mayor de caballería, cuerpo notable por su fidelidad, comenzó a interrogarle a su vez. Champe contestó que tal era el espíritu de insubordinación que predominaba entre las tropas americanas, a consecuencia de la traición de Arnold, que no dudaba que si se aprovechaba la oportunidad no sólo disminuirían las fuerzas de Washington, sino que bien pronto se vería abandonado de sus mejores soldados. El sargento añadió que sus observaciones y el descontento que empezaba a reinar en el cuerpo a que pertenecía eran una prueba segura de la verdad de su aserto. Cuando hubo concluido de hablar, anotóse en un registro, según es costumbre entre los ingleses, la filiación y señas particulares de Champe, y en seguida le enviaron al comandante en jefe con una carta del ayudante general.

Sir Enrique Clinton trató bondadosamente al sargento; estuvo conferenciando con él más de una hora y le preguntó, entre otras cosas, a qué se debía el descontento del ejército, si se sospechaba que hubiese otros oficiales de nota complicados en la conspiración de Arnold y quiénes eran; si Washington gozaba de la misma popularidad que antes; cuál era la situación de André, qué se opinaba acerca de su suerte, y por último si se creía que Washington iba a tratarle como a un espía. A estas diversas preguntas, algunas de las cuales eran embarazosas, Champe contestó evasivamente, dando a entender sin embargo que si se adoptaban medidas para evitar la deserción, las mejores tropas de los americanos, tanto infantes como caballos, abandonarían bien pronto sus banderas. Respecto a la suerte de André, Champe dijo que ignoraba cual sería, si bien el ejército deseaba al parecer que se le perdonase, y que en su opinión esto dependía mas bien del Congreso que de la voluntad de Washington.

Después de esta larga conversación, Sir Enrique Clinton dio a Champe un par de guineas y le encargó que se presentara al general Arnold, el cual estaba ocupado en organizar una legión americana para el servicio de S. M. Antes de que se marchase el sargento sin embargo, Clinton mandó a uno de sus ayudantes que escribiera a Arnold en nombre de Champe, manifestando quién era éste y las noticias que había dado respecto al ejército, hecho lo cual se entregó la carta al ordenanza que había de acompañar a Champe para que la llevase a su destino. Arnold quedó muy satisfecho y complacido, tanto por la deserción de Champe como al saber que otros pensaban imitar su conducta, hízole numerosas preguntas, y le designó para cuartel el que ocupaban los reclutas y sargentos.

Arnold propuso también a Champe que formara parte de su legión con el mismo grado que tenía en el ejército rebelde, ofreciendo asimismo adelantarle cuando se hiciese acreedor a ello, pero Champe manifestó que deseaba retirarse del servicio, porque estaba seguro que en caso de caer prisionero, le ahorcarían sin remedio, y que por lo tanto esperaba se le dispensase de aceptar el

ofrecimiento. Una vez en el cuartel, Champe pensó en el medio de entregar las cartas que llevaba, lo cual no podría hacer hasta la noche siguiente, pues érale preciso buscar a uno de los dos incógnitos a quien iba recomendado. El primero a quien se dirigió, recibióle con las mayores atenciones, y habiendo leído la carta que le entregara el sargento, le aseguró que podía contar con su eficaz cooperación para todo cuanto necesitara y dependiese de él. Champe dijo entonces que el general había resuelto enviarle a Nueva York porque era muy urgente hacer ciertas averiguaciones, y el desconocido después de ofrecer sus servicios, comprometiéndose a enviar las cartas del sargento al Mayor Lee, fijó una hora a la mañana siguiente para verse de nuevo con su asociado.

Lee notificó al general lo que decía Champe en su carta, y recibió en cambio una comunicación para el último en la que se le encargaba que terminase cuanto antes su cometido porque iba a decidirse pronto de la suerte de André, y una vez pronunciada la sentencia no era posible demorar la ejecución, cualquiera que fuese. El mismo mensajero que llevó la carta de Champe, volvió con la orden del general. Cinco días estuvo el sargento en Nueva York antes de ver a la persona a quien únicamente debía confiarse la comisión contra Arnold, y la cual ofreció ayudar en todo lo posible a Champe, prometiendo buscar alguna otra persona de confianza que era de todo punto necesario. Poco después Lee volvió a recibir noticias del sargento, quien le manifestaba entre otras cosas que en la mañana del día último de septiembre se había alistado en clase de sargento de reclutas al servicio de Arnold, medida que, aunque le repugnaba, no podía prescindir de ella, toda vez que así le era fácil entrar y salir en casa de Arnold, cosa indispensable para llevar a cabo la difícil empresa que le fuera confiada. Champe añadía que tenía que luchar con numerosas dificultades y que no eran muy halagüeñas sus esperanzas de obtener un éxito feliz. Champe terminaba su carta diciendo que no tenía motivos para creer estuviese nadie complicado en la traición de Arnold; que este rumor tuvo su origen en el campamento enemigo, y que de todos modos esperaba aclarar pronto este punto satisfactoriamente.

El placer que causara a Lee la primera parte de esta carta se aminoró al saber cuántas dificultades se presentaban para la captura de Arnold, pues de ésta dependía la salvación de André. Sir Enrique Clinton, por su parte, mostrábase muy deseoso de salvar a su querido ayudante de campo, y se esperaba que el examen de los testigos y la defensa del prisionero retardaría la resolución del tribunal ya reunido, dando así tiempo a Champe para que llevara a cabo su misión. Pero una circunstancia imprevista echó por tierra estos planes. El digno y pundonoroso André, reconociendo su falta, no quiso defenderse, y al confesarse culpable, no hubo lugar al examen de los testigos, por cuya razón, al día siguiente 2 de octubre, reunióse de nuevo el tribunal que declarando que André era un espía, condenóle a sufrir la pena de muerte.

Al día siguiente se ejecutó la sentencia en la forma acostumbrada, sin que el comandante en jefe juzgara ya oportuno retardarla por más tiempo, tanto por las pocas seguridades que diera Champe de llevar a cabo su cometido, y por sospechar aun que hubiese otros oficiales comprometidos en la traición de Arnold, como por consideraciones a la opinión pública.

Además de esto, ni al Congreso ni a la nación se le hubiera podido explicar el motivo por que se dilatara la ejecución, pues se corría el riesgo de excitar sospechas y alarma; ni era conveniente tampoco que André estuviese en el secreto, pues seguramente hubiese creído que Sir Enrique Clinton hacia esfuerzos para salvarle, y esto equivalía a darle una esperanza cuya realización dependía tan sólo de una cosa insegura. La ejecución de André impidió que la empresa confiada a Champe obtuviera en todas sus partes el resultado apetecido.

Washington ordenó al Mayor Lee que comunicara al sargento lo sucedido, encargándole de paso que tratara de cumplimentar las demás instrucciones, no apresurándose mucho si por ello había de comprometerse el éxito.

Poco después recibióse la contestación de Champe, quien deploraba lo sucedido, manifestando cándidamente que la esperanza de facilitar a Washington el medio de salvar la vida de André, a quien todos compadecían en el campamento americano, era lo único que pudo inducirle a encargarse de la comisión que desempeñaba. Con la carta iban adjuntos algunos documentos que

probaban la inocencia de las personas a quienes se acusara de traición, cuyos documentos, completamente satisfactorios, revelaban el celo y actividad de Champe. Al día siguiente Lee entregó estos papeles al comandante en jefe, quien después de examinarlos desmostró su satisfacción, porque era evidente la inocencia de los acusados y no había ya motivo para desconfiar de ninguno de los oficiales del ejercito. Nada quedaba pues que hacer sino apoderarse de Arnold, y habiendo fijado Champe toda su atención sobre este punto, remitió en 19 de octubre una nota al Mayor Lee, dándole cuenta de las diligencias practicadas así como también de los detalles de su plan, que fue sometido al examen de Washington, con una petición del sargento en la que solicitaba se le enviasen algunas guineas. La carta del general escrita del mismo día 20 de octubre, revela cuánta importancia daba a este asunto, y qué resuelto estaba a que Arnold le fuese entregado vivo.

El Mayor Lee escribió a Champe diciéndole que las recompensas que había prometido a sus asociados serían satisfechas puntualmente cuando entregaran a Arnold; que interinamente se enviarían cortas cantidades para los gastos imprevistos, pues pudiera infundir sospechas si se le encontraba mucho dinero; que por el momento se le remitían cinco guineas, y por último, que contase con más cuando fuese absolutamente necesario.

Diez días transcurrieron antes que Champe tomase todas sus medidas, y al cabo de este tiempo, Lee recibió la última carta de aquel, en la cual le indicaba que a la tercera noche siguiente enviara un destacamento de dragones a Hoboken, en cuyo punto esperaba entregar a Arnold al oficial. Como Champe se había alistado en la legión americana que estaba organizando Arnold, pudo fácilmente observar el método de vida del general, y así descubrió que acostumbraba retirarse a su casa a las doce de la noche, y que antes de irse a la cama, solía dar una vuelta por el jardín. En este momento era cuando los conjurados debían apoderarse de él poniéndole inmediatamente una mordaza.

Junto a la casa de Arnold, en la cual se pensaba cogerle, había varias empalizadas que Champe arrancó, volviendo a colocarlas cuidadosamente, pues su objeto era dejar expedito el paso a una alameda contigua, donde el sargento, con ayuda de uno de sus asociados, debía apoderarse de Arnold, mientras el otro esperaba con un bote en uno de los embarcaderos del Hudson para conducir al prisionero. El plan de Champe y su compañero era llevar sujeto a Arnold por las calles más retiradas hasta llegar al bote, conviniéndose ambos en decir que aquel era un borracho, si encontraban algún importuno que les hiciera preguntas. Una vez llegados al embarcadero, quedaban vencidas todas las dificultades, pues no ofrecía peligro ni obstáculo alguno el atravesar hasta la orilla de Jersey.

Tan pronto como Lee tuvo conocimiento de estos detalles comunicólos al comandante en jefe, quien muy satisfecho, dio orden al Mayor para que saliese al encuentro de Champe, teniendo el mayor cuidado de no maltratar a Arnold. En el día prefijado, Lee salió por la noche del campamento con un destacamento de dragones, llevando preparados tres caballos: uno para Arnold, otro para Champe y el tercero para su asociado, sin dudar un momento del buen éxito de la empresa. La pequeña partida llegó a Hoboken a eso de la medianoche, y parte de ella se ocultó en el vecino bosque, en tanto que Lee se situaba con tres dragones cerca de la orilla del río. Sin embargo, pasó una hora y pasó otra sin que apareciese ningún bote, y viendo al fin que iba a romper el día, el Mayor resolvió volverse con los suyos al campamento a fin de manifestar lo que ocurría al comandante en jefe. Washington, que en vista de las medidas que adoptara su emisario, no dudaba del éxito de la empresa y creía ver realizado su más ardiente deseo, no pudo menos de dar a conocer su pena y su disgusto al pensar sobre todo que acaso su fiel sargento habría sido descubierto al llevar a cabo la última parte de su difícil empresa.

A los pocos días recibió Lee un anónimo del compañero de Champe, anunciando que el día antes de la noche prefijada para la ejecución del plan, Arnold había trasladado sus cuarteles a otro punto de la ciudad, a fin de inspeccionar el embarque de las tropas que se preparaban al parecer para una expedición que debía dirigir el mismo Arnold; y que la legión americana, compuesta en su mayor parte de desertores había sido conducida a los transportes a fin de evitar que se escapara

alguno de ellos. Así fue como Juan Champe, en vez de cruzar el Hudson aquella noche, quedó depositado a bordo de un buque de la flota hasta que las tropas, al mando de Arnold, desembarcaron en Virginia. El buen sargento no pudo ya escaparse del ejército inglés hasta que tuvo lugar la concentración de las tropas de Lord Cornwallis en Petersburg, desde cuyo punto huyó a la Carolina del Norte, permaneció algún tiempo en el Estado de Sama y pudo al fin reunirse con el ejército americano, poco después de haber cruzado éste el Congaree en persecución de Lord Rawdon.

La aparición de Champe causó el mayor asombro a sus compañeros, tanto más cuanto que vieron que el antiguo Mayor Lee, entonces teniente coronel, le recibía cordialmente y con el mayor afecto. Sin embargo, pronto se supo la historia de Champe, y entonces aumentóse el aprecio y cariño que siempre inspirara a oficiales y soldados, causando además la mayor admiración su atrevida y arriesgada empresa.

Champe fue presentado al general Greene, quien cumplió puntualmente las promesas que le hiciera el comandante en jefe, dando después al sargento un buen caballo y dinero para que marchara a ver al general Washington, quien satisfizo todos los deseos de Champe y le declaró libre del servicio[279], para evitar que muriese ahorcado, si por una de las vicisitudes de la guerra llegaba a caer en poder de enemigo.

8.
El año decisivo de la guerra (1781)

La neutralidad armada. Inglaterra declara la guerra a Holanda. Lucha de las potencias europeas. Situación apurada de los negocios. Roberto Morris. Empréstito extranjero. Motín de las tropas de Pensilvania. Imitan el ejemplo las tropas de Nueva Jersey. Aplicación del castigo. Arnold en Virginia. Proyecto para apoderarse de su persona. Phillips se une con Arnold. Lafayette en el mando. Greene en la Carolina. Su política. Las fuerzas de Morgan. Batalla de Cowpens. Brillante victoria. Retirada de Morgan. Anécdota. Greene se encarga del mando. Su célebre retirada. Batalla de Guildford Court House. Greene persigue a Cornwallis. Rawdon se encarga del mando. Batalla de Hobkirk's Hill. Victoria de los americanos contra los ingleses. Rawdon se retira a Monk's Carner. Operaciones en Georgia a las órdenes de Pickens y Lee. Greene marcha contra Ninety-Six. Rawdon le obliga a retirarse. Crueldad de Rawdon. El calor. Batalla de Eutaw Springs. Terminación de la guerra en la Carolina del Sur. Cornwallis en Virginia. Lafayette se encarga del mando de las tropas americanas. Movimientos de Cornwallis. Actividad de Lafayette. Cornwallis se atrinchera en Yorktown. La flota francesa. Washington proyecta un ataque contra Nueva York. Error de Clinton. La carta de Washington. Cornwallis es sitiado. Expedición de Arnold a Connecticut. El sitio de Yorktown. Rendición de Cornwallis. Alegría de los americanos. Lafayette vuelve a Francia. Laurens sale de la torre de Londres.

No se creía probable que la guerra con los Estados Unidos fuese precursora de otros males para Inglaterra, pero los acontecimientos probaron lo contrario, y tales proporciones adquirió la lucha, que se extendió a las Indias Occidentales, a la roca de Gibraltar y a las mismas orillas del Ganges. Enorgullecida Inglaterra con su inmenso poder marítimo, no sólo se arrogó, sino que ejerció con la más rigurosa severidad el derecho de dar caza a todos los buques y apoderarse de los cargamentos del enemigo donde quiera que lo encontrase en el mar. La Holanda y otras potencias neutrales, que se dedicaban especialmente al comercio, no pudieron menos de llevar a mal la

279 Cuando el general Washington fue llamado por el presidente Adams para ponerse al frente del ejército que se preparaba a defender el país contra los franceses, previno al teniente coronel Lee que averiguara donde estaba Champe, pues deseaba encargarle del mando de una compañía. Lee envió un mensajero al condado de Londres, donde se había establecido Champe después de retirarse del servicio, mas allí se supo que el bravo sargento acababa de trasladarse a Kentucky, donde murió poco después.

intervención de la marina de guerra inglesa, y como los holandeses, sin hacer aprecio de las amenazas de la Gran Bretaña, enviaban continuamente a los puertos de Francia buques cargados de efectos militares, llegó el caso de que una vez los ingleses atacaran a un convoy en el Mediterráneo, cuyo insulto fue causa de que Holanda tomara parte en la guerra contra Inglaterra.

Deseando las potencias del Norte rechazar las insolentes exigencias de Inglaterra, formaron una Confederación conocida con el nombre de *Neutralidad armada*, a cuya cabeza se puso Catalina II de Rusia juntamente con Suecia y Dinamarca. Esta Confederación, fundándose en el principio de que siendo los buques libres también lo son los cargamentos, sentó como base, que los barcos neutrales debían navegar libremente de un puerto a otro y por las costas de las potencias beligerantes; que todos los efectos pertenecientes a los súbditos de aquellas no podían tocarse estando en los buques neutrales, excepto no obstante los géneros de contrabando, y que no se consideraría bloqueado ningún puerto a menos que hubiera en él fuerzas suficientes para efectuar el bloqueo. Habiéndose invitado a las demás potencias a que se unieran a la Confederación, Francia y España aceptaron desde luego; Portugal vaciló y al fin no se convino, y las Provincias Unidas tardaron algún tiempo en contestar.

Entretanto Enrique Laurens fue cogido prisionero al dirigirse a Holanda a negociar un empréstito para los Estados Unidos, y habiendo llegado sus papeles a manos del ministro inglés, éste supo así que Holanda y América estaban en vías de celebrar un tratado, e Inglaterra resolvió, al terminarse el año 1780, declarar la guerra a los Estados Generales, y sin amigos ni aliados, preparóse a luchar con los adversarios que tenía en todos los puntos del globo.

Los límites de nuestra historia no nos permiten referir los detalles de la gigantesca lucha entre las potencias beligerantes, ni es por otra parte necesario que lo hagamos. Sus hazañas fueron asombrosas, y se dieron grandes combates navales en los que tan pronto favorecía la victoria a unos como a otros. Los aliados y los ingleses, alternativamente conquistadores y conquistados, apresaron numerosos buques, si bien puede decirse que los ingleses llevaron en lo general la mejor parte. Algunas de las islas de las Indias Occidentales cambiaron de dueño durante la guerra: Pensacola fue tomado por los españoles, que desde allí extendieron sus conquistas sobre toda la Florida, y entre tanto Francia e Inglaterra no se olvidaban de América. La primera de dichas potencias, además de las fuerzas que allí contaba al mando de Rochambeau, resolvió enviar una numerosa flota a las órdenes del conde de Grasse, que después de prestar ciertos servicios en las Indias Occidentales, debía presentarse en la costa de los Estados Unidos a cooperar con Rochambeau y Washington, medida que tuvo una gran importancia para la causa de América. Los ingleses por su parte no perdonaron sacrificio alguno para reforzar prontamente sus ejércitos de mar y tierra, en la esperanza no sólo de conservar sus primitivas conquistas, sino de extender sus dominios.

El estado de los asuntos en aquella época era a la verdad el más a propósito para que concibieran esperanzas los enemigos de la libertad, alarmando al mismo tiempo a los defensores de la patria. Los esfuerzos hechos en el año anterior y el buen éxito de las operaciones en el sur reanimaron en cierto modo el espíritu público, pero como quiera que no se hubiese establecido un sistema permanente para atender a todas las necesidades del ejército, hallábase el país poco menos que al borde de un abismo.

La situación del Congreso no podía ser más apurada. Del éxito de la lucha dependía entonces la existencia del país, en cuyo seno se hallaba ya un enemigo poderoso que no era posible desalojar sin emprender grandes operaciones militares, pero para esto, ni se contaba con un ejército ni con dinero. Las letras de crédito habían perdido ya todo su valor, y los mismos hombres del gobierno tuvieron que confesarlo así o darlo a conocer por sus propios actos, pues no quisieron recibir el papel para el pago de los impuestos[280]. Sin dinero de alguna clase no era posible levantar ni

280 «En aquella época y por convenio tácito dejó de circular el papel continental, que semejante a un anciano que expira agobiado por los años y los achaques, quedó enterrado para siempre en las carteras de los últimos poseedores. Según la escala de la depreciación, la guerra se sostuvo durante cinco años por poco más de un millón de libras esterlinas, y doscientos millones de dólares en papel se realizaron por cinco millones efectivos. En otros países, semejantes medidas hubieran producido insurrecciones populares, pero en los Estados Unidos no

mantener un ejército, pero cuanto más grande era el apuro, mayores fueron los esfuerzos y sacrificios de aquel puñado de esforzados patriotas, pues sin desanimarse enviaron agentes para contraer un empréstito en Francia, España, Holanda, y aun cuando conociesen que la medida era inoportuna y que no tenían fuerza suficiente para hacerse obedecer en caso de negativa, recurrieron a la creación de impuestos.

Notando que había mucho desorden y despilfarro en el manejo de caudales, resolvieron introducir una rigurosa reforma y la más estricta economía, y en consecuencia nombraron tesorero a Roberto Morris, de Filadelfia, hombre cuya moralidad, ardiente patriotismo y grandes conocimientos financieros le hacían la persona más a propósito para tan importante cargo. Por medio del *Banco de la América del Norte*, que estableció durante el curso del año, previa la aprobación del Congreso, consiguió poner en circulación los fondos de las personas más ricas, y prestando en nombre del gobierno, a la vez que activaba el pago de las contribuciones no satisfechas aun, pudo reunir bastantes fondos. También hizo valer su crédito, que era mucho, puesto que llegó el caso de hallarse en circulación letras de crédito firmadas por él solo, que representaban un valor de quinientos ochenta y un mil dólares.

Mientras que América encontraba así algún alivio en sus apuros, merced al celo y eminentes servicios de uno de sus hijos, había otro hombre que, aunque fuera del país, no trabajaba menos en favor de sus compatriotas. Franklin, que había sido nombrado en el mes de septiembre de 1778 ministro plenipotenciario de la corte de Francia, obtuvo de Luis XVI un donativo de seis millones de libras, además de otras cuatro que se le prestaran antes; y como quiera que Holanda rehusase facilitar dinero a los Estados Unidos por su propio crédito, el monarca francés prestó su fianza a los Estados Generales, que con semejante garantía prestaron al Congreso la suma de diez millones de libras[281]. España no quiso facilitar dinero a los Estados Unidos a menos que éstos renunciaran a la navegación del Mississippi, proposición-que fue rechazada sin vacilar. A todos cuantos suministraron auxilios se les pagó por el tesorero con la más estricta puntualidad, de tal modo que gradualmente comenzó a renacer la confianza pública allí donde antes se había perdido por completo, y el orden y la economía sustituyeron al desorden y al despilfarro.

Antes de que hubiese mejorado la cosa pública a consecuencia de las medidas adoptadas, ocurrió un hecho que pudo tener funestas consecuencias. El día 1 de enero de 1781 unos mil trescientos hombres de las tropas de Pensilvania rehusaron prestar obediencia a sus oficiales y cometieron varios abusos alegando que no se les pagaba, que carecían de todo lo más necesario y que sólo se habían alistado por tres años. Los oficiales les manifestaron que según su contrato debían servir hasta la terminación de la guerra, pero los soldados sostuvieron lo contrario diciendo que ellos sólo se engancharon por el tiempo indicado, ya concluyese o no la guerra. Resueltos entonces los amotinados a que se atendiese a sus reclamaciones, apoderáronse de seis piezas de artillería y marcharon hacia Princeton, donde les salió al encuentro el general Wayne, quien deseando imponer a los revoltosos, apuntó con sus pistolas a los que tenía mas próximos. Pero en el mismo momento algunos de los mas atrevidos dirigiéndole al pecho la punta de sus bayonetas, exclamaron: «Os respetamos, general, y os queremos de todo corazón, pero sois hombre muerto si disparáis vuestras armas! No creáis que es nuestra intención pasarnos al enemigo; por el contrario, si se presentase ahora, nos veríais combatir a vuestras órdenes con la misma resolución de siempre,

---

ocasionaron el menor tumulto, pues si bien es cierto que en algunos casos se abusó de la buena fe del público, también lo es que se hizo mucho bien. Por una parte no fue posible evitar los males resultantes de la baja de los valores, y por otra el descuento de las letras de crédito por su valor nominal, en vez de remediar los apuros de muchos, los aumentó porque se vieron obligados a pagar un impuesto exorbitante. Sin embargo, todas estas circunstancias sirvieron para probar de una manera evidente que América estaba resuelta a sacudir el yugo de la Gran Bretaña. El pueblo vio que la necesidad obligaba a sus hombres de gobierno a obrar del modo que lo hacían, y convencidos de que su principal objeto era el bien del país, sometióse pacíficamente a unas disposiciones que bajo otras circunstancias hubieran costado la vida y la fortuna a los que las dictaron.» *Historia de la Revolución Americana*, por Ramsay, vol. II, pág. 519.

281 *Vida de Franklin*, por Spark’s, pág. 468.

pero nosotros queremos que se nos atienda y que no se juegue más con hombres que se ven reducidos al último extremo.» Merced a la prudente intervención del general Wayne, los revoltosos hicieron por escrito sus reclamaciones, y tomadas éstas en consideración, diose la licencia a los que se habían enganchado por tres años, pagándoles sus atrasos, y se aseguró la puntualidad en el cobro a los que quisieran continuar en el servicio.

Un comité del Congreso con el cual iba el presidente de Pensilvania marchó luego a Princeton para verse con los revoltosos, y habiéndoles hecho proposiciones ventajosas, entregaron todos las armas. En la esperanza de aprovecharse de aquel motín, el comandante inglés envió emisarios para hacer ventajosas ofertas a los soldados de Pensilvania, mas estos las rehusaron con indignación diciendo que ellos no querían ser traidores a su patria como Arnold. No contentos con esto, cogieron a los emisarios de Clinton, que fueron ahorcados poco después.

Washington experimentó la mayor inquietud al tener conocimiento de la insurrección de las tropas de Pensilvania: no ignoraba que tenían graves motivos para estar descontentos y era su intención proceder con la mayor prudencia con hombres que se veían reducidos al último extremo, pero como hubiera sido sumamente peligroso permitir a otros que siguieran el ejemplo, el comandante en jefe creyó oportuno tomar ciertas medidas y al efecto eligió un cuerpo de tropas de Highlands, en las que tenía plena confianza, por si llegaba a ocurrir otro trastorno. La precaución no pudo ser más oportuna, pues el 20 de enero una parte de la brigada de Nueva Jersey se insurreccionó haciendo las mismas reclamaciones que las tropas de Pensilvania y se puso en marcha con dirección a Chatham. Washington destacó inmediatamente al general Hoowe contra los revoltosos, ordenándole que procediese con la mayor energía a menos que los soldados se sometieran sin condiciones y volvieran a cumplir con su deber. Estas órdenes se ejecutaron al momento; Hoowe sorprendió a los amotinados, que se entregaron sin resistencia; se fusiló a dos de los principales cabecillas, y de este modo se cortó de raíz el espíritu de rebelión.

El estado de los negocios en el Norte no era el más a propósito para que el comandante inglés abrigara esperanzas de conseguir allí nada, y por lo tanto parecióle más conveniente continuar las operaciones en el Sur, donde las armas británicas solían obtener más ventajas.

Hacia mediados de enero, hallándose la flota inglesa en Long-Island, fue sorprendida por una violenta tempestad que averió sus buques de tal modo, que no pudieron al pronto continuar su marcha, y aprovechando esta oportunidad, Destouches, nombrado almirante por muerte del caballero de Ternay, resolvió enviar alguna fuerza a la bahía de Chesapeake en persecución de Arnold, que acababa de entrar en Virginia dirigiendo una expedición. Los buques de Destouches se vieron precisados no obstante a volver a Newport sin haber conseguido más que capturar al *Rómulo*, buque de cincuenta cañones, pero empeñado Washington en perseguir al traidor Arnold, presentóse en Newport el 6 de marzo, donde tuvo una conferencia con los jefes franceses, en la cual se acordó que toda la flota se haría a la vela inmediatamente para Chesapeake con un considerable cuerpo de tropas. Imprevistas circunstancias impidieron sin embargo que los buques pudieran marchar antes del día 8, mas entretanto se comunicó un aviso a las fuerzas de Virginia para que cooperasen con sus aliados. Washington abrigaba fundadas esperanzas de coger a Arnold y encargó a Lafayette que no le concediese cuartel a fin de poder castigar sus crímenes; mas el haberse retrasado la marcha de la flota fue causa de que no pudiera llevarse a cabo el plan de Washington.

Entretanto el almirante Arbuthnot, que acababa de reparar sus averías, persiguió y alcanzó el 16 de marzo a la flota francesa en los cabos de Virginia, siguiéndose un reñido combate, en el cual ambas partes proclamaron la victoria, si bien es lo cierto que los franceses, no pudiendo llevar a cabo su expedición, se volvieron a Newport. Deseando Arnold dar una prueba del celo en perseguir a sus compatriotas, desembarcó el 4 de enero en Westover, punto situado en James River, a ciento cuarenta millas de los cabos y a veinte y cinco de Richmond, capital de Virginia. Steuben que era jefe de aquel Estado no pudo hacer más que apresurar la traslación de algunos almacenes militares que había en Petersburg a otro sitio más seguro, en tanto que algunas tropas regulares y parte de la milicia salieron al encuentro de Arnold, aunque sin conseguir detenerle en su marcha. El barón

Steuben hizo todo lo posible para sacar de Richmond el material de guerra y pudo al fin conseguir trasladar una parte por el río y el resto por West Ham.

Al día siguiente de haber desembarcado en Westover, penetró Arnold en Richmond sin gran dificultad, y deteniéndose en dicho punto con quinientos hombres, envió a West Ham al teniente coronel Simcoe, el cual destruyó una fundición, un molino, un almacén de pólvora y mucho material de guerra, volviéndose después a Richmond, donde se cometieron otros abusos por el estilo con varios particulares. Después de esto Arnold volvió a Westover el día 7 de enero, y sin más incidente que algunas escaramuzas con el enemigo, embarcóse el 10, recorrió el río destruyendo a su paso los almacenes militares de Smithfield y Mackay's Mills, y llegó finalmente el día 20 a Portsmouth donde manifestó que iba a establecer un puesto permanente. Arnold, que había obrado en aquella expedición con refinada malicia, dijo luego que no había tenido más que siete muertos y veintitrés heridos.

No siéndole posible al barón Steuben atacar a Arnold en Portsmouth, cuidó de situar sus tropas de la manera más conveniente para proteger a los habitantes del mejor modo posible. Washington confiaba en coger a Arnold en Portsmouth a fin de castigar sus crímenes, mas ya hemos dicho que el plan fracasó por no haber podido prestar su cooperación la flota francesa.

Como las fuerzas con que contaba Arnold no eran suficientes para llevar a cabo ninguna empresa en el poderoso Estado de Virginia, el jefe inglés resolvió aumentarlas, y al efecto, a mediados de marzo, envió a Chesapeake al general Phillips con dos mil hombres escogidos. Este jefe llegó a Portsmouth el día 26, y como tenía un grado superior, se encargó del mando de las tropas inglesas en Virginia.

Después de haber empleado algún tiempo en completar las fortificaciones de Portsmouth, el general Phillips tomó la ofensiva, y en su consecuencia el 18 de abril embarcó dos mil quinientos hombres en los buques más pequeños a fin de recorrer el río Jacobo y terminar la obra de destrucción comenzada por Arnold. Phillips desembarcó en Burrel's Ferry y se puso en marcha con dirección a Williamsburgh, última residencia del gobierno de Virginia, donde penetró sin la menor oposición a causa de haberse retirado la milicia que había en aquel punto. El general inglés destacó entonces varias partidas para que recorrieran el pequeño espacio comprendido entre los ríos Jacobo y York y destruyesen cuanto encontraran, y hecho esto, hízose de nuevo a la vela para City Point, donde desembarcó en la noche del 24, marchando en seguida a Petersburg para terminar su obra destructora.

El barón Steuben no pudo oponer resistencia al enemigo, porque las tropas regulares del Estado habían ido a reforzar las del general Greene, y la milicia no contaba con más de dos mil hombres, prescindiendo de que arriesgar una batalla contra tropas superiores en aquellas circunstancias equivalía a sufrir una derrota de funestas consecuencias para el país. El barón Steuben tuvo pues que resignarse a ver al enemigo asolar aquel territorio sin que le fuera posible impedirlo, y después de algunas ligeras escaramuzas se retiró a Richmond.

Poco después marchó Arnold a Osborne, pequeño pueblo que se encuentra al sur del río Jacobo, a quince millas de Richmond, en tanto que el general Phillips se dirigia a Chesterfield Court House, donde destruyó varias barracas y algunos establecimientos públicos. Algunos buques pequeños que se hallaban entre Osborne y Richmond, a fin de marchar con los franceses contra Portsmouth, opusieron alguna ligera resistencia, pero las tripulaciones incendiaron luego los barcos y huyeron para reunirse con la milicia. El día 30 de abril dirigióse Phillips seguido de Arnold contra Manchester, pequeña ciudad que se halla al sur del río Jacobo, frente a Richmond, donde según costumbre pegaron fuego a la Aduana y otros varios. establecimientos.

En aquel crítico período de la historia de Virginia fue cuando Lafayette llegó del norte para encargarse del mando de las fuerzas de dicho Estado. Cuando se trató de apoderarse de Arnold en Portsmouth, habíase nombrado a Lafayette jefe de la expedición, pero como esta no pudo llevarse a cabo, el jefe francés volvió a Maryland y pasó después desde dicho punto a Elk River, donde Washington le ordenó se encargase de las tropas de Virginia.

Al emprender Lafayette la marcha en dirección al sur para apoderarse de Arnold, las tropas que llevaba consigo procedían de los Estados del Norte, y como creyeron que la expedición terminaría pronto, no iban preparadas para emprender una campaña; por cuya razón al ver luego que era cosa larga, desertaron muchos soldados. Entonces Lafayette, que temió quedarse sin tropas, hizo lo posible por inspirar a su gente energía y resolución para arrostrar los peligros por amor a su país, y a fin de animar a los soldados, aquel joven caballero, tan indiferente a las riquezas como amante de la gloria, tomó sobre su propio crédito a los comerciantes de Baltimore cierta cantidad, con la cual compró zapatos y ropa para su destacamento. Las señoras de aquella ciudad se encargaron con patriótico celo de hacer los uniformes de verano.

Lafayette llegó a Richmond con su destacamento la noche antes de entrar el general Phillips en Manchester, pero en vez de atravesar el río, este jefe retrocedió hacia Bermuda Hundreds, punta de tierra que se encuentra en la confluencia de los ríos Jacobo y Appomaltox, destruyendo a su paso muchas propiedades de gran valor, después de lo cual se hizo a la vela con rumbo a Hog's Island, donde llegó la vanguardia de su flota el día 5 de mayo.

Al volver los ingleses por el río, Lafayette destacó pequeñas partidas para seguirlos y vigilar sus movimientos, en tanto que él establecía su cuartel general detrás del río Chickahominy, a poca distancia de Richmond. El día 7 de mayo el general Phillips recibió una carta de Cornwallis en la que se le manifestaba que el jefe inglés marchaba a Virginia y que había indicado a Petersburg como punto de reunion de las tropas británicas. El general Phillips se puso en marcha inmediatamente; desembarcó poco después una división en Brandon, mientras con otra continuaba su camino a City Point, y el día 9 encontráronse las dos en Petersburg, a donde llegaron tan improvisadamente que cogieron prisioneros a dicho punto a comprar botes para trasladar sus tropas por el río. Entre tanto el general Phillips sintióse atacado de una fiebre y se puso tan malo al llegar a Petersburg que no pudo ya dar órdenes, pues de tal modo se agravó a los pocos días su enfermedad, que murió al fin el 13 de mayo. Así pues, el mando de las tropas recayó de nuevo en Arnold, por un corto tiempo, antes de llegar a Nueva York, y muy oportunamente por cierto, para librarse de la suerte que le esperaba si se le hubiera encontrado con el general Cornwallis en Yorktown.

Según ya hemos dicho, el general Green se encargó del mando del ejército del Sur en diciembre de 1780, en cuya fecha componíanse sus fuerzas de unos dos mil trescientos hombres, que aunque, animados del mejor deseo y resueltos a defender su patria contra el enemigo, carecían sin embargo de los medios necesarios para resistir a las disciplinadas tropas de Cornwallis. No se le ocultaba a Greene cuán crítica era su situación y lo mucho que se esperaba de él, y por lo tanto después de reflexionar maduramente y a pesar del gran riesgo a que se exponía, se determinó a dividir sus fuerzas, confiando una parte de ellas al valeroso Morgan, y encargándose él de las demás, por cuyo medio érale fácil espiar los movimientos del enemigo, hostigarle todo lo más posible y aprovecharse en fin de la primera oportunidad que se ofreciera para un ataque[282].

Las fuerzas de Morgan se componían de trescientos veinte infantes a las órdenes del coronel Howard; cerca de doscientos tiradores a las del mayor Triplett, y unos ochenta dragones ligeros al mando del coronel Washington, con cuyas escasas fuerzas fue destacado al sur de Catawba para observar y hostilizar a los ingleses que había en Wynnsborough y Camden, mas se le encargó que se expusiera lo menos posible. El 25 de diciembre Morgan tomó posición cerca de la frontera occidental de la Carolina del Sur, no lejos de la confluencia del Pacolet con Broad River (Río ancho), y a unas cincuenta millas al Noroeste de Wynnsborough.

Con la otra división de su ejército el general Greene salió de Charlotte el día 20 del mismo mes, y llegó el 29 a Hick's Corner, punto situado en la parte oriental del Peedee, frente a Cheraw Hills, que se halla a unas setenta millas al noroeste de Wynnsborough, donde el jefe americano resolvió permanecer algún tiempo en la esperanza de que allí encontraria abundante alimento para sus tropas; pero desgraciadamente no fue así porque todo el país estaba asolado a consecuencia de las sangrientas luchas entre los *whigs* y los *tories*.

---

282 Véase la *Vida del general Greene*, págs. 108-116 y la *Vida del general Morgan*, por Graham, págs. 258-239.

Morgan, a quien no gustaba permanecer mucho tiempo ocioso destacó el 27 de diciembre al coronel Washington con su caballería y doscientos hombres de la milicia, quienes recorrieron al día siguiente cuarenta millas, teniendo la suerte de sorprender a una partida de *tories* cerca de Ninety-Six. Exasperadas en extremo por el recuerdo de los ultrajes que les infirieran sus enemigos en otras ocasiones, las tropas cayeron sobre ellos con inusitada furia, matando a cuantos cogieron, sin que se escapara apenas un solo hombre. Este golpe causó tanta impresión, que Cornwallis no pudo luego inducir a los *tories* a que tomasen las armas. Poco después llegaron al campamento el coronel Pickens y el mayor Mc Call con doscientos sesenta jinetes de la Carolina.

Cornwallis resolvió comenzar las operaciones ofensivas apenas llegaran los refuerzos al mando del general Leslie, pero alarmado luego al tener noticia del movimiento de Morgan contra Ninety-Six, destacó a Tarleton el 1 de enero con unos mil hombres para que atacaran a Morgan y le derrotasen por completo, lo cual no dudaba que podría conseguirse inmediatamente.

Al llegar Tarleton a Ninety-Six, y como lo encontrase todo tranquilo, pues los americanos se habían retirado después de una ligera escaramuza, resolvió marchar contra Morgan en la esperanza de poder sorprenderle o rechazarle a lo menos hasta Broad River, por cuyo medio quedaba expedito el camino para el ejército real. Préviamente consultó a Cornwallis por escrito, y el general inglés no sólo aprobó su proyecto, sino que quiso ayudarle en la ejecución, para lo cual se puso en marcha a fin de atacar la retaguardia de Morgan. Todo salió bien al principio: Tarleton, después de haber cruzado con tanta rapidez como buena suerte los ríos Ennoree y el Tigre, presentóse a las orillas del Pacolet, y como quiera que Morgan empezara a retirarse, el jefe inglés se lanzó en su persecución con sin igual ardimiento. Morgan, a quien no se le ocultaba cuán peligroso era atravesar por Broad River a la vista de un enemigo tan emprendedor como el que iba picando su retaguardia, y convencido por otra parte de que podía contar con el valor de sus hombres, mandados por excelentes oficiales, mandó hacer alto de pronto a fin de presentar la batalla a Tarleton, pues a su juicio de esto dependía su salvación.

Informado de la llegada de Tarleton en la noche del 16 de enero, Morgan tomó posición en Cowpens, a unas seis millas de Broad River[283]. El entusiasmo de sus tropas y el deseo de empeñar la lucha, aunque no se contaba con más fuerza que con unos mil hombres, infundió al jefe esperanzas de que obtendrían la victoria los que luchaban por su patria y por su libertad. En la mañana del 17 Morgan formó sus tropas en dos divisiones: la primera, compuesta de la milicia a las órdenes del coronel Pickens, ocupó el frente de un bosque a la vista del enemigo, y la segunda, mandada por el coronel Howard, que se componía de sus tiradores y de las tropas continentales veteranas, se ocultó en dicho bosque en tanto que el coronel Washington con su caballería se apostaba detrás de la segunda división como reserva. Poco después llegó Tarleton; hizo formar a su gente en dos columnas con la infantería en el centro y la caballería en los flancos y se preparó al ataque. Todo parecía asegurarle la victoria, pues sus fuerzas eran superiores en número, y aunque algo cansadas por los esfuerzos que hicieran al perseguir a Morgan, mostrábanse no obstante ansiosas por empeñar la batalla.

Los ingleses se lanzaron impetuosamente sobre un cuerpo de tiradores que después de hacer la primera descarga fue a reunirse con la milicia de Pickens, que atacada inmediatamente por el enemigo con indecible furia, tuvo que retroceder para protegerse con la reserva. Continuando el ataque con sin igual ardor, Tarleton cayó entonces sobre la caballería, pero esta opuso una vigorosa resistencia, siguiéndose un encarnizado combate que se generalizó cuando Tarleton mandó avanzar a su reserva. Deseando el coronel Howard proteger su flanco derecho, hizo un movimiento retrógrado que por el pronto pareció significar una retirada, y entonces los ingleses, cuyas filas no eran ya tan compactas a causa de lo encarnizado de la lucha, y que se creían ya seguros de la victoria, continuaron adelantando, aunque con cierto desorden, en dirección a la colina donde estaba el enemigo, y esto puede decirse que fue para ellos el principio de su derrota. Al llegar a cierto

283 Los detalles de esta célebre batalla se encontrarán en la historia de la *Vida del general Morgan*, por Graham, págs. 290-312.

punto Howard mandó a sus hombres que aguardaran a pie firme a los ingleses, y hallándose estos ya a pocos pasos, sufrieron una nutrida y mortífera descarga, que introdujo la confusión en sus filas, en tanto que Howard, mandando a sus soldados cargar a la bayoneta, rompió la línea del enemigo. En aquel momento, Washington cayó sobre la caballería inglesa que se había lanzado en persecución de la milicia, y aunque el combate fue terrible y espantosa la carnicería, el ejército británico quedó al fin derrotado completamente. Las tropas americanas recordando aquello de *El cuartel de Tarleton* querían vengarse en el enemigo y costó mucho trabajo impedir que cometieran un exceso. El jefe inglés[284] pudo escapar con una parte de sus fuerzas, pero quedaron en el campo más de doscientos ingleses entre muertos o heridos, sin contar unos seiscientos prisioneros. La pérdida de los americanos se redujo a doce muertos y sesenta y un heridos.

La victoria de Cowpens fue seguramente una de las más brillantes que alcanzó el ejército americano, y rara vez ha tenido tan importantes consecuencias una batalla en que tomara parte tan escaso número de tropas, pues las grandes pérdidas que sufrió la infantería ligera no sólo disminuyó la fuerza, sino que entorpecieron las operaciones de Cornwallis durante el resto de la campaña.

Entretanto Cornwallis, que se hallaba en Turkey Creek, a veinte y cinco millas de Cowpens, muy confiado en la victoria de Tarleton o al menos sin temer que fuese derrotado, hacía lo posible para impedir que se reuniesen los cuerpos de ejército de Greene y de Morgan, asunto de la mayor importancia para él, pues quería evitar a toda costa que estos dos jefes se auxiliaran mútuamente. Al efecto se puso en marcha hacia Broad River, dando instrucciones al general Leslie, que debía ir a situarse en las orillas del Catawa a fin de que no comprendiesen los americanos qué camino se pensaba seguir, mas la inesperada derrota de su destacamento trastornó todos sus planes, y nada podía ya hacer sino buscar una compensación del desastre por la rapidez y decisión de sus movimientos.

Cornwallis se hallaba más cerca de los vados del Catawba que Morgan, y esperaba que enorgullecido con la victoria y ocupado en la conducción de sus prisioneros y bagajes, no iría aquel jefe prevenido para dar otra batalla antes de atravesar los vados. En esta inteligencia y después de pensarlo detenidamente, unióse al general Leslie y comenzó a perseguir a Morgan, después de haber destruido los bagajes que le eran inútiles, no conservando sino los vagones donde iban las municiones y otros cuatro vacíos para colocar a los enfermos y heridos. Sin embargo, como ignoraba qué dirección habría tomado Morgan, no pudo encontrarle, tanto mas cuanto que este jefe desplegó tanta prudencia y actividad después de la victoria como valor antes de obtenerla. Comprendiendo el peligro, dejó tras sí con una bandera de parlamentario a todos los heridos que no pudieron trasladarse, y sin dar apenas tiempo a sus hombres para respirar, confío los prisioneros a una escolta de milicia a la que siguió a poca distancia con sus tropas regulares y caballería, conduciendo él mismo la retaguardia. Tomadas estas medidas, cruzó Broad River por los vados superiores, y apresurando su marcha hacia el Catawba, a donde llegó el 28 de enero, pudo-atravesarlo sin novedad al día siguiente con sus prisioneros y tropas, mientras la retaguardia ganaba la orilla del norte solo dos horas antes que la vanguardia inglesa apareciese en el lado opuesto. Llegada la noche, viose precisado Cornwallis a esperar hasta el día siguiente; mas habiendo llovido copiosamente en este intervalo, el jefe inglés, poseído de impaciencia, tuvo que detenerse aun tres días más hasta que las aguas dejaran el- paso libre.

Entretanto el general Greene, inquieto por la suerte de Morgan y sus tropas, había dejado a su ejército a las órdenes del general Huger encargándole atravesara el río por donde fuera más vadeable, y seguido solo de unos cuantos hombres, dirigióse al campamento de Morgan, donde llegó el 31 de enero, encargándose él mismo del mando de las tropas. Cuando las aguas se retiraron,

284 Al temible coronel Tarleton fue a quien la señora Ashe, persona muy conocida por su talento en la Carolina del Norte, dio una picante respuesta con motivo de haber dicho el primero en cierta ocasión en que fue acompañado de Cornwallis a casa del coronel Ashe, que deseaba ver al coronel Washington. «¡Si hubierais mirado hacia atrás en la batalla de Cowpens, dijo aquella señora, seguramente le habríais visto!» Es indudable que los oficiales ingleses tuvieron motivo para comprender que las indirectas de las patrióticas hijas del Sur eran tan agudas y cortantes como los aceros de la valerosa caballería de Washington.

Cornwallis consiguió al fin cruzar el río, aunque le disputó el paso un cuerpo de milicia a las órdenes del general Davidson, valiente oficial que cayó mortalmente herido en la acción[285].

Entonces comenzó una verdadera carrera militar entre los americanos que se retiraban a las órdenes de Greene y los ingleses que perseguían conducidos por Cornwallis. El primero marchaba con tal rapidez que atravesó el Yadkin en la noche del 2 al 3 de febrero, pero tan cerca iba el enemigo, que la vanguardia inglesa veía la retaguardia americana, y hasta tuvo lugar una ligera escaramuza no lejos de los vados, entre una partida de tiradores de América y una avanzada del ejército inglés. El general Greene se apoderó de todos los botes que había en la orilla Sur, y aquí volvió a suceder lo mismo que en el Catawba; el río creció de repente a consecuencia de las anteriores lluvias, y los ingleses, obligados a detenerse, no pudieron perseguir al enemigo tan de cerca.

Pero entonces la artillería británica comenzó a cañonear el campamento americano que estaba en la orilla opuesta, y aquí nos parece oportuno reproducir lo que dice un testigo ocular: «A poca distancia del río y detrás de un grupo de rocas había una pequeña cabaña que servía de tienda de campaña al general Greene, el cual mientras que su familia y varios oficiales de su estado mayor se entretenían, como de costumbre, se ocupaba en redactar sus partes. En este momento los cañones ingleses menudeaban sus disparos, mas al parecer sin llamar la atención de nadie, hasta que al fin, ya porque lo observasen o por simple conjetura, los ingleses tomaron por blanco nuestra cabaña y entonces comenzaron a caer en derredor de ésta las balas rebotando en las rocas. A los pocos momentos una de estas hizo volar el techo de la cabaña, mas el general siguió escribiendo sin atender a otra cosa que a sus despachos y contestando con la mayor calma y precisión a los que entraban a pedirle órdenes.»

La crecida del río, a la que debieron los americanos salvarse por segunda vez, fue considerada como una cosa providencial, inspirándoles un valeroso entusiasmo para defender la causa que el Todopoderoso parecía haber tomado bajo su protección.

Como el río no era vadeable y seguía aun creciendo, y como por otra parte no se encontraban botes para pasar al otro lado, encaminóse Cornwallis por la orilla sur del Yadkin, a un punto donde esperaba encontrar unos vados por los cuales le sería más fácil pasar con sus tropas. Entretanto el general Greene, libre ya de la presión de sus perseguidores, continuó su marcha hacia el norte, y el 7 de febrero reunióse con su división mandada por Huger y Williams cerca de Guildford Court House. Así pues, no pudo Cornwallis recobrar los prisioneros, tomar la revancha de la derrota de Cowpens, impedir la reunión de los dos cuerpos del ejército americano ni destruir en fin a ninguno de ellos; pero este mal resultado no se debió a la falta de pericia del general inglés, sino a contratiempos imprevistos que no puede evitar el poder humano.

Cornwallis, que no quería desistir de su persecución, resolvió obligar a Greene si era posible a batirse antes de recibir refuerzos, y en su consecuencia se puso en marcha hacia el Dan con el objeto de impedir a los americanos que penetrasen en Virginia. El general Morgan acababa de retirarse del servicio a causa de un violento ataque de reuma que le obligó a guardar cama, y en su lugar encargóse el coronel Williams del mando de un cuerpo de infantería ligera[286]. El día 10 de febrero Greene salió de Guildford Court House en dirección al Dan. Su retirada y la persecución de

285 Merece citarse aquí una anécdota que da a conocer el patriotismo de las mujeres de la revolución. Profundamente afligido el general Greene por la pérdida de Davidson, retirábase hacia Salisbury, y como había caminado todo el día, a pesar del viento, de la lluvia y del barro que cubría todo su traje, se fue a descansar un momento a la puerta de una casa principal perteneciente a Mrs. Steele. Como en aquel momento se acercara el Dr. Reed a preguntarle por su salud, Greene no pudo menos de contestar que estaba cansado, hambriento y afligido. Al oír esto la dueña de la casa y mientras Greene tomaba algún alimento, penetró en su cuarto, tomó dos saquitos de dinero, ahorro de muchos años, y se los entregó luego al general diciéndole: «Tomad esto, pues seguramente os hace mucha falta y yo puedo pasar sin ello.» Fácil es comprender que actos como éste, revelaban que el amor del pueblo a las libertades de su país no podían menos de ser apreciados en lo que valían por hombres tan patriotas como Nataniel Greene.

286 Se supone generalmente que medió una grave cuestión personal entre Greene y Morgan antes que este último se retirase del servicio activo. Mr. Graham consagra varias páginas a la discusion de este punto en su *Vida del general Morgan*, págs. 363-368.

Cornwallis se hicieron con tanta rapidez como la vez anterior, pero el arrojo y actividad de las tropas americanas obligaron a los ingleses a marchar compactos y con la mayor prudencia, porque en cierta ocasión el coronel Lee dio una carga a la caballería avanzada del ejército británico, tan imprevistamente y con tal impetuosidad que les mató mucha gente, cogiendo varios prisioneros. Merced a las precauciones del general Greene y a sus preparativos, pudieron sus tropas atravesar el Dan sin novedad el 14 de febrero por el punto llamado Boyd's Irwin's Ferries; y aunque la infantería ligera había recorrido cuarenta millas durante el día cuando las últimas tropas llegaron a la orilla norte, viose aparecer al otro lado del río a la vanguardia inglesa.

En esta retirada y persecución en que se recorrió un espacio de doscientas millas, ambos ejércitos padecieron mucho por las fatigas y las privaciones[287], pues no tenían tiendas de campaña, los caminos eran malos, las lluvias copiosas, y era por último grande la escasez de víveres. A veces iban los soldados chorreando sin que pudieran secarse hasta que el calor del cuerpo absorbía el agua, y por otra parte la inclemencia de la estación agravaba sus padecimientos. En este punto tenían una gran ventaja los soldados ingleses porque iban provistos de zapatos y bien vestidos, en tanto que los americanos iban casi desnudos y muchos de ellos descalzos, hasta el punto de que la sangre de las heridas de sus pies marcaban por el camino las huellas de aquellos valientes que sin embargo lo sufrían todo con valerosa resignación y sin murmurar.

Disgustado al ver que fracasaban todos sus proyectos, Cornwallis se decidió a permanecer en la Carolina del Norte a fin de reunir bajo sus banderas a todos los realistas, y al efecto, presentóse en Hillsborough, tratando de influir en los habitantes para que favoreciesen la causa real. Sus esfuerzos sin embargo no dieron el resultado que esperaba, pues la mayoría del pueblo vaciló en aceptar las ofertas del jefe inglés, si bien hubo algunos que se decidieron a tomar las armas. Entretanto Tarleton marchó con su legión al distrito que se halla entre los ríos Haw y Deep con objeto de reunir los realistas que allí hubiese.

Greene destacó al coronel Lee con un cuerpo de caballería para que protegiese aquella parte del país y atacara a Tarleton, y habiendo sorprendido el jefe americano a un destacamento de *tories* que a las órdenes del coronel Pyle iba a reunirse con Cornwallis, atacóle con vigor mientras aquellos, creyendo que se las habían con soldados de las tropas reales, gritaban: «¡Dios salve al rey!» Esta equivocación costó la vida a doscientos o trescientos hombres, y los demás tuvieron que rendirse. Por una singular coincidencia, poco después encontró Tarleton a otro pequeño destacamento de *tories* e hizo en ellos una terrible matanza, creyendo que eran enemigos en vez de amigos. Cuando el coronel inglés avanzaba al encuentro de Lee, Cornwallis le envió una orden para que se presentara en Hillsborough.

Habiendo recibido Greene un refuerzo de tropas continentales y de milicia y encontrándose con un ejército de cuatro mil quinientos hombres, no se creyó ya en el caso de evitar la batalla con los ingleses, y en su consecuencia, después de cruzar el Dan en dirección a la Carolina del Norte, dirigióse al encuentro de Cornwallis, que se había situado en Guildford Court House. Los dos ejércitos se encontraron el día 15 de marzo, mas apenas empezó la batalla, la milicia de la Carolina del Norte, sobrecogida de un pánico inexplicable, se dispersó en todas direcciones, y aun cuando las tropas de Virginia sostuvieron resueltamente el choque de los ingleses, viéronse precisadas a ceder, renunciando a una victoria probable por no haberlas secundado con igual valor el segundo regimiento de Maryland. Dos pedreros que llevaban los americanos y que abandonaron los ingleses en la batalla de Saratoga, fueron recobrados por Cornwallis en la batalla de Camden y vueltos a tomar por Morgan en la de Cowpens, quedando últimamente en poder de los ingleses cuando tuvo lugar el encuentro de Guildford Court House.

La batalla, que duró cerca de dos horas, fue una de las más encarnizadas que se contaron durante aquella guerra, y aunque Greene tuvo que emprender la retirada, hízolo en el mejor orden y pudo llegar el mismo día a Speedwell Iron Works, punto que distaba diez millas del lugar de la

287 En aquella célebre retirada se reveló el genio militar del general Greene. «Podéis estar seguro, le dijo el general Washington, que vuestra retirada ha sido aplaudida por todos y prueba honoríficamente vuestra pericia militar.»

acción. La pérdida de los americanos excedió de mil hombres entre muertos y heridos, pero fue mayor la de los ingleses, pues muchos de sus mejores oficiales y una tercera parte de sus tropas quedaron en el campo de batalla.

Cornwallis se proclamó vencedor e hizo cuantos esfuerzos estaban a su alcance para obtener todas las ventajas posibles de su triunfo, mas no consiguió gran cosa porque su ejército, ya muy debilitado, disminuyó en gran manera después de su último encuentro. El general inglés sabía no obstante que el ejército de Greene era más numeroso que el suyo, pero el estado en que se hallaban las provincias del Sur le obligaba a batirse porque una retirada equivalía a una derrota. Cierto es que después de un obstinado combate había desalojado al enemigo de una posición ventajosa, mas no por esto desaparecían los obstáculos puesto que en vez de completar la victoria persiguiendo al enemigo, viose en la precisión de retroceder. Su ejército se hallaba tan exhausto y era tan difícil encontrar víveres en aquella parte del país, que a los tres días después de la batalla, emprendió la retirada dejando una porción de heridos en Quaker Meeting House bajo la protección de una bandera de parlamento. La batalla de Guildford Court House fue honrosa para Cornwallis y sus tropas, pero puede considerarse como el primer paso en una serie de empresas que acabaron con la dominación de los ingleses en América.

A consecuencia de los apuros del jefe inglés cambió de pronto la escena, pues Greene que hasta entonces se retiraba para evitar el encuentro con aquel, se convirtió en perseguidor, y aunque derrotado poco antes, lanzóse en persecución del vencedor y de su ejército, hostigando a los ingleses hasta que penetraron en Wilmington. El 5 de abril el general Greene hizo una contramarcha, y desde Ramsay's Mills, en Deep River, dirigióse a Camden, donde se hallaba Lord Rawdon, y en la mañana del 20 de abril acampó en Logtown a la vista de las fortificaciones. inglesas. Cornwallis llegó a Wilmington el día 7 de abril, y vacilando entre ir a socorrer a Rawdon o dirigirse a Virginia, decidióse por lo último; dejó descansar algún tiempo a sus tropas, se puso en marcha el 25 de abril y llegó el 25 de mayo a Petersburg, donde se encargó del mando de las tropas inglesas en Virginia.

Lord Rawdon había establecido su cuartel general en Camden, plaza muy bien fortificada. Las principales fortalezas que los ingleses tenían en el sur eran Charleston, Ninety-Six y Augusta, pero también habían puesto guarnición en otros puntos militares de menor importancia, porque la mala voluntad de los habitantes hacia los ingleses, hacía necesario repartir las fuerzas a fin de defender ciertos puntos y mantener las comunicaciones. Al recibirse la noticia de la retirada de Cornwallis, concibieron los americanos nuevas esperanzas: Sumpter y Marion iban ganando terreno poco a poco merced a sus acertados movimientos y habiendo conseguido que se les considerara como jefes que conducirían por el camino de la gloria a sus compatriotas, evitando toda clase de peligros, alistáronse bajo sus banderas numerosos ciudadanos que se organizaron luego en compañías regulares. De este modo llegaron a formar una fuerza bastante respetable para tener en jaque a toda la Carolina baja, mientras que Greene con su ejército hacía frente a Lord Rawdon en Highlands. Viendo el jefe inglés que su situación iba siendo peligrosa, reforzó su ejército llamando a las tropas que guarnecían los puntos que no era posible defender.

Mientras Rawdon esperaba que llegasen los refuerzos a las órdenes del coronel Watson, el general Greene se atrincheró en Hobkirk's Hill, a una milla de Camden, el 24 de abril. Al día siguiente, habiendo llegado a conocimiento de Rawdon esta circunstancia por conducto de un desertor, parecióle que podía aventurar un ataque, y en esta persuasión, púsose en marcha, dio un gran rodeo a fin de no ser descubierto y cayó de pronto sobre el flanco izquierdo del enemigo. Las tropas americanas fueron sorprendidas cuando menos lo pensaban, pero el general Greene las formó bien pronto en orden de batalla, y observando que la columna del enemigo, aunque compacta, no se extendía en ala, dispuso que se la atacase a la vez por ambos flancos y de frente. Bien pronto se generalizó el combate con la mayor obstinación; Rawdon extendió su línea haciendo avanzar a los voluntarios irlandeses, y gracias a esto y a la disciplina de las tropas británicas, viose precisado Greene a emprender la retirada, la cual se efectuó en el mejor orden, llevándose los americanos sus

bagajes y artillería y algunos prisioneros. Las pérdidas por ambas partes entre muertos y heridos fue con corta diferencia de unos doscientos ochenta a trescientos hombres.

Con la victoria de Hobkirk's Hill no obtuvieron mucha ventaja los ingleses, porque siendo la caballería de Rawdon numéricamente inferior a la de su enemigo y hallándose muy debilitado su ejército, no le era posible perseguir a los americanos. Greene se retiró a Rugely's Mills, a doce millas de distancia, donde su presencia excitó al pueblo a resistir a los invasores, y resuelto a no perder de vista a Rawdon, envió tropas a Marion a fin de entorpecer la marcha de Watson, que debía llegar de un momento a otro a reforzar al enemigo. El día 7 de mayo, no obstante, presentóse el coronel inglés en Camden y entonces Rawdon resolvió atacar a Greene, si bien desistió luego de su empeño al ver la posición que aquel ocupaba.

Rawdon se había colocado en una situación tan crítica que le era de todo punto preciso evacuar a Camden, y en su consecuencia después de haber quemado la cárcel, los molinos, algunas casas particulares y parte de sus almacenes, se retiró el 10 de mayo hacia Charleston. Privado de socorros por la actividad de los americanos, Rawdon obró con mucho acierto al retirarse mientras podía hacerlo, y antes de partir ofreció su apoyo a todos los realistas que quisieran acompañarle. Era una dura alternativa el abandonar sus casas y bienes o exponerse a la venganza de sus exasperados compatriotas, mas no obstante, varias familias, temiendo la furia de sus adversarios, se fueron con el jefe inglés, que luego las olvidó lastimosamente.

Después de la evacuación de Camden, cayeron en poder de los americanos uno tras otro varios puestos militares. El día 11 de mayo la guarnición de Orangeburgh compuesta de setenta hombres de la milicia y de veinte hombres de tropa regular, se entregó a Sumpter sin hacer la menor resistencia; Marion y Lee, después de tomar el fuerte Watson el 23 de abril, cruzaron el Santee y marcharon contra el fuerte Motte situado en la parte sur del Congaree, un poco más arriba de su confluencia con el Wateree, y le atacaron tan impetuosamente el 8 de mayo, que la guarnición compuesta de ciento sesenta y cinco hombres capituló el 12 después de haberse defendido valerosamente. Georgetown, puesto militar de Black River (Río negro), se rindió a un destacamento de Marion, y el día 15, el fuerte Granby, otro puesto que había en Friday's Ferry, en la parte sur del Congaree, a treinta millas más arriba del fuerte Motte, cayó en poder de Lee con toda su guarnición, compuesta de trescientos cincuenta hombres, en su mayor parte de la milicia. Tal era el deseo de venganza de las tropas de Lee que quisieron violar los artículos de la capitulación y matar a los compatriotas que encontrasen allí, y el jefe americano, a fin de reprimir semejante abuso, juzgó necesario declarar que castigaría severamente a los que cometiesen semejantes desmanes faltando a los principios del derecho y de la justicia.

La presencia del ejército de Greene, la actividad de sus tropas y la retirada de Rawdon bastaron para que todos los habitantes de la provincia, o al menos la mayor parte, se rebelasen contra la autoridad inglesa, y en tan críticas circunstancias Rawdon se retiró a Monk's Corner, punto desde donde le era posible cubrir todos aquellos distritos de los que sacaba Charleston sus socorros y donde podía además resguardarse de un desastre, aprovechando al paso cualquier oportunidad favorable para obrar.

Habiendo conseguido Greene apoderarse de todos los puestos militares ingleses de que ya hemos hecho mención, obligando luego a Rawdon a retirarse a Monk's Corner, no creyó ya prudente perseguir más a su enemigo, y por lo tanto fijó su atención en la parte occidental de la provincia y en los puntos militares de Georgia, a los cuales pensaba mandar a Pickens juntamente con Lee, cuando hubiese reunido la milicia de Ninety-Six.

Cuando Georgia y la Carolina del Sur cayeron en poder de los ingleses en 1780, muchos de los más resueltos amigos del Congreso se retiraron a las montañas o huyeron a la Carolina del Norte, pero la mayor parte, desesperando de la causa popular, se sometieron a los conquistadores en la esperanza de que se les permitiría vivir en paz en la pacífica posesión de sus bienes. Pero cuando vieron que se les trataba con la mayor insolencia, despojándoles de todo sin consideración alguna

mientras se les obligaba por otra parte a empuñar las armas contra sus conciudadanos, cambiaron naturalmente de modo de pensar y empezaron a declararse contrarios a la autoridad del monarca.

Este espíritu de hostilidad se dio a conocer más abiertamente cuando el ejército inglés, dejando tras sí débiles guarniciones para defender varios puntos, marchó hacia el norte por la senda de la victoria. El coronel Clarke, seguido de algunos patriotas se dirigió poco después contra el fuerte Augusta, mas el coronel Brown, comandante de esta plaza, recibió un refuerzo del teniente coronel Cruger, jefe de Ninety-Six, y esto obligó a Clarke a pronunciarse en retirada, dejando en poder del enemigo algunos de los suyos que fueron tratados con inusitado rigor. Pero esto no bastó para extinguir el espíritu de oposición partidas armadas que aunque obraban sin concierto, multiplicábanse diariamente, persistieron en hostigar incesantemente a las guarniciones inglesas sin dejarlas tranquilas un momento. El capitán M'Koy, seguido de algunos atrevidos aventureros, comenzó a recorrer las salinas del Savannah, y habiéndose apoderado de algunos botes que se dirigían con víveres hacia Augusta, derrotó a un destacamento que por orden del coronel Brown iba persiguiéndole, lo cual no impidió que poco después sufriera él la misma suerte en un encuentro que tuvo con el jefe británico.

A estos encuentros parciales siguieron luego operaciones en mayor escala que no dejaban de ser importantes. El coronel Clarke había vuelto a su provincia a fin de trabajar con el mayor celo en favor de la causa común; el general Pickens logró reunir un cuerpo de milicia en las cercanías de Augusta, y poco después de la toma del fuerte Granby, el coronel Lee se puso en marcha apresuradamente hacia el campamento de Pickens, a donde llegó a los cuatro días para reunirse con dicho jefe. Su primera empresa fue apoderarse del fuerte Golphin o Dreadnought, en Silver Bluff, cerca del Savannah, cuya guarnición compuesta de setenta hombres se rindió el 1 de mayo a un destacamento de la legión de Lee que iba a las órdenes del capitán Rudolph.

Pickens y Lee dirigieron entonces sus armas contra el fuerte Cornwallis, en Augusta, y aunque procedieron en sus operaciones con la mayor actividad, el coronel Brown se defendió obstinadamente. Durante el sitio se montaron varias baterías para cañonear el fuerte, y como dos de ellas no se hallaban más que a treinta varas de distancia del parapeto, los tiradores americanos, protegidos por las piezas, tomaron posición de tal modo que todo hombre que asomaba a la muralla caía muerto o herido en el acto. La guarnición no obstante, se resistió con un valor digno de mejor causa, mas todo fue inútil, pues el 5 de junio los trescientos soldados que aun quedaban en el fuerte tuvieron que capitular y rendirse. En aquella función de guerra perdieron los americanos unos cuarenta hombres entre muertos y heridos.

Los oficiales ingleses que había en Augusta se habían hecho odiosos a los habitantes por su abuso de autoridad, y a esto se debió sin duda que después de la rendición una persona desconocida matara de un tiro al coronel Grierson. El coronel Brown no sufrió la misma suerte porque le enviaron inmediatamente a Savannah con una buena escolta.

Mientras sucedía esto en Georgia, el general Greene, seguido de sus tropas, marchó contra Ninety-Six (Carolina del Sur), cuya plaza bastante bien fortificada contaba con una guarnición de unos quinientos cincuenta hombres a las órdenes del coronel Cruger. Rawdon había enviado mensajeros a dicho jefe previniéndole que abandonase la plaza y se retirara a Augusta, pero aquellos no llegaron a Ninety-Six, y por lo tanto el coronel inglés no se movió. Hacia fines de junio Greene atacó la plaza después de formar los aproches, y el 3 de julio intimó la rendición, pero los sitiados se negaron a ello resueltamente y en su consecuencia continuaron las operaciones. Es de presumir que los americanos se habrían apoderado al fin de la plaza, si Rawdon que acababa de recibir un refuerzo de Inglaterra no hubiese llegado desde Charleston con dos mil hombres en socorro de Cruger. El día 18 de junio se dio un asalto, mas como no se consiguiera tomar el fuerte, Greene cruzó el Saluda el día 20 retirándose delante de Rawdon[288]. Este jefe persiguió a su enemigo durante algún tiempo y volvió luego a Charleston.

---

288 Cuando el general Greene se hallaba en aquella posición, aconsejáronle que se retirara a Virginia con las fuerzas que le quedaban, a lo cual replicó el bravo general: «Recobraré la Carolina del Sur o pereceré en la demanda.»

Después de la retirada del general Greene, Lord Rawdon vio que era preciso evacuar Ninety-Six, y como los leales habitantes de aquel distrito no se atrevían a exponerse a la venganza de sus enfurecidos compatriotas, dejó más de la mitad de su fuerza al mando del coronel Cruger para que los escoltase, y después de permanecer sólo dos días en Ninety-Six, se puso en marcha hacia el Congaree con ochocientos infantes y seiscientos caballos en la esperanza de que se le reuniría bien pronto un nuevo refuerzo procedente de Charleston. Aquel, sin embargo, no salió de la ciudad tan pronto como se esperaba, y el parte dirigido a Rawdon informándole del hecho fue interceptado.

El comandante inglés creyó sin duda que el general Greene había sido rechazado de la Carolina del Sur, pero el jefe americano se hallaba entonces a poca distancia de Broad River, y apenas supo qué dirección tomaba la división inglesa, volvió apresuradamente al Congaree. Poco después de la llegada de Rawdon a dicho río, una de sus avanzadas fue sorprendida a una milla del campamento inglés por la legión de Lee, que cogió cuarenta prisioneros, mas la aparición de la infantería americana en aquella parte del país hizo comprender al jefe británico que el general Greene no estaba lejos, y en esta persuasión retiróse a Orangeburgh sin contratiempo y allí encontró el refuerzo que esperaba de Charleston al mando del coronel Stuart. Marion había intentado cortar el paso a este refuerzo pero no pudo conseguirlo.

El general Greene se reunió en el Congaree con Marion y Sumpter que llevaban consigo mil hombres de refuerzo, y el día 11 de julio marchó sobre Orangeburgh con la intención de atacar al ejército inglés en su campamento, mas al llegar vio al enemigo tan bien fortificado que no se atrevió a intentar el ataque. Mientras se hallaba en aquella posición el general Greene recibió la noticia de que el coronel Cruger acababa de evacuar a Ninety-Six y se dirigía a Orangeburgh, pero el río, que en un espacio de treinta millas no era vadeable por ningún punto más que el ocupado por Rawdon, era un obstáculo insuperable para emprender nada contra Cruger, y en vista de esto el general Greene se retiró a las colinas de Santee. Sin embargo, a fin de alarmar a Rawdon y antes de abandonar los alrededores de Orangeburgh, destacó el 13 de julio a Sumpter, Marion y Lee contra Monk’s Corner y Dorchester. Lee capturó cierto número de carros con víveres y efectos de guerra; el coronel Hampton batió a un destacamento de dragones ingleses a la vista de Charleston, cogiéndoles cincuenta prisioneros, y por último Sumpter atacó a un cuerpo de tropas que iba a las órdenes del coronel Coates; mas este jefe, aprovechando la oscuridad de la noche, evitó el encuentro, y después de una escaramuza con los americanos que le perseguían con el mayor empeño, pudo efectuar su retirada sin contratiempo alguno[289].

La temperatura comenzaba a ser ya entonces sofocante, y según ya hemos dicho en aquellos climas la intensidad del calor durante el verano impide continuar las operaciones militares así como el rigor del frío en el invierno. En este intervalo, el general Rawdon pidió licencia por algún tiempo por motivos de salud y se embarcó para Europa[290]. Durante su ausencia el coronel Stuart se encargó del mando de las tropas en Orangeburgh.

El general Greene llegó el 16 de julio a las colinas de Santee, donde permaneció hasta el 22 de agosto. Por espacio de seis meses su ejército no hizo más que marchar de un punto a otro, batiéndose a todas horas, y si bien no alcanzó ninguna victoria y fue rechazado del sitio de Ninety-Six, conservó sus posiciones, obligando al enemigo a desalojar los puestos militares que tenían en el interior del país. La actividad, prudencia y valor del general Greene excedieron a todo cuanto de él pudiera esperarse y los verdaderos amantes de la patria le dieron merecidas gracias por su conducta.

Como quiera que los ingleses se habían situado en la parte sur del Congaree, el general Greene tomó sus medidas a fin de desalojarlos por segunda vez de aquel punto, y al efecto seguido de una parte de sus soldados que iban casi desnudos, cruzó el Wateree y el Congaree, y fue a

289 Véase la obra titulada *Eutaw; un cuento de la revolución*, pág. 310, etc. y también la *Vida de Washington*, por Marshall, vol. I, págs. 13-15.

290 Antes de su marcha Lord Rawdon se señaló por un acto de cruel venganza que fue una mancha indeleble para su buen nombre. La ejecución del coronel Isaac Hayne no se olvidará nunca, y la indignación que causara en todo el país fue tal que faltó muy poco para que se tomaran sangrientas represalias. Véase la Historia de la revolución americana, por Gordon.

reunirse con el general Pickens, que mandaba la milicia de Ninety-Six y con las tropas del general Marion. Una vez concentradas las fuerzas americanas, el general Greene se puso en marcha el 8 de septiembre (tomamos este dato de Gordon)[291], con la intención de atacar al ejército inglés que mandaba el coronel Stuart, y que se había retirado a unas cuarenta millas del Congaree para situarse en Eutaw Springs a sesenta de Charleston. Tanto las fuerzas americanas como las inglesas se componían de unos dos mil hombres poco más o menos, pero las primeras constaban en su mayor parte de bisoños de la milicia.

Greene sin embargo formó sus tropas en dos columnas: la primera, compuesta de la milicia de la Carolina del Norte y del Sur, estaba a las órdenes de Marion. Pickens y el coronel Malmedy; la segunda se formó con las tropas continentales de la Carolina del Norte, Virginia y Maryland, de cuyo mando se encargaron el general Sumner, el teniente coronel Campbell y el coronel O. Williams; Lee con su legión cubrió el flanco derecho, Henderson con sus tropas el izquierdo, y por último, Washington con su caballería y el capitán Kirkwood con las tropas de Delaware formaron un cuerpo de reserva. Dispuesto en esta forma el ejército se puso en marcha a las cuatro de la mañana, y habiendo encontrado dos avanzadas inglesas a la distancia de cuatro millas del campamento enemigo, las dispersó inmediatamente y continuó su marcha hasta avistar el grueso de las fuerzas del coronel Stuart.

Poco después comenzó la acción, y entonces la primera línea de los americanos retrocedió a su vez aunque la apoyó resueltamente la brigada de la Carolina del Norte al mando del general Sumner, compuesta en su mayor parte de soldados bisoños. En lo mas recio de la pelea, Greene ordenó a Williams y Campbell que con las tropas continentales de Maryland y Virginia cargasen a la bayoneta, lo cual hicieron aquellos con tal intrepidez, que pesar de un nutrido fuego de mosquetería, cayeron resueltamente sobre el enemigo venciendo cuantos obstáculos se pusieron por delante, en tanto que Lee atacaba a la vez el flanco izquierdo y la retaguardia de los ingleses. Como quiera que Henderson cayera herido al principio de la batalla, encargóse del mando de las tropas de la Carolina del Sur el teniente coronel Hampton, quien dio una brillante carga, cogiendo más de cien prisioneros.

Al ver que los ingleses comenzaban a ceder, Washington se lanzó sobre ellos seguido de sus jinetes y de la infantería de Kirkwood, sin dar tiempo al enemigo para que se formase de nuevo, lo cual bastó para asegurar la victoria de los americanos. Al retirarse los ingleses hubo muchos que se hicieron fuertes en una casa de ladrillo que allí había, en tanto que otros se ocultaban entre malezas impenetrables, pero tal era el ardor de los americanos que les persiguieron hasta en aquellas posiciones, lo cual fue causa de que Washington cayese herido y quedara prisionero de los ingleses, perdiéndose además cuatro pedreros que se asestaron contra la casa en que se hicieron fuertes los ingleses y que no pudieron recogerse sin gran riesgo. Entonces Greene, juzgando inútil prolongar la acción, dio a sus tropas la orden de retirarse.

Los americanos recogieron todos sus heridos excepto aquellos que se hallaban al alcance de la casa, y se retiraron al fin del lugar de la acción rendidos y sofocados por la sed que no podían apagar en aquellos sitios. La acción había durado cerca de cuatro horas, y fue, según Greene, una de las más encarnizadas que nunca presenciara durante la guerra.

En la noche del día siguiente, el teniente coronel Stuart abandonó a Eutaw y se dirigió hacia Charleston, dejando tras sí más de setenta heridos y una porción de armas, y aunque el mayor M'Arthur se unió a él con un considerable refuerzo, no se renovó la acción, sin duda por la considerable pérdida de los ingleses, que no bajó de quinientos hombres entre heridos y prisioneros y otros tantos muertos entre los que se contaban varios oficiales. Los americanos tuvieron cuatrocientas cincuenta bajas y sesenta y un oficiales entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el teniente coronel Campbell, jefe de las tropas de Virginia, cuya pérdida fue muy sentida por todos. Cuando al frente de sus soldados dio la brillante carga que decidió la victoria, recibió una herida mortal, y como al caer preguntase quiénes eran los vencedores y le contestaran que los

291 *Historia de la revolución americana*, por Gordon, vol. I, pág. 242.

ingleses huían en todas direcciones, exclamó al exhalar el último aliento: «¡Dios sea loado, muero feliz!»

La victoria obtenida por el ejército americano alarmó de tal modo a los ingleses que quemaron inmediatamente sus almacenes militares de Dorchester, evacuando a toda prisa los puntos que ocupaban en Monk's Corner, en tanto que se cerraban las puertas de Charleston y se mandaba a los negros que interceptasen el camino con troncos de árboles. Las tropas del general Greene que tomaron parte en la acción constaban de novecientos hombres entre regulares y de la milicia, de los cuales murieron o quedaron heridos quinientos cuarenta y siete inclusos setenta y dos subalternos y sargentos. Tal fue el calor de la acción que los oficiales de una y otra parte se batieron cuerpo a cuerpo espada en mano. El Congreso resolvió en 29 de octubre regalar a Greene una bandera inglesa y una medalla de oro, y acordó que se diese un voto de gracias a los diversos cuerpos del ejército y a sus jefes.

Después de la batalla, los americanos se retiraron a sus primitivas posiciones en las colinas de Santee, mientras los ingleses se situaban en los alrededores de Monk's Corner. Poco después un destacamento de caballería americana les cogió cuarenta prisioneros a la vista del cuerpo principal de su ejército, que parecía haber perdido su acostumbrada energía, sucediéndoles con esto lo mismo que a la milicia en el año anterior.

Con la batalla de Eutaw Springhs puede decirse que terminó por entonces la guerra en la Carolina del Sur. Al principio de la campaña, los ingleses dominaban con sus fuerzas todo el Estado, pero al fin ya no se atrevían a separarse de Charleston a mayor distancia de veinte millas sin tomar grandes precauciones; y si bien es cierto que hubo luego varios encuentros, ninguno de ellos tuvo gran importancia. Hacia fines de noviembre, el general Greene se presentó repentinamente con un destacamento de su ejército delante del puesto militar de Dorchester, y habiéndose retirado los ingleses después de una ligera escaramuza a los alrededores de Charleston, Greene apostó sus tropas en ambas orillas del río Ashley, cubrió completamente el país desde el Cooper hasta el Edisto, y obligó a los ingleses a permanecer en Charleston Neck e islas adyacentes. Las tropas inglesas que había en Georgia se concentraron en Savannah. Durante toda la campaña el general Greene se vio auxiliado constantemente por un escaso cuerpo de caballería que se hizo notable por su valor y actividad, sobre todo en una expedición que al mando del general Pickens marchó contra los Cherokees para castigarles por haber empuñado el hacha contra los americanos. Los salvajes fueron vencidos y tuvieron que pedir luego la paz.

Suponiendo Lord Cornwallis, según ya hemos dicho anteriormente, que Lord Rawdon podría defender la Carolina contra el general Greene, había marchado a Petersburg (Virginia), donde recibió la mala noticia de haber muerto el general Phillips, si bien hubo de consolarse en parte al encontrar un refuerzo de unos mil ochocientos hombres que enviara Clinton para sostener la guerra con vigor. Al encargarse Lord Cornwallis del mando de aquellas tropas creyóse ya tan superior a los americanos, que no dudó le sería fácil obtener una victoria, y despreciando la juventud de Lafayette, escribió irreflexivamente lo que sigue: «¡El muchacho no se me escapará!» El pequeño ejército del marqués constaba de mil hombres de tropas continentales, doscientos de la milicia y sesenta dragones.

Cornwallis que según ya hemos dicho contaba con el triunfo, marchó inmediatamente desde Petersburg al río Jacobo, que cruzaron sus tropas a fin de desalojar a Lafayette de Richmond, y una vez evacuada esta plaza, lo cual tuvo lugar el 27, el jefe inglés continuó su marcha a través del condado de Hanover y cruzó luego el río Anna Sur, sin notar que Lafayette espiaba todos sus movimientos a una respetable distancia. Al llegar a este último punto Cornwallis comenzó a formar sus planes para sorprender al marqués, mas fue interrumpido en sus reflexiones por un espía que acababa de llegar al campamento. Deseando Lafayette obtener una noticia exacta acerca de los proyectos de su enemigo, pudo inducir a un tal Carlos Morgan, llamado generalmente Charley, soldado de Jersey, de quien tenía una opinión muy favorable, a que desertase y marchara al campamento inglés, por cuyo medio podría espiar con mejores resultados. Morgan aceptó aquel

peligroso cargo, pero exigió que en el caso de que se le descubriera y ahorcase, Lafayette pondría a cubierto su reputación publicando en el diario de Jersey una noticia exacta del hecho.

Obtenida esta promesa, Morgan desertó y al llegar al campamento enemigo, presentáronle a Cornwallis, quien le preguntó, por qué razón se separaba de sus compañeros. «Señor, repuso el soldado, yo he servido desde el principio de la guerra en el ejército americano, y mientras estuve a las órdenes del general Washington estaba siempre satisfecho, pero no me gusta que me mande un francés y por eso he dejado el servicio.» Al oír esta respuesta Cornwallis recompensó al soldado por su conducta y le mandó que se retirara. Morgan cumplió religiosamente con los deberes que le imponía el servicio y nadie sospechó de él, mas no por esto dejaba de observar cuidadosamente todo cuanto pasaba en el campamento.

Cierto día que Cornwallis se hallaba conversando con sus oficiales sobre los asuntos del momento, llamó a Morgan y le preguntó: «¿Cuánto tiempo empleará el marqués en cruzar el río Jacobo?» El soldado pareció reflexionar un momento y repuso: «Tres horas, señor.» «¡Tres horas! —exclamó el general—; yo creí que serían necesarios tres días!» «No, señor —replicó Morgan—, el marqués tiene gran número de botes y en cada uno puede acomodarse cierto número de hombres que os será fácil calcular, y si así lo hace V. S., verá que sólo se debe tardar tres horas en cruzar el río.» Al oír esto el jefe inglés volvióse a sus oficiales y les dijo: «Este proyecto no nos conviene.»

Morgan sacó en consecuencia que aquel era el momento más a propósito para ir en busca de Lafayette, y en la primera oportunidad que tuvo, emborrachó a sus compañeros con grog[292], dióles a conocer claramente su intención, quejóse de las privaciones que se sufrían en el campamento británico, encomió la abundancia que había en el americano, y manifestando por último que estaba resuelto a volverse, preguntó a sus camaradas si se querían ir con él, a lo cual se avinieron aquellos sin vacilar, aunque encargándole que buscase los medios para huir. Entonces Morgan se acercó al primer centinela invitándole amistosamente a que bebiese un trago, y apoderándose repentinamente de sus armas, propúsole que desertase con él y sus compañeros, a lo cual consintió aquel al ver que no podía pasar por otro punto. El segundo centinela tuvo la misma suerte, y de este modo Carlos Morgan pudo reunir siete desertores, con los cuales llegó al campamento americano sin el menor contratiempo.

Al verle Lafayette exclamó «¡Hola, Morgan! ¿estáis ya de vuelta?» «Si, Excelencia, replicó el soldado, y he traído otros siete compañeros.» Al referir Morgan las razones que le indujeron a volver y las observaciones que había hecho, Lafayette le ofreció dinero, mas aquel no quiso aceptar y manifestó que sólo deseaba le volvieran su fusil. Entonces el marqués le brindó con el grado de sargento, a lo cual contestó Morgan lo siguiente: «No deseo ascender, pues si bien conozco que sirvo para soldado raso, ignoro si me sería fácil cumplir con los deberes de mi nuevo cargo.» Morgan no obstante rogó a Lafayette que hiciera algo por sus compañeros que carecían hasta de medias y zapatos, lo cual ofreció aquel hacer inmediatamente[293].

Por aquel tiempo supo Lord Cornwallis que cierto número de los principales hombres de Virginia habían formado una junta en Charlotteville para regularizar los asuntos de la provincia, y que el barón Steuben se había apostado en Point Fork, punto que se halla en la confluencia de los ríos Jacobo y Rivana, donde los americanos habían establecido varios depósitos de armas y municiones de guerra. Estas noticias y la consideración de que en aquel territorio debían abundar las provisiones, porque aun no había estallado allí la guerra, indujeron a Lord Cornwallis a enviar una expedición a cada uno de dichos puntos, y al efecto confío la primera a Tarleton y la segunda a Simcoe. En ambas obtuvieron los ingleses un éxito completo.

Merced a la rapidez de su marcha, cayó Tarleton sobre la ciudad tan de improviso que pudo apoderarse de varios diputados, haciéndose al mismo tiempo dueño de una porción de efectos de guerra y considerable cantidad de víveres; pero se les escapó una de las personas a quien más

292 Esta bebida, muy común en Inglaterra y América, es una mezcla de ron o ginebra con agua caliente y limón. (Nota del Traductor.)
293 *Historia de la Revolución americana*, por Gordon, vol. III, pág. 207.

deseaba coger, que era Tomás Jefferson, uno de los hombres que más se distinguieron luego en los Estados Unidos. Jefferson tuvo la suerte de que le avisaran con tiempo la llegada de las tropas inglesas, y se puso inmediatamente fuera de su alcance, no sin haber tomado antes sus medidas para poner a salvo una porción de armas y municiones.

Si Tarleton se había quejado alguna vez de la demasiada benignidad de sus compañeros, ninguno seguramente podía echarle este defecto en cara, pues su rapacidad y crueldades no reconocían límite; nada fue sagrado a su vista, nada escapó de sus garras. Simcoe por su parte, marchó con igual celeridad contra el barón Steuben, y aunque este general pudo haber hecho una vigorosa resistencia, suponiendo que le atacaban todas las fuerzas británicas, emprendió la retirada apresuradamente.

Cuando los coroneles Tarleton y Simcoe volvieron al campamento, Lord Cornwallis marchó sobre Richmond el 17 de junio atravesando un hermoso y fértil país, y desde aquel punto pasó luego a Williamsburg, capital de Virginia; pero sus avanzadas no podían alejarse mucho del grueso de las fuerzas, porque Lafayette acababa de reunirse con el barón Steuben y los regimientos de Pensilvania, a las órdenes del general Wayne, componiendo así estas fuerzas un total de cuatro mil hombres que podían muy bien espiar los movimientos del ejército británico y apoderarse de las avanzadas que se aventurasen a mucha distancia de aquel. En esta situación recibió Cornwallis orden del general Clinton para volver con parte de sus tropas a Nueva York, no porque aquel jefe proyectase alguna empresa de importancia, sino porque acababa de saber la aproximación de los aliados y temía estallase la tormenta precisamente cuando se hallaba sin suficientes fuerzas para defender a Nueva York, la isla de Staten y Long-Island.

En cumplimiento de la orden recibida, Cornwallis se puso en marcha seguido de sus tropas, a principios de julio, en dirección a las orillas del río Jacobo, a fin de pasar desde allí a Portsmouth, donde pensaba embarcar las tropas destinadas a Nueva York; pero como Lafayette le seguía muy de cerca, viose precisado a detenerse en la orilla izquierda del río y tomar una fuerte posición para reprimir la impetuosidad de su adversario. En su consecuencia se acampó a lo largo del río, con su flanco derecho protegido por una laguna, y por pantanos el izquierdo y el centro, por cuyo medio podía pasar sin riesgo al otro lado la artillería, municiones y bagajes, dando a la vez algún descanso a sus tropas.

Entre tanto habíase acercado la vanguardia americana al mando del general Wayne. Los ingleses enviaron espías para que circularan entre el enemigo el rumor de que el grueso de las fuerzas reales se hallaba ya en la orilla derecha, y que solo quedaba en la izquierda la retaguardia compuesta de algunos destacamentos de artillería; pero bien fuese que los americanos no dieran crédito a esta noticia o ya que les arrastrara un exceso de valor, ello es que atacaron furiosamente a las tropas reales. Los regimientos de Pensilvania a las órdenes del general Wayne habían atravesado ya los pantanos y atacaban el ala izquierda de los realistas sin que les arredrase la gran superioridad del enemigo; mas entonces los ingleses, después de atravesar la laguna, cayeron sobre el ala izquierda del enemigo compuesta sólo de milicia, y dispersándola sin dificultad, cargaron luego sobre el flanco izquierdo de Wayne, mientras que el resto de las fuerzas daba un rodeo con la intención manifiesta de cercar por completo a los americanos. Al observar Lafayette aquella maniobra ordenó a Wayne que retrocediese inmediatamente, movimiento que no pudo ejecutarse sin dejar dos cañones en poder del enemigo. Con esto puede decirse que terminó la acción. Lafayette permaneció algún tiempo en Green Springs a fin de reunir los soldados dispersos, y Cornwallis volvió a sus atrincheramientos porque la aproximación de la noche y la naturaleza del terreno, cubierto de bosque y pantanos, le impedía perseguir al enemigo.

Al amanecer del día siguiente el jefe británico destacó su caballería por el camino que siguiera Lafayette, con orden de hostilizar su retaguardia cuanto fuese posible, mas los ingleses solo consiguieron coger algunos soldados rezagados. Si Cornwallis hubiera perseguido al día siguiente a Lafayette con todas sus fuerzas, es probable que le hubiese cortado la retirada, pero debe tenerse en cuenta que su principal objeto era dirigirse a Portsmouth a embarcar las tropas que esperaba Clinton

en Nueva York. Cuando hubo atravesado el río Jacobo con todo su- ejército, el general inglés marchó directamente a la citada ciudad, mas al examinar todos los puntos, y convencido de que no ofrecían suficientes ventajas para tomar buenas posiciones, según el deseo de Clinton, procedió inmediatamente a embarcar las tropas. Mientras se hacia esto, recibió Cornwallis nuevas instrucciones ordenándole que se quedase con todas las fuerzas y volviera a Williamsburg, y que en vez de concentrarse en Portsmouth lo hiciera en Point Comfort a fin de tener una retirada segura en caso de necesidad.

Dos causas principales habían inducido al general Clinton a tomar esta determinación: en primer lugar acababa de recibir de Europa un refuerzo de tres mil alemanes, y en segundo deseaba a toda costa abrir un paso por Hampton y el río Jacobo hasta la fértil y populosa parte de Virginia que se extiende entre los ríos Jacobo y York. Sin embargo, al examinar la localidad de Point Comfort. viose que era defectuosa y tan mala como la de Portsmouth para formar un campo atrincherado, juzgándose por lo tanto inútil fortificar aquella plaza, mas como era preciso elegir para las futuras operaciones otro punto comprendido entre los mencionados ríos, Cornwallis resolvió en 1 de agosto repasar el Jacobo con todo su ejército y fijar su cuartel general en Yorktown. Lafayette proyectó cortar el paso al enemigo, pero los americanos que se hallaban en su campamento no quisieron aproximarse demasiado a Portsmouth.

Yorktown es un pueblo situado en la orilla derecha del río York, y frente a él hay otro conocido con el nombre de Gloucester, el cual se eleva sobre una punta de tierra que penetrando en el río disminuye considerablemente su anchura. Allí es el agua profunda y hay suficiente fondeadero para los mayores buques de guerra; a la derecha de Yorktown se desliza una corriente pantanosa y enfrente, en el espacio de una milla, el terreno, que es muy igual, termina en una llanura cerca de la cual hay un bosque, cuyo lado izquierdo se extiende hacia el río, hallándose el derecho limitado por una caleta; todo el país que se extiende más allá del bosque está cultivado. En este sitio fue donde se atrincheró Cornwallis el 22 de agosto, fortificándose lo mejor que pudo, mientras Lafayette tomaba por su parte otra posición que le permitiera vigilar los movimientos del enemigo, a fin de impedirle en cuanto era posible que forrajeara por el país. Las acertadas medidas del marqués en la difícil misión que se le confiara mereció los mayores elogios del comandante en jefe.

El gabinete francés que había seguido atentamente el progreso de los asuntos en América, resolvió al fin enviar a los Estados Unidos un refuerzo naval para que su escuadra fuese superior a la del enemigo, proporcionando así a Washington los medios necesarios para dar un golpe decisivo en favor de su país. En su consecuencia en el mes de marzo del mismo año, el conde de Grasse se hizo a la vela en Brest, con veinte y cinco navíos de línea, algunas fuerzas de desembarco y un gran convoy de más de doscientos buques. Una pequeña parte de este refuerzo estaba destinada a las fuerzas orientales, y de Grasse con el resto enderezó el rumbo con dirección a la Martinica.

La flota inglesa que se hallaba entonces en las Indias Occidentales, era menos numerosa por haber sido necesario enviar una escuadrilla a proteger los buques que debían llevar a Inglaterra el botín cogido en St. Eustatius, mas a pesar de esto los almirantes ingleses Hood y Drake se hicieron a la vela a fin de interceptar la flota francesa mandada por el conde de Grasse, quien consiguió sin embargo reunirse con ocho buques de línea y uno de cincuenta cañones que se hallaban antes en la Martinica. De este modo la escuadra francesa llegó a ser numéricamente superior a la de los ingleses. De Grasse después de haber arreglado sus asuntos en la India Occidental se hizo a la vela a principios de agosto seguido de un convoy prodigioso, y después de asegurarse de que se hallaba éste fuera de peligro dirigióse inmediatamente hacia Chesapeake.

Hacia fines de mayo Washington tuvo una entrevista con el conde de Rochambeau en Weatersfield (Connecticut) en la que se acordó sitiar a Nueva York. Contando con la ayuda de la escuadra francesa que se esperaba llegase a principios del verano, Washington encargó eficazmente que le enviasen tropas de los Estados de Nueva Inglaterra, abrigando fundadas esperanzas de conseguir al fin su objeto. Las tropas francesas abandonaron a Rhode-Island en junio y se reunieron

al mes siguiente con el ejército americano, mientras que Washington trasladaba sus fuerzas desde los cuarteles de invierno de Peekskill a los alrededores de Kinsbridge. Por su parte el general Lincoln recorrió el Hudson con cierto número de botes y tomó posesión del terreno donde se elevaba antes el fuerte Independencia. Los ingleses se retiraron entonces con la mayor parte de sus fuerzas a York-Island. Washington esperaba le sería posible comenzar las operaciones contra Nueva York hacia mediados, o lo más, parte a fines de julio, y en esta inteligencia, mandáronse construir cerca de Albany botes bastante capaces para trasladar cinco mil hombres, que marcharon luego por el Hudson a las inmediaciones de Nueva York; también se construyeron frente a la isla de Staten varios hornos para las tropas francesas, y se hicieron en fin todos los preparativos necesarios para comenzar un sitio en toda regla.

Las esperanzas de Washington quedaron sin embargo defraudadas en parte, pues en vez de recibir un refuerzo de doce mil hombres de tropas regulares, se encontró con que al principio de agosto sólo podía disponer de cinco mil, número insuficiente para el proyectado sitio. Además de esto supo que de Grasse, a quien se esperaba de un día a otro, no podría permanecer en la costa americana más que el mes de octubre, por tener que marchar a Chesapeake; y en vista de todas estas circunstancias, Washington cambió repentinamente su plan de operaciones y se propuso hacer caer a Cornwallis en el lazo que dicho jefe parecía estarle preparando.

Mientras se discutía seriamente el ataque en Nueva York fue interceptada y cayó en manos de Sir Enrique Clinton una carta de Washington en que se daban detalles y pormenores acerca de las operaciones de campaña, y como aquel jefe ignoraba que se hubiese cambiado el plan, creyó naturalmente, en vista del contenido de la citada carta, que el movimiento que hacía el enemigo con dirección a Virginia era simulado y tenía por objeto distraer su atención de la defensa de Nueva York. En esta inteligencia hizo todos los esfuerzos imaginables para fortificar aquel punto, permitiendo que las tropas francesas y americanas marcharan hacia el sur sin molestarlas, mas cuando ya hubo pasado la oportunidad de impedirlo, causóle el mayor asombro la noticia de que los aliados habían elegido efectivamente a Virginia para centro de sus operaciones combinadas. Con razón dijo el Dr. Ramsay que nunca hubiera podido engañarse a los ingleses con la verdad mejor que en aquella ocasión, tan propicia para atacar a Nueva York.

Al llegar aquí, nada más oportuno que citar el párrafo de una carta que escribió Washington algunos años después, en contestación a ciertas preguntas que se le dirigieron. Helo aquí: «El año anterior a 1781, se concertó un plan de operaciones para las fuerzas de mar y tierra de Francia en América, mas no se fijó el punto de ataque porque se ignoraba cuál sería el lado más débil del enemigo[294] y porque, siendo dueños de las aguas con suficientes medios de trasporte, éranos fácil trasladarnos a cualquier punto con la mayor celeridad. Hace ya cerca de doce meses formé el proyecto de hacer creer a todos en general que Nueva York sería el primer punto de ataque, tanto con el objeto de inducir a los Estados a poner en juego todos los medios posibles para facilitar prontamente auxilios, como para evitar se preparase el enemigo a la defensa en un punto dado.

»Al efecto habíanse adoptado las oportunas medidas para trasladar con la mayor rapidez a cualquier punto del continente la artillería, los botes, los efectos de guerra y los víveres, pues la dificultad consistía sobre todo, no sólo en tener los medios, sino en saber aplicarlos. Antes de la llegada del conde de Grasse habíase resuelto *herir al enemigo en donde fuese más vulnerable*, a fin de asegurar el éxito, pues el estado de nuestros asuntos era harto deplorable, y como por otro lado no nos creíamos con fuerzas para intentar nada contra Nueva York, sólo quedaba la duda de atacar a los ingleses en Virginia o en Charleston. Finalmente, en vista de ciertas comunicaciones y algunos incidentes que no pueden detallarse en una carta, resolvióse que Virginia, por su importancia militar, fuese en definitiva *el verdadero objeto de la campaña*.

294 No se combinó en este punto desde luego porque el conde de Grasse podía muy bien anunciar oportunamente por medio de un mensajero antes de su marcha de las Indias Occidentales en qué punto le sería más fácil tocar para que se le comunicaran noticias acerca del plan de operaciones.

»Debo añadir que nunca se pensó atacar a Nueva York sino en el caso de que debilitada la guarnición de la plaza por hallarse ocupadas las tropas en las operaciones del sur, nos ofreciera la seguridad del éxito, con tanta más razón cuanto que en aquellas circunstancias hacíase de todo punto necesario obtener cualquier ventaja por insignificante que fuese para reanimar las esperanzas del país en medio de la crisis que atravesábamos. Por esto precisamente no hubiera yo acometido empresa alguna sin la completa certeza de obtener un resultado favorable, pues en ninguna otra época podría haber sido un descalabro tan fatal para nuestra causa como entonces.

»Es positivo que se hicieron los mayores esfuerzos para que no comprendiese Sir Enrique Clinton cuál era el verdadero objeto de nuestros planes, a cuyo fin se circularon comunicaciones ficticias y se reunieron cerca de la ciudad numerosos botes y una considerable cantidad de víveres para engañar mejor al enemigo, pero también es cierto que no se omitió medio alguno para que no conociese nuestro ejército mis verdaderas intenciones, pues este era seguramente el único medio de guardar el secreto asegurando el éxito de la campaña.»

Después de adoptar tan acertadas medidas, estableció Washington su campamento en New-Windsor y avanzó sobre Kingsbridge el 21 de julio mientras las tropas francesas, al mando de Rochambeau, y en número de cinco mil hombres salían de Rhode-Island para reunirse con el comandante en jefe. Con arreglo al plan indicado practicáronse varios movimientos como si se tratase de atacar inmediatamente las líneas inglesas. El 19 de agosto marchó un cuerpo de tropas por el Hudson hacia Dobb’s Ferry, aparentemente con el objeto de establecer un puesto permanente en aquellas cercanías; el 20 y 21 el grueso de las fuerzas americanas atravesó el río por King’s Ferry, en tanto que los franceses, dando un rodeo, lo verificaban el 25, y deseando en fin Washington ocultar su objeto cuanto fuese posible, continuó su marcha por algún tiempo como si tratara de atacar a Nueva York. Cuando ya no fue posible disimular más tiempo, el comandante en jefe se dirigió rápidamente hacia el sur, y tan diversos habían sido sus movimientos, que Clinton no comprendió las intenciones de su enemigo hasta que éste hubo cruzado el Delaware.

El día 30 de agosto entraron los ejércitos combinados en Filadelfia, donde fueron recibidos con demostraciones de júbilo, y hacia fines del mismo mes la escuadra del jefe francés de Grasse ancló cerca del cabo Enrique, en cuyo punto le aguardaba un oficial de Lafayette para informarle acerca del estado de los asuntos en Virginia, dándole cuenta del plan de operaciones contra el ejército inglés.

Cornwallis se fortificaba entre tanto con la mayor actividad en York y Gloucester; Lafayette conservaba su posición en el río Jacobo a fin de impedir al enemigo que pasara a la Carolina del Norte, y el ejército combinado iba adelantando por el sur en son de ataque. Con el objeto de cooperar contra Cornwallis, de Grasse destacó cuatro navíos de línea y algunas fragatas para bloquear la entrada del río York y conducir las fuerzas de tierra que había traído a las órdenes del marqués de San Simón con destino al campamento de Lafayette. El resto de la flota permaneció a la entrada de la bahía.

Después de hacer los preparativos necesarios para trasladar a su ejército, Washington marchó a Virginia seguido del conde de Rochambeau, y el 14 de septiembre se reunió con Lafayette en Williamsburg.

Como quiera que Cornwallis se había fortificado de una manera imponente y era necesario sitiarle en regla, los aliados que necesitaban más artillería y otros efectos de campaña, esperaban que los trajese de Rhode-Island una escuadrilla francesa mandada por el conde de Barras, que se había hecho a la vela en Chesapeake tres días antes que de Grasse. A fin de no tener un encuentro con la flota inglesa, de Barras había permanecido mar adentro. Mientras le estaba esperando de Grasse vio el 5 de septiembre más allá de los Cabos una flota inglesa de diez y nueve navíos, que era la del almirante Graves, pero avisado por Washington procedió con tanta destreza como prudencia, pues excitando a los ingleses a que abandonaran en parte su anclaje, dio lugar a que el conde de Barras penetrara en la bahía evitando un combate que hubiera podido comprometer la victoria casi segura de los aliados.

Cuando Sir Enrique Clinton se desengañó acerca de las intenciones de Washington, trató de organizar una expedición contra Nueva Londres, a las órdenes del traidor Arnold. Este hombre indigno había desplegado mucho celo contra sus compatriotas, dando al ministerio inglés repetidas pruebas de su actividad y energía. Su *Manifiesto a los habitantes de América*, publicado poco después de consumar su traición y su *Proclama* a los oficiales y soldados del ejército americano, bastaron para que el gabinete británico no dudase de su celo y lealtad, y es indudable que todos creyeron haber hecho una gran adquisición al comprar por un precio enorme a un hombre tan degradado. Su llamamiento a las tropas americanas fue objeto de burla y desprecio por parte de aquellas, y lo extraño es, según observa muy bien Mr. Sparks, que tan inicuas protestas se sancionaran por el jefe inglés, quien permitió se publicasen diariamente en el *Diario* con el consentimiento de su autoridad. ¿Cómo era posible que Arnold no comprendiese que el efecto de sus medidas sería contrario a sus intereses y deseos? ¿Quién había de reunirse con un traidor para tomar parte en sus infamias? y sobre todo, ¿quién se dejaría seducir por la falsedad e hipocresía de aquel hombre tan audaz como perverso?

A principios de septiembre Arnold marchó en expedición contra Nueva Londres, empresa que deseaba llevar a cabo cuanto antes no solo para saciar sus deseos de venganza, sino también con el objeto de apoderarse del botín que cayese en sus manos. Arnold cruzó el Sound, desembarcó en la embocadura del Thames con todas sus tropas, que formó en dos divisiones, y mientras una de estas marchaba sobre Nueva Londres, y apoderándose del fuerte Trumbull penetraba en la ciudad, la otra cruzó por la parte oriental del río dirigiéndose a la tierra alta a fin de atacar el fuerte Griswold. Esta plaza estaba defendida por un cuerpo de milicia, cuyos individuos, que en su mayor parte eran padres de las familias de los alrededores, se reunieron apresuradamente a las órdenes del coronel Ledyard y se defendieron con la mayor resolución matando a muchos de sus enemigos, si bien al fin tuvieron que ceder ante el número.

Al entrar los ingleses en el fuerte, gritó Bromfield, un *tory* de Nueva Jersey: «¿Quién manda aquí?» «Yo era el jefe —repuso el coronel entregando su espada—, pero ahora lo sois vos.» Apenas hubo oído estas palabras, Bromfield cogió el acero y atravesó con él el pecho de su generoso adversario en un acceso de furiosa cólera, y aquella fue la señal para que empezase la matanza. Más de cien hombres fueron sacrificados inhumanamente por la soldadesca brutal, y apenas se contó una familia en el vecino pueblo de Groton que no perdiese un padre, ni casada que no quedara viuda. Nueva Londres fue reducida a cenizas, y una porción de barcas que allí había con ricos cargamentos cayeron en poder del miserable Arnold, que cual otro Nerón, púsose a contemplar gozoso el incendio de Nueva Londres deleitándose con refinada crueldad al escuchar los desgarradores lamentos de las viudas y de los huérfanos. Y al volver a Nueva York, puso el colmo a su audaz villanía presentando un parte en el que todos cuantos fueron asesinados a sangre fría después de la rendición, figuraban como *muertos encontrados* en el fuerte![295]

Viendo Clinton que no era dable apartar a Washington de su propósito con semejantes expediciones, y reconociendo cuán crítica era la situación en que se hallaba Cornwallis, consagró todos sus esfuerzos a mejorar la situación de aquel jefe. En su consecuencia, dirigióle una carta cifrada en la que le manifestaba que a no ser por las averías que sufrieran los buques del almirante Graves habría ido ya a socorrerle, pero que de todos modos esperaba hacerlo el día 5 de octubre con fuerzas de mar y de tierra. Confiando Cornwallis en las promesas de Clinton, retiró sus tropas de las líneas exteriores de defensa y se concentró en los estrechos límites de Yorktown.

El ejército aliado, compuesto de unos once mil hombres, llegó a Williamsburg el 25 de septiembre, y dirigiéndose el 28 por diferentes caminos a Yorktown, empleó todo el día siguiente en arreglar el plan de ataque. Al mismo tiempo que el ejército combinado acampaba ante dicha ciudad anclaba la flota francesa en la embocadura del río, impidiendo así a los ingleses escapar por el agua

295 Arnold abandonó a Nueva York en diciembre de 1781 y se trasladó a Inglaterra, donde despreciado por todos los hombres dignos y de pundonor, vivió oscuramente y murió luego en Londres en junio de 1801, terminando así su carrera de crímenes.

o recibir refuerzos ni víveres. La legión de Lauzun y una brigada de milicia compuesta de cuatro mil hombres, al mando del general de Choisy, marcharon a Gloucester Point con objeto de vigilar a los ingleses en este punto.

El día 30 de septiembre comenzó el ataque a Yorktown: las tropas francesas formaron el ala izquierda del ejército combinado extendiéndose desde el río hasta un tremedal que había enfrente de la ciudad; y los americanos componían el ala derecha, ocupando el terreno comprendido entre el río y la plaza. Hasta el 6 de octubre los sitiadores se ocuparon con la mayor actividad en desembarcar su artillería pesada y demás efectos de guerra, conduciéndolos luego desde el río Jacobo al campamento, que distaba seis millas.

En la noche del 6 de agosto se empezó la primera paralela a seiscientas varas de las obras inglesas: la noche oscura y lluviosa era muy a propósito para esta operación, y los sitiadores no perdieron un solo hombre, sin duda porque los sitiados no sospecharon nada hasta que vino el día y les permitió ver las trincheras suficientemente adelantadas para que los enemigos pudieran resguardarse del fuego de la fortificación. En la noche del 9 completáronse las baterías a pesar de la oposición de los sitiados, e inmediatamente se rompió el fuego contra la ciudad con piezas de a veinticuatro y diez y ocho, y morteros de diez pulgadas, que causaron mucho daño en las incompletas obras de la plaza, y apagaron los fuegos del enemigo matando a muchos hombres. Algunas de las bombas y granadas que se arrojaron desde las baterías pasaron sobre la ciudad alcanzando a los buques que se hallaban en el puerto, de los cuales se incendió el *Charon* de veinticuatro cañones y tres grandes transportes que se redujeron completamente a cenizas.

Los sitiadores comenzaron poco después la segunda paralela a doscientas varas de las obras del enemigo, y como quiera que a la izquierda de la plaza hubiera dos reductos que impedían a los sitiadores continuar los trabajos, se resolvió tomarlos por asalto. A fin de excitar la emulación se encargó a los franceses, al mando del barón de Viomesnil, la toma de uno de ellos, y los americanos conducidos por Lafayette se encargaron de apoderarse del otro. En la noche del 14 lanzáronse al ataque ambos destacamentos: el coronel Hamilton que conducía la avanzada de los americanos, y el coronel Laurens a la cabeza de ochenta hombres dieron una brillante carga sin disparar un solo tiro y pasando sobre las empalizadas, asaltaron las obras, por todas partes penetrando en ellas con tal rapidez que su pérdida fue insignificante. Aquel reducto estaba defendido por cuarenta y cinco hombres de los cuales murieron ocho, y quedaron prisioneros diez y siete, incluso el mayor Campbell. Aunque el ejército tenía ya conocimiento de la matanza del fuerte Griswold, dice el coronel Hamilton que sus soldados «lejos de imitar actos de barbarie, y olvidando recientes provocaciones perdonaron la vida a todos aquellos que dejaron de resistirse.» Gordon asegura que Lafayette, con la aprobación de Washington dispuso que- todos cuantos se hallasen en el reducto fueran pasados a cuchillo, pero Marshall dice que ni el coronel Hamilton ni el marqués dieron semejante orden.

El reducto atacado por los franceses estaba defendido por mayor número de hombres y siendo mayor la resistencia, no fue posible apoderarse de aquel sin considerables pérdidas; de los ciento veinte hombres que había en el reducto al mando de un teniente coronel, murieron diez y ocho y quedaron prisioneros cuarenta y dos, incluso un capitán y dos oficiales subalternos. Los franceses perdieron cien hombres entre muertos y heridos.

El comandante en jefe quedó altamente satisfecho de la intrepidez de las tropas y en la orden del día siguiente elogió la valerosa conducta del barón de Viomesnil, del marqués de Lafayette y de sus respectivos oficiales y soldados. Ambos reductos quedaron comprendidos aquella noche en la segunda paralela.

La situación de Cornwallis empezaba a ser desesperada: Clinton acababa de anunciarle que no podrían salir refuerzos de Nueva York antes del 12 de octubre, y no había motivos para creer que se pudiera sostener el sitio hasta dicha fecha. Sin embargo, el jefe inglés resolvió hacer una salida a fin de retardar el progreso de las obras americanas, y a eso de las cuatro de la madrugada del 16, un

fuerte destacamento a las órdenes del coronel Abercrombie destruyó parte de los trabajos de la segunda paralela, pero tuvo que retirarse al fin sin haber conseguido ninguna ventaja positiva.

Las baterías de los sitiadores contaban ya cerca de cien piezas de grueso calibre, mientras las fortificaciones de los sitiados habían sufrido tanto que apenas se veía la boca de un cañón y en este extremo concibió Cornwallis el atrevido proyecto de forzar el paso para trasladarse a Nueva York. Su plan era cruzar el río por la noche en dirección a Gloucester Point, donde los franceses al mando de De Chaisy vigilaban la escasa guarnición mandada por Tarleton; cortar la línea del enemigo y dirigirse luego a marchas forzadas hacia Nueva York para reunirse con Clinton. Dejando sus bagajes, enfermos y heridos en poder de los sitiadores, formó con su ejército tres divisiones que debían embarcarse acto continuo: la primera había cruzado ya el río desembarcando en Gloucester Point; la segunda estaba en camino y como sólo faltaba la tercera, y el aire y el agua parecían tranquilos, Cornwallis tenía fundadas esperanzas de poder escapar.

Pero de improviso cubrióse el cielo de nubes, rugió el trueno, estalló la tempestad y todos los elementos se desencadenaron a la vez, como si aquella Providencia que parecía velar sobre el pueblo americano, y que ya en otra ocasión salvó al ejército de caer en poder del enemigo, quisiera protegerle entonces por segunda vez. El viento y la lluvia arreciaron de tal modo, que la corriente arrastró los botes y cuando al romper el día descubrieron los sitiadores a los fugitivos, rompieron sobre ellos un fuego tan nutrido, que los ingleses se dieron por muy contentos con volver a sus desmanteladas fortificaciones.

Este percance hizo perder la última esperanza al ejército británico: resistirse más tiempo, sobre ser completamente inútil podía ocasionar la pérdida de muchas vidas, y en su consecuencia Lord Cornwallis escribió en 17 de octubre una carta al general Washington pidiendo una suspensión de hostilidades por veinticuatro horas, a fin de nombrar comisionados que estipulasen las condiciones de la capitulación. Washington contestó inmediatamente manifestando que «su más ardiente deseo era evitar la efusión de sangre aceptando condiciones que fuesen admisibles, mas como en aquellas circunstancias no podía perder un momento en negociaciones inútiles, deseaba que S. S. hiciera sus proposiciones por escrito para lo cual le concedía una suspensión de dos horas. En la inteligencia de que no ofrecería dificultad alguna la negociación, suspendiéronse las hostilidades hasta la noche, y entretanto el comandante en jefe redactó sus condiciones, que fueron transmitidas a Lord Cornwallis, a quien se manifestó de paso que si las aprobaba se nombrarían inmediatamente los comisionados.

Como Washington no quería perder tiempo, firmóse bien pronto la capitulación, y el 19 de octubre fueron entregadas a los aliados las plazas de York y Gloucester. Las principales condiciones de la rendición eran las siguientes: las tropas se considerarían como prisioneras de guerra del Congreso y de la escuadra francesa; permitíase a los oficiales conservar sus espadas y sus bienes no hallándose estos sujetos a reclamación alguna por parte de los habitantes de los Estados Unidos; los soldados debían trasladarse a Virginia, Maryland y Pensilvania, donde se les trataría lo mismo que a las tropas del Congreso, y por último una parte de los oficiales quedaría en el país con los prisioneros dándose permiso a los demás para que bajo palabra se trasladaran a Europa, a Nueva York, o a cualquier punto de América que estuviera en posesión de la Gran Bretaña. Imitando la conducta de los ingleses que no permitieron al general Lincoln salir con sus banderas desplegadas de Charleston cuando se rindió esta ciudad, no se quiso conceder tampoco semejante honor al general Cornwallis, y el comandante en jefe queriendo dar una prueba de consideración a Lincoln le designó para recibir la sumisión del ejército real en Yorktown, precisamente en la misma forma en que se procedió con él diez y ocho meses antes[296].

296 En el *Diario Militar* del Dr. Tacher, págs. 288-90, se encuentra una interesante narración de los sucesos de aquel día. Según parece Lord Cornwallis, alegando que estaba indispuesto, nombró al general O'Hara para que le representase y también se dice que el ejército inglés saqueó todo lo que pudo y que la vajilla que había en la mesa del jefe británico era de varias familias particulares. Se calcula que durante los seis meses antes de la rendición de Yorktown el ejército real destruyó una porción de propiedades cuyo valor no bajaría de tres millones de libras esterlinas.

El número de prisioneros que cayeron en poder del ejército aliado compuesto entonces de diez y seis mil hombres, incluso la milicia, no bajaba de setecientos, sin contar los marinos. La pérdida de los ingleses durante el sitio fue de unos quinientos a seiscientos hombres, una mitad más de la que tuvieron los americanos entre muertos y heridos. Precisamente en el día en que se firmaba la capitulación, Clinton se hizo a la vela en Nueva York para ir en auxilio de Cornwallis, mas al llegar a los cabos de Virginia el 24 de octubre, anunciaron la rendición del ejército y se volvió inmediatamente hacia el norte.

El Congreso dio las más expresivas gracias al comandante en jefe, al conde de Rochambeau, al conde de Grasse, a los oficiales de los diferentes cuerpos, y a los bravos soldados que combatieron bajo sus órdenes; y al día siguiente de la rendición circulóse una orden que terminaba con estas palabras: «Mañana se celebrará el oficio divino para todas las brigadas y divisiones: el comandante en jefe recomienda a todas las tropas que no se hallen de servicio, que asistan al acto para dar gracias al Todopoderoso por la intercesión de la divina Providencia que parece velar por nuestra causa.» El Congreso por su parte publicó una proclama señalando el día 13 de diciembre como día de oración para dar gracias al Altísimo por el triunfo del ejército americano.

A consecuencia de la gran victoria obtenida sobre las tropas reales, fue general la alegría y satisfacción en todo el país, y no pudiendo Washington inducir al conde de Grasse a que siguiese cooperando contra los ingleses en el sur, destacó dos mil hombres para que fueran a reforzar al general Greene; enviando luego a la mayor parte de su ejército a sus acantonamientos de invierno, cerca de Nueva York, marchó a Filadelfia, a donde llegó el 27 de noviembre. Las tropas francesas permanecieron en Virginia y el conde de Grasse se hizo a la vela con rumbo a la India Occidental. Durante seis años Washington no dejó nunca de pensar en el porvenir preparándose a todo lo que pudiera suceder: acostumbrado a luchar con las dificultades y contratiempos de que se viera continuamente rodeado, nunca desmayó su valor, y muy lejos de esto, acrecíase ante los peligros por grandes que estos fuesen. El comandante en jefe, sin alucinarse por esos golpes de fortuna que hicieron creer a muchos que la revolución había concluido, no dejó nunca de hacer los mayores esfuerzos y tomar las debidas precauciones en favor de la causa de su país.

Aunque había sido completo el triunfo de los aliados en Virginia, y se obtuvieron grandes ventajas en las Carolinas en 1781, Washington hizo presente la necesidad de prepararse para otra campaña, y en una carta dirigida al general Greene, decíale lo siguiente: «Trataré de excitar al Congreso a que adopte las más enérgicas medidas para empezar oportunamente una campaña decisiva el año próximo, pues temo que dando demasiada importancia a nuestros últimos triunfos, crea casi terminada nuestra tarea y se deje dominar por la languidez y la inercia. A fin de impedir esto pondré en juego cuantos medios se hallen a mi alcance, y si por desgracia se comete semejante error, no será ciertamente mía la culpa.»

Viendo Lafayette que no empezaría el servicio activo hasta la campaña próxima, pidió y obtuvo permiso del Congreso en el mes de noviembre para volver a Francia[297], y llevó consigo, no

---

297 «En los antiguos cuentos de caballería, según dice en su elegante estilo Juan Quincy Adams, se habla de torneos en los que se presenta repentinamente un caballero desconocido armado de punta en blanco, con la visera calada, penetra en el palenque, y después de romper lanzas con la flor y nata de los paladines allí reunidos a fin de obtener de la reina de la fiesta el premio de la victoria, desaparece de la liza dejando admirados a los espectadores de aquella marcial función. Pero, ¿en qué anales de la historia, en qué ficticio romance, dónde sino en la vida de Lafayette se ha visto a un noble extranjero huir a un país lejano para prestar sus servicios a un pueblo oprimido, abandonando su patria, su rango, su influencia, su familia, sus comodidades y sus tesoros, sin más objeto que verter su sangre por la causa de la libertad? ¿Quién sino él hubiera estado cinco años consecutivos exponiendo su pecho a las balas enemigas, sufriendo toda clase de vicisitudes, presentándose siempre en los sitios de más peligro con noble intrepidez, y mostrándose por último en todas ocasiones, arrojado en la batalla, rápido en la ejecución, prudente en el consejo, ingenioso en los medios, magnánimo con el vencido y dispuesto a cada paso a lanzarse el primero en las más peligrosas empresas? ¿Y qué es todo esto sino el diario de Lafayette desde el día mismo en que trataba de reunir a las dispersas y fugitivas tropas de Brandwine para apoderarse del reducto de Yorktown, sin cuidarse de la sangre que corría de su herida?» J. Q. Adams, *Discurso sobre la vida y carácter de Lafayette*, págs. 35-36.

sólo los acuerdos del Congreso que elogiaban altamente su celo y sus servicios militares, sino también las alabanzas de todo el pueblo americano que tanto le apreciaba y quería. Esperábase confiadamente que este viaje sería ventajoso para la causa de la libertad tanto por las representaciones que haría el marqués, como por la influencia que podría ejercer sobre su gobierno para que éste siguiera favoreciendo la causa de los Estados Unidos.

Mientras Washington marchaba contra Cornwallis, los realistas de la Carolina del Norte conducidos por M'Nell y M'Dougall se hicieron dueños de Hillsborough cogiendo cierto número de prisioneros, pero poco después, M'Nell y algunos de los que le seguían perecieron en un encuentro con los americanos, y aunque perseguido M'Dougall, pudo refugiarse en Wilmington llevando consigo varios prisioneros.

A fines de agosto el mayor Ross hizo una excursión en el territorio del Mohawk a la cabeza de seiscientos hombres entre tropas regulares e indios, los cuales se encontraron en Johnstown con el coronel Willett que mandaba trescientos cincuenta americanos. Habiéndose trabado la pelea, huyeron una parte de estos, mas reforzado Willett con doscientos hombres de la milicia, renovóse la acción y los ingleses se pronunciaron en retirada, perseguidos, aunque inútilmente, por Willett. Entre los muertos contábase el infame Walter Butler, uno de los que más contribuyeron a la matanza en Cherry Valley[298].

El último día del año 1781, salió al fin de la torre de Londres el apreciable patriota Enrique Laurens, encarcelado a principios de octubre de 1780, según ya hemos dicho anteriormente, y que fue tratado con la mayor injusticia y dureza; habíanse hecho varios esfuerzos para inducirle a ceder, mas se resistió siempre, y *aquella larga y penosa farsa*, conforme la llamó el Dr. Ramsay, terminó al fin con la libertad de la víctima.

9.
Conclusión de la guerra revolucionaria (1782-1783)

Actos del Parlamento. Mr. Oswald es enviado a París. El general Carleton marcha a los Estados Unidos. Proyectos para celebrar un tratado de paz. Washington activa los preparativos para otra campaña. Cuestión financiera. El capitán Huddy. Se propone a Washington proclamarle rey. Su contestación. Operaciones militares. Reducción de ejército. Descontento de los oficiales y soldados. Asuntos del Sur. Operaciones del general Greene. Marcha de las tropas francesas. Causas del descontento e irritación del ejército. Franklin, Jay y Adams tratan de negociar la paz. Su política. Quejas del conde de Vergennes. Petición de los oficiales al Congreso. Los manifiestos de Newburg. Noble conducta de Washington. Crisis peligrosa. Washington defiende la causa del ejército. Cesación de las hostilidades. Motín en Pensilvania. La sociedad de los Cincinnati. Carta-circular de Washington. El tratado definitivo de paz. Dispersión del ejército. Despedida de Washington. Evacuación de Nueva York. Washington marcha con los oficiales. Resigna el mando. Escena imponente.

Cualquiera que fuese la opinión general en Inglaterra acerca de los últimos sucesos de la guerra en América, es lo cierto que la rendición de Cornwallis y su ejército probó hasta la evidencia que los Estados Unidos no se someterían nunca por la fuerza. Tanto el ministerio como el pueblo estaban asombrados, y bien pronto dominó el convencimiento de que la lucha sería infructuosa, perdiéndose toda esperanza de obtener de ella el menor resultado.

El Parlamento se abrió el 27 de noviembre de 1781, y aunque el rey en el discurso de la Corona insistió con su característica obstinación en que era necesario proseguir vigorosamente la guerra, y aun cuando ambas Cámaras apoyaron al monarca, fueron no obstante muy animados los debates, y la opinión popular se mostró contraria a semejante medida. El 22 de febrero, después de

298 Véase la obra del Juez Campbell, titulada: *Border Warfare of Nueva York*, págs. 208-213.

cerrado el Parlamento, el general Conway elevó una exposición al monarca pidiendo no se continuase la guerra con América, proposición que aunque desechada por un solo voto se volvió a presentar pocos días después. El día 4 de marzo la Cámara de los Comunes dictó el siguiente acuerdo: «Esta Cámara considerará como enemigos del monarca y del país a todos aquellos que aconsejaren o intentaren adoptar alguna medida para que no se prosiga la guerra en el continente de la América del Norte.» Ante semejante declaración, no era posible que el ministerio continuase en el poder, y el día 19 Lord North y sus compañeros dimitieron sus respectivos cargos, formándose inmediatamente un nuevo gabinete en el que se nombró al marqués de Rockingham lord de la tesorería y al conde de Shelburne y a Mr. Fox secretarios de Estado.

Poco después del nombramiento, los nuevos ministros mandaron a Francia a Mr. Oswald para averiguar en qué sentido se pronunciarían tanto aquel gabinete como el Dr. Franklin respecto a la cuestión de la paz. En una conferencia que celebró el conde de Vergennes con aquel diplomático, díjole que Francia estaba dispuesta a celebrar la paz, mas que no podía hacer nada sin el consentimiento de sus aliados, y que deseaba se reuniese un congreso en París a fin de tratar sobre tan importante asunto. Hacia el 18 de abril el agente británico regresó a Londres y el 4 de mayo volvió a Francia con el consentimiento del gabinete inglés para que se negociase la paz en París.

Una de las primeras medidas del gabinete inglés fue nombrar a Sir Guy Carleton comandante en jefe en América en reemplazo de Sir Enrique Clinton, autorizando al almirante Digby para negociar la paz, siendo el principal objeto de esta medida persuadir si era posible al Congreso a entrar en negociaciones sin la intervención de los aliados. Carleton llegó a Nueva York a principios de mayo, y habiendo manifestado a Washington de qué misión iba encargado por su gobierno en unión del almirante Digby, pidió un pasaporte para su secretario que era portador de ciertos despachos dirigidos al Congreso. El comandante en jefe pasó la comunicación a dicho cuerpo; pero como el decreto que autorizaba al monarca para celebrar la paz no se había declarado ley; como no había seguridad de que los comisionados estuviesen autorizados suficientemente para estipular otras condiciones que las ya desechadas; como el Congreso abrigaba sospechas de que los ofrecimientos del gabinete británico tenían por objeto inspirar confianza al país a fin de poderle atacar luego con probabilidades de éxito, y como se había resuelto en fin no celebrar ningún tratado separadamente, el Congreso rehusó expedir el pasaporte.

Temiendo Washington que el país confiara demasiado en sus fuerzas a consecuencia de la última victoria obtenida en Virginia sobre los ingleses, recomendó eficazmente que se hicieran preparativos para otra campaña. «Sea cual fuere la política de las potencias europeas, fueron sus palabras, no podemos depender de sus negociaciones ni confiar ciegamente en ellas, y el buen criterio aconseja que nos preparemos a la guerra, porque de este modo estaremos prevenidos para lo que pueda ocurrir.» Siguiendo el Congreso el consejo de Washington, cuando se hallaba en Filadelfia, acordó inmediatamente por unanimidad que se adoptaran medidas para reunir dinero y auxilios, resolviéndose desde luego conservar los establecimientos militares del año anterior y reclamar con tiempo a los respectivos Estados sus contingentes de tropas. Asimismo se encargó al comandante en jefe que escribiera dos cartas circulares a los gobernadores, las cuales se circularon a fines de enero y contenían argumentos y exhortaciones perfectamente expresados para excitar a dichos funcionarios a que redoblasen sus esfuerzos en pro de la causa común.

Según había sucedido ya en otras ocasiones, Washington tuvo el disgusto de ver que no producían resultado alguno sus esfuerzos. Las legislaturas declararon que sus constituyentes se veían en la imposibilidad de pagar impuestos; en vez de llenar las arcas del tesoro continental, algunas buscaban medios para sacar dinero, y otras que expedían anteriormente decretos creando impuestos gravosos, dijeron que antes que todo era preciso cubrir las atenciones del Estado y que sólo se daría el residuo al recaudador continental. Aun cuando por las prudentes medidas de Morris, se habían disminuido en gran manera los gastos públicos, eran aun necesariamente muy crecidos, y debían serlo aun más cuando faltasen medios para cubrirlos.

A principios de 1782 no quedaba ni un solo dólar en las arcas del Tesoro, y entonces, según dice Marshall, «todas las miradas, todas las reclamaciones de los acreedores se dirigieron al hacendista, y en vez de inculpar a los gobiernos de los respectivos Estados, sobre él recayeron las quejas e imprecaciones de los que no veían satisfechas sus demandas.» Deplorando Morris profundamente la ingratitud de su país, resolvió sin embargo no abandonar la causa del pueblo, y al comunicar a Washington la desagradable noticia de que el impuesto que debía recaudarse en julio no se cobraría hasta diciembre, añadía lo que sigue: «Ante tan triste porvenir me veo en la precisión de permanecer aquí, asediado por las quejas y reclamaciones de unos y otros, teniendo el disgusto de ver que mis esfuerzos y sacrificios se recompensan ahora con invectivas y denuestos. Apenas pasa un día en que no me den tentaciones de resignar en el Congreso los poderes de que me revistieron, librándome así de la pesada carga que me agobia. No lo hago porque comprendo con cuántas dificultades tengo que luchar, y aunque sólo Dios sabe el resultado de mis esfuerzos, conozco que dejar ahora el puesto que ocupo sería una verdadera calamidad. Os confieso ingenuamente cuál es mi situación y mi modo de pensar porque he sufrido ya tanto, que a no dudarlo simpatizaréis en esto conmigo.»

Hacia mediados de abril, Washington dejó Filadelfia y fue a reunirse con el ejército que se hallaba en su cuartel general de Newburg, donde se le informó que algunos refugiados de Nueva York acababan de cometer una iniquidad que exigía una satisfacción. He aquí lo que había pasado: el capitán Huddy que mandaba un cuerpo de tropas en el condado de Monmouth, en Nueva Jersey, fue atacado por una partida de refugiados que le cogieron prisionero, arrojándole luego en un calabozo en Nueva York, de donde le sacaron después para ahorcarle, habiéndole puesto antes en el pecho un cartel, el cual decía que se le condenaba a muerte para vengar la que habían sufrido algunos de los suyos pocos días antes. Washington fijó seriamente su atención en este asunto, consultó con sus oficiales, dio cuenta de ello al Congreso, y escribió luego a Clinton pidiéndole fuese entregado el capitán Lippencot, autor de aquel horrible crimen. Como quiera que se negase la demanda, y de acuerdo con el parecer del consejo de oficiales, se resolvió tomar la represalia, a cuyo efecto echáronse suertes entre los prisioneros, y un oficial inglés de igual grado que el capitán Huddy, llamado el capitán Asgill, joven de diez y nueve años, e hijo único, fue el designado para expiar el crimen del capitán Lippencot. Este asunto estuvo en suspenso algunos meses, pues si bien Clinton y su sucesor Carleton reprobaban altamente el acto de Lippencot, no le entregaban porque el consejo de guerra manifestó que había obrado en virtud de las órdenes de la Junta de realistas asociados de Nueva York. Muchos se interesaron para salvar la vida de Asgill; su madre fue a pedir gracia al conde de Vergennes, quien escribió a Washington intercediendo en su favor, y al fin, a principios de noviembre, el comandante en jefe americano tuvo el grato placer de poner en libertad al capitán Asgill.

Los contingentes de tropas de los diversos Estados no se cubrieron con prontitud, según esperaba Washington. Cansado de tantos padecimientos y privaciones, el pueblo rehusaba hacer nuevos sacrificios al saber casi con seguridad que la guerra iba a concluir muy pronto. Washington trató de combatir la apatía de los Estados por medio de una carta-circular, mas no consiguió nada. Por otra parte el descontento de los oficiales y soldados con motivo de los atrasos que se les debían, iba aumentando cada día más, y reflexionando sobre su aflictiva situación, meditaron un acto que debía causar a Washington un dolor profundo. Reconociendo cuan incapaz era el Congreso para gobierno y desesperando sin duda de dar a éste la forma republicana, se pensó que el único modo de constituir una autoridad efectiva en el Estado era revestir de aquella a un solo hombre. Un coronel del ejército se encargó de comunicar esta opinión al comandante en jefe, el cual recibió a poco una carta muy bien redactada en la que después de examinar la situación de los negocios públicos, poniendo en relieve los defectos de la organización política, se hacían proposiciones al noble patriota que había estado tanto tiempo a la cabeza del ejército. He aquí cómo terminaba la carta: «Esto debe haber demostrado a todos, y a los militares en particular, cuánta es la debilidad de las repúblicas, y cuántos los esfuerzos que ha hecho el ejército cuando estuvo bajo las órdenes de un

hombre entendido e inteligente. En este caso, es indudable que el hombre que venciendo obstáculos, al parecer insuperables, ha sabido conducirnos por la senda de la victoria de triunfo en triunfo, obteniendo el universal aprecio y veneración de un ejército, sería también el más a propósito para guiarnos en tiempo de paz. Algunos han relacionado de tal modo las ideas de tiranía y monarquía que les parece muy difícil pueda existir una cosa sin otra, y por lo tanto acaso fuera conveniente dar a la cabeza del gobierno que yo propongo un título en la apariencia más moderado; mas si se pudiesen conciliar los extremos, creo sería fácil presentar fuertes argumentos para que se admitiera el título de *rey*, con lo cual se obtendrían en mi concepto algunas ventajas materiales.»

La contestación de Washington a esta carta estaba concebida en los siguientes términos:

«Newburg, 22 de mayo, 1782.

»Señor:

»Con la mayor sorpresa y asombro he leído atentamente el contenido de vuestra carta, y puedo aseguraros que nada de lo ocurrido en el transcurso de la guerra me ha causado tanta aflicción, como el saber que el ejército abunda en las ideas que acabáis de comunicarme, ideas que repruebo severamente. Por esta vez a nadie daré conocimiento del hecho, y guardaré el secreto religiosamente, a menos de que suscitándose de nuevo esta cuestión me vea precisado a descubrirlo.

»No acierto a explicarme cómo puede haber dado lugar mi conducta a que se me haga una proposición que en el caso de ser aceptada ocasionaría males sin cuento a mi país. Seguramente no podríais haber encontrado una persona a quien fuera más desagradable vuestra proposición, pero al mismo tiempo, debo confesar que ningún hombre desea más sinceramente que yo hacer justicia al ejército, y que en cuanto lo permitan mis medios e influencia, consagraré todos mis esfuerzos a conseguir dicho objeto si se presentare una ocasión oportuna. En este caso permitidme aconsejaros, que por consideración a vuestro país, a vos mismo y a la posteridad, o por respeto hacia mí, desechéis esas ideas, teniendo especial cuidado de no comunicarlas a nadie.

»Vuestro afectísimo, etc.

»*Jorge Washington.*»

¡Dura y merecida reprensión! Cualesquiera que fuesen los motivos que indujeron a obrar así a los que hicieron la proposición a Washington, es evidente que la rectitud e integridad del jefe americano eran incorruptibles, y que no quería sobreponer a consideraciones personales el amor profundo que profesaba a su patria. Después de lo ocurrido, ya no se trató más de inducir al eminente ciudadano a que aceptase semejante oferta.

Con un ejército de sólo diez mil hombres, Washington no podía continuar las operaciones militares aunque lo hubiese querido, y por consiguiente, se pasó el verano sin hacer nada en el Norte[299]. Sir Guy Carleton permaneció por su parte tranquilo en Nueva York, pareciendo por lo tanto que la lucha había terminado. A principios de agosto Carleton y Digby manifestaron al comandante en jefe que ya se estaba negociando la paz en París; que se reconocería la independencia de los trece Estados Unidos, que Mr. Laurens se hallaba en libertad, y que se iban a expedir pasaportes a los americanos detenidos hasta entonces como prisioneros de Inglaterra. Poco después se recibió otra carta de Carleton, declarando que no veía motivo alguno para continuar la lucha y que por lo tanto desaprobaba se persistiera en las hostilidades por mar o por tierra, que en su concepto no darían más resultado que aumentar la miseria de muchas personas sin la menor ventaja para ninguna de ambas naciones. El jefe inglés añadía que en prueba de su sinceridad acababa de prohibir se destacasen partidas de indios contra las fronteras de los Estados Unidos, llamando al mismo tiempo a los que se hallasen en aquellas. Estas comunicaciones despertaron al parecer ciertas sospechas en el embajador francés en América, y a fin de tranquilizarle, el Congreso aseguró de nuevo «que no trataría acerca de la paz sin obrar de común acuerdo con S. M. cristianísima.»

---

299 El 20 de junio de 1782 acordó el Congreso que en el Gran Sello de los Estados Unidos figurase el águila americana con una rama de olivo en una de sus garras, un manojo de trece flechas en la otra y en el pico un rollo de pergamino con la conocida divisa *E. Pluribus Unum.*

Será oportuno consignar aquí que al ser aprisionado Enrique Laurens, Juan Adams pasó a Holanda en clase de ministro plenipotenciario a fin de negociar un empréstito. Después de muchas dilaciones, se le recibió al fin oficialmente y las Provincias Unidas reconocieron en 19 de abril la Independencia de los Estados Unidos de América. Esta fue la segunda potencia que lo hizo. Mr. Adams[300] concluyó un tratado de amistad y comercio a principios de octubre y pudo también negociar el empréstito en favor de su país.

La brillante victoria obtenida por Rodney sobre el conde de Grasse el 12 de abril, aseguraba la posesión de las islas de la India Occidental inglesa, lo cual hizo sospechar que acaso se retardarían las negociaciones para la paz, ya que no se renovaran las hostilidades. Bien fuera porque se trataba de reducir el ejército o por la culpable negligencia de los Estados, ello es que no se buscaron medios para pagar a los oficiales y las tropas, y tanto es así que con dificultad se obtenía lo preciso para atender a la subsistencia diaria del ejército. En una carta confidencial dirigida al secretario de la guerra, Washington, después de manifestar que no dudaba que muchos se retirarían del servicio si se les pagaban sus atrasos, añadía lo siguiente: «No puedo menos de temer las consecuencias de reducir el ejército, al ver una porción de hombres que aguijoneados por los recuerdos del pasado y pensando en el porvenir, van a lanzarse en el mundo, quejándose de lo que ellos llaman la ingratitud del público, acosados de deudas, y sin llevar un cuarto a sus casas, después de haber gastado la flor de su vida, ya que no su patrimonio, en asegurar la libertad e independencia de su patria, exponiendo continuamente sus vidas. Lo repito: al pensar en tan irritantes circunstancias, y en que no habrá nada que dulcifique el amargo resentimiento de esos hombres, ni que ilumine su oscuro porvenir, no puedo menos de temer una serie no interrumpida de calamidades.

»No quiero trazar un cuadro más sombrío, aun cuando bien pudiera hacerlo citando ejemplos de desinteresado patriotismo y affictivas situaciones sin paralelo en la historia de la humanidad; pero creedme; la paciencia y largos padecimientos de nuestro ejército, han llegado al último límite y nunca predominó como ahora el espíritu de descontento. Mientras las tropas se hallen en el campamento podrá impedirse que estalle su resentimiento, pero cuando nos retiremos a cuarteles de invierno; a menos que se conjure la tormenta, no puedo menos de temer las consecuencias. Ya es hora de que vivamos en paz.» Según veremos, no eran infundados estos temores, y por lo tanto podremos apreciar el desinteresado patriotismo del comandante en jefe.

Aunque la ociosidad que predominaba en el Norte se comunicó en cierto modo al ejército del Sur, lleváronse no obstante a cabo algunas empresas hostiles contra el enemigo. El general Saint Clair que conducía un refuerzo desde Yorktown al Sur, llegó al cuartel general de Greene a principios de enero. Este jefe había recibido orden de atacar el fuerte Wilmington, pero la guarnición inglesa lo evacuó antes de la llegada del enemigo y el jefe americano pudo ocuparlo sin oposición.

Saint Clair no encontró ya más enemigos, pero de tal modo había disminuido el número de sus soldados a consecuencia de una penosa marcha, que las fuerzas que mandaba apenas bastaron para cubrir en el ejército de Greene las bajas de aquellos que terminaban su servicio el día último de diciembre. Sin embargo, por debilitado que se hallase el ejército del Sur, apenas hubo llegado Saint Clair, Greene destacó al general Wayne en dirección a Santee para proteger el Estado de Georgia, y entonces el general Clarke, jefe de las tropas inglesas de aquella provincia, concentró en el Savannah sus fuerzas que ascendían a unos mil hombres de tropas regulares además de la milicia. En tanto que Wayne vigilaba a los ingleses, viose atacado repentinamente en la noche del 23 de junio por una numerosa partida de indios de la tribu de los Creeks. y sólo el arrojo y valor de sus soldados pudo salvarle de una completa derrota. El encarnizado combate que tuvo lugar, puede decirse que puso fin a la guerra en Georgia, pues el enemigo abandonó a Savannah el 11 de julio, y Wayne volvió a reunirse con el general Greene.

Como quiera que el descontento había llegado a su colmo a consecuencia de las dificultades que ofrecía el suministro de víveres, las tropas de Pensilvania, entre las que había entonces muchos

---

300 Véase la *Vida y obras de Juan Adams*, vol. I, páginas 348-353.

extraños, se dejaron dominar de tal modo por el resentimiento, que tomaron parte con el enemigo en una conspiración cuyo objeto era apoderarse del general Greene y entregarlo a un destacamento de tropas inglesas que saldría de Charleston para favorecer el plan[301]. La trama se descubrió no obstante cuando iba a ponerse por obra, y un sargento llamado Gornel fue condenado y sufrió la pena de muerte. Esto sucedió el día último de abril, y en la misma noche desertaron una porción de soldados.

El general Leslie, que mandaba en Charleston, permaneció en la plaza hasta el 14 de diciembre aunque su intención había sido evacuarla en 7 de agosto. En este intervalo Leslie propuso al general Greene una suspensión de hostilidades, y aunque éste hubiera aceptado gustoso la proposición, como la autoridad civil se ocupaba ya de este asunto, no se creyó suficientemente autorizado para entrar en tratos de esta naturaleza con el general inglés. Leslie ofreció también pagar al contado el arroz y los víveres que se enviasen a la ciudad, amenazando en caso contrario en tomarlos a viva fuerza, pero el general Greene, sospechando que se trataba de reunir una considerable cantidad de provisiones en Charleston a fin de que no careciese de nada el ejército mientras operaba contra los franceses en las Indias occidentales, no quiso tampoco avenirse a ningún arreglo. El resultado de esto fue que los ingleses hicieron algunas excursiones por el país, dando lugar a varias escaramuzas[302], que no hubieran tenido la menor importancia a no ser por la muerte del teniente coronel Laurens ocurrida en una de aquellas, en 27 de agosto, con gran sentimiento de sus conciudadanos que le querían y apreciaban en extremo. Poco después, el capitán Wilmot atacó a un destacamento de ingleses en la isla Jacobo, cerca del fuerte Johnson: en este encuentro murieron el capitán y algunos de sus hombres, y ésta fue la última sangre que se vertió en la guerra americana.

Hacia mediados de septiembre salieron de Virginia las tropas francesas que fueron a reunirse con el ejército americano en el Hudson; y el mes siguiente marcharon a Boston donde desembarcaron antes de terminar el mes de diciembre, a fin de dirigirse a las Indias Occidentales, habiendo permanecido en América dos años y medio. Washington volvió a Newburg donde se conservaron los cuarteles de invierno hasta el licenciamiento del ejército; y aunque era casi seguro que no se emprenderían operaciones militares durante el invierno, siendo por lo tanto innecesaria la presencia del comandante en jefe, temeroso Washington de las consecuencias que podrían resultar de la irritación y resentimiento de oficiales y soldados, resolvió sacrificar sus propios intereses y quedarse con el ejército para vigilar su conducta.

Dice Marshall que para apreciar debidamente los motivos que produjeron el descontento del ejército será necesario tener presente que el acuerdo de octubre de 1780, por el cual se concedía media paga de pensión vitalicia a los oficiales, se emitió por un gobierno, que no poseyendo fondos para llenar sus compromisos, no podía dar mas garantía que su buena fe para asegurar el cumplimiento de aquella medida. Prescindiendo de esta consideración y otras de decisiva influencia, conviene observar que el Congreso se mostraba tan poco inclinado a conceder la media paga, que empezó a perderse la esperanza de que se aplicasen a este objeto los fondos que el gobierno adquiriese. Después de acordada aquella medida, habíanse aprobado los artículos de Confederacion, por los cuales se exigía que todos los acuerdos referentes a presupuesto se votaran

301 Véase la *Vida de Nataniel Greene*, escrita por el mismo, págs. 365-368, y también la *Vida del general Greene*, por Caldwell, pág. 363.

302 Calcúlase que las pérdidas de los diversos ejércitos de los Estados Unidos durante la guerra, no bajaron de setenta mil hombres, pero no puede apreciarse a punto fijo cuántos murieron en los horribles pontones del enemigo. Asegúrase, no obstante, que lo menos once mil de nuestros bravos soldados perecieron en el llamado *pontón de Jersey.* Esta espantosa mortandad se atribuye generalmente al cruel tratamiento que sufrían los prisioneros aglomerados en aquella hedionda prisión. La pérdida de los ingleses consistió en dos numerosos ejércitos que cayeron en poder de los Estados Unidos, sin contar muchos miles de hombres muertos o cogidos prisioneros en diversas acciones durante la guerra. Además de esto la Gran Bretaña perdió desde luego trece colonias, y en el espacio de siete años aumentóse su deuda nacional en ciento veinte millones de libras esterlinas. Los Estados Unidos obtuvieron la independencia y libertad porque luchaban, sin que su deuda excediera de cuarenta y cinco millones de dólares, o sea algo menos que diez millones de libras esterlinas. *Diario militar* de Thacher, pág. 350.

por nueve Estados, y estos nunca se mostraron dispuestos a favorecer el proyecto. Sabíase además, por otra parte, que la opinión pública se mostraba contraria a que se recompensase de aquel modo a los oficiales del ejército, y por lo tanto era muy natural que a punto de retirarse del servicio activo por acercarse el día de celebrar la paz, pensasen los interesados con inquietud sobre su situación y porvenir.

En la primavera de 1782, las potencias beligerantes de Europa adoptaron medidas para fijar las condiciones de la paz, y al efecto en el mes de abril marchó a París Mr. Oswald a quien siguió a poco Mr. Grenville que iba a conferenciar con el conde de Vergennes acerca de los preliminares de la paz. El gabinete británico demostró en todas las negociaciones una especie de apática indiferencia, dando lugar a que surgiesen enojosas dificultades como si tratara de entorpecer los procedimientos a fin de privar a los Estados Unidos de todas las ventajas que pudieran obtener.

Habiendo muerto el marqués de Rockingham en 1 de julio, sucedióle Lord Shelburne, quien acordó con el rey impedir en lo posible el reconocimiento absoluto de la independencia americana. El Dr. Franklin dejó escrita en uno de sus papeles la siguiente nota: «Inmediatamente después de la muerte de Lord Rockingham el rey dijo a Lord Shelburne: Voy a ser franco con vos y a descubriros lo que siente mi corazón: sabed que estoy resuelto, sean las consecuencias cuales fueren, y aunque me cueste la corona y la vida, a no reconocer de una manera absoluta e inequívoca la independencia de América. Apoyadme en este terreno y no os molestaré en ningún otro asunto, confiándoos plenos poderes como primer ministro del reino.» La firmeza del Congreso y de los comisionados americanos en París, no permitió al monarca llevar a cabo su plan.

Felizmente para nuestro país, sus intereses fueron confiados a hombres capaces de comprenderlos, apreciarlos y defenderlos. El venerable Dr. Franklin, ministro americano en Francia, y ya de una edad muy avanzada, juntamente con Mr. Jay, que llegó de España el 23 de junio, fueron los dos principales encargados de las negociaciones, pues Mr. Adams no llegó de Holanda hasta fines de octubre, y Mr. Laurens salió de Londres muy pocos días antes de fijarse las condiciones del tratado. Los dos principales puntos de la independencia, que eran los relativos a límites y pesquerías, se arreglaron satisfactoriamente entre Mr. Jay y Mr. Oswald, y aunque otras cuestiones sobre compensar a los realistas por sus pérdidas, y ceder el Canadá a los Estados Unidos etc., ocuparon la atención de los comisionados durante algún tiempo, aunque sin resultado alguno, firmóse al fin en París por ambas partes en 30 de noviembre el tratado provisional, que fue aprobado y rectificado por el Congreso[303] a principios del año siguiente.

Ya se recordará que los comisionados americanos recibieron la orden de someterse a las decisiones de Francia en el progreso de sus negociaciones con Inglaterra, política que aconsejó el Dr. Franklin, tanto por sus consideraciones personales a dicha potencia, como por creer que era lo más conveniente. Mr. Jay, sin embargo, a quien no agradaba la menor intervención por parte de Francia, pesar de los importantes servicios que ésta prestara y aun podía prestar a la causa de América, se mostró dispuesto a oponer ciertas dificultades en algunos puntos en los que su colega no creyó oportuno mostrarse demasiado exigente. Cuando Mr. Oswald se dio a conocer como el encargado para tratar con las personas que estuviesen debidamente autorizadas por las *colonias* o plantaciones de América, Mr. Jay rehusó seguir adelante a menos que se reconociera a los Estados Unidos como nación independiente, cosa que no creyeron necesaria el Dr. Franklin y el conde de Vergennes, puesto que dicha independencia no estaba reconocida de hecho, sino de palabra. El haber resuelto Mr. Jay obrar independientemente, fue causa de que se procediese a las negociaciones y se estipulasen los artículos del tratado sin consultar a la corte de Versalles. Mr. Adams[304], Mr. Jay y el Dr. Franklin obraron en aquel asunto de común acuerdo, y aunque se

303 En la obra *Hombres y Épocas de la Revolución*, por Mr. Watson, págs. 203-206, manifiesta este autor que estuvo presente en el Parlamento cuando el rey leyó su discurso en 5 de diciembre de 1782, y da sobre este punto interesantes detalles. Véase el apéndice primero al fin del presente capítulo.

304 Al dar cuenta el nieto de Mr. Adams de los distinguidos servicios de aquel patriota al negociar el tratado de paz, no habla tan favorablemente como Mr. Sparks del carácter diplomático y de la política del conde de Vergennes, y de la corte de Francia en general.—Véase la *Vida y obras de Juan Adams*, vol. I, págs. 392-5.

apartaron de sus instrucciones, y aun cuando no faltara en América quien censurase severamente su conducta, se puede asegurar, sin temer la contradicción, que hicieron lo que debían y lo que era mejor para los intereses de su país.

El conde de Vergennes se quejó, como era muy natural, de la política observada por los comisionados americanos, y en su consecuencia el Dr. Franklin se encargó de arreglar las diferencias que pudieran suscitarse entre unos y otros. Mr. Sparks reproduce la carta dirigida por el conde M. de la Luzerne, que se hallaba en América, relativa a dicho asunto, y asegura que la que escribió Franklin al conde, prueba haber desempeñado su delicada misión de la manera más hábil y conveniente para mitigar el desagrado del gabinete francés[305]. Es probable que en aquellas circunstancias concibiesen los comisionados americanos alguna sospecha respecto a las verdaderas intenciones de Francia, sobre todo cuando, como ya sabemos, los enviados británicos trataban constantemente de suscitar dudas y dificultades relativamente a los proyectos de los franceses. De todos modos, y a la par que rendimos un tributo de gratitud a Mr. Jay por la conducta noble y digna que observó juntamente con sus compañeros, especialmente Mr. Adams, creemos oportuno citar las palabras de Mr. Sparks en defensa del gran aliado de los Estados Unidos: «El gabinete francés se adhirió desde el principio hasta el fin con la mejor buena fe a las condiciones de la alianza, no por favorecer a los americanos, sino por el impulso de su buena voluntad y sin ningún interés particular. ¿Por qué había de esperarse esto? ¿Y cuándo se ha dado el caso de que las relaciones entre los países se mantengan sin interés alguno? En la historia de la revolución americana no hay hecho que pueda demostrarse tan claramente como el de que el gobierno francés, en sus relaciones con los Estados Unidos durante la guerra y la paz, cumplió honrosamente con sus compromisos, obrando a veces de una manera generosa y hasta magnánima.»[306]

Poco después de retirarse a cuarteles de invierno el ejército, los oficiales resolvieron recordar al Congreso el asunto relativo a las pagas, y al efecto comisionaron al general M'Dougall y a los coroneles Ogden y Brosks para que miraran por sus intereses. Esto se hizo en el mes de diciembre: la exposición de los oficiales era un notable documento redactado convenientemente para excitar al Congreso a que tomase una resolución, y entre otras cosas insistíase en dicho escrito sobre la necesidad de llevar a cabo el acuerdo de octubre de 1780, referente a la media paga de pensión, no sólo porque se creía esta medida justa, sino porque iba a recaer en hombres reducidos al último extremo, acosados algunos por la miseria y las privaciones de todo género. He aquí las palabras con que terminaba la exposición: «Los oficiales que suscriben faltarían a su deber si trataran de ocultar cuán general es el descontento que domina en el ejército y va ganando terreno diariamente, a causa de la triste situación en que todos se hallan y de las privaciones que sufren después de siete largos años de continuada guerra. Los exponentes, por lo tanto, piden al Congreso que pruebe al ejército y al mundo que la Independencia de América no ha de ser la causa de la miseria de una parte de sus ciudadanos; y confían en que se atenderá a su petición indemnizándoles debidamente.»

Había a no dudarlo en el Congreso hombres deseosos de hacer justicia al ejército y que compadecían la suerte de aquellos nobles patriotas que todo lo sacrificaran por la independencia de su país, sufriendo las privaciones y fatigas inherentes a la vida de un militar; había en la legislatura miembros dispuestos a dar una prueba de su espíritu de nacionalidad y rectitud en el cumplimiento de sus solemnes deberes, y a pedir que se pagase a los oficiales del ejército hasta el último cuarto; pero sentimos decir que la mayoría del Congreso no opinaba del mismo modo. Celosos sus miembros por conservar los derechos del Estado y la soberanía, opusiéronse a que se estableciese un fondo continental para atender a las reclamaciones de los oficiales, proponiendo que las cuentas atrasadas se liquidasen por los respectivos Estados[307]. El Congreso recogió la exposición, dictó algunos acuerdos, y reconoció las reclamaciones de los acreedores, mas no votó fondo alguno para

305 Véase *Vida de Franklin*, por Sparks, p. 490, vol. II.

306 *Vida de Franklin*, por Sparks, p. 495. El lector que quisiere tener más noticias acerca de este punto podrá consultar la *Historia civil y política de los Estados Unidos*, vol. II, págs. 123-152; *Vida de Juan Jay*, escrita por él mismo, vol. I, págs. 133 etc.; y *Vida y obras de Juan Adams*, vol. I, páginas 354-399.

307 Véase la nota de la *Historia de la Constitución*, por Curtis, vol. I, págs. 194-199.

asegurar el pago. El invierno se pasó practicando inútiles diligencias, y en el mes de marzo expuso en fin el Comité que no se había hecho nada.

La crisis se acercaba: dominados los oficiales por el resentimiento y la indignación, comprendieron bien pronto que era preciso tomar medidas enérgicas, y al efecto resolvieron celebrar una Junta privada, y el 10 de marzo se circuló en el campamento un aviso fijando la hora y dando conocimiento del objeto de la reunión. El mismo día se dirigió también al ejército una manifestación, que fue la primera de las famosas «Manifestaciones de Newburg.» Estaba hábilmente redactada y no carecía de elocuencia y de enérgicas frases dirigidas a los hombres, víctimas de la ingratitud pública[308]. Washington comprendió de una vez cuál sería el resultado de aquella reunión de hombres dominados por la excitación de su resentimiento, e interponiéndose con tanto tacto como prudencia, prohibió que se celebrase una reunión que se anunciaba con un anónimo, y citó a los oficiales para el sábado 15 a fin de oír a su Comité y deliberar sobre las medidas que debían adoptarse.

Al día siguiente circuló otro manifiesto, escrito por la misma pluma, en el cual se declaraba que el comandante en jefe aprobaba los procedimientos que se seguían, y entonces Washington vio claramente que no debía abandonar su puesto y que le era precisa toda su influencia para calmar el descontento y la irritación.

Cierto es que le inspiraba grandes simpatías el ejército, pero comprendió que iba a deshonrarse si se dejaba guiar por jefes turbulentos e incendiarios, tal como parecía serlo el autor de las manifestaciones anónimas. Washington habló con los oficiales y les expuso varias razones de la manera que él sabía hacerlo para calmar sus ánimos y prepararles a que adoptasen medidas de moderación. Reunidos los oficiales, presididos por el general Gates, el comandante en jefe les dirigió la palabra diciéndoles entre otras cosas: «Mis fuerzas se han gastado sirviendo a mi país, mas nunca he puesto en duda su justicia.» Hecho esto procedió a la lectura del manifiesto que había escrito[309], documento que revelaba los más caballerosos y patrióticos sentimientos, y excitó al ejército a que no recurriese a las violencias, manchando su buen nombre después de haber hecho tantos sacrificios en favor de los intereses del país. Comprometiéndose el comandante en jefe a emplear todos sus esfuerzos para que se reconociesen los derechos y privilegios de los oficiales, rogóles que confiaran en la buena fe de los Estados Unidos, asegurándoles no dudaba que cumplirían con sus sagrados deberes.

Cuando Washington hubo acabado[310], todos los corazones se sintieron conmovidos, y el comandante en jefe se retiró silencioso, sin que ninguno se aventurara a oponer la menor observación. Aquel momento pareció el más oportuno para adoptar medidas conciliadoras, y recordando las afectuosas expresiones del comandante en jefe que les aconsejaba no manchar la gloria adquirida en ocho años de servicios, resolvieron confiar en el Congreso y rechazar con desprecio la infame proposición que se hacía en la carta anónima dirigida a los oficiales.

«Seguramente, como dice muy bien Mr. Curtis, no se puede pensar aun hoy en el peligro que ofreció aquella crisis sin experimentar cierto temor. Si el comandante en jefe no hubiera sido Washington, si los oficiales que le rodeaban no hubieran sido tan nobles patriotas, es probable que se hubiera encendido la guerra civil, pero hombres que habían sufrido tanto como los oficiales de la revolución, y educádose en la escuela de la adversidad, experimentando toda clase de padecimientos por tantos años, no podían menos de mostrarse sensibles al llamamiento de Washington.»

---

308 Estos manifiestos se escribieron por el mayor Armstrong, después general, ayudante de campo que era del general Gates. La primera y principal se encontrará en el apéndice II al fin del presente capítulo.

309 Véase el apéndice III al fin del presente capítulo.

310 «Fue una fortuna para el ejército y para el país que cuando S. E. hubo acabado de hablar, no se levantara ninguno para hacerle presente que el general Washington iba a dejar el ejército cargado de honores, que tenía considerables bienes para vivir con dignidad, y que los oficiales no se hallaban en el mismo caso. Si se hubiesen vertido estas ideas, discutiéndolas debidamente, es probable que la reunión hubiese terminado de un modo muy distinto.» *Historia de la revolución americana* por Gordon; vol. III, pág. 361.

En cumplimiento de su promesa, el comandante en jefe escribió al presidente del Consejo una enérgica carta en la cual le decía: «El resultado de los procedimientos de la gran junta de oficiales, cuyos acuerdos tengo el honor de incluir a V. E. para que los examine el Congreso, me lisonjeo se considerará como la última y más gloriosa prueba de patriotismo que pueden dar hombres que aspiraban a las distinciones en el ejército. Esto no solo confirma la justicia de su reclamación, sino que les hace acreedores a un título más de gratitud por parte de su país.» Las palabras con que concluía esta carta son asimismo tan notables como enérgicas. Hélas aquí: «Mucho me engaño si no son acreedores los oficiales a que se les recompense por sus padecimientos y sacrificios además de satisfacérseles sus atrasos; y mi opinión estará sin duda basada en un error si no se juzga como yo que el ejército es digno de obtener lo que un pueblo agradecido debe dar. Si este país no satisficiese las reclamaciones hechas por los interesados en las últimas solicitudes elevadas al Congreso, debo confesar que habrán quedado defraudadas mis esperanzas, y si como ya se ha indicado, con el objeto de excitar sus pasiones, han de ser los oficiales del ejército las únicas víctimas de la revolución; si al retirarse del campamento han de verse sumidos en la miseria o sujetos a una vil dependencia o a vivir de la caridad, después de haber gastado la flor de su vida en el campo del honor, entonces sabré lo que es la ingratitud, entonces se habrá realizado un hecho que ha de amargar todas las horas de mi existencia. Pero lejos de mí semejante desconfianza; un pueblo que se ha libertado de una ruina inminente por la fuerza de las armas, no dejará nunca de pagar semejante deuda de gratitud.»

El 22 de marzo el Congreso dictó varios acuerdos por los cuales se resolvió que los oficiales después de terminada la guerra disfrutaran por espacio de cinco años toda su paga en vez de abonárseles la pensión vitalicia, dándoles al efecto las garantías que se concedían a los demás acreedores de los Estados Unidos. A principios de julio arregláronse las cuentas del ejército y se liquidaron[311].

El 20 de enero se firmaron en Versalles los preliminares de la paz entre Francia e Inglaterra, y ésta con España, y al mismo tiempo los ministros americanos y británicos convinieron en la cesación de hostilidades. El día 24 de marzo, se recibió la noticia en América por una carta del marqués de Lafayette, y seguidamente expidiéronse órdenes llamando a todos los cruceros de los Estados Unidos. Poco después el Congreso se informó oficialmente del acuerdo entre los ministros de los Estados Unidos y la Gran Bretaña y del cambio de las rectificaciones de los artículos preliminares entre Inglaterra y Francia. El día 11 de abril circulóse una proclama anunciando la cesación de hostilidades así por tierra como por mar para que se observase estrictamente lo estipulado entre los Estados Unidos y S. M. B.

El 19 de abril, precisamente ocho años después de aquel memorable día en el que se vertió en Lexington la primera sangre de los hombres libres de América, se creyó el momento más oportuno para anunciar al ejército que habían cesado las hostilidades, y con este motivo, el ilustre comandante en jefe dirigió a las tropas una sentida arenga, disponiendo luego que los capellanes con sus respectivas brigadas dieran gracia al Todopoderoso por sus mercedes, y muy principalmente por haber concedido la victoria a las armas de América, permitiendo que cesaran las calamidades de la guerra entre las naciones.

Suecia reconoció la independencia de los Estados Unidos el 5 de febrero; Dinamarca el 25; España el 24 de marzo, y Rusia en el mes de julio. Hacia la misma época, firmáronse tratados de paz y comercio con dichas potencias.

La reducción del ejército, como consecuencia de la paz, era cosa que requería tanto tacto como acierto, pues a pesar de lo ocurrido, no se había abonado aun a los oficiales y a las tropas la paga que se les debía. Concediéronse sin embargo licencias absolutas a cuantos las pidieron, y de este modo, evitóse por el momento la crisis que hubiera podido sobrevenir[312]. Una gran parte del

311 Véase una interesante nota de Mr. Curtis en la *Historia de la Constitución*, vol. I, págs. 190–194, relativa a la media paga de los oficiales de la revolución.

312 Véase la *Vida de Washington*, por Marshall, vol. II, páginas 53-54.

ejército se dispersó por los Estados durante el verano, sin que ocurriese el menor tumulto o desorden.

El admirable comportamiento de los veteranos que Washington tenía a sus órdenes fue tanto de agradecer como de vituperar la conducta de algunas tropas de Lancaster, en Pensilvania, que al insubordinarse, mancharon el buen nombre del soldado americano. Unos ochenta hombres de dicho cuerpo marcharon a Filadelfia, donde se reunieron con otros, formando un total de trescientos, que con bayoneta calada, dirigiéronse al edificio en que el Congreso celebraba sus sesiones, y poniendo centinelas en todas las puertas, amenazaron al Presidente y al Consejo con entregarles a la furiosa soldadesca si no accedían a sus demandas en cinco minutos. Tan pronto como supo esto Washington, destacó al general Howe con suficientes fuerzas para reprimir el motín, mas esto se consiguió antes de la llegada de dicho jefe sin efusión de sangre. Los insurrectos no eran bastante numerosos para cometer grandes daños, pero su reprensible conducta excitó la indignación de Washington, quien escribió al Presidente del Congreso, manifestándole su profundo disgusto por lo ocurrido.

Mientras el ejército se hallaba en sus acantonamientos del Hudson, los oficiales, a fin de perpetuar su amistad, formaron la llamada *Sociedad de los Cincinnati*, tomando el nombre del famoso patriota romano Cincinnatus, y el ilustre comandante en jefe, cediendo a los deseos de sus compañeros de armas, admitió el cargo de Presidente. Según el reglamento formado para dicha sociedad, el honor de pertenecer a ésta sería hereditario en las respectivas familias, y también podían ingresar en aquella como miembros honorarios las personas distinguidas. Estas circunstancias, juntamente con la unión de los oficiales, excitaron la envidia y oposición de muchos, pues algunos supusieron que el ser la institución hereditaria, indicaba un principio de nobleza. Era costumbre de Washington respetar las opiniones del pueblo en cosas indiferentes o de poca importancia, aun cuando creyese que no tenía aquel razón, y habiendo averiguado cuáles eran sus opiniones respecto a las tendencias de la nueva sociedad, puso en juego su influencia para modificar el reglamento, y se suprimió lo del principio hereditario y la adopción de miembros honorarios. Esto ocurrió en el mes de mayo de 1784, y el resultado probó cuan acertada fue la medida, pues no hubo ya más envidias ni resentimientos y todos los miembros de la sociedad se consideraron como hermanos.

Mientras se tomaban las disposiciones necesarias para licenciar el ejército, Washington, que no perdía de vista las grandes cuestiones relativas al porvenir de su querida patria, conferenció con el Congreso y le recomendó entre otras cosas que organizase durante la paz un cuerpo de milicia bien disciplinada. No contento con esto, escribió en Newburg, con fecha 8 de junio de 1783, una carta-circular a los gobernadores de los diversos Estados, carta que como Mr. Sparks dice muy bien, es notable por lo ingeniosa, el profundo interés que revela hacia los oficiales y las tropas que se batieron en defensa de su país, por la solidez de sus principios y por la sabiduría de sus consejos[313]. He aquí las palabras con que terminaba esta carta, palabras dignas de ser recordadas todo buen americano: «Es mi más vehemente deseo que Dios os conserve, así como al Estado que presidís, su santa protección; que incline el corazón de esos ciudadanos a ser subordinados y obedientes al gobierno; que les inspire el afecto y fraternal cariño que deben profesarse entre sí, y especialmente a los que lucharon en defensa de su patria, y finalmente, que nos dispense a todos la gracia de ser justos, bondadosos, caritativos, humildes y pacíficos, cualidades todas características del Divino Autor de nuestra santa religión. Sin imitar este ejemplo, no esperemos nunca ser una nación feliz.»

El tratado definitivo de paz entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos de América, se firmó el 3 de septiembre de 1783 en París, por el caballero David Hartley en nombre de S. M. B., y por Juan Adams, Benjamín Franklin y Juan Jay, en representación de los Estados Unidos[314]. Este tratado

313 Véase el Apéndice IV al fin del presente capítulo.

314 La carta dirigida por el Dr. Franklin a Carlos Thomson, hablándole de este importante acontecimiento, contiene frases dignas de recordarse; helas aquí: «De este modo, la grande y arriesgada empresa que habíamos emprendido, se ha llevado a feliz término, a Dios gracias; cosa que no esperaba ver realizarse en los años que me quedan de vida. Unos cuantos años de paz, bien aprovechados, bastarán para reponer las perdidas fuerzas, pero nuestra futura

se rectificó por el Congreso a principios de enero de 1784, y es tal su importancia, que nos creemos en el deber de reproducirlo íntegro.

EN EL NOMBRE DE LA MUY SANTA E INDIVISIBLE TRINIDAD.

Habiendo permitido la divina Providencia que el muy serenísimo y poderoso príncipe Jorge III, por la gracia de Dios, Rey de la Gran Bretaña y de Irlanda, Defensor de la Fe, Duque de Brunswik y Lunenburg, Archi-Tesorero y Príncipe Elector del sacro imperio Romano, etc., por una parte; y los Estados Unidos de América por otra, den al olvido todas las discordias y diferencias que desgraciadamente interrumpieron la perfecta amistad y armonía que mutuamente desean restablecer, a fin de que se continúen las buenas relaciones que han de redundar en beneficio de ambos países; y toda vez que para alcanzar tan apetecible objeto hayan convenido cuál ha de ser la base de la paz y reconciliación, por los artículos provisionales firmados en París el 30 de noviembre de 1782 por los representantes autorizados al efecto; cuyos artículos que han de publicarse, deben constituir el tratado de paz que se propusieron celebrar, el rey de la Gran Bretaña y los mencionados Estados Unidos, pero no antes de ajustar las condiciones con Francia; y como quiera que dichas potencias hayan acordado ya en qué términos debe concluirse el tratado, S. M. B. y los Estados Unidos de América, a fin de llevar a debida ejecución los artículos provisionales ya citados, han resuelto nombrar para que los representen: S. M. B. al caballero David Hartley, miembro del Parlamento de la Gran Bretaña; y los Estados Unidos al caballero Juan Adams, delegado de esta última nación en la corte de Versalles, último representante y jefe de justicia del Estado de Massachusetts, y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América; al caballero Benjamín Franklin, último representante de Pensilvania en el Congreso, Presidente de la Junta de dicho Estado y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América, en la corte de Versalles, y al caballero Juan Jay, último presidente del Congreso, jefe de justicia del Estado de Nueva York y ministro plenipotenciario de los dichos Estados en Madrid; todos los cuales, en su calidad de representantes y autorizados para concluir y firmar el presente tratado, han convenido en los siguientes artículos después de comunicarse sus respectivos poderes.

Artículo I.—Su Majestad Británica reconoce como libres, soberanos e independientes a los Estados de New-Hampshire, Massachusetts-Bay, Rhode-Island y Providencia, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, las Carolinas del Norte y Sur y Georgia, conviniendo en considerarles como a tales, y renunciando para sí, sus herederos y sucesores a toda reclamación contra los derechos de su gobierno y territorio.

Artículo II.—A fin de evitar todas las disensiones y diferencias que pudieran suscitarse en lo futuro sobre la cuestión de límites de los dichos Estados Unidos, se declara y conviene en que aquellos serán los siguientes; a saber: desde el ángulo noroeste de Nueva Escocia, es decir, el formado por una línea tirada en dirección norte desde St. Croix River, hasta las tierras altas que separan los ríos que desaguan en el San Lorenzo, de los que desembocan en el Océano Atlántico, y hasta el extremo norte occidental del río Connecticut; desde este punto prosigue la línea por dicho río hasta los 45° de latitud norte, y tocando en los ríos Iroquois o Cataraquy va a parar al Lago Ontario, donde continúa la línea hasta llegar a la comunicación con el Lago Erie, prolongándose luego hasta el Lago Hurón, y tocando sucesivamente en el Lago Superior, las Islas Reales y Philipeaux, Long Lake (Lago largo), el Lago de los Bosques, y últimamente en el Mississippi.

---

seguridad depende de nuestra unión y virtud. La Gran Bretaña buscará ocasiones para recobrar lo que ha perdido, y si no probamos al mundo que somos una nación con la cual se puede contar para el cumplimiento de los tratados, si descuidamos el pago de nuestras deudas, y nos mostramos ingratos hacia aquellos que nos sirvieron, dispensándonos su amistad, perderemos nuestra fuerza y nuestro crédito, y acaso seamos el blanco de nuevos ataques que tal vez no podríamos resistir. No conviene pues confiar ciegamente en una peligrosa seguridad, ni dejarnos enervar o empobrecer por el lujo o los placeres, ni debilitarnos por disensiones intestinas, ni contraer nuevas deudas hasta dejar satisfechas las anteriores, ni descuidar en fin, el acopio de armas y municiones de guerra para el caso de que fuesen necesarias, pues todo esto inspira tanta confianza a los amigos como desconfianza a los enemigos. Los gastos que ocurren para evitar una guerra, son mucho menos considerables que los que se hacen para sostenerla cuando no se puede evitar.»

Desde aquí seguirá el límite, trazando una línea tirada a través de dicho río hasta unirse con la parte más septentrional del grado 31° de latitud norte; el límite por parte del sur lo trazará otra línea tirada en dirección del Este, también en los 31° de latitud norte del ecuador, hasta la mitad del río Apalachicola o Catahouche. Desde este punto prosigue el límite hasta Flint River y St. Mary's River (Río de Santa María) y llega al Océano Atlántico; el límite oriental lo trazará una línea tirada a lo largo del St. Croix desde su embocadura, en la bahía de Fundy, hasta su nacimiento, y desde este, en la dirección norte, hasta las citadas tierras altas, que separan los ríos que desembocan en el Océano Atlántico, de los que vierten sus aguas en el río San Lorenzo. Comprenderá este límite todas las islas existentes en veinte leguas a la redonda por ambas partes de las playas de los Estados Unidos, y situadas entre líneas trazadas exactamente en la dirección oriental, desde los puntos donde los citados límites, entre Nueva Escocia, por una parte, y la Florida por otra, tocaran la bahía de Fundy en el Océano Atlántico. Quedan exceptuadas aquellas islas que están ahora o han estado antes enclavadas en los límites de Nueva Escocia.

Artículo III.—Se estipula que el pueblo de los Estados Unidos continuará disfrutando, sin que nadie se lo impida, del derecho de dedicarse a toda clase de pesca en el Gran Banco (Great Bank) y todos los demás bancos de Terranova, como asimismo en el Golfo de San Lorenzo, y en otros sitios del mar, donde los habitantes de ambas comarcas acostumbraban antes a pescar en cualquier tiempo: y que también tendrán los habitantes de los Estados Unidos, completa libertad de coger toda clase de pescado en cualquiera parte de la costa de Terranova, como lo hacen los pescadores ingleses; pero no de secarlo y curarlo en aquella isla. Asimismo podrán hacerlo en las costas, bahías y ensenadas de todos los demás dominios de S. M. B. en América, quedando los pescadores americanos en completa libertad de secar y curar el pescado en cualquiera de las bahías, ensenadas o puertos no colonizados de Nueva Escocia, Islas Magdalenas y Labrador, por todo el tiempo que estén sin colonizar; tan pronto como esto se verifique, dichos pescadores no estarán legalmente autorizados para secar y curar el pescado en aquellas colonias, sin previo consentimiento al efecto otorgado por los habitantes propietarios o poseedores de las tierras.

Artículo IV.—Queda convenido que a los acreedores por ambas partes no se les opondrá impedimento alguno legal para la cobranza del valor total en libras esterlinas de cuantas deudas se hubieran contraído *bona fide.*

Artículo V.—Queda convenido que el Congreso recomendará encarecidamente a las legislaturas de los respectivos Estados, que cuiden de la restitución de todos los bienes raíces, tierras, derechos, haciendas y propiedades que se hubieren confiscado como pertenecientes a vasallos británicos, así como también de los que correspondan por bienes raíces, tierras, derechos, haciendas y propiedades a personas residentes en distritos ocupados por tropas de S. M. pero que no han tomado las armas contra los Estados Unidos: los que no se hallaren en este caso, podrán transitar libremente por los trece Estados de la Unión y por lo tanto permanecer en cualquiera de ellos doce meses, sin que nadie les moleste, para obtener la restitución de tales o cuales bienes raíces, tierras, derechos, haciendas y propiedades que se les hubieran confiscado. El Congreso recomendará con igual encarecimiento a los diversos Estados la revisión de todos los decretos o leyes referentes a las anteriores condiciones, para conseguir que dichos decretos o leyes sean perfectamente consistentes y guarden consonancia, no sólo con la justicia y equidad, sí que también con el espíritu de conciliación que ha de presidir invariablemente para el restablecimiento de la paz. El Congreso recomendará también enérgicamente a los distintos Estados, que los bienes raíces, tierras, derechos, haciendas y propiedades de las personas designadas antes, les sean devueltos, reintegrando ellas a los que estén en posesión de dichos bienes, sean quienes fueren, el precio *bona fide* (donde algo se haya dado) que estos hayan satisfecho al comprarlos por tierras, derechos o haciendas, después de hecha la confiscación[315] y ha de tenerse entendido, que todas las personas

315 Véase la obra de Mr. Sabine, *Realistas americanos*, donde se trata el asunto de las restituciones y compensaciones y de las dificultades que ocurrieron. El Gobierno británico compensó a 5.000 personas, entre las que distribuyó 16 millones de dólares, pensionando a otras muchas que tomaron las armas en favor de la corona. Vemos, pues, que los

interesadas en los bienes confiscados, bien sea por deudas, contratos matrimoniales o de cualquier otro modo, no encontrarán impedimento alguno legal en la protección de sus justos derechos.

Artículo VI.—Queda estipulado que no se harán ya más confiscaciones en lo sucesivo, ni se perseguirá tampoco a nadie por haber tomado parte en la presente guerra; y que tampoco sufrirá individuo alguno daños ni perjuicios en la persona, libertad o propiedad por semejante causa; que todos los que al tiempo de ratificarse en América este tratado, estén en la cárcel por cargos de esta especie, serán puestos en libertad y se sobreseerá en sus causas.

Artículo VII.—Habrá firme y perpetua paz entre S. M. B., y dichos Estados Unidos, así como entre los súbditos del primero y los ciudadanos de la Unión; por tanto, cesarán desde luego las hostilidades por mar o tierra; los prisioneros hechos por ambas partes serán puestos en libertad; y S. M. B., sin causar detrimento alguno, ni llevarse negros, ni nada perteneciente a los americanos, retirará con la posible brevedad sus ejércitos, guarniciones y flotas del territorio de los Estados Unidos y de todo puesto, plaza o puerto pertenecientes al mismo territorio, dejando en las fortalezas la artillería americana que contengan; y también mandará que los archivos, registros, escrituras y papeles pertenecientes a cualquiera de dichos Estados o de sus ciudadanos, que durante el curso de la guerra hayan caído en manos de los oficiales de S. M., sean restituidos inmediatamente, y entregados a los mismos Estados o a las personas a quienes pertenezcan.

Artículo VIII.—La navegación del río Mississippí desde su nacimiento hasta el Océano, quedará por siempre franca y abierta para los súbditos de la Gran Bretaña y para los ciudadanos de los Estados Unidos.

Artículo IX.—En el caso de que cualquiera plaza o parte de territorio perteneciente a la Gran Bretaña o a los Estados Unidos fuese tomada por las armas o de otro modo, antes de recibirse en América los citados artículos provisionales, queda convenido que será devuelta sin oponer dificultades y sin exigirse compensación.

Artículo X.—Las solemnes ratificaciones del presente tratado, expedidas en buena y debida forma, se canjearán entre las partes contratantes en el término de seis meses, o antes si fuere posible, a contar desde el día en que se firmó aquel.

El 18 de octubre publicó el Congreso una proclama para licenciar todo el ejército, excepto un cuerpo de tropas suficientes para prestar el servicio de los Estados hasta que se organizasen definitivamente los asuntos relativos a la paz. Elogiando altamente el valor, magnanimidad y virtud del ejército, el Congreso dio gracias, en nombre del país, a los oficiales y soldados por sus largos, eminentes y leales servicios, y dispuso que desde el 3 de noviembre siguiente se licenciase por completo el ejército.

El comandante en jefe se despidió de sus tropas, a quienes dirigió las más afectuosas frases y amistosos consejos, deseando a sus compañeros de armas que prosperaran en su carrera; he aquí sus últimas palabras: «poco falta ya para que el soldado deje su uniforme y se convierta en un buen ciudadano, observando siempre esa prudente e irreprensible conducta que distinguió, no sólo al ejército que estuvo bajo mis órdenes durante la guerra, sino también a los demás cuerpos que sirvieron separadamente. Esto producirá los mejores resultados; y a la vez que les felicita por la gloriosa causa que hace ya inútiles los servicios de todos en el campo del honor, el comandante en jefe se complace en dar a todas las clases del ejército sus más expresivas gracias por el auxilio que le prestaron, y en este caso no puede menos de expresar su gratitud a los oficiales generales por sus acertados consejos en distintas ocasiones, así como por su celo en llevar a cabo el plan adoptado; a los comandantes de los regimientos y oficiales por su pronto y exacto cumplimiento de las órdenes que se les dieron; al estado mayor por la puntualidad con que desempeñó sus respectivos deberes, y a las tropas en general por su mucha paciencia y resignación, así como por el valor de que dieron pruebas en diferentes batallas. El comandante en jefe aprovecha esta ocasión solemne para manifestar al ejército cuán profunda es la amistad que le profesa, y a más de esto desearía favorecer

---

tories sacaron mucho mejor partido que los que lucharon por la causa de su país.

a todos en lo futuro, pero se lisonjea no obstante de que le harán la justicia de creer que todo aquello que pudo obtenerse por los medios que están a su alcance, se hizo inmediatamente. Y ahora que ha llegado el momento de dictar sus últimas órdenes, despojándose de su carácter militar para despedirse de los ejércitos, de los cuales tuvo el honor de ser jefe por tanto tiempo, sólo le resta ofrecerles de nuevo sus recomendaciones para el país y sus oraciones al Todopoderoso para que éste les proteja. ¡Permita el cielo que haya justicia para todos y que la Providencia favorezca a cuantos contribuyeron al alivio de sus semejantes! Animado de estos deseos, el comandante en jefe se retira del servicio militar, y pronto se habrá alejado del teatro de la guerra y de sus fieles compañeros.»

Sir Guy Carleton, que había recibido órdenes para salir de Nueva York, anunció su intención de hacerlo a la llegada del verano, pero se retrasó su marcha, principalmente porque el jefe inglés quiso atender a la traslación de un considerable número de refugiados que temían la vuelta al poder de sus compatriotas, por cuyo motivo el citado jefe no emprendió la marcha hasta el mes de noviembre. En la mañana del martes 25, Washington, con las tropas de los Estados Unidos a las órdenes del general Knox, y el gobernador Clinton escoltado por un cuerpo de caballería ligera de Westchester, avanzaron hacia la parte superior de la ciudad, y a eso de la una, y según se iban retirando los ingleses, los americanos adelantaron lentamente, en tanto que la autoridad civil tomaba posesión del estado. Todo el día se pasó con el mayor orden y tranquilidad, y el lunes siguiente 1 de diciembre, el gobernador obsequió con un espléndido banquete al ministro francés, el caballero de la Luzerne, al que asistió también Washington y otros muchos convidados. Por la noche se celebró en Bowling Green, en Broadway, una magnífica función de fuegos artificiales.

Aun tenía que pasar Washington por una dura prueba al despedirse de sus queridos compañeros de armas con los cuales había servido tanto tiempo en una guerra encarnizada, y con los que le unían lazos de la más estrecha amistad. Su última y afectuosa entrevista tuvo lugar el 4 de diciembre: por la noche, dice Marshall, según refiere Gordon, todos los primeros oficiales del ejército se reunieron en el café Francés, donde llegó poco después el comandante en jefe. Su emoción era demasiado profunda para que pudiera ocultarla; llenando su vaso, volvióse hacia sus compañeros y les dirigió las siguientes palabras: «Al despedirme de vosotros, mi corazón rebosa de gratitud, y mi más ardiente deseo es que vuestros últimos días sean tan prósperos y felices como gloriosos fueron los primeros. No puedo despedirme particularmente de vosotros, pero mucho os agradeceré que vengáis uno a uno a estrecharme la mano.» El general Knox, que se hallaba más cerca, se volvió entonces hacia Washington, quien no pudiendo pronunciar una palabra en fuerza de su emoción, le estrechó la mano y le abrazó en silencio, repitiendo luego la misma operación con todos los demás oficiales. De los ojos de aquellos bravos guerreros brotó una lágrima de ternura; ninguno articuló una sola palabra y nada fue a interrumpir el religioso silencio de aquella expresiva escena. Washington se dirigió luego a Whitehall, donde le aguardaba un barco para conducirle a Paulus Hook, y todos le fueron acompañando, no sin ocultar la tristeza y melancolía de que iban poseídos. Al saltar en la embarcación, el comandante en jefe agitó su sombrero, saludando por última vez a los concurrentes, los cuales se alejaron silenciosos y fueron a reunirse al mismo punto de donde partieron[316].

El Congreso, que había estado celebrando sus sesiones en Princeton desde el mes de junio, se trasladó en noviembre a Annápolis, a donde se dirigió Washington para terminar su carrera pública. Por todos los puntos por donde pasaba recibió las mayores pruebas de gratitud y afecto, y todas las legislaturas y el pueblo de los diversos Estados le dirigieron numerosas manifestaciones. Después de entregar al superintendente, que se hallaba en Filadelfia, una cuenta exacta de sus gastos durante la guerra, escrita de su puño y letra, Washington llegó a Annápolis el 19 de diciembre, y anunció al Congreso que se hallaba dispuesto a resignar el mando. A fin de honrar tan solemne ceremonia, se dispuso que el acto se celebrase en una sesión pública y a presencia de los compatriotas de Washington.

---

316 Marshall, *Vida de Washington*, vol. II, pág. 57. Gordon, *Historia de la Revolución americana*, vol. III, pág. 377.

En consecuencia, presentóse el día 23 el ilustre patriota en el Congreso, donde le aguardaban numerosos espectadores e infinitas señoras, todas hijas de América. También se hallaban presentes todos los funcionarios públicos del estado de Maryland y el cónsul general de Francia. Los miembros del Congreso estaban sentados y cubiertos, como representantes de la Soberanía de la Unión, y ante ellos fue introducido Washington por el secretario, quien después de una breve pausa impuso silencio y anunció «que los Estados Unidos, reunidos en sesión, se hallaban dispuestos a recibir las comunicaciones del comandante en jefe.» Entonces levantóse Washington, y con la mayor dignidad entregó al Presidente del Congreso una exposición impresa, juntamente con su nombramiento, y hecho esto, permaneció en pie en su sitio aguardando la contestación[317].

El general Mifflin acababa de ser nombrado Presidente del Congreso, y no menos afectado que el resto de la Asamblea, contestó con la mayor cortesía y afecto, y Jorge Washington, que ya era igual en posición al más humilde de sus compatriotas, se retiró de la sala cubierto de su imperecedera gloria. Al día siguiente llegó a su ansiado retiro de Monte Vernon, del cual había estado ausente por espacio de nueve años.

Con el relato de esta escena sublime, sin igual en los anales del mundo, creemos conveniente terminar el tercer libro de nuestra historia, y sólo añadiremos las últimas palabras que pronunció Washington al retirarse de la vida oficial. Helas aquí: «Al celebrar el último acto de mi vida pública, encomiendo los intereses de mi querida patria a la protección del Todopoderoso y a los encargados de regir los destinos del país.»

Apéndice al capítulo 9.

I. EXTRACTO DE LA OBRA DE WATSON «HOMBRES Y ÉPOCAS DE LA REVOLUCIÓN».

A primera hora del día 5 de diciembre de 1782, fui conducido por el conde de Ferrers a la entrada de la Cámara de los Lores, y habiéndome dicho a la puerta mi compañero: «acercaos al trono lo más posible y no temáis nada», hícelo así, y me encontré a poco enfrente de aquel y al lado mismo del célebre Almirante Howe. Cuando yo entré se hallaban los Lores sentados, el día era oscuro y nebuloso, y como las ventanas del salón, muy elevadas, estaban construidas a la antigua con barras de hierro, parecía el salón mucho mas lóbrego, con tanto mas motivo cuanto que cubrían las paredes tapices oscuros que representaban la derrota de la armada española. Tuve el gusto de conocer entre los espectadores a Copley, a West el pintor y a varias señoras y realistas americanos.

Después de aguardar cerca de dos horas, anuncióse con ruidosas salvas de artillería la llegada del rey, el cual entró por una puertecilla que había a la izquierda del trono, y se sentó acto continuo en graciosa actitud, descansando su pie derecho sobre un banquillo. El monarca, que ostentaba todas las insignias reales, parecía muy agitado; sacó de su bolsillo el rollo que contenía su discurso, y habiéndose impuesto silencio, procedió a la lectura. Yo me encontraba cerca del rey, y observé con el mayor cuidado la expresión de su semblante y el tono con que pronunciaba sus palabras. Durante los primeros momentos, embargóme la emoción, mas prestando toda mi atención, pude oír al monarca que se expresó en los términos siguientes:

«No he perdido tiempo en dar las órdenes convenientes a fin de que no se prosiga la guerra en el continente de la América del Norte, y adoptando las medidas necesarias con la mayor decisión, en conformidad de lo que me aconsejan el Parlamento y el pueblo, he practicado las diligencias oportunas tanto en Europa como en la América del Norte para llevar a cabo una cordial reconciliación con las colonias. Para esto no he vacilado en hacer uso de todos los poderes de que estoy revestido, y viendo que era indispensable para alcanzar dicho objeto, reconocer a las colonias...» Aquí el monarca hizo una pausa, sin duda porque estaba muy agitado, o bien porque la oscuridad no le permitía leer más aprisa o ya porque estuviese afectado por una emoción natural.

317 Véase el apéndice V, al fin del presente capítulo.

Sin embargo se repuso al momento y continuó: «como Estados libres e independientes, he resuelto hacerlo así, admitiendo su separación de la Corona de estos reinos. Al obrar de este modo he sacrificado mis propios intereses para satisfacer los deseos de mi pueblo y rogaré ardientemente al Todopoderoso que no sea la Gran Bretaña víctima de los males que podrían resultar de semejante desmembramiento del Imperio y que la América se vea libre de las calamidades que últimamente han demostrado a la amada patria cuán esencial es la monarquía para el goce de la libertad constitucional.»

Es notorio que Jorge III se distinguía siempre por la manera de leer sus discursos, pero en aquella ocasión pareció muy turbado, se le trabó la lengua y no pronunciaba claramente las palabras, terminando al fin su discurso de una manera impropia en él. No me es posible dar cuenta de las sensaciones que experimenté durante la lectura del discurso; mi sangre americana parecía circular más apresuradamente por las arterias, y no pude menos de pensar en las orillas del Atlántico, recordando con dolor las miserias y desolación que presencié durante la guerra por la terquedad de aquel rey, entonces tan postrado, pero que se había hecho sordo a nuestras humildes súplicas. Yo creo, sin embargo, que Jorge III obró bajo la impresión de lo que él juzgaba como un deber solemne y constitucional.

El gran drama, del que fue el primer acto la batalla de Lexington, había terminado ya; la declaración de la independencia podía considerarse como un suceso glorioso y el reconocimiento del rey acababa de completar el triunfo. El feliz resultado de la revolución americana iba a influir a no dudarlo en los destinos del mundo, o al menos tal era el parecer de los hombres mas sabios y profundos de aquella época. Al salir de la Cámara me reuní con Copley y West, los cuales, según me pareció, celebraban el suceso del día recordando el aire de tristeza y despecho que revelaban nuestros *tories* americanos.

II. LOS MANIFIESTOS DE NEWBURG A LOS OFICIALES DEL EJÉRCITO.

Señores: Un compañero vuestro, cuyos intereses y afecciones le ligan a vosotros, cuyos pasados sufrimientos han sido tan grandes, y cuya futura suerte puede ser tan desesperada como la vuestra, es el que tiene el honor de dirigiros la presente.

Los hombres de edad se precian de poder dar consejos y también los que llegan a ocupar cierta posición, pero aunque en mí no concurra ninguna de estas dos circunstancias, me lisonjeo que no dejaréis de escuchar mis palabras, hijas de la sinceridad y de la experiencia.

Al que tiene el honor de dirigiros la palabra, le ha gustado como a muchos de vosotros la vida doméstica, y al abandonarla con sentimiento, iba resuelto a no retirarse del campo de batalla hasta que cesaran los motivos que le llamaron a él; hasta que los enemigos de su país, los esclavos del poder y los secuaces de la tiranía, se viesen obligados a abandonar sus proyectos, después de reconocer que América es tan terrible en la lucha como humilde en la súplica. Dominado por esta idea, el que suscribe, ha tomado parte mucho tiempo en vuestras empresas y compartido los mismos peligros; se ha encontrado pobre sin murmurar una queja, y ha visto la insolencia de los poderosos sin exhalar un suspiro, confiando hasta hace muy poco en la justicia de su país.

De esperar era que al disiparse las nubes de la adversidad, y al brillar de nuevo el sol de paz en nuestro país, se mitigaría el rigor y severidad del gobierno, y que se darían pruebas, ya que no de justicia, de gratitud, a los que libraron a su patria del servilismo, contribuyendo a que se proclamara independiente; pero la buena fe tiene sus límites así como la paciencia, y hay extremos a que no se puede llegar sin que se le tache a uno de cobarde o de demasiado crédulo. Creo, amigos míos, haber comprendido cuál es vuestra situación, e inútil me parece deciros que mostrar timidez cuando se os injuria, es más que ser débil, y que no hacer un enérgico esfuerzo para que se os trate con la debida consideración, será probar al mundo que merecéis las cadenas que acabáis de romper. Para impedir este mal, examinemos nuestra situación, y recordemos nuestro pasado.

Después de una campaña de siete años se ha conseguido al fin el objeto por el cual abandonamos nuestras casas y nuestras familias; sí, amigos míos, vuestro valor y vuestra

perseverancia han sido grandes, habéis sostenido una sangrienta lucha, habéis logrado al fin que los Estados Unidos de América proclamen su independencia, y de nuevo vuelva a disfrutar de los beneficios de la paz... ¿quién? ¿Es acaso un pueblo que desea aliviar vuestros males, apreciarlos en lo que valen y premiar vuestros servicios? ¿Es por ventura un pueblo que espera vuestra vuelta a la vida privada con lágrimas de gratitud y sonrisas de admiración, y que anhela compartir con vosotros esa independencia que alcanzasteis con vuestro valor, y esas riquezas que habéis conservado a costa de vuestra sangre? ¡No; es un pueblo que no protege vuestros derechos, que desprecia vuestras súplicas y que insulta vuestra miseria! ¿No habéis indicado más de una vez al Congreso vuestros deseos y necesidades, deseos que la gratitud y la buena política exigía que se satisficiesen anticipadamente; y no habéis pedido, en fin, por medio de solicitudes y en nombre de la justicia, lo que no podíais obtener como un favor? ¿Cómo se os ha contestado? La carta que recibiréis mañana os lo hará saber.

Si de este modo se os trata cuando aun son necesarias vuestras espadas para la defensa del país, ¿qué podréis esperar de la paz cuando vuestra voz se extinga, cuando vuestras fuerzas se debiliten y cuando tengáis que abandonar esos aceros, compañeros inseparables de vuestra gloria, sin que os quede más que el recuerdo de vuestras hazañas para atender a vuestras necesidades y a vuestros apuros? ¿Y habréis de ver con paciencia que sois las únicas víctimas de la revolución, y que os retiráis del campo de batalla para veros sumidos en la pobreza y en la miseria? Podréis aveniros a una vil dependencia e implorar la caridad pública para acabar esa vida que tantas veces expusisteis en el campo del honor? Si podéis hacerlo, id a ser la burla de los *tories* y de los *whigs*, y os pondréis en ridículo, y lo que es aun peor, ¡seréis un objeto de compasión para el mundo! ¡Id a moriros de hambre y a ser olvidados! Pero si vuestro espíritu se rebela, y si tenéis bastante buen sentido para comprender, y suficiente carácter para oponeros al despotismo, bien se presente éste con el traje republicano o con las espléndidas insignias de la soberanía, si no sabéis aun diferenciar entre un pueblo y una causa, entre los hombres y los principios, despertad de vuestro letargo y ved cuál es vuestra situación. Si no aprovecháis este momento, vuestros esfuerzos futuros serían tan inútiles como vuestras amenazas.

Debo pues aconsejaros que toméis una determinación, no sin pensar antes en lo que podréis sufrir y en lo que podréis esperar. Yo os aconsejo que dejando el tono humilde y suave de vuestra solicitud, adoptéis otro más fuerte y enérgico para pedir que se os haga justicia, desconfiando sobre todo de aquel que os aconseje moderación y paciencia. Nombrad dos o tres personas que sepan sentir y escribir, para que redacten vuestra última exposición; procurando usar un lenguaje que no os perjudique por su rudeza, ni revele tampoco temor alguno; exponed lo que ha prometido el Congreso y lo que ha hecho, con cuánta paciencia habéis sufrido y cómo se os ha negado lo poco que pedíais. Decid que fuisteis los primeros en buscar el peligro y los últimos en huir de él, y que aunque la desesperación no os inducirá a cometer un acto deshonroso, puede sin embargo obligaros a abandonar el campamento; que la herida irritada que no se cicatriza, puede llegar a ser incurable, y que una iniquidad por parte del Congreso, puede obligaros a desaparecer para siempre. Decid que en la paz permaneceréis impasibles, y que en la guerra, sin hacer aprecio de las invitaciones de vuestro ilustre jefe, os retirareis a un lugar apartado para sonreíros a vuestra vez cuando los demás se vean expuestos al peligro.

Pero añadid también que en el caso de ser atendidas vuestras reclamaciones, os conceptuaréis completamente felices; que mientras la guerra continúe, seguiréis animosos vuestras banderas, y que cuando la lucha termine, os retiraréis a la vida privada, dando así al mundo el admirable ejemplo de un ejército que supo vencer a sus enemigos y vencerse a sí mismo.

III. MANIFIESTO DE WASHINGTON A LOS OFICIALES DEL EJÉRCITO.

Señores: Ha llegado a mi conocimiento que se os acaba de invitar por medio de un anónimo para reuniros en junta: lo que hay en esa medida de impropio, de improcedente, de subversivo y atentatorio contra el buen orden y disciplina, a vosotros y a todo el ejército es a quien toca juzgar.

Al recibirse dicho aviso, circuló asimismo otro escrito anónimo encaminado, más que otra cosa, a excitar las pasiones del ejército. El autor de ese documento ha dado pruebas de saber manejar la pluma; yo quisiera que las diese de la rectitud de su corazón, pues aun cuando los hombres vean las cosas por diferentes prismas y adopten diferentes medios para alcanzar el mismo fin, el autor del manifiesto se muestra poco caritativo al inducir a mis compañeros a que *sospechen del hombre que les aconseje moderación y paciencia*; en otros términos; en el hombre que no piense y no obre como él aconseja. Pero el escritor anónimo había concebido otro plan muy contrario a los sentimientos generosos, a la consideración, a los principios de justicia y al amor a la patria, e hizo bien en insinuar la más vaga de las sospechas para llevar a cabo el más negro de los designios. Que el manifiesto anónimo se ha escrito con mucho arte y con fines insidiosos; que su objeto es influir en los ánimos imbuyéndoles en la idea de que el poder soberano de los Estados Unidos ha cometido una injusticia premeditada, para excitar los resentimientos que semejante creencia pudiera producir; que el secreto móvil del autor anónimo, sea quien fuere, es aprovecharse de las críticas circunstancias por las que atravesamos para provocar el resentimiento, recordando pasadas calamidades, sin dar tiempo para que se delibere y se reflexione detenidamente a fin de obrar con dignidad y prudencia, son cosas demasiado evidentes para que se necesite una prueba ni pueda dudarse de ellas.

Así pues, señores, me ha parecido conveniente manifestaros qué razones tuve para oponerme a la imprevista reunión que debió celebrarse el martes, y debo advertiros que no me opuse porque me falte el deseo de proporcionaros todas las oportunidades posibles para que, obrando como lo exige vuestro honor y dignidad, podáis hacer vuestras reclamaciones. Si mi conducta no os ha probado ya que he sido siempre un fiel y leal amigo del ejército, inútil sería recordarlo ahora; pero como me cuento entre los primeros que abrazaron la causa de la patria común; como nunca me separé de vuestro lado sino para asuntos del servicio, siendo constantemente vuestro compañero, y testigo de vuestros apuros; como mi reputación es inseparable de la del ejército, hasta el punto de rebosar mi corazón de alegría cuando oigo que le elogian, indignándome si se le vitupera injustamente, no puede suponerse nunca que llegados a este punto, mire con indiferencia vuestros intereses. Pero ¿cómo han de promoverse estos? El medio es sencillo, según dice el escritor anónimo. *Si la guerra continúa, retiraos a un lugar apartado, estableceos allí, ¡y dejad a este ingrato país para que se defienda él solo!* Mas ¿quiénes serán entonces los defensores? ¿Acaso nuestras esposas e hijos, a quienes tendríamos que abandonar? Y en el caso de no hacerlo; habríamos de llevar a nuestras familias a un desierto para que pereciesen acosadas por el hambre, el frío y la miseria?

Si se celebra la paz, dice el escritor anónimo, *no envainéis vuestros aceros hasta obtener cumplida justicia.* Esta terrible alternativa de abandonar la patria en la hora extrema del peligro, o hacer armas contra ella, si no accede inmediatamente el Congreso a lo que se le pide, revela tanta crueldad, que no puede uno menos de sublevarse contra semejante idea. ¡Dios mío! ¿cuál puede ser el objeto del escritor anónimo al recomendar semejantes medidas? ¿Podrá ser un amigo del ejército? ¿Podrá ser un amigo de su patria? ¿No será más bien un enemigo oculto, acaso un emisario de Nueva York que medita la ruina de aquella, sembrando la semilla de la discordia a fin de provocar la separación entre los poderes civil y militar del continente? ¿Y qué juicio habrá formado de nuestro criterio cuando recomienda medidas impracticables por su naturaleza? Pero hagamos aquí punto, señores, porque sería tan imprudente en mí alegar razones para combatir semejante opinión, como sería insultante para vosotros suponer que las necesitáis. Un momento de reflexión bastará para convencer a los que juzguen desapasionadamente que es físicamente imposible llevar a cabo lo que se propone. Podrá parecer impropio, señores, que yo me dirija a vosotros para tratar sobre un anónimo, pero la manera con que se ha circulado en el ejército, el efecto que se trataba de producir con él y otras circunstancias, justificarán suficientemente mis observaciones sobre las tendencias de ese escrito.

Respecto al consejo que da el escritor anónimo para que se sospeche del hombre que recomienda moderación y paciencia, yo lo desprecio como todo aquel que no ama la libertad y respeta la justicia, por las que a no dudarlo hemos luchado la mayor parte. Mi opinión es, y debo manifestárosla francamente en el manifiesto que ahora os dirijo, que el Congreso aprecia altamente los méritos y servicios del ejército, reconociendo cuanto ha tenido que sufrir, y tengo poderosas razones para creer que le hará debida justicia. Que se han practicado las más eficaces diligencias para reunir fondos, y que no se dejará este asunto de mano hasta obtener el fin propuesto, es cosa que no puedo poner en duda ni por un momento.

Pero como sucede siempre con las instituciones que han de conciliar muy distintos intereses, las resoluciones son lentas; y en este caso, ¿por qué hemos de desconfiar, y a consecuencia de desconfianza, adoptar medidas que pueden manchar esa gloria tan justamente adquirida, ajando la reputación de un ejército tan celebrado en toda Europa por su valor y su patriotismo? ¿Y habría de hacerse esto para alcanzar antes el objeto apetecido? No; de este modo nos alejaríamos más.

En cuanto a mí, al recordar vuestros eficaces auxilios y la obediencia que me prestasteis en todas las vicisitudes de la lucha, y en vista del sincero afecto que me inspira el ejército que tanto tiempo estuvo bajo mis órdenes, me creo en el deber de declarar de una manera pública y solemne que para que se os haga completa justicia satisfaciendo vuestros deseos, en cuanto pueda hacerse sin faltar a los deberes que me impone mi país y a los poderes que hemos de respetar, yo os ofrezco mi influencia y mis servicios en todo lo que puedan seros útiles.

Mientras os doy esta seguridad, comprometiéndome formalmente a emplear todos mis esfuerzos en vuestro favor, yo os ruego, señores, que por vuestra parte no adoptéis medida alguna que pueda rebajar vuestra dignidad y vuestra gloria. Permitidme aconsejaros que confiéis en vuestro país y en las puras intenciones del Congreso, persuadiéndoos que antes de disolverse el ejército, se liquidarán vuestras cuentas, tal como se ofreció hace dos días, y que se adoptarán asimismo las medidas oportunas a fin de recompensar vuestros leales y eminentes servicios. Y si en algo apreciáis vuestro honor, si respetáis los derechos de la humanidad, y si algo vale para vosotros la honra nacional, yo os conjuro a que rechacéis de vuestro lado al hombre que bajo especiosos pretextos atenta contra las libertades patrias, tratando de introducir la discordia civil para ahogar en un mar de sangre a nuestro naciente imperio.

Obrando de este modo, llegaréis por el camino recto al logro de vuestros deseos, destruyendo los insidiosos proyectos de esos enemigos que tratan de sobornaros artificiosamente. Daréis una prueba más de vuestro patriotismo, de vuestra resignación y virtudes, haciéndoos superiores a vuestros padecimientos; y ante la dignidad de semejante conducta, y el recordar tan glorioso ejemplo, al hablar el mundo de vosotros, no podrá menos de decir: «Sólo faltaba aquello para obtener el ultimo grado de perfección que puede alcanzar la naturaleza humana.»

IV. CARTA-CIRCULAR DE S. E. JORGE WASHINGTON, COMANDANTE EN JEFE DE LOS EJÉRCITOS DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, A LOS GOBERNADORES DE LOS DIVERSOS ESTADOS.

Cuartel general de Newburg, 8 de junio de 1783.

Señor: Cumplida la importante misión que me hizo el honor de confiarme mi país, voy a resignar el mando en el Congreso para retirarme a la vida privada, que como es sabido abandoné con mucho disgusto, pues siempre he deseado vivir alejado del tumulto del mundo. Mi intención es acabar mis días en el reposo y la tranquilidad, pero antes de realizar mi propósito, me creo en el deber de dirigiros mi última comunicación oficial a fin de congratularos por los gloriosos acontecimientos que ha presenciado nuestro país, participaros mi opinión respecto a ciertos puntos importantes que me parecen íntimamente enlazados con el bienestar de los Estados Unidos, despedirme de V. E. oficialmente, y manifestaros en fin cuanto es mi amor por este país, a cuyo

servicio he consagrado la primera parte de mi vida, por el cual he luchado tantos días, y cuya felicidad, tan querida para mí, constituye la mayor parte de la mía propia.

Aprovechando esta ocasión, reclamaré vuestra indulgencia para extenderme algo más al hablar de los asuntos de nuestra patria. Al reflexionar la magnitud de nuestra empresa sobre el éxito dudoso de la lucha y sobre el favorable desenlace que la ha terminado, no puede uno menos de regocijarse, y este hecho no puede menos de alegrar el corazón de todo buen liberal, tanto para el presente como para el porvenir. Por esto debemos felicitarnos y dar gracias a la Providencia, ya consideremos el suceso bajo el punto de vista político o bajo el punto de vista moral.

Los ciudadanos de América, que se han colocado en la más envidiable posición, como únicos señores y propietarios de un vasto continente que comprende todas las clases de terrenos y climas del mundo y que abunda en todo aquello que es necesario para las comodidades de la vida, acaban de ser reconocidos, en virtud de la paz, absolutamente libres e independientes; y desde ahora puede considerárseles como actores que van a figurar en un teatro más espacioso, designado por la Providencia, para que en él pueda desplegarse la grandeza humana. No sólo tenemos aquí cuanto puede contribuir al bienestar y a la felicidad, sino que el cielo ha satisfecho nuestros mayores deseos proporcionándonos una oportunidad, que no ha concedido a ninguna otra nación, para obtener en política la dicha a que todos deben aspirar. Para ilustrar estas observaciones, nada mejor que el recuerdo del tiempo y circunstancias bajo las cuales comenzó a figurar nuestra república al lado de las demás naciones; nuestro imperio no se ha fundado en una edad oscura de ignorancia y superstición, sino en la época en que mejor se comprenden los derechos de la humanidad y mejor se definen. Las investigaciones del hombre para encontrar la felicidad social han sido numerosísimas; los ricos conocimientos adquiridos en una larga sucesión de años, merced a los desvelos de los filósofos, de los sabios y de los legisladores, pueden utilizarse ahora mejor que nunca, aplicándolos con buenos resultados al establecimiento de nuestra forma de gobierno. El libre cultivo de las letras, la ilimitada extensión del comercio, el progresivo refinamiento de las costumbres, y sobre todo, la pura y benigna luz de la Revelación, han ejercido una beneficiosa influencia en la especie humana, contribuyendo al estado próspero de la sociedad. Bajo tan favorables auspicios y en tan feliz periodo, han comenzado a existir los Estados Unidos como nación, y si sus ciudadanos no fueran completamente libres y felices, sólo de ellos será la culpa.

Tal es nuestra situación y tal nuestro porvenir, pero aun cuando se nos brinde con la felicidad, aunque esta sea nuestra, si aprovechamos la ocasión para conservarla, paréceme no obstante, que los Estados Unidos pueden todavía elegir entre ser respetados y ricos o vivir despreciados y miserables como nación. Es llegada la hora de prueba, este es el momento en que las miradas del mundo se fijan en nosotros, esta es la oportunidad de establecer o perder para siempre la carta nacional; esta es la ocasión propicia para constituir el gobierno federal de una manera que corresponda a los fines de su institución; pero este también puede ser el fatal momento para destruir el poder de los Estados Unidos aniquilando el principio de la confederación, y de exponernos a ser un objeto de burla para las potencias europeas, cuyo objeto es impedir que sus rivales adquieran importancia, a fin de favorecer sus propios intereses. Del sistema político que adopten ahora los Estados, depende su caída o su encumbramiento, y réstanos sólo saber si la Revolución debe considerarse en último resultado como un beneficio o un mal, y bien sea lo uno o lo otro, no sólo sufrirá las consecuencias la generación presente sino también las futuras.

En esta convicción, y el reflexionar sobre la importancia de la crisis actual, el silencio en mí sería un crimen, y en este caso debo hablar a V. E. sin rebozo y usando el lenguaje de la libertad y de la buena fe. No se me oculta, sin embargo, que los que no piensan como yo en punto a política, podrán objetar que quizá traspaso la línea de mis deberes, y tal vez califiquen de orgullo, o de ostentación, lo que sólo es el resultado de las más puras intenciones. Sin embargo, la rectitud de mis sentimientos me impulsa a no tomar acta de semejantes apreciaciones; la parte que he tomado en la vida activa, mi determinación de no intervenir en los asuntos públicos, después de retirarme, y mi ardiente deseo de consagrar el resto de mis días a la vida privada para disfrutar de los beneficios de

un gobierno sabio y liberal, son otras tantas circunstancias que me lisonjeo convencerán a mis conciudadanos de que no puede abrigar siniestras miras el que sin reserva alguna y con tanta franqueza emite las opiniones contenidas en la presente circular.

Hay cuatro cosas que en mi concepto son esenciales para el bienestar, y hasta me atreveré a decir, para la existencia de los Estados Unidos como potencia independiente.

1. Una unión indisoluble de los Estados bajo una autoridad federal.
2. Un sagrado respeto a la justicia pública.
3. La adopción definitiva de la paz.
4. La disposición pacífica y amistosa entre el pueblo de los Estados Unidos, a fin de que todos olviden sus preocupaciones locales y políticas, y se hagan esas mutuas concesiones que son necesarias para la prosperidad general, sacrificando en algunos casos sus propios intereses en beneficio de la causa común.

Estas son las columnas sobre que debe apoyarse el glorioso edificio de nuestra independencia y nacionalidad; la libertad es la base, y todo aquel que atentare contra ella, bajo cualquier pretexto que fuese, merecerá la execración pública, haciéndose acreedor al más severo castigo que pudiera imponerle la patria ofendida.

Haré algunas observaciones sobre los tres primeros artículos, dejando el cuarto a la consideración de aquellos que se crean interesados en él.

Aun cuando no sea necesario, ni es tampoco deber mío entrar aquí a discutir acerca de los principios de los Estados Unidos, tratando la gran cuestión tantas veces debatida, sobre si será conveniente o no para los Estados delegar una parte del poder al Congreso, creo sin embargo de mi deber, así como también del de todo verdadero patriota, exponer sin reserva mi opinión sobre ciertos puntos. En este caso diré en primer lugar que, en mi concepto, a menos que los diversos Estados consientan que el Congreso ejerza aquellas prerrogativas de que está revestido indudablemente por la Constitución, reinará muy pronto la confusión y la anarquía. Que es indispensable para la felicidad de los diversos Estados, resignar en alguno la autoridad suprema, a fin de que regularice el gobierno y los asuntos generales de la república confederada, sin lo cual no puede ser ésta de larga duración, es cosa que no admite la menor duda, debiendo tenerse presente que cuantas medidas tiendan a disolver la Unión o contribuyan a debilitar la autoridad soberana, han de considerarse como atentatorias a la libertad e independencia de América. Por último, si mediante la concurrencia de los Estados no nos fuera dable participar del fruto de la Revolución, y de los beneficios esenciales de la sociedad civil, bajo una forma de gobierno independiente y libre de los peligros de la opresión, sería muy sensible haber vertido tanta sangre, gastado tantos tesoros y hecho tantos sacrificios para no conseguir resultado alguno. Podría aducir aquí otras muchas consideraciones para probar que sin una completa conformidad en el espíritu de Unión, no podemos existir como potencia independiente, pero bastará para mi objeto citar una o dos que me parece de la mayor importancia. Sólo por nuestro carácter de unión como imperio, se ha reconocido nuestra independencia y sostenido nuestro crédito en las naciones extranjeras; los tratados de las diversas potencias de Europa con los Estados Unidos de América no serían válidos si se disolviera la Unión, y en este caso quedaríamos reducidos a la más triste situación y vendría a probarnos la experiencia que hay una progresión natural y necesaria desde la extrema anarquía al extremo despotismo, y que los poderes arbitrarios se constituyen más fácilmente sobre las ruinas de la libertad que ha degenerado en licencia.

En cuanto al segundo artículo, que se refiere a la justicia pública, el Congreso apuró este punto en el último manifiesto que dirigió a los Estados Unidos, explicando sus ideas tan claramente, e indicando con tal dignidad a los Estados la obligación en que se hallan de cumplir religiosamente sus compromisos, que en mi concepto ningún verdadero amigo de la independencia de América puede vacilar un momento en adoptar las honrosas medidas propuestas. Si los argumentos alegados no llevan la convicción a los ánimos, no sé de otros que puedan conseguirlo, sobre todo si reflexionamos que los medios que se proponen son el resultado de la sabiduría de todo el

continente, por lo cual deben considerarse, si no perfectos, los más acertados. En mi concepto, si no se llevan a efecto inmediatamente, será el resultado una quiebra nacional con todas sus deplorables consecuencias, antes de que pueda proponerse ni adoptarse ningún otro plan, toda vez que no pueden ser más apremiantes las actuales circunstancias.

Es indudable que el país podrá satisfacer las deudas que contrajo para atender a su defensa: me lisonjeo de que todos piensan de este modo, y en este caso, marcada está la senda de nuestros deberes, sobre todo si se tiene en cuenta que la honradez es la mejor y única política que se debe seguir. Entonces considerándonos como nación seamos justos, cumplamos con los compromisos que, en uso de su derecho, se vio precisado a contraer el Congreso para continuar la guerra, con la misma buena fe con que cumpliríamos los nuestros propios; y entre tanto, incúlquese en los ciudadanos la necesidad en que estamos todos de cumplir religiosamente con nuestros deberes, como miembros de la sociedad, pues de este modo se fortalecerá el gobierno y seremos felices bajo su protección. Todos recogerán así el fruto de su trabajo; todos disfrutarán de lo que adquieran sin molestia y sin peligro.

En este estado de absoluta independencia y perfecta seguridad, ¿quién sentiría dar una pequeña parte de lo que tiene para asegurar los intereses de la sociedad y del gobierno? ¿Quién no recuerda cuantas veces se declaró al principio de la guerra que quedaríamos completamente satisfechos, si a expensas de la mitad, podíamos salvar el resto de nuestros bienes? ¿Dónde está el hombre que se niegue a cumplir sus deberes hacia aquellos que acudieron a la defensa de su persona y sus bienes, vertiendo su sangre en defensa de la patria, sin hacer un generoso esfuerzo para pagar una deuda de honor y de gratitud? ¿En qué punto del continente encontraríamos hombre alguno o institución que no se avergonzara de proponer medidas encaminadas a despojar al soldado de lo que es suyo y quitar al acreedor lo que se le debe? Y dado el caso de que se cometiera semejante injusticia, ¿no excitaría la indignación general, atrayendo sobre los autores de semejantes medidas la justa venganza del cielo? Si después de todo se manifestare cierto espíritu de desunión o de obstinacia por parte de alguno de los Estados, con lo cual se frustrarían los buenos resultados que se esperan de la confederación; si se negara a satisfacer la cuota que le corresponde para ir pagando el interés anual de la deuda pública, y si de su negativa, en fin, resultaran todos esos males que hemos evitado felizmente, el Congreso, que se mostró en todas ocasiones magnánimo y justo, quedará justificado a los ojos de Dios y de los hombres! Y entonces, ese Estado, que se puso en pugna con todos los demás del continente, dejándose guiar por perniciosos consejos, será el único responsable de todas las consecuencias.

Por mi parte, tengo la conciencia de haber obrado del modo que me pareció más conveniente para favorecer los intereses de mi país; y habiéndome comprometido con el ejército para asegurarle que la patria le haría completa justicia y deseando al mismo tiempo que sean públicos todos los actos de mi vida oficial, he creído oportuno remitir a V. E. los adjuntos documentos relativos a la media paga concedida por el Congreso a los oficiales de ejército, pues por estas comunicaciones se comprenderá cuáles son mis sentimientos y qué razones me indujeron en una época anterior a recomendar dicha medida con la mayor eficacia. No creo necesario decir más sobre este punto, si bien conviene hacer presente que las resoluciones del Congreso a que se aluden esos escritos, pueden considerarse como los actos más solemnes de la Confederación y de la legislatura.

Por lo demás, debe desterrarse la idea que ha prevalecido varias veces de que la media paga podía considerarse como una pensión; pues esto no es exacto, toda vez que aquella era una especie de compensación justa ofrecida por el Congreso en una época en que nada tenía que dar a los oficiales del ejército en pago de sus servicios; fue el único medio de impedir la disolución del ejército; hasta me atreveré a decir que aquello fue el precio de su sangre y de vuestra independencia.

Respecto a la distinción entre oficiales y soldados, la experiencia constante de todas las naciones del mundo combinada con la nuestra propia, basta para probar la utilidad de establecer diferencias. En algunos casos, han sido retribuidos los servicios de los soldados tan ámpliamente quizás como la retribución de los oficiales; y en otros, si además de la concesión de tierras, el pago

de los atrasos y vestuario, comprendemos los premios que aquellos recibieron y el abono de una anualidad que se ha prometido a todos como recompensa extraordinaria, tendremos que su situación no será menos preferible que la de los oficiales. Sin embargo, si se considerase equitativa alguna compensación más, puedo asegurar que ningún hombre se alegrará tanto como yo de que se suspendan los impuestos por un tiempo limitado o se otorgue cualquiera otro beneficio a los bravos defensores de la patria; pero ninguna de estas medidas, bien se adopte o se desapruebe, podrá afectar en manera alguna la resolución del Congreso por la cual ofreció satisfacer a los oficiales del ejército al retirarse del servicio la paga de cinco anualidades completas en vez de la pensión vitalicia.

Antes de terminar este punto no puedo menos de recordar las obligaciones que ha contraído el país para con esa clase meritoria de Veteranos, a quienes hubo que licenciar por inútiles en cumplimiento de un acuerdo del Congreso de 23 de abril de 1782, por la cual se dispuso también concederles una pensión vitalicia. Sus muchos padecimientos, sus singulares méritos y sus prolongados servicios, bastan para interesar el sentimiento de humanidad en su favor. Sólo la puntualidad en el pago puede librarles de la más profunda miseria, y nada sería más triste y doloroso que ver a los que vertieron su sangre o perdieron sus miembros en defensa de la patria, sin un albergue, sin un amigo, sin los medios de obtener lo más necesario para la vida, y obligados a mendigar su subsistencia de puerta en puerta. Permitidme, pues, que recomiende a esos infelices a vuestro Estado a la protección de V. E. y a esa Legislatura.

Sobre el tercer artículo, que se refiere especialmente a la defensa de la república, bastarán muy pocas palabras. Como es indudable que el Congreso asegurará debidamente la paz para los Estados Unidos, teniendo al mismo tiempo en cuenta la importancia de organizar en regla la milicia de la Unión, solo me resta recomendar la urgencia de esta medida.

La milicia de este país es el caballo de batalla de nuestra seguridad y el primer medio a que se debe recurrir en el caso de romperse las hostilidades; es por lo tanto esencial introducir un sistema, establecer una disciplina uniforme para toda la milicia del continente, y adoptar en todos los Estados iguales armas y pertrechos militares. Sólo quien lo sabe por experiencia puede comprender cuántas dificultades, gastos y confusión resultan de un sistema distinto como el que se ha observado hasta aquí.

Si al tratar de los asuntos políticos me he extendido más de lo que debía en esta Circular, creo que la importancia de la crisis y de los asuntos que se discuten bastan para dispensarme, y debo advertir que no hago estas observaciones sólo con el objeto de que se tomen en consideración, toda vez que no hago ahora más que emitir mi parecer conforme con las inmutables leyes de la justicia, fundado en un sistema liberal de política y en una experiencia adquirida por el conocimiento de los negocios públicos. Al llegar aquí podría extenderme más en mis observaciones, y si no fuera por el temor de alargar demasiado esta carta, demostraría claramente que en menos tiempo y con menos gasto del que se ha hecho, podría haberse concluido la guerra con el mismo resultado, si el continente hubiera reunido a tiempo los fondos necesarios; que los contratiempos y obstáculos con que se tropezó frecuentemente, se debieron más bien en muchos casos por la falta de energía por parte del gobierno, que por la falta de medios de los diversos Estados; que la ineficacia de las medidas, consecuencia de no haber una autoridad conveniente en el poder supremo que se cuidara de hacer cumplimentar las órdenes del Congreso con la mayor puntualidad, fue causa también de que se acumularan los gastos de la guerra, frustrándose los planes combinados para la misma. Añadiré a esto que el desánimo producido por el entorpecimiento y mala marcha de nuestros asuntos, hubiera bastado para que se disolviese cualquier ejército menos resignado, menos virtuoso, menos perseverante que el que tuve el honor de mandar. Pero mientras hablo de estas cosas, que son hechos notorios, así como los defectos de nuestra Constitución federal, particularmente a lo relativo a la guerra, entiéndase que conforme me he complacido en reconocer siempre cuán eficaz fue el auxilio que me prestaron los ciudadanos de todas clases, así también tengo en mucho elogiar los esfuerzos de los diversos Estados en distintas ocasiones.

Acabo de exponer francamente cuanto tenía que decir antes de resignar el mando que el gobierno tuvo a bien confiarme: he cumplido mi misión, y ahora me resta despedirme de V. E. como jefe de ese Estado, y retirarme asimismo de los negocios de la vida pública.

No terminaré sin rogar a V. E. que comunique mis opiniones a esa legislatura, que espero las considerará como el legado de aquel que deseó ardientemente en todas ocasiones ser útil al país, y que aun en su retiro no dejará de pedir a Dios la felicidad de su patria.

Yo suplicaré al Todopoderoso que os conserve a vos y a ese Estado en su santa guarda; que incline el ánimo de los ciudadanos a la subordinación y obediencia al gobierno y que se amen todos como buenos hermanos; y finalmente que permita que todos seamos justos y bondadosos, conduciéndonos con esa caridad, humildad y tranquilidad de espíritu, que fueron las cualidades características del Divino Autor de nuestra Santa Religión. Sin estos principios no podemos nunca esperar ser una nación feliz.

Tiene el honor de ofrecerse a la atenta consideración de V. E. su muy afectisimo y humilde servidor,

Jorge Washington.

V. DIMISIÓN DE WASHINGTON.

Señor Presidente: Terminada la importante misión que me fue encomendada, tengo ahora el honor de ofrecer mi más sincero afecto al Congreso, y depositar en sus manos la dimisión del cargo que venía desempeñando, pidiendo al mismo tiempo permiso para retirarme del servicio. Considerándome feliz por el establecimiento de nuestra independencia y soberanía, y sumamente complacido al pensar que mi patria puede llegar a ser una nación respetable, resigno con el mayor gusto el mando que acepté con desconfianza, pues en efecto debía tenerla para llevar a cabo tan ardua empresa, sin otro apoyo que la rectitud de nuestra causa, el poder supremo de la Unión y la protección del Cielo.

La feliz conclusión de la guerra ha satisfecho los más ardientes deseos: mi agradecimiento a la interposición de la Providencia y al auxilio que recibí de mis conciudadanos, aumenta doblemente ante el feliz éxito de la lucha.

Al manifestar mi gratitud a todo el ejército en general, cometería una injusticia si no reconociese en este sitio los servicios particulares y distinguido mérito de los que fueron agregados a mi persona durante la guerra, pues no pudo ser más acertada la elección de los oficiales que compusieron mi estado mayor. Permitidme pues, señor, que recomiende particularmente al favor y protección del Congreso a los que continuaron en el servicio hasta el último instante.

Considero un deber indispensable terminar este último acto de mi vida oficial, encomendando al Todopoderoso los intereses de mi querida patria y de aquellos que están encargados de gobernarla.

Habiendo terminado la misión que se me confío, me retiro del gran teatro de la guerra, despidiéndome de esta augusta corporación, bajo cuyas órdenes he servido tanto tiempo, y tengo el honor de resignar en sus manos mi cargo para retirarme de la vida pública.

El Presidente del Congreso contestó lo siguiente:

Los Estados, en Congreso reunido, reciben con el más afectuoso sentimiento la solemne dimisión del cargo que ejercisteis para dirigir a nuestro ejército durante una peligrosa guerra. Llamado por nuestro país para defender sus derechos, aceptasteis tan sagrado cargo cuando el gobierno no contaba aun con recursos para apoyaros. Durante la lucha, habéis dado pruebas de vuestro talento y valor, respetando en todas ocasiones los derechos del poder civil; y granjeándoos el aprecio y confianza de vuestros conciudadanos, les habéis facilitado el medio de desplegar su genio guerrero y de trasmitir su fama a la posteridad. Os habéis sostenido hasta que los Estados, con el auxilio de un rey magnánimo y de una nación poderosa, han podido terminar felizmente la

guerra, obteniendo la libertad y la independencia, por cuyo feliz acontecimiento nos felicitamos como vos.

Después de haber defendido el estandarte de la libertad en este nuevo mundo; después de haber dado una lección útil a los opresores y a los oprimidos, os retiráis del lugar de la acción bendecido por vuestros compatriotas; pero vuestra gloria y vuestras virtudes no podrán nunca olvidarse aunque resignéis el mando, sino que será un recuerdo imperecedero hasta las más remotas edades.

Reconocemos como vos nuestras obligaciones para con el ejército en general, y nos cuidaremos particularmente de los intereses de esos oficiales que formaron vuestro estado mayor hasta el último momento.

Así como vos, en fin, encomendamos los intereses de nuestra querida patria a la protección del Todopoderoso, pidiéndole que incline el ánimo a todos nuestros conciudadanos para que aprovechen la oportunidad que se les presenta de llegar a ser una nación respetable. Asimismo le suplicaremos conserve vuestra preciosa vida y la felicidad de que merecéis, esperando por último os conceda una recompensa que este mundo no puede dar.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*

475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*

425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*

375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*

325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*

275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*

225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*

175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*

125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*

75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*

25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)